

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**La idea de democracia en la prensa española: un análisis
desde la Teoría Política**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pedro Abellán Artacho

DIRECTOR

Joaquín Abellán García

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Historia, Teorías y Geografía Políticas



TESIS DOCTORAL

**La idea de democracia en la prensa española:
un análisis desde la Teoría Política.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

D. Pedro Abellán Artacho

BAJO LA DIRECCIÓN DEL CATEDRÁTICO DOCTOR

D. Joaquín Abellán García

MADRID, 2019

**La idea de democracia en la prensa española:
Un análisis desde la Teoría Política.**

Tesis doctoral presentada por:

Pedro Abellán Artacho

DNI: 47496599N

Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y de la Administración y
Relaciones Internacionales. Universidad Complutense de Madrid.

Línea de investigación: Teoría Política

Director: Catedrático Dr. D. Joaquín Abellán García



U N I V E R S I D A D
COMPLUTENSE
M A D R I D

DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR

D./Dña. Pedro Abellán Artacho,
estudiante en el Programa de Doctorado Ciencias Políticas y de la Administración y RRII.,
de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de
Madrid, como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor y
titulada:

La idea de democracia en la prensa española: un análisis desde la Teoría Política.

y dirigida por: Joaquín Abellán García

DECLARO QUE:

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita.

Del mismo modo, asumo frente a la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

En Madrid, a 8 de julio de 2019

ABELLAN
ARTACHO
PEDRO -
Fdo.: 47496599N

Firmado digitalmente por ABELLAN
ARTACHO PEDRO - 47496599N
Nombre de reconocimiento (DN):
c=ES, serialNumber=47496599N,
sn=ABELLAN ARTACHO,
givenName=PEDRO, cn=ABELLAN
ARTACHO PEDRO - 47496599N
Fecha: 2019.07.08 13:07:42 +02'00'

Esta DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD debe ser insertada en
la primera página de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor.

A mis padres.

Agradecimientos

Escribió Eric Voegelin (2006: 103) que el teórico político, para poder hacer su trabajo, requería de “vocación”, de “base económica” y de un “ambiente social que no expulse de su seno” a quien a tales labores se entrega. En los tres apartados no puedo sino expresar mi honda gratitud a multitud de personas que, con su apoyo, a veces por puntual no menos importante, han hecho este trabajo posible y, los años para su desarrollo, más amables. Pido disculpas por adelantado a los ausentes en las siguientes líneas y que, no obstante, están presentes en mi ánimo y pensamiento.

En primer lugar, quiero agradecer a Joaquín Abellán su trabajo como director de esta tesis. Su apoyo, su lectura atenta, sus comentarios y consejos, así como su amor por el debate intelectual y su generosidad para permitirme experimentar en libertad han sido clave para formularla, sin que puedan atribuírsele ninguno de los defectos que en ella, sin duda, podrán encontrarse. Quiero además poner especialmente en valor su ejemplo como docente, pensador y estudiante incansable; en definitiva, su inspiradora vocación, así como su calidez y calidad humanas.

En segundo lugar, debo agradecer a diversas instituciones su apoyo. Fundamentalmente, esta tesis contó con el patrocinio del Ministerio de Educación, luego Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, a través de una beca para la Formación del Profesorado Universitario, y de otras dos becas para la realización de estancias de investigación en la Queen Mary University de Londres y en la University of Nottingham, bajo la supervisión de Lasse Thomassen y Michael Freeden respectivamente. Para ambos renuevo desde aquí mi más encarecido agradecimiento por acogerme y enseñarme tanto. Desplazarme a dichas universidades me permitió entrar en contacto con personas extraordinarias, investigadores de presente y futuro brillantes, a quienes agradezco su amistad y comentarios. También agradezco al Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid su aceptación del proyecto y a la Oficina de Doctorado su apoyo y comprensión.

El programa además me permitió entrar o seguir en contacto con personas de disciplinas adyacentes y de inmenso valor humano como Laura Laosa, Fadala Malainin, David Valde, Beatriz Ranea, Gabriela Brochner, Sergio González, o Pedro Limón. También quiero agradecer a la Asociación Española de Ciencia Política la beca para el

Seminario de Doctorado que disfruté, así como a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología por las bolsas de viaje que me permitieron llevar mis avances a diversos congresos internacionales.

Para conseguir los diarios que sirven de base a este estudio fueron de inestimable ayuda Carlos Enrique Bayo, entonces director de Público, Rafael Artacho, presidente de AVECOMA, y los servicios de hemeroteca de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad Rey Juan Carlos. Además, las bibliotecarias de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM han contribuido notablemente a facilitar mi trabajo con su buen hacer, simpatía y extraordinaria benevolencia. Muy especialmente, gracias, Rosa y Pilar.

Por su disposición a comentar este proyecto, quiero mencionar aquí a algunos profesores cuyos consejos siempre fueron superiores a su destinatario y a los que quiero expresar mi admiración como investigadores. Entre ellos se encuentran, sin más orden que el de mi memoria, Ismael Crespo, Fermín Bouza, Javier Roiz, Paul Bou-Habib, Jason Glynos, David Howarth, Carmen Trigueros y Enrique Rivera, Marie Hélène Paré, Quim Brugué, Rosa de la Fuente, Yannis Stavrakakis o Elena García Guitián, además de los ya mencionados Lasse Thomassen y Michael Freeden.

Entre los compañeros doctorandos en Teoría Política, tengo que agradecer muy especialmente a Carlos Fernández Barbudo su amistad y complicidad. Con él, junto a Paolo Cossarini, Pedro López Herráiz y Héctor Domínguez Benito, dimos primera vida a un espacio en el que disfrutar de la disciplina entre jóvenes investigadores: el Seminario Joven de Teoría Política, al que pronto se sumaron compañeros tan importantes para mí intelectual y personalmente como Rafael Martínez, Javier Zamora García, Rafael López-Meseguer, Jorge Loza, Miguel Fernández de la Peña, Daniel Pérez Fernández, Daniel Fernández López o Alejandra Soto, entre otros. Este espacio me ha ofrecido no sólo buenas lecturas y debates, sino también incomparable apoyo y compañía. Quiero también expresar mi gratitud a todos los profesores que asistieron a los cursos y talleres organizados desde el Seminario, y de los que aprendí sobremanera, como Joaquín Abellán, Javier Franzé, Benita Benítez, Manuel Arias Maldonado, Paloma de la Nuez o Carmelo Moreno, entre tantos.

Finalmente –aunque sea más importante que nada– quiero agradecer a mi familia, y muy especialmente a mis padres, además de a mi tía Carmen y mis primas Susana y Mari Paz, su apoyo y sus ánimos. Les debo nada menos haber sembrado en mí la semilla de la

curiosidad intelectual y de la libertad, y haberme librado de la necesidad con no poco esfuerzo, posibilitando esa libertad. Por otro lado, la amistad es una palabra amplia, que recoge relaciones de lo más variadas, y a todos les agradezco infinitamente su presencia, incluso cuando se haya tornado en ausencia. Pero algunos nombres permanecen a través de los años y siempre están para escuchar, aconsejar y ofrecer un espacio de empatía, simpatía y paz. Gracias por ello a Roberto, Arturo, Cris y Edu, pero también a Javi, Damián, Pedro o José Félix, entre tantos.

En último lugar, quiero agradecer de antemano al lector su generosidad dedicando tiempo a este trabajo, que es extenso por la ambición de su objetivo: acompañar en un experimento de reconciliación (sin subsunción idólatra) con el periodo reciente analizado, como vía para la mejor comprensión de la política, de la democracia y de las propias posiciones. Esto implica una concepción del texto que, para colmo, pone en el lector parte del trabajo. Ojalá el viaje compense el esfuerzo.

Índice

AGRADECIMIENTOS	I
ÍNDICE.....	V
LISTA DE TABLAS	XIII
LISTA DE GRÁFICOS.....	XIII
LISTA DE VIÑETAS E ILUSTRACIONES	XIII
NOTA PREVIA DE ESTILO.....	XV

INTRODUCCIÓN: ORDEN, OBJETO Y ESTRUCTURA	1
1. PRIMERAS PÁGINAS SOBRE EL ORDEN DE ESTA TESIS	1
a. El comentario.....	5
b. El autor.....	9
c. La disciplina.....	12
2. SOBRE EL OBJETO: POR QUÉ LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA	14
3. LA ESTRUCTURA DE LA TESIS	21

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO: PERSPECTIVA Y HERRAMIENTAS CONCEPTUALES

CAPÍTULO 1

UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS DESDE LA TEORÍA POLÍTICA: ENTRE LA INTERPRETACIÓN DESCRIPTIVA O EXPLICATIVA Y LOS JUICIOS DE VALOR.....	27
1.1 PROBLEMAS EN TORNO A LA IDENTIDAD DE LA TEORÍA POLÍTICA	30
1.2 MICHAEL FREEDEN Y EL DILEMA ENTRE DESCRIBIR Y VALORAR.....	35
1.3 MAX WEBER, LA “OBJETIVIDAD” DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL ANÁLISIS DE JUICIOS DE VALOR	39
1.4 DEFINICIÓN DE LA LÓGICA DE INVESTIGACIÓN: TAREAS Y RESPONSABILIDADES POLÍTICAS	43
1.4.1 <i>La Teoría Política arendtiana contra la Filosofía Política</i>	<i>44</i>
1.4.2 <i>La ejemplaridad como práctica de pensamiento político.....</i>	<i>47</i>
1.4.3 <i>Su vinculación con la experiencia y con el sentido.....</i>	<i>49</i>
1.4.4 <i>La obligación de accesibilidad</i>	<i>53</i>
1.4.5 <i>La estructura representativa del pensamiento político y la inclusividad</i>	<i>54</i>
1.4.6 <i>Ser inspiradora e imaginativa.....</i>	<i>57</i>
1.4.7 <i>La obligación de mantenerse imparcial (pero no “desinteresada” o desapasionada)</i>	<i>59</i>
1.4.8 <i>La responsabilidad con la verdad</i>	<i>61</i>

1.4.9	<i>Límites en los objetivos políticos de la Teoría Política: Ciencia, exhaustividad y agotamiento del mundo</i>	65
a.	Límites de la empresa científica: comprensión, conocimiento y delimitación conceptual	66
b.	El carácter aporético de la propuesta y sus consecuencias políticas	70
c.	Exhaustividad y agotamiento del mundo	72
1.5	RECAPITULACIÓN	75

CAPÍTULO 2

DEMOCRACIA EN LA CULTURA Y LAS IDEOLOGÍAS: ¿CONCEPTO, MOMENTO DISCURSIVO O IDEA?		79
2.1	LA IDEA DE DEMOCRACIA COMO ELEMENTO DE LA CULTURA POLÍTICA	80
2.1.1	<i>Almond y Verba: Cultura Política</i>	81
2.1.2	<i>La cultura como entramado de significados. Escuela de Birmingham y Clifford Geertz</i>	83
2.2	LA DEMOCRACIA COMO CONCEPTO FUNDAMENTAL EN LA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS	85
2.3	NUEVA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO: INTENCIONES TRAS LOS USOS DE LA IDEA.. ..	93
2.4	DEMOCRACIA COMO CONCEPTO DE UNA IDEOLOGÍA E “IDEOLOGÍA DEMOCRÁTICA”	97
2.4.1	<i>Ideología democrática como doctrina política (Michael Freeden)</i>	100
2.4.2	<i>Como sistema de práctica social y política</i>	104
2.4.3	<i>Como mistificación de las relaciones sociales</i>	105
2.4.4	<i>Como condición de un gobierno democrático: monismo frente a pluralismo de valores e irracionalidad moral del mundo</i>	107
a.	Concepciones monistas y pluralistas	107
b.	Simplismo realista y perfeccionismo idealista	112
c.	Formas de concebir la idea de democracia coherentes con el pluralismo de valores y la irracionalidad moral del mundo	115
2.4.5	<i>Como recurso para la movilización política. Usos y significados</i>	117
2.5	LA IDEA DE DEMOCRACIA COMO MOMENTO DISCURSIVO	119
2.5.1	<i>Lacan, Derrida y la deconstrucción del discurso</i>	121
2.5.2	<i>Una breve crítica deconstructivista a Koselleck y Skinner</i>	128
2.5.3	<i>Teoría del discurso: Laclau, Mouffe y la escuela de Essex</i>	129
2.5.4	<i>Limitaciones en la Teoría del Discurso de Laclau y Mouffe</i>	133
2.5.5	<i>Foucault y la problematización como objeto y como método de análisis</i> ..	137
2.5.6	<i>La articulación de Arendt y Derrida: sobre las experiencias y su “representación”</i>	139
2.6	DEFINICIÓN POR DEFECTO DE CULTURA, IDEOLOGÍA E IDEA PARA EL PRESENTE TRABAJO.....	144
2.7	RECAPITULACIÓN	148
a.	Definición de la perspectiva	148
b.	Aparataje conceptual	151
c.	Contribuciones para el análisis del orden intelectual	152

SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS PREVIOS, CONTEXTO Y DISEÑO METODOLÓGICO

CAPÍTULO 3

ESTUDIOS PREVIOS EN TORNO AL CONTROVERTIDO SIGNIFICADO DE DEMOCRACIA.....

.....	157
3.1 ENCUESTAS Y CIENCIA POLÍTICA.....	158
3.1.1 <i>Cuatro importantes encuestadoras en España: CIS, Metroscopia, WVS, ESS....</i>	159
3.1.2 <i>Beery y las concepciones de democracia en los EE. UU. de América</i>	169
3.1.3 <i>Estudios regionales (latinoamericanos, asiáticos y árabes).....</i>	170
3.1.4 <i>Legitimidad de la democracia y satisfacción con la democracia</i>	171
3.1.5 <i>Calidad de la democracia.....</i>	176
3.1.6 <i>Democratización y promoción de la democracia.....</i>	178
3.1.7 <i>Estudios sobre la preferencia entre delegación o participación.....</i>	179
3.2 OTRAS METODOLOGÍAS Y PERSPECTIVAS EMPÍRICAS	181
3.2.1 <i>Metodología Q junto al análisis de discurso</i>	181
3.2.2 <i>Estudios sobre percepción de los mecanismos participativos</i>	183
3.2.3 <i>Estudios de élites.....</i>	184
3.2.4 <i>La idea de democracia en Comunicación y Periodismo.....</i>	187
3.2.5 <i>Estudios en Ciencias de la Educación</i>	188
3.2.6 <i>Análisis de discurso</i>	189
3.2.7 <i>Contribuciones desde la Antropología</i>	193
3.2.8 <i>Estudios de movimientos sociales</i>	193
3.3 ESTUDIOS DESDE LA TEORÍA POLÍTICA Y LA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS	196
3.3.1 <i>Contribuciones de la Historia de los Conceptos y de la Teoría de la Democracia.....</i>	196
3.3.2 <i>Los modelos de democracia y la investigación empírica</i>	201
a. <i>Lijphart: modelos a partir del análisis empírico de las instituciones.....</i>	202
b. <i>David Held y la perspectiva de la didáctica de la historia</i>	203
c. <i>Algunas alternativas a Held: antiguos frente a modernos y la propuesta habermasiana</i>	207
3.4 RECAPITULACIÓN.....	211
a. <i>Sobre las técnicas de investigación</i>	211
b. <i>Aportaciones de estos estudios</i>	212
c. <i>Las aportaciones de la Teoría Política y la Historia de los Conceptos.....</i>	216

CAPÍTULO 4

CONTEXTO Y TÉCNICA DE INVESTIGACIÓN: DELIMITACIÓN TEMPORAL, ESPACIAL Y

TEMÁTICA..... 219

4.1 CONTEXTO Y DELIMITACIÓN TEMPORAL: ESPAÑA, ONCE DÍAS DE MAYO DE 2011	219
4.1.1 <i>El descontento en las encuestas</i>	219
4.1.2 <i>Breve historia del contexto de indignación democrática</i>	223

4.1.1	<i>La irrupción del 15M</i>	227
4.1.2	<i>La selección de fechas</i>	230
4.2	LA PRENSA EN PAPEL COMO INDICADOR REPRESENTATIVO DEL ESPACIO PÚBLICO. SELECCIÓN DE DIARIOS	231
4.2.1	<i>La selección de diarios</i>	237
4.3	TÉCNICA DE INVESTIGACIÓN Y ÁRBOL DE CODIFICACIÓN	239
4.3.1	<i>El análisis de contenido cualitativo</i>	240
4.3.2	<i>Aplicación de la técnica de investigación: plan de trabajo y árbol de codificación</i>	242
a.	Primera fase: características generales	245
b.	Segunda fase: textura	247
c.	Tercera fase: fronteras	248
d.	Cuarta fase: problemas	251
4.3.3	<i>El aprovechamiento de los datos obtenidos</i>	253
4.4	RECAPITULACIÓN	254

TERCERA PARTE: LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA (14 AL 24 DE MAYO DE 2011)

CAPÍTULO 5

LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA EN SUS DIMENSIONES TEMPORAL Y GEOGRÁFICA..... 259

5.1	LA DIMENSIÓN GEOGRÁFICA: DEMOCRACIAS FRENTE A DICTADURAS (ÁRABES)	260
5.1.1	<i>La democrática obligación de promocionar la democracia</i>	262
5.1.2	<i>Las condiciones de posibilidad para las nuevas democracias</i>	264
5.1.3	<i>Reflexiones sobre las paradojas de la promoción de la democracia</i>	267
a.	La soberanía del país democratizador frente a la legalidad internacional	267
b.	La soberanía del estado a democratizar y la paz	270
c.	Tensiones entre diferentes concepciones, experiencias e intereses democráticos.....	275
5.2	LA DIMENSIÓN TEMPORAL E HISTÓRICA: LA DEMOCRACIA FRENTE AL FRANQUISMO. TRANSICIÓN Y CONSENSO	281
5.2.1	<i>La Democracia como periodo y sistema frente a la Dictadura franquista</i> .	282
5.2.2	<i>La Segunda República como precedente de la Democracia</i>	285
a.	La Segunda República como precedente democrático en las encuestas	287
5.2.3	<i>La democracia como consenso a partir del recuerdo de la Transición</i>	289
a.	El consenso en otros estudios	292
5.2.4	<i>Democracia como consenso en el 15M</i>	294
5.2.5	<i>Cuestionamiento y defensa de “la democracia” a través de su historia</i>	297
a.	La Transición como pecado original y el franquismo como medida	297
b.	Sobre la Transición en otros estudios académicos	300
c.	Las defensas de la democracia desde el recuerdo de la Transición	304

5.2.6	<i>Reflexiones sobre la dimensión temporal de la idea de democracia: la tensión anarquista y los mitos de origen</i>	305
a.	Consenso, conflicto y la dimensión anarquista de la democracia	305
b.	Legitimidad de “la democracia” y memoria histórica	316
c.	Mitos de origen y la democracia española	322
5.3	RECAPITULACIÓN	330
a.	Usos de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico	330
b.	Dimensiones de significado de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico	331
c.	El orden intelectual de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico	335

CAPÍTULO 6

LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA LUCHA PARTIDISTA Y FRENTE A LA VIOLENCIA 341

6.1	LA DEMOCRACIA COMO RECURSO DESCALIFICADOR EN EL ENFRENTAMIENTO ENTRE LOS DOS GRANDES PARTIDOS.....	342
6.1.1	<i>Democracia frente a la xenofobia: derechos humanos e inclusión</i>	343
6.1.2	<i>El extremismo y la descalificación del adversario como indicadores de antidemocratismo</i>	347
a.	El extremismo y la democracia en las encuestas	353
6.1.3	<i>Democracia como elecciones libres y efectivas</i>	356
6.1.4	<i>La ausencia de la dimensión social o económica de la democracia en las acusaciones partidistas</i>	361
6.1.5	<i>Democracia como “Estado de Derecho”</i>	363
6.1.6	<i>Las diferentes concepciones de democracia según la posición ideológica a partir del enfrentamiento partidista</i>	367
a.	Las diferentes concepciones de democracia según la autoubicación ideológica en las encuestas.....	369
6.1.7	<i>Reflexiones sobre el enfrentamiento partidista a cuenta de la idea de democracia</i>	372
a.	El democratismo como defensa del interés general sobre el interés particular ...	372
b.	La calificación como antidemócrata por descalificar de antidemócrata.....	378
c.	La sorprendente ausencia de la dimensión social de la democracia en las acusaciones partidistas	382
6.2	LA DEMOCRACIA FRENTE A LA VIOLENCIA.....	384
6.2.1	<i>El debate sobre la frontera entre demócratas y violentos</i>	385
6.2.2	<i>Los hechos: ser demócrata como una cuestión de sincero compromiso</i>	389
6.2.3	<i>La cuestión jurídica: democracia como Estado de derecho</i>	392
6.2.4	<i>La cuestión política: democracia militante y derecho a decidir</i>	393
6.2.5	<i>Democracias y la violencia en el ámbito internacional</i>	398
6.2.6	<i>Una aporía: el violento lenguaje de la democracia</i>	400
6.2.7	<i>Reflexiones sobre la relación entre democracia y violencia</i>	402
a.	Debates silenciados tras el Estado de derecho: derecho a decidir y democracia militante.....	402
b.	Mimbres para la deconstrucción de la oposición entre democracia y violencia ...	413
c.	Violencia para la democracia: los límites del pacifismo democrático.....	424

6.3	RECAPITULACIÓN	431
a.	Usos de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos.....	431
b.	Dimensiones de significado de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos	432
c.	El orden intelectual de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos.....	437

CAPÍTULO 7

LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA, EL 15M Y SUS CRÍTICOS 441

7.1	LA IDEA DE DEMOCRACIA EN EL 15M Y LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA	442
7.1.1	<i>La idea de democracia en el 15M: primera aproximación en torno a sus lemas</i>	443
a.	Lo llaman democracia y no lo es.....	445
b.	Democracia real ya: no somos mercancía en manos de políticos y banqueros	449
c.	Que no nos representan	455
7.1.2	<i>Los problemas de la democracia</i>	456
a.	Los políticos como problema para la democracia.....	458
b.	Los partidos políticos y la falta de alternativas como problemas para la democracia	468
c.	Violaciones del Estado de derecho como problema de la democracia.....	473
d.	El sistema electoral como problema para la democracia	475
e.	La falta de deliberación y libertad de expresión como problemas de la democracia	478
f.	Políticas económicas y crisis de la socialdemocracia como problemas para la democracia	483
g.	La falta de participación y autogobierno como problema para la democracia	488
h.	Concepciones y usos de la democracia como problema para la democracia.....	494
i.	Los problemas de representación y la representación como problema para la democracia	495
7.1.3	<i>El 15M y su propuesta de otra democracia</i>	497
7.1.4	<i>Reflexiones sobre la idea de democracia en el 15M y los problemas de la democracia</i>	502
a.	Consideraciones previas sobre el concepto de representación política	504
b.	Definición de la lógica de la representación frente a la identidad, la ajenidad y el populismo	509
c.	Representación, distancia y democracia	521
d.	Problemas de la democracia y sus soluciones: sobre sistemas y consecuencias previsibles	529
7.2	LA IDEA DE DEMOCRACIA ENTRE LOS ADVERSARIOS DEL 15M	546
7.2.1	<i>Democracia real “hoy”: nociones procedimentalistas de la democracia contra el 15M</i>	547
7.2.2	<i>Contra la idea de democracia de los indignados: dispersión, izquierdismo, utopismo populista y totalitarismo</i>	553
7.2.3	<i>Críticas al 15M por juego sucio, intereses espurios, extremismo y malas compañías</i>	557
7.2.4	<i>Un movimiento violento e ilegal</i>	560
7.2.5	<i>Reflexiones sobre las críticas al 15M</i>	565

a.	Sobre la desobediencia y la legalidad	566
b.	Las metáforas procedimentales en los discursos contrarios al 15M.....	572
c.	De realistas, antisistemas y corruptos	579
7.3	RECAPITULACIÓN.....	587
a.	Usos de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios	587
b.	Dimensiones de significado de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios	588
c.	El orden intelectual de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios.....	593
CONCLUSIONES.....		601
1.	CONTRIBUCIÓN A LA REFLEXIÓN DISCIPLINAR DE LA TEORÍA POLÍTICA.....	601
a)	La necesidad de partir de una concepción horizontal y pluralista de la política para definir las labores <i>políticas</i> de la lógica de investigación propuesta	602
b)	La Teoría Política como pensamiento representativo de verdades en diálogo	602
c)	Diferenciación entre conocer, entender y pensar	603
d)	Práctica de la imparcialidad y evitación de la indolencia.....	604
e)	Apertura de espacio para la política en la propia interpretación de la política	605
f)	Ejemplaridad y dificultades para combinar profundidad y accesibilidad.....	606
g)	Ejercicio de la imaginación e inspiración para el futuro	607
2.	DEFINICIÓN DE LA PERSPECTIVA POSTESTRUCTURALISTA Y DEL APARATAJE CONCEPTUAL EMPLEADOS.....	607
a)	La incorporación de la autoreflexividad propia del estudio del discurso.....	607
b)	Uso del postestructuralismo para dar sentido a las contradicciones de otras perspectivas alternativas como aporías constitutivas	608
c)	Definición de la perspectiva postestructuralista empleada	609
d)	Principales instrumentos conceptuales para la presente investigación	610
3.	LA APROXIMACIÓN EMPÍRICA Y EL ESTUDIO DE LA PRENSA	612
a)	Ventajas y límites de la aproximación naturalista.....	612
b)	Dificultades técnicas encontradas en relación con la visión general buscada.....	613
c)	Decisiones técnicas más productivas	614
d)	La representatividad de la prensa con respecto a la esfera pública española.....	615
4.	LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA	616
a)	Sobre los usos de la idea de democracia.....	616
b)	Sobre las dimensiones de significado de la idea de democracia	618
c)	Sobre el orden intelectual de la idea de democracia.....	625
5.	PRINCIPALES REFLEXIONES TEÓRICAS SOBRE LA IDEA DE DEMOCRACIA	628
a)	La autonomía como fuente de tensión clave en la idea de democracia: consenso y conflicto	629
b)	Conflicto democrático y violencia política.....	630
c)	La tensión entre soberanía, democratismo y derecho internacional	630
d)	Búsqueda de orígenes absolutos y estereotipación de las experiencias	630
e)	Crítica a las nociones minimalistas de democracia	631
f)	La representación como lógica y cuasiconcepto: puesta en valor de la democracia representativa	631
g)	Los problemas de la democracia, sus soluciones y la responsabilidad de la Teoría Política.....	633

ANEXOS

ANEXO 1: “MANIFIESTO DEMOCRACIA REAL YA”	637
ANEXO 2: PUNTOS DE ACUERDO DEL MANIFIESTO PLURAL REDACTADO DURANTE LA MADRUGADA DEL 18 DE MAYO EN LA PUERTA DEL SOL	639
ANEXO 3: PROPUESTAS APROBADAS EN LA ASAMBLEA DE LA ACAMPADA SOL EL 20 DE MAYO DE 2011.....	641
ANEXO 4: CONSENSO DE MÍNIMOS DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ACAMPADA SOL (25 DE MAYO)	643
ANEXO 5: DEMOCRACIA REAL YA: MANIFIESTO DE PROPUESTAS APROBADO EN LA PUERTA DEL SOL	644
ANEXO 6: CRUCE DE LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA (NÚMERO DE ARTÍCULOS EN QUE LOS NODOS COINCIDEN EN EL MISMO TEXTO)	647
ANEXO 7: LISTA DE ARTÍCULOS ANALIZADOS.....	649

BIBLIOGRAFÍA.....	669
--------------------------	------------

RESÚMENES

RESUMEN EN ESPAÑOL	705
RESUMEN EN INGLÉS.....	709

Lista de tablas

TABLA 1: CARACTERÍSTICA MÁS ESENCIAL DE UNA DEMOCRACIA (CIS 2012)	160
TABLA 2: CARACTERÍSTICA MÁS ESENCIAL EN UNA DEMOCRACIA (CIS 2009 Y METROSCOPIA 2016)	161
TABLA 3: DIMENSIONES DE LA DEMOCRACIA EN LA ENCUESTA MUNDIAL DE VALORES	163
TABLA 4: DIMENSIONES DE LA DEMOCRACIA EN LA ENCUESTA SOCIAL EUROPEA (2012)	164
TABLA 5: DILEMAS EN LA ENCUESTA SOCIAL EUROPEA (2012)	167
TABLA 6: LAS CUATRO NOCIONES DE DEMOCRACIA DE WELZEL	171
TABLA 7: CONCEPCIONES DE DEMOCRACIA ENTRE LA ÉLITE Y LA POBLACIÓN EN RUSIA Y UCRANIA, 1992	174
TABLA 8: ÁRBOL DE CODIFICACIÓN DE LAS CARACTERÍSTICAS CONSIDERADAS “ESENCIALES DE LA DEMOCRACIA” PARA LOS POLÍTICOS ENTREVISTADOS EN REINO UNIDO E ITALIA	185
TABLA 9: ÁRBOL DE CODIFICACIÓN DE LAS REFORMAS QUE LOS POLÍTICOS ENTENDÍAN NECESARIAS PARA ALCANZAR UNA MEJOR DEMOCRACIA EN REINO UNIDO E ITALIA	186
TABLA 10: CATEGORIZACIÓN DE LA IDEA DE DEMOCRACIA MEDIANTE TEORÍA FUNDAMENTADA	189
TABLA 11: VALORES DEMOCRÁTICOS EN EL MOVIMIENTO POR LA JUSTICIA GLOBAL	195
TABLA 12: DIMENSIONES DE LOS MODELOS DE DEMOCRACIA DE LIPHART	203
TABLA 13: DIMENSIONES DE LOS MODELOS DE DEMOCRACIA CONTEMPORÁNEOS (HELD)	206
TABLA 14: ELEMENTOS ADYACENTES CONTRARIOS A LA IDEA DE DEMOCRACIA UTILIZADOS EN EL ENFRENTAMIENTO POLÍTICO	368
TABLA 15: LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA. AUTORÍA DE LAS CRÍTICAS Y APOYOS QUE SUSCITAN LOS PROBLEMAS PARA EL MOVIMIENTO	457

Lista de gráficos

GRÁFICO 1: PROCESOS POLÍTICOS DESEADOS Y PERCIBIDOS EN ESPAÑA	180
GRÁFICO 2: "Y EN SU OPINIÓN, ¿DIRÍA UD. QUE, ACTUALMENTE, LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ES MUY, BASTANTE, POCO O NADA DEMOCRÁTICA?"	220
GRÁFICO 3: "EN SU CONJUNTO, ¿ESTÁ UD. MUY SATISFECHO/A, BASTANTE, POCO O NADA SATISFECHO/A CON LA FORMA EN QUE FUNCIONA LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA?"	221
GRÁFICO 4: LA DEMOCRACIA ES PREFERIBLE A CUALQUIER OTRA FORMA DE GOBIERNO	222
GRÁFICO 5: LA DEMOCRACIA ES PREFERIBLE A CUALQUIER OTRA FORMA DE GOBIERNO (POR IDEOLOGÍA)	354
GRÁFICO 6: LA DEMOCRACIA ES PREFERIBLE A CUALQUIER OTRA FORMA DE GOBIERNO (POR RECUERDO DE VOTO)	355
GRÁFICO 7: IMPORTANCIA DE LA PROTECCIÓN CONTRA LA POBREZA PARA LA DEMOCRACIA Y MEDIA DE QUIENES ATRIBUYEN UN 10 DE IMPORTANCIA A LAS DISTINTAS DIMENSIONES (POR AUTOUBICACIÓN IDEOLÓGICA)	370
GRÁFICO 8: ¿QUÉ ES MEJOR PARA LA DEMOCRACIA, GOBIERNOS CON UN SOLO PARTIDO O DE COALICIÓN? (POR AUTOUBICACIÓN IDEOLÓGICA)	370
GRÁFICO 9: EL GOBIERNO DEBERÍA CAMBIAR SUS POLÍTICAS SEGÚN LO QUE PIENSE LA MAYORÍA (POR AUTOUBICACIÓN IDEOLÓGICA)	371

Lista de viñetas e ilustraciones

VIÑETA 1: EL CONSENSO COMO ELEMENTO DE LA IDEA DE DEMOCRACIA	289
VIÑETA 2: EL VOTANTE DE DERECHAS COMO FUNDAMENTALISTA	351
VIÑETA 3: RODRÍGUEZ ZAPATERO Y LARA TRAS EL 15M	359
VIÑETA 4: ETA DESCANSA EN EL REGAZO DE LA CIEGA JUSTICIA.	393
VIÑETA 5: CAMPAÑA ELECTORAL BÁRBARA Y BELICISTA	401
VIÑETA 6: ALEGRÍA ANTE LA CONTESTACIÓN DE LOS JÓVENES INDIGNADOS	448

VIÑETA 7: EL FUTURO ES UN GOBIERNO DE FINANCIEROS	461
VIÑETA 8: LOS POLÍTICOS HACEN COMO QUE NO ENTIENDEN NADA	462
VIÑETA 9: LA RIDICULIZACIÓN DE RODRÍGUEZ ZAPATERO POR INCOMPETENCIA	467
VIÑETA 10: CAMPAÑA ELECTORAL PREMONITORIA E INDEFENSIÓN DEL CIUDADANO	474
VIÑETA 11: PP Y PSOE SON DOS CARAS DEL MISMO DISCO.....	551
VIÑETA 12: NO HAY OSTRAS PARA TODOS.....	554
VIÑETA 13: DESLEGITIMACIÓN DE LA JUNTA ELECTORAL CENTRAL.....	564
ILUSTRACIÓN 1: DETALLE DE FOTO CON PANCARTAS DEL 15M.....	499

Nota previa de estilo

Cuando se citan ediciones en inglés, se presenta una traducción propia en el cuerpo de la tesis para evitar la ruptura del texto principal, pero se conserva en lo posible la cita original a pie de página. Las tablas y gráficos no se traducen, como tampoco las citas a pie de página. Se utilizan las iniciales mayúsculas para diferenciar las disciplinas (Teoría Política, Historia), de sus productos y objetos (teorías políticas, la historia de Europa). Cuando dentro de las citas, que señalaré con comillas dobles, aparezcan comillas simples o dobles, éstas serán sustituidas por comillas latinas para evitar confusiones. También se sustituirán por paréntesis los corchetes de las citas, reservando estos signos para las acotaciones introducidas por mí. Las referencias a sitios web, encuestas, textos legales, textos periodísticos fuera del corpus seleccionado o a la literatura universal aparecen en notas a pie de página y no en la bibliografía final. Seguiré en lo posible la regla ortográfica tradicional al respecto de la tilde diacrítica en los pronombres demostrativos y el adverbio “sólo”.

Introducción: Orden, objeto y estructura

Representar en un texto coherente y lineal un trabajo necesariamente circular y desarrollado durante años es un reto no subestimable. Incluso optando por un relato en espiral, de repente, se hace necesario recurrir a muletas, como esta misma introducción, para anunciar elementos que permitirán más tarde entender tantas decisiones, tantos saltos basados en el propio entendimiento y que, no sin unas dosis importantes de fortuna y trabajo, aterrizaron en las aportaciones que aquí presento.

Siendo ésta una tesis sobre la omnipresente idea de democracia, contextualizada en un periodo tan fascinante como lo fueron las jornadas en torno al 15 de mayo de 2011 y que toma como indicador las producciones de la denostada prensa, cualquiera esperaría que las primeras páginas de esta tesis sirvieran al autor para revelar sus más personales apreciaciones -*críticas*, sin duda, aunque *a la altura de las circunstancias*- al respecto de la democracia, el 15M y la prensa. Ni es la intención de este trabajo hacer tales juicios de valor ni, según me han demostrado diversos intentos fallidos, resulta conveniente comenzar el relato por estos extremos. El atractivo del 15M y la prensa termina generando tales ruidos y distracciones que hacen desvanecerse toda posibilidad de plantear la reflexión teórica y disciplinar que esta tesis propone a la altura que el género demanda. En consecuencia, si tal reflexión se esperaba encontrar en las primeras páginas de la introducción, resultarán rotunda y voluntariamente decepcionantes.

Será tras un primer apartado introductorio en el que reflexionaré sobre lo que aquí se denominará “el orden intelectual” de la tesis cuando podré pasar a hablar, en un segundo apartado, del objeto de estudio, para finalmente describir brevemente la estructura del resto del trabajo.

1. PRIMERAS PÁGINAS SOBRE EL ORDEN DE ESTA TESIS

Nadie espera de una introducción que suponga una contribución original, sino que se limite a presentar lo que más tarde se contará, siendo por ello que forma parte del conjunto de la obra de un modo distante. Fundamentalmente, una introducción suele escribirse al terminar el texto al que precede, aunque uno supone que será leído muy al principio (quizás justo después de los agradecimientos y la bibliografía –la cual, irónicamente de nuevo, se encuentra al final–). Así lo hacía notar Derrida (1989) aunque, en su caso, se

refería a la naturaleza de los prólogos. Sin embargo, estas primeras páginas nacieron en su primera versión antes que la mayoría de las que le siguen, a mitad del proceso, cuando me asaltaba la pregunta sobre la naturaleza misma de esta empresa. Entonces, no pretendía tanto aclarar *sobre qué* trata esta tesis, sino ir un paso atrás (¿arriba?) para preguntar qué cosa es exactamente; cuál es su *orden* intelectual. Es este sentido menos habitual de orden, que implica la descripción de un grupo taxonómico, el que debe aplicarse al título de esta primera sección. Un orden que incluye principalmente el “*status* de fundamento” o “*status* ontológico” (Laclau, 1998) que se le atribuye. Esto es, cómo se concibe el objeto mismo en tanto que objeto.

Esta tesis aspira a hilvanar la Teoría Política y la Teoría del Discurso con métodos empíricos de investigación y con los resultados de otros trabajos empíricos alcanzados en otras disciplinas y, fundamentalmente, en otros ámbitos de la Ciencia Política. Esta apuesta por la Teoría del Discurso no será una declaración en vano. Creo firmemente, y a incorporarlo consecuentemente he dedicado parte importante de mi esfuerzo, que la Teoría del Discurso en particular (y el estudio del pensamiento en general) tiene una característica fundamental que hace su trabajo muy especial, y que en parte explica —si bien no siempre justifica— lo intrincado de sus textos de referencia. Esta característica consiste en que, en un análisis del discurso, la reflexión sobre el objeto es siempre a la vez una reflexión sobre la propia investigación¹. Ambos, el objeto y el análisis, están hechos de la misma *sustancia* y son objeto de las mismas teorizaciones: son discursos. Esto, que a primera vista podría parecer una suerte de ahorro para el investigador, es en realidad un regalo envenenado de coherencia: cualesquiera sean las teorizaciones construidas para entender la *naturaleza* del objeto, cualesquiera aspiraciones normativas se le quiera imponer al objeto, éstas conducen siempre a una meta-reflexión sobre el propio trabajo.

Coherentemente, podrá observarse que esta bivalencia marca la presente investigación, empezando por este primer apartado mismo. Así, debe señalarse

¹ En este aspecto, estoy siguiendo la idea de Roland Barthes (en línea con el trabajo de Hjelmslev) de que “Nothing in principle prevents a metalanguage from becoming in its turn the language-object of a new metalanguage; this would, for example, be the case with semiology”. Véase Barthes (1967: 92-93). A esta misma conclusión llega Norris (2002): “There is no final analysis, no metalinguistic method, which could possibly draw a rigorous line between its own operations and the language they work upon. Semiology has to recognize that the terms and concepts it employs are always bound up with the signifying process it sets out to analyse”. También en Koselleck ([2006] 2012: 18-19) aparece una formulación equivalente: “En términos epistemológicos, al lenguaje le corresponde una doble tarea: se refiere tanto al contexto extralingüístico de los acontecimientos como también —en la medida en que hace lo primero— a sí mismo. Por tanto, en un sentido histórico siempre es autorreflexivo”.

inmediatamente que la noción de “orden” o estatus de una idea o de un trabajo académico (por contraposición a la idea misma o el trabajo mismo) supone una diferencia que sólo se sostiene precariamente, en paralelo a la diferencia entre forma y sustancia (que encontramos en su “significado”). Es decir, se trata de una diferencia que, aunque *se deconstruye* en cuanto se piensa, resultará necesaria. Con estas líneas aparece la necesidad de disculparse: puesto que esta estrategia deconstruccionista constituye el corazón de la tesis, éste y otros ejemplos de su “aplicación” tendrán que adelantarse a la presentación teórica de la perspectiva derridiana, que puede encontrarse en el capítulo segundo.

La autorreflexividad del Análisis del Discurso se hará especialmente patente cuando se diserte sobre la *naturaleza* del objeto y se extraigan de ello algunas conclusiones acerca de cómo los propios sujetos investigados conciben la democracia, no sólo en su contenido, sino también en su *orden* intelectual: una palabra que no uso sino para desplazar a aquella de “naturaleza”, tan excesivamente cargada en y de nuestra historia filosófica.

Si hubiera que destacar un nombre en la filosofía contemporánea asociado con la reflexión crítica sobre la naturaleza política del discurso, ése probablemente sería Foucault. Ayudándome del esquema que ofrece la conferencia *El Orden del Discurso* (Foucault, [1970] 1980), trataré de proporcionar aquí brevemente algunas pinceladas que sirvan de entrada al resto de la tesis y que ayuden a entender su sentido y *orden*.

En dicha conferencia, Foucault resumió su crítica a la atribución de una naturaleza inocente (pasiva o instrumental) al discurso. Él argumentaba que las sociedades han buscado procedimientos mediante los que domesticarlo, fingiendo su sometimiento (habitualmente, a la voluntad) como vía para encontrar alivio a la angustia generada por su inmenso poder². Dos características de los discursos son las grandes fuentes de la inquietud que provoca: por un lado, los discursos, una vez irrumpen en la esfera pública, resultan incontrolables por los actores que las pusieron en marcha. Esta primera característica originaría un temor hacia el futuro, tan tozudamente imprevisible. Por otro lado, este temor se ve complementado por su otra cara: el miedo a los vestigios de poderes antiguos, de acciones iniciadas en el pasado, que también escapan a nuestro control. Se trataría de unos miedos omnipresentes, pero que sólo un necio o un temerario ignora

² Curiosamente, un poder basado en condiciones muy parecidas a aquellas que Hannah Arendt atribuyera a las acciones humanas. Véase Arendt ([1958] 2011).

cuando inicia un proyecto discursivo de cierta envergadura como lo es, por ejemplo, una tesis:

[...] inquietud con respecto a lo que es el discurso en su realidad material de cosa pronunciada o escrita; inquietud con respecto a esta existencia transitoria destinada sin duda a desaparecer, pero según una duración que no nos pertenece; inquietud al sentir bajo esta actividad, no obstante cotidiana y gris, poderes y peligros difíciles de imaginar; inquietud al sospechar la existencia de luchas, victorias, heridas, dominaciones, servidumbres, a través de tantas palabras en las que el uso, desde hace tanto tiempo, ha reducido las asperezas (Foucault, [1970] 1980: 10-11).

Foucault localiza distintos procedimientos de “dominación” sobre el discurso y los clasifica en tres grandes grupos. En primer lugar, aquéllos que limitan los poderes del discurso mediante mecanismos externos de exclusión. Segundo, los mecanismos internos al discurso. Terceramente, los elementos que determinan las condiciones en las que se produce el discurso.

En estas primeras páginas me centraré en los mecanismos internos al discurso; es decir, aquellos que pretenderían dominar no tanto el deseo y el poder que desde *fuera* lo impulsan, sino el azar y el acontecimiento inherentes al mismo. Esta cuestión sobre el evento o acaecimiento –sobre lo que ocurre sin poder ser subsumido como mera repetición– es de máxima pertinencia para una tesis que se sitúa entre las Humanidades y las Ciencias Sociales. Al fin y al cabo, estas últimas se basan en la afirmación de que (al menos algunas de) las repeticiones de particularidades (patrones) que encontramos en nuestras sociedades no son casualidades sin más relevancia, sino que resultan significativas. Sin que esto suponga poder prescindir de lo cuantitativo, debe reconocerse que la credibilidad del salto de lo estadísticamente frecuente a lo teóricamente plausible depende, en último término, de lo persuasivo que pueda resultar el argumento; exactamente igual que cuando una sola mención quiera presentarse como reveladora de patrones implícitos, ausentes en el periodo analizado y/o inconscientes: no *inmediatamente* perceptibles.

a. El comentario

En primer lugar, Foucault menciona dentro de estos mecanismos internos el comentario: es decir, esos textos que se remiten a un segundo tipo de textos que son considerados clave, sobre los que debe volverse una y otra vez. Estos “son los textos religiosos o jurídicos, son también esos textos curiosos, cuando se considera su estatuto [sic], y que se llaman «literarios»; y también en una cierta medida los textos científicos” (Foucault, [1970] 1980: 21-22). Foucault considera el comentario inevitable:

[...] por más que sus puntos de aplicación cambien, la función permanece; y el principio de un cierto desfase no deja de ponerse continuamente en juego. La desaparición radical de este desnivel no puede ser nunca más que juego, utopía o angustia (Foucault, [1970] 1980: 22).

La diferencia, por un lado, deja algunos discursos en el olvido, mientras privilegia otros como dignos de ser comentados; por otro lado, reduce a los comentarios a un estatus subalterno frente al *original*. Pero cabría añadir que, mediante el comentario, en cada una de las vueltas interpretativas sobre los textos el texto es modificado, en multitud de ocasiones con una intención de apropiación, dominación o utilización³.

Esta diferenciación entre textos comentados y comentarios puede encontrarse también en Hannah Arendt, pensadora que será clave para el presente trabajo. Ella distingue con cierta rigidez entre el comentarista, sólo interesado en la Teoría Política “per se”, y el autor, que “aumenta el mundo”; que quiere analizar “hechos y eventos en lugar de afinidades teóricas e influencias”⁴. Sin embargo, ¿no son hechos –a veces con importantes efectos– lo dicho en y por la prensa (así como por los teóricos de la política) sobre la democracia? ¿No son hechos relevantes y con multitud de efectos las recepciones

³ Intención de su *autor*, que no siempre coincidirá con quien lo enuncia (o, mejor dicho: nunca coincidirá del todo).

⁴ Así lo explicó en un curso universitario, a cuya referencia he llegado a través de la web <http://www.hannaharendtcenter.org>, y que lo cita de la siguiente forma: “Arendt was a political thinker, not a scientific commentator: «The authors are auctores, that is, (they) augment the world», she explained in a university course. «We move in a world, which is augmented by the authors. We cannot do without them, because they behave in an altogether different way from the commentators. The world in which the commentator moves is the world of books. This difference becomes visible in a person like Machiavelli. Machiavelli was interested in Italy, not in political theory, not even his own. Only the commentator is interested in political theory per se» (History of Political Theory, 1955). Therefore, Arendt was not interested in commenting on intellectual and theoretical systems like liberalism or pragmatism but rather in analyzing facts”.

y traducciones de otros textos? La diferencia establecida por Arendt depende de aquella entre discursos y hechos, y esta última flaquea –se deconstruye, revelando sus limitaciones, sin por ello dejar de ser útil o relevante– una vez consideradas las aportaciones de la pragmática. Separar en dos grupos distintos los análisis de “hechos” y los “comentarios” de textos parece, pese a todo, razonable, pero sólo a condición de que no se convierta en una distinción radical, esencialista y condenatoria para una de las partes. En todo caso, este mismo reconocimiento de su no esencialidad, de la imposible total diferencia con la otra, transforma la manera en que se comenta y en que se aporta a los sentidos compartidos.

Una vez establecida la imposibilidad de escapar totalmente de la función de comentario, aquí se abrazará y utilizará, pero en un intento de desestabilizarla; si se quiere, de jugar con ella. Por un lado, porque esta tesis pretende elevar a digna de comentario toda intervención pública de cualquier ciudadano que aparezca en la esfera pública (en este caso particular, siempre que ocupe espacio en la prensa en torno a la aparición de la raíz “democr”). Eso no implica (como pretendía el enfermo de Pierre Janet del que Foucault nos habla en su conferencia) perder la cordura dando a cada palabra la transcendencia de los escritos bíblicos; aún menos prescindir de límites en la investigación, sin los cuales ésta no existiría. Pero sí modifica la selección de textos que estudiar, así como la forma de leerlos y de analizarlos.

Por tanto, el discurso que este trabajo eleva a la categoría de acreedor de comentario no es un “texto” concreto, sino un género particular del que y con el que cabe teorizar: los discursos políticos comunes u ordinarios, diarios. Esto, en torno a un periodo concreto que resulta especialmente fértil para pensar la democracia, y apoyándome principalmente en aquello que lograron petrificar en palabras unas publicaciones periodísticas que pueden considerarse representativas del espacio público español en el momento seleccionado. Se trabajará con la intención explícita de clasificar como digno de ser profusamente comentado lo contingente del discurso político, las intervenciones aparentemente irrelevantes, y que en realidad son los ladrillos con que se construye la vida pública misma, día a día. Unas intervenciones que al mismo tiempo producen y reproducen con su martilleante regularidad (con su *iteración*, pues no son ni “eventos” puros ni meras

“repeticiones”⁵) sistemas de ideas más amplios (presentes ausentes), tendencias y predisposiciones y que suelen consistir en comentarios sobre el mundo político, o incluso sobre otros comentarios. Se revela así una estructura de comentarios abierta hacia el exterior, descentrada, que no puede remitirnos sino a la idea derridiana de una “huella” (a su vez, provocada por otra huella, en una regresión para la que no cabe encontrar un origen o presencia pura que la imprimiera). Una estructura de representaciones de representaciones que otros han llamado “intertextualidad” (Fairclough, 2003: 39-62). No sorprenderá por tanto la centralidad que ocupa en este trabajo una idea ya repetida en varias ocasiones: la representación, tanto en su sentido *estrictamente* político como en otros (incluso) más desdeñados (los ontológicos y epistemológicos).

Al contrario del comentario al uso, que “no tiene por cometido, cualesquiera que sean las técnicas utilizadas, más que el decir por fin lo que estaba articulado silenciosamente allá lejos [...] decir por primera vez aquello que sin embargo había sido ya dicho” (Foucault, [1970] 1980: 24) –es decir, el comentario criticado por Arendt–, esta tesis aspira, tras leer y entender lo dicho y no dicho en la prensa, no a meramente repetirlo resumido, sino a analizarlo y reflexionarlo en colaboración con los propios ciudadanos citados y con pensadores que han dedicado tiempo y esfuerzo a la investigación (teórica y empírica) sobre la democracia y sobre otros aspectos a los que la idea de democracia en la prensa nos conduzcan. Para ello, también se recurrirá a los instrumentos analíticos que ofrecen los teóricos del discurso, los historiadores de las ideas políticas, los analistas de las ideologías o los estudiosos de la cultura política, así como a algunos otros discursos no académicos sobre la democracia. Todo esto, sumado a las pocas ideas originales que este autor pueda aportar. El comentario, así pensado, más bien se quiere convertir en un diálogo entre el pensamiento político académico y el pensamiento político común, corriente y público, del que la prensa da buena cuenta al mismo tiempo que contribuye a su conformación.

En este sentido, el presente trabajo no es únicamente descriptivo, aunque con ánimo exploratorio se incorpore el uso de una técnica de investigación empírica. Y no lo es, en primer lugar, porque la descripción y el análisis se asientan sobre un marco teórico que no pretende ofrecer una mera revisión bibliográfica, sino una articulación original

⁵ Las comillas sólo tratan de destacar la necesaria deconstrucción de estos términos, que Derrida llevó a cabo, por ejemplo, en Derrida y Borradori (2003). Al respecto, véase el apartado 2.5.

adaptada al objeto. Por ello, el primer bloque presentará una reflexión sobre algunas tareas de la Teoría Política y sobre los mejores instrumentos conceptuales para tales tareas. En segundo lugar, tampoco se hará una mera descripción de los discursos encontrados en la prensa. Una vez puestos en comunicación los diversos discursos mencionados, se pretende realizar un análisis teórico-político de los mismos, localizando los puntos en los que el significado se convierte en decisión entre opciones no siempre jerarquizables racionalmente; localizando la indecidibilidad radical sobre la que se constituyen: su contingencia. El análisis también reivindicará de forma práctica la importancia de las experiencias tras las palabras, entendiendo que éstas son lo único que nos permitirá recatarlas del magma indiferenciado al que parece tender nuestro mundo cuando no congelamos sus sentidos. Esto no debe llevar a ignorar los intereses que puedan subyacer a los diversos discursos; su legitimidad, eso sí, quedará al juicio del lector.

Se puede decir por ello que este autor aspira a aparecer como creador de una obra que, como tal, sea digna a su vez de comentario; no sólo en tanto que comentario de otro texto, sino en tanto que aportación a la Teoría Política en sí mismo. De esta forma, la estructura del comentario queda destartada por la misma propuesta de investigación, abriéndolo por sus dos extremos –por los textos que son comentados y por su naturaleza comentable– hacia lo infinito.

Quizás un buen ejemplo de esta desestabilización de la función del comentario sean estas mismas primeras páginas. Si, por un lado, este texto está organizado como un comentario de un texto clave, el de Foucault, que estructura el discurso, por otro lado, sirve de excusa para la construcción de un discurso propio. *El orden del discurso* se trata además de un texto que a su vez “comenta” otros textos –que comenta la naturaleza de ser texto mismo y, por tanto, que comenta todos los textos–. Pero en estas primeras páginas espero también aportar algo nuevo que pueda ser comentado, aunque al mismo tiempo comenta lo que más tarde se desarrollará, marcando el tono general, la clave musical, que permita hacer lo siguiente inteligible. Lo que no quiere ser (y tampoco, en realidad, podría ser completamente) es un resumen prescindible o que haga prescindible lo que viene a continuación; esto es, un *mero* comentario.

b. El autor

El siguiente de los principios de enrarecimiento del discurso que Foucault localiza, y un elemento que no puede ser descuidado en una tesis, es el autor. Precisamente esta tesis tiene como uno de sus más importantes objetivos hacer posible la evaluación de este doctorando. Pero Foucault se refiere al “autor no considerado, desde luego, como el individuo que habla y que ha pronunciado o escrito un texto, sino al autor como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia” (Foucault, [1970] 1980: 24). Esta tesis se sitúa al respecto de la cuestión de la autoría en una tradición que pone cuestiona la posibilidad de una identidad esencialista, pasando a entenderla como discursivamente construida e inherentemente dislocada. Es decir, se ponen en cuestión las fronteras mediante las que se delimitan las distintas identidades –colectivas o individuales– desde las que se producen los textos. Entendiendo que la identidad es un elemento discursivo más, puede recurrirse de nuevo al concepto de “huella” que antes se señalaba para tratar de entender en qué forma se tratará aquí al autor una vez privada esta noción del mencionado esencialismo, que habitualmente tiene como primera consecuencia la reducción del todo complejo en que consistimos a las partes que quedan a la vista de la conciencia. Y esto, sin negar la importancia que la experiencia de la autoconciencia tiene y de otros *exteriores* a lo simbólico; sencillamente, recordando la inexorabilidad de la lógica simbólica.

Esta idea de huella pone el énfasis en la manera en que la identidad de un autor remite en realidad a otros, que remite a otros, y así, (casi) infinitamente. Entendida la identidad de este modo, no resultará sorprendente si afirmo que muchas de las menciones y citas, aún atribuidas a terceros, difícilmente podrían desvincularse de la identidad de quien escribe. Estos mismos otros son en muchos casos maestros que han ayudado a construir quién soy como pensador, en algunos casos mediante un trato personal exquisito y su propio ejemplo, como ya ha podido leerse en los agradecimientos. Sin embargo, la gratitud en este texto no será una cuestión meramente personal, sino que se integra metodológicamente a través de la profusión en la citación y notas al pie, que pido al lector sepa disculpar. La autoría de este texto acaba así por ser colectiva, producto de un tiempo y unas lecturas, sin que ello sirva para eludir la responsabilidad individual, pertinente y necesaria (aunque, en último término, imposible). Aquí, sin embargo, comienzan las

discrepancias con Foucault, quien (excepción hecha de sus últimas reflexiones⁶), como maestro de la sospecha, llega –irónicamente– a dejarnos huérfanos de maestros, pues éstos quedan señalados bajo la desconfianza generalizada por ejercer o reproducir la dominación con cada una de sus palabras. Mi experiencia me impide aceptar tal descripción del mundo, pues aprecio –junto a sus vicios– las virtudes del poder.

Además, el texto que aquí se presenta aspira a una identidad de sentido que entiende imposible de antemano, puesto que se sabe abierto a la lectura de quien a él quiera acercarse. Por más claridad que se intente, las lecturas podrán aportar miradas deformantes (y no por ello necesariamente estériles), e incluso mejorar a este limitado autor, quizás identificando mejor que yo mismo lo que se quiso decir. Por ello, aliento al lector desde estas primeras páginas a leer entre líneas, a interpretar más allá de lo explícitamente expresado. Así, quede como objetivo declarado del texto dar pie a nuevas interpretaciones. También quiere el texto resultar en algún grado *terapéutico*, sea en términos académicos o ciudadanos. En definitiva, el lector no puede olvidar que es uno de los autores de este texto, con la consiguiente responsabilidad. Vayan mis disculpas de antemano por el descaro de señalarlo –lo que hago animado por mi responsabilidad hacia la verdad–; también, por los pasajes donde encuentre que puse trabas a su tarea.

Respecto a los textos periodísticos analizados, la figura del autor a veces quedará difuminada en la búsqueda de regularidades y hechos significativos, que son intersubjetivos. Los textos periodísticos están plagados de juegos de autoría, en gran parte consistentes en lo que algunos analistas han llamado “representaciones discursivas” (Titscher et al., 2000: 239). De nuevo, las representaciones. Me estoy refiriendo fundamentalmente a las citas (directas e indirectas) y entrevistas, a los espacios cedidos a autores de una personalidad que supera a la cabecera para la que trabajan (sirva como ejemplo Antonio Gala y su Tronera en *El Mundo*) y a aquellos textos que omiten la autoría (como los artículos sin firmar o los editoriales), a veces marcando de esta forma la identidad del periódico mismo. Pero incluso cuando la identidad del autor deba señalarse por su originalidad o marginalidad, bien se trate de identidades individuales (periodistas concretos) o colectivas (las distintas cabeceras, por ejemplo, o “la izquierda”), no deberá olvidarse que estas identidades remiten inevitablemente a otros puntos de anclaje que, sin

⁶ Me refiero a sus contribuciones en torno a la *parrhesia* y la autenticidad. Debo esta indicación a Jorge Loza y al tiempo compartido en el Seminario Joven de Teoría Política.

embargo, se desvanecen en cuanto intentamos aprehenderlos, superponiéndose –con mayor o menor intensidad– unas autorías sobre otras, sin que por ello pueda disolverse la fuerza creadora individual y, aún menos, su responsabilidad.

Cuando uno encuentra una cita interesante en la prensa, y si el objetivo no es dar cuenta de una de las autorías en juego sino del discurso “en sí”, resulta frecuentemente imposible decidir qué destacar y analizar. Uno duda de si fijarse en las intenciones de aquellos autores citados, tantas veces políticos que quizás sólo repetían el argumentario de algún partido, o en las del periodista que lo cita, quizás con sorna. O si destacar la posición del periódico que consiente y/o anima al vituperio. La decisión tuvo que ser tomada a cada paso, e intenté que el texto transmita este juego de identidades en que el periodismo respira. En todo caso, apoyándome en el trabajo de Ernesto Laclau, Chantal Mouffe o Aletta Norval, decidí poner el acento en lo discursivo y en las fronteras colectivas más importantes que se dibujan entre un “nosotros” y un “ellos” cuando ese nosotros sea “los demócratas”. La decisión es puramente pragmática, ya que estas fronteras se han mostrado como una vía de entrada realmente útil para entender qué es y cómo se utiliza esa cosa que aquí he llamado “la idea de democracia”.

Esta forma de entender la identidad, debe señalarse, también afecta a la identidad de la propia tesis. Aun cuando he procurado aportar cierta unidad de sentido, no he querido tener miedo de retratar las puertas y ventanas, dejando ver que los bordes del objeto son porosos. Por ello, no he dudado en echar un vistazo por dichos vanos cuando me ha parecido que hacerlo aportaba el contexto necesario para entender la cuestión principal, alternando las miradas concéntricas –hacia el objeto– y excéntricas –hacia los elementos adyacentes o periféricos que permiten definirlo–. En definitiva, y contra varias sabias recomendaciones, he tratado de ofrecer una visión general sobre la idea de democracia, de naturaleza tan expansiva, en lugar de limitar la investigación a un solo aspecto bien *identificado*. Esta temeridad tiene como fundamento la creencia en la necesidad de un esfuerzo de comprensión amplio, que no exactamente “holístico”, de este (difuso) elemento de nuestra cultura y nuestras ideologías, pues es desde ese campo amplio y confuso como juega un papel fundamental para nuestras sociedades y para nuestros sistemas políticos. Habrá tiempo más adelante, espero, de estudios más restringidos a partir de la perspectiva general que esta tesis aporta.

c. La disciplina

En tercer lugar, como procedimiento interno de “domesticación” de los discursos Foucault menciona las exigencias que las diferencias disciplinares imponen: “un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas como verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos” (Foucault, [1970] 1980: 27). Esta es la pregunta hegemónica (que pretende resumir el todo) y que surge cuando alguien se pregunta por el orden intelectual de un trabajo de investigación: “pero, ¿a qué disciplina pertenece?”. Contra esta lógica de espacios académicos estancos, esta tesis realiza un trabajo inspirado por la figura del *bricoleur*⁷, tomando prestado todo discurso e instrumento conocido y útil, siendo respetuoso con lo que los autores parecen haber querido decir, pero modificando (articulando) esas ideas al servicio de los objetivos de este trabajo. Esto ha requerido un trabajo teórico que se presentará en los primeros dos capítulos, además de una costosa resignación, de la que ya avisara Weber: “Todos los trabajos que abarcan campos fronterizos [...] se resignan conscientemente, a que el propio trabajo permanezca inevitablemente muy incompleto, aunque estén suministrando en todo caso al especialista *problemas* útiles” (Weber, [1919] 1992: 61). El último bloque de la tesis, dedicado específicamente al análisis de la idea de democracia en España, debe por tanto entenderse más como punto de partida que como punto de llegada, abriendo numerosas preguntas para futuras investigaciones.

En todo caso, esta tesis se reivindica desde su título como un trabajo de Teoría Política, en contraste con otras disciplinas como la Historia de las Ideas, la Historia de los Conceptos, la Filosofía Política o el Análisis de Discurso, de las que sin embargo se toma mucho prestado y con las que en no pocas ocasiones la Teoría Política coincide en objetos y métodos. Queriendo evitar que esta declaración identitaria se reduzca al mero izado de un significante vacío, comenzaré mi trabajo definiendo un conjunto de tareas que, junto a las labores más normativas y empíricas y desde una definición muy particular (arendtiana) de política, constituyen una forma de entender la Teoría Política conveniente para este trabajo.

⁷ Aunque Levi-Strauss contraponía al científico y al *bricoleur* o hacedor de mitos en *Structural Anthropology* [tal y como explica Larraín (2010: 13)], en ningún caso se trata aquí de mantener esta oposición. Más bien estoy explicitando una oculta obviedad, si es que Derrida está en lo cierto al afirmar que “todo discurso es *bricoleur*” ([1967] 2001: 360). “The only weakness of bricolage –but, seen as a weakness is it not irremediable?– is a total inability to justify itself in its own discourse”, en Derrida ([1967] 1998: 138-139).

El deseo de enmarcar el trabajo en esta tradición está desde luego animado por el miedo a convertir el texto en un “monstruo verdadero”, fuera de la verdad por mucha verdad que contenga (Foucault, [1970] 1980: 31)⁸. Pero fundamentalmente se basa en que sólo desde esta tradición, desde estos aspectos de la Teoría Política que reivindicaré, encuentro un abrigo suficientemente persuasivo y adecuado para entender cómo ha ido revelándose/construyéndose el objeto; un marco desde el que comprender el sentido y la lógica de las tareas que aquí trataré de llevar a cabo. Si aceptamos que, según lo dicho, el lector será en parte autor del texto mediante su interpretación, explicitar las características, responsabilidades y límites de la disciplina será doblemente importante.

Esta tesis además aspira a romper con esa “Filosofía Política” a la que Arendt descalificara como oxímoron, al estudio metafísico de “la” política, tendiendo sin embargo otros dos tipos de puentes. El primero, como he mencionado, entre la investigación empírica y la reflexión teórica. No resulta muy original a estas alturas afirmar que la teoría, sin atención por los hechos, tiene tan poco sentido como el empiricismo que desprecia la teoría en su obsesión por la aplicación de un método. Sin embargo, poner este postulado en práctica respetando las coordenadas de la Teoría Política ha constituido uno de los retos más importantes para este investigador y, de considerarse exitoso, espero sea una de las contribuciones más interesantes del trabajo.

La definición de esa lógica de investigación está, en segundo lugar, guiada por la voluntad de ser consciente de y coherente con los puentes que unen a la política misma con su teorización académica, sin que ello suponga colapsar la figura del teórico político en la del ideólogo o en la del filósofo normativo. Se tratará de navegar el aparente dilema entre dos extremos que, por el momento y antes de ulteriores aclaraciones, pueden resumirse en los nombres de Leo Strauss (1957) y Max Weber ([1919] 2009): entre la responsabilidad política del teórico político y la prohibición de hacer juicios de valor desde las Ciencias Sociales. Con esta reflexión se establecerán las coordenadas desde las que intentaré asumir la responsabilidad política de la reflexión teórica sobre lo político y los límites de ésta. Además, dada la particular posición del autor de teoría política, que no sólo es intelectual enclaustrado sino también ciudadano, con una perspectiva única (aun si necesitada de un reconocimiento colectivo en términos de relevancia y razonabilidad),

⁸ No deja esta afirmación de Foucault de ser contradictoria –y por ello apasionante–, al abrir su texto a la transcendencia de la verdad, a la posibilidad de al menos pensar en la existencia de verdades que se antojan al discurso dada la imposibilidad para cambiarlas, algo que el resto del tiempo pareciera negar.

queda asegurado que dos investigaciones puedan ser repetidas desde estos mismos planteamientos sin riesgo de repetirse. Se abre de esta forma la disciplina a su característica fundamental según Foucault: “que haya posibilidad de formular, y de formular indefinidamente, nuevas proposiciones” (Foucault, [1970] 1980: 27-28).

Tras enunciar los tres tipos de mecanismos, Foucault dedicó su conferencia a los principios del análisis del discurso tal y como él lo entendía. Unos principios que, tal y como los presentaba, sospecho que no desestabilizan lo más mínimo la *metafísica de la presencia* descrita por Derrida. Pero el desarrollo de tal aseveración sólo tendría sentido más adelante...

2. SOBRE EL OBJETO: POR QUÉ LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA

La Teoría Política reflexiona profesionalmente sobre las cuestiones abstractas del gobierno, así como la investigación empírica alumbra y contrasta teorías sobre sus reglas y motivaciones. Sin embargo, no sólo hay *teorías* políticas en la academia. Pertrechados de mayor o menor sistematicidad, todos los miembros de una comunidad política cuentan con unos conocimientos y posicionamientos sobre lo político y la política que les permiten comprender y actuar en –con mejor o peor acierto, eso sí– el mundo de las decisiones comunes y las luchas de poder. Como escribiera Gramsci, “todos los hombres, al margen de su profesión, manifiestan alguna actividad intelectual, y ya sea como *filósofo* artista u hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, observa una consecuente línea de conducta moral y, por consiguiente, contribuye a mantener o a modificar un concepto universal, a suscitar nuevas ideas” (Gramsci, 1967: 26).

Las ideas de la ciudadanía son especialmente relevantes en la medida en que los ciudadanos son eso mismo: ciudadanos, partícipes de la vida política de la comunidad. Por tanto, serán de mayor interés cuanta mayor capacidad efectiva tengan para influir sobre la toma de decisiones: en aquellos sistemas políticos en que las opiniones de la ciudadanía estén cargadas de legitimidad y en los que legalmente deben ser escuchadas y, en mayor o menor medida, acatadas. Resumiendo: cobran mayor relevancia en las democracias. Como dice Jentges (2013: 320): “Las bases sobre las que se apoya una sociedad democrática son las personas mismas, cómo se relacionan entre ellos, y los

valores e ideales que deben guiar y conformar su vida en común”⁹. Esto quiere decir que no encontramos ideas únicamente en las palabras declaradas o en el pensamiento, sino también imbricadas en las prácticas de más diversa índole. Especialmente importantes serán para una democracia aquellas ideas que precisamente prescriben qué significa democracia; las que describen su funcionamiento y aquellas que señalan los principales problemas que se localizan en un sistema político llamado democrático en tanto que democrático.

En la España reciente, encontramos un momento clave para la reflexión pública sobre qué es la democracia: la aparición del movimiento 15M. El grito plural y a veces confuso que fue este movimiento puso en el centro del espacio público algunas tendencias que la academia lleva tiempo percibiendo. Los discursos contra “el sistema” y contra “los políticos” se enmarcan en un largo proceso de desafección e insatisfacción con el funcionamiento de nuestras democracias (entre otros, véase Norris, 1999a; Montero et al., 1997; Torcal y Montero, 2006b; Norris, 1999a; Fuchs y Klingemann, 1998; Pharr y Putnam, 2000; Mair, 2006; Galli, 2013; Sánchez-Cuenca, 2014). En nuestro país, estas opiniones se manifestaban de forma contundente en las encuestas del CIS, que nos informaban de que “los políticos en general, los partidos políticos y la política” se habían convertido en un problema persistente para los españoles. También nos hacen saber las encuestas que el funcionamiento del sistema no lograba alcanzar el aprobado, sin que disminuyera por ello significativamente el compromiso con la democracia. No cabía en este sentido sorprenderse ante la amplia simpatía que despertó el movimiento, aunque ciertamente las circunstancias particulares que lo rodearon, la intencionalidad y su fortuna no puedan despreciarse.

No obstante, su lema central, “Democracia Real Ya”, iba un paso más allá de lo esperado, pues cuestionaba no sólo a los actores protagonistas, sino la democraticidad misma de nuestro sistema político, y planteaba la posibilidad de una alternativa *realmente* democrática. Como consecuencia, la cuestión de la polisemia de la palabra democracia y sus usos entró en el debate público, dejando en evidencia nuestras carencias desde la academia al respecto de, al menos, cuatro aspectos fundamentales:

- a) las dimensiones de significado de la idea de democracia en nuestro país;

⁹ "The foundations on which a democratic society rests are the people themselves, how they relate to one another, and the values and ideals that are meant to guide and shape their communal life".

- b) para qué se usa la idea y qué fronteras dibuja este uso;
- c) cuáles son las críticas al sistema democrático, no sólo en tanto que sistema, sino en tanto que democrático –o, dicho de otra forma, qué cuestiones distancian la percepción del funcionamiento del sistema político español del ideal democrático abrazado por sus ciudadanos–; y
- d) cómo se entiende la *naturaleza* de la idea o cuál es el orden intelectual de la idea misma. En otras palabras, cuáles son las peculiaridades que caracterizan a la forma en que se concibe la idea, más allá de los significados que comunican sus más comunes significantes. Como mencioné, ello incluye el “*status* de fundamento” u ontológico (Laclau, 1998) que se le atribuye; esto es, la creencia en la posibilidad o imposibilidad de hallar un fundamento absoluto a su sentido. Pero también la relación entre la democracia y los otros valores (monista o pluralista), la creencia en la posibilidad o imposibilidad de su implementación completa, el reconocimiento de la irracionalidad moral del mundo o su mayor o menor flexibilidad para aceptar como legítimas distintas formas de concebir el ideal y distintas institucionalizaciones de éste.

Como advierte Norris, el llamado “déficit democrático” podría estar alimentado por “expectativas irracionales, infladas, desinformadas o inexactas sobre esta forma de gobierno” (Norris, 2011: 142)¹⁰. Y a esta posibilidad hay que sumar la existencia de diversos *modelos* de democracia, de los que se derivan exigencias normativas diversas sobre nuestra realidad. Es más, cada modelo puede que se articule él mismo sobre dimensiones que entran en tensión entre sí. Como bien resumía Daniel Innerarity (2016: 71), “es necesario que todos revisemos nuestras expectativas en relación con [la democracia] y examinemos si en ocasiones no estaremos esperando de la política lo que no puede proporcionar o exigiéndole cosas contradictorias”.

No obstante, debe tenerse en cuenta que nuestras sociedades ni funcionan con ni descansan sobre conceptos que aspiren a la sistematicidad o racionalidad. De hecho, los conceptos más importantes, precisamente por serlo, aparecen implicados en la lucha política, poniéndose al servicio de usos legitimadores, condenatorios o movilizadores,

¹⁰ “Democratic deficits could rest upon irrational, inflated, uninformed, or inaccurate expectations about this form of governance – and thus low levels of political knowledge – especially in societies that lack historical experience of how democracies work”.

entre otros. A veces, el debate político se centra explícitamente en definirlos y, continuamente, se hace implícitamente. Todo ello partiendo de formas más o menos conscientes de entender el orden intelectual de los ideales, que pueden resultar también problemáticas. El conocimiento sobre estas características de las concepciones de democracia ayudaría a encontrar fallas en los argumentos y a pensar en qué forma podría corregirse la alienación que percibimos. Al menos, permitiría conocer y entender mejor esos desacuerdos, constituyendo así una forma en que la Ciencia Política puede contribuir decisivamente a la autocomprensión de nuestras comunidades políticas, de las diferencias que albergan y a la calidad de sus debates.

La faceta empírica de la tesis se centra en el estudio del discurso político, verbalizado o incorporado en otras prácticas, en acción, concreto y ordinario, entendiendo que su análisis es una parte importante del trabajo que debe hacer la Teoría Política (Freeden, 2006: 15). No obstante, como se acaba de dejar entrever y se dijo en las primeras páginas, se reivindicará que existe un conjunto de actividades que podrían considerarse propias de la Teoría Política que no se reducen a un trabajo descriptivo de la realidad, y que tampoco consisten en hacer juicios de valor autónomos. Argumentaré que la Teoría Política no sólo tiene relevancia teórica, sino que también puede tenerla *política* (en un sentido arendtiano de política) cuando presenta diálogos entre discursos de ámbitos dispares para analizarlos con la vista puesta en las experiencias en que se sustentan, en la lógica y en la imaginación de alternativas e hipotéticas consecuencias, así como en los hechos y las causalidades probables (que suministran los investigadores con mayor dedicación a lo empírico).

Como primer esbozo, podría decirse que la parte más empírica de esta tesis, de carácter exploratorio, busca “la regla” (o reglas) que dicta cuándo se puede llamar a algo democrático/a y cuando no; es decir, sus normas de su uso. Sin embargo, como sugiere la expresión “juegos del lenguaje” de Wittgenstein, el estudio de las reglas no es suficiente, sino que debe atenderse a la práctica concreta. En este sentido, debe hacerse una puntualización antes de continuar. Al usar aquí términos como “idea”, “concepciones” o “ideal”, en ningún caso se está hablando de entelequias puramente transcendentales, sino que se pretende nombrar prácticas concretas, materiales, bien mentales, verbalizadas o no, bien incorporadas en otras prácticas, siempre simbólicas, y que requieren de y apuntan a elementos transcendentales. La tesis asume por tanto que el lenguaje no es mero medio, sino que juega un papel crucial en la construcción de lo que tomamos por realidad; de lo

imaginario, en términos lacanianos. Se entenderá aquí que lo simbólico y lo imaginario, insisto, se manifiestan en la acción humana, quedando así imbricados en prácticas, instituciones y demás producciones humanas, generando sedimentaciones que van mucho más allá de las palabras. Todo ello, en relación con un mundo que no deja de reclamar su externalidad al discurso; su carácter “real”.

La relevancia de las concepciones de democracia para el desarrollo político es rotunda para aquellos que aceptan el extremo de que “las relaciones sociales son expresiones de ideas acerca de la realidad” (Winch, [1958] 1972: 27-30), o que “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (Wittgenstein, [1921] 2010: 5.6). Esta preocupación por el papel que juega el lenguaje en la construcción del mundo es lo que se ha venido a denominar giro lingüístico. Un giro profundamente influido por la fundación de la lingüística estructural a partir del trabajo de Ferdinand de Saussure ([1916] 2011) y la aspiración positivista de avanzar, reproduciendo su formalismo, hacia el establecimiento *del* paradigma¹¹ para las Ciencias Sociales. Por otro lado, no puede menospreciarse el impacto del pensamiento de Wittgenstein (especialmente, de lo que se ha venido a llamar el “segundo” Wittgenstein). Esta tesis, que no podrá detenerse a presentar estas bases estructuralistas, efectivamente se enmarca en este giro lingüístico, una vez limado su inicial pulso positivista. Para precisar la perspectiva, se articulará una teoría del discurso marcada por una decidida mirada postestructuralista, cuyas bases sí se desarrollarán.

El paradigma postestructuralista no sólo proveerá la perspectiva, sino también algunas herramientas fundamentales, como la idea de frontera tal y como la definiera Laclau, la problematización foucaultiana (que permite pensar cómo se entiende la democracia a partir de los problemas que se construyen con ella) y, particularmente, la deconstrucción derridiana (que sugiere, a partir de las aporías constitutivas de un discurso o texto, señalar su contingencia; dicho de otro modo, pensarlo). Sin embargo, al encontrar algunas limitaciones fundamentales en la Teoría del Discurso, me he visto en la necesidad de desarrollar con cierta amplitud un marco teórico que incorpore otras herramientas conceptuales menos a la moda, pero de gran utilidad. Por ello, se prestará atención a algunos estudios clásicos sobre Cultura Política, Ideologías, Historia de las Ideas e

¹¹ No en el sentido de Kuhn (1989), para quien los paradigmas se suceden, sino entendiendo que existe una única forma correcta de acercarse a la realidad.

Historia de los Conceptos. En el diálogo entre estas disciplinas se hallarán respuestas a las diversas limitaciones encontradas en ellas, construyendo así la base desde la que realizar la investigación.

La prensa en papel resulta un lugar privilegiado para la observación de los discursos corrientes u ordinarios. Es así porque en este lugar del espacio público confluyen varios fenómenos nada desdeñables. Por un lado, la prensa vive dentro de la cultura política más general, del “sentido común”, a la vez que lo construye. Por otro, en ella se dan encuentro las expectativas y voces de los lectores con los deseos, palabras y concepciones de las élites políticas, económicas o intelectuales. Finalmente, el filtro de todas estas influencias son las prácticas, concepciones e intereses periodísticos, por lo que este trabajo adquiere en último término, y aunque se mantenga generalmente implícita, una dimensión ética: se trata de la responsabilidad de la prensa, así como de los actores que en ella aparecen, en la formación intelectual y política de la ciudadanía. Como se verá, pese a la presente crisis de la prensa en papel, en el momento elegido para análisis seguía ocupando una centralidad en la esfera pública que permite entenderla como indicador o representante clave de la cultura e ideologías predominantes en aquel momento.

Por su lado, el movimiento 15M no es en sí mismo el objeto de esta investigación. Pero sí son parte importante del objeto las disonancias que pueden hallarse en su origen y las fronteras que con esta base se delimitan. Queriendo aprovechar el debate público generado en torno a cuestiones claves sobre el significado y los problemas de la democracia durante los primeros días del 15M, coincidentes además con el final de una campaña electoral y unas elecciones, así como con las reacciones por la participación de Bildu en aquellas elecciones y con las noticias acerca de la llamada *primavera árabe*, el marco temporal del análisis incluye desde el día previo a la marcha que dio comienzo al movimiento, incluyendo los días de su máxima actividad y hasta los dos días posteriores a las elecciones regionales y municipales (entre el 14 de mayo y el 24 de mayo de 2011, ambos inclusive).

Aceptando las limitaciones de tiempo y medios, el centro de esta tesis serán cuatro periódicos como representación de la “prensa española de calidad” (en un sentido extraordinariamente restringido: centralista o desde Madrid, si se quiere), con la intención explícita de evitar profundizar en la cuestión centro-periferia, clave para el uso de la idea de democracia, pero merecedora ella sola de una atención que esta tesis no podrá

proporcionarle sino tangencialmente¹². Dada la amplitud del concepto de democracia, sólo se tratarán los temas que aparecen como claves en los días analizados, tratando no obstante de ofrecer al llegar a las conclusiones un mapa general de esta expansionista idea.

Hay un tema fundamental que atraviesa toda la tesis, aunque no sea el objeto directo de la misma: la idea de representación. En primer lugar, la idea aparece en el esperado sentido de representación política, como relación central de la política democrática que aparece como tema fundamental en la prensa debido al cuestionamiento de su teoría y su práctica (“no nos representan”). En segundo lugar, será imprescindible para entender el estatus u orden intelectual de la idea de democracia.

Ciertamente, no es lo mismo entender el concepto de democracia como mera cáscara vacía de significado, cuya función no sería sino la de un arma arrojadiza en la lucha política cargada de legitimidad, que considerar que el término *remite a algo* en una conexión que debe cuidarse. Y tampoco es indiferente lo que sea ese “algo”, pues no es igual concebir la palabra democracia como *representación* verbal de una esencia eterna e inmutable (que incluso sea capaz de armonizar el resto de valores bajo su manto), que pensar que la palabra sencillamente recoge experiencias históricas concretas relativamente exitosas. Finalmente, no es igual considerar que en el mundo pueden darse objetos que encarnen fielmente el ideal democrático, en lugar de aceptar que la realidad, por mucho que podamos conducirla hacia nuestras idealizaciones, siempre será una imperfecta *representante* de éstas. Huelga reseñar tras lo escrito en las primeras páginas que, además, la representación jugará también un papel central a la hora de establecer las asunciones epistemológicas que subyacen a esta tesis. De ahí, por ejemplo, la elección de la prensa como espacio representativo a estudiar.

En último término, esta contribución propone al lector preguntarse si estas ideas de democracia que predominan en nuestro espacio público tal y como lo recoge la prensa de prestigio seleccionada sugieren la necesidad de cambios en el sistema político; o si, en tanto que los resultados muestren grandes contradicciones e incongruencias internas, se puede hablar de un pobre nivel de conocimientos y habilidades políticos. También se desea suscitar una reflexión sobre si estas incongruencias son sin embargo claves en su

¹² En fechas recientes, el problema catalán (que no es sino el sempiterno problema español) ha vuelto a situar la palabra “democracia” en el centro del debate público. Se abre así una posibilidad futura de nuevas investigaciones, en la línea de ésta, que analicen la idea de democracia en este nuevo contexto.

capacidad de generar tanto la potencia movilizadora que una democracia demanda como la obediencia que todo sistema político necesita. En definitiva, se propone reflexionar sobre si dichas ideas son coherentes internamente, si son compatibles y consecuentes con la configuración actual nuestro sistema político o acaso con algún sistema político posible en absoluto.

Aunque la tarea es extraordinariamente amplia y, por tanto, esta tesis no podrá detallar cada aspecto relacionado con su objeto, se consideró imprescindible esbozar una perspectiva general, aunque fuera a un nivel exploratorio, sobre estas cuestiones. Será por tanto imprescindible profundizar en posteriores investigaciones en cada uno de los diversos campos que quiere abrir esta tesis para posteriores esfuerzos de profundización; al menos, mientras el principal “genio invisible de la ciudad”¹³ —la base de legitimidad sobre la que se fundamenta el sistema— siga llamándose “democracia”.

3. LA ESTRUCTURA DE LA TESIS

Este trabajo está dividido en tres bloques o partes. El primero de los bloques, formado por los capítulos uno y dos, constituye el marco teórico de la tesis, donde se definirá la mirada y las herramientas conceptuales con los que se conducirá la investigación. Como objetivo de fondo se plantea el modo de relacionar la Teoría Política con la investigación empírica, a la vez que se reflexiona sobre la relación entre nuestras ideas políticas y los “hechos”. Para comenzar, el capítulo uno reflexionará sobre qué es la Teoría Política y, en concreto, tratará de definir una lógica de investigación dentro de la Teoría Política que sea específicamente *política* (en un sentido arendtiano). La articulación de dicha lógica de investigación implicará la descripción de una serie de tareas y responsabilidades que constituyen los pilares disciplinares de la tesis, no exentos de un elemento aporético que oportunamente se señalará.

En el segundo capítulo trataré de definir mejor la naturaleza del objeto repasando algunas de las disciplinas clave que han estudiado la cultura política, las ideas políticas, los conceptos políticos fundamentales, el pensamiento político, las ideologías o los discursos. Se pretende así evitar que esta pluralidad de palabras y disciplinas impida saber si se está hablando de objetos equivalentes o no en ámbitos de conocimiento como la

¹³ Tomo de Guglielmo Ferrero (1992) la metáfora.

Historia de las Ideas Políticas (abordada a partir del replanteamiento de Skinner), la Historia de los Conceptos tal y como la planteara Reinhart Koselleck, los estudios de Cultura (Geertz y Almond y Verba), los diversos estudios sobre ideologías políticas (desde Mannheim, Freedman o Žižek hasta las contribuciones de Berlin y Voegelin) o los estudios postestructuralistas sobre el discurso (principalmente según las aportaciones de Foucault, Derrida, Laclau y Mouffe).

Este capítulo segundo será además el lugar donde señalar las ventajas y limitaciones de una ontología postfundacionalista, apoyada en la Teoría del discurso, articulando a la vez algunas de las herramientas conceptuales de esas otras disciplinas vinculadas a la Teoría Política. Plantear el orden del objeto de investigación, la forma en que aquí se concibe la “idea de democracia”, permitirá a su vez adelantar algunas de las distintas formas en que los ciudadanos pueden estar entendiendo (de forma no necesariamente consciente o elaborada) su idea de democracia; esto es, el orden intelectual que caracteriza a dicha idea.

La segunda parte de la tesis enmarca y define el trabajo empírico a realizar. En primer lugar, el capítulo tres presentará los principales trabajos que hasta la fecha han abordado objetos similares al aquí investigado, así como la inconveniencia de aplicar directamente al objeto los conocidos “modelos de democracia” dados los objetivos definidos en el primer capítulo. Este repaso permitirá además localizar las limitaciones y potencialidades de las metodologías empleadas en dichos estudios, pero también recuperar el conocimiento acumulado al respecto de lo que significa democracia en España y otros contextos, descargando la tesis de algunas tareas ya realizadas. El repaso de estos trabajos también ofrecerá pistas sobre cómo abordar la diversidad de usos, significados y el orden intelectual de la idea de democracia. A continuación, el capítulo cuatro explicará con mayor detalle la elección de los periódicos en papel como espacio de observación y del periodo en torno al 15M como tiempo, así como la técnica de investigación elegida (análisis de contenido cualitativo) para, finalmente, presentar el árbol de codificación creado al efecto.

Será entonces cuando pueda comenzarse la tercera parte de la tesis: la presentación, análisis y posterior reflexión sobre lo hallado en la prensa. Estos capítulos darán una perspectiva general de las dimensiones de significado, usos y contextos de la idea de democracia, aprovechando para ello las fronteras que se construyen a su alrededor. El

capítulo cinco está dedicado a la frontera histórica y geográfica, definida principalmente mediante la oposición de “la democracia” (el periodo, sistema político y sociedad española de los últimos 40 años) con “la dictadura” franquista, así como la diferencia entre “las democracias” y los países árabes que en aquel momento eran protagonistas de una fallida ola democrática.

El capítulo seis se encargará de trabajar sobre otras dos fronteras. Por un lado, aquella que se establece en el debate entre partidos políticos al descalificar a los adversarios como poco democráticos. Por el otro, aparece la oposición de la democracia a los medios violentos y, en consecuencia, a ETA. A continuación, el capítulo siete tratará del 15M y sus críticos. En este capítulo siete se incluirán, al hilo del 15M, los principales problemas que se atribuyen a la democracia española en la prensa, prestando especialmente a la cuestión de la representación. Finalmente, en el capítulo ocho se recopilarán las principales conclusiones alcanzadas, incluyendo las dificultades encontradas y las cuestiones abiertas.

PRIMERA PARTE.

MARCO TEÓRICO: PERSPECTIVA Y HERRAMIENTAS CONCEPTUALES

Capítulo 1

Una perspectiva de análisis desde la Teoría Política: entre la interpretación descriptiva o explicativa y los juicios de valor

Presentar como una decisión consciente el contexto disciplinar de mi tesis, como si existiesen definiciones claras de las distintas posibilidades, sería falaz. Por un lado, porque no existe unanimidad sobre qué es esa cosa llamada “Teoría Política”. Pero, además, porque la misma delimitación del objeto, desde cuya naturaleza se suele justificar el método, presupone la existencia de la perspectiva que se pretende defender¹. En todo caso, se puede y se debe irrumpir en medio de esta circularidad –que no es sino la del círculo hermenéutico²– para delimitar en qué consiste la mirada adoptada, contextualizando la decisión en las corrientes de debate al respecto.

En este capítulo desarrollaré una reflexión acerca de un tipo de trabajo intelectual, perspectiva de análisis o lógica de investigación que creo merece un lugar relevante dentro de la Teoría Política, y a cuya delimitación trataré de contribuir. En este sentido, quizás sea necesario subrayar de forma preventiva que en ningún caso considero que las actividades que describiré sean las únicas dignas de ser llamadas “Teoría Política”, dado que la definición del objeto es en sí misma esencialmente controvertida, y en relación con ella se define (en una relación de influencia recíproca) la perspectiva. Aunque la Teoría Política es considerada habitualmente como bímembre, con las tendencias normativas por un lado y las empiristas por otro, es en realidad una disciplina plural, y en ello reside gran parte de su riqueza e interés. Por ello, debe dejarse claro desde el principio que el problema que motiva este capítulo no es de especialización: de que algunos ejerzan de forma más superficial algunas de las tareas de las muchas que realiza la disciplina para centrar sus

¹ Lo que esta frase está implícitamente cuestionando desde una perspectiva postestructuralista es la diferencia entre el objeto material y el objeto formal, salvo que quiera entenderse el objeto material como lo “real” lacaniano. De lo contrario, el objeto siempre-ya estará siendo conocido desde un discurso; esto es, desde una perspectiva. Las reflexiones de índole epistemológica encontrarán un espacio, aunque sea limitado, en el siguiente capítulo.

² Al menos, en su dimensión metodológica. Véase Mantzavinos (2016).

esfuerzos en otras. El riesgo identificado consiste en la ocultación y abandono de ciertas labores en la teorización, lo que puede llevar a que sean rechazadas y/o realizadas sin una reflexión previa sobre las posibilidades, limitaciones y condición de su práctica. Ciertamente, existen multitud de trabajos previos que ejemplifican la lógica de investigación que aquí se presenta³. La aportación de este capítulo, sin embargo, será proveer de una reflexión disciplinar que suele estar ausente en favor del trabajo sobre el objeto.

El trabajo de este capítulo, además, no pretende delimitar una disciplina cerrada a la que llamar Teoría Política, sino diferenciar una lógica de investigación que puede estar presente con mayor o menor intensidad en diferentes investigaciones y ámbitos de estudio de lo político, dentro y fuera de la Ciencia Política⁴. Lo que sí se intenta sugerir es que la Teoría Política es el espacio específicamente responsable de estas tareas, sin perjuicio de otras que pueda desarrollar la disciplina.

Esta lógica debe diferenciarse (aunque no pueda lograrlo de forma radical, como se señalará) de dos extremos reduccionistas: por un lado, de las formas puramente empiristas e incluso positivistas de concebir la Teoría Política y que, como advirtiera Wolin (1969: 1063), amenazan con “despolitizar” la disciplina, con el consiguiente riesgo de sumir al conjunto de la Ciencia Política en la irrelevancia: en el sin sentido resultante de la obsesión por el método⁵. Pero esta lógica también debe diferenciarse de la rama específicamente normativa de la Teoría Política, que coincide fundamentalmente con lo que aquí se llamará Filosofía Política. Es decir, los trabajos que ejercitan la razón en busca de

³ En la academia española, precisamente abordando estas dificultades para definir la disciplina, es muy merecido reconocer el trabajo realizado por muchos de nuestros mejores teóricos políticos desde el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, que se concretó en la obra editada por Wences (2015b). También el grupo de investigación Foro Interno, en torno a la figura de Javier Roiz (2003), ha dedicado esfuerzos significativos esta labor. Finalmente, existen innumerables investigaciones de gran calidad que, sin parar especialmente a realizar una reflexión meta-teórica, ponen en práctica con indudable calidad la lógica de investigación aquí descrita. En el ámbito más cercano, trabajos como los de Oñate Rubalcaba (1998) del Águila (2008), Innerarity (2016) o Martínez-Bascuñán y Vallespín (2017) son claros y fructuosos referentes.

⁴ Por ejemplo, un economista podría aplicar esta lógica de investigación para conocer y debatir las distintas concepciones de mercancía o de mercado y comprender los conflictos por imponer estas concepciones, ya sea en la sociedad en general o en la academia en particular. Mientras se trate de conceptos que no responden a una lógica interna propia de las disciplinas y sus objetos, sino a juicios de valor, esta lógica de investigación sería aplicable.

⁵ Esta despolitización la explica Wolin (1969: 1078-1079) como falta de “public concern”, del reconocimiento de la responsabilidad como investigadores “for the political and social consequences of their inquiries”. Al respecto del método, en palabras de Voegelin (2006: 19): “La subordinación de la relevancia teórica al método pervierte el que es por principio el sentido de la ciencia”. En las de Sartori (1974: 150-151): “No one denies that measurement is better than impressionistic estimates [...]. The caution is, then, that quantifiability does not constitute, per se, a criterion of relevance”.

universales, dirimiendo qué son “la justicia”, “la política” o “la democracia”, cuando no practicando un descenso a las circunstancias no ideales que enjuician desde valores que hacen propios, constituyendo así el equivalente académico de la producción ideológica. De nuevo, no se trata de condenar estas actividades como indignas de la academia, sino de diferenciarlas de aquellas tareas que tratará de realizar este trabajo.

El capítulo comenzará mencionando sucintamente las principales discrepancias al respecto de la definición de la disciplina para mostrar la existencia de este (parcialmente) falso dilema entre la interpretación descriptiva y explicativa (que, al describir motivaciones, puede llegar a explicar) y la prescripción (la realización y santificación de juicios de valor) (apartado 1.1). La argumentación tratará de mostrar que no todos los caminos de investigación pueden entenderse como una elección de uno de estos extremos. Tampoco como una mera combinación. Lo que se reivindica es que existe un exterior (no completo, eso sí) a la oposición misma. Es decir: trataré de argumentar que este dilema oculta una lógica de investigación valiosa y practicable. La tercera parte de esta misma tesis procurará ser prueba de ello.

Una vez presentados los problemas de identidad de la disciplina, recurriré al trabajo de Michael Freeden, quien ha tratado de abrir el campo de la Teoría Política al estudio de las ideologías, como ejemplo de un investigador que, con su práctica, limita a lo empírico el significado de la Teoría Política (apartado 1.2). Las teorizaciones de Freeden, sin embargo, servirán como trampolín para definir esas otras tareas de la Teoría Política. Este potencial en el trabajo del británico no debería ser sorprendente si se conoce la influencia de Max Weber en su pensamiento, y si se entiende que Weber, al contrario de las muy extendidas simplificaciones de su pensamiento, no estableció un cordón sanitario absoluto entre los juicios de valor y la Ciencia. Tratando de recuperar la figura de Weber para esta forma de trabajar desde la Teoría Política, recordaré el carácter fundante para las Ciencias Humanas que el pensador atribuía a los valores culturales, aunque la Ciencia deba evitar realizar o bendecir con su manto de autoridad dichos valores. A esto y a presentar las posibilidades que Weber aportó para el estudio científico de los juicios de valor dedicaré el apartado 1.3.

Finalmente, añadiendo a estas aportaciones de Max Weber y Michael Freeden aquellas realizadas por Hannah Arendt, en el apartado 1.4 concretaré las tareas y responsabilidades *políticas*, en el sentido que Arendt da a la palabra y siguiendo su

ejemplo, pueden derivarse del objeto de la Teoría Política. Se trata de una lógica investigadora que puede considerarse política no sólo por la naturaleza política de su objeto, sino también por lo que hace y cómo lo hace, sin por ello renunciar a su carácter *científico* (libre de toda connotación positivista), dentro de la Ciencia Política.

1.1 PROBLEMAS EN TORNO A LA IDENTIDAD DE LA TEORÍA POLÍTICA

Ciertamente, la Teoría Política ha sido considerada en crisis tantas veces que incluso llegó a ser pertinente preguntarse si aún existía (Berlin, 1978 [1962]) o por cuánto tiempo más lo haría (Cobban, 1953). Tanto autores tan optimistas como Parekh, que achaca la percepción de crisis disciplinar durante los años 50 y 60 a malentendidos, como aquellos que marcan el final de tal crisis en la publicación en 1971 de *A Theory of Justice*, de John Rawls, admiten que es necesario repensar la naturaleza y alcance de la disciplina (Parekh, 1996: 514). Una necesidad tan acuciante que se habría convertido en una “febril procura contemporánea de su identidad como disciplina intelectual” (Máiz, 2005: 18).

La definición de esta identidad no podrá realizarse sino describiendo los rasgos y tareas propias que la caracterizan y que la diferencian de otros tipos de producción intelectual cercanos: de la Historia de las Ideas Políticas, de la Filosofía Política, de la Ciencia Política empírica o de la promoción de ideologías y de decisiones políticas derivadas de cierta visión del mundo. Como resume Sheldon Wolin, la relación de la Teoría Política con estas disciplinas y con el mundo político real es fuente de una controversia e incertidumbre perennes⁶ (Wolin, 2000: 3).

Por un lado, algunos han querido entender que la Teoría Política no puede ser sino parte de la Ciencia Social, habitualmente reduciéndola a un trabajo descriptivo de conceptos, ideologías y/o discursos. Precisamente porque la Ciencia Política empírica no siempre ha dedicado atención a la parte simbólica de su objeto, a veces se sugiere que la Teoría Política podría encontrar en las labores interpretativas y aclaratorias su espacio propio como Ciencia Social. Una Ciencia Social que se interpretaba frecuentemente desde posiciones ciertamente positivistas, en el marco de la hegemonía que el behaviorismo

⁶ “A perennial uncertainty and controversy have accompanied political theory: about its relationship to political and social science, to philosophy, and to history, as well as its relationship, if any, to the «real» political world”.

llegó a alcanzar en la Ciencia Política. En otras interpretaciones aún más radicales, especialmente durante los años 50 y 60, simplemente se concluyó que no hay más Teoría Política legítima que aquella fruto de la inducción estadística (Harto de Vera, 2006: 165-167).

Las limitaciones de esta definición de la Teoría Política son varias. Principalmente, no ofrece respuesta al riesgo de irrelevancia de la Ciencia Política por pura obcecación metodológica. Además, abandona a su suerte tareas que exceden las posibilidades de los métodos empíricos. En consecuencia, el encaje de la Teoría Política se realiza empobreciendo al conjunto de la Ciencia Política, que pierde tareas tradicionalmente importantes. Las dificultades para reivindicar tales tareas, que algunos dieron por superadas con el resurgimiento de la Filosofía Política en torno al trabajo de Rawls ([1971] 1999), parecerían ahora resurgir como producto de la propia madurez de la disciplina, tal y como señala Andrew Rehfeld (2010). Este último autor, de los más generosos de la corriente empiricista, considera posible mantener el análisis conceptual y normativo dentro de una Teoría Política que forme parte de las Ciencias Sociales. Sin embargo, en su opinión, la Teoría Política tendría que pagar el precio de renunciar a la promoción de todo fin político, y también exiliar a la Historia del Pensamiento Político fuera de su campo (Rehfeld, 2010).

Otro buen ejemplo de esta tendencia empirista puede encontrarse en el análisis de ideologías de Michael Freeden (1996). Por mucho que con sus palabras abra más posibilidades de las que su práctica sugiere, tras sus afirmaciones a favor de considerar a la Teoría Política como una Ciencia Social subyace la creencia en que es posible formular teorías sobre el funcionamiento de los conceptos y sus relaciones. Se trata desde luego de un trabajo necesario, al que aquí se le dedicarán un buen número de páginas. Sin embargo, por esta vía, el espacio reservado para la Teoría Política corre el peligro de quedar reducido a Teoría del Discurso y a un trabajo empírico descriptivo y explicativo, histórico en definitiva, del pensamiento político, eliminando por el camino el potencial de reflexión, comprensión y crítica característico de los grandes referentes de la disciplina. Si a la dificultad de un trabajo *teórico* de tal envergadura⁷ se suma un relato sobre la genealogía de nuestras facultades universitarias, no resulta sorprendente que éstas acaben divididas

⁷ Tómese como ejemplo de esta complejidad el trabajo *The political theory of political thinking*, de Freeden (2013).

entre empiristas y “teóricos”, y que estos últimos vean sus asignaturas reducidas al relato histórico del pensamiento político de figuras notables; en definitiva, a la clásica Historia de las Ideas Políticas. De esta forma, enseñamos pensamiento político del pasado, pero no siempre podemos enseñar a *pensar políticamente* desde la academia⁸, aunque en el fondo todos los politólogos –el más empirista incluido– anhelemos que los alumnos adquieran esta habilidad (y, con suerte y esfuerzo, a veces por pura ósmosis, algunos lo hagan).

El mayor peligro que presenta este reduccionismo empirista reside en que la censura a toda reflexión sobre los juicios de valor conduce, ante la urgencia de las cuestiones normativas, a la descuidada reintroducción de dichas cuestiones *por la puerta de atrás*. De este problema sirven de ejemplo, entre otros, algunos pasajes de Quentin Skinner. No deja de ser sintomático que alguien que ha consagrado tanto esfuerzo a la definición metodológica de la Historia del Pensamiento Político no dedique en sus principales trabajos una línea a definir en qué consisten las teorías políticas que considera su objeto de estudio, en qué se diferencian del contexto intelectual en que se enmarcan, o en qué condiciones puede un trabajo de carácter racional derivar en consideraciones normativas y de qué naturaleza serán tales consideraciones. Y, sin embargo, en ocasiones parece que su trabajo como historiador incluiría aquél habitualmente atribuido a la Filosofía Política:

La clase de indagación que estoy describiendo nos ofrece un medio adicional de reflexionar sobre lo que creemos, y por ende, de fortalecer nuestras creencias actuales a través de contrastarlas contra otras posibilidades alternativas, o incluso, de mejorarlas si llegamos a reconocer que las alternativas son, además de posibles, deseables (Skinner 2002, 222).

Coincido plenamente con Skinner en el valor teórico y político de estudiar la historia del pensamiento. Sin embargo, el británico en ningún momento plantea las condiciones en las que la Ciencia puede “reflexionar sobre lo que creemos”. De la prohibición (no hay teorías políticas que no sean ejemplos de ideología, y la Historia produce algo distinto) se pasa inmediatamente a una suplantación metodológicamente irreflexiva. Así, en su argumentación final del artículo *Una genealogía del Estado moderno*, a favor de la comprensión del Estado como persona ficticia, llega a enunciar lo siguiente: “Me gustaría

⁸ Me refiero con tal cosa, desde una concepción arendtiana de la política, a discernir, a representar sentidos y a entender y extender el mundo simbólico común, así como a aprender a juzgar bien y a discurrir de forma comprensible, incluyente, sutil, imparcial, sugerente e incluso convincente. En el apartado 1.4 se pormenorizarán las tareas del pensamiento político y, particularmente, de la Teoría Política.

terminar explicando por qué estoy de acuerdo con que este elemento de nuestra herencia intelectual necesita ser reevaluado y, de hecho, reinstaurado” (Skinner, 2010: 48)⁹. Skinner da por tanto el salto de la descripción histórica a la prescripción conceptual; y lo hace sin reflexión alguna sobre las limitaciones y posibilidades de esta forma de producción académica –dicho de otro modo, sobre las características de la disciplina que mejor podría hacer tal reflexión–.

Este mismo problema puede encontrarse entre diversos politólogos que, tras reducir nuestra disciplina a la observación metodológicamente guiada de fenómenos políticos, intentan recuperar la posibilidad de construir sentido y obligaciones morales exclusivamente a partir de dichas observaciones. Uno de estos intentos de construir una teoría normativa de la democracia a partir de elementos empiristas puede encontrarse en el trabajo de Becker (1990). Como Habermas ([1992] 2005: 366-371) subrayó, la propuesta de Becker sólo se sostiene a base de contradicciones, llegando a introducir “de contrabando” (en palabras del propio Habermas) criterios normativos. Al final, “uno se entera de que el autor, para permanecer fiel a sí mismo, sólo puede entender, en el mejor de los casos, su teoría como *«propaganda cosmovisional en favor de la comprensión que el liberalismo tiene del Estado de derecho»*” (Habermas, [1992] 2005: 371). Es decir: como la realización y promoción de unos particulares juicios de valor desde la academia.

En sentido opuesto, contra la consideración de la Teoría Política como Ciencia Social, otros autores han concluido que la Teoría Política “es prácticamente lo mismo que eso que se llama *Filosofía Política*” (Vallespín, 2011: 28, n. 1). Por ejemplo, en el artículo *¿Existe todavía la teoría política?*, Isaiah Berlin consideraba que las preguntas que afronta la Teoría Política son del tipo “¿por qué debo obedecer?”, siendo la cuestión fundamental “no la de la génesis y condiciones de desarrollo, sino la de su validez y verdad” (Berlin, [1962] 1978: 155-156). Por ello, para Berlin es “ineludible” que la Teoría Política “haga juicios de valor” (García Guitián, 2001: 23). David Easton, por su parte, señaló la existencia de una crisis en la Teoría Política por haber quedado reducida a Historia de las Ideas Políticas, dejando de lado aquello que el politólogo canadiense consideraba como principal función de la disciplina: “la construcción creativa de esquemas valorativos de

⁹ Debo la referencia y ejemplo a Joaquín Abellán, aunque he variado su uso, quedando su pertinencia bajo mi exclusiva responsabilidad.

referencia” sobre una base empírica¹⁰. En su opinión, de hecho, “la tarea del científico social se encuentra separada con excesiva nitidez y artificialidad de la tarea del político”, pues ambos tienen la obligación de dar respuesta a los problemas y necesidades sociales¹¹ (Easton, 1961: 37, 48). Para Isabel Wences (2015a: 22, 48), con quien no obstante comparto perspectiva en gran parte, la Teoría Política incluye un aspecto “filosófico normativo” y considera que tiene “las herramientas para argumentar por qué un conjunto de valores, instituciones y políticas es mejor que otro”. Fernando Vallespín, por su parte, entiende desde la defensa de la interdisciplinariedad y con fuerte asiento en la Teoría Crítica que el “interés central [de la Teoría Política] reside en intentar *justificar* estrategias de acción social a partir del análisis de estructuras históricas objetivas”¹² (Vallespín, 2011: 38).

Comparto con estos autores la aspiración a construir teorías políticas “con capacidad para reflejar el mundo actual y que luego puedan revertir *reflexivamente* sobre nuestra propia autocomprensión de la realidad”, en palabras de Vallespín (2011: 38); “una forma de conocimiento pensada para ayudar a los ciudadanos a reflexionar sobre su mundo político” (Vallespín, 2015: 81). Como dijera Habermas: necesitamos una Ciencia Social “diseñada explícitamente con intención política, pero a la vez científicamente falsable”¹³ (citado por Vallespín, 2011: 38). Sin embargo, estos deseos parecen más bien apuntar hacia una tercera posibilidad dentro de la Teoría Política, que la distingue de 1) la Teoría Política normativa o de la Filosofía Política, dedicadas a “justificar” mediante juicios de valor autónomos; 2) de esa Ciencia Política empírica que se limita a describir y explicar hechos. Un trabajo que se situaría “en algún lugar entre los universales distantes de la filosofía normativa y el mundo empírico de la política”¹⁴ (Dryzek et al., 2006: 5).

En conclusión: la reducción de la Teoría Política a la labor descriptiva y explicativa de las Ciencias Sociales o, en su defecto, a la Historia del Pensamiento Político, abandona las tareas relacionadas con el estudio de y la reflexión sobre los valores y los juicios de

¹⁰ “the kind of historical interpretation with which we are today familiar has driven from theory its only unique function, that of creatively constructing a valuational frame of reference”. Sobre esta base empírica dice Easton en la misma página que está por sistematizar.

¹¹ “The task of the social scientist has been too sharply and artificiallly divorced from that of the politician.”

¹² Énfasis mío.

¹³ Habermas, Jürgen, 1971. *Theorie und Praxis: Sozialphilosophische Studien*. Fráncfort: Suhrkamp Verlag.

¹⁴ “Political theory is located at one remove from this quantitative vs. qualitative debate, sitting somewhere between the distanced universals of normative philosophy and the empirical world of politics”. Véase también a este respecto Gunnell (1986).

valor e, incluso, amenaza con reincorporarlas desde una postura disciplinalmente naif. Por otro lado, la identificación de toda la Teoría Política con el pensamiento normativo universalista o con la producción ideológica no contribuye a paliar la crisis de identidad de la Teoría Política, pues esta vía no ofrece actividades propias que permitan distinguir su actividad de la realizada por el filósofo político. Parece por ello pertinente plantear la posibilidad de definir una tercera lógica de investigación, un “*tertium genus*” entre Ciencia y Filosofía (Sartori, 1974: 141), que navegue entre el empirismo de la descripción y explicación empíricas y la filosófica construcción de discursos normativos apoyados en juicios de valor autónomos. Para hacer este viaje, conviene acercarse en primer lugar al pensamiento de Michael Freedden.

1.2 MICHAEL FREEDEN Y EL DILEMA ENTRE DESCRIBIR Y VALORAR

Ideologies and Political Theory (1996), que convirtió Michael en un referente mundial del análisis de las ideologías, desarrolla un marco de trabajo cuya intención última es transformar la Teoría Política, preparándola para el estudio de discursos sobre política no académicos, cotidianos (Freedden, 2006). De ahí el interés de este pensador para la presente tesis. Pero su trabajo, como se ha dicho, puede considerarse un ejemplo de la limitación de la Teoría Política a una Ciencia Social empirista más. Sin embargo, sus incisivas reflexiones señalan puntualmente hacia interesantes posibilidades que él no ha desarrollado.

Freedden se sitúa como defensor de “otra teoría política paralela” a la habitual (a la normativa analítica, dado su contexto). Esta Teoría Política paralela consistiría en “el análisis de las propiedades de los conceptos políticos en lo referente a sus estructuras y los «comportamientos» que les son propios como reflejo del lenguaje político y del debate concretos, y sin el que la habilidad de formular nuevas teorías sería deficiente”¹⁵ (Freedden, 1996: 7). Por ello, denuncia que “la Teoría Política no puede seguir pretendiendo ser una clarificadora absoluta de significados”, ni puede “aspirar a establecer verdades éticas,

¹⁵ “the analysis of the «behavioural» and structural properties of political concepts as reflecting concrete political language and debate, without which a full ability to formulate new theories will be deficient”.

aunque la Filosofía Política cumple un papel fundamental como esclarecedora de valores políticos y dilemas éticos”¹⁶ (Freeden, 1996: 131).

Pese a que Freeden es normalmente lo suficientemente cuidadoso como para no afirmar que el análisis de ideologías que él propone sea la única forma de hacer Teoría Política, en algunos momentos delimita de forma muy concreta aquello que puede hacer la disciplina. Así, considera “el estudio de ideologías puede presentarse como la esfera en la que la Teoría Política como disciplina puede encontrar su lógica”¹⁷ (Freeden, 1996: 131). Coherentemente, para Freeden “el Análisis de las Ideologías (en contraste con el rol asumido por algunos filósofos políticos) no está orientado a dirigir o recomendar una acción política. Su propósito es explicar, interpretar, decodificar y categorizar”¹⁸ (Freeden, 1996: 6-7). De esta forma, se lograría deshacer la división entre la Teoría Política y la Ciencia Social (Freeden, 2013: 8).

En un contexto, pese a la voluntad de Freeden, en el que el conocimiento científico se entiende de una forma ciertamente reduccionista, este planteamiento puede llevar a terminar tirando, como versa la expresión anglosajona, “al bebe” con “el agua de la bañera”; en nuestro caso, lo político de la Teoría Política con las *aventuras* que Freeden consideraría filosóficas o ideológicas. Así, en algunos pasajes, Freeden cae preso del dilema entre describir y prescribir que aquí se quiere evitar, afirmando que, aunque los investigadores “imponen sus categorías personales, culturales y sociales sobre la realidad que observan [no deberían dirigir sus esfuerzos intelectuales...] a perfeccionar esa realidad a través de ejercicios del pensamiento que distancien a uno de ella, sino hacia una interpretación de las complejidad de esa realidad tal y como se les aparece”¹⁹ (Freeden, 1996: 40). Aunque comparto esta revalorización de la interpretación dentro de la Teoría Política y el temor a que los objetivos políticos anulen el pensamiento libre y falseen la interpretación, mi argumento es que dentro de la disciplina pueden realizarse ciertos

¹⁶ “Political Theory can no longer claim to be an absolute clarifier of meaning”; tampoco puede “aspire to establish ethical truths, though political philosophy has a vital role as an elucidator of political values and of ethical dilemmas”.

¹⁷ “the study of ideologies may be presented as the sphere in which political theory as a discipline can find its rationale”.

¹⁸ “the analysis of ideologies (as distinct from the role assumed by some political philosophers) is not geared to directing or recommending political action. Its purpose is to explain, to interpret, to decode, and to categorize”. Este es un perfecto ejemplo del dilema del que se habló en el anterior apartado.

¹⁹ “impose their personal, cultural, and social categories on the reality they observe [... should not direct their intellectual efforts] towards perfecting that reality through thought-exercises that distance one from it, but towards an interpretation of the intricacies of the reality as it appears to them”.

objetivos políticos sin devenir por ello totalmente en un posicionamiento normativo. Freeden no dice que sea imposible, pero decide –por una cuestión de especialización y, quizás, de estado del arte– no intentarlo en la práctica. De esta forma, algunas actividades que un teórico político podría –y que la disciplina en algún momento, como colectivo, debería– llevar acabo, quedan en la sombra.

Estas actividades están sin embargo apuntadas en el trabajo de Freeden, lo que no resulta del todo sorprendente dada su defensa de que uno de los objetivos de la Teoría Política es “ofrecer buenas soluciones a problemas de organización política y prácticas”²⁰(Freeden, 2004: 9). Por ello, considera que la Teoría Política requeriría “tanto del análisis filosófico como del ideológico, pero sus practicantes necesitan saber cuándo recurrir a uno y cuándo al otro, y qué crucial forma de entendimiento puede proveer cada una de estas disciplinas”²¹ (1996: 14). Existen al menos otros tres indicadores en los textos de Freeden que apuntan hacia esa tercera vía:

- Primero: en cierto momento recrimina a Marx que obligara a elegir entre interpretar y cambiar el mundo en la célebre undécima tesis de Feuerbach, cuando “toda filosofía (sea política o social), así como la ideología, puede transformar el mundo social al cambiar las conceptualizaciones dominantes de *dicho* mundo, entendido como parcialmente dependiente de esas mismas conceptualizaciones en su forma y estructura”²² (Freeden, 1996: 42). Una vez aceptamos –en la línea de la Teoría Crítica– que nuestra actividad tiene consecuencias políticas, lo más razonable parece ser reflexionar sobre las responsabilidades que ello impone sobre nuestra actividad. El profesor Freeden, dieciséis años después de escribir la mencionada obra seminal, dedicó a este cometido un capítulo al que recurriré más adelante (Freeden, 2012).
- Segundo: el profesor Freeden rechaza el relativismo afirmando que “no todos los usos [de conceptos políticos] son igualmente aceptables [...] debido al impacto

²⁰ “a central purpose of political theory is to prescribe and to offer good solutions to problems of political organization and practices”.

²¹ “both philosophical and ideological analysis, but its practitioners need to know when to employ the one and when the other, and what crucial insights each of these subdisciplines can deliver”. Cuestión aparte es saber a qué está llamando aquí “filosofía”.

²² “because all (social and political) philosophy, as well as ideology, can change the social world by changing prevailing conceptualizations of such a world, seen as partly dependent on those very conceptualizations for its own shape and structure”.

en términos de consecuencias que [...estos conceptos] tienen en el mundo real” (Freeden, 1996: 91). Aunque aclarando que la definición de “malos usos” no es el objetivo de su obra (Freeden, 1996: 53), menciona que esto podría indicarse mediante el estudio de la experiencia, bien recurriendo a una “deliberación informada”²³ o de acuerdo al “conocimiento de los hechos”²⁴.

- En tercer y último lugar, Freeden alaba las posibilidades que ofrece el “postmodernismo” para proponer nuevas formas de delimitar los significados conceptuales, o para mostrar la relativa contingencia de las anteriores delimitaciones, realizadas siempre a costa del carácter intrínsecamente controvertido de los conceptos²⁵ (Freeden, 1996: 94). Sin embargo, el profesor prefiere mantenerse al abrigo de la Historia de los Conceptos, sin entrar a poner en práctica este potencial.

Pese a que Freeden efectivamente localiza estas posibilidades, en ningún momento las califica como actividades “políticas”; quizás por su propia concepción de “política”. Dicha concepción puede encontrarse explícita en su último libro cuando explica qué es el pensamiento político (Freeden, 2013). Allí, Freeden (2013: 7, 34) concluye que “ascendiendo desde micro-casos”, en vez de descender desde “macro-principios regulativos”, descubrimos que “tendemos a asignar el término «política» o «lo político» a [...]:

- A. Apropiarse del lugar último de toma de decisión [...].
- B. Distribuir bienes simbólicos y materiales.
- C. Movilizar o retirar apoyo público.
- D. Organizar las complejidades a través de las que la estabilidad o el conflicto y la disrupción son manufacturadas.
- E. Elaboración de políticas y selección de opciones para colectivos.

²³ “enlightened deliberation”.

²⁴ “Factual knowledge”.

²⁵ “postmodernism facilitates a stark redecontestation [...] and, in particular, identifies the cultural quasi-contingency of previous decontestations”. Para evitar traducir “decontestation” por “decontestación” (inexistente en castellano) o “despolemización”, que puede llevar a confusión (pues no significa retirar el concepto de la lucha política, sino que precisamente se limita su significado muchas veces para esa lucha), se recurrirá en esta tesis a expresiones más largas, pero que capturen con mayor precisión el significado de lo que Freeden trata de comunicar.

F. Ejercicio del poder (que atraviesa las cinco categorías previas)”²⁶.

Se trata de una definición que, en los términos de Sartori (1988a: 167 y ss.), se centra la dimensión vertical de la política, prescindiendo de su dimensión horizontal. Ciertamente, estas actividades copan parte importante de lo que habitualmente entendemos por la actividad política. No obstante, difícilmente ninguna de ellas podría ser llevada a cabo por la Teoría Política sin convertirse, de forma inmediata, en producción o promoción de juicios de valor particulares²⁷. Por ello, será necesario recurrir a otras definiciones de política si queremos entender en qué sentido la Teoría Política puede tener consecuencias políticas sin renunciar a su carácter científico. No obstante, antes de esto, conviene recurrir al pensamiento de Max Weber para plantear los límites de la actividad científica y las posibilidades para el análisis de juicios de valor que esto deja a la Ciencia –siempre que ésta no se entienda de un modo positivista–.

1.3 MAX WEBER, LA “OBJETIVIDAD” DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL ANÁLISIS DE JUICIOS DE VALOR²⁸

La concepción de Max Weber de la ciencia social como *wertfrei* ha sido objeto de malentendidos desde el momento de su aparición, por mucho que el propio Weber insistiera en explicarse hasta la extenuación (Abellán, 2010b)²⁹. Aunque Weber defiende que las Ciencias Culturales o Históricas no deben hacer juicios de valor (es decir, no deben defender si un hecho social –incluyendo las opiniones y evaluaciones de los sujetos de estudio– es deseable o indeseable, bondadoso o perverso), esto en ningún caso significa que no sea posible generar conocimiento científico sobre los valores, o que el

²⁶ “A. Appropriating the locus of ultimate decision-making [...]. B. Distributing material and symbolic goods. C. Mobilizing or withdrawing public support. D. Organizing the social complexities through which stability or conflict and disruption are manufactured. E. Policy-making and option-selection for collectivities. F. Wielding power (which cuts across the above five categories)”.

²⁷ Quizás fuera posible con la quinta (elaboración de políticas), siempre que los valores perseguidos por esas políticas se tomen como *dato dado*, y no como un valor defendido por el investigador.

²⁸ Joaquín Abellán ha dedicado grandes y fructuosos esfuerzos a aclarar esta cuestión, como puede verse en las citas de esta subsección. A él debo fundamentalmente mi conocimiento al respecto, sin que ello le suponga responsabilidad en mis interpretaciones.

²⁹ En castellano pueden verse dos artículos de Weber sobre la cuestión: El primero, publicado originalmente en 1904 puede encontrarse en Weber ([1917] 2010). *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*, Madrid: Alianza Editorial. En segundo lugar, otro artículo publicado en *Logos* en 1917 está traducido en: Weber ([1904] 2009), *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid: Alianza Editorial. El profesor Joaquín Abellán prologa estas dos ediciones aclarando, gracias al conocimiento del contexto, las dudas que el propio texto permite. Como ejemplo de malentendido frecuente, véase Strauss (1957).

conocimiento de las Ciencias Sociales se produzca de forma totalmente aislada con respecto a los valores. Más bien lo contrario: este conocimiento sólo puede aparecer en “relación con los valores” (*wertbeziehung*).

Siguiendo el trabajo de Rickert, Weber entiende que la relación con los valores es precisamente el elemento que más claramente distingue a las Ciencias Sociales de las Naturales (Abellán, 2015: 233). Puesto que en nuestra perspectiva sobre la realidad lo que cuenta es el significado del fenómeno individual, no se puede aplicar la lógica del género próximo y la diferencia específica, sino que debemos recurrir a valores que permitan seleccionar y construir el objeto; es decir, que provean de una perspectiva³⁰. El objeto será además elegido por su relevancia en “relación con los valores”. De este modo, por ejemplo, un trabajo empírico podría estudiar una propuesta política que algunos consideran “buena” sin entrar a valorar su bondad, eligiéndola por la relevancia que una disciplina (el estudio de las políticas públicas, por ejemplo) concede a este objeto, que queda delimitado de una forma particular, y no de otra, en virtud de unos valores contingentes. Sin embargo, una vez que el objeto es elegido para el estudio detallado y en comparación con tipos ideales —que enfatizan unas u otras dimensiones abstraídas de la realidad—, el proyecto político se convierte en un hecho de la experiencia, neutralizando los efectos sobre la investigación del carácter normativo de los valores estudiados, así como de aquellos que fundan dichos tipos ideales.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la Ciencia no pueda decir nada acerca de los juicios de valor. Según explica Weber, las Ciencias Sociales pueden realizar un tipo de análisis de los juicios de valor sin hacer a su vez juicios de valor. Este trabajo consistiría en una reflexión guiada por la razón instrumental; por tanto, sobre medios y fines, así como sobre causas y consecuencias, tanto prácticas como éticas:

- Primero, se puede realizar desde la academia un tipo de análisis de los valores, más propio de la Filosofía que de la Ciencia Social según las definiciones de Weber, consistente en el análisis lógico de una posición. Este análisis podría determinar su nivel de coherencia interna (en tanto que, encontrados los principios “últimos” de los que proceden las opiniones, los argumentos se desarrollan o no según la lógica formal). Mostrar los axiomas desde los que se derivan distintas

³⁰ Así lo explica Weber tanto en *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo* ([1905] 2012: 81) como en *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social* ([1904] 2009: 148).

posiciones ayudaría a dilucidar los fundamentos del desacuerdo, aunque –desde luego– no siempre a resolverlo, dado que entender no significa justificar o perdonar. Se trata más bien de acercarse “al conocimiento de por qué y en qué no se puede llegar a un acuerdo”; “captar lo que el adversario –o incluso uno mismo– opina realmente” (Weber, [1917] 2010: 94). Y, de esta forma, acercarnos a una *verdad* sobre el otro o sobre nosotros mismos.

- También podemos deducir lógicamente las consecuencias que se seguirían de sostener un conjunto de axiomas determinados como base para un juicio de valor: en qué sentido se inclinaría la balanza ante un ejemplo concreto de sostenerse ciertos principios. La operación es lógica, pero se puede complementar empíricamente, mostrando una casuística de situaciones que podrían ser tenidas en cuenta al realizar el juicio de valor.
- Haciendo uso del conocimiento empírico acumulado y de la lógica, podemos además elaborar una casuística de situaciones que pueden derivarse de las actuaciones que se siguen de un determinado juicio de valor acerca de un problema. Por un lado, porque sabiendo los medios imprescindibles para satisfacer el juicio de valor, podemos deducir consecuencias (quizás, inesperadas, o silenciadas). Por otro, porque lo que se quiere puede en sí mismo tener consecuencias no previstas, quizás casi inevitables, y que entran en colisión con el sistema de valores que dio lugar a la decisión; es decir, pueden analizarse las posibles consecuencias no deseadas.

A partir de este trabajo, podría llegar a afirmarse que una propuesta política concreta no puede ser alcanzada dados los medios técnicos disponibles (esto es, que es imposible), o bien que tal propuesta requiere recurrir a medios que se desaprueban, o que algunas de sus consecuencias serían desaprobadas, en contra de lo que se postula. Weber entendía que tal desaprobación permite aventurar que su aplicación resulta improbable (aunque no debe descartarse la posibilidad de que los actores se sirvan de engaños para lograr su implementación³¹).

- En cuarto lugar, pueden traerse a la discusión otros principios valorativos “que el defensor de que se realiza una determinada exigencia no había tenido en cuenta, por lo que no había tomado posición” sobre ellos. Quizás esos otros valores

³¹ Debo a Michael Freeden esta última sugerencia

puedan llevar a cambiar su juicio si se ponen de manifiesto claros conflictos, sea a nivel lógico, de medios o de consecuencias (Weber, [1917] 2010: 107-109).

De esta reflexión se siguen por tanto posibilidades de trabajo dentro de los límites de lo que puede proveer un análisis racional, que se impone la restricción de no hacer juicios de valor. Unas labores que los analistas de ideologías políticas apenas sí están practicando. Y ello, pese a que la diferencia entre juicios de valor, coherencia lógica y juicios sobre los hechos fue recogida por autores con tanta proyección en el estudio de las teorías políticas como George Sabine ([1937] 1994: 13).

Aunque “las ideologías son mapas imaginativos [y simbólicos] que unen hechos que en sí mismos pueden ser disputados”³² (Freeden, 2006: 20), esta disputabilidad no debe impedir a la ciencia aportar cómo ve ella estos hechos. Tampoco avisar de las violaciones de la argumentación lógica. Como ya señalase Geertz sobre estas bases weberianas, “[l]as ideologías exponen pretensiones empíricas sobre la condición y la dirección de la sociedad y a la ciencia le corresponde estimar esa condición y esa dirección”. La Ciencia puede por tanto “criticarlas, obligarlas a llegar a un arreglo con la realidad” (Geertz, [1973] 2003: 200-202).

Este análisis, sin embargo, no siempre es fácil, como muestra el siguiente ejemplo ofrecido por el propio Geertz. Son unas palabras atribuidas a Churchill en el contexto de la Segunda Guerra Mundial:

«Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de desembarco, lucharemos en los campos y en las calles y lucharemos en los montes...» y volviéndose hacia un ayudante habría susurrado, «y les romperemos las cabezas con botellas de soda porque no tenemos armas».

Parece muy probable, nos dice Geertz, que los británicos hubieran llegado a luchar de cualquier modo, “pues Churchill formuló exactamente el estado de ánimo de sus compatriotas y al formularlo lo movilizó para convertirlo en una posesión pública, en un hecho social” (Geertz, [1973] 2003: 201). En este sentido, lo considera un enunciado “cierto”, dado que se corresponde con el probable transcurso de los acontecimientos. Sin embargo, Geertz no podría encontrar aceptable afirmar, como lo hace Freeden, que “un

³² “ideologies are imaginative maps drawing together facts that themselves may be disputed”.

buen argumento [ideológico] es [solamente] aquel que produce un cambio en las relaciones de poder”, aquél que es “influyente”, “comunicable” y “cultural y contextualmente creativo”, como llegó a afirmar Freedden (2004: 13): puede y debe introducirse una exigencia de respeto a la lógica y a los hechos provisionalmente contrastados por la Ciencia sin por ello ignorar su mayor o menor eficacia política.

1.4 DEFINICIÓN DE LA LÓGICA DE INVESTIGACIÓN: TAREAS Y RESPONSABILIDADES POLÍTICAS

Dicho todo esto, se entenderá que esta investigación no tiene como objetivo central ni meramente describir lo defendido por los sujetos que son objeto de estudio ni criticar estos discursos desde una definición de democracia que se considere ideal o perfecta, sino profundizar en el conocimiento de las diferentes opciones y usos presentes en la esfera pública, en los fundamentos del desacuerdo –y, como mencionaba Freedden, en la contingencia de estas posiciones (los límites de su sentido)–. Se quiere prestar atención al significado, uso y orden intelectual de las construcciones simbólicas que los actores utilizan y su potencial para ayudar a los actores, pero también para entorpecerlos, a lograr los objetivos que declaran.

Pero esto, ¿en qué sentido puede considerarse *político*? Como se ha visto, la descripción de las tareas propias de la política propuesta por Freedden no resultaba útil para avanzar hacia un trabajo desde la Teoría Política que conserve algo de la naturaleza política de su objeto sin que ello la lleve a confundirse con la producción de teorías normativas, filosofías o ideologías. En este apartado argumentaré que estas tareas son de naturaleza política en el sentido arendtiano de la palabra, mostrando un modo en que “la *teorización de la política* y la *politización de la teoría* se influyen mutuamente y de modo flexible” (Valencia y Fernández-Llebrez, 2005: 10). Además, iré señalando hasta qué punto en el tercer bloque de esta tesis podrán llevarse a cabo estas tareas.

La política ha sido históricamente definida de muchas formas³³. Para avanzar en el propósito aquí marcado, será necesario recurrir a una definición horizontal y basada en el pluralismo: una que considere como propiamente políticas algunas actividades que la Ciencia pueda llevar a cabo sin dejar de ser Ciencia. Si bien Arendt no es la primera teórica

³³ Véase el trabajo de Abellán (2012), donde pueden encontrarse explicados muchos de los numerosos conceptos de política que han acompañado a la historia de occidente.

política en hacer énfasis en el aspecto plural de la política³⁴, me centraré en ella por su profundidad, ejemplaridad y utilidad para el objetivo marcado.

Aunque Arendt es una autora profusamente estudiada, su popularidad conlleva que se extiendan algunas simplificaciones que no hacen justicia a su propuesta. Contrariamente a tantas interpretaciones que clasifican a Arendt como una teórica normativa, y contra su propia percepción negativa de Weber, trataré de mostrar que aspectos fundamentales del pensamiento arendtiano pueden entenderse dentro de la norma weberiana *no santifiques juicios de valor con el prestigio de la ciencia*³⁵. En consecuencia, argumentaré que Arendt recorre y extiende precisamente algunos de los caminos que Weber abría con el planteamiento arriba presentado; caminos que definen a esta tesis. En todo caso, se señalará la existencia de un punto aporético en el planteamiento que aquí se defiende. Dicho punto consiste en que esta perspectiva implica asumir, como mínimo, la política como valor. Será no obstante la perspectiva derridiana explicada en el siguiente capítulo la que permitirá dar sentido a tal contradicción.

1.4.1 La Teoría Política arendtiana contra la Filosofía Política

De entre los pensadores críticos con Arendt quizás Freedman sea el más sorprendente, dado que ambos sostienen algunos argumentos ciertamente similares. El británico llegó a afirmar que “Arendt ha podido inspirar programas de democracia radical, pero su normatividad abstracta no nos enseña cómo pensar de forma metódica sobre política, mucho menos sobre qué es pensar políticamente”³⁶ (Freedman, 2013: 9). Sin embargo, ambos seguro que habrían coincidido en que “cuando más persisten los filósofos políticos en sus proyectos perfeccionistas, más se alejan sus descubrimientos de la esfera de la

³⁴ Más tarde prestaré atención, por ejemplo, al trabajo de Isaiah Berlin. Puede destacarse también a John Stuart Mill, entre otros. Freedman considera que el pluralismo atraviesa todas las actividades que él define como políticas. Así me lo argumentó personalmente, y puede verse, por ejemplo, en Freedman (2013: 80-81). Sin embargo, en la lista no aparecen actividades importantes: fundamentalmente, está ausente el debate acerca de qué decisión debe tomarse en una comunidad política, con lo que tiene de escucha y propuesta.

³⁵ De entre tantos ejemplos posibles que clasifican a Arendt como autora normativa, véase Vincent (2004: 24). Sobre la introducción en España de la división entre enfoques marxista, positivista y normativo, véase Vallespín (2002: 354 y ss.). Si se hace énfasis en que son “aspectos fundamentales de su pensamiento”, sin hablar del todo, el motivo debe encontrarse en que el pensamiento arendtiano resulta complejo, contradictorio y, por ello, difícil de clasificar. Véase al respecto Sánchez (2002: 158).

³⁶ “Arendt may have inspired programmes of radical democracy but her abstract normativity does not enlighten us on how to think methodically about politics, let alone about thinking politically”.

política, y de la política como *Wissenschaft*”³⁷ (Freedden, 1996: 131). De hecho, Hannah Arendt rechazaba ser considerada una “filósofa política”, como mostró reaccionando con sonriente firmeza en una inspiradora entrevista que ha pasado a la historia (Arendt y Gaus, 1964).

En aquella misma entrevista, Arendt aprovechó para reiterar su crítica a una Filosofía basada en una tradición, la filosófica occidental, incapaz de entender lo político; que denosta la política como espacio destinado a satisfacer la necesidad de dominación derivada de lo que se percibe casi como una maldición: la vida en común de los hombres diversos. De esta forma, la política dejaría de ser un fin en sí misma, convertida en un medio para los fines que otros –habitualmente, los filósofos– le marcan, y entendida como aquellas relaciones de dominación respaldadas por la violencia intrínsecas a la existencia de todo grupo humano. La conclusión necesaria de esta perspectiva es que la política debería reducirse tanto como fuera posible –en especial, para evitar las distracciones del trabajo filosófico–. La libertad, consecuentemente, pasaría a significar “ser libre de la actividad política” (Arendt, [2005] 2008: 119-122; Arendt, [1958] 2011: 27). La “Filosofía Política”, que no sería sino un oxímoron, resulta en su opinión una disciplina ciertamente peligrosa, puesto que este camino hacia la eliminación de la política conduce, paradójicamente, al despotismo (Arendt, [2005] 2008: 135; Arendt y Jaspers, 1992: 166).

Según lo entiende Arendt, esta perniciosa tradición tendría su origen en Platón, como consecuencia de la experiencia traumática de la muerte de Sócrates (Arendt, [2005] 2008: 44-45), y encontraría su fin “cuando de esa experiencia ya no había más que la oposición entre pensar y actuar, la cual, al privar al pensamiento de realidad y a la acción de sentido, hace que ambos se vuelvan carentes de significado” (Arendt, [1968] 1996: 31). De alguna forma Arendt estaba invirtiendo a su maestro Heidegger al situarse contra esa metafísica que busca *El Ser*. Si tal metafísica únicamente había tratado de reflexionar sobre *el hombre*, difícilmente podrá aportar algo sobre *los hombres*, que siempre se encuentran en plural en su existencia y opiniones. De esta forma, nos dice Arendt, se habría dejado a un lado toda una dimensión humana que en otro tiempo fue conocida bajo la palabra “política”, consistente en regular “todos sus asuntos hablando y persuadiéndose entre sí” en un espacio artificial de igualdad, cuya actividad característica (y sentido) es el ejercicio

³⁷ “The more political philosophers attempt to engage in their perfectionist enterprises, the more remote from the sphere of politics, and from politics as a *Wissenschaft*, do their findings become”.

de la libertad. Una libertad entendida como la capacidad para comenzar; para la acción (Arendt, [2005] 2008: 149-153):

La acción, única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad [...] [E]sta pluralidad es específicamente la condición –no sólo la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam*– de toda vida política. (Arendt, [1958] 2011: 21-22).

En paralelo a esta forma de definir la política corre la contribución disciplinar de Arendt, a la que dedica un espacio más discreto del que su originalidad merecería. Un apunte metodológico clave se encuentra, por ejemplo, en su respuesta a la reseña de *Los Orígenes del Totalitarismo* firmada por Eric Voegelin. Allí, la pensadora alemana presenta sucintamente su problema disciplinar en unos términos similares al ejercicio de escapismo con respecto al dilema empirismo/normativismo que aquí he planteado. Arendt se pregunta cómo hacer una historia del totalitarismo, que no quiere conservar, cuando conservar es precisamente lo que se logra mediante la Historia. En otras palabras: quiere responsabilizarse de las consecuencias políticas que su obra tendrá y, aun así, hacer un trabajo académico; *científico*. Por ello, no quería hacer una historiografía del antisemitismo, lo que habría conllevado la “necesaria salvación y frecuente justificación”. La alternativa habitual –contar la historia desde el punto de vista de las víctimas (de los judíos en este caso)– tampoco le parecía satisfactoria, pues habría resultado en una conversión de la Historia en apología; en la santificación desde la Ciencia de juicios de valor.

Ante este dilema, “llegué a usar [...] una perspectiva bastante inusual”, dice Arendt, que “no pertenece a ninguna escuela y que apenas usa ninguna de los instrumentos oficialmente reconocidos ni de los oficialmente controvertidos”³⁸ (Arendt, 1953a: 10-11). Una lógica de investigación que le parecía apropiado llamar Teoría Política, consistente, no en buscar el origen histórico del totalitarismo, sino en presentar la historia “de los elementos que cristalizaron en el totalitarismo”. A esto seguiría “un análisis de la

³⁸ “a rather unusual approach-not to the different historical and political issues where account or justification would only distract-to the whole field of political and historical sciences as such. One of the difficulties of the book is that it does not *belong* to any school and hardly uses any of the officially recognized or officially controversial instruments”.

estructura elemental de los movimientos y la dominación totalitarios en sí mismos”³⁹, todo ello renunciando a acercarse a la realidad como un camino de inevitabilidades históricas; es decir, permitiendo en el relato espacio suficiente para pensar la acción política; para la novedad que irrumpe y establece nuevos usos y sentidos. Por tanto, y desde su propia definición de política, la Teoría Política presta oídos al pensamiento tras la acción y a las acciones mismas (Wences, 2015a: 49).

Lo que desde aquí argumentaré es que este “prestar oídos”, junto con otras actividades, son inseparables de lo político tal y como ella lo define. Dicho de otra forma: el ejemplo arendtiano sugiere que, para definir una lógica de investigación dentro de la Teoría Política que bordee lo normativo y lo empírico, resulta conveniente buscar los límites dentro de los cuales la disciplina puede realizar actividades políticas o que promueven la política sin perder su propia identidad como empresa científica. Se trata, por tanto, de definir las tareas y responsabilidades políticas de la Teoría Política. Estas demandas no resultan muy alejadas de las responsabilidades definidas por Freedén (2012), lo que iré señalando puntualmente⁴⁰.

1.4.2 La ejemplaridad como práctica de pensamiento político

Arendt otorgaba gran importancia al ejemplo como forma de persuasión (Arendt, [1968] 1996: 260-261). Una vez asumido esto, cobra un nuevo significado que la pensadora, en el prólogo de *Entre el pasado y el Futuro*, afirmase que el “único objetivo” de los ensayos que en él se recogen “es adquirir experiencia en cuanto a *cómo* pensar” (en la práctica de pensar), dejando la cuestión de la verdad (de *qué* pensar) “en estado latente”. Y esto, en un momento en el que la falta de pensamiento, a su juicio, ponía en riesgo la existencia de un mundo común humano (Arendt, [1968] 1996: 20), que es condición necesaria para que la acción política tenga lugar. De aquí puede deducirse, por tanto, que Arendt trata de mostrar un ejemplo sobre cómo pensar cuestiones políticas (Canovan, 1998: 15) con una clara intencionalidad política: aumentar las posibilidades de verdad y de libertad en la ciudad.

³⁹ “The book, *therefore*, does not really deal with the “origins” of totalitarianism - as its title unfortunately claims - but gives a historical account of the elements which crystallized into totalitarianism, this account is followed by an analysis of the elemental structure of totalitarian movements and domination itself”.

⁴⁰ En dicho capítulo, Freedén dice derivar estas responsabilidades principalmente de la tradición liberal y, sólo en algunos casos, del objeto mismo. Aquí, sin embargo, se deja a un lado la tradición liberal para situar en el centro el concepto arendtiano de política.

Freeden, sin embargo, cuestiona que decir “cómo” pensar no tenga consecuencias sobre qué se piensa y, finalmente, en lo que se hace. Al fin y al cabo, “recomendar una forma particular de pensar sobre la política [...] es también recomendar una forma particular de actuar en política, de establecer las reglas que regulan la actuación”⁴¹ (Freeden, 1996: 42). Coincido plenamente en esta crítica de inspiración wittgensteiniana contra los intentos de convertir la diferencia analítica entre forma y contenido en fundamento ontológico⁴²; sin embargo, entiendo que el propio Freeden cae preso de ella. En último término, el profesor reconoce en su libro sobre el estudio del pensamiento político que “no es inconcebible entender [su contribución] también como una intervención en las prácticas de pensar políticamente”, en tanto que se analiza cómo debe estudiarse el pensar políticamente; pero matiza: “tal intervención es un intento de ejercer influencia, dirigida a reconceptualizar las formas del mundo, no a mejorarlas”⁴³ (Freeden, 2013: 12). De esta forma, se resguarda tras la palabra “reconceptualizar” para evitar la responsabilidad sobre las consecuencias políticas que su trabajo, performativamente, puede llegar a tener⁴⁴. Por el contrario, la lógica que aquí se quiere definir precisamente aspira a la responsabilidad con respecto de sus consecuencias políticas.

Arendt puede (en gran parte) escapar a la acusación de estar promoviendo formas concretas de actuar políticamente a través de sus “ejercicios de pensamiento” gracias a su concepción de la acción misma. Para la pensadora alemana, la verdadera acción política, así como el verdadero juicio, no están totalmente sometidos a ninguna regla general o principio⁴⁵. Por tanto, se puede distinguir “dirigir la acción persuasivamente” de lo que ella deseaba hacer: acostumbrarnos a una práctica llamada “pensar políticamente”, sin que esto suponga establecer su ejemplo como la única forma de ejercer la actividad, y casi restando importancia a las verdades concretas que se puedan derivar de su trabajo. Por ello, desde esta forma de hacer Teoría Política, se promueve la “política” (en la definición

⁴¹ “to recommend a particular way of thinking about politics [...] is also to recommend a particular way of acting in politics, to establish the rules for acting”.

⁴² Véase al respecto la crítica de Mouffe (1999: 749) a Habermas, basada en Wittgenstein, por tratar de diferenciar entre “procedimiento” y “sustancia”: “procedures always involve substantial ethical commitments”.

⁴³ “it is not inconceivable to regard it [his book] also as an intervention in the practices of thinking politically”; “such intervention is an attempt to wield influence, directed at reconceptualising the ways of the world, not at improving them”.

⁴⁴ Puede encontrarse una buena explicación sobre estas consecuencias performativas en Franzé (2015a: 166).

⁴⁵ En esta idea confluyen, tal y como ha destacado Benhabib, dos líneas de pensamiento para analizar el juicio: por un lado la kantiana (*urteil*); por otro, la aristotélica (*phronesis*). Ver al respecto el trabajo de Sánchez (2002: 182), Roiz (2003) o Beiner (1983).

de Arendt basada en la libertad) pero no “una política”; no ofrece guías seguras para la acción. No produce, por tanto, juicios de valor.

Esta preocupación por la política y por la ejemplaridad se manifestará además en la asignación de un especial peso gravitacional al presente, entendido como el tiempo abierto a la transformación futura; una transformación a la que el ejemplo puede contribuir. En este sentido, no será sorprendente que los trabajos realizados desde la Teoría Política, como ocurre con esta misma tesis, se fijen especialmente en fenómenos recientes. Tampoco que estos trabajos tengan su preocupación puesta en el futuro, aunque sus pesquisas recurran siempre al pasado, bien para entender cómo se llegó a cierta situación o bien para rescatar voces relevantes capaces de ayudar a dar sentido a nuestro mundo. Estas voces ejercen asimismo una función ejemplar, como lo hace en este trabajo, entre otras, la voz de Hannah Arendt. De ahí la importancia de la Historia del Pensamiento Político para esta lógica de investigación.

1.4.3 Su vinculación con la experiencia y con el sentido

El deber de ejemplaridad de la Teoría Política hacia el pensamiento político no académico hace patente un nexo entre ambos cuyas consecuencias aparecerán en las siguientes subsecciones, y que ya se adelantaba en las primeras páginas de este trabajo. En este sentido, por ejemplo, la relevancia que Arendt atribuye a la experiencia no concierne sólo a la Teoría Política; ni siquiera sólo al pensamiento político: es condición de calidad de todo pensamiento, en general. Consecuentemente, Arendt nos dice sobre sus ensayos de *Entre el pasado y el futuro* que:

... se tratan de ejercicios de pensamiento político, tal como surge de la realidad de los incidentes políticos (aunque estos incidentes se mencionan sólo de manera ocasional), y mi tesis es que el propio pensamiento surge de los incidentes de la experiencia viva y debe seguir unido a ellos a modo de letrero indicador exclusivo que determina el rumbo (Arendt, [1968] 1996: 20)

Arendt asume que las experiencias son el único elemento capaz de salvar –con algún sentido– a los conceptos de caer en la radical contingencia que les es inherente. En esto parece coincidir con Voegelin, quien afirmara en *La Nueva Ciencia de la Política* que “[a] no ser que active las experiencias correspondientes [...] una exposición teórica dará la impresión de un discurso vacío” (Voegelin, 2006: 83). Para ello, las reflexiones de Arendt

hacen un uso instrumental de la historia –parejo al propuesto por Freedman (1996: 102)–; no se priva de recurrir a los instrumentos y conocimientos de esta y otras ramas del saber. Ella pone además el acento en experiencias que aparecen como problemáticas: en *Entre el pasado y el futuro*, se trata del peligro de la ausencia de pensamiento. En *La crisis de la república*, aparecen las cuestiones de la mentira o de la violencia en política. En *La condición humana*, Arendt muestra su preocupación por que el hombre llegue a una concepción de la Tierra como prisión, “poseído por una rebelión contra la existencia humana tal y como se nos ha dado”; una decisión política de primer orden ante la que propone “una reconsideración de la naturaleza humana desde el ventajoso punto de vista de nuestros más recientes temores y experiencias” (Arendt, [1968] 1996: 15,18). En su proyecto para *Una introducción en la política*⁴⁶, como se señaló más arriba, su mayor preocupación era la peligrosa concepción de la política extendida por la tradición filosófica occidental.

Este último ejemplo, compuesto de notas nunca articuladas en un trabajo final, permite conocer mejor su forma de trabajo. La autora prueba en sus notas varias formas de presentar el problema. Una de estas veces, comienza señalando cierta cuestión problemática que acaba presentando como síntoma: los prejuicios contra la política (mentirosa, corrupta, etcétera), que ella no invalida como meras falsedades, pues refieren a realidades innegables (Arendt, [2005] 2008: 134). Es más: en un inesperado movimiento heideggeriano, Arendt teoriza sobre la necesidad de prejuicios en la vida social, pues los humanos no pueden juzgar permanentemente toda situación, teniendo que recurrir a juicios pasados. Esto no resultaría a su entender problemático siempre que su *naturaleza* prejuiciosa sea reconocida⁴⁷ (Arendt, [2005] 2008: 137-138). A continuación, se diferencian distintos tipos de prejuicios, estableciendo ámbitos en que son tan necesarios como razonables, y diferenciando uno en el que no tienen cabida. Un espacio de la vida de gran valor incompatible con el sostenimiento indolente de prejuicios: la política. Como fenómeno del ámbito público, al igual que la estética, la política requiere de un juicio o discernimiento contingente, distinto de la aplicación inmediata de reglas (Arendt, [1968] 1996: 233 y ss). El buen juicio, por tanto, se encuentra enfrentado a todo intento de definir un “método”. En consecuencia, también lo está la política.

⁴⁶ *Introduction into Politics*.

⁴⁷ A esta *naturaleza* de nuestros conceptos es a lo que se denomina en esta tesis “orden intelectual”.

La experiencia es el corazón de toda la historia: las experiencias humanas explican la existencia de prejuicios (que no son sino juicios sobre experiencias pasadas que han sobrevivido a su tiempo); la experiencia de la falta de sentido de la política permite entender tanto los prejuicios negativos contra ésta como las prácticas que dan pie a estos prejuicios. La alternativa a dichos prejuicios, el juicio, sólo puede llevarse a cabo desde la posición de la experiencia concreta. Por otro lado, y como se ha mencionado más arriba, la experiencia de la muerte de Sócrates permite entender el sentido de la llamada “tradicición”. Finalmente, Arendt decide encarar la realidad (comprenderla sin ahogar la fuerza de la experiencia recibida) y encuentra la oportunidad que le brinda la autodestrucción de dicha tradición para recuperar desde el pasado experiencias valiosas tras palabras que ahora cobijarían otros significados: la experiencia de un ámbito antiguamente llamado “política” y que hoy estaría en peligro.

La intención de la presente tesis en ningún caso es buscar un área de experiencia alguna vez llamado democracia y hoy olvidado, tal y como Arendt hiciera con la política. El objetivo consiste en trabajar de una forma más fragmentada, siguiendo la pluralidad de discursos que se organizan en torno a la idea de democracia y que, con suerte, reflejarán una diversidad de formas de entender el mundo. Pero esta tesis no podrá limitarse a presentar y clasificar metódicamente intervenciones como “lo llaman democracia y no lo es”, sino que deberá prestar atención a las experiencias que pueden estar fundando estos discursos. Esto obliga a escuchar atentamente al resto de científicos sociales (y, en particular, al resto de politólogos) así como a los historiadores para recabar datos empíricos que contrastar con los discursos encontrados. Ciertamente, ello no puede hacer olvidar que los hechos ofrecidos por la academia pueden ser controvertidos dentro de la propia academia, que raramente llega a acuerdos unánimes; especialmente en el caso de las Ciencias Sociales y Humanidades. Además, su naturaleza “falsable” (en la perspectiva popperiana; véase Chalmers, [1971] 2000) nos obliga a estar atentos a nuevas pruebas en contra de las teorías vigentes. Como señalaba Freeden, un análisis basado en la experiencia tendría que afirmar constantemente su precariedad, tanto por la posibilidad de que aparezcan nuevas pruebas como por la diversidad de interpretaciones que pueden acompañar a una misma experiencia (o, en consecuencia, experiencias), lo que puede desembocar en un diálogo fallido (Freeden, 1996: 92-93). Aún si siempre será en algún grado fallido, cabe contestar, no por ello carecerá necesariamente de valor.

Por otro lado, como señalaré en el siguiente capítulo, la problematización foucaultiana permite anclarse a la realidad (a sus “problemas”). Esta referencia a las formas en que construimos los problemas públicos y nuestras discusiones en torno a ellos da a la tesis una transcendencia más allá del contexto concreto y de la idea misma de democracia, de por sí interesantes. Se trata de “comprometerse con la particularidad de la política”, señalando y analizando las convenciones y demandas concretas, para superar “la alienación de la teoría política” (Gunnell, 1986)⁴⁸.

Lo que en el tercer bloque de la tesis se desarrollarán será una descripción densa de los usos y concepciones de la idea de democracia que permita, sin violar su indeterminación, hacerlos más inteligibles; que nos ayuden a reconciliarnos con su sentido (Isaac, 1995: 645)⁴⁹. Dicho de otro modo, que nos ayuden a percibir su “relevancia” (Wences, 2015a: 49). A esta cuestión del sentido, siguiendo el planteamiento arendtiano, puede decirse que se dedica el “pensar” o entender, que debe distinguirse del “conocer”, ocupado de la cuestión de la verdad (véase el apartado 1.4.8). “De la desunión, del desgarró, surge el «pensamiento», es decir, la necesidad de reconciliación” (Arendt, [1971] 1984: 25–27, 182)⁵⁰.

Pero el pensamiento, antes de reconciliar, disgrega: rescata la contingencia. La Teoría Política, como especie del género “pensamiento político”, tiene como obligación atender a esta necesidad humana y de importantes efectos políticos. Llegados a este punto, se entenderá mejor que esta tesis no consista en una búsqueda de ejemplos relevantes o suficientemente cuantiosos para unas hipótesis previas que refutar o confirmar. La definición de unas hipótesis, ciertamente, ayuda a conocer; sin embargo, dificulta el pensar, que es, junto a comprender, la actividad más característica de la lógica de investigación que aquí se está definiendo.

⁴⁸ “It is one of the philosophical myths of political theory, in both political science and the wider field, that theory is some sort of special element or product in the practices of knowledge that is more than pragmatically distinguishable from the corpus of specific claims and conventions that make up those practices. But what we might analytically extract as theory is embedded in those concrete substantive claims. An end to the alienation of political theory would ultimately entail theory engaging in the particularity of politics in more than a cursory manner”.

⁴⁹ Criticaba Isaac de la Teoría Política contemporánea que: “Instead of theory serving as a conceptual means of coming to grips with actual political phenomena, these phenomena serve as “exemplifications” of remote theoretical constructs”.

⁵⁰ Existe cierto debate en torno a la traducción de estos términos, que no son sino los kantianos *Vernunft* y *Verstand*. He evitado traducirlos como “razón” e “intelecto” para hacer más comprensible la lectura, tratando además de ser consistente con otras traducciones citadas en este mismo trabajo.

Por último, debe señalarse con respecto a la importancia de la experiencia la utilidad de que aquello que se estudia esté conectado con la experiencia vital del investigador. Con esto no se está sugiriendo una subjetivización del trabajo del Teórico Político; más bien se trata de poner en valor las aportaciones de la experiencia directa para el pensamiento teórico. El trabajo de Maquiavelo a partir de su servicio público en Florencia, o de la propia Arendt con el totalitarismo, son ejemplos de cómo esta experiencia puede ser fuente de brillantes análisis. No puede ocultarse al respecto, eso sí, la tensión entre la subjetivización del conocimiento que ello implica y la obligación de validez universal que reclama una empresa científica: de que cualquier observador, con las mismas herramientas conceptuales, pueda arribar a las mismas conclusiones, independientemente de si éstas resultan más o menos relevantes.

1.4.4 La obligación de accesibilidad

Diffícilmente podrá contribuir la Teoría Política a la mejor comprensión de nuestro mundo y nuestras opiniones si ella misma se vuelve incomprensible. Esta obligación de accesibilidad puede observarse en el ejemplo de la propia Arendt, y Freedén la recoge como tarea derivada de la obligación de relevancia: “el empleo de un lenguaje accesible” para “hacer la práctica de pensar sobre la política más accesible a la gente corriente”⁵¹ (Freedén, 2012: 264-266).

Esta accesibilidad resulta coherente con la obligación de ejemplaridad, arriba vista, pero está en tensión con otras obligaciones. Si por un lado la Teoría Política se niega a construir una cerrada e inaccesible “sociedad de discurso” –en términos de Foucault ([1970] 1980)–, por otro pretende el avance teórico a un nivel especializado, lo que suele derivar en una sofisticación y delimitación lingüística no extensible al lenguaje corriente. La Teoría Política se dirige a la vez a los amigos, a los conciudadanos, a los compañeros de disciplina y a los de otras disciplinas. No quiere dejar de ser un trabajo iniciado y para iniciados en estos asuntos teóricos sobre la política, ni tampoco olvidar la vocación

⁵¹ “the employment of accessible language” to “make the practice of political thinking more accessible to ordinary people”. Resulta interesante que Freedén argumente en este punto recurriendo a la naturaleza de la política, puesto que “el ámbito de la política es uno público, o colectivo, que necesariamente implica a grandes números de individuos” (“the realm of politics is a public, or collective one that necessarily involves large numbers of individuals”). Esta es otra de las oportunidades inexploradas de su pensamiento desde las que este trabajo avanza.

universal (de nuevo: de validez, que no de relevancia) que es condición del ámbito académico-científico. Sin embargo, todo ello entra en tensión con su vocación política.

No sin razón, Strauss consideraba imposible la compatibilidad de tantas tareas⁵². Pues bien, creo que aquí encontramos una de las tantas obligaciones imposibles de la Teoría Política. La contradicción entre estos objetivos demandará en ocasiones hablar a varios niveles; en otras, se alternarán los estilos y, en otras, habrá que rogar paciencia al lector hasta que el tiempo o las capacidades del autor permitan traducir a palabras más simples ideas complejas o, simplemente, hasta que queden atrás los párrafos más densos y cargados de jerga. En cualquier caso, estas contradicciones también pueden ser paliadas mediante la pluralidad intradisciplinar, reflejada en trabajos más y menos divulgativos.

1.4.5 La estructura representativa del pensamiento político y la inclusividad

Arendt explicita la naturaleza representativa del pensamiento político de forma especialmente elocuente, por lo que merece la pena remitir a sus palabras:

El pensamiento político es representativo⁵³; me formo una opinión tras considerar determinado tema desde diversos puntos de vista, recordando los criterios de los que están ausentes; es decir, los represento [...]. Cuantos más puntos de vista diversos tenga yo presentes cuando estoy valorando determinado asunto, y cuanto mejor pueda imaginarme cómo sentiría y pensaría si estuviera en lugar de otros, tanto más fuerte será mi capacidad de pensamiento representativo y más válidas mis conclusiones, mi opinión (Arendt, [1968] 1996: 254).

⁵² Véase el ya citado artículo de 1957, *What is political Philosophy*, p. 357-8. En una línea parecida, Javier Roiz (2013: 25) insiste en recordar la gran intuición de Freud en su artículo de 1937 *Análisis terminable e interminable*, en el que identificaba tres profesiones imposibles: psicoanalizar, educar y gobernar. Desde un punto de vista derridiano, cabe añadir, la condición de posibilidad de toda obligación es precisamente su propia imposibilidad de realización. Véase, por ejemplo, cómo plantea Derrida ([1999] 2006) la obligación de hospitalidad. Sobre el pensamiento derridiano, véase el apartado 2.5.1.

⁵³ La traducción puede inducir a error. “Representativo” aquí, como explica Arendt, no quiere decir que el pensamiento político tenga como característica representar *bien* nada; lo que quiere decir, como ella misma explica acto seguido en esta cita, es que su estructura está compuesta por representaciones de diversas posiciones. La calidad de las representaciones abre la diferencia entre el buen pensamiento político y el malo, pero su buena calidad en principio no caracteriza al pensamiento político en sí.

En este sentido, una Teoría Política que aspira a constituir un buen ejemplo de pensamiento político debe hacer algo similar. Se trata de algo muy parecido a lo que el mismo Freedén ha impulsado: una búsqueda empírica de opiniones diversas sobre un tema, pues “la propuesta de tal diversidad subyace al estudio de las ideologías” (Freedén, 1996: 95). Freedén considera que de la obligación que tiene la Teoría Política de tratar de resultar relevante para los actores políticos (para los ciudadanos) se deriva la obligación de pensar en los “patrones cotidianos del pensamiento político”⁵⁴ y “teorizar sobre formas corrientes de expresión política”⁵⁵ (Freedén, 2012: 264-266). Además, considera la inclusividad como una nueva responsabilidad, definida no sólo como la inclusión de “todas las formas disponibles de pensamiento político” y su “entendimiento”, sino también como la obligación de recurrir a las disciplinas que fuera necesario para realizar nuestro análisis (Freedén, 2012: 270-274). En este sentido, la Teoría Política puede servir como puente entre diversas disciplinas, lo que además le permitiría escapar del peligro de “hiper especialización” y del “ensimismamiento”. Y, especialmente, debe contar con “las aportaciones de las modernas ciencias sociales” (Máiz, 2015: 98, 125).

Esta propuesta no deja de coincidir en gran parte con la definición de la Teoría Política que Berlin ofrece, si bien excluyendo la realización de juicios de valor. Al fin y al cabo, para Berlin la Teoría Política debía “proceder al examen de los modelos, paradigmas y estructuras conceptuales que gobiernan las diferentes visiones del mundo y comparar las categorías implicadas”; unos modelos que llegan a modificar la misma “percepción e interpretación de los hechos” (García Guitián, 2001: 22). Para recoger estos discursos, estas atribuciones de sentido, el investigador no debería inhibirse de adaptar aquellas herramientas útiles desarrolladas por los científicos sociales y políticos más centrados en lo empírico, así como por historiadores o estudiosos de otras disciplinas. Además, no puede olvidarse que los discursos de dichos académicos son precisamente eso: discursos susceptibles de ser representados y puestos en relación con otros discursos. De esta forma, esta lógica de investigación dentro de la Teoría Política tiene un gran

⁵⁴ “everyday patterns of political thinking”.

⁵⁵ “theorize about ordinary forms of political expression”. Aunque Freedén utilice la palabra “ordinario”, prefiero recurrir a su sinónimo “corriente”, que enfatiza el dinamismo del objeto, contraponiéndolo con la estabilidad a la que aspira el discurso académico. Evito así las connotaciones negativas (cercanas a “vulgar” o “zafio” que “ordinario” puede acarrear).

potencial tanto para dialogar con diversas disciplinas como para poner en contacto a la academia con los discursos comunes, “de la calle”.

En términos arendtianos, pensar políticamente requiere practicar el “pensamiento ampliado”, intersubjetivo en los términos de la cita arriba presentada. Esto permite transcender la *doxa*, la opinión caprichosa inundada, mediante una expansión de la imaginación destinada a entender lo que sienten o piensan nuestros conciudadanos. La colaboración en la creación del mundo *entre* los ciudadanos no deja de ser un acto de profundas consecuencias políticas, que van más allá de la mera representación de distintas posturas para hacer énfasis en su puesta en diálogo mediante el pensamiento. “La política es posible en la polis, más que porque se pueda hablar, porque *se es escuchado*”. Para el ciudadano, es esta posibilidad de aparecer en el espacio público lo que “funda su libertad”: su capacidad para actuar. Para ello, es necesaria una capacidad de juicio que no sea mera subsunción en prejuicios y reglas. Por el contrario, se necesita una habilidad específicamente política: “ver cosas no sólo desde el punto de vista personal sino también según la perspectiva de todos los que estén presentes” (Arendt, [1968] 1996: 233; Roiz, 2003: 167-171). Al recoger viejos argumentos y perspectivas e incluso proponer algunos nuevos con la tranquilidad y sistematicidad propias de la academia, Arendt nos ofrece una forma de Teoría Política interesante para los actores políticos (en democracia, para el extenso sector conformado por los ciudadanos) y que aumenta su capacidad de actuación al producir una densificación del mundo, abriendo espacio para la libertad.

El esfuerzo por entender los sentidos ajenos es una exigencia normativa de la política, en último término inalcanzable, pero que demanda cumplimiento tanto al pensamiento académico como a los grupos ideológicos. Un deseo y esfuerzo por entender el mundo, incluidas las posiciones de los otros, es exigible si se desea conservar la política. Esto además rescata un objeto de investigación a veces olvidado: la forma en que se produce este juego de representaciones. Se trata de atender a la representación que los actores hacen, no sólo de ciertos objetos concretos o actores, sino también de otras declaraciones y argumentos. Esto incluye, por ejemplo, la identificación de falacias del hombre de paja a los que destruir con facilidad, o de enemigos de cartón piedra a los que se imputan amenazas inexistentes, entre otras figuras.

1.4.6 Ser inspiradora e imaginativa

“La Teoría Política fomenta la reflexión e inspira”, nos dice Wences (2015a: 49). Efectivamente, para los actores puede ser inspirador, quizás incluso revelador, escuchar la forma en que el otro le entiende, si le entiende, y también recoger las aportaciones que, siguiendo el esquema weberiano arriba descrito, la Ciencia puede aportar sin salirse de su papel. Como se planteó entonces, partiendo de los juicios de valor propios de un discurso, ideología o cultura, la Teoría Política puede desarrollar sus axiomas y mostrar conclusiones y contradicciones. Además, la academia puede sugerir a los actores salidas a callejones, sea mediante la propuesta de formas distintas de entender un problema o presentando posibles salidas prácticas. También puede recordar la existencia o posibilidad de mundos alternativos⁵⁶. El teórico político en tanto que científico político no deberá juzgar “bondadosas” de forma autónoma estas alternativas, ni tampoco asegurar que vayan a lograrse sus objetivos con total seguridad, pero sí argumentar su coherencia o incoherencia con respecto a sistemas de valores dados, compartidos por la comunidad de referencia o de parte, y sugerir los medios necesarios para su probable (o improbable) materialización⁵⁷.

Por otro lado, “representar” en la formulación de Arendt no tiene un sentido únicamente pasivo. Representar requiere de un esfuerzo activo de la imaginación para reconstruir el tiempo, lugar y argumentos de aquellos sujetos, que nunca permanecen completamente estables o impávidos y que, frecuentemente, ni siquiera siguen existiendo. Una imaginación que no debe confundirse con la empatía, que invade la posición del otro y lo sustituye (Roiz, 2003: 58). La representación de posiciones, además, siempre será algo más que una *reproducción* de las perspectivas, pues se realiza, a su vez, desde una perspectiva. Para esto, es necesario un tipo de alejamiento que definiré en el siguiente subapartado

Profundizar en este razonamiento permite concebir un trabajo consistente en adoptar los objetivos de los actores o autores estudiados como un actor *interpreta* o *representa* (en el sentido de actuación o *performance*) a un personaje, desarrollando y completando aquello que el texto no ofrezca, siempre que estos desarrollos añadidos se expliciten. Este

⁵⁶ En esto, se parecería al “intelectual” del que hablara Habermas, tal y como recoge Vallespín (2012: 79): “se le exige, cuando menos, algo «original»”, por lo que “han de tener un «poco de fantasía» para el diseño de alternativas” y mostrar lo que “«pudiera ser también de otra manera»”.

⁵⁷ Sobre el papel de la imaginación en la Teoría Política, véase Wolin (2005: 106-109).

tipo de trabajo es el que Arendt ([2005] 2008) realizó al ofrecernos su interpretación de Sócrates, si bien escatimando en explicaciones sobre lo mucho que tuvo que añadir de su imaginación para dotarlo de sentido. Efectivamente, en unas ocasiones el salto imaginativo, contextual o temático será mayor que en otras, y es clave indicarlo oportunamente. Esta *interpretación* o adopción de distintas posiciones o ideologías no sólo permite sugerir lecturas de autores cuyo pensamiento es difícil de definir con los recursos de que disponemos; también permite imaginar diálogos entre sistemas de pensamiento que no hayan coincidido histórica o geográficamente, o que sencillamente se nieguen a dialogar. Ello puede ser enriquecedor no sólo para el análisis y comprensión de los textos, sino también para conocer mejor los objetos a los que dichos discursos se refieren y la estructura de los desacuerdos.

La Teoría Política así entendida también puede imaginar qué habrían dicho pensadores o actores políticos ejemplares (autoridades) al respecto de cuestiones hoy acuciantes, aunque tales cuestiones no fueran objeto de su conocimiento, interés o estudio en su momento. Estas labores muestran de nuevo la fuerte interrelación entre la Teoría Política y la Historia del Pensamiento Político. Fundamentalmente, recuerdan la importancia de que los teóricos políticos conozcan el trabajo de los historiadores sobre el pensamiento de los grandes autores de la tradición, cuyas contribuciones jugaron un papel clave en la forja de nuestro mundo y cuyos textos, conceptos e interpretaciones siguen teniendo potencial para estimular el pensamiento sobre el presente. Nuestra lectura de estos clásicos, sin embargo, probablemente difiera de la realizada por el historiador del pensamiento político: mientras éste último se preocupará por conocer los hechos históricos, el teórico político se acerca a ellos con una mirada tocada por su ánimo instrumental, rearticulador, imbuido por la inquietud causada por los problemas que ponen en marcha su labor. Pero, de nuevo, estas adaptaciones en lo posible deben ser explicitadas.

Además, ante aquellas cuestiones de las que no pueden dar cuenta las investigaciones empíricas, sea por falta de datos disponibles o de técnicas adecuadas, la Teoría Política podría recurrir a construcciones que, trasladando esquemas de otros ámbitos o imaginando algunos nuevos, ofrezcan sentidos provisionales. También podría plantear las respuestas posibles ante preguntas importantes siguiendo la lógica, aun sabiendo que la realidad no siempre tiene este carácter lógico. Por esta vía la Teoría Política puede jugar, como a

menudo ha jugado históricamente, un papel importante para otros ámbitos científicos; fundamentalmente, sugiriendo hipótesis que aquellos politólogos e historiadores con mayor pericia en y dedicación a lo empírico han tratado de refutar, demostrar o matizar. En otras ocasiones, sin embargo, sus contribuciones se mantendrán como explicaciones plausibles, imposibles de refutar. Arendt, por ejemplo, ofrece una contribución de este tipo al afirmar la existencia de una “tradición occidental” de 24 siglos de antigüedad. Ciertamente, se trata de una explicación plausible, sin duda relevante, pero imposible de contrastar. En tal caso, deberemos reconocer sus limitaciones, pero podremos con esta labor contribuir a una mejor comprensión del mundo.

1.4.7 La obligación de mantenerse imparcial (pero no “desinteresada” o desapasionada)

La manera en que Freeden ha prestado atención a la obligación del teórico de ser imparcial es bajo el rótulo de “distancia crítica”, concebida en síntesis como la necesidad de ver los argumentos ángulo tras ángulo (Freeden, 2012: 275). Nótese de nuevo la similitud con el planteamiento de Arendt⁵⁸. Además, la alemana advertiría contra los peligros de usar la palabra “distancia” o “alejamiento” para este menester, sin que ello le haga renunciar a la imparcialidad.

Teniendo en cuenta los prejuicios existentes contra la política, que la igualan a mentiras y parcialidad, además de la tendencia a considerar a Arendt una autora normativa, puede resultar sorprendente descubrir la defensa que Arendt hace de la imparcialidad. Según lo entiende ella, el buen pensamiento político es imparcial –esto es, libre con respecto a los intereses de parte–. De otro modo, la representación de las opiniones de otros no podría ser apropiadamente enjuiciadas, y uno no podría llegar a desarrollar su propia visión particular y única, auténtica, aunque caracterizada por una considerable generalidad⁵⁹. Por ello, encuentra Arendt mucho que aprender de la imparcialidad de Homero, Heródoto o Tucídides. Con respecto a Homero, Arendt destaca

⁵⁸ Especialmente, con la mentalidad ampliada de Arendt. Ello pone además de manifiesto la conexión existente entre el carácter representativo del pensamiento político y la imparcialidad, que posibilita.

⁵⁹ El propio Weber ([1904] 2009: 84) recurre a la idea de “imparcialidad” como obligación del científico social. Generalidad aquí tiene un sentido cercano al rousseauniano: por mucho que se haya querido entender la generalidad en Rousseau como una mera entelequia racionalista, lo cierto es que Rousseau no se abstrae del todo de los intereses particulares para definir la voluntad general. Véase, por ejemplo, Rousseau ([1762] 2007: 31).

su “total libertad de intereses y de la completa independencia del juicio de la historia”. Por poner un ejemplo más cercano de imparcialidad, recuérdense las radios británicas que, durante la Segunda Guerra Mundial, retransmitían los partes de guerra de ambos bandos⁶⁰.

La noción de imparcialidad, tal y como Arendt la concibe, superaría a la idea de *objetividad* en el sentido contemporáneo habitual (como completa ausencia de juicio⁶¹ y, por tanto, de sentido), y sería aplicable incluso a las Ciencias Naturales (Arendt, [1968] 1996: 56-57; Arendt, [2005] 2008: 193). La pensadora también critica la supuesta “evidencia” de los hechos humanos en la historia, destacando su naturaleza radicalmente contingente, lo que impide que puedan ser plenamente entendidos mediante las categorías de causa y efecto como, en su (inexacta) interpretación, propondría Weber⁶² (Arendt, [1968] 1996: 89-90).

Es importante darse cuenta de que “imparcialidad” no equivale aquí a distante desinterés. Por un lado, con Weber, porque es el “interés” (la relación con los valores de una época) lo que pone en marcha la investigación y permite la construcción del objeto. Por otro, y yendo más allá de Weber, porque imparcialidad no implica para Arendt un acercamiento *sine ira*, sin emoción. Dado que el objeto debe ser construido en base a una relación con valores, privarlo del *entendimiento* corriente del que surge no permite una correcta interpretación de éste: “Si describo esas condiciones [de pobreza, en el contexto de la cita] sin permitir que mi indignación interfiera, habré sacado este particular fenómeno fuera de su contexto en la sociedad humana y habré, por tanto, robado parte de

⁶⁰ Debo este ejemplo a Michael Freeden.

⁶¹ Arendt ([2005] 2008: 163) diferencia la imparcialidad de la “objetividad” moderna, refiriéndose a esta última como “value-free”, en una posible crítica implícita a Weber. Sin embargo, tras lo explicado más arriba, esta posible crítica no puede sino calificarse de errada en su destinatario principal, pues más bien debería dirigirse contra quienes lo malentendieron. Véase la siguiente nota al pie.

⁶² La perspectiva basada en la razón instrumental que promovería Weber, en opinión de Arendt, vaciaría el mundo de significado y lo cerraría a lo imposible: esto es, a la acción y, por tanto, a la política. Sin embargo, cabría argumentar que Arendt está acusando erróneamente a Weber de sostener a nivel ontológico lo que solo son consejos metodológicos para el “análisis intelectual de los elementos últimos de la acción humana dotada de sentido”, dejando fuera del estudio sociológico lo caótico y lo imprevisible, que pertenecen a su parecer a otra disciplina: a la Historia. Esta distinción precisamente se basa en reconocer la existencia de esos aspectos menos organizados. Ver Weber ([1904] 2009: 70) y Abellán (2006: 17-18). Sin embargo, para Arendt ([1968] 1996: 90): “El problema estriba en la naturaleza del sistema de categorías de fines y medios, que de inmediato cambia todo fin alcanzado en los medios para un nuevo fin, con lo que destruye, por decirlo así, la significación dondequiera que se la aplique hasta que, en medio del al parecer interminable proceso en que el objetivo de hoy se convierte en el medio de un mañana mejor, surge la única pregunta a la que ningún pensamiento utilitario ha podido responder jamás: «¿cuál es el uso del uso?», como Lessing la planteó sucintamente”.

su naturaleza”⁶³. Una postura de investigación que Arendt, sin embargo, se preocupa mucho de diferenciar de actitudes “moralizantes” o “sentimentales” (Arendt, 1953a: 78-79). Por tanto, la lógica de investigación presentada se encuentra a la vez una obligación de “alejarse” del objeto y de mantenerse cerca de su verdad, en dos sentidos diferentes.

1.4.8 La responsabilidad con la verdad

La pregunta que se plantea entonces es el tipo de verdad del que podemos hablar en el género “pensamiento político”, y no sólo en la especie que constituye la lógica de investigación dentro de la Teoría Política que aquí estoy tratando de definir. Parece razonable pensar que el estudio de las ideologías puede elevar hacia la academia problemas y perspectivas (verdades) minusvaloradas o directamente ausentes en el pensamiento profesionalizado. Por supuesto, lo anterior no debe conducir a una sacralización de los discursos públicos corrientes; no sólo porque la manipulación juega de hecho un papel importante en la política, sino también porque –tal y como Freedén ha analizado– el pensamiento político (con objetivos políticos) tiene (en tanto que político) algunos fallos que le son endémicos. Entre estos fallos destacan tres: el problema de la prognosis (la imprevisibilidad de lo que será posible o de los resultados, ya apuntado), el problema de la indeterminación (inherente al significado de nuestros conceptos y, por tanto, a los objetivos que queremos lograr) y el carácter esquivo de la inclusión (el problema de la exhaustividad; es decir, la imposibilidad de recorrer mentalmente todos los caminos, de considerar todas las consecuencias a las que puede llevar un argumento o acción)⁶⁴ (Freedén, 2013: 250-272).

Como Geertz ([1973] 2003: 201) apuntara, cuando Churchill arengaba a las masas a luchar para lograr la victoria, en parte creó con sus palabras la realidad que describía, como quien dice “todos los hombres son iguales” pretende crear una realidad (de acuerdo a una forma de entender la igualdad entre otras alternativas). Evaluar la veracidad de estos enunciados en el presente permitirá, a lo sumo, ofrecer cálculos probabilísticos, pues muchas veces nos hablan de un futuro en cuya construcción el emisor aspira a ser un actor.

⁶³ “If I describe these conditions [of poverty] without permitting my indignation to interfere, I have lifted this particular phenomenon out of its context in human society and have thereby robbed it of part of its nature”.

⁶⁴ Nótese que, pese a la definición de política que ofrece Freedén y que se ha señalado más arriba como “vertical”, estas limitaciones afectan particularmente a la definición arendtiana, lo que hace sospechar que Freedén maneja una noción de política más horizontal de lo que su propia definición en principio sugiere.

El mensaje, por tanto, no deja de ser un medio, un instrumento mediante el que se intenta lograr que lo que hoy resulta imposible puede llegar a ser cierto. En definitiva, mientras el futuro resulte pertinazmente imprevisible y el ser humano tenga capacidad de acción sobre él, algunas mentiras pueden no ser en realidad sino inesperados (e incluso, imprevisibles) fracasos.

De aquí puede extraerse una conclusión perspectivista en términos weberianos (que no relativista) y que Freedman condensa en la obligación de “provisionalidad”⁶⁵; esto es, la obligación de admitir la contingencia de nuestros discursos (Freedman, 2012: 276). El pensamiento político –tanto académico como corriente– debe entenderse (también a sí mismo) como intentos desiguales, y no por ello necesariamente menos acertados⁶⁶, de acercarse al mundo. Esta actitud parece derivarse de la noción misma de política una vez la pluralidad se ha asentado en su centro, dado el carácter fratricida que una verdad puede causar sobre el resto de verdades al proclamarse como *la Verdad* (Vallespín, 2012: 67-68).

Arendt, pesimista sobre las posibilidades de verdad en el contexto actual, nos dice sobre su propio trabajo: “En estos ejercicios el problema de la verdad permanece en estado latente; lo que importa sólo es cómo moverse en esta brecha [entre pasado y futuro], la única región en la que, quizá, al fin aparezca la verdad” (Arendt, [1968] 1996: 20). Sin embargo, la alemana nos aporta una idea de verdad atractiva en su interpretación de la figura de Sócrates, quien traspasó “la línea trazada por la polis para el *sophos*” sin que la polis entendiera “que Sócrates no afirmaba ser un *Sophos*, un hombre sabio” (Arendt, [2005] 2008: 49). Lo que a Sócrates le interesaba cuando preguntaba y repreguntaba a sus conciudadanos no era encontrar la Verdad, sino la verdad en la *doxa* de cada uno; la verdad no entendida como lo probable, sino como:

la comprensión del mundo «tal y como se me muestra a mí». Por tanto, no es arbitrariedad y fantasía subjetiva, pero tampoco algo absoluto y válido para todos [...]. [É]l quería ayudar a los demás a dar a luz lo que ellos mismos pensaban a su manera, a encontrar la verdad en sus *doxai* (Arendt, [2005] 2008: 52)

⁶⁵ “tentativeness”.

⁶⁶ No necesariamente, aunque algunos podrán ser considerados mejores (según diversos criterios) que otros.

La forma de acercarse a la *verdad* de uno mismo parece ser, por tanto, una conversación que versará tanto sobre el *conocimiento* (los pertinaces hechos⁶⁷) como sobre el *entendimiento* o *comprensión* del mundo. En la propuesta socrática, se trata de un diálogo (sea interno –conócete a ti mismo– o externo –con los conciudadanos–) que comienza desde el reconocimiento de no saber –“no puedo conocer la verdad del otro sino preguntándole”– y que busca la coherencia: “Para Sócrates, el principal criterio del hombre que comunica verazmente su propia *doxa* es «estar de acuerdo con uno mismo»: no contradecirse a sí mismo y no decir cosas contradictorias” (Arendt, [2005] 2008: 55-56).

Por un lado, debe destacarse que esta exigencia de una *tabula rasa*, de la ausencia de todo prejuicio o “saber” previo, no puede entenderse sino como una obligación imposible. Resulta oportuno en este sentido recordar la figura de Gadamer, por haber sintetizado esta forma de entender la comprensión en la expresión “círculo hermenéutico” (Gadamer, [1960] 1991). Esta idea de verdad, sin embargo, puede entenderse mejor recuperando las contribuciones del último Foucault: al que habla de la *parrhesia* como “acto mediante el cual el sujeto, al decir la verdad, se manifiesta, y con esto quiero decir: se representa a sí mismo y es reconocido por los otros como alguien que dice la verdad” (Foucault, 2010: 19)⁶⁸. De nuevo, se hace patente la importancia del concepto de representación para pensar estas cuestiones centrales de la Teoría Política, y aparece la verdad como “lo que no logramos cambiar” (Arendt, [1968] 1996: 277), independientemente de si su naturaleza es biológica o simbólica.

Por otro lado, no parece posible que Arendt estuviera de acuerdo con la sacralización socrática del principio de no contradicción, pues precisamente encontró en el fondo de las ideologías totalitarias el miedo a contradecirse. Así, entiende por ideología “la lógica de una idea” que pasa por encima de nuevas ideas o experiencias y que lleva a proceder “con una consistencia que no existe en parte alguna en el terreno de la realidad” (Arendt, [1951] 2004: 375, 377).

⁶⁷ Al respecto de la verdad entendida como “hechos”, Arendt ([1968] 1996: 272) nos dice que, “aunque impotente y siempre derrotada en un choque frontal con los poderes establecidos, tiene una fuerza propia: hagan lo que hagan, los que ejercen el poder son incapaces de descubrir o inventar un sustituto adecuado para ella”.

⁶⁸ Véase nota 6 de las primeras páginas.

Por otro lado, Arendt es consciente del peligro nihilista que el pensamiento mismo implica. Si lo que antes aparecía naturalizado como la realidad dada de repente se antoja relativo, contingente, ¿cómo sostener ahora ninguna opinión con ninguna seguridad? (Arendt, [2005] 2008: 62). Al fin y al cabo, los prejuicios serían necesarios en el mundo social según Arendt; el pensamiento propio del *bios theoretikós*, sin embargo, tiende a cuestionarlo todo.

Es esta crítica arendtiana la que Rafael del Águila desarrolló y condensó bajo la rúbrica “falacia socrática”: la falsa creencia en que “la actividad reflexiva produce siempre efectos saludables para la *polis*” (del Águila, 2004: 124). Más bien, como dice Arendt: “No existe el pensamiento peligroso; el mismo pensar es peligroso”, dado que deshace, descongela, “lo que el lenguaje, el medio del pensamiento, ha congelado en el pensamiento”. Por tanto, cuestiona los valores y las opiniones vigentes, aunque sea hipotéticamente, “mensurando sus implicaciones y supuestos tácitos, y en este sentido puede verse el nihilismo como un riesgo siempre presente en el pensar” (Arendt, [1971] 1984: 207-208). Ciertamente, el “teórico es el representante de una nueva verdad que rivaliza con la verdad representada por la sociedad” (Voegelin, 2006: 90), pero un aspecto clave de esa verdad del teórico es la falta de fundamentos totalmente seguros para la verdad. Esta tendencia nihilista puede, irónicamente, poner en jaque los fundamentos de la misma comunidad política que acoge e incluso promueve la actividad académica. Especialmente ocurrirá así cuando surja el enfrentamiento entre conciencia y legislación.

Sin embargo, tanto el criterio de coherencia como el de verdad suenan mucho más razonables (y menos amenazadores) si se entienden y presentan como valores en tensión con otros valores. Una tensión que el científico pondrá a disposición de los actores políticos en caso de que tengan algún interés en conocer y entender mejor tanto su propia postura como las de los demás actores —es decir, en preservar la política—. Lo que el científico no parece poder afirmar una vez asumida la existencia de valores enfrentados en torno a los que se organizan distintos ámbitos de la vida (esto es, aceptado el pluralismo de valores) es que el uso de su trabajo, por muy bueno que sea académicamente, vaya a tener consecuencias para la política *únicamente* (y en todo sentido) positivas.

En cualquier caso, lo que estas páginas tratan de hacer es desterrar la opinión opuesta: que los teóricos políticos no podemos ocuparnos de producir ningún bien en términos políticos con nuestro trabajo científico. Dicho de otro modo, que no podemos hacer tal

contribución sin salirnos de los límites del estudio racional, científico. Como este subapartado muestra, hay una nueva posible contribución política de la Teoría Política una vez se sigue a Sócrates en su vocación por hacer más verdaderos a los ciudadanos. Al densificar el mundo común mediante la representación de las distintas posiciones, y aplicando los procedimientos descritos por Weber (apartado 1.3), la Teoría Política hace posible el surgimiento de opiniones más auténticas y verdaderas. Esto, aun reconociendo (o, más bien, precisamente porque se reconoce) que el valor de la verdad puede entrar en conflicto con otros valores (el éxito político, romántico, etcétera) e, incluso, llevar al desastre.

1.4.9 Límites en los objetivos políticos de la Teoría Política: Ciencia, exhaustividad y agotamiento del mundo

Una vez señaladas todas estas tareas, conviene detenerse a repasar las limitaciones que tal empresa puede encontrar. Arendt consideraba que la Ciencia Política y la formulación de opiniones sobre fines políticos se diferencian en un aspecto clave: la opinión se constituye mediante juicios de valor y la Ciencia no debe hacerlos. Entendida apropiadamente, estos juicios se encuentran fuera de su alcance. Por ello dice Arendt que las verdades del filósofo, del científico, del testigo, del juez, del periodista, del artista o del historiador no son (ni pueden ser) políticas en un sentido: no pueden, sin abandonar su posición (su orden intelectual científico/académico), comprometerse con un fin político –unirse a una causa de la que se derive directamente su proceder investigador, informador, etcétera– (Arendt, [1968] 1996: 273). Las coincidencias con la postura de Max Weber, arriba resumida, resultarán quizás sorprendentes dado el carácter u orden intelectual empiricista atribuido a uno, y normativista, a la otra.

Es evidente, sin embargo, que Arendt parte de algunos supuestos de fuerte carácter normativo (el totalitarismo, la ausencia de pensamiento o la posible destrucción de la Tierra son considerados indeseables). La pregunta es, ¿de dónde se derivan estos axiomas? Alguien podría entender que se tratan de postulados de la razón, necesidades derivadas del deseo de supervivencia. Por contra, mi impresión es que Arendt no argumenta en ningún momento en su favor, sino que son tomados como principios de sentido común; de ese *entendimiento* externo a la investigación, pero que hace que el teórico político (al contrario que el filósofo), al ser su opinión “representativa”, no esté

“solo” (Arendt, [1968] 1996: 273). Estos juicios son extraídos del contexto e incorporados a la investigación con su poder normativo *congelado*, aunque no esquilmo.

a. Límites de la empresa científica: comprensión, conocimiento y delimitación conceptual

Sobre la interrelación de comprender y conocer (*knowledge*) merece citar a Arendt con cierta extensión:

Conocer y comprender no son lo mismo, aunque están interrelacionados. La comprensión se basa en el conocimiento, y el conocimiento no puede proceder sin un entendimiento preliminar, inarticulado. Nuestra comprensión preliminar denuncia el totalitarismo como tiranía y ha decidido que nuestra lucha contra éste es una lucha por la libertad. Es verdad que a aquellos que no puedan ser movilizados sobre estas bases probablemente no puedan ser movilizados en absoluto [...]. El entendimiento precede y sucede al conocimiento. Tanto la comprensión preliminar, base de todo conocimiento, como la verdadera comprensión, que lo trasciende, tienen en común lo siguiente: dan sentido al conocimiento. La descripción histórica y el análisis político nunca podrán probar que exista tal cosa como una *naturaleza* o *esencia* del gobierno totalitario [...]. Esta naturaleza específica se da por sentada a partir de la comprensión preliminar sobre la cual las ciencias se basan, y esta comprensión preliminar permea sin remedio, y sin crítica alguna, toda su terminología y vocabulario [...]. Si el científico, desorientado por la propia labor de su investigación, comienza a aparentar ser un experto en política y a despreciar la comprensión popular, común, desde la que partió, perderá inmediatamente el hilo de Ariadne de sentido común, lo único capaz de guiarle de forma segura a través del laberinto de sus propios resultados”⁶⁹ (Arendt, 1953b: 380-381)

⁶⁹ Knowledge and understanding are not the same, but they are interrelated. Understanding is based on knowledge and knowledge cannot proceed without a preliminary, inarticulate understanding. Preliminary understanding denounces totalitarianism as tyranny and has decided that our fight against it is a fight for freedom. It is true that whoever cannot be mobilized on these grounds will probably not be mobilized at all [...] Understanding precedes and succeeds knowledge, and true understanding, which is at the basis of all knowledge, which transcends it, have this in common: they make knowledge meaningful. Historical description and political analysis can never prove that there is such a thing as the *nature* or the *essence* of totalitarian government, simply because there is a *nature* to monarchical, republican, tyrannical or despotic government. This specific nature is taken for granted by the preliminary understanding on which the sciences base themselves, and this preliminary understanding permeates as a matter of course, but not with critical

Nótese la circularidad: el conocimiento se basa en un entendimiento, que a su vez se apoya en conocimiento. Su Teoría Política, en lugar de poner el énfasis únicamente en “conocer”, tal y como lo hace tantas veces la Ciencia Política empírica, dedica una especial atención a la comprensión en sus dos acepciones principales: a la reconciliación con lo que ya sabemos y a la búsqueda de sentido. Precisamente por este énfasis en la comprensión, algunos han considerado que la Teoría Política debería ser considerada una Ciencia Humanística (Grant, 2002)⁷⁰.

La circularidad entre conocimiento y comprensión cambia por completo el papel que juegan los juicios de valor en el pensamiento arendiano y lo que ella fue capaz de producir a partir de ellos. Por ejemplo, entiendo que el argumento que Arendt ofrece al respecto de la conveniencia de recuperar el sentido antiguo de la política podría *interpretarse* (resumida y simplificadamente) de la siguiente manera:

Mi estudio muestra, diría Arendt, que en nuestro concepto de política puede encontrarse parte de la responsabilidad por el totalitarismo; según he encontrado mediante el estudio de la experiencia histórica y el razonamiento, parece concluirse que debemos respetar la lógica interna de eso que alguna vez se llamó política. Así podemos esperar evitar grandes males. La recomendación que de mi planteamiento se deriva estará, en todo caso, abierta a los actos de los hombres, siempre capaces de sorprendernos. Tal propuesta, eso sí, sólo tendrá sentido para el lector si parte de un común entendimiento: que el totalitarismo es indeseable.

Arendt ciertamente promueve una forma particular de entender la palabra “política” (entre tantas). Y de aquí parte su habitual consideración como autora normativa: en

insight, their whole terminology and vocabulary. True understanding always returns to the judgements and prejudices which preceded and guided the strictly scientific inquiry. The sciences can only illuminate, but neither prove nor disprove, the uncritical preliminary understanding from which they start. If the scientist, misguided by the very labor of his inquiry, begins to pose as an expert in politics and to despise the popular understanding from which he started, he loses immediately the Ariadne thread of common sense which alone will guide him securely through the labyrinth of his own results. If, on the other hand, the scholar wants to transcend his own knowledge -and there is no other way to make knowledge meaningful except by transcending it- he must become very humble again and listen closely to the popular language, in which words like *totalitarianism* are daily used as political clichés and misused as catchwords, in order to re-establish contact between knowledge and understanding”.

⁷⁰ Dice Grant (2002: 579): “An education in the humanities is not so much about acquiring knowledge of this kind as it is about acquiring humility in the face of your own ignorance, perspective when confronted with your own particularity, and the capacity for judgment in the light of a universe of possibilities that you had never before imagined”.

términos de Freeden, podría pensarse que realiza un trabajo de ideóloga o de filósofa (Freeden, 1996: 132). Pero Freeden coincide en que existe una excepción a esta regla por la que privilegiar e imponer uno de los significados de entre los muchos que un concepto o sistema de conceptos puede sustentar cae en el terreno de lo ideológico. Dado que este movimiento de *decontestation*, de exclusión de las definiciones alternativas de un concepto controvertido, es la única forma que tenemos para acceder al mundo político⁷¹, Freeden entiende necesario establecer el “diferente orden” de, por un lado, una delimitación de significado con intención de servir para objetivos políticos de, por otro, aquella que sirve a la práctica académica de interpretación y teorización⁷² (Freeden, 2006: 19, 22). De nuevo encontramos en estas palabras de Freeden el dilema entre los objetivos políticos y el trabajo académico. Es un dilema al que Arendt da salida, pues ella propone recuperar otro concepto de política como guía para la investigación, no sólo por motivos científicos —porque sin él quedaba en la sombra un área importante de experiencia—, sino también políticos —porque esta sombra aumenta las posibilidades de un escenario totalitario—.

Deberá reconocerse sin embargo que el principal objetivo de Arendt como pensadora política académica no era delimitar el contenido de los conceptos políticos excluyendo la controversia en torno a su significado que los caracteriza —aunque necesitara hacerlo continuamente para poder avanzar en su trabajo—. No obstante, queda claro su propósito de no santificar las experiencias que recupera o las etiquetas que les asigna. La pensadora alemana, de hecho, calificaría de antipolítico todo pensamiento que pretenda forjar prejuicios no reconocidos como tales, con pretensión de universalidad, y con los que moverse ciegamente en el momento de la acción, ahogando la política. En este sentido, el desplazamiento del significado de *política* se sugiere como un medio conceptual para un fin externo que, sin embargo, no se pretende argumentar “racionalmente” (mediante la razón instrumental). Es más: en su imparcialidad, Arendt insiste en algunas de las consecuencias negativas que esta otra noción de política, que ella nos ofrece, podría conllevar: por ejemplo, la propensión al nihilismo del pensamiento libre.

⁷¹ “We can only access the political world through decontesting the contested conceptual arrangements that enable us to make sense of that world, and we do so—deliberately or unconsciously—by imposing specific meanings onto the indeterminate range of meanings that our conceptual clusters can hold”.

⁷² “The contestability of theory and of interpretation is of a different order”. Aparece aquí el sentido de “orden” que se ha tratado de establecer desde las primeras páginas de esta tesis.

Dicho de otra forma: entender la realidad para Arendt, como para Weber, no significa ni perdonar ni justificar. Con esta palabra, “entender” o “comprender” (*understand*, *Verstehen*), Arendt “ya no está hablando del juicio como característica de la vida política como tal [...] sino del juicio como componente de la vida de la mente, la facultad a través de la que los espectadores privilegiados pueden recuperar significado del pasado y así reconciliarse ellos mismos con el tiempo y, retrospectivamente, con la tragedia”⁷³ (Passerin d’Entreves, 2008). Esta reconciliación no necesariamente tiene un carácter holístico en su objeto (no se trata de reconciliarse con todo a la vez); sin embargo, es cierto que la producción de sentido admite menos especialización de la que los investigadores más empiricistas, dedicados a conocer más que a comprender, exigirían para bendecir estas producciones teóricas como *científicas*. En un mundo tan especializado como el nuestro, reinan los expertos, y “se echa en falta [...] alguien que de vez en cuando nos permita detenernos a pensar, nos enfrente un poco al todo que se abre detrás de tanto detalle sobre las partes” (Vallespín, 2012: 82-83).

Desde luego, Arendt va más allá de la interpretación de hechos, pero explícitamente evita lo teórico normativo, lo filosófico y lo ideológico. Efectivamente, se trata de una cuestión de un orden distinto, que se caracteriza por incorporar objetivos políticos que son tomados del “entendimiento general” o comprensión previa (*understanding*) desde el que el investigador parte (de la *relación con los valores* imprescindible para definir el objeto), sin pretender que sean justificados por la investigación –sin considerarlos parte del “conocimiento” (*knowledge*) aportado–. Pero el planteamiento de Arendt, así explicado, respeta la limitación weberiana de no hacer juicios de valor desde la Ciencia. De hecho, Weber, siguiendo a Rickert, afirmaba algo parecido: que las ciencias se constituyen en relación con valores; unos valores que deben entenderse como “bienes culturales”, contingentes, que articulan “el derecho, la religión, la literatura, el arte, la economía [...]” (Abellán, 2015: 234). En los mismos términos, Arendt está inaugurando la reflexión sobre la Teoría Política, tal y como ella la entiende, en base a un valor olvidado: la política, en el sentido que ella misma quiere recuperar. Por tanto, el nacimiento de la perspectiva y del valor sobre el que se basa (su idea de política) suceden, en cierto sentido, al unísono.

⁷³ “no longer concerned with judging as a feature of political life as such [...] but with judgement as a component in the life of the mind, the faculty through which the privileged spectators can recover meaning from the past and thereby reconcile themselves to time and, retrospectively, to tragedy”

Por supuesto, todo esto no impide que pueda ser leída como a una ideóloga si alguien considera oportuno *creer* en su definición de política, tomarla como la correcta, como la definición final y como fin a construir en el mundo. Un fin que, ella ya advierte: no es defendible desde la Ciencia. En este sentido, las lecturas ideológicas que se quieran hacer de Arendt escapan a su poder (aunque no excedan su responsabilidad), toda vez que ella avisa repetidamente del orden intelectual de sus afirmaciones.

b. El carácter aporético de la propuesta y sus consecuencias políticas

En todo caso, habrá que admitir que, quien decida practicar esta lógica de investigación a la que Arendt llama Teoría Política, probablemente lo haga porque cree en el valor de recuperar espacios para el área de experiencia llamada por Arendt “política”; porque comparte esta comprensión preliminar. Como dice Weber en *La ciencia como profesión*, los supuestos o “presuposiciones previas” que permiten valorar los resultados de la ciencia como “*importante* en el sentido de «relevante»” no son en sí mismas demostrables (Weber, [1919] 2009: 81-82). El propio Weber, sobre su creencia en el deber de separar los juicios de valor y los hechos para poder fundamentar la especificidad de la ciencia, matizaba el *valor* de su propuesta:

la pregunta de si realmente debemos o no debemos hacer juicios de valor en la cátedra [...] es una cuestión de política universitaria y, por ello, sólo se puede responder en último término desde el punto de vista de la misión que cada uno quiera atribuirle a la Universidad desde sus propios juicios de valor (Weber, [1917] 2010: 68).

Así, aparece el aspecto aporético propio de esta purga de los juicios de valor en la Ciencia. Los críticos de Weber que han señalado en ello una contradicción insalvable para, a continuación, descartar el valor de su propuesta (por ejemplo, Voegelin, 2006: 27-37) malinterpretan esta contradicción; y lo hacen precisamente por partir de una concepción problemática –metafísica– de las contradicciones mismas, como se verá en el siguiente capítulo. Desde esta perspectiva, autores como Strauss (1957: 352) incluso han querido ver en el trabajo de Weber una defensa positivista que, dado lo aquí citado y explicado, no se corresponde con su intención.

El pensamiento de Strauss, no obstante, resulta valioso en esta reflexión disciplinar, pues nos recuerda que el problema de las lecturas y las consecuencias del trabajo académico para la *polis* es intrínseco al mismo, por mucho que tratemos de esconder la responsabilidad bajo la excusa de la especialización del trabajo. Resuena aquí el arrepentimiento de Mikhail Kalashnikov, cuyo apellido da nombre al arma de fuego de mayor producción de la historia, o de Robert Oppenheimer, padre de la bomba atómica. El eco de sus voces invadía, retrospectivamente, el sentir del *Galileo* de Bertolt Brecht:

He meditado sobre cómo me juzgará el mundo de la ciencia, del que no me considero más como miembro. Hasta un comerciante en lanas, además de comprar barato y vender caro, debe tener la preocupación de que el comercio con lanas no sufra tropiezos. El cultivo de la ciencia me parece que requiere especial valentía en este caso [...]. ¿Para qué trabajáis? Mi opinión es que el único fin de la ciencia debe ser aliviar las fatigas de la existencia humana. Si los hombres de ciencia, atemorizados por los déspotas, se conforman solamente con acumular el saber por el saber mismo, se corre el peligro de que la ciencia sea mutilada y de que sus máquinas sólo signifiquen nuevas calamidades (Brecht, 1956) .

Brecht, sin embargo, oculta la magnitud del problema: que la Ciencia no es mutilada cuando se olvidan “las fatigas de la existencia humana”, sino cuando se recuerdan de cierto modo; cuando se pliega el trabajo científico a ellas. O lo que es lo mismo: que la Ciencia, valiosa en sí misma como búsqueda racional de verdad, en su propio desarrollo puede perfectamente aumentar, en lugar de aliviar, esas fatigas. El criterio científico, bien lógico o empírico, entrará en tensión frecuentemente con otros objetivos, colectivos o de parte (movilizadores, legitimadores, adversativos), característicos del pensamiento para la acción política. La decisión final sobre si mantener vigentes las ideas y prácticas que la Ciencia encuentre ilógicos o falsos o prescindir de ellos para la acción dependerá de un juicio de valor que la Ciencia en sí no puede realizar por los actores. En particular, mantener la posición más coherente, o más adecuada a los hechos y las relaciones causales tal y como las describe la Ciencia Social, no asegura un mayor éxito político. De hecho, puede conducir al menoscabo de los objetivos, por ejemplo, al limitar el uso de

argumentos tan falaces como efectivos o al detraer recursos de la propaganda para la investigación rigurosa⁷⁴.

Ciertamente, sería un acto muy paternalista decidir por la comunidad política qué productos y verdades de la Ciencia ésta no está preparada para asumir, y muy partidista ejecutar la censura en base a nuestros valores. Un acto así, más que constituir una decisión “política” –coherente con el objeto–, resulta anti-lo-político, pues limita el rango de lo discutible, tratando a los conciudadanos más como infantes a los que proteger que como iguales en capacidad de juicio, autónomos y corresponsables. Pero, por otro lado, Strauss no está sino advirtiendo contra la *falacia socrática*, revelando además los límites del criterio metodológico basado en la coherencia con el objeto y el compromiso con su conservación. Pues a veces la política, para conservar la política, necesita renunciar parcial o temporalmente a la política⁷⁵.

c. Exhaustividad y agotamiento del mundo

En otro orden de asuntos, la voluntad de incorporar la pluralidad, las limitaciones propias del pensamiento político antes comentadas (Freeden, 2013: 250-272), además de la intención de ir más allá de la interpretación descriptiva para poner en práctica las tareas aquí presentadas y la inmensa versatilidad del concepto de democracia implican la imposibilidad de un planteamiento exhaustivo, teniendo que recurrir a grandes categorías y a privilegiar aquellos elementos de los distintos discursos que aparecen como notablemente más relevantes en sus propios contextos y en relación con la teoría. Esto no debería implicar la introducción de la arbitrariedad; simplemente, se trata de explicitar y argumentar el punto en que este u otros trabajos dejan de avanzar por alguno de los caminos abiertos, y que pueden dar origen a nuevos trabajos.

Por último, queda sobre la mesa un problema fundamental para esta propuesta disciplinar y que está relacionado con el estado actual del objeto: la posibilidad de que no sigan existiendo sentidos comunes que analizar, sean de toda la comunidad o de sus diversos grupos. Al fin y al cabo, Hannah Arendt afirmaba que “[h]oy vivimos en un mundo en el que ni siquiera el sentido común conserva algún sentido”. Esta “quiebra del

⁷⁴ No estoy sino reiterando la idea de la irracionalidad moral de la estructura causal del mundo, que puede encontrarse en Maquiavelo, Weber o Berlin, anticipando lo que desarrollaré en el capítulo segundo.

⁷⁵ En el caso de la democracia, esto ha generado todo un desarrollo teórico, en especial en torno a la idea de *democracia militante*, al que dedicaré unas líneas en el tercer bloque (apartado 6.2.7a).

sentido común en el mundo presente” (Arendt, [1968] 1996: 75), consecuencia a su entender del enfrentamiento entre política y Filosofía, nos puede haber dejado rodeados de *doxai*, de opiniones no fundadas en el pensamiento ampliado, sino en el interés cortoplacista y en prejuicios despegados de toda experiencia.

Podría pensarse que el pesimismo arendtiano se trata de una mera elucubración filosófica; que es infundado. Sin embargo, autores acostumbrados a tratar empíricamente con el discurso de nuestras sociedades han llegado a conclusiones similares. Por ejemplo, el experto en lenguaje publicitario Juan Benavides afirma que “en la sociedad del conocimiento se está perdiendo el significado preciso y el sentido del lenguaje”. Benavides considera que nuestro contexto se caracteriza por un severo empobrecimiento del lenguaje, limitado a “pocas palabras con significados (...) amplios y descafeinados” (Benavides Delgado, 2005: 21).

También desde la escuela de Fráncfort se ofrecieron razones para pensar que nos encontramos ante un empobrecimiento del lenguaje. Adorno, por ejemplo, entendía que, como consecuencia de la hegemonía positivista, “la diferencia entre la ideología y la realidad ha desaparecido. La ideología se resigna a confirmar la realidad mediante su mera duplicación” (Adorno, [1951] 2005: 211)⁷⁶. Una duplicación especialmente centrada en los intereses:

Durante la época burguesa clásica, la teoría dominante constituía la ideología, y la praxis que se le oponía estaba en directa contradicción. Hoy en día, la teoría apenas existe, y la ideología emite su zumbido, por así decirlo, desde los engranajes de una práctica irresistible. Nadie se atreve ya a pensar una noción, sea del campo que sea, sin incluir alegremente indicaciones de a quién favorece (Adorno, [1955] 1983: 29)⁷⁷.

La crisis de la teoría iría de la mano de esta transformación positivista de la ideología. La dominación habría prescindido de los relatos, expresándose “como sumisión al aparato técnico que aumenta el confort de la vida y aumenta la productividad”, en una tendencia

⁷⁶ “Irony's medium, the difference between ideology and reality, has disappeared. The former resigns itself to confirmation of reality by its mere duplication. No notion dares to be conceived any more which does not cheerfully include, in all camps, explicit instructions as to who its beneficiaries are – exactly what the polemics once sought to expose”.

⁷⁷ “During the bourgeois era, the prevailing theory was the ideology and the opposing praxis was in direct contradiction. Today, theory hardly exists any longer and the ideology drones, as it were, from the gears of an irresistible praxis”.

hacia una “sociedad racionalmente totalitaria” (Marcuse, [1964] 2002: 162)⁷⁸. En otras palabras: la invasión de lo político por lo social que Arendt temía se habría consumado. La descripción habría suplido a la comprensión y, en consecuencia, el mundo de sentidos comunes se habría derrumbado.

Para mayor complicación, son numerosos autores los que señalan que la centralidad del concepto de democracia en los procesos de legitimación del poder habría intensificado en él esta tendencia, difuminando su contenido. No en vano, Gallie puso la democracia como ejemplo en su famoso texto sobre los conceptos esencialmente controvertidos, advirtiéndole de que, en la discusión política, éste además aparecía con un significado “extremadamente vago” (Gallie, 1956). En las tan citadas palabras de Kelsen ([1929] 2006: 36):

«Democracia» es la consigna que de manera casi general impera sobre los espíritus durante los siglos XIX y XX. Pero precisamente por serlo pierde – como toda consigna – su sentido profundo. Como quiera que se piensa que – al dictado de la moda política del momento – se puede hacer uso de la democracia al servicio de todos los fines posibles y en todas las ocasiones imaginables, este concepto, que se encuentra entre los conceptos políticos de los que más se ha abusado, adquiere los significados más dispares y con frecuencia contradictorios, cuando nos ocurre que la acostumbrada irreflexividad del lenguaje político vulgar lo degrada a la condición de un término convencional que no se corresponde con ningún significado determinado⁷⁹.

Con un lenguaje sometido a los bandazos de los intereses, de “todos los fines posibles”, no cabría en principio esperar una gran densidad y estabilidad conceptual. Esta crisis de los sentidos comunes debe considerarse empero, más que un impedimento para este trabajo, precisamente como objeto de la investigación y medida de su importancia. Sólo tomando en serio los discursos públicos, aun si al ser emitidos carecían de esa seriedad que les otorgaría ser el producto de la reflexión desde la experiencia en igualdad

⁷⁸ “For this unfreedom appears neither as irrational nor as political, but rather as submission to the technical apparatus which enlarges the comforts of life and increases the productivity of labor. Technological rationality thus protects rather than cancels the legitimacy of domination, and the instrumentalist horizon of reason opens on a rationally totalitarian society”.

⁷⁹ Énfasis mío.

con los diferentes desde una mirada particular, puede revalorizarse la palabra misma y sentarse la base para la construcción de nuevos sentidos comunes que permitan intensificar la posibilidad de verdad y de acción.

Aunque el pensamiento tiende a cuestionarlo todo, este cuestionamiento no tiene por qué llevar a los actores a renunciar a sus horizontes normativos, por mucho que la reflexión les permita por el camino comprender mejor las limitaciones de sus sistemas de valores mismos y, por tanto, de sus juicios políticos. De este modo, la reflexión sobre la idea de democracia se revela como explícita promoción de la libertad política. Como una acción política en favor de la política misma.

1.5 RECAPITULACIÓN

Este capítulo ha comenzado mostrando que toda investigación que quiera realizarse desde la Teoría Política obliga a enfrentar un problema inicial: el debate sobre la identidad de la Teoría Política misma (apartado 1.1). Sin pretensión de establecer qué es o qué debe ser la Teoría Política, lo que sí se ha intentado es definir en estas páginas una lógica de investigación o perspectiva que pueda considerarse, por ser política, específica de la Teoría Política; una lógica que pueda convivir con otras dentro de la Teoría Política y que esté disponible para otras disciplinas y otros ámbitos de la Ciencia Política. Para ello, se ha intentado identificar aquellas tareas y responsabilidades calificables de “políticas” o derivadas de la obligación del cuidado de lo político que pueden realizarse desde la academia sin renunciar a la naturaleza académica de la empresa: es decir, una lógica diferenciable tanto de la descripción o explicación (de las teorías políticas empíricas) como de la realización de juicios de valor (común en la Teoría Política normativa, la Filosofía Política o en las ideologías).

Esta tarea ha requerido apoyarse en importantes pensadores: fundamentalmente, en las propuestas para el análisis de los juicios de valor de Max Weber (apartado 1.3), en los caminos propuestos (pero no desarrollados) por Michael Freeden para el análisis de las ideologías (apartado 1.2 y 1.4) y, sobre todo, en el ejemplo y reflexiones de Hannah Arendt (1.4). Especialmente importante ha sido la definición arendtiana de la política pues, gracias a su énfasis en el diálogo y la representación de la diversidad de opiniones como actividades propiamente políticas, se ha podido definir una serie de tareas y responsabilidades concretas.

La lógica de investigación propuesta consiste en la representación de las diversas opiniones o puntos de vista sobre una cuestión que pueden encontrarse en la esfera pública. Esta representación no se realiza sin embargo con una intención fundamentalmente descriptiva o explicativa, sino con varios propósitos de naturaleza política. En primer lugar, no se trata de una yuxtaposición de discursos desconectados, sino que su representación debe presentarlos en relación; en el diálogo entre sí, característico de lo que Arendt entiende por política (1.4.5). Además, esta lógica trata de vincular los diversos discursos encontrados con las experiencias que pueden sostenerlos, ayudando a entender tales discursos (lo que no implica justificarlos o alabarlos). Es decir: trata de dar sentido a las voces representadas, para lo que recurre a tantas disciplinas empíricas y normativas como sea necesario (1.4.3).

Entender estos discursos no puede llevar, eso sí, a tomar parte, especialmente si por tal cosa se entiende doblegar el análisis a los intereses de algún grupo. Esto no significa borrar toda emoción o implicación en el análisis, pues lo primero adulteraría la correcta representación; lo segundo, lo privaría de la comprensión previa que da sentido a toda la empresa intelectual (1.4.7). Todo este trabajo deberá intentar ser inspirador para los propios actores, haciendo un uso intensivo de la imaginación política para proponer alternativas de perspectiva y de acción e institucionalización, generar diálogos imposibles que recuperen, por ejemplo, argumentos de los grandes pensadores del pasado; o sugerir hipótesis de investigación empírica (apartado 1.4.6). Pero, sobre todo, debe ayudarles a acercarse a su propia verdad (sin establecer una idea de Verdad político-moral única e inexorable): es decir, ayudarles a ser más conscientes de su propia concepción del mundo, de los valores que están privilegiando, de aquellos a los que renuncian, de los hechos que les marcan y los que ignoran, de sus contradicciones, de sus debilidades y de sus fortalezas, así como de las consecuencias, buenas o malas en sus propios términos (o en los del resto de participantes), que sus elecciones pueden conllevar (1.4.8). Esto implica pensar detenidamente estas cuestiones, rescatando su contingencia.

En consecuencia, esta lógica de investigación trata de fomentar la capacidad para pensar políticamente de sus lectores mediante el buen ejemplo (1.4.2). Como ocurre con el pensamiento de Arendt, un buen trabajo realizado desde esta lógica de investigación permite deducir valiosas lecciones para la preservación y la promoción de la política. De todos estos objetivos que tratan de tener impacto sobre los actores estudiados se deriva

además la obligación de resultar tan accesible para el común de los ciudadanos como sea posible (1.4.4), aunque ello entre en flagrante contradicción con la necesidad de expresar ideas complejas mediante herramientas conceptuales artificialmente precisas e invoca a los peligros que el propio pensamiento, en sí mismo, conlleva para la política.

Por esto, se ha enfatizado repetidamente que estas obligaciones pueden considerarse imposibles de realizar “completamente”. De hecho, en la base de esta lógica de investigación, puede encontrarse una aporía: el privilegio dado a una particular noción de política como piedra angular; como eje de la comprensión preliminar o entendimiento necesario para establecer la lógica de investigación misma. Además, muchas de las tareas resultan contradictorias entre sí, apareciendo diversas tensiones, por ejemplo, con aquello que entendemos por Ciencia o con los intereses de la propia comunidad política. Para mayor complicación, parecería existir en el mundo presente una crisis de sentido; es decir, una escasez y nebulosidad de los objetos de investigación (apartado 1.4.9). Esto, sin embargo, no quita a estas obligaciones y responsabilidades un ápice de valor. Más bien al contrario, pues pone de relieve su importancia.

Capítulo 2

Democracia en la cultura y las ideologías: ¿Concepto, momento discursivo o idea?

Si el anterior capítulo trataba sobre la perspectiva particular de una lógica de investigación que puede entenderse como propia de la Teoría Política y sobre las tareas que dicha lógica implica, el presente tratará sobre la *naturaleza* del objeto y sobre las variaciones que caben esperar en la forma en que se concibe. Ciertamente, ambos temas son en último término inescindibles, pues el objeto siempre será definido en relación con una perspectiva (de ahí la cursiva en “naturaleza”).

Bajo distintos nombres (cultura, ideas, conceptos, ideologías, discursos) se han estudiado desde las Ciencias Sociales y la Historia fenómenos en ocasiones similares y, en otras, muy distintos. Por ello, este capítulo mostrará diversas posibilidades para entender el objeto y que se ocultan tras estas palabras. Tras presentar las principales definiciones de cultura y cultura política (2.1), nos acercaremos a dos tradiciones que han criticado a la Historia de las Ideas clásicas, y que permiten acercarse al objeto de esta tesis bien como “concepto fundamental” desde la Historia de los Conceptos (2.2) o bien, siguiendo a la Nueva Historia del Pensamiento Político, como el fruto de ciertas intenciones (2.3). A continuación, dedicaré un apartado a los distintos matices que puede adquirir el objeto si se describe como parte de una “ideología” o como una “ideología democrática” (2.4). En el apartado 2.5 plantearé las implicaciones de concebir a la democracia como momento discursivo o punto nodal, desarrollando al fin la perspectiva postestructuralista que es central en esta tesis. Finalmente, el apartado 2.6 servirá para fijar las definiciones de cultura, ideología e idea que maneja esta tesis.

Además de permitir una mejor delimitación del objeto, un repaso por los fundamentos de estas perspectivas de investigación tiene tres objetivos metodológicos clave: en primer lugar, recabar herramientas teóricas o conceptuales para el análisis. Segundo: dar sentido a la utilización posterior de los resultados empíricos que estas disciplinas ofrecen. Tercero: tener presentes distintas formas de entender las ideas o conceptos, en tanto que pueden recogerse de estas disciplinas instrumentos conceptuales que permitan acercarse a la forma particular en que los ciudadanos entienden la democracia –en términos no

subjetivos: para estudiar el orden intelectual de la idea de democracia según indique lo encontrado en la prensa—.

Además, a lo largo de esta revisión se mostrará una dificultad recurrente en estas perspectivas: la relación entre la realidad y nuestros símbolos. No se trata aquí de profundizar en —aún menos de solucionar— este problema, que remite nada menos que al debate filosófico entre idealismo/racionalismo y empirismo. Lo que sí haré es mostrar la potencia (argumentativa y productiva) del pensamiento postfundacionalista derridiano, que ofrece el trasfondo epistemológico y ontológico de esta tesis. Dado que sus presupuestos deconstruccionistas se tomarán como perspectiva general del posterior análisis, convendrá también señalar las relaciones de este pensamiento con el resto de autores a los que se recurre, articulando de paso herramientas diversas; esto es, preparando estos instrumentos conceptuales para hacerlos trabajar de forma complementaria. Al hilo de este debate epistemológico, será recurrente la cuestión del lugar clave que ocupa la idea de representación. En concreto se mostrará cómo, después de encumbrada, ha sido desechada, principalmente debido a una concepción estrecha de la misma, que la hace estéril. Se sugerirá que precisamente el concepto de representación, clave como se ha visto para definir algunas tareas de la Teoría Política, se antoja aún capaz de permitir una profunda reflexión epistemológica siempre que se replantee en términos postestructuralistas.

2.1 LA IDEA DE DEMOCRACIA COMO ELEMENTO DE LA CULTURA POLÍTICA

Efectivamente, la presente investigación puede concebirse en parte como un trabajo descriptivo de un aspecto de la cultura política española, entendiendo que en la prensa se manifiesta una interesante representación de la misma. Sin embargo, no cualquier concepción de cultura serviría para entender el presente objeto de estudio. De hecho, aunque el concepto de cultura sea fundamental para las Ciencias Sociales, su relevancia sólo se explica debido a un cambio conceptual que la palabra recogió y registró: la aparición de la creencia en que los hombres son modificados por las costumbres, frente a la visión ilustrada de una naturaleza humana invariable y regida por leyes. En este sentido, ya no se consideraba que el hombre, despojado de su cultura, fuera un mero razonador

puro, sino que es “el animal transfigurado que se manifestaba en sus costumbres” (Geertz, [1973] 2003: 44-46).

En este último proceso, Durkheim jugó un papel clave al hablar de las “representaciones colectivas”¹, entendidas como “símbolos que tienen un significado común para todos los miembros del grupo y les hace sentirse identificados entre sí como miembros”, y de la conciencia colectiva, que contendría, junto a estas representaciones, “las ideas que los miembros individuales de las sociedades tienen en común y que representa los fines y propósitos” (Campbell, [1981] 2002: 179-180)². Sobra decir que la idea de democracia en nuestras sociedades ocuparía un lugar privilegiado desde esta perspectiva. En definitiva, Durkheim estaba describiendo algo similar a las categorías del entendimiento kantianas, sólo que de origen social, de naturaleza simbólica, comunicables, y sin establecer diferencias entre estas categorías y los imperativos de la acción (Munguía Lores, 2002: 89).

La idea de democracia tal y como se quiere estudiar aquí se entiende mucho mejor desde estos parámetros que desde otras definiciones clásicas de cultura ofrecidas por la antropología, como la célebre de Tylor de 1871: “ese todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, la costumbre y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad” (Tylor, citado en Kottak, [1974] 2006: 60³). Sin embargo, las tornas se invierten en el siglo XX: son las definiciones sociológicas y politológicas las que se alejan del interpretativismo, al mismo tiempo que Clifford Geertz, desde la antropología, lo revitalizaba. Curiosamente, ambas tradiciones del s. XX parten de un mismo referente teórico: Max Weber⁴.

2.1.1 Almond y Verba: Cultura Política

La primera de estas tradiciones, la sociológica-politológica, se apoya en una lectura muy particular de Weber: la reflejada en la síntesis parsoniana, aderezada con influencias

¹ Énfasis mío.

² El texto que cita Campbell es: Durkheim, E. (1898). “Représentations individuelles et représentations collectives”. *Revue de Métaphysique et de Morales*, VI, pp 273-300.

³ Tylor, Edward Burnett, 1871. *Primitive Culture: Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Language, Art and Custom*. Publicado en español como Tylor, E. B. *Cultura primitiva: Los orígenes de la cultura*. Ayuso, 1976, 387 páginas, 2 volúmenes.

⁴ Weber, como apunta Abellán (2006: 13), puso en el centro de su investigación “los efectos de la cultura sobre la acción y el desarrollo social” sin dejar de reconocer, contra el idealismo, la importancia de los intereses económicos sobre lo político-social.

de la psicología. Me estoy refiriendo a la tradición de estudios sobre la cultura política, cuya obra fundacional, *La Cultura Cívica*, publicada en 1963, sigue siendo de referencia. Dicho texto proponía descubrir qué es aquello que debería extenderse para poder exportar la democracia, o si tal cosa es posible.

“Lo que debe aprenderse de una democracia”, dirán los autores, “es cuestión de actitudes y sentimientos”. Por ello, se hace necesario estudiar la cultura política, entendida como las “[...] orientaciones [psicológicas] específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes con relación al rol de uno mismo dentro de dicho sistema” (Almond y Verba, [1963] 1970: 21, 30). En particular, la cultura que estos autores encuentran más adecuada para la democracia sería mixta: es decir, que incluye elementos más y menos pasivos, e incluso entre los activos “no han quedado desplazados los roles de súbdito y de parroquial”. También consideran propio de la cultura democrática la creencia en una mayor capacidad de influencia de la que efectivamente se ejerce, así como de un sentimiento de deber participativo mayor de la participación política que efectivamente ocurre. Estas tensiones permitirían generar la suficiente actividad política, implicación, divisiones y cuestionamiento del poder, pero no hasta el exceso, que pondría en jaque la cooperación, el deber de obediencia y la lealtad al sistema. Se trata por tanto de un sistema cultural mixto que resulta adecuado para un sistema mixto como lo es, en su opinión, la democracia (Almond y Verba, [1963] 1970: 529 y ss.).

Esta tesis se aleja en múltiples aspectos de esta perspectiva, apoyándose precisamente en las críticas que ha recibido. Ciertamente, resulta muy interesante su énfasis en las prácticas en que se basa una democracia. Sin embargo, su funcionalismo sistémico y su incapacidad para explicar el cambio resultan problemáticas; rémoras de la herencia parsoniana (Morán, 2010). Por otro lado, su individualismo metodológico (concretado en la técnica utilizada: las encuestas de opinión) no resulta muy adecuado dada la naturaleza colectiva del objeto (Morán, 1997: 195). Además, se ha achacado partir desde un “paradigma de la modernización”, también derivado de Parsons, y que habría llevado a los autores a aceptar la democracia como el sistema de la modernidad y el desarrollo (Lichterman et al., 2006). En este sentido, su perspectiva ha sido considerada etnocéntrica (Morán, 2010; Llera Ramo, 1997: 52; Pateman, 1980).

Muy vinculada a esta acusación de etnocentrismo, la crítica clave para el presente trabajo es la conceptual. Como C. Pateman ha señalado, pese a que el objetivo de *La Cultura Cívica* fuera describir “la cultura política de la democracia”, el concepto de democracia nunca se discute. Los autores parten de una teoría de la democracia en particular, la liberal, lo que termina limitando su capacidad de análisis de los datos (Pateman, 1980: 60-61). De hecho, la idea de “democracia” sólo aparece en su sistema de orientaciones como un valor que puede atribuirse a un sistema político⁵. Así, se ignora la posibilidad de que el sistema político esté siendo valorado desde distintos conceptos o concepciones que varíen geográfica y temporalmente (Lichterman et al., 2006: 394). Además, esta dimensión evaluativa queda problemáticamente separada de las dimensiones afectiva y cognitiva (Morán, 2010).

Ante las críticas y presa de su rigidez, el concepto de “cultura política” cayó en cierto desuso (Botella, 1997: 21-22). Llera (1997: 45) ha atribuido este declive al avance del enfoque sistémico, dado que desde dicha perspectiva la cultura se concibe como parte del “entorno”, ocupando por tanto un lugar marginal en las descripciones y explicaciones. Sin embargo, algunos estudios herederos directos de aquellos han aportado categorías y datos de interés a la vez que se abrían al carácter polémico del significado de democracia (Pateman, 1971; Torcal, 2014: 1545). Por ello, recuperaré algunas de sus aportaciones en el siguiente capítulo.

2.1.2 La cultura como entramado de significados. Escuela de Birmingham y Clifford Geertz

A principios de los años 60, el estudio de la cultura como entramado simbólico estaba prácticamente confinado a la escuela de Birmingham, influida por el estructuralismo y marxismo europeo (y, particularmente, de Gramsci), en cuyos inicios destacaron los británicos Raymond Williams y Richard Hoggart, seguidos por el renombrado estudioso jamaicano Stuart Hall. Estos estudios culturales británicos se centraron en analizar la atribución de sentido a la realidad y los significados comunes, dirigiendo la atención hacia lo popular (frente a los estudios culturales más elitistas) y, cuando más adelante los medios de comunicación ocuparon un lugar privilegiado entre sus intereses, proveyeron

⁵ “[...] valoraciones [...] de un sistema político como «democrático», «constitucional» o «socialista»”. En Almond y Verba ([1963] 1970: 31).

importantes avances en el estudio de los procesos de codificación y decodificación (algo que excede las posibilidades del presente trabajo). Los temas tratados fueron ciertamente amplios: la clase, la raza, la migración, el multiculturalismo, el género y el sexo, así como el thatcherismo o el neoliberalismo merecieron su atención a lo largo de sus casi cuarenta años de existencia (Turner, 2002). En la obra *The Long Revolution*, de Williams (1961), por ejemplo, puede encontrarse una noción de cultura de cariz claramente interpretativo, haciendo énfasis en que los distintos elementos de una cultura deben entenderse en relación con el todo (la “forma de vida”) ⁶.

Sin embargo, será Clifford Geertz, en 1973, quien popularizará una perspectiva decididamente interpretativista de la cultura. En su obra *La Interpretación de las Culturas*, Geertz proponía tal perspectiva para la Antropología Cultural. No obstante, su definición de cultura tuvo un impacto que trascendió a su disciplina y constituye una cita obligada:

El concepto de cultura que propugno y cuya utilidad procuran demostrar los ensayos que siguen es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación [significado] que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdidumbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones (Geertz, [1973] 2003: 20).

Con esta reformulación, cultura política evita referirse únicamente a las orientaciones psicológicas para incluir los “discursos”, el lenguaje, los símbolos y mitos, los “sistemas de creencias, las concepciones del mundo y las ideologías de los actores y grupos sociales” (Morán, 1997, pág. 201). Estos sistemas culturales (“religiosos, filosóficos, estéticos, científicos, ideológicos”) los entiende Geertz como “programas” que “suministran un patrón o modelo para organizar procesos sociales y psicológicos” (Geertz, [1973] 2003: 189). La concepción de democracia, qué duda cabe, sería parte importante de ese entramado simbólico compartido en nuestras sociedades.

⁶ “Culture is a description of a particular way of life, which expresses certain meanings and values not only in art and learning but also in institutions and ordinary behaviour. The analysis of culture, from such a definition, is the clarification of the meanings and values implicit and explicit in a particular way of life, a particular culture”. En Williams (1961: 57).

2.2 LA DEMOCRACIA COMO CONCEPTO FUNDAMENTAL EN LA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS

Otra forma de entender el objeto aquí investigado sería concebirlo como una “idea” clave en nuestra historia intelectual. La Historia de las Ideas, sin embargo, ha sido objeto de una profunda crítica desde al menos dos frentes: por un lado, la Historia del Pensamiento en Reino Unido, a cuya difusión y reflexión ha dedicado provechosos esfuerzos Quentin Skinner. Por otro, la Historia de los Conceptos en Alemania, de la que Koselleck es su principal representante. Comenzaré por prestar atención a esta segunda.

Históricamente, la reflexión alemana adelantó a la escuela de Cambridge, y ambas se desarrollaron con relativa independencia⁷, aunque con influencias comunes. En el país germano, la reflexión sobre los conceptos que se había convertido en habitual al menos desde Hegel (pasando por Kant, Heidegger o Gadamer) y estas reflexiones no tardaron en transvasarse a (por no decir, colisionar con) la tradicional Historia de las Ideas. Aunque no exista una sola forma de hacer y de teorizar la Historia de los Conceptos (Villacañas Berlanga y Oncina, 1997: 9), me centraré en la tradición en torno al diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialer Sprache in Deutschland* (*Conceptos Históricos Fundamentales: Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*), cuyo primer volumen se publicó en 1972, y, en particular, en la producción académica de uno de sus editores: Reinhart Koselleck.

Esta investigación comparte con Koselleck la vocación interdisciplinar de la que hace gala el diccionario, aunque se distancia en la cantidad y pluralidad de fuentes utilizadas por la disciplina: en su caso, esta diversidad incluye desde diccionarios o enciclopedias hasta debates parlamentarios, informes diplomáticos, cartas y diarios o la prensa y los panfletos (Abellán, 1991: 283; Koselleck, [1972] 2011: 22). No obstante, comparto firmemente su voluntad de alejarse tanto de la Filosofía como del historicismo radical. Como relata el profesor Joaquín Abellán, antes del trabajo de Koselleck la *Begriffsgeschichte* se había practicado desde la Filosofía, enfocada hacia sus conceptos propios. La disciplina surgió contra un historicismo que, si bien había contribuido a reconstruir los hechos históricos en sus propios términos, “aceptaba irreflexivamente las

⁷ Skinner (2007: 298-300) afirma no haber conocido la Historia de los Conceptos hasta 1995. Dejo al margen de este recorrido la tradición propiamente española encarnada por Luis Díez del Corral o José Antonio Maravall.

mismas fuentes utilizadas como el medio realmente adecuado para interpretar la experiencia” (Abellán, 1991: 279). Este era el caso de la “Historia del Espíritu” o “Historia de la Cultura” (*Geistesgeschichte*) por la que abogara Dilthey, y que desdeñaba factores económicos o sociales en favor de los culturales, que podían ser conocidos “desde la perspectiva de la «concepción del mundo» (*Weltanschauung*)” gracias a la afinidad psicológica: al sustrato común entre investigador y objeto; en definitiva, mediante la empatía.

La escuela a la que Koselleck pertenece reaccionaba también contra la Historia de las Ideas a la Meinecke, quien “nunca llegó a traicionar la *Geistesgeschichte*, al encumbrar las grandes personalidades y optar por la comprensión intuitiva [artística en vez de científica] como vía de acceso a la historia” (Abellán, 1991: 286; Villacañas Berlanga y Oncina, 1997: 24). En el mismo sentido, la *History of Ideas* que realizaba Arthur O. Lovejoy les resultaba problemática. Los términos a este respecto son realmente parecidos a los que Q. Skinner utilizara, como se confirmará en el siguiente apartado (2.3):

“[...] los conflictos políticos y sociales pasados deben ser interpretados y decodificados en términos de los límites conceptuales de su momento histórico, y de cómo los hablantes y escritores entendían su propio uso del lenguaje (Koselleck, [1979] 2004: 80).

Pero además de enfrentarse a estos trabajos descontextualizados, las investigaciones desde los años 30s de Otto Bruner, de Erich Rothacker, de Carl Schmitt o Jos Trier que inspiraron a Koselleck tenían que resistirse también a “hacer una historia similar a la historia de los acontecimientos políticos, y preguntarse, al contrario, por las premisas a largo plazo de estos hechos”. De este modo, diferenciaban la Historia de los Conceptos de la Historia Social. A partir de esta tradición, como después la Teoría del Discurso continuará haciendo, Koselleck enfatizará las “condiciones de posibilidad” de los hechos sociales, aunque atendiendo principalmente a lo lingüístico.

El profesor alemán destaca la necesidad de entender los conceptos en relación, es decir, dentro de un campo semántico (de un discurso, si se quiere), analizando expresiones paralelas, próximas y contrarias: “El paso al llamado análisis del discurso se produce, por tanto, automáticamente” (Koselleck, [2006] 2012: 47). En todo caso, “casi siempre es una sola palabra la que funciona como nombre del campo” (Abellán, 2007: 220); palabras que

significan un concepto y que hacen las veces de “pivotes en torno a los que todos los argumentos giran” en virtud de una considerable fuerza reguladora (Koselleck, 1996: 65). Así ocurre, por ejemplo, con “democracia”.

Debe entenderse que Koselleck evita hacer uso del triángulo significado/significante/referente y que, por el contrario, su idea de concepto, siguiendo a Gadamer, la opone a la de palabra. Aunque un concepto “está agarrado” a una palabra, no toda palabra es un concepto político-social. El concepto se distingue de la palabra por haberse “llevado” a él, por contener por tanto, significados y experiencias; en caso de los conceptos básicos o fundamentales, éstos registrarían la totalidad de significado y experiencia de un contexto sociopolítico dado (Koselleck, [1979] 2004: 85; Koselleck, [1972] 2011: 19)⁸. La democracia en la actualidad funciona, sobradamente, como un destacado concepto fundamental en tal sentido.

Esta diferencia entre palabra y concepto permite entender que una palabra pueda comunicar varios conceptos distintos, sea simultáneamente o a lo largo del tiempo. Al estudio de los conceptos desde esta perspectiva se lo denomina “enfoque semasiológico”. Pero también puede aparecer un mismo concepto –insisto: un mismo conjunto de experiencias históricas, de significados sobre hechos históricos– bajo la apariencia de distintas palabras. De esto se ocuparía el análisis onomasiológico (Koselleck, [2006] 2012: 32).

Con respecto al tercer vértice en disputa, el referente, el historiador se niega a considerar que no haya más realidad que la encontrada en los textos, pero tampoco acepta la visión marxista del lenguaje como mero epifenómeno de la historia *real*: como una distorsión instrumentalizada por los grupos sociales. Muy al contrario, considera que “el mundo de significados del lenguaje, por un lado, posibilita las experiencias en el mundo real y, por el otro, pero al mismo nivel, las limita” (Abellán, 1991: 222). “En lenguaje kantiano: no hay experiencias sin conceptos y no hay conceptos sin experiencias”, teniendo estos conceptos dos caras: una receptiva y otra productiva (Koselleck, [2006] 2012: 29-31). Estas premisas resultan fundamentales para entender la función que un concepto como el de democracia juega en nuestras sociedades:

⁸ “a word becomes a concept only when the entirety of meaning and experience within a sociopolitical context within which and for which a word is used can be condensed into one word”

- Por un lado, la historia está constituida de acciones que el lenguaje “ayuda a preparar, provocar y ejecutarse”; hace posible la existencia de esos hechos gracias a su poder autónomo. La historia de los conceptos nos da acceso a una dimensión de la realidad social (como las expectativas o la posición ante la propia realidad) no accesible mediante la mera observación de los hechos (Abellán, 1991: 280-281). Koselleck reconoce la importancia los actos de habla que Austin investigara (que se presentarán en el siguiente apartado). De hecho, la Historia de los Conceptos no sólo analiza la semántica, sino que también insiste en la pragmática: se pregunta quién usa el concepto, si se trata de una terminología de una capa social concreta, se pregunta por los intereses que pudieron impulsar ciertos usos, por los grupos que luchan por definir los conceptos, si quien escribe se incluye a sí mismo con el concepto o no, a quién se dirige, etcétera (Koselleck, [1972] 2011: 17; Richter, 1995: 136). Sin embargo, Koselleck insistía en señalar que, “si bien todo acto de habla es una acción, no todo hecho es un acto de habla” (Abellán, 2007: 223; Koselleck, [2006] 2012: 14, 27).
- Por otro lado, el lenguaje posibilita el conocimiento de esas experiencias, registrando “lo que se le impone sin que esto último sea lingüístico, es decir, el mundo tal y como se presenta *prelingüísticamente*”⁹ (Koselleck, [2006] 2012: 31–32, 15–16, 17–18; Richter, 1995: 135).

Esta insistencia en lo prelingüístico del pensamiento de Koselleck resulta especialmente valiosa, aunque en ella se manifiesta también cierta insuficiencia. Si por un lado abre la puerta a la *experiencia* (arriba destacada de la mano de Arendt), por otro resulta contradictorio (sin explicar los motivos) con su propia afirmación de que “no hay experiencias sin conceptos”¹⁰. Efectivamente, parece razonable pensar que conocer las palabras usadas en una época no asegura conocer los hechos tal y como sucedieron¹¹. Es más, con algunos acontecimientos las palabras nos fallan estrepitosamente en su función de recoger la experiencia para comunicarla, como es el caso del holocausto (Koselleck,

⁹ Énfasis mío

¹⁰ “Who would want to deny that all the concrete experiences we have only become experiences through the mediation of language?”, dice el mismo Koselleck (1989: 649).

¹¹ Esto descarta todas aquellas posiciones anti-realistas (y que, injustamente, se atribuyen a la totalidad de los pensadores postestructuralistas).

1989: 652). El problemático asunto del acceso no conceptual a la realidad resulta, por tanto, relevante, y suscita dudas teóricas que quedan pendientes.

Cualquier lector de Derrida tendrá una recurrente sensación de familiaridad ante la forma en que Koselleck refiere estos problemas, aunque nunca termine de abrazar la metafísica derridiana. El alemán, por ejemplo, afirma que es *imposible* separar discurso y suceso *in eventum*; sólo puede hacerse *ex evento*, esto es, analíticamente. Y a la vez, entiende que la diferencia entre *lo que se dice sobre la historia y la historia en sí* es constitutiva de la experiencia misma de historia (es *necesaria*): "la distinción analítica entre un nivel de acción extralingüístico y otro lingüístico adquiere el rango de principio antropológico" (Koselleck, 1989: 665-666; Koselleck, [2006] 2012: 16). Otro aspecto que acerca a Koselleck a la posición derridiana, como más adelante se verá, son sus reflexiones sobre la relación entre estructura y evento.

Por el momento, baste decir a este respecto que para Koselleck los conceptos ayudan a fijar experiencias concretas del pasado (Koselleck, 2012: 29), conteniendo, por tanto, historia. Sin embargo, estos conceptos no tendrían historia, en el sentido de que remiten a un contexto particular (aunque, eso sí, pueden seguir siendo usados mientras el contexto varía). En todo caso, la estructura temporal interna del concepto lo abre hacia nuevas situaciones que puede denominar y/o posibilitar, permitiéndole "reciclarse"¹² ante un cambio de contexto (Koselleck, [1972] 2011: 31). Es por ello que la historia de los conceptos tiene sentido en tanto que estudio de las recepciones, de las traducciones si se quiere, de estos conceptos por parte de generaciones posteriores, que los mantendrán o transformarán (Koselleck, 1996: 62-63; Abellán, 2007: 235). De esta forma, los conceptos permiten investigar la relación diacrónica entre lenguaje y realidad: es decir, reconocer momentos de estabilidad de ambos, momentos de variación conjunta y momentos en los que el cambio afecta sólo al lenguaje o sólo a la realidad social (Koselleck, [2006] 2012: 32).

Una de las aportaciones más relevantes de Koselleck para el análisis de lo que estoy llamando el orden intelectual de las ideas consiste en la consideración de la estructura temporal interna de los conceptos. Precisamente, el historiador alemán identificó una alteración en la temporalización interna de los conceptos como una de las cuatro

¹² ¿Iterarse? Véase el apartado 2.5 para encontrar una aplicación de este concepto derridiano a este tipo de afirmaciones de Koselleck.

características de la transformación del pensamiento al comenzar la modernidad. En concreto, señala un vaciamiento de experiencias en los conceptos, que se compensaría aumentando su carga de expectación o expectativas hacia el futuro en base a temas anticuados (*topoi*) e intensificando su carga emocional. Los conceptos habrían dejado de ser “conceptos”, coetáneos con la experiencia registrada, para convertirse en “preconcepciones” (Koselleck, [1972] 2011: 11; Koselleck, 1996: 61).

Son también parte de este proceso: la *democratización* de los conceptos (se extienden a todas las capas sociales); su *politización* (la aparición de términos universales que permiten llegar a personas muy diversas y referirse a procesos político-sociales que escapan a nuestra experiencia directa, además de facilitar usos maniqueos, legitimadores y deslegitimadores, así como otros abusivos); y su *ideologización* (esos términos tan abstractos están disponibles para que diversas ideologías les atribuyan diversos significados) (Koselleck, [1972] 2011: 10-14; Koselleck, 1997: 22-24; Koselleck, 1996: 61). En este proceso, “[c]onceptos que tradicionalmente expresaban situaciones estáticas se utilizaron cada vez más para describir procesos” (den Boer, 1998: 15)¹³. En el caso de la democracia, esto implica que:

“[...] al final del siglo dieciocho, el concepto de democracia abrió un nuevo horizonte de expectativa que no podía ser deducido de o explicado por el pasado [...] partiendo de la asunción de que el objetivo de la democracia, la identidad entre quienes mandan y quienes obedecen, sólo puede ser alcanzada en una aproximación infinita. Pero tratar de alcanzar este objetivo es un deber moral. De este modo, se abre un horizonte que convierte la democracia no sólo en un concepto político –que siempre lo fue– sino también en un concepto de la filosofía de la historia. Esperanza y acción se unen en la democracia. Para el modo de realización del curso de la historia se creaba simultáneamente el correspondiente concepto de movimiento: esto es, *democratismo*¹⁴ (Koselleck, 1997: 20-21).

¹³ “Concepts that traditionally expressed a static situation are used more and more to describe processes. They are attributed with a retrospective and a prospective dimension, a past and a future. The suffix 'isation' -liberalisation, democratisation - gives many words a new, dynamic dimension”.

¹⁴ “[...] at the end of the eighteenth century a new horizon of expectation was opened by the concept of democracy which could not be deduced from or explained by the past [...] proceeding from the assumption, that the aim of democracy, the identity of rulers and ruled can only be reached in a infinite approximation. But to reach for this aim is a moral duty. In this way a horizon is opened which turns democracy not only into a political concept – which it always was –, but into a concept of the philosophy of history as well. Hope

Muchos conceptos políticos, y especialmente aquellos que designan movimientos – los *ismos*–, coinciden por tanto en reclamar una historia futura fundamentalmente distinta del pasado. En la lista junto a democratismo se encuentran “progreso”, “emancipación”, “liberalismo” o “socialismo” (Koselleck, 1996: 60-61). En dicho futuro se espera la resolución de los conflictos, generando una “obsesión” por ese momento que “provoca la aceleración de los tiempos históricos sin, por ello, aproximar más su presunto fin” (García-Durán, 2013: 3).

Koselleck propone además para el análisis la útil metáfora de los estratos. Los conceptos contendrían distintos estratos en los que se acumulan significados recogidos en distintos periodos, que no necesariamente permanecen el mismo tiempo dentro del concepto. Además de los estratos, que remiten a momentos pasados, hay que sumar los significados presentes y los que remiten al futuro (Abellán, 2007: 239; Villacañas Berlanga y Oncina, 1997: 42-43). El concepto de democracia incorpora significados y experiencias en distintos estratos, capturados al menos desde la Atenas clásica, y con efectos distorsionadores nada desdeñables a la hora de comprender el presente. Aunque esta tesis no se dedicará a la labor de definir sistemáticamente estas capas, en ocasiones resultará útil señalar cómo ciertas ideas están particularmente ancladas en unos u otros contextos pasados. En todo caso, esta diversidad de elementos en un mismo concepto, especialmente cuando quiera enfatizarse su desconexión lógica y empírica (y no tanto la disparidad en sus orígenes históricos), será señalada mediante la idea de “dimensiones” del concepto.

Repasar brevemente la lógica de investigación de la Historia de los Conceptos mostrará rápidamente las similitudes y diferencias del presente estudio. En primer lugar, una investigación de la historia de un concepto comienza gracias al conocimiento previo de los eventos, que atrae la atención y nos lleva a palabras que investigar. De esta forma, las palabras sirven como punto de entrada para el análisis, primándose por tanto en este primer momento el enfoque semasiológico. A continuación, se relacionan los conceptos con sus campos semánticos y se toman tanto el contexto como las palabras en un sentido literal (Koselleck, [1972] 2011: 30), teniendo en cuenta a continuación que algunos estratos requieren ser “retraducidos” para recuperar el contenido perdido con respecto al

and action come together in democracy. For the mode of realisation of the course of history the corresponding concept of movement was simultaneously created: namely democratism (Demokratismus)”.

vocabulario actual. Hasta este punto, la metodología es coherente con la lógica de investigación presentada en el anterior capítulo.

Sin embargo, tras esta primera etapa sincrónica, el historiador de los conceptos introduce lo encontrado en un análisis diacrónico, sacando los conceptos de su contexto original para ver los elementos que permanecen (evidenciando la contemporaneidad de significados no contemporáneos) y los que varían, sea porque se transforman, porque desaparecen o por conllevar una innovación. A continuación, se investigaría cómo los desarrollos extralingüísticos se articulan mediante el lenguaje y se descartan los cambios debidos a motivos meramente lingüísticos. Es fundamentalmente entonces cuando el enfoque onomasiológico toma prioridad: es decir, se trata de constatar si existen continuidades conceptuales manifestadas a través de palabras diversas (Koselleck, [1972] 2011: 16–19, 35). Aunque el enfoque onomasiológico sí será utilizado en esta investigación, esta tesis se separa de la Historia de los Conceptos en los anteriores pasos, dado que su foco no está puesto en elaborar una historia y una explicación de las variaciones y continuidades del concepto, aunque tales aportaciones puedan ser utilizadas instrumentalmente a partir de la bibliografía secundaria.

Por otro lado, algunas contradicciones acechan a la práctica de la Historia de los Conceptos. Por ejemplo, algunos críticos, como Hans-Erich Bodeker, han planteado dudas acerca de la relación que establece Koselleck entre concepto y palabra (Abellán, 2007: 218, nota 5). El mayor problema encontrado por la presente investigación al tratar de aplicar este marco de análisis ha sido la dificultad para reconocer cuándo nos encontramos ante distintos conceptos tras la misma palabra, especialmente cuando el concepto se forma mediante la articulación de diferentes dimensiones y estratos en tensión. En tal situación, no resulta de ninguna manera inmediato reconocer si estamos ante un solo concepto o ante varios. Aquí, la comprensión previa al conocimiento se vuelve fundamental.

Como se ha señalado, también aparece en su pensamiento una problemática incongruencia acerca de la experiencia y su posibilidad fuera del lenguaje, algo facilitado por la tendencia de Koselleck a reducir lo simbólico a lo lingüístico (de hecho, a los conceptos), contra lo que ya anunciara Saussure y frente a lo insistido por Lacan¹⁵.

¹⁵ Véase el apartado 2.4.3.

También se presenta una contradicción (que puede estar llena de sentido, pero no que no queda explicada en su pensamiento) al afirmar que los discursos son “hechos históricos”, mientras se investiga lo lingüístico en contraste con los “hechos”. Además, la propuesta no aporta instrumentos para analizar ni los usos ni la relación entre conceptos; aspecto éste que, pese a la insistencia en los campos semánticos, queda algo marginada (Richter, 1995: 141; Pocock, 1996). De hecho, el propio Koselleck reconoce esto como una limitación del diccionario (Koselleck, [1972] 2011: 33).

Por último, el concepto de “concepto fundamental” no termina de recoger aspectos clave del pensamiento que sin embargo “ideal” o “cultura política” sí captan, como es la diferencia y distancia entre las representaciones que los actores tienen del sistema político y el “concepto” que éste trata de encarnar o representar (es decir, su tensión normativa; en este caso, de democracia). En parte porque para esta tesis son relevantes ambos elementos (los ideales bajo cuya luz se valora el sistema y la percepción del sistema en sí), he mantenido la palabra “idea” en el título, aun compartiendo la crítica a la Historia de las Ideas realizada entre otros por Koselleck y Skinner. De este último, además, pueden recuperarse algunas reflexiones metodológicas importantes para la investigación.

2.3 NUEVA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO: INTENCIONES TRAS LOS USOS DE LA IDEA

Paralelamente a la Historia de los Conceptos, se desarrolló la escuela anglófona de historiadores contra el esencialismo de la Historia de las Ideas: esto es, contra la concepción de que existen unas ideas perennes en la historia que pueden encontrarse (mejor o peor formuladas) en los distintos grandes pensadores de nuestra tradición. El trabajo de Skinner, siguiendo a P. Lastett, R.G. Collingwood o J. Pocock (entre otros), ha virado el acento a la hora de interpretar un texto desde la atención a estas ideas esenciales hacia las intenciones de los autores: “si deseamos entender algún texto de ese tipo, debemos ser capaces de dar una explicación no sólo del significado de lo que se dice, sino también de lo que el autor en cuestión quiso decir al decir lo que dijo” (Skinner, 2007: 148).

En particular, Pocock y su obra *The Ancient Constitution and Federal Law* resultaron decisivos para esta reflexión, encontrando en ella no “la historia de una idea, sino la historia de *personas argumentando acerca de una idea*” (Rinesi, 2007: 10-11), teniendo

en cuenta –en coincidencia con Koselleck– que el lenguaje actúa como recurso y como “constreñimiento” (Skinner, 2007: 32). Esta tesis construye su objeto teniendo muy en cuenta las aportaciones de Skinner, aunque guardando distancia respecto a su individualismo y su tendencia a minimizar la tensión entre hecho-lenguaje que, como he remarcado, creo debe rescatarse de Koselleck. De hecho, a Skinner no le interesa “el proceso total del cambio conceptual”, sino “una de las técnicas por las cuales éste tiene lugar”: la retórica (Skinner, 2007: 313). En este sentido, Hampsher-Monk insiste en que la tradición anglófona entiende el lenguaje o bien como objeto en sí o bien “como constitutivo de la realidad política, y no como un factor en o en relación con una realidad que exista independientemente” (Hampsher-Monk, 1998: 48). Aunque las limitaciones de la investigación puedan conducir a un mayor énfasis en uno u otro aspecto (como será el caso de esta tesis), creo no obstante que mantener la visión de conjunto que ofrece la Historia de los Conceptos tendrá efectos en la investigación, permitiendo un entendimiento más adecuado de los resultados.

La principal aportación que me gustaría señalar de Skinner la constituyen sus consejos a la hora de leer un texto. El británico se enfrentó desde el intencionalismo a dos formas para él incompletas de hacer historia en el ya clásico artículo *Meaning and Understanding in the History of Ideas* (1969)¹⁶. Por un lado, critica a los textualistas que consideran que sólo es necesario leer el texto para entenderlo y poder entresacar del mismo reflexiones sobre temas intemporales; esenciales. Esta forma de trabajo, que desarrollaran entre otros Arthur O. Lovejoy, no tiene en cuenta ni la posibilidad de que “pensadores anteriores pudieran estar interesados en una serie de cuestiones muy diferentes de las nuestras” ni “qué habrían estado *haciendo* esos filósofos cuando escribían como lo hacían” (Skinner, 2007: 25).

Por otro lado, critica a los llamados contextualistas (para quienes sólo es necesario conocer el contexto, económico en el caso de los marxistas, para entender los textos), aunque no intenta prescindir del todo de sus tareas. Más bien al contrario, pues Skinner considera que recuperar el contexto lingüístico, “el repertorio de significados y convenciones dados disponibles para el actor” –que Skinner llama ideología o lenguaje–

¹⁶ Cito a Skinner a través de la obra *Lenguaje, Política e Historia*, que no es más que una traducción de *Vision of Politics. Volume I: Regarding Method*. En él pueden encontrarse versiones revisadas de algunos de sus más afamados artículos, como el mismo *Meaning and Understanding in the History of Ideas* (1969), que se encuentra en las páginas 109 a 164.

es un paso imprescindible para dos objetivos centrales: 1) identificar lo que el autor podría haber querido decir/haberse entendido en su época que quería decir legítimamente; 2) identificar la “innovación, el conflicto y la subversión” respecto a esos significados habituales (Skinner, 1969; Hampsher-Monk, 1998: 43-44).

Tras esta preocupación por la intención se encuentra claramente la influencia del ya mencionado J.L. Austin y su reflexión sobre las acciones que se llevan a cabo a través del lenguaje, y que merece la pena recuperar aquí brevemente. En primer lugar, debe recordarse que, para el segundo Wittgenstein, todo significado no es sino producto del uso¹⁷. Sobre esta base, Austin señala que el lenguaje, además de permitir decir lo que se quiere decir (actos locucionarios, que pueden evaluarse por su correspondencia con la realidad), sirve a otros usos como “informar, ordenar, advertir, comprometernos” (actos que se realizan con el mismo hecho de enunciarlos gracias a convenciones –actos ilocucionarios–) y otros como “convencer, persuadir, disuadir, e incluso, digamos, sorprender o confundir”, que son dependientes de un exterior para su éxito (actos perlocucionarios) (Austin, [1962] 1995). Esto hace fundamental conocer el contexto, de forma que pueda entenderse cuál era la recepción deseada por el autor (Skinner, 2007: 160).

Aunque la diferencia entre estos usos pueda ser deconstruida, resulta de utilidad para el análisis preguntarse sobre la importancia relativa de la búsqueda por el significado “auténtico” o “correcto” de democracia o la prevalencia de otros usos. Sin embargo, no situaré en el centro de la investigación las intenciones del periodista o del periódico tras las miradas que imponen en tanto que periodista o periódico sobre los objetos que contemplan, ni las lecturas que efectivamente los receptores hacen de estos usos de “democracia”. Pero no puede olvidarse que ninguna interpretación razonable será posible sin una idealización tentativa de qué se quiso *hacer* al publicar tal noticia, al hacer tal declaración, o qué pudo leer allí su público más frecuente.

Tanto Pocock como Skinner abogan por la necesidad de un amplio trabajo sincrónico sobre el contexto para entender cualquier uso de un concepto; es decir, un estudio del discurso o lenguaje, de las interrelaciones entre conceptos. Estos autores reconocen –al igual que Koselleck– que en lo sincrónico siempre están contenidos los procesos

¹⁷ “the meaning of a word is its use in the language” Wittgenstein ([1953] 1972: 43).

diacrónicos. Sin embargo, Pocock desconfía de la posibilidad de hacer historias diacrónicas de “conceptos”, advirtiendo del peligro de perder de vista los usos para privilegiar la carga conceptual o semántica (Pocock, 1996: 49-51). Esta crítica, desde luego, no cabe contra un estudio tan decididamente sincrónico como el presente.

En cuanto a su ontología, Skinner ha terminado defendiendo bajo la influencia postestructuralista que los diferentes relatos sobre la realidad no son necesariamente unos “mejores” que otros, sino que ofrecen perspectivas “diferentes y potencialmente conflictivas” sobre los objetos y estados de cosas. Esto sin negar en cualquier caso la existencia de hechos independientes (Skinner, 2007: 92-95). En contraste, en su texto clásico *Meaning and Understanding in the History of Political Ideas*, apelaba a una noción de verdad, porque ciertamente, “la escritura de la historia [...] no puede consistir simplemente en relatos”. Contra cierta “actitud en boga entre los filósofos”, reivindicaba que “un rasgo adicional de los relatos históricos es que se supone que persiguen la verdad” (Skinner, 2007: 147). Skinner aún mantiene que un texto “se entiende” sin que este sea perfectamente traducible; de otra forma, sería ilógico algo tan natural como el aprendizaje de una lengua. Pero derridianamente afirma que “[e]l hecho de que la traducción es, hasta cierto punto indeterminada, parece inevitable” (Skinner, 2007: 94). La referencia a Derrida le resulta obligada cuando acepta que “no hay nada determinado que recuperar y entender” (Skinner, 1988: 232)¹⁸.

Skinner hace importantes sugerencias para la lectura y avisa de errores típicos del investigador a tener muy en cuenta cuando se comience en análisis de la prensa. Por un lado, nos decía en 1969, debe evitarse “convertir algunas observaciones dispersas o completamente circunstanciales de un teórico clásico en su «doctrina» sobre uno de los temas obligatorios”. En segundo lugar, avisa contra el anacronismo en base a similitudes en la terminología. Por último, previene contra la tentación de “encontrar con demasiada ligereza doctrinas ya esperadas en textos clásicos” en base de conjeturas e insinuaciones (Skinner, 2007: 114-118).

Del hecho de que “un historiador no será capaz de entender el contenido de una creencia que resulte contradictoria consigo misma” deduce Skinner el principio por el que, ante varias posibles explicaciones, se deberá elegir aquella que sea capaz de resolver las

¹⁸ “there is nothing determinate to recover and understand”.

contradicciones encontradas en el texto (Skinner, 2007: 106-108). La regla de oro que destaca consiste en tratar de concebir a los agentes como racionales en la medida de lo posible. Esto implicaría: primero, confiar en términos generales en que podemos asumir la veracidad de lo que leemos; segundo, preferir “tomar literalmente lo que se ha dicho”; tercero, intentar entender el enunciado dentro de su “contexto intelectual” (Skinner, 2007: 84-86). Sin embargo, esto contrasta con su texto de 1969, donde advertía Skinner –y lo repetía en 2002– contra la actitud del historiador en pos de “dar a cada uno de los textos la coherencia de la que tal vez parezcan carecer”, impostando “una apariencia de sistema cerrado que tal vez nunca han alcanzado y ni siquiera pretendido alcanzar”. Siguiendo la navaja de Ockham, “una contradicción aparente puede ser simplemente una contradicción” (Skinner, 2007: 128-133).

En conclusión: aunque la reflexión metodológica de Skinner resulta de gran utilidad, especialmente en sus consejos para enfrentarse al texto y su énfasis en la pragmática, se ha tratado de mostrar que su planteamiento no está exento de ciertas limitaciones. Fundamentalmente, puede encontrarse una aparente contradicción de Skinner a cuenta de las contradicciones: ¿debemos tratar de resolverlas o reconocerlas? En el mismo sentido, he localizado un problema al respecto de la idea de verdad: se persigue la verdad, pero no la hay. Como en el caso de Koselleck acerca de la posibilidad o imposibilidad de conocer fuera del lenguaje, no se trata de que estas contradicciones no puedan tener sentido, sino de que Skinner no las articula dentro de una reflexión común que se lo otorgue. Habrá de esperarse a la presentación del postestructuralismo en el apartado 2.5 para encontrar esta reflexión.

2.4 DEMOCRACIA COMO CONCEPTO DE UNA IDEOLOGÍA E “IDEOLOGÍA DEMOCRÁTICA”

Otra fórmula verbal que podría utilizarse para denotar el objeto aquí estudiado es “ideología democrática”. Es cierto que en los grandes manuales de ideologías políticas la democracia no aparece como ejemplo de ideología en sí. Normalmente estos textos optan por entenderla como una idea (o ideal, si se quiere marcar su carácter normativo) controvertida a la que tratan de dar contenido las distintas ideologías (Ball y Dagger, 1991; Freedman, 1996; Goodwin, 2014).

Que efectivamente el ideal se haya encontrado en la encrucijada entre diversas ideologías no es algo que pueda negarse (ni aun cuando, como mostraré en el siguiente capítulo, la ideología liberal se haya convertido claramente en el centro de las concepciones más habituales de democracia). Sin embargo, y sin perjuicio de que la democracia pueda ser un elemento central de la pugna entre ideologías, lo cierto es que la expresión “ideología democrática” aparece por doquier con significados variados. Véanse algunos de los ejemplos más destacados en la literatura académica: por ejemplo, Almond y Verba ([1963] 1970: 26, 197, 529) la mencionan dos veces (y una tercera hablan de “ideólogos democráticos”¹⁹), y Morgenthau (1971) escribió un artículo al respecto. Kelsen ([1929] 2006: 26) elige la expresión “ideología de la democracia”, que también utilizara Schumpeter ([1942] 1983: 376) para criticar las ideas clásicas sobre la democracia. Koselleck (1997: 21), como ya se ha leído, habla del surgimiento del “democratismo”. La expresión “ideología democrática” aparece también en *Los principios del gobierno representativo*, donde Manin afirma que “en contra de lo que dice el sentido común y la ideología democrática, la democracia representativa no es una forma indirecta del gobierno del pueblo” (Manin, 1998: 235). Por su parte, Rafael del Águila mostró cómo la democracia puede convertirse en el centro de una ideología, neoconservadora y expansionista en el caso de los Estados Unidos de América, que habría triunfado al situar la democracia liberal como ideal “que no puede ser superado” (en palabras de Fukuyama) (del Águila, 2008: 129, 113-148, 173-4).

Dado que tantos autores acreditados han utilizado esta expresión, en lugar de descartar la posibilidad de una ideología democrática *tout court*, sería más prudente plantear si, desde algunas de las definiciones de ideología, existe en la experiencia algo a lo que tenga sentido dar tal nombre. Además, algunos trabajos desarrollados en torno a las ideologías tienen mucho que aportar tanto para el análisis del orden intelectual de la idea de democracia como para la misma concepción del objeto.

Uno de los nombres más destacables al respecto de esta cuestión en España es el de Gustavo Bueno. En un artículo llamado *La democracia como ideología*, (1997) analizó la democracia como “un «sistema de ideologías», es decir, de ideas confusas, por no decir

¹⁹ En la conclusión de su obra Almond y Verba ([1963] 1970: 529 y ss.) presentan sus resultados como contradictorios respecto a dicha “ideología democrática”, que enfatizaría la importancia de la participación activa y racional sin reparar en que “la cultura cívica es una cultura política mixta. Ideología aquí, por tanto, se refiere a falsas creencias políticas; a valores que limitan la capacidad para comprender la realidad.

erróneas, que figuran como contenidos de una falsa conciencia, vinculada a los intereses de determinados grupos o clases sociales, en tanto se enfrentan mutuamente de un modo más o menos explícito o encubierto”. Además, en su libro sobre *El fundamentalismo democrático*, critica la concepción de la democracia representativa como “la forma perfecta de la sociedad política, el fin de la historia” (Bueno Sánchez, 2010: 113)²⁰.

Otros autores, sin embargo, no entienden la ideología como engaño, sino como parcialidad asentada en una fe: es el caso del estudio sobre la ideología democrática (en contraste con la nacionalsocialista) realizado por Eckstein en plena guerra mundial (1942). También Zaret (1989), en su artículo *Religion and the Rise of Liberal-Democratic Ideology in 17th-Century England*, entiende la ideología democrática como parcialidad hasta que estas ideas se extienden para convertirse en nuestra “cultura” democrática. En claro contraste, en muchos estudios sobre la Atenas clásica la expresión aparece para referirse a un estado de opinión generalizado en aquel momento (Ober, 1989; Hansen, [1984] 1991; Forsdyke, 2001; Low, 2003; Christ, 2013).

Como se ve, el significado de “ideología” es amplio. Malcolm Hamilton (1987) mostró que pueden identificarse al menos 27 componentes en su significado y que aparecen y desaparecen en las distintas definiciones²¹. Como resume Žižek, ideología puede denotar “desde una actitud contemplativa incapaz de reconocer su dependencia de la realidad social hasta un conjunto de creencias orientadas a la acción, desde el medio imprescindible mediante el cual los individuos viven sus relaciones con una estructura social hasta ideas falsas que legitiman un poder político dominante” (Žižek, 2012: 3-4)²².

Si siguiendo a Geertz puede entenderse que la democracia es un elemento importante de la cultura, también puede serlo de una ideología tal y como él las define. El antropólogo de hecho entendía las ideologías como sistemas culturales sobre lo político, como “imágenes esquemáticas de orden social” que entran especialmente en juego “en situaciones en que las guías institucionalizadas de conducta, de pensamiento o de

²⁰ Según explica Fernández Sebastián (2008: 359), la expresión “fundamentalismo democrático” la habría tomado Luciano Cánfora prestada de Gabriel García Márquez a principios de este siglo “para denunciar desde la izquierda la arrogancia de algunos políticos occidentales”.

²¹ Además, existen multitud de estudios diacrónicos sobre el concepto de ideología que muestran su carácter controvertido, como los de Fernández Sebastián (2009), Larraín (2007), o Lichtheim (1965).

²² “Ideology’ can designate anything from a contemplative attitude that misrecognizes its dependence on social reality to an action-orientated set of beliefs, from the indispensable medium in which individuals live out their relations to a social structure to false ideas which legitimate a dominant political power”.

sentimiento son débiles o no existen” y las orientaciones culturales generales no “alcanzan a suministrar una imagen adecuada del proceso político”. La ideología proveería en esos momentos de una “visión de metas públicas anclada en una imagen compulsiva de la realidad social”, con énfasis en la “dimensión justificativa, apologética” (Geertz, [1973] 2003: 190-191). Las tensiones que la crisis económica generó en España parecen ofrecer un buen caldo de cultivo para la aparición de ideologías, en este sentido geertziano, que no sólo disputasen la palabra democracia, sino que además situasen en su núcleo su potencia legitimadora y su amplio rango de acción.

David Howarth es de los pocos autores que han tratado de entender qué contenido puede expresar la idea de “ideología democrática”. Así lo reflejó en una pequeña entrada para la *Enciclopedia de Pensamiento Democrático*. Howarth entiende que con “democracia” no se hace referencia sólo a ideas simplistas como “el gobierno del pueblo” o a una lista de elementos institucionales, sino a “un conjunto de creencias, normas y valores que aluden a algo como una ideología, discurso o incluso una «forma de vida»”²³ (Howarth, 2001: 235). Teniendo en cuenta la diversidad de definiciones tanto de democracia como de ideología, Howarth propone clasificar en cinco tipos las perspectivas desde las que sería posible abordar la idea de una ideología democrática en una investigación. Aprovecharé su clasificación para recuperar algunas otras aportaciones.

2.4.1 Ideología democrática como doctrina política (Michael Freeden)

El trabajo de esta perspectiva se centraría en “las ideas y valores que forman las diferentes teorías de pensamiento y práctica democrática” en el estilo marcado por Freeden. Esto implicaría describir cómo se delimita el significado de “democracia” en los diversos intentos de eliminar la controversia en torno a su definición mediante su articulación dentro de sistemas más amplios, dando lugar a concepciones de la democracia socialistas, libertarias, etcétera (Howarth, 2001: 235-236). Como señalé, Freeden no se plantea que “democracia” pueda ser el núcleo que dé nombre a una ideología, aunque provee una cantidad importante de herramientas para analizar las relaciones entre conceptos que conforman una ideología.

²³“Instead, democracy connotes a set of beliefs, norms and values, which alludes to something like an ideology, discourse or even «form of life»”.

Lejos de las perspectivas epistemológicas sobre las ideologías –centradas en establecer su valor como verdades–, Freeden define las ideologías como patrones en los que aparecen los conceptos políticos, conformando “sistemas de pensamiento político, de mayor o menor rigidez, deliberados o inintencionados, a través de los que los individuos y los grupos construyen una forma de entender el mundo político que ellos, o aquellos que ocupan el centro de su pensamiento, habitan, y en base al cual a continuación actúan”²⁴ (Freeden, 1996: 3). Precisamente porque nuestros conceptos políticos fundamentales son esencialmente controvertidos (*essentially contested*) (Gallie, 1956), “en último término, las ideologías son configuraciones de significados” delimitados mediante el destierro de la controversia que es inherente a los conceptos políticos²⁵. Es decir: son intentos parcial y temporalmente exitosos de fijar sus definiciones través de sus relaciones con otros conceptos (Freeden, 1996: 76; Freeden, 2003: 54). Freeden logra, de esta manera, adaptar el trabajo de Koselleck sobre los conceptos políticos para el análisis ideológico.

El profesor británico propone una metodología denominada análisis morfológico y que consiste en explicar el significado y posición de los distintos elementos semánticos de cada concepto del sistema y de estos conceptos con respecto a toda la agrupación. Así, aspira a producir teorías interpretativas de “las características básicas y las unidades del pensamiento político tal y como se nos presentan”²⁶ (Freeden, 1996: 39). Partiendo de Gallie, del trabajo de Koselleck y de la noción de “conceptos-cluster” de Connolly (conceptos internamente complejos y con múltiples conexiones con otros conceptos), Freeden distingue diferentes posiciones en una ideología. En primer lugar, habría un “núcleo compartido” y que permite reconocerla; unos elementos “ineliminables”. En segundo lugar, hallaríamos los conceptos adyacentes, que desarrollan y concretan el significado de los conceptos nucleares. Finalmente, encontramos aquellos elementos en lugares periféricos, menos abstractos, más variables y, por ello, normalmente vinculados con la actualidad política (Freeden, 2003: 62-63; Freeden, 2015b: 558-569). Estas diferencias permiten pensar con mayor detalle el “mapa” de una ideología, aunque deba

²⁴ “systems of political thinking, loose or rigid, deliberate or unintended, through which individuals and groups construct an understanding of the political world they, or those who preoccupy their thoughts, inhabit, and then act on that understanding”.

²⁵ “Ultimately, ideologies are configurations of *decontested* meanings”.

²⁶ “the basic features and units of political thinking as they appear to us”.

tenerse en cuenta que la metáfora topográfica se queda corta ante la flexibilidad ideológica (Freeden, 1996: 86).

Freeden también introduce la idea de la cuasi-contingencia, que permite entender las relaciones conceptuales de dependencia respecto a una categoría general, que no respecto a su caso particular: una mesa siempre necesita ser de un material y de un color, pero no por ello requiere ser de madera marrón. El pensador distingue además dos tipos de adyacencia entre conceptos: por un lado, relaciones de “adyacencia lógica” –que se derivan lógicamente de los elementos no eliminables del concepto– y de adyacencia “cultural”. Dentro de las culturales distingue dos tipos: por un lado, las relaciones que vienen a limitar precisamente la miríada de conexiones que *a priori* podrían resultar lógicas, haciendo con ello viable el concepto; y, por otro, aquellas que nada tienen que ver con lo lógico, pero que se consideran legítimas en el uso (Freeden, 1996: 61-72).

Tal y como Howarth entiende a Freeden, desde este enfoque sólo cabría centrarse en los grandes autores. Desde luego, éste es el caso si nos fijamos en el tipo de trabajo realizado por Freeden en su libro de 1996. Sin embargo, el profesor británico ha planteado en posteriores obras la necesidad de “inclusión de lo ordinario” y la consideración del “pensamiento político como ideología” (2006: 13-16). Con ello, la Teoría Política queda abierta al estudio de todo pensamiento político. Otros problemas, sin embargo, siguen acuciando al planteamiento de Freeden.

Aunque resulte analíticamente útil, la propuesta de Freeden puede resultar muy limitada frente a la idea wittgensteiniana de que un lenguaje es más una habilidad que una estructura: que la mera existencia de una regla no asegura saber cómo aplicarla. Dicho de otro modo, que no es necesario que exista un “núcleo duro” del concepto para que todo el mundo reconozca un uso particular como adecuado (Grayling, 2001: 77-78). El ejemplo habitual es la categorización del ajedrez o la caza como deportes, mientras que el parchís se clasifica indudablemente fuera de esa categoría. Freeden analizaría este fenómeno como una mera adyacencia cultural no-lógica, pero los problemas son aún más profundos. En las fases exploratorias de esta misma investigación se encontró el problema de que, en términos de Austin ([1962] 1995), la función locucionaria –lo que se quiere decir, el aspecto conceptual o semántico y que puede ser “verdad” o “mentira”– ocupa con demasiada frecuencia un lugar manifiestamente residual entre las intenciones del hablante, siendo muy común encontrar usos superficiales, que parecen apelar meramente

al poder legitimador de la palabra democracia (esto es, intervenciones centradas en el acto perlocucionario, con vocación persuasiva y movilizadora) o a su capacidad para generar identidades colectivas. Por tanto, no es sólo que en cada uso no aparezcan suficientes marcadores explícitos que permitan delimitar qué elementos de significado contiene el concepto y (aún menos) cuáles son centrales y cuáles marginales; es que, en muchos de los casos, el significado no es el aspecto crucial que debe analizarse.

Además, la diferencia entre palabra y concepto, que Freeden comparte con Koselleck, no deja de resultar problemática cuando se trata de aplicar a la investigación, pues siempre se podría pensar que los usos de la palabra que no remiten explícitamente a casi ningún significado no refieren al mismo concepto. Pero entonces el razonamiento se vuelve circular: por un lado, se afirma que el concepto tiene elementos ineliminables que pueden ser identificados si se repiten en todos sus usos; pero, por otro, para identificar cuándo se hace uso del concepto se necesita conocer previamente esos mismos elementos ineliminables; es más, estos elementos se tendrán que asumir presentes incluso si explícitamente no pueden encontrarse desarrollados en todas las menciones concretas. De nuevo, el círculo hermenéutico, agravado ahora por la irrelevancia del significado en algunos pasajes y su sobreentendimiento. Un caso particular de este problema para identificar el concepto tras las palabras surge además cuando éste varía en el tiempo, como ha enfatizado Norval (2000: 343). Por todo ello, esta autora encuentra el tipo de análisis que propone Freeden más adecuado para formaciones ideológicas complejas pero estables, maduras; en otras palabras, intensamente hegemonizadas (*decontested*). Por desgracia, no parece ser éste el caso de la idea de democracia en el lenguaje ordinario. Por ello, estas herramientas serán sólo ocasionalmente útiles.

Finalmente, existen otros autores que también han tratado las ideologías como doctrina. Por ejemplo, Ball y Dagger, quienes tampoco consideran la posibilidad de que la democracia pueda constituir una ideología, debido a su naturaleza como concepto esencialmente controvertido. Esto, por supuesto, pasa por alto que conceptos centrales para otras ideologías, como la conservación del orden o la libertad, también lo son. Pero la misma definición de ideología de estos autores sirve para imaginar sistemas de ideas que no pueden sino denominarse como “ideología democrática”, y que encaja con la definición que ellos mismos proveen. Para estos autores, una ideología es un sistema de ideas que cumple cuatro funciones:

- Explicativa: ayuda a comprender la realidad, especialmente en tiempos de crisis y conflicto
- Evaluativa: provee de criterios para la evaluación de qué es bueno, deseable o permisible y qué no
- Orientativa: dando a sus adherentes un sentido de “quiénes son y adónde pertenecen”: una identidad individual y colectiva
- Programática: provee un programa político sobre qué hacer y quién debe hacerlo (Ball y Dagger, 1991: 1-2).

2.4.2 Como sistema de práctica social y política

Una vez aclarado el malentendido con Freedman acerca de su interés en los discursos populares, esta segunda perspectiva se podría diferenciar no por su atención a dichos discursos, como dice Howarth, sino por poner el énfasis en los usos diarios y los significados implicados en las prácticas sociales, en lugar de en los patrones de significados conceptuales que aparecen en los enunciados verbales de los actores. Es decir, porque atiende también a los significados que se desprenden de las prácticas e instituciones. De esta forma, el trabajo incluiría observar cómo se han articulado históricamente distintos elementos ideológicos y las “condiciones de dicha articulación”, así como su institucionalización (en organizaciones sociales y otras prácticas), describiendo las fronteras construidas para diferenciarse de otros proyectos y sistemas²⁷. Por ejemplo, dice Howarth, podría mostrarse la entrada en crisis de la socialdemocracia como resultado de la globalización (Howarth, 2001: 236). Prestaré atención a esta cuestión de la relación entre prácticas e ideas más adelante al hablar del concepto de discurso, por lo que no me detendré aquí a desarrollarla. Baste decir que tanto los nuevos movimientos sociales como los sistemas políticos que se califican sinceramente a sí mismos como democráticos expresan a través de su institucionalización una serie de valores que merece la pena tener en cuenta, pues también hablan sobre su idea de democracia.

²⁷ “It would then examine the ways in which concrete democratic ideologies were constructed by linking together available ideological elements in different ways, as well as the conditions for such an articulation.”

2.4.3 Como mistificación de las relaciones sociales

Entender la ideología como mitificación de las relaciones sociales implicaría analizar el uso del lenguaje y la retórica democráticos con objetivos legitimadores y de ocultación de relaciones de dominación, con clara inspiración marxista. Se trataría por tanto de un trabajo que destacaría el contraste entre los hechos y sus representaciones falsas o entre intereses “reales” y sus disfraces, como hacen Thompson o Giddens (Larraín, 2010: 164-165). Desde esta perspectiva se ha criticado por ejemplo cómo la tesis del “fin de la historia” (Fukuyama, 1989) naturaliza el estado de cosas impidiendo demandas democráticas más radicales –especialmente, en lo económico– (Howarth, 2001: 236-237). En realidad, este análisis encaja mejor como un aspecto de lo que he denominado “cultura”, pero no está de más volver a destacar la importancia de los usos legitimadores y dedicar unas líneas más a la cuestión de la *realidad*.

Ya reflexioné en el capítulo anterior sobre las posibilidades de crítica racional de las *ideologías* de mano de Weber y Geertz, haciendo hincapié en el perspectivismo y la diferencia entre hechos y juicios de valor (aún a deconstruir, pero no a abandonar). Por lo demás, una mirada que busca distorsiones de la realidad en conexión con relaciones sociales depende de una concepción de ideología que Mannheim llamó “particular” (que se refiere sólo a parte de las creencias del sujeto, y sólo en su contenido; que admite la existencia de criterios de validez objetivos respecto a los cuales se pueden desvelar engaños), en contraste con una concepción general (que es neutra en lugar de crítica, pues “pone en tela de juicio toda la concepción del mundo” y “presupone sencillamente que existe una correspondencia entre determinada situación social y determinada perspectiva”) (Mannheim, 1987: 50-51). Mientras la primera lleva a preguntarse por los medios para una crítica racional de las ideologías, la segunda pone al investigador ante el problema de que sus productos académicos (como esta misma tesis) estarán también determinados/contaminados por esas relaciones sociales, una cuestión que ha venido a llamarse la “paradoja de Mannheim” y que no es sino un caso particular del problema de la autoreflexividad que atribuí en el las primeras páginas a todo análisis del discurso o del pensamiento.

Una versión contemporánea de este tipo de estudio, y que navega –no sin dificultades– frente a dicho problema, es el trabajo del filósofo Slavoj Žižek. El esloveno entiende que “cualquier universalidad que pretenda ser hegemónica debe incorporar *al*

menos dos componentes específicos: el contenido popular «auténtico» y la «deformación» que del mismo producen las relaciones de dominación y explotación” (Žižek, 2009: 19). La cuestión, por supuesto, es que la crítica de la ideología entendida como búsqueda de deformaciones implica estar situado en un lugar privilegiado, objetivo, lo que él mismo entiende como el movimiento ideológico por excelencia: “La ideología es siempre autorreferencial, es decir, se define distanciándose de un *otro* al que descalifica como «ideológico»” (Žižek, 2009: 132) (Žižek, 2012: 3).

Žižek distingue fructuosa y marxianamente entre la verdad de una afirmación y su carácter ideológico: lo que caracteriza a un enunciado como ideológico es que “su contenido –ya sea «verdadero» o «falso» (si es verdadero, tanto mejor para el efecto ideológico) es funcional respecto a alguna relación de dominación social («poder», «explotación») de un modo inherentemente no transparente: *para ser efectiva, la misma lógica de legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta*”²⁸. Consecuentemente, la ideología se presenta como “la matriz que gestiona la relación entre lo visible y lo invisible, lo imaginable y lo inimaginable”²⁹. Esto implica que las distintas simbolizaciones que las ideologías hacen de esa relación de dominación irrepresentable (que constituye lo *real* en términos lacanianos y que en definitiva Žižek identifica con la lucha de clases³⁰) no son connotaciones secundarias que suplementan su significado primario o “literal”, sino que redefinen ese mismo significado literal retroactivamente, arrojando una nueva luz sobre el fenómeno (Žižek, 2012: 1,12). Sin embargo, en otros momentos Žižek plantea que la ideología no es una cuestión de conocimiento, pues los sujetos pueden ser perfectamente conscientes de seguir una ilusión y, aun así, no variar su ideológico comportamiento (Žižek, 2008: 30). En definitiva, saber no siempre es poder.

²⁸ “We are within the ideological space proper the moment this content -true or false (if true, so much the better for the ideological effect) – is functional with regard to some relation of social domination (‘power’, ‘exploitation’) in an inherently non-transparent way: *the very logic of legitimizing the relation of domination must remain concealed if it is to be effective*”. Esta noción de ideología, salvo por la lectura lacaniana, no dista de la marxista tal y como la han interpretado investigadores como Jorge Larraín (2007): “aunque la ideología es lo contrario de, y oculta, las relaciones esenciales, no es una pura ilusión sin ninguna base social. Si los agentes de las relaciones económicas adhieren [sic] a estas concepciones ideológicas, es porque estas relaciones económicas aparecen en la superficie y pueden ser vistas en su existencia real como diferentes de las relaciones internas”.

²⁹ “ideology *qua* generative matrix that regulates the relationship between visible and non-visible, between imaginable and non imaginable”.

³⁰ Véase el apartado 2.5 para una aclaración de esta terminología lacaniana.

Por último, Žižek presenta una interesante reflexión: en su opinión, si la reproducción de lo social se beneficia de la ocultación del antagonismo, esta ocultación requiere a su vez desplazar ideológicamente este antagonismo contra cabezas de turco (como lo habrían sido históricamente, en su opinión, el judío, el comunista, etcétera) (Žižek, 2008: 199). En otras palabras: movimientos que demandan un gran cambio pueden ser precisamente la garantía de que lo *fundamental* no cambie (suponiendo un refuerzo para la reproducción de elementos centrales del conjunto social).

2.4.4 Como condición de un gobierno democrático: monismo frente a pluralismo de valores e irracionalidad moral del mundo

Se refiere Howarth bajo este título al estudio de las condiciones éticas y culturales que una democracia liberal requeriría para su buen funcionamiento. Rorty (1989) o Connolly ([1991] 2002; 1995), por ejemplo, se han encargado de destacar la necesidad de “un «ethos democrático» construido en torno a la aceptación de ideas como contingencia, «ironía liberal» y pluralización”³¹ (Howarth, 2001: 237). En definitiva y pese a las apariencias, el proyecto no resulta tan diferente del trabajo de Almond y Verba, y algunas de las críticas puede aplicárseles. Para empezar, se sigue entendiendo que el significado de democracia es uno; que democracia no significa cosas contradictorias; no sólo para distintos sujetos, sino para cualquiera de ellos. La defensa de estos valores se hace, en consecuencia, sin reconocer la tensión con otros igual de *democráticos*³².

a. Concepciones monistas y pluralistas

Si por un lado se ha reflexionado sobre el tipo de valores necesarios para una sociedad democrática, también existen análisis de aquellas formas de pensamiento (y,

³¹ “In recent times, [...] writers such as Richard Rorty (1989) and Bill Connolly (1991, 1995) place great stress on the need to construct a suitable ‘democratic ethos’ built around an acceptance of concepts such as CONTINGENCY, ‘liberal irony’ and pluralization”, dice Howarth. En palabras de Rorty (1996: 30): “En mi opinión, Dewey nos ha puesto en la senda correcta al concebir el pragmatismo no como el fundamento, sino como la forma de despejar el camino para la política democrática”.

³² Aunque se presenten más adelante ejemplos, puede adelantarse algunos que muestren cómo los valores de la contingencia y la pluralidad pueden entrar en tensión con ciertas (incluso, con la mayoría de las) concepciones de democracia. Por un lado, la insistencia en la contingencia pierde de vista la importancia de las instituciones. Por otro, la reivindicación de pluralidad suele olvidar que quizás haya un límite al nivel de diversidad que una democracia puede gestionar, lo que hace más comprensible que democracia haya estado históricamente tan íntimamente conectada con la idea de comunidad (y más específicamente, desde final del siglo XVIII, con la de nación).

particularmente, aquellas sobre la democracia) que han sido consideradas incongruentes con la democracia. Y, en particular, sobre formas de entender la democracia que serían problemáticas. Rafael del Águila, por ejemplo, recuperó en su obra *Crítica de las ideologías* la diferencia entre la “democracia monista” y la “democracia plural”. Del Águila entiende la democracia monista como “una democracia política fuertemente unitaria, popular, centralizada, orgánica, nacionalista cívica, teocrática, etcétera”, en la que sus ciudadanos “[c]reen, con toda la fuerza de sus creencias, en un solo dios, una sola racionalidad, una sola justicia, una sola utopía, una sola emancipación posible, una única autenticidad específica, una sola fe, una sola forma de entender la democracia” (del Águila, 2008: 163). Para aclarar el argumento, resulta conveniente ir a su fuente: el pensamiento de Isaiah Berlin. Su caracterización del monismo y del pluralismo resultará ciertamente útil para el análisis del orden intelectual de las ideas de democracia.

Berlin califica de monistas a aquellos sistemas de pensamiento que afirman la existencia de unos “valores objetivos verdaderos, universales y permanentes” en base a la existencia de problemas perennes del hombre para los que es posible conocer la solución correcta (una idea de la sociedad perfecta) que acabará con todos los males al mismo tiempo, pues se cree que todos los valores positivos son en última instancia compatibles. Él denuncia esta posición como lógicamente falaz, además de como imposible y peligrosa en la práctica (García Guitián, 2001: 27, 48-54; Berlin, [1958] 2004: 250). Por el contrario, lo que puede observarse en el mundo es un pluralismo de valores. Es decir:

que los propósitos y los fines últimos de la vida perseguidos por los hombres son múltiples, incluso dentro de una misma cultura y generación, que algunos de ellos entran en conflicto y producen choques entre sociedades, partidos e individuos, y no menos en el interior de los individuos mismos, y más aún que los fines de una época y de un país difieren en mucho de los de otras épocas y otras concepciones. Y si entendemos cómo los conflictos que existen entre fines que son igualmente últimos y sagrados, pero irreconciliables en el corazón de un solo ser humano, o entre hombres o grupos que son diferentes, pueden conducir a choques trágicos e inevitables, no deformaremos los hechos morales al ordenarlos en términos de un solo criterio absoluto, reconociendo que [...] no todas las cosas buenas son necesariamente compatibles entre sí...” (Berlin, [1954] 2004: 189).

Baste un ejemplo: acreditados teóricos políticos afirman que “la libertad perfecta [...] no es compatible con la igualdad perfecta”³³; y que tampoco lo son siempre la justicia y la compasión, o el conocimiento y la felicidad (Berlin, [1998] 2000: 52). También puede encontrarse en el pensamiento de Max Weber referencias a este inevitable enfrentamiento entre valores que, por su propia naturaleza, pretenden tener una validez absoluta y que, por tanto, no admiten compromisos en su significado (aunque éstos puedan luego darse en la práctica concreta):

Si hay algo que hoy sepamos bien es que algo puede ser santo no sólo aunque no sea bello, sino *porque* no lo es y *en cuanto que* no lo es [...]. Y desde Nietzsche sabemos que algo puede ser bello no sólo aunque no sea bueno, sino en lo que no es bueno [...]. Y forma parte de la sabiduría popular el que algo puede ser verdadero aunque no sea bello ni santo ni bueno y precisamente en cuanto que no lo es. Pero éstos no son sino los casos más elementales de esa lucha entre los distintos valores y sistemas (Weber, [1919] 2009: 90-91).

De acuerdo con Weber, dado el proceso de racionalización del mundo occidental hoy resulta imposible negar el enfrentamiento entre valores, pues dicha racionalización conlleva el surgimiento de ámbitos de la vida diferenciados en torno a valores y lógicas diferentes³⁴. Además, Weber da algunas pistas sobre cómo el lenguaje político puede ocultar bajo una misma palabra opciones éticas esencialmente contrarias: en particular, enseña que no podemos determinar racionalmente si una exigencia abstracta de “justicia” debe tener como consecuencia “reconocerle mucho a quien mucho rinde [...]” o, al revés, si hay que exigirle mucho a quien pueda rendir mucho” (Abellán, 2011b: 14-17; Weber, [1917] 2010: 97-102).

La idea monista de un futuro armónico (donde todos los valores sean realizados a la vez y por tanto se produzca el bien sin jamás recurrir al mal) conecta por un lado con el vaciamiento conceptual antes comentado al hilo de Koselleck: al tratarse de una utopía

³³ Algunas muy importantes definiciones de libertad e igualdad perfectas, habría que matizar, y no en toda su extensión, sino en algunas de sus dimensiones. Autores como Dworkin (2000) han tratado con cierto éxito de eliminar el conflicto entre estos valores redefiniendo los términos; esto es, eliminando el conflicto inherente a estos conceptos. Este es el tipo de propuesta filosófica basada en la (no explícita) idolatría de la no contradicción que la Teoría Política, tal y como se entiende aquí, trata de evitar, salvo que la intención sea fundar conceptos para el análisis.

³⁴ Véanse al respecto sus Ensayos sobre sociología de la religión.

imposible, sus términos tenderán a ser vagos y desvinculados de la experiencia. Por otro lado, guarda similitud (desde presupuestos y perspectivas diferentes) con la descripción que Voegelin hizo de movimientos basados en la “inmanentización falaz del *éscathon* cristiano” (Voegelin, 2006: 149); esto es, movimientos gnósticos caracterizados por una insatisfacción con “el mundo”, que se rechaza por estar intrínsecamente mal organizado (sin reconocer que la imperfección pueda en realidad provenir de los hombres mismos³⁵). Un mundo que se cree redimible mediante la institución de un orden justo y perfecto a través de un proceso histórico construido por la acción humana; para ello, sólo será necesario alcanzar el conocimiento sobre cómo hacerlo (Voegelin, 2014a: 125–128, 106–107; Charnock et al., 2012). Voegelin considera movimientos gnósticos de este tipo al progresismo, el positivismo, el marxismo, el comunismo, el fascismo, el nacionalsocialismo e, incluso, al psicoanálisis. Pero tampoco deja al margen algunos elementos de los movimientos democráticos (Ibídem: 125).

Las ideas e ideologías monistas, como digo, han sido consideradas poco coherentes con la democracia; pero, sobre todo, con sus aspectos propiamente liberales. Ello no quiere decir que toda concepción monista concreta deba ser considerada *ipso facto* contraria a la democracia; el mundo real está lleno de sistemas de ideas contradictorios, capaces de articular los elementos más dispares. El problema se localiza a nivel lógico-argumentativo (con potenciales efectos, eso sí, en la práctica). Tal problema consistiría en que del monismo no se pueden derivar de forma lógica algunos principios fundamentales para la democracia, como la autonomía personal, la libertad negativa o la tolerancia, socavando por tanto los recursos para su defensa:

Si el pluralismo es un concepto válido, y es posible el respeto entre sistemas de valores que no sean, necesariamente, hostiles entre ellos, a continuación, llegan la tolerancia y las consecuencias liberales. Algo que no ocurre con el monismo (tan solo un conjunto de valores es verdadero, los otros son falsos), o con el relativismo (mis valores son míos, los tuyos son tuyos y, si entran en

³⁵ Cabe añadir que ese rechazo del mundo puede alimentarse de la frustrante imposibilidad de alcanzar al mismo tiempo todos los valores que se consideran valiosos, y en cuya reconciliación solo puede creerse precisamente por el uso abusivo que realizan de conceptos como “democracia”.

conflicto, qué pena, ninguno de nosotros puede afirmar tener razón) (Berlin, [1998] 2000: 38)³⁶.

Según avisa Berlin, la creencia en que existe una solución a todos los problemas al alcance del entendimiento y la voluntad facilita la justificación de todos los sacrificios necesarios para alcanzarla, empezando por la libertad negativa. Es más, se tenderá a enmascarar su naturaleza de sacrificio en nombre de un paraíso que, sin embargo, nunca llega. Teniendo en cuenta que en política no pocas veces está en juego la vida o la muerte y, habitualmente, la buena o mala vida, y que el Estado se caracteriza por utilizar la violencia como medio específico, el dramatismo y la épica fácilmente hacen acto de presencia, abriendo la posibilidad de una cruzada. Además, creer que la salvación total es posible “ya” siempre que tengamos el conocimiento necesario y lo pongamos en práctica hace muy tentadora la apelación a la tecnocracia: al rey-filósofo (Berlin, [1998] 2000: 40-41).

Como insistía del Águila (2008), esto no quiere decir que los regímenes liberales no sean capaces de atrocidades. Además, autores como John Gray o George Crowder han cuestionado el intento de Berlin de fundamentar el liberalismo en base al pluralismo de valores toda vez que su teoría pone en jaque todo intento de comparar valores (aunque acto seguido estos mismos autores han tratado de mejorar la fundamentación)³⁷. Estos intentos parecen tan imposibles como necesarios, pues no es razonable pensar que una democracia pueda funcionar en un contexto de total amoralidad: sus reglas requieren para sobrevivir de algo más que un interés oportunista; requieren de un compromiso basado en unos mínimos morales racionales (Cortina Orts, 2008: 44).

Algunos autores han argumentado, sin embargo, que la democracia liberal requiere de una cierta amoralidad, esto es, de una separación del ámbito moral respecto del político. Dicho a la inversa, moralizar la discrepancia política convirtiendo al otro en ilegítimo candidato al poder socaba la contienda democrática (Luhmann, [1981] 1997)³⁸. Efectivamente: permitir al adversario moral vencer (aunque sea mediante las urnas) sin

³⁶ Por motivos de espacio, queden al margen las dificultades de Berlin para sustentar la diferencia entre pluralismo y relativismo en base a la “objetividad” de un limitado número de valores.

³⁷ Según explica Abellán (2011b: 28-33).

³⁸ Téngase en cuenta que una democracia no liberal en la que primase la homogeneidad de sus ciudadanos no tiene necesariamente este problema: las diferencias en tal régimen no tendrían por qué ser entre sistemas de valores, sino entre medios para alcanzar un sistema de valores compartido y excluyente.

recurrir a todos los medios posibles para evitarlo, independientemente de si éstos son democráticos o no, constituye una inmoralidad: una ruptura con las exigencias derivadas del valor (como tal, absoluto) que decimos defender. Y, sin embargo, la democracia no puede concebirse como la eliminación de los objetivos y conflictos morales. Más bien al contrario: “[l]a democracia consiste en permitir a diferentes posiciones argumentar y proponer sus pretensiones de verdad, no en negarles las posibilidades de verdad desde la partida”, argumentaba Larraín (2010: 92)³⁹ contra antifundacionalistas como Keane (1988). De hecho, la democracia liberal parece precisamente un buen sistema para elegir qué valores o ideales queremos primar durante un periodo fijado; y de esta capacidad deriva parte importante de su valor.

La clave para la conservación de la democracia está por tanto en si los actores están convencidos de “que el valor de esas verdades *no* es superior al de dejar a los demás defender otros puntos de vista” (del Águila, 2002: 553). En todo caso, este sometimiento de los valores defendidos dentro de una democracia, formulado en términos absolutos, ahoga la diversidad de valores que precisamente da sentido a la democracia. La única salida racional al dilema parece ser contar con una concepción del juicio de valor atada a la contingencia. En definitiva: “El peligro de los ideales no consiste en tenerlos, sino en cómo se tienen” (del Águila, 2008: 180). Expresado en los términos elegidos en esta tesis: el peligro en este sentido no reside en el contenido de los valores que defendemos, sino en el orden intelectual que les otorgamos. Se trata de una diferencia precaria, pero necesaria para el análisis.

b. Simplismo realista y perfeccionismo idealista

Por tanto, el orden intelectual del propio valor “democracia” no resulta indiferente. Así lo han señalado numerosos pensadores, aun sin hacer uso de estas categorías. Por ejemplo, y frente a las concepciones empiristas de la democracia, Sartori denunciaba el peligro de un “simplismo realista” que menosprecie los ideales: la democracia, como ideal que es, requiere establecer metas que nos orienten, aunque no sean del todo alcanzables.

³⁹ La posición de Larraín puede situarse dentro de la corriente agonista de democracia, en la que destaca el trabajo de Chantal Mouffe (2005); (2012). Mouffe, sin embargo, enfrenta su modelo al liberal deliberativo, que pretendería un consenso racional, mientras que el aspecto democrático de la liberal-democracia requeriría mantener el debate abierto incluso sobre los elementos de dicho consenso. Pero, como se ve, los aspectos más radicales del pensamiento de Berlin no permiten ningún acuerdo “racional”, si bien a continuación realiza el intento de fundamentar el liberalismo (ya calificado como imposible y necesario).

Consecuentemente, esencializar el significado del valor en torno a la realidad existente resulta ciertamente problemático. También señaló Sartori el simplismo contrario: el idealista o perfeccionista, que “tergiversa la naturaleza de los ideales” (Sartori, 2007: 55), elevando la exigencia democrática hasta cotas tan altas que las diferencias entre distintas formas de gobierno presentes se hacen invisibles. Para Sartori, un ideal es un “estado de cosas deseable que nunca coincide con un estado de cosas existente” y “su misión es oponerse a lo real y contrapesarlo” (ibídem: 63; Sartori, 1988: 97). Son realizables, pero sólo “en parte” (que es como decir que, en términos absolutos, no lo son).

En todo caso, la imposibilidad de realizar en plenitud los ideales no debería ser óbice para el conformismo; para prescindir de estos ideales. De hecho, “un sistema democrático está sustentado en una deontología democrática, y lo que la democracia *es* no puede separarse de lo que la democracia *debería ser*” (Sartori, 2007: 18). Aunque, contra Sartori, debe recordarse que una concepción satisfecha de democracia no necesariamente excluye una concepción normativa de la democracia: en particular, implicará una normatividad de signo conservador, lo que se hará sentir tan pronto como soplen vientos de cambio.

El apunte de Sartori acerca del perfeccionismo es casi tautológico, pero contradictorio con su anterior definición de los ideales: “si optamos por definir la democracia de forma «irreal», nunca hallaremos «realidades democráticas»” (Sartori, 2007: 17). Encontramos aquí de nuevo una contradicción, que adquirirá mayor sentido desde una perspectiva postestructuralista como la que se presentará en el siguiente apartado. Por el momento, nótese cómo la idea de ironía rortiana ofrece mayor profundidad al análisis de la cuestión: la democracia, nos dice Rorty, requiere de la defensa de distintos valores por distintos grupos (de un “vocabulario final”, en sus términos). Pero esto debe hacerse siendo uno consciente de su contingencia: de su imposible fundamentación absoluta (Rorty, 1989: 73).

Quizás expresándolo en la terminología del pluralismo de valores quede mejor definida la cuestión: la democracia liberal requiere que se reconozca el enfrentamiento entre los valores liberales y aquellos otros valores que se quieren defender políticamente (pues aceptar los primeros implicará renunciar a parte de los medios que serían útiles para la promoción de los segundos) y que, aun así, se prime la democracia liberal en una decisión que no puede fundamentarse totalmente. El perfeccionismo, al considerar que es posible una realización total del valor, tiende a negar por comparación que exista ninguna

realidad democrática, ofreciendo una salida cómoda, aunque falsa, ante esta tensión entre la democracia y los valores propios: desde esta postura, ningún régimen parecería suficientemente bueno (suficientemente buen *ejemplar* de democracia) como para sacrificar la persecución hasta las últimas consecuencias y por todos los medios de nuestros valores (incluido el valor de la democracia mismo). Este perfeccionismo, además, irá probablemente asociado a un esencialismo: a una identificación total del vocablo con un contenido inmutable e independiente de los hombres.

Existe también, y debe tenerse muy en cuenta, el peligro de que la democracia se convierta en el ideal que haga gravitar todo sobre sí, que legitime todo y que dogmáticamente oculte los conflictos internos del concepto y su tensión con otros valores, o que prescinda de los seres humanos concretos, de sus necesidades y sus situaciones (del Águila, 2008: 174). Es más: algunos de los componentes más habituales del concepto de democracia implican horizontes emancipatorios de toda institucionalización que Voegelin (2014b: 134)⁴⁰, como adelantaba más arriba, asimilaba al gnosticismo de Joaquín de Fiore y que aquí, partiendo de Dahl (1989), iré mostrando como parte de una dimensión anarquista de la idea de democracia. Por su parte, del Águila no dudó en tacharlos, sencillamente, de monistas:

La tradición democrática siempre tuvo latente una aspiración a la transparencia y a la autoidentidad. La idea del pueblo reunido en asamblea, de voluntad general homogénea, de unanimidad perfecta ha sido (y es) central a muchos ideales de la democracia. La utopía democrática de identidad completa entre gobernantes y gobernado. La transparencia absoluta. El encaje perfecto individuo-sociedad. La uniformidad, la densidad de consensos y valores políticos entre los ciudadanos, ésas son las claves (del Águila, 2008: 164)

⁴⁰ “la idea de una humanidad espiritualizada [hoy diríamos concienciada] que existe en comunidad, sin necesitar ni la mediación ni el respaldo de las instituciones [...] Este simbolismo se puede reconocer con más claridad en el comunismo, pero la idea de democracia también se desarrolla considerablemente gracias al simbolismo de la comunidad de hombres autónomos”

c. Formas de concebir la idea de democracia coherentes con el pluralismo de valores y la irracionalidad moral del mundo

Lo relevante será, insisto, la forma particular en que se entiende este aspecto utópico del concepto (su orden o estatus intelectual): ¿se concibe como parte de un ideal inalcanzable y, aun así, deseable, o como modelo que debe realizarse en su totalidad sobre la Tierra, aunque perezca el mundo en el intento? En este sentido, resulta de utilidad distinguir algunas formas de integrar la fuerte carga normativa del término democracia sin por ello renunciar a una noción coherente con el pluralismo de valores. Para ello, cabe adaptar la diferencia que hacía Macpherson ([1977] 1982) entre modelos más normativos y aquellos más descriptivos. Y digo que hay que adaptarlos porque esta diferencia olvida que los conceptos más descriptivos no necesariamente dejan de ser “normativos” para quienes quieren que todo permanezca igual. Por eso parece más adecuado recurrir a la diferencia que hace Koselleck entre aquellos conceptos con mayor carga de expectativas futuras, casi vaciados de todo contenido concreto, y aquellos más cargados de experiencias.

- el concepto de democracia puede entenderse como un horizonte abstracto, imposible de realizar en su radicalidad, que genera un deber ser aun estando en conflicto con otros valores, o incluso consigo mismo (por ejemplo: “democracia es identidad entre gobernantes y gobernados”, como en la cita de arriba, o “democracia es igualdad política”). En definitiva, el concepto puede ser más bien un “valor”, entendido como lo hicieran Weber o Berlin: esto es, un ideal que reclama obediencia absoluta y que, por ello, necesariamente entrará axiológicamente en conflicto con otros valores (lo perciban o no sus defensores).
- Por otro lado, el concepto puede estar firmemente atado a experiencias concretas presentes o pasadas (por ejemplo, la democracia británica actual) de las que deriva una carga normativa, sin que esto tampoco sea incompatible con el pluralismo de valores. No obstante, dicho pluralismo exige reconocer que tal experiencia histórica es una realización positiva que, sin embargo, implica algunas renunciadas valiosas (renunciadas que pueden ser consideradas democráticas o no, pero que son reconocidas como valiosas en todo caso).

El segundo eje de clasificación requiere traer aquí otra cuestión, también tratada por Max Weber ([1919] 2007: 137 y ss.) y que también genera resistencias a las posiciones

racionalistas. El sociólogo alemán constató que, como el hombre no siempre puede elegir qué medios son necesarios para producir ciertos efectos, suele ocurrir que, para lograr aquello que un sistema de pensamiento considera bueno, pueda resultar imprescindible recurrir a medios considerados como malos. Y a la inversa: que acciones consideradas buenas pueden (y, empíricamente, suelen) conllevar al menos algunos resultados que, por sí mismos, se consideran malvados. Esta situación de irracionalidad moral del mundo se suma a que, dado el pluralismo de valores, no podemos determinar racionalmente qué medios puede llegar a justificar un fin.

La tensión entre la moral y la estructura causal del mundo, explica Max Weber, se manifiesta de forma especialmente intensa en la política dado su medio específico: la violencia, generalmente calificada como “mala” por la moral. Por ello, las “éticas de convicción” (absolutas) resultarían poco adecuadas por sí mismas para entender la política (democrática o no). Pero, además, al prescindir del cálculo de los peligros de sus acciones, una ética de las convicciones como guía única para la política conlleva un gran riesgo (Weber, [1919] 2007: 134-139; Abellán, 2004: 192-199)⁴¹. Por todo esto habrá de ocupar un lugar central en el análisis la posible tendencia a considerar que la democracia no puede tener consecuencias negativas, o que no es corruptible: la creencia en que, si se corrompió, será porque no era lo suficientemente democrático. Y a la inversa: la negación de toda virtud a las dictaduras. En definitiva, habrá que tratar de localizar si existen vetas de un “fundamentalismo democrático” (Bueno Sánchez, 2010).

Hay al menos dos maneras distintas de gestionar la irracionalidad moral del mundo sin negarla desde el concepto:

- Por un lado, cabe una tendencia inclusivista, que aspira a hacerse cargo de todas las consecuencias como propias, sean o no deseadas; las internaliza. Así, se aceptaría por ejemplo que un sistema electoral mayoritario y uno proporcional tienen aspectos positivos y negativos (unos aspectos que además son a la vez positivos y negativos según unos valores u otros, y entre los que elegimos sin

⁴¹ La contribución de Weber en torno a los fines y los medios suscita además la pregunta sobre si algo es considerado democrático “en sí” o por sus efectos o medios probables. Esta cuestión sin duda complica el análisis del concepto, pues existe un debate profundo entre aquellos deontólogos que consideran que los valores son importantes en sí (lo cual parece razonable dado su carácter de “valor”), y quienes entienden que los valoramos por sus consecuencias (Alexander y Moore, 2016). Aunque este aspecto bien podría ser objeto de otra tesis, deberá tenerse en cuenta en la presente.

asidero último) pero que todas estas consecuencias son igualmente “democráticas”, en tanto que son las consecuencias de sistemas de elección democráticos. Es decir: admitir que la democracia conlleva efectos negativos a los que no puede sino calificarse de “democráticos”.

- Por otro lado, y aunque la pretensión de una externalización total del conflicto de valores sería una buena definición del monismo, se puede tratar de externalizar parte del conflicto mediante la limitación del significado del concepto a aquello que se pretende o se desea (reconociendo, para ser coherente con el pluralismo de valores, que la elección de esos aspectos considerados “positivos” implica un sacrificio de otros valores y que algunos aspectos negativos son inescindibles de los positivos). Por ejemplo, desde esta perspectiva se argumentaría que toda democracia necesita un sistema electoral, pero que, sea este mayoritario o proporcional, inevitablemente se derivarán de ellos efectos democráticos (los buscados) y otros antidemocráticos (que hay que pagar como precio por los democráticos).

Los extremos de estos dos ejes (expectativas/experiencias; internalización/externalización) no son exactamente tipos ideales, pues su realización extrema no sólo es imposible empíricamente sino también absurda. *A priori*, podría aventurarse que ambos ejes podrían estar correlacionados, haciendo dos de las posibilidades en el cruce más comunes: si los conceptos quedan atados a experiencias muy concretas, y dado que esta experiencia no podrá ser puramente positiva, el concepto posiblemente tienda a internalizar el conflicto (se entenderá que la democracia tiene aspectos positivos y negativos). Por el contrario, a mayor abstracción, mayor pretensión de coherencia y, por ello, si se recoge el conflicto de valores tendrá que hacerse externalizándolo (la democracia siempre es buena, pero se encuentra en una tensión irresoluble con otros valores). Esto, insisto, en caso de efectivamente reconocerse la irracionalidad moral del mundo.

2.4.5 Como recurso para la movilización política. Usos y significados

Por último, el análisis de la ideología democrática, según Howarth, podría prestar atención a cómo distintos grupos sociales y políticos “utilizan el significante ‘democracia’

para construir sus identidades y avanzar sus intereses”⁴² (Howarth, 2001: 237). Este podría ser el caso, por ejemplo, del 15M. Cuando la democracia “ha desbordado el significado habitual de régimen político para constituirse en un concepto dinámico referido no sólo a un programa de partido inspirado en ciertos principios (soberanía popular, sufragio universal), sino a un amplio movimiento político-social en alza” podremos hablar –como hiciera por ejemplo Fernando VII– de “democratismo” (Fernández Sebastián, 2002: 222).

Enlazando con la cuestión vista en el anterior subapartado, dado que el monismo resulta “ser siempre una fuente de profunda satisfacción tanto intelectual como emocional” (Berlin, [1958] 2004: 253), no resultará por ello sorprendente que se recurra a él para la movilización. A este respecto no debe olvidarse que, tal y como señaló Berlin, “puede ser cierto que todos los grandes movimientos liberadores, si quieren acabar con la Resistencia del dogma y la costumbre aceptada, están condenados a exagerar y a permanecer ciegos ante las virtudes de los que atacan”⁴³ (Berlin, [1983] 1990: 68; García Guitián, 2001: 35). Además, Freedén insiste en recordar que el consenso requerido por la movilización suele sustentarse en vaguedades e imprecisiones (Freedén, 2003: 56-57).

Estos usos “interesados” y “desviados” del concepto de democracia a veces constituirán meros casos de cinismo; pero, incluso así, pueden llegar a introducir transformaciones sustanciales en el concepto con el tiempo. Además, hay que recordar que estos usos no pueden simplemente prescindir de lo que hasta ése momento se entiende como “democracia”, quedando la manipulación limitada por ese contexto previo a la intervención (Skinner, 1985: 10-11). De nuevo, insistiré en que esta investigación no se centrará tanto en los porqués de las ideas de democracia localizadas, sino en el qué, con el objetivo de profundizar en su comprensión y dialogar con ellas.

Por el momento, permítaseme aprovechar esta cuestión acerca de los “usos” (en este caso movilizadores, antes legitimadores) de la idea de democracia para señalar una diferenciación. Contra interpretaciones de Wittgenstein como la de Winch ([1958] 1972)

⁴² “The final way of thinking about democratic ideology focuses on the way in which different social groups and political forces endeavour to use the signifier ‘democracy’ to constitute their identities and advance their interests.”

⁴³ “The unparalleled services of the Enlightenment in its battle against obscurantism, oppression, injustice and irrationality of every kind are not in question. But it may be that all great liberating movements, if they are to break through the resistance of accepted dogma and custom, are bound to exaggerate, and be blind to the virtues of that which they attack”.

y a favor de otras interpretaciones más derridianas, aquí no se hace equivalente conocer el uso de una palabra y conocer su significado, aunque ambas cuestiones estén íntimamente relacionadas (Glendinning, 2011: 26-27). Reducir el significado a las condiciones de aplicación de una regla de uso no es factible, pues la idea de significado requiere de una transcendencia que va más allá de dichas condiciones (Grayling, 2001: 101).

Al mismo tiempo, desde una mirada deconstructivista, podría argumentarse que la atribución de significado en una definición no es sino un particular tipo de uso del concepto. También que todo uso de un concepto no es sino una repetición que inevitablemente transforma su significado. Sin embargo, aun si fuera imposible dibujar esta diferencia, resulta clave para entender nuestro mundo tal y como está configurado. La diferencia entre significados y usos se utiliza aquí, en consecuencia, por haber resultado útil para el análisis, sin intención alguna de esencializarla. Debe señalarse además que la categoría de “uso”, al contrario que la de “intención”, no requiere en principio de una voluntad consciente del hablante, contribuyendo a superar el individualismo que, como se mencionó, caracteriza al trabajo de Skinner (2.3). En algunos momentos incluso podrá ser pertinente hablar de “funciones”, en tanto que la utilidad de la idea adquiere objetividad más allá de los sujetos. De esta forma se abrirá la investigación a la dimensión colectiva de los *discursos*. Veamos ahora a qué nos referimos con tal expresión.

2.5 LA IDEA DE DEMOCRACIA COMO MOMENTO DISCURSIVO

La palabra “discurso”, como las anteriores, también remite a conceptos muy diversos. A modo de mapa rápido es imprescindible mencionar tres enfoques que han proliferado desde los años 70 del pasado siglo.

Por un lado, están aquellas nociones de aplicación más restringida, como la del profesor Teun van Dijk, quien considera que los discursos no son más que las diversas formas de uso lingüístico-verbales que regulan los *textos*. Pero, como bien percibe el investigador, la delimitación estrecha del concepto de discurso conlleva recurrir a otros conceptos en el análisis si no se quiere perder la imagen global. En el caso del profesor holandés, entiende que los “discursos”, junto a los usos lingüísticos no verbales, difunden

y reproducen las “ideologías”, que deben analizarse junto a los procesos sociales (grupos) y mentales (creencias) (van Dijk, 1998: 192-199).

En una posición intermedia se encuentra el análisis crítico del discurso abanderado por Fairclough o Wodak, entre otros. Fairclough extiende su concepto de discurso más allá de lo lingüístico. El británico destaca la importancia de atender a los aspectos lingüísticos del texto, a los aspectos formales, dado que en ellos también puede encontrarse significado. A esto lo denomina “el contenido de la textura (o el contenido de su forma)” (Fairclough, 1995a: 5, 187-213)⁴⁴. Pese a este énfasis en la importancia de las características lingüísticas del texto mismo (la elección de su lenguaje, su género y “textura”), él entiende que el análisis discursivo no sólo debe analizar los “textos” (sean escritos, visuales, etcétera), sino también las “prácticas discursivas” (la forma en que los textos se producen, se distribuyen y se reciben) y las prácticas socioculturales que los rodean. Así, su definición de discurso aspira a subsumir tanto las nociones postestructuralistas (como construcción social de la realidad) como las lingüísticas (como interacción social). Sin embargo, en su obra dedicada al análisis de los medios de comunicación, Fairclough reconoce que en este ámbito resulta razonable prestar mayor atención a lo escrito y a los textos que a lo visual y a las prácticas, tal y como en esta tesis ocurrirá (Fairclough, 1995b: 16,18,33-34).

Finalmente, se encuentra una noción amplia de discurso, de la que hace uso la tradición postestructuralista, y que básicamente la hace coincidir con lo que, a partir de Lacan, puede denominarse la “dimensión simbólica”. Esta tradición resulta la más productiva para el presente estudio, tanto por las herramientas conceptuales que provee como por poner el énfasis en lo que tienen de común lo social, lo lingüístico y lo mental (aunque estas diferentes categorías puedan seguro seguir siendo útiles). Recurriré particularmente a la tradición en que se enmarca el trabajo de Laclau y Mouffe en su *Hegemonía y estrategia socialista*, y que han continuado los integrantes de la llamada escuela de Essex, si bien tratando de corregir algunos malentendidos con respecto a Derrida o Lacan, que están a la base de su construcción teórica.

Efectivamente, el trabajo de Laclau y Mouffe empleaba una perspectiva derridiana, con influencias lacanianas, para deconstruir la tradición marxista y estructuralista. De

⁴⁴ “the content of texture (or the content of its form)”.

hecho, la influencia de Derrida en Laclau se fue intensificando con los años (Howarth, 2014: 8). Por ello, antes de repasar algunos de las herramientas conceptuales que ofrece su obra, presentaré someramente unos apuntes lacanianos y, sobre todo, el marco teórico derridiano. En particular me detendré en la idea de deconstrucción, que jugará un papel clave en la fase de análisis. También incorporaré una de las herramientas que la escuela de Essex recupera de Foucault: la problematización. Finalmente, habré de detenerme brevemente en la articulación del énfasis arendtiano en la experiencia y el supuesto “anti-representacionalismo” de Derrida, subrayando el papel central que juegan en la posible controversia las diferentes concepciones y dimensiones de la representación.

2.5.1 Lacan, Derrida y la deconstrucción del discurso

Reivindicar la importancia del pensamiento lacaniano, como destacan tanto Laclau como Žižek, es compatible con afirmar que las aproximaciones directas a este autor resultan espantosa –y deliberadamente– confusas. Sin embargo, sus mejores comentaristas muestran que su pensamiento introduce sutilezas relevantes para el análisis cultural e ideológico. Fundamentalmente, debe presentarse la diferencia e interrelación entre lo imaginario, lo simbólico y lo real.

Puede entenderse, en primer lugar, lo imaginario, como el conjunto de los intentos imposibles por aprehender una “imagen” total, cerrada, de la realidad (también del propio sujeto). Por su parte, el concepto de lo simbólico excede convenientemente a lo lingüístico, pues se refiere a toda estructura constituida por interrelaciones significativas de diferencias y equivalencias. Por último, la noción de “lo real”, entendido como aquello ineliminable y que queda fuera de lo simbólico y lo imaginario, permite conservar teóricamente la tensión con el exterior, con los “hechos” y las “experiencias”. También lo no consciente se presenta para el sujeto como lo real, aunque su estructura sea simbólica.

La concepción del sujeto de Lacan, en este sentido, pone en cuestión las concepciones esencialistas del sujeto, situando en su centro una división (*split*) fundamental, inherente. Encontramos en Lacan la descripción de un ser humano que sólo puede identificarse a sí mismo mediante un extrañamiento: mediante un exterior. Se introduce así la contradicción como condición de la constitución misma de la mente humana y sus concepciones (Stavrakakis, 1999: 13-40; Fink, 1995: 44-45; Bailly, 2009; Žižek, 2006). Esta precaria constitución de los sujetos ha permitido desarrollar explicaciones interesantes del fuerte

apego que generan las ideologías o fantasías (Glynos, 2001). En este contexto debe entenderse por fantasía una construcción deseada precisamente por su promesa de acabar con esta precariedad; de cubrir la ausencia constitutiva de todo significado (*lack*), empezando por la propia identidad. Es decir: hablamos de una promesa de totalidad o cierre (Stavrakakis, 1999).

Insisto: para Lacan, lo simbólico siempre supone una exclusión y, en consecuencia, un remanente (lo real). En ocasiones, el lenguaje nos será insuficiente y seremos especialmente conscientes de la importancia de aquello que dejamos fuera de la simbolización, aunque no seamos capaces de acceder a ello directamente. De hecho, lo real puede llegar a resultar realmente molesto o desconcertante, tendiendo a manifestarse mediante “síntomas”⁴⁵. A veces, la disonancia provocada por lo real es tal que abre el sistema simbólico a una transformación que, en todo caso, supondrá una nueva exclusión simbólica. Por otro lado, lo lingüístico tal y como lo entiende Lacan no puede reducirse a lo simbólico, pues incluye también aspectos imaginarios. Lo simbólico por su parte tampoco es exclusivo de lo lingüístico pues, como ya señalara Saussure, se manifiesta también en los ritos, los sistemas de señales, etcétera⁴⁶.

Todo ello, en definitiva, abre la posibilidad de “conocer” sin encontrar las palabras, aunque no sin subsumir simbólicamente lo que percibimos; es decir, no sin ponerlo en relación, convirtiendo el objeto en significante de otros significados. Esta posición a la que Lacan denomina “significantes” pueden ocuparlo imágenes, sensaciones, emociones, olores, etcétera, y forman parte de un juego infinito similar al que indica Derrida con el *concepto* (infraestructura sería un nombre más correcto) de “huella”.

⁴⁵ “the symptom is an encounter with the real, with a traumatic point that resists symbolisation”, en las palabras de Stavrakakis (1999: 65).

⁴⁶ “Language is a system of signs that express ideas, and is therefore comparable to a system of writing, the alphabet of deaf-mutes, symbolic rites, polite Cannulas, military signals, etc. But it is the most important of all these systems”, escribió ya Saussure ([1916] 2011: 16), mostrando que existen más sistemas simbólicos además del lenguaje. En esta dirección podemos entender las palabras de Lacan (XX:15) [citado por Stavrakakis (1999: 22)]: “The fact that I say (Mon dire) that the unconscious is structured like a language is not part and parcel of the field of linguistics”. Lo no consciente se articula simbólicamente, pero lo simbólico para Lacan estaría constituido por la compleja red de reglas y presuposiciones en que se mueve el hombre, incluidas las reglas gramaticales, aunque no sólo; también lo conforman aquellas otras reglas y significados que constituyen los mundos comunes y al sujeto en sí, como explica Žižek (2006: 9). El lenguaje, por su parte, tampoco se considera exclusivamente simbólico, pues “[language] contains elements belonging in the Symbolic and in the Imaginary”, en palabras de Bailly (2009: 95). Lo imaginario, debe adelantarse, “houses the conceptions that issue directly from sensorial perception” (Bailly, 2009: 91). La cuestión fundamental es que, desde esta perspectiva, “[t]he symbolic [y no lo lingüístico] brings into being all the phenomena of our world: these only exist because they have been symbolized” (Bailly, 2009: 98).

Para llegar a entender esta idea de huella, igual que para entender la deconstrucción, primero uno debe sumergirse en la filosofía derridiana. Esto es así porque preguntar qué *es/significa* la deconstrucción o una huella implica entender previamente qué significa “ser/significar” para Derrida. De hecho, la deconstrucción puede considerarse “precisamente la delimitación de la ontología y sobre todo de la tercera persona del presente de indicativo: S es P”⁴⁷ (Derrida, [1983] 1988: 3, 4). La importancia de estas reflexiones reside en que esta tesis trata precisamente sobre lo que en nuestro espacio público se considera que “es” la democracia, pero también por las herramientas de análisis que provee. Procuraré no caer en el lenguaje impenetrable que los críticos, con razón, achacan a este autor, a la vez que presento los desestabilizadores desplazamientos de significado que implican algunos de sus *cuasiconceptos*.

Derrida es el continuador de una línea de pensamiento antiplatónica (contra cierto “aparato de distinciones filosóficas” de “oposiciones binarias tradicionales”) que comienza en Nietzsche y pasa por Heidegger. Si Heidegger consideraba a Nietzsche “el último metafísico”, y aspiraba a ser él mismo quien abriera el camino de la post-metafísica, Derrida a su vez entiende que Heidegger permanecía aún en el campo de lo que llama “la metafísica de la presencia” o “logocentrismo” (Rorty, 1995: 168-169). Por tales expresiones debe entenderse una perspectiva filosófica que asume que detrás de las palabras existen esencias, presencias o significados ideales que las originan, y que se relacionan directamente con dichas palabras mediante lo que no pocos autores llamarían “representación”. Esta forma de entender el mundo estaría apuntalada por ciertos mecanismos, fundamentalmente por la oposición esencializadora (en tanto que entiende que no existe nada de cada uno de los extremos en el otro) de algunos conceptos clave: “realidad” y “apariencia”, “oralidad” y “escritura” o (una fundamental para esta tesis:) “presencia” y “representación”. La metafísica no se contentaría con establecer estas diferencias radicales, sino que además consideraría al segundo de los elementos inferior y de carácter secundario, mediador o suplementario.

Para Derrida, el trabajo de Heidegger, precisamente por tratar de romper radicalmente con la tradición metafísica y con la posibilidad de transcendencia (es decir, de que nuestros conceptos se remitan a esencias: a significados originarios inmutables y autosuficientes),

⁴⁷ “As you know, one of the principal things at stake in what is called in my texts «deconstruction» is precisely the delimiting of ontology and above all of the third person present indicative: S is P.”

cae en la tentación de encontrar palabras que toman su significado directamente del mundo: que pretenden ser “más fundamentales”, “más radicales”, “más universales”, con un acceso más directo a la verdad (Gasché, 1986: 119; Chin-Yi, 2009). Para expresar su radicalización del trabajo Heideggeriano, Derrida inventa su propia terminología, desplazando la heideggeriana y, de paso, escapando de la nostalgia del filósofo alemán y de su “pastoralismo y nacionalismo” sentimentales (Rorty, 1995: 171).

El lenguaje para Derrida es siempre incapaz de estabilizarse por completo debido a su necesaria remisión a un elemento exterior (transcendente) que es a la vez parcialmente constitutivo (es decir, inmanente). Por tanto, el cierre de un sentido con respecto a “lo otro” es imposible⁴⁸. Sin embargo, Derrida no cree que el lenguaje sea ni un sistema de presencias puro ni un mero sistema de diferencias (de ausencias, como planteaba Saussure); más bien está constituido por diferencias del signo *consigo mismo* (Glendinning, 2011: 62-65). Podría decirse que los significantes sólo remiten a otros significantes, que remiten a su vez a otros significantes, en un proceso infinito que nunca logra apuntalar un significado esencial, transcendental, no mediado o directo. Esta remisión infinita de unos significantes a otros sitúa el único fundamento posible en un no-fundamento. Y a esto se refiere la idea de “huella”: a la marca de una presencia (de un referente capaz de aportar significado) que en realidad siempre estuvo ausente (Derrida, [1967] 1998: 61).

Dado que el pensador francés no niega la necesidad de fundamento, aunque lo declare imposible, se puede calificar el pensamiento derridiano de “postfundacionalista”. Esta posición debe entenderse frente al fundacionalismo, que afirma la existencia de fundamentos, y frente al antifundacionalismo, que lo niega con rotundidad⁴⁹. Como explica Marchart (2007: 9), en el pensamiento postfundacionalista “la búsqueda de

⁴⁸ Expresado con el brillo de Antonio Machado: “Todo el trabajo de la razón humana tiende a la eliminación del segundo término. *Lo otro no existe*: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero *lo otro* no se deja eliminar: subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en *lo otro*, en «La esencial heterogeneidad del ser». Véase: Machado, Antonio, [1936] 1986. *Juan de Mairena*, Madrid: Catedra.

⁴⁹ Vincent (2004) se ha encargado de mostrar la importancia de las posiciones respecto a la posibilidad de un “fundamento” para entender la teoría política del siglo veinte, por lo que no insistiré en esta cuestión. Vincent considera postfundacionalistas a Gadamer y Habermas, pero estoy tratando de mostrar aquí que su mejor representante, siempre y cuando no se lo caricaturice, es Derrida.

fundamento no se abandona (como en el simplista antifundacionalismo), pero es aceptada como una empresa a la vez imposible e imprescindible”⁵⁰.

Esta diferencia puede ser también útil para analizar una parte del orden intelectual de la idea de democracia que Laclau (1998) denominara “*status* ontológico”. Las ideas de democracia podrán ser clasificadas como fundacionalistas (si se presupone que existe una esencia a la que la palabra remite), antifundacionalistas (si se considera que la palabra significa lo que el poder imponga, sin poder priorizar uno u otro significado más que por un acto puro de voluntad) o postfundacionalistas (si se reconoce la *prioridad de lo político* —explicada más abajo—, pero también la necesidad de fundamentar la definición, aunque siempre se trate de una fundamentación radicalmente contingente).

La constitución de significados, al ser su cierre un imposible, conlleva siempre un excedente, un rastro en forma de *aporías*⁵¹ que permiten señalar la toma de aquella decisión imposible que es condición de posibilidad del mismo texto. La deconstrucción consiste en poner de relieve estos puntos de *indecidibilidad* en los que el lector tiene que inventar cómo continuar, y en el que todos los caminos posibles son de alguna forma indeseables⁵² (Vilanou, 2006: 180; Villacañas Berlanga y Oncina, 1997: 23; Thomassen, 2010: 43).

Por respeto a la contingencia, Derrida evita enunciar la deconstrucción como método, esto es, como una sucesión de pasos. La deconstrucción no puede ser una aplicación directa de normas, sino que debe reinventarse cada vez. Además, ni siquiera es un acto u operación, ya que no es un sujeto quien lo aplica; de alguna forma, es el propio texto el que se deconstruye. En este sentido, el “método” de la deconstrucción deconstruye la idea misma de método (Thomassen, 2010: 42-45; Derrida, [1983] 1988; Gasché, 1986: 123). De nuevo aquí puede percibirse el “regalo envenenado de coherencia” del que hablé en las primeras páginas, y que sufre y disfruta la Teoría del Discurso.

⁵⁰ “the quest for grounds is not abandoned (like in the case of a simple-minded anti-foundationalism), but is accepted as a both impossible and indispensable enterprise”.

⁵¹ Como dice Gasché (1986: 128, 133, 135), no se trata de meras falacias lógicas, sino de inconsistencias y paradojas entre lo que se dice y lo que se quiere decir, o lo que se hace, o lo que se calla, o los diferentes énfasis en el discurso a distintos elementos, etcétera.

⁵² Nótese la resonancia entre esta explicación hermenéutica y el pluralismo de valores de Berlin: valores que reclaman a la vez obediencia absoluta y entre los que no existe compromiso posible, lo que implica elecciones racionalmente imposibles.

El objeto sobre el que se aplica la deconstrucción es el “texto”, no entendido como una sucesión de palabras ordenadas, como lenguaje, sino como discurso (o como “lo discursivo”): esto es, como la totalidad significativa, que también se encuentra inscrita en prácticas que habitualmente clasificaríamos como no lingüísticas. La intención de la deconstrucción no es reestablecer la coherencia del texto para que permanezca igual. Tampoco destruirlo. No obstante, dados los campos de poder que constituyen al texto, la lectura que recurre a la deconstrucción siempre implica una intervención que Derrida califica de “política” (Derrida y Kamuf, 1986: 168), lo que resulta en sintonía con los objetivos marcados en el anterior capítulo.

La diferencia a este respecto entre el horizonte de la deconstrucción y el del diálogo gadameriano es notable y muy clarificadora: mientras bajo la propuesta de Gadamer lo que sea alienante en un texto, lo que haga al texto ininteligible, debe ser superado⁵³ con buena voluntad y, por tanto, cancelado por el intérprete para lograr la fusión de los horizontes del texto y del lector (Gadamer, 1989: 41), Derrida invita precisamente a poner la atención sobre la imposibilidad de dicha fusión.

El trabajo de deconstrucción trata de dar cuenta de las aporías del texto mediante “infraestructuras”: *cuasiconceptos* que conforman el siempre desconcertante lenguaje derridiano y que capturan un “doble gesto de reversión y desplazamiento”⁵⁴. Este gesto se entiende con mayor facilidad cuando lo que se deconstruye son distinciones conceptuales jerárquicas como las señaladas arriba (aunque, en teoría, este no sea siempre y necesariamente el caso). En el primer movimiento, la jerarquía –mediante la que uno de los elementos es considerado más valioso o más puro– es invertida. En el segundo, se generalizan como estructura aquellos rasgos que estaban reprimidos como condición de existencia del propio texto, mediante un desplazamiento de significado. No se trata, eso sí, de dos gestos sucesivos, sino simultáneos (Derrida, [1972] 1981: 41-42; Thomassen, 2010: 46-47).

Bien es cierto que las mismas infraestructuras derridianas como “deconstrucción” o “huella”, concebidas como dispositivos para poner en cuestión la habitual economía del

⁵³ “When the interpreter overcomes what is alienating in the text [...]”.

⁵⁴ Infrastructural accounting takes the form of a double gesture of reversal and displacement (or reinscription), which can also be described as two steps although they are not sequentially ordered. The two steps are best explained in the context of the deconstruction of a hierarchical conceptual distinction (Derrida 2002, 41–44).

lenguaje, tienden a diferenciarse entre sí y a adquirir significados de lo que “son” y lo que “no”, reinscribiéndose con pasmosa facilidad en la lógica metafísica. Sin embargo, que sea imposible librarse totalmente de esta tendencia esencialista no debe impedir diferenciar situaciones en que tal esencialismo está más presente frente aquellos otros usos (en nuestro caso, de la palabra “democracia”) que se limitan a una aplicación de un tipo ideal, de un concepto concebido como constructo humano y, por tanto, contingente⁵⁵. Se trata, en último término, de una cuestión de grado, en cuyo extremo antiesencialista se situarían las infraestructuras derridianas.

Veamos una de estas infraestructuras como ejemplo. La relación entre evento y estructura se presenta desestabilizada por la infraestructura “iterabilidad”. Por esta infraestructura se entiende una repetición que no es pura repetición, quedando siempre abierta a nuevos sentidos. Aunque el evento pueda parecer más atractivo y auténtico que la mera repetición, “cada vez que algo ocurre, incluso en la experiencia diaria más banal, hay algo de evento en ello, de imprevisibilidad singular”⁵⁶, explican Borradori y Derrida. Por otro lado, el hecho mismo de referirse a un evento ya es en sí una apropiación que presupone la existencia de un espacio simbólico bajo el que subsumir lo acontecido. Por tanto, el evento en tanto que evento sólo es posible como un imposible, pues un *verdadero* evento debería “trastocar incluso el horizonte del concepto o esencia sobre la que creemos que reconocemos un evento como tal” (Derrida y Borradori, 2003: 90-91). Y la misma operación puede hacerse con respecto a la idea de estructura o de concepto, que no son nada sino en sus manifestaciones concretas, siempre peculiares, nunca perfectamente “ejemplares” de la totalidad. *Iterabilidad* intenta comunicar esta experiencia, peculiar no sólo porque haya repetición y modificación a la vez, sino porque existe una relación de implicación o necesidad mutua entre ambos objetos imposibles: “no puede haber repetición sin alteración, y viceversa” (Thomassen, 2010: 47). En último término,

⁵⁵ El lector se habrá percatado que aquí se está repitiendo la misma argumentación realizada al respecto del trabajo de Hannah Arendt en el apartado 1.4, cuando se afirmaba que la autora no podía ser considerada “normativa” únicamente por recuperar y utilizar un significado particular de “política”. Argumentación que, en consecuencia, también se aplicó a la lógica dentro de la Teoría Política aquí practicada al recordar que resulta, en último término, inevitablemente traidora a su aspiración científica, en tanto que, incluso sin quererlo, promueve una concepción particular de “política”.

⁵⁶ “After all, every time something happens, even in the most banal, everyday experience, there is something of an event and of singular unforeseeability about it: each instant marks an event, everything that is «other» as well, and each birth, and each death, even the most gentle and most «natural»”.

iterabilidad debería ser intercambiable con todo el vocabulario derridiano (deconstrucción, huella, *différance*, suplemento, etcétera)... y, a la vez, no serlo del todo.

2.5.2 Una breve crítica deconstructivista a Koselleck y Skinner

Esta noción de “iteración” expresa una idea muy cercana a un aspecto ya presentado del pensamiento de Koselleck (2.2): para el alemán, la estructura de repetición del lenguaje “es la precondition de que pueda expresarse algo nuevo” (Koselleck, [1979] 2004: 90; Koselleck, 1996: 63-64; Koselleck, [2006] 2012: 30). Estas premisas repetitivas estarían contenidas “inmediata, directamente” en cada “caso concreto y sus consecuencias, en la medida en que los posibilitan y delimitan”. Por ello, puede Koselleck afirmar que los conceptos son simultáneamente diacrónicos y sincrónicos: la distinción saussuriana puede ser útil analíticamente, pero Koselleck percibe que ésta no consigue recoger adecuadamente la complejidad de los entrelazamientos entre pasado y futuro (Koselleck, [2006] 2012: 278-280, 19). Sin embargo, Koselleck no desarrolla la radicalidad de su propio argumento hasta afirmar que la idea de evento como tal sea “imposible” y, sin embargo, “necesaria” para sostener la idea de estructura. De esta limitación se derivan en parte los problemas arriba apuntados en la propuesta investigadora de Koselleck, pero también en la de Skinner.

En algunos momentos, Koselleck afirmaba la imposibilidad de conocer sin lenguaje mientras que, en otros pasajes, planteaba las limitaciones del lenguaje para captar la realidad. Como hemos visto, las categorías fundamentales lacanianas permiten dar cuenta de esta cuestión: lo real, lo que desborda lo simbólico e imaginario, nos puede interpelar, desestabilizándonos. El planteamiento derridiano, además, permite sugerir que la contradicción de Koselleck pueda ser una aporía derivada de su diferenciación radical entre lenguaje y realidad. Por un lado, separarlos no hace sino poner de relieve la necesidad de estructuras simbólicas para conocer. Y, sin embargo, si no hubiera más que estructuras simbólicas, no habría nada “fuera” qué conocer. La diferencia se muestra así tan imposible como necesaria.

Por otra parte, en los textos de Skinner se localizaron dos contradicciones: con respecto al papel de la verdad en su método y a cuenta de la forma en que deben analizarse las contradicciones. Ambas nos dirigen hacia esos puntos en los que será “necesario” que el lector decida cómo leer: si cree al autor o no; si trata de reconciliar las contradicciones

encontradas o no. Esto lleva a la conclusión de que resultará imposible cerrar de una vez y para siempre la interpretación. Sin embargo, no debe derivarse de aquí que toda interpretación sea igual de válida o que, por su imposible cierre, no deba intentarse. De nuevo aparece así la noción de lo necesario-imposible. Además, desde esta perspectiva deconstruccionista el problema de Skinner acerca de las contradicciones cobra un nuevo carácter, dado que algunas de las contradicciones no serían sino condición constitutiva del texto, revelando el lugar donde sólo cabe una decisión imposible; el lugar del juicio.

Dada esta superioridad del marco postestructuralista para entender los objetivos marcados, en esta tesis asumiré esta perspectiva derridiana. Tal perspectiva ofrece múltiples vías de análisis de la idea de democracia si se presta atención a las oposiciones que a su alrededor aparecen en nuestro espacio público, comprobando si ciertos orígenes se sacralizan (la voz de la gente, la Transición, etcétera) mientras lo que puede entenderse como “escritura” (las leyes, la representación) queda reducido a mero suplemento de la esencia. También induce esta perspectiva a pensar si algunos elementos considerados suplementarios se entienden como amenaza a las esencias democráticas (la corrupción, el secretismo, la negociación o la violencia), cuando, sin embargo, tales *excrecencias* pueden ser centrales para la reproducción de la misma democracia⁵⁷.

2.5.3 Teoría del discurso: Laclau, Mouffe y la escuela de Essex

Laclau y Mouffe consiguieron en 1985 una aplicación a la esfera de lo político y lo social de este esquema filosófico derridiano⁵⁸, deconstruyendo la tradición marxista para librarse de su determinismo histórico y de su esencialismo en torno a la clase social⁵⁹. El resultado fue todo un sistema de herramientas conceptuales con una fuerte base teórica postestructuralista y postmarxista que han seguido desarrollado tanto estos autores como la llamada escuela de Essex, que el mismo Laclau fundara en la University of Essex. Aunque este paradigma aspira a la explicación (Glynos et al., 2009: 9; Howarth y

⁵⁷ Véase como ejemplo de este tipo de labor el trabajo de Derrida (1998: 297–313) en torno a Rousseau, su idea de representación y la escritura.

⁵⁸ En aquel momento, el trabajo de Derrida parecía ser poco más que un divertimento teórico, si bien Derrida siempre afirmó que el contenido político de su pensamiento siempre estuvo ahí, aunque desde luego no tan explícito como en su última etapa de pensamiento.

⁵⁹ David Howarth (1997: 125) reconoce que el análisis del discurso “tiene algún parecido con el método del *Verstehen* de Max Weber”, por lo que no debería sorprender su articulación en un mismo marco teórico.

Stavrakakis, 2009), algo que esta tesis no pretende, algunos de sus conceptos resultarán muy útiles para la fase de descripción, análisis y reflexión.

La noción de discurso, equivalente al “texto” derridiano, permite a la escuela de Essex enfatizar que todo objeto es “significativo” —es parte de una red de significado—, incluyendo las configuraciones sociales, las subjetividades e incluso la sociedad misma; que todo objeto debe ser constituido como objeto de discurso para ser inteligible⁶⁰. Dicho de otra forma, su “concepto de discurso incluye todas las prácticas y significados que dan forma a una comunidad particular de actores sociales”⁶¹ (Howarth, 2000: 2, 5, 8; Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 107; Howarth y Stavrakakis, 2009: 2). En este aspecto siguen, en último término, a Wittgenstein, pues consideran que las propiedades materiales de los objetos son parte de los “juegos del lenguaje”, esto es, del discurso⁶² (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 108).

Una estructura discursiva, por tanto, no es sólo “«cognitiva»”. En realidad, se trata de una práctica articuladora, material, que constituye y organiza las relaciones y objetos sociales (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 96)⁶³. Una práctica que no consiste en la mera yuxtaposición de elementos completamente constituidos de forma previa, sino en una atribución de posiciones relacionales (diferenciales) que modifica la identidad de los elementos articulados mismos, convirtiéndolos en “momentos” de un discurso. De esta regularidad en ocupar ciertas posiciones dentro de un sistema hasta cierto punto fijado se derivaría toda posible necesidad discursiva; es decir, todo significado e identidad (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 105-106; Howarth y Stavrakakis, 2009).

En lo discursivo no se podría lograr una articulación completa o cierre total, por lo que no sería posible fijar un significado o identidad últimos, esenciales o literales para siempre. Dicho de otro modo, siempre queda abierta a la posibilidad de que aparezcan tensiones *dislocatorias*, que pongan en jaque la articulación. En este marco, Laclau recupera el concepto de ideología, pero como una forma de distorsión muy particular: “lo

⁶⁰ “Every object is constituted as an object of discourse, insofar as no object is given outside every discursive condition of emergence”. En Laclau y Mouffe ([1985] 2001: 107).

⁶¹ “Laclau and Mouffe [...] develop a concept of discourse that includes all the practices and meanings shaping a particular community of social actors. In these perspectives, discourses constitute symbolic systems and social orders”.

⁶² La destrucción de la diferencia entre pensamiento y realidad que defienden Laclau y Mouffe ([1985] 2001: 110) se alejaba del planteamiento derridiano, en mi opinión, indebidamente.

⁶³ “Yet, a discursive structure is not a merely «cognitive» or «contemplative» entity; it is an *articulatory practice* which constitutes and organizes social relations”.

que ahora constituye una *representación* distorsionada es la noción misma de un cierre extra-discursivo”⁶⁴ (Laclau, 1996; Laclau, 1990c). Es decir, la creencia en lo que Lacan llamaba fantasías, y que se manifiestan como cierres esencialistas; como creencias en fundamentos últimos.

En ciertos contextos un discurso puede así ser *significado* como una totalidad. Aunque los discursos nunca pueden cerrarse (nunca pueden lograr convertir todos sus elementos en momentos) (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 106-111), eso no impide que algunos discursos adquieran una unidad teleológica para los sujetos. Se trata de proyectos hegemónicos, con aspiración de expansión hegemónica; esto es, caracterizados porque un elemento, “sin dejar de ser una diferencia *particular*, asume la representación de una totalidad incommensurable”⁶⁵ (Laclau, 2005: 70). Estos elementos, según articulan más y más diferencias, llegan a constituirse como “significantes vacíos”. Tales significantes están sólo tendencialmente *vacíos* (Laclau, 1990b: 65) y no literalmente; no es primordialmente un referente, pero refieren a la equivalencia misma entre esa gran cantidad de elementos articulados, encarnando así la promesa de la imposible plenitud o totalidad (Laclau, 2007: 40-42; Laclau, 2005: 71, 96). En la lógica populista, estos significantes vacíos no son mera abstracción de características comunes, positivas, sino de una negatividad: de su estado insatisfecho (Laclau, 2005: 96). Ello permite a los diversos sujetos ver recogidas en él sus diversas demandas insatisfechas.

Cuando irrumpe un suceso dislocador al que el discurso hegemónico no puede dar sentido (lo *real* en términos lacanianos), se debilitan las cadenas de diferencias y equivalencias, surgiendo la oportunidad de nuevas articulaciones. Laclau introduce aquí la distinción entre los mitos (estas nuevas articulaciones) y los imaginarios, que no serían sino mitos exitosos en la articulación de muchas demandas y en la (contingente) *sutura* de la dislocación (Laclau, 1990b: 46).

No obstante, debe entenderse que Laclau diferencia entre la situación óptica (la realidad que conocemos, donde se encuentran los imaginarios y los mitos concretos) y el nivel al que se refieren estas reflexiones sobre el discurso, que tienen un carácter ontológico. En este sentido, él mismo recuerda junto a Mouffe ([1985] 2001: 138) que “la

⁶⁴ Énfasis mío. “What is new in the latter is that what now constitutes a distorted representation is the very notion of an extra-discursive closure”.

⁶⁵ “there is the possibility that one difference, without ceasing to be a *particular* difference, assumes the representation of an incommensurable totality”.

forma hegemónica de la política sólo se vuelve dominante al principio de los tiempos modernos, cuando la reproducción de las diferentes áreas sociales tiene lugar en condiciones permanentemente en transformación, que requieren constantemente la construcción de nuevos sistemas de diferencias. En consecuencia, se ensancha inmensamente el área abierta a prácticas articuladoras”⁶⁶. Nuestra experiencia de las luchas hegemónicas, por tanto, habría sido mucho menor en contextos como el medieval europeo, aunque la reflexión ontológica habría resultado igualmente cierta. Si aún se recuerda, y sin poder detenernos en la comparación, esta descripción de la evolución del mundo simbólico corre en paralelo a lo que Koselleck denominaba “ideologización” de los conceptos, y que ha sido referida más arriba (apartado 2.2).

Como explican Norval (2004: 143-144) o Laclau (2007: 90), la teoría de la deconstrucción requiere de la idea de hegemonía: esto es, de una teoría de la decisión en el terreno de lo indecible que pone el foco sobre el poder para reprimir posibles alternativas y su tendencia a extenderse. Efectivamente, los proyectos hegemónicos, con mayor o menor éxito en su expansión, conllevan la exclusión de otros proyectos que “me impiden ser totalmente yo”; esto es, suponen un antagonismo. Por tanto, cada discurso establece de facto un “dentro” (elementos unidos mediante la lógica de la equivalencia) y un “fuera” (lógica de la diferencia), delimitando entre ellos una frontera (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: xiii, 125)⁶⁷.

Toda identidad y sentido, por tanto, estaría constituida mediante una exclusión (explícita o implícita); o, lo que es lo mismo, existe en virtud del ejercicio de un poder. Es por ello que Laclau habla de la “primacía de lo político” (Laclau, 1990b: 33), pues lo político es constitutivo de todo otro ámbito, aunque esos ámbitos puedan llegar a comportarse como autónomos a nivel óntico. Las fronteras que los discursos analizados marcan entre los demócratas y los antidemócratas será la vía de acceso fundamental de esta tesis. Eso sí, será conveniente para ello recuperar la distinción (sin esencializarla)

⁶⁶ “This is why the hegemonic form of politics only becomes dominant at the beginning of modern times, when the reproduction of the different social areas takes place in permanently changing conditions which constantly require the construction of new systems of differences. Hence the area of articulatory practices is immensely broadened”.

⁶⁷ La creencia de algunos comentaristas en este “antagonismo” omnipresente (ónticamente) en ocasiones parece menospreciar la capacidad hegemonzadora de algunos discursos, que podrían sólo tener marca de su contingencia en aporías internas, pero que no siempre tienen por qué darse ónticamente (esto es, en la realidad concreta) frente a un adversario político. La manifestación de la frontera es lo propio de la política: “I would say, in the first place, that the presence of frontiers is inherent to the political as such – that consequently, there is only politics where there are frontiers” Laclau (1990a: 160).

entre lo que el discurso hace y lo que dice hacer, pues la frontera construida con las palabras y la que delimitan las acciones no tienen por qué coincidir.

Desde la escuela de Essex caracterizan apenas tres formas o posiciones distintas en el discurso. Primero, los significantes vacíos, arriba presentados. Segundo, los “puntos nodales”, inspirados en los *points de capiton* lacanianos: puntos discursivamente privilegiados en el intento de contener el flujo discursivo. Es decir, se trata de significantes fijados parcialmente a un significado en un discurso dado; o, lo que es lo mismo, son puntos en los que lo imaginario y lo simbólico parecieran llegar a tocarse, creando la ilusión de dar acceso a significados seguros. Tercero, siendo esta fijación imposible debido a su polisemia⁶⁸, los elementos nunca terminan de ser exclusivamente momentos de un discurso. Se mantendrían así como “significantes flotantes” que distintos proyectos hegemónicos, opuestos, intentan articular en su cadena de equivalencias (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 112-113). Mientras los significantes vacíos tienden a prescindir del significado en los términos arriba vistos, los significantes flotantes estarían “aparentemente desbordados de significado”⁶⁹, aunque en realidad esta “fluctuación” (que sería realmente la traducción más adecuada para el término *float*) requiere de una tendencia al vaciamiento (Laclau, 2014: 20). Por ejemplo, nos dice Laclau, el significante “democracia” es esencialmente ambiguo en virtud de su extendida circulación política y adquiere distintos significados cuando se articula con diversas ideas (anticomunismo o antifascismo, por ejemplo) (Laclau, 1990b: 28).

2.5.4 Limitaciones en la Teoría del Discurso de Laclau y Mouffe

Entiendo que la perspectiva postestructuralista de Laclau y Mouffe (2.5.3) presenta algunas limitaciones para la investigación y que ahora pueden entenderse mejor gracias a las secciones anteriores al respecto de la cultura, los conceptos, el pensamiento político o

⁶⁸ Sería más acorde con el marco derridiano decir “debido a su diseminación”. Para el francés, como explica Glendinning (2011: 23–26, 54), no se trata de una cuestión de polisemia (de que existan múltiples significados que pueden atribuírsele a cada significante), sino de “diseminación” del significado: esto es, de que el significante está siempre abierto, por su propia naturaleza, a ser reinscrito en nuevos contextos y, por tanto, que siempre hay algo más que entender: un exceso de significado irreductible. Decir que el lenguaje *es* (esencialmente) polisémico, por el contrario, no sería para Derrida más que un nuevo movimiento metafísico.

⁶⁹ “In the case of a floating signifier, we would apparently have an overflowing of meaning, while an empty signifier, on the contrary, would ultimately be a signifier without a signified”.

la ideología. Sin pretender una crítica exhaustiva, pueden resumirse estas críticas principalmente en cuatro.

- En primer lugar, el postestructuralismo introduce un lenguaje que aliena al lector común, lo que entra en tensión con la obligación de accesibilidad presentada en el capítulo primero (1.4.4). Aun entendiendo que un análisis que se separa de la “metafísica de la presencia” requiere del uso de infraestructuras que provoquen extrañamiento, esta tesis intentará en adelante reducir en lo posible las dificultades para el lector en lugar de multiplicarlas intencionadamente.
- Segundo: encuentro problemática la falta de atención que la escuela de Essex dedica a la diferenciación de las distintas lógicas propias de un exterior del discurso, que sí se reconoce como una necesidad, aunque sea considerado como imposible y “siempre-ya” construido desde lo simbólico. No se trata por tanto de que Laclau no reconozca la existencia de tal “exterior”, sino de que el análisis de su peso específico y su funcionamiento queda en los márgenes de su investigación. Baste añadir que este problema acucia a Laclau, por ejemplo, cuando trata de dar cuenta del lugar que podría ocupar en su teoría la diferencia entre lo estructural y lo “superestructural”, así como ante el concepto de clase⁷⁰.

⁷⁰ Aletta Norval (1990: 153) preguntó a Laclau si no sería posible reintroducir la idea de “clases” en la Teoría del Discurso, aunque fuera reconociendo que se trata de “contingent social constructions”. La respuesta de Laclau resulta, a mi juicio, realmente insuficiente (Laclau, 1990a: 163-166). Laclau responde enfatizando la historicidad de categoría de clase social, pero parece querer decir que para comprobar la existencia de tales clases basta remitirse a las experiencias de los sujetos y a la descripción de la organización social, en lugar de plantear la posibilidad de que la lógica de clases haya sido desplazada o proyectada, sin que esto haya tenido como efecto una merma de su vigencia como categoría de análisis, dada su capacidad para reproducirse y para lograr cierto grado de “objetividad” al margen de la conciencia de los agentes sociales, con efectos sobre la totalidad social desde lo real. En este sentido, véanse las críticas de Žižek (2000: 95–101, 107-114). Resulta interesante el trabajo de clarificación realizado por Laclau y Mouffe (1990: 115) sobre este punto: “the structure of capitalist relations of production in a certain moment will impose limits on income distribution and access to consumer goods; but conversely factors such as working-class struggles or the degree of union organization will also have a limiting effect on the rate of profit that can be obtained in a political and economic conjuncture”. La crítica que he tratado de desarrollar brevemente en el cuerpo de esta tesis, entre otras cosas, trata de indicar la incapacidad de Laclau y Mouffe para identificar la diferente capacidad para limitar lo discursivo que tienen la presión obrera con respecto a las necesidades del capitalismo para su reproducción. “Worker’s demands –higher wages, shorter working hours, better conditions in the workplace, and so on– can, given the appropriate circumstances, be as easily integrated into the system as those of any other group”, llega a decir Laclau (2000: 290-294). La frase funciona sólo mediante una trampa, consistente en obviar el horizonte de todas esas otras demandas en tanto que “obreras”: la exigencia de supresión de la plusvalía que resulta de la acumulación de los medios de producción. La consecución de esta demanda supondría la eliminación del sistema capitalista y, por tanto, es inherentemente no integrable en el capitalismo. Otros exteriores constitutivos pueden encontrarse más allá de lo económico, en lo biológico y lo físico, por ejemplo, constituyendo la “condición humana”.

Tomemos un ejemplo de los *Principios de Economía Política* de John Stuart (Mill, [1848] 2008) como es la diferencia entre la distribución económica y la producción económica. El segundo libro de esta obra comienza así: “Las leyes y condiciones de la producción de riqueza comparte el carácter de las leyes físicas. No hay nada de opcional o de arbitrario en ellas. Pero no ocurre lo mismo con la distribución de la riqueza”⁷¹. Ciertamente, no parece que ambos ámbitos estén igual de determinados por el *exterior* al discurso, por mucho que tal diferencia sólo pueda entenderse desde lo discursivo. Piénsese por ejemplo en la agricultura: en su producción tienden a pesar mucho la naturaleza de la semilla, el clima, la técnica o la tierra. Sin embargo, su distribución parece depender menos de este tipo de requisitos, y más de cuestiones propiamente simbólicas. El resultado de no respetar esas lógicas *externas* al discurso en la producción agrícola será, simplemente, el fracaso en el objetivo buscado; sin embargo, su distribución depende menos de ese exterior, y saldrá adelante siempre que los conciudadanos compartan el marco simbólico adecuado. Bien es cierto, eso sí, que el ser humano en ciertas condiciones sería perfectamente capaz de considerar tal fracaso agrícola como un éxito, o incluso de ignorarlo por completo (desde posiciones que hoy y aquí calificaríamos bien como fundamentalistas, bien como fruto de la locura). Aún con ello, resulta clave mantener en el análisis la diferenciación (tan imposible como necesaria para la comprensión) entre hechos y conceptos. Una diferenciación que se ha encontrado bien definida en Koselleck como objetos de dos disciplinas interconectadas (la Historia Social y la Historia Conceptual), aunque ahora esta diferencia se rearticule dentro de una perspectiva decididamente postestructuralista.

- En tercer lugar, puede encontrarse en el postestructuralismo de Laclau y Mouffe cierta tendencia a caer, o bien en el sofismo relativista, o bien en una versión radical de la “falacia socrática” (la creencia en que del pensamiento sólo sale el bien) (del Águila, 2004). Por ejemplo, en *Hegemonía y Estrategia Socialista* parece asumirse que el conocimiento hace siempre bien, pues sus autores derivan de este conocimiento *estrategias* políticas. Y ello, sin ningún intento de plantear las posibles consecuencias de su pensamiento, en un trabajo que siempre requeriría de su contexto. Quedándose

⁷¹ “The laws and conditions of the Production of Wealth partake of the character of physical truths. There is nothing optional or arbitrary in them. It is not so with the Distribution of Wealth”.

en lo general, tampoco intentaron ninguna fundamentación de sus sistemas de valores ni reconocieron otros intentos. En coherencia con Derrida, los diferentes intentos deberían reconocerse como necesarios, por imposibles que sean, y por mucho que se pueda (y se deba) señalar sus límites.

Pero las críticas de Mouffe (2012: 24-26) a Rawls y Habermas en *La Paradoja Democrática*⁷² van en dirección contraria. Lejos de considerar los trabajos de ambos como intentos de pensar el sentido de la libertad y la igualdad tan imposibles como necesarios, lo que seguramente le habría llevado sencillamente a enfatizar su contingencia (esto es, a señalar sus límites y rearticularlos variando su estatus intelectual), la pensadora belga los califica rotundamente como una “búsqueda estéril”. En el caso de Laclau, él mismo reconocía como una crítica válida que su obra adolecía de un ensanchamiento normativo paralelo al esfuerzo descriptivo (Laclau, 2000: 295). Comentaristas como Fair (2015) han señalado que a lo largo de la trayectoria de Laclau puede percibirse una huida hacia el formalismo y la eliminación de los valores, en lugar de una afirmación de tales valores de partida como imposibles y necesarios. Por ello, puede afirmarse que estos autores no siempre son coherentes con su manifestada posición postfundacionalista, cayendo frecuentemente en (o, al menos, induciendo a) un antifundacionalismo no del todo consciente, cuando no en una articulación entre el posmarxismo y el liberalismo (caso de Mouffe) que nunca se intenta fundamentar, por imposible que se reconociere el intento.

- En cuarto lugar, resulta llamativa la falta de herramientas de esta Escuela para describir la relación entre conceptos o puntos nodales tal y cómo efectivamente se encuentran sedimentados o hegemonizados en nuestras sociedades, por muy contingentes que sean dichas articulaciones. Por mucho que en el contexto actual y a nivel popular pueda resultar difícil encontrar estructuras estables de conceptos,

⁷² No ocurre así, por ejemplo, en *El Retorno de lo Político*, donde Mouffe (1993: 81) sí muestra una actitud más coherente con el postfundacionalismo frente a Rawls: “Lejos de proporcionar el final, la solución racional al problema de la justicia –que en la democracia moderna está condenada a permanecer como pregunta permanente y sin resolver–, la justicia como equidad es sólo una de las posibles interpretaciones de los principios de igualdad y de libertad. Por cierto que es una interpretación progresista y que en el contexto de la reafirmación agresiva del neoliberalismo y sus ataques a los derechos del bienestar y a la ampliación del campo de la igualdad, las intenciones de Rawls son encomiables. Pero deben verse como una intervención en un debate en curso y no pueden aspirar a un estatus privilegiado con respecto a otras interpretaciones más o menos radicales”.

conviene incorporar las reflexiones de Freeden sobre las relaciones conceptuales en las ideologías (apartado 2.4.1) (Norval, 2000).

2.5.5 Foucault y la problematización como objeto y como método de análisis

Los miembros de la escuela de Essex también articulan en su trabajo algunas aportaciones foucaultianas, pese a la diferencia en su enfoque. Principalmente, incorporan la idea de problematización, que obliga a que las investigaciones estén guiadas por problemas (Glynos et al., 2009: 10). Para Foucault, este concepto tenía un doble significado: por un lado, define un método de trabajo y, por otro, un objeto. La problematización consiste en un “movimiento de análisis crítico en el que uno trata de ver cómo las distintas soluciones a un problema han sido construidas; pero también se refiere a cómo estas diferentes soluciones resultan de una forma específica de problematización” (Foucault y Rabinow, [1984] 1997)⁷³.

En un sentido más amplio, la problematización puede entenderse como el “proceso histórico de producción de objetos para el pensamiento”⁷⁴ (Bacchi, 2012: 1), tomando por pensamiento “el movimiento mediante el que uno se separa de él [del objeto], lo establece como objeto, y reflexiona sobre él como problema”⁷⁵ (Foucault, [1984] 1994: 371; Foucault y Rabinow, [1984] 1997). Este método incluye tanto una etapa arqueológica (“el examen de «las formas en sí mismas» [...] describiendo las reglas que condicionan los elementos de un discurso particular”⁷⁶) y una genealógica (dando cuenta “de la contingencia de su emergencia y producción”, que pondría “en primer plano posibilidades cerradas, incautadas por las lógicas hegemónicas presentes”⁷⁷) (Glynos y Howarth, 2007: 233).

La pretensión de esta tesis se aleja de la ambiciosa intención de Foucault de construir una “historia del pensamiento”. Sin embargo, el trabajo realizado para definir las posibles

⁷³ “a movement of critical analysis in which one tries to see how the different solutions to a problem have been constructed; but also how these different solutions result from a specific form of problematization”

⁷⁴ “a historical process of producing objects for thought”.

⁷⁵ “the motion by which one detaches from it, establishes it as an object, and reflects on it as a problem”.

⁷⁶ “examination of «forms themselves» [...] describing the rules that condition the elements of a particular discourse”.

⁷⁷ “for their contingent emergence and production [which would] foreground possibilities foreclosed by present hegemonic logics”.

características del orden intelectual atribuido a la idea de democracia podría entenderse como un intento de delimitar las características de los marcos generales de pensamiento (lo que Foucault llamara *epistemes* en sus primeros trabajos⁷⁸).

Las diferencias entre la noción de episteme foucaultiana y aquella de orden intelectual aquí empleada son fundamentalmente dos: por un lado, aquí la atención se pone sobre las epistemes del común de los ciudadanos, y no considero que éstas puedan conocerse prestando una atención primordial al desarrollo de las ciencias –aunque la vinculación entre ambas no sea despreciable–. En otras palabras, aquí se entiende que los distintos órdenes intelectuales atribuidos a la idea de democracia funcionan igual que el resto de aspectos simbólicos, pudiendo ser más o menos hegemónicos y encontrándose competición entre sí. Por el contrario, Foucault ([1966] 2010: 166) afirmaba en *Las palabras y las cosas* que: “En una cultura y en un momento dados, sólo hay siempre una episteme, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste en una teoría o que quede silenciosamente investida en una práctica”. Además, a Foucault sólo le interesaban las condiciones de posibilidad del conocimiento, mientras que en la noción de “orden intelectual” también se están incluyendo las características de la idea de democracia como valor, introduciendo así la preocupación por las condiciones de posibilidad del juicio.

En todo caso, la problematización, dado que se fija en “problemas-en-el-mundo”⁷⁹ (Wolin, 1969: 1080), contribuye a cumplir con una de las principales responsabilidades profesionales del teórico político delimitadas por Freedman y que antes traje a colación: la relevancia. Por ello, la problematización guiará el foco de parte importante de la investigación. Se tratará de entender qué podemos aprender de la idea de democracia encontrada a partir de la forma en que dichas problematizaciones tienen lugar. Por último, aunque la mayoría del análisis permanecerá al nivel arqueológico, en ocasiones se recurrirá a referencias *históricas*, más que *genealógicas*; es decir, sin pretender ninguna búsqueda de orígenes; sencillamente, buscando referencias que rescaten la contingencia de lo afirmado en la prensa.

⁷⁸ Me refiero a *Las palabras y las cosas*, así como a *La arqueología del saber*. Véanse las entradas al respecto de la problematización y de las epistemes en el diccionario de Castro (2004).

⁷⁹ “problems-in-the-world”.

2.5.6 La articulación de Arendt y Derrida: sobre las experiencias y su “representación”

Quizás resulte sorprendente a primera vista en este primer bloque de marco teórico la articulación de las aportaciones derridianas, que culminan en la frase “no hay nada más allá del texto”, con aquellas de Arendt, centradas en el concepto de experiencia y de representación. Sin embargo, la controversia entre ambos puede entenderse en términos menos radicales de lo que parece, tal y como trataré de mostrar en este último subapartado sobre la noción de discurso.

Fundamentalmente, debe notarse la gran influencia de Heidegger en ambos, que les lleva a compartir una ontología basada en la pluralidad y la reivindicación de “lo contingente como una forma positiva del ser y nunca como deficiencia” (Birulés, 1997: 14, 31). La concepción de lo político que maneja Derrida, por ejemplo, es ciertamente similar a la arendtiana, pues lo entiende como “la toma de una decisión sin ninguna garantía transcendental determinada”⁸⁰ (Critchley, 1999: 309). Pese a todo, a primera vista podría argumentarse que aquí acaban las similitudes, toda vez que Arendt habla de *Los “Orígenes” del Totalitarismo*, o distingue entre “acto” (evento) y “fabricación” y “labor” (repetitivos procesos).

No obstante, deben matizarse estas diferencias. Sobre el título de su famosa obra, debe recordarse la incomodidad de Arendt, llegando a considerarlo “desafortunado” (Arendt, 1953a: 75). También matizaría Arendt la mencionada diferencia entre acción y proceso. Por un lado, consideró que “el hombre nunca es exclusivamente *homo faber*, que aún el fabricante sigue siendo a la vez un ser de acción, que empieza el proceso vaya donde vaya y haga lo que haga” (Arendt, [1968] 1996: 68-69); por otro lado, la acción no es según su planteamiento sino la puesta en marcha de procesos (Arendt, [1958] 2011: 332). Además, entiende Arendt que lo nuevo siempre aparece contra toda probabilidad, en forma de “milagro” (Arendt, [1958] 2011: 202); eso sí, la autora no termina de afirmar la “imposibilidad” ontológica de la acción pura, o del juicio, o del pensamiento sin barreras, lo que le habría llevado defender, como sí hace Derrida, que precisamente por su imposibilidad ontológica pueden convertirse óticamente en deberes morales: en

⁸⁰ “the political can be defined as the taking of a decision without any determinate transcendental guarantees”.

objeto de “responsabilidad” (Derrida, [1999] 2006: 225; Derrida, 1992: 41)⁸¹. Por tanto, debe admitirse que el pensamiento arendtiano requiere de un (leve) empujón interpretativo para poder articularlo con el derridiano.

Por otro lado, sólo determinadas lecturas de Derrida tienen cabida en esta tesis. El propio autor, debe recordarse, en no pocas ocasiones facilita interpretaciones antifundacionalistas:

No hay nada fuera del texto [no hay un fuera-del-texto][...] Y esto no es ni porque no sean de interés primario para nosotros la vida de Jean-Jacques [Rousseau], o la existencia de las mismas Mamma o de Theresa, ni tampoco porque sólo tengamos acceso a su existencia llamada «real» a través del texto y no tengamos ni los medios de alterar esto ni ningún derecho a ignorar esta limitación. Todas las razones de este tipo serían ya suficientes, sin duda, pero hay razones más radicales. Lo que hemos tratado de mostrar [...] es que en lo que uno llama la vida real de estas existencias «de carne y hueso» [...] nunca ha habido nada sino escritura [texto] (Derrida, 1998, pp. 158-159)⁸²

Frente a quienes niegan la existencia de un *exterior* del texto en el pensamiento derridiano, importantes especialistas en Derrida enfatizan los momentos en que el propio autor aclara que no poder hablar de un “exterior” al texto no implica ni la desaparición de lógicas “externas” al sujeto ni la irrelevancia de la función referencial (y, con ello, del valor de la experiencia). Más bien todo lo contrario, pues el *texto* y la escritura se caracterizarían precisamente por estas estructuras referenciales, hacia un afuera imposible que, eso sí, sólo puede referir a elementos “siempre-ya” interpretados (Derrida, 1988: 148)⁸³. Para estos comentaristas, conservar esta imposible noción referencial es

⁸¹ En *The Other Heading*, Derrida (1992: 41) afirma que: “The condition of possibility of this thing called responsibility is a certain experience and experiment of the possibility of the impossible”.

⁸² “There is nothing outside of the text [there is no outside-text][...]. And that is neither because Jean-Jacques' life, or the existence of Mamma or Therese themselves, is not of prime interest to us, nor because we have access to their so-called "real" existence only in the text and we have neither any means of altering this, nor any right to neglect this limitation. All reasons of this type would already be sufficient, to be sure, but there are more radical reasons. What we have tried to show [...] is that in what one calls the real life of these existences "of flesh and bone" [...] there has never been anything but writing”.

⁸³ “What I call «text» implies all the structures called «real,» «economic,» «historical,» socio-institutional, in short: all possible referents. Another way of recalling once again that «there is nothing outside the text» That does not mean that all referents are suspended, denied, or enclosed in a book, as people have claimed, or have been naive enough to believe and to have accused me of believing. But it does mean that every referent, all reality has the structure of a differential trace, and that one cannot refer to this «real» except in an interpretive experience”.

precisamente lo que permitiría a Derrida evadir la tentación logocéntrica (Gasché, 1986: 279-281; Norris, 1987: 54-55).

En consecuencia, que Derrida hable de la imposibilidad del entendimiento completo, total, no quiere decir que niegue el valor a todo intento de acercamiento –entre hablantes y entre hablante y “realidad”–: “el malentendido es siempre-ya posible pero nunca totalmente inevitable o «puro»”, pues la comunicación no ocurre en el vacío y pueden encontrarse “consensos mínimos” que limitan los significados en un momento dado (Swartz y Cilliers, 2003: 7). Si bien la expresión “consenso” para acercarnos a Derrida posiblemente no resulta muy afortunada, sí indica el camino para entender que el filósofo no trataba de cuestionar si entre el siguiente paréntesis (discurso) aparece la palabra “discurso”, sino cuestionar que su reconocimiento y significado sean algo inmediato, intrínseco o necesario sobre lo que quepa alcanzar un acuerdo total y para siempre.

De este modo, no se niega la experiencia de un “exterior”⁸⁴, ni tampoco que en contextos concretos las estructuras puedan alcanzar niveles importantes de “necesidad” u “objetividad” (de limitaciones pragmáticas –contingentes, pero tenaces– a las diversas lecturas posibles) (Derrida, 1988: 148). Esto es algo que, pese a esas críticas incapaces de distinguir entre postfundacionalismo y antifundacionalismo, la Teoría del Discurso en general ha entendido (Norris, 1987: 26-27; Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 98, 102-103, 108; Howarth, 1997: 129; Howarth, 2000: 115)⁸⁵. Se trata, sin embargo, de que tales lógicas sólo pueden ser conocidas desde el discurso.

La deconstrucción de un texto, de esta manera, está hasta cierto punto “sujeta” a dicho texto, a riesgo de que a uno le acusen de no realizar la deconstrucción de “ese” texto. Precisamente porque toda representación será la representación de otra representación, el objeto representado no se crea de cero. Sumando a esto que el significante “representar” no admite en nuestro contexto cualquier significado, la conclusión será que no toda representación es igual de buena. Esto permite entender mejor que tanto Derrida (1988:

⁸⁴ Enfáticamente entrecomillado, pues sí se niega que haya “exterior” o “interior” al texto, pero no se niega que exista la experiencia de ese exterior.

⁸⁵ Laclau y Mouffe no negaban la existencia de condiciones de existencia de los diversos sistemas económicos a garantizar para su reproducción. En este sentido, no habrían negado que algunos sistemas legales pueden resultar necesarios para la existencia de ciertos sistemas de producción y distribución. Lo que venían a negar es que pueda darse el salto desde “ser necesario para la existencia” a “ser causa de su existencia”, pues entre ambas proposiciones se sitúa lo simbólico. No se trata, por tanto, de una ontología tan diferente de la weberiana.

148)⁸⁶ como los más destacados miembros de la escuela de Essex (Glynos y Howarth, 2007: 7) nieguen ser relativistas. Coinciden en ello, en definitiva, con Weber o Berlin.

Toda esta disquisición filosófica importa para un trabajo sobre los discursos acerca de la democracia, por un lado, porque autores como Rorty alegan que una actitud antimetafísica es importante para la misma democracia. Y, por otro, porque constituye la perspectiva general de la tesis y permite entender la construcción de este marco teórico. En términos muy pragmáticos, Derrida aceptaba que las investigaciones empíricas no abandonen todas las categorías filosóficas, siempre y cuando se acompañen de una denuncia de sus límites. Se trataría en definitiva de suspender, no de anular, las diferencias; de afirmar la contingencia ontológica de las estructuras que permiten formular el pensamiento y de cuestionar las habituales simplificaciones acerca de esta estructura referencial, que pueden entenderse como una “ideología de la representación”. Una ideología consistente en la insostenible creencia en la posibilidad de definir fronteras firmes entre la realidad y las representaciones (Derrida, [1967] 2001: 353; Norris, 1987: 16, 54, 152).

Esta perspectiva se aplica, por ejemplo, al mismo concepto de representación, central para Arendt como ya hemos visto. Derrida, en lugar de rechazarla, la desestabiliza (Norris, 1987: 15). No son pocos los autores, incluyendo en algunos pasajes y según algunas interpretaciones al propio Derrida, quienes desdeñan la representación como parte del error fundacionalista, en un movimiento que del Águila llamó “antirrepresentacionalismo posmoderno” (del Águila, 2008: 169). Puede intuirse que del Águila estaba pensando en el pragmatismo de Richard Rorty, quien efectivamente se autodefine como antirrepresentacionalista (Rorty, [1991] 1996: 15). Debe aclararse sin embargo que el filósofo no pretendía expresar con ello algo muy distinto a la posición Derrida que acabo de definir.

Rorty no niega que existan realidades causalmente independientes del sujeto, pero sí que pueda establecerse una relación de correspondencia descriptiva inmediata entre el

⁸⁶ “Which is to say that from the point of view of semantics, but also of ethics and politics, “deconstruction” should never lead either to relativism or to any sort of indeterminism”.

pensamiento y un “exterior” (Rorty, [1991] 1996: 141-142)⁸⁷. En este sentido, puede criticársele hacer un uso muy limitado del concepto de representación. Rorty deshecha todo el concepto cuando, en realidad, sólo crítica la noción epistemológica de “correspondencia exacta” entre un mundo externo y un mundo de las ideas o las palabras. Contra este aspecto, que si acaso podría identificarse como parte de la dimensión descriptiva de la representación en los términos de Pitkin (1972), se deja en la sombra la complejidad que aportan el resto de dimensiones que la componen⁸⁸. Es más: si se atiende cuidadosamente, se hace patente que lo que se pretende criticar ni siquiera se corresponde con la dimensión descriptiva tal y como la define Pitkin: si bien es cierto que la estadounidense en su obra hablaba de “correspondencia” al definir esta dimensión, sin reparar en la naturaleza constructivista de la representación, sí reconocía que este representar siempre implicaba una selección. En palabras de Pitkin ([1967] 1972: 87), “es siempre una cuestión sobre qué características son políticamente relevantes para su reproducción”⁸⁹. Por todo ello, parece razonable sugerir que estas críticas posiblemente habrían sido más precisas de haberse dirigido contra una epistemología concebida en términos de “identidad” entre nuestras ideas y el mundo, y no de “representación”.

El problema parecería ser, fundamentalmente, terminológico; sin embargo, va más allá. Dado que no existe respuesta a la pregunta por la “representación verdadera”, Rorty aboga por abandonarla, asumiendo que sólo existen descripciones más o menos útiles (Rorty, 1989: 21), en lugar de percibir la importancia (epistémica, pero también ética y política) de tal noción de representación verdadera. De igual modo, Connolly critica que se dé “primacía a la epistemología como método de representación”, pues ello ocultaría cuestiones ontológicas y la diversidad de perspectivas en la construcción de la “verdad”⁹⁰

⁸⁷ Por ello, dice Rorty, el antiesencialista “[e]stá libre de preguntas como «¿estás representando con exactitud?» y «¿estás llegando a cómo el objeto es realmente, intrínsecamente?», pero no de preguntas como «¿puedes encajar con el resto de tus creencias la creencia de que el papel de ensayo se volvió rojo (o que hay fuentes de radiación no estelares, o que tu amante te ha engañado)?»”. Es decir, el antiesencialista sigue teniendo que lidiar con la experiencia de lo exterior. Lo que aquí quiero negar es que la pregunta sobre la “exactitud” sea irrelevante o innecesaria, aunque se sepa ontológicamente imposible.

⁸⁸ Las otras dimensiones del concepto identificados por Pitkin ([1967] 1972) son: como autorización, como rendición de cuentas, representación simbólica y representación sustantiva. Véase el apartado 7.1.4.

⁸⁹ “In politics, too, representation as «standing for», as being a copy of an original, is always a question of which characteristics are politically relevant for reproduction”.

⁹⁰ “Those who do give primacy to epistemology as a method of representation [...] insist that the first and more fundamental issue is not «What are the various ways in which truth has been construed within alternative modes of life and how could this different ways be drawn into a larger conversation with each other?» but «How can we devise a neutral method that shows human subjects how to represent perspicuously the objects to be known?»”.

(Connolly, 1995: 6). Pero la tentación de abandonar la “representación” en este movimiento antikantiano (en lugar de exceder y perturbar su economía clásica), conlleva el peligro de situarnos de nuevo, y de lleno, en el pensamiento metafísico: en la tentación de un acceso directo a la realidad, esta vez igualitariamente repartido a todos los discursos en virtud del relativismo.

Puede decirse que la cuestión del valor de la representación divide al postestructuralismo. En particular, como ha mostrado Lasse Thomassen (2017), la defensa del papel de la representación suele coincidir con perspectivas que enfatizan la (imposibilidad y necesidad de la) transcendencia, la ausencia o *lack* inherentes a lo simbólico y la consecuente necesidad de la hegemonía para la construcción de sentido.

En definitiva, la importancia dada a Derrida en este trabajo responde a su postura postfundacionalista. Esta posición queda de manifiesto no porque uno deje de oponerse a la misma idea de “representación” que critica Rorty⁹¹, sino en que, *a la vez* que la ataca, se insiste en que “la representación no invade súbitamente a la presencia, sino que la habita como la condición misma de su experiencia” (Derrida, [1967] 1998: 311-312)⁹². Enfrente, encontramos las posiciones decididamente a favor de la inmanencia, la abundancia o la autonomía. Entre los primeros, encontramos a Derrida, Lacan, Žižek, Mouffe o Laclau, y los trabajos que en ellos se apoyan, como esta misma tesis. Del otro lado puede situarse a Foucault⁹³, Deleuze, Connolly o Hardt y Negri.

2.6 DEFINICIÓN POR DEFECTO DE CULTURA, IDEOLOGÍA E IDEA PARA EL PRESENTE TRABAJO

Tras mostrar la variedad conceptual en torno al objeto aquí estudiado y tomar posición en no pocos debates, esta tesis necesita delimitar qué significado se atribuirá por defecto a las palabras “cultura”, “ideología” e “idea”. Recordemos que “concepto” (como punto nodal) y “discurso” (como entramado simbólico-imaginario) ya han sido definidos.

⁹¹ Véase unas líneas más arriba, o bien Derrida ([1977] 1988: 66).

⁹² “What is thus eluded is the fact that representation does not suddenly encroach upon presence; it inhabits it as the very condition of its experience, of desire, and of enjoyment [*iouissance*]”. El contexto de la cita consiste en una crítica a J.J. Rousseau.

⁹³ Y en este sentido no son excepción el último Foucault y sus últimas reflexiones en torno a la *parrhesia* y la autenticidad, mencionadas tanto en las primeras páginas de la tesis como en el apartado 1.4.7.

Todo ello, sin perjuicio de que, puntualmente, pueda ser necesario remitirse a otros significados de dichas palabras, señalándolo adecuadamente.

Aunque la definición de cultura que ofrece Geertz bien sirve como marco general, resulta conveniente diferenciar “cultura” de “ideología”, aunque ambas se entenderán constituidas de la misma *sustancia*: son discursivas, en los términos de la Teoría del discurso. En esta tesis hablará de usos, órdenes intelectuales y significados de democracia “culturales” en sentido específico para referirme a aquellos discursos que son ampliamente compartidos por una comunidad (dicho de otro modo, que han logrado éxito en su lógica hegemonzadora y son débilmente o nada contestados); que forman parte del “sentido común” y que, en consecuencia, siendo “concretamente eficaces” —es decir: teniendo capacidad para determinar el desarrollo de la vida social a través de la institucionalización de diversas prácticas— (Mannheim, 1987: 170) caracterizan al grupo social principal⁹⁴. No se trata por tanto de una conceptualización muy distinta de aquello a lo que Laclau ha denominado “imaginarios” (apartado 2.5.3). Esta calificación de las ideas como culturales no depende de si dichas ideas se separaran o no de la realidad (como lo hacen los ideales de todo sistema); no se encuentra en tal distancia *per se* su naturaleza ideológica o cultural.

Se trata en todo caso de tener en cuenta las expectativas razonables de los actores, pues entiendo que un sistema de pensamiento no se manifestará igual según si el sujeto reproduce el orden político de forma casi inconsciente o si está en pleno enfrentamiento por destruirlo o conservarlo. En contraste con estas expectativas, eso sí, un análisis académico podrá mostrar las posibilidades efectivas de conservación o transformación del orden de un discurso concreto, llegando incluso a contradecir las creencias del sujeto estudiado. En este sentido, podría mostrarse que una propuesta supuestamente rupturista en realidad resulta funcional al *statu quo*; y a la inversa, que quien actúa con el deseo de reproducir el orden bien puede estar socavándolo. En este sentido, debe prevenirse contra visiones estáticas del orden, que no aprecian la posibilidad de equilibrios culturales basados en conflictos. De hecho, un mismo discurso puede resultar funcional para un aspecto cultural mientras resulta profundamente subversivo con relación a otro, contra la

⁹⁴ Esta definición, como puede imaginarse, pierde vigencia en contextos en los que sea difícil establecer cuál es dicha comunidad principal. Sin embargo, entiendo que la formación nacional-estatal en España tiene suficiente relevancia en el momento analizado como para no volverla inservible para el análisis, sin perjuicio de que otros estudios puedan ocuparse de otras comunidades supra o infra estatales.

opinión racionalista que tiende a considerar los órdenes, igual que los valores, como un todo coherente.

Una vez que se plantean alternativas explícitas al orden o a parte del mismo, sin embargo, parece conveniente introducir el concepto de “ideologías”, en el sentido de sistemas de ideas en disputa (en cuyo horizonte se establece aquello a lo que Laclau llamaba “mitos”). Con las ideologías son pertinentes las mismas advertencias contra las visiones estáticas del orden y el racionalismo. Conviene además establecer diferencias entre las ideologías según su relación con el orden, lo que puede hacerse reinterpretando la distinción de Mannheim entre utopías e ideologías⁹⁵. Por un lado, llamaré ideologías transformadoras a aquellos sistemas de ideas que irrumpen frente a la estabilidad cultural y de los que es razonable esperar que, en caso de “pasar al plano de la práctica, tiendan a destruir, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existente” (Mannheim, 1987: 169). Ante estos proyectos, expresados verbalmente o mediante comportamientos igualmente significativos, los defensores del orden se verán obligados a explicitar los argumentos que sostienen al mismo, en muchas ocasiones repensándolos y, posiblemente, reformulándolos en sistemas discursivos reaccionarios. Lejos de mantenerse impasibles, estos actores podrían intentar articular nuevas demandas propias o de aquellos otros grupos de los que se desea apoyo, planteando para ello reformas que no cuestionen los aspectos del orden considerados fundamentales o sin hacerlo *realmente*, sino únicamente en las apariencias o sin establecer los medios previsiblemente necesarios. A este replanteamiento de la cultura para enfrentarse a discursos dislocadores denominaré “ideologías conservadoras”. Ello permite destacar la diferencia que existe entre los discursos hegemónicos cuando dicha hegemonía alcanza un grado tal que la reproducción se vuelve “natural”, donde no encontramos casi más que pura repetición (cultura), y cuando se enfrenta a situaciones que fuerzan al orden a reaccionar y reinventarse.

La distinción entre cultura e ideología así planteada coincide con la intuición arriba vista (2.4) y que lleva a hablar de ideología democrática en contextos no democráticos o con retos antidemocráticos fuertes, mientras que esas mismas ideas son consideradas como parte de la “cultura política” una vez el régimen democrático se ha impuesto.

⁹⁵ Una diferencia importante entre mis definiciones respecto a Mannheim es que él adopta una perspectiva funcionalista, que implica tener que esperar a los resultados históricos para clasificar las ideas como utópicas o ideológicas, mientras que yo estoy tratando de enfatizar las expectativas razonables de los sujetos a la vez que trato de evitar la subjetivación racionalista que implica hablar de intenciones.

Aunque las fronteras entre cultura e ideología así definidos no sean estables (pues el orden nunca es completamente un “orden de cosas” estable y cerrado, sino que toda reproducción implica cierta renovación⁹⁶), esta conceptualización –que, en todo caso, admite grados– resulta la más provechosa posible para el objeto de esta tesis.

Por último, está la palabra “idea”. Llegado este punto, debería resultar ya más comprensible que haya mantenido en el título de esta tesis dicha palabra, pese a que todo este capítulo se ha dedicado de fondo a criticar el esencialismo al que, en su historia, ha remitido. En este trabajo se recupera la noción de idea para desestabilizarla en lugar de desecharla; para definir el referente imposible de esta tesis. “Idea” funciona, por tanto, como una infraestructura o no-concepto. El mayor peligro que conlleva esta decisión de utilizar la palabra “idea” es llevar al lector a pensar que con ella me refiero (únicamente) a un objeto de naturaleza mental. Tras haber insistido de mano de la Teoría del Discurso en la materialidad de los discursos y su sedimentación en prácticas y objetos, el peligro creo que se sitúa más bien en el extremo contrario: en olvidarnos de su tensión hacia la transcendencia.

La palabra idea aquí no remite únicamente a lo que Laclau denominara “momento”: es decir, a un elemento articulado con otros en un discurso. Pero tampoco a algo único y universal, pues precisamente se investigará la idea de democracia en su pluralidad y particularidad, mostrando la contingencia que la acosa y la diversidad que presenta. Sin embargo, esta palabra permite recordar el aspecto imposiblemente transcendente del objeto, y que convive con la imposibilidad de una total inmanencia y particularidad. Una dimensión transcendente que constituye no sólo a la idea de democracia, sino al lenguaje en general en tanto que insiste en funcionar en modo referencial, también en el terreno de los valores. “La” democracia, aunque se manifieste de muchas formas y derive en mil debates, demanda ser una, eterna e inmutable, bajo amenaza de colapsar como valor. Así, y aunque la democracia se materialice en elecciones, asambleas u otras acciones, los usos se ven impelidos por la cosa sagrada a la que quien habla de democracia aspira a referir. La idea de “idea” debería ayudar a recordar que el nombre (democracia, en este caso), por mucho que deseemos presentarlo separado de la cosa misma, es más importante para la cosa de lo que cabría esperar. Aceptar la imposibilidad de deshacerse de los nombres es

⁹⁶ Debe tenerse cuidado aquí para no confundir las diferencias conceptuales, que se plantean en términos radicales, aunque inestables, y la realidad. Al respecto de la imposibilidad de una reproducción perfecta del orden, véase Franzé (2014).

una lección importante; el precio de olvidarlo, debe advertirse, tiende a cobrarse por la vía de los duros hechos⁹⁷.

“Idea” remite al ideal normativo, a los valores que consideramos democráticos y la imagen de cómo debería funcionar una democracia, pero también a la “idea” que tenemos de cómo funciona efectivamente el sistema político al que llamamos democracia, en tensión con tal ideal; una tensión de la que mana su evaluación. Y si bien la Historia de las Ideas buscaba la empatía con los grandes personajes que la protagonizaban, aquí los analizados serán los ciudadanos capaces de hacer oír su voz en el espacio público, a los que se tratará de entender, sin que ello signifique ni juzgar ni empatizar. Tampoco se los quiere meramente presentar en serie o subsumidos bajo grandes categorías que hagan desaparecer sus experiencias y particularidades. Por el contrario, se les aceptará como interlocutores válidos en los debates sobre la democracia cuya opinión, errada o no, debe ser escuchada entre los iguales. Esto es, se los tratará como ciudadanos.

2.7 RECAPITULACIÓN

La reflexividad anunciada en las primeras páginas de la tesis ha vuelto a ser el elemento clave del trabajo en este capítulo. En él, he mostrado la utilización de conceptos distintos (cultura, ideología, etcétera) por parte de diversas tradiciones académicas, incluso cuando aparecen bajo la misma palabra; y al revés: palabras diversas que remiten a conceptos ciertamente parecidos. Unas palabras y conceptos que resultan necesarios en la delimitación del objeto que aquí se pretende analizar. En definitiva, se ha realizado algo muy parecido a lo propugnado por la Historia de los Conceptos, si bien el objetivo aquí era fundamentalmente teórico y metodológico, y no tanto histórico.

a. Definición de la perspectiva

Mostrar estas diferentes posibilidades conceptuales y terminológicas ha permitido localizar algunas insuficiencias en los distintos enfoques, tratando de delimitar el propio. En el fondo, el capítulo puede entenderse como una argumentación a favor del enfoque

⁹⁷ Recuérdense a este respecto los conocidos versos en que Julieta expresa la fantasía metafísica por excelencia: la posibilidad de separación radical entre la realidad y sus nombres. Así, decía inocente Julieta: “What’s in a name? That which we call a rose/ By any other name would smell as sweet [...] Romeo, doff thy name,/ And for thy name, which is no part of thee/ Take all myself”. *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. Acto II, escena II.

discursivo o postestructuralista que se encuentra en la base de esta tesis. La estrategia a este respecto ha consistido en partir de estas diversas disciplinas que han prestado atención a la dimensión simbólica de nuestras sociedades (y, en particular, del ámbito político) y poner de relieve algunas contradicciones clave en sus propuestas, sugiriendo que tales contradicciones pueden entenderse mejor con un cambio de perspectiva epistemológica y ontológica. En particular, la existencia de algunas aporías en la propuesta de Reinhart Koselleck (apartado 2.2) y en la de Quentin Skinner (2.3) no explicadas en su pensamiento finalmente cobraban sentido desde una perspectiva postestructuralista (2.5.1).

He mostrado también el problema que Freeden (2.4.1) hereda de Koselleck para reconocer los usos de un concepto tras la aparición de una palabra y para identificar los elementos “ineliminables”. Koselleck viene a decir que su concepto, puesto que es tan ideal como material –pues recoge experiencias, pero es lingüístico– puede salvar este obstáculo⁹⁸. En realidad, si logra hacerlo metodológicamente (como se ha visto en el apartado 2.2), es porque decide primar el enfoque semasiológico (la entrada mediante la palabra) y porque reconoce la necesidad de partir de ciertas “preconcepciones” o de cierta comprensión, por usar el término de Arendt presentado en el anterior capítulo. Sin embargo, ni Koselleck ni Freeden terminan de explicar esta necesidad de irrumpir en lo que no es sino la circularidad de todo acercamiento hermenéutico. De nuevo, estas aporías cobran sentido desde la única perspectiva en la que ser necesario e imposible no sólo son compatibles, sino que, además, se muestran como condición de existencia mutua: el postestructuralismo de base derridiana.

Así se revelaba que se ha optado desde el principio de la redacción, aunque no se haya explicitado hasta su final, por una perspectiva particular dentro del postestructuralismo: una que defiende la necesidad de una (imposible) noción de lo trascendente, centrada en la incapacidad de lo simbólico para cerrarse o centrarse sobre sí mismo (es decir, que entiende la realidad simbólica perseguida por cierta ausencia o *lack*) y que enfatiza la necesidad de proyectos hegemónicos, incapaces de articular el todo (aunque especializados en dar la sensación de completitud) para la constitución de todo sentido (2.5). Esta idea de un “exterior constitutivo” trascendente ha sido clave para criticar a Laclau y Mouffe su falta de atención a las diversas lógicas de los exteriores

⁹⁸ Especialmente resulta así en el contexto de la modernidad, en el que las posiciones desde las que el concepto puede ser leído y usado se han multiplicado, como el mismo Koselleck teoriza.

constitutivos del discurso mismo. A esta crítica se suma la a veces innecesaria opacidad de los textos postestructuralistas, la falta de herramientas para describir la relación entre momentos o nodos tal y como efectivamente se encuentran sedimentados en el mundo o cierta tendencia a caer en el antifundacionalismo, especialmente al criticar el intento de construir imposibles pero necesarios fundamentos para nuestros valores, en lugar de limitarse a reinscribir tales intentos en un orden intelectual más acorde con la contingencia propia de lo discursivo.

La elección de esta perspectiva postestructuralista se ha mostrado sin embargo productiva a la hora de articular este segundo capítulo, de énfasis derridiano, con el primero, basado fundamentalmente en el pensamiento de Hannah Arendt (2.5.5). Tal posibilidad de articulación puede explicarse por la importancia que en ambos encuentra la representación (una vez reformulada), tanto como concepto epistemológico como político. Es una articulación que, sin embargo, desde otras ramas del postestructuralismo no resulta posible (Thomassen, 2017). No obstante, debe reconocerse que esta posición implica no pocas presunciones ontológicas sobre la naturaleza de lo simbólico, lo que resulta en cierto modo contradictorio con la propuesta arendtiana de “pensar sin barandillas”. De nuevo, una aporía imprescindible para que el presente trabajo avance. También puede resultar llamativa la articulación de algunas herramientas foucaultianas, aunque de él sólo se rescata la idea de la problematización, evitando incorporar la mirada de sospecha generalizada que de común el francés disparó durante gran parte de su vida contra todo proyecto hegemónico y sobre toda relación de poder.

Desde esta perspectiva postestructuralista, además, puede entenderse mejor la posición de esta tesis en el dilema entre relativismo y normativismo implícito en todo el primer capítulo. En resumen, la perspectiva de esta tesis asume como dato empírico la contingencia de los juicios de valor. Eso sí, en el plano normativo, recuerda la obligación moral de no conformarse con tal relativismo. Se entenderá mejor ahora que pueda abrazarse la definición arendtiana de política para definir la Teoría Política, en un imposible movimiento simultáneo de distanciamiento y compromiso, propio de la reflexión misma.

b. Aparataje conceptual

El recorrido también ha permitido fijar diversos significados “por defecto” a algunas palabras claves. Fundamentalmente, en el penúltimo apartado (2.5) he optado por una concepción amplia de discurso que incluya los significados imbricados en las prácticas, tal y como también hacen aquellos que estudian la ideología “como sistema de práctica social y política” (2.4.2). Esto, aun cuando pueden recogerse aportaciones de otras perspectivas discursivas, como el énfasis en la “textura” (las características lingüísticas con que se manifiesta un discurso) propugnado por Fairclough. El apartado 2.6, además, ha ofrecido una definición de qué se entenderá aquí por “cultura” e “ideología”, en paralelo a los conceptos de imaginario y mito de Laclau, lo que implica tener en cuenta la relación entre las palabras y el orden político de las sociedades analizadas, que no será sino un indicador de su éxito hegemónico. De esta forma, la palabra “mito” o “fantasía” queda libre para designar el aspecto de estas ideologías o culturas en que se concentra la promesa de cierre o totalidad (2.6). En el mismo apartado se ha ofrecido una explicación de por qué se recurre a la palabra “idea” para definir el objeto de esta tesis, entendiendo que, precisamente por su presente descrédito, puede convertirse en una “infraestructura” útil para recordar la dimensión trascendente de todo objeto discursivo y, en particular, del que nos ocupa: democracia.

Otro de los objetivos del capítulo ha sido recabar herramientas conceptuales y metodológicas más allá de cultura, ideología, discurso, etcétera. Sin hacer aquí un recopilatorio exhaustivo, por ejemplo, de la Historia de los Conceptos se recoge la propuesta de focalizar la atención casi siempre sobre una palabra “que funciona como nombre del campo” (Abellán, 2007: 220). En este trabajo también se diferenciará un momento semasiológico (centrado en las palabras) y otro onomasiológico (que busca significados o “conceptos” más allá de las palabras). La Historia de los Conceptos también aporta a esta investigación la idea de “estratos” históricos en los conceptos, si bien, dado que la tesis tiene una perspectiva más lógico-analítica que histórica, me referiré con mayor frecuencia a las “dimensiones” del concepto, sin perjuicio de que puedan señalarse algunos aspectos históricos ineludibles. Además, de Freedman se recoge su distinción entre las distintas posiciones que los conceptos ocupan en una ideología, y que aquí también servirá para analizar cómo se priorizan las diversas dimensiones de un concepto. Así,

podrá hablarse de posiciones nucleares, adyacentes y periféricas de diversos nodos de significado, tanto en la idea misma como en las culturas y en las ideologías encontradas.

Además, se hará uso de algunas contribuciones de la Nueva Historia del Pensamiento Político desarrollada en Reino Unido, fundamentalmente de mano de Skinner. La (por otro lado, weberiana) insistencia de esta escuela en las intenciones será incorporada al análisis; fundamentalmente, cuando se analicen los “usos” de la idea de democracia por contraste con sus dimensiones de significado y su orden intelectual. La propia interpretación de los textos durante el proceso de clasificación requerirá de un análisis de intenciones, aunque sólo en ocasiones quedará a la vista del lector. Sin embargo, se priorizará la noción de “usos”, pues ésta abre la investigación a la dimensión colectiva de los discursos, evitando apoyar la investigación en la imagen de un sujeto soberano. Aunque esta diferencia entre usos y dimensiones de significado resulta tan imposible como necesaria, el lector deberá juzgar su utilidad para el análisis en base a su razonabilidad cultural (2.4.5).

Esta tesis no pretende hacer un análisis de las estructuras de dominación que oculta la ideología como propone, por ejemplo, Žižek (2.4.3), pero sí se pretende señalar cómo algunas celadas, precisamente por su incoherencia interna o su falta de correspondencia con la realidad, permiten al Estado obtener obediencia, así como a los diversos movimientos sociales lograr seguidores o atención, tal y como se señalaba en el apartado 2.4.5. La perspectiva postestructuralista, a la que Žižek pertenece, aporta además la mayoría de herramientas analíticas: la deconstrucción derridiana, la diferencia lacaniana entre lo real, lo simbólico y lo imaginario y su idea de fantasía (2.5.1), el concepto de hegemonía y otros anejos como frontera, significante vacío o puntos nodales, tal y como los elaboraron Laclau y Mouffe (2.5.3).

c. Contribuciones para el análisis del orden intelectual

Finalmente, el capítulo ha permitido recoger diversas diferenciaciones conceptuales para entender mejor el “orden intelectual” atribuido a la idea de democracia por los ciudadanos, tercer aspecto en que se fijará esta tesis junto a los usos y las dimensiones de significado. Esto se ha logrado especialmente en dos apartados. En primer lugar, el trabajo de Koselleck (2.2) ofrece la idea de analizar la “estructura temporal” de los conceptos, mostrando si éstos están cargados de experiencias o de expectativas basadas en lugares

comunes anticuados. En el particular caso de la democracia, nos dice Koselleck en conjunción con Voegelin, este futuro esperado e imposible se concebiría como un lugar donde quienes mandan y quienes obedecen coinciden y los conflictos están resueltos. Se trata de un sueño gnóstico, de una fantasía de considerable atractivo.

En segundo lugar, las reflexiones sobre qué ideología democrática es condición de un gobierno democrático (2.4.4) también han aportado ideas para analizar el orden intelectual de la idea de democracia. Fundamentalmente, se ha recogido la diferencia entre las concepciones pluralistas y las monistas. Además, parece relevante plantear si la idea de democracia se circunscribe a un ámbito en su aplicación o se extiende a todos los ámbitos de la vida. O si se reconoce la tensión entre las demandas absolutas de los valores y la moral frente a la habitual disonancia con la moralidad de la estructura causal del mundo. Además, siguiendo a Sartori, se ha indicado el peligro de vaciar al valor democracia de toda tensión con la realidad, así como de cargarlo normativamente hasta tal punto que impida diferenciar las realidades que nos rodean como más o menos democráticas. Finalmente, se ha planteado que las ideas políticas pueden ser compatibles con el pluralismo de valores y la irracionalidad moral del mundo independientemente del nivel de abstracción o carga de experiencias y de su tendencia a interiorizar o exteriorizar el conflicto de valores. Todo ello provee de un amplio y detallado instrumental de análisis para esta y futuras investigaciones.

SEGUNDA PARTE.

ESTUDIOS PREVIOS, CONTEXTO Y DISEÑO METODOLÓGICO

Capítulo 3

Estudios previos en torno al controvertido significado de democracia

Son muchos los autores que han percibido la necesidad de conocer y reflexionar sobre la idea de democracia que habita nuestras sociedades desde una variedad de ámbitos académicos, y el interés parece ir en aumento. Estas investigaciones previas sientan unos precedentes importantes de los que aprender tanto metodológicamente como en sus contenidos. Particularmente interesantes serán así los estudios que toman como objeto la cultura política española, pero también aquéllos que aportan información de otros países y sitúan en su justa medida, mediante la comparación, las especificidades españolas. Aunque la revisión, lógicamente, no podrá ser exhaustiva, será suficiente para mostrar que la mayoría de estos trabajos o bien se decantan por el análisis teórico-político no empírico, normalmente en base a grandes autores, o se articulan como estudios empíricos, habitualmente cuantitativos, individualistas y casi nunca de corte naturalista. Una reflexión especial merecerá la utilización empírica de los llamados “modelos de democracia”. Las mismas limitaciones de los estudios ofrecerán buenos motivos para prestar atención a este objeto desde la perspectiva elegida. Es decir, mostraré la conveniencia de complementar estos estudios desde la Teoría Política para reflexionar sobre las concepciones actuales de democracia (en su semántica, su uso y su orden intelectual) partiendo del estudio empírico del discurso común, desde una perspectiva naturalista –en este caso, tal y como se plasma en la prensa– y con atención a la dimensión colectiva.

En primer lugar, se presentarán aquellos trabajos desde la Ciencia Política que tratan el significado controvertido de la idea de democracia principalmente recurriendo al análisis de encuestas (apartado 3.1) para a continuación seguir analizando las contribuciones de trabajos con una perspectiva cualitativa (3.2). Finalmente, se traerán a colación los principales estudios en torno a la pluralidad de significados de la democracia realizados desde la Teoría Política y la Historia de los Conceptos (apartado 3.3).

3.1 ENCUESTAS Y CIENCIA POLÍTICA

Diversas encuestas han incluido durante las últimas décadas preguntas que trataban de recoger la variedad de concepciones de la democracia en la opinión pública. Nos interesarán especialmente de entre las encuestas que han incluido preguntas para capturar las distintas concepciones de democracia aquellas que realizan trabajo de campo en España. Es el caso de las encuestas del CIS y Metroscopia, pero también de la *World Values Survey* (desde ahora, Encuesta Mundial de Valores) o la *European Social Survey* (Encuesta Social Europea o ESS). Sea con preguntas abiertas o con preguntas cerradas, todas estas encuestas ayudan a conocer qué se entiende por democracia en España. Fuera de España también pueden encontrarse este tipo de preguntas en el Africanobarómetro, el Latinobarómetro o el Asiabarómetro. Su interés reside en que éstas han sido utilizadas por autores como Dalton y colaboradores (2007a) para ofrecer una perspectiva comparada a escala global del significado de democracia¹.

Esta preocupación en los estudios cuantitativos por el carácter controvertido de los conceptos, que no es sino el impacto del mencionado giro discursivo o lingüístico sobre la lectura y elaboración de las encuestas, ha ido en aumento, y ha alcanzado no sólo al concepto de democracia, sino también a otros cercanos como el de participación (Krotz y Winocur, 2007) o el de representación (Andeweg y Thomassen, 2005)². Pese a las diferencias metodológicas y de perspectiva con respecto a la aproximación fundamentalmente naturalista aquí escogida, las encuestas como método conllevan algunas ventajas importantes (aunque no siempre exclusivas) que se irán señalando pertinentemente.

Para empezar, recogeré los datos producidos por cuatro importantes centros encuestadores que han realizado trabajo de campo en España (3.1.1). A continuación, y antes de comenzar a analizar las contribuciones de estas subdisciplinas, recuperaré un trabajo pionero olvidado en las estanterías: la tesis de John R. Beery. Entonces pasaré a presentar distintos trabajos que, desde distintas áreas de la Ciencia Política, han prestado

¹ Puede encontrarse una relación de las principales encuestas al respecto en Dalton et al. (2007b).

² Hay que señalar que tradicionalmente ha existido una mayor conciencia del carácter controvertido del concepto de representación. Y esto, no sólo a nivel teórico, sino también en estudios empíricos. Véase Eulau et al. (1959). En España puede destacarse el trabajo de Pablo Oñate (2016) que, a partir de las encuestas del Observatorio Político Autonómico y del PARTIREP2, y en base a los cuatro modelos de representación señalados por Andeweg y Thomassen, ha estudiado las diferencias entre la concepción de la representación de los ciudadanos españoles y sus representantes.

atención a la complejidad del concepto de democracia mediante el recurso a encuestas. Entre ellos destacan los estudios regionales (apartado 3.1.3), los trabajos que se preguntan por el apoyo a la democracia y por la satisfacción con la democracia (3.1.4), aquellos enfocados en evaluar la calidad de nuestras democracias (3.1.5), los que estudian los procesos de democratización y de promoción de la democracia (3.1.6), así como aquellos que analizan la percepción de los mecanismos participativos (3.1.7).

3.1.1 Cuatro importantes encuestadoras en España: CIS, Metroscopia, WVS, ESS

En primer lugar, el *Centro de Investigaciones Sociológicas* (CIS) ofrece varias preguntas que atienden a la diversidad semántica de la idea de democracia. Para empezar, destaca la pregunta abierta que el CIS realizó en 1989 al respecto: “¿Cuando utiliza Vd. la palabra "democracia" qué quiere decir con ella? [sic]”³. Las respuestas se categorizaron en:

- “Libertades” (38%), (L)⁴.
- “No sabe” (26%).
- “Participación” (10%), (D).
- “Definición social” (8%), (S).
- “Definición jurídica” (5%), (L).
- “Otros” (5%), (O).
- “Valores” (4%), (O).
- “No contesta” (4%).

Especialmente llamativo es el abundante porcentaje que “no sabe”, pero también la preeminencia de las “libertades” frente a la igualdad – pese a que los españoles en las encuestas suelen estar dispuestos a sacrificar las primeras por la segunda⁵–. Haciendo uso de esta pregunta, José Ramón Montero extrajo algunas conclusiones. En primer lugar, destaca la profusión de elementos a los que se aplica la democracia, siempre entendida como elemento positivo, y el papel destacado de la libertad para su definición, mientras

³ Banco de datos del CIS. Estudio 1788. Pregunta 13.

⁴ Se marcan las respuestas según respondan a las dimensiones liberal (L), representativa (R), social (S), directista (D) u otras (O), siguiendo el modelo de la Encuesta Social Europea. Véase más abajo.

⁵ Así lo muestra, por ejemplo, el Barómetro de febrero de 2004 (CIS, Estudio 2556), en su pregunta 16: “Ahora me gustaría que me dijese entre libertad e igualdad, ¿qué es lo que Ud. prefiere...?”. El 45,8% prefería “más igualdad que libertad”, frente al 25,2% que prefería “más libertad que igualdad”. Desde luego, el problema de este tipo de preguntas es que ambos conceptos son entendidos de formas muy distintas desde diversas ideologías.

los aspectos procedimentales aparecen como marginales. Por otro, mediante el cruce de variables, nos descubre que la preocupación por la participación era mayor entre los comunistas, mientras que los socialistas mencionaron con mayor frecuencia los aspectos relacionados con la libertad y los derechos sociales. Por su parte, las posiciones de centro y centro derecha enfatizaban los elementos jurídicos; elementos que, con un 5% de respuestas, son minoritarios (Montero, 1993).

Tabla 1: Característica más esencial de una democracia (CIS 2012)

El derecho a decir lo que uno/a piensa (L)	37.5%
La posibilidad de votar para elegir representantes (R)	31.7%
El que todos/as puedan satisfacer sus necesidades económicas (S)	12.9%
El respeto a las minorías (L)	5.6%
La existencia de diversos partidos políticos (R)	5.1%
N.S.	6.0%
N.C.	1.3%

Fuente: Banco de datos del CIS. Estudio 2966.

En otras ocasiones, el *CIS* ha realizado preguntas cerradas ofreciendo varias opciones, como por ejemplo en 2012, haciendo así desaparecer ese alto porcentaje de “no sabe”. La pregunta en aquella ocasión decía así: “La gente a menudo difiere en sus puntos de vista sobre las características más importantes de la democracia. De esta lista, elija la característica que para Ud. sea más esencial en una democracia”⁶. Como puede verse en la tabla 1, los datos muestran que en 2012 se priorizaba la libertad de expresión por delante del aspecto electoral; al desagregar los resultados por ubicación ideológica puede observarse que esta priorización de la libertad de expresión es particularmente común en los encuestados que se autoubican en la izquierda ideológica.

En 2009, el CIS pidió que se eligiera de una lista distinta la característica “que para Ud. sea más esencial en una democracia”⁷. Dada la diferencia de opciones, los resultados no son comparables con los de la anterior pregunta. Afortunadamente, una segunda

⁶ Banco de datos del CIS. Estudio 2966, Pregunta 22.

⁷ Banco de datos del CIS. Estudio 2790.

encuestadora, *Metroscopia*, realizó esta misma pregunta en 2016 ofreciendo las mismas respuestas posibles.

Tabla 2: Característica más esencial en una democracia (CIS 2009 y Metroscopia 2016)

	2009 (CIS)	2016 (Metroscopia)	Diferencia
Una economía que asegure un ingreso digno (S)	23,7%	21,4%	−2,3
Unos partidos que defiendan y representen a los ciudadanos (R)	17,7%	26,6%	+8,9
La obligación de un Gobierno de dar explicaciones por su gestión (R)	17,1%	11,2%	−5,2
La celebración de elecciones (R)	14,8%	8,4%	−6,4
Un sistema judicial que trate a todos por igual (L)	11,7%	25,5%	+13,8
Libertad para participar y criticar al gobierno (L)	6,4%	5,8%	−0,6
Ninguna	0,9%	0,4%	−0,5

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del CIS. Estudio 2790. Y Urquizu, 2016: 151.

Las variaciones son reseñables. Mientras en 2009, en pleno inicio de la crisis, “una economía que asegure un ingreso digno” se situaba en primer lugar como característica esencial de la democracia (23,7%), en 2016 esta cuestión había pasado a tercer lugar; un cambio de posición que sucede pese a que la bajada del porcentaje apenas supera los dos puntos. Ocurre así porque en 2016 un mayor número de encuestados ponía el énfasis en “unos partidos que defiendan y representen a los ciudadanos” (26,6%, casi nueve puntos más que en 2009) y en “un sistema judicial que trate a todos por igual” (25,5%, casi catorce puntos por encima de 2009). Es decir: a la hora de definir la democracia cobraron relevancia precisamente los aspectos relacionados, por un lado, con el “no nos representan” —entendiendo la representación no como *accountability*, sino en su dimensión “sustantiva”, en los términos de Pitkin ([1967] 1972)— y, por otro, con el trato igual frente a la justicia; esto es, un aspecto conectado con la corrupción, que se ha

convertido en un importante problema para los españoles⁸. Las dimensiones que han perdido posiciones en estos años como elementos considerados esenciales para la democracia (en torno a 6 puntos de diferencia en cada caso) son “la celebración de elecciones” y “la obligación de un Gobierno de dar explicaciones por su gestión” (*accountability*).

En tercer lugar, debe destacarse el trabajo hecho por la *Encuesta Mundial de Valores WVS*, por sus siglas en inglés), cuya pregunta se formulaba de la siguiente manera: “Hay muchas cosas que son deseables en una democracia, pero no todas ellas son características esenciales de ella. Por favor, dígame para cada una de las cosas que le menciono a continuación cómo son de esenciales en una democracia. Utilice esta escala en la que el 1 significa que «no es una característica esencial de una democracia» y el 10 significa que sin duda «es una característica esencial de la democracia»”⁹. Como puede verse en la tabla 3, los españoles consideraban especialmente esenciales para la democracia en 2011 (por encima del 8 sobre 10 de media), en este orden, la paridad de género, las elecciones libres, la ayuda por desempleo y los derechos civiles frente al estado. Es decir: se ponen en primer lugar aspectos que remiten a distintas dimensiones del concepto: la igualdad, la autonomía a través de la elección, el bienestar material y la libertad negativa. En relación con los otros países del entorno europeo encuestados, llama la atención la gran importancia atribuida a la obediencia a las autoridades (6,19)¹⁰.

Si comparamos los resultados de la misma encuesta en 2007 con los de 2011, puede observarse en primer lugar que no todas las preguntas se mantuvieron, dificultando la comparación. Especialmente, habría sido interesante observar si aumentaba la alta importancia que en 2007 se otorgaba a la prosperidad económica como característica esencial de la democracia (7,53)¹¹. Lo que sí puede observarse es el aumento de la importancia atribuida a la redistribución como elemento esencial de la democracia

⁸ Esto puede observarse consultando el porcentaje de encuestados que situaban la corrupción como uno de los tres principales problemas del país en las encuestas del CIS: especialmente debe destacarse el salto que da la estadística entre noviembre de 2012 (9,5%) y marzo de 2013 (44,5%). Véase en el Banco de Datos del CIS la “percepción de los principales problemas de España”.

⁹ Así se formuló la pregunta en el formulario en castellano para las encuestas de 2007 y 2011, disponible en <http://www.worldvaluessurvey.org/WVSDocumentationWV6.jsp>

¹⁰ Es sólo ligeramente superior al caso de Ucrania, Chipre o Rumanía, pero, sobre todo, el dato resulta muy llamativo al compararlo con el de Alemania (2,42) o Suecia (3,55).

¹¹ El dato apenas dista de la media de los países del entorno europeo encuestados (7,48), ocupando las posiciones más bajas Suecia (5,53) y Noruega (5,83), y las más altas Rumanía (9,49), Ucrania (8,23) o Polonia (8,22).

(aunque sin llegar a formar parte del grupo de cabeza), lo que podría estar relacionado con la llegada de la crisis económica. En este sentido, cabe destacar que también aumentó, aunque ligeramente, la importancia dada a las prestaciones de desempleo, que ya previamente estaban entre los cuatro elementos a los que más importancia se les atribuye.

Tabla 3: Dimensiones de la democracia en la Encuesta Mundial de Valores

	Media España (2007)	Media España (2011)
Women have the same rights as men (L)	8,92	8,89
People choose their leaders in free elections (R)	8,59	8,67
People can change the laws in referendums (D)	8,48	
People receive state aid for unemployment (S)	8,02	8,19
Civil rights protect people's liberty from state oppression (L)	8,06	8,09
Criminals are severely punished (O)	7,58	
The economy is prospering (O)	7,53	
Governments tax the rich and subsidize the poor (S)	6,57	7,02
The state makes people's incomes equal (S)		6,73
People obey their rulers (O)		6,19
Religious authorities interpret the laws (O)	3,08	3,44
The army takes over when government is incompetent (O)	2,70	2,73

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores.

En la comparación de ambas olas no puede observarse la disminución en la importancia atribuida a las elecciones que mostraban las encuestas del CIS. Todo lo contrario: el dato aumenta ligeramente, sugiriendo que el cambio, si efectivamente se dio, tuvo que producirse entre la encuesta de 2011¹² de la Encuesta Mundial de Valores y la de 2016 del CIS, y no antes. La encuesta de 2007 también permite observar que los

¹² El trabajo de campo de la Encuesta Mundial de Valores para España en 2011 tuvo lugar entre el 28 de febrero y el 6 de marzo de dicho año; esto es, antes del 15M. Dado lo dicho, una hipótesis razonable podría ser que el 15M y los diversos comicios que lo acompañan (22 de mayo, 20 de noviembre) hubieran tenido cierta influencia sobre dicho cambio en la concepción de la democracia de muchos españoles. Se trata en todo caso de una hipótesis que esta investigación no puede contrastar.

españoles, al igual que sus vecinos suecos, alemanes, chipriotas, rumanos, polacos, ucranianos o eslovenos, consideraban la dimensión directa de la democracia (concretada como la posibilidad de cambiar leyes mediante referéndum) como una de las más esenciales de la democracia (por encima del 8), en contraste, por ejemplo, con los holandeses (que rebasan ligeramente el 7).

Tabla 4: Dimensiones de la democracia en la Encuesta Social Europea (2012)

	Media en España
The courts treat everyone the same (L)	9,52
The government protects all citizens against poverty (S)	9,37
The government explains its decisions to voters (R)	9,29
The courts able to stop the government acting beyond its authority (L)	9,26
National elections are free and fair (R)	9,24
Governing parties are punished in elections when they have done a bad job (R)	9,19
The media provide citizens with reliable information to judge the government (R)	9,15
The rights of minority groups are protected (L)	9,00
The government takes measures to reduce differences in income levels (S)	8,84
Citizens have the final say on political issues by voting directly in referendums (D)	8,83
The media are free to criticize the government (L)	8,35
Different political parties offer clear alternatives to one another (R)	8,18
Opposition parties are free to criticize the government (L)	8,00
Immigrants only get the right to vote in national elections once they become citizens (O)	7,87
Politicians take into account the views of other European governments (O)	7,55
Voters discuss politics with people they know before deciding how to vote (O)	7,36

Fuente: Encuesta Social Europea.

La cuarta encuestadora que debe destacarse por su atención al significado que los ciudadanos españoles atribuyen al significante “democracia” es la *Encuesta Social Europea*, que se realiza en numerosos países europeos desde 2001. Esta encuesta añadió un módulo en su sexta ronda, realizada a finales de 2012 en 29 países, en el que se pregunta por la importancia atribuida a diversos aspectos para la democracia “en general”, en una escala del 0 al 10. A continuación, se preguntaba por la satisfacción con respecto

a dicho aspecto en el país del encuestado. La encuesta supone un gran avance en la investigación cuantitativa del objeto al que apunta esta tesis, permitiendo comparaciones y cruces de variables realmente interesantes.

Ferrin y Kriesi (2014) encontraron, como también lo hiciera Fuchs (1999), que estadísticamente puede localizarse un conjunto de elementos que están presentes en la mayoría de respuestas (aspectos que denominan como liberales, aunque dentro de éstos diferencian los propiamente liberales de aquellos aspectos electorales; véase Hernández, 2016: 44). Por ello, la diferencia se establece entre quienes mantienen una noción minimalista –sólo con los elementos liberales-electorales– y los que, además, consideran importantes otros aspectos: los relacionados con la justicia social y la democracia directa. Los datos sugieren que estas tres dimensiones se entienden como diferentes, pero también como compatibles, y su existencia parece quedar corroborada dada su utilidad para explicar las evaluaciones de la democracia que realizan los ciudadanos (Kriesi et al., 2016: 70-84, 86-89; Torcal y Trechsel, 2016: 231).

Pueden verse las distintas preguntas que se hicieron en la encuesta y la media de las respuestas de los encuestados españoles en la tabla 4¹³. Pero, antes de pasar a su análisis, debe hacerse notar un problema importante en la formulación de la pregunta en esta encuesta, de orden lógico-conceptual. El enunciado está redactado como sigue: “en qué medida cree que ciertas cosas son importantes para la democracia en general”¹⁴. En esta formulación, la categoría lógica a la que se refiere “la importancia” no es unívoca: no se especifica si se pregunta por la importancia para su definición (elementos sustanciales, en la terminología aristotélica¹⁵) o por la importancia circunstancial (accidentes), por ejemplo. Esta decisión se toma, según se explica, porque se entiende que el público no va a entender el significado de “esencial”, generando un alto número de “no sabe”, y porque se cree que la palabra “necesario” no recoge el contenido normativo de los modelos de

¹³ De nuevo, se marcan las preguntas en la tabla según respondan a las dimensiones como liberales (L), representativas (R), sociales (S), directistas (D) u otras (O). Esta clasificación propia es similar a la realizada por la propia ESS, que ya se ha descrito. Sin embargo, aquella incluye la responsabilidad frente a otros países europeos y la inclusividad de los inmigrantes como parte de la dimensión liberal y la deliberación de los ciudadanos antes de las elecciones, como parte de la dimensión electoral. Aquí, se prefiere considerarlos como “otros”.

¹⁴ La cita es literal del cuestionario en versión castellana de la ESS, sexta ronda, disponible en el siguiente enlace:
http://www.europeansocialsurvey.org/docs/round6/fieldwork/spain/spanish/ESS6_questionnaires_ES_spa.pdf (Última consulta: octubre de 2016).

¹⁵ Véase al respecto las *Categorías* de Aristóteles ([ca. 350 a.C.] 2009).

democracia (Winstone et al., 2016: 23; Kriesi et al., 2016: 66-67). Pero la formulación genera más problemas de los que soluciona: ciudadanos y teóricos que defiendan concepciones minimalistas podrían coincidir, por ejemplo, en la *importancia* de un cierto grado de igualdad económica para la estabilidad de la democracia, sin que ello quiera decir que incluyan este elemento en su definición de lo que una democracia *es o debe ser*. Parece por ello mucho más adecuada la formulación del CIS y, aún más, la de la *Encuesta Mundial de Valores*.

Posiblemente derivado de este problema en torno al difuso significado de “importante”, surge otro: la alta puntuación que los encuestados otorgan a todas las dimensiones (Hernández, 2016: 57), pues en principio todos “suenan bien”. Aun así, pueden extraerse algunas conclusiones. Resulta interesante por ejemplo volver a comprobar que en las tres primeras posiciones ya pueden encontrarse tres distintas dimensiones del concepto: la liberal, la social y la representativa. La igualdad frente a sistema judicial ocupa la primera posición, algo que coincide con lo encontrado por *Metroscopia* para 2016, pero de nuevo difiere con el resultado del CIS para 2009. Debe tenerse en cuenta que esta igualdad frente a la ley la sitúan en primer lugar en 26 de los 29 países encuestados, y que la importancia atribuida por los españoles a esta dimensión la sitúa en décima posición. Igualmente, resulta llamativa la relativamente baja importancia atribuida a las “elecciones libres y justas”, situadas en quinto lugar; especialmente llamativo teniendo en cuenta que en 17 de los 29 países encuestados dicha dimensión se sitúa entre las tres más importantes.

Previendo la posibilidad de que los encuestados considerasen importantes todas las dimensiones por las que se preguntaba, se incluyeron tres preguntas que obligaban a elegir entre valores: entre gobiernos formados por un solo partido y gobiernos formados por varios; entre la libertad de expresión de las diferentes posiciones políticas, incluso las extremas, y la prohibición de que estas posiciones extremas puedan expresarse abiertamente; entre gobiernos que cambian sus políticas planeadas siguiendo a la opinión de la mayoría y gobiernos que implementan dichas políticas independientemente de lo que piense la mayoría¹⁶ (Winstone et al., 2016: 36; Hernández, 2016: 48). En el caso de

¹⁶ Mantengo la nomenclatura de la tabla original (trustee vs. mandate) aunque, dada la pregunta, ambas opciones ofrecidas podrían entenderse como mandatario o como fideicomiso. Lo único que expresa la pregunta es el deseo o no de que un gobierno, una vez tiene un plan, lo cambie según varíe la opinión pública, pero no dice nada sobre el origen de dicho plan, que bien podría ser un contrato con los ciudadanos. Sobre las diferentes dimensiones que quedan confusas bajo la oposición “trustee/delegate”, véase Rehfeld (2009).

España, es llamativa la preferencia por los gobiernos de coalición, aunque muy por debajo de la media europea, pero en claro contraste con la práctica habitual. También es destacable la preferencia por la libertad de expresión en detrimento de una mayor protección frente a la expresión de posiciones extremas en el espacio público, ligeramente superior a la media europea. Por último, la encuesta muestra que un 79% de los encuestados consideran que el gobierno debe cambiar de políticas siguiendo la opinión de la mayoría, frente al 11% que considera que debe mantenerse firme, situándose significativamente por encima de la media.

Tabla 5: Dilemas en la Encuesta Social Europea (2012)

	Media España	Media europea
Power-sharing: 0 = majoritarian; 1 = consensual	0,61	0,77
Freedom of expression: 0 = protective; 1 = tolerant	0,85	0,81
Responsiveness: 0 = trustee; 1 = mandate	0,13	0,21

Fuente: Encuesta Social Europea

Pese a las dificultades derivadas de la ambigua formulación de la pregunta, las pequeñas variaciones pueden ser explotadas gracias a la potencia comparativa que ofrece una encuesta realizada en tantos países. Los encuestados españoles son de media los quintos (de un total de 29 países) que más demandan de la democracia, con especial énfasis en los aspectos sociales y directistas (Ferrin y Kriesi, 2014). En concreto, los españoles son los terceros que más importancia le otorgan a que el gobierno proteja a todos los ciudadanos de la pobreza (sólo por detrás de Albania y Chipre), aunque se sitúan novenos cuando se pregunta por la importancia de que “el gobierno tom[e] medidas para reducir las diferencias en los niveles de ingresos”. También es el cuarto país en el que más importancia se le otorga a los referendos, sólo por detrás de Albania, Chipre y Polonia. Por lo demás, llama la atención que España sea el país de todos los encuestados en el que más importancia se atribuye a que los gobiernos que lo hacen mal sean castigados en las elecciones: es decir, a la rendición de cuentas vertical. Coherentemente, es el quinto país en el que más importancia da a que los gobiernos expliquen sus decisiones.

Kriesi y Saris (2016: 204-205) concluyen mediante el tratamiento estadístico de estos datos que un factor significativo que explicaría el “maximalismo” democrático de países como España sería la calidad de sus democracia: a menor calidad, mayor número de aspectos se considerarían imprescindibles para una democracia. La significatividad de esta correlación la sustentan argumentando que, ante una democracia de baja calidad, es más posible que aparezca como tema en la agenda pública la misma calidad de la democracia, facilitando así el acceso al conocimiento sobre los principios que la definen y las carencias de su sistema político. Los autores ponen como ejemplo de este fenómeno al 15M (ibidem: 192).

Además de su gran potencia comparativa, las encuestas como técnica de investigación ofrecen otra ventaja nada despreciable, y que no siempre es posible replicar mediante técnicas cualitativas. Me estoy refiriendo a la posibilidad para cruzar distintas variables, lo que permite inducir algunas posibles explicaciones al respecto de las distintas concepciones de democracia. Por ejemplo, Ceka y Magalhães (2016), aprovechando estas ventajas y los resultados de la ESS, llegan a la conclusión de que el estatus social ayuda a explicar el tipo de democracia que defienden los ciudadanos. “En otras palabras, que la gente que disfruta de posiciones privilegiadas en la sociedad tienden a exponer una concepción de «democracia» más coherente con el *statu quo* que aquellos de un estatus social más bajo” (Ceka y Magalhães, 2016: 92)¹⁷. Los autores muestran, por ejemplo, que la democracia directa encuentra menor apoyo entre aquellos en posiciones privilegiadas (según renta y educación) en los países que cuentan con menos mecanismos de democracia directa.

En cuanto a los valores liberal-democráticos, la importancia que se les otorga para la democracia parece depender además del tiempo que la democracia ha tenido para consolidarse (esto es, para generar su propio sistema de ganadores y perdedores): mientras en países como Francia, Italia o Noruega la clase dominante es más defensora de estos valores liberal-democráticos que el resto de ciudadanos, en Chipre, España o Portugal no existe diferencia estadística reseñable (Ceka y Magalhães, 2016: 106-107). Finalmente, los hogares con mayores ingresos tienden a asociar menos la redistribución con la democracia, salvo en aquellos países con valores más redistributivos (donde la variable

¹⁷ “In other words, people who enjoy privileged positions in society are more likely than individuals with lower social status to espouse a conception of ‘democracy’ consistent with the political *statu quo*”.

ingresos no es relevante). No deja de resultar interesante que, cuando el estatus se mide por el nivel educativo, no se aprecien diferencias significativas en la importancia atribuida a la redistribución para la democracia.

3.1.2 Beery y las concepciones de democracia en los EE. UU. de América

Pese a su antigüedad, y aunque centrado en el contexto estadounidense, es muy destacable el trabajo de John R. Beery en su tesis para obtener el grado de doctor en la Universidad de Columbia, parcialmente publicada en 1943 bajo el título *Current conceptions of democracy*. Beery, en plena segunda guerra mundial, percibió de la mano de esta cita de Thomas H. Briggs que “una amenaza incluso mayor para la democracia que los grupos de nuestra sociedad que creen en ideologías hostiles es el mayor grupo de aquellos que no saben qué es democracia”¹⁸ (Beery, 1943: 2). La pregunta de Beery no es si la gente sabe lo que democracia significa, sino si “tienen una idea clara de lo que ellos quieren decir cuando usan el término”¹⁹, y en qué puntos existe más acuerdo y más desacuerdo (Beery, 1943: 11).

El método empleado consistió en un cuestionario con distintas ideas sobre la democracia, respecto de las cuales los encuestados tenían o bien que mostrar en una escala su acuerdo o desacuerdo, o bien señalar si el elemento era esencial para o contradictorio con su concepción de la democracia. Estas ideas sobre las que se preguntó fueron extraídas de múltiples fuentes: libros académicos, periódicos, revistas, clases, conversaciones y una serie de ensayos sobre el significado de la democracia redactados para un concurso de 1939. Las distintas frases encontradas fueron agrupadas y reducidas a su mínima expresión. Las ideas recopiladas fueron tantas que se formaron tres cuestionarios con 93 elementos cada uno (algunos repetidos, de control) y se repartieron a grupos diferenciados de población (Beery, 1943: 27). Como resultado se mostraron interesantes discrepancias, especialmente en los aspectos más prácticos (ídem: 76).

Reconocer esta profusión de ideas vinculadas a la democracia resulta fundamental para cualquier estudio sobre el concepto. De hecho, se ha podido comprobar en los

¹⁸ “An even greater threat to democracy than the groups within our society who believe in a hostile ideology is the larger group who do not know what democracy is”.

¹⁹ “Do people have a clear idea of what they mean when they use the term?”.

primeros intentos de codificación abierta del presente estudio la necesidad de acotar el tema si se quiere realizar un análisis teórico profundo de algunos de las cuestiones que se consideran fundamentales sobre la democracia. El trabajo de Beery proporciona, eso sí, un mapa muy interesante del concepto.

3.1.3 Estudios regionales (latinoamericanos, asiáticos y árabes)

Un ámbito que ha sido especialmente fructuoso en el estudio de los significados de la democracia han sido los estudios comparados regionales. Estos han sido especialmente útiles, además, para para mostrar la existencia de una gran variedad de concepciones de democracia. La obra colectiva *Citizen views of democracy in Latin America* (Camp, 2001), por ejemplo, basándose en una encuesta elaborada por los autores para Costa Rica, México y Chile, concluye que existen diferencias entre las concepciones y expectativas de la democracia en estos países y aquellas de sus vecinos estadounidenses, especialmente por el énfasis de los primeros en la igualdad económica y social y en el progreso. También el artículo *Arabs Want Democracy, but What Kind?* (Regt, 2013), basado en datos de la Encuesta Mundial de Valores, confirma estas diferencias para Egipto, Iraq, Jordán y Marruecos.

En un estudio con gran impacto, Baviskar y Malone (2004) realizaron un cuestionario articulado en torno a preguntas abiertas sobre lo que a los encuestados les gusta y les disgusta de la democracia en Argentina, Brasil, Chile y Guatemala. A mayor nivel educativo y a mayor renta, se encuentran problematizaciones basadas en nociones más procedimentales. En cierto modo, no debería sorprender que estas nociones procedimentales de las clases altas, beneficiarias del sistema por tanto, coincidan además con una mayor satisfacción con la democracia y con una menor tendencia a justificar golpes de estado (Baviskar and Malone 2004: 14). También es interesante el trabajo de Canache (2012b) en Venezuela, dado que aporta un elemento diacrónico: la autora muestra una asombrosa estabilidad en las concepciones de democracia de los venezolanos pese a los intentos realizados por los gobiernos chavistas para enfatizar la dimensión participativa de la democracia. Esto contrasta con las variaciones arriba expuestas en el caso de España.

Además, algunos artículos tratan de incorporar nociones fundamentales de Teoría Política. Carrión (2008), por ejemplo, recurre a la diferencia entre nociones liberales y no

liberales de democracia, según se apoyen o no las limitaciones al poder y la prioridad de la ley sobre la voluntad popular). Y distingue también entre versiones democráticas y no democráticas –autoritarias– del liberalismo.

Tabla 6: Las cuatro nociones de democracia de Welzel

1) A liberal Western notion when people emphasize the freedoms that empower people as democracy's defining feature;
2) A social notion when people emphasize redistributive policies that are part of the welfare state as democracy's defining feature;
3) A populist notion when people emphasize bread-and-butter and law-and-order issues that are often widely popular but have in fact little to do with democracy as democracy's defining feature;
4) An authoritarian notion when people emphasize anti-democratic extra powers of the military and religious authorities as democracy's defining feature

Fuente: Welzel, 2011: 11

Entre los estudios asiáticos, debe mencionarse la obra *How east Asians view democracy* (Chu, 2008), un análisis de los resultados del Asiabarómetro que pone de manifiesto la flexibilidad del término democracia, pues muestra la popularidad del concepto en China, y cómo esta popularidad es usada y manipulada por el gobierno²⁰. Por su parte, Welzel (2011), recurriendo a la *Encuesta Mundial de Valores* (2005-2008), compara, entre otros, la concepción de democracia asiática y la occidental, consiguiendo articular cuatro nociones distintas de democracia en base a las 10 dimensiones que incluía la encuesta (ver tabla 6).

3.1.4 Legitimidad de la democracia y satisfacción con la democracia

Es por todos los politólogos conocida la distinción que Montero, Gunther y Torcal (1998) introdujeron en los 90 a partir del caso español entre legitimidad de la democracia (el apoyo difuso a la democracia), el descontento con la democracia (satisfacción con su funcionamiento en comparación con lo que se cree debería ser) y la desafección política (el alejamiento o desapego respecto del sistema). Este gran esfuerzo teórico, tal y como

²⁰ Lógicamente, los resultados de las encuestas donde no se protege la libertad de expresión deben tomarse con suma cautela.

explican Canache et al. (2001), P. Norris (1999b) o Schedler y Sarsfield (2006), contrastaba con la hasta entonces tónica general, pues las preguntas por la satisfacción con la democracia (SWD) y las preguntas por el apoyo a la democracia no siempre estuvieron suficientemente respaldadas por reflexiones sobre qué se está preguntando (qué entiende el encuestado por democracia, a qué nivel de legitimidad se hace referencia) y sobre la relación entre la satisfacción de la democracia y otras variables como, por ejemplo, el apoyo al régimen político o al gobierno de turno²¹. De hecho, Canache et al. (2001) mostraron que la satisfacción con la democracia correlaciona con el apoyo a las autoridades, con el apoyo al sistema e, incluso, con el apoyo a la democracia. Norris (1999c: 11) planteaba además que, incluso si todos los encuestados estuvieran comparando el funcionamiento del sistema con su ideal democrático, aún quedaría pendiente la pregunta sobre cuál es ese ideal con el que se compara. Por ello, ni siquiera sería suficiente preguntar por la cercanía con distintos valores que se asumen como democráticos para deducir el apoyo a la democracia o al sistema político.

Por otro lado, las críticas a los estudios empíricos por asumir conservadoramente un modelo particular de democracia como el único posible vienen de lejos (como ejemplos notables, véanse Skinner, 1973 y Pateman, 1980). Pero posiblemente ha sido la aparición de estudios comparativos como los presentados en el apartado anterior los que han propiciado un cambio de perspectiva. Estos resultados han puesto negro sobre blanco que democracia no significa lo mismo en todos sitios, pese a que Dalton sí encuentra cierto consenso más o menos generalizado en torno a la importancia para su definición de las libertades y derechos que la democracia debería proveer (en detrimento de los aspectos más institucionales y procedimentales) (Dalton et al., 2007b). Ferrín y Kriesi, como ya se ha visto, concluyen para Europa que este acuerdo mínimo se produce, fundamentalmente, en torno a la dimensión liberal y la electoral: en particular, en torno a la existencia de elecciones libres y la igualdad ante la ley. Pero a partir de ahí comienzan las diferencias.

José Ramón Montero ya destacaba en los 90 el problema: no debe prestarse atención sólo al “apoyo que los ciudadanos le brindan a las reglas del juego democrático, sino también a la concordancia entre la forma en que los ciudadanos entienden estas reglas y

²¹ Al respecto de la importancia de este último factor, véase Holmberg (1999).

su percepción del mundo político al que se aplican”²² (Montero, 1993: 159). Analizando la pregunta abierta del CIS de 1989, Montero considera que “la falta de precisión de estas definiciones tiene más ventajas que desventajas”²³, pues permite que la democracia sirva como orientación básica para el ciudadano ordinario. La concordancia entre estas definiciones y la ordenación del régimen español aumentaría el apoyo al sistema y, por tanto, la satisfacción con el funcionamiento de la democracia (Montero, 1993: 160-161).

Un nuevo buen ejemplo del cruce de variables que permiten las encuestas puede encontrarse en el trabajo de Dalton et al. (2001), quien argumentaba que las demandas de mayor participación directa en Alemania no deben entenderse como parte de una “nueva política” determinada por la aparición de nuevos valores postmaterialistas (siguiendo a Inglehart). Dado que no existen diferencias intergeneracionales significativas entre quienes demandan mayor participación, ni tampoco los votantes de Los Verdes (que encarnarían estos valores) parecen más proclives a defenderlas que el resto de votantes de pequeños partidos, consideran más razonable explicar dichas demandas como efecto de la desafección política. Esto sería coherente con el mayor apoyo a los instrumentos directos de los sectores con menor interés en la política y menor formación (Dalton et al., 2001: 144-148). En una dirección similar, aunque con unos resultados más limitados, Thomassen (1998) se remite a preguntas de encuestas tanto cerradas como abiertas para tratar de mostrar que las respuestas se agrupan en torno a dos polos: uno colectivista y otro individualista. Los ciudadanos se habrían desplazado en las últimas décadas desde el primero hacia el segundo.

El trabajo de Dalton y colaboradores deja pendiente, sin embargo, saber cuál es la causa y cuál el efecto: es decir, si estos ciudadanos apoyan la democracia directa como consecuencia de su desafección con la “democracia representativa”, o si su desafección es consecuencia de que tienen como horizonte normativo un modelo de democracia ambicioso. Es un problema que cuantitativamente resulta difícil de resolver sin preguntas específicas, por mucho que los autores aventuren interesantes respuestas. En este sentido, presentan una reflexión que apunta al corazón de esta tesis: debido a la opinión generalizada de que los problemas de la democracia se solucionan con más democracia,

²² “The quality of democracy thus depends not only of the support that citizen give to the rules of the democratic game, but also to the closeness-of-fit between citizens’ understanding of these rules and their perceptions of the political world to which they apply”.

²³ “The lack of conceptual precision of these definitions has more advantages than disadvantages”.

y que se entiende la democracia directa como esencialmente más democrática, los autores concluyen que en parte estas demandas se explican porque no se han considerado suficientemente los dilemas y problemas que se derivan de una concepción directa de la democracia (Dalton et al., 2001: 149).

Tabla 7: Concepciones de democracia entre la élite y la población en Rusia y Ucrania, 1992

Meaning of democracy	Russia		Ukraine	
	Elite	Mass	Elite	Mass
Freedom	26	38	26	42
Rule of Law	35	16	39	10
Responsibility	10	4	16	4
Majority rule	16	15	12	15
Improve society	2	2	3	3
Equal opportunity	4	6	4	5
Relations to economics	2	5	0	7
Negative comments	5	14	0	14
Total	100	100	100	100
(n)	(162)	(1412)	(99)	(830)

Fuente: Miller et al., 1997:170

Los estudios sobre la democratización de las repúblicas postsoviéticas también han contribuido a la reflexión sobre el apoyo y la satisfacción con la democracia en relación con la pluralidad de significados del concepto. Entre estos trabajos destacan los estudios de Bruszt y Simon (1992), Bruszt (1995), Simon (1996; 1998) o Miller et al. (1997).

Estos últimos, sirviéndose de preguntas abiertas, revelan las diferencias entre las concepciones de democracia de la élite política y el resto de los ciudadanos, así como aquellas entre quienes participan en política y quienes no, y enfatizan la importancia de estas concepciones a la hora de evaluar cómo de democrático es el sistema. Además, comparten la crítica que aquí se ha aplicado a la *Encuesta Social Europea*:

Al medir el apoyo a las instituciones o valores democráticos, es importante determinar si estos valores o instituciones en particular son relevantes para el concepto que el encuestado tiene de la democracia o de lo que «democracia» significa en su contexto social. El individuo puede dar una respuesta positiva al valor abstracto porque suena como un objetivo atractivo, en lugar de

hacerlo porque sea parte integral de un conjunto de creencias fundamentales, firmes y duraderas (Miller et al., 1997:185)²⁴.

Se han encontrado además pruebas estadísticas del efecto que tendrían distintas nociones de democracia sobre la satisfacción con y el apoyo a la democracia. Especialmente, Canache (2012a) ha mostrado que tanto la “complejidad estructural” del concepto (el número de dimensiones diferentes que el encuestado nombra) como el “contenido sustantivo” de las mismas tienen efectos sobre los indicadores de apoyo a la democracia y a la censura, de participación política y de apoyo a las formas ilegales de protesta²⁵. Esta premisa ha servido a Melchior (2005), por ejemplo, para entender que el déficit democrático de la Unión Europea se percibirá como mayor allí donde las prácticas y concepciones del país sean más diferentes de las comunitarias y que, por tanto, conocer estas concepciones es clave para aumentar la legitimidad de la organización supraestatal. Con este propósito, Melchior analiza qué se entiende por democracia en Austria, prestando atención a los “marcos” (el contexto: fronteras, constitución, organización territorial del estado, estructura social, *cleavages* e identidad nacional), las prácticas (cultura política, prácticas de representación y decisión) y los discursos en torno a reformas democratizadoras. Apoyándose en una encuesta de 1997 y en otros análisis de la misma, el autor desgrana seis modelos: socialdemócrata, pluralista-representativo, de consenso, derechista (identificación entre gobernantes y gobernados, liderazgo fuerte, control de representantes y referendos), participativa y elitismo competitivo (Melchior, 2005: 18). El principal valor del trabajo es su amplia mirada, sin permitir que las encuestas se adueñen del análisis, lo que le permite tomar en consideración de forma sistemática desde los aspectos institucionales hasta los históricos.

Previamente, Fuchs (1999) ya había enfatizado la influencia de las concepciones de democracia sobre la satisfacción en el caso alemán. En este trabajo de 1999, Fuchs señalaba que las concepciones de democracia de los habitantes de la antigua República

²⁴ “When measuring support for democratic institutions or democratic values it is important to determine if these particular institutions or values are relevant to the concept that the respondent has about democracy or what democracy may mean in the context of their society. The individual may give a positive response to the abstract value because it sounds like an appealing goal rather than because it is an integral part of an enduring, firmly held set of fundamental beliefs”.

²⁵ En particular, concepciones de la democracia centradas en los resultados económicos que debería proveer parecen estar relacionados con el apoyo a la democracia, pero también con el apoyo a la censura y a la protesta; en particular, a la protesta ilegal.

Democrática Alemana coincidía con aquéllas de los habitantes de la antigua República Federal de Alemania en destacar los elementos liberales y procedimentales que componen la “noción minimalista de democracia”. Sin embargo, en el este del país se añadían a la definición aspectos sociales y de participación directa. El gobierno, por su parte, se habría estado conduciendo por principios minimalistas o liberales. Fuchs entiende que, como resultado, en la antigua Alemania Occidental la satisfacción con el gobierno descendía, pero no lo hacía la satisfacción con la democracia. En contraste, en el mismo periodo, descendían ambos indicadores en el este.

A pesar de las precauciones arriba señaladas, es la *Encuesta Social Europea* y los estudios elaborados usando los datos que ha arrojado los que resultan más interesantes. Los europeos del sur y del este parecen ser los más descontentos con el funcionamiento de sus democracias, y España en particular aparece como el noveno más insatisfecho, especialmente en el aspecto social. Según los análisis posteriores, este mayor descontento está correlacionado con concepciones maximalistas de la democracia. Sin embargo, en España no se podría encontrar esta dimensión cognitiva en la satisfacción con la democracia; dicho de otra forma, los distintos ideales no se correlacionan con variaciones significativas en la satisfacción con la democracia, que funcionaría más bien como un evaluador genérico sobre el sistema democrático (Ferrin, 2016: 335).

Además, el primer análisis ofrecido por la Encuesta Social Europea (Ferrin y Kriesi, 2014) compara el índice de satisfacción al respecto de los aspectos liberales de la democracia con el índice de desempeño democrático del Banco Mundial y con la evolución del PIB. Esto permite concluir que, aunque el factor económico sea relevante, el desempeño democrático del país tiene un mayor impacto sobre las actitudes hacia la democracia, por lo que no cabría reducir la crisis de la democracia (española, por ejemplo) a un mero problema económico: la distancia entre la idea de democracia de los ciudadanos y el comportamiento del sistema político importa (Ferrin y Kriesi, 2014).

3.1.5 Calidad de la democracia

Muy vinculado a los estudios de satisfacción, uno de los ámbitos más prolijos en torno a la democracia es aquel dedicado a medir su calidad, sea acudiendo al conocimiento de expertos, con metodologías participativas o mediante los resultados de encuestas. El reto de la conceptualización es sin duda importante para estos estudios que, sin embargo,

durante largo tiempo no han prestado –con honrosas excepciones– suficiente atención al significado y relevancia de los datos cuantitativos obtenidos ni a su “fundamento normativo” (Gómez Fortes et al., 2010: 14; Munck y Verkuilen, 2002), y que sólo recientemente se han interesado por la diversidad de concepciones de democracia de los ciudadanos²⁶.

Si a nivel internacional son de referencia los trabajos de Diamond y Morlino (2005) y de Bühlmann et al. (2012), en España destaca la citada obra de Gómez Fortes et al. (2010), que servirá para ejemplificar los problemas que conlleva no tener en cuenta la controversia semántica. Este trabajo resulta de gran valía al ofrecer una detallada radiografía de la valoración que los españoles hacían de elementos clave de su democracia en 2007. Sin embargo, como afirman los propios autores, el estudio parte “del modelo normativo y empírico sobre la democracia que los autores hemos explicitado y asumido”, de acuerdo con el cual se elaboró el instrumento de investigación empírico (una encuesta realizada por el CIS en colaboración con el IESA-CSIC), con el objetivo de “medir cómo perciben y valoran los ciudadanos, en comparación con él, la realidad de la democracia en la que viven” (Gómez Fortes et al., 2010: 8). No plantear la influencia que puedan tener la naturaleza y especificidades de las concepciones de democracia de los ciudadanos resulta en insuficiencias, especialmente notables al tratar de explicar la diferencia entre la alta estima en que los españoles tenían a la democracia y su baja opinión sobre su funcionamiento (esto es, entre la legitimidad difusa y la legitimidad específica, en los términos de Easton, 1965).

La preocupación por los modelos de democracia, si bien entendidos como modelos institucionales y no como concepciones, se ve limitada en esta área a aquellos estudios que, siguiendo la estela de Lijphart (1984; [1999] 2000), han investigado si los sistemas cercanos al modelo de consenso (con sistema electoral proporcional) aventajan en calidad a los mayoritarios (Powell, 2000; Bernauer et al., 2016). Sin embargo, quizás por la propia naturaleza de estas investigaciones (que en definitiva tratan de medir cuánto se acerca un sistema político a un ideal), estas reflexiones siguen buscando la mejor conceptualización

²⁶ Además de los citados trabajos de Munck y Verkuilen (2002) y de Gómez Fortes et al (2010), para una revisión actualizada de los principales indicadores y de las dificultades que encuentra esta empresa véase Greppi (2014/2015).

de democracia, ocultando así el problema de su tensionada pluralidad semántica²⁷. La sexta ronda de la *Encuesta Social Europea*, como se ha visto, sí pide a los ciudadanos que evalúen su democracia teniendo en cuenta la diversidad de significados que ésta puede tener para los encuestados, suponiendo un avance a este respecto.

3.1.6 Democratización y promoción de la democracia

Un ámbito de investigación en el que también ha surgido la reflexión sobre la polisemia de la palabra democracia es el de los estudios sobre su promoción, como era de esperar (Saward, 1994). Y lo ha hecho con un tono de advertencia ante lo olvidado. Así, en el artículo de Milja Kurki *Democracy and Conceptual Contestability: Reconsidering Conceptions of Democracy in Democracy Promotion*, la autora señala que “la controversia intrínseca a la idea de democracia no es adecuadamente reconocida ni afrontada” ni por los estudiosos ni por los actores con pretensiones de ayudar a extender la democracia (Kurki, 2010: 362)²⁸. En la estela de este artículo, otros han empezado a reivindicar esta sensibilidad conceptual, que determina una forma de promover la democracia diferente, consciente de que las distintas sociedades deben hacer propio el concepto. Esto implica poner el acento en la interacción entre promotores de la democracia y democracias en construcción (Poppe y Wolff, 2013: 379-380).

A modo de respuesta preventiva, en el artículo *Conceptual Issues in the Comparative Study of Regime Change and Democratization*, Lawson (1993) defendía que esta ausencia de debate en los estudios sobre democratización no es por falta de reflexión, sino por necesidad práctica y por convicción moral. En su opinión, estos trabajos necesitan basarse sobre un concepto claro de democracia, tomando partido por una opción semántica, pese a que esto “de seguro atraerá algunas acusaciones virulentas de etnocentrismo”²⁹. La

²⁷ El ejemplo más reciente puede encontrarse en Munck (2016), lo que resulta sorprendente si se tienen en cuenta otros trabajos del mismo autor y que presento en el siguiente subapartado.

²⁸ “It is argued that the «essential contestability» of the idea of democracy is not adequately recognized and tackled, which in turn has important effects for the ability of democracy promotion scholars, as well as practitioners, to take into account the consequences that considering alternative (non- or extra-liberal) models of democracy might have for democracy promotion”.

²⁹ “But a meaningful distinction between democratic and nondemocratic regimes is essential when dealing with regime change in terms of «democratization». This may involve taking a stand on «essentially contested concepts» like «democracy» and it is certain to attract some virulent accusations about ethnocentric bias. But this is better than having nothing to say at all, for, as Daniel Levine points out, without an adequate concept of democracy the entire effort of attempting to understand regime change «stalls virtually at the starting point»”.

autora, en todo caso, avisaba contra la “complacencia” respecto a los abusos que sufre el concepto como resultado de dar por hecho su significado, pero atacaba el relativismo que entendía subyacente a la tesis de los conceptos intrínsecamente controvertidos de Gallie (Lawson, 1993: 184, 190-192).

En los últimos años, sin embargo, han aparecido algunos trabajos preocupados por las distintas concepciones de democracia sobre los que se articulan los distintos modelos de promoción de la democracia, aunque muchos abandonan el uso de encuestas (Carothers, 2009; Bridoux y Kurki, 2015; Schmidt, 2015). Sin embargo, otros estudios han logrado resultados interesantes para este campo haciendo uso de ellas. Por ejemplo: Munck, estudiando casos latinoamericanos, concluye que, tras las transiciones a la democracia, “el conflicto sobre el modelo de democracia que debía de prevalecer conformó las trayectorias” de estos países, “determinando cómo se desarrollaría la democracia y, por tanto, si la democracia duraba” (Munck, 2015: 364)³⁰. En el contexto africano, Bratton et al. (2005: 274) y Mattes y Bratton (2007), basándose en datos del africanobarómetro, concluyen que existe una relación entre las concepciones de democracia de los ciudadanos y la aparición o no de demandas de democracia. La diferenciación que hacen estos autores entre nociones instrumentales y normativas, así como la atención dedicada a analizar los usos vacíos y negativos de democracia ha tenido además una influencia notable sobre otros trabajos.

3.1.7 Estudios sobre la preferencia entre delegación o participación

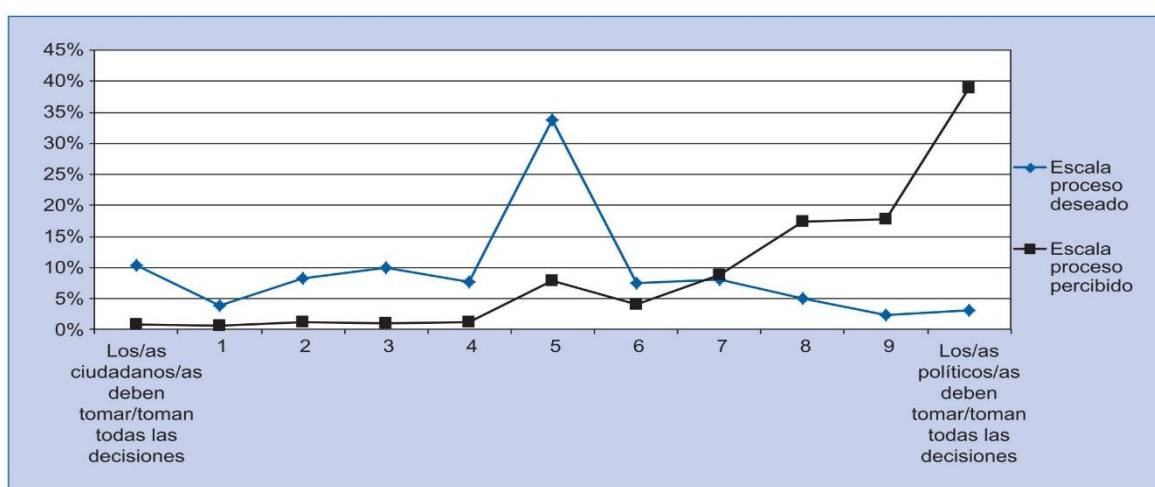
Un estudio reseñable sobre el tipo de democracia deseado por los ciudadanos es *¿«Democracia sigilosa» en España? Preferencias de la ciudadanía española sobre las formas de decisión política y sus factores explicativos* (Font et al., 2012), en el que se plantea la posibilidad de que a los ciudadanos españoles, como Hibbing y Theiss-Morse (2002) habrían demostrado para el caso estadounidense, les importen los mecanismos políticos pero prefieran “delegar las decisiones a los políticos” (Font et al., 2012: 7). A esta preferencia por la delegación es a lo que denominan “democracia sigilosa”. Sin embargo, lo que el estudio muestra analizando una encuesta del CIS con un módulo específico para esta investigación es que los españoles de media desean una mayor

³⁰ “the conflict over which model of democracy would prevail shaped Latin America’s post-transition trajectories, determining how democracy developed and, in turn, whether democracy endured”.

participación, aunque en todo caso la mayoría “desea que se combinen en diversos grados el protagonismo de los representantes políticos y la participación directa de la ciudadanía en la toma de decisiones” (íbidem: 99).

Sorprende el apoyo relativamente amplio al modelo de democracia sigilosa: el 40% de los encuestados pueden considerarse incondicionales, y sólo un 15% muestran poca simpatía. Por ejemplo, en España, el porcentaje de encuestados que desean mayor protagonismo de los expertos supera el 60%, casi doblando a sus correligionarios finlandeses o estadounidenses (ibídem: 18).

Gráfico 1: Procesos políticos deseados y percibidos en España



Fuente: elaborado por Font et al. (2012: 17). Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

Sin embargo, eran mayoría quienes deseaban un modelo equilibrado entre que las decisiones las tomen “los ciudadanos” o “los políticos” (ver gráfico), mientras que el sistema se percibe como escorado la delegación. El apoyo a una mayor participación de los ciudadanos en la toma de decisiones se relaciona con una mejor opinión sobre cualidades morales de la ciudadanía, con cierta independencia de cómo se valoren sus capacidades, y también está relacionado con una peor valoración de los políticos, a quienes en todo caso, en términos generales, se les atribuye mejor capacitación, pero peor actitud moral (Font et al., 2012: 94-96). Este apoyo a una mayor participación puede encontrarse, sobre todo, entre los jóvenes, entre aquéllos con estudios medios y superiores, los habitantes de urbes de tamaño medio, así como entre votantes de IU y abstencionistas (ibídem, 41). También resulta interesante comprobar que el deseo de participación aumenta en temas “cercanos” (locales y morales, como el aborto) y se reduce para

cuestiones consideradas complejas (inmigración, economía o Unión Europea) (Ibídem: 50).

3.2 OTRAS METODOLOGÍAS Y PERSPECTIVAS EMPÍRICAS

También desde diversas disciplinas, aunque prescindiendo del uso de encuestas, pueden encontrarse otras investigaciones empíricas que también tratan de captar la diversidad de significados de “democracia”. Esas otras herramientas para la investigación incluyen el análisis de discurso (apartados 3.2.1 y 3.2.6), los grupos de discusión (especialmente en el ámbito de los estudios de percepción de los mecanismos participativos, 3.2.2), entrevistas y análisis de contrapuntos (muy útiles para el análisis de las concepciones de democracia de la élite, 3.2.3), el análisis de contenido (principalmente, en estudios desde las Ciencias de la Comunicación y el Periodismo, 3.2.4, así como desde las Ciencias de la Educación, 3.2.5). También son relevantes las contribuciones con estudios cualitativos al conocimiento sobre el concepto de democracia desde la Antropología (3.2.7) y desde los estudios de movimientos sociales (3.2.8).

Mientras que un grupo de discusión o una entrevista, igual que las encuestas, obligan al ciudadano a reaccionar a una pregunta (con la ventaja, eso sí, de poder dirigir su intervención), un análisis de contenido (cualitativo, cuantitativo o mixto) o de discurso permite acercarse una realidad tal y como es producida de forma *natural* –por mucho que el científico vaya a re-producir la con su lectura especializada–. Además, estos trabajos tienden menos a imponer a los textos categorías derivadas desde la teoría, prestando mayor atención a la forma en que efectivamente se producen los discursos que pueden hallarse sobre la democracia en el espacio público.

3.2.1 Metodología Q junto al análisis de discurso

Dryzek y Berejikian (1993) utilizan la técnica “metodología Q” –ordenación de opiniones por rango – combinada con el análisis de discurso al servicio de unos objetivos cercanos a los de esta tesis: enriquecer la teoría de la democracia conectándola con los discursos democráticos “vivos”. Siguiendo una estrategia similar a la de Beery, proporcionaron a ciudadanos americanos 64 frases sobre la democracia de entre 300, previamente extraídas de una variedad de fuentes (revistas, periódicos, grupos de

discusión, etcétera), y les pidieron ordenarlas. La estadística permitió identificar 4 discursos (Dryzek y Berejikian, 1993: 52-55):

- Republicanism satisfecho: democracia es entendida como una forma de vida y el gobierno del pueblo, algo que por fortuna disfrutamos. Se considera falible, pero capaz de corregir sus fallos, por lo que no hay que temer más democracia. Sin embargo, es necesario mantener una alta participación política que mantenga limitado al poder, lo que no requiere necesariamente mayor igualdad socioeconómica.
- Conservadurismo deferente: Aunque aceptan la democracia como símbolo, consideran que la política es para los pocos, pues la gente no sabe qué quiere y no todos tienen buen criterio, por lo que la democracia es problemática. No debe permear a la sociedad, ni debe aumentar la participación. Esta posición agrupa también visiones desafectas, sentimientos de poca utilidad política, etcétera Sin embargo, apela a la confianza en las élites y apoya la permanencia de la división de clases.
- Populismo desafecto: no vivimos en una democracia, pues el poder está en manos de las élites económicas y un gobierno represor en una sociedad muy desigual. Los controles y libertades democráticas se han debilitado, por lo que es necesario que la gente “despierte”, pues tiene el poder de cambiar las cosas y lograr “igualdad y democracia de verdad” desde la confrontación con el gobierno, siendo entendible la violencia cuando viene de los oprimidos.
- Liberalismo privado: No vivimos en sociedades especialmente democráticas, pero esto no debería preocuparnos, dado que la democracia no es un valor en sí y permite formas deseables e indeseables de gobierno. El gobierno no debe ser central para la sociedad, ni la sociedad para los individuos: cada uno debe ser libre de seguir sus intereses. Sin embargo, el gobierno ha invadido ámbitos privados, por lo que debe reducirse, limitarse y dividirse. Aunque confían en sus capacidades de influencia política, no tienen especial interés en participar, ni lo consideran beneficioso.

Estos discursos están contruidos en torno a 4 aspectos: la “ontología” que describen, los agentes activos, la motivación y las relaciones naturalizadas. Los autores destacan, además, la ausencia de dos discursos que serían de esperar: uno de defensa de la democracia representativa, que reconozca la mayor capacidad de los representantes para

tomar decisiones, y otro discurso que poder denominar como “democracia-liberal”, que aunara algunos elementos del republicanismo satisfecho y del liberalismo privado (ídem: 56).

Posteriormente, Dryzek junto a Holmes (2002) aplicaron esta misma metodología para entender mejor el proceso de democratización en 13 países post-comunistas, e identificaron seis dimensiones (tensiones) en los discursos sobre democracia que los conectan con los debates en la Teoría Política (ibídem: 10-11): social democracia frente a libertarianismo; autoritarismo frente a sociedad abierta; énfasis en la sociedad civil frente a las demandas de un estado fuerte; pluralismo frente a visiones republicanas (de aspiración consensual); elitismo frente a participación; y, finalmente, nacionalismo frente a cosmopolitanismo.

3.2.2 Estudios sobre percepción de los mecanismos participativos

Un estudio muy interesante de García-Espín, Ganuza y De Marco (2017) se ha ocupado de investigar las “representaciones sociales de la democracia participativa”. Sirviéndose de 16 grupos de discusión (entre 2011 y 2012), se localizaron en España cuatro discursos al respecto: 1) quienes piden “un sistema deliberativo complejo” (activistas y militantes de izquierdas); 2) quienes desean “referendos y canales expresivos” (jóvenes universitarios, jóvenes estudiantes de FP y clase media); 3) aquellos que apenas consideran estas herramientas, centrando su discurso en la responsabilidad moral de los políticos y en la crisis económica (trabajadores precarios y jubilados); y, por último, 4) quienes rechazan la democracia participativa por ser contraria su ideal (votantes conservadores y de clase media-alta).

El estudio encuentra que la defensa de mecanismos más participativos no es incompatible con defender, por irónico que parezca, “procesos políticos más jerárquicos (como la representación o la tecnocracia)”. “En términos generales, la participación no sustituye el debate sobre otros procedimientos representativos, ni es percibida como una posibilidad excluyente” (García-Espín et al., 2017: 48, 50). Los investigadores también muestran que, aunque los activistas y militantes de izquierdas lamentan la baja disposición para la participación de sus conciudadanos, pese a todo, mantienen como horizonte regulador (deseable, aunque imposible en última instancia) un sistema asambleario.

3.2.3 Estudios de élites

Desde la Ciencia Política algunos investigadores se han fijado en las creencias sobre la democracia de las élites y las han analizado de forma cualitativa. Entre ellos, destaca Putnam y su obra *The beliefs of politicians* (1973), una investigación sobre la cultura política de las élites británicas e italianas. El trabajo se sirve de entrevistas³¹ para mostrar cómo conciben la democracia los parlamentarios.

El estudio, que no considera los códigos como excluyentes, pone de relieve la diversidad de definiciones de la “verdadera democracia”. Los políticos de Reino Unido muestran una menor diversidad conceptual que los italianos, y también tienden menos a definiciones directistas y sociales. Por su parte, los italianos reconocían que gran parte de la confrontación política surgía de la diversidad de definiciones que habitaba su sistema cultural. El árbol de codificación constaba de 12 códigos y, en último término, distingue 5 modelos de concepciones de democracia: clásico (participativo), liberal, poliarquía (schumpeteriano), autoritario (con énfasis en los controles y las obligaciones) y socioeconómico (Putnam, 1973: 159-181). El estudio además pudo correlacionar las concepciones poliarquistas y liberales con una mayor satisfacción con sus democracias. También recoge los cambios que proponen los insatisfechos, por lo que da una idea de los problemas de sus democracias, sin extraer de ello conclusiones sobre su concepción de la democracia (ídem: 187-189).

Lisa Carlton (2011), por su parte, analizó las deliberaciones del Congreso estadounidense en torno a la *Patriot Act* en busca de “concepciones ideológicas de democracia”. Para ello, utilizó como método el “análisis de contrapuntos”. La autora codifica las intervenciones según la actitud frente a los adversarios, distinguiendo un modelo agonista (que enfatiza el valor del conflicto político) y uno de consenso. El trabajo renuncia explícitamente a algo que la mayoría de las investigaciones hasta aquí reseñadas rechazan implícitamente: no desea debatir “concepciones culturales de democracia en términos de teoría política” (ídem: 63), sin explicar en qué consistiría tal cosa.

³¹ Los entrevistados encontraban muy incómodos los cuestionarios estandarizados. Ver Putnam (1973: 19).

Tabla 8: Árbol de codificación de las características consideradas “esenciales de la democracia” para los políticos entrevistados en Reino Unido e Italia

- 1) Direct popular participation in government**
- 2) Popular sovereignty**
 - a. Responsibility to the electorate
 - b. Dialogue between government and the people
 - c. Other aspects of “government by the people” in a limited sense: public attention to politics; decentralized government; no secrecy in government; etc.
- 3) Voting**
 - a. Elections
 - b. Political equality; one man, one vote
 - c. Majority rule
- 4) Parliamentary government**
 - a. Representative government in general
 - b. Parliamentary control of the executive
- 5) Political liberties**
 - a. Freedom of speech and/or the press
 - b. Other political liberties
- 6) Limits on government power and discretion**
 - a. Rule of law; due process; constitutionalism
 - b. Other aspects of limited government; laissez faire; minority rights; religious freedom; checks and balances within government
- 7) Liberty (generic comment only)**
- 8) Political competition and choice**
 - a. Possibility of changing the Government
 - b. Party competition; multiparty system
 - c. Other aspects of political competition
- 9) Socioeconomic democracy**
 - a. Equality of opportunity
 - b. Social and economic security
 - c. Public ownership/ control economy
 - d. Other aspects of socioeconomic justice: classless society; workers’ control; etc.
- 10) Pluralism and government by discussion**
 - a. Social pluralism; “associationism”
 - b. Consultation and discussion
 - c. Other aspects of pluralism
- 11) Mature, educated, thoughtful citizenry**
- 12) Duties, responsibilities, controls**

Fuente: Putnam, 1973: 169.

Tabla 9: Árbol de codificación de las reformas que los políticos entendían necesarias para alcanzar una mejor democracia en Reino Unido e Italia

- 1) Direct popular participation in government**
 - a. More public participation and/or control
 - b. More direct participation in government
 - c. More participation in local government only
 - d. More public interest in politics
 - e. More responsive government
 - f. Other: initiative; referendum; participation in party activities; etc.
- 2) Socioeconomic reforms**
 - a. Educational reforms
 - b. End of poverty; increase economic security
 - c. Other: workers' control; more public ownership/ control of economy; greater equality of respect; etc.
- 3) Less arbitrary government interference**
- 4) Decentralization or devolution of government**
- 5) More powerful Parliament or MP**
- 6) Reform of electoral system**
- 7) Miscellaneous government reforms; reform local government; reform upper chamber; more efficient bureaucracy; etc.**
- 8) Changes in party politics**
 - d. Change party system; more party turnover in power
 - e. Reduce power of some particular party
- 9) More pluralism; more "associationism"**
- 10) More mature, responsible, capable citizenry**
- 11) Other miscellaneous reforms: more dispersed press ownership; less corruption; etc**

Fuente: Putnam, 1973: 189

En un *paper* inédito de 2010, Dayton y Kinsey estudiaron el significado de la democracia entre líderes sociales de Oriente medio, agrupando las opiniones en 5 categorías provenientes de un trabajo cualitativo previo: elementos esenciales de la democracia, medios para alcanzar la democracia, impedimentos y barreras para la democracia, ventajas y desventajas de los sistemas democráticos y democracia e islam/Oriente Medio (así lo referencian Seo y Kinsey, 2012: 4). Esta diversidad de formas en que distintos elementos pueden estar relacionados con la democracia contrasta con el error antes comentado que ha cometido la ESS al preguntar por la "importancia" de cada

aspecto para la democracia, particularmente si con tal pregunta se pretende analizar su significado.

3.2.4 La idea de democracia en Comunicación y Periodismo

Son escasos los trabajos reseñables en el ámbito de la investigación de los medios de comunicación que se centren en la diversidad de discursos sobre la democracia. Este ámbito de estudio ha tenido en cuenta la diversidad de significados de la palabra democracia sólo excepcionalmente, y no para analizar el discurso mediático al respecto, sino para considerar las diversas demandas normativas que puede exigírsele a los medios según se parta de uno u otro modelo de democracia (Strömbäck, 2005)³². También se ha analizado, en un sentido parecido, el uso que los estudios sobre medios hacen de la Teoría Política –incluidos dichos modelos de democracia– (Kari Karppinen, 2011; Karppinen, 2013).

Pero algunos trabajos basados en análisis de contenido de prensa sí prestan atención tangencialmente a la idea de democracia. Es el caso de la tesis *Valores éticos en la prensa escrita española, (1960-1965 y 1990-1995)* (Caracuel Quirós, 2003). En ella, se analiza cómo aparece el valor “democracia” en la prensa en dos épocas distintas. El análisis, por desgracia, impone al texto sus definiciones, llegando a afirmar que “[s]ólo existe una democracia, el valor de la democracia, que consiste precisamente en el respeto a la libertad humana de elegir libre y directamente a una autoridad representante”; “Cualquier otro intento de definición sería incurrir en una deformación de los conceptos” (idem: 188, 190). Nada más lejos de la perspectiva de esta tesis.

Vale la pena mencionar una investigación de Ghafour (2015) que, ejecutando un análisis de contenido mixto, trata de acercarse al tratamiento de la democracia en la web de dos agencias de noticias iraquíes, seleccionando 15 días aleatoriamente, e ignorando los artículos de opinión y aquellas noticias no políticas. El autor codificó las noticias en 10 temas. En lugar de seguir la palabra, como se hará aquí, el autor prefiere entender que se habla de democracia cuando se menciona alguno de los 10 aspectos inspirados en aquellos que Seo y Kinsey (2012) consideraron claves: participación popular, libertad de

³² El mismo Strömbäck (2005) reprocha la falta de referencias a distintos modelos de democracia cuando se critican las consecuencias negativas de la era de la información o se proponen estándares de comportamiento mediático. Karppinen (2013) sin embargo cita algunos trabajos en esta línea -todos posteriores al de Strömbäck-.

expresión y prensa, libertad religiosa, justicia (imperio de la ley), derechos humanos políticos, derechos humanos económicos y sociales, guerra y paz (seguridad internacional), educación, diversidad y deliberación. Por último, codifica los emisores de los mensajes (periodista, ciudadanos, gobiernos locales, gobiernos internacionales, mandatarios de países vecinos), algo que resulta de cierta utilidad para el análisis, por lo que también se hará en el presente estudio.

Este artículo, sin embargo, asume irreflexivamente que los ciudadanos comparten con ellos la consideración de que dichos aspectos son democráticos, un problema que no tiene el trabajo en el que se inspira: efectivamente, Seo y Kinsey (2012) realizaron un análisis de contenido, pero examinando la forma en que aparece reflejada la democracia en unos vídeos producidos a nivel global para el *Democracy video challenge*. Dado que esta iniciativa del Departamento de Estado de EEUU (2008) pedía explícitamente explicar qué es la democracia mediante un vídeo, el análisis no cae en la misma presuposición infundada. El análisis de los resultados en dicho estudio, además, tuvo en cuenta contribuciones de Teoría Política para tratar de ofrecer unas explicaciones a esta diversidad de nociones. Sin embargo, la introducción de la teoría en una fase tardía y no cualitativa dificulta el tipo de diálogo entre ambos ámbitos que aquí se intentará lograr.

3.2.5 Estudios en Ciencias de la Educación

Desde las Ciencias de la Educación, Joe Bishop ha criticado el imperialismo cognitivo del que pecan la mayoría de los estudios sobre las concepciones de la democracia de distintos colectivos relevantes para la educación (Bishop, 2008: 313-315). Coherentemente, Bishop y Hamot (2001) analizaron la capacidad del concepto de democracia para viajar culturalmente. En aquel estudio se realizó un análisis de contenido basado en la Teoría Fundamentada. Los textos analizados consistían en diarios de profesores checos visitantes y estadounidense (Bishop y Hamot, 2001: 471). El estudio mostró que ambos grupos compartían un núcleo de significado para democracia (como tolerancia y como proceso de decisión). Sin embargo, en el resto de aspectos se encontraron importantes desacuerdos, que remitían a los distintos contextos culturales.

En un posterior estudio, Bishop (2008) analizó de forma inductiva las definiciones de democracia de una muestra de alumnos y profesores checos. Las categorías a las que llegó

mediante Teoría Fundamentada fueron las que se muestran en la tabla de la página siguiente.

Tabla 10: Categorización de la idea de democracia mediante Teoría Fundamentada

1) Active (struggle, nonspecific).
2) Duties/Limits (vague, legal limits, specific).
3) Evaluative (positive, neutral/unclear, negative).
4) Rights/Freedoms (general, personal, civil).
5) Egalitarianism/Elitism (classical democracy, representative democracy, authoritarian democracy).
6) Historical.
7) Unknown.

Fuente: Bishop, 2008

3.2.6 Análisis de discurso

El “análisis de discurso” es una etiqueta que engloba prácticas diversas, por lo que conviene aclarar que aquí me centraré en aquellos estudios que analizan contenido de forma cualitativa. Por ejemplo, la tesis *El concepto de democracia en el discurso político de la izquierda colombiana*, de Fernando Giraldo García (2001)³³, muestra las dificultades de este grupo político para modificar su concepción de democracia. El estudio aplica un análisis de contenido a “textos de resoluciones y conclusiones de congresos”. La técnica dependió de “la lectura y la relectura de los textos”, alejándose por tanto del análisis de contenido tradicional de corte más deductivo (ídem: 6). Así se descubrió que el concepto de democracia de la izquierda colombiana estaba vinculado al cambio y la transformación. Esta izquierda realiza en esos años una crítica a la sociedad como “antidemocrática” – frente a una propuesta de democracia que nunca llega a ser clarificada–. El bipartidismo se identifica con la antidemocracia y, coherentemente, los demás partidos, con la democracia. De esta forma, ellos se presentan como salvadores de un pueblo que desea la

³³ Aunque, según he podido investigar, esta tesis se presentó en el año 1993 en la universidad de París III, me guió por un artículo publicado por su autor en 2001.

democracia, pero que no la consigue. Sin embargo, no pide el apoyo a la población; sólo “constata” su aprobación (ídem: 7). La llamada a “construir” la democracia transmite la idea de que no existe nada digno de recibir tal nombre; por tanto, no existe nada que cuidar o conservar. Frente a la “fachada” que supone la democracia representativa, se propone la participativa –que, sin embargo, no excluiría elementos representativos (ídem: 8)–.

Otro trabajo del contexto latinoamericano que merece mención es el artículo *El lugar de la democracia en el discurso del peronismo renovador* (Podetti et al., 1988). Las autoras analizaron las intervenciones públicas de dos importantes políticos peronistas para descubrir sus estrategias discursivas, mostrando cómo el Peronismo Renovador utilizaba el “lexema” democracia de tres formas: “como sistema democrático en general”, como “el sistema político que implementa el gobierno radical” y como “el modelo propuesto por el peronismo renovador (identificado con todo el peronismo)” (Podetti et al., 1988: 4). En resumen, concluyen que el peronismo renovador: “1) impone sus propios significados al significante «democracia», identificándolo por momentos con los significantes tradicionales del peronismo; 2) desvela significados ocultos en el uso falaz que hace de ese término el radicalismo” (Ídem). En definitiva, demuestran que el concepto jugó un papel fundamental como “vía de legitimación interna y externa” (Ibídem: 6), pero también alerta de los movimientos para hegemonizar el significado de la palabra. Estas dos dimensiones (legitimización y lucha por la hegemonización), tan importantes en la contienda política concreta, deben ser por tanto tenidas muy en cuenta.

En México destaca la tesina de Máster *Pensar los usos de la democracia. Prácticas discursivas del campo intelectual mexicano (2000-2015)*, en la que Carral Hernández (2018) se acerca a los usos (principalmente semánticos) de la idea de democracia que hicieron los intelectuales editorialistas mexicanos en las fechas señaladas. Para ello realiza un análisis de contenido de artículos de opinión en dos diarios y entrevistas semiestructuradas. Carral parte de la distinción entre tres paradigmas teóricos: el “procedimental/minimalista”, el “pluralismo político” y el “realismo social”, aunque concluye que los discursos analizados “corresponden a más de un paradigma” (Carral Hernández, 2018: 62, 180). También reconoce que “el metadiscurso generó algunas complicaciones al momento de realizar el análisis de los artículos de opinión” (Carral Hernández, 2018: 179), algo con lo que esta misma tesis también ha encontrado mayúsculas dificultades, pero para lo que se ofrecerán algunas soluciones.

En España, debe destacarse como ejemplo de investigación empírica sobre el discurso la obra *El discurso político de la transición española*, de Rafael del Águila y Ricardo Montoro (1984). Esta obra resulta ciertamente productiva en sus resultados. Aunque menos cargada metodológicamente que los trabajos mencionados hasta ahora, resulta llamativo que sus apuntes metodológicos adelanten gran parte de las reflexiones que años más tarde proveerán autores especializados en el análisis del discurso como Teun van Dijk. En dicha investigación los autores se propusieron “descubrir el juego interconectado entre ideología y realidad a través del análisis del discurso político”, entendiendo ideología como “falsa conciencia” expresada en el lenguaje (del Águila y Montoro Romero, 1984: 15). Las fuentes utilizadas van desde la prensa al diario de sesiones del congreso, incluyendo discursos dados en otros foros. Este trabajo se detiene particularmente en el concepto de democracia, entendiéndolo como un “argumento ideológico”: era el objetivo “elemental” de la transición, “primario” y, a la vez, “último” (del Águila y Montoro Romero, 1984: 65). Aunque su trabajo abarca un corto periodo de tiempo y no ofrece por tanto un análisis diacrónico, el contraste que genera con el presente su simple lectura demuestra que este planteamiento sincrónico no deja de resultar enriquecedor.

Con mayor carga metodológica destaca la investigación cualitativa que realizó el Centro de Investigaciones Sociológicas (Centro de Investigaciones Sociológicas, 2011) en el otoño del año en que nació el 15M, llamada “Representaciones políticas y 15M”. En ella se planteó, entre otras cuestiones, la diversidad de concepciones de democracia que el movimiento albergaba. Como en la encuesta alemana arriba citada, los investigadores concluyen en base a grupos de discusión y entrevistas en profundidad que aquellos que critican la democracia por limitarse a “votar cada cuatro años” entregando una “patente de corso” a los políticos “coincide con la parte menos interesada y activa en política”, por lo que entienden que manifiestan “una visión algo reduccionista de la democracia” causada por su falta de experiencia.

Los participantes en los grupos consideraban también que la democracia estaba sometida a “la dictadura del mercado” a través de la globalización, lo que impide que el país pueda tomar sus decisiones. Aunque responsabilizaban de la crisis al sector financiero y “los políticos”, por haber consentido, cuando no promocionado, un modelo consumista basado en el crédito, también son críticos con la ciudadanía, por haber aceptado

(pasivamente) este modelo. Se critica de la política que sea “un teatro, una gran puesta en escena”, pero se entiende que es “necesaria”, aunque de forma distinta a como se viene desarrollando –una forma asociada a la profesionalización, que conlleva la creación de un interés personal y colectivo del político (“clase política”) vinculado a la corrupción–. El político ideal, sin embargo, se antoja principalmente como un buen “gestor de recursos”, y no como un buen representante ideológico. El trabajo también percibe una sed de alternativas político-económicas que rompan con un sistema de “oposición totalmente destructiva” (bipartidismo), lo que deriva en las consabidas críticas al sistema electoral y a la praxis democrática, incluidos los medios de comunicación, pero también a los votantes. Se piden vías de participación; pero, sobre todo, formas de control.

También haciendo uso de grupos de discusión y con una perspectiva de análisis crítico de discurso, Mölder ha estudiado el significado de democracia en Estonia (2010). El artículo encuentra que los participantes se referían con esta palabra principalmente al Estado como lugar del poder. Los actores principales eran los políticos como depositarios de ese poder (presentados como individuos incompetentes movidos por intereses particulares y poco receptivos) y el pueblo (enfrentado a los políticos, y concebido sin capacidad de agencia, victimizado, cansado de la política). Mölder identifica cuatro marcos desde los que se entiende la democracia:

- Libertad: el más habitual; entendida principalmente de forma positiva –capacidad de acción–, individualista y sin referencia a lo político salvo como riesgo para esa libertad.
- Responsabilidad: conectado con el anterior. Se refiere tanto a los ciudadanos como a los políticos.
- Interacción democrática: que interrelaciona políticos y pueblo, generalmente en la dirección de receptividad, aunque esperando solamente ser oídos –casi ni siquiera escuchados–.
- Reglas, mecanismos, procesos y acuerdos básicos, siendo este marco el menos frecuente (Mölder, 2010: 47-52).

3.2.7 Contribuciones desde la Antropología

En el extremo cualitativo se encuentran los estudios antropológicos basados en la observación participante. Con esta mirada, Frederic C. Schaffer (1997; 2000) ha realizado aportaciones muy interesantes. A partir de su trabajo de campo en Senegal durante 14 meses, este antropólogo ofrece una sugestiva comparación entre los ideales de democracia en América en el francés de Senegal y en idioma wolof, tratando de mostrar cómo instituciones idénticas sobre el papel pueden convivir con diversas concepciones de qué es democracia, generando con ello prácticas diversas. Schaffer también ofrece una descripción detallada y vibrante de las luchas entre distintos actores políticos por redefinir el significado de democracia de acuerdo con sus intereses (un aspecto que otros muchos estudios han soslayado), e insiste en la situación económico-social como variable explicativa de estos significados.

3.2.8 Estudios de movimientos sociales

Los estudios sobre movimientos sociales han alcanzado un nivel de sofisticación respecto a la cuestión aquí tratada que supera las ambiciones de esta tesis. Si bien los anteriores trabajos, incluso aquellos autodenominados “análisis del discurso”, se limitan en general al análisis de las manifestaciones lingüísticas concretas mayores que la frase, sean orales o escritas, o como mucho buscan las reglas que regulan esas manifestaciones, estos estudios entienden desde el postestructuralismo (epígrafe 2.5) que todo hecho social, en tanto que significativo, puede entenderse como discurso.

Quiero destacar fundamentalmente tres vías de trabajo. En primer lugar, Francesca Polletta ha llevado a cabo un análisis de cómo las concepciones de democracia (incluyendo cómo se entienden igualdad, liderazgo o eficiencia, entre otros) ha afectado a los movimientos sociales americanos del siglo XX, teniendo en cuenta que estas concepciones –reflejadas en sus interacciones– encuentran inspiración, simbólica o metafóricamente, en otras actividades sociales, ya sean familiares, de amistad, económicas, religiosas o educativas (Polletta, 2002: 3-18). Se muestra así el poder de las metáforas sobre las distintas concepciones de democracia, un aspecto nada despreciable y que esta investigación tendrá muy en cuenta.

Segundo, una vía cuyo mejor representante es la obra colectiva editada por Della Porta *Another Europe: Conceptions and practices of democracy in the European social*

fórum. Ésta explicita desde el propio título que su intención es trabajar tanto en el plano de las ideas como en el de las prácticas para “ofrecer aproximaciones a concepciones alternativas de democracia y a los actores que la promueven”, poniendo el foco en los movimientos sociales europeos contemporáneos (della Porta, 2008b: I). En su opinión, las concepciones de democracia son tan importantes para estos movimientos como los movimientos lo son para el funcionamiento de la democracia. Sin embargo, salvo excepciones, “las concepciones de democracia en los movimientos sociales no eran estudiadas habitualmente”³⁴. Estos movimientos además, como ocurrió con el 15M, expresan una crítica a la política convencional que se concreta en propuestas de prácticas democráticas alternativas (della Porta, 2008a: 4). Es decir: su concepción de democracia contrahegemónica se expresa, no sólo en sus demandas, sino también en su propio quehacer en organizaciones descentralizadas y participativas.

Estos grupos, dados sus escasos incentivos materiales a repartir, tienen una gran dependencia de las creencias compartidas y la coherencia con dichas creencias se vuelve fundamental. Los activistas son exigentes con respecto a la democracia interna y, por tanto, tienden a debatir sobre ella y a experimentar. Sus opiniones sobre la democracia recuperaran valores clásicos, populistas, comunitarios, de base o de democracia directa, a los que hay que sumar otros emergentes como la atención a la comunicación, el consenso, la inclusión, la diversidad, el respeto, o la apertura a las preferencias distintas siempre que sean formuladas en base a razones legítimas, reflejando así las perspectivas que en la academia se han venido a llamar “deliberativas” o “discursivas” (della Porta, 2008a: 5).

La investigación más interesante de della Porta para la presente tesis se centra en el Movimiento por la Justicia Global y se apoya en los resultados de una encuesta, análisis de documentos y webs, entrevistas semiestructuradas y observación participante (della Porta, 2008a: 6). En el volumen señalado, se muestran los resultados respecto al Foro Social Europeo, entendido como caso crítico (della Porta, 2008a: 11, 14). En los documentos analizados se encontraron los valores democráticos de la tabla presentada, aunque el análisis se centra sobre todo en si se acepta la delegación o no, y si se reclama el consenso junto a otros elementos deliberativos o se acepta la regla de la mayoría y la negociación. El texto concluye que existe una variedad de concepciones en el

³⁴ “[...] the conceptions of democracy in social movements were not often investigated [...]”.

movimiento, lo que explica algunos conflictos internos e insatisfacciones (Andretta y della Porta, 2008: 71, 83).

Pese a la gran calidad e interés de esta investigación, leyendo el trabajo no queda claro, sin embargo, de qué forma se infiere que, cuando los sujetos están hablando de estos valores, están siempre hablando de democracia; es decir, se confía en el atajo interpretativo (necesario para irrumpir en el círculo hermenéutico) consistente en imponer el prejuicio del investigador sobre lo que significa democracia para los sujetos investigados. Esta tesis, además de preferir confiar en la relevancia de la palabra, reivindica el interés de estudiar no sólo el discurso de estos movimientos en momentos críticos, sino también las respuestas que reciben desde los actores que conforman lo que ellos mismos llamarían “el sistema” y la interacción entre ambos; es decir, analizar en conjunto la esfera pública, aunque ello suponga poder ofrecer menor detalle sobre cada aspecto.

Tabla 11: Valores democráticos en el Movimiento por la Justicia Global

Internal democratic values	%	General democratic values	%
Autonomy of the territorial levels	38.5	Participation	51.2
Autonomy of member organizations	33.1	Difference/plurality/heterogeneity	47.1
Participatory democracy	27.9	Equality	34.0
Inclusiveness	20.9	Dialogue/communication	31.6
Consensual method	17.2	Inclusiveness	25.8
Non-hierarchical decision-making	16.0	Transparency	23.8
Criticism of delegation and/or representation	11.1	Individual liberty/autonomy	21.7
Deliberative democracy	7.0	Autonomy (group, cultural)	18.9
Limitation of delegation	6.6	Representation	6.1
Rotation principle	6.6		
Mandate delegation	6.1		

Fuente: della Porta y Reiter, 2006: *Organizational Ideology and Vision of democracy in the Global Justice*, citado en della Porta, 2008b: 7.

En tercer lugar, un trabajo pertinente para la presente investigación es *Beyond Structures to Democracy as Culture* (Beeman et al., 2009). Este grupo de investigadores concentraron su atención en una contradicción que habían encontrado en grupos de

discusión, entrevistas y observación participante al estudiar las prácticas democráticas de mujeres en Quebec: las mujeres activas en movimientos de base parecían adolecer de una falta de interés por las estructuras formales de toma de decisión mientras que, por otro lado, “hablaban elocuentemente del significado de democracia y su importancia” (ídem: 867). Para los miembros “de base”, democracia significaba tener voz, poder expresarse y ser escuchado, influyendo en el grupo, y en un contexto de respeto, “sin miedo a recibir burlas, intimidación o rechazo”; no ser juzgado, y no juzgar (ídem: 877). Estas mujeres entendían que, pese a su falta de acceso a las estructuras de decisión, la democracia era una cuestión más allá de las estructuras, aunque a veces esos otros espacios llamados “democracia” no existían realmente (ibidem: 881).

3.3 ESTUDIOS DESDE LA TEORÍA POLÍTICA Y LA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS

Aunque no los desarrolle de forma extensa, y pese a que ya se han recogido anteriormente las contribuciones de Koselleck a la materia (2.2), permítaseme mencionar aquí algunos de los trabajos en Teoría Política e Historia de los Conceptos que después recuperaré. Empezaré por las aportaciones de la Historia de los Conceptos y la Teoría Política (3.3.1), centrándome en los trabajos de Rosanvallon y Fernández Sebastián, por un lado, y de Przeworski, Mair y Sartori, por otro. A continuación, se prestará atención al trabajo en torno a modelos de democracia de Lijphart (3.3.2.1) y Held (3.3.2.2) y se presentarán algunas críticas a este último (3.3.2.3); principalmente, la de Sartori. De mano de este último autor, se planteará la posibilidad de que sólo existan dos “modelos” de democracia (el de los antiguos y el de los modernos), para a continuación tratar de complejizar la relación entre ambos modelos gracias a las contribuciones de B. Manin y presentar el planteamiento habermasiano y su distinción de tres modelos de democracia.

3.3.1 Contribuciones de la Historia de los Conceptos y de la Teoría de la Democracia

Desde la Historia de las Ideas y de los Conceptos existen aproximaciones muy enriquecedoras y que servirán en el tercer bloque para realizar el análisis de la idea de democracia en la prensa. Conviene sin embargo adelantar algunas de estas ideas para establecer el marco desde el que partirá dicho análisis. Por ejemplo, existen algunas

historias del concepto capaces de ofrecer una panorámica general de gran valor teórico, como las de Rosanvallon (2006) o Palmer (1953). En particular, en lo concerniente a España, debe destacarse el trabajo de Javier Fernández Sebastián, tanto como coordinador y encargado de la palabra democracia en sendos diccionarios políticos y sociales de los siglos XIX y XX (Fernández Sebastián, 2002; Fernández Sebastián, 2008) como, en compañía de Juan Francisco Fuentes (Fuentes y Fernández Sebastián, 2008). En este último texto se advierte además de la “tendencia, patente a lo largo del siglo XX, a sustituir los grandes conceptos políticos como argumentos de legitimación de un régimen o una ideología por las emociones más primarias como factores de movilización social y política”; “el escándalo político ocupa el lugar que corresponde a las ideas”, lo que me permite insistir en las dificultades de plantear un análisis en términos meramente semánticos y cognitivistas. Eso sí, la perspectiva histórica nos recuerda según estos autores que “[e]l tema de la crisis de la democracia es probablemente el mayor *déjà vu* de la historia política del mundo contemporáneo”.

Por su parte, Rosanvallon considera que esta crisis o malestar perennes de la democracia han sido tan intensos como consecuencia de que su definición (y debe agregarse, en consecuencia, su implementación) no puede completarse: de una “indeterminación” que “se inserta en un sistema complejo de equívocos y de tensiones”. El trabajo de este autor quiere hacer “[u]na historia de las aporías” de la democracia (Rosanvallon, 2003: 61). Y localiza algunas de las más significativas, en torno a las que giran las distintas dimensiones de significado que mostrará esta tesis:

- Primero, que el pueblo mismo “no existe sino a través de representaciones aproximativas y sucesivas de sí mismo”; es decir, “el problema del tercer organizador”. Un problema que se concreta en la necesidad de una exterioridad para que la colectividad pueda expresarse; fundamentalmente, de representantes políticos.
- Segundo, “una tensión entre el número y la razón, entre la ciencia y la opinión, pues el régimen moderno instituye la igualdad política a través del sufragio universal al mismo tiempo que plantea su voluntad de construir un poder racional cuya objetividad implica la despersonalización”.
- Tercero, la incertidumbre sobre la mejor forma de articular institucionalmente el poder social. Esto incluye la tensión entre el principio de justificación,

tendente a la unidad, la generalidad y el consenso, frente a la técnica de decisión, que se concreta habitualmente en la regla de la mayoría. Como resultado, aparece la oscilación “entre el miedo al conflicto y la angustia ante su ausencia”.

- Cuarto, la tensión entre el deseo de autonomía personal protegido por instituciones independientes y de participación colectiva; entre liberalismo y democracia (Rosanvallon, 2003: 22–24, 51-54, 74; Rosanvallon, 2010: 22).

También caracteriza a la democracia su compleja relación con el tiempo, pues “es arraigo e invención”, y siempre anda tentada de “hacer prevalecer los «caprichos del instante»” (Rosanvallon, 2003: 51-54, 74). A ello súmese que “democracia” entrelazaría dos formas opuestas de entender la legitimidad: la procedimental (“derivada del reconocimiento social a un poder”) y la sustancial (“como adecuación a una norma o a unos valores”) (Rosanvallon, 2010: 23). El posterior análisis deberá tener muy en cuenta la existencia de estas aporías, tanto para señalarlas empíricamente como para utilizarlas de referencia desde las que problematizar los discursos públicos comunes.

Por otro lado, autores clave en la Teoría de la Democracia como Sartori han centrado buena parte de su trabajo en analizar el concepto de democracia, previniendo contra aquellas ideas comunes que podrían propiciar su destrucción (Sartori, 2007; Sartori, 1988a). El profesor italiano diferenciaba con detalle algunos de los errores típicos que se cometen al pensar en la democracia, entre ellos dos ya presentados: la simplificación realista y la simplificación idealista o perfeccionista (2.4.4b). Una tercera simplificación consistiría en la llamada “celada terminológica”, a la que también se refiere como “democracia etimológica” (Sartori, 2007: 25). Es decir, considerar que “democracia” es, sencillamente, “el gobierno del pueblo”, esencializando la idea en torno a esta fórmula tan amplia sin percatarse de que la cuestión clave en torno a la que surge el debate, la pluralidad de interpretaciones posibles, “está en las correas de transmisión de poder” que comunican a ese “pueblo” con la toma e implementación de las decisiones (Íbidem: 37). En este mismo sentido se pronunció Peter Mair (2006), incluyendo en su crítica a las nociones legalistas de democracia. El investigador señalaba cómo algunos países y teóricos ponen el acento en el elemento popular de las democracias y la participación, mientras otros lo ponen en el Estado de derecho y los procedimientos legales. Aunque ambos sean esenciales para la democracia, entiende Mair que estos discursos dejan de

lado el elemento central de la democracia: la elección del representante y su control. Es decir, los mecanismos de transmisión de poder.

Menos útil parece el análisis de Sartori acerca del problema para definir el momento en que la suma cuantitativa de elementos democráticos se convierte en un salto cualitativo. A este respecto, el italiano diferencia dos debates previos a la evaluación de la democraticidad de un sistema. En primer lugar, la definición de los rasgos mínimos que caracterizan a una democracia, que nos permitan asegurar si estamos ante tal régimen o no. En segundo lugar, habría que concretar los criterios respecto a los que una democracia puede ser mejor o peor democracia. No obstante, Sartori consideraba que, aunque “dictadura” es un buen opuesto, no constituye el contradictorio. Esto es, en su opinión, la dicotomía democracia-dictadura admitiría gradación, cuando un contradictorio por definición obliga a decidir entre uno u otro. El contradictorio de democracia sería “autocracia”, y la prueba que permitiría afirmar ante qué sistema estamos consistiría en la existencia de “elecciones libres, competitivas y no fraudulentas” (Sartori, 2007: 17, 141-163).

La debilidad fundamental de tal planteamiento está en que las elecciones también pueden ser más o menos “libres, competitivas y no fraudulentas”. De hecho, la misma definición del procedimiento más “libre” es objeto de debate, aunque sólo fuera por lo controvertido del concepto de libertad: ¿Cómo diferenciamos radicalmente el voto libre, producto de un proceso de deliberación, del voto manipulado? ¿Qué capacidades o condiciones establecemos como criterios para el acceso a la ciudadanía? Por ejemplo, ¿a qué edad se debe adquirir el derecho al sufragio activo? ¿Y pasivo? Se abre así una plétora de cuestiones que sólo admiten respuestas de grado, dejando sin solución el problema inicial: definir una oposición absoluta.

En otros pasajes, Sartori apela como criterio para diferenciar a dictaduras y democracias a los ideales sobre los que se asienta el sistema en cuestión: “la democracia, sin duda, será una realización bastante imperfecta del ideal; pero no puede rechazarse por antidemocrática, pues realmente fue implantada por una deontología democrática” (Sartori, 1988: 98-99). Por un lado, ese “realmente” abre la cuestión al juicio contingente (precisamente en el periodo analizado un nutrido grupo gritaba que la democracia española no les parecía muy “real”). Esta segunda solución, además, se basa en el silenciamiento de las tensiones internas dentro del concepto; de las aporías identificadas

por Rosanvallon (2003: 63), y que impiden a un sistema democrático medirse con respecto a un ideal reconciliado consigo mismo, obligándole a elegir privilegiar unas dimensiones democráticas u otras en su institucionalización y práctica diaria.

Robert Dahl, al contrario que Sartori, reconocía sin ambages que delimitar el grado de cumplimiento de las distintas dimensiones de la democracia a partir del cual decimos estar ante una democracia resulta en cierta medida “arbitrario”, incluso si asumimos un (inexistente) acuerdo sobre cuáles son estas dimensiones y omitimos la tensión entre ellas. Una cuestión que, *de facto*, suele resolverse tomando como medida a los países europeos y angloparlantes (Dahl, 2015: 216-217). Es decir: tomando como modelo una forma particular de resolver institucionalmente las tensiones internas del ideal democrático. De ahí que, una vez sistematizada filosóficamente la estructura mínima de los principios democráticos, Dahl baje de nivel (u orden) para definir las características de las poliarquías: de una forma política que aspira a concretar esos principios. Si Dahl está en lo cierto, entonces la democraticidad no puede dirimirse como una cuestión de ser o no ser que permita posponer a una segunda fase la valoración como “mejor” o “peor” democracia. En realidad, este movimiento ocultaría cierta esencialización: una hegemonización del concepto con algunos elementos (procedimentales en el caso de Sartori) que se privilegian sobre otros, en un movimiento con gran potencial para ocultar esta decisión (incluso al margen de las intenciones de los hablantes), pues queda en un segundo plano no sometido a debate. Coherentemente, podemos decir que el gradualismo no es indicador suficiente de la inexistencia de esencialismo.

Sin embargo, esta oposición mediante la que “no esencializar” aparece como superior a la esencialización puede deconstruirse, encontrándose el indicador más claro de la aporía que la constituye en el ámbito de los efectos performativos³⁵. En sentido estricto, todo categorizar conlleva favorecer unos aspectos sobre otros, que inevitablemente desplazan de nuestra mente a lo excluido. Esta diferenciación implica, en tanto que constitución de significado, la ocultación de algunas alternativas. La decisión de primar unas definiciones sobre otras tiene, dicho de otra forma, unas consecuencias hegemonizadoras inevitables: a base de repetir un uso particular de la palabra, esta identificación entre el signo y el significante tenderá a naturalizarse. Esto ocurrirá sin posibilidad de enmienda si la *episteme* en la que ocurre esta atribución de significado puede considerarse “metafísica”

³⁵ Véase al respecto, por ejemplo, Franzé (2015a: 166).

en los términos derridianos: en tal régimen discursivo, el reconocimiento de la inestabilidad conceptual se sustituye por una pretendida seguridad que, en caso de que las experiencias contradigan la estructura simbólica e imaginaria (en caso de una irrupción de lo “real”), decide o bien ignorarla o bien dar el salto a un nuevo agarre esencialista. En caso de que tal salto se antoje bloqueado, encontraremos a un sujeto perdido, frustrado e, incluso, deprimido. Por el contrario, sería posible que esta “vulnerabilidad” fuera “aceptada en toda su radicalidad” sin que ello lleve “necesariamente ni el abandono de los valores emancipatorios ni un escepticismo generalizado” (Laclau, 1998: 64).

Przeworski (2010), por su parte, ha tratado de reformular las ideas fundamentales de la concepción occidental de la democracia, buscando particularmente aquellas que podrían estar en la base de unas expectativas poco razonables. De esta forma, ha reflexionado sobre aquellos elementos incoherentes o impracticables de las formulaciones clásicas de valores como el autogobierno, la igualdad o la libertad, y que nos hacen percibir carencias en nuestras democracias que no son tales. En resumen, Przeworski (2010: 7) entiende, siguiendo a Berlin, que “la igualdad, el autogobierno y la libertad no encajan entre sí fácilmente”. No se trata de un trabajo muy distinto en sus intenciones de lo realizado por Schumpeter (1984) en su más conocido pasaje sobre la democracia³⁶. Sin embargo, ambas valiosas aportaciones no trabajan sobre datos empíricos, sino que se apoyan en sus interpretaciones intuitivistas de lo que se está entendiendo comúnmente por democracia. En el caso de Schumpeter, además, es especialmente grave su falta de celo al construir la imagen de una “teoría de la democracia clásica”; particularmente cuando evita distinguir entre la dimensión normativa y la descriptiva de la democracia, sencillamente convirtiendo a su adversario en un hombre de paja (Pateman, 1970: 15 y ss.).

3.3.2 Los modelos de democracia y la investigación empírica

Entre los trabajos de Teoría Política que tienen en cuenta la diversidad de significados de la democracia destacan aquellos que han intentado establecer distinciones entre “modelos de democracia”. Los trabajos de Macpherson ([1977] 1982) y Held ([1987] 2006), referentes clave en la disciplina, no atienden a los usos comunes, sino a la literatura académica. No obstante, sus modelos de democracia han sido profusamente utilizados en

³⁶ A Schumpeter, sin embargo, se le ha recriminado haber reproducido en la base de su argumentación parte de aquello que él criticaba: una apelación a lo racional que se descubre demasiado “extra-racional”, como señaló Connolly (1995: 140-142).

investigaciones de todo tipo, como se ha visto más arriba. Además, Lijphart (1984; [1999] 2000) ha desarrollado modelos a partir de la investigación empírica sobre las distintas formas en que se han institucionalizado las democracias contemporáneas.

En este apartado, sin embargo, argumentaré que una aplicación directa de estas clasificaciones de modelos al discurso común resulta claramente inadecuada, además de incoherente con los objetivos de la presente investigación. Principalmente, se planteará el problema de que estos modelos se centran en aspectos semánticos o institucionales, omitiendo la importancia de los usos. Sin embargo, de todos ellos pueden extraerse elementos para el análisis de la idea corriente de democracia.

a. Lijphart: modelos a partir del análisis empírico de las instituciones

En *Democracies. Patterns of majoritarian and consensus government in twenty-one countries* (Lijphart, 1984), el investigador usa la palabra modelos insistentemente, pero no para referirse a tradiciones intelectuales, sino a las democracias actuales y sus diferentes funcionamientos. Tras un trabajo empírico comparado, Lijphart identifica dos patrones o modelos a modo de tipos ideales: es decir, extremos de un continuum coherentes internamente e inducidos a partir de una abstracción de la realidad pero que no aparecen exactamente en esa realidad. Estos modelos son, por un lado, el mayoritario (modelo Westminster) y, por otro, el consensual (democracias belga y suiza). Ambos modelos están caracterizados por su diseño institucional, y su validez es puesta a prueba mediante una extensa investigación empírica, publicada en *Patterns of Democracy* (traducido en *Modelos de Democracia*, Lijphart, [1999] 2000).

El planteamiento de Lijphart es realmente diferente al presente, ya que su objeto es puramente institucional y el mío atenderá principalmente a lo imaginario y simbólico. Sin embargo, entendiendo que las prácticas son significativas (es decir, que las instituciones desarrollan ciertos valores contenidos en entramados simbólicos y que los valores privilegian ciertas prácticas), se hace necesario tener muy en cuenta esta clasificación. Al fin y al cabo, los discursos sobre qué hace a un sistema “más democrático” suelen incluir algunos de estos elementos, ya sea para calificarlos como lo verdaderamente democrático o todo lo contrario. Además, encontramos tras estos modelos dos principios democráticos en competencia y que, como desarrollaré más abajo, se derivan ambos del principio de autonomía: el deber de considerar a todos igualmente con derecho a la autonomía nos

induce a no imponer leyes a nadie si no las quiere, mientras que ese mismo derecho a vivir bajo las leyes que uno desea, y dado que una decisión también es una decisión, deslegitima a la minoría para establecer vetos contra una mayoría.

Tabla 12: Dimensiones de los modelos de democracia de Lijphart

MODELO MAYORITARIO	MODELO CONSENSUAL
Gabinetes de un solo partido	Gabinetes de coalición
Predominio del gabinete	Equilibrio ejecutivo/legislativo
Bipartidismo	Multipartidismo
Sistema electoral mayoritario	Sistema electoral proporcional
Pluralismo de grupos de interés	Corporativismo
Gobierno centralizado	Federalismo
Unicameral	Bicameral
Constitucionalismo flexible	Rigidez constitucional
Sin revisión judicial	Revisión judicial (Tribunal constitucional)
Banco central controlado por el ejecutivo	Banco central independiente

Fuente: Lijphart, 1984

b. David Held y la perspectiva de la didáctica de la historia

Desde la Teoría Política entendida esencialmente como historia de las ideas, uno de los trabajos más reconocidos y más seguidos en esta tradición de establecer “modelos” es *Models of Democracy*, de David Held ([1987] 2006). En él, su autor clasifica el pensamiento sobre la democracia en cuatro modelos clásicos (clásico o ateniense, republicanismo, liberal representativo y directa marxista), cinco modelos del siglo XX (democracia legal, elitista competitiva, pluralista, deliberativa y participativa) y dos más que propone el autor (autonomía democrática y cosmopolitanismo). La tentación de aplicar a la investigación una clasificación tan autorizada es fuerte, pero un trabajo analítico, además de proveer recursos muy útiles para más adelante, permite mostrar su inadecuación para el objetivo de esta tesis.

Desagreguemos para empezar los criterios que se encuentran tras la clasificación de Held: los principios justificativos –aspecto normativo–, las características principales y condiciones generales –elementos socioeconómicos que se consideran necesarios para el desarrollo del modelo–. Para evitar la generalidad de la expresión “características generales”, las distinguí según una clasificación que el propio Held presenta en las primeras páginas de su obra (y que nunca vuelve a usar): según estas características se refieran al “gobierno” (a la amplitud de su actuación legítima y su organización), al “pueblo” (criterios de inclusión y exclusión, cómo es caracterizado, participación no institucionalizada) y la “relación entre el gobierno y el pueblo”.

La aplicación de estos criterios a los cinco modelos contemporáneos de Held (más el modelo neopluralista) da como resultado el cuadro de la tabla 13. Observarlo con detenimiento permite entender mejor los problemas a los que conduce la utilización de estos modelos en la investigación empírica de discursos no académicos:

- Primero: utilizar etiquetas con el nombre de cada modelo para codificar implica subsumir juntos aspectos tan diversos como “énfasis en el Estado de derecho” y “minimización del colectivismo”. Que estos elementos hayan formado parte de teorizaciones importantes puede hablar de su correlación lógica, pero difícilmente podrá esperarse tal coherencia de discursos no académicos.
- Además, los modelos no constituyen tipos lógicos. Para empezar, porque no son excluyentes en todas sus dimensiones, lo que resulta especialmente flagrante en el caso del modelo participativo frente al modelo deliberativo: de hecho, Held llega a ofrecer la posibilidad de una “democracia radical participativa deliberativa” (Held, [1987] 2006: 253). La desagregación muestra que algunos aspectos pertenecen a varios modelos (el Estado de derecho, por ejemplo, es difícil de excluir de casi ninguno) y, sin embargo, en cada uno adquieren una significación distinta. Esta falta de coherencia lógica hace que su uso como tipos ideales para los discursos comunes tampoco pueda resultar productivo.
- Esta falta de consistencia lógica hace que algunos aspectos no aparezcan en ninguno de los modelos. Por ejemplo, la crítica a anteponer el Estado de derecho frente a la voluntad popular no encuentra su lugar –por mucho que, si fuese necesario, pueda asimilarse esta crítica a la propuesta de una “estructura abierta” del modelo participativo–.

Esta falta de adecuación de los modelos de Held al objetivo de esta tesis se debe sencillamente a la naturaleza del texto de Held; a sus intenciones. Held en ningún caso trataba de construir un esquema en términos lógicos o analíticos, sino históricos, y esto en un sentido muy particular: no se trata de una historia del concepto a varios niveles, sino que simplemente investiga a autores académicos (no concepciones populares) que han tomado la democracia como tema central. Held los agrupa y de sus concepciones extrae “modelos”, que quizás sería más adecuado calificar de “tradiciones teóricas” (por mucho que estas teorías se muevan ellas mismas entre lo descriptivo/explicativo y lo normativo) (Held, [1987] 2006: 6).

No puede además perderse de vista que el texto de Held tiene un objetivo didáctico; de hecho, fue primeramente desarrollado como lectura para un curso de la Open University (Held, [1987] 2006: xi). Esto acerca su trabajo a la Historia de la Ideas más tradicional, en el sentido de que parece necesitar decir algo de cada autor considerado importante para el canon, independientemente de si aportaron algo relevante a la Teoría de la Democracia. Así, el británico dedica varias páginas a hablar del cristianismo durante la edad media (Agustín de Hipona, Tomás de Aquino) (Held, [1987] 2006: 29-31) o a la justificación hobbesiana del poder —eso sí, sin llegar a explicar qué significaba para Hobbes la palabra democracia y su opinión al respecto— (ibidem: 60-62). Al mismo tiempo, quedan olvidados los niveladores o los cartistas.

Además de todo ello, resulta casi imposible localizar en las expresiones diarias de casi ningún artículo periodístico tantos matices como son necesarios para una clasificación con tantos tipos. En la prensa lo que encontramos frecuentemente son usos superficiales y fragmentarios de la idea de democracia. Estas apariciones superficiales podrían ignorarse, pero con ello perderíamos buena parte de los usos comunes de la idea de democracia. No pueden situarse al margen los usos vagos, poco desarrollados, en los que no destaca tanto el significado del concepto como su orden intelectual y sus usos ilocutivos (es decir, las intenciones de realizar actos en medio del uso de las palabras, como atacar o defender una postura) o perlocutivos (el logro de efectos en el receptor, como puede ser convencer, movilizar a la acción, etcétera) (Austin, [1962] 1995). En este sentido, recordemos que esta tesis se ha propuesto desde su primer capítulo entender antes que conocer. Esta tarea podría quedar oscurecida mediante la aplicación directa de modelos.

Tabla 13: Dimensiones de los modelos de democracia contemporáneos (Held)

	Elitista	Pluralista	neopluralista	Legal	Participativa	Deliberativa
Justificación	Método de selección de élites (bajo contenido normativo)	Gobierno de las minorías como garante de la libertad política frente a facciones poderosas que harían nada receptivo al estado		Principio de mayoría limitado por E. derecho, frente a la arbitrariedad del gobierno	Desarrollo personal, libertad como autogobierno. Problemas colectivos.	Justificación mutua, pública, imparcial. Consentimiento libre, razonable y razonado.
Gobierno	Parlamentarismo con ejecutivo fuerte (o presidencialismo). Límites constitucionales y prácticos a las decisiones posibles.	División de poderes, <i>checks & balances</i> . Elecciones competitivas.		Estado constitucional. Clara separación de poderes e imperio de la ley.	Estructura parlamentaria o "congressional" abierta. Incluye ámbito económico. Evitar burocracia aislada.	Institucionalización de los requerimientos deliberativos (desde revitalización representativa a democracia radical).
Pueblo	Mal informado y emocional. Participación reducida a las elecciones.	Derechos ciudadanos, asociacionismo y competición	Problemas de acceso: recursos, agenda.	Derecho a privacidad y libre mercado. Objetivo: frenar grupos de interés.	Con recursos, interesados en participar, formados, organizados.	Fuertemente educado, cultura política que favorece opinión reflexiva.
Relación gobierno y pueblo	Competición entre elites. Partidos políticos dominan el parlamento.	Gobierno como intermediador neutral entre grupos de interés.	Los gobiernos tienen sus propios intereses y favorecen a ciertos grupos.	Liderazgo político bajo principios liberales. Menor burocracia.	Participación directa y representación. Partidos con organización participativa.	Jurados populares, encuestas deliberativas, etc.
Condiciones	Sociedad industrial, fragmentada, tolerante. Burocracia.	Numerosos grupos, recursos dispersos. Cierta consenso.	Reconoce distribución desigual de participación y recursos	Libre mercado, mercados internacionales, minimización del colectivismo	Información abierta, servicios públicos y redistribución, burocracia mínima	Pluralismo de valores. Financiación pública de cuerpos deliberativos

Fuente: elaboración propia a partir de Held, 2006.

La presente investigación puede aprender mucho, sin embargo, del tipo de preguntas que cada modelo de democracia tiene que responder para caracterizarse, incluso cuando su respuesta sea que no tiene respuesta (como puede ser el caso de la democracia-porvenir derridiana) (Derrida, [2003] 2005).

c. Algunas alternativas a Held: antiguos frente a modernos y la propuesta habermasiana

Algunos autores consideran que la clasificación de Dahl diferencia modelos que no son tal, y aún otros entienden que omite importantes modelos. Sartori, por ejemplo, considera artificial la división de la teoría de la democracia, y descalifica el trabajo de Held como “distorsionante” (Sartori, 2007: 409). El autor italiano considera que, en la actualidad, sólo puede hablarse de una teoría de la democracia en la que, eso sí, pueden verse distintas ramas, “partes del conjunto de la corriente central” (Sartori, 1988a: 35). Desde su perspectiva, “las llamadas «teorías alternativas» no son tales”: o son falsas (como en el caso de la inexistente democracia comunista), o son “teorías parciales”, “subespecies”, pues les falta o bien el aspecto descriptivo o el normativo (Sartori, 2007: 12). Algunas de estas ramas, a su entender, serían la democracia electoral, la democracia participativa, la democracia de referéndum y la teoría competitiva (Sartori, 1988a: 35, 116-224)

Sartori, al poner el énfasis en el aspecto “descriptivo” (en que existan ejemplos en el mundo que permitan consagrar un modelo alternativo como tal modelo), está renunciando al presupuesto básico de la Teoría Crítica: “lo *existente* no agota las *posibilidades de la existencia*” (Sousa Santos, 2003). Y, sin embargo, el profesor no duda en señalar –y denunciar– las dinámicas de poder que pueden existir tras los conceptos. En sus palabras: “decir que el problema se resuelve mediante porcentajes es admitir implícitamente que la cuestión queda *diferida en última instancia a un argumentum baculinum* [...] el que esté del lado de los que conquistan el mundo habrá dicho la verdad” (Sartori, 1988b: 322). Sin embargo, “la democracia de los modernos es fundamentalmente «una»: es la teoría de la democracia liberal” (Sartori, 2007: 24). Los proyectos no realizados, los recorridos históricos nunca intentados y los impedidos pasan así a la sombra.

No obstante, un aspecto característico del pensamiento de Sartori y que comparte con gran parte de la academia es la insistencia en contraponer las nociones de participación

directa con la democracia representativa: la democracia de los antiguos y la liberal (2007: 24, 167). También Held ([1987] 2006) considera fundamental la división entre clásicos y contemporáneos. En definitiva, se está hablando de la oposición entre la libertad de los antiguos frente a la de los modernos (Constant, [1819] 2002). Una diferencia en la que conviene profundizar.

De acuerdo con estos autores, el modelo clásico se correspondería fundamentalmente con aquel ejemplarizado por la Atenas clásica, con cargos “normalmente” asignados por sorteo y “con una rotación rapidísima”. Por ello, Held habla de “una vida política sin políticos” (Held, 2006: 169). El segundo es aquél del que gozamos en la actualidad mayoritariamente en ese todo complejo llamado “Occidente”. Este último es presentado como el mejor sistema al que puede tener acceso el hombre moderno, de valores muy distintos, tal y como defendiera en su momento Benjamin Constant (Ibídem: 175). El modelo antiguo, en consecuencia, no sería sino un recuerdo del pasado tan irrecuperable e indeseable en el presente como la misma cultura política en la que se sustentaba: “No hay que pretender de una democracia a gran escala [...] lo mismo que se puede esperar de una democracia en pequeña escala”, dice Sartori (2007: 26). Sin embargo, Manin (1998) ha argumentado que, si el ideal siguiera siendo el clásico, los municipios contemporáneos con tamaños similares o menores que los de una Atenas clásica o una Florencia medieval introducirían mecanismos similares para ejercer el gobierno, como el sorteo o la asamblea de todos. Sartori complementa a Manin apelando a la historia como maestra: el hombre moderno habría aprendido de la experiencia pasada de aquellas ciudades democráticas, que tuvieron “una vida efímera y turbulenta” (Ibídem: 167)³⁷.

Por tanto, parecería que efectivamente existe una diferencia de ideal, y no sólo de institucionalización, entre ambos modelos de democracia. Sin embargo, algunos autores han puesto en duda esta diferencia entre el modelo clásico y el contemporáneo por la errónea imagen que, en su opinión, habitualmente se ofrece de la Atenas clásica. Es el caso de Luciano Cánfora, quien recuerda que los grupos dirigentes en Atenas (los estrategas, los hiparcas –magistrados militares– y los helenótamos –encargados de finanzas–) siguieron siendo extraídos de “las clases altas”, y recupera el debate de la época sobre si aquellas élites eran dirigidas por el pueblo o más bien lo dirigían (Canfora, 2004: 37-38). Manin aclara: esos cargos recaían en las clases altas porque eran elegidos, votados

³⁷ De nuevo se está afirmando que sólo lo que ha funcionado en la historia puede funcionar.

por mayoría. Es más, entiende Manin que los magistrados designados por sorteo no eran realmente los “pilotos” de aquella democracia (Manin, 1998: 26-29). En Atenas existían, por tanto, algo parecido a “los políticos”³⁸. Además, la idea de que estos cargos actuaran *en nombre del pueblo* (en su representación) resulta ajena al pensamiento griego clásico. Lo que en todo caso está claro es que en aquel modelo la asamblea no tenía todos los poderes, como generalmente se piensa.

Pero Manin encuentra una diferencia fundamental entre el modelo ateniense y las democracias actuales. Ésta se encontraría en la utilización del sorteo, frente a la actual generalización de la elección (Manin, 1998: 58). El profesor francés, de hecho, señala en la historia más allá de la Atenas clásica la persistente opinión de que “la selección por sorteo es natural de la democracia”; por ejemplo en Rousseau y Montesquieu (Manin, 1998: 97). Sin embargo, el sorteo no formó parte del debate principal ni entre los revolucionarios franceses ni entre los estadounidenses (ibídem: 104). La conclusión del filósofo y politólogo francés tras analizar los discursos y demás manifestaciones intelectuales de este amplio recorrido histórico es que, aunque hoy consideramos al “gobierno representativo” como un tipo de democracia, el modelo estaría marcado por su origen, cuando fue concebido en oposición a la democracia. Es cierto que nuestros sistemas representativos habrían avanzado hacia el ideal democrático (por ejemplo, extendiendo el sufragio). Por esta vía, además de por la naturaleza ambigua de la elección, los sistemas representativos actuales conllevarían lógicas tanto democráticas como aristocráticas (Manin, 1998: 289-290). En definitiva, viviríamos –sin saberlo– bajo “constituciones mixtas”³⁹.

Estas reflexiones ayudan a desenredar algunas de las contradicciones de las que hablaba Rosanvallon, aunque amenazan con atorar el debate en cuestiones nominalistas. Sea considerándolos como modelos de democracia o como submodelos que enfatizan

³⁸ Estos cargos estaban limitados a un año, aunque en algunos casos la reelección no tuviera límites (recuérdese a Pericles), y controlados antes, durante –por la posibilidad de la revocación– y después de la gestión.

³⁹ Debe advertirse a este respecto que del texto de Manin se extrae una definición particular de democracia de la cual la ateniense clásica constituiría su más clara institucionalización, sin que en ningún momento se afirme la contingencia de tal definición. Así, nuestros sistemas sólo serían democráticos en tanto que se acercan a aquel modelo clásico; en tanto que son una combinación de aquel modelo con otros elementos cuya verdadera naturaleza sería aristocrática y monárquica.

alguna de las dimensiones del concepto, no deben ser despreciadas las etiquetas más habituales que nos permiten distinguir entre horizontes democráticos.

Por otro lado, debe mencionarse que algunos autores han considerado que el trabajo de Held debe ser actualizado para incorporar el surgimiento de al menos tres modelos (el primero de ellos ya recogido en una nueva edición por el propio Held): Democracia deliberativa, democracia comunitaria y democracia agonística o radical (Gabardi, 2001: 552). Los representantes más notables de estas tradiciones pueden encontrarse, respectivamente, en Habermas ([1994] 1999), Barber ([1984] 2003) y Mouffe (1993).

En particular, debe destacarse la contribución de Habermas ([1994] 1999) a la construcción de tres tipos ideales o modelos de democracia. El alemán distingue, por un lado, un modelo liberal, en el que la sociedad (el mercado) subordina al estado, cuyo objetivo es el impulso a la realización de intereses privados de unos ciudadanos definidos por sus derechos negativos. Estos intereses se alcanzarían mediante la lucha por el poder en las elecciones, concebidas como un mercado. Por otro lado, define un modelo republicano, en el que la política “se concibe como una forma de reflexión de un entramado de vida ético”: los ciudadanos, definidos por sus derechos de participación, “asumen su recíproca dependencia” y conforman mediante el diálogo una voluntad a la que debe someterse el Estado, ejerciendo así su autodeterminación. Los derechos no tienen para ellos un valor suprapolítico como para los liberales, sino que son meramente las “determinaciones” de la voluntad general.

Habermas presenta su modelo de democracia deliberativa a partir de las deficiencias de ambos. El modelo republicano caería en una excesiva moralización, prescindiendo de la negociación de intereses y perspectivas irreconciliables, pretendiendo así una excesiva homogeneidad. Y al liberal le faltaría el aspecto solidario y participativo del republicanismo, reduciendo la comunicación a publicidad. Por su parte, el modelo deliberativo “se apoya precisamente en las *condiciones comunicativas* bajo las cuales el proceso político tiene para sí la presunción de producir resultados racionales”. Se enfatiza así la importancia de la opinión, del poder comunicativo, que debe regirse por referencia a procedimientos ideales para la discusión y la toma de decisiones⁴⁰.

⁴⁰ Véase especialmente Abellán (2011a: 285 y ss).

3.4 RECAPITULACIÓN

Esta revisión y análisis de los trabajos previos que tienen en cuenta la pluralidad de usos, dimensiones de significado y órdenes intelectuales de la idea de democracia ha servido para extraer algunas conclusiones metodológicas, además de para reunir información sobre la idea de democracia (especialmente en España) y algunas herramientas conceptuales que serán de utilidad en este trabajo, pero que espero también facilite el emprendimiento de futuros trabajos sobre esta cuestión.

a. Sobre las técnicas de investigación

Ha quedado claro que las encuestas son una poderosa técnica cuando se trata de investigar las concepciones de democracia de los ciudadanos. Principalmente, aseguran que los encuestados se centren en el tema de interés, permiten el cruce de variables y la comparación entre diversos países y, con ello, llegan a ofrecer explicaciones interesantes sobre por qué unas concepciones tienen más predicamento que otras en ciertos lugares o para algunas clases sociales. Además, tienen la ventaja de ofrecer un alto grado de validez externa: es decir, sus resultados pueden considerarse estadísticamente representativos de las opiniones de nuestras sociedades.

Pero las encuestas también ofrecen algunas desventajas. Sobre todo, una encuesta sólo permite conocer las opiniones “en frío” de los ciudadanos, por lo que no obtiene una perspectiva de esas ideas en acción, cuando son utilizadas para defender posiciones políticas concretas (momento en el que los conflictos internos del concepto pueden ponerse de manifiesto y obligar a primar algunas dimensiones sobre otras). Dicho de otra manera: las encuestas recogen opiniones de individuos aislados y estáticos para tratar de entender un fenómeno de naturaleza fundamentalmente colectiva y vinculado a la acción política. Por esto último, en ningún caso pueden prestar atención a los usos que se hace de la idea. Además, algunas de estas encuestas, como es el caso de la ESS, tienen problemas en la formulación de sus preguntas, lo que hace especialmente complicado asegurar que todos los encuestados estén entendiendo lo mismo en sus respuestas y, aún más, que están entendiendo que se les pregunta por el significado de democracia y no por otros aspectos *importantes* para la democracia. Especialmente llamativa es la escasez de preguntas abiertas en estas encuestas, lo que fuerza a los ciudadanos a escoger entre opciones basadas en teorías de la democracia. También se han utilizado preguntas abiertas

que sólo admiten como respuesta una sola dimensión, algo que autores como Canache (2006) critican dura y, en mi opinión, acertadamente, dado que el concepto de democracia se muestra insistentemente en todos los trabajos como multidimensional. Sin embargo, las preguntas abiertas como la realizada por el CIS en 1989 tienen la debilidad de condensar gran parte de las respuestas en el “no sabe”, lo que, en cualquier caso, no dejaría de ser indicativo de la carencia de instrumentos conceptuales políticos básicos e inseguridades de los ciudadanos españoles. Además, estos estudios se han centrado sistemáticamente en el “significado” de democracia, pero nunca han prestado atención a lo que aquí se está llamando “su orden intelectual”.

La escasez de estudios en Comunicación y Periodismo (3.2.4) implica que existe un gran campo por explorar en este ámbito. El estudio de Ghafour (2015) prueba la importancia para ello de recoger algunas características básicas de las noticias, como son los diversos emisores de las noticias. Este estudio, al igual que otros vistos (como por ejemplo, el trabajo de della Porta referido en el apartado 3.2.8), supone una advertencia contra la tentación de definir una lista de elementos democráticos *a priori* que buscar en la prensa, pues ello implica imponer significados a los sujetos investigados. El reto por tanto es buscar una metodología naturalista que no caiga en esta imposición.

b. Aportaciones de estos estudios

Las conclusiones de los trabajos cuantitativos presentados no son despreciables. Por un lado, confirman la existencia de una variedad de concepciones de democracia. Por otro, hacen patente la importancia de investigar la diversidad de concepciones de democracia sostienen los ciudadanos, dado que las distintas concepciones de democracia influyen en aspectos importantes para nuestras sociedades: en particular, influyen sobre los apoyos a la democracia y sobre la satisfacción con la misma (apartado 3.1.4), pero también están relacionadas con la capacidad para la supervivencia de un sistema democrático tras su establecimiento o, incluso, con la misma aparición de demandas de democratización (apartado 3.1.6). Estos estudios cuantitativos además identifican una diversidad de dimensiones dentro de la idea de democracia. Principalmente, y siguiendo a la Encuesta Social Europea, podemos distinguir una dimensión liberal (L) vinculada a otra representativa-electoral (R), una social (S) y una última directa (D). Los estudios vistos que prescinden del uso de encuestas también reafirman la diversidad de elementos

relacionados con la democracia, así como la diversa naturaleza de esos elementos. Sea mediante metodología Q (apartado 3.2.1), mediante el uso de grupos de discusión (3.2.2) o mediante entrevistas a élites (3.2.3), reiteradamente se encuentra una diversidad de discursos que entienden la democracia de forma diversa por referencia a una pluralidad de dimensiones.

Las encuestas además reflejan una forma gradualista de concebir la democracia: esto es, la posibilidad de que una democracia se acerque más o menos a cierto ideal. “La democratización admite gradaciones”, que dijeran O'Donnell y Schmitter (1988: 24). Esta concepción gradualista en la academia se refleja en la formulación de las preguntas en las encuestas de opinión: no se pregunta si el sistema de referencia es o no es una democracia, sino cuán democrático se considera en una escala del uno al diez, o si “muy”, “bastante”, “poco” o “nada” democrático. Los ciudadanos, por su parte, no tienen problema en elegir posiciones intermedias en respuesta a estas preguntas, lo que muestra que efectivamente entienden la posibilidad de una gradación. Desde las Ciencias Sociales, la consideración de dictaduras y democracias como tipos ideales conduce al reconocimiento de que la realidad se moverá entre ambos extremos.

Entender la democracia de forma gradualista presenta la dificultad de establecer el nivel de democraticidad a partir del cual podemos hablar de democracias y no de dictaduras (apartado 3.3.2). Tras esta cuestión tan práctica hemos visto que pueden esconderse, sin embargo, tendencias esencialistas: esto es, naturalizaciones de la correspondencia entre la palabra “democracia” y un significado determinado, unidos de forma natural e independiente a los hombres. A este respecto, debe entenderse la diferencia entre una atribución de significado a la palabra democracia, que es necesaria para la investigación empírica y para la comunicación misma, y la naturalización de esta delimitación conceptual, que se considera “esencialista” (apartado 2.5.1). Una diferencia que, en todo caso, aquí se ha mostrado deconstruible, sin destruirla.

En particular, puede localizarse esta lógica esencialista tras el debate en torno a la calidad de la democracia (apartado 3.1.5). Estos estudios tienden a omitir –o, como mínimo, a postergar– la cuestión del controvertido significado de democracia y las tensiones internas del concepto. La resistencia que estos estudios muestran a incorporar estas consideraciones es comprensible: para hablar de mayor o menor calidad en una única escala es necesario definir claramente el lugar que ocupa el “diez sobre diez”. Esto es:

elegir una particular concepción de la democracia que sirva como criterio. Este proceder no sólo tiende a ocultar el debate sobre qué es la democracia, sino que además induce pensar en que el diez es posible, ocultando las contradicciones internas del ideal y asumiendo el diez como totalmente deseable; esto es, negando el pluralismo de valores que, según otros estudios, caracteriza al interior y el exterior de la idea de democracia.

Por su parte, los estudios de movimientos sociales (3.2.8) han servido para llamar la atención sobre la importancia de las metáforas empleadas para entender qué es la democracia y cómo funciona. También ha quedado claro que la idea de democracia de los nuevos movimientos sociales no se refleja únicamente en sus reivindicaciones, sino que se manifiesta también en su forma de organización, generando en no pocas ocasiones tensiones y descontentos. Además, el trabajo de Rafael del Águila y Ricardo Montoro (1984) mostró la potencia de los análisis de discurso sincrónicos, no sólo por su contribución a la autocomprensión del presente, sino por el potencial para ejecutar a partir de ellos comparaciones con otros periodos.

Un aprendizaje que ha aparecido tanto en estudios cuantitativos como en otros cualitativos es que no puede dejar de prestarse atención a los usos dados a la idea de democracia como fuente de legitimación de políticas y decisiones. En particular, varios de estos trabajos han señalado de una forma u otra la posibilidad de encontrar intereses económicos o políticos tras las conceptualizaciones que se sostienen (y, en algunos casos, que se tratan de extender mediante movimientos hegemónizadores). Especialmente insistente ha resultado la idea de que las clases beneficiadas por el statu quo tienden a mostrar concepciones de la democracia acordes con el sistema político; o, visto desde la otra perspectiva, la tendencia de las clases más excluidas por el sistema a reivindicar cambios en el modelo de democracia, reclamando la habilitación de mayores vías de participación. En el caso de España, como mostraba el trabajo cualitativo del CIS (2011), en esta posición se situaban aquellos ciudadanos españoles menos interesados en la política y con baja participación.

Efectivamente, el repaso de todos estos trabajos también ha aportado información muy concreta sobre la idea de democracia en España. En primer lugar, gracias a diversas encuestas (apartado 3.1.1) ha quedado patente que los ciudadanos españoles, al definir los elementos esenciales o importantes para democracia, ponen el énfasis en la libertad (en particular, en la libertad de expresión, CIS 1989 y 2012) y en la participación en elecciones

libres (CIS 2019 y 2012, WVS 2007 y 2011), pero también en la dimensión económica o sustantiva de la democracia, demandando la satisfacción de las necesidades económicas básicas. De hecho, este último aspecto llegó a ocupar el primer lugar en 2009 en las encuestas del CIS (ver también CIS 2012, la WVS 2007 y 2011 o la ESS 2012). La importancia atribuida a las vías de participación directas (referéndum) se muestra también comparativamente alta en la ESS de 2012, y también ocupaba un lugar importante en 2007 (WVS). Por desgracia, no se pregunta por ella directamente en el resto de encuestas. Los encuestados también atribuyen un lugar relevante para la democracia a la igualdad entre hombres y mujeres (WVS 2007 y 2011) y que los políticos expliquen sus decisiones (CIS 2009 y ESS 2012). La *Encuesta Social Europea* también ha mostrado que los españoles consideran algo mejor para la democracia la existencia de gobiernos de coalición en lugar de gobiernos formados por un solo partido, lo que claramente contrastaba con la experiencia española a nivel estatal.

Además, se ha encontrado cierta variación en el énfasis atribuido a las distintas dimensiones de la democracia en los últimos años. En concreto, la repetición de una pregunta del CIS de 2009 realizada por *Metroscopia* en 2016 muestra una disminución de la importancia atribuida a las elecciones entre ambos momentos y un importante avance de la importancia otorgada a la igualdad ante los tribunales y a que los partidos “defiendan y representen a los ciudadanos”. La igualdad ante los tribunales, de hecho, fue considerada de media la dimensión más importante de entre las opciones ofrecidas por la Encuesta Social Europea (2012), aunque en esto España comparativamente se sitúa en la media de los países encuestados. Dado el aumento de la preocupación en esos años por la corrupción y los problemas de representación denunciados por el 15M, puede que parte de estas variaciones deban explicarse por cambios en la agenda pública. También resulta razonable la hipótesis de que el 15M haya tenido efectos sobre la concepción de democracia más generalizada. Futuras investigaciones deberán tratar de comprobar tales afirmaciones, pues ello escapa a las posibilidades de esta tesis.

Los estudios empíricos que prescinden de las encuestas también han ofrecido algunas pinceladas interesantes con respecto a la concepción de la democracia en España. A través del trabajo cualitativo del CIS en 2011 se ha visto, por ejemplo, la existencia de críticas contra el sistema representativo por la autonomía que adquieren los políticos. Esta autonomía se entendía sometida a los intereses de clase de los políticos y a los mercados,

y garantizada por un bipartidismo que impediría la aparición de alternativas. Las soluciones se encontraban en un aumento de la participación, pero, sobre todo, en un aumento de los controles. El citado estudio de García-Espín et al. (2017) confirma además para el caso español la tendencia a que las clases más acomodadas (junto a votantes conservadores) rechacen modelos de democracia que son percibidos como disonantes respecto al *statu quo* (apartado 3.2.2). Además, merece la pena insistir en que, de acuerdo con este estudio, la reclamación de mecanismos de participación “no sustituye el debate sobre otros procedimientos representativos, ni es percibida como una posibilidad excluyente” (ibidem: 48, 50).

c. Las aportaciones de la Teoría Política y la Historia de los Conceptos

En el apartado 3.3 se ha tratado de ofrecer una aproximación a distintas aportaciones desde la Teoría Política y la Historia de los Conceptos. Entre estas contribuciones merece la pena insistir en la cita de Fuentes y Fernández Sebastián (2008) sobre “la tendencia [...] a sustituir los grandes conceptos políticos [...] por las emociones más primarias”, en coincidencia con lo dicho en el primer capítulo de esta tesis sobre la disolución de los significados. Además, Rosanvallon (2003) se ha revelado como un autor cuyo enfoque y objeto son ciertamente similares a los aquí planteados, al llamar la atención sobre las aporías que alberga el concepto de democracia y proponerse buscarlas empíricamente en la historia. También las celadas y simplificaciones que ofrece Sartori (1988a; 2007) serán de utilidad, así como el análisis de incoherencias presentado por Przeworski (2010). La crítica a Sartori a partir de Dahl en este apartado ha proporcionado además nuevas herramientas de análisis del orden intelectual de la idea de democracia: la diferencia entre las nociones gradualistas y las no gradualistas, y aquella entre quienes creen poder establecer una diferencia esencial entre democracias y dictaduras (tras lo que cabría o no el gradualismo) y quienes entienden que esta diferencia es convencional.

El presente trabajo comparte el espíritu crítico de estos autores tratados en el apartado 3.3.1, capaces de llamar la atención sobre las diferentes calidades de diversos juicios de valor y de señalar su coherencia y factibilidad de acuerdo con los hechos descritos por estudios empíricos. Sin embargo, en contraste con Sartori o Przeworski, esta tesis se niega a hablar del pensamiento corriente únicamente a partir de intuiciones y de los autores fundadores de nuestro pensamiento; por el contrario, sugiere dirigir las investigaciones

allá donde se den encuentro diversos tipos de pensamiento político, incluidos los menos elaborados, interrelacionados y en plena acción (illocutiva y perlocutiva).

Esto hace que los manidos modelos de democracia, vistos en el apartado 3.3.2, no puedan articular el análisis. No cabe duda, vistas las dos primeras secciones del capítulo, de que la clasificación de diferentes modelos de democracia puede ser útil para las investigaciones más centradas en lo empírico: varios análisis de discurso han resultado prolijos en este sentido, sea por sí solos (3.2.6), combinados con la metodología Q (3.2.1). También a partir de encuestas se han realizado categorizaciones interesantes, tanto en estudios regionales (3.1.3) como en aquellos preocupados por los procesos de democratización (3.1.6), o incluso aquellos que distinguen entre un modelo de democracia “sigilosa” y un modelo participativo (3.1.7). Sin embargo, los mejores estudios destacan precisamente porque no tratan de imponer modelos teóricos sobre los datos analizados. En particular, se ha argumentado lo incoherente que resulta aplicar los modelos que puedan derivarse del estudio de la Historia de las Ideas Políticas (poniendo el foco en los grandes nombres como hace David Held) directamente sobre los discursos corrientes al respecto de la democracia. Algo parecido ocurre con los modelos institucionales que identificara Lijphart ([1999] 2000), que no son sino tipos ideales extraídos de la experiencia institucional democrática reciente. Lo que ambos trabajos aportan, eso sí, es una gran cantidad de dimensiones que permiten saber en qué cuestiones pueden discrepar diversas concepciones de democracia.

Tras este recorrido, esta tesis no podrá sino acercarse empíricamente al objeto. En lugar de tratar de generar nuevas clasificaciones o de clasificar en modelos la idea de democracia característica de nuestra cultura política y de las ideologías más extendidas, el trabajo se centrará en el uso concreto que se hace de la idea de democracia (en particular, en las fronteras y problematizaciones a las que da lugar y/o para cuya construcción es aprovechada), mostrando cómo en dichos usos se ponen en valor las distintas dimensiones del concepto y cómo esta priorización implica tomar decisiones imposibles a las que obligan las aporías localizadas por Rosanvallon u otras que vayan apareciendo. El tipo de análisis que se propone hará además énfasis en la indecidibilidad que persigue a todas las esencializaciones, pero también destacará las experiencias (o intereses) que dan sentido a dichas elecciones; que permiten entenderlas. En este trabajo, además, no podrá despreciarse las aportaciones que puedan recuperarse de trabajos de otras disciplinas,

como la Historia, o de trabajos cuantitativos, ni tampoco la reflexión *propia*mente teórica. A los detalles más técnicos de la presente investigación se dedica el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Contexto y técnica de investigación: delimitación temporal, espacial y temática

El capítulo anterior, centrado en los trabajos tanto empíricos como teóricos que han tratado con especial énfasis el carácter controvertido de la idea de democracia, ha permitido mostrar un amplio rango de cuestiones que ya han sido tratadas, y también las debilidades de algunos de estos enfoques, lo que ha resultado en una delimitación del propósito de esta tesis. En este capítulo se explicará por qué se elige la prensa como lugar central de observación para realizar este propósito y qué prensa se elige, y se ofrecerá una justificación de las fechas elegidas para el análisis de prensa mediante una contextualización; esto es, mediante un breve relato de los acontecimientos que lo precedieron. Tras esto, se expondrá la técnica de investigación elegida y el árbol de codificación, creado en base a lo aprendido en el capítulo anterior y mediante el trabajo directo con la prensa.

4.1 CONTEXTO Y DELIMITACIÓN TEMPORAL: ESPAÑA, ONCE DÍAS DE MAYO DE 2011

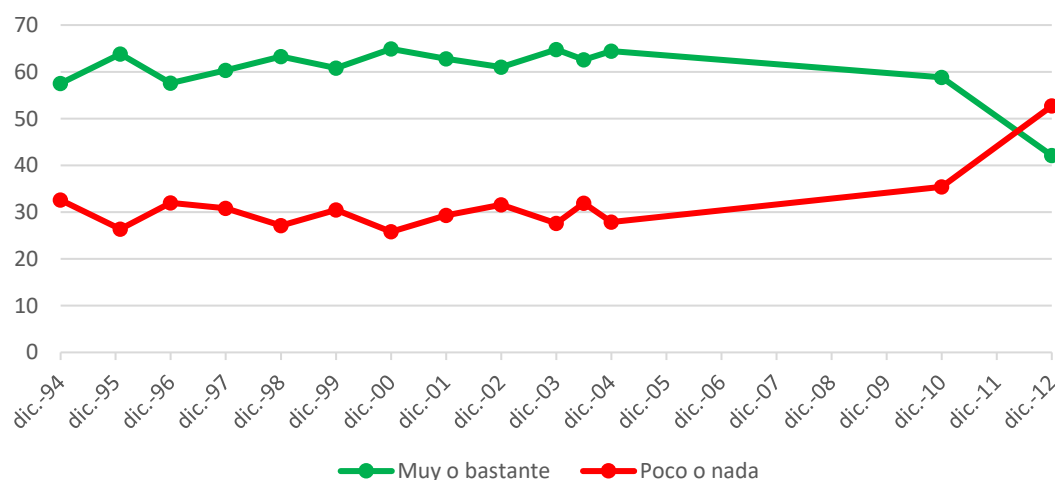
Tal y como se ha insistido desde las primeras páginas de este trabajo, el movimiento 15M no es el objeto de estudio, sino el contexto que da la oportunidad de acercarse a dicho objeto gracias a su introducción en la esfera pública de un discurso que cuestionaba abiertamente la democraticidad de España en base a una concepción alternativa de democracia.

4.1.1 El descontento en las encuestas

Este cuestionamiento de la democraticidad del sistema se dejó sentir en las encuestas. Los datos con que contamos son limitados, principalmente porque la serie A.3.07.03.016 del CIS, que pedía evaluar “en qué medida es democrática España”, dejó de realizarse en 2008, cuando la media se situaba en el 6,73 sobre 10. Sin embargo, la Encuesta Social Europea preguntada en 2012 “¿En qué medida cree usted que, en conjunto, España es

democrática?”, dando como resultado una media de 5,5. Es decir, un aprobado no muy alto. Ante la pregunta de la Encuesta Mundial de Valores de 2011 “¿Cuán democráticamente está tu país siendo gobernado hoy en día?”, sólo el 14,9% daba una valoración por debajo de cinco, situándose la media en el 6,64 (frente al 7,51 de Suecia, pero también en contraste con el 5,04 de Rumanía, dentro del contexto europeo)¹. En 2012, la Encuesta Social Europea muestra que las críticas por la baja democraticidad del sistema político español siguieron en aumento: la media de los encuestados situaba a España en décimo lugar por la cola (de 29 países), con un 5,51: por detrás sólo quedaban Bulgaria, Ucrania, Kosovo, Rusia, Albania, Eslovenia, Italia, Hungría o Eslovaquia². Los datos de estos años contrastan claramente con aquel tremendamente optimista obtenido por la *Encuesta Mundial de Valores* en 2007. Entonces, los ciudadanos atribuían un notable (7,43) a la democraticidad del gobierno en España, situándose únicamente por detrás de Suecia en esta valoración³.

Gráfico 2: "Y en su opinión, ¿diría Ud. que, actualmente, la sociedad española es muy, bastante, poco o nada democrática?"



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Banco de datos del CIS.

Otras series con mayor perspectiva, como la F.1.08.01.002, dan una imagen aún más indicativa de la excepcionalidad del momento. En diciembre 2012, por primera vez desde que existe registro (diciembre de 1994), aquellos que consideraban a la “sociedad

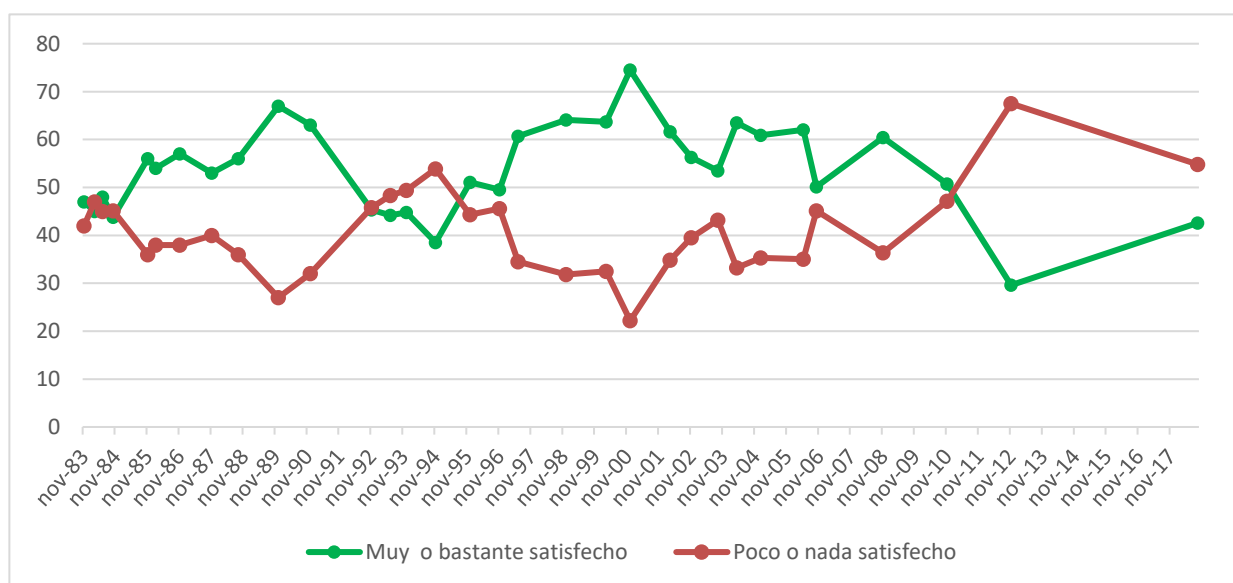
¹ Datos obtenidos de la *Encuesta Mundial de Valores* (sexta oleada, pregunta V141).

² Los países que encabezan la lista son Dinamarca y Suiza, con un 8,15 y 8,08 de media respectivamente. Datos de la *Encuesta Social Europea* (sexta oleada).

³ Datos obtenidos de la *Encuesta Mundial de Valores* (quinta oleada, pregunta V163).

española” poco o nada democrática se convirtieron en mayoría. Este cambio se produjo en tan solo dos años. El mismo fenómeno se observa en las repuestas a la pregunta acerca de la satisfacción con el funcionamiento de la democracia española. La antigüedad de la serie A.3.07.04.002, que incluye datos recogidos durante la crisis de principios de los 80, inducen a pensar en la influencia del factor económico en la satisfacción con la democracia. Aun así, queda patente la singularidad del periodo que abrió la gran crisis⁴.

Gráfico 3: “En su conjunto, ¿está Ud. muy satisfecho/a, bastante, poco o nada satisfecho/a con la forma en que funciona la democracia en España?”



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Banco de Datos del CIS.

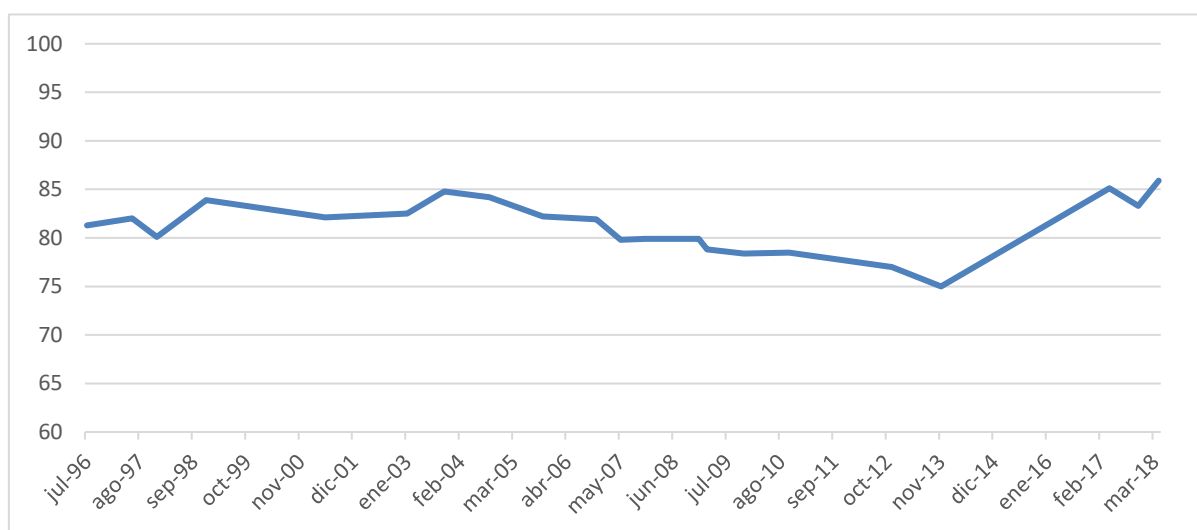
Es cierto que “en muchos países occidentales, los síntomas de desafección con la democracia se han convertido en una característica común del paisaje político, mientras que los niveles de confianza en las instituciones políticas ha sufrido un descenso secular”, sin que por ello descienda el apoyo a los sistemas democráticos o al valor democracia

⁴ Cabe señalar además que, según muestran los datos del Eurobarómetro, el alto número de “muy satisfechos” con la democracia no se ha recuperado, si bien han aumentado los bastante satisfechos hasta el 35% en 2017 mientras descendían los para nada satisfechos. Este descenso lo recogían los poco satisfechos, que continúan así como opción mayoritaria en 2017, igual que en 2015 y 2013, aumentando hasta el 42%. Véase:

<http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/Chart/getChart/chartType/lineChart/themeKy/45/groupKy/226/savFile/10000> (Última consulta: marzo de 2019).

(Torcal y Montero, 2006a: 3-6)⁵. Sin embargo, el aumento de la desconfianza en las instituciones en España entre 2008 y 2012 es uno de los mayores de Europa, partiendo además de una confianza de por sí comparativamente baja. Torcal ha señalado que estadísticamente el principal problema que explica estos datos es “la percepción de que las instituciones democráticas no responden a las demandas y preocupaciones de los ciudadanos” (Torcal, 2014: 1544, 1547, 1560)⁶. El movimiento 15M venía a representar este descontento, que ayuda a entender el apoyo que dicho movimiento encontraba en las encuestas. Así, el 70,3% de los encuestados que habían seguido el movimiento, según el CIS, tenían una imagen positiva o más bien positiva del movimiento, siendo éste especialmente el caso de los jóvenes de izquierdas⁷.

Gráfico 4: La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Banco de Datos del CIS.

Toda esta insatisfacción, como ya explicaran Montero et al. (1998), era compatible con un alto compromiso con la democracia como “preferible a cualquier otra forma de gobierno” (serie A.3.07.03.002). El dato apenas se vio afectado por el clima de

⁵ “In many Western polities, symptoms of disengagement with democracy have become a familiar feature of the political landscape, whereas levels of confidence in key political institutions have been suffering a secular decline”. Torcal y Montero (2006a: 6) definen la desafección política como “the subjective feeling of powerlessness, cynicism, and lack of confidence in the political process, politicians, and democratic institutions, but with no questioning of the political regime”.

⁶ “The main problem in these democracies is the perception that representative institutions are not responsive to their demands and concerns”.

⁷ Banco de datos del CIS. Estudio 2905.

insatisfacción (gráfico 4), aunque marcó un mínimo en 2013 con un 75% tras un declive que dio comienzo con la victoria del PSOE en 2004.

4.1.2 Breve historia del contexto de indignación democrática

Debe entenderse que el fenómeno 15M, que empezó a diluirse algunos meses después de su nacimiento, se enmarca en una etapa o ciclo político más amplio, que abarca al menos desde el golpe de timón en política económica anunciado por el expresidente José Luis Rodríguez Zapatero el 10 de mayo de 2010, hasta un final que puede localizarse en el 26 de diciembre de 2015, cuando se hizo efectiva a nivel nacional-español la fragmentación del antiguo sistema de partidos bipartidista imperfecto, perdiendo fuelle algunas de las reivindicaciones fundamentales que caracterizan discursivamente al periodo (contra el bipartidismo, por ejemplo).

Las raíces de la insatisfacción, sin embargo, apuntan en múltiples direcciones. Algunas incluso nos retrotraen mucho en el tiempo. Para empezar, debe contarse con los descontentos legados por el proceso de transición a la democracia, que encuentran eco en el punto 15 del consenso de la Puerta del Sol del 20 de mayo (anexo 3), así como en diversos artículos de la prensa. Por otro lado, hay dos eventos recientes que destacan en la historia de la indignación democrática en España: el clamor a través de las encuestas y las manifestaciones de muchos ciudadanos contrarios al apoyo que su gobierno ofreció a la intervención militar en Irak en 2003⁸, así como el enfado por el tratamiento de la información que dicho gobierno realizó en los días que transcurrieron entre el mayor atentado terrorista de la historia española y las elecciones generales de 2004. Aquellas elecciones encumbraron a un presidente del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, al que sus electores y militantes exigían no fallarles, y supusieron el inicio de unas relaciones gobierno-oposición de gran crudeza: el llamado “clima de crispación”. Una crispación que no distinguía la importancia de los temas, enconando el debate en asuntos tan delicados como el enjuiciamiento de los responsables de aquel atentado, el terrorismo de

⁸ El estudio nº 2481 del CIS (barómetro de febrero de 2003) mostraba que el 90,8% de los encuestados estaban poco de acuerdo o nada de acuerdo con una intervención militar contra Irak (70% nada de acuerdo). Sin embargo, es también cierto que el estudio nº 2.508 del CIS de abril de 2003 muestra que el 60,7% estaba de acuerdo o muy de acuerdo en el envío de “una fuerza militar en misión humanitaria”. El 25% decían haberse manifestado contra la guerra.

ETA, la reforma territorial, la memoria histórica o, posteriormente, la profunda crisis económica.

Dicha crisis económica es, evidentemente, un factor decisivo para entender la situación de indignación en 2011⁹. Tras años encadenados desde 1994 con un considerable crecimiento económico, la crisis financiera internacional desatada en torno a las intrigas de la ingeniería financiera se sumó a los efectos del consiguiente pinchazo de la burbuja inmobiliaria española, que arrastró consigo a toda la economía. Ya en el tercer trimestre de 2007 comenzó su largo ascenso el desempleo, que pasó, en tan solo año y medio, del 8% al 17,24%, para luego seguir aumentando a menor ritmo hasta el 20,64% en el segundo trimestre de 2011¹⁰. Los desahucios por impago se multiplicaban, dejando a familias sin casas (y aún endeudadas) y cientos de miles de casas sin familias. Al mismo tiempo, la reestructuración del sistema bancario español a través del fondo de adquisición de activos financieros (30.000 millones de euros), de avales bancarios por valor de 100.000 millones de euros (esto es, casi un 10% del PIB español) y del FROB a partir de 2009, contrastaba con el empeoramiento de las condiciones de vida de la mayoría¹¹. Un empeoramiento hiriente en comparación con los sueldos, pensiones e indemnizaciones de los directivos bancarios, en algunos casos, responsables de las mismas entidades que fueron rescatadas y culpables de su colapso¹².

Junto a la crisis en sí, no debe olvidarse la negación inicial y dulcificación posterior de la situación económica por parte del gobierno liderado por Rodríguez Zapatero. El buen propósito que pudiera esconder el expresidente (el amortiguamiento de la caída de la confianza en la economía), se mezclaba con los intereses partidistas, generando

⁹ A partir de datos comparados a nivel europeo (Encuesta Social Europea, olas 4 y 5), Orriols y Rico (2014: 78) encuentran “poderosos indicios del origen económico del fenómeno” de desconfianza ciudadana hacia las instituciones políticas. Sin embargo, el análisis de la sexta ola de la *Encuesta Social Europea* muestra que “the correlation between people’s evaluations of their democratic regimes and indicators of economic performance is weaker than the correlation between people’s evaluations and established indicators of democratic performance” (Ferrin y Kriesi, 2014: 16). Es decir, que la evaluación de la calidad de la democracia sería el factor clave para entender cómo evalúan sus democracias los ciudadanos.

¹⁰ Según datos de la EPA, disponible en www.ine.es.

¹¹ Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo en aquel momento, calculaba en un 27% del PIB de Estados Unidos y Europa el dinero movilizado por los gobiernos “para evitar el colapso del sector financiero” (EP14508, P14509) (Véase el apartado 4.3 al respecto de esta nomenclatura).

¹² Caja Castilla la Mancha fue rescatada en 2009. CajaSur, en 2010. En las fechas analizadas aún no había sucedido el rescate a Caja de Ahorros del Mediterráneo, el mayor de los tres. Numerosos directivos de las Cajas de ahorros fueron investigados, y varios condenados, por administración desleal o falsificación contable, entre otros delitos. No puede olvidarse a este respecto que los partidos políticos habían colonizado estas instituciones, sometiéndolos en muchos casos a los intereses partidistas a través de las Comunidades Autónomas.

profundas críticas al respecto. El enfado era mayúsculo: el sufrimiento y la frustración de expectativas generados no encontraron durante demasiado tiempo ni tan siquiera la compensación simbólica que el reconocimiento en el discurso gubernamental podía haberles ofrecido. A esto se sumaba el descontento y el trabajo organizativo que se venía desarrollando desde la sociedad civil contra medidas de aquel gobierno, como el “Plan Bolonia” y la “Ley Sinde”¹³.

Aún menos puede ignorarse el impacto político del repentino cambio de criterio económico del gobierno. Tras la presión del Consejo Europeo y de los inversores internacionales¹⁴, el 12 de mayo de 2011 Rodríguez Zapatero anunció en el Congreso de los Diputados la necesidad de acometer unos recortes que hasta entonces había considerado no sólo contrarios a sus valores, sino también económicamente contraproducentes. Unos recortes que fueron hasta entonces defendidos (y, a partir de entonces, criticados por diversos motivos) por el Partido Popular¹⁵. Las medidas de ajuste económico para recortar el gasto público decididas por el gobierno contaban con la desaprobación del 54% de los ciudadanos en diciembre de 2010 (del 44% de su propio electorado) y parecían improvisadas (71%), insuficientes (69%), tardías (83%) e impuestas desde fuera de España (64%)¹⁶. El espaldarazo de Merkel a la política económica de Rodríguez Zapatero mediante su presencia en Madrid aquel febrero de 2011 no hizo sino difundir la sensación de que las decisiones ya no se tomaban en la capital; la fantasía de control sobre un territorio a la que denominamos soberanía simplemente se había volatilizado para la mayor parte de la ciudadanía. En concreto, un 83% de los

¹³ Con plan Bolonia se llamó al Espacio Europeo de Educación Superior y a la forma en que este se concretó en España mediante reformas de la Ley Orgánica 6/2001, de 21 de diciembre, de Universidades y diferentes Reales Decretos. La Ley Sinde se refería a un apartado del proyecto que más tarde sería la Ley 2/2011, de 4 de marzo, de Economía Sostenible, en el que se regulaba la propiedad intelectual en los sitios webs.

¹⁴ Esta información puede encontrarse en el relato que el mismo Rodríguez Zapatero hace de los hechos en Rodríguez Zapatero (2013). En particular, habla de un “ataque como el de Pearl Harbor, pero financiero” y de que estas medidas eran condición para el plan de apoyo financiero de Grecia (pp. 17-18; 49-50). También relata las presiones del Banco Central Europeo (39-40), aunque niega, por ejemplo, las de China.

¹⁵ Puede verse las llamadas a recortar el gasto público siguiendo las indicaciones internacionales en esta intervención de Mariano Rajoy en el Congreso de los Diputados el 17 de febrero de 2010. Más adelante se verán las críticas a los recortes cuando estos efectivamente tuvieron lugar. Disponible en: <http://estaticos.elmundo.es/documentos/2010/02/16/rajoy.pdf> (Última consulta: junio de 2018).

¹⁶ Informe de Clima Social de España elaborado por Metroscopia, 18ª oleada (diciembre de 2010). Disponible en: <http://metroscopia.org/wp-content/uploads/2010/12/INFORME-Clima-Social-18%C2%AA-Oleada-Diciembre-2010.pdf> (Última consulta: junio de 2018).

entrevistados por Metroscopia en junio de 2011 entendían que “quien realmente manda en el mundo no son ya los Estados sino «los mercados»”¹⁷.

Según muestran los barómetros del CIS, la confianza en el gobierno se hunde entre 2007 (cuando un 48% desconfiaba del gobierno) y octubre de 2010 (cuando desconfiaba el 72.5%). Pero tampoco la oposición era objeto de gran confianza¹⁸. Por su parte, partidos alternativos a los mayoritarios, como Izquierda Unida o UPyD, no pudieron o supieron recoger el descontento (lo que resulta especialmente llamativo dadas sus numerosas concordancias programáticas con el movimiento 15M). La credibilidad de los dos grandes partidos rozaba mínimos, a lo que además contribuía la estruendosa sucesión de noticias sobre casos de corrupción, alimentando la sospecha de que ésta era general. Brugal, los ERE de Andalucía, Jaume Matas, el Palau de la Música o Gürtell y los trajes de Camps, amén de otros pequeños casos y de grandes obras carentes de todo sentido y plagadas de sobrecostes, copaban el tiempo de información. Las cifras de los recursos públicos desviados resultaban especialmente sangrantes al acompañarse de recortes en el gasto público y la sospecha de impunidad ponía la guinda. A la lentitud de la justicia (en parte intrínseca, en parte por su desbordamiento material) se sumaba la dificultad para ejecutar las respectivas responsabilidades políticas: al fin y al cabo, muchos de los relacionados e imputados participarían, con previsible y confirmado éxito, en las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2011¹⁹. Al mismo tiempo, las acusaciones mutuas (en tantas ocasiones, producto de una defensa mediante el “y tú más”) no hacían sino multiplicar el efecto de las noticias, la irritación y, en definitiva, la indignación.

¹⁷ Informe de Clima Social de España elaborado por Metroscopia, 24ª oleada (junio de 2011). Disponible en: <http://metroscopia.org/wp-content/uploads/2011/06/INFORME-Clima-Social-24%C2%AA-Oleada-junio-2011.pdf> (Última consulta: junio de 2018).

¹⁸ Sobre la confianza en el gobierno, serie A.1.02.06.003. Banco de Datos del CIS. Por su parte, la serie sobre la valoración de la oposición del Partido Popular resulta especialmente llamativa. La cifra de aquellos que la consideran mala o muy mala supera el récord de los años 90 (39,3%) tan pronto como en abril de 2005, acercándose al 50% de desaprobación desde 2006. Mejoró en torno a las elecciones de 2009 y despegó hasta el 60,9% de desaprobación en julio de 2010, sin bajar de la mayoría de descontentos desde entonces y hasta las elecciones generales de 2011 (serie A.4.10.01.008). Esto muestra que la existencia de un desgaste anterior a la crisis, como consecuencia de la árida relación gobierno-oposición de Rodríguez Zapatero y Rajoy. Además, téngase en cuenta que en la valoración negativa (mala o muy mala) de la gestión del gobierno (serie B.1.02.03.001) no supera a la valoración negativa de la oposición (serie A.4.10.01.008) hasta octubre de 2010 (esto es, hasta después del giro de timón del gobierno Zapatero y la huelga general).

¹⁹ Según *El País*, y dentro de la muestra autonómica por ellos analizada, el 50% de los candidatos del PP y el 35% del PSOE se encontraban implicados en alguna causa a 10 de abril de 2011. https://elpais.com/diario/2011/04/10/espana/1302386401_850215.html (Última consulta: mayo de 2019).

En este contexto, los sindicatos mayoritarios, incapaces de desembarazarse de un gobierno con el que habían guardado relaciones singularmente buenas, siendo además el blanco preferido de las críticas neoliberales, debilitados ante la transformación estructural de la tercerizada economía española y bajo extendida sospecha pública, convocaron una huelga en septiembre de 2010 en respuesta a los recortes y la reforma laboral. Una huelga que fue criticada por “llegar tarde” y que tuvo un seguimiento percibido como moderado. Al fin y al cabo, difícilmente podían los grandes sindicatos canalizar el descontento cuando el 72,3% de los españoles decía no tener ninguna o poca confianza en ellos²⁰. Por si quedaba alguna posibilidad de que recogieran el guante, en enero de 2011 acordaron con el gobierno una reforma del sistema de pensiones claramente contraria a la opinión de los ciudadanos²¹, rebajando la retribución de las futuras pensiones y retrasando progresivamente la edad de jubilación.

Mientras todo esto sucedía en España, una ola de protestas bajo consignas democráticas recorría el mundo árabe. Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante desposeído por la policía, se quemaba a lo bonzo el 17 de diciembre de 2010, iniciando el ciclo de movilizaciones contra los respectivos dictadores en Egipto, Libia o Siria, entre tantos. Había comenzado la llamada “primavera árabe”. También desde Grecia llegaban, con cierta sordina, los ecos de las manifestaciones en Atenas contra el gobierno y sus planes de austeridad. Asimismo, Francia vivió jornadas intensas. Mientras, las noticias desde Islandia llegaron a convertir a este pequeño país en centro de las miradas, representando la posibilidad de una salida diferente a la crisis; una en la que los considerados responsables políticos y financieros de la misma pagasen por sus tropelías.

4.1.1 La irrupción del 15M

Con las noticias de estas movilizaciones árabes y europeas de fondo, una parte de la sociedad civil española estaba trabajando en pos de su coordinación. En torno a una página de Facebook y al espacio ocupado Patio Maravillas, y a partir de personas con y sin

²⁰ La serie A.1.02.06.017 del Banco de datos del CIS, pese a sólo cubrir hasta octubre de 2010, muestran un abultado descenso de la confianza en los sindicatos desde diciembre de 2008, casi doblándose entre ambas fechas la cantidad de encuestados que declaran no tener “ninguna” confianza en ellos (del 21,3% al 41,5%).

²¹ En una escala de 0 a 10 en la que el 0 significa que lo valora “muy negativamente” y el 10 que lo valora “muy positivamente”, los encuestados en el barómetro 2864 del CIS de media valoraban el acuerdo con un 2,64. El 46,9% creían que la reforma “no resuelve el problema de las pensiones y éste reaparecerá en los próximos años”. Para el 46,8%, el acuerdo había supuesto un empeoramiento de su opinión sobre los sindicatos. Para el 49% suponía un demérito en este sentido para el gobierno.

experiencia en movimientos y partidos (Movimiento por una Vivienda Digna, contra la ley Sinde –Movimiento No Les Votes–, movilizaciones contra el Plan Bolonia, Attac, Anonymous, entre otras), se constituyó una plataforma que tendría un impacto para todos inesperado. La decisión de convocar una manifestación conjunta el 15 de mayo, sin símbolos de partidos ni sindicatos, tenía la clara intención de coincidir con la campaña electoral de las municipales y autonómicas. El lema acordado, “Democracia real ya, no somos mercancía en manos de políticos y banqueros”, acabó por darles nombre.

La tendencia a la sobreatención y sobreexcitación políticas que una campaña electoral habitualmente genera contrastó con el tono “insufrible” de aquella; un tono acentuado tras un funesto terremoto en Lorca, que tuvo lugar el 11 de mayo. El Partido Popular, además, emitía mensajes dirigidos a la desmoralización del electorado de su principal adversario, el Partido Socialista Obrero Español, procurando al mismo tiempo no despertar un voto “anti-PP”, mientras el Partido Socialista trataba de movilizar a su electorado azuzando el “miedo a la derecha”. La palabra democracia en este contexto iba y venía a colación de los reproches entre los principales partidos, mientras algunos opinadores anunciaban el malestar con el funcionamiento de la democracia española. La desidia se hacía agotadora; probablemente más para los votantes de izquierdas que ni siquiera contaban con la esperanza de que un cambio de gobierno supusiera una mejora de la situación. Una izquierda en la que se extendía la sensación de que el PSOE ya no representaba “realmente” una posibilidad de llevar a cabo políticas económicas diferentes (en mayor o menor grado). En este contexto irrumpió el movimiento “Democracia Real Ya!”: el 15M.

La percepción de que las manifestaciones de aquel 15 de mayo en más de 50 ciudades españolas fueron un éxito rotundo animó a unos pocos manifestantes a permanecer en la Puerta del Sol, lo que fue respondido con el uso de la fuerza policial para su desalojo²². La espiral acción policial/movilización se repitió, extendiendo el movimiento geográfica y cuantitativamente hasta que el número de acampados fue demasiado grande como para plantear prudentemente el uso de la fuerza. Ante el asombro generalizado, curioso en algunos casos, desdeñoso o incluso atemorizado en otros, el nuevo movimiento social 15M había nacido, alcanzando autonomía con respecto a sus promotores iniciales y

²² La prensa, como veremos en el capítulo 7, refleja además algunos incidentes violentos tras la marcha en Madrid de manos de algunos “radicales” y “anarquistas”.

organizándose internamente según su propia concepción de democracia, con el objetivo de fijar sus demandas y de lograrlas. El enfrentamiento por el significado de la palabra “democracia” no se hizo esperar: las preguntas sobre la democraticidad de España se volvieron ineludibles, así como aquellas sobre el significado de democracia, sus variantes, la conveniencia o inconveniencia de ponerle adjetivos, entre otros tantos temas que aquí se analizarán.

Casi un 20% de los ciudadanos admitió haber participado en las manifestaciones o concentraciones, aunque sólo un 7,7% dijo haber participado en sus asambleas²³. Los participantes del 15M, según varios estudios en Madrid, Bilbao o Salamanca, eran de media más jóvenes que la sociedad en general (67% de los encuestados en el estudio de Madrid tenían entre 20 y 35 años), con un alto nivel de estudiantes (45%) y trabajadores (52%), y se situaban claramente en la izquierda (1,62 en la escala 1-10) (Lokki, 2012: 6). Las nuevas tecnologías parecen haber jugado un papel clave en su éxito organizativo, constituyendo según Eva Anduiza et al. (2013) un ejemplo de acción “conectiva”. El 58% de los encuestados por Metroscopia entendían en junio que el 15M no era ni de izquierdas ni de derechas. Al fin y al cabo, el 84% creían que el movimiento señalaba problemas que afectaban al conjunto de la sociedad y el 81% consideraba que los indignados llevaban razón, aunque los que mostraban simpatía por el movimiento bajaban al 66% de los encuestados: 78% de quienes recordaban haber votado al PSOE en las elecciones de 2008 y 46% de quienes dijeron haber votado al PP²⁴.

El 15M, sin embargo, no pudo evitar el letargo veraniego. El día 30 de junio se desalojó la acampada barcelonesa, siendo la primera mitad de julio un periodo relativamente tranquilo. No así la segunda quincena, cuando se celebró el llamado “Foro Social 15M” (25 de Julio, con la presencia del Nobel Joseph Stiglitz). La acampada de Madrid fue desalojada el 2 de agosto y en la asamblea del día 5 de agosto se decidió poner fin a los intentos de reocupación. El movimiento recobró fuerza con las protestas a final de mes contra la reforma de la constitución aprobada el 2 de septiembre por el Congreso

²³ Encuesta de clima social de Metroscopia, octubre de 2011. Véase Urquizu (2016: 20-21).

²⁴ Informe de Clima Social de España elaborado por Metroscopia, 24ª oleada (junio de 2011). Disponible en: <http://metroscopia.org/wp-content/uploads/2011/06/INFORME-Clima-Social-24%C2%AA-Oleada-junio-2011.pdf> (Última consulta: junio de 2018).

de los Diputados²⁵, pero no volvió a sonar con la misma fuerza hasta el 15 de octubre, con una manifestación coordinada en multitud de ciudades del mundo y con un éxito de asistencia notable. Finalmente, los días que condujeron a las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011 hicieron patente su decreciente poder de convocatoria, en paralelo a una disminución de su presencia mediática, aunque numerosas asambleas y proyectos pervivieron en los barrios.

4.1.2 La selección de fechas

Uno de los dilemas que esta investigación tuvo que afrontar se dirimía entre la posibilidad de elegir unos pocos artículos por día (incluso llegándose a plantear la realización de un muestreo que seleccionase aleatoriamente algunos días de un periodo amplio) o bien estudiar en profundidad un periodo corto en torno a los primeros días del 15M, cuando eclosiona su discurso y aparecen las primeras reacciones. Tras varias pruebas, se decidió seguir esta segunda estrategia. El motivo es que un muestreo, incluso en días consecutivos, multiplicaba los temas, de los que solo aparecerían unas pinceladas. Esto impedía analizar detalladamente los usos particulares de la idea de democracia, que se encuentran siempre íntimamente vinculados a intereses y opiniones sólo comprensibles en relación con los temas que suscitan tales usos. Finalmente, se decidió atender a todos los usos de la idea de democracia durante un periodo de 11 días, que comienza el día anterior a la manifestación inaugural del 15M (esto es, el 14 de mayo) y finaliza dos días después de las elecciones municipales y autonómicas del día 22 de mayo (es decir, hasta el día 24).

La selección de estos días tiene en cuenta el contexto excepcional que proporcionan el conflicto entre los defensores del 15M y aquellos que lo denostan reivindicando la importancia de las elecciones. Unas elecciones que también hacen interesante el momento. Como ya se ha mencionado, una campaña electoral aumenta la atención política, propiciando la expresión de valoraciones sobre el sistema político, sus actores, sus instituciones y procesos, así como sobre sus resultados. El periodo seleccionado se elige considerando interesante recoger dos días en que los periódicos no estuvieron influidos por la presencia del 15M (14 y 15) y los análisis de los resultados electorales en

²⁵ Segunda reforma de la Constitución Española de 1978, publicada en el BOE el 27 septiembre de 2011, por la que se modifica el artículo 135 de la constitución para introducir el “principio de estabilidad presupuestaria” y que el pago de la deuda “gozará de prioridad absoluta”.

los dos días siguientes a las elecciones (23 y 24 de mayo). Se recoge así la mitad de la campaña electoral (entre el 14 y el 20). Además, se comprobó que en aquellas fechas pudieran encontrarse suficientes piezas periodísticas sobre las revoluciones democráticas de los países árabes.

El deshinchamiento del movimiento en parte se explica por el desgaste normal de sus propias fuerzas: la vuelta a la normalidad. Pero en parte, también, por haber encontrado representación y, en parte, por haberse demostrado que algunas de sus creencias resultaban problemáticas, cuando no falsas. Aunque el análisis se centre en los días señalados, no se dudará en traer a colación ejemplos de este contexto más amplio que puedan resultar enriquecedores, o incluso de fuera del contexto cuando resulte pertinente.

4.2 LA PRENSA EN PAPEL COMO INDICADOR REPRESENTATIVO DEL ESPACIO PÚBLICO. SELECCIÓN DE DIARIOS

“Un elemento consustancial al ejercicio de la democracia es la posibilidad de contar con un ámbito o espacio de interacción, deliberación o comunicación pública” (Vallespín, 2000: 77). Esto difícilmente puede realizarse en el mundo contemporáneo occidental, organizado en grandes y populosos estados, sin los medios de comunicación, que ponen en contacto a las grandes masas con el espacio en que se toman las decisiones políticas. Es así como la libertad de prensa se constituye en un elemento central de nuestras democracias.

La Comunicación Política nos enseña además que el comportamiento de los medios tiene efectos sobre esa misma democracia (Mazzoleni, 2010: 52). La preocupación por los efectos de la comunicación política tiene una larga historia, que no podrá ser desarrollada aquí. Estos estudios tienden a enfatizar distintos efectos, que Mazzoleni clasifica en sistémicos (“resultado de la acción mediática en el funcionamiento del sistema político”) y psicosociales (sobre “actitudes, opiniones y comportamientos políticos de la ciudadanía”) (Mazzoleni, 2010: 112).

Los medios de comunicación influyen sobre la sociedad de múltiples formas. Entre ellas, destacan dos por su importancia: por un lado, la determinación de los marcos o perspectivas con los que se presentan e interpretan los hechos noticiosos; por otro, el

diseño de la agenda pública, es decir, la selección de los temas y actores que ocupan el espacio y tiempo de los medios (Snow y Benford, 1988; Scheufele y Tewksbury, 2007; Goffman, [1974] 2006; McCombs et al., 1997). Pero los medios no sólo tienen influencia por las “representaciones” de la realidad que transmite. Entre los efectos psicosociales de los medios hay que contar con su acción difundiendo marcos interpretativos, simbólicos e imaginarios que más tarde los ciudadanos aplicarán autónomamente a nuevas situaciones. Participan así de la “construcción de nociones políticas”. Dicho de otro modo: son importantes socializadores culturales e ideológicos (Mazzonleni, 2010: 265).

Si bien tradicionalmente se entendió que la socialización se limitaba al aprendizaje infantil y adolescente, son muchos los estudios que, desde los años setenta, han destacado la importancia de la socialización en edad adulta²⁶, especialmente en una “sociedad abierta” (Popper) o incluso “líquida” (Bauman). Esta influencia no se hace sentir igualmente en todos los ámbitos de la vida, aunque las comprensiones de unos ámbitos influyan sobre los otros. Su influencia será especialmente importante “[f]uera del círculo de la propia experiencia personal, y de aquella a la que accedemos mediante la investigación científica”. En estos ámbitos, “la realidad que somos capaces de percibir es *creada* por los medios, aunque no se trate, desde luego, de una realidad «consensuada»” (Vallespín, 2001: 183).

Los medios de comunicación, en definitiva, constituyen un “espacio en el que se construyen, se conservan y se manifiestan los cambios culturales y los valores de la sociedad y de los grupos” (McQuail, citado en Mazzoleni, 2010: 53). Esto no debe entenderse sólo como el resultado de una intención. Como ilustran los análisis del proceso de redacción de la noticia, no sólo la cultura política y las ideologías reciben influencias de los medios de comunicación, sino que los periodistas se encuentran insertos en esas mismas tramas simbólicas e imaginarias (véase, por ejemplo, Scheufele, 1999: 109). En este sentido, los medios reflejan y reproducen (con mayor o menor distorsión) la cultura política de la sociedad a la que pertenecen, así como ciertas ideologías (especialmente mediante la adaptación de la periferia de éstas a las noticias particulares). En conclusión, puede decirse que los medios realizan una doble actividad de influencia sobre y reflejo de

²⁶ Véase como ejemplo que, además, recoge muchos de estos trabajos la obra de Sigel (1989) *Political learning in adulthood: a sourcebook of theory and research*.

los entramados simbólicos e imaginarios que llamamos culturas e ideologías (McQuail, 2000: 111-116; Gómez Mompart, 2008: 98).

Por otro lado, como explica María Luz Morán, en los medios se dan encuentro las élites y los demás ciudadanos, teniendo un papel clave como “mediadores y transmisores de ambas culturas políticas” (Morán, 1997: 202). Hoy en día nadie duda de que los medios son influidos por las élites de forma decisiva. Sin embargo, suele obviarse la segunda parte de la relación: los periódicos quieren ser leídos y, las televisiones, vistas, sea para vender periódicos o para vender audiencias a las empresas publicitarias (y, habitualmente, por ambos motivos)²⁷. Para ello, les será imprescindible incorporar algunos temas y marcos que los ciudadanos (o, mejor dicho, una parte suficiente de ciudadanos) están dispuestos a consumir. Por último, la figura del periodista no puede obviarse: su misma condición le mantiene a menudo entre las élites y la ciudadanía más común, tanto en su posición económica como en su trabajo diario. Esta labor mediadora no sólo se produce por la propia posición del periodista, sino que se refleja en la infinidad de citas de élites y otros ciudadanos (incluidas las catas al director o las diversas columnas cedidas a personalidades) que en sus páginas encontramos.

Por todo ello, los medios de comunicación y, en particular, la prensa escrita, son considerados un elemento fundamental en la configuración de una esfera pública común, tanto histórica como estructuralmente (Habermas, [1962] 1994). Efectivamente, constituyen un espacio de encuentro fundamental en el que las sociedades se reconocen a sí mismas.

Sin embargo, en España, y especialmente en los últimos tiempos, la prensa de papel ha perdido un número considerable de lectores. De hecho, en España, la principal fuente de información política es la televisión. Con una penetración de casi el 90%²⁸, el 64% en 2013 decían ver las noticias en televisión diariamente²⁹. Por su parte, la penetración de

²⁷ Así ocurre con la prensa escrita tradicional, que trata de mantener a sus lectores tanto por la contribución que realizan mediante la compra del periódico como por su valor como audiencia que vender a las empresas publicitarias. Sobra decir que, a su vez, la prensa también desea mantener a sus anunciantes e inversores, lo que ofrece éstos una vía de presión sobre la agenda y los marcos.

²⁸ Según los datos de la Encuesta General de Medios de la Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación. Febrero a noviembre de 2011. Disponible en <http://www.aimc.es/al-mc-c0nt3nt/uploads/2012/04/resumegm311.pdf> (Última consulta: mayo de 2019).

²⁹ Banco de datos del CIS. Estudio 2588.

los diarios en papel había vivido una escalada entre el mínimo de 1999 (35,2%) hasta el máximo de 2008 (42,1%); un pico probablemente atribuible a la expansión de los diarios gratuitos durante dicho periodo. Tras 2008, sin embargo, la crisis azota al sector, comenzando un descenso que aún hoy en día no ha terminado, situándose la penetración en 2017 en el 24,8%³⁰. En el año de análisis (2011), sin embargo, la cifra aún se mantenía cerca del máximo histórico: en el 37,4%.

El medio ascendente durante los últimos años ha sido internet, que no ha dejado de crecer desde que se tienen datos de la Encuesta General de Medios (1997) hasta 2017, cuando se alcanza una penetración del 74,4%. Sin embargo, internet había adelantado tan solo ligeramente a los diarios en penetración social en 2010, por lo que en 2011 aún no se habían distanciado de la prensa (situándose entonces en el 42,5%), pese al gran revuelo que su rápida implantación y novedad crease. Aun así, no debe olvidarse que la prensa tradicional se encuentra entre las webs más visitadas a la hora de informarse, por lo que siguen ocupando un lugar clave en el espacio público-mediático.

En comparación con otros países europeos, España se situó en la década previa a 2011 en la media de consumo de medios que caracterizaba a los países mediterráneos: “habitualmente por encima de Grecia y Portugal, pero por debajo de Francia e Italia”. Las diferencias más significativas se daban respecto a la radio (pues España tenía un consumo mayor) y la televisión (precisamente, por lo contrario, situándose entre los más bajos) (Meilán, 2010: 46). Respecto a la prensa, debe señalarse que el 47,7% de los encuestados en 2010 decían no leer nunca el periódico en días laborables (situándose España únicamente por debajo de Grecia, Chipre y Portugal). Otro 31% decía hacerlo solamente durante menos de media hora³¹.

Este bajo consumo de prensa coincide con lo esperado de acuerdo a la clasificación de los sistemas de medios de Hallin y Mancini (2004: 67), quienes sitúan a España dentro de un “modelo mediterráneo”. Dicho modelo se caracterizaría por:

Es cierto que estos datos pueden adolecer de falta de fiabilidad debido al “factor deseabilidad social” (es decir, debido a la tendencia del encuestado a mentir para adaptarse a las normas sociales) Meilán (2010: 13). Sin embargo, en el peor de los casos, los datos darían cuenta del prestigio de la prensa en papel, y del descenso de éste.

³⁰ Según los datos de la Encuesta General de Medios de la Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación. Octubre de 2016 a mayo de 2017. Disponible en <http://www.aimc.es/almc-c0nt3nt/uploads/2017/07/resumegm217.pdf> (Última consulta: marzo de 2018).

³¹ Quinta ronda de la Encuesta Social Europea, 2010.

- Una baja circulación mediática y orientación hacia las élites.
- El “alineamiento político” de los medios: en este modelo, cada editorial representa una postura política. Esto implica que existe una muy baja pluralidad interna, aunque sí pueda haberla externa, fruto del contraste entre los diversos medios.
- Mayores posibilidades de “instrumentación” de los periodistas por parte de las corporaciones editoriales, pero también por parte de los partidos políticos. Su profesionalización es más débil.
- Fuerte intervencionismo estatal a través de una mayor arbitrariedad gubernamental, tanto en el abuso de los medios públicos como en la concesión de licencias, entre otros.

Los estudios realizados en España confirman este pluralismo polarizado, mostrando que los diferentes periódicos desarrollan visiones partidistas por la vía del ataque al adversario (es decir, haciendo uso del “negativismo mediático”), pero también mediante la selección de la agenda más favorable a las opciones políticas más cercanas. A este respecto, durante el periodo analizado, sabemos que, entre *ABC*, *El Mundo*, *El País* y *Público*, el periódico más favorable al PP es *ABC*, mientras que su mayor crítico es *Público*. El PSOE recibe un trato positivo minoritario en todos los diarios (aunque algo mayor en *Público*), y sus principales ataques vienen de *ABC*. En consecuencia, Castromil (2012) concluye que *El País* “es más neutral que *Público*, aunque cuando se posiciona, opta por atacar al PP. Por su parte, *Público* es más agresivo en sus ataques, tanto al PP como al PSOE, siempre con predominio de la crítica a los conservadores”. Entre los diarios conservadores, “*El Mundo* ofrece un trato equilibrado a su opción política afín (ataca y defiende al PP casi por igual), en tanto que *ABC* realiza una defensa mucho más clara”. En ambos, el tratamiento dado al PSOE es principalmente crítico, “si bien el *ABC* es más agresivo” (Castromil, 2012; Castromil y Chavero, 2012: 67).

Podría pensarse que la prensa de papel no es relevante en un país con tan bajo nivel de lectura como el analizado. Sin embargo, cuenta el profesor Benavides una anécdota que le ocurrió en un grupo de discusión y que hace sospechar lo contrario. Benavides explica que “muchos de los participantes en los diferentes grupos de discusión reconocieron que no leían la prensa escrita y apenas veían la televisión (...) y, sin embargo, mantenían posiciones perfectamente identificadas en los titulares de la prensa o

en las cabeceras de los informativos. Unos hablaban como *El País*, otros como *El Mundo*, la *Cadena SER* o la *COPE* ¿De dónde provienen dichos *posicionamientos*?” (Benavides Delgado, 2008: 80). A esta misma conclusión llegó Fermín Bouza en diversos estudios con grupos de discusión y encuestas: la opinión pública y publicada coinciden, pese a los bajos datos de difusión (Bouza, 2011). Esta capacidad de la prensa de papel para hablar por boca de unos ciudadanos que dicen no consumirlos les pone en el punto de mira de cualquier investigación social que se ocupe de la dimensión simbólica de la sociedad. Al menos, hasta la fecha en que se enmarca el presente estudio.

La sorprendente coincidencia entre opinión pública y publicada se explica, además de por la doble actividad de influencia y reflejo arriba señalada, porque los medios a los que Benavides o Bouza se refieren pertenecen a lo que llamamos “medios de referencia”. En particular, esta tesis se centrará lo que Van Dijk ha calificado como “prensa de calidad española” (van Dijk, 2007) o “de prestigio”, y que tiene una alta capacidad de impacto sobre otros medios más populares, como la radio o la televisión³². Por un lado, debe tenerse en cuenta que los varones, bachilleres y universitarios, laboralmente activos, así como aquellos con edad entre 35 y 49 años decían leer las noticias en la prensa por encima de la media (Meilán, 2010: 22). Esto sugiere la posibilidad de un efecto cascada a través de “líderes de opinión” (Katz et al., [1955] 1964)³³. Además, los profesionales que trabajan en prensa no siempre restringen su actividad profesional a este ámbito, sino que sus opiniones aparecen en otros medios, especialmente cuando éstos forman parte de los mismos grupos empresariales. Por último, debe recordarse que en la prensa no encontramos únicamente la voz de los periodistas, sino también de los protagonistas de las noticias y diversos analistas, cuyos mensajes también recogen el resto de medios.

Una crítica que podría recibir esta decisión de focalizar el análisis en la prensa es que sesga el acceso a la esfera pública en un momento en el que, precisamente, desde una parte importante del 15M, se realizaba una fuerte crítica a hacia la prensa por no “representar” apropiadamente sus posturas, problemas y propuestas. El análisis empírico muestra, sin embargo, que en cuanto se maneja una suficiente variedad ideológica en la

³² Piénsese, por ejemplo, en la atención dedicada a las portadas de los principales diarios en algunos servicios informativos. En cualquier caso, nadie imagina que un periodista se pone ante el micrófono o ante la cámara sin haber consultado anteriormente “la prensa”.

³³ Para ello, es necesario contar con que, al margen de la valoración que pueda merecernos, los varones con estudios y trabajo y una edad entre los 35 y los 49 tienen una superior capacidad de influencia social con respecto a las mujeres, las personas sin estudios y los jóvenes y jubilados.

selección (especialmente, al incluir *Público*), se encuentran numerosas citas directas y entrevistas a los impulsores y participantes del movimiento, e incluso reproducciones íntegras de algunos de sus documentos. Como explican Casas et al. (2016), “los medios dieron cobertura a todas las demandas del 15-M”. De hecho, los mismos participantes del 15M fueron conscientes de que:

uno de los mayores éxitos en la difusión de la información fue, según los entrevistados, lograr que los medios generalistas tomaran también a los medios alternativos como fuente fiable de información. De esta forma, el propio movimiento se transforma en una fuente oficial de información de masas y aglutina en sus manos las noticias que se distribuyen sobre el movimiento (Robles y Ganuza, 2011: 255-256).

Los medios escritos son por tanto un espacio excepcional para observar en acción – esto es, desde una perspectiva naturalista– los usos de la idea de democracia. Además, la prensa escrita tiene la ventaja de que es, precisamente, escrita. Esto supone que sus periodistas se ven forzados a poner en palabras (de forma más o menos camuflada) intenciones y significados que en televisión se comunican mediante la imagen en movimiento y el sonido (la entonación y ritmo de la voz, los carraspeos y onomatopeyas, la música, etcétera). También obliga a poner en palabras una gran cantidad de acciones y hechos de los que pueden extraerse conclusiones sobre la matriz discursiva de la sociedad. Además, la prensa en papel fuerza al periodista a redactar una versión no modificable de su texto. Por otro lado, resulta valioso que la prensa dé cabida a algunas reflexiones con mayor extensión y profundidad que otros medios, dando espacio, por ejemplo, a expertos y opinadores. Estas opiniones se entremezclan con pasajes en torno al lexema de democracia con carácter más fragmentario o breve, que dan buena cuenta de los usos más automáticos e interiorizados de la idea de democracia.

4.2.1 La selección de diarios

Coherentemente con esta reflexión, la elección de la prensa escrita a analizar se realiza siguiendo tres criterios: el primero, el criterio de capacidad de influencia y de reflejo de la idea de democracia cultural, para lo que se tiene en cuenta el número de

lectores de acuerdo a la Encuesta General de Medios³⁴ y la dedicación primordial a la información política. Sin embargo, dado que en el modelo mediterráneo el pluralismo sólo puede encontrarse de forma externa, se incluye un segundo criterio: la pluralidad ideológica. En tercer lugar, se decide entender la expresión “prensa española” en un sentido muy restringido, tratando de evitar la variable centro-periferia en la selección de periódicos y en el análisis. En consecuencia, este estudio se centra en la prensa publicada en Madrid. Esto parece coincidir en gran parte con la forma en que se entiende la “esfera pública española”, al margen de la valoración que merezca tal consideración; baste como ejemplo al respecto la preponderancia que tuvo la ocupación de la Puerta del Sol frente a la de *Plaça de Catalunya*.

Siguiendo estos criterios, en primer lugar, se descartan los periódicos deportivos, así como los gratuitos. Según el Estudio General de Medios de 2011, tres de entre los cuatro diarios no deportivos más leídos eran gratuitos, incluido el primero: *20 Minutos*³⁵. Sin embargo, este dato resulta relativamente irrelevante para nuestro estudio, ya que esta gran oferta “no parece tener ningún efecto en el consumo de información política declarado por los españoles” —quizás porque ellos mismos no consideran estar leyendo información política— (Meilán, 2010: 18). Por tanto, parece más adecuado considerar a dicha prensa gratuita “entretenimiento”. No son tampoco medios de referencia. En consecuencia, quedan fuera de la presente investigación. También se excluyen a periódicos de tirada importante como *La Vanguardia* o *El Periódico* que no cumplen el tercer criterio.

Seleccionando los cuatro diarios con mayor número de lectores siguiendo estos criterios, quedan, en orden: *El País* (centro-izquierda), *El Mundo* (centro-derecha), *ABC* (derecha), *Público* (izquierda). Considerando que con estos cuatro diarios se da una suficiente diversidad ideológica, y teniendo en cuenta la gran carga de trabajo que supone cada uno de ellos, se decidió no incluir ningún diario más (siendo el primer excluido por número de lectores *La Razón*).

³⁴ La veracidad de las respuestas de los encuestados no supone un problema importante, pues en cualquier caso reflejará el prestigio relativo de los periódicos.

³⁵ El número de lectores se toma de la Encuesta General de Medios de la Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación. Febrero a noviembre de 2011. El periódico más leído en 2011 era *Marca* (deportivo), seguido por *20 Minutos*, *El País*, *As* (deportivo), *Qué*, *El Mundo*, *ADN*, *La Vanguardia*, *El Periódico*, *El Mundo Deportivo*, *Sport*, *ABC*, *La Voz Galicia*, *El Correo*, *La Nueva España*, *Heraldo Aragón*, *Público*, *La Razón*...

4.3 TÉCNICA DE INVESTIGACIÓN Y ÁRBOL DE CODIFICACIÓN

Para un objeto de carácter simbólico como el que aquí se ha delimitado, la bibliografía considera adecuado un acercamiento más cualitativo que cuantitativo. Esto no quiere decir, en cualquier caso, que se deba descartar la posibilidad de recurrir a instrumentos cuantitativos. Realmente, debe recordarse que, como dejó escrito Bardin, “el análisis cualitativo no rechaza toda forma de cuantificación. Son los índices los que se recogen de manera no frecuencial. Pero se puede recurrir a test cuantitativos” (Bardin, 1986: 88). De hecho, la frecuencia con la que se repiten algunos patrones ayuda a percibir su importancia en todo estudio cualitativo, aunque no se pretenda que esta frecuencia pueda extrapolarse a la población total. La división entre lo cualitativo y lo cuantitativo de esta forma se antoja menos rígida de lo que podría parecer en un principio, si bien entre ambas hay, sin duda, un cambio de énfasis importante. No obstante, algunas técnicas de investigación, como el Análisis de Contenido Cualitativo (QCA, por sus iniciales en inglés), bordean de alguna forma la oposición, dado que “comparte[n] características tanto con las investigaciones cualitativas como con las cuantitativas” (Schreier, 2012: 31).

Para Vallés, el diseño cualitativo de la investigación es “emergente” durante el proceso de investigación, basado en presupuestos naturalistas (Valles, 1997: 77). Es decir: con la intención de no violentar la realidad, se acudiría a ella sin una estructura teórica previamente definida. Empero, esta posición puede pecar de un inductivismo ingenuo tanto o más que el positivismo más clásico (Chalmers, [1971] 2000). Si bien la perspectiva general en que se inscribe esta investigación ya ha sido definida en el primer bloque, la tesis se articula fundamentalmente en torno a un uso instrumental del Análisis de Contenido Cualitativo. Esta posibilidad de combinación se puede conseguir entendiendo el análisis de discurso “menos como un método y más como una actitud frente a la investigación y la pregunta de investigación”, “poniendo el método del Análisis de Contenido Cualitativo al servicio de la perspectiva crítico-interpretativa que subyace al análisis del discurso” (Schreier, 2012: 49). Dado que el Análisis de Contenido Cualitativo es especialmente potente como herramienta descriptiva, se construyó un árbol de codificación fundamentalmente descriptivo-exploratorio como paso previo para el análisis teórico.

Dedicaré las siguientes páginas a definir el uso realizado de esta técnica, cuyos resultados, en todo caso, se enriquecerán recurriendo al análisis de documentos académicos y no académicos: artículos periodísticos fechados fuera del periodo en que se centra la investigación, cortes de televisión o manifiestos, entre otros.

4.3.1 El análisis de contenido cualitativo

Aunque el análisis de contenido se conoce típicamente por ser cuantitativo, lo cierto es que en sus comienzos el camino cualitativo no estaba completamente cerrado (Morgan, 1993: 114). La principal referencia intelectual que toman hoy en día los defensores del resurgido análisis de contenido cualitativo (QCA por sus siglas en inglés) es la crítica de Krakauer (1952) a la versión cuantitativa de esta técnica. En ella, el autor arremetía contra la sobresimplificación y la falta de precisión que, en nombre de la objetividad y por evitar la exégesis cualitativa, caían muchos trabajos cuantitativos. En sus palabras: “Su contenido deja de ser su contenido si es separado de la textura de intimidades e implicaciones a la que pertenece y sacada literalmente; sólo existe con y dentro de esta textura” (Kracauer, 1952: 639). La única forma de llegar a estos contenidos de carácter más “latente” (frente a lo “manifiesto”) es prestar atención a su “contexto” (Becker & Lissmann en Mayring, 2000; Schreier, 2012: 15; Kohlbacher, 2006: 11-12).

Esto no quiere decir que el ACQ se cierre a lo cuantitativo; por tanto, no existe una rígida línea que los separe (Schreier, 2012: 15), sino que más bien busca su reconciliación (Kohlbacher, 2006). En particular, Morgan considera que, aunque ambos utilizan un sistema de códigos constante para etiquetar segmentos que tienen un contenido similar, la diferencia estriba en que el análisis cualitativo mantiene estos códigos abiertos a los cambios que la lectura del texto pueda sugerir y que, aunque se cuenten las apariciones de un código, esto sólo puede ser la fase previa a 1) analizar el significado de esas repeticiones y 2) a la búsqueda de patrones (1993: 114-116).

Es en Alemania donde mayor desarrollo ha alcanzado esta técnica, de la mano de Philipp Mayring³⁶. Este investigador la sistematizó en los años ochenta como método para un estudio sobre las consecuencias psico-sociales del desempleo en el que se querían analizar 20.000 páginas de transcripciones de entrevistas de forma cualitativa. En sus

³⁶ Puesto que este doctorando no lee el alemán de forma fluida, el acercamiento a esta perspectiva se hace o bien de forma indirecta o bien gracias a los artículos en inglés que Mayring ha publicado en libros y revistas.

palabras, “la idea principal del procedimiento de análisis es, por tanto, preservar las ventajas del análisis de contenido cuantitativo tal y como fue desarrollado en la ciencia de la comunicación y transferirlo y desarrollarlo a pasos de análisis cualitativos-interpretativos” (Mayring, 2000). Los principales procedimientos analíticos que enumera Mayring son:

- Resumir: en su modelo, se llega a hacer de forma literal, resumiendo con nuevas palabras para reducir el texto. En el caso de esta investigación, bastará con seleccionar los pasajes relevantes.
- Explicar: este procedimiento aumenta la cantidad de información mediante el comentario en relación con datos del contexto que puedan ser necesarios para la interpretación. En la presente investigación, se recurre a la anotación del texto y creación de “memes” (documentos vinculados al texto) cuando algún pasaje sugiera ideas que puedan ser de utilidad para la investigación.
- Estructurar: elegir la unidad de análisis, crear la estructura de categorías en base a una muestra del texto a analizar, y aplicar ésta al texto.

Debe tenerse en cuenta que esta formulación apareció en un contexto en el que los psicólogos alemanes querían acercarse a lo cualitativo, pero rehusaban de las estrategias de investigación abiertas, y rechazaban renunciar a los criterios anteriores de objetividad, validez y confiabilidad (Mayring, 2002). Por ello, se enfatizaban criterios de validez como la comparación entre distintos codificadores, y se describían unos rígidos pasos estancos a seguir sistemáticamente. Sin embargo, existen otras versiones del QCA que rompen esta rigidez permitiendo, por ejemplo, que la creación/adaptación del libro de códigos se realice a la vez que se va codificando el material. Gläser y Laudel, tras experimentar problemas en la aplicación de los pasos de Mayring, critican que el sistema de categorías sólo se mantenga abierto mientras se aplica, en un primer paso, a una parte del material, y proponen un sistema de categorías basado en la teoría que sea más abierto y modificable en cualquier momento (Kohlbacher, 2006). Este tipo de procedimiento, además, resulta intuitivamente más adecuado si se utiliza un programa informático de análisis cualitativo. En el caso de esta tesis, se aprovecha la flexibilidad del paquete Nvivo 12 para tal efecto.

4.3.2 Aplicación de la técnica de investigación: plan de trabajo y árbol de codificación

En primer lugar, se recopilaron las versiones impresas digitalizadas de los ejemplares de las cuatro cabeceras para el periodo seleccionado en formato .pdf y se introdujeron en el paquete informático cualitativo Nvivo 12. En este momento, apareció una dificultad sobrevenida: no se han podido encontrar ni realizar digitalizaciones de los periódicos en formato .pdf capaces de identificar correctamente el orden del texto. Si bien la estructura en columnas de un periódico resulta en general sencilla para el ojo humano, confunde irreparablemente a los *softwares* de reconocimiento de texto actuales. Esto implica que, aunque todo el texto está, no está en orden, lo que convierte en inservible todo recuento de los resultados en términos de “referencias de codificación” (número de pasajes codificados), pues el programa interpreta como varias referencias lo que en realidad sólo es una tan pronto como ésta se encuentra dividida por un salto de columna, pertinente o no. Ello hizo necesario buscar técnicas de investigación que permitieran superar estos problemas, lo que supuso otro motivo para la elección del Análisis de Contenido Cualitativo, que ofrece una solución gracias a su organización del trabajo en torno a “unidades de análisis”.

Como primer paso, Schreier, en su manual de QCA, recomienda utilizar una codificación simple (relevante/no relevante) para seleccionar los pasajes que van a ser considerados (Schreier, 2012: 80-84). El criterio de relevancia aquí utilizado es el semasiológico, utilizando como vía de entrada al texto aquellas palabras derivadas de “democracia”, que se etiquetaron bajo un solo nodo en un primer paso. De este nodo se excluyeron aquellas menciones que forman parte de nombres de organizaciones (Democracia Real Ya, Unión Progreso y Democracia o Partido Demócrata), salvo que tal mención conlleve un posterior desarrollo de lo que la democracia supone. También se excluyeron las apariciones que referían a distintas ideologías (socialdemocracia, demócratas cristianos), con la misma salvedad.

Esta codificación o etiquetado bajo un mismo código de todas estas apariciones de palabras derivadas de la raíz “dem?cr”³⁷ tuvo como obstáculo las limitaciones del

³⁷ La interrogación se introdujo para recoger aquellas palabras con tilde (demócrata), lo que supuso la posterior limpieza de palabras no relevantes, como “demacrado”.

software y a los problemas de la organización del texto de los documentos³⁸, que se solventaron mediante búsquedas complementarias y el repaso individual de los resultados. Finalmente, 1347 palabras quedaron clasificadas bajo el código “democracia y derivados”. Estas palabras podrán utilizarse como unidades de análisis más adelante, en tanto que puede pedirse al software informático Nvivo 12 que recupere todas las veces en que la palabra se cruza con alguno de los otros códigos aplicados.

A partir de este código “democracia y derivados” se seleccionaron los pasajes relevantes para la investigación: el material a codificar. Para ello, se leyó la pieza periodística en que aparecían una o varias palabras derivadas de “democracia”, y se dio un código individual a aquellas partes provenientes de una misma pieza y relevantes para la investigación, ya fuera por constituir el contexto que daba sentido a estas apariciones, ya fuera porque desarrollaba la idea de democracia a la que aludían las palabras, o bien porque aparecían referencias indirectas a la democracia formuladas con otras palabras (enfoque onomasiológico). Aunque, como se ha dicho, cada mención a las palabras derivadas de “democracia” puede servir como unidad de análisis, la estrategia seguida permite utilizar también la pieza periodística (fundamentalmente artículos, pero también citas en la cabecera, comentarios de Twitter, pequeñas columnas, etcétera) como unidad de análisis: es decir, se puede conocer en cuántas piezas periodísticas aparece cada uno de los códigos seleccionados. Esta delimitación del texto a codificar se realiza sin perjuicio de que más tarde se pueda recurrir a un contexto más amplio para interpretar correctamente las ideas de democracia implicadas.

Cada uno de estos pasajes ha sido nombrado sistemáticamente con el nombre del periódico en que aparece, la fecha y un número que lo identifica. Así, por ejemplo, el primer fragmento de artículo en el que aparece la palabra democracia en el *ABC* el día 14 de mayo de 2011 recibe el nombre “ABC14501” (periódico, día, mes, número de unidad a codificar)³⁹. Esta es la referencia que se utilizará en el trabajo de análisis para identificar los artículos a los que pertenecen los fragmentos recuperados como ejemplos durante el análisis. Puede consultarse la lista completa de artículos en el anexo 7 (697 artículos).

³⁸ Si la palabra “democracia” aparecía dividida entre dos columnas (“de-mocracia”), una búsqueda simple no era capaz de localizarla. Por ello se usaron otras búsquedas como “antide”, “cracia”, “crático” o “cratizar”, entre otras combinaciones, añadiendo los resultados pertinentes.

³⁹ Cuando se toman citas de artículos de estos periódicos que, sin embargo, no están incluidos en las unidades a codificar, pero que por alguna razón resultan de interés, se señalan con una F de “fuera”, en lugar de con el número (por ejemplo: ABC145F).

Estas unidades se organizan como casos de Nvivo 12, en un árbol de códigos llamado “unidades a codificar”. El árbol se realizó clasificando las unidades a codificar según la fecha de publicación y la cabecera bajo la que aparece. Para facilitar el análisis, se les aplica una clasificación de Nvivo 11 con estas dos características.

Una vez realizado este trabajo, se hicieron varias pruebas, con diversas estrategias y diversos árboles de codificación posibles, lo que permitió ir adquiriendo familiaridad con el corpus y tomar las decisiones necesarias. Los primeros intentos de construir un árbol de codificación mediante procedimientos inspirados en la de teoría fundamentada (esto es, de forma completamente inductiva) (Strauss y Corbin, 1998) resultaron infructuosos, en parte por la cantidad de material que interesaba analizar, y en parte por la profusión de los resultados y las dificultades para su agregación. En definitiva, la democracia es una idea amplia y muy polivalente, por lo que el problema parece ser inherente al concepto ⁴⁰. A la misma conclusión, como ya se mencionó en el anterior capítulo, induce el trabajo de Beery (1943).

Pese a las dificultades derivadas del desorden del texto en los documentos analizados, se decidió no obstante mantener algunos aspectos importantes del enfoque inductivo en la estrategia de codificación. En lugar de utilizar unidades de codificación rígidas, que obliguen a aplicar los códigos a toda la unidad de codificación, la codificación se aplica a los fragmentos a los que sea relevante aplicarlos dentro de cada unidad a codificar (teniendo especial cuidado para que las palabras codificadas como “Democracia y derivados” implicadas en cierta unidad de sentido queden cubiertas por la codificación cuando así sea pertinente). Tampoco se obliga a todos los códigos a funcionar como categorías excluyentes, si bien esto depende de la formulación concreta de cada subdimensión.

Aunque el análisis de contenido puede llegar a manejar un gran número de códigos, revisar más de cuarenta categorías a la vez puede resultar humanamente inmanejable, quedando perdido en los datos (Schreier, 2012: 33, 58-59, 79). Por ello, se decidió realizar el trabajo elaborando y aplicando el árbol de codificación en distintas fases o vueltas sobre el texto. El árbol combina elementos que parten de la teoría (junto al conocimiento diario y la lógica), mientras que otros se construyeron inductivamente, a partir de los datos

⁴⁰ Como Elena García Guitián me precavió, hablar de la teoría de la democracia hoy en día es hablar de (casi) toda la Teoría Política.

mismos, de forma emergente, mediante *free coding* o codificación libre. En términos generales, se sigue la estrategia mixta descrita por Schreier (2012: 89), con una mezcla de la estrategia teórica y la inductiva, modificando los códigos mientras se aplicaban y realizando las necesarias revisiones de lo codificado antes de la modificación. Aunque se presente el trabajo como cuatro fases de codificación (que se reparten las cinco dimensiones del árbol de codificación), no se quiere ocultar que el trabajo funcionó en muchos aspectos de forma circular, con las numerosas idas y venidas propias del trabajo cualitativo. La escritura del análisis se realizó en paralelo a la codificación, especialmente mediante el recurso a memes (documentos sobre temas concretos vinculados al texto analizado).

a. Primera fase: características generales

El primer tramo del árbol de codificación trata de delimitar las “características generales” del uso de la idea de democracia. La importancia de realizar esta clasificación en primer lugar reside en que más tarde serviría de ayuda, incluso de atajo, para realizar algunas de las siguientes codificaciones, aunque este trabajo pueda quedar oculto en la presentación del análisis. También dificulta que los fragmentos extraídos queden descontextualizados, pues rápidamente puede conocerse la autoría del fragmento que se está analizando y en qué contexto apareció la referencia.

1. Características generales.

1.1. *Atención-posición democracia*: codifica la atención prestada a la idea de democracia en los pasajes seleccionados. Se puede también entender como la posición que ocupa la idea de democracia en los discursos analizados. Se clasifica la posición de la idea siguiendo en parte el vocabulario de Freedman (1996): si es “central”, porque la propia idea es el tema tratado o porque resulta central para sostener el argumento; si es “adyacente” a las ideas o temas principales; o bien si se hace un uso “superficial” de la idea (como por ejemplo, en frases hechas como “por primera vez en la época democrática”). La significancia de este último nodo llevó en la tercera fase, tras haber comenzado la redacción del análisis, a desagregarlo entre aquellos usos que hacían referencia a la “etapa democrática” actual sin referencias a un pasado democrático y aquellas que entendían la actual etapa como “recuperación” de la democracia.

- 1.2. *Localización*: se clasificaron los segmentos correspondientes según pudiesen encontrarse en artículos de “información”, columnas de “opinión y editorial” (se incluyen también las cartas al director), artículos “mixtos y análisis” (en los que la información y la opinión están expresamente entremezcladas), o bien fueran espacios en los que predomina la voz de los protagonistas, como en “entrevistas”, “artículos” de los protagonistas de la noticia, una “cita directa” (donde se incluyen también las citas a Twitter o la reproducción de documentos del 15M, por ejemplo) o una “cita indirecta”, “publicidad” u “otro” (que tan solo debió utilizarse para una descripción de una película en la programación televisiva). Marcar específicamente las citas ayudó a tener en cuenta esta intertextualidad (Fairclough, 2003: 39-62).
- 1.3. *Autoría*: se clasifican los pasajes según aparezcan sin firma o con pseudónimo (caso de los editoriales, por ejemplo), bajo una “firma del periódico” (periodistas en nómina), o bien si se trata de la voz de los “expertos” (cuando se especifica su campo de conocimiento), de los “protagonistas” de la noticia, de los “lectores” (cartas al director) u “otros” (publicidad y publlirreportajes). Bajo el código “protagonistas” se realizó un trabajo de codificación abierta que finalmente los clasificó en “políticos”, “15M e indignados”, “Artista, escritor, periodista”, “Activismo, asociaciones y militantes”, “Sortu, Bildu, ETA” y “Otros”.
- 1.4. *Tema*: se clasifican los temas que propician la aparición de la idea de democracia. Esta clasificación se diferencia de aquellas realizadas en otros estudios y que codifican únicamente el tema general del artículo en que aparece la palabra, sin tener en cuenta que un artículo puede contener pasajes temáticamente desconectados del tema principal. También se diferencia de aquellos análisis de contenido cuantitativos que definen los temas como excluyentes, cuando precisamente la coincidencia entre temas puede resultar relevante. Los principales temas localizados son:
- 1.4.1. *Democracia. Usos, calidad y tipos*: este nodo, que coincide en gran parte con el 1.1.1 (central), se recogen los pasajes en los que se habla explícitamente de la democracia: de su significado e institucionalización, de las propuestas de mejora, de los usos de la idea, de la calidad de algún sistema democrático o de los tipos de democracia posibles.

- 1.4.2. *15M. Movilización y desobediencia*: todo aquello relacionado con el movimiento 15M.
- 1.4.3. *Campaña, elecciones y alternativas electorales*: el nodo recoge los pasajes dedicados tanto a la campaña electoral como a las elecciones, así como aquellos pasajes en los que se presentan y/o critican las opciones electorales posibles.
- 1.4.4. *Seguridad, violencia y disturbios*: Se recogen bajo este código todas las cuestiones relacionadas con la violencia y la seguridad interior. Bajo éste se ha incluido o anidado el nodo “Bildu, Eta y Terrorismo”, que en principio se recogió por separado.
- 1.4.5. *Economía. Crisis y medidas*: se recogen pasajes dedicados a la crisis y la situación económica, así como a las medidas tomadas al respecto.
- 1.4.6. *Políticos y corrupción*: pasajes en que se trata sobre “los políticos”, sus virtudes y sus defectos, así como sobre políticos individuales y noticias relacionadas con casos de corrupción, junto a otros escándalos y críticas.
- 1.4.7. *Ámbito internacional*: pasajes cuyo tema se centra en el ámbito internacional, incluyendo la Primavera Árabe.
- 1.4.8. *Historia, España, Nación*: referencias históricas sobre la democracia, así como las referencias que tratan sobre la historia de España y la nación española.
- 1.4.9. *Otros*: agrupa los nodos que no pudieron agruparse bajo otros epígrafes más generales y que no alcanzaban un número significativo de referencias como para presentarlos por separado. Entre estos destacan el código “medios de comunicación”, “inmigración y xenofobia”, “internet” o “Cataluña”. No obstante, el nodo más numeroso lo conforma “otros países”, donde se recogieron referencias a terceros países.

b. Segunda fase: textura

Debe entenderse aquí “textura” en el sentido que lo usa (Fairclough, 1995a: 5, 187-213): como la forma lingüística que los usos de democracia adoptan. Aunque por cuestiones expositivas se presente como una segunda fase, los nodos de esta sección se fueron construyendo desde la primera lectura, pues ya entonces se recogieron algunas expresiones, metáforas y adjetivos que resultaban llamativos. Al terminar la primera

lectura fue necesario parar a construir algunas clasificaciones (especialmente para las metáforas) y repasar que todos los adjetivos, expresiones y metáforas que aparecían en las palabras circundantes a “democracia y derivados” obtenían codificación, completando el trabajo de codificación en los siguientes nodos:

2. *Textura.*

- 2.1. *Adjetivos, determinantes y adverbios:* se recogieron los adjetivos aplicados a la palabra democracia y derivados, agrupándolos después. Entre los más importantes están aquellos adjetivos que permiten distinguir tipos de democracia. Entre ellos destacan “real, auténtica o verdadera”, “participativa”, “directa”, “representativa” o “formal”. También aquellos que indican una concepción gradual de la democracia (“mejor”, “más”, “menos”), los que hablan de democracia “perfecta” o “completa” y el uso del determinante “nuestra” acompañando a “democracia”. Además encontramos una plétora de adjetivos para designar la “falsedad” de la democracia española: “hueca”, “falsa”, “ilusoria”, etcétera.
- 2.2. *Expresiones:* Destacan por su importancia para los siguientes pasos y para el análisis la expresión “recuperación de la democracia”, “sistema” democrático (junto a las menciones a los “antisistema”) o “revolución, revuelta, rebelión” democráticos.
- 2.3. *Metáforas:* Entre éstas, destacan las biológicas (especialmente las metáforas sanitario-higiénicas), las personificaciones, las bélicas, la arquitectónica (vía o camino democrático, muros, edificio) y las que hablan del “juego” democrático y de la “fiesta” de la democracia. También se recogen los verbos que asimilan la democracia a un objeto que se ha podido “robar” o “recortar”, la metáfora del mercado, las religiosas y las (habitualmente críticas) metáforas teatrales.

c. **Tercera fase: fronteras**

Tras el trabajo realizado para codificar el primer tramo, ya se tenía una idea de los principales usos de la idea de democracia: la legitimación y deslegitimación de actores y propuestas políticas, la definición del concepto (es decir, los intentos explícitos de hegemonización), la problematización y el establecimiento de divisiones entre los demócratas y los antidemócratas (de fronteras identitarias). Se decidió entonces utilizar

como vía de acceso al análisis los principales usos divisores o adversativos, pues ofrecen una perspectiva panorámica de la cuestión que, además, pone el acento en la lucha política. Pudo entonces comenzarse la tercera fase, en la cual se aprovecha la codificación realizada anteriormente para evitar la revisión de todo el material cuando así resultaba posible. De este modo, por ejemplo, el código *15M violento* se construyó a partir de la revisión del cruce de temas “15M: movilización y desobediencia” y “Seguridad, violencia y disturbios”, y el código “BILDUETA” y sus subcódigos se logran mediante una revisión del tema “Bildu, Eta y Terrorismo”. Aquellos aspectos que no pudieron ser completados mediante esta estrategia se revisaron en esta vuelta. Se codificó en último lugar las referencias concernientes al 15M, para el que se aprovecha el conocimiento para entonces adquirido sobre las dimensiones del concepto de democracia, permitiendo una mirada onomasiológica.

3. Fronteras

3.1. *Bildu-eta y los demócratas.*

3.1.1. *Bildu democrático*: se recogen todas las menciones en las que aparezca la concurrencia de Bildu a las elecciones como un avance democrático o se le califique de democrático en sus planteamientos.

3.1.2. *Bildu antidemocrático*: pasajes en los que se critica la concurrencia de Bildu a las elecciones como un error de los “demócratas” o se les califique de antidemócratas, terroristas, etc.

3.2. *PP vs. PSOE.*

3.2.1. *Contra PP*. Críticas al PP mediante la idea de democracia.

3.2.2. *Contra PSOE*. Críticas al PSOE mediante la idea de democracia.

3.3. *15M vs. Anti15M.*

3.3.1. *Pro 15M.*

3.3.1.1. *Pro democracia real:*

3.3.1.1.1. *15M es democracia*: referencias que destacan al 15M como ejemplo de democracia en su funcionamiento.

3.3.1.1.2. *Críticas a la democracia*. Muestras de simpatía hacia el movimiento por su denuncia de las insuficiencias de la democracia española, sin que ello suponga compartir su ideal de democracia.

3.3.1.1.3. *Definición y apoyo a democracia real.* Pasajes en los que se define y apoya la idea de democracia del 15M o las medidas que proponen desde el movimiento.

3.3.1.2. *15M es participación:* intervenciones que destacan el valor del movimiento como participación política democráticamente enriquecedora.

3.3.1.3. *15M es pacífico.* Pasajes en los que se destaca que el 15M es fundamentalmente pacífico.

3.3.1.4. *15M es legal.* Pasajes en los que se defiende al movimiento contra las acusaciones de ilegalidad y se defiende que no viola la ley o, incluso, se relativice la importancia de la ley en favor del movimiento.

3.3.2. *Contra 15M.*

3.3.2.1. *Contra idea democracia 15M*

3.3.2.1.1. *Democracia electoral hoy:* se recogen las críticas a la idea de democracia del 15M que enfatizan implícita o explícitamente el aspecto electoral de la democracia.

3.3.2.1.2. *Contra adjetivación:* críticas al 15M por utilizar adjetivos para calificar el tipo de democracia que reivindican. Este nodo se codificó inicialmente bajo la dimensión “textura”, reubicándolo aquí al final de la fase tercera.

3.3.2.1.3. *Otros.*

3.3.2.2. *15M violento:* Menciones a actos de violencia relacionados con el 15M que puedan entenderse destinadas a desacreditar al movimiento como antidemocrático.

3.3.2.3. *15M ilegal:* Menciones a actos ilegales relacionados con el 15M que puedan entenderse destinadas a desacreditar al movimiento como antidemocrático.

3.3.2.4. *15M juego sucio:* pasajes en los que se cuestiona la democraticidad del movimiento por su naturaleza manipulada o veladamente partidista, o a sus intenciones para subvertir el normal funcionamiento de la democracia.

3.3.2.5. *Malos amigos y extremismo:* se recogen las críticas contra el 15M en virtud de sus malos amigos y apoyos o de su extremismo.

d. Cuarta fase: problemas

En esta fase final, se recogieron los problemas que atenazan a la democracia, apoyado en codificaciones iniciales de la primera fase (el código sistema electoral, por ejemplo, aparecía como un “tema” destacado en la primera fase, pero acabó subsumido bajo el tema “Democracia: usos, calidad y tipos”). La atención se puso en los problemas de la democracia española, de la democracia como ideal y como idea (como ideal que se debe concretar en instituciones). También se aprovechó para recoger los excepcionales usos negativos de la palabra y derivadas (cuando democracia adquiere una connotación negativa). Quedan fuera las referencias a problemas específicos de democracias distintas de la española, como por ejemplo: “para terminar, Berlusconi desplegó sus armas habituales. Hubo una de fiscales: «Una patología de nuestra democracia», aseveró” (P14508).

4. Problemas: en un primer momento, se recogieron mediante codificación libre y aprovechando los nodos anteriores todos los problemas atribuidos a la democracia española (o a la democracia en nuestro contexto en general). Una vez identificados los más importantes, se conservaron los siguientes, subsumiendo en el código “otros” aquellos temas ya tratados (como la cuestión de la sentencia favorable para Bildu):

- 4.1. *Políticos*: críticas a “los políticos” como problema para la democracia. Las referencias recogidas se pudieron clasificar en:

- 4.1.1. *Casta desconectada y privilegiada*: referencias al interés particular de los políticos o su constitución en “casta” o “clase” separada. Una clase con ciertos privilegios, complicidades y que sería “distante” e incapaz de “escuchar” a los ciudadanos.
- 4.1.2. *Corruptos e inmorales*: referencias a comportamientos inmorales de los políticos y, particularmente, a la corrupción, concebidos como problemas para la democracia.
- 4.1.3. *Incompetentes*: señalamiento de la baja calidad de la clase política y su incapacidad para solucionar los problemas que tienen asignados como problema para la democracia.
- 4.1.4. *Rendición de cuentas*: pasajes en los que se señale como problema de la democracia las dificultades para hacer a los políticos responsables de su actividad, tanto jurídica como políticamente.

- 4.2. *Partidos*: pasajes en que se habla de “partitocracia”, del bipartidismo y la falta de alternativas políticas y de la democracia interna de los partidos.
- 4.3. *Sistema electoral*: pasajes en que el sistema electoral y sus distintos componentes aparece como problema o, directamente, se señalan alternativas mejores y más democráticas.
- 4.4. *Deliberación y libertad de expresión*: especialmente, pasajes en los que se habla de la calidad de la campaña electoral, la falta de transparencia o la ausencia de libertad en los medios de comunicación.
- 4.5. *Estado de derecho*: Pasajes que refieren problemas relacionados con la separación de poderes, el imperio de la ley, la libertad negativa y la indefensión de los ciudadanos frente a arbitrariedades.
- 4.6. *Falta de participación*. Pasajes en los que se señala como problema para la democracia la falta de participación, desagregándose además si estamos ante un problema de falta de “vías de participación” o de un problema de “actitudes”.
- 4.7. *Concepciones y usos de la idea de democracia*: pasajes en que el mismo uso de democracia o diversas concepciones de la democracia son consideradas problemáticas para la democracia misma.
- 4.8. *Políticas económicas y socialdemocracia*: pasajes en que se señalan diversas decisiones económicas como problemáticas para con la democracia y pasajes en los que se señala la impotencia de los gobiernos para llevar a cabo políticas socialdemócratas y la crisis de esta ideología en tanto que problema para la democracia.
- 4.9. *Representación*. Aunque muchos de los otros problemas puedan entenderse ciertamente desde una perspectiva onomasiológica como problemas de representación, resultó conveniente dedicar nodos específicos para pasajes en que se nombra explícitamente la palabra para plantear que la representación es un problema para la democracia o que hay un problema de representación.
- 4.10. *Otros*: temas minoritarios que no pueden agregarse a categorías más amplias. También se anidaron aquí temas que se tratarán en otros apartados.
5. *Connotación negativa*: se recogen los excepcionales casos en que la democracia adquiere una connotación negativa, como un desvalor o problema.

Aunque se llegó a planificar un árbol de codificación para capturar el estatus intelectual de la idea de democracia, se decidió finalmente no aplicarlo, debido a dos razones: en primer lugar, porque durante el trabajo de escritura pudo comprobarse que, aún sin esa codificación, era posible realizar una aproximación transversal a esta cuestión, reservando un estudio más profundo de la misma para siguientes trabajos. En segundo lugar, porque introducir esta dimensión habría supuesto extender excesivamente la presente tesis.

Las diversas vueltas se reiniciaron cuando se introdujeron modificaciones sustanciales en el árbol de codificación. Finalmente, se comprobó la coherencia interna de los distintos nodos y se realizaron diversos cruces y pruebas para comprobar que no habían quedado fragmentos sin codificar en alguna cuestión o mal codificados.

4.3.3 El aprovechamiento de los datos obtenidos

Como se ha mencionado más arriba, el uso del Análisis de Contenido Cualitativo en esta tesis es instrumental y exploratorio. El proceso de codificación ha sido un instrumento de gran utilidad para la escritura y, gracias a esta codificación, podrán mostrarse multitud de ejemplos a partir de los que construir un relato que aporte una mayor comprensión del mundo común en torno a la idea de democracia. Sin embargo, no se presentará un análisis exhaustivo y sistemático de los resultados de la codificación, ni los cruces de todas las dimensiones. Esto no significa que dichos cruces no se hayan realizado, revisado y reflexionado. Empero, sólo se traerán a colación cuando realmente aporten elementos para la mejor comprensión de la cuestión analizada en cada momento, sin someter el relato a la presentación de todas las tablas y gráficos posibles. Este uso instrumental también explica que no se dude en profundizar en las diferencias más llamativas o interesantes encontradas dentro de cada nodo, sin que ello tenga que suponer comenzar una nueva codificación.

Para introducir orden en esta pluralidad la presentación de la investigación se organizará utilizando como primera vía de entrada las principales fronteras identitarias que se construyeron en torno a la idea de democracia. Es decir, se analizará cómo se entiende la diferencia entre “los demócratas” y “los otros”: los antidemócratas y las dictaduras, lugar que ocupan diversos sistemas políticos, periodos, actores, valores, acciones y actitudes.

Estas fronteras se manifiestan sobre todo en el ámbito periférico de la idea, en los términos de Freedman (1996): en esa región de la ideología destinada a encontrar el mejor acomodo posible de los hechos del día a día en el entramado conceptual propio. Por tanto, la estrategia de análisis procederá en general de “fuera para adentro”, penetrando a partir de estos aspectos periféricos hacia los elementos adyacentes y centrales de la idea con ayuda de la reflexión axiológica. Dentro de esta estrategia general, los distintos apartados se estructurarán como mejor puedan hacer justicia al objeto.

Para cumplir los objetivos propuestos deberá recurrirse a los datos que ofrecen diversos estudios empíricos cuantitativos y encuestas, tanto para reforzar la validez externa de las conclusiones como para tratar de entender las experiencias en que pueden basarse los discursos encontrados. Junto a estos, jugará un papel clave el pensamiento teórico académico y la historiografía. La presentación de nuevos datos ofrecidos por otras “prácticas metodológicas, materiales empíricos, perspectivas y observadores” como alternativa a la validación es lo que los metodólogos han denominado como «triangulación» (Denzin y Lincoln, 2005: 5)⁴¹. De alguna forma, la lógica dentro de la Teoría Política definida en el primer capítulo, al caracterizarse por la obligación de ser inclusiva, no puede sino “triangular” constantemente, comparando lo encontrado con las aportaciones más relevantes sobre la materia, independientemente de su procedencia académica.

Debe recordarse que el objetivo del tercer bloque no consiste en realizar un análisis exhaustivo de la forma en que la prensa trata los diversos temas en torno a la idea de democracia, pues aquellos artículos que prescindieran de utilizar la palabra estarán ausentes. El tercer bloque tampoco será exhaustivo en cuanto a las cuestiones mismas en debate, a cuya reflexión se dedican subdisciplinas enteras. El objetivo, como se planteó en el primer capítulo, es describir, comprender y pensar la idea de democracia.

4.4 RECAPITULACIÓN

Este capítulo ha mostrado, en primer lugar, la excepcionalidad de 2011 para el análisis de la idea de la democracia en España. El contexto elegido era de una crisis

⁴¹ “We know a thing only through its representations. Triangulation is not a tool or a strategy of validation, but an alternative to validation [...]. The combination of multiple methodological practices, empirical materials, perspectives, and observers in a single study is best understood, then, as a strategy that adds rigor, breadth, complexity, richness, and depth to any inquiry”

profunda, no sólo económica, sino también de la democracia española, como mostraban los datos de varias encuestas. Una crisis que se hacía especialmente evidente en los datos al respecto de la satisfacción con la constitución o de la democraticidad de la sociedad española.

Esa insatisfacción encontró reflejo el 15 de mayo de 2011 en la manifestación y posterior acampada de los *indignados*, dando pie a una discusión sobre la democracia misma. Además, el 15M se desarrolló durante una campaña electoral, momento de especial tensión política y de especial transcendencia para toda democracia. También coincidía en aquellas fechas el desarrollo de la primavera árabe. Para evitar la fragmentación de los discursos aparecidos en la prensa y su descontextualización, se ha optado por recoger los datos de días consecutivos. Las fechas finalmente elegidas permitirán tener una muestra de la prensa antes de que el 15M copara las noticias (sábado 14 y domingo 15 e, incluso, lunes 16), un conocimiento clave sobre los debates que generó el 15M en sus primeros días (desde el día lunes 16 en adelante) y el tratamiento de los resultados electorales tras el domingo 22 (lunes 23 y martes 24).

Dado el lugar clave que ocupan los medios de comunicación en las sociedades democráticas, estos resultan un lugar privilegiado para la observación de los principales discursos que conforman la esfera o espacio público. Y especialmente representativos de ese espacio público serán los llamados “medios de referencia” o “de calidad”, con capacidad para influir tanto sobre otros medios como sobre los ciudadanos, incluso si éstos no los leen. Estos medios no sólo reflejan las palabras y actos de otros actores públicos, sino que, además, ejercen funciones socializadoras (promoviendo ciertos conceptos, culturas e ideologías), de selección de los temas debatidos (agenda pública) y de enmarcado de estos temas (*framing*). En España ocupaban esta función de medios de referencia las principales cabeceras de diarios. Aunque la prensa de papel ha entrado en un declive importante, lo cierto es que en 2011 dicho declive apenas había comenzado. Además, las críticas que el mismo 15M dirigió a los medios por no escucharles ni “representarles” correctamente deben ser matizadas: los medios (y, especialmente, *Público*) si recogieron declaraciones, manifiestos, entrevistas, e incluso tuits del 15M. A este respecto, debe tenerse en cuenta que el modelo mediático español puede caracterizarse como “pluralista polarizado” (Hallin y Mancini, 2004), lo que implica que los medios tienden a mantener posiciones partidistas. Esto permite identificar a los

diversos medios con posiciones ideológicas. Por último, se ha explicitado la decisión de excluir la prensa no madrileña; en particular, a La Vanguardia, pese a su importante tirada. Siguiendo todos estos criterios, se han seleccionado cuatro diarios en sus versiones impresas: *El País*, *El Mundo*, *ABC* y *Público*.

La palabra democracia aparece en multitud de contextos en el periodo y diarios seleccionados, remitiendo a una gran variedad de dimensiones de significado, desde concepciones de la naturaleza de la idea diversas y al servicio de diversos usos. Para organizar toda esta información de cara al análisis teórico, se utiliza con fines instrumentales y exploratorios una versión del flexible Análisis de Contenido Cualitativo, para lo que se recurre al *software* de análisis cualitativo Nvivo 12. Como vía de entrada, se buscaron todas las palabras derivadas de “democracia” (con la excepción de nombres propios). En torno a estas palabras, se selecciona el texto a analizar, que se codificó junto siempre que pertenecieran a la misma pieza periodística, asignándoles una referencia que los hiciera identificables y permitiera usarlos como unidades de codificación. Para realizar el resto de la codificación fueron necesarias varias lecturas que, mediante una estrategia mixta (en parte basada en la teoría, en parte en lo encontrado), permitieron construir un árbol de codificación en el que se recogen: las características generales de la noticia y la atención que la noticia presta a la democracia; la textura o características lingüísticas principales que permiten expresar la idea; las principales fronteras que se establecen mediante el uso de la idea de democracia (entre partidos y entre partidarios y adversarios del 15M); y, finalmente, los principales problemas encontrados en la democracia española.

TERCERA PARTE.

LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA (14 AL 24 DE MAYO DE 2011).

Capítulo 5

La democracia española en sus dimensiones temporal y geográfica

En este primer capítulo del tercer bloque presentaré todo aquello encontrado en la prensa en relación con la oposición entre dictaduras y democracias en términos temporales y geográficos. Aunque los nodos que recogen los temas y fronteras de cariz histórico y geográfico no son los que más referencias acumulan, comenzaré por estos aspectos debido a que, de alguna forma, actúan como telón de fondo para el resto de las fronteras que se dibujan en torno a la democracia.

La diferencia entre dictaduras y democracias permite, en primer lugar, distinguir geográficamente los distintos países, clasificándolos de un lado o de otro (5.1). Recurriendo principalmente a lo codificado bajo el tema “Política exterior, presiones y guerra”, podrá mostrarse el tono y las discrepancias de los principales discursos acerca de la primavera árabe. Entre estos, destacan las llamadas al compromiso con la promoción de la democracia como obligación de los demócratas (5.1.1) y el debate sobre si existían en aquellos países árabes las condiciones necesarias para asentar una democracia (5.1.2). Un último subapartado sobre esta dimensión geográfica de la idea de democracia permitirá introducir algunas reflexiones teóricas al respecto (5.1.3). Fundamentalmente, se mostrarán algunas paradojas que persiguen a los deseos de promocionar la democracia, y que ponen de manifiesto la petición de principio que implica tal obligación, así como la pluralidad de dimensiones dentro de la idea de democracia y su conflicto (5.1.3). Este apartado también servirá para asentar la importancia de una concepción normativa de soberanía (colectiva) para la idea de democracia, lo que más adelante será de gran utilidad.

A esta dimensión geográfica se le superpone otra histórica, reflejada principalmente en el nodo para el tema “Historia, España, Nación”. Las expresiones que utilizan las referencias a la democracia con funciones contextualizadoras podrán de relieve la diferencia culturalmente establecida entre “la democracia”, como periodo histórico delimitado por el régimen político inaugurado en la Transición, y la dictadura (5.2.1). La presencia de algunas expresiones que recuperan la memoria de la Segunda República como periodo democrático sugerirá la existencia de una grieta en el discurso cultural: un

discurso ideológico transformador (5.2.2). Con la intención de conocer y entender mejor este discurso se recurrirá a algunas preguntas realizadas por el CIS relacionadas con la llamada “memoria histórica”. Este discurso contrasta con el cultural, que consagra la Transición como mito de origen de “la democracia”; un mito que vincula fuertemente a la democracia con las ideas de consenso y concordia (5.2.3). El papel que el consenso juega para esta idea de democracia cultural nos permitirá acercarnos a su estructura temporal interna. Lo mismo podrá hacerse con el 15M, que también recurre insistentemente a esta idea de consenso (5.2.4). Sin embargo, el consenso en el 15M ya no estaba vinculado ni a la Transición ni a la nostalgia indignada, sino que se convierte en fuente de expectativas o esperanza. De hecho, algunos participantes y defensores del 15M planteaban críticas a la Transición por no haber provisto de una mejor democracia. A estos y otros usos de la historia para legitimar o deslegitimar la democracia se dedicará el apartado 5.2.5.

Para terminar este segundo apartado sobre la dimensión histórica y temporal de la idea, dedicaré espacio a la reflexión sobre estas cuestiones (5.2.6). Especial atención merecerá entonces el papel del consenso en la idea de democracia. En particular, se mostrará la conexión entre el valor autonomía y el consenso, pero también las tensiones entre el consenso y otras dimensiones de la democracia, como el pluralismo e, incluso, la autonomía misma. En segundo lugar, me detendré a plantear algunas contradicciones internas del discurso o cultura de la Transición, lo que permitirá entender la relación entre las políticas de la memoria histórica y la función legitimadora de la democracia. Esto derivará en una tercera cuestión: las dificultades teóricas y consecuencias indeseadas que acompañan a la fundación de todo sistema político cuando dicho inicio se pretende o anhela totalmente puro y nuevo.

5.1 LA DIMENSIÓN GEOGRÁFICA: DEMOCRACIAS FRENTE A DICTADURAS (ÁRABES)

Prestemos atención en primer lugar al ámbito internacional. Cualquiera podría haber esperado encontrar en este ámbito un discurso cultural que marcara claramente la diferencia entre países democráticos y dictaduras. Precisamente por ello, lo primero que llama la atención es la insistente comparación entre los *indignados* españoles y las revoluciones árabes. Cayo Lara (P18511) o Felipe González (M19502) señalaron esta

relación, bien por su “estilo” (M16501) o bien porque “reclaman lo mismo [...]: más democracia” (EP19505). “Primavera árabe contra el sistema”, tituló *El Mundo* su artículo sobre las manifestaciones el día 16 (M16501). Los propios indignados coreaban consignas señalando la conexión: “«Así, así, de Túnez a Madrid»” (M19504). A este respecto, destacan unas declaraciones del líder del Partido Popular González Pons de unos meses antes y que, llegado el momento y dada la posición de parte importante de la derecha mediática y partidista contra el 15M, se convirtió en motivo de mofa: “Y desde Egipto nos están recordando también a nosotros que nos queda mucho para que nuestra democracia sea de verdad una democracia de calidad [...]”(P19504)¹.

Para explicar esta contradicción en el posicionamiento del Partido Popular, desde el “entorno” de Mariano Rajoy se señaló que “la democracia es la «clave» que marca la diferencia entre las movilizaciones en los países árabes, apoyadas por el PP dos meses atrás, y las desatadas ahora en España” (M20508). Aparecía así la reacción del discurso cultural esperado. Numerosos expertos, políticos y periodistas compartían esta reflexión. “Aquí hay democracia y allí [en El Magreb], no” (P22511). También Félix Ortega, en *El País*, marcaba la diferencia, “porque no hay violencia en las calles, ni vivimos en un sistema dictatorial” (EP20506). En este sentido, Ignacio Camacho en ABC afirmaba: “España no es Egipto; es una democracia de pleno derecho y consagradas libertades que han costado esfuerzo y sangre”. Camacho reconocía que “no es desde luego la «democracia bonita» de Zapatero”, pues el sistema está “abotargado y envejecido”. El parecido sólo estaría en “el método y la escenografía. Allí se trataba de conseguir frente a los fusiles una mínima libertad; aquí se trata, a lo sumo, de perfeccionar la que llevamos más de treinta años disfrutando. Un respeto por esa pequeña diferencia” (ABC20508).

En definitiva, España pertenece a la lista de países democráticos, frente a aquellos países árabes en plena ebullición revolucionaria, que son dictaduras. La defensa de tal diferencia surgía ante un 15M que precisamente ponía en cuestión la democraticidad del sistema político español y que llegaba a autodenominarse “Spanish Revolution”. Insistir en que España es una democracia permitía reclamar que las actitudes de los indignados fueran distintas, pues contra la democracia no cabe la rebelión. “Con todas sus imperfecciones, España es una democracia, no una dictadura opresiva contra la que sólo

¹ Estas declaraciones pueden verse en el siguiente enlace: <https://youtu.be/aNFJ6Wx63qg>. El mitin al que pertenecen tuvo lugar el 12 de marzo de 2011. (Última consulta: marzo de 2018).

cabe rebelarse”. Por ello, para que sus propuestas “sean valoradas han de ser planteadas dentro del orden legítimamente establecido” (M21505). La idea de democracia cumplía así su función legitimadora del sistema político español a través del contraste con las “dictaduras árabes”, lo que implicaba una llamada a la desmovilización fuera de lo electoral; a canalizar las demandas por la vía del voto.

5.1.1 La democrática obligación de promocionar la democracia

Para esta reacción ideológica conservadora la primavera árabe ya no podía resultar tan inspiradora como lo había sido para González Pons. El lugar que España debía ocupar era el de promotora y ejemplo democrático, no de aprendiz. Esto conecta con el discurso cultural sobre la Transición como origen de la democracia, que se presentará más adelante (5.2). Así, dos expertas en política exterior opinaban que: “Al fin y al cabo, España cuenta con la legitimidad y la credibilidad necesarias para acompañar los procesos hacia un régimen democrático y nuestra experiencia sirve a menudo como modelo en el «manual de transiciones»”. Coherentemente, el gobierno ofreció “asesoramiento y apoyo” (EP17507). Algo parecido señalaba en las páginas de *El Mundo* el ministro de exteriores de Turquía acerca del modelo turco. Aunque matizaba: “«por supuesto es cuestión de esos pueblos decidir sobre su propio futuro»” (M15508).

La voz de los protagonistas de las revoluciones árabes llegaba a oírse muy tímida e indirectamente, pero en coincidencia con este deseo de autonomía: “«a la gente en Oriente Próximo» no le gusta que Estados Unidos le diga en qué dirección debe ir” (EP22509). En todo caso, los estados democráticos, en tanto que democráticos, tienen la obligación de promover la democracia. En palabras de José Manuel Albares, diplomático, en la cuarta página de *El País*, “cuando se trata de democracia, los demócratas no podemos ser neutrales”. Aunque, eso sí, “[s]erán los africanos los que decidan su propio destino. La democracia solo se implantará en esos países en la forma y en los tiempos que sus ciudadanos decidan” (EP20513).

A los países democráticos se les responsabiliza de estas labores de promoción de democracia precisamente por ser democracias. Tras esta asunción puede intuirse que la democracia se considera un derecho universal, por lo que no basta conseguirla para uno: una vez asumido este valor, conlleva la obligación de ayudar a los demás a disfrutar también de él. Esta obligación de promover la democracia deriva en críticas, por ejemplo,

ante la timorata posición de los Estados Unidos de América frente al golpe de estado del 23-F en España. Según relataba Anna Grau, el “entonces secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig, la misma noche del golpe, [...] declaró que aquello no pasaba de ser «un asunto interno español»” (ABC15505). Charles T. Powell, en una entrevista en Público, deja claro el horizonte normativo: “«¿Cómo pudo ser que un país como EEUU, el máximo defensor de los derechos y las libertades políticas de sus ciudadanos, no adoptase un papel más influyente en la Transición democrática española?»” (P21522).

Estos mismos reproches de hipocresía son frecuentes con respecto a los Estados Unidos, habitualmente señalando la existencia de intereses espurios. Tales intereses se mencionan, por ejemplo, para criticar el silencio estadounidense sobre los abusos contra los manifestantes de Baréin que reclamaban democracia (“Bahrein [sic] es uno de nuestros «amigos» y un entusiasta comprador de armas occidentales”, P22522). En esta línea, Norman Birnbaum se lamentaba: “Creemos que somos una gran república y nos parecen cada vez más aceptables los Gobiernos pretorianos” ²(EP19512). Estas críticas enlazan con aquellas expresadas ante el asesinato de Osama Bin Laden, que se presentarán en el siguiente capítulo (6.2.5). Véase por el momento la siguiente cita al respecto:

...como lo podemos incluso ya suponer en caso de Osama Bin Laden, las grandes potencias de siempre respetan y fortalecen el nuevo regimen [sic] jurídico (Corte Penal Internacional, Consejo de Derechos Humanos, intervención humanitaria y derecho de proteger —R2P—) cuando les conviene (Darfur, Libia, Kosovo a medias), y lo violan cuando no. Pakistán, Afganistán, Ruanda, Sierra Leona. Intervienen con toda razón en Libia para salvar a civiles, pero no en Siria donde quizás hayan ya muerto más (EP14513).

Coherentemente con el deber democratizador, Obama anunció un “paquete de ayudas económicas a Túnez y Egipto y prometió extenderlas a los países del norte de Africa [sic] y Oriente Próximo que sigan el ejemplo y caminen hacia la democracia” (ABC20521). Obama mostraba así apoyo a las “reformas democráticas” (ABC20521, M21518, EP19501, EP20502, EP20503), lo que planteaba la existencia de un “camino” entre la

² Mi énfasis, para hacer notar la subjetivización, que implica cuestionamiento.

dictadura y la democracia, en una metáfora bastante común (ABC20521, EP19501, P20522)³. El diplomático José Manuel Albares recordaba incluso que “la democracia en el mundo occidental no llegó de una. Que el proceso en nuestro propio país también fue largo y costoso” (EP20513).

En aquel discurso de Obama, que entonces se percibía como el anuncio de un giro histórico en la política exterior de EE. UU. para empezar a priorizar la democracia sobre la seguridad, el entonces presidente “dio por amortizados al presidente de Yemen, Ali Abdulá Saleh y al líder libio Muamar Gadafi”. Además, a “Bashar al Asad le dio un ultimátum para que encabece una transición en Siria o deje el poder” (P20522): “o dirigía una transición democrática o se iba” (EP21501). Sin embargo, para el corresponsal de *ABC* en Washington, “sus palabras de amenaza fueron tibias”, pues se limitó a anunciar el peligro de la oposición interior y del aislamiento exterior. Además, Obama evitaba mencionar a Arabia Saudí –lo que el periodista de nuevo atribuía a los espurios intereses de la superpotencia–. El entonces presidente estadounidense planteó también los límites a su poder democratizador cuando “reconoció que la comunidad internacional «no puede cambiar regímenes por la fuerza»” (ABC20521). Lo que sí se podía y debía hacer, según el catedrático de Oxford Timothy Garton Ash, era sembrar todos los incentivos económicos posibles, durante y tras las revoluciones, pues la “democracia no podrá crecer sin acceso a los mercados europeos, la educación y el apoyo de todo el Mediterráneo” (EP22509). Aparece así la cuestión de las condiciones que serían necesarias para que las revoluciones democráticas pudieran triunfar.

5.1.2 Las condiciones de posibilidad para las nuevas democracias

Pese a todos estos planes de apoyo a los movimientos democráticos, y como el tiempo demostraría, la situación no era muy halagüeña. Así lo planteaba entonces en *El País* un artículo del día 14 de mayo. El titular era contundente: “La primavera árabe se tiñe de sangre” (EP14501). Una ironía ensombrecía el futuro:

Los mismos factores que propiciaron la revuelta obstaculizan un desenlace más o menos pacífico de la misma. La explosión demográfica y la falta de

³ Aparece ocho veces como “camino”, otras seis como “vía”, y una más como senda. No en todas las ocasiones aporta este significado gradual, pues la democracia se convierte en camino, esto es, en medio o vía, para otros fines. Por ejemplo: “«La democracia es el camino para una sociedad mejor...»” (M20520).

expectativas de una juventud numerosísima, el declive económico, la ausencia de líderes en la oposición y de instituciones sólidas (algo que sí tiene Egipto) y la voluntad de perpetuación de unos regímenes tiránicos hacen difícil que las reivindicaciones básicas de la población árabe, resumibles en dignidad y libertad, puedan verse satisfechas (EP14501).

El artículo se acompañaba de una infografía con unos breves apuntes sobre el momento político de los diversos países protagonistas, y advertía “del abismo al que puede asomarse la región si, en efecto, la revuelta adquiere tonos religiosos y sectarios”, como entendía su autor que estaba sucediendo en Siria (EP14501). Este artículo, sin embargo, es excepcional en su capacidad para distinguir entre los distintos países implicados, que suelen quedar englobados en un genérico mundo de “dictaduras árabes”. También es excepcional en su descarnada descripción de las precarias condiciones para asentar nuevas democracias en estos países.

No obstante, debe destacarse una dificultad que sí se menciona repetidamente. Se trata de la presencia de islamistas extremistas, a los que en la mayoría de los casos se diferencia del común de los manifestantes:

En la revuelta contra las dictaduras árabes se confunden islamistas extremos, en número limitado, con manifestantes del común que piden pan, justicia y libertad, seguramente por este orden, de mucho mayor aunque informe seguimiento. La caída del opresor es un objetivo que comparten, pero una fracción de islamistas persigue la instalación de poderes ultrarreligiosos, que podrían competir un día con las tiranías más conspicuas (EP18501)

Antonio Elorza advertía de que la fe en la democracia no debía ocultar que, aunque islam y yihadismo no sean lo mismo, el segundo existe, y que ambos guardan relación. Él consideraba además que el avance del terrorismo se acrecentaría de “fracasar la evolución democrática, algo no imposible a la vista de las trágicas secuencias de Siria, Libia o Bahréin” (EP23517). También aparecieron diversos artículos en aquellos meses llamando la atención sobre la violencia religiosa en Egipto, pues “amenaza directamente la transición a la democracia en el país árabe de referencia” (EP14509).

La cuestión religiosa preocupaba particularmente en *ABC*. En este diario, Serafín Fanjul negaba la posibilidad misma de fundar democracias “islámicas”. Centrándose en

el ejemplo de Egipto, plantea la existencia de un retroceso en su “occidentalización”, atribuyendo a todos los manifestantes posiciones islámicas, siendo su “objetivo [...] que información y opinión se supediten por completo a la Shari'a”. Por ello, consideraba imposible tal democratización desde el islam; lo contrario, en su opinión, implicaría creerse que “las palabras significaran lo mismo en cualquier parte” (ABC18501). José María Carrascal, ligeramente más optimista, admitía no obstante que estas revoluciones no podían considerarse equivalentes a la Revolución Francesa, dado que no era un movimiento contra la religión: “«No es una revolución dirigida por Al Qaida, los Hermanos Musulmanes, los talibanes o los ayatolás, para volver a la pureza del Corán. Pero tampoco es una revolución contra el Corán. En esto se diferencia de las revoluciones laicas occidentales»”. Dado que “[p]iden ser dueños de su destino”, pero no desde posturas laicas, opina que “[q]uieren democracia, pero no la nuestra” (ABC19502). Este discurso pluralista sobre la democracia –es decir, capaz de admitir la diversidad de modelos de democracia– era también compartida por un Obama especialmente “optimista” (P20522). No obstante, el entonces presidente de EE.UU. marcaba unos mínimos para reconocer como democracias a los futuros nuevos regímenes:

Obama manifestó que esas reformas no deben consistir únicamente en la celebración de elecciones. Admitió que no todos los sistemas deben de calcar [sic] el modelo de democracia representativa de Estados Unidos, pero precisó que son imprescindibles la creación de «instituciones que respondan ante los ciudadanos» y el reconocimiento de los derechos esenciales, como el de libre expresión y acceso a la información, incluido Internet (EP20503).

El ministro de exteriores turco, por su parte, respondía a quienes temían que el islamismo se adueñara de las revueltas árabes: “Los islamistas involucrados en estos movimientos piden libertad, no dictadura, como sin embargo sí hacen los extremistas europeos” (M15508). Así, pese a los “riesgos que conlleva el cambio”, se respiraba un ambiente esperanzado. Al fin y al cabo, la democracia “es un sistema que se ha adaptado históricamente a diferentes realidades culturales y sociales. Es tan compatible con Europa como con Libia y Costa de Marfil, siempre y cuando los ciudadanos de esos países tengan la voluntad de implantarlo” (EP20513).

5.1.3 Reflexiones sobre las paradojas de la promoción de la democracia

En torno a la frontera que divide a las democracias de las dictaduras en el ámbito internacional han surgido una diversidad de cuestiones que, puestas en perspectiva teórica, tienen el potencial para enseñarnos mucho acerca de la idea de democracia manejada en nuestra sociedad. En particular, el análisis que sigue pondrá el acento en diversas paradojas que surgen a partir de la obligación de promover la democracia, pues éstas permitirán profundizar en la diversidad de dimensiones conflictivas que componen la idea de democracia y atender a la forma en que el discurso público refleja (o silencia) estos conflictos.

a. La soberanía del país democratizador frente a la legalidad internacional

En primer lugar, el compromiso con la democracia parece que no sólo se debería reflejar en el ámbito internacional mediante su promoción, sino también en el respeto al derecho internacional. Así se deduce de las críticas al respecto de que “las potencias [lo] violan [...] con total impunidad” (P15508). Sin embargo, y pese a que el derecho internacional ha ido cediendo espacio a la promoción de la democracia (Schraeder, 2003: 26), uno de sus grandes principios sigue siendo la no intervención en los asuntos de los otros estados: “Todo Estado tiene el derecho inalienable a elegir su sistema político, económico social y cultural, sin injerencia en ninguna forma por parte de ningún otro Estado”, en palabras de la Asamblea General de las Naciones Unidas⁴. Obama, como se ha visto, entendía que esta prohibición de injerencia se limitaba al uso de la “fuerza”, desplegando toda una serie de medidas económicas (ABC20521). El entonces presidente, sin embargo, no planteaba esta relación entre derecho internacional y universalismo democrático como una contradicción, sino como un límite. Un límite que, en todo caso, según entienden especialistas como Kuperman (2015) o Lechini de Álvarez y Rabia (2013), en aquellos meses fue rebasado en la intervención de Libia, que pretendía un cambio de régimen⁵.

⁴ Véase el artículo dos de la Carta de las Naciones Unidas, así como la resolución 2.625 XXV de la Asamblea General de las Naciones Unidas (24 de octubre de 1970), de la que se extrae la cita.

⁵ Una coalición de países intervino en Libia desde marzo de 2011 con un mandato de protección humanitaria del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (resolución 1973 de 17 de marzo de 2011), aunque rápidamente la operación pasó a estar bajo la coordinación de la OTAN.

Esta primera paradoja entre el democrático respeto al derecho internacional y la soberanía de las democracias para actuar en favor de la democracia en el ámbito internacional puede leerse, para empezar, como un caso particular de la paradoja constitutiva del mismo “derecho internacional”. Al menos desde las concepciones clásicas de soberanía, o bien se está sometido a leyes (que requieren de capacidad coercitiva para merecer tal nombre) o se es soberano (Hart, 1994: 220 y ss.). Por tanto, un conjunto de normas que impida coactivamente a estados soberanos realizar todos los actos que consideren oportunos para la promoción de la democracia resulta ciertamente paradójico. Las estrategias para evitar esta paradoja abundan⁶. Podría argumentarse, por ejemplo, que los estados aceptan voluntariamente someterse a la legislación internacional. Pero el supuesto de tal libre aceptación sólo consigue facilitar la reinterpretación de esta tensión o contradicción como parte de aquella más general entre Estado de derecho y la soberanía democrática –o, dicho en otros términos, entre liberalismo y “democracia”–.

Ante la “creciente erosión de la autonomía nacional”, autores como Dahl (1989: 319) han intentado bordear esta paradoja recordando que la idea de un “Estado democrático autónomo” fue siempre un “mito” o una “ficción”: “Los conflictos internacionales, las rivalidades y alianzas, las guerras, han demostrado eternamente hasta qué punto era incompleta la autonomía de los Estados, democráticos o no. No sólo los conflictos han sobrepasado las fronteras de los Estados, sino también el intercambio, el comercio y las finanzas”⁷. Esto, pese a que el propio Dahl (1989: 112-114) entendiera que uno de los criterios que permiten reconocer a una democracia es que los ciudadanos son “soberanos”, en tanto que tienen “control final” sobre el programa de acción. En este sentido, no hablaríamos de democracia, por ejemplo, ante una colonia que, aun si fuera gobernada de forma asamblearia, no pudiera tomar de forma autónoma las decisiones relevantes. La crítica de Dahl, en este sentido, confundía la validez normativa del concepto de soberanía democrática con la posibilidad de su realización empírica, que será siempre aproximativa y nunca total, sin que esto llegue a privarle de su poder normativo.

⁶ Hart (1994: 224) trata de deshacerla sugiriendo invertir el orden en que se realizan las preguntas: “There is no way of knowing what sovereignty states have, till we know what the forms of international law are and whether or not they are mere empty forms”.

⁷ “To put this change in proper perspective, however, we need to remember that the autonomy of the city-state and the sovereignty of the national state were always less fact than fiction. International conflicts, rivalries, alliances, and wars have eternally demonstrated how much the autonomy of all states democratic and nondemocratic, has been radically incomplete. No just conflict but also trade, commerce, and finance have always spilled over state boundaries”.

Pero esta noción de soberanía también ha recibido críticas a nivel normativo. Por ejemplo, Arendt ([1958] 2011: 254) planteaba que la libertad política no conviene entenderla como “soberanía”, pues la libertad sólo tiene sentido en el contexto de la pluralidad, con la presencia de otros que nos limitan y enriquecen, mientras que la soberanía promete “autosuficiencia” y “dominio”⁸. La perspectiva derridiana aquí seguida, sin embargo, induce a preguntarse si la soberanía no funcionará como exterior constitutivo de esa idea arendtiana de libertad. Uno está tentado a preguntarse si soberanía puede ser un peligro para la libertad y, al mismo tiempo, su condición de posibilidad. Tratemos de desarrollar este argumento.

Es la propia Arendt quien afirmaba que, en la absoluta indeterminación, no hay libertad. Esto significa que de ninguna manera podrían considerarse acciones “libres” aquellas que ocurrieran en un entorno tal que los resultados de las acciones fueran completamente aleatorios, pues en él sería imposible toda acción con sentido y, por tanto, un comienzo propiamente humano. De ahí la necesidad de un mundo común para actuar. Pero cuesta imaginar una acción con sentido que no sea de algún modo intencional. Ello conlleva que, igual que el postestructuralismo nos enseña que un horizonte de totalidad simbólica es condición necesaria e imposible de todo sentido, la soberanía aparece como el horizonte de éxito necesario para la realización de acciones significativas. Es decir, como condición de la libertad. Por mucho que Arendt intente presentar una idea de libertad que es “idéntica a comienzo o, hablando otra vez kantianamente, a espontaneidad” (Arendt, [2005] 2008: 149), resulta difícil convencer a nadie de que es libre si se le impide la acción intencional, aun en el (absurdo) caso en que la acción espontánea sí estuviera permitida. Ello, pese a que resulte razonable plantear con Arendt la inconveniencia de una concepción de la libertad definida únicamente en base a la voluntad.

Casi sobra decir que esta reflexión no supone corregir a Arendt, sino más bien matizar sus palabras. Lo que estoy tratando de decir es que el problema que Arendt señala con respecto a la presuntuosa soberanía no está en el significado de soberanía en sí, sino en el orden intelectual que se le atribuya. La soberanía, que implica la idea de un mundo totalmente plegado a nuestra voluntad, resulta ciertamente peligrosa confundida con una

⁸ “Si fuera verdad que soberanía y libertad son lo mismo, ningún hombre sería libre, ya que la soberanía, el ideal de intransigente autosuficiencia y superioridad [mastership], es contradictoria a la propia condición de pluralidad.”.

posibilidad cierta (es decir, en un orden intelectual calificable de fantasioso⁹). Sin embargo, situada como un valor y, por tanto, como un horizonte imposible, se revela como una noción axiológicamente fundamental para la libertad y la democracia¹⁰. Una noción que, no obstante, entra en tensión con las nociones liberales que aspiran a establecer obligaciones a dichas soberanías, incluida la prohibición de injerir en el legítimo ámbito de otras soberanías.

b. La soberanía del estado a democratizar y la paz

Fijémonos ahora en las paradojas que surgen poniendo el foco en los países a los que se quiere democratizar. Bordeando las limitaciones impuestas por el derecho internacional, Obama anunciaba medidas de “ayuda”, además de algunas sanciones. Ciertamente, no es lo mismo intervenir militarmente que proveer ayudas al desarrollo condicionadas, bloquear cuentas o, sencillamente, criticar las acciones de otros gobiernos. Sin embargo, un bloqueo económico puede resultar tan coactivo como algunos ataques militares, e incluso resultar más dañino en términos humanos. En este sentido, la diferencia entre injerir y ayudar apenas logra difuminar el problema de la intervención en terceros países con objetivos democratistas en tanto que son estados soberanos.

La limitación a la injerencia que establece el derecho internacional persigue al menos dos objetivos: el respeto a la autonomía y la paz. Desde la Filosofía, tanto Kant ([1795] 2013) en *La Paz Perpetua*¹¹ como, más recientemente, Rawls ([1993] 2003: 111-112) en *The law of people*, han planteado la primera (la autonomía) como condición de la segunda (de la paz). La tolerancia que el estadounidense demanda a los liberales con respecto a los países “decentes” (aquellos que, sin ser liberales, respetan un mínimo de derechos básicos) implica incluso abstenerse de todo tipo de sanciones económicas y otorgarles el reconocimiento como iguales en la arena internacional (Rawls, [1993] 2003: 59 y ss). Eso

⁹ Al respecto de la noción lacaniana de fantasía, recuérdense los apartados 2.5.1 y 2.5.3.

¹⁰ Para una construcción conceptual de la soberanía como horizonte normativo desde el postestructuralismo, véase Fanoulis y Musliu (2017).

¹¹ Entre los artículos preliminares para una paz perpetua entre los estados puede leerse que “ningún Estado debe inmiscuirse en la constitución y gobierno de otro de forma violenta”. Además, Kant pone el ejemplo de una guerra civil y se afirma que “mientras no esté solucionada esta lucha interna, la injerencia de potencias extranjeras sería una violación de los derechos de un pueblo [...] que no depende de ningún otro Estado, es decir, esa injerencia sería por sí misma un escándalo y haría insegura la autonomía de todos los Estados”. Se entremezcla así el análisis de las consecuencias que se derivan del valor de la paz y aquellas que conlleva el valor de la autonomía.

sí, debe tenerse en cuenta que Rawls ([1993] 2003: 3 n2, 71-78) incluye entre estos derechos humanos básicos elementos de claro contenido democrático; fundamentalmente, una “estructura decente de consultas”¹². Considerar un mínimo de democracia como derecho humano abre así la puerta a legitimar injerencias democratizadoras.

Lamentablemente, el caso de Libia, amén de otros tantos en nuestra historia reciente, sirve como ejemplo de que una intervención militar desde una voluntad democratista y humanitaria no siempre acaba pacíficamente (aunque, bien es cierto, carecemos del contrafáctico sobre lo que habría ocurrido sin intervención)¹³. Se trata de un riesgo importante de las intervenciones militares, por bien intencionadas que estén, y que señalan no sólo los filósofos políticos como Kant y Rawls, sino también numerosos autores en base a la evidencia empírica disponible (entre ellos, véase O'Donnell et al., 1988 o Bueno de Mesquita y Downs, 2006).

Para el análisis de la tensión entre promoción de la democracia y autodeterminación de los países a democratizar es importante señalar que tanto Kant como Rawls entremezclan las conclusiones que se derivan de la “paz” con aquellas derivadas de la “autonomía”, asumiendo que ambos valores señalan en la misma dirección. Sin embargo, la paz y el respeto a la autodeterminación tienen un valor propio y, en ocasiones, colisionan.

Además, entre los riesgos de las intervenciones democratizadoras para frenar las violaciones de derechos humanos debe contarse el riesgo moral que produce, como bien señala Kuperman (2015: 77). Dicho riesgo consiste en que, si se asegura la intervención ante reacciones violentas de los gobiernos de los regímenes políticos autoritarios, algunos grupos pueden buscar que los conflictos se enconen y provocar tal reacción con el objetivo último de lograr la intervención en su favor. Las acciones reguladas, previsibles, son

¹² “Decent consultation hierarchy”. Así, define las sociedades decentes como aquellas “nonliberal societies whose basic institutions meet certain specified conditions of political right and justice (including the right of citizens to play a substantial role, say through associations and groups, in making political decisions) and lead their citizens to honor a reasonably just law for the Society of Peoples”. Sin embargo, una vez se reconoce que ese respeto mínimo se da –es decir, que nos encontramos ante un pueblo “decente”, aunque no sea liberal– entonces el gobierno deberá abstenerse incluso de criticar tal falta de liberalismo o promover su liberalización con incentivos. El objetivo es doble: evitar conflictos y resultados contraproducentes. Es decir, se deriva del valor de la paz y del mismo propósito liberal.

¹³ La situación en el país norteafricano tras la intervención ha degenerado hasta el punto en que tres gobiernos se disputaban el control del estado, convirtiéndose, según el *Global Peace Index* elaborado por el *Institute for Economics and Peace*, en el séptimo país del mundo más inseguro. Véase el informe aquí: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2017/06/GPI17-Report.pdf> (Última consulta: junio de 2018).

inherentemente proclives a generar riesgos morales y, por tanto, es un rasgo propio de la democracia en tanto que sistema político regido por leyes.

Inhibirse de ejercer violencia se encuentra además fuertemente emparentado con la democracia entendida desde cierta dimensión del valor autonomía: bajo la amenaza violenta, las decisiones difícilmente pueden ser consideradas autónomas¹⁴. Como se ha visto en la presentación de lo encontrado en la prensa, este valor es muy querido por quienes promueven las políticas democratizadoras. Pero de este derecho a la autonomía se derivan demandas normativas específicas para el ámbito internacional que no sólo colisionan con las intervenciones para promover la democracia, sino también con aquellas destinadas a la protección de derechos humanos en general. El diplomático e internacionalista Emilio Menéndez del Valle dejó en la prensa muestra de ser muy consciente de ello: “No cabe duda de que tanto la defensa de la humanidad como la de la soberanía son principios rectores de las Naciones Unidas y que la dificultad estriba en cómo discernir cuál de ellos debe prevalecer cuando colisionan entre sí” (EP17509). Pese a no haber duda, es el único que expresa este conflicto de valores con tal claridad, lo que nos habla de la existencia de diversos registros de la idea de democracia para diferentes grupos de hablantes.

Walzer (2006: 90), dejando el análisis de las consecuencias del valor “paz” para un momento posterior, plantea que sólo hay tres situaciones que permitirían una intervención militar sin violar de algún modo este valor de la autonomía o autodeterminación. Son situaciones en las que de hecho no encontramos tal autonomía: 1) secesión, pues el sujeto del derecho está precisamente en juego; 2) respuesta a una intervención militar previa, es decir, tras una violación previa del derecho a la autodeterminación; y 3) intervención humanitaria ante una flagrante violación masiva de derechos humanos, como en caso de esclavitud o masacres, que haría “cínico e irrelevante” hablar de autodeterminación.

Por su parte, McMahan (1996: 13) ha criticado que Walzer considere la intervención humanitaria como un mero corolario del principio de autodeterminación. El debate, sin embargo, parece surgir de una falta de acuerdo sobre a qué se está llamando “autodeterminación”. Si con ello uno se refiere a un derecho individual de todos los habitantes de un país, la defensa de la autodeterminación pasará a englobar no sólo cierto

¹⁴ Y aquí es donde la dimensión pacífica conecta con el valor autonomía. Véase el siguiente capítulo (6.2).

bienestar de la población, sino también cierto grado de democracia, como ocurre en el planteamiento de Rawls. Por el contrario, desde nociones colectivistas u organicistas de la autodeterminación no sería difícil sostener que países autoritarios, incluso fuertemente represivos hacia sus ciudadanos, son países autodeterminados. Por contraintuitivo que pueda resultar en la actualidad, lo cierto es que estas posiciones organicistas han sido habituales en nuestra historia; incluso, en la historia de nuestras democracias. Precisamente por esto, cuando Walzer cita la esclavitud como motivo de intervención, cabe plantearse si, salvando el anacronismo, él habría encontrado justificable una intervención militar contra la democracia ateniense clásica; o, quizás, contra los Estados Unidos de América anteriores a 1863. Entiéndase esta provocativa idea únicamente con un propósito: señalar la diversidad de modelos, grados y dimensiones que admite la idea de democracia.

Los deseos de hacer respetar la voluntad de los pueblos árabes se repetían en la prensa sin percibir contradicción alguna: “Serán los africanos los que decidan su propio destino” (EP20513). Lo que esta cita y otras parecidas ponen de manifiesto, en primer lugar, es que la promoción de la democracia depende de una petición de principio: la democracia forma siempre parte de la mirada de quien hace llamadas a “democratizar”. Al fin y al cabo, es la suma de voluntades de los “africanos” (entendámoslo con buena fe: de los nacionales de los países protagonistas de la primavera árabe, aunque no estén muy claras dichas naciones) quien debe determinar su futuro. No un dictador o unas élites. El principio democrático de la soberanía popular se afirma de este modo hasta cuando se intenta ofrecer respeto a la *autonomía* de aquellos otros países. Aparece así la paradoja que constituye a la autonomía como valor. Sin poder profundizar en este texto al respecto, baste decir que la paradoja se hace especialmente visible cuando se trata de coaccionar (en lugar de convencer o persuadir) en favor de la autonomía del coaccionado, sea mediante incentivos económicos, con intervenciones militares u otros medios.

Desde el democratismo, uno está tentado a sugerir como salida a esta paradoja que la población del país a democratizar podría expresar mayoritariamente su deseo de tal intervención democratizadora. Sin embargo, difícilmente podrá ser este el caso en una dictadura, por muchas manifestaciones que puedan sucederse. Entonces, desarrollando el argumento de Walzer, una intervención democratista se podría intentar justificar cuando haya buenas razones para dudar de la autonomía moral de esos otros pueblos; cuando

estemos ante una población manipulada y privada de juicio político¹⁵, único motivo por el que alguien no desearía la democracia. Pero el mismo hecho de que la validez de esa presunción de autonomía dependa de un juicio externo al sujeto pone de manifiesto que nos encontramos ante un dilema imposible de resolver apriorísticamente, y que en la práctica se resolverá entre los extremos de las tentaciones pusilánimes por un lado e imperialistas por el otro. Nos hallamos así ante la conexión y tensión entre universalismo e imperialismo (como extensión de una particularidad) que Jouannet (2007) rastreará con éxito en la base histórica y lógica del derecho internacional.

En toda esta argumentación, además, late otra paradoja en relación con el valor epistémico¹⁶ y político de la democracia. El problema consiste en cómo conocer y hacer respetar la voluntad de los pueblos acerca de si implantar o no una democracia cuando precisamente la democracia es el nombre que damos a los sistemas que permiten conocer y hacer respetar la voluntad política de los ciudadanos. Quizás sea tratando de huir de esta paradoja que las posiciones a favor de la promoción de la democracia encontradas en la prensa omiten insistentemente las dificultades para conocer datos clave en países autoritarios y divididos. Me refiero a datos como el apoyo al sistema político, si existe la masa crítica de apoyos democráticos necesaria y la gravedad de las violaciones de derechos humanos en curso. ¿Representaban acaso esas manifestaciones en las plazas de aquellos países el sentir de la mayoría? Tampoco se plantea si en estos países existe un solo demos reconocido o si presionar para hacer caer al sistema autoritario podría conllevar un conflicto territorial armado por definir sus fronteras. Este ha resultado ser, desgraciadamente, el caso de Libia, con un alto coste humano.

Hay que remitirse a estudios académicos para encontrar llamadas a la prudencia dada esta dificultad para conocer la situación –y, aún en este ámbito, son minoritarios–. “A pesar de la cantidad de información que circula sobre Libia, se sabe bastante poco de la situación real y mucho menos de las causas profundas que han llevado a la situación actual”, decía Félix Arteaga (2011) desde el Real Instituto Elcano. “Conocer la realidad libia es complicado porque las fuentes de información de ambos bandos ya han entrado

¹⁵ En este sentido se pronunciaba John Stuart Mill ([1859] 2004: 53-54): el “despotismo es un modo legítimo de gobierno si se ejerce sobre pueblos bárbaros, siempre que el fin perseguido sea el progreso, y si queda justificado que los medios empleados son realmente tendentes a ese fin”.

¹⁶ Para una delimitación de este valor epistémico de la democracia, contrapuesto al “doxástico” y distinto de otras diferencias como aquella entre democracia procedimental o democracia sustantiva, o entre democracia deliberativa y agregativa, véase Greppi (2013).

en la guerra de la propaganda, los medios internacionales de comunicación no pueden desplazarse con libertad para contrastar sus informaciones y las informaciones mediáticas se nutren de fuentes anónimas o parciales”. Pero los medios resuelven con cierta facilidad el dilema entre la honestidad que exige reconocer la falta de información y el interés en ocultar la falta de materia prima para su trabajo. Al fin y al cabo, podrían pensar, tampoco en Europa contábamos con fuentes de información tan valiosas como las encuestas no hace tanto.

Al respecto de las condiciones necesarias para la democracia, es cierto que diversos periodistas mencionaban las dificultades económicas, institucionales, políticas y religiosas para que la democracia florezca en los países árabes, y algunos artículos (los menos) se confesaban directamente pesimistas. Sin embargo, al mismo tiempo, se abren insistentemente vías para la esperanza, bien reduciendo el problema a una cuestión de “voluntad” (de los países a democratizar y de las democracias establecidas), o bien flexibilizando el significado de democracia para dar cabida, fundamentalmente, a las aspiraciones islamistas. La buena voluntad democratizadora que impregnaba la mayoría de los discursos careció de datos concretos sobre los recursos que serían necesarios, con la excepción de aquellos que proponía Barack Obama. Pero, aún entonces, ningún artículo planteó si la cantidad ofrecida por el entonces presidente de los EEUU de América sería suficiente o no para la enormidad de la empresa: toda una cuarta ola democratizadora.

c. Tensiones entre diferentes concepciones, experiencias e intereses democráticos

Lo que sí aparece en la prensa de forma más o menos explícita es la tensión entre la misma naturaleza (de)limitada de los conceptos y el derecho de los países a buscar sus propias vías democráticas. Esto ocurre en torno al debate sobre la posibilidad de una “democracia islámica”: “[q]uieren democracia, pero no la nuestra”, decía Carrascal desde un notable pluralismo conceptual (ABC19502). Esta diversidad de modelos bien podría entenderse basada en el implícito reconocimiento de que la democracia alberga diversas dimensiones. De hecho, Obama delimita explícitamente las dimensiones irrenunciables para poder reconocer (tanto en el sentido perceptivo como en el legitimador) a un sistema como democrático, frente al derecho de un colectivo, en tanto que soberano, a apropiarse del concepto: “«instituciones que respondan ante los ciudadanos» y el reconocimiento de

los derechos esenciales, como el de libre expresión y acceso a la información, incluido Internet” (EP20503).

Sin embargo, en ningún caso se sugería que una “democracia islámica” podría llegar a resultarnos en algunos aspectos (quizás, en torno al principio de autonomía) una opción más democrática en países de mayoría islamista que una autocracia laica, aunque lo fuera menos en otros aspectos (como la libertad religiosa, la dimensión deliberativa de la democracia o los derechos de las minorías y de la mujer, entre otros). También resulta llamativa la ausencia de todo gradualismo: en ningún caso se plantea la posibilidad de estados intermedios de democratización que pudieran resultar más deseables que las vigentes autocracias. Así, las revoluciones parecen obligadas a jugarse la democracia a un todo o nada, aunque excepcionalmente se plantee la idea de un “camino” hacia la democracia; es decir, un camino que culmina *en* la democracia.

Pero volvamos a la aporía central. En última instancia, lo que el análisis conceptual sugiere es el conflicto entre dos soberanías (democráticas una; con aspiraciones de serlo, las otras) obligadas a remitirse a significantes comunes para entenderse, pero con voluntades distintas al respecto del significado a dar al significante en disputa. En todo caso, dadas las diversas condiciones y tradiciones entre los distintos países, y dados los peligros para la “seguridad y estabilidad”, el problema que más acuciantemente se plantea para los países democráticos es qué democracia promocionar. Esta cuestión, como se presentó en el capítulo tres, ha comenzado a abrirse espacio en los estudios sobre la promoción de la democracia¹⁷. Aunque tal pregunta no tenga fácil respuesta, sí cabe advertir que la Teoría Política occidental ha realizado importantes esfuerzos para definir los valores democráticos y para explicar la conexión racional-instrumental entre estos valores y las instituciones de nuestras democracias. Esto obliga a los modelos alternativos a presentar argumentos para lograr su reconocimiento como democráticos. Al menos, mientras acepten la deliberación racional como valor (democrático).

Por otro lado, cuando estas llamadas a la democratización se formulan a partir de las experiencias propias, como es el caso español o turco, un análisis racional no puede sino llamar la atención sobre la diferencia entre haber realizado un proceso alguna vez, haberlo entendido y saber cómo enseñarlo. Éstas son circunstancias que, pese a estar relacionadas,

¹⁷ Véase Poppe y Wolff (2013: 379-380): “democracy promoters cannot simply stick to their particular concept of democracy but have to reconsider what is to be promoted in a given situation”.

no siempre coinciden en los mismos sujetos. Tampoco las experiencias compartidas son interpretadas de igual modo por todos los miembros del colectivo; la Transición española, como verá en el siguiente apartado (5.2), es precisamente un buen ejemplo de mito controvertido. A todo ello deben sumarse las profundas diferencias entre España y algunos de los distintos países protagonistas de la primavera árabe, tan difuminadas bajo la diferencia entre “democracias” y “dictaduras árabes”.

Lo que sí puede destacarse aquí es una contradicción flagrante: si por un lado se afirma la creencia en la ejemplaridad de la Transición, ésta es compatible con algunas reivindicaciones que parecen contrarias a los aprendizajes más comunes que se extraen de dicha experiencia. En particular, llama la atención la demanda de un ajusticiamiento inmediato de los dictadores y sus élites, que contrasta tan claramente con lo sucedido en España tras el fallecimiento del dictador:

Asimismo, aquellos que alegan el temor a la inestabilidad como causa para la inacción deben convencerse de que la estabilidad será genuina cuando las vidas y haciendas de los ciudadanos sirios estén garantizadas y los responsables de las matanzas sean llevados ante el Tribunal Penal Internacional (EP17509).

También contrasta con este carácter ejemplar de la Transición que se critique el sostenimiento de relaciones económicas entre democracias y dictaduras, sabiendo el papel democratizador que tuvo para España la apertura económica restringida y las promesas de mayor apertura a cambio de reformas políticas. Igualmente, debe subrayarse que no se asume la importancia que pudo tener para el caso español la discreción en el apoyo internacional. Por el contrario, encontramos repetidos reproches al escaso apoyo ofrecido por EEUU en aquel proceso. Esto, sin reparar en que una intervención decidida habría ofrecido una (nueva) fuente de escepticismo hacia la democracia en los países en transición.

A este último respecto no estoy diciendo nada que no señalase ya John Stuart Mill ([1859] 2006) en su ensayo *A few words on non-intervention* al delimitar los casos en que una intervención internacional podría justificarse. Mill no recomendaba en términos generales que los otros Estados se inmiscuyan ante una revuelta interna en busca de mayor libertad, pues entendía que, si no existen fuerzas internas suficientes para lograr esa libertad, tampoco existirían para conservarla. En su argumentación, Mill también llama la

atención sobre el papel didáctico de esa lucha por la libertad, pues ayudaría a ponerla en valor¹⁸. Dado este último principio, la discreción puede ser la clave si, pese a todo, se desea realizar una intervención democratista eficaz en terceros países. No puede ignorarse, eso sí, que tal discreción implica una falta de transparencia y, consecuentemente, una falla en la naturaleza democrática del país democratizador. Al fin y al cabo, estas acciones, de ser discretas, no podrán ser el resultado de un debate abierto, negando en estas cuestiones a la democracia en tanto que “autogobierno” mediante deliberación pública. Así parecería razonable advertir a los promotores de la democratización que los objetivos que desean pueden requerir una renuncia temporal a aspectos democráticos que consideran democráticos en su propia forma de gobierno.

Otra cuestión que ha aparecido insistentemente en el ámbito internacional, y que seguirá apareciendo recurrentemente en otros ámbitos, es la crítica a que se antepongan los intereses sobre los valores. Se trata de una cuestión que, no en vano, ha preocupado a diversos investigadores de las Relaciones Internacionales. Por ejemplo, Schraeder (2003: 33) entiende que, dada la experiencia histórica, puede afirmarse que “cuando el objetivo de la democracia choca con intereses de política exterior más importantes, habitualmente la promoción de la democracia se ve comprometida”¹⁹. Estos intereses además influirían sobre el tipo de democracias promovido. En el caso de Estados Unidos, y dada su perspectiva centrada en la seguridad, Schraeder encuentra que estos intereses llevan generalmente a promover transiciones “de arriba abajo”, poniendo el énfasis en las élites y los procesos electorales, y llegando a convalidar las elecciones más injustas con la esperanza de mejoras progresivas (Schraeder, 2003: 35)²⁰. En estas críticas a las acciones

¹⁸ En el mencionado Análisis del Real Instituto Elcano escrito por su investigador principal de Seguridad y Defensa, Félix Arteaga (2011), éste también planteaba entre los motivos que desaconsejaban una intervención que “una intervención externa que reste protagonismo a esos actores cuestionará la legitimidad y el orgullo de los rebeldes libios si tiene éxito”.

¹⁹ “Each of the case studies of our collective research endeavour further demonstrates that when democracy clashes with more central foreign policy interests, democracy promotion is often compromised.”

²⁰ “US policy makers generally agree that stability is best served by fostering a regularized political process that has as its basis the holding of free and fair elections, as well as the nurturing of effective state institutions, most notably an independent legislature and judiciary and a civilian-controlled military. One result of this approach is that US policy makers are often prone to portray even significantly flawed election results, especially in allied countries, as nonetheless constituting ‘important starting points’ in the transition to democracy, which can be improved in later rounds of more democratic elections. It is precisely for this reason that critics have often criticized US democracy promotion as placing too much faith in the election process, in essence favouring a ‘top-down’ approach to democratization that is too elite centred”.

interesadas resuenan de nuevo las consideraciones de John Stuart Mill ([1859] 2006), ahora acerca de que la política exterior no está exenta de obligaciones morales.

Sin embargo, esta oposición entre intereses y valores se deconstruye con relativa facilidad. No se trata de destruir la diferencia entre ambos, como hiciera el utilitarismo del siglo XIX o el moralismo clásico, sino de apuntar que la diferencia, aun resultando necesaria, no puede sostenerse radicalmente sin dar lugar a aporías. Un trabajo detallado de deconstrucción de la oposición entre valor e interés supera ampliamente las posibilidades de esta tesis. Tal labor tendría investigar en profundidad si los valores son en algún sentido condición de posibilidad de los intereses y/o si los intereses son condición de posibilidad de los valores²¹. Pero esta aporía, como iremos viendo, atraviesa gran parte de los debates en torno a la idea de democracia.

Por el momento, sirva decir que, por un lado, la promoción de la democracia requiere de un compromiso (de una “petición de principio”) que no puede reducirse a meros intereses concretos, sino que se deduce de concepciones sobre el deber ser de la humanidad. Los críticos de este argumento bien podrían defender, no sin indicios, que la promoción de la democracia únicamente consiste en “meros discursos”; en palabras vacías que sólo ocultan intereses. Pero aun si ése fuera el caso, remitirse al marco de la democracia supone la difusión o, al menos, reproducción de sus valores, lo que constituye en sí mismo un acto de promoción de la democracia. Desde luego, hay actos de promoción de la democracia más o menos sinceros, pero todos pagan tributo a la idea en tanto que valor, sembrando una creencia en la libertad que puede llegar a dar sus frutos en forma de resistencia contra la manipulación y deseos de profundización democrática. De no pagarse tal tributo adecuadamente, los intereses quedarían a la vista y, por ello, socavada la intención de instrumentalizar el valor democracia.

Por otro lado, las acciones de promoción de la democracia de quien se niegue a tener en cuenta las estructuras de intereses en juego irían a ciegas y estarían probablemente avocadas al fracaso (y, siempre, totalmente entregadas a la Fortuna). Prescindir de estos cálculos supone ni más ni menos que fallar al declarado compromiso con la democracia.

²¹ Este trabajo de deconstrucción, pendiente hasta donde he podido investigar, encontrará buena base en la diferencia entre valores intrínsecos y extrínsecos, así como en la diferencia kantiana entre fines “subjetivos” y fines “objetivos” que aparece en *La Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. También en el *sui generis* utilitarismo de J.S. Mill ([1861] 2014), que se apoya en la diferencia entre lo cualitativo y lo cuantitativo. Véase a este último respecto Abellán (2002).

Las lógicas de acción basadas en intereses, en un caso, y en valores, en el otro, tienen en este sentido puntos de solapamiento. Si se ignorasen tratando de ponerlas en práctica radicalmente, supondrán probablemente la ruina de cualquiera de las dos. Y, en cualquier caso, la renuncia del opuesto (de observar la lógica de los intereses o de los valores) supondría una indeseada traición, por irresponsabilidad, con respecto al principio que se pretendía maximizar.

Por seguir con el gesto deconstructivista, podríamos preguntarnos si acaso cuando los gobiernos democráticos sacrifican la obligación democratizadora universalista en favor de los intereses de sus países, sean económicos o de seguridad, no estarán también defendiendo o mejorando las condiciones materiales sobre las que se sostienen las democracias existentes. ¿No puede por tanto considerarse la reproducción de las condiciones materiales de las democracias establecidas también como “promoción de la democracia”? Téngase en cuenta que una respuesta rotundamente negativa a esta pregunta supone poner en solfa la democraticidad misma de tales acciones, cuando no directamente de las democracias a las que precisamente solemos tomar de modelo cuando hablamos de “democratización”. En busca de este argumento, acabaríamos seguramente señalando que dichas acciones internacionales responden a intereses de parte que se imponen sobre el interés general. Y esto es en definitiva lo que critican quienes cuestionan la democraticidad de las democracias debido a su acción internacional basada en intereses, aunque se formule en tono eminentemente centrado en las convicciones, y nunca desde una ética de la responsabilidad para con las democracias ya existentes. Efectivamente, en la prensa está completamente ausente esta asunción de responsabilidades y costes que, por su proteccionismo de lo existente, sólo puede calificarse de conservadora.

En contra de este conservadurismo ausente, eso sí, debe mencionarse que el cálculo de intereses en ocasiones también puede ponerse del lado democratizador, pues ¿no interesa acaso a las democracias que nuevos países compartan sus mismos principios y sistemas de gobierno? Esto muestra que ciertamente el conflicto entre valores e intereses no es absoluto. Sin embargo, la ausencia de todo cálculo al respecto en la prensa subraya la perspectiva moralista por la que se inclina el discurso público a este respecto.

En definitiva, en este apartado he intentado mostrar que las contradicciones que persiguen a la acción democratizadora no surgen sólo del conflicto entre diversos intereses, ni tampoco entre valores e intereses (como todo monista desea creer), sino

también por las contradicciones entre los mismos valores considerados democráticos y en la aplicación de estos sistemas de valores a situaciones particulares. Sólo desde tal posición se puede asumir que los agentes políticos constantemente se verán impelidos a violar alguno de los valores democráticos en el momento de la acción. Entonces, será posible interpretar (y, por tanto, explicar) algunas de las renunciaciones, ya no como puras inmoralidades, sino como decisiones en situaciones que implican dilemas –que, por definición, carecen de solución completamente positiva–. Aparece así la naturaleza trágica de la empresa política, pues los políticos “sólo pueden probar su honor aceptando la responsabilidad por tales decisiones y viviendo de por vida con esa agonía”²² (Walzer, 2006: 325-327). La responsabilidad, en último término y por definición, reside en lo político, que deja de serlo cuando las decisiones se visten de imperativos morales o filosóficos exentos de conflicto.

5.2 LA DIMENSIÓN TEMPORAL E HISTÓRICA: LA DEMOCRACIA FRENTE AL FRANQUISMO. TRANSICIÓN Y CONSENSO

La naturaleza democrática de España se concibe no sólo geográficamente, sino también, y de forma muy marcada, históricamente. Permítaseme reiterar antes de continuar que el interés por el pasado de este trabajo no tiene un objetivo historiográfico. El objetivo, como se marcó en el primer capítulo, no es sino comprender y pensar políticamente la idea de democracia. Sin embargo, como escribiera José Antonio Maravall, “para conocer una época no basta con atender a testimonios sobre hechos de la misma, sino que puede tener un interés primordial a ese fin, investigar su manera de ver ciertos hechos pasados” (Maravall, 1955: 30). Los trabajos historiográficos que se traerán a colación servirán para contrastar estos discursos sobre el pasado, agudizando la interpretación, pero en ningún caso se pretende entrar en debate con la historiografía al respecto y, aún menos, realizar juicios de valor sobre épocas o actores.

²² They must opt for collective survival and override those rights that have suddenly loomed as obstacles to survival. But I don't want to say [...] that they are free of guilt when they do that. Were there no guilt involved, the decisions they make would be less agonizing than they are. And they can only prove their honor by accepting responsibility for those decisions and by living out the agony. A moral theory that made their life easier, or that concealed their dilemma from the rest of us, might achieve greater coherence, but it would miss or it would repress the reality of war”.

5.2.1 La Democracia como periodo y sistema frente a la Dictadura franquista

Para comenzar la investigación acerca de la dimensión temporal de la idea de democracia conviene fijarse en un grupo de expresiones que utilizan a la democracia como indicador contextualizador. De las 144 apariciones de la raíz “dem?cr-“ clasificadas como superficiales, 78 pertenecen a estructuras que enmarcan los hechos en la actual “etapa democrática” de la historia de España. La mayoría de estas expresiones hablan de “la” democracia. En otras ocasiones, las estructuras se forman con la preposición “en”: “en democracia”. La habitual omisión de referencias explícitas al país o el tiempo al que se refieren dichas expresiones muestra hasta qué punto este uso está cargado de la experiencia española. Aseveraciones como “[n]ingún jefe de Gobierno en democracia se metió [...] en una campaña [...]” (EP22505) u otras como “[l]a democracia nunca se ha enfrentado a una movilización semejante en plena campaña electoral” (P20504) no suponen una comparación con otras democracias, ni tampoco con lo ocurrido en tiempos democráticos pasados. La figura retórica en funcionamiento en estas expresiones recibe el nombre de “antonomasia”²³; es decir, se denomina un objeto particular (el periodo o sistema político en este caso) por el nombre genérico. Es la misma figura, por ejemplo, que permite decir “la península” por la península ibérica.

Estas expresiones con funciones contextualizadoras aparecen en 32 de los 44 ejemplares analizados. Tienen una presencia ligeramente superior en *ABC* (28 apariciones), y similar en *El País* (23), *El Mundo* (19) y *Público* (19). En definitiva, se trata de un uso repetido en todo el espectro ideológico. Aparecen sobre todo al describir y opinar sobre la campaña electoral o las elecciones (62 veces), pero también cuando se habla de la historia de España (23 veces) o de la economía y la crisis (14 veces)²⁴. Dada la naturaleza superficial de estos usos, en los que la democracia no ocupa ningún protagonismo (al menos, no en virtud de la fórmula), su utilización puede calificarse de espontánea; el lector español podrá reconocerlos en su propio vocabulario diario como expresiones muy automatizadas.

²³ Según el diccionario de la Real Academia Española, “Antonomasia: 1. f. Ret. Sinécdoque consistente en emplear un nombre apelativo en lugar de uno propio, como en el Filósofo por Aristóteles”. Disponible en el enlace: <http://dle.rae.es> (Última consulta: febrero de 2018).

²⁴ Recuérdese que estas categorías no son excluyentes.

Además de enmarcar los hechos, estas expresiones enfatizan su importancia, presentándolos como extraordinarios. Son “el mayor de la democracia” (ABC21512) u ocurren “por primera vez en democracia” (M16508). Sin embargo, no suelen conllevar una evaluación en términos democráticos de los hechos contextualizados, aunque excepcionalmente deslizan la exigencia normativa: “Nunca la resolución de un tribunal había causado tanta indignación y tan extendido agravio en tiempos democráticos”, lamentaba *El Mundo* a colación de la no ilegalización de Bildu (M15501). Así, indirectamente, la decisión queda cuestionada, pues parecería más propia de tiempos no democráticos. Sin embargo, en la mayoría de los casos esto no sucede, lo que no quiere decir que el poder normativo de la democracia esté ausente. Este poder anida en el sobreentendido de que los otros hechos del periodo son comparables, precisamente, por su compartida naturaleza o contexto democráticos. Es decir, la fuerza normativa de la idea de democracia persiste, aunque en segundo plano, hacia el sistema político, legitimándolo. Dada su extensión, automaticidad y relación positiva con el orden, estas expresiones ofrecen un interesante indicador de la idea cultural de democracia en España.

“La democracia” aparece como lo contrario de “la dictadura”: el régimen franquista anterior, que se expresa, de nuevo, mediante el recurso a la antonomasia. Así puede verse, por ejemplo, en el título del libro de Charles T. Powell *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, publicitado en varios de los periódicos estudiados. La Transición (con mayúscula inicial) se sitúa como la bisagra que separa “la dictadura” de “la democracia”. Y, al igual que la democracia, también se utiliza como referencia de contextualización: “Es su peor resultado desde la Transición y deja a los socialistas con un respaldo electoral muy inferior al que tenían en el que era hasta ahora su peor momento en democracia”, podía leerse en *El Mundo* (M24507)²⁵. Todo esto significa, simple y llanamente, que los intentos del franquismo para presentarse como una “verdadera democracia”, semidemocracia o “democracia orgánica, donde la suma de voluntades individuales se manifiesta por caminos distintos de los ensayados en los antiguos tiempos, pero pesando decisivamente en el Poder”²⁶, aunque sí ayudara tras la II Guerra Mundial a evitar el derrumbe del régimen, ni convencieron ni perduraron (Juliá, 2017: 87). Son las “fuerzas democráticas opuestas a Franco” (ABC22504) quienes

²⁵ Énfasis mío.

²⁶ En declaraciones de Francisco Franco a A.L. Bradford en la *United Press*. Véase Juliá (2017: 87).

lograrán el monopolio de la idea de democracia en el espacio público y, por tanto, de la legitimidad.

En definitiva, tras estas expresiones tan simples se encierra, por negación, el recuerdo de casi 40 años de autocracia nacional-católica, antiliberal y antidemocrática, así como la apertura democrático-liberal durante la Transición y los años subsiguientes: de la “salida democrática a la dictadura franquista” (P21522). Por ello puede decirse que “la democracia” es una fórmula cargada de experiencia, en los términos de Koselleck ([1972] 2011: 11; 1996: 61) (apartado 2.2). Dicho de otra forma: lo que se entiende por democracia en este contexto, y seguramente en otros, queda determinado por la experiencia histórica española desde 1978. El valor positivo de “la experiencia democrática” (EP15504) va de suyo y se opone a la naturaleza autoritaria de la dictadura, aunque esto en general se encuentre implícito.

Un pequeño detalle resulta llamativo en estas expresiones contextualizadoras. Se trata del uso generalizado de la minúscula inicial en “democracia”, en contraste con lo que ocurre con otros periodos históricos, generalmente escritos con mayúscula inicial. Por ejemplo, se habla de la “Segunda República” o de la “Transición”²⁷. Esto podría interpretarse como un mero ahorro lingüístico. Sin embargo, tal detalle emborrona la figura retórica que las constituye (la antonomasia), que de por sí tiende a funcionar con una petición de naturalidad²⁸. La ausencia de mayúscula inicial naturaliza aún más la decisión de destacar, entre todos los periodos y países democráticos, el periodo actual español como “la democracia”, difuminando así la diferencia entre el valor y la experiencia histórica concreta, así como la diferencia entre el sistema político (que normalmente iría con minúscula) y el periodo (que iría con mayúscula). La defensa del sistema político y del valor se hacen, por esta vía, pretendidamente indistinguibles.

²⁷ Lo mismo ocurre con las alusiones a una hipotética “Tercera República” (ABC17505, ABC17506, ABC19508, ABC20502, ABC24508, M17501, EP19516, P20507, P21516). En el caso de “la Dictadura”, puede encontrarse una referencia con mayúscula (M20509), y varias sin ella: “recordar que IU está ya en el corazón de las protestas, que «forma parte» de ellas, como integró en la dictadura y en la Transición los grupos de lucha por la democracia” (P21507). La “Transición” aparece, cuando se refiere al periodo (e incluso, a veces, cuando se refiere al proceso), generalmente con mayúscula inicial (ABC17503, ABC17506, ABC22516, M16509, M19518, M20521, M23505, M24505, M24507, EP19518, EP21512, EP23511, P21506, P21507, P21522, P22510, P22501, P22517, P24506), “Monarquía” aparece escrita con mayúscula inicial en repetidas ocasiones (aunque no en todas) cuando se refiere a la institución española y a periodos concretos, como “la Monarquía alfoncina” (ABC16501, ABC175056, ABC22516, M17501, EP17507).

²⁸ Cuando decimos “la península” para referirnos a la península ibérica, no solemos ser conscientes de que ninguna figura retórica esté en funcionamiento. De hecho, si alguien nos preguntara a qué península nos referimos, ciertamente quedaríamos sorprendidos; se espera que sea inmediatamente comprendido.

Además, la ausencia de la mayúscula resta solemnidad a la expresión (que sí se otorga a la Transición, por ejemplo), de lo que podría deducirse cierta cercanía emotiva o familiaridad. Esta familiaridad se refleja de forma más clara en otras fórmulas también generalizadas. Por ejemplo, es muy común la utilización del determinante posesivo “nuestra” aplicado a la democracia, entendiendo por ésta el sistema político español. La antonomasia se sacrifica aquí a cambio de reforzar la carga emotiva. Este recurso al determinante posesivo aparece en hasta veintidós ocasiones en el periodo analizado, repartidas por todos los diarios (por ejemplo, ABC21508, M18506, EP19513, P14518). Esta cercanía emocional también se vehicula a través de numerosas metáforas personificadoras: “A la joven democracia española le ha llegado el momento de crecer y cambiar” (EP19515); las víctimas de ETA “no acatan la aplicación de la eutanasia contra la libertad y la democracia” (ABC14502). Puede verse en esta última cita, además, un ejemplo de cómo sistema político y valor quedan entremezclados en el discurso cultural.

5.2.2 La Segunda República como precedente de la Democracia

Entre estas expresiones superficiales contextualizadoras llama la atención un pequeño grupo de referencias ligeramente diferentes y que califican a la actual etapa democrática española como una “recuperación de la democracia” (P22502); se sobrentiende, del carácter democrático de la Segunda República. Aunque sólo contemos con 11 ejemplos en el periodo, permiten comprender mejor el resto de referencias, que omiten dicha alusión.

Para empezar, su distribución ideológica resulta llamativa. La mayoría pueden encontrarse en Público (7 de las 11); tres aparecen en *ABC*, una en *El País*, y ninguna en *El Mundo*. Es decir, aparecen principalmente en los diarios situados en los extremos ideológicos, aunque fundamentalmente en el polo izquierdo. Además, en todos los casos salvo uno estas expresiones son utilizadas por firmas de los periódicos (periodistas o columnistas). La excepción a la regla aparece en *ABC* y remite al Manifiesto de Lausana del Conde de Barcelona (publicado en 1945; esto es, antes a la Transición), en el que se pedía la “reconciliación de los españoles tras la Guerra Civil y la recuperación de la democracia” (ABC14505). Que *ABC* trate con tanta frecuencia cuestiones históricas ayuda efectivamente a explicar la aparición de estos usos subversivos, aunque sigue resultando sorprendente.

Algunas de estas fórmulas son relativamente explícitas: “El socialista Jerónimo Saavedra gobernó en el primer Ejecutivo tras la recuperación de la democracia” (P14504). El verbo “recuperar” remite directamente, en tanto que verbo transitivo, a la existencia de un periodo democrático anterior, que es lo que se recupera. Otras expresiones son más sutiles o indirectas. Expresiones como “en la historia democrática reciente” o “el actual periodo democrático” se limitan a calificar el periodo actual de “actual” o “reciente”, sirviéndose de la improbable redundancia o tautología para inducir la pregunta sobre la existencia de un periodo democrático “no actual” o “no reciente” (ABC15503, ABC22501). En claro contraste, en otros usos queda muy claro que “la democracia” se refiere únicamente al periodo que dista desde la Transición: “Los socialistas están en su peor momento de toda la democracia” (M23517).

Para comprobar la significancia de estas expresiones que remiten a un pasado democrático anterior, puede compararse con el trato otorgado a otros países con antecedentes democráticos interrumpidos por monocracias. Por ejemplo, Grecia: “El Ejecutivo afronta la mayor crisis del país tras la restauración de la democracia” (EP19507). En segundo lugar, Chile: “...al volver la democracia a Chile...” (P24511). Tercero, Alemania: “Desde que ganó las primeras elecciones democráticas de la posguerra, en 1946, el SPD...” (EP23502). En los tres, por tanto, se utilizan fórmulas que remiten, de una u otra forma, a sus precedentes democráticos²⁹.

La normatividad del patrón que impide tal referencia se manifiesta, además, en una reprimenda por referirse a la Segunda República en términos (prudentemente) positivos. Aparece en un artículo del *ABC*, en el que se critica a Rosa Díez por haber propuesto “la vuelta al «primer republicanismo» de los años 30”, aunque con toda una serie de precauciones, ya de por sí significativas, destinadas a prevenir las críticas: “«sin hacer paralelismos histórico-históricos extemporáneos y con el fin de poner en valor lo mejor de aquellos ciudadanos que aspiraban a construir una sociedad más justa e igualitaria»”.

²⁹ Sería necesario hacer un estudio más amplio y comparado para lograr resultados concluyentes. Contra esta hipótesis nos encontramos, por ejemplo, que en Portugal se ha llamado a Mário Soares “pai da democracia”, y que la fórmula “de la democracia” se utiliza –debería comprobarse con qué frecuencia– aun reconociendo oficialmente la existencia de experiencias democráticas anteriores. Por ejemplo, aquí: <http://www.dn.pt/portugal/interior/pai-da-democracia-heroi-da-liberdade-europeista-convicto-5592811.html> ; o aquí: https://www.rtp.pt/noticias/economia/centeno-promete-defice-mais-baixo-da-historia-da-democracia-portuguesa_v983298. (Última consulta: enero de 2019).

El periodista muestra en su pieza informativa el enfado que le produce tal referente: “¿La Transición pilotada por la Monarquía de Don Juan Carlos no les vale?” (ABC17506).

No pocos autores desde la academia han entendido que efectivamente existe una norma prescribiendo la desvinculación de la democracia actual de la Segunda República. Tal norma formaría parte del discurso cultural de “la democracia” surgido del consenso alcanzado durante la Transición³⁰. Esta interpretación puede encontrarse en fuentes considerablemente dispares: “Sociólogos corrieron a decir que nunca antes de la Transición hubo democracia”, condena Monedero (2011: 19). “La Transición renunció a enlazar con la propia historia española anterior porque ésta se consideraba una historia fracasada y una etapa ya clausurada”, describe Joaquín Abellán (2010a: 278) al analizar el contenido del “consenso sobre la no instrumentalización política de la historia reciente de España”. El mismo gobierno de la República en el exilio manifestó en 1954 “una positiva disposición a «aceptar una situación transitoria que se adoptará de común acuerdo»”, lo que implicaba de algún modo su disposición a renunciar a la recuperación de la legitimidad republicana a cambio de “la visión de una salida honrosa y pacífica para el problema español, tan cargado de malos presagios”³¹ (Juliá, 2017: 201-203). Sea como fuere, el consenso para no convertir el pasado en motivo de disputa política habría mostrado los primeros signos de crisis en la campaña electoral de 1993, profundizándose hasta culminar en la Ley de la Memoria Histórica³² (Juliá, 2017; Abellán, 2010a).

a. La Segunda República como precedente democrático en las encuestas

Una encuesta del CIS de 2008³³ ofrece información que permite conocer y entender mejor la extensión y el funcionamiento de esta desvinculación de la democraticidad del actual sistema con respecto a la Segunda República. En concreto, el CIS preguntó si “la Segunda República fue la primera experiencia democrática española”. Quienes estaban

³⁰ Algunos autores han querido denominar a dicho discurso cultural como “cultura de la Transición”. Es el caso de los autores del libro colectivo *CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, coordinado por Martínez (2012), y que entiende esta cultura como “el paradigma cultural hegemónico en España desde hace más de tres décadas”. Se incluye como característica destacada de este discurso la idea de consenso que trataré en el siguiente apartado, y que limitaría las posibilidades de expresar conflictos antagónicos. Uno de los problemas de esta obra es que el concepto “cultura” no se define y, por tanto, no todos los autores hablan exactamente del mismo objeto.

³¹ Las palabras citadas pertenecen a Félix Gordón Ordás.

³² Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura.

³³ Banco de datos del CIS. Estudio 2760.

“más bien de acuerdo” conformaban el grupo más amplio (39,9%), aunque quienes no sabían cómo responder sumaban un porcentaje similar (38,1%). Por último, se encontraban en clara minoría quienes estaban “más bien en desacuerdo” con que la Segunda República hubiera sido democrática (16,1%). Debe destacarse particularmente el bajo porcentaje de la respuesta intermedia (“ni de acuerdo ni en desacuerdo”), que representaría una opinión según la cual aquel régimen habría contenido elementos democráticos y no democráticos. En claro contraste, la frecuente respuesta “no sabe” supone el reconocimiento de la ausencia de opinión, ya sea por falta de información, de interés o por simple confusión.

Estos datos no deben ocultar la marcada relación de las respuestas con la posición ideológica de los entrevistados, coincidiendo con lo sugerido por el análisis de la prensa. El 64% de quienes se sitúan en la extrema izquierda consideraban a la República como la primera experiencia democrática española, pero sólo coincidían con ellos el 17,6% de quienes se declaran de extrema derecha, disminuyendo progresivamente el porcentaje entre un polo y el otro. Desagregando las respuestas por edades, se observa que los mayores de 65 (que nacieron antes de 1944) eran quienes menos compartían la valoración positiva de la República, y también quienes menos sabían qué responder. Se trata de los niños que crecieron durante la guerra y/o la autarquía y que vivieron toda la dictadura. El porcentaje de “no sabe” se reduce paulatinamente desde el grupo de los más ancianos hasta la cohorte de 35 a 45 años, para volver a aumentar ligeramente entre los nacidos después de 1973, incrementándose especialmente entre aquellos nacidos después de 1983. Por tanto, el desconocimiento o paréntesis evaluativo en que se sitúa la Segunda República se está ampliando ligeramente entre las generaciones nacidas en “la democracia”. Su opinión habría sido sin duda distinta de haber crecido en una cultura política que pública y explícitamente conmemorase la Segunda República como precedente democrático.

La fórmula que obvia la Segunda República encuentra su apoyo social en ese 54,2% de encuestados que, o bien no sabe qué contestar al respecto de su democraticidad, o bien la niega. A estos, además, habría que sumar a quienes, aun creyendo que la Segunda República constituye la primera experiencia democrática española, consideran inconveniente introducir tal debate; incluso peligroso para el sistema político. Así, el 33.9% de los encuestados en 2008 entendían que “es mejor olvidarse del pasado porque,

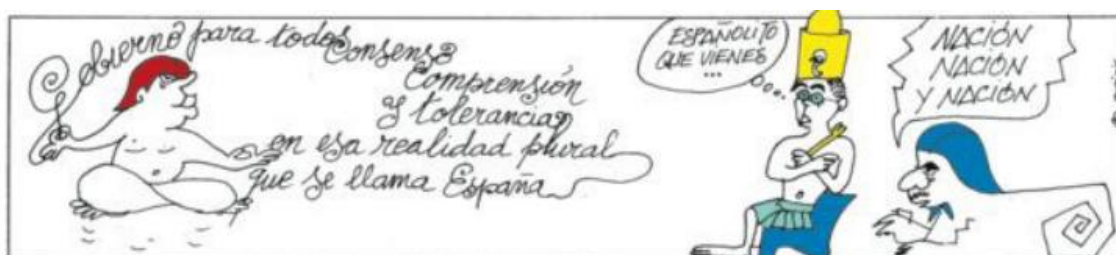
si se remueve, podría volver a repetirse”. De nuevo, se trata de una posición fuertemente relacionada con la autoubicación ideológica, siendo más común en la derecha.

La referencia a la Segunda República es un primer indicio de un discurso ideológico transformador, en tanto que se opone y trata de cambiar una realidad pública mayoritaria que se reproduce de forma amplia y casi automática sobre un aspecto que se entiende importante para el sostenimiento del orden: el relato sobre el origen de la democracia en España; es decir, el relato sobre la Transición. La importancia de dicho relato cultural para esta tesis estriba en que influye sobremanera en cómo se entiende la democracia. Pasemos por ello a analizarlo.

5.2.3 La democracia como consenso a partir del recuerdo de la Transición

Un evento en particular agrupa la mayoría de las menciones a la Transición encontradas en los artículos en los que aparece la palabra democracia y sus derivadas, con la ventaja de que sucedió al mismo tiempo que la manifestación del 15M, por lo que no está influida por el posterior movimiento. Se trata de la imposición de la medalla de oro del Ayuntamiento de Madrid a los “presidentes del Gobierno de la democracia vivos”, premiados según la exposición de motivos por “conducir al país «por la senda de la democracia»” (EP16506). Tanto Felipe González como José María Aznar recordaron la Transición en aquel acto, presentando de paso su concepción de democracia. En particular, Felipe González señaló los valores característicos de aquel periodo: “«tolerancia, diálogo y concordia»” (ABC16508). Unos valores que se perciben implícitamente opuestos a aquellos en la base de la Guerra Civil y de la Dictadura: a la parte de la historia reciente en que dos Españas luchaban por imponerse sobre la otra hasta que una lo logró, perdurando en esta imposición 36 largos años.

Viñeta 1: El consenso como elemento de la idea de democracia



Fuente: Peridis, *El País*, 16 de mayo de 2011

Los periodistas no recogen que Felipe González mencionara explícitamente la consabida palabra “consenso”. Sí lo hizo el dibujante Peridis para reflejar la definición que González ofreció de la democracia. Esta definición se presenta en contraste con aquella defendida por José María Aznar, que aparece satirizado como de discurso simple, agresivo y estridente. Felipe González habría llamado a “crear proyectos que incumban a todos” desde el gobierno, aunque respetando “los sentimientos de pluralidad” (EP16506). Pero tres meses antes (3 de febrero de 2011) el mismo González había publicado un artículo titulado *¿Como los Pactos de la Moncloa?* en el que lanzaba una clara consigna: ante la grave situación económica, “España necesita consenso”³⁴. En esta misma línea se pronunciaba Jordi Sevilla en los días analizados:

en democracia, hay asuntos para la confrontación entre opciones ideológicas distintas y otros muchos que deben ubicarse en el espacio de la negociación, el acuerdo y el pacto, porque solo ahí encuentran solución. Haber olvidado esto, [...] es lo que ha llevado [...] a España, a la situación actual (EP24516)

Esta demanda de concordia y consenso está además implícita en la perspectiva desde la que todos y cada uno de los periódicos analizados leían aquella entrega de medallas. Anabel Díaz señalaba la falta de “simpatía y afecto personal” entre José María Aznar y Felipe González, y tituló: “Aznar y González escenifican su visión diferente de España” (EP16506). La misma periodista, además, destacaba el tinte electoralista del acto³⁵. Luis Sánchez-Mellado insistía en los intereses espurios que motivaban la condecoración en su crónica, titulada “La comunión de Gallardón”: “la célebre nube de fotografías immortalizaba la escena. Puede que ese y no otro fuera el objetivo” (EP17507).

También *ABC* apuntaba a la desunión entre los expresidentes, aunque desde un mayor optimismo sobre el evento en sí: “Aznar y González, unidos por un día”, titulaba (ABC16508). *El Mundo*, igual que *ABC*, trata de presentar una lectura optimista. La noticia, que aparece en portada, dedica una extensión exagerada a explicar que los expresidentes fueron “correctos” el uno con el otro. Concluye por ello que “[l]a concordia reinó en el acto”, aunque traiciona su enmarcado al interpretar una frase de Aznar como

³⁴ Puede verse este artículo en el siguiente enlace: http://elpais.com/diario/2011/02/03/espana/1296687607_850215.html. Última consulta: junio de 2018.

³⁵ Aunque esta entrega de medallas sucede todos los años por la fiesta de San Isidro, el 15 de mayo, el evento no suele encontrar la gran resonancia que en este caso aportó la relevancia pública de los premiados y el motivo con transcendencia nacional-española por el que se les premiaba.

una “puya” contra González a cuenta de los GAL (M16509). En claro contraste, Ernesto Ekaizer, desde su columna de opinión, brinda un retrato tremendamente plástico del acontecimiento:

...los presidentes [...] se felicitan sin pudor tras pronunciar unos discursos lo suficientemente crípticos como para no arruinar la «coexistencia pacífica» por un día organizada por el candidato a la Alcaldía de Madrid. Unos discursos que son la negación de todo lo que, disfrazados de gladiadores, afirman en el circo romano que se erige en estas campañas para ambos. (P16501)

El conflicto entre “los políticos” ensombrecía así el acto. Siguiendo la metáfora familiar que, desbordante de ironía, introducía *ABC* (“nadie casa como el alcalde de Madrid”³⁶, ABC16503), podría decirse que la reunión de los dos expresidentes dejó el regusto a pantomima que destila la cena de Navidad de cualquier familia mal avenida. Sólo Suárez recibe el aprecio de todos –y quién sabe si únicamente al darse el desvanecimiento de su memoria y su partido–, alimentando así el tono desencantado con una democracia que ya no sería lo que era. De esta forma, se ve cómo la concordia se sitúa en el núcleo en esta idea de democracia. En palabras del director de la Academia de la Historia, Gonzalo Anes: “«Los políticos, representantes de la democracia y encargados de defenderla, deberían tener en cuenta que democracia significa armonía y conciliación, nunca enfrentamiento irreconciliable»” (M19523).

Por tanto, el “espíritu de consenso”, conectado con la idea de “concordia”, no es únicamente una descripción de un honroso pasado, sino que conserva su poder para generar expectativas –y, con ellas, anhelos y desvelos– en el presente. “La democracia” misma, como sistema político y periodo hijo de la Transición, llega ocasionalmente a definirse como consenso en sus objetivos y su correcto funcionamiento. La relación entre la demanda de consenso y la fatiga democrática, concretada en la crítica a los actores políticos, aparece reiteradamente en la prensa. Entre los diversos pasajes destaca el siguiente, que recoge los resultados de una encuesta del *CIS*. Nótese en él cómo se conecta

³⁶ Una ironía de connotación homófoba pues, al tratarse de dos expresidentes varones puede entenderse que, implícitamente, recuperaba las recientes críticas a Ruiz Gallardón por haber comenzado a celebrar bodas entre personas del mismo sexo. Véase, por ejemplo: <http://www.elmundo.es/elmundo/2006/07/29/madrid/1154136028.html> (Última consulta: marzo de 2018).

el desprecio hacia los políticos (su vocación divisiva) y la admiración hacia la Transición y sus formas (consensuales), transmitiendo un claro sentimiento de nostalgia:

Respecto a los partidos políticos, el 73,3% de los españoles creen que aunque se critican mucho entre sí, «en realidad son todos iguales». Además, el 55,1% de los encuestados considera que «solo sirven para dividir a la gente». Frente al desprecio que manifiestan por los políticos de la actualidad, una gran mayoría (el 76%) considera que la forma en la que se llevó a cabo la Transición a la democracia es «un motivo de orgullo» (ABC22516)³⁷.

a. El consenso en otros estudios

La importancia del consenso en la cultura política española se confirma en la formulación de las siguientes preguntas de una encuesta de Metroscopia de 2010, así como en las respuestas a la mismas. En primer lugar, se preguntaba el grado de acuerdo con la afirmación “la Transición fue posible y tuvo éxito porque todos los líderes políticos compartieron el mismo espíritu de consenso para buscar soluciones y acuerdos pensando más en el interés general del país que en el de sus propios partidos”. El 82% se mostraba “totalmente de acuerdo” o “más bien de acuerdo” con esta afirmación. En segundo lugar, se preguntó si “ahora los principales partidos políticos han abandonado el espíritu de consenso de la Transición y sólo piensan en sus exclusivos intereses partidistas, con independencia de lo que pueda ser más conveniente para el conjunto de nuestra sociedad”. Un 88% respondió afirmativamente (Toharia, 2011: 231).

No tenemos encuestas que pregunten explícitamente por la relación que encuentran los encuestados entre democracia y consenso. Sin embargo, en algunas sí se ha preguntado por el deseo de consenso en políticas concretas. Por ejemplo, al preguntar quién debía tomar decisiones sobre la política antiterrorista tras la noticia del cese definitivo de la actividad armada de ETA en 2011, el 47,9% de los ciudadanos respondían que debía hacerse “[p]or consenso entre la mayoría de los partidos con representación parlamentaria”³⁸. En 1997, el 80,5% estaba de acuerdo o muy de acuerdo con que las decisiones al respecto de la sanidad se tomaran por acuerdo de todos los partidos

³⁷ Énfasis mío.

³⁸ Banco de datos del CIS. Estudio 2917.

políticos³⁹. Estos datos sugieren que la demanda de consenso no se limita a los elementos procedimentales, sino también a las políticas gubernamentales consideradas más importantes⁴⁰.

Otros indicadores interesantes son aquellos que miden la aversión al conflicto. Lo que sabemos al respecto para el caso español es que un 45,3% dice sentirse “incómodo cuando la gente discute de política” (frente a un 50,4 que no); el 60% dice no haber hablado nunca con gente con opiniones diferentes a las propias con respecto a la regulación sobre el aborto (aunque la cifra es menos desalentadora para otros temas políticos y, sobre todo, para temas económicos)⁴¹. Además, existe una considerable aversión al conflicto en relación con las discusiones y a la hora de pedir consejo (por encima del 5 en una escala del 0 al 10). Estos datos reflejan una aversión al conflicto mayor que, por ejemplo, la que pueda encontrarse en Estados Unidos (Font et al., 2012: 101).

Uno de los politólogos que más ha insistido en la importancia de la pérdida del consenso característico de la Transición ha sido Francisco J. Llera pues, en su opinión, la “dinámica conflictiva entre los principales partidos políticos [...] merma los rendimientos del sistema político y fatiga a la relación de la propia sociedad con la política” (Llera Ramo, 2016b: 3). Una forma de comprobar si efectivamente ha sucedido una disminución de los consensos (o, en otras palabras, un “descongelamiento” del conflicto político) en España es analizar las votaciones parlamentarias y buscar las veces en que los partidos coincidieron en la dirección de su voto. Así lo hizo en un estudio Carmen Delgado (2008: 87). La autora observa tres pautas:

Primero, el nivel de colaboración interpartidista fue extremadamente alto al inicio de la democracia. Segundo, la colaboración declinó precipitadamente a partir de los cinco años desde la transición y, excepto por un único incremento, durante los 27 años de democracia. Tercero, el nivel de colaboración respecto a las reglas del juego fue más alto en el periodo inicial y, excepto de 1982 a 1986, declinó menos aceleradamente que la colaboración respecto a las políticas sustantivas

³⁹ Banco de datos del CIS. Estudio 2236.

⁴⁰ Sobre esta diferencia entre los distintos tipos de consenso, véase Sartori (1988a: 121-126).

⁴¹ Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

A este recorrido puede añadirse un hecho posterior al periodo analizado por esta tesis: la segunda reforma constitucional de septiembre de 2011⁴², que no contó con el apoyo ni de Izquierda Unida, ni de Convèrgencia i Unió ni del Partido Nacionalista Vasco. Por tanto, parece que efectivamente el valor consenso ha reducido su capacidad para imponerse en el comportamiento político a la hora de la toma de decisiones políticas, sin que esto implique una menor presencia en las palabras y pensamientos o su desvinculación de la idea de democracia.

Las encuestas también indican la existencia de una tendencia (no exclusiva de España) a creer que existe más consenso en torno a las propias opiniones del que realmente hay: es lo que los psicólogos denominan “falso consenso” (Ross et al., 1977). La creencia en que la mayoría coincide con las posiciones de uno llevaría a aplaudir el consenso. La estadística además indica que “quienes piensan que la ciudadanía es «hostil» a su propia ideología prefieren que sea la ciudadanía corriente –y no los políticos– quien decida políticamente. En cambio, quienes perciben que bastantes o muchos españoles comparten sus preferencias optan por procesos más representativos”. De aquí se deduce que quien percibe la existencia de un amplio consenso entiende que los políticos también son parte de dicho consenso, mientras que se teme o se desea, según la posición de cada uno, que el debate generado por la participación abra oportunidades a los argumentos minoritarios (Font et al., 2012: 71). En resumen: a mayor creencia en la existencia de consenso, menores demandas de participación y, en este sentido, mayor extensión y aceptación de lo que se ha venido a llamar “la democracia sigilosa” (Hibbing y Theiss-Morse, 2007; Font et al., 2012).

5.2.4 Democracia como consenso en el 15M

Dada esta hipótesis de la democracia sigilosa y dado que el 15M cuestionaba la democracia surgida de la Transición, cabría esperar que los indignados ni percibieran un alto consenso ni lo apreciaran especialmente como fórmula de decisión. Sin embargo, lo contrario parece ser más cierto. Por ejemplo: Carlos Paredes, uno de los promotores de Democracia Real Ya, celebraba al relatar los orígenes del movimiento haber encontrado “en el Patio Maravillas [...] un espíritu de consenso y colaboración que nunca había visto” (M20505). En esa organización inicial se acordó un manifiesto con propuestas que, según

⁴² BOE número 233, 27 de septiembre de 2011.

Jon Aguirre, “«son de sentido común»” (ABC20513). El mismo manifiesto de “Democracia Real Ya” que convocaba a la manifestación decía aunar a personas de diversas ideologías (“unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores”) que compartían la indignación en base a un análisis común de la situación (la primacía de la acumulación de dinero y la dictadura partidocrática) y una propuesta de “Revolución Ética” no violenta (M19510)⁴³. Algunos manifestantes, por su parte, comentaban a la prensa que habían “dejado de lado los intereses particulares para centrarnos en lo que nos une a todos; la indignación frente a los abusos del Gobierno, los políticos, las entidades financieras y las grandes corporaciones” (P16511). “Lo que se pide ahora no es que la imaginación llegue al poder [opinaba Juan Carlos Escudier]; bastaría con que lo hiciera el sentido común” (P19520). Por tanto, “[e]s el momento de dejar de lado todas las ideologías o intereses concretos y centrarnos en cosas que nos indignan” (EP17503).

Coherentemente, cuando la asamblea del día 20 de mayo apruebe un documento provisional de propuestas, el documento recibirá el nombre de “consenso de mínimos” (véase el anexo 3). Todos los periódicos analizados, a excepción del *ABC*, se hacen eco de esta vocación de “consenso”: “el movimiento intentaba ayer homogeneizar las distintas corrientes que conviven en su seno [...] por medio de votaciones en las que se llegara a consensos de base” (M20501, además de EP20504 y P21524). Una semana después (25 de mayo, fuera del periodo en que se centra este análisis) el 15M “consensúa las cuatro líneas de sus reivindicaciones”. En palabras de una portavoz, “[...] eran muchos los que «reclamaban» que se definieran las cuatro líneas principales sobre las que «absolutamente todos» los que forman parte del movimiento estuvieran de acuerdo”⁴⁴. Este nuevo “consenso de mínimos” fue finalmente ratificado el día 27 de mayo (anexo 4).

Como ya se dijo en el capítulo tercero siguiendo el trabajo de della Porta (2008a: 4-5), la organización asamblearia del movimiento 15M puede entenderse como la realización de la democracia “real” que (una parte de ellos) demandaban; esto es, como expresión activa, performativa, de la concepción de la democracia de sus participantes más activos. En este sentido, no puede olvidarse que la asamblea general del 15M “es el máximo órgano de gobierno del campamento, ahí es donde se alcanzan los consensos finales” (P21524). En los términos postestructuralistas arriba expuestos, podemos decir

⁴³ Véase en <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/> (Última consulta: junio de 2018).

⁴⁴ <http://www.rtve.es/noticias/20110526/movimiento-15-consensua-cuatro-lineas-reivindicaciones/434810.shtml> (Última consulta: junio 2018).

que esta organización consensual forma parte de su “discurso” sobre la democracia. Además, ya entonces señalé que no es extraño que estos nuevos movimientos sociales otorguen al consenso un lugar importante en su concepción de democracia, generando algunas tensiones en la práctica⁴⁵.

Por tanto, el 15M no se aleja de la cultura de la Transición en su anhelo de consenso, sino que lo convierte en una de sus instituciones centrales, sustituyendo la melancolía del discurso cultural por la esperanza. Su noción de consenso, empero, es ambivalente: si por un lado el consenso surgirá de la deliberación, por otro se entiende que ya está ahí, en el sentido común; que será fruto de una coincidencia espontánea. De hecho, varios consensos se alcanzaron en cuestión de días. Todo ello invita a pensar que la estructura temporal interna de la idea de democracia del 15M se caracteriza por su énfasis en las expectativas, en los términos de Koselleck ([1972] 2011: 11; 1996: 61) (apartado 2.2).

El 15M, al combinar la posición central del consenso con una petición de mayor participación ciudadana, parece no cumplir la hipótesis de la “democracia sigilosa”. Sin embargo, el consenso para el 15M no sería general. Exactamente igual que el discurso que añora los consensos de la Transición, el movimiento 15M identificaba a los políticos como fuente de división, aunque suma a la lista de culpables a los sectores económicos considerados causantes y beneficiarios de la crisis y corruptores de los políticos. Son unos políticos que no portaban la voz, el sentido común, de los ciudadanos. En vez de esto, sólo intentaban “enriquecerse y medrar a nuestra costa, atendiendo tan sólo a los dictados de los grandes poderes económicos”⁴⁶. Por ello, los quincemayistas se ven impelidos a irrumpir para demandar una mayor participación que permita hacer valer el interés de una mayoría que se entiende como el todo social; para poder realizar desde el poder político su consenso.

⁴⁵ Numerosas noticias del momento, así como la página web del movimiento indican la aceptación de mecanismos antibloqueo: <https://15mpedia.org/wiki/Consenso> ; <http://www.solidari.es/noticia.php?id=100> ; <http://www.20minutos.es/noticia/1067774/0/problemas/acampadasol/15M/> ; <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=129989> (Última consulta: junio de 2018).

⁴⁶ Manifiesto Común de Democracia Real Ya. <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/> (Última consulta: junio de 2018).

5.2.5 Cuestionamiento y defensa de “la democracia” a través de su historia

La relevancia de la división geográfica y temporal de la democracia no se cuestiona en ningún momento. Sin embargo, la historia sí se utiliza en diversos discursos para cuestionar la democraticidad de España. Esto, además, genera reacciones ideológicas conservadoras que buscan argumentos en la Transición a favor de la legitimidad del sistema.

a. La Transición como pecado original y el franquismo como medida

Como se está viendo, una de las claves legitimadoras del sistema político español es su contraste con las dictaduras: con las árabes y con la franquista. Por ello, no sorprende que una estrategia habitual para descalificar aspectos del presente como poco democráticos consiste en recurrir al recuerdo del franquismo como criterio. Por ejemplo, el periodista tras el pseudónimo Erasmo criticaba en *El Mundo* la situación de la prensa bajo el titular “Regreso al franquismo” (M17502, M24504). También en *ABC* se descalificó la actuación de Rubalcaba frente al 15M, entendiendo que había consagrado “la discrecionalidad policial como un principio absoluto. Ni el franquismo se atrevió a tanto” (ABC22505).

No obstante, algunas de las remisiones a la dictadura franquista con este propósito no se limitan a establecer la comparación, sino que consideran además los elementos criticados como herencia o continuación del franquismo. Destacan entre éstos los aspectos “culturales”⁴⁷; es decir, lo que se ha llamado “franquismo sociológico”⁴⁸. Por ejemplo, Pedro G. Cuartango denuncia por franquista la actitud del exministro Corcuera y del empresario conocido como “El Pocero”. Al parecer, el primero habría recurrido a la clasista expresión “«Usted no sabe con quién está hablando»”. Por ello, entiende Cuartango que “[e]l Pocero es el símbolo de la España que se sigue aferrando a ese latiguillo franquista, cuya mentalidad pervive todavía en unos pocos que se creen por encima de los demás por su fortuna, su cargo, su pasado o por llevar un carnet de partido” (M14501). El historiador Powell planteaba también una limitación cultural heredada: la

⁴⁷ El entrecomillado se debe a que aquí “cultura” carece de la naturaleza simbólica atribuida como definición por defecto en el segundo capítulo, refiriéndose más bien a las actitudes.

⁴⁸ Justel (1992: 69) atribuye la autoría de la expresión a Amando de Miguel.

falta de receptividad hacia la Historia (P21522). Finalmente, hablando del entierro de un republicano, el escritor Manuel Longares recordaba en una entrevista: “Cuando murió ya era la democracia, pero no fueron los maceros, ni la Banda de Música, que yo sepa... Pudo ser desidia, pero es como si Franco siguiera ordenando” (EP19516).

Manuel Longares ofrecía esta entrevista precisamente con ocasión de la presentación de su libro *Las cuatro esquinas*, dedicado a contar “lo que queda del franquismo («el franquismo está ahí, lo tocas»)” (EP19516). En su opinión, el franquismo “[s]igue condicionando actitudes y respuestas. Como solo terminó por la muerte física, tiene vigencia, sobrevive aunque la estructura sea distinta, aunque la gente no quiera saber nada de eso”. Desde luego, no debe esperarse de esta obra de Longares un análisis imparcial de los elementos que constituirían tal herencia, sino únicamente una recopilación de aspectos negativos. “El franquismo” se refiere en todas sus apariciones a un todo negativo opuesto a “la democracia”; o, lo que es lo mismo, opuesto a lo que “la democracia” (el sistema político) debería ser.

Lo que Longares y el resto de referencias en *Público* y *El País* estaban planteando en definitiva es la ausencia, en su opinión, de una suficiente ruptura durante la Transición. Al hilo de estas críticas a la Transición, Felipe González advirtió en la entrega de medallas de la existencia de “«[...] revisionismos inoportunos»” (ABC16508). En otras palabras: uno de los consensos básicos que se entendían rotos aquellos días era aquel que definía el relato sobre lo que la Transición fue.

Este discurso crítico con la Transición aparece casi exclusivamente en *Público*. Por él sabemos por ejemplo que el 15M aprobó en asamblea el 20 de mayo reclamar la “[r]ecuperación de la memoria histórica y de los principios de la lucha por la democracia” (P22505, anexo 3, punto 15). Por un lado, al recordar este elemento de “lucha”, la misma naturaleza consensual atribuida a la Transición quedaba en cuestión. Por otro lado, la referencia a la memoria histórica recuperaba implícitamente las críticas a la Transición que la señalan como fuente de un consenso para la “desmemoria” y el “olvido”⁴⁹.

También en *Público* Juan Carlos Monedero vinculaba al 15M con las limitaciones de la Transición: “Cuando las transiciones son cupulares, los procesos son menos profundos y pierden fuerza. Sol apunta los déficits de la Transición, que se hizo por arriba, y se quiere

⁴⁹ Acerca de estos discursos, véase Juliá (2017: 566).

otro proceso constituyente discutido desde abajo.” (P22510). Por su parte, Juan Ramón Capella entendía que “el diseño del sistema político, construido en 1978 con temor al desgobierno, en las circunstancias de la Transición, ha generado finalmente un sistema de bipartidismo imperfecto hermético a las demandas sociales, cerrado a ellas” (P24506). Luis García Montero, sin embargo, encontraba la responsabilidad no tanto en la Transición en sí como en la forma en que se recuerda. Pues, aunque las decisiones antiguas puedan ser:

merecedoras de respeto por las dificultades de la época, la mitología de la Transición se ha querido utilizar en los últimos años para evitar los cambios constitucionales que exige la nueva realidad [...]. Al concebir la Transición como un modelo perfecto y un reino de procesos concluidos, facilitaron una versión española del final de la historia y del agotamiento de la política, convertida en simple ejercicio formal (P22501).

Lo cierto es que los artículos sobre la entrega de medallas arriba descrita vendrían a confirmar algunas de estas críticas contra el relato cultural acerca de la Transición. Por un lado, la posibilidad o incluso necesidad de reformas no aparecieron mencionadas. Además, los actores sociopolíticos colectivos carecieron de todo protagonismo, con excepción de los partidos políticos o de ETA. Los premiados eran los expresidentes del gobierno por su contribución a la democracia. Tanto Felipe González como José María Aznar elogiaron a Suárez y al rey Juan Carlos I, ya que, en palabras del socialista, “«[e]l ejercicio de su poder [...] pasó voluntariamente de ser absoluto a ser constitucional, antes incluso de aprobarse la Constitución»”⁵⁰; y “[a]hí terminaron las coincidencias” (EP16506). Si bien es cierto que esa voluntariedad del rey no es incompatible con la lucha por la democracia desde la sociedad civil, lo cierto es que los ciudadanos y sus acciones colectivas en pos de la democracia no fueron mencionados en ningún momento. O, al menos, los medios no lo consideraron digno de ser recogido.

Las expresiones contextualizadoras del patrón cultural también resultan significativas a este respecto, pues tienden a eliminar toda agencia. En ellas, se “accedió” a la democracia, se inició (“desde el inicio de la democracia”), “comenzó” o, sencillamente, “llegó” (“desde la llegada de la democracia a los ayuntamientos”). Incluso es la

⁵⁰ Énfasis mío.

democracia misma la que “triunfa” (en expresión de un secretario de estado estadounidense, ABC15505). Si acaso, la democracia fue instaurada (sin quedar claro quién la instauró). En ningún caso se conquistó. Al menos no en España, pues Aznar sí se refirió durante el periodo analizado a Hispanoamérica como aquellos países “donde la democracia se conquista en español” (ABC16508). También el 15M vendría a “conquistar de nuevo la democracia con un sólido tejido social” (P19508, donde ese “de nuevo” sí remite al precedente de la lucha antifranquista). Y, desde luego, lo que en ningún caso cabe esperar es la consideración de la Transición como revolución democrática, en contraste con lo visto acerca de las revoluciones árabes. Éste era precisamente el punto por el que algunos planteaban la equivalencia entre el 15M y la primavera árabe, y lo que explica la fuerte reacción del discurso cultural. El 15M suponía para algunos, finalmente, la oportunidad de una ruptura; por fin, quizás, una “Spanish Revolution”.

Por otro lado, no eran pocos los que, más que una ruptura, deseaban “una nueva etapa, continuadora de la Transición, con más altas miras de limpieza y autenticidad democrática” (ABC17503). Incluso se llega a interpretar a los indignados como pretendidos impulsores de esa “nueva Transición correctora” (M23505). Cayo Lara, por su parte, reivindicaba que Izquierda Unida “«forma parte»” del 15M igual que “integró durante la dictadura y en la Transición los grupos de lucha por la democracia” (P21507), haciéndolos equivalentes.

b. Sobre la Transición en otros estudios académicos

José María Maravall y Julián Santamaría, en ocasiones considerados como artífices de “la *visión oficial* de la Transición” (Monedero, 2011: 220; Baby, [2012] 2018: 20-21), no podían sino compartir la idea de que la democracia española arrastró elementos (evidentemente, negativos) del franquismo. En particular, expresaban que “la presencia de ciertos elementos de continuidad estaría en condiciones de llevar a especular si el cambio de régimen ha sido completo o no” y que “[e]s un punto abierto a la discusión el que la oposición haya hecho más concesiones que las necesarias, o demostrado más moderación que la imprescindible” (Maravall y Santamaría, 1989: 112,130). Esto no les impedía percibir, eso sí, que la diferencia entre ambos regímenes era innegable.

Debe destacarse aquí que el discurso público cultural que describe al franquismo como un todo negativo contrasta, sin embargo, con la opinión manifestada por la mayoría

de los españoles encuestados en 2008 por el CIS⁵¹. Dicha mayoría (un 51%) consideraba entonces que la dictadura tuvo cosas positivas y negativas. Desagregar la estadística permite identificar un importante sesgo ideológico en tal respuesta: el 70% de los encuestados que reconocían haber votado al PP en 2008 encontraban en la dictadura aspectos positivos junto a los negativos, mientras que entre los votantes declarados de IU y PSOE predominaba la apreciación del franquismo como “un periodo en conjunto negativo para España” (Toharia, 2011: 141).

Volviendo al trabajo de Maravall y Santamaría (1989: 143), y de nuevo contra su caracterización como mitificadores de la Transición, llama la atención su preocupación ante la “creciente monopolización de la vida política por las *élites* partidarias [...] y la desmovilización general que siguió a las elecciones de 1977”. Aunque estos politólogos entendían que tal desmovilización habría facilitado los pactos, en ningún caso negaban sus posibles efectos negativos a medio y largo plazo. Se trata de una desmovilización que, en cualquier caso, comparten diversas transiciones a democracias liberales tras un inicial estallido de la participación política (O'Donnell y Schmitter, [1986] 2013: 26).

Lo que resulta llamativo, no obstante, es que el estallido de participación inicial no forme parte del relato público. Las críticas a este respecto no sólo alcanzan a los discursos de los actores políticos, sino también a la labor académica. La interpretación académica canónica, según critica Baby ([2012] 2018), “convierte a los dirigentes políticos en los protagonistas centrales del cambio, relegando a un segundo plano las transformaciones socioeconómicas y la participación ciudadana”. Mónica Threlfall (2009: 155-157) también entiende que “la mayoría de los estudios” parecen entender que “la transición española sucedió sin intervención de las organizaciones de la sociedad civil”, centrándose el relato en el presidente Suárez, el monarca Juan Carlos I y demás *élites*. Sin embargo, según entiende Threlfall, los ciudadanos sí participaron, tanto directamente como a través del conflicto entre sus representantes. Para afianzar esta perspectiva, eso sí, la historiadora requiere calificar de anacrónicas las lecturas de la Transición que proyectan sobre el pasado la “cartelización” actual de sindicatos y partidos, en los términos de Katz y Mair (1995); esto es, su salida de la sociedad civil para convertirse en agentes del estado.

⁵¹ Banco de datos del CIS. Estudio 2760.

Las encuestas reflejan que los españoles tienen un recuerdo de la Transición que combina el papel de las élites con el de diversos grupos de la sociedad civil. Ciertamente, reconocen el papel fundamental del rey⁵². Sin embargo, en 1995 y 2000 el CIS también preguntó por el papel de distintos “sectores y grupos sociales” en el proceso⁵³. Aunque el rey encabeza el podio, era seguido de cerca por “los ciudadanos en general”. Tras estos y a pocas décimas de distancia, aparecían los partidos y los líderes políticos y, a continuación, los encuestados de media situaban a “el movimiento obrero”, “la prensa” y “los intelectuales”, seguidos del “movimiento estudiantil”. Téngase en cuenta que, pese a ser los últimos de la lista, los estudiantes reciben una nota considerablemente alta: 6,64 en 1995, 6,95 en 2000. La tendencia general entre ambas fechas es ligeramente al alza para todos, salvo en el caso del rey y de los intelectuales⁵⁴.

Por otro lado, desde la academia se ha criticado repetidamente la concepción de la Transición como consenso. Gómez Bravo (2009: 8-9), por ejemplo, señala una tendencia a contar la Transición como “una secuencia extremadamente fácil y plácida”, resultando en “la representación de ese tiempo como una conmemoración vacía”. Oñate Rubalcaba (1998: 142, 265-266, 276-282) describió cómo la idea de consenso oculta al recuerdo la lucha entre los distintos actores de la Transición por hacer caminar la historia hacia ideas de democracia distintas. Numerosos historiadores insisten en que el periodo debería más bien presentarse como “un juego de tira y afloja”, con “transacciones entre oponentes en conflictos contenidos” (Threlfall, 2009)⁵⁵. El sistema político sería el fruto de una negociación, con cesiones importantes por parte de unos actores que no llegaron a creer

⁵² Véanse por ejemplo la serie A.1.02.04.005 del CIS (“en que medida cree Ud. que el Rey Juan Carlos ha contribuido a la estabilidad de la democracia en España” [sic]), la serie A.1.02.04.004 (“la labor que desarrolla el Rey es fundamental para el funcionamiento de la democracia en España”), la pregunta 36 en el estudio 2778 de 2008 del CIS (“Sin la presencia y actuación del Rey, la transición a la democracia en España no hubiera sido posible”) o la encuesta de Metroscopia comentada por Toharia (2011: 234), donde se muestra que el 78% de los españoles están muy de acuerdo o bastante de acuerdo con que sin el rey no habría habido transición a la democracia.

⁵³ Banco de datos del CIS. Estudio 2201 de 1995 y estudio 2401 de 2000.

⁵⁴ En el año 2000 no se preguntó por los partidos y los líderes en general, sino por algunos en particular. Sería de gran interés la repetición de estas preguntas para conocer las opiniones actuales al respecto. Además, una pregunta abierta podría ofrecer resultados aún más interesantes.

⁵⁵ Así lo resumía Preston, por ejemplo, en una entrevista: “El mérito del Rey es enorme en hacer de la Transición una transacción entre las fuerzas más moderadas de la izquierda con las fuerzas más progresistas del régimen. Asegurar que esa transacción fuera posible sin intervención militar es indudablemente mérito del Rey” Véase: <http://www.abc.es/20121112/cultura-libros/abci-paul-preston-juan-carlos-20121101813.html> (Última consulta, junio de 2018). También utilizó la expresión Charles T. Powell en una conferencia de 2001 disponible en el siguiente enlace: <http://servicios.elcorreo.com/auladecultura/powell5.html> (Última consulta: junio de 2018).

lo mismo unánimemente, sino que acordaron mayoritariamente unos mínimos que todos se comprometían a cumplir: un “consenso primero” en torno a las reglas del juego. Estos acuerdos, sin embargo, distarían mucho de ser lo que se entiende en términos deliberativos por “consenso” (Oñate Rubalcaba, 1998). Tanto Oñate como del Águila señalaron a este respecto la importancia de la ambigüedad a la hora de cerrar el texto constitucional, calificando a la Transición con los términos schmittianos de “compromiso apócrifo” o “no auténtico” (del Águila, 1982: 118-123; Oñate Rubalcaba, 1998).

Los “pactos y negociaciones” ocupan también el núcleo de la interpretación de Maravall y Santamaría (1989: 115), contrariamente a los prejuicios que les sitúan como defensores del “consenso”. Lo cierto es que la idea de “consenso”, según señalan estos mismos politólogos, habría entrado a jugar un papel central sólo en una segunda fase, cuyo inicio marcan las elecciones de 1977, y se habría concretado en acuerdos en tres ámbitos clave: el económico, con los pactos de la Moncloa; el territorial y el constitucional. Este consenso habría ayudado a legitimar no sólo la constitución sino también a los diversos actores. “Es la Transición como pacto o consenso que ha prevalecido en la memoria colectiva y que, en verdad, abarca un año y poco más de todo el proceso” (Juliá, 2017: 631).

Tras el periodo de “consenso” habría comenzado el “continuo recurso a alianzas parlamentarias coyunturales” que “confundieron a un electorado que no estaba familiarizado con las prácticas parlamentarias y probablemente contribuyeron al «cinismo» político y a que se desconfiara de los políticos” (Maravall y Santamaría, 1989: 151). Esto coincide aún hoy con la crítica a los políticos que aparece vinculada al recuerdo de la Transición.

Lo que no deja de llamar la atención es que las críticas al consenso fueran habituales en sus años de mayor esplendor. Así, durante los primeros años tras la Transición, “[l]os intelectuales y columnistas manifestaban diariamente su «frustración y desencanto» por las restricciones que imponía la democracia concertada” (Maravall y Santamaría, 1989: 143). Resumiendo fugazmente, las críticas contra la cultura consensual denunciaban que ésta reduce todos los conflictos a un problema de “ausencia de consenso [...], inmadurez de nuestros políticos [...], irresponsabilidad de nuestro pueblo” (Morán, 2015: 21-22). Entonces supimos que, el consenso, en exceso, ahoga el pluralismo propio de la democracia. Una lección que habríamos olvidado.

c. Las defensas de la democracia desde el recuerdo de la Transición

Ante la dislocación de la frontera entre democracia y dictadura que conllevaba la posición de los sectores más radicales del 15M, apareció una reformulación defensiva del discurso cultural que caracteriza a España como democracia surgida de la Transición. Así, el entonces presidente del Congreso de los Diputados, José Bono, recordaba ante el éxito del 15M que “«hubo una generación que no se resignó durante 40 años de dictadura para que pudiésemos votar»” (M19515). Pero la mejor muestra de este uso conservador aparece en un editorial de *El Mundo*, donde se plantea que “muchos jóvenes y otros ya no tan jóvenes sólo han vivido en democracia y quizá desconocen lo que costó llegar hasta aquí. La democracia fue un logro colectivo de millones de españoles y trajo las libertades anheladas, pero también la etapa de mayor desarrollo y prosperidad económica de la Historia” (M22505). Continuaba el editorial: “Nadie duda de que la democracia española tiene numerosas imperfecciones que necesita mejorar y que la clase política ha sido demasiado reacia a escuchar las voces de los ciudadanos que le reclamaban medidas de regeneración. Pero el cauce de participación son las urnas...” (M22505). Es decir, se trataba de incorporar al orden la insatisfacción con el orden, enfatizando los beneficios del *statu quo*, aunque abriendo ahora la posibilidad reformista siempre que las demandas se canalizasen exclusivamente a través del voto.

Por tanto, podemos clasificar este recurso al aspecto popular de la Transición como un uso ideológico conservador –sin que deba leerse en esta palabra ninguna connotación, ni positiva ni negativa–. Se trataba en realidad de una reformulación muy sencilla, pues sólo requería hacer hincapié en la acción ciudadana de la primera etapa de la Transición. Esto encontraba el necesario eco en la opinión general sobre la Transición, como vimos arriba que reflejan las encuestas, pero contrastaba con la ausencia de tal elemento popular tanto en la entrega de medallas de una semana antes como en la historiografía. Además, sin que nadie se percatara de las ironías en juego, este discurso contra el 15M coincidía con el propio 15M en la reivindicación de la “lucha por la democracia”, manifestada en su primer consenso. Se muestra así aquella lucha como un elemento clave para ambos discursos, si bien al servicio de muy distintos objetivos.

5.2.6 Reflexiones sobre la dimensión temporal de la idea de democracia: la tensión anarquista y los mitos de origen

Tras presentar los discursos públicos en torno a la idea de democracia, este apartado se dedicará a analizar teóricamente algunas de las cuestiones suscitadas. En primer lugar, conviene poner en perspectiva el ubicuo énfasis en el consenso, situando dicho valor democrático en relación con otros y planteando algunas de las consecuencias probables de este énfasis consensual, que forma parte de una dimensión de la idea que puede calificarse de anarquista. A continuación, se dedicarán unas líneas a analizar los problemas de legitimidad de “la democracia” basada en la cultura de la Transición, especialmente en relación con el problema de la memoria histórica. Finalmente, los anhelos de ruptura y las idealizaciones de la Transición llevarán a plantear brevemente la cuestión de los mitos de origen de la democracia y lo que esto nos indica sobre el orden intelectual que caracteriza a la idea de democracia tanto del discurso cultural como de los discursos ideológicos transformadores críticos con la Transición.

Permítaseme antes de ello recalar en una frase de Baudrillard ([1978] 2005: 19) que resume considerablemente bien parte importante de lo presentado en este capítulo. Aparece en *La precesión de los simulacros*, y dice así: “Cuando la realidad ya no es lo que era, la nostalgia cobra todo su sentido. Pujanza de los mitos de origen y de los signos de realidad”. De este modo nos encontrábamos en el periodo analizado. Por un lado, encontramos la nostalgia a cuenta del recuerdo de la Transición y ante un presente ensuciado por el conflicto político. Por el otro, el deseo de hacer carne (“real”) una democracia completa. Y, ¿qué mejor signo de tal realidad que recurrir al consenso como método? Dicho a la inversa: el debate se mueve entre las continuas demandas a los políticos para que vuelvan al consenso dada la emergencia que plantea la crisis (a la vez, eso sí, que se piden “alternativas”) y la voluntad de convertir al 15M en nuevo mito de origen; en una “nueva Transición”, con su propio consenso en torno al “sentido común”. La novedad del 15M, aun siendo indudable, nos remite así a su contexto cultural.

a. Consenso, conflicto y la dimensión anarquista de la democracia

Efectivamente, tanto el 15M (discurso ideológico transformador) como el discurso de la Transición (discurso cultural) coinciden en ensalzar el consenso como aspecto democrático. También coinciden en el principal responsable al que señalan ante la falta

de una mayor concordia que derive en las soluciones necesarias para los acuciantes problemas de España: los políticos, a los que los indignados suman ciertos sectores económicos. Los políticos simbolizan el conflicto, que parece hacerse insoportable desde ese anhelo de armonía. En este sentido, lo primero que debe destacarse desde la perspectiva postestructuralista es cómo el valor consenso acaba señalando siempre a un exterior (el no-consenso, sus “otros”) con el que, irónicamente, quien quiere el consenso, discrepa. Igual que el tolerante no puede tolerar al intolerante⁵⁶, quien busca el consenso tendrá que reconocer su desacuerdo con quien se niega a buscar tal consenso y prefiere cualquier otro método de toma de decisión.

Axiológicamente debe reconocerse que el consenso ocupa un lugar privilegiado para la idea de democracia a través del valor autonomía. Como analizó Wolff (1970), el derecho a la autonomía individual (entendida como vivir bajo las normas que uno desea), que suele situarse entre los valores que dan sentido a la democracia⁵⁷, demanda que todo el mundo dé su visto bueno a las leyes que nos gobiernan para que éstas sean legítimas. Es decir, el valor autonomía exige alcanzar la unanimidad, sea en base a una cultura homogénea o bien a partir del debate racional. Esto, eso sí, dificulta sobremanera argumentar a favor de un Estado, dejando sólo espacio para una democracia directa por unanimidad. Dicho de otro modo: un razonamiento coherente que tome a la autonomía individual como único axioma (que no esté dispuesto a renunciar a algo de autonomía individual en favor de otros valores) deriva en una defensa del anarquismo, no de un estado democrático. Por ello, Wolff (1970:27) entiende que la representación y el mecanismo mayoritario deben entenderse como arreglos para evitar las dificultades de la unanimidad, pero que siempre implican ceder algo de dicho valor “autonomía”⁵⁸.

Tratando de escapar al problema planteado por Wolff, Dahl (1989: 48) ofrece un argumento interesante, basado en los límites prácticos de la propia autonomía. El profesor estadounidense entiende que prescindir de esa coacción organizada a la que llamamos Estado nos haría vulnerables frente a diversos posibles abusos (entre otros, la posibilidad

⁵⁶ Me refiero a la “paradoja de la tolerancia”, en los términos de Popper (1971): “Unlimited tolerance must lead to the disappearance of tolerance”.

⁵⁷ No ocurre así para autores como Schumpeter (1984) o Riker (1982). Pero, salvando a la tradición “elitista”, el resto de tradiciones contemporáneas identificadas por Held ([1987] 2006) otorgan un lugar –más o menos relevante– a este valor.

⁵⁸ “Unanimity is clearly thought to be the method of making decisions which is most obviously legitimate; other forms are presented as compromises with this ideal”.

de que otros fundasen estados no democráticos y nos sometiesen a ellos). Por tanto, prescindir del Estado probablemente resultaría en una menor autonomía de la que es compatible con un aparato estatal inspirado por principios democráticos (Dahl, 1989: 49, 153). Este argumento no se trata sino de un desarrollo de la “paradoja de la libertad” (Popper, 1971: 109) ya planteada por Platón en *La República*. En dicho texto, el filósofo clásico vinculaba democracia con la anarquía debido al excesivo deseo de libertad en que se fundaría: “¿Y no es también el ansia de aquello que la democracia define como su propio bien lo que disuelve a ésta?” (Platón, [ca. 375 a.C.] 2013: 562b).

Rousseau ([1762] 2007: L.1, cap. V; L.4, cap. II), que propugna la regla de la mayoría y no el consenso, ofrece incluso mejores argumentos contra el anarquismo de Wolff – aunque el profesor americano no los tomara muy en serio (Wolff, 1970: 41-42)–. Para Rousseau, la legitimidad de la regla de la mayoría se basaría en un consentimiento. La solución de Rousseau a la tensión entre el Estado y la autonomía consiste, en definitiva, en reclamar a los ciudadanos que consientan todos (consensuen) como legítimo ser gobernados por las decisiones de la mayoría, incluso cuando no compartan el contenido de las leyes aprobadas. Es este el inicio de la comunidad política.

Este consentimiento, aunque aparezca como “previo” en la retórica contractualista, debe más bien entenderse como “superior”, debido a su carácter racional: a su utilidad para preservar la libertad toda vez que vivir en sociedades políticas resulta inevitable. De esta forma, el planteamiento rousseauiano no puede entenderse sin la diferencia entre, por un lado, los deseos y los gustos y, por otro lado, la voluntad racional. Por eso Wolff (1970: 42) erra el tiro al decir que en el esquema rousseauiano algunos ciudadanos acaban obedeciendo “leyes que no quieren”⁵⁹. El consentimiento, al igual que el consenso y al contrario que la unanimidad, no requiere que todos los sujetos compartan los mismos deseos en cada particular; basta con el consenso sobre el sistema de decisión legítimo. En este caso, basta con que los ciudadanos tengan voluntad de aceptar la regla de la mayoría tras sopesar las posibilidades y consecuencias, aunque éste no sea su más espontáneo deseo. Wolff está confundiendo así los deseos con la voluntad, ofreciendo como consecuencia una imagen reduccionista de la psique en torno al capricho individualista, ignorante de la condición humana y de la capacidad de cálculo racional, pues podemos

⁵⁹ “They have bound themselves to obey laws which they do not will”.

querer obedecer leyes que no nos gustan, por ejemplo, por habernos comprometido a ello o, sencillamente, por considerarlo más conveniente.

En todo caso, ni el argumento de Dahl ni el que acabo de presentar de Rousseau restan valor normativo al planteamiento de Wolff. Ciertamente, dan algunos argumentos normativos contrarios pero, sobre todo, introducen consideraciones prácticas que ponen de manifiesto la imposibilidad de una autonomía total. De hecho, el planteamiento de Wolff aún se podría radicalizar. Para ello sólo es necesario partir de la soberanía individual, en vez de hacerlo desde la autonomía, entendiendo por soberanía la pura voluntad inmediata. De este modo, se elimina del tablero la noción de norma y, con ella, la perdurabilidad en el tiempo del consentimiento. Entonces resulta imposible legitimar toda coerción y autoridad, incluida aquella surgida de la unanimidad de una asamblea. Se pone así claramente “de manifiesto el conflicto irresoluble que enfrenta a la idea de la libertad individual con la idea de un orden social” (Kelsen, [1929] 2006: 47).

En términos estrictos, y como vimos en el apartado 5.1.3. al respecto de la relación entre derecho internacional y estados, una ley aplicada a un soberano es un oxímoron. Sin embargo, en aquel apartado también localizamos el horizonte de soberanía como condición de libertad, lo que es aplicable tanto a los colectivos como a los individuos. Por decirlo con la mayor brevedad posible: pocos nos reconoceríamos libres en tanto que autónomos si vamos a ser obligados a obedecer para siempre, sin justificación alguna, las mismas normas y sin posibilidad alguna de enmienda. Y esto, por mucho que nosotros mismos las hayamos elegido en el pasado. De este horizonte soberanista de la libertad surge, por ejemplo, la intuitiva incomodidad con la idea roussoniana de obligar “a ser libre” (Rousseau, [1762] 2007: 21, L1, Cap. VII). La soberanía individual aparece así como uno de los horizontes de la democracia, constituyendo la base sobre la que deducir axiológicamente la existencia de una dimensión anarquista en la idea. Una dimensión que estará más o menos presente en los diversos discursos concretos, pero para nada subestimable ni política ni normativamente.

Sea a partir de la soberanía individual o de la autonomía, el horizonte anarquista, tomado de forma independiente, implica reducir la convivencia en un Estado, como mucho, a un imperfecto sustituto que, lamentablemente, resultaría necesario dada la imposibilidad de vivir en una situación prepolítica. Es llamativo que tal consideración aparezca no ya en autores anarquistas como Wolff, sino incluso en pensadores como

Przeworski (2010: 31) o Dahl (1989). Ellos también presentan la regla de la mayoría como una “segunda mejor opción”, necesaria dada la complejidad y el tamaño de nuestras sociedades. Ocultan así estos autores que elevar la unanimidad a primera mejor opción supone elegir esta dimensión de la autonomía política individual sobre otros valores, a los que relegan a un segundo puesto.

Dejando al margen el valor del orden y la estabilidad, intrínseca a todo intento de construcción institucional que aspira a materializar valores (democráticos o no), la unanimidad que demanda el valor autonomía colisiona con otro valor importante para la democracia: el valor de la pluralidad efectiva, y no meramente expresiva. Como se mencionó en el capítulo dos, una de las fuentes de justificación de la democracia liberal es su capacidad para dar cabida y oportunidades de éxito a sistemas de valores e intereses diferentes, sin extinguirlos ni coaccionarlos. Esto permite que las sociedades puedan poner a prueba distintas vías de pensamiento y acción y compararlas, revitalizando y mejorando además las ideas en la disputa (Mill, [1859] 2004: 112-122).

El pluralismo, además, no se trata de un valor meramente presente en la teoría. Las encuestas vistas en el tercer capítulo indican que los ciudadanos españoles otorgan mucha importancia como elemento propiamente democrático a que los partidos ofrezcan alternativas distintas, y en esta línea caminan las críticas del 15M al bipartidismo que veremos en el capítulo séptimo. Además, los encuestados enfatizan la importancia de la libertad de expresión, cuyo sentido precisamente reside en la pluralidad: en dar la oportunidad de que se expresen y prueben políticas inspiradas por sistemas de valores e intereses diferentes, no necesariamente reconciliables. No debe olvidarse, además, que la misma autonomía, abierta a la espontaneidad, tiende a generar la pluralidad, y que la autonomía depende de la pluralidad para tener sentido. Pues, sin enfrentarnos a cierta diversidad de situaciones, construir un camino propio se antoja un trabajo titánico, casi imposible. Por tanto, vivir en un mundo plural es condición de libertad (como determinación y espacio para el desarrollo de la individualidad); y, al mismo tiempo, la pluralidad aparece como consecuencia normal de la libertad (entendida como expresión de la espontaneidad) y su efectividad política se muestra como condición de la autonomía⁶⁰.

⁶⁰ El argumento lo recojo de John S. Mill ([1859] 2004: 138-139), quien a su vez citaba a Humboldt al respecto: “«libertad y diversidad de situaciones»” conducen a “«el vigor individual y la múltiple

Considerar la unanimidad como una obligación directamente exigible en el presente en lugar de como un horizonte normativo llevaría a negar la legitimidad de la discrepancia, impidiendo la legitimidad del diferente y del diálogo; impidiendo, en consecuencia, la posibilidad misma de llegar a acuerdos basados en el intercambio o, incluso, a consensos fruto de ese debate entre diferentes. Además, dado que la no decisión también es una decisión, y dada la importancia del factor tiempo en la política, la exigencia de unanimidad puede convertirse en una herramienta coactiva de primer orden en beneficio de una opción. El consenso, por ejemplo, puede ser utilizado para manipular una asamblea mediante su prolongación hasta el aburrimiento y la marcha de los discrepantes o, si el voto es público, los manipuladores pueden servirse de espirales de silencio (Noelle-Neumann, 2003). Algunos indignados percibieron rápidamente este peligro de “manipulación” (Sitrin y Azzellini, 2014: 136-138).

Por otro lado, quienes estén a favor del *statu quo* siempre pueden usar el consenso para bloquear todo cambio frente a la mayoría. Como confirmó May (1952; Dahl, 1989: 135-144; Przeworski, 2010: 32-33), podemos decir que, dadas dos alternativas, sólo la regla de la mayoría garantiza que el sistema no favorezca *a priori* ninguna opción, impidiendo que una minoría bloquee la decisión (neutralidad). Esto significa que, en este sentido, sólo la regla de la mayoría garantiza la igualdad entre las diversas posiciones. Dicho de otro modo, garantiza que los ciudadanos en mayoría puedan ejercer su autonomía y desarrollar cursos de acción sin el bloqueo de minorías, maximizando así la libertad individual en la comunidad (Kelsen, [1929] 2006: 52).

Es cierto que la regla de la mayoría ha recibido críticas por su incapacidad para producir decisiones vinculadas a la voluntad de los electores cuando las opciones son más de dos: me refiero a la paradoja de Condorcet⁶¹. Sin embargo, la probabilidad de que en la realidad efectivamente se presenten estas paradojas se reduce cuando las opciones están lógicas o culturalmente limitadas a menos de 5, o cuando las opciones están ordenadas de

diversidad», que dan lugar “a «la originalidad»”. Sin embargo, Mill ([1859] 2004: 136) entiende la diversidad como valor instrumental, no intrínseco, abriendo la puerta a que, con el desarrollo humano, pueda ser prescindible: “no es deseable la unanimidad de opinión, a menos que surja como resultado de la más completa y libre comparación de criterios contrarios, y que la diversidad no es un mal, sino un bien, hasta el momento en que la humanidad esté mucho más capacitada que en la actualidad para aceptar todos los aspectos de la verdad”.

⁶¹ También al Teorema de Arrow (1964), que generaliza la paradoja de Condorcet, y a la crítica a la democracia como autogobierno (a la democracia “populista”, en sus términos) que a partir de éstas presentó Riker (1982).

forma unimodal (por ejemplo, de izquierda a derecha en la escala ideológica) (Downs, 1957; Przeworski, 2010: 40). Por ello, “no cabe esperar que los ciclos de Condorcet sean muy frecuentes en la práctica” (Sánchez-Cuenca, 2010: 39-49). Más frecuentemente puede suceder la paradoja de Ostrogorski, por la que un partido mayoritario defienda algunas ideas que sólo cuenten con el apoyo de una minoría de ciudadanos. Y esto, gracias al apoyo que concitan otras medidas consideradas más importantes⁶². Tal situación sólo puede minimizarse, de nuevo, mediante un alineamiento de las preferencias en torno a un solo eje, como el ideológico (Thomassen, 1994: 254).

Esta necesidad de limitaciones culturales o ideológicas hace pensar que “Schmitt tiene razón” cuando afirma que cierta homogeneidad es necesaria para la democracia (Mouffe, 1993: 176; Schmitt, [1923] 1996; Schmitt, [1928] 2011: 270-273). Es decir, que la regla de la mayoría, que en principio se presenta a favor de la expresión del conflicto, requiere también de cierto consenso. El primero, debe insistirse, su aceptación como regla de decisión.

Al respecto de esta tensión entre consenso y conflicto, Mouffe (1993: 179) considera que nuestras democracias requieren más conflicto del que tienen y, por ello, quiere limitar esa homogeneidad al “acuerdo acerca de una cierta cantidad de principios políticos”, a principios ético-políticos que, al estar sujetos a interpretaciones, constituirán un “consenso conflictivo”(Mouffe, 1999: 756). Pero esto no puede ocultar que los mismos conflictos, que son parte de la esencia de la democracia, también pueden acabar con ella (Lipset, 1959: 91)⁶³. Como dice la propia pensadora belga, “una democracia pluralista está constantemente en tensión entre, por un lado, una tendencia hacia la exacerbación de las diferencias y la desintegración, y, por el otro, una tendencia hacia la homogeneización y fuertes formas de unidad” (Mouffe, 1993: 204). Sin embargo, Mouffe (2012) considera que la idea de un horizonte de consenso es en sí misma peligrosa para el pluralismo, incluso como aproximación asintótica.

⁶² Puede encontrarse un análisis de estas y otras paradojas en Nurmi (1997).

⁶³ En palabras de Lipset: “in all democratic systems is the constant threat that the conflicts among different groups which are the lifeblood of the system may crystallize to the point where societal disintegration is threatened. Hence, conditions which serve to moderate the intensity of partisan battle, in addition to effectiveness, are among the key requisites for a democratic political system”. El peligro se acrecentará si los distintos *cleavages* se superponen para generar cosmovisiones o ideologías totales, alimentadas por partidos de integración. Véase Lipset (1959: 94).

No se quiere negar aquí este peligro. Pero sí debe tenerse en cuenta que un conflicto que no reconozca como horizonte deseable la unanimidad alcanzada libremente estará pasando por alto algunas de las consecuencias axiológicas del valor autonomía (el consentimiento de todos), que también es parte inescindible de lo que entendemos por democracia. Sin este valor, además, no sólo se complica la posibilidad de juzgar negativamente la manipulación de los ciudadanos, sino que la propia diferenciación entre manipulación y persuasión se hace del todo imposible.

En este sentido, una importante línea teórica que incorpora el consenso como elemento clave de su reflexión son las teorías deliberativas de democracia, para las que deliberar es buscar con éxito un consenso racionalmente motivado (Cohen, 1989: 33). Estos autores no menosprecian el peligro de los intereses parciales que Rousseau señalase, pero consideran que obligar a tomar las decisiones en público puede actuar como filtro: incluso sin ciudadanos especialmente virtuosos, sabemos que presentarse bajo una diversidad de audiencias sencillamente dificulta y desincentiva mentir (Ovejero Lucas, 2013: 208-209). La discusión propia de la deliberación se diferenciaría, por un lado, de la mera agregación de preferencias que produce la votación (esto es, contra concepciones agregativas de democracia, sean estas rousseaunianas, utilitaristas o Schumpeterianas) por su capacidad para modificar las preferencias de los actores involucrados.

El reconocimiento del derecho a la autonomía de los conciudadanos motiva a ofrecerse mutuamente justificaciones que puedan ser reconocidas por todos como razones para que unos ejerzan y otros acepten el poder público (Cohen, 2001: 236, 278). Y esto, no sólo en el consentimiento constitutivo de la comunidad, como planteara Rousseau, sino a cada medida (importante) adoptada. Que este consenso pueda ser imposible, como reconocen hasta cierto punto Habermas (1992: 448) o Cohen (2001: 249), o que todos los temas no puedan formar parte de la agenda pública, no impide formular algunas demandas morales, racionales, para la toma de decisiones que, en todo caso, estarán abiertas al propio debate (Benhabib, 1996: 70) y en tensión con otros valores.

En definitiva, podemos concluir que desde una perspectiva postestructuralista, y en palabras de Rinesi, “la idea de conflicto [político] solo adquiere sentido en referencia a un cierto orden consensual a partir del cual el desarreglo, la contingencia y el antagonismo adquieren significación” (González, 2014: 64). Al mismo tiempo, el consenso no sería sino el producto de un conflicto y estaría siempre manchado de potenciales nuevos

conflictos. De hecho, “en el núcleo de una buena deliberación está el conflicto” (Ovejero Lucas, 2013: 213), en parte porque somos bastante mejores criticando a los demás que siendo críticos con nosotros mismos (Sperber et al., 2010). El conflicto y el consenso políticos constituyen, en este sentido, “las dos partes de una unidad inseparable” (Rinesi, 2005: 23; González, 2014: 64).

Debe tenerse en cuenta, eso sí, que hay formas de organizar el pluralismo que son más compatibles con la estabilidad de la democracia que otras. En particular, algunos autores entienden que para evitar el enconamiento de los conflictos ayuda que las diferencias no estén repartidas homogéneamente en torno a una única línea de división (por ejemplo, la ideológica), sino que las fracturas sean múltiples y se entrecrucen. A esto contribuye el capital social inclusivo (*bridging social capital*): las asociaciones formales e informales en que se dan encuentro personas de diversos ámbitos, en contraste con las asociaciones homogéneas (*bonding social capital*; que, en todo caso, también tendrían efectos sociales positivos, pues generan mayor solidaridad) (Putnam, 2000: 22-24). De esta forma, la democracia como gobierno de la mayoría es capaz de gestionar una mayor pluralidad sin quebrar⁶⁴. Esto no impide reconocer, como he dicho, que la pluralidad debilita la capacidad de la regla de la mayoría para producir decisiones conectadas a la voluntad de los electores, especialmente cuando se eligen paquetes programáticos: partidos políticos. Una situación que se agravaría en tiempos de baja identificación partidista⁶⁵ y de desideologización (Kirchheimer, 1966: 187)⁶⁶.

El establecimiento legal de la regla de la mayoría no impide esperar a lograr la unanimidad si así lo desea la mayoría, mientras que la exigencia de unanimidad sí priva sin retorno de las ventajas de la regla de la mayoría. Ahora bien, la regla de la mayoría no

⁶⁴ Pese a las notables diferencias, no deja de resultar pertinente recordar que la intención de Clístenes al reorganizar a la población en unidades transversales a las distintas facciones y líneas de fractura social iba en esta dirección. Véase Abellán (2011a: 31-34).

⁶⁵ Como muestra la serie A.4.05.01.168 del Banco de datos del CIS, en 2009 comenzó una crisis de la identificación partidista que pareció terminar con la movilización producida de cara a las elecciones generales, a finales de 2011. Sin embargo, en esa fecha comenzó una nueva crisis de la identificación partidista, aún más profunda si cabe. En torno a un 40% de los ciudadanos dijeron no sentir simpatía alguna por ningún partido entre julio de 2012 y julio de 2014. La recuperación de la identificación se hizo sentir en 2014 y 2016, al calor de la aparición de dos nuevos partidos políticos: Podemos y Ciudadanos. Así lo indica también la serie A.4.05.01.180, que pregunta acerca del partido político por el que se siente más simpatía o considera más cercano a sus propias ideas. Sobre la tendencia general en las democracias contemporáneas hacia el desalineamiento partidista, véanse especialmente Dalton (2012) y Dalton (2016).

⁶⁶ “De-ideologization in the political field involves the transfer of ideology from partnership in a clearly visible political goal structure into one of many sufficient but by no means necessary motivational forces operative in the voters' choice”, explicaba Kirchheimer (1966: 187).

ofrece por sí misma incentivos a los actores para que busquen el consenso. De ahí que tenga sentido el tono moral de la demanda de consenso en el discurso cultural. En cualquier caso, si se desea un modelo de democracia que favorezca el consenso, entonces lo más adecuado sería acercarse al modelo que Lijphart ([1999] 2000) calificara de “modelo consensual” (ver apartado 3.3.2), y que incluye el voto proporcional y “el fin del bipartidismo” sustituyéndolo por el multipartidismo, tal y como demandaban los indignados. Este modelo, que en teoría puede efectivamente aumentar la calidad de la democracia, requeriría no obstante de una “cultura del consenso” (Lijphart, [1999] 2000: 279-283), algo que la prensa precisamente denuncia como ausente. Una visión más optimista puede encontrarse recordando que las propias instituciones pueden generar incentivos que animen (o desanimen) a desarrollar tal cultura, y también que el primer requisito, la existencia de una llamada normativa a consensuar, está fuertemente asentado en el discurso público.

Volvamos tras estas reflexiones teóricas a centrarnos en lo encontrado en la prensa. Al menos dos comentarios se me sugieren imprescindibles. En primer lugar, parece claro que la palabra “consenso” en el discurso cultural español no está claramente definido. Especialmente, no puede reducirse esta noción cultural de consenso a un acuerdo en el que los actores efectivamente comparten las mismas convicciones, sino que más bien remite a ideas difusas de acuerdo y convivencia, compatibles igualmente con acuerdos por cesión e intercambio, con acuerdos por persuasión y convicción, así como con acuerdos por ambigüedad o que recurren a la mera elevación por abstracción y vaciamiento. Una confusión que ya destacara Oñate Rubalcaba (1998).

En segundo lugar, resulta coherente con la predominancia del valor autonomía ya comentada que no apareciera en la prensa ninguna de las posibles críticas democráticas al consenso. Al contrario: los anhelos consensuales ocupan un lugar central para entender la democracia en todos los discursos. Incluso quienes critican el consenso de la Transición tienden a plantear su discrepancia basándose en que el consenso fue falso, forzado, o porque sucediera en torno a los elementos equivocados; nunca porque el valor consenso fuera un problema en sí, como sí que se denunciaba en su momento de máximo esplendor. Y esto, pese a que diversos pasajes podrían haber hecho sospechar del potencial uso “antidemocrático” (con respecto al pluralismo y la expresión del conflicto) del consenso.

Por ejemplo, llamaba la atención que miembros señalados del PSOE insistieran en pedir a Carme Chacón que renunciara a presentarse a las primarias frente a Rubalcaba, evitando así un enfrentamiento en las urnas. A esta salida la calificó *El País* como “una solución de consenso” (P24501, EP22505). En un editorial del día 24, el mismo periódico dejaba claro que, por delante de la democracia interna del PSOE, que “supondría un riesgo incontrolado y un obstáculo añadido a la responsabilidad primera del Gobierno”, estaba el interés general, entendido como la extensión de las políticas económicas que habían llevado al 15M a las calles (EP24511).

No puede descartarse tampoco que estos efectos silenciadores que pueden acompañar a las demandas de consenso hicieran acto de presencia en el 15M. De hecho, el *primer consenso de mínimos provisional*, alcanzado el 20 de mayo (anexo 3), era en conjunto sospechosamente cercano a las posiciones que Izquierda Unida había defendido en su programa electoral de 2008, en el que se preguntaba, por ejemplo: “¿Cómo ha sido que se han ido rebajando más y más las reclamaciones para conseguir una *democracia real*?”⁶⁷. Así lo entendieron además Cayo Lara o García Castaño (“Vamos, en nuestro programa está clavada cada propuesta”, P22508) y varios de los medios analizados (EP21505, ABC21507). Tales paralelismos podrían explicarse por el señalado papel que tuvo en aquella asamblea los militantes de esta formación, algo que las encuestas efectivamente indican. Sin embargo, también participaron numerosos miembros de otras formaciones; incluso, aunque en menor medida, del Partido Popular (Anduiza et al., 2014). Pero el instrumento del consenso, que en teoría garantizaba que estos otros ciudadanos pudieran vetar los posicionamientos más discrepantes con sus posiciones ideológicas, no produjo un resultado tan transversal como cabía esperar.

⁶⁷ Énfasis mío. El programa de IU contenía en torno a un 70% de las 22 medidas (desagregadas) que pedía la asamblea del 15M. Para hacer este cálculo he considerado como 50% de coincidencia aquellas medidas sobre las que el programa no coincidía al 100% pero en que se compartían los principios. Coincidían completamente en la reforma proporcional de la ley electoral (aunque el programa de IU no recogía las listas abiertas), derecho a vivienda digna (sin dación en pago en el caso de IU hasta 2011), la recuperación de las empresas privatizadas (IU sólo contempla aquellas que ofrezcan servicios públicos), sanidad pública, educación pública y laica, Tasa Tobin y reformas fiscales redistributivas, recuperación de empresas privatizadas, no a las nucleares, reducción del gasto militar (vía I+D en el caso de IU), derogación de la Ley Sinde, entre otras. No aparecen en el programa de IU, eso sí, el establecimiento del mandato imperativo (aunque el programa se asume como un “compromiso”), la revisión de las condiciones laborales de los políticos, la división radical de poderes (IU habla de independencia, aunque apoya la elección parlamentaria del TC y el CGPJ), la vigilancia a la financiación de partidos (aunque se propone reformar el tribunal de cuentas) o la nacionalización de la banca rescatada (aún no había sucedido el rescate cuando se redactó aquel programa). El programa está disponible en: <http://izquierda-unida.es/sites/default/files/1203936573085.pdf> (última consulta: marzo de 2019).

b. Legitimidad de “la democracia” y memoria histórica

A parte del recurso a la descalificación como franquista de diversos aspectos de la democracia, la Transición aparece implícita o explícitamente como fuente de problemas e insuficiencias: como pecado original o como filtro insuficiente para depurar el pasado Franquista y suministrar el agua limpia de una democracia; una democracia “completa”. Sin embargo, ninguna de esas manifestaciones que utilizan la Transición o el franquismo para cuestionar la democraticidad del sistema político actual denuncian de forma abierta que en España no haya “democracia”, algo que podría deberse al decoro o al tacticismo o, simplemente, a que se traten en realidad de críticas gradualistas a su calidad. Precisamente por esto el tumultuoso 15M resultaría descarado y amenazante con su grito “lo llaman democracia y no lo es”.

Para empezar, debo señalar una consideración general acerca de la oposición entre democracias y dictaduras. Si bien hoy en día resulta la forma más frecuente de clasificar los sistemas políticos, los politólogos sabemos bien que esta tipología supone una simplificación de aquella que clásicamente ha prevalecido en la historia intelectual occidental, y que contemplaba seis distintos tipos de gobierno⁶⁸. De esta forma, los dos criterios de clasificación que sustentaban dicha clasificación clásica —el número de quienes gobiernan y el interés en pos del cual se gobierna⁶⁹— quedan confundidos entre sí y con otros, perdiéndose considerable sutileza analítica por el camino. Sin embargo, esta pérdida para el pensamiento analítico va acompañada de una ganancia en fuerza legitimadora del concepto, al situar la democracia como única opción en el extremo virtuoso, en el que convergerían todos los valores políticos imaginables sin conflicto entre sí.

Desde luego, considerar al sistema político español como democrático no puede considerarse una muestra de esencialismo en sí mismo. Sin embargo, expresiones como “la llegada de la democracia” o la calificación del sistema político como “la democracia”

⁶⁸ Véase como ejemplo de la extensión de esta idea su presencia en el texto de *Ciencia Política. Un manual*, de Vallès y Martí i Puig (2016: 101), uno de los libros más habituales en la enseñanza de la disciplina en España.

⁶⁹ Platón ([ca. 360 a.C.] 2008: 291cd-292a) menciona en *El Político* como criterio de clasificación, junto al número, “la fuerza o la voluntariedad, la pobreza y la riqueza, la ley y la ausencia de ley”, introduciendo cierta confusión en los criterios. Además, Platón ([ca. 350 a.C.] 2014: 693d) se refiere en *Las Leyes* a “dos regímenes-madres”, monarquía y democracia, que debían sin embargo equilibrarse en un gobierno mixto donde el verdadero soberano sea la ley. Sería Aristóteles ([ca. 350 a.C.] 1998: 1279a-1279b) quien más claramente distinguiera ambos criterios, añadiendo el de la riqueza de los gobernantes a continuación.

facilitan la idea de que la democracia ya está aquí, en su totalidad, generando un paisaje que no es sino un “reino de procesos concluidos”, en las palabras de García Montero (P22501). Encontramos ahí en parte la tendencia hegemonizadora inherente a toda categorización, como se planteó en el apartado 3.3.1. Más significativa es, sin embargo, la pregunta que se hacen Maravall y Santamaría (1989: 112,130) acerca de si “el cambio de régimen ha sido completo o no”, en tanto que plantea ese horizonte en el que sería posible “completar” la democracia. Este horizonte de totalidad efectiva parece encontrarse también tras los discursos que anhelan una ruptura y que, entienden, nunca fue.

Como se ha visto, y pese a que la Transición se haya llegado a presentar como candado de injusticias, lo cierto es que la misma idea de una segunda Transición aparece en los días analizados. De hecho, lleva reapareciendo una y otra vez con diversos contenidos desde al menos 1993 (Juliá, 2017: 549-555). Es decir, que la Transición a la democracia se convierte frecuentemente en el referente simbólico al que se recurre para su misma enmienda, demostrando así al mismo tiempo su vigencia y crisis. Aquel periodo de concordia y consenso para el cambio tranquilo abre así la puerta para una vía reformista que, sin embargo, parece incapaz de materializarse. Aunque, por ser más precisos y dado el considerable cambio social y político en los últimos 40 años, lo que no se logra quizás no sea el cambio, sino el cambio deseado; o, quizás, el salto simbólico que conceptualice tal cambio. Desde luego, si el requisito para este cierre simbólico en forma de nueva transición es un consenso total entre los partidos y la opinión pública, resultará harto difícil alcanzarlo. No sólo por la diversidad de posiciones, sino también de intereses: iría contra el interés de todo partido de la oposición regalar tal inyección de popularidad al partido en el gobierno, aunque desde luego existen contextos caracterizados por hechos históricos singulares y/o liderazgos extraordinarios capaces de modificar tanto esa estructura de interés como las convicciones.

En cualquier caso, el discurso sobre “la democracia” nacida de la Transición se asienta sobre una contradicción que lo tensiona. Si bien “la democracia” se opone claramente a “la dictadura” para legitimarse, uno de los consensos de la Transición incluía no abrir al conflicto desde la política⁷⁰ cuestiones del pasado. Esto permitió, como señala el discurso ideológico transformador, que se perpetuaban algunas herencias de la

⁷⁰ No así desde la cultura o la Historia, que han vuelto sobre la guerra civil y la dictadura con una reiterativa asiduidad.

dictadura franquista, tanto simbólicas como de contenido político. Entre las institucionales, se mencionan en la prensa el sistema electoral y el bipartidismo⁷¹. Entre las eminentemente simbólicas, encontramos las fosas en las cunetas, los nombres en el callejero o numerosos monumentos.

También podría incluirse en esta lista la ausencia en el discurso cultural de la Segunda República como precedente democrático, pese a que así lo consideren casi la mitad de los ciudadanos (5.2.2). No puede olvidarse, sin embargo, a la mayoría (51%) que se mostraba ambigua al respecto de la herencia del franquismo. Para estos ciudadanos, algunas herencias no habrían sido tan negativas, por lo que podrían mostrar actitudes contrarias a liquidar dichas sedimentaciones franquistas.

Lo que parece innegable, eso sí, es que la forma en que sucede el paso a la democracia tiene efectos sobre la propia democracia. Así lo indican algunos estudios empíricos. Por ejemplo, Fishman y Lizardo (2013) han mostrado que el carácter revolucionario de la transición portuguesa derivó en formas de consumo cultural más “omnívoras” y anti jerárquicas en su concepción de lo artístico en comparación con España, lo que no es despreciable para quienes entendemos que existe cierta relación metafórica entre el juicio político y el estético.

Esto, sin embargo, no es excusa para culpar a la Transición de todos los males políticos y económicos, lo que más bien parece una estrategia de deslegitimación “oportunistas”. Una perspectiva comparada muestra, por ejemplo, que algunos de nuestros problemas son compartidos con los “países mediterráneos”: sistemas fiscales débiles, mercados de trabajo duales, Estados intervencionistas pero poco redistribuidores, alta desigualdad y conflictividad laboral, etcétera (Sánchez-Cuenca, 2014: 92-93).

Efectivamente, las críticas que recurren al franquismo para cuestionar la democraticidad del sistema encuentran en dichas herencias un lugar muy potente de ataque contra el presente sistema político. La *Ley de Memoria Histórica*, que intentaba acabar con tales rémoras⁷², es signo de esta mala conciencia, pero también indicador,

⁷¹ La continuidad de élites económicas o militares, así como la continuidad de la monarquía, están ausentes en la prensa durante el periodo analizado, aunque son elementos de sobra conocidas en estos discursos.

⁷² Véase la nota 32.

“Pese a ese esfuerzo legislativo, quedan aún iniciativas por adoptar para dar cumplida y definitiva respuesta a las demandas de esos ciudadanos, planteadas tanto en el ámbito parlamentario como por distintas asociaciones cívicas. Se trata de peticiones legítimas y justas, que nuestra democracia, apelando de nuevo a su espíritu fundacional de concordia, y en el marco de la Constitución, no puede dejar de atender”

dadas las reacciones y de la falta de consenso entre los partidos, de la existencia de un importante sector que identificaba el anterior consenso como parte de los cimientos de “la democracia”. Se trataba de “una Ley de Memoria Histórica [...] que tuvo la virtualidad de enfrentar a unos españoles contra otros y de volver a levantar las trincheras emocionales de cuando la Guerra Civil que llevaban décadas derribadas por voluntad de los españoles”, según los más críticos (M24505). Ello, pese a que en la exposición de motivos de dicha ley se apelara precisamente al espíritu fundacional de concordia y se recordara la existencia de medidas previas con el mismo objeto, ahora consideradas insuficientes⁷³.

Mientras en su defensa la Vicepresidenta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, aludía a un “intenso esfuerzo colectivo por alcanzar el mayor grado de consenso”, por el contrario, el interviniente por el Partido Popular Eduardo Zaplana afirmaba que “nos oponemos a este proyecto de ley en su conjunto porque rompe la herencia de consenso con la que se construyó la transición democrática”: “el acuerdo de mirar hacia adelante y no recurrir jamás a la peor de nuestras tragedias colectivas” salvo para evitar repetirla, y de que la “justa reparación a las víctimas de la guerra civil y de la dictadura” se hiciera, como se habría hecho hasta entonces, “prácticamente por unanimidad”⁷⁴.

El democrático “consenso” sólo se rompió en parte ante aquella ley, pues todos los grupos coincidieron en algunos de sus preceptos; un detalle siempre olvidado. Sin embargo, en la votación final encontró los votos en contra del PP, por excesiva, pero también de ERC, por insuficiente⁷⁵. La lógica dentro de la Teoría Política que esta tesis trata de ejemplificar no es la encargada de establecer quién fue responsable de tal falta de consenso, o de si merecía la pena sacrificarlo en pos de las medidas logradas. Tampoco se trata aquí de establecer los hechos históricos, y aún menos evaluar si la Transición fue “suficiente” o si supuso un cambio en los aspectos “que importan”. Lo que sí puede hacer es llamar la atención acerca de las implicaciones y presuposiciones de estas afirmaciones,

⁷³ “El espíritu de la Transición da sentido al modelo constitucional de convivencia más fecundo que hayamos disfrutado nunca y explica las diversas medidas y derechos que se han ido reconociendo, desde el origen mismo de todo el período democrático, en favor de las personas que, durante los decenios anteriores a la Constitución, sufrieron las consecuencias de la guerra civil y del régimen dictatorial que la sucedió”. Ver nota anterior.

⁷⁴ Así consta en el diario de sesiones número 296 del Congreso de los Diputados, del día 31 de octubre de 2007 (página 14611 y página 14627). Disponible en el siguiente enlace: http://www.congreso.es/public_oficiales/L8/CONG/DS/PL/PL_296.PDF (Última consulta: septiembre de 2018).

⁷⁵ Ídem.

todas formuladas bajo el imperativo del consenso y bajo el ensalzamiento o anhelo de una democracia completa, así como de sus posibles consecuencias contraproducentes para sus propios objetivos.

Abordemos pues someramente la cuestión de la rendición de cuentas por las violaciones de derechos humanos cometidas durante y después de la guerra civil. A este respecto, es bien conocido que O'Donnell y Schmitter ([1986] 2013: 29-31), tras un análisis comparado de una plétora de transiciones, concluyeron que existe una paradoja que complica la decisión de hacer cuentas con el pasado durante una transición a la democracia. Según lo entienden estos autores, cuando las tropelías cometidas son mayores y recientes (y, por tanto, más sangrantes) es precisamente cuando más difícil resultará exigir responsabilidad sin poner en peligro el proceso, pues se corre el riesgo de generar un cohesionado bloque contrario a la democracia, unidos en su interés común de evitar los pertinentes castigos (coactivos, económicos o simbólicos). No se trata, eso sí, de que frenar las demandas de justicia resulte inocuo. De hecho, estos autores afirman que ello extenderá una sensación de impunidad y de indignación. Además, negarse “a confrontar y purgar sus peores miedos y resentimientos implica no sólo enterrar el pasado, sino también los mismos valores éticos que la sociedad necesita para hacer su futuro digno de ser vivido”⁷⁶ (O'Donnell y Schmitter, [1986] 2013: 30). Lo que no mencionan en su obra estos investigadores es el daño que esta decisión puede generar a la legitimidad de la propia democracia, como ocurre en el caso que nos ocupa.

Tanto tiempo después, resulta para algunos incomprensible que la democracia no se vea libre para eliminar totalmente los vestigios del franquismo; y, sobre todo, las posibles fuentes del miedo a hacer cuentas. Cuanto más tiempo pasa, sin embargo, más se cargan de razones quienes alegan que aquellos hechos ya no son más que mera *historia*, material de museo sobre el que ya no cabe hacer justicia. Y, pese a todo, no parece que el tiempo haya reducido, sino aumentado, esta mancha en la legitimidad del sistema democrático, que se extiende al menor descuido como sospecha sobre el todo. La incomodidad que producen los símbolos nacionales en parte de la población, con el consiguiente resurgimiento de la tricolor⁷⁷ (Moreno Luzón y Núñez Seixas, 2017: 398), así como la

⁷⁶ “By refusing to confront and to purge itself of its worst fears and resentments, such a society would be burying not just its past but the very ethical values it needs to make its future livable”.

⁷⁷ “[E]l resurgimiento de la tricolor no se entendería sin la creciente actividad, a partir de finales de los años noventa, de los movimientos por la llamada recuperación de la *memoria histórica*”.

persistencia de la calificación de “franquista” en los recientes discursos independentistas catalanes dan buena cuenta de esta profunda mella en la legitimidad de “la democracia”.

Llama la atención que uno de los aspectos de la Transición que suele mencionarse como mácula de la legitimidad del sistema político español sea la amnistía, que sin embargo fue una reivindicación clásica de la oposición democrática al régimen franquista (Juliá, 2017: 409-411, 428)⁷⁸. Por otro lado, el consenso mismo se vuelve sospechoso al producirse *con el franquismo*, al que se le habría otorgado capacidad de veto en virtud del “ruido de sables”. Ello, aunque Alianza Popular no votase a favor de la amnistía, sino que se abstuviera; no por oponerse a la amnistía misma, sino “porque una democracia responsable no puede estar amnistiando continuamente a sus propios destructores”⁷⁹.

A estos quizás debería recordárseles que a Manuel Fraga, según relata Richard Gunther, habría sido excluido sistemáticamente “de las reuniones nocturnas de la «política del consenso» para facilitar el compromiso entre otros partidos” (citado por Delgado, 2008: 92, 95). Tampoco es cierto que todos los partidos votaran a favor ni de todos los artículos de la constitución ni de todo el texto constitucional. Seis votos en contra y catorce abstenciones se manifestaron en el Congreso el 31 de octubre de 1978 en la votación final⁸⁰, provenientes de diputados de Alianza Popular, de Euskadiko Ezkerra, y del Partido Nacionalista Vasco. Hubo por tanto exclusión (por la derecha y por el nacionalismo periférico), no unanimidad, algo que el recuerdo cultural de la Transición como consenso borra en su construcción como mito de reconciliación. Constituye éste un olvido, además, en su propio perjuicio, pues eleva las expectativas consensuales hasta donde nunca fue posible. Asimismo, como la violencia que acechaba se excluye del relato cultural (con la excepción de ETA) y sólo se recupera en los discursos ideológicos transformadores o

⁷⁸ Al respecto, puede leerse el artículo de Jaime Sartorius “La Ley de Amnistía no ampara al franquismo”, publicada en *El País* el 15 de marzo de 2010, en el siguiente enlace: https://elpais.com/diario/2010/03/15/opinion/1268607604_850215.html (Última consulta: mayo de 2019). Contra Sartorius, cabe recordar los apartados e y f de la citada ley de amnistía, que incluyen en la amnistía: “e) Los delitos y faltas que pudieran haber cometido las autoridades, funcionarios y agentes del orden público, con motivo u ocasión de la investigación y persecución de los actos incluidos en esta Ley. f) Los delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas”. Ley 46/1977, de 15 de octubre. Disponible en: <https://www.boe.es/eli/es/l/1977/10/15/46/con> (Última consulta: mayo de 2019).

⁷⁹ Véase el diario de sesiones del Congreso de los Diputados número 24, de 14 de octubre de 1977, disponible en: http://www.transicion.org/Destacados_flash/LeyAmnistia1977/C_1977_024.pdf (Última consulta: mayo de 2019).

⁸⁰ Véase el diario de sesiones del Congreso de los Diputados número 130, disponible en el siguiente enlace: http://www.congreso.es/public_oficiales/L0/CONG/DS/C_1978_130.PDF (última consulta: septiembre de 2018).

críticos con la Transición (Baby, [2012] 2018), se tiende a olvidar que la amenaza y uso de la violencia no provinieron únicamente del Estado, el ejército y otros grupos de derechas, sino también de la izquierda revolucionaria (independentista o no independentista).

Sólo la falta de escucha ha podido llevar a este olvido del ambiente de amenaza mutua. Al mismo tiempo, sólo un idealismo desmedido que confunda sistemáticamente el deber ser con el ser puede creer en la posibilidad de un proceso constituyente digno del ideal habermasiano. Más probable parecería que en tal proceso, al abrirse oportunidades para todas las posibilidades, algunas partes se entregasen (de nuevo) a la violencia. Es más, parece difícil que un nuevo proceso de Transición tuviera lugar si los conflictos no amenazaran con desbordarse violentamente.

En cualquier caso, y para terminar, no puede sino sorprender, dada la propia experiencia histórica, que quienes recuerdan con cariño el pasado republicano no se muestren, aunque desde la crítica constructiva, comprometidos con el sostenimiento de toda democracia, por imperfecta que fuere y por mucho que se quisiera reformar. El papel que tiende a jugar la Segunda República, sin embargo, es de mito alternativo a la Transición, disputando con ello el sentido mismo de “democracia”.

c. Mitos de origen y la democracia española

En este último apartado de las reflexiones sobre la frontera histórica conviene lograr cierta perspectiva teórica para entender mejor el uso de la idea de democracia tanto por parte de los discursos nostálgicos de la Transición como por aquellos que anhelan y lamentan la inexistencia de una ruptura total. Aquí prestaré además especial atención al orden intelectual de la idea de democracia presente en los discursos vistos en este capítulo. Para empezar, debe recordarse la crítica de Oñate Rubalcaba (1998: 266) al olvido de las alternativas democráticas que se plantearon durante la Transición, y que habrían sido ocultadas bajo el pesado consenso: “La obsesión por la homogeneidad o el consenso, llevó a que se enterrara el disenso, la diversidad de proyectos de sociedad que se plasmaban en los términos «reforma» y «ruptura»”, decía. Encontramos aquí uno de los posibles efectos antidemocráticos del (falso) consenso, si bien un *verdadero* consenso seguía siendo el horizonte marcado por el profesor Oñate.

Para empezar, cabe preguntarse hasta qué punto dicho olvido es normal pasado el tiempo. Por ejemplo, Laclau (1990b: 34), siguiendo a Husserl, consideraba que el olvido de las diferencias en el momento fundacional es un proceso común: “Tan pronto como un acto de institución es exitoso, un «olvido del origen» tiende a ocurrir; el sistema de posibles alternativas tiende a desaparecer y las huellas de la contingencia original tienden a desvanecerse”⁸¹. Por ello quizás no debería sorprender que la “mitología de la santa Transición española” (P22501), en cuanto que mito o fantasía de reconciliación con un importante éxito (es decir, en tanto que imaginario o cultura), tienda a ocultar los problemas que puedan devenir de su formulación, provocando la descalificación como hereje para quien los cuestiona, bien al proponer correcciones, bien ofreciendo un mito alternativo.

Ya dijo Maquiavelo ([1531] 2012: 69) que “[n]unca hubo un legislador que diese leyes extraordinarias a un pueblo y no recurriese a Dios”. Diversas historias seculares bien pueden haber venido a sustituir a la figura de Dios en esta función, pero su lugar se antoja hasta cierto punto “necesario”. La construcción de un mito positivo (la totalidad o cierre discursivos llenos de bondades) que no tienda a ocultar sus propias contradicciones parece imposible casi por definición. Sin embargo, precisamente por imposible, puede constituir una obligación moral a lograr. En su defecto, y mientras los sujetos estén sometidos a concepciones metafísicas y al principio de no contradicción, quizás debamos renunciar a demandar sofisticadas sutilezas en el discurso cultural y conformarnos con que estas contradicciones se manifiesten colectivamente mediante el conflicto entre distintas posiciones.

En todo caso, si los mitos e imaginarios pertenecen al ámbito de lo trascendente, desde el que permiten dar sentido y legitimidad a nuestras acciones, entonces resultará costoso (tanto por difícil como por sacrificado) cuestionarlos desde lo inmanente. Plantear preguntas sobre la verdad que las sociedades representan “rompe el hechizo [...]”; con nuestras preguntas nos hemos erigido en representantes de la verdad en cuyo nombre estamos interrogando” (Voegelin, 2006: 96). Pensar el mito, en última instancia, no puede sino desmitificarlo, lo que de nuevo nos recuerda las tensiones entre el interés político y el interés intelectual. Sin embargo, la democracia misma se precia de ser el “régimen en

⁸¹ “Insofar as an act of institution has been successful, a «forgetting of the origins» tends to occur; the system of possible alternatives tends to vanish and the traces of the original contingency to fade”.

que todas las preguntas puedan hacerse” (Castoriadis, 1995: 69) , siendo así que se vuelve un peligro para sus propios fundamentos: resulta “autoinmune” (Derrida y Borradori, 2003).

Podría uno preguntarse si el mito en que se fundamenta “nuestra democracia” será siempre necesario para el sostenimiento de la organización política o, si una vez logrado su efecto, podrá irse prescindiendo de él en alguna medida, cual escalera de Wittgenstein⁸². Esta idea tendría como horizonte la imposible imagen de un régimen sin mito fundacional, sin un autorrelato; valioso *en sí*. Se trata probablemente de un imposible régimen de ensueño, sacado de la historia, donde los seres humanos fueran capaces de prescindir de la creencia en un origen del que enorgullecerse para no decaer en su ánimo. Uno no puede evitar preguntarse si será éste el horizonte racionalista hacia el que quieren caminar las críticas al mito de la Transición, o si no se tratará más bien de una estratagema ideológica para terminar *tout court* con una comunidad política que no adolece de enemigos.

En todo caso, los continuos lamentos por la falta de una “ruptura” suficiente, quizás, de una “revolución” democrática, proyectan una incomodidad por la falta de un origen puro, separado de la naturaleza dictatorial por un abismo que, en España, ciertamente, es especialmente difícil de identificar con la transición, enorgullecida de ir “de la ley a la ley”, en la repetida –y no por ello más exacta– expresión de Torcuato Fernández-Miranda. Este bloqueo será especialmente resistente mientras el discurso cultural se enroque en enfatizar el consenso, silenciando toda la etapa previa de movilización y lucha por la democracia que permitiría entender la Transición como un proceso representativo; como el resultado de un diálogo (mediante palabras y acciones, incluidas las amenazas), en lugar de como una “transición cupular”. Y también como un acuerdo que sí excluyó a una parte de los españoles, no sólo en la que todos renunciaron a una parte de sí.

A quienes atacan a la cultura de la Transición denunciando la inexistencia de un “verdadero” cisma –aquellos a los que Powell denominara como “«los nostálgicos de la ruptura»”⁸³– la teoría postestructuralista puede recordarles que tal origen puro se antoja imposible; que un cambio “total” sólo será el producto de una hegemonía que, sirviéndose

⁸² Me refiero a la proposición 6.54 del *Tractatus logico-philosophicus*. Wittgenstein ([1921] 2010).

⁸³ Véase la arriba citada conferencia, ofrecida por Charles T Powell en 2001 y disponible en el siguiente enlace: <http://servicios.elcorreo.com/auladecultura/powell5.html> (Última consulta, junio de 2018).

de una inversión emocional, permita afirmar que “todo” ha cambiado, cuando lo que en realidad se está haciendo es tomar la parte que parece haber cambiado (que difícilmente será todo y que, quizás, ni siquiera haya cambiado tanto) por el todo⁸⁴. Es decir, será fruto de un consenso. Se querrá responder a esto que lo importante es que el cambio sea total en los aspectos que diferencian a una dictadura de una democracia: que se provea una democracia “completa”, como decían Maravall y Santamaría. El problema, sin embargo, tiene varias dimensiones. Por un lado, la democracia siempre compartirá con la dictadura algunos elementos, aunque sólo sea porque ambos son formas de Estado que, además, se desarrollan junto a un sistema económico capitalista. Por otro lado, está la cuestión de que la idea de democracia alberga diversos valores o dimensiones que no sólo son radicalmente imposibles de realizar en sí mismos en su radicalidad, sino que, además, son contradictorios y necesarios entre sí. Esto impide satisfacer tal deseo: no habrá democracia a la altura de todos sus valores al mismo tiempo. Como mucho, la apertura al cambio en el juego de las mayorías.

Esto no significa tampoco que la idea de democracia permita albergar bajo su ala y en igual medida a cuanto sistema político lo reclame. Además, el anhelo por una ruptura total de la democracia con la dictadura resulta tan imposible de satisfacer como entendible. En este sentido, debe señalarse que la crítica a la democraticidad del proceso de democratización y a su resultado parece, en todo caso, legítima. No todos los procesos de Transición imaginables son igualmente democráticos, y la crítica a cómo efectivamente ocurrió puede convertirse en un buen motor para producir reflexiones sobre formas de mejorar el sistema político en su democraticidad. Además, abre un espacio discursivo en que manifestar la diversidad de sistemas de valores y concepciones de la democracia en liza.

Sin embargo, esta crítica ignora la imposibilidad de la democracia para reformarse y mejorarse a sí misma si mantiene un ancla inamovible en el pasado, que, por otro lado, siempre está potencialmente abierto al perdón, al natural olvido y a reinterpretaciones a la vista de nuevas experiencias. Y, por otro, omite que tal discurso debe su propia existencia a que la hegemonía pretendida por la Transición dista de ser total. Esta precariedad del mito de la Transición, precisamente por serlo, es la que abre oportunidades de debate en

⁸⁴ Esto, descontando aquellos cambios que sólo existan en las palabras, sin que los hechos puedan dar cuenta alguna de ellos.

torno a un “consenso conflictivo”, en las palabras arriba referidas por Mouffe (1999: 756). No se olvide por tanto que si alguno de los dos discursos se acercara a una hegemonía total, esa libertad para debatir sobre el sistema político –la más política de las libertades y tan propia de lo que entendemos por democracia– se extinguiría; al menos, por esta vía.

A la imposibilidad lógica de encontrar orígenes totales en lo simbólico hay que añadir, además, una dimensión humana, histórica: resulta imposible ese vacío ideal en el que la forma no democrática desde la que se institucionaliza la democracia no influya sobre el sistema resultante. En definitiva, esta fe en los orígenes puros conlleva toparse de frente con el problema clásico del legislador, que Rousseau resumiera en una frase: “sería preciso que el efecto pudiese convertirse en causa: que el espíritu social, que debe ser la obra de la institución, presidiese la institución misma” (Rousseau, [1762] 2007: 47. L.2, cap. VII). Por importantes que sean los procedimientos democráticos, la democracia necesita demócratas, y éstos no se logran por decreto.

La idea de una España que, tras cuarenta años de franquismo, se despertara puramente demócrata una mañana de 1978, persigue al discurso cultural de la Transición por su imposibilidad, pero también a sus críticos, que reclaman ya y ahora lo que sólo con tiempo y esfuerzo era y es aproximativamente posible. Me estoy refiriendo con esto a los constantes lamentos por el “franquismo sociológico”, que –al menos en la prensa– nunca se acompañan de sugerencias sobre las acciones o cambios institucionales que podrían reducirlo; ni siquiera de una reclamación de educación cívica, política, en la escuela. Huelga decir que tampoco se definen de una vez por todas sus elementos, ni se evalúan imparcialmente sus características y consecuencias para el sistema político.

Perseguir este ideal de cambio total avoca bien a un escenario de destrucción o, de renunciarse a la violencia, a una perenne sensación de impotencia y desesperación, quedando simbólicamente bloqueada la vía de la mejora reformista. Ambos relatos sobre la Transición recuerdan a aquéllos vistos más arriba y que reclamaban banalmente que “[l]a democracia solo se implantará en esos países [árabes] en la forma y en los tiempos que sus ciudadanos decidan” (EP20513). Los discursos metafísicos, que anhelan orígenes puros y ocultan sus paradojas constitutivas, demandan que el proceso mediante el que se instauró la democracia española fuera ya democrático, que la “libertad e igualdad [jugaran] como medios y fines a un tiempo” (del Águila, 1982: 109).

Se trata de un problema que no se plantea sólo en el recuerdo, sino que lo fue ya para sus protagonistas. Del problema para traer una democracia de manera democrática fue conocedora, por ejemplo, la Coordinación Democrática (la “platajunta”) en que se agrupaba la oposición al régimen: “«Hoy ni el Gobierno ni la oposición gozan de legitimidad democrática»”, decían (Juliá, 2017: 376)⁸⁵. La cuestión era, desde luego, cómo alcanzar esa legitimidad democrática que permitiera convocar unas elecciones democráticas antes incluso de tener una constitución democrática. La solución propuesta por la oposición para este dilema consistía en la conformación de un gobierno de “consenso” (idea que, por tanto, aparece desde el principio y desde la oposición como criterio de legitimación de origen democrático). La jugada de Suárez fue, sin embargo, “adelantarse a la estrategia de la oposición, sin pactar con ella, al asumir como tarea propia el objetivo que la misma oposición asignaba al Gobierno de amplio consenso democrático” (Juliá, 2017: 380). Es decir: evitar el consenso en la práctica, asumiéndolo unilateralmente, ejerciendo su liderazgo.

Finalmente, resultó que todo aquello que Suarez iba avanzando “se parecía mucho a lo que la oposición venía reclamando desde hacía veinte años, sin haber imaginado nunca que el gestor del discurso y protagonista principal del hecho y del compromiso sería un Gobierno salido de las entrañas de la dictadura” (Juliá, 2017: 375-376). Se parecía, sí, pero había algo que no podía lograr: construir simbólicamente una idea fuerte de ruptura que sostuviera con firmeza una de las grandes fuentes de legitimidad del sistema, que no es sino su diferencia misma con el franquismo.

Asimismo, Rafael del Águila analizó con detalle cómo la demanda de que la Transición tuviera forma democrática fue un problema complejo al que tuvieron que hacer frente desde el gobierno de Suárez mediante la modificación de lo que la misma reforma significaba, con la intención de hacer partícipes a los partidarios de la ruptura para legitimar el proceso. Este momento por tanto constituye una clave importante para entender cómo sucedió y cómo se presentó la transformación política:

De identificar reforma con «procedente del franquismo y bajo su legalidad» y esto con «transición pacífica», se pasa a identificar a la reforma con «proceso democrático y sin imposición». Se suponía de esta manera que la

⁸⁵ Así lo recogía el diario El País el 19 de septiembre de 1976, disponible en: https://elpais.com/diario/1976/09/19/portada/211932003_850215.html (Última consulta: junio de 2018).

reforma iba a dotar al proceso hacia las libertades de una característica muy importante: la de ser un proceso pretendidamente realizado en democracia. Mientras se señalaba que la ruptura pretendía imponerse por la fuerza, la característica de la reforma sería el no ser producto de la fuerza sino del *entendimiento* (del Águila, 1982: 108)⁸⁶.

Como decía más arriba, la mayoría de las críticas a la Transición tienden además a funcionar como intentos de sustituir un mito por otro, desde la monista convicción de que el nuevo mito no sólo es más “verdadero”, sino que, precisamente por serlo, constituye la base necesaria para una “auténtica” democracia. La actitud, en definitiva, es compartida con los defensores del imaginario de la Transición. Por ello, quienes critican que tal ruptura no sucediera se ven perseguidos por la misma aporía que a quienes ellos critican por celebrar el origen inmaculado y la naturaleza completa de la democracia: aquella que subyace a todo intento de encontrar en la dimensión simbólica un fundamento total.

El mito de sustitución propuesto bien puede ser uno nuevo (posición del 15M cuando habla de “Spanish Revolution”), una modificación del viejo (cuando se recupera la “lucha por la democracia”, P22505) o aquel precedente considerado democrático por el 39% de los encuestados: la Segunda República. A estos últimos debe, sin embargo, señalárseles un común disimulo. Se trata de la tendencia a convertir para su objetivo mitificador a una parte importante de los combatientes en el bando republicano (anarquistas o estalinistas, por ejemplo) en los demócratas que nunca fueron⁸⁷. Tampoco puede uno ocultarse que tras estos gestos discursivos existe habitualmente la implícita intención de disputar lo que un demócrata y la democracia son⁸⁸, desplazando su significado hacia posiciones más sociales y participativas, cuando no directamente revolucionarias. Un desplazamiento que no se formula abiertamente para su debate, sino con pretensiones hegemónicas sobre lo que la democracia *es*.

Por eso debe avisarse de que este enfrentamiento, aunque capaz de alimentar posiciones críticas desde el compromiso con la democracia que mantengan vivo el poder

⁸⁶ La cita insiste, además, en la línea de lo mostrado en el anterior apartado, en que la democracia implica “entendimiento” (¿quiere decir consenso?), frente al previo régimen de imposición.

⁸⁷ Esta crítica puede encontrarse, por ejemplo, en el artículo de opinión publicado por Javier Moreno Luzón en *El País* con el título *La Transición, epopeya agrietada*. (última consulta diciembre de 2017) https://elpais.com/elpais/2015/08/06/opinion/1438881168_567279.html.

⁸⁸ Véase al respecto Iglesias Turrión (2014: 104).

normativo del ideal democrático, también puede convertirse en cuna y fuente de ideologías esencialistas y escatológicas. En otras palabras, aparece el riesgo de un excelso “perfeccionismo” (Sartori, 2007) que haga olvidar las limitaciones de la realidad política (incluida la convivencia con quienes piensan diferente), las tensiones entre los diversos objetivos deseables y los peligros que la propia propuesta política conlleva. Pero también, en el otro lado, hace tentador el peligro realista: la plena identificación del valor democracia con el *statu quo*.

Las posiciones que siguen anhelando una ruptura total tienden a omitir toda reflexión práctica. Por ejemplo, no plantean si, en el momento actual, el resultado de una negociación constitucional entre los diversos actores podría ser distinta y más favorable a sus intereses. Omiten también cuál sería su lista de prioridades en tal negociación frente a todo ese sector social ambiguo con el franquismo, al que recuerdan en sus lamentos pero hacen desaparecer en su propuesta de futuro. O si acaso la propuesta es un nuevo pacto constitucional con un mayor grado de exclusión que el anterior, actuando así contra el valor del consenso o del pacifismo. Que aquella negociación sucediese bajo diversas amenazas se convierte en la silente excusa para evitar estos cálculos y enrocarse en los principios, sin plantearse si abrir un nuevo proceso constituyente podría suponer una vuelta a la amenaza de violencia (desde uno o varios frentes) o una radicalización de las posiciones adversas. Algo parecido puede decirse de las idealizaciones nostálgicas de la Transición como consenso, que derivan siempre en desdén por los actores políticos presentes, a veces desde la autocomplacencia con las instituciones, a veces desde una pusilánime crítica a las mismas, siendo incapaces de ofrecer el impulso moral necesario para modificar la estructura de intereses de los partidos y arribar a la deseada reforma.

Las posiciones maximalistas de ambos discursos tenderían así a esconder, tras la idea de una democracia “completa”, el debate sobre lo concreto, dificultando la acumulación de experiencia. Hemos olvidado, por ejemplo, las limitaciones del consenso como mecanismo de decisión que, sin embargo, estuvieron bien presentes en la Transición y en los años subsiguientes. Hemos olvidado, de hecho, la inexistencia en aquel momento de un consenso total. Y, como hemos visto en las reflexiones acerca de la promoción de la democracia (5.1.3), otras lecciones y dilemas que cabría esperar aprendidos a partir de la experiencia hegemónica de la Transición quedan olvidados en cuanto se trata de terceros países. Todo ello muestra hasta qué punto la carga de experiencia del discurso cultural no

funciona apenas como “experiencia”; como fuente de reflexión. Más bien parece quedar reducido a un cliché que engarza sistemáticamente en los mismos discursos sencillos y que se critica o defiende de acuerdo con las posiciones de interés o creencia. Sin embargo, de la relación conflictiva entre rupturistas y defensores de “la democracia” parecen surgir importantes posibilidades para la reflexión sobre la democracia, así como un impulso que revigora el valor de la democracia. De hecho, es en gran parte aprovechando dicho espacio que existen estas mismas líneas.

5.3 RECAPITULACIÓN

Este primer capítulo del tercer bloque ha comenzado a aplicar la lógica de investigación dentro de la Teoría Política definida en el primer capítulo de esta tesis, queriendo conocer, comprender y pensar desde la Teoría Política la idea de democracia que aparece en los discursos públicos comunes en España, principalmente a través de su reflejo en la principal prensa de prestigio. Tras presentar los discursos encontrados en la prensa con respecto a las fronteras geográficas e históricas, y tras complementarlos con datos de otros estudios, se ha dedicado espacio a reflexionar sobre cada frontera desde la perspectiva postestructuralista desarrollada en el segundo capítulo. Esta reflexión ha procurado recatar la contingencia de los discursos encontrados, poniendo de manifiesto los conflictos entre las diversas dimensiones de significado de la democracia, así como sus diversos usos y diversas cuestiones relacionadas con su orden intelectual. Además, se han ofrecido algunas reflexiones acerca de los juicios de valor, implícitos o explícitos, que se han podido encontrar en los principales discursos culturales e ideológicos. Recapitulemos las principales conclusiones a las que ha dado lugar este recorrido según se refieran a los usos, los significados o el orden intelectual de la idea de democracia.

a. Usos de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico

El capítulo se ha organizado en torno al uso de la idea de democracia para delimitar dos fronteras: la histórica y la geográfica. Ambas diferenciaciones cumplen funciones importantes para la legitimación del sistema político español, especialmente patentes cuando se señaló que contra una democracia no cabe rebelión, o al recordar que “«hubo una generación que no se resignó durante 40 años de dictadura para que pudiésemos votar»” (M19515). A esta intención legitimadora del orden político como democracia le

acompañaba, coherentemente, una intención desmovilizadora (para evitar acciones contrarias al ordenamiento), lo que puede resultar irónico como uso de la idea de “democracia”. Especialmente, se ha señalado la contingencia de la oposición democracias/dictaduras para clasificar nuestros sistemas políticos, y cómo contribuye a la legitimidad del sistema amalgamar todas las virtudes en el polo democrático.

Por un lado, la frontera geográfica aparece definida entre los países democráticos como España y las dictaduras, y se manifestaba con especial vehemencia contra el discurso que establecía similitudes entre el 15M y la primavera árabe. Por otro lado, con respecto a la frontera histórica, “la democracia” aparece definida frente a la dictadura franquista. Esto se ha puesto de manifiesto a través del análisis de unos usos de la idea, en apariencia superficiales pero muy significativos culturalmente por su automaticidad, que cumplen funciones contextualizadoras, geográfica e históricamente: “por primera vez en la democracia” es así equivalente a “por primera vez desde la Transición” española. Aparecen también algunos usos ideológicos transformadores, subversivos si se quiere, de estas expresiones que, sin cuestionar que España sea una democracia, sí recuerdan la existencia de un periodo democrático previo a la Transición: la Segunda República. El franquismo, como opuesto total de la democracia, se utiliza además para sacar faltas al sistema político, cuando no al gobierno de turno y la sociedad. Estos discursos además tienden a desbordarse hacia la deslegitimación del sistema mismo. De este modo, en los discursos asociados a la izquierda ideológica este uso crítico aparece vinculado a los usos ideológicos transformadores de la idea de democracia que insisten en las insuficiencias de la Transición, lo que ocasionalmente deriva en la propuesta de un nuevo mito de origen, bien sea la Segunda República o incluso el 15M.

b. Dimensiones de significado de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico

A lo largo de la presentación de las diversas posiciones encontradas en la prensa se han ido señalando algunas de las dimensiones de la democracia a las que los distintos usos de la idea apuntaban. Sin embargo, para realizar un correcto análisis de estas dimensiones, y especialmente de sus tensiones y contradicciones, ha sido necesario cierto vuelo axiológico y reflexivo, construido en los apartados 5.1.3 y 5.2.6.

Las llamadas a la promoción de la democracia han permitido señalar la importancia que ocupa culturalmente la dimensión universalista de la democracia, en detrimento de los intereses conservadores de las democracias existentes y de la autonomía colectiva de terceros países, a los que, paradójicamente, se quiere coaccionar para que se guíen por el valor autonomía. Así, se hizo patente la petición de principio que acompaña a estas posiciones democratistas y que se manifiesta en frases del tipo “serán los africanos los que decidan su propio destino” (EP20513); frases que dan por hecho los mismos principios que, según afirmamos, “los africanos” deberían poder decidir si asumen como propios o no. Estas fórmulas simplonas colisionan con el “problema del tercer organizador”, pues el pueblo “no existe sino a través de representaciones aproximativas y sucesivas de sí mismo” (Rosanvallon, 2003: 22-24). A este respecto, debe recordarse la gran dificultad de conocer y hacer valer esa voluntad popular en países sin democracia, dado que llamamos democracias precisamente a los sistemas que nos procuran (con relativo éxito) hacer justo eso: conocer y hacer valer la voluntad popular.

Además, una vez asentada la importancia de una concepción normativa de la soberanía para la libertad y la democracia, ha podido explicarse mejor la tensión que existe entre la soberanía colectiva, que debería permitir a los países democráticos y demócratas actuar como desearan en el ámbito internacional, y el respeto al derecho internacional, que también aparece en la prensa como una exigencia para las democracias. En definitiva, se trata de un enfrentamiento paralelo a aquel entre la dimensión liberal (poder sometido a la ley) y aquella otra derivada del valor autonomía (a veces considerada como la *propiamente* democrática) de la idea de democracia.

En cuanto a la dimensión histórica, se llama “la democracia” al sistema político y al periodo histórico caracterizado por dicho sistema. La idea de democracia en ocasiones se carga fuertemente de la experiencia española y de su sistema político, estableciéndose un vínculo emocional fuerte hacia estos elementos. Además, “la democracia” (sistema y periodo) se opone a la Dictadura. Esta carga de experiencia se hace especialmente patente cuando resulta imposible distinguir si se está hablando de la democracia como sistema y periodo o como valor. En esta vinculación emocional juega además un lugar clave la Transición, que aparece como “ejemplar” en el discurso cultural. Tanto es así que legitimaría a España para dar consejos a las primaveras árabes. Esto, sin embargo, contrasta con las omisiones, especialmente en el ámbito internacional, de varias de las

lecciones que la Transición española habría provisto, lo que sugiere la posibilidad de que esa experiencia fundacional funcione más como un cliché vaciado de la experiencia concreta vivida que como fuente de reflexión y aprendizaje sobre la democracia.

Vinculado a la idea de democracia como orden o sistema —es decir, desde el discurso cultural— aparece la idea del consenso de la Transición, que se reivindica a la vez como origen, fundamento y funcionamiento correcto de la democracia. La Transición se añora y se opone al comportamiento divisivo de los políticos. Aquel consenso, que sin embargo nunca ocurrió como acuerdo de todos sobre todo, habría acabado con un pasado en el que los españoles trataban (y, durante 39 años, unos consiguieron) imponerse por la fuerza sobre los otros. Por esta vía, el consenso llega a ocupar posiciones centrales en la idea cultural de democracia en España. Ese pasado, no obstante, para dicho discurso cultural debía quedar fuera del debate político y toda medida sobre el mismo debía someterse al consenso, lo que habría facilitado la supervivencia de no pocos elementos considerados franquistas y, por tanto, antidemocráticos. Nos encontramos por ello críticas al contenido de aquel consenso y su incapacidad para traer una democracia “completa”. Unas críticas, eso sí, en principio no contra el consenso como mecanismo decisorio en sí, sino contra su contenido, lo que contrasta con las quejas que sí aparecieron en el apogeo de la política consensual. En línea con estas críticas al relato de la Transición se enmarcan los usos contextualizadores minoritarios mencionados cuya característica distintiva consiste en que recuerdan a la II República como precedente democrático.

Esta insistencia en el consenso, además, oculta la lucha o movilización popular durante la Transición, que sin embargo cumple una función legitimadora importante para el sistema. Aunque esta lucha no está presente en los pasajes claves del discurso cultural, reaparece cuando se cuestiona el sistema, a modo de mecanismo de seguridad. Así, el trabajo de los ciudadanos por la democracia durante la Transición, que sí es bien valorada en las encuestas, está ausente en dichos discursos culturales, pero hace acto de presencia para defender a “la democracia” frente al movimiento 15M (que también reivindica a aquellos demócratas). Aparece por tanto como parte de una reformulación ideológica conservadora. Aquí deben mencionarse, eso sí, los esfuerzos de la historiografía consultada para avanzar hacia el reconocimiento del impulso ciudadano.

Lo más llamativo con respecto al consenso, no obstante, ha sido encontrar también esta noción en el centro de la idea de democracia del 15M. Sin embargo, en este

movimiento el consenso no es nostalgia, sino método de decisión presente cargado de optimismo. Juega así un papel clave en la carga de expectativas de la idea de democracia del 15M, pues ofrece la promesa de un futuro de reconciliación en torno al sentido común, alcanzable con la suficiente voluntad mediante la acción política. De este modo, mientras la democracia entendida como el consenso de la Transición se refiere al orden presente, en el 15M “democracia” nombra un orden por venir que, además, para algunos estaría ya concretado en la propia organización del movimiento.

Este énfasis tan extendido en el consenso ha llevado aquí a reflexionar sobre su origen y sobre las tensiones que aparecen entre dicho consenso y otras dimensiones de la idea de democracia en el apartado 5.2.6. Para empezar, se ha argumentado que el énfasis en el consenso puede vincularse a una dimensión anarquista de la democracia, que se deriva axiológicamente del principio de autonomía individual. Esta dimensión anarquista, sin embargo, entra en contradicción con la conveniencia de un Estado, necesario para salvaguardar esa misma autonomía, y tiende a reducir la voluntad a una cuestión de gusto y deseo, deshojada de la capacidad humana para decidir racionalmente; por ejemplo, para decidir la conveniencia de someterse a la voluntad de la mayoría. La prensa ha ofrecido diversos ejemplos en los que la idea del consenso se utilizó con fines poco respetuosos con el valor autonomía, confirmando los peligros que la teoría le atribuye. Esto ha llevado a reflexionar sobre la posibilidad de que el consenso entre en contradicción con otros valores democráticos; en particular, con la igualdad y el pluralismo; pero, también, con la autonomía misma, ahora entendida como capacidad para lograr que se desarrollen los proyectos colectivos deseados por los miembros de una mayoría sin que una minoría pueda bloquearlo.

Pero esta idea de consenso, se ha insistido, no puede ser expulsada de la idea de democracia sin desnaturalizarla. Por un lado, porque cierto grado de homogeneidad es necesario para que el conflicto mismo tenga sentido y para que la regla de la mayoría sea funcional y, por tanto, deseable. Pero, además, por su conexión con el valor autonomía, pues este valor (tal y como plantean las teoría deliberativas de la democracia), reclama que se ofrezcan razones destinadas a buscar un acuerdo como condición de legitimidad de la coacción propia de las decisiones “políticas” (en el sentido vertical). Por todo ello, en contraste con la posición de Chantal Mouffe, se ha afirmado la importancia de un imposible horizonte de consenso como condición de respeto a la autonomía. Esto,

concediéndole a Mouffe que, de que concebir el consenso como un imperativo para el presente, libre de tensiones con otros valores, se convierte en un peligro para la misma democracia. Tampoco conviene olvidar, sin embargo, que un exceso de pluralismo y conflicto también puede resultar peligroso, especialmente cuando dicho conflicto se organiza en torno a fracturas convergentes.

En todo caso, y en línea con las nociones de democracia asentadas en la idea de conflicto, se ha argumentado que la regla de la mayoría no puede reducirse simplemente a una “segunda mejor opción”, pues resulta la única manera de garantizar que el conflicto de intereses y entre diversos sistemas de valores se puedan manifestar y de que las mayorías puedan desarrollar sus proyectos políticos, la forma en que quieren desarrollar su auto-nomía, sin que una minoría pueda bloquearlo. La exigencia de unanimidad, además, colisiona con el pluralismo (al que conduce la misma autonomía): el derecho a disentir. Esto es, al conflicto político, que alimenta a las democracias contemporáneas. Un pluralismo que, como insistiera John Stuart Mill, conforma el contexto necesario para poder elegir en libertad. En definitiva, dado que en política las decisiones no pueden dilatarse eternamente y que, en todo caso, la no decisión también es una decisión, el principio de mayoría aparece como condición de la autonomía política, que exige a la vez la unanimidad y este principio de mayoría.

c. El orden intelectual de la idea de democracia en el ámbito histórico y geográfico

Todas estas contradicciones en el interior de la idea de democracia contrastan con la general ausencia de menciones al respecto en la prensa. Por tanto, nos encontramos con una concepción de la democracia que en principio se antoja “metafísica”, en tanto que insensible a las aporías de su propio discurso. Bien sería posible, eso sí, que los diversos autores sí perciban estas contradicciones, pero que los ocultasen, subordinando así a la idea al éxito de diversos usos persuasivos.

Como excepciones relevantes, hemos visto que Obama planteaba el límite a la acción democratizadora en el respeto al derecho internacional, aunque se sugiere más como un límite claro e insalvable (pese a lo que sus acciones en Libia sugieren) que como una colisión agónica entre valores. Sí aparece al hilo de las revoluciones árabes alguna señal de debate sobre la pluralidad de democracias posibles, sobre el problema para establecer

unos mínimos para identificar como democracia realidades muy distintas, así como la pregunta sobre qué democracia promocionar. Pero este pluralismo con respecto a la posibilidad de diversos modelos de democracia, aun consciente de la diversidad de dimensiones que componen a la idea de democracia, no parece asumir que tales dimensiones puedan resultar en demandas normativas contradictorias. Consecuentemente, no se plantea que tales democracias pudieran ser suficientemente democráticas en algunos aspectos como el autogobierno y muy poco democráticas otros, como en la garantía de derechos liberales. Eso sí, desde la perspectiva postestructuralista se ha señalado que estas dos dimensiones, aun siendo distintas, no pueden aislarse completamente entre sí, ni causal ni conceptualmente.

Con respecto a la cuestión del gradualismo, éste quedaba fuera del foco con respecto a las “dictaduras árabes”, todas totalmente “autoritarias”. No se planteaba la posibilidad de que las distintas revoluciones culminaran en mayores grados de libertad, distintos según los países. Ocasionalmente, se mencionaba que la primavera árabe reflejaba un deseo de “más democracia” (EP19505), desde un gradualismo que facilitaba la comparación con el 15M sin cuestionar la diferencia entre la democracia española y las dictaduras árabes. También se hablaba de “reformas” y “transiciones”, e incluso se planteó que en Occidente la democracia “no llegó de una” (EP20513). Sin embargo, en general estaba claro el “qué” se quería: pasar de la dictadura a la democracia (ese lugar ya conquistado por Occidente), con un reducido énfasis en el “cómo”, más allá de la confianza en la protesta pública y en el dinero de los Estado Unidos.

Las diferencias entre los diversos países desaparecen bajo grandes generalizaciones, lo que resulta entendible dada la cantidad de informaciones diversas de aquellos días y el desconocimiento general sobre las particularidades de los diversos países implicados. Cuestión distinta es lo que encontramos en la reacción ideológica conservadora contra quienes comparaban al 15M con la primavera árabe, pues esta posición requería para plantearse en toda su radicalidad la ocultación de la variedad de dimensiones de la democracia. Se evita así plantear, como había hecho González Pons tan solo unos meses antes, que pudiera aprenderse algo “aquí” de aquellas movilizaciones de “allí”, aunque el aprendizaje se limitara a admirar su capacidad de participación política y de sacrificio para aumentar su libertad frente a nuestro adocenado ánimo.

Al respecto de la posibilidad de alcanzar una democracia plena o completa, ha sido llamativa la crítica al relato de la Transición como “modelo perfecto y un reino de procesos concluidos”, en palabras de García Montero; es decir, la crítica por caer en la celada realista (por considerar que la idea de democracia es sencilla y su implementación se reduce al sistema político en que ya vivimos, que se esencializa). Pese a que este relato sobre la Transición se atribuya, entre otros, a Maravall y Santamaría, en su trabajo se ha localizado una perspectiva gradualista; eso sí, combinada con la creencia en la posibilidad de una democracia “completa”.

Por su parte, los discursos críticos con la Transición también encumbran esa posibilidad de una democracia plena (completamente opuesta al completamente autoritario franquismo) al señalar cada una de las herencias franquistas como mácula que debería haber sido resuelta en una Transición *totalmente* rupturista. Las posiciones reformistas manifiestan este malestar con la incompletud de la democracia a través de la idea de “segundas Transiciones”, que parecerían de nuevo destinadas a soportar la losa normativa de proveer una solución total a los problemas democráticos. Por su parte, los usos ideológicos transformadores aprovechan la imposibilidad inherente de construir un mito de origen libre de aporías para destacar las limitaciones de la democracia, pero también, sin decirlo, para proponer mitos alternativos desde otras ideas de democracia que, sin embargo, o no se debaten abiertamente o se dan por consabidas. En este sentido, la intención hegemonizadora queda fuera de la vista, en una lucha que no reconoce explícitamente la legítima existencia de diversas concepciones de democracia.

Tanto el discurso nostálgico del consenso de la Transición como aquellos que siguen anhelando la ruptura simbólica tienden a evitar hacer y hablar de política; al menos, en lo que la política tiene de transformación de lo que hoy es imposible en posible mañana mediante acciones particulares. Ambos plantean su posición respecto a los que bloquean su hegemonía como un lamento indignado, sin dar lugar al diálogo o, en último término, a imaginar cómo sería una nueva Transición, o quién quedaría fuera de un potencial nuevo “consenso”. La evidente dislocación del discurso hegemónico en torno a su mito de origen, que abre la oportunidad para no cerrar el modelo democrático y mantener vivo el debate, se concibe sin embargo como una maldición bajo el generalizado anhelo de un cierre hegemónico total. Un anhelo de totalidad que se topa de frente con la paradoja que subyace a la fundación de todo régimen (la imposibilidad de todo acto inaugural), con la

paradoja del legislador (que requeriría que los efectos del nuevo sistema político estuvieran entre las causas para hacerlo funcionar correctamente) y con la consiguiente necesidad de recurrir a mitos; a fantasías con aspiraciones de hegemonía. De este modo, estos discursos amenazan con privarnos de la sensibilidad para lo concreto e inhiben la acumulación de experiencia. Una sensibilidad que sería imprescindible si se aspira a ejercer de nuevos padres fundadores sin que perezca el mundo, sea de nuestra democracia o de otras nuevas.

En este sentido, escasea también en la prensa el cálculo racional propio de una ética de la responsabilidad, frente a la insistencia en las obligaciones que recaen sobre las democracias; entre ellas, la promoción de la democracia. No aparecen en este sentido señales que indiquen conciencia de la irracionalidad moral del mundo, con la notoria excepción del registro académico, representado por Antonio Elorza. Además, en el ámbito nacional, tiende a silenciarse el papel del conflicto e incluso la violencia durante la Transición. En el ámbito internacional, por ello, puede hablarse de un “democratismo”, que entiende que con “voluntad” la democracia puede sobreponerse a todo y adaptarse a todo.

La mirada democratista de la prensa tampoco plantea la dificultad misma para conocer datos sobre los países a democratizar. Asimismo, aparecen en general velados los peligros para las vidas humanas y para los propios procesos democratizadores de intervenciones externas abiertas y se condena la toma en consideración de intereses propios como una violación de la obligación universalista que impone el valor democracia, sin considerar la posible tensión entre el interés de conservar las democracias existentes y la obligación moral (y conveniencia estratégica, silenciada) de aumentar su número. Además, la ausencia de nociones gradualistas de democracia amenaza con hacer susceptible de intervención o “promoción” de la democracia a cualquier país que no sea una democracia “completa”, lo que resulta un problema dado el carácter contingente, sometido a la lógica de la hegemonía, del contenido de tal completud. Baste añadir que desgastar principio de no intervención supone un riesgo para las democracias en general, especialmente en un hipotético futuro en que hayan perdido su hegemonía militar.

Para comprender esta ocultación de los dilemas que supone la intervención en favor de la democracia hay que tener muy en cuenta, en todo caso, el papel que la democracia como valor legitimador cumple en nuestros sistemas. Apoyar a otros países en sus avances

hacia la democracia refuerza la idea de que nuestros países ya lo son: no sólo porque hacemos lo que una democracia debe hacer, sino porque, además, pone ante nuestras opiniones públicas, diariamente, la diferencia entre nuestras libertades y sus servidumbres. Y al revés: considerar los dilemas morales que implica la promoción de la democracia puede volverse hacia el interior en forma de duda sobre la validez o el grado de implementación de los propios valores democráticos en nuestras sociedades.

En definitiva, una pasividad manifiesta en medio de toda una ola democratizadora bien podría haber alimentado un cuestionamiento de la propia democraticidad. No resultaría incomprensible tampoco que, ante la imagen de (partes de) aquellas sociedades reclamando vital y espontáneamente mayor democracia, el contraste entre su ímpetu democratista y nuestra desafecta cultura política nos hubiese llevado a mirarnos en el espejo con cierto complejo, despertando el deseo de la lucha por la democracia. “«[...N]os ha inspirado profundamente»”, decía Michael J. Sandel (M23515). La cuestión, sin embargo, sería si alguien estaba dispuesto a pensar en qué medios eran necesarios para llevar a buen puerto un ánimo tan inspirado.

Capítulo 6

La idea de democracia en la lucha partidista y frente a la violencia

En este capítulo presentaré, en primer lugar, las acusaciones partidistas que se lanzan, fundamentalmente, contra el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) por comportamientos, actitudes o naturalezas, según el caso, poco demócratas o democráticos. Este recorrido permitirá mostrar la puesta en juego de las distintas dimensiones de democracia para la defensa de posiciones políticas, parándome especialmente en las acusaciones que giran en torno a la xenofobia (6.1.1), el extremismo y la descalificación del contrario como antidemócrata (6.1.2), la libertad de las elecciones (6.1.3) o el Estado de derecho (6.1.5). En cada subapartado, indicaré en qué experiencias y dimensiones de la idea de democracia se basan estas acusaciones y defensas cruzadas. Además, se hará mención de una destacada ausencia en estas acusaciones: la dimensión social o económica de la democracia (6.1.4). A continuación, me detendré a considerar las diferentes concepciones de la democracia a lo largo del espectro ideológico (6.1.6). Todo ello permitirá mostrar cómo se utiliza la idea de democracia en el debate político, tratando de comprobar si efectivamente encontramos ese “vaciamiento” que se le atribuye tantas veces (1.4.9c). En el apartado de reflexiones (6.1.7), presentaré algunas consideraciones sobre la relación entre interés general e interés particular, continuando así la preocupación por el papel del conflicto y el consenso en la democracia. Siguiendo este hilo, plantearé las consecuencias y el sentido que puede tener el recurso a la descalificación como antidemócrata en el debate político. Finalmente, retomaré la cuestión de la sorprendente ausencia de la dimensión económica de la democracia en el debate público.

Una de las cuestiones que motivan las descalificaciones entre los partidos políticos como antidemócratas giraba en torno a la no ilegalización de Bildu por el Tribunal Constitucional. De esta forma, aparece una nueva frontera que diferencia a los demócratas de sus enemigos, caracterizados por hacer uso de la violencia (6.2). La frontera entre los demócratas y los violentos etarras había entrado en crisis ante un hecho profundamente dislocatorio: la incorporación de Bildu al ámbito de lo democráticamente avalado (6.2.1).

Esto abarcaba tres debates distintos que la prensa no siempre diferenciaba, pero que aquí se separarán con intención analítica: el debate sobre los hechos (las intenciones de Bildu) (6.2.2); el debate jurídico (6.2.3); el debate político, o sobre la conveniencia de permitir la concurrencia de Bildu en las elecciones (6.2.4). Por otro lado, las acciones violentas de las democracias en el ámbito internacional servían como fuente de críticas hacia las democracias en tanto que tales, como se mostrará en el apartado 6.2.5. Sin embargo, pese a estas convicciones pacifistas de los demócratas, la democracia aparece frecuentemente rodeada de una serie de expresiones belicistas, constituyendo esto una aporía que merece atención (6.2.6). Para terminar, en el subapartado de reflexiones (6.2.7) se plantearán algunas ideas sobre esta relación entre violencia, conflicto político y democracia, además de sobre otras cuestiones relevantes al hilo de las críticas a Bildu, como son “el derecho a decidir” y la idea de una “democracia militante”, pese a que en la prensa éstas aparecieran silenciadas.

6.1 LA DEMOCRACIA COMO RECURSO DESCALIFICADOR EN EL ENFRENTAMIENTO ENTRE LOS DOS GRANDES PARTIDOS

La idea de democracia delimita una nueva línea de división o frontera cuando se utiliza para la descalificación del partido ideológicamente contrario por sus comportamientos o creencias poco democráticos –cuando no abiertamente antidemocráticos–. En aquel contexto de campaña electoral, 53 artículos dedicaron líneas bien a verter, a citar, o bien a responder acusaciones contra el Partido Popular o contra el Partido Socialista Obrero Español a cuenta de su democraticidad haciendo uso explícito del lexema *democr.* El PP recibe la atención de 31 artículos por acusaciones de antidemócrata, mientras que las críticas al PSOE aparecen en 21 artículos. *Público* es el diario más propenso a reflejar este enfoque (22 artículos), especialmente para atacar al PP (15 de ellos). Por su parte, *El País* hace caso omiso a las acusaciones contra el PSOE, ni siquiera para citarlas o defenderlo, dedicando sólo 6 artículos a las críticas contra el PP. *El Mundo* y *ABC* arrojan cifras idénticas y, además, dedican una atención similar a las críticas contra ambos partidos, con una ligera predominancia de aquéllas dirigidas contra el PSOE (5 artículos sobre los ataques contra el PP, 7 sobre aquellos contra el PSOE). Lo

más interesante, sin embargo, es el tratamiento ideológico de estas descalificaciones y cómo se movilizan en cada caso las diversas dimensiones de la idea de democracia.

6.1.1 Democracia frente a la xenofobia: derechos humanos e inclusión

La primera razón que aparece para calificar al PP de antidemocrático son las siguientes declaraciones de Pau Fernández, candidato del PP por Tortosa (según las recoge *El País*): “Muchos inmigrantes, cuando llegan aquí, están infectados con tuberculosis, sarampión o enfermedades que en España han sido erradicadas y tenemos que seguir un control para no incrementar el coste sanitario que puedan suponer después”. Declaraciones que habrían sido respaldadas por el cabeza de lista popular para el ayuntamiento de Barcelona, Alberto Fernández Díaz, así como por la presidenta del Partido en Cataluña, Alicia Sánchez Camacho (EP145F)¹. Sin embargo, Fernández Díaz se convirtió en el objeto predilecto de réplica.

El diario *El País* recoge las declaraciones del presidente del gobierno sobre esta cuestión, en principio de forma personalizada hacia Fernández Díaz, aunque finalmente aludiendo implícitamente a la falta de democraticidad del Partido Popular mediante el ensalzamiento del PSOE: “«el respeto a los inmigrantes es lo que hace a un país más libre, más moderno, más democrático»” –decía el presidente– y “el PSOE es el partido que siempre mira hacia los inmigrantes” (EP14503).

Al día siguiente, *Público* contextualizaba el suceso como parte de la estrategia en Cataluña del PP para competir electoralmente con otras “derechas” (se sobreentiende por el contexto que contra el partido Plataforma per Catalunya), a la vez que explica la inexistencia en España de partidos de derecha populista anti-inmigración que sí existen “en casi toda la UE”. El motivo, en su opinión, sería que, en España, “según el CIS, el 90% de los electores de extrema derecha vota al PP”. No se extrae de aquí la conclusión de que la estrategia electoral en Cataluña del Partido Popular precisamente podría ayudar a evitar el avance de partidos extremistas como Plataforma per Catalunya –con el alto coste, eso sí, de dar difusión a sus posiciones y espacio a sus líderes en el principal partido

¹ Disponible en el siguiente enlace:

https://elpais.com/diario/2011/05/14/espana/1305324030_850215.html (Última consulta: julio de 2018).

de la derecha del país—². El periodista recuerda otras declaraciones y acciones anteriores en la misma línea xenófoba³, y recoge las declaraciones de Joan Herrera, líder de ICV, que reclamaba “«aislar a este PP»”: “«Este discurso de extrema derecha es el primer virus que tiene nuestra democracia»”⁴ (P15501; nótese la metáfora sanitaria y su efecto esencializador).

Las intervenciones de Rodríguez Zapatero al respecto se endurecieron, según recogía *Público* el día 16:

«Sólo les ha faltado decir de los inmigrantes que apestan. Es indignante en un partido democrático», clamó antes de concluir que, ni en la cabeza ni en el corazón del PP, hay «ninguna consideración humanitaria y respeto a los derechos humanos». Por el contrario, según destacó, el PSOE «defiende la dignidad de todos los ciudadanos» (P16502).

La fórmula es de nuevo indirecta: se califica al PP de “partido democrático” precisamente para criticar sus acciones antidemocráticas (contra los “derechos humanos”), lo que resulta “indignante”. Por esto y por la oposición del PP a otros “derechos”, como la eutanasia, decía Rodríguez Zapatero que “«las derechas entienden poco de derechos»” (P15502). “[N]i en la cabeza ni en el corazón del PP, hay «ninguna consideración humanitaria y respeto a los derechos humanos»”, insistía (P16504). Si entendemos que estos derechos, como así parece, forman parte importante de su concepción de democracia, tendremos que concluir que, indirectamente, se está de nuevo tachando al PP por su falta de democraticidad.

Considerablemente menos sutil fue Alfredo Pérez Rubalcaba, entonces vicepresidente y ministro del interior, que describió las declaraciones de Alberto

² Desde el presente, Plataforma per Catalunya aparece como un fracaso político inevitable. Sin embargo, téngase en cuenta que un artículo académico de 2011 en la *Revista de Estudios Políticos* sobre este partido político acababa con estas palabras: “Plataforma per Catalunya ha dejado de ser un fenómeno meramente local para convertirse en un actor político relevante a escala autonómica y con capacidad de incidir, aunque de forma indirecta, a escala estatal” (Hernández-Carr, 2011: 71). Era por tanto razonable temer su avance.

³ En particular, se menciona el lanzamiento de las Nuevas Generaciones durante una anterior campaña de un videojuego en el que Alicia Camacho lanzaba bombillas (símbolo de ideas) a inmigrantes o a independentistas. La estrategia se repetiría cuatro años después con eslóganes como “Limpiando Badalona” o el reparto de octavillas afirmando que “El Raval no puede convertirse en un gueto islámico”. Véase https://elpais.com/ccaa/2015/05/14/catalunya/1431621901_690712.html (Última consulta: diciembre de 2017).

⁴ Mi énfasis.

Fernández como una “«canallada repugnantemente xenófoba»” de la que responsabilizó a Mariano Rajoy, que haría “«el juego del policía bueno y el malo. Manda, consiente, calla, luego otorga. Pretende hacernos creer que su mano derecha no sabe lo que hace su otra mano, la que está mucho más a la derecha»” (ABC18512). Por esta y otras cuestiones que iremos desgranando, entendía el vicepresidente que el PP “«ha traspasado los límites de la democracia para quien quiera jugar en este juego»”⁵ (M18512). En esta línea, tanto Pérez Rubalcaba como Rodríguez Zapatero habrían afirmado que “el PP actuará sin límites si alcanza el poder”⁶. Es decir: fuera del Estado de derecho, identificado con la democracia. Así, Rubalcaba “intentaba [...] desmontar el intento del PP de «dar gato por liebre» presentándose como una opción de centro” (P18509).

Se intuye de estas citas que la intervención calificada como xenófoba no se considera en ningún momento como un argumento a responder con otros argumentos; se trata únicamente como un posicionamiento moralmente reprochable por principios (democráticos) y como reflejo de una apuesta estratégica del Partido Popular para lograr votos. Queda así descartado todo debate sobre la política migratoria (lo que puede que fuera conveniente política y/o moralmente, cuestión que queda al juicio del lector).

Curiosamente, la posición contraria a la inclusión de los inmigrantes, representada por Josep Anglada, también recurría a la idea de democracia para justificar sus fines. En este caso, la estrategia consiste en maximizar la dimensión populista de la idea para pedir respeto a sus opiniones y en reclamar el (democrático, puede sobrentenderse) cumplimiento de la ley:

su líder pidió respeto porque «estamos en un país democrático» y porque «el pueblo no se suele equivocar con sus decisiones». En este sentido, aseguró que en materia de inmigración «se debería seguir un modelo valiente, aquí no cabemos todos, Cataluña no se puede permitir el lujo de empadronar a los inmigrantes ilegales, debería cumplirse a rajatabla la Ley de Extranjería» (M24514).

En definitiva, la línea de ataque al PP por xenófobo que se ha descrito pone en marcha al menos tres dimensiones de la idea de democracia (además de alguna crítica por plegarse

⁵ Véase el apartado 5.2.3 para un análisis de esta metáfora.

⁶ Recuérdese que era Aznar quien, tan sólo unos días antes, definía la democracia como “límite al poder”.

al interés particular ignorando el general). Por un lado, los derechos humanos, que aparecen como adyacentes, cuando no como centrales, en la idea de democracia. Puesto que los derechos humanos son universales, se demanda reducir la diferencia jurídica entre ciudadanos y extranjeros, cuando no su total inclusión. En este sentido, se reclama el respeto a la dignidad de los migrantes: hacer justicia a la dignidad intrínseca de todo ser humano implicaría no señalar y estereotipar a este colectivo (de por sí en riesgo de exclusión) como fuente de problemas, sino actuar en favor de su igualdad.

En segundo lugar, sin que se haga explícito, el principio de inclusión. La palabra democracia ha estado históricamente asociada con la extensión de la ciudadanía: lo está, al menos, desde que Clístenes recurriera en la Atenas clásica a una ampliación del demos para afianzar el nuevo régimen (Benítez, 2005: 44). Sin embargo, los atenienses fueron generalmente muy restrictivos con la extensión de ciudadanía a extranjeros, incluso si habían nacido en suelo ateniense. A esto hay que sumar la consabida exclusión de mujeres y esclavos, pero también de aquellos hijos nacidos fuera del matrimonio, siendo los ciudadanos la minoría de la población (Hansen, [1984] 1991: 34, 94–96). El concepto contemporáneo de democracia no permite tales exclusiones, lo que puede entenderse como una herencia de la lucha frente a los regímenes censitarios que unió a todos los “demócratas” durante la primera mitad del siglo XIX (muy diversos por lo demás, incluyéndose bajo la rúbrica desde los liberales avanzados a los socialistas) (Canfora, 2004: 86). También debe recordarse a este respecto la lucha y los éxitos de las sufragistas. El asentamiento de esta creencia en la virtud de la irrestricta expansión de la ciudadanía se manifiesta habitualmente mediante reapariciones en la agenda pública de problemas como la reducción de la edad para votar⁷ o el derecho al voto de las personas con discapacidad⁸.

En tercer lugar, vemos que las acusaciones al PP como poco democrático al hilo del comentario xenófobo lleva a acusarles de “extrema derecha”, entendiendo que los extremos ideológicos no pueden ser democráticos. Esta acusación de extremismo como rasgo antidemocrático no sólo aparece vinculada a la xenofobia, sino que se repite en

⁷ Que se debatió en el Congreso de los diputados en 2014:

<http://www.20minutos.es/noticia/2723390/0/congreso-diputados/debate-ley-electoral/bajar-edad-voto/> (Última consulta: mayo de 2019).

⁸ La propuesta se presentó en el Congreso de los Diputados en febrero de 2017:

http://cadenaser.com/ser/2017/02/07/politica/1486471275_220079.html (Última consulta: mayo de 2019).

multitud de contextos. Por ello, merece la pena detenerse en este aspecto en un nuevo subapartado.

6.1.2 El extremismo y la descalificación del adversario como indicadores de antidemocratismo

Las declaraciones de Fernández Díaz para Rodríguez Zapatero eran “propias [...] de los ultraderechistas que se autodenominan Auténticos Filandeses” (P15502) y, en tanto que “ultras”, antidemocráticas. Ambos partidos, sin embargo, jugaron durante la campaña a radicalizar la imagen del adversario, como resulta racional para el ámbito electoral cuando el escenario hace imprescindible para la victoria lograr el apoyo de los votantes de centro.

Las acusaciones al PP por incorporar a la extrema derecha española, cuando no de serlo, no provienen sólo del entorno socialista, sino también de más a la izquierda. En unas declaraciones ya citadas en el anterior capítulo, Juan Carlos Monedero afirmaba que, si la Transición fue modélica, “no entiendo por qué mi democracia es tan débil, por qué somos el único país con una extrema derecha parlamentaria. No entiendo cómo está en el PP con fuerza para arrastrarle a tomar decisiones que en el resto de Europa están en un partido aparte” (P22510). Aparece así el discurso que vincula al Partido Popular y el franquismo, el opuesto absoluto de “la democracia”. Ello abre la vía a tachar todo lo relacionado con el franquismo como antidemocrático, incluso si la única conexión se trata de la situación en el espectro ideológico. A esto debe sumarse la genealogía del Partido Popular, que se convierte reiteradamente en motivo de escarnio en el debate político, así como el amplio espectro de la derecha que entonces aunaba. Cayo Lara, en este sentido, decía que “«Los que hace 75 años, aquí en Sevilla, se encomendaban a Queipo de Llano –el teniente general que encabezó el golpe de Estado de Franco en Sevilla en 1936–, hoy se encomiendan a la gaviota [el símbolo del PP]. Esta vez no pasarán a la Alcaldía de Sevilla»” (M18513)⁹.

En la prensa encontramos encendidas defensas frente a tales acusaciones. Varios artículos de opinión en *ABC* y en *El Mundo* reaccionaron mostrando su oposición frente a miembros del Gobierno “que en la campaña se han limitado a descalificar a la derecha

⁹ Acotación del texto original.

queriendo situarla en el límite, en la ultratumba de la democracia” (M21521). Pasada la campaña, un artículo de Edurne Uriarte (ABC24507) insistía en que “Zapatero ha fomentado de forma reiterada el mensaje de que el PP representa la involución, el autoritarismo o el elitismo, además de la responsabilidad por el pasado de la dictadura franquista”. En un artículo anterior, Uriarte había recordado estas “palabras de Cebrián hace diez años: «Son la derecha de siempre, la que colaboró con la dictadura porque la engendró, pero, encima, legitimada democráticamente. De algún modo, es como si Franco se hubiera presentado a las elecciones y las hubiera ganado»” (ABC17505)¹⁰. La Catedrática de Ciencia Política además entendía que el PP durante la campaña ha aceptado como límite fáctico este prejuicio, tratando de diluir “la marca, la derecha, y reconvertirla en centro, centrados en ti” mientras desde PSOE e Izquierda Unida se reivindicaba a “la izquierda” sin complejos (ABC24504).

El uso de esta estrategia hace saltar la primera acusación que vemos contra el PSOE por antidemocrático, pues: “¿Cabe un grito menos democrático en una campaña electoral? La descalificación del adversario por su ideología —si es que aquí cabe hablar de ideologías—, y más si se genera con engañosos supuestos y ejemplos torticeros, descalifica el sentido democrático de quien lo intenta” (ABC18504). La falta de respeto al adversario y la mentira son aquí la causa de la acusación por falta de democratismo. Victoria Prego abundaba en este sentido, añadiendo otros comportamientos del PSOE a su parecer poco democráticos, principalmente conectados con la idea de consenso. Así, afeó a Rodríguez Zapatero no haber criticado:

la firma en Barcelona del ominoso y antidemocrático Pacto del Tinell, que comprometía a los firmantes a no pactar jamás nada en ningún nivel con el PP. Quiso expulsar a la derecha del espacio político de la decencia y la ética, como unapestado de la democracia, y jamás se opuso a que las discrepancias formuladas desde el centro político fueran tachadas de ultraderechistas y se llegara incluso a hablar de «cordón sanitario» contra los ciudadanos que

¹⁰ La frase está recogida en el libro de Felipe González y Juan Luis Cebrián *El futuro no es lo que era* (2002). En la siguiente entrevista, publicada en 2017 en *El Mundo*, Cebrián es preguntado por tal afirmación y la hace suya: <http://www.elmundo.es/television/2017/02/20/58aa31cdca4741163a8b45d7.html> (Última consulta: mayo de 2018).

ocupaban y ocupan ese espacio ideológico. Eso produjo otra profunda y dañina división en el país” (M24505)¹¹.

Desde estas posiciones que censuraban la descalificación como “no democrático” del Partido Popular se califica sistemáticamente al PSOE de extremista e, indirecta o directamente, de antidemocrático. Como se está viendo, Victoria Prego ofrece un buen ejemplo de acusación implícita: así, la periodista considera que Rodríguez Zapatero (nótese la insistente personalización en su figura, ocultando su carácter representativo) trató de “sacar adelante, con una carga ideológica de barricada, una Ley de Memoria Histórica, luego suavizada por la vicepresidenta De la Vega, que tuvo la virtualidad de enfrentar a unos españoles contra otros y de volver a levantar las trincheras emocionales de cuando la Guerra Civil”, despreciando “el esfuerzo de concordia que supuso la Transición política”. Además, “rompió el consenso básico sobre la estructura territorial de España”, “desdeñó [...] los acuerdos con el PP en política antiterrorista y, una vez más, siguió adelante con un proceso de negociación que volvió a dividir al país y a enfrentar muy gravemente a sus ciudadanos” (M24505)¹². El extremismo, dado que rompe los consensos y genera enfrentamiento, es antidemocrático.

Por su parte, Uriarte señala que “[n]adie pretende asociar hoy al PSOE con una representación del marxismo, de la revolución socialista o del anticapitalismo ni con la responsabilidad en un pasado de dictaduras comunistas”. Una frase así bien puede interpretarse, siguiendo la fórmula “no pienses en un elefante” (Lakoff, 2007), como que Uriarte efectivamente hacía lo que decía no hacer: al mencionarlas, recuerda las vinculaciones del PSOE con dicho pasado¹³. En todo caso, unos días antes, sirviéndose de su condición de experta en Ciencia Política, ya había calificado explícitamente al Partido Socialista de extremista:

hay bastantes más argumentos a favor de izquierda extrema en el socialismo que a favor de la derecha extrema en el PP. Comenzando por los pactos con IU o ERC, la extrema izquierda, allí donde puede. Pasando por la

¹¹ Los subrayados son míos y tienen el propósito de señalar los argumentos que permiten deducir una acusación implícita por antidemocrático.

¹² Ídem.

¹³ Me estoy refiriendo al libro que Lakoff (2007) publicó con dicho nombre y al potencial de expresiones del tipo “no voy a decir esto” como fórmula para guiar el pensamiento del lector precisamente hacia esa idea.

reivindicación del mensaje de la izquierda extremista de la República. Y terminando con la negociación con ETA y la presión para la legalización de su brazo político. En términos de manual de Ciencia Política, a todo eso se le llama coqueteo, simpatía y cercanía a la extrema izquierda. La izquierda extrema, la izquierda más izquierdista de Europa, la izquierda de la izquierda, es una realidad en España. Y gobierna (ABC17505).

Algunos ejemplos más ayudan a delinear el tono y sentido de estas acusaciones contra el PSOE por extremista. Por ejemplo, Aznar comparó durante el día catorce a Rodríguez Zapatero con líderes desde su perspectiva tan poco demócratas como Fidel Castro o Hugo Chávez, precisamente por “tachar de bellacos a «la inmensa mayoría de los españoles»” (en referencia al ataque del presidente “contra todo aquél que diga que durante su etapa de Gobierno se han hecho recortes sociales”) (EP155F)¹⁴. Y el académico de la historia Luis Alberto de Cuenca, en la presentación de un libro sobre la democracia, “recordó que las amenazas a la democracia (hic et nunc) proceden de los separatismos periféricos, de la ocasional tolerancia con el terrorismo y del afán de prohibir de los gobernantes socialistas” (M19523). Se plantea así el peligro del socialismo para una democracia liberal, atribuyendo al PSOE una posición extremista dentro de dicha ideología.

Mientras desde los medios cercanos al Partido Popular se trataba de empujar la imagen del Partido Socialista hacia la extrema izquierda, Izquierda Unida intentaba hacer lo propio en dirección contraria. Para ello, recurrió a una falacia de las malas compañías: “Lara rebatió la «campana del miedo» de Zapatero. «¿Cómo puede decir, sin ruborizarse, que viene la derecha de la derecha, después de tantos años pactando con el PP en el Congreso?»” (M15503). Encontramos aquí, por segunda vez, un reproche por pactar (arriba, con ERC; ahora, con el PP). Es decir: una nueva contradicción con respecto a la demanda general de “consenso”, pues precisamente lo que se reclama es la exclusión de un partido.

Por otro lado, aparece una línea de ataque contra los votantes del PP por malos demócratas que también puede entenderse como una acusación de extremismo; o, más precisamente, de fundamentalismo. Me refiero a la acusación de ser menos reflexivos a la hora de emitir su voto y, en concreto, de castigar en menor medida la corrupción. En otras

¹⁴ Disponible en: https://elpais.com/diario/2011/05/15/espana/1305410410_850215.html. (Última consulta: junio de 2019).

palabras, se les acusa de contribuir menos a ejercer la rendición de cuentas vertical retrospectiva. En este sentido serían fundamentalistas, pues defenderían de forma radical a su partido independientemente de sus acciones. El lector familiarizado con el contexto español reconocerá este ataque tan común que, aunque no se presenta explícitamente vinculado a su carácter antidemocrático, sí aparece repetidamente. Por ejemplo, se encuentra en una viñeta reproducida bajo estas líneas¹⁵. Además, Cayo Lara criticó a aquellos votantes porque “«la corrupción no pasa factura, y no la ha pasado al PP»” (M24509). Se insiste además desde *El País* en que “A los votantes del PP no les influye [la corrupción], al parecer, según las encuestas, ya que castigan en valoración a Camps pero la marca PP mantiene su fortaleza” (EP15503).

Viñeta 2: El votante de derechas como fundamentalista



Fuente: El Roto. *El País*, 20 de mayo de 2011

Debe recordarse que la rendición de cuentas es un aspecto al que los españoles, según la *Encuesta Social Europea*, otorgan una especial importancia para la democracia, por encima de cualquier otro de los países encuestados (Hernández, 2016: 56). Este discurso debe conectarse además con otro aspecto que más tarde se comentará: el prejuicio contra el voto a la derecha por parte de los más pobres. La acusación se acerca a (cuando no llega

¹⁵Una de las formas de interpretar esta viñeta es contra todos los votantes españoles. Sin embargo, no puede despreciarse la asociación entre la bandera de España y la derecha. Además, la bandera está adornada con un toro, estando la tauromaquia de nuevo asociada con dicho polo ideológico. La vestimenta del personaje no sugiere, desde luego, una posición de extrema pobreza; pero tampoco de opulencia. Su gesto simplón, satisfecho, y su anatomía recia sí indican, sin embargo, una posición socioeconómica no privilegiada y, en particular, una baja capacidad para el juicio político, en correspondencia con la frase “yo no voto, ficho”.

a ser) un insulto a la inteligencia de esos votantes¹⁶, lo que no se puede desconectar de la creencia en un “interés objetivo” de los trabajadores que sólo los partidos de izquierdas protegerían.

A este respecto, los datos indican que, efectivamente, el Partido Popular logró durante una larga época unas tasas de fidelidad del voto notables, que se hicieron especialmente llamativas en las elecciones de 2011: mientras la tasa de fidelidad del PSOE bajó al 49% y la de IU/ICV al 52%, la del Partido Popular se mantenía en el 81%, (Medina y Muñoz, 2014: 85-86). Los datos y la estadística avalaban que, efectivamente, los votantes del PP (y especialmente quienes tenían menores competencias políticas) mostraban mayor tolerancia hacia la corrupción que los votantes de otros partidos (Anduiza et al., 2012). Entonces no se podía prever que este partido llegaría a perder más de seis millones y medio de votos entre las elecciones al Congreso de los Diputados de 2011 y las de 2019 (y esto, aún con una importante subida de la participación), lo que supone una bajada de casi 28 puntos porcentuales¹⁷. Con esta perspectiva, la acusación contra los votantes del PP por no saber retirar su apoyo cuando lo consideran oportuno no parece poder seguir manteniéndose.

Por último, otra acusación contra el PP por fundamentalista aparece en un tuit del PSOE de Madrid a cuenta de la estrecha relación entre dicho partido y la iglesia católica: “El 22-M se decide si se alimenta el integrismo religioso o la tolerancia democrática”. Y continúa relacionando al PP con la extrema derecha, estadounidense ahora, en un juego de palabras que remite a la manipulación televisiva y a las tertulias de canales como Intereconomía: hay que “plantarle cara a la derecha que es tan derecha que no es Tea Party sino TDT party”.

¹⁶ Además de “fundamentalistas”, en la prensa se recoge una acusación de “tontos” (ABC19507). Se trata de una cita a una frase pronunciada en un acto público, en 2008, por Pedro Castro, entonces alcalde de Getafe por el PSOE y presidente de la Federación Española de Municipios y Provincias: “¿por qué hay tanto tonto de los cojones que todavía vota a la derecha?”. Véanse las disculpas de Castro en el siguiente artículo http://www.abc.es/hemeroteca/historico-04-12-2008/abc/Madrid/pedro-castro-se-disculpa-y-reconoce-que-sus-palabras-fueron-desafortunadas_911702019623.html (Última consulta: mayo de 2018).

¹⁷ Datos para 2011 disponibles en la página del Ministerio del Interior, <http://www.infoelectoral.mir.es/infoelectoral/min/> (última consulta: mayo de 2019). Datos provisionales para 2019 disponibles en <https://www.resultados.eleccionesgenerales19.es/Congreso/Total-nacional/0/es> (Última consulta: mayo de 2019).

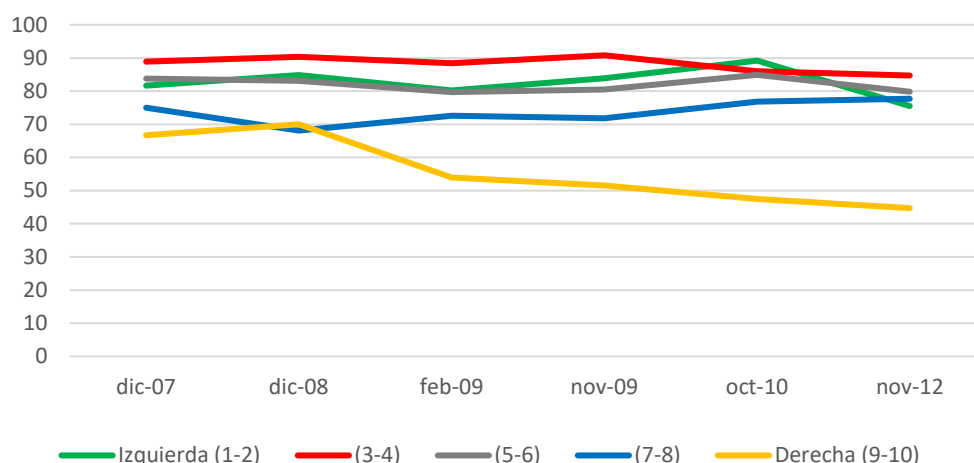
a. El extremismo y la democracia en las encuestas

Son varias las vías por las que puede producirse esta estrecha vinculación entre extremismo y antidemocracia. Para empezar, tras esta vinculación se intuye una concepción aristotélica de la democracia (de la *politeia*, en los términos del estagirita) como un régimen mixto que se compone, favorece y requiere de la medida, de lo medio (Aristóteles, [ca. 350 a.C.] 1998: 1293b y 1295a). Así mismo, debe repararse en la relación existente entre la idea de “centro” y de “consenso” (que, recordemos, conecta a su vez con el valor autonomía: resulta un argumento muy intuitivo que el centro será el punto en el que los diversos puedan ponerse de acuerdo. La conexión entre este argumento y la experiencia histórica que encierra la idea de democracia cultural en España es notable. En este sentido, el extremismo llevaría a la división, a la guerra civil: a la disolución de “la democracia” como sistema político. Este correlato histórico encuentra su equivalente internacional en la asociación del extremismo con los totalitarismos del siglo XX: con el comunista a un lado del espectro ideológico y con el nacionalsocialista, por otro. Consecuentemente, los extremos quedan asociados con saltarse los límites, tan preciados para las concepciones liberales de la democracia que demandan limitar a los poderes públicos y reprimir la intolerancia.

Sin embargo, frente a las descalificaciones que tachan de antidemocrático por principio todo lo extremo, debe decirse que no existen razones teóricas, *a priori*, por las cuales no se pueda darse una sociedad en cuya escala ideológica sólo uno de los extremos sea antidemocrático; o en que ninguno de ellos lo sea. Es más: dada la pluralidad de dimensiones de la idea de democracia, uno de los extremos del espectro ideológico podría ser garante de algunos aspectos de la democracia y, al mismo tiempo, el contrario ser garante de otros, resultando su competición virtuosa para el sostenimiento de una democracia que no renunciase a ninguna de sus dimensiones. Incluso sería perfectamente posible que los aparentemente más “moderados” defiendan una tecnocracia de tintes poco democráticos, mientras los demócratas se dividen a uno y otro lado del espectro ideológico por diversas razones. Ciertamente, esta “centralidad” de la democracia nos dice mucho de su vigencia como valor y su capacidad para sedimentarse institucionalmente: del grado de hegemonía que la idea ha logrado en nuestras sociedades. Pero la forma de esta curva del democratismo o apoyo a la democracia de las distintas posiciones en la escala ideológica

se trata, en todo caso, de una cuestión empíricamente contrastable y que encontrará reflejo en las encuestas disponibles.

Gráfico 5: La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno (por ideología)



Fuente: elaboración propia a partir del Banco de datos del CIS

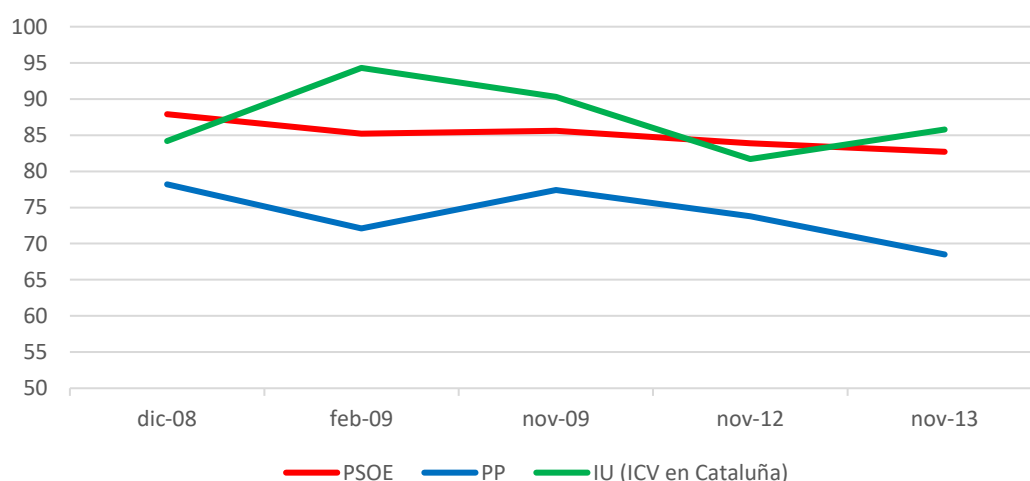
Para conocer esta cuestión, por tanto, podemos recurrir a los datos que ofrecen las encuestas. Por desgracia, no existen en España estudios que incluyan preguntas sobre el apoyo a la democracia con una muestra lo suficientemente amplia como para no perder significancia al desagregar por ubicación ideológica. El problema se concentra particularmente sobre el grupo menos numeroso: la extrema derecha¹⁸. La persistencia de los resultados a lo largo del tiempo, sin embargo, es reveladora. Las encuestas desde 2007 muestran persistentemente un menor apego a la democracia por parte de la extrema derecha. La extrema izquierda, por el contrario, se sitúa en esta cuestión en torno a las posiciones de los centristas, aunque por debajo de quienes se autoubican en la izquierda (3-4), que son los primeros defensores de la democracia en España¹⁹.

¹⁸ Estudio del CIS 2741 de noviembre de 2007: 120 entrevistas para la extrema izquierda y 27 para la extrema derecha. Estudio del CIS 2777 de diciembre de 2008: 105 para la extrema izquierda, 30 para la extrema derecha. Estudio del CIS 2790 de febrero de 2009: 162 extrema izquierda y 57 extrema derecha. Estudio del CIS 2823 de noviembre de 2009: 143 extrema izquierda, 33 extrema derecha. Estudio del CIS 2849 de octubre de 2010: 111 extrema izquierda, 40 extrema derecha. Estudio del CIS 2966 de noviembre de 2012: 192 entrevistas para la extrema izquierda, 47 para la extrema derecha.

¹⁹ No debe tomarse especialmente en cuenta para entender esta tendencia democratista de la extrema izquierda el último dato recogido en el gráfico, puesto que en la encuesta posterior que nos ofrece datos al respecto –estudio del CIS 3007 de noviembre de 2013– la tendencia anterior se recupera. Esta última encuesta no se incluye en el gráfico debido al cambio de escala utilizado para recoger la autoubicación ideológica, que rompe la serie.

Las encuestas sí permiten desagregar con un menor margen de error el apoyo a la democracia según el recuerdo de voto. Así, puede verse que los votantes declarados del PP entre 2008 y 2013 consideran en menor medida que la democracia es la mejor forma de gobierno en comparación con aquellos del PSOE, aunque siempre por encima del 68.5% en el periodo considerado y a una distancia máxima de 14.5 puntos (2013). Esta distancia, no obstante, podría haber contribuido a configurar el discurso del Partido Popular y, en consecuencia, haber alimentado su imagen de partido menos demócrata en sus posiciones o democrático en sus comportamientos²⁰. Al mismo tiempo, esta imagen, construida tanto con su discurso como con el de sus adversarios, ha podido tener efecto sobre los votantes que atrae.

Gráfico 6: La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno (por recuerdo de voto)



Fuente: elaboración propia a partir del Banco de datos del CIS

La diferencia de opinión respecto a la democracia entre la extrema izquierda y la extrema derecha fue incluso más pronunciada hace algunos años. José María Maravall ya daba cuenta del fenómeno: “En España, el factor más relacionado con las creencias democráticas era la ideología política. Todo el sector de izquierda de la población manifestaba un apoyo generalizado a la democracia [...] El sector de la derecha, por el contrario, era más reticente respecto de la democracia [...]” (Maravall, 1982: 109). En

²⁰ El dato de IU conlleva un menor nivel de confianza debido al bajo número de encuestados que recuerdan haber votado esta opción. De nuevo es la estabilidad del dato lo que lo hace significativo, mostrando que el compromiso de la democracia se mantiene alto en la extrema izquierda

1989, según mostraba Montero, un 87% de los comunistas defendían un régimen democrático (sólo un 6% uno autoritario); sin embargo, entre los franquistas declarados solamente un 16% prefería un régimen democrático, sobrepasado por un 57% que deseaban uno autoritario. El apoyo a la democracia de la extrema derecha y el centro derecha no superaba entonces el 50%; solamente el 47% de los votantes de Alianza Popular mostraban su apoyo a la democracia (Montero, 1993: 148). De esta forma, no sorprende que Alianza Popular tuviera una imagen en su momento de partido “semileal”, de acuerdo con la clasificación de J.J. Linz: “AP no incorporó representantes de la oposición democrática y, por tanto, fue identificada exclusivamente con el régimen” (Maravall y Santamaría, 1989: 159).

En este sentido, debe recordarse que el 70% de los que se reconocían en 2010 como votantes del Partido Popular manifestaban una valoración mixta del periodo dictatorial (Toharia, 2011: 141). Aquí, por tanto, se halla un elemento más en el cual las críticas a parte de “la derecha” española pueden encontrar asiento. En claro contraste, en el principal partido del extremo izquierdo, el Partido Comunista, encontramos una historia marcada por esfuerzos relativamente tempranos de separarse del autoritarismo: el Partido Comunista marcó pronto distancias con el PCUS, especialmente desde la intervención en Checoslovaquia de 1968, haciendo coincidir su objetivo socialista con un desarrollo de la democracia desde las posiciones que se vinieron a llamar “eurocomunistas” (Oñate Rubalcaba, 1998: 114-126).

6.1.3 Democracia como elecciones libres y efectivas

Otro grupo de acusaciones contra los partidos conciernen a la propia limpieza de las elecciones. En primer lugar, aparecen acusaciones contra el Partido Popular por tratar de promover la abstención mediante su campaña en lugar de desgranar sus propuestas programáticas. En palabras de un editorial de *El País*: “si la derecha, si el Partido Popular, no las formula o no las hace públicas es porque su mezquina opción está meridianamente clara: prefieren un abstencionista, que perjudica al sistema democrático, antes que un votante al adversario, que les perjudica a ellos” (EP20510). Esta vocación desmovilizadora parecería confirmarse por la insistencia del Partido Popular y los medios afines en la idea de que “Zapatero” había realizado el mayor recorte en derechos sociales de la historia de la democracia, un tema particularmente importante para el electorado de

izquierdas, como hace evidente la insistencia de Cayo Lara en él (M15503, M18513, EP15505).

La misma crítica contra el PP se repetía en otro artículo de opinión, también en *El País*. Según éste, la atención brindada por el PP al 15M se debería a “la petición [...] de «no les votes». Saben que si baja la participación, la principal perjudicada será la izquierda” (EP21511). Si participar en las elecciones es democracia, fomentar la abstención en pos del interés particular es, consecuentemente, *antidemocrático*. Además, Rodríguez Zapatero acusó al PP de elevar el nivel de tensión y crispación por intereses particulares contrarios a los generales: “la derecha ha hecho «una campaña bronca y sucia» para ganar unas elecciones «que sólo les interesan» como plataforma para llegar a la Moncloa” (P18509). Frente a la idea de una lucha política autorreferencial y agresiva, subyace aquí la repetida concepción de la democracia como un debate racional que requiere de un compromiso moral con el interés general, y la consiguiente crítica a los intereses particulares.

Por otro lado, desde *ABC* y *El Mundo* se planteó durante los días de la campaña electoral analizados que el presidente del Gobierno, en caso de recibir un duro varapalo en las elecciones municipales y regionales, debería adelantar las elecciones y abandonar la Moncloa. Por ello, se criticaba el martes 24 la falta de dimisiones; la ausencia de una “asunción de responsabilidades al uso democrático. Nadie ha dimitido aún, salvo un par de alcaldes de ciudades medias”. “Sólo alguien insensible y desconecedor de los hábitos democráticos puede seguir pilotando el Gobierno en estas condiciones” (M24517). “Ha sido un referéndum, que ha perdido Zapatero”, insistían Carrascal o Gabriel Albiac (ABC23507, ABC23504). Llamaban así a respetar unas buenas costumbres que superaban ampliamente los requisitos legales; que formarían parte de la moral de un buen demócrata.

Además, estas críticas señalaban las terribles consecuencias económicas que supondría mantener durante diez meses más a un gobierno desautorizado en un momento de crisis (ABC24501). En este sentido, se estaba recordando, de nuevo a través de la idea de democracia, el deber de primar el interés general sobre el partidista: “En estas condiciones, lo lógico y lo coherente es que Zapatero antepusiera los intereses de la nación a los de su partido” (M24502). Por ello, mantenerse en el puesto llega a compararse metafóricamente con la corrupción: “el presidente del Gobierno malversa la facultad

constitucional de disolver el Parlamento” (ABC23501). En consecuencia, le recomiendan que “[n]o juegue el partido entre la legalidad y la legitimidad” (ABC23503). El presidente del gobierno, sin embargo, ya había salido en la misma noche electoral a decir que “[e]l «respeto al tiempo político de los mandatos» le parece fundamental en democracia” (ABC23511). Es decir, a ampararse en la democrática legalidad para defender su permanencia.

Aparecen así en esta cuestión de la permanencia de políticos en el poder dos discursos que se reivindican igualmente democráticos y que son contradictorios. Por un lado, la idea del apoyo popular, junto a la de rotación en los cargos: que un político perdure en el cargo genera reticencias, pero resulta especialmente deslegitimado cuando pierde el apoyo popular, especialmente si éste se manifiesta en una votación. Por el otro lado, encontramos la legalidad, como señalaba la anterior referencia, pero también el deseo de los electores manifestado en las elecciones que conformaron aquel parlamento que invistió presidente a Rodríguez Zapatero. Esta tensión se puede apreciar, por ejemplo, en la siguiente entrevista a José María Barreda: “¿Qué le parece el discurso del PP de que 28 años de Gobierno del PSOE [en Castilla la Mancha] ya son muchos? Cuando la voluntad popular libremente emitida de manera reiterada ha tomado una opción eso es impecablemente democrático” (ABC19514)²¹.

Por otro lado, el PSOE era acusado de “juego sucio” (esto es, de no respetar la libertad del proceso electoral) a cuenta del 15M. En palabras de Francisco Álvarez Cascos: “«El PSOE, experto en juego sucio, está detrás de las manifestaciones de la plataforma Democracia Real Ya»” (ABC19511). Las heridas por la inesperada derrota electoral de 2004, prolongadas por las teorías conspirativas que convertían aquellas elecciones en un “robo”, se reabrieron ante las acampadas durante la campaña electoral, en que se auguraba una importante victoria para el Partido Popular. Esta misma idea aparecía en un editorial de *El Mundo*: “Ello suscita un inquietante paralelismo con lo que sucedió en la víspera de las elecciones de 2004 con las protestas ante las sedes del PP. Ese lamentable espectáculo no debería volver a repetirse” (M19502). Este diario, además, insistía en la idea publicando una carta al director ese mismo 19 de mayo, jueves, que reiteraba y resumía perfectamente las múltiples insinuaciones y acusaciones que se profirieron aquellos días:

²¹ La demanda de rotación como “sanamente” democrática queda implícita en la *excusatio non petita*.

Esto me quiere sonar: una acampada para protestar contra no se sabe quién, pero la víspera de las elecciones... Esto me huele. Si ya lo dijo Zapatero: a partir del lunes 16 remontaremos, y siempre se remonta por una vía muy poco democrática. Me suena a manipulación... Y me niego (ABC19506)

Las manifestaciones durante la jornada de reflexión evocan al “aciago 13 de marzo de 2004, aquel día de reflexión profanado por acosos izquierdistas a sedes del PP” (M20507). Así lo plasmaba también Salvador Sostres, entre insinuaciones (M21512). De este modo, explícita o implícitamente, se acusa a “la izquierda” en general, y al PSOE en particular, de no tener suficiente tolerancia democrática a la previsión de una derrota y de recurrir a vías fuera del “juego” de la democracia: es decir, fuera de lo electoral.

Viñeta 3: Rodríguez Zapatero y Lara tras el 15M



Fuente: Puebla. ABC, 22 de mayo de 2015

Véase, por ejemplo, la viñeta reproducida sobre estas líneas. En ella, Puebla adelanta lo que unos años después se convertiría en un discurso (más en lo normativo que en la práctica) frecuente desde el Partido Popular: la legitimidad del “partido más votado” de las elecciones para formar gobierno, frente a las “coaliciones de perdedores”. Se ponía así énfasis desde la derecha ideológica en la dimensión mayoritaria (simple) de la democracia, frente a las nociones proporcionales predominantes, más coherentes con el énfasis general en el consenso.

Por otro lado, contra el Partido Popular aparecen dos críticas contextualizadas en los ataques a su gobierno en la Comunidad Valenciana y que, sorprendentemente para una mirada desde 2019, no aparecen vinculadas a sus efectos electorales. Se trata de la acusación de corrupción, por un lado, y de manipulación informativa, por otro, que en ningún caso se vincula a la (más tarde extendida) idea de que algunos partidos concurrían *dopados* a los comicios. Además, al “avalara a Camps [en palabras del jefe de opinión de *Público*], Rajoy queda hipotecado y sin autoridad moral para reclamar, como hizo ayer, respeto hacia los políticos a los ciudadanos que estos días se manifiestan en las calles por una mejor democracia” (P18514). Queda así claro que una democracia con corrupción es una peor democracia y que el Partido Popular (personalizado en “Rajoy”) la avala: es decir, se comporta antidemocráticamente. Las palabras de Ernesto Ekaizer confirman esta interpretación: “[l]a foto del PP en Elche [con Camps y Joaquín Ripoll] simboliza la política que critican los jóvenes”, la “democracia realmente existente” (P18504). En esta línea, Elena Valenciano pedía antes de las acampadas y a través de Twitter: “«Honradez, democracia y dignidad para la Comunidad Valenciana [...]»” (P15504). La preocupación por la corrupción era importante y se explotaba partidistamente pese a sus supuestos pocos rendimientos, llegando a afirmarse que “es más peligroso un corrupto en ejercicio que un etarra en campaña electoral (P14506).

Por otro lado, aparece una acusación de manipulación mediática en el valenciano Canal 9. En palabras de Rodríguez Zapatero, “la derecha «sólo tiene un proyecto: intoxicar y manipular de la manera vergonzosa que lo hace canal 9, como en ninguna televisión pública de ningún país democrático»”. De nuevo, la metáfora sanitaria (intoxicar). La manipulación mediática se critica de forma explícita como violación de la “libertad de expresión”, un elemento identificado como fundamental para la democracia por los españoles sistemáticamente en las encuestas (véase el apartado 3.1.1). Esto tampoco se conecta sin embargo con la libertad del proceso electoral. La manipulación coarta a los periodistas, “«que también son víctimas»”, y aplica censuras partidistas (“«cerraremos el canal 9 de la manipulación para abrir un canal 9 plural y donde a nadie se le silencie»”) (P15503). El derecho a la información de los ciudadanos pasa a un segundo plano en estas críticas en favor de la libertad de expresión y comunicación de las diversas posiciones políticas.

6.1.4 La ausencia de la dimensión social o económica de la democracia en las acusaciones partidistas

Otro de los aspectos que le costó al PP ser tachado de antidemócrata fue el cuestionamiento de “la credibilidad de España a nivel económico” en la delicada situación del momento, según señalaba un lector (M17508), perjudicando “[l]os intereses de su país, al comparar España con Grecia» (M18512). Es decir, de nuevo, se es antidemócrata por perjudicar los intereses generales para alcanzar una ventaja electoral, particular; por una falta de patriotismo. Evidentemente, esta acusación tiene una intención silenciadora sobre el legítimo debate sobre la cuestión económica, independientemente de si los términos en que el Partido Popular planteaba la cuestión eran más o menos constructivos.

La cuestión económica fue, desde luego, uno de los temas por los que ambos partidos recibieron más críticas desde la prensa a lo largo de aquella campaña electoral (Castromil y Chavero, 2012: 71-72). Sin embargo, no se articulan ataques entre los partidos usando la palabra democracia para referirse a la división social: a la desigualdad entre pobres y ricos. Y esto, pese a la asociación de la derecha con los intereses de los ricos, que puede encontrarse por ejemplo en la base de la ofensiva y extendida expresión “no hay nada más tonto que un obrero de derechas”, a la que arriba aludía (6.1.2, viñeta 2).

No se trata de que la fractura no aparezca en los artículos analizados, sino de que la palabra democracia simplemente no es utilizada para referirse a esta cuestión en el debate entre los partidos. Por ejemplo, véase la siguiente cita:

Así, Zapatero indicó que el partido que lidera Mariano Rajoy «nunca piensa en la gente que tiene necesidades» y, en su opinión, es por eso que nunca se les oye hablar en sus mítines de la Ley de Dependencia, de becas, de las escuelas infantiles de cero a tres años ni de ninguna política social. Para el líder socialista, si llega el PP «sólo aplicará políticas a favor de la desigualdad, porque les importa muy poco la gente que tiene problemas, que tiene necesidades sociales. Y porque no les importa nada la gente que ha ido conquistando derechos durante todo el periodo democrático, aunque sean minorías». (M16507)

En estas líneas, las políticas sociales aparecen ciertamente como conquistas del periodo democrático y asociadas a la izquierda, pero no como “democráticas” en sí

mismas. Otros periódicos también recogen la idea, en palabras del presidente del gobierno, de que “el PSOE es el partido que siempre mira hacia los inmigrantes, hacia los más necesitados, hacia los excluidos” (EP14503). Sin embargo, mientras la actitud inclusiva hacia los inmigrantes, como ya se ha visto, se identifica como una actitud propia de los demócratas, en ningún momento ocurre esto mismo con la voluntad redistributiva hacia “los más necesitados”.

No obstante, esta dimensión social del concepto de democracia no está ausente en otros contextos. Aparece, principalmente, en las campañas publicitarias de dos grandes empresas. Dos artículos –uno en *El Mundo* y otro en *Público*– con sospechoso tono de publrreportaje anunciaban que Vodafone “avanzó ayer que tratará de «democratizar» próximamente el mundo del intercambio de datos móvil con el lanzamiento de un smartphone por 95 euros, «accesible a toda la base de clientes de Vodafone»” (M18519, P18521). Democratizar implica aquí claramente un movimiento inclusivo que no se da en cualquier dirección, sino hacia las capas con menos recursos económicos. En un contexto similar se menciona la exposición “Ikea, diseño democrático”, con la que se conmemoraba el aniversario de la presencia de dicha marca en España (EP17516). Ante la diversidad de interpretaciones posibles de este eslogan²², encontramos la delimitación de su significado en la página web de la cadena: “Lo llamamos «Diseño democrático», porque creemos que la buena decoración es para todos. Por esto investigamos constantemente las formas más inteligentes y asequibles de hacer las cosas”²³. El criterio de inclusividad queda de nuevo vinculado a la capacidad económica.

También aparece la dimensión social de la democracia en el nombre del “Comité para la Democratización de la Informática (CDI)”, una organización fundada en Río de Janeiro en los años 90 del pasado siglo, y cuya “meta” consistía en “llevar la tecnología a los jóvenes que más necesitaban un cambio en sus vidas” (EP19520), eufemismo para referirse a la pobreza y marginación. Además, este aspecto económico de la democracia se manifiesta cuando se valora que el “triunfo de Francia” para convertir a París en sede de la Copa Ryder de golf en 2018 “supone el [triunfo] de una candidatura democrática:

²² Podría por ejemplo tratarse de una referencia a la autonomía individual, dado que los muebles de la compañía los monta el comprador (aunque sea siguiendo unas normas tan estrictamente delimitadas como sus pasillos)

²³ Disponible el 1 de octubre de 2017 en el enlace: http://www.ikea.com/ms/es_ES/about-the-ikea-group/democratic-design/

cada federado aportará tres euros al año para ayudar a la financiación, con lo que las arcas estatales recaudarán unos 18 millones” (EP18513). Por otro lado, se entiende que la forma de comunicación que han traído las nuevas tecnologías es “más democrática”, pues “[p]ara hacerse oír ya no es necesario disponer de los recursos de las grandes empresas, los partidos políticos o los grupos mediáticos” (EP23514).

Por tanto, la dimensión social de la idea de democracia existe, está culturalmente extendida y es perfectamente reconocible; de otro modo, no se haría publicidad recurriendo a ella. Pero los dos grandes partidos no utilizaron esta dimensión para acusarse de acciones poco democráticas en tanto que favorecieran la desigualdad económica. De hecho, es una acusación directa de este tipo, sin más explicación, habría sonado forzada: en ese contexto o registro, sencillamente, la idea de democracia no funciona de esta manera en el enfrentamiento bipartidista. Sí utilizó esta dimensión económica de forma indirecta Izquierda Unida, pues “«[n]os han robado la democracia porque ha habido gobiernos serviles»” sometidos a los poderes económicos (M19513). Esto lo veremos con más detalle en el capítulo séptimo.

6.1.5 Democracia como “Estado de Derecho”

La indignación de la derecha al respecto del 15M no sólo se basaba en la supuesta implicación del PSOE (junto a Izquierda Unida, según qué versiones) en la organización del movimiento con la intención de manufacturar un clima favorable durante los últimos días de campaña. Además, se culpaba al gobierno de no cumplir las resoluciones de las juntas electorales, que habían decidido “prohibir las concentraciones” dejándolas en la “ilegalidad”, dado que no actuaba disolviéndolas mediante intervención policial: “la Policía no está para filosofar, sino para hacer cumplir la ley electoral y —llegado el caso, dados los planes de los antisistema— proteger mañana la jornada de reflexión, llamada así porque en ella no se pueden realizar actividades políticas que influyan en el voto de los ciudadanos” (ABC20502). Se insistía por ello en la importancia del cumplimiento de las leyes. Véase este extracto de un editorial en *ABC*: “El Estado de Derecho [sic] tiene unas reglas cuyo incumplimiento quizá guste a parte de la izquierda, acostumbrada a no respetar las jornadas de reflexión, pero que representa una agresión a la democracia” (ABC20502). En consecuencia, aparecen voces reclamando la intervención policial, el uso de la fuerza, como consecuencia irresistible de la democracia y sus leyes.

El desaforado ataque de Jon Juaristi contra el PSOE por esta cuestión en uno de los principales espacios de opinión de *ABC* merece ser citado en extenso. Enfatizando la dimensión liberal de la democracia (“Estado de Derecho”) desde una concepción rigorista de la ley que anula todo espacio para la interpretación, y relacionando al PSOE con el franquismo, afirmaba que a “la izquierda”, “desde la *abertzale* hasta la gubernamental”:

“[I]e pone piel de gallina la mínima insinuación de que se comporta como se ha comportado siempre. La ofende la mera suposición de que se pueda pensar que manipula las leyes a su antojo. Los ministros socialistas se refugian detrás de la discrecionalidad policial, devolviendo el Estado a los tiempos predemocráticos en que las Fuerzas de Seguridad ejercían como conservadoras y fundadoras de Derecho [...]. Si de verdad cree lo que dice, este personaje es un peligro. Para los ciudadanos y para la democracia. [...]. Supongamos que Pérez Rubalcaba se muestra tan confiado en la discrecionalidad policial porque sabe que tal discrecionalidad no existe y que es él mismo quien da las órdenes discrecionalmente a la Policía [...]. No desearía concluir que las movilizaciones y concentraciones de los Indignados habrían desvelado la existencia de una policía política (ABC22505).

Estas críticas continúan en otras publicaciones. *El Mundo* tituló en portada a cinco columnas el sábado 21 de mayo: “La calle derrota al Gobierno, incapaz de hacer cumplir la ley”. En interiores, cambia el sujeto del titular, invirtiendo la agencia: “Rubalcaba decide desobedecer”. Y subtitula: “Antepone su criterio de «oportunidad y proporcionalidad» a la decisión de la Junta Electoral” (nótese la subjetivización –“su criterio”– como posibilitador de la crítica). El artículo recoge los argumentos del ministro Pérez Rubalcaba para no ordenar el desalojo, aprovechándolas para recalcar el sentido en que el PSOE se está comportando antidemocráticamente: “Con estos argumentos, el vicepresidente primero se muestra convencido de poder afirmar ante la opinión pública [subjetivización que abre la posibilidad de engaño] que el Gobierno «ha cumplido la ley». «La democracia es un conjunto de reglas que los españoles nos hemos dado y no hay democracia sin cumplimiento de la ley», recalcó. / Según Rubalcaba [nueva subjetivización], este acatamiento y cumplimiento se ha producido a lo largo de toda la semana”. Sin embargo, “[...] todas las explicaciones que proporcionó y las leyes que citó conducían a la misma conclusión [los duros hechos frente a las vacuas palabras]: no habría

disolución de los congregados pese al acuerdo de la Junta Electoral Central [...]” (M21501).

Mientras por la derecha se atacaba al gobierno del PSOE por antidemocrático al dejar que las concentraciones se sucedieran, los primeros días se le acusaba por la izquierda precisamente de lo contrario: “IU condena la «porra» de Zapatero en la Puerta del Sol” (P18511). El enfrentamiento entre democracia y violencia, que se tratará más adelante (apartado 6.2), se hacía así patente.

El PSOE también recibió aquellos días fuertes acusaciones por antidemocrático (en tanto que poco respetuoso con el Estado de derecho) a cuenta de la no ilegalización de Bildu. Se le acusaba fundamentalmente de violar la separación de poderes y el imperio de la ley en connivencia con ETA para facilitar la participación de Bildu en aquellos comicios. Por ejemplo, Jaime Mayor Oreja, voz entonces autorizada del Partido Popular en la materia, mantenía que “la presencia de Bildu en las elecciones forma parte del «proyecto milimétricamente pactado entre ETA y el Gobierno»” (EP155F)²⁴. En aquel momento ETA llevaba casi dos años sin realizar un atentado mortal y había declarado unos meses antes, el 10 de enero, un alto el fuego “permanente, general y verificable”. Todo esto era interpretado por periodistas, líderes asociativos y políticos importantes en los medios del espectro ideológico derecho como “la primera vez que un país democrático (un país respetado y, en teoría, respetable) se plegaba al chantaje de los carniceros y echaba mano sin rubor de la bandera blanca” (ABC24505). El tono se elevaba hasta afirmar que se trataba de “«[...] un tiro postrero sobre las víctimas de ETA»” (M15504). Esta asociación del PSOE con ETA a través de la no ilegalización de Bildu supone otro intento de descalificar, indirectamente, al PSOE como nada democrático. La ecuación “ZP-Rubalcaba-TC = ETA-Batasuna-Bildu” (EP16505) asocia al PSOE con la violencia e, indirectamente, lo convierte en antidemócrata. En enemigo de los demócratas.

Este ataque encontraba también duras respuestas. Fernando Garea, desde *El País*, entendía que “el PP ha utilizado este asunto [la no ilegalización de Bildu] como arma de campaña contra el PSOE, aunque sea una decisión estrictamente judicial. [...]H]a intentado capitalizar el supuesto rechazo en el resto de España, presentándolo como una maniobra del PSOE utilizando a los tribunales” (EP16503). Acusa así al Partido Popular,

²⁴ Disponible en: https://elpais.com/politica/2011/05/15/22m/1305455932_825444.html. (Última consulta: junio de 2019).

otra vez, de desgastar la autoridad de las instituciones públicas anteponiendo los intereses particulares electorales en un tema tan delicado como el terrorismo, en el que se espera un consenso mínimo, poniendo en solfa a los tribunales –esto es, de nuevo, al Estado de derecho–. Ello conduce a críticas contra el PP a cuenta de su compromiso democrático. Por ejemplo, en una carta al director llamada “La democracia según el PP”, un lector acusaba a “los populares Mayor Oreja, Pons y Sáenz de Santamaría” de estar “injurando a las instituciones democráticas del Estado. Los políticos del PP confunden lo que es la democracia ya que, cuando hay elecciones, los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial deben cumplir escrupulosamente lo establecido por la ley sin influenciar el voto de la ciudadanía, y yo creo que así lo han hecho” (M17508). Daba *El Mundo* así un (poco habitual) ejemplo de pluralismo.

Pérez Rubalcaba, como ya mencioné, realizaba los ataques más duros contra el Partido Popular, pues le acusaba de haber traspasado los límites del juego de la democracia “al criticar a «la judicatura, la fiscalía o al Tribunal Constitucional»” (M18512). Felipe González, por su parte, puso en solfa que el PP tuviera “«legitimidad para gobernar en democracia» por cuestionar la decisión de los tribunales y la política antiterrorista del Gobierno”. González llegó a afirmar que “a Mayor Oreja ya todo el PP les aterra pensar que se puede acabar la violencia terrorista en esta etapa». Si esto sucediera, «se llevaría el disgusto de quedarse sin discurso». Incluso se llegaba a acusar al PP de favorecer los intereses del terrorismo, al hacerle “«[...] más publicidad a ETA que Bildu»” (ABC15504). El ataque invierte el argumento de la connivencia con ETA volviendo a destacar la perversidad de los intereses particulares, partidistas, del Partido Popular. En otra referencia, estos motivos se entremezclan con la acusación de necesitar atraer a los extremistas de derechas (reconociendo, aquí sí, la función que al respecto del interés general podría cumplir así el Partido Popular) y la de intentar tapar la corrupción (lo que permite incluir en el escarnio al PSOE): “Pero saben también que la histeria anti-ETA atrae esos votos de extrema derecha que ellos no pueden perder. ¡Qué catástrofe sería para todos –pero también para el PP– el nacimiento de un partido a lo Le Pen!” (P14506).

Por su parte, Víctor de la Serna criticaba estas acusaciones contra el PP al calor de la cuestión terrorista, que resumía así: “el Constitucional hizo lo que debía y quienes lo discuten son extremistas, desestabilizadores y antidemócratas”. El periodista recuperaba,

entre otros, el artículo del catedrático de Derecho Constitucional Francisco Balaguer, en *Público*, “comparando a la derecha criticona con los que contaminan el medio ambiente” y, de paso, sentenciando: “«En nuestro sistema político no rige el principio de «quien contamina, paga», propio del derecho medioambiental. Por el contrario, las próximas elecciones volverán a demostrar –si las encuestas se confirman– que en la política española «quien contamina el sistema democrático, gana»” (M14506). Mediante esta metáfora ecológica de la “contaminación”, que esencializa la democracia como debate racional frente al ente contaminante (la manipulación, totalmente antidemocrática), se está señalando una vez más cómo las actividades que responden al interés particular de los actores políticos resultan dañinas para el interés general y, por tanto, adolecen de democraticidad.

6.1.6 Las diferentes concepciones de democracia según la posición ideológica a partir del enfrentamiento partidista

Como mencioné en el primer capítulo, se ha convertido en un lugar común denunciar que la palabra democracia, a base de extender su significado, ya nada significa; que “no se corresponde con ningún significado determinado”, en palabras de Kelsen ([1929] 2006: 36). Precisamente cabría esperar que este vaciamiento fuera máximo cuando la idea se utiliza en el enfrentamiento entre partidos. Aunque este capítulo ha mostrado que a partir de la idea de democracia efectivamente pueden defenderse posiciones de lo más diversas, también se ha ido señalando puntualmente cómo los ataques encontrados recurren siempre a dimensiones identificables de la idea. En la siguiente tabla pueden verse los elementos adyacentes y nucleares a los que apuntan estos usos de la idea de democracia en forma de ataques contra el PP (desde posiciones calificables de izquierdas) y contra el PSOE (desde posiciones de derechas) por su respectiva falta de democraticidad.

Aunque la muestra no permita la generalización, en la tabla se intuyen algunos patrones interesantes. En primer lugar, destaca un grupo de dimensiones al que recurren ambos bandos para descalificarse. Entre éstas, tienen un lugar central las cuestiones representativas-electorales, especialmente la primacía del interés particular sobre el general. De hecho, la mayoría de los otros aspectos representativos que ambos bandos ideológicos utilizan para la descalificación pueden vincularse con esta idea: por ejemplo, la manipulación (mediante el 15M o mediante Canal 9), la corrupción o la insuficiente

rendición de cuentas. Puede sumarse como elemento común el énfasis en la importancia de no desmotivar la participación electoral, presente para criticar la estrategia desmovilizadora del PP, pero también relevante desde las posiciones cercanas al Partido Popular para descalificar al 15M y su “No les votes”.

Tabla 14: Elementos adyacentes contrarios a la idea de democracia utilizados en el enfrentamiento político

	Contra PP	Contra PSOE
Extremismo (¿L?)	✓	✓
Pasado y conexión franquista/marxista (L)	✓	✓
Privilegio del interés particular (R)	✓	✓
Descalificar al adversario por poco democrático (O)	✓	✓
Manipulación (R)	✓	✓
Corrupción (R/L)	✓	✓
Insuficiente rendición de cuentas (R)	✓	✓
Contra participación electoral (R)	✓	(✓)
Contra derechos humanos (inmigración y libertad religiosa) (L)	✓	
Contra debate racional (O)	✓	
Incumplimiento de la ley (L)		✓
Violación de la división de poderes (L)		✓
Enfrentar / romper el consenso (O)		✓
Tendencia a prohibir (L)		✓

Fuente: elaboración propia

Lo recuperado muestra que las críticas al Partido Socialista desde posiciones cercanas al Partido Popular enfatizan los aspectos jurídicos de la democracia (cumplimiento de la ley, división de poderes), coincidiendo así con el análisis de Montero (1993) recogido en el capítulo tres, donde se mostraba la importancia de la dimensión legal de la democracia para quienes se autoubican en la derecha²⁵. A esto hay que sumar la importancia otorgada al consenso de la Transición para estas críticas desde la prensa y partidos a la derecha del espectro ideológico (lo que resulta coherente con una posición conservadora una vez “la democracia” se asienta como orden) y la crítica liberal (contra “el afán de prohibir de los

²⁵ En todo caso, debe tenerse en cuenta que la lógica gobierno/oposición influiría en que al PSOE se le realizaran críticas por injerir en el poder judicial y no así al PP.

gobernantes socialistas”, M19523). Por su parte, los actores que critican al PP desde posiciones ideológicas de izquierdas mediante la idea de democracia recurren a identificar la democracia con los derechos humanos (a cuenta de la inmigración y la libertad religiosa), y también con la calidad de la deliberación.

Al respecto de esta diferencia entre las concepciones de democracia de izquierdas y derechas, debe añadirse que en el periodo analizado resultan llamativas algunas identificaciones directas, y no sólo por descalificación del contrario, entre la democracia y la izquierda. Véase, por ejemplo, la siguiente frase de Luis García Montero a cuenta del 15M: “hay una energía cívica dispuesta a dignificar la democracia, es decir, a refundar la izquierda” (P21509). Por ello, una hipótesis que futuros estudios podrían poner a prueba es si el menor apoyo a la democracia de las posiciones de derechas (y, particularmente, de extrema derecha) podría deberse a que esos encuestados autoubicados en la derecha identifiquen la democracia con valores asociados a la izquierda que no comparten. Por el momento, las diversas encuestas ya presentadas en el capítulo tres permiten contrastar estas asociaciones de la democracia con distintos valores según la autoubicación ideológica.

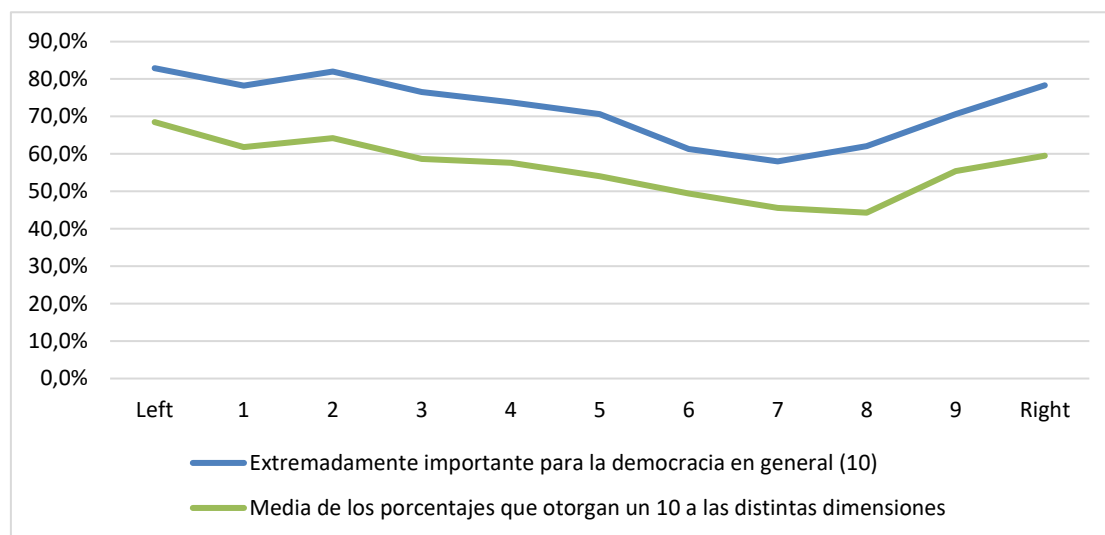
a. Las diferentes concepciones de democracia según la autoubicación ideológica en las encuestas

Efectivamente, las diversas encuestas consideradas en el apartado 3.1 muestran algunas diferencias en las concepciones de la democracia según las distintas posiciones ideológicas, aunque también numerosas coincidencias. Entre estas coincidencias resulta especialmente llamativa aquella relativa a “que todos puedan satisfacer sus necesidades económicas”, lo que puede observarse tanto en las encuestas del CIS²⁶ como en la *Encuesta Social Europea*: desde todas las posiciones ideológicas se otorga mayoritariamente un 10 en importancia a esta dimensión (con un mínimo del 58% en la posición 7 de la escala ideológica y un máximo de un 82,9% en la posición 0). Ciertamente, en el centro derecha la curva marca su mínimo, aunque esto ocurre en paralelo a la mayoría de las preguntas incluidas en este módulo de la encuesta, como

²⁶ Banco de datos del CIS. Estudio 2966.

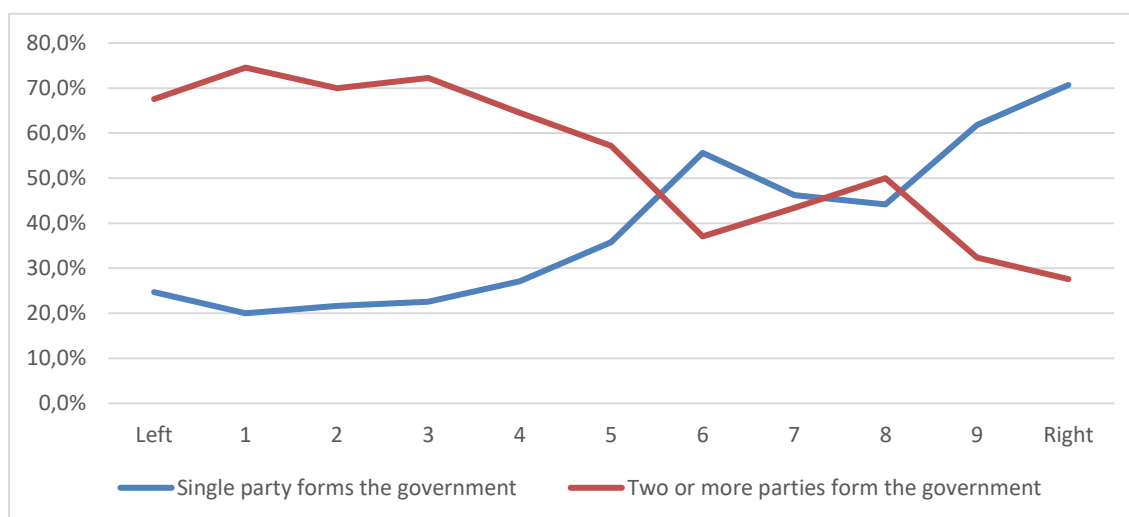
muestra la media de los porcentajes de encuestados que atribuyen un diez de importancia a los distintos elementos (gráfico 7).

Gráfico 7: Importancia de la protección contra la pobreza para la democracia y media de quienes atribuyen un 10 de importancia a las distintas dimensiones (por autoubicación ideológica)



Fuente: Fuente: elaboración propia a partir de la *Encuesta Social Europea*, 2012

Gráfico 8: ¿Qué es mejor para la democracia, gobiernos con un solo partido o de coalición? (por autoubicación ideológica)

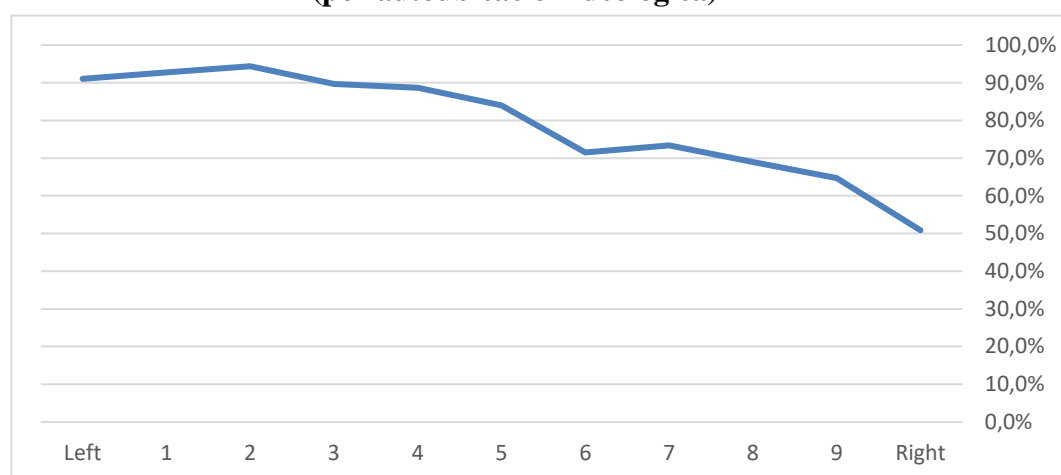


Fuente: elaboración propia a partir de la *Encuesta Social Europea*, 2012

Esto nos habla de una concepción “menos exigente” de la democracia en la derecha, particularmente en las posiciones intermedias en este lado del eje ideológico. Tanto si se

observa el porcentaje que en cada posición ideológica otorga un 10 de importancia a las distintas dimensiones de la democracia como si se realiza la media de las medias de cada dimensión, en la Encuesta Social Europea se repite un patrón: en la extrema izquierda se otorgan muchos dieces, generando medias altas —es decir, se tiene una noción muy exigente de la democracia—. El nivel de exigencia desciende progresivamente según avanzamos en la escala ideológica hasta un mínimo que se encuentra en las posiciones 7 u 8 de la derecha, tras lo que vuelve a subir en las posiciones de extrema derecha.

Gráfico 9: El gobierno debería cambiar sus políticas según lo que piense la mayoría (por autoubicación ideológica)



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Social Europea, 2012

Este patrón se rompe significativamente en algunos temas, en los que la media de las posiciones de derecha (6,7,8,9,right) y la media de la izquierda (Left, 1,2,3,4) se distancian: es el caso del uso de referendos, sensiblemente más popular en la izquierda. Además, la extrema derecha exige mucho más que el resto de las posiciones que los inmigrantes no puedan votar hasta acceder a la ciudadanía. También son los que más consideran como algo importante para la democracia que los gobiernos tengan en cuenta las opiniones de otros gobiernos europeos. Por último, y en coincidencia con lo visto al respecto de la libertad de expresión en la encuesta del CIS de 2012, en la derecha se da menor importancia a la libertad de la oposición para criticar al gobierno (lo que ciertamente contrasta con las fuertes críticas contra el PSOE arriba recogidas). Además, en la izquierda se considera claramente mejor para la democracia un gobierno de coalición a uno mayoritario, mientras en el centro derecha existe una opinión dividida y, en la

extrema derecha, parece darse una apuesta por los gobiernos mayoritarios²⁷. Por último, sabemos que la posición ideológica también está relacionada con la importancia que se le da para la democracia a que los gobiernos cambien sus políticas según la opinión de la mayoría, siendo las personas de izquierdas más cercanas a tal flexibilidad.

6.1.7 Reflexiones sobre el enfrentamiento partidista a cuenta de la idea de democracia

Tres cuestiones centrarán las reflexiones al respecto de las acusaciones partidistas contra los partidos por antidemócratas. En primer lugar, y en conexión con la tensión entre consenso y conflicto vista en el anterior capítulo, conviene detenerse a analizar la constante equiparación de la democracia con el interés general y su consiguiente contraposición frente a los intereses particulares. También merecerá atención la importancia que adquiere como comportamiento considerado antidemocrático la misma descalificación del adversario como antidemócrata. Finalmente, resulta necesaria una breve reflexión sobre la ausencia de la dimensión económica o social de la democracia en estas acusaciones contra los partidos.

a. El democratismo como defensa del interés general sobre el interés particular

Un aspecto que he ido señalando especialmente a lo largo de las anteriores es la continua exigencia “democrática” para que los actores persigan el interés general y no su interés particular. Se trata de una cuestión profundamente vinculada a la diferencia entre consenso y conflicto vista en el apartado 5.2.6a, aunque no exactamente coincidente, y que también conecta con el análisis de la tensión entre intereses y valores en el ámbito internacional, formulado en el apartado 5.1.3. Como en dichos apartados, trataré de ofrecer en éste un trabajo deconstructivista tentativo, poniendo el énfasis en la imposibilidad y necesidad de esta diferencia.

Para contextualizar la cuestión de las facciones en la historia de las ideas, conviene comenzar distinguiendo dos tradiciones en la conceptualización de la democracia. Por un lado, encontramos a aquellos autores que tradicionalmente condenaron las facciones por

²⁷ Permítaseme insistir en las limitaciones para hablar de estas posiciones extremas.

introducir en la esfera política intereses particulares, que se consideran malvados y disolventes de la comunidad. Éste era el planteamiento moralista clásico, aunque suele identificarse con Rousseau ([1762] 2007), a partir del cual se habría desarrollado toda una tradición de pensamiento democrático que Sabine (1952) llamará “francesa”. En palabras de Rousseau ([1762] 2007: 31–32. L.2, cap. III): “Si cuando el pueblo, suficientemente informado, delibera, no mantuviesen los ciudadanos ninguna comunicación entre sí [...] la deliberación sería siempre buena. Pero cuando se desarrollan intrigas y se forman asociaciones parciales a expensas de la asociación general [...] las diferencias se reducen y dan un resultado menos general”. Es decir, no sólo condenaba Rousseau las facciones; también la deliberación misma le parecía arriesgada. Esta tradición se habría institucionalizado, por ejemplo, en la prohibición de toda asociación de ciudadanos por parte de la Asamblea Constituyente de 1791.

Por otro lado, Sabine (1952) localiza una tradición angloamericana, centrada en la libertad negativa y la tolerancia, que tendría origen en el pensamiento de John Locke y en la experiencia de la diversidad de sectas del protestantismo. La descripción de Sabine, eso sí, olvida las condenas de Madison en *El Federalista* a las facciones, aunque la necesidad política le llevara pocos años después a crear él mismo un partido (Madison, [1788] 1961; Przeworski, 2010: 7). Encontramos también un precedente de esta tradición en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, donde Maquiavelo ([1531] 2012: libro I, capítulo 5) plantea que la lucha en favor de intereses particulares, aunque pueda ser moralmente condenable, puede jugar un papel importante en la consecución del interés general.

No se trata desde luego de que Maquiavelo justificara estos intereses particulares, que para él (desde un planteamiento clásico) son la marca de la corrupción y anuncian la disolución de la comunidad política. Pero el florentino acepta como punto de partida la inevitabilidad de que la sociedad se divida en al menos dos facciones: ricos y pobres. Observando el caso de Roma, entiende que tales ambiciones partidistas pueden servir al interés general si se canalizan institucionalmente, logrando un equilibrio entre estas fuerzas sociales de tal forma que se controlasen mutuamente, evitando así los destructivos excesos propios de cada uno (Machiavelli, [1531] 2012; Skinner, 2000: 74-75). En esta línea, muchos autores se han preguntado qué efectos beneficiosos colectivos puede producir el enfrentamiento entre intereses diversos. Esto, incluso si la deliberación no se

desarrolla en los términos ideal-rationales habermasianos; esto es, bajo el modelo que Remer (2008) ha denominado “conversacional”, basado en la igualdad y en la victoria del mejor argumento.

Fundamentalmente, algunos autores plantean que la contraposición de intereses afinaría los razonamientos de los diversos adversarios, más hábiles sacando defectos a los argumentos de los demás que a los propios (Mercier y Sperber, 2011). Ello confirmaría la intuición de Bentham de que “unos y otros [...], al verse presionados con todas su fuerzas por sus antagonistas, despliegan en su defensa una capacidad y una energía que ellos mismos desconocían”²⁸ (Bentham, [1791] 1843: 362; Toscano, 2014: 176-184). De este modo descubrimos que la competencia entre ideas, este intercambio de pareceres, ocupa un lugar central para las teorizaciones que sustentan nuestra forma de gobierno²⁹.

Esta tradición encuentra reflejo más reciente la descripción que hizo Dahl ([1956] 2006) de las poliarquías como un gobierno influido por la competición entre muchas minorías o grupos de interés³⁰, y se manifiesta en su máxima radicalidad en las teorías económicas de la democracia que, partiendo de la metáfora del mercado y deseando prescindir de evaluaciones normativas, entienden la función social de los partidos políticos como mero subproducto de sus motivaciones privadas (fundamentalmente, Downs, 1957). Para esta tradición de pensamiento resulta además fundamental el ataque de Schumpeter contra la idea de un bien común determinable, respecto al cual todos pudiesen ponerse de acuerdo. Tal interés no sería más que un engaño racionalista para Schumpeter ([1942] 1983: 321-324): dado que “los valores últimos [...] están más allá [...] de la mera lógica”, el “bien común” siempre significará algo distinto para los distintos ciudadanos y grupos.

Esta descripción de la realidad, que no enuncia sino el pluralismo de valores, apenas sí resta poder normativo a la noción de un interés general (Pateman, 1970). Así lo

²⁸ “It is easily perceived that a political assembly is not a society of academicians; that the principal advantage of a national senate, and of public discussion, arises from that activity of mind, from that energy of feeling, from that abundance of resources, which results from a large assembly of enlightened men who animate and excite each other, who attack without sparing each other, and who, feeling themselves pressed by all the forces of their antagonists, display in their defence powers which were before unknown to themselves”.

²⁹ Piénsese en el discurso de Burke ([1774] 1999) a sus electores de Bristol o en *El Federalista* (Madison et al., [1788] 1961).

³⁰ “As compared with the political processes of a dictatorship, the characteristics of polyarchy greatly extend the number, size, and diversity of the minorities whose preferences will influence the outcome of governmental decisions”.

considera también Urbinati. Siguiendo a Kant, la profesora italiana entiende que la presunción de pertenecer a la misma comunidad y la idea de un bien general guía al juicio y hace que las instituciones sean vistas como legítimas, pese a las discordancias de voluntad concretas (Urbinati, 2008: 128-137). Esta ficción (no por ello falsa, pero sí convenida) sería el “motor central para democratizar la representación” (Urbinati, 2008: 223). El bien común o interés general, en definitiva, ocupa el horizonte de consenso, tan imposible como necesario, que en el apartado 5.2.6 mostré como exigencia normativa derivada del valor autonomía.

Desde una perspectiva postestructuralista se hace perentoria la necesidad de difuminar la estricta diferencia entre el interés particular y el interés general que el discurso público hipostasía. Además de Maquiavelo, el propio Rousseau nos ofrece ayuda para ello, contrariamente a lo que pueda pensarse *a priori*. Tal es su antiesencialismo con estas nociones que, según él mismo plantea, el interés común de los miembros de una asociación es general con respecto a los intereses particulares de dichos miembros, pero resulta particular con respecto al conjunto de la sociedad (Rousseau, [1762] 2007: L.2; Cap. III). Aunque el ginebrino plantea el horizonte de la “voluntad general” racional según la cual los ciudadanos deben orientar su voto, también nos dice en el Capítulo III del segundo libro de *El Contrato Social* que sólo podremos conocer dicho interés general sumando las voluntades particulares y restando las diferencias. Reside aquí el corazón democrático del pensamiento rousseauniano, pues de este modo la legitimidad del poder político pasa a depender de que el interés general sea definido a partir de las voluntades particulares de los ciudadanos, y no meramente desde una atalaya racionalista, que bien podría ocupar un déspota ilustrado.

En todo caso, mantener el horizonte de una voluntad general racional abre la puerta a poder considerar que los ciudadanos (la voluntad de todos) se ha equivocado al definir su interés. Pese a las desconfianzas que Rousseau expresara contra el debate, esta tensión normativa le abre la puerta. Precisamente en esta dirección parecen ahora avanzar algunos teóricos de la democracia deliberativa que, si bien tradicionalmente han excluido la importancia de los intereses particulares, finalmente vendrían a aceptar que “el interés particular, apropiadamente limitado, debe ser parte de la deliberación conducente a

decisiones democráticas”³¹ (Mansbridge et al., 2010). Encontramos, por tanto, cierta convergencia entre ambas posiciones extremas.

Por otro lado, no se trata sólo de que en democracia la voluntad general se defina a partir de lo particular, sino también de que las voluntades particulares se definen en su relación con el interés general, especialmente cuando las diversas posturas entran en colisión. Los debates políticos no sólo ayudan entender mejor cuál es el interés del conjunto social (de acuerdo a un sistema de valores u otro), sino que, además, ayudan a la comprensión del propio interés. Tal interés no puede entenderse desde un individualismo radical; requiere del contexto (social) para ser definido. En el fondo, la cuestión que encontramos es aquella sobre la articulación de las partes y el todo: de los individuos y grupos, incluida la sociedad. Es un problema característicamente visible en las comunidades políticas delimitadas en torno a la ciudadanía tal y como las conocemos, y que tan solo se complejiza, incluso si se invisibiliza, según se multiplican los niveles políticos, desde lo local a lo global, desde lo territorial a lo identitario.

Sin embargo, lo que se percibe en la prensa analizada es cómo, bajo la luz de un interés general idealizado y opuesto radicalmente a los intereses particulares, el disenso resulta necesariamente tramposo, tedioso e insoportable. La política de partidos se problematiza por esta vía como sinónimo de “cálculo electoral, cambalache y mentira” (ABC14502)³². Como señalaba Arendt ([1995] 1997), no debe entenderse que los efectos de tal concepción de la política terminan en el tipo de críticas que se formularán. Muy al contrario, sus más profundos efectos, dado el carácter performativo de nuestros conceptos, se observarán en el modo en que la política misma transcurre.

A esta tentación de cargar la idea de democracia con nociones fundamentalistas del interés general puede responderse con varias advertencias. En primer lugar, debe tenerse cuidado para que tal idealización no acabe arrasando a los diversos componentes de la comunidad política, anulando el debate e imponiendo una asfixiante homogeneidad. Aquí vuelven a ser pertinentes las advertencias arriba señaladas sobre el consenso. En segundo lugar, deben recordarse –aceptando la irracionalidad moral del mundo– los posibles beneficios de algunos comportamientos moralmente reprobables, pero que facilitan la

³¹ “self-interest, suitably constrained, ought to be part of the deliberation that eventuates in a democratic decision”.

³² Uno de los grandes subtemas a los que no podré dedicar la atención deseada (y que queda pendiente para siguientes investigaciones) es precisamente esta percepción de la política.

preservación y expresión de diversas posturas, manteniendo vivo el debate, cuando no sirviendo a la convivencia³³. En tercer lugar, podría argumentarse que, si no es posible habitar una democracia “completa” y perfecta en la que todos los agentes se comportan de acuerdo a las pautas deliberativas —es más, si dichas pautas están en debate—, la obligación de limitarse a argumentar racionalmente se debilita frente a las exigencias que se siguen de los valores que nuestra facción defiende. Unos valores que, además, pueden haberse formulado con referencia a la idea misma de “interés general”, tal y como planteaba Burke ([1770] 2014) al respecto de los partidos políticos. Se abre así la puerta al uso de la manipulación emocional, las ocultaciones y la mentira en democracia con referencia al interés general.

Es así como dirigentes de un partido político bien podrían entender que ciertos actos de corrupción que benefician a su organización constituyen un mal necesario para acercar a su partido al poder, lo que seguramente tales dirigentes consideren condición necesaria para que se lleven a cabo las políticas que en su opinión son más convenientes para el interés general. Así puede entenderse también que algunos electores prefieran votar a opciones políticas cercanas pese a que cuenten con un dilatado historial de corrupción, especialmente si las alternativas le resultan intrínsecamente corruptas o dañinas a niveles irreparables para el interés común. Si se me permite recurrir a una *reductio ad hitlerum* para construir un ejemplo: un demócrata encontrará preferible votar a un demócrata corrupto antes que a Hitler, por muy honrado que éste pudiera ser. Desde luego que la mayoría de alternativas políticas en democracia no la constituyen partidos dispuestos a destruir la democracia. Pero eso no quita que el votante convencido de su posición política pueda entender al resto de posiciones como intrínsecamente corruptas en mayor o menor medida.

Tal argumentación a favor de los intereses particulares, que desde el moralismo sólo podrá tacharse —posiblemente con razón— de cínica, puede aún llevarse más lejos. Para ello, sólo debe señalarse la importancia de los partidos políticos para la forma en que hemos institucionalizado la democracia en occidente, así como la necesidad de que se den posibilidades ciertas de alternancia. En este sentido, llevando esta lógica al extremo, podrían justificarse las más atroces barbaridades en nombre del orden democrático y de

³³ Sobre el papel de algunos vicios en el funcionamiento de nuestras sociedades, véase Shklar (1984). Debo a Paloma de la Nuez la referencia.

los propios partidos políticos. Ciertamente, no debe descartarse que en circunstancias concretas la mejor opción sea sustituir dichos partidos por otros nuevos. Pero esto no puede ocultar a una mirada imparcial que la pérdida de un partido supondrá, como mínimo, un sacrificio de la experiencia organizativa y relaciones acumuladas, además de un momento de riesgo para los valores que tal partido defiende. Aun si concluimos que el balance resultaba netamente negativo, deberá reconocerse que aquellos partidos seguramente tuvieron algunas virtudes y/o efectos positivos que se perderán.

El político individual incluso podrá llegar a considerarse pieza fundamental en la causa que dice defender, identificando totalmente su causa personal con el interés general. Así, queda patente la importancia de la distinción entre interés general e interés particular, pero también la imposibilidad de su diferencia total y el peligro de radicalizar la diferencia para la práctica política.

b. La calificación como antidemócrata por descalificar de antidemócrata

Dado el prestigio de la idea de democracia, no extraña que a nadie le agrade ser acusado de antidemócrata. Quizás por la reacción emocional que ello conlleva, o quizás pensando que es la respuesta que mejor resultado político puede proporcionarles, en ningún lugar del espectro ideológico encontramos respuestas a estas acusaciones que contengan un análisis de los valores, los argumentos y los hechos que las motivan. Por el contrario, se recurre frecuentemente a denunciar que acusar de comportamientos poco democráticos es en sí mismo poco democrático. Estas respuestas se basan en la acertada intuición de que una democracia requiere la aceptación de la legitimidad del adversario y del conflicto político. Es decir, requiere reconocer a “adversarios” y no sólo a “enemigos”³⁴. Las críticas por carencias democráticas, sin embargo, bien podrían ser certeras desde las concepciones compartidas de democracia, en cuyo caso serían útiles para mantener a los distintos actores dentro de los parámetros que permiten la supervivencia del sistema democrático, como amenaza de ser públicamente señalados y electoralmente castigados.

³⁴ Es una diferencia que corre pareja a aquella establecida por Mouffe (2012) entre el antagonismo propiamente dicho y el agonismo, en la que los adversarios son amigos porque comparten el mismo espacio simbólico pero enemigos en tanto que quieren organizar dicho espacio de forma diferente.

La libertad de expresión que otorga la democracia, desde luego, incluye esta posibilidad de crítica, incluso para descalificar como antidemócrata al adversario dados sus comportamientos o creencias. Sin embargo, puede localizarse aquí un dilema propio de la democracia y que, en última instancia, remite a la tensión entre su naturaleza como orden y como apertura a la propia transformación y la expresión de diferencias. Es la posibilidad de que la crítica, que la democracia permite y anima, incluso –o, especialmente– si es certera, pueda desgastar a las mismas instituciones en que se encarna la democracia (partidos y tribunales los primeros), que siempre serán imperfectas, pudiendo hacerlos colapsar en lugar de mejorarlos. Especialmente peligroso será esto en un contexto de nociones perfeccionistas, no gradualistas, en el que se *es* o no se *es* una democracia. En último término, no se trata sino de un nuevo caso en el que el mero pensar, especialmente en un contexto ideológico metafísico, puede entrar en conflicto con la conservación de las instituciones políticas.

Echando la vista atrás, llama la atención que el argumento sobre la falta de democraticidad de los partidos ideológicamente de derechas haya sido parte del repertorio del PSOE desde la misma Transición. Lo fue contra AP, pero también contra UCD: “La primera elección, decidir entre demócratas auténticos y conversos de última hora, es fácil. Al pueblo no se le confunde con declaraciones oportunistas que las biografías contradicen de modo rotundo. Los ex ministros y tecnócratas están invalidados de salida [...]. El PSOE es garantía de democracia y desarrollo armónico”, firmaba González en 1977³⁵. En realidad, desde muy temprano, “*antidemocrático* supone una acusación que se dirige desde todos los ángulos del espectro político” (Santiago Guervós, 1992: 148). Por ello, a los argumentos alarmistas contra estas denuncias se les puede recordar que “la democracia” española ha sido perfectamente capaz de sobrevivir a este tipo de acusaciones durante 40 años. Ello, desde luego, no significa que tengan un efecto positivo. Al fin y al cabo, como ya se mostró en el capítulo cuatro (4.1), las encuestas muestran un pronunciado descenso de la confianza en las diversas instituciones que quizás se haya visto influido por esta forma de enfrentamiento. Pero si profundizamos en su formulación quizás pueda hallarse alguna contribución a la democracia.

³⁵ “Por qué socialismo, por qué PSOE”, Publicado por Felipe González en *El País* el 12 de junio de 1977 y disponible en: <http://linz.march.es/documento.asp?reg=r-17028> . (última consulta: mayo de 2019).

Con acusaciones mutuas tan graves entre los partidos como las arriba presentadas, sorprende que en ningún momento se cuestione la democraticidad misma de las instituciones. Esto queda patente de forma especialmente llamativa cuando se dice que las víctimas han “sido derrotadas por las instituciones democráticas en favor de la banda terrorista” (M15504). Pese a todo, siguen siendo “las instituciones democráticas”. Es más: “las víctimas dejaron muy claro que acatan la decisión del Constitucional” (sin que llegue a explicarse, eso sí, qué harían si éste no fuera el caso) (M15502, M15504)³⁶. La prensa simpatizante percibía que de boca de víctimas del terrorismo como Ortega Lara estaba surgiendo “un mensaje muy disolvente con las instituciones, con las representaciones del Estado, como si todas ellas merecieran ser perseguidas por una reputación de traidoras que no arreglará un posible gobierno de Rajoy” (M15505). Este peligro también se detectaba desde *Público*, y se utilizaba en defensa de los indignados:

¿No es antisistema cuestionar la legitimidad del Tribunal Constitucional o sus sentencias? ¿No es ir contra el sistema votar en la oposición lo contrario a lo que se haría en el Gobierno? ¿Y tapar la corrupción? Si los que proclaman un día sí y otro no que el país está al borde del precipicio no son antisistema, serán prosistema pero con muy mala leche (P19520)

Caben tres vías para explicar este acatamiento pese al debilitamiento de la legitimidad democrática: la primera, que podría entenderse improbable, considerar que se exageraba o mentía en lo referente a su percepción de los hechos. La segunda, entender que esta “prostitución de la democracia” no era suficiente como para cuestionar la democraticidad del sistema en su conjunto, sea porque otras dimensiones del concepto avalaban al sistema, sea por tratarse de un suceso puntual. Tercero, concluir que se brindaba al Estado una autoridad que transcendía su legitimidad democrática (quizás porque la alternativa es la *poco democrática* violencia: la rebelión). En cualquiera de los tres casos, sobre este fondo es como mejor se entiende la radicalidad y especificidad del 15M al reclamar la desobediencia (aunque siempre pacífica) y cuestionar la democraticidad del sistema político.

³⁶ Y todo ello, pese a que “Rajoy no tocó el tema” (P21506), lo que llevó a hablar de la “silente complicidad del PP” (M20514); un silencio calificado de “«atronador»” (M24512), y que sin embargo algunos consideraban lo más prudente. Esta era entonces la interpretación de Federico Jiménez Losantos (M18504), mientras otros atribuyeron la posición de Rajoy al mero interés electoralista, para evitar movilizar a la izquierda, como fue el caso de Hermann Tertsch (ABC17504).

En último término, cabe plantear si estas acusaciones, aún si en el largo plazo han podido desgastar al sistema, al mismo tiempo han podido contribuir a su perduración y percepción como democracia. No sólo porque la amenaza de que les tachan con tal descalificación mantenga a raya a los contendientes; también porque estas descalificaciones son una fuente de conflicto político. Un conflicto articulado en torno a un mismo concepto (la democracia) que se intenta vincular con uno u otro partido por exclusión del contrario. Esto supone el mínimo de consenso, pues todos los actores reconocen el significante democracia (aunque pueda entenderse de forma distinta) como valioso, y una consiguiente disputa en términos agonistas (y no antagonistas), puesto que “comparten un espacio simbólico común”, previniendo así “el crecimiento de diversos fundamentalismo de tipo religioso, moral y étnico”, así como “la apatía” y “el distanciamiento respecto de la participación política” (Mouffe, 2012: 30, 46, 109, 114-117). En otras palabras: escenifican la existencia de alternativas importantes sobre las que decidir mediante el voto. Y esto, sin que tener que tematizar con ello antagonismos sobre otras cuestiones esenciales y que podrían desbordar al sistema político y/o económico.

Sin embargo, que cuestiones más radicales no se recogieran mediante el significante “democracia” no significa que el debate estuviera hueco por necesidad. La idea de democracia tiene potencial para provocar una discusión profunda sobre acciones o propuestas políticas y sus consecuencias y sobre la propia concepción de la democracia. Además, como limitación de la presente investigación, no cabe descartar que esos debates sucedieran alejados de la palabra democracia, quedando fuera de la muestra. Pero lo que sí podemos preguntarnos es si a través de estas acusaciones que recurren a la idea de democracia se estuvo discutiendo “real” o “suficientemente” sobre distintas vías de acción y distintas percepciones de los hechos o si más bien se puso la idea al servicio de un mero juego de apariencias cuyo apoyo no estaría en la experiencia sino, fundamentalmente, en los intereses electoralistas. Queda a juicio del lector calificar la calidad del debate arriba presentada. Tendrá que tenerse en cuenta para ello que varios desacuerdos, como indiqué, nunca llegaron a explicitarse y dialogarse, quedando sustituidos por la descalificación. No extrañará por ello que, tal y como se verá en el siguiente capítulo, abundaran aquellos días las críticas contra los términos de la campaña electoral.

c. La sorprendente ausencia de la dimensión social de la democracia en las acusaciones partidistas

Resulta ciertamente significativo que ni los representantes de los partidos ni sus simpatizantes hagan uso de la dimensión social de la democracia en sus descalificaciones mutuas, especialmente vistos los datos expuestos en el apartado 3.1 acerca de la importancia que los españoles conceden a esta dimensión para la democracia en las encuestas y su transversalidad ideológica, señalada en el apartado 6.1.6. Este tipo de acusaciones además era previsible dada la tradicional asociación de la izquierda con la mejora de las condiciones de los trabajadores y los más desfavorecidos mediante medidas directas y fundantes de derechos sociales. Mientras, la derecha ideológica suele representar valores conservadores y, en consecuencia, a favor de la existencia de diferencias de clases, sin que esto implique necesariamente una menor preocupación por el bienestar de los sectores económicamente más vulnerables, pero sí desde un enfoque indirecto sobre la solidaridad, a ejercer a través del crecimiento económico vía acumulación de recursos en manos de quien sabe hacerlo producir, cuando no mediante la caridad.

No puede pasarse por alto que la preocupación por los desfavorecidos ha sido históricamente central para la palabra (y el concepto) de democracia. El mismo Aristóteles hizo notar que la diferencia fundamental entre regímenes políticos no estaba en si gobernaban los más o los menos, sino en si estos eran los pobres (democracia) o los ricos propietarios (aristocracia) (Aristóteles, [ca. 350 a.C.] 1998: 1279b-1280a). En palabras de Platón: “Nace, pues, la democracia, creo yo, cuando, habiendo vencido los pobres, matan a algunos de sus contrarios, a otros los destierran y a los más les hacen igualmente partícipes del gobierno y de los cargos...” (Platón, [ca. 375 a.C.] 2013: 557a). No extraña por tanto que, para definir el carácter democrático de la Atenas clásica, resulten fundamentales algunos elementos de las reformas de Solón y Clístenes que favorecían a estas clases desfavorecidas y promovían su igualdad: la eliminación de las limitaciones censitarias, con la consiguiente incorporación a los derechos políticos de los agricultores hoplitas primero y de los *thetes* –de los desposeídos– después, además de la implantación de remuneraciones económicas para la participación política y la eliminación de la esclavitud como pago de las deudas (Raaflaub, 2016: 518; Abellán, 2011a: 30; Keane,

2010: 5-10). Debe recordarse también que Solón impulsó con éxito el valor de la medida y la censura contra el enriquecimiento injusto (Adrados, 2011: 70).

Sin embargo, aunque pueda resultar contradictorio a primera vista, algunos estudios indican que la igualdad en Atenas se entendía fundamentalmente restringida al ámbito político, como igualdad de oportunidades para entrar en la competición pública, en contraste con otras ciudades estado que sí discutían problemas como el reparto de tierras (Hansen, [1984] 1991: 81). Para entender esta aparentemente contradictoria posición, cabe traer a colación, por su similitud, aquella sostenida por Rousseau en *El Contrato Social*. En dicho texto, el ginebrino sólo justificaba límites a la propiedad cuando fueran necesarios para el sostenimiento de la igualdad política; para garantizar “que ningún ciudadano sea lo suficientemente opulento como para comprar a otro, ni ninguno tan pobre como para ser obligado a venderse” (Rousseau, [1762] 2007: 1.2, Cap. XI).

En todo caso, el aspecto económico acabará en algunos momentos de la historia vinculado directamente al significado de democracia, y no sólo como condición de la misma. Estas formas de entender la democracia serían por tanto parte de las “concepciones sustantivas” de democracia, disponibles en las versiones marxistas de la idea, pero también en otras no marxistas. Democracia, cuando quedaba vinculada a la lucha obrera, se oponía a plutocracia. Como Hanson (1989) ha mostrado, la pérdida de la vinculación entre democracia y proletariado corrió pareja a su popularización, encontrándose en “los consumidores” una clase de mayor universalidad.

Como hizo notar Tocqueville, el principio de la igualdad política tiene tendencia a expandirse a otros ámbitos; además, dada esta igualdad, “todos se sienten expuestos por una misma debilidad a los mismos peligros, y tanto su interés como su simpatía les impone el deber de prestarse mutua ayuda en caso de necesidad” (Tocqueville, [1840] 2002: 421-422, 225). Hasta nuestros días llega también este significado a través de la ambigüedad en la palabra “pueblo”, quien suele suponerse que gobierna (en algún sentido) en democracia: por un lado, entendemos por tal cosa el conjunto de la población, el soberano. Por otro, se refiere a aquella parte que no ocupa posiciones dirigentes; es lo contrario a la élite; son los “ordinarios”; normalmente, los pobres (Adrados, 2011: 56, 69; Hansen, [1984] 1991: 69).

Esta dimensión social bien puede quedar implícita una vez que se asume que lo propio de la democracia es la igualdad de todo tipo. Así, encontramos que “el uso y abuso de

democratizar dará lugar a una ampliación de sus usos, que penetran en el léxico general como sinónimos de «generalizarse», «extenderse» (de Santiago Guervós, 1992: 145). Encontramos en la prensa un ejemplo acerca de la televisión: “«la mayor virtud del medio es “la democratización». «Ahora cualquiera puede salir en televisión y contar su historia [...]»” (P15513). “Cualquiera”, en este contexto, no remite específicamente al económicamente desposeído, aunque sin duda lo incluye y, si se quiere, hasta lo enfatiza.

Diversas formas de entender la relación entre democracia y distribución económica justa son por tanto rastreables en la historia de la palabra. Estas concepciones son además más o menos predominantes en los distintos países en el presente, como se ha visto en el capítulo tercero que reflejaba la Encuesta Social Europea (y con las limitaciones también mencionadas). Gracias a ésta sabemos que los españoles otorgan especial importancia para la democracia no sólo a los aspectos liberales (con respecto a los que la mayoría de los ciudadanos son de por sí más exigentes que sus pares europeos), sino también a la protección contra la pobreza y a la redistribución (Kriesi et al., 2016). La falta de referencias a esta dimensión de la democracia en el enfrentamiento entre PP y PSOE mediante la referencia a la palabra democracia (con excepción de algunas reacciones al 15M) indica cierta desconexión entre la concepción de democracia de los españoles y el uso de democracia que hacen estos partidos en su enfrentamiento. Será el 15M quien precisamente vendrá a recordar la vinculación entre economía y democracia, acusando a “la democracia” de haberse convertido en plutocracia. Pero eso será materia del próximo capítulo.

6.2 LA DEMOCRACIA FRENTE A LA VIOLENCIA

Antes de eso, y por su afinidad temática y teórica con la frontera que forma la “lucha” política partidista, conviene detenernos en otra frontera: aquella que separa a los demócratas con respecto de la violencia y los violentos, representados en el momento analizado fundamentalmente por la banda terrorista ETA. El tema central que pone en juego esta división en la prensa en los días analizados es la no ilegalización de Bildu. Esta cuestión abrió un enfrentamiento por situar a Bildu en un lado u otro de la frontera, en el que aparecen tres/cuatro posiciones distintas que hacen un distinto uso de la idea de democracia: 1) la de quienes se mostraban conservadores con respecto a la frontera anterior, que excluía a Bildu; 2) la posición de quienes, desde el tradicional bando de los

demócratas, aceptaban a Bildu como adversario legítimo, 3) la posición de Bildu y 4) la posición de ETA (cuyo discurso, en todo caso, está prácticamente ausente en la prensa pero que, según la posición conservadora, sería idéntica a la posición tres).

6.2.1 El debate sobre la frontera entre demócratas y violentos

Las definiciones académicas de democracia como un “proceso que trata de sustituir la confrontación violenta por el debate y la discusión”³⁷ (Schwarzmantel, 2010: 220) encuentran reflejo en la esfera pública: “La democracia es el sistema con el que los ciudadanos podemos cambiar a los gobiernos que lo hacen mal de manera pacífica”, decía Esperanza Aguirre en un *tweet* del 20 de mayo³⁸. Por ello, “[c]uando el nivel democrático es bajo, las contiendas electorales se parecen cada vez más a las guerras” (M15507). Esta concepción de la democracia como escapatoria a la violencia se encuentra fuertemente vinculada a la carga de experiencia histórica que arrastra la idea de democracia en España, en tanto que la Transición se interpreta como reconciliación de dos bandos enfrentados en la Guerra Civil. La democracia (el sistema y el valor), de este modo, vendría a ofrecer una salida pacífica a aquel enfrentamiento, que el franquismo sólo habría sabido gestionar mediante una violencia represiva e ilegítima. Así, el historiador Manuel Lucena Giraldo llega a decir que “[f]uera de ella [del proyecto democrático de la nación española] solo hay ruina, violencia, totalitarismo y miseria” (ABC16510).

Efectivamente, se asume que la paz es una de las consecuencias positivas que la democracia provee y que la legitiman (“el tan criticado sistema, con todos sus defectos, nos ha procurado la más brillante era de paz y de prosperidad de nuestra Historia”, M21512; “El mundo es más seguro y más estable si se respetan los deseos de los ciudadanos”, EP20513). En la mejor de las tradiciones liberales, además, puede encontrarse al menos una cita, ya arriba mencionada, que contempla casi por descuido la rebelión como única vía posible (quizás, incluso, legítima) frente al autoritarismo: “Con

³⁷ “democracy as a process seeks to replace violent confrontation by debate and discussion, aspiring to the peaceful reconciliation of the conflict and difference which are inherent in any modern complex society”.

³⁸ El *tweet* puede consultarse en: <https://twitter.com/EsperanzaAguirre/status/71552872181014528> (Última consulta: junio 2018).

todas sus imperfecciones, España es una democracia, no una dictadura opresiva contra la que sólo cabe rebelarse”³⁹ (M21505).

El valor democracia, por tanto, abre en esta ocasión la posibilidad de no comportarse de forma estrictamente pacífica, siempre y cuando nos encontremos en contextos o frente actores no democráticos. La siguiente referencia, desde la ironía y a cuenta de la regulación que aquellos días inauguraba Francia sobre el toreo, muestra con humor hasta qué punto esta dimensión pacifista del significado de democracia es expansiva, pero también cómo la diferencia entre ser democrático o no serlo afecta a la autorización moral para hacer uso de la violencia: “Así resolvió Francia el problema: lidiar a un animal doméstico, y por tanto democrático, es tortura; lidiar a un toro encastado, y por tanto fascista, es cultura” (ABC17513). Con lo dicho, queda de manifiesto la función legitimadora de la idea de democracia para los sistemas políticos, pero también su potencial revolucionario frente al resto de formas políticas.

La prensa muestra que no sólo la democracia se considera pacífica por definición, sino la política misma. Así queda patente, por ejemplo, cuando se plantea la posible naturaleza “política” del terrorismo de ETA. Desde la posición subjetiva de “los demócratas”, particularmente para aquellos conservadores con respecto a Bildu, no se puede admitir “que se califique de «organización política» a una banda con más de 800 asesinatos a sus espaldas” (M24503). Martín Garitano, candidato de Bildu entrevistado en *El Mundo*, se remitía a los estatutos del partido para manifestar “una posición clara e inequívoca de actuación por vías exclusivamente políticas y democráticas”. Pese a establecer esta oposición entre las vías violentas y las “políticas y democráticas”, el candidato también afirmaba lo siguiente: “R.– ETA es una organización político-militar que ha ejercido la violencia política y la ha padecido [...]. Y ETA es un agente político, si no, no estaríamos hablando de ella. Estaríamos haciendo una entrevista de sociedad. P.– Un agente político con pistolas. R.– No lo dudo, es una obviedad” (M24510)⁴⁰. Su concepción de la política, por tanto, resultaba contradictoria.

Efectivamente, la principal frontera que cabe esperar en torno a la idea de democracia y al respecto de la violencia en la prensa de aquellos días de 2011 es aquella entre los

³⁹ Aunque no sería descabellado en el contexto de fundamentalismo pacifista que esta *rebelión* sólo se legitimase si es pacífica.

⁴⁰ En este fragmento se manifiestan elementos realmente interesantes, de los que no podría prescindir un futuro estudio sobre la idea de política, pero en los que no podré profundizar aquí.

demócratas y los terroristas. Dada la vinculación entre la frontera histórica y la que separa democracia de violencia, ETA queda connotada como un anacronismo, como una rémora del pasado “sectario y violento”, en el cual pudo tener sentido⁴¹, y que “condensa todos los anti-valores de la Transición: violencia, terrorismo, sectarismo, separatismo, anti-modernidad, autoritarismo”, como bien expresara Franzé (2015b: 6). Esta frontera frente a los etarras se localiza de forma muy clara en otros textos e intervenciones, por ejemplo, con la idea de “la unidad de los demócratas” (Garzón, 2006: 24, 96-97; Murua Uria, 2016: 68). Sin embargo, en el momento analizado, la frontera aparece difuminada. Lo que encontramos en la prensa en los días analizados es precisamente una dislocación de la frontera: un debate sobre sus límites.

La coalición Bildu pudo concurrir a las elecciones municipales en País Vasco por primera vez en aquella convocatoria gracias a la sentencia de 5 de mayo de 2011 emitida por el Tribunal Constitucional⁴², que se pronunciaba contra la sentencia desfavorable previa del Tribunal Supremo. Se rompía así la unidad de criterio (el *consenso*) a este respecto entre e intra-tribunales, vigente desde la ilegalización de Batasuna en 2003.

Bildu concurre con previsible (y después confirmado) éxito. El debate que ello generó tuvo una importante presencia del tema en la prensa: su tratamiento en relación con la palabra democracia y derivados aparece en 34 de los 44 periódicos analizados. Este hecho dislocó profundamente el discurso cultural, como lamentaba este periodista: “Extraños tiempos, en los que las víctimas son antisistema y Bildu da lecciones de integración democrática” (M15505). La frontera que separaba a los demócratas de los terroristas se veía amenazada, pues parte de lo que se había considerado terrorismo (el llamado “entorno” de ETA, la Batasuna de la expresión “ETA-Batasuna”) había cruzado la línea para algunos, “recorriendo el camino de integración en democracia”⁴³ (EP16504).

⁴¹ Una prueba de lo extendido que se encuentra este “sentido” de la violencia terrorista durante la Dictadura, pero también la prueba de que se percibe como una prohibición (cuya violación genera placer, *jouissance*, en forma de gracia), podría encontrarse en lo común de los chistes acerca del atentado contra el Almirante y Presidente del Gobierno, Carrero Blanco. Especialmente resulta interesante el trato diferente dado a estos chistes, en general objeto de una aceptación tras el tabú, y los chistes acerca de víctimas de ETA durante la democracia, en cuyo caso el tabú, a falta de investigaciones empíricas, parece adquirir otra naturaleza o, al menos, otro grado.

⁴² Se trata de la Sentencia 62/2011 del Tribunal Constitucional, publicada en el BOE del miércoles 25 de mayo de 2011; es decir, en fecha posterior a los días analizados. La sentencia determinaba “la insuficiente entidad probatoria de los indicios manejados por el Tribunal Supremo para poder justificar en este caso el sacrificio de los derechos fundamentales de participación política en términos de igualdad y libre defensa y promoción de la propia ideología” (p. 124).

⁴³ Mi énfasis para destacar la metáfora geográfica.

Para los más optimistas, aunque no habían entrado rotundamente en el bando de los demócratas, tampoco eran ya los enemigos que hasta entonces habían sido. Ahora, con mayores o menores sospechas, se habrían convertido en legítimos adversarios.

Aparecen en este sentido actores que se resisten a este movimiento de la frontera. Éstos reaccionan identificando a la coalición electoral Bildu (o a otros partidos políticos abertzales como Sortu) con ETA («Bildu es ETA» o «los representantes de ETA», decía Rosa Díez, M14502). La metáfora de la frontera, de hecho, llega a hacerse explícita para descalificar al PSOE por un potencial pacto con Bildu: “¿Y después del 22 M? Ya sólo les quedará pasar la frontera democrática buscando la alianza hasta con Bildu” (ABC18508). En esta lucha simbólica, la división entre terroristas y demócratas se llegó a presentar esencializada mediante una metáfora animal: “Nunca he visto un caimán vegetariano. Son animales que comen carne y hoy en día han decidido comer vainas y acelgas democráticas” (EP21507)⁴⁴. Parecido esencialismo, ahora en clave moral y nacional, encontramos cuando la expresión “los españoles de bien” (M15502) sustituye al significante vacío por excelencia en oposición a los terroristas: “los demócratas”.

De esta forma, la no ilegalización de Bildu propició un (a menudo agrio) debate en el que la democracia ocupaba un lugar importante para explicar los diferentes desacuerdos, fuera en torno a los hechos, las cuestiones jurídicas o la valoración de la no ilegalización. El potencial movilizador del problema terrorista no hizo sino multiplicar esta presencia en el contexto de la campaña electoral, que el Partido Popular además procuraba centrar en temas de ámbito nacional-español, donde se consideraba mejor posicionado que en lo regional y local. Estos discursos pueden calificarse de ideológicos: el que apoya la participación de Bildu, de ideológico transformador, porque movía la frontera que hasta entonces estaba consensuada y que constituía la posición hegemónica, institucionalizada. Por otro lado, el discurso que condena este movimiento de la frontera es también ideológico, aunque conservador: ante la sentencia, se ve obligado a reelaborar el discurso cultural, pasando para ello a Rodríguez Zapatero y al Tribunal Constitucional al otro lado de la frontera. Ambos quedan convertidos en cómplices de los violentos, sin que pueda ocultarse el interés partidista en tamaña afirmación.

⁴⁴ Al hilo de esta metáfora, no debería sorprender si, ante la imposibilidad de acercar la realidad al ideal democrático en otras dimensiones del concepto, se extendieran los movimientos que buscan librar de la violencia a los animales en nombre de la democracia.

6.2.2 Los hechos: ser demócrata como una cuestión de sincero compromiso

La cuestión fundamental en liza, tanto a nivel jurídico como a nivel político, trataba sobre la relación entre ETA y Bildu, con Batasuna como ocasional mediadora. De un lado, algunos consideraban que la “legalización” de Bildu era parte de un “pacto de ETA con Zapatero y Rubalcaba” (M18504), un “premio por adelantado” a quienes no van a “respetar las reglas del juego democrático” (ABC24512, ABC23505). Éstos entendían que, en realidad, estábamos ante una nueva artimaña de ETA, ante una “«tregua táctica»” (ABC20520) para lograr financiación y acceso a las instituciones. Otros, por el contrario, creían que la ruptura de la anterior tregua por parte de ETA había llevado a un cambio de posición en la izquierda abertzale en contra de la voluntad de ETA, lo que justificaba la no ilegalización. En definitiva, la cuestión central era si los miembros de la coalición estaban realmente comprometidos con la democracia, entendida como resolución electoral y pacífica de los conflictos; aunque, en este contexto a veces “democracia” también se entendía como el sistema político español.

Cuando se cree que no existe tal compromiso, a todos los miembros de Bildu se les identifica, cuando menos, como “los proetarras” (ABC23502). No se hace excepción ni siquiera cuando se reconoce cierta pluralidad interna en dicha coalición electoral:

Los arúspices gubernamentales tratan de presentar la emergencia de los continuadores de ETA como un síntoma esperanzador de aislamiento democrático de la banda, pero los hechos son tercos: la coalición apoyada por Batasuna, y compuesta por muchos de sus miembros, ha entrado con fuerza en las instituciones sin que se produzca el desistimiento de las armas y sin condenar el terrorismo (ABC24501)⁴⁵

En total contraste, desde las páginas de *Público* y *El País* generalmente se entendía que “Bildu no es un resultado de la estrategia de ETA, sino que es el resultado del fracaso de dicha estrategia [del uso de la violencia como *medio*] frente a la política antiterrorista puesta en práctica por el Estado español. El hecho de que la izquierda abertzale vaya a concurrir a las elecciones del 22 de mayo con Bildu no es un éxito de la organización terrorista, sino de la democracia española” (EP14506). En la misma línea, y como

⁴⁵ Énfasis mío para marcar el conocimiento de esa pluralidad interna de la coalición.

excepción a su marcada línea editorial, puede encontrarse una interesante referencia en *El Mundo*, donde Arcadi Espada opinaba que “hay una importante novedad moral: [esos votos] han sido obtenidos por un partido que rechaza la violencia. Bildu no es ETA, porque ETA solo es la pistola” (M24501).

El 52% de los vascos, según informaba *El País*, compartían esta última posición: “la constitución de esta coalición, con partidos democráticos y ajenos a la violencia como Eusko Alkartasuna y Alternatiba, es el resultado de la decisión sincera de la izquierda abertzale de renunciar definitivamente a la violencia y condenar el terrorismo” (EP16503). Véase cómo la formulación de la pregunta misma funciona sobre la diferencia entre la democracia y la violencia, además de sobre la condena del terrorismo. En esa pregunta, además, se introduce como garantía de democraticidad la presencia de los partidos Eusko Alkartasuna y Alternatiba en la coalición Bildu, jurídicamente libres de tacha. Se ve así que la propia encuesta asume como ciertos elementos clave del discurso pro Bildu; el discurso anti Bildu, por su parte, tendía a ocultar esta pluralidad interna de la coalición.

Ahora bien, igual que la expresión “proetarras” servía para descalificar a toda la organización Bildu, para la posición contraria, expresiones como “la izquierda abertzale” jugaban un papel equivalente, en tanto que permitían suponer un generalizado compromiso democrático. Esto, como si toda esa izquierda, en bloque, tuviera una única posición. La cuestión, mucho más sutil, no solía desarrollarse: se trataba de si la parte de la izquierda abertzale que promovía la coalición, y que entró en Bildu a través de la figura del independiente, había roto realmente con la estrategia violenta y no iba a contribuir a revitalizar la organización terrorista, fuera por propia voluntad o por la capacidad del resto de miembros del partido y del sistema judicial y policial para evitarlo.

Efectivamente, en último término dirimir la cuestión requería de una consideración sobre hechos futuros y de una valoración de intenciones, tan difícil en un enfrentamiento político y jurídico plagado de incentivos para mentir. Quienes no veían un auténtico compromiso democrático en Bildu tomaban como indicador central la ausencia condena explícita del pasado terrorista. Contra la mencionada opinión de la mayoría de los encuestados en País Vasco, encontramos en la prensa un claro ejemplo de esta resistencia a “condenar” explícitamente la violencia de ETA:

P.— Desde el presente, entonces: ¿condena la existencia de ETA?

R.— Negro sobre blanco. Tiene el papel que he firmado, lo tiene la Junta Electoral Central, el Tribunal Constitucional y todos los medios de comunicación, incluido EL MUNDO.

P.— ¿Por qué no quiere contestar?

R.— Ya lo tiene por escrito. Si no está respondida, tiene un problema, o lo tiene su director. Rechazamos el uso de la violencia política para conseguir objetivos políticos. Ésa es nuestra respuesta (M24510).

Sin embargo, desde la posición que aceptaba a Bildu en el juego democrático, habitualmente se omitía este hecho. Muy excepcionalmente, eso sí, y fuera de los artículos recogidos para este análisis, se argumentaba que este discurso únicamente pretendía evitar una fractura de la izquierda abertzale que, se suponía, habría provocado la prolongación de la violencia⁴⁶. Un mal (la no condena) realizado al servicio de un bien (el fin de la violencia) que, sin embargo, el discurso público no recogía.

Los indicios, en definitiva, eran ambiguos: si por un lado no había clara condena, por otro, el compromiso en el decálogo del partido, como recordaba el arriba entrevistado y consideró el Tribunal Constitucional, manifestaba “una posición clara e inequívoca de actuación por vías exclusivamente políticas y democráticas”; por *medios* no violentos (Català y Bas, 2013: 569). Además, para diferenciarse de anteriores formaciones abertzales y “demostrar que Sortu, en su funcionamiento, es un partido homologable a cualquier fuerza democrática”, la prensa informa de que la formación contaba con “mecanismos de garantía de respeto a la democracia”, como la expulsión de quienes realizaran actos violentos. Asimismo, “[f]rente al funcionamiento asambleario de Batasuna y la cooptación de sus dirigentes, Sortu tiene previsto organizarse como un partido convencional, incluida la celebración de congresos en los que elegirá a su equipo

⁴⁶ Así lo argumenta, por ejemplo, Arnaldo Otegi. Puede verse en la entrevista realizada en el programa Salvados en 2009 (“hay que ser inteligente y eficaz. Entonces, para resolver los problemas hay que buscar las fórmulas más eficaces y la condena no es eficaz” Disponible en <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/06/15/espana/1245079131.html>). También en la entrevista en el mismo programa en 2016: “es una tontería pero... cuando los que tú has combatido políticamente hacen esos niveles de exigencia, aceptar determinadas autocríticas en los términos que ellos te plantean es interpretado por mucha gente como que te han ganado, que te han humillado, que te han derrotado, que —como dicen muchos— te estás bajando los pantalones [...]. Si nosotros haríamos [sic] determinadas manifestaciones no reforzaríamos, digamos, a la gran mayoría de la izquierda abertzale que hace una apuesta decidida por las vías democráticas y políticas, sino yo creo que reforzaríamos a otro tipo de sectores que siguen considerando efectivamente que todavía este país está sometido a un tipo de opresión que legitima el recurso a la lucha armada; y esos sectores existen”. La entrevista está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=c-nyBB80p6E> (Última consulta: junio de 2018).

directivo y a su secretario general” (EP18507). Un funcionamiento asambleario que en su momento pudo servir para reivindicar su mayor democraticidad y que, ahora, se abandonaba para marcar la clara diferencia con la anterior organización y cruzar la frontera hacia la democracia; se entiende que bajo la presunción de que un “partido convencional” tiene mayor capacidad de control sobre sus integrantes, evitando que algunos volviesen al entorno de ETA. Lo que resultaba innegable es que no podía atribuirse una voluntad única a toda la izquierda nacionalista vasca y que, por tanto, su futuro no estaba escrito. Ante la duda, el Tribunal Constitucional falló a favor de la participación de la coalición en las elecciones, abriendo la segunda dimensión del debate.

6.2.3 La cuestión jurídica: democracia como Estado de derecho

La misma cuestión de si Bildu debía ser considerada parte de la estrategia de ETA era también objeto juzgado. Aunque entremezclado con los otros debates, el aspecto meramente jurídico de la noticia encontró su espacio en la prensa, reflejándose en ella incluso el sentido de los votos particulares en las decisiones del Tribunal Supremo y del Tribunal Constitucional (por ejemplo, M14506, M17510, EP14506, EP18507, P19510).

Como se señaló en la primera parte del capítulo, desde las posiciones contrarias a la decisión del Tribunal Supremo, se planteaba que dicho Tribunal no había aplicado adecuadamente la *Ley Orgánica de Partidos Políticos*⁴⁷ por presiones del gobierno, en clara violación de la separación de poderes. El principal argumento jurídico encontrado planteaba que el Tribunal Constitucional se había extralimitado en sus funciones al juzgar la cuestión misma, analizando las pruebas una a una, en lugar de limitarse a evaluar la razonabilidad de la actuación del Supremo. La prensa informa de que el “bloque conservador” del Tribunal Constitucional había discrepado de la sentencia, pero también Manuel Aragón, “pese a ser designado en su día por el PSOE”⁴⁸. Esta división por bloques ideológicos (la misma excepción confirma lo que el periodista entendía como la norma a través de ese “pese”) favorecía la conclusión de que el gobierno había “«dado instrucciones» a los Magistrados” (M14502). La sospecha se reforzaba dado el histórico vínculo entre el presidente del Tribunal y el PSOE (M15501). Además, se sugería como

⁴⁷ Ley Orgánica 6/2002, de 27 de junio, de Partidos Políticos.

⁴⁸El País recogió detalladamente el desacuerdo de estos magistrados <http://www.europapress.es/nacional/noticia-bildu-magistrado-aragon-subraya-voto-particular-tc-no-le-correspondia-valoracion-pruebas-20110509173314.html>

motivo para la connivencia con los violentos las posibles presiones del PNV, cuyos votos eran necesarios para aprobar los presupuestos (M17510, ABC14502).

La división de opiniones en los tribunales no llevaba a los medios a considerar que la cuestión fuera jurídicamente debatible, sino que el interés político coyuntural se imponía como criterio de análisis. En palabras de Mayor Oreja: “«el único responsable de que Bildu esté presente» es Zapatero” (M15504). Por estas razones, el discurso ideológico conservador lamentaba que los etarras hubieran logrado una “victoria sobre el Estado de Derecho [sic] y la dignidad nacional” (M15501). Ortega Lara lo sintetizaba mediante una metáfora que personificaba (con el consiguiente efecto emotivo) la democracia: se ha “«prostituido la democracia, corrompido las instituciones y pervertido el Estado de Derecho [sic]»” (M15504, M15502). Eran aquellos momentos en los que la Asociación de Víctimas del Terrorismo culpaba “al Gobierno del «triunfo de ETA»” (M24512).

Viñeta 4: ETA descansa en el regazo de la ciega justicia.



Fuente: Mingote. ABC, 14 de mayo de 2011.

6.2.4 La cuestión política: democracia militante y derecho a decidir

Finalmente, debe distinguirse una cuestión que, bien formulada, debería apoyarse en los hechos y ser promovida en lo posible mediante legislación, pero que resulta diferenciable de ambos ámbitos: la valoración política. Una cuestión que también está vinculada, aunque sea de nuevo diferenciable, del análisis de las previsibles consecuencias. Esta diferencia entre la valoración política y la valoración jurídica tiende a diluirse en la contienda política, refugiendo la propia opinión en lo que digan los tribunales. Véase como ejemplo este fragmento de la entrevista que en aquellos días ofreció Patxi López:

P. ¿Qué aspectos democráticos vio en Bildu para apoyar su presencia en estas elecciones?

R. Yo no, será el Tribunal Constitucional el que ha decidido eso (EP16504).

Mientras el discurso a favor de la sentencia del Tribunal Constitucional planteaba como valores el respeto a las decisiones judiciales y el derecho a la participación política, el discurso contrario alarmaba acerca de las consecuencias antidemocráticas que podían derivarse de la presencia de Bildu en las instituciones. La misma sentencia entraba a valorar la mayoría de los peligros y valores a proteger que el debate público destaca. A favor de la no ilegalización: el derecho a la participación política, “a ser elegido”, la pluralidad ideológica, el derecho de los electores que quedarían sin “representación” (P19510 EP24514). Pero algunos de estos valores democráticos aparecían también como argumentos en contra de la participación de Bildu. En particular, algunas voces identificaban que:

la concurrencia de Bildu, lejos de fortalecer el derecho de participación contribuye a debilitarlo; y el pluralismo permanece en estado comatoso en algunos lugares donde la democracia no superaría un chequeo mínimamente riguroso. He aquí el sofisma: el derecho de participación de Bildu socava el de otras fuerzas y limita el pluralismo y la libertad en País Vasco y Navarra (M17510).

La tensión entre las diversas dimensiones de la democracia casi encuentra aquí expresión (“el TC resuelve sobre la base de que existe una colisión de derechos”, se llega a afirmar en este artículo). Sin embargo, en seguida se opta por descalificar a una de las opciones como “sofisma”, disolviendo así el dilema.

El “déficit democrático” que sufriría País Vasco por culpa de la banda terrorista y sus simpatizantes aparece insistentemente. Por ejemplo, Rosa Díez contaba repetidamente que, “incluso en San Sebastián”, las papeletas UPyD eran retiradas durante los comicios (M15505, M20514, M23508). Se recordaba también que la entrada a las instituciones provee de multitud de recursos, incluido los económicos, el censo o información sobre el patrimonio privado, que podrían ayudar a afianzar esta “dictadura del miedo” (ABC20520). Enrique Gil Calvo, aun estando a favor de la no ilegalización y haciendo gala de buenas dosis de imparcialidad académica, planteaba sutilmente los riesgos e

incertidumbres que abría esta decisión, pues “habrá que esperar a ver como [sic] se desarrolla la esfera pública en los municipios” (EP16505).

Lo que ninguna de las partes en liza menciona como posibilidad es un cambio de legislación. Mientras unos consideran que la *Ley de Partidos* había cumplido su propósito separando el grano de la paja, otros entendían que la participación de Bildu en las elecciones no era un fallo de la ley, sino culpa del gobierno. En algún caso excepcional aparecen, desde la posición a favor de la participación de Bildu, críticas contra el consenso previo en torno a la Ley de Partidos, que dejaba a parte de la izquierda abertzale fuera de la competición electoral:

De todos es sabido que los objetivos de la izquierda abertzale y de los terroristas son los mismos: un Estado vasco independiente y socialista. Ahora bien, esto por sí mismo no constituye ningún delito. Lo que puede llegar a constituir un delito son los medios utilizados para conseguir este fin. Por tanto, mientras no se acredite la utilización de medios delictivos, por el bien de la democracia, sería bueno no volver a la ilegalización preventiva de organizaciones tan representativas de la sociedad vasca por simples intereses electoralistas (EP15509; ver también P14506).

Fuera como fuere, la preocupación fundamental eran los medios violentos, no así los objetivos políticos. O eso se afirmaba. Por tanto, en ningún momento se propuso tomar decisiones políticas que impidieran la participación de Bildu por sus fines contrarios a la constitución; es decir, en ningún momento se propuso una “democracia militante”, como sí ocurriría unos años después ante las acciones de desobediencia del gobierno autonómico de Cataluña. Al fin y al cabo, “no podemos pretender convertir la ansiada victoria sobre ETA en una derrota de ideologías perfectamente compatibles con la democracia, como son las opciones independentistas” (EP16509).

Con esta expresión de democracia militante me refiero a un concepto nacido en Alemania durante el periodo de entreguerras y que encuentra su plasmación más desarrollada en la Ley Fundamental de Bonn de 1949. En resumen, tal y como lo planteara Loewenstein (1937), se trata de legitimar que la democracia persiga aquellas ideas que puedan poner en peligro su propia preservación; que atenten, en definitiva, contra los valores constitucionales, entendiendo que el sistema político tiene derecho y deber de

defenderse de quienes “niegan la misma existencia de sus reglas” (Loewenstein, 1937: 424; Capoccia, 2013)⁴⁹.

España no se organiza políticamente como tal “democracia militante”. El Tribunal Constitucional ha sostenido en multitud de ocasiones que tal cosa sería contraria a la constitución, por lo que en España se persigue la utilización de *medios* delictivos, pero no los *finés* políticos: es decir, no las ideas o programas, aunque estos puedan tener aspiraciones no democráticas (Català y Bas, 2013: 574; Fernández de Mosteyrín, 2013: 230)⁵⁰. A este respecto, las encuestas nos informan de que los españoles consideran además relativamente poco importante para la democracia “evitar que la gente exprese opiniones políticas extremas”⁵¹. Por tanto, encontramos aquí una coincidencia entre la opinión de los ciudadanos y la forma en que se institucionaliza la democracia española.

Quizás sea éste el motivo que explica que la posición ideológica conservadora no llegase a mencionar la posibilidad de introducir estas defensas. O, quizás, los actores advirtieran que insistir en el riesgo de violencia era una carta con más visos de victoria retórica, dado que en España el pacifismo encuentra asiento más fácilmente en la idea de democracia que una exclusión basada en los fines. Además, hasta entonces se habían logrado los resultados deseados.

Pese a que desde el bando conservador no se reclamara una democracia militante, lo cierto es que los objetivos del terrorismo sí aparecen en este discurso como parte de lo que separa a ETA de “la democracia” (aquí, de nuevo, “democracia” con toda su carga de experiencia, identificada con el sistema político, lo que incluye la organización territorial del Estado). Así lo planteaba el presidente de Voces contra el Terrorismo, Francisco Javier Alcaraz: “«ETA no mata para robarnos la cartera o la casa, ETA mata por un proyecto político y en la medida que ha cobrado fuerza en las instituciones ha ganado en sus avances por ese proyecto político»”. “«Han conseguido con la negociación lo que no han conseguido con las pistolas y las bombas. Pero bien es cierto que esa negociación es fruto

⁴⁹ “exclude from the game parties that deny the very existence of its rules”.

⁵⁰ Véanse por ejemplo el auto 135/2004, de 20 de abril de 2004; o la sentencia 42/2014, de 25 de marzo de 2014.

⁵¹ En España, la importancia de esta cuestión alcanza de media el 6,57 sobre 10, situándose en los extremos de la encuesta Rusia, con un 5,7, y Chipre con 8,33 (seguido de Alemania, 7,65). Cuando la pregunta se realiza al revés (“Qué es mejor para la democracia, ¿que todo el mundo pueda expresar sus opiniones, incluso las extremas, que se evite la expresión de opiniones extremas o según las circunstancias?”), el 80,7% de los españoles se muestran a favor de la libre expresión de opiniones, sólo por detrás de Finlandia, Francia, Islandia y Dinamarca. Esto, según los datos de la Encuesta Social Europea, oleada de 2012.

de esas pistolas y esas bombas»” (M24512). Las sospechas se ponían por tanto en las cesiones que el gobierno, felón desde las sombras, habría hecho a cambio del fin de la violencia.

A este respecto debe hacerse notar que la expresión “proceso democrático”, promovida por los independentistas vascos⁵², adquiere un significado muy distinto según la posición ideológica. Para “los demócratas” que aceptan la integración de Bildu en el juego democrático funciona como sinónimo de fin de la violencia (como “proceso democratizador o domesticador de la ETA”, M18504). Sin embargo, para los abertzales significaba la creación de las vías pacíficas que permitan acercarse a la independencia, cargando de nuevo la palabra de sus posiciones políticas. Así lo sugiere por ejemplo esta cita de *El País*: “la izquierda abertzale mantiene que la legalización de Sortu «consolidaría el proceso democrático» al reforzar las posiciones pacíficas frente a las violentas dentro del movimiento independentista” (EP18507)⁵³. El discurso que equiparaba a Bildu con ETA localizaba esta ambigüedad a la perfección. Así puede verse, por ejemplo, en el siguiente uso sarcástico de la expresión: “ETA reanudará más pronto que tarde el terror. Porque necesita acumular cadáveres sobre la mesa para forzar su proceso democrático” (ABC23512).

La misma portavoz de Bildu, Pello Urizar, entendía que “la coalición es garante de un proceso de normalización política y paz que conduzca al respeto del derecho a decidir de la sociedad vasca” (P21508). Pero esto, exactamente, ¿cómo? ¿Cómo podría una minoría independentista lograr efectivamente el “derecho a decidir” sin incumplir la ley y sin violencia (es decir, en esas dimensiones, *democráticamente*) si la mayoría del pueblo definido como soberano, el español, sobre el que se calculan las mayorías a este respecto, no cree que la minoría tenga tal derecho a decidir sobre esta cuestión? Dejemos de

⁵² La expresión es utilizada por Sortu, por ejemplo (EP18507), pero también la utilizó ETA cuando anunció su tregua en 2006. Véase al respecto: <http://www.elmundo.es/eta/negociaciones/zapatero.html> (Última consulta: junio 2018).

⁵³ El discurso no era nuevo, sino que pueden encontrarse precedentes, como la “alternativa democrática” lanzada por ETA en 1995: “El objetivo de la negociación política entre ETA y el Estado español es lograr el reconocimiento de Euskal Herria, imprescindible para que este proceso sea realmente democrático. Las últimas decisiones, sin embargo, sólo le corresponden, de forma indelegable, a la sociedad vasca [...] el Derecho de Autodeterminación no es una posición política, sino un derecho democrático que nos corresponde como pueblo”. Este comunicado está disponible en el siguiente enlace: http://www.contrastant.net/docum/alternativa_demo.htm. Pueden encontrarse otros ejemplos en el siguiente artículo, publicado en *El País* el 8 de diciembre de 1998: https://elpais.com/diario/1998/12/08/espana/913071612_850215.html (Última consulta: mayo de 2018).

momento sin responder esta pregunta para más tarde plantear una breve reflexión en el apartado correspondiente (6.2.7).

6.2.5 Democracias y la violencia en el ámbito internacional

Por el momento, volvamos un momento al ámbito internacional, donde la violencia también hace aparición como motivo de crítica desde posiciones democráticas. Al mismo tiempo que encontramos las llamadas a la promoción de la democracia arriba vistas (5.1) y la justificación de la intervención militar por violaciones de derechos humanos (entre los que se incluye un mínimo de democraticidad) (5.3.1), a las democracias se les exige un comportamiento pacífico, cuando no pacifista; esto es, comprometido con la paz sin importar las consecuencias.

Para entender la contradicción entre los posibles apoyos a intervenciones internacionales en favor de la democracia y el pacifismo democrático, es necesario señalar que no se considera que los países deban comportarse igual ante países democráticos y ante dictaduras. Ser democráticos, como decía de Israel el líder de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes de EEUU, los hace dignos de “protección” (P21517). “Las democracias no se hacen la guerra entre sí y, mejor o peor, tienden a agruparse y a cooperar para resolver los asuntos globales. Esto es algo que no puede decirse de la relación de las democracias con tiranos y dictadores y mucho menos de la relación de estos con sus propios ciudadanos” (EP20513). No se trata de una mera descripción empírica, sino también de un postulado normativo. El hecho es que algunos estudios empíricos así parecen confirmarlo, al menos para Reino Unido y Estados Unidos de América. Los ciudadanos de estos países están *a priori* más dispuestos a una intervención militar en un país autocrático que en uno democrático, y ello, puede argumentarse, por una doble razón: por un lado, por motivos estratégicos –porque las democracias resultan menos amenazantes–; por otro, por motivos morales derivados directamente de su naturaleza democrática –por respeto a la libertad y autonomía de los otros pueblos– (Tomz y Weeks, 2013).

Además, la violencia de las democracias debe estar sometida a la legalidad interna e internacional, así como al respeto de los derechos humanos. Esta visión liberal de la violencia permite entender las críticas al asesinato de Bin Laden a manos del ejército estadounidense el 2 de mayo de aquel año y, por extensión, a la estrategia de lucha contra

el terror estadounidense. En resumen: “en vez de detener a los malos malísimos y juzgarlos de forma justa –como en una verdadera democracia–, los matan o los encierran en Guantánamo” (M18514). Estas prácticas antidemocráticas, por su violencia y falta de respeto a la legalidad y a la dignidad humana, acercarían a la democracia a los enemigos que se combate y le restaría autoridad: “los procedimientos de unos y otros se han acercado tanto que pueden llegar a confundirse” (EP15508). “«Algo raro pasa en una democracia cuando eso [la tortura en Guantánamo] pasa»”, concluía Amnistía Internacional (P15508).

Ninguno de estos artículos, eso sí, plantea la cuestión en términos de medios y consecuencias, sino únicamente desde las convicciones morales. Esta consideración instrumental sí que aparece, no obstante, en el único artículo de los analizados en que se defiende el asesinato de Bin Laden⁵⁴. El artículo está escrito por Antonio Elorza: “Claro que la muerte de Bin Laden fue un «acto de guerra»”, reivindicaba. “En 1998, Bin Laden había lanzado una declaración de guerra a los cruzados judeo-americanos y la había puesto en práctica con reiteración”; la alternativa judicial, concluía el catedrático, le habría proporcionado a Bin Laden un éxito propagandístico que habría resultado en nuevos atentados (EP23517). La ética de la responsabilidad, en su opinión, recomendaba el curso de acción tomado.

El compromiso con la paz como obligación democrática, por otro lado, lleva a criticar la venta de armas por parte de países democráticos, señalando de nuevo el papel de los intereses particulares frente a la obligación moral: “ese macabro mercado tiene a los países occidentales y «democráticos» como principales productores” (EP14511).

Finalmente, hay un aspecto que, aún sin información suficiente en la muestra seleccionada para confirmarla fehacientemente, resulta llamativa para este doctorando. Se trata del valor otorgado al mayoritario pacifismo de los manifestantes pro-democracia en los países árabes. Si bien es cierto que se habla de “rebelión democrática” (EP23501, M18520), “revuelta democrática” (ABC18501, ABC19503, P21521) o incluso “revolución” (P21521, M15508), se insiste en que se trata de movimientos “no violentos” (EP14502). De esta forma, cuando le preguntan al poeta Juan Gelman: “¿Qué sentido tienen hoy las revoluciones?”, responde: “Fíjese lo que está sucediendo en el mundo

⁵⁴ Téngase en cuenta que quizás tal discurso prescindiera de la palabra “democracia” y sus derivados quedando, por tanto, fuera del radar de este análisis.

árabe. Es una buena prueba de que existe una voluntad real de lucha en favor de la democracia. Y no por vía del terrorismo...” (M22515). Parece así demandarse coherencia entre el fin deseado (la democracia, como forma pacífica de resolución de conflictos) y los medios (pacíficos, condición de ser democráticos) para alcanzarlos.

Esa coherencia facilita la simpatía hacia estos movimientos. Una simpatía que los dictadores intentaban minar acusándolos de violentos y, también, recordando el papel de tales dictaduras en la contención del terrorismo (esto es, de la violencia, M22514). No se trataba sino de obligar así a las democracias occidentales a tomar sus decisiones enfrentando como escenario posible que de acciones moralmente buenas (encaminadas a promover la democracia) pudieran surgir males mayores (el avance del terrorismo islamista). Es decir, se trataba de aprovecharse de la ética de la responsabilidad conformando el escenario internacional de tal forma que estas dictaduras fueran el mal menor. Encontramos así, de nuevo, los riesgos morales tras las decisiones previsibles; en este caso, previsibles en tanto que racionales.

6.2.6 Una aporía: el violento lenguaje de la democracia

Dentro de este sentido común o sentido cultural de la democracia que la opone a la violencia aparece una importante aporía. Se trata de la repetida vinculación de la palabra democracia a expresiones de campos semánticos claramente violentos. Pese a la general defensa del pacifismo, el vocabulario político de nuestra democracia está plagado de metáforas militares y agresivas. En total, son 60 fragmentos en los que, frente a las “amenazas” y “agresiones” a la democracia (ABC20502, ABC22506), se plantea su “defensa”, bien de *la* democracia (ABC22510, M19523, M22510, M15506) o de la “democracia real” (P19515). Estas metáforas son especialmente prolijas ante la cuestión de la sentencia sobre Bildu. Se alaba en este contexto la “resistencia democrática contra el terror” de las víctimas (ABC24501), y se tacha la sentencia del Constitucional como “el desmantelamiento de las armas legales, políticas y morales de la democracia española” (ABC17504) “con la secuela de grietas estructurales en el fortín de los demócratas” (ABC14504). Además, se presenta a las víctimas del terrorismo de ETA como “el último dique frente a ETA, la línea Maginot de la democracia en España” (ABC14502) que, como se ha visto, están dispuestas “a dar la batalla” y a no dejar de “luchar”, pese a “haber sido derrotadas por las instituciones democráticas” (M15504).

Las metáforas violentas también invaden el relato sobre las elecciones, con derrotas y luchas: “David ha vencido a Goliat”, decía Rosa Díez (P23502). Aparecen además para hablar del 15M, incluso cuando es en positivo: “están peleando [...] por el mundo en que quieren vivir ahora” (M19509), presentando su manifiesto como “una arenga motivadora” (M19510), con un discurso “casi beligerante” (M20508), sabiendo que “es necesario volver a la calle y conquistar de nuevo la democracia con un sólido tejido social” (P17508)⁵⁵. El tono combativo se recoge también en alguno de sus cánticos: “«si esto no se arregla, huelga, huelga, huelga; si esto no se apaña, caña, caña, caña»” (EP20505). Sea en el mundo árabe (EP17506) o aquí (P19511, P19522, P22505, P22518), se “lucha” y se da “la batalla” por la democracia, pero también para modificar aspectos de ésta (M16510)⁵⁶.

Viñeta 5: Campaña electoral bárbara y belicista



Fuente: Idígoras y Pachi. *El Mundo*, 15 de mayo de 2011

En todo caso, el uso de este lenguaje no es tan sorprendente teniendo en cuenta lo dicho acerca del distinto trato debido a la democracia y a lo no democrático: contra lo segundo, cabría la violencia (del Estado democrático, en último término). Sin embargo, este recurso a vocabulario relacionado con la violencia no ocurre solamente para determinar sus amenazas y reclamar su defensa o conquista (es decir, contra lo no democrático), sino también para describir su propio funcionamiento. Así, ciertas

⁵⁵ Énfasis mío.

⁵⁶ Pese a que el reducido número de citas no permitan inferir con gran seguridad conclusiones, a simple vista parece predominar en la prensa de derechas una posición defensiva antes las amenazas, mientras que en la izquierda se impone la idea de lucha. Esto parece coherente con un esquema simbólico conservador y progresista, respectivamente.

circunscripciones electorales son comparadas con “plazas inexpugnables” (ABC23508), el acceso al gobierno, con una “conquista” (M16508) y, las campañas electorales, con el boxeo (M19518). Incluso hay quien dijo durante la Transición haberse “enrolado en la democracia” (EP19518), y así se recuerda en su obituario.

Todo ello llega a generar cierta incomodidad, como refleja la viñeta 5, de Idígoras y Pachi, que sintetiza esta naturaleza simbólicamente violenta de las campañas electorales desde un tono de crítica. La violencia vuelve aparecer reflejada como propia de un pasado incivilizado, previo al progreso democrático. El conflicto, vinculado a la violencia, deja un amargo regusto antidemocrático. “¡Hay que ver cómo está la campaña electoral!”. Engarza así esta segunda parte del capítulo con la primera, con lo que podemos pasar a plantear algunas reflexiones.

6.2.7 Reflexiones sobre la relación entre democracia y violencia

En este apartado de reflexiones plantearé, para empezar, algunas ideas al hilo del debate sobre Bildu y ETA. En particular, cabe plantear las tensiones entre el Estado de derecho y la voluntad política, así como reflexionar sobre los diversos intentos de cercenar debates con apelaciones a la democracia. En este sentido, resulta imprescindible dar algunas notas sobre el “derecho a decidir” y la omitida opción de una “democracia militante” que permitan situarlos en el mapa de nuestra idea de democracia. A continuación, pasaré a ofrecer un discurso deconstructivista sobre la relación entre violencia y conflicto político democrático, apoyándome en algunos de los pensadores del siglo XX ya mencionados, como Weber, Arendt o Schmitt. Esto llevará a plantear el espacio que el valor democracia deja para la violencia y sus posibles dependencias de la misma.

a. Debates silenciados tras el Estado de derecho: derecho a decidir y democracia militante

Estado de derecho

Empecemos por tanto prestando atención a las diversas cuestiones concretas que el debate en torno a Bildu propició y, especialmente, a aquellas que silenció. Para empezar, nótese una curiosidad lingüística de significativas consecuencias simbólicas. Se trata de la insistencia con que se afirma que el estado “legaliza” partidos políticos, en lugar de

decir que “no los ilegaliza”. Con este pequeño giro, propiciado seguramente por la mera economía lingüística, el discurso sale de pleno –y sin darnos cuenta– del sistema ideológico liberal, predominante en apariencia. Al fin y al cabo, dicho sistema establece tradicionalmente que todo lo que no es ilegal es, por defecto, legal⁵⁷. Por tanto, la función del Tribunal será siempre negativa (declarar la ilegalidad de una conducta u organización), y nunca positiva (poner el marchamo de la legalidad, que en un marco liberal se le presupone a todo lo que no es explícitamente declarado contrario a la ley). Esto lleva a preguntarse hasta qué punto las convicciones y argumentaciones liberales son realmente hegemónicas en el discurso cultural, cabiendo la posibilidad de que sus conceptos centrales (libertad, Estado de derecho, cumplimiento de la ley), que sí aparecen por doquier como parte de la idea de democracia, estén desanclados del sistema ideológico liberal en algún grado, fetichizándose y remitiendo a significados no tan liberales como pudiera parecer.

El debate, eso sí, giraba en torno a la liberal idea de “Estado de Derecho”. Por un lado, la *prostitución* de la democracia que se denuncia desde el lado conservador proviene de la percepción de una falta de imparcialidad por parte Tribunal, un valor que Rosanvallon (2010) ha localizado en alza dentro de la legitimidad democrática. No obstante, Rosanvallon no vincula el sentido de los tribunales constitucionales con este valor de imparcialidad, sino con la reflexividad, con el deseo de una “generalidad de multiplicación” de los puntos de vista, de tal forma que se evite avance irrefrenable de las mayorías. La fórmula para la elección de los miembros del Tribunal Constitucional español, establecido en el artículo 159 de la Constitución Española de 1978, trata de reflejar este deseo de “generalidad de multiplicación” obligando a alcanzar mayorías cualificadas en las cámaras. Sin embargo, no busca esa “generalidad negativa” (la separación con respecto de las particularidades) que se le exige desde la prensa, y que sólo se fomenta en nuestro sistema mediante la inamovilidad de los magistrados y el régimen de incompatibilidades. Todos los magistrados del Tribunal Constitucional son nombrados directa e indirectamente (vía Consejo General del Poder Judicial) por las Cortes y por el Gobierno, y no son cargos vitalicios. Llamativamente, eso sí, nunca se cuestiona la independencia de los magistrados que presentaron votos particulares en línea con los críticos, pese a haber sido elegidos por el mismo mecanismo.

⁵⁷ Véase, por ejemplo Locke ([1689] 2012).

Sea como fuere, la crítica no aparece meramente por la existencia de influencias políticas en las decisiones, sino porque dicha influencia habría resultado en una extralimitación del Tribunal Constitucional: habrá actuado fuera de sus competencias al entrar a valorar las pruebas. Esto es, en un quebranto de la ley y de la separación de poderes. En medio del manto de indignación generado (tan electoralmente conveniente para los intereses del Partido Popular y mediáticamente impulsado), no se mencionó que el Estado de derecho tiene mecanismos para castigar tales violaciones. Ante una sospecha de prevaricación, se puede acudir a los tribunales. En este caso, precisamente al mismo Tribunal Supremo que dictó la sentencia sobre la que ahora se pronunciaba el Constitucional. Y así se hizo. Pero en noviembre del mismo 2011, el Tribunal Supremo archivó la causa, pues concluyó que el Tribunal Constitucional había actuado acorde a derecho. Al mismo tiempo, condenó al pago de las costas judiciales a los demandantes (entre los que destacaban Manos Limpias o Hazteoír) por su "patente voracidad litigiosa". La sentencia se preocupa de insistir en "la legitimidad de defender opciones distintas" dada la complejidad jurídica del tema⁵⁸, haciendo así patente la inextricable indeterminación que acompaña a los procesos interpretativos complejos.

Al respecto de estas acusaciones de ruptura del Estado de derecho, desde el independentismo se contestaba que la legalidad también fue violada históricamente en la lucha contra el terrorismo: se llega a decir que ETA "ha padecido" "violencia política" (M24510), refiriéndose probablemente a violencia que haya excedido a lo "democrático"; esto es, a lo legal. Más allá del denominado terrorismo de Estado, lo cierto es que en 2013 conocimos que el Tribunal Europeo de Derechos Humanos consideraba que la llamada "doctrina Parot" y sus efectos retroactivos vulneraban el Convenio Europeo de Derechos Humanos. Sin embargo, la Asociación de Víctimas del Terrorismo, la misma arriba referida, solicitó entonces al gobierno del Partido Popular que no acatara la sentencia⁵⁹.

⁵⁸ El auto que archiva la querella es el 20367/2011, con fecha de 19/09/2011. Puede consultarse en el siguiente enlace: <http://www.tomasmoro.info/wp-content/uploads/2011/05/AUTO-QUERELLA-CONTRA-MAGISTRADOS-DEL-TC-POR-AVALAR-A-BILDU.pdf> (Última consulta: enero de 2019).

⁵⁹ Se trata de la sentencia nº 42750/09, "Affaire del Río Prada c. Espagne" de la Corte Europea de Derechos Humanos, dictada el 21 de octubre de 2013 en Estrasburgo. Texto disponible en: <http://ep00.epimg.net/descargables/2013/10/21/b8e1233fc4e5d30dc28a73be6c4df8fb.pdf> (Última consulta: enero de 2019). Las declaraciones de representantes de la asociación mencionada pueden encontrarse en el artículo "El Tribunal de Estrasburgo tumba la doctrina Parot", en el diario El País de 21 octubre de 2013. Disponible en: https://elpais.com/politica/2013/10/08/actualidad/1381229761_719630.html (Última consulta: enero de 2019).

Se ve de este modo cómo uno de los elementos considerados centrales desde la predominante cultura liberal-democrática, el Estado de derecho, estaba en realidad supeditado para algunos grupos a la posición política (en defensa, desde luego, de “los demócratas” frente a los terroristas).

Desde las posiciones a favor de Bildu, por otro lado, se encuentran también numerosas manifestaciones en defensa del Estado de derecho y con similar acritud. Por ejemplo, se consideraba que “la calumniosa fábula de su falaz ecuación: “ZP-Rubalcaba-TC = ETA-Batasuna-Bildu” se trataba de una “estrategia conspiranoica” (EP16505). Es decir, el discurso adversario se descalifica como una mentira generada bajo el interés particular electoralista, además de como una descripción que exagera la posibilidad de que existan intereses coligados (conspiración) y paranoica: es decir, fuera de lo razonable. Al margen de lo primero y lo segundo, lo tercero dificultaba la apertura de un debate sosegado que, como decía la sentencia del Tribunal Constitucional, cabía dada la complejidad de la cuestión. También hemos visto el caso de Pachi López y el resguardo de su opinión bajo el techado de neutralidad que ofrecía la resolución del Tribunal Constitucional. Asimismo, recordemos las amargas críticas de Felipe González contra el PP por “cuestionar la decisión de los tribunales y la política antiterrorista del Gobierno” (ABC15504), cercenando así el debate político.

De este modo, nos hemos encontrado una lucha entre dos defensores del Estado de derecho, con Bildu como tema: unos frente a su presunta violación y, otros, frente a estas denuncias de violación. Pese a sus diferencias, ambas coinciden en algo: en intentar neutralizar y despolitizar –en los términos schmittianos ([1929] 2014)– a su favor la decisión sobre si Bildu debía concurrir a las elecciones. La decisión, dada la imprevisibilidad de su futuro comportamiento, y tal y como puso de manifiesto la existencia de votos particulares, estaba abierta al debate político: ¿qué hacer? Sin embargo, este debate quedó amortiguado y mediatizado por las referencias al Estado de derecho.

Aquel limitado debate, de haberse desarrollado con mayor clama podría quizás haber reparado en la tensión que se presentaba entre el Estado de derecho, que debía tomar la decisión siguiendo criterios exclusivamente jurídicos, sin atender por tanto ni a la oportunidad política ni a la voluntad democrática, expresada en este caso a través del gobierno. En este sentido, habría sido legítimo preguntarse, contra las posiciones de todos

los actores a los que hemos escuchado en los anteriores apartados, si no hubiera tenido sentido que el gobierno, en tanto que “dirige la política interior”⁶⁰, hubiese influido sobre esta decisión, permitiendo así la coordinación del Estado en su conjunto por encima de la separación de poderes en una decisión que era de notable naturaleza política, habida cuenta su gran transcendencia para el conjunto de la comunidad, su indecidibilidad al requerir juicios sobre el futuro y su impacto sobre derechos fundamentales.

Medios y fines: el derecho a decidir.

Como se ha visto, frecuentemente se defiende con respecto a Bildu (o, anteriormente, con Batasuna) que el problema no son sus *fines*, sino sus *medios* violentos. Se excluía así de nuevo otro debate: aquel sobre los fines de Bildu. Un debate que sólo más tarde, en 2017, se hizo inevitable ante las acciones del parlamento y el gobierno catalanes.

La deconstrucción de la diferencia entre medios y fines es compleja, merecedora en sí misma de una tesis, pero intentaré plantearla resumidamente. Por un lado, todo medio se comporta como fin durante su realización. Por otro, los fines suelen ser deseados no sólo en sí mismos, sino también por los bienes que proveen; suelen ser medios para fines más elevados, cuando no fines últimos establecidos en términos tan ambiguos y abstractos que impiden la reflexión sobre los bienes que producen y por los que, en el fondo, también se los valora. Esta deconstrucción, por no ser destrucción, aún permite distinguir empíricamente entre comportamientos y éticas que ponen más énfasis en la dimensión de los valores y acciones como medios y aquellas que ponen más énfasis en su dimensión como fines en sí mismos –ética de la responsabilidad y ética de las convicciones, en los famosos términos de Max Weber ([1919] 2007)–. Sencillamente, lo que la deconstrucción nos indica es que ambas ocultan que la contraria las constituye en el terreno simbólico desde el exterior. Ello hace que, si se intenta esencializar la diferencia, surjan aporías.

Esta deconstrucción, que podría parecer un mero juego filosófico, permite entender mejor no pocos problemas en torno a la Ley de Partidos y el énfasis en la exigencia de la condena del terrorismo. Por un lado, si no se condena el terrorismo, parecería estar favoreciéndose la difusión de tales medios. Sin embargo, ¿no es su condena ciertamente una mera cuestión de opinión? Ahora además no resulta difícil poner en jaque aquella formulación que ponía todo el énfasis en los “medios” violentos. Basta, por ejemplo, con

⁶⁰ Artículo 97 de la Constitución Española de 1978.

plantear si al prohibir ciertos medios no se están prohibiendo de facto ciertas opciones políticas que quizás sólo son posibles por dicha vía.

Como decía el presidente de Voces contra el Terrorismo, Francisco Javier Alcaraz: “«ETA no mata para robarnos la cartera o la casa, ETA mata por un proyecto político y en la medida que ha cobrado fuerza en las instituciones ha ganado en sus avances por ese proyecto político»”. Lo fundamental era evitar sentar un peligroso precedente para la democracia (en tanto que mecanismo para la resolución pacífica de conflictos) haciendo pensar que la violencia compensa. Para ello, es clave que no ocurriera la segunda parte de su denuncia: que no hayan “«[...] conseguido con la negociación lo que no han conseguido con las pistolas y las bombas”. “Pero bien es cierto”, continuaba el portavoz, “que esa negociación es fruto de esas pistolas y esas bombas»” (M24512). Sin las armas, ¿alguien negociaría con ETA? Como arriba mencioné, la propia portavoz de Bildu, Pello Urizar, entendía que “la coalición es garante de un proceso de normalización política y paz que conduzca al respeto del derecho a decidir de la sociedad vasca” (P21508).

Parece pertinente por ello desarrollar, aunque sea brevemente, las posibles respuestas a esta cuestión del “derecho a decidir”. Primero, porque atañen al núcleo de lo que se está entendiendo por “los demócratas” en oposición a la violencia de ETA. Ciertamente, el derecho a decidir llega a ocupar posiciones nucleares en algunos discursos sobre la democracia, lo que hace que el resto de argumentos resulten prescindibles: para algunos, sencillamente, el derecho a decidir *es* democracia. Pero un análisis axiológico puede ayudarnos a ver de qué otros elementos democráticos puede derivarse este derecho, lo que además facilitará la reflexión sobre su sentido mismo. En este sentido, y segundo, el análisis aportará perspectiva con respecto a dos discursos que se arrojan la idea de democracia: la ideología transformadora secesionista, presente en los medios, y la más reciente reacción en forma de ideología conservadora legalista.

Una primera vía que podría permitir el logro de esos fines sería demandar a esa minoría que reivindica tener derecho de autodeterminación que intenten y esperen a persuadir al resto de españoles de que efectivamente tienen ese derecho. Este planteamiento, sin embargo, encierra un problema del tipo el huevo y la gallina. Si una comunidad considera tener derecho a la autodeterminación o autonomía, es decir, el derecho a determinar qué derechos están o no vigentes en su ámbito, esto resulta

contradictorio con tener que convencer a nadie para que le autoricen dicho derecho⁶¹. Los derechos, de serlo, fundamentalmente se ejercen o se exigen; no se *piden*.

El problema precisamente consiste en que existen dos sujetos que se disputan sobre un mismo territorio una soberanía democrática que, por definición, es excluyente. Son dos *demos* que se arrojan en exclusiva dicho “derecho a decidir” sobre todos los asuntos políticos que le conciernen. Esta vía de “convencer a la mayoría” de la comunidad política ya existente, por tanto, no afronta el conflicto, sino que, sea interesada o ignorantemente, sea por falta de medios para hacer otra cosa, o sea simplemente porque ante el dilema se prima el valor de lo existente frente a futuribles (es decir, porque se hace un juicio conservador), concede la razón a una de sus partes (a la comunidad ya existente). En el caso español, a España. No es un juicio que pueda declararse *per se* irrazonable. Pero, en lugar de resolver el conflicto en términos ideales (qué comunidad tiene más “derecho de autodeterminación”, a existir como comunidad política última), ofrece apelaciones de tipo no ideal (a la conveniencia de lo que ya es por, sencillamente, serlo). Es decir, depende de un juicio político (conservador), fuera por tanto del alcance de la Teoría Política tal y como aquí se entiende.

La tentación más probable para estos conservadores, sin embargo, y como hemos podido observar en tiempo recientes, será la de ocultar esta naturaleza política de la decisión detrás de neutralizaciones legalistas. No obstante, entender “la democracia” como la mera aplicación de la legalidad, como el simple respeto al sistema jurídico surgido de la Transición, niega la tensión normativa característica de la idea de democracia en favor de su dimensión más cargada de experiencia y elimina la posibilidad de incluso plantear la existencia del dilema. Tal opción conlleva además una falta de reconocimiento hacia quienes plantean tal demanda, lo que puede considerarse justificado o conveniente, pero también derivar en una mayor insatisfacción. Esa insatisfacción, lógicamente, podrá capitalizarla el adversario transformador secesionista.

Otra respuesta que en la actualidad ha cobrado mucha fuerza cuando el problema se plantea de forma acuciante para Cataluña es que la cuestión debe resolverse *democráticamente* porque la democracia requiere que los ciudadanos de la comunidad

⁶¹ Este problema no es sino la versión territorial, en vez de temporal, de la aporía ya planteada al respecto del origen de toda comunidad política (apartado 5.2.6).

que reclama su derecho a decidir voten en un referéndum⁶². Es decir, derivan del valor “elecciones libres” el “derecho a decidir”, situándolo como una simple adyacencia de aquél. Quienes defienden esta postura ignoran u ocultan que las elecciones presuponen la existencia del sujeto con derecho a autodeterminarse, siendo su existencia precisamente el objeto de la discusión. Por ello, explicaba Robert Dahl, la democracia en su sentido de votación mediante el principio de la mayoría simplemente no puede ayudar a delimitar “la mayoría de qué unidad democrática” es la legítima (Dahl, 1989: 147)⁶³. Si el conflicto político precisamente versa sobre la existencia o inexistencia de un sujeto político con capacidad para decidir su independencia, es ilógico plantear ramplonamente que tal conflicto se resolverá permitiendo la votación en ese territorio para decidir su independencia. En la pregunta quedaría implícita la respuesta: el territorio que tiene “derecho a decidir” o soberanía ha sido definido. Nos encontramos por tanto ante otra negación del dilema que, en este caso, cede la victoria a la otra parte.

Una vía más que también se ha utilizado para argumentar a favor del derecho a decidir de las naciones culturales se basa en el democrático derecho a rebelarse contra situaciones injustas. Es decir, y en definitiva, de resistir frente a situaciones no democráticas. Este argumento suele plantearse de modo circular: se tiende a alegar que la situación no democrática que legitima el derecho a decidir es justamente que no se reconoce ese mismo derecho a decidir. Este argumento basado en injusticias también se plantea respecto a una serie de ofensas concretas, lo que revela la dificultad última: la inexistencia de un árbitro exterior que decida si dichas injusticias son efectivamente tales y lo suficientemente graves como para legitimar una ruptura. Se trata de una dificultad consustancial a la naturaleza del problema, pues, los Estados, en tanto que soberanos, se reivindican como jueces últimos. En algunos casos, para salir al paso, se reclama como árbitro a la comunidad internacional. Ello no hace sino poner de manifiesto la pérdida de “independencia” en que cae todo Estado sumergido en una lucha por su propia existencia, lo que impide que la demanda pueda asentarse para el corto plazo en un deseo de mayor capacidad de decisión; de más “democracia” en este sentido. Quizás, eso sí, quiera

⁶² Para una sistematización de los diferentes argumentos reivindicados para solicitar el “derecho a decidir” véase el interesante trabajo de Sanjaume-Calvet (2016) que, al margen de su toma de posición (“Catalonia has a clear adscriptivist reason”), plantea con detalle los diversos discursos en torno a la cuestión catalana y sus posibles asideros morales, incluidos los “democráticos”, haciendo alarde de un amplio conocimiento de la teoría contemporánea al respecto.

⁶³ “To say that a decision should be made by majority rule simply does not -and cannot- answer the question: a majority of what democratic unit?”

sacrificarse capacidad de decisión en el corto plazo para alcanzar mayores cotas en el largo.

Pero sigamos intentando encontrar apoyo en las diversas dimensiones de la idea de democracia para este “derecho a decidir”. El principio democrático de inclusión de los afectados por la decisión tampoco permite ofrecer una respuesta definitiva a favor de unos o de otros, pues todos pueden sentirse afectados, aunque desde luego no en el mismo grado (Oklopcic, 2014: 32-34). Y tampoco el principio de pluralidad pues, aunque en España algunos autores han hecho notar que la idea de democracia “no se refería únicamente a libertades públicas o garantía de derechos individuales, sino al reconocimiento de la diversidad de pueblos o comunidades” (Juliá, 2017: 599), a nadie se le oculta que, de darse la independencia, precisamente se cercenaría esa pluralidad para España –aunque perviviría en Cataluña–.

Parecen ser otras dimensiones del concepto las que, si así se quiere, permitirían abrir y modelar racionalmente tal debate. Valores como la buena voluntad o buena fe en la búsqueda de acuerdos pacíficos guiados por el horizonte de un interés general (que no necesariamente determina la permanencia de dicho horizonte común), así como el requisito de contar con el consentimiento de los gobernados en términos de legitimidad difusa de la comunidad política⁶⁴. Un requisito que puede enmarcarse en la dimensión anarquista de la democracia: en aquella que maximiza la soberanía individual como ilimitada capacidad de acción. También parece exigible avenirse a la realidad y “reconocer la pluralidad del *demos* propio”, en lugar de limitarse a reivindicar “el pluralismo de los otros” (Innerarity, 2016: 85). En todo caso, bien podría ser que tal debate racional no fuera del interés de ninguno de los actores para sus fines; o que, al menos, así lo creyeran éstos.

Democracia militante.

La exclusión de la reflexión sobre los fines independentistas imposibilitó plantear la cuestión de una democracia militante, como sí sucedería unos años más tarde⁶⁵. Debe

⁶⁴ En esta línea va la ley federal (C-20) aprobada por la Cámara de los Comunes canadiense el 15 de marzo de 2000, inspirada en la resolución de la Corte Suprema de 20 de agosto de 1998, y que se ha venido a conocer como *Clarity Act*.

⁶⁵ Así titulaba su columna de opinión el 7 de noviembre de 2015 José Antonio Zarzalejos en *El Confidencial*: “Por una España como Alemania y Francia, con democracia militante”. Disponible en: https://blogs.elconfidencial.com/espana/notebook/2015-11-07/por-una-espana-como-alemania-y-francia-con-democracia-militante_1086844/ (última consulta: enero de 2019).

aclararse sin embargo que lo que el artículo 22.2 de la Constitución Española dice es que “[l]as asociaciones que persigan fins o utilicen medios tipificados como delitos son ilegales”⁶⁶. Por el contrario, el debate público, tal y como se ha visto (M24510. EP15509), olvidó la mención de la constitución a los fines, defendiendo la fórmula *algunos medios prohibidos/todos los fines permitidos*. Igual de ilegalizables serían por tanto los partidos que tuvieran como programa realizar actos violentos que aquellos que propugnasen como fin acciones que supongan una vulneración flagrante del ordenamiento.

Con la no ilegalización de Bildu, algunos lamentaban que “se retrocede una década en el esfuerzo de resistencia frente a la mayor y más real amenaza de la democracia española” (ABC22506). Otros, lo celebraron, porque “implica superar quizás definitivamente la Ley de Partidos: un auténtico estado de excepción jurisdiccional que ha devaluado la calidad de la democracia española” (EP15505). Pero ninguno manifiesta claramente percibir que estas afirmaciones no son necesariamente contradictorias: que un recorte a la democracia ha podido ayudar a superar el terrorismo y, por tanto, a ampliar el espacio y tiempo de la democracia.

Ciertamente, desde la perspectiva derridiana aquí adoptada, la expresión “democracia militante” resulta paradójica, por no decir eufemística⁶⁷. Al fin y al cabo, lo que se propone bajo esta rúbrica no es sino un recorte de una parte fundamental de la democracia liberal (la inclusividad y el pluralismo) para salvaguardar a la propia democracia, denominando al resultado de este recorte como si fuera otro “tipo” o “modelo” de democracia más.

Este ocultamiento, debe señalarse, se produce al margen de la intención del autor de la expresión. Para Loewenstein (1937: 432), estaba claro que la democracia militante implicaba “restricciones en elementos fundamentales de la democracia en nombre de la preservación última de estos mismos elementos”⁶⁸. Como decía Derrida a cuenta de la persecución del terrorismo internacional, se trataría de “atacar el enemigo pareciéndote a él, dejando de ser tan democrático para poder seguir siéndolo algo”, en lugar de poner la otra mejilla como reclamaría la tradición cristiana paulina (Derrida, [2003] 2005: 40-41). Sin embargo, la expresión misma lleva a la tentación de internalizar el coste democrático en términos de derechos de participación política, negando por ello que una democracia

⁶⁶ Énfasis mío.

⁶⁷ Para un análisis de esta paradoja, véase Kirshner (2014).

⁶⁸ “Constitutional scruples can no longer restrain from restrictions on democratic fundamentals, for the sake of ultimately preserving these very fundamental”.

militante sea “menos democracia”. Quienes así se posicionen seguramente argumentarán que no puede definirse qué es la democracia sin tener en cuenta las limitaciones que impone su propia realización y supervivencia en el largo plazo, incluyendo las propias limitaciones no ideales en el concepto. Es decir, demandarían que el concepto no se limite al ámbito de los valores (ideal) e incluya el ámbito de la prudencia (lo no ideal o particular); que abrace como parte de sí su propia necesidad de autonegación al concretarse en el mundo.

Este gesto discursivo no puede sino remitirse a la dialéctica hegeliana, centro de la crítica de Derrida contra el filósofo alemán⁶⁹. Para Derrida, la interiorización dialéctica que conlleva la identificación total de lo contrario particular en lo general es, en primer lugar, éticamente condenable por su incapacidad para reconocer lo otro; la diferencia. Pero, en términos más prácticos, debe señalarse cómo este tercer momento de la “individualidad”, en el que reconoceríamos las limitaciones de la democracia (en su concreción) como parte de la democracia misma (de lo general), oculta la imposible decisión sobre cuánta negación es asumible antes de negar la democraticidad misma del sistema. Además, la interiorización impide pensar el conflicto entre valores, que hemos tomado como hecho cierto de mano de Berlin (apartado 2.4.4), pues todo parecería “reconciliable” en la unidad.

En este caso concreto, la formulación “democracia militante” no logra ocultar que algunas democracias sobreviven sin imponer a sus enemigos ideológicos tales limitaciones a la participación. Tampoco puede negar la demanda absoluta que realiza el valor pluralismo y su enfrentamiento en este punto con los valores orden y estabilidad. Seguramente, no obstante, esta reducción del ideal para *reconciliarnos* con la realidad puede contribuir a legitimar nuestros sistemas políticos. Sin embargo, incluso esta decisión pragmática deberá tener en cuenta el riesgo de aguar el ideal hasta hacerlo poco atractivo o despertar (por pura reacción) sentimientos perfeccionistas. Además, esta interiorización conlleva el riesgo de negar a la razón y a la imaginación la percepción de las carencias de las democracias concretas, impidiendo con ello su puesta en marcha de futuros mejores. Es más, al dejar en la sombra los posibles límites de la democracia para hacer frente a sus enemigos, el eufemismo induce (si no denota) una posición

⁶⁹ Derrida ([1972] 1981: 40–44) nos dice que: “If there were a definition of *différance*, it would be precisely the limit, the interruption, the destruction of the Hegelian *relève* [traducción francesa de *Aufhebung*, de superación dialéctica] wherever it operates”.

fundamentalista: inventando un nuevo tipo de democracia se evita tener que admitir que no todos los problemas de la democracia se solucionan con más democracia.

En definitiva, expresiones como “democracia militante” endulzan la dura decisión de renunciar a más democracia en nombre de la democracia –lo que, en términos políticos (pero no académicos), ciertamente no es poco–. Al margen de lo que políticamente pueda resultar conveniente, analíticamente parece necesario evitar fórmulas ambiguas a este respecto, como puede ser “romper la letra de la constitución para salvar su espíritu”, que usara Voegelin (2000: 205). En realidad, se trata de *alejarse* en el presente de una dimensión (de parte de su espíritu, por tanto) para salvar el conjunto (con la vista puesta en el futuro), pues una democracia militante implica usar la violencia del Estado contra una opción no necesariamente violenta sencillamente por plantear un sistema distinto, que puede incluso ser considerado “democrático” si se enfatizan dimensiones de la idea diferentes. Una posición deconstructivista, eso sí, tampoco permite la diferenciación total entre los medios y los fines; ni entre la concreción histórica y los valores que la inspiran. No se trata, en definitiva, sino de desestabilizar los prejuicios para abrir el pensamiento a la particularidad del presente y poder preguntarnos, libremente, qué hacer.

b. Mimbres para la deconstrucción de la oposición entre democracia y violencia

La conexión entre democracia y pacifismo aparece no sólo en la prensa, sino también –e insistentemente– a lo largo de la historia de esta palabra. Por ejemplo, Rousseau considera que la igualdad (que, junto con la libertad, es el fin a seguir por toda comunidad política legítima) no debe entenderse como la inexistencia de diferencias de poder y riqueza, pero sí como que el poder “quede por encima de toda violencia y nunca se ejerza sino en virtud del rango y de las leyes” (Rousseau, [1762] 2007: 58. L.2, Cap. XI). Introducía así el ginebrino la diferencia radical entre la violencia para condicionar a las decisiones políticas y aquella que se ejerce en virtud de la ley (la que nos obliga “a ser libres”). También Tocqueville percibió, con la atención puesta en lo psicológico y sociológico en lugar de en los principios, que los demócratas “no son desinteresados, sino pacíficos” (Tocqueville, [1840] 2002: 213). No puede además olvidarse el planteamiento Kantiano ([1795] 2013: 20-24): una constitución “republicana”, esto es, representativa y con división de poderes, sería condición de *La paz perpetua*, pues si “se requiere el

consentimiento de los ciudadanos para decidir si debe haber guerra o no, nada es más natural que éstos se pensarán muy mucho comenzar un juego tan maligno”.

Los datos empíricos recogidos (6.2.5; Tomz y Weeks, 2013) confirman la intuición de Kant y nos ofrecen la conexión axiológica que vincula tan fuertemente en las motivaciones a la democracia y el pacifismo: se trata del principio de autonomía moral. En definitiva, la coacción o la violencia pueden lograr motivar (forzar) decisiones, pero viola dicha autonomía, cuando no elimina directamente al sujeto y, con él, la pluralidad.

En este capítulo hemos encontrado una cuestión que gira en torno a esta idea: el trauma por parte de la derecha con respecto al 11M. Un elemento importante para explicar aquella herida es la sensación de que el atentado cambió el resultado de las elecciones del 14 de mayo de 2014, contaminando la elección por la fuerza de las bombas y, consecuentemente, violando la autonomía moral de los electores. Merece la pena repetir la cita: “Fue la primera vez que un país democrático (un país respetado y, en teoría, respetable) se plegaba al chantaje de los carniceros” (ABC24505)⁷⁰. Aun si fuese cierto que los atentados inclinaron la balanza, este discurso estaba obviando la legítima libertad de los ciudadanos para tomar en consideración de un modo u otro para decidir su voto la gestión que el gobierno hizo de aquellos atentados. Ahora bien, debe concedérseles que los plazos cortos son poco amigos de la reflexión y la deliberación pausadas, y también que los hechos traumáticos perturban las capacidades de los ciudadanos. La controversia se abre, por tanto, desde la misma idea de democracia, y queda pendiente de resolución en base al buen juicio de cada uno.

La posición nuclear del pacifismo en la idea de democracia y el uso que ETA y sus organizaciones políticas afines realizaron de la idea puede ayudarnos a profundizar en la relación entre las diversas dimensiones de la idea. Como se ha visto, aquellas organizaciones independentistas vascas previas a Bildu y cercanas a ETA ponían especial intensidad discursiva (en sus palabras y hechos) en la dimensión assemblearia, directa. Además, no puede olvidarse que el discurso desde el mundo abertzale consideraba como derecho en sí mismo democrático el “reconocimiento de la existencia del pueblo vasco y [...] el reconocimiento de sus derechos y deberes políticos” (M24510). Tampoco que las

⁷⁰ Lo que este discurso omite, desde luego, es el efecto que tuvo la gestión de aquella crisis sobre la voluntad de los electores.

siglas “ETA” contienen la palabra “libertad”⁷¹. De este modo, podían seguir recurriendo a esa gran fuente de legitimización que es la democracia tanto para ensalzarse a sí mismos como para deslegitimar al resto de partidos e instituciones, incluso cuando más claramente renunciaban a su aspecto pacífico. Ello parece sugerir que la idea de democracia, para prestarle credibilidad a los usos que de ella todos pretenden realizar, exigiría algo así como un mínimo de tributo o apoyo global que, no obstante, los actores pueden distribuir entre sus diversas dimensiones en diversas proporciones, compensando las ausencias más notables mediante la exageración de otras dimensiones.

La Historia muestra que las institucionalizaciones de la democracia también han estado íntimamente vinculadas a la violencia y, especialmente, a la violencia imperialista. Ya se analizó en el anterior capítulo cómo el propio derecho internacional y el valor democracia, que impulsa a la democratización, se mueven entre el universalismo –que siempre será de parte– y el imperialismo –al que tan bien sientan las pretensiones universalistas– (Jouannet, 2007). Además, en el apartado 4.4 vimos de la mano de del Águila (2008) cómo el democratismo se llegó a convertir en una fuerte ideología en las Relaciones Internacionales de principios de este siglo. Para tal “ideología”, en el peor y más dogmático sentido de la palabra, las tensiones morales y legales se niegan en favor de la propia soberanía para “promover la democracia” desde posiciones fundamentalistas: bajo la fe en que en nada puede salir mal. Este fue ya antes el caso de Estados Unidos durante los primeros años del siglo XIX, como relató Michael Mann en *The dark side of democracy*:

Las guerras indias, las deportaciones en masa, las reservas circunscritas y la limpieza étnica eran prácticas que acompañaban los procedimientos democráticos más impecables, más participativos y más cercanos a los

⁷¹ Efectivamente, ETA no ha desperdiciado nunca las oportunidades para beber de la fuente de legitimidad “democrática” (contra la dictadura primero, contra la democracia después); pero tal fuente de legitimidad les habría obligado a navegar la tensión entre las diferentes dimensiones de la idea de democracia. Un estudio que confirma esta defensa de la democracia por parte del grupo terrorista a través del análisis de contenido de sus intervenciones públicas puede encontrarse en Varella-Rey et al. (2013). Ahí aparece, por ejemplo, la expresión “proceso democrático”, pero referido al avance hacia la independencia de *Euskal Herria* y la constatación de que en España no existen “condiciones democráticas” que permitan de facto la realización de sus demandas políticas (la independencia). También puede encontrarse en labios de terroristas la expresión “democracia real” frente a la “parodia” de las instituciones. Un ejemplo de 2009 puede encontrarse aquí: <http://www.rtve.es/noticias/20091116/etarra-susper-reclama-democracia-real-para-euskadi-su-juicio-paris/301103.html> (Última consulta: junio 2018). Queda pendiente para futuros estudios el análisis concreto de cómo ocurrió exactamente el proceso mediante el que se acabó imponiendo la demanda normativa de la dimensión no violenta del concepto, haciendo que finalmente ETA encontrara dicha fuente de legitimidad vacía.

ciudadanos [...]. Tiene razón Michael Mann, estos procesos ejemplifican que, allí donde los colonos disfrutaban del autogobierno y constituían los regímenes más democráticos de la época, precisamente allí, la matanza y la limpieza étnica se expandían. A más democracia, más exigencias de exclusividad étnica y tratamiento más cruel para los diferentes (del Águila, 2008: 112)⁷².

El pueblo, efectivamente, no siempre toma decisiones pacíficas; especialmente, hacia quienes no pertenecen al demos. En parecidos términos, también fue considerablemente violenta la idealizada Atenas clásica. Allí la ciudadanía se entendía como “ciudadanía en armas” y la eliminación física siempre era una opción democrática (Guariglia, 2010: 159; Canfora, 2004)⁷³. Lo era especialmente contra quienes subvirtieran la democracia (Keane, 2010: 10), pero también contra otros pueblos, pues Atenas no ignoraba la importancia de acrecentar y conservar su posición hegemónica entre las polis para su propia supervivencia. Aunque pueda resultar “curioso” y “descorazonador”, que dijera del Águila (1998: 25), no puede ni ignorarse ni dejar de analizarse que “la extensión y profundización de la democracia en Atenas corriera paralela al aumento del poder imperial de la ciudad”. Cabría plantearse hoy y aquí, en este sentido, si nuestras democracias también ejercen prácticas imperialistas, quizás exportando así una parte significativa del disolvente conflicto de raíz económica. Así lo han señalado las teorías estructurales de la dependencia⁷⁴. Este análisis, sin embargo, excede las posibilidades del presente trabajo.

Bases teóricas para la deconstrucción de la oposición violencia-democracia

Para realizar una lectura deconstructivista de la relación entre democracia/política y violencia conviene remitirse, aunque sea brevemente, a las aportaciones al respecto de Weber, Arendt y Schmitt. Debe decirse en primer lugar, y contra los posibles prejuicios,

⁷² Sin embargo, Mann (2005: 4) tendió a presentar estos comportamientos como “perversión” de la democracia, no como actos de las democracias, negando así la posibilidad de que de las (buenas) democracias, precisamente por serlo, pudieran derivarse consecuencias tan nefastas: “Regimes that are actually perpetrating murderous cleansing are never democratic, since that would be a contradiction in terms. These subtheses therefore apply beforehand, to the earlier phases of escalation of ethnic conflict. Indeed, as escalation proceeds, all perpetrating regimes become less and less democratic. The dark side of democracy is the perversion through time of either liberal or socialist ideals of democracy”.

⁷³ Incluso la palabra *populus* significaba originariamente “llamamiento a filas”. Véase Arendt ([1995] 1997: 124), quien cita a Altheim a este respecto.

⁷⁴ Para un resumen de estas teorías, véase García Picazo (2017: 172-180).

que los tres autores diferencian entre el ámbito político y el ámbito de la violencia o la guerra. Por ejemplo, aunque Weber establezca sin ambages que la violencia es el medio específico que permite diferenciar a la política, también deja claro que la forma habitual en que el estado logra obediencia va más allá de la violencia. Un estado que fundamentase la obtención de la obediencia en un uso extensivo de la violencia no sólo resultaría dudosamente democrático; bajo la definición weberiana, también se alejaría del tipo ideal “Estado”, pues se mostraría privado de la legitimidad que es propia de la dominación o *Herrschaft*; esto es, de la forma de poder estructurada. El propio Weber dejaba claro que una “acción social [...] tiene una «orientación política» si, y sólo si, pretende ejercer una influencia sobre la dirección de una «organización política con un poder institucionalizado de carácter político» [...] (de manera no violenta)”⁷⁵ (Weber, [1922] 2006: 165-166).

En este sentido, Hannah Arendt sostuvo una posición menos diferente de la weberiana de lo que ella misma reconocería⁷⁶. La alemana dedicó un profundo esfuerzo a diferenciar, entre otros, el poder (“capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente”), la autoridad (“reconocimiento por aquellos a quienes se les pide obedecer”) y la violencia. Esta última no la define específicamente, aunque entiende Arendt que “se distingue por su carácter instrumental”; es decir, sería siempre un medio. La diferencia estribaría en que el “poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos”⁷⁷.

Arendt, en uno de sus muchos giros inesperados, considera que la violencia puede estar justificada, aunque nunca ser “legítima” (Arendt, [1970] 2012). Parece querer decir que la violencia siempre está fuera del ámbito estrictamente político, aunque a veces pueda ser más que entendible e, incluso, tener resultados justos. Es más, aunque el empeño de la alemana estuviera puesto en todo caso en recuperar una definición de política (y de las diferencias políticas) que, contra Weber, estuviera al margen de la violencia, esto no le impedía reconocer que el poder y la violencia no corresponden a “compartimentos estancos del mundo real” y que, de hecho, “nada [...] resulta tan corriente como la

⁷⁵ Énfasis mío.

⁷⁶ Véase al respecto Franzé (2013).

⁷⁷ Arendt parece estar olvidando en estas líneas la importancia del sadismo en política; esto es, de la conversión de la violencia en un fin que se disfruta “en sí mismo” (tan “en sí mismo” como es posible, dada la mutua exterioridad constitutiva de medios y fines en el ámbito de lo simbólico).

combinación de violencia y poder” (Arendt, [1970] 2012: 63). Es decir, no ignora que el poder suele recurrir al medio de la violencia.

Toda vez que entendemos la democracia como una forma de Estado, y el Estado como un monopolio de la violencia física legítima en la definición weberiana, parece tener que admitirse la existencia de una violencia “democrática” que nos haga libres, que diría Rousseau. Esta internalización de la violencia en la democracia está en el centro del poder legitimador de la democracia y explica la conveniencia política de las nociones metafísicas de democracia.

No puede sorprender que el *Leviathan*, para garantizarse un monopolio total de la violencia física legítima, reclame ser reconocido como una democracia total, contra la que no cabría ningún acto violento o ilegal. La lógica de pensamiento aquí calificada de metafísica, que confía en la posibilidad de una democracia completa y radicalmente distinguible de una dictadura total, ejercería así funciones culturales fundamentales en los términos definidos en el segundo capítulo: para la legitimación y, en consecuencia, reproducción del orden político. Una democracia total, entendida como reunión armónica de todos los valores, sencillamente no deja espacio para justificar ninguna acción violenta fuera de lo ordenado por la ley. En este sentido, la idea de democracia colaboraría para que los ciudadanos “sometan las voluntades de cada uno a la de aquél [el soberano]; y sus juicios, a su juicio” (Hobbes, [1651] 1998: 114. Cap. XVII)⁷⁸. Al mismo tiempo, y contradictoriamente, esta idea de democracia anima a la autonomía: al juicio propio⁷⁹. He ahí, de nuevo, su tensión central, que se desarrolla entre la vocación de ser forma de gobierno y el anarquismo.

Podría querer argumentarse que sólo con una definición weberiana de la política encontramos la violencia como exterior constitutivo de la democracia, pero que una definición arendtiana podría librarnos de tal rémora. La perspicaz mirada de Carl Schmitt, sin embargo, ofrece buenos motivos para pensar que no es así. Schmitt, contra sus peores lectores, también diferenciaba política y violencia: “Lo político no estriba en la lucha misma”, decía el alemán. Sin embargo, sería también cierto que “[l]o político está [...] en

⁷⁸ “and therein to submit their wills, every one to his will, and their judgments, to his judgment”.

⁷⁹ Este mismo problema o contradicción se ha localizado en el propio *Leviathan*, en el que el juicio de los individuos es cedido al soberano, único definidor de la justicia, a la vez que éstos lo conservan para identificar cuándo llega el momento en que la vida está en peligro y, por tanto, ya no se debe obediencia. Véase Sreedhar (2010).

una conducta determinada por esta posibilidad real [de que se desencadene la lucha], en la clara comprensión de la propia situación y de su manera de estar determinada por ello, así como en el cometido de distinguir correctamente entre amigos y enemigos”; “La guerra no es pues en modo alguno objetivo o incluso contenido de la política, pero constituye el *presupuesto* que está siempre dado como posibilidad real” (Schmitt, [1932] 2014: 65-67).

En definitiva, y poniéndolo en términos derridianos: Schmitt considera que la diferencia entre política y la violencia es necesaria; pero, al mismo tiempo, de algún modo imposible, en tanto que la violencia aparece como el exterior constitutivo de la política. El debate “político”, incluso entendido en el sentido arendtiano, entre libres e iguales, analíticamente separable del enfrentamiento violento, queda así imbuido siempre-ya del enfrentamiento violento precisamente por excluirlo. Además, dado que la política produce decisiones que frecuentemente contarán con el respaldo de la violencia, esta violencia no es un hecho sobrevenido, *a posteriori*, sino que estaría presente (incluso cuando olvidado o silente) a cada paso del debate “político”. En último término, los actores políticos saben que no se juegan sólo la posibilidad de realizar sus propuestas mediante la legitimidad que otorga la victoria política, sino también la capacidad de, en último término, coaccionar violentamente a quienes opinan distinto si se resisten. Desde una perspectiva derridiana, no debería entenderse esta presencia de lo violento como *mancha*, como mero añadido indeseado, sino como parte de lo que la política *es, precisamente por no serlo* (Thomson, 2005).

A este planteamiento respondería Arendt ([1995] 1997: 120-123) recurriendo a la cosmovisión griega, que –frente a la romana, más parecida a la presente en este sentido– consideraba la ley como necesaria para la política, pero externa a la misma. Una ley que “contiene por lo tanto lo que de violento y violentador tiene todo producir”; en particular, la producción del espacio político y sus ciudadanos. “Por eso”, decía Arendt, “las leyes son padre y déspota a la vez”.

Si no nos perdemos en la cuestión nominalista podremos observar que aquello a lo que Arendt llama política, el espacio plural y entre iguales en que cabe la acción significativa, tiene un innegable poder sobre lo que se convierte en ley y moral. Además, ese espacio depende de aquellas leyes para existir. La diferencia entre ambos significados de política parece efectivamente ser necesaria y conveniente, en tanto que remite a

experiencias e intenciones que en la experiencia resultan distinguibles y, con ello, se evitan confusiones que han conllevado históricamente las trágicas consecuencias que la alemana advirtiese⁸⁰. No obstante, debe hacerse notar que ignorar la conexión entre la política arendtiana y el ejercicio de la violencia sólo lleva a otra irresponsabilidad, equivalente a la que demandaba Crispín para su señor en *Los intereses creados*.

Todos llevamos en nosotros a un gran señor de altivos pensamientos [...] Y a su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras [...]. Todo el arte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna baja podamos decir siempre: no fué mía, no fuí yo, fué mi criado⁸¹.

No fue la política, nos diría Arendt, sino la ley de la que depende y sobre cuya formulación, con su poder, influye sobremanera. Esto además dificulta, en palabras de Rafael del Águila, “considerar seriamente el papel de la violencia como fundadora del orden, la paz y la convivencia, las leyes y quizá incluso nuestras concepciones de la justicia” (del Águila, 2004: 147-148; Moore, 1968: 4).

Consecuencias y delimitación de esta deconstrucción

Tras este análisis no debería sorprender ahora tanto la aparición de un vocabulario violento en el lenguaje de la democracia. Las expresiones vistas en el apartado 6.2.6 precisamente recuerdan que en política se ponen en juego unos valores que pueden llegar a entrar en contradicción con la conservación de la política misma; unos valores que implican reconocer la transcendencia de aquello que se pone en juego, frente al tedio del “fin de la historia” (Fukuyama, 1989). Este vocabulario violento viene a afirmar la existencia de diferencias *reales*, irreductibles, relevantes y en conflicto que son la base de la política⁸². Diluir el empuje normativo de estos valores, aunque y precisamente porque en plena coherencia pueden llegar a demandar la ruptura de lo político y el recurso a la guerra, agota la política democrática misma, cuyo sentido no es sino ofrecer a los distintos sistemas de valores una oportunidad de materialización mediante la acción intencional colectiva. Como planteara Schmitt, la prueba última de la transcendencia atribuida a una u otra causa pasa por certificar la disposición al “sacrificio de sus vidas” (Schmitt, [1932]

⁸⁰ Véase el capítulo 1 al respecto.

⁸¹ Benavente, Jacinto ([1938]1984). *Los intereses creados*. Madrid: Espasa-Calpe, p. 36-37.

⁸² En este aspecto, no estoy diciendo nada muy diferente de lo concluido por Mouffe (1993), también partiendo de Carl Schmitt.

2014: 66); es decir, de la aceptación del riesgo de violencia contra la vida de uno mismo (y también, cabría añadir, contra aquello que da sentido a la vida). Al reconocer que lo que está en riesgo es realmente trascendente, entra en juego el aspecto “épico” de la política⁸³; su sentido heroico.

Esto nos recuerda la amenaza, al menos a nivel teórico⁸⁴ de que una de las partes de un conflicto político encuentre más provechoso recurrir a la tiranía o a la separación unilateral en vez de seguir discutiendo dentro del espacio compartido. Esta ruptura no sería una despedida sin consecuencias, sino que supone cierta *violencia* (al menos, *simbólica*): el cierre unilateral de lo que hasta entonces era un espacio compartido, propiedad conjunta, referencia de una identidad remitida a un punto común, y que deja de existir por decisión de uno hasta entonces no existente fuera de la imaginación (no existente, al menos, en esos nuevos términos de otredad). El olvido del papel de la violencia en la política como exterior constitutivo (en otras palabras, la falta de voluntad para acordar teniendo muy en cuenta que la política requiere de la voluntad de las partes para permanecer *en* la política) parece un buen camino precisamente para precipitar la ruptura violenta del espacio común, sea por recurso a la imposición violenta o por mero abandono de éste.

Debe, en todo caso, leerse con precaución a Schmitt, evitando deslizarse por las pendientes resbaladizas que su pensamiento esconde. En particular, hay que advertir contra aquella pendiente que sitúa al desacuerdo político *únicamente* como un punto intermedio entre la guerra (enemistad) y la paz (amistad), como si no pudiera encontrar sentido y valor en sí (*diferencia o identidad*) fuera de esa gradación. Esta es precisamente la aportación primordial del análisis que ha realizado Chantal Mouffe (1993) de la cuestión a través de su noción de “adversario”.

Contra la disolución de la diferencia entre violencia y acuerdo.

Efectivamente, frente a esta tendencia a esencializar la diferencia entre política y violencia, algunos autores parecen querer identificar la política, y en particular la democracia, con una lucha violenta. En el caso extremo de esta concepción se sitúa la famosa malinterpretación de la cita de Clausewitz: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Algunos incluso han intentado fundamentar el sentido de la

⁸³ Y de la Teoría Política, como deseaba Sheldon Wolin (2005).

⁸⁴ Amenaza que no siempre se presentará con el mismo peso, desde luego, en toda circunstancia concreta.

regla de la mayoría en la guerra, entendiendo las votaciones como una sublimación del conflicto violento: una forma de medirse las fuerzas sin tener que llegar a emplearlas (Przeworski, 1999), minimizando con ello la dimensión moral de la democracia como reconocimiento del igual derecho a la autonomía de los otros.

En esta línea, contra el sentido común que diferencia política y violencia, resultan de especial interés algunos trabajos que consideran todo acuerdo como violento (y, en consecuencia, toda política como violenta). Es el caso de Javier Franzé (2013; 2014), quien, desde una concepción ontológica pluralista, concluye que, como toda acción e institucionalización excluye otras posibilidades, las opciones perdedoras, las no realizadas, siempre resultan dañadas. Desde aquí, y gracias al ensanchamiento del concepto de violencia que implica la idea de “violencia simbólica” (la violencia “se encuentra allí donde se produce un daño del propio sentido o representaciones que otorgan significado a la vida de los actores”), acaba considerando el acuerdo como “sede de la violencia” (Franzé, 2013: 160, 166; Franzé, 2014: 37). La política no podría en consecuencia librarse de la violencia, pues toda decisión tomada entre agentes diversos, incluso la más acordada, ejerce violencia por el mismo hecho de ser en el mundo; por desplazar otras posibilidades que no son.

Ciertamente, las nociones de daño y de violencia simbólica permiten abrir una vía a la deconstrucción ontológica de la oposición democracia/violencia. Empero, deconstruir no es destruir. Una concepción de violencia extensiva en lo óntico, en el discurso común, impediría distinguir (siquiera como una diferencia imposible pero necesaria) entre los “acuerdos” (y desacuerdos) que queremos llamar “violentos” (aquellos que recurren al brutal abuso físico y psicológico), aquellos que podríamos llamar “manipulados” (basados en la ocultación, la mentira o la propaganda gris) y aquellos que puedan considerarse “libres” (alcanzados mediante la deliberación entre ciudadanos que se reconocen mutuamente como personas con igual derecho a la autonomía y actúan en consecuencia).

Desde luego, la diferencia entre todos éstos podría deconstruirse ontológicamente; no sólo por lo dicho acerca de la relación entre política y violencia sino, además, sobre la base de la imposibilidad de comunicación transparente, de los efectos performativos del lenguaje y de la inalcanzable neutralidad de las reglas del debate. Pero nadie duda a nivel óntico, frente a las concepciones que colapsan la política en la violencia, de que el encuentro entre los diferentes que deriva en un acuerdo puede hacer que las distintas

posiciones, en lugar de “dañadas”, se vean enriquecidas por el debate; modificadas para “bien”.

Qué duda cabe de que tanto quien asesina a navajazos como un cirujano realizan cortes incisivos con un objeto punzante; considerar el gesto “violento” o no en ambos casos dependerá de cómo definamos la “violencia”; fundamentalmente, de que tomemos en cuenta para su definición las intenciones de la acción y el consentimiento (Keane, 2004: 34-35). Estas definiciones expansionistas o “estructurales”, asociadas al trabajo de Galtung (1969), no solo nos separan del sentido común, sino que, si se esencializan en lugar de tomarlas como instrumento para la deconstrucción, nos dificultan percibir la diferencia misma entre injusticia y violencia (Calleja, 2002: 30).

No obstante, estas posiciones radicales o críticas señalan atinadamente que el contenido de las definiciones de violencia no es esencial, y que no está al margen de la política, sino que es precisamente uno de los ámbitos en los que ésta influye con más vigor. Se trata de recordar la crítica de Raymond Aron a Hayek: la definición de qué es coacción no puede hacerse a priori, de forma *objetiva*, ni siquiera recurriendo a la diferencia entre la coerción derivada de leyes generales y aquella de naturaleza arbitraria (Aron, 1961: 208)⁸⁵. Este tipo de enfrentamiento político por la definición de violencia pudo verse, por ejemplo, reflejado en las pancartas durante el 15M que reivindicaban que “[v]iolencia es cobrar 600 euros” (P16511); ¿o acaso promover la expansión de los bajos sueldos no tiene efectos perjudiciales y no queridos sobre el cuerpo de otros, por seguir con la definición de Keane (2004)? Una posición postfundacionalista impide encontrar una “verdadera” noción de violencia, que siempre admitirá además márgenes de interpretación. Sin embargo, sí se pueden y se deben mostrar las más probables consecuencias de las distintas definiciones en la academia, en la política y para la democracia, sin pensar que alguna podrá ser satisfactoria de acuerdo a todos los valores.

Por último, permítaseme resaltar cómo toda esta reflexión da finalmente sentido a situar bajo el mismo capítulo el conflicto político y la violencia. No se trataba sino de mostrar mediante su contraste la existencia de lógicas de comportamiento distintas en el conflicto violento y el conflicto político, pero también entre el conflicto político democrático y algo que aparece en la prensa más como aspiración general que como

⁸⁵ “Ce qui revient à dire qu’il n’y a pas de critère *objectif* de la non-discrimination et du non-privileège (pas plus qu’il n’y a de définition objective et extérieure de la contrainte”.

actividad: el diálogo basado en argumentos entre quienes conversan respetuosamente como iguales, como ciudadanos que se reconocen el mutuo derecho a la autonomía, con el objetivo de tomar decisiones bajo fórmulas de decisión acordadas.

c. Violencia para la democracia: los límites del pacifismo democrático

El pacifismo tiene ciertamente un amplio predicamento en la prensa. Incluso la idea de revolución, considerada habitualmente un “camino [...] violento” (ABC20501), llegaba a verse exenta de violencia para la primavera árabe. Aún más en el caso del 15M, la “Spanish Revolution”, que se declaraba “pacifista” y reclamaba la reducción del gasto militar (anexo 3, anexo 5). Se tiende así a olvidar que no todas las democracias se fundan al margen de golpes de estado violentos: Clístenes mismo logró el poder vía no uno, sino dos golpes militares. Incluso historiadores como Adrados llegan a afirmar que “no hay democracia sin revolución previa, conquista del poder por la violencia; y tampoco sin conciliación entre las clases” (Adrados, 2011: 84-85)⁸⁶. Sin compartir una posición tan pesimista hacia el poder de la conversación racional, de la persuasión o incluso de la pura amenaza no materializada, afirmaciones así abren la puerta a nuevas investigaciones sobre nuestra democracia española por caminos que en gran parte exceden a la presente. Pero la estrecha relación entre democracia y pacifismo sí merece unas notas.

Un indicador del avance del valor del pacifismo en la idea de democracia puede encontrarse en la consideración que hoy merece el asesinato de Luis Carrero Blanco. En palabras de López Rodó, aquel magnicidio “significó el fin del régimen de Franco” (Maravall y Santamaría, 1989: 123). La circunstancia recuerda a aquellas palabras de Sorel ([1908] 2016: 120): “El atentado individual ha rendido unos servicios suficientemente grandes a la democracia para que ella haya consagrado como grandes hombres a personas que, con riesgo de su vida, han tratado de quitarle de en medio a sus enemigos”. Sin embargo, la democracia española no sólo no recuerda como héroes a los autores de aquel hecho (a lo que sin duda ha contribuido que ETA prolongara su actividad en democracia). No hace mucho y de oficio, algunos chistes sobre tal acontecimiento han sido condenados judicialmente como “desprecio, deshonor, descrédito, burla y afrenta” a “personas que han sufrido el zarpazo del terrorismo y sus familiares”, considerándolos

⁸⁶ Cabría preguntarle a este autor cómo encaja la España contemporánea en tal afirmación.

graves “con independencia del momento en que se perpetró el sangriento atentado”⁸⁷. Es decir, con independencia de si aquel acto de violencia ocurrió contra una democracia o no. A favor de una democracia, o no.

Este pacifismo irrestricto, por tanto, supera en algunos ámbitos a la mismísima democracia como valor desde el que enjuiciar las acciones violentas. Se condena la violencia como exceso, incluso cuando conduce a la democracia. La condena moral, intachable, viene sin embargo indefectiblemente a ocultar la irracionalidad moral del mundo. Pese a esta tendencia, el sentido común conserva el recuerdo de aquella experiencia. De ahí que los “chistes de Carrero”, que en el fondo celebran su muerte desde el tabú, *hagan* gracia más allá del efecto humorístico provocado por el puro ingenio. Es la venganza simbólica de quienes, como demócratas, no pueden sino lamentar que el dictador muriera en la cama y saben prohibido por la misma democracia celebrar aquel hecho violento que facilitó su conquista.

Como he mencionado más arriba, el Estado tendría buenos motivos para extender nociones de democracia vinculadas al pacifismo, pues ello bloquea toda insurrección. El problema que podría encontrarse el mismo Estado democrático, eso sí, es que la difusión de esta ideología pacifista, de tendencia tan expansiva, le dejase despojado de su legitimidad si en algún momento se encontrare impelido a elegir entre ejercer una violencia extraordinaria o desaparecer. El democratismo pacifista, por esta vía, empuja hacia la dimensión anarquista de la idea. Tales formulaciones tomarán probablemente formas similares a la concepción arendtiana de política, a un diálogo persuasivo pacífico, previa omisión, eso sí, de las reflexiones sobre la violencia que la propia Arendt ofreciera.

El pacifismo contenido en la idea de democracia del discurso cultural español, a falta de estudios comparativos, puede que esté especialmente marcado. Como se vio en el anterior capítulo, en España “«la democracia» se ha construido como evitación no sólo del franquismo, sino también de la guerra civil” (Franzé, 2015b: 6-9), y también del terrorismo de ETA, y en ningún caso se concibe como conquista revolucionaria. En todo caso, cabe recordar que la vía revolucionaria, al menos según la investigación comparada de coordinada por O'Donnell y Schmitter (1988: 26), no parece muy fructífera cuando se

⁸⁷ Véase al respecto, por ejemplo, el artículo “La Audiencia Nacional condena a Cassandra Vera, la tuitera que hizo chistes de la muerte de Carrero Blanco”, publicado en El País el día 30 de marzo de 2017, y disponible en: https://politica.elpais.com/politica/2017/03/29/actualidad/1490788774_203770.html (Última consulta: enero de 2019).

trata de establecer una democracia liberal. En España, como recuerda Aguilar Fernández (1996: 211), los partidos durante la Transición se vieron obligados a moderarse ante un electorado que recordaba (y al que, por si acaso lo olvidaba, le recordaban insistentemente) el peligro de la guerra civil⁸⁸.

En el discurso público encontrado, con la excepción ya señalada de Antonio Elorza, se silencia toda posibilidad de que la violencia o el miedo a la misma haya tenido o pueda tener alguna vez consecuencias positivas. En particular, se omite habitualmente la posibilidad de que la amenaza de violencia, bien proveniente del ejército, de los terroristas o de los manifestantes y huelguistas (Maravall y Santamaría, 1989: 133) jugara algún papel positivo en la construcción del consenso de la Transición, ni siquiera cuando se alaba tal consenso. Esta violencia se recuerda casi en exclusiva para resaltar sus defectos. Recordemos la crítica a Rodríguez Zapatero de Victoria Prego, pues “defendió la tesis, falsa de toda falsedad, de que ese proceso político y la Constitución que lo culminó fueron el resultado de la amenaza de las bayonetas” (M24505). Para ella sería oprobio insinuar tal influencia de la amenaza. Y, para el discurso que se le atribuye al entonces presidente, como vimos en el capítulo anterior, sería pecado original de la democracia, origen de sus defectos.

Para encontrar posiciones que reconozcan esta posible influencia *positiva* de la amenaza hay que recurrir al registro académico. Por ejemplo, Oñate (1998: 276-277) reconoce que el temor al enfrentamiento empujó a los políticos a buscar un “«consenso primero», esto es, la firme decisión común de que la transición a la democracia debía realizarse con el concurso y la participación de todos [...] sin trágalas ni imposiciones” (recordando en cualquier caso que este temor hizo que “el diálogo no fuera ni libre, ni igual, ni irrestricto”). En este sentido, si quiere encontrarse una causa a la dificultad de los políticos para alcanzar acuerdos en el presente, quizás la ausencia de amenazas creíbles de violencia pueda ser un buen lugar por donde empezar a investigar.

Además, el apoyo a la democracia, según las investigaciones de Inglehart (2003: 52), no sería suficiente para el establecimiento de instituciones democráticas: ello requiere de una presión de las masas que obligue a las élites “a dar a los ciudadanos el poder para

⁸⁸ “Fueron precisamente [...] la memoria del infortunio histórico y el miedo a los peligros de la radicalización [...] los que más contribuyeron a moderar las demandas de todos los grupos políticos y sociales representativos del momento y a legitimar una forma distinta de realizar las transformaciones políticas”.

quitarlos del cargo”⁸⁹. Una presión que, cabe añadir, no convendría eliminar, siquiera como consabida amenaza implícita y casi olvidada, una vez las instituciones democráticas están en pie.

En este sentido, debe advertirse que unos ciudadanos que ensalzaren excesivamente la dimensión de orden y obediencia pacífica de la democracia difícilmente estarán preparados para defender la democracia misma si así resultare preciso, sea contra riesgos internos o externos. Algo parecido denunciaba Maquiavelo hace ya 500 años, entonces contra aquel cristianismo difundido por la Iglesia Católica; un cristianismo que ensalzaba lo contemplativo sobre lo activo, la fortaleza como aguante y no como acto de fuerza, frente a los sangrientos sacrificios de los antiguos y su admiración hacia los héroes mundanos (Machiavelli, [1531] 2012: 198-199)⁹⁰.

Por el momento, parece que sólo el 17,1% de los españoles estaría dispuesto “con toda seguridad” a defender voluntariamente a España ante un ataque militar, aunque debe sumarse al 20,6% que “probablemente sí” lo haría. Un 40,6%, no obstante, responde que “no, con toda seguridad”⁹¹. Si Aristóteles decía que “la guerra nos obliga a ser justos y sensatos, mientras que el goce de la buena fortuna y el descanso que acompaña a la paz nos vuelven más soberbios” (Aristóteles, [ca. 350 a.C.] 1998: 1334a), uno teme preguntarse si la percepción de una larga paz nos hizo ya tan soberbios como para creer que la violencia es prescindible en toda situación; para incluso olvidar que la paz, pese a la superioridad moral que podamos atribuirle, puede también tener sus consecuencias no deseadas.

En definitiva, el riesgo de la condena total de la violencia es la renuncia a fines legítimos que un fundamentalismo pacifista bloquearía. Estos fines pueden estar contenidos en la idea de democracia o ir más allá. La propia Arendt escribía que “[e]l quid está en que, bajo ciertas circunstancias, la violencia –actuando sin argumentación ni palabras y sin consideración a las consecuencias– es el único medio de restablecer el

⁸⁹ “Overt support for democracy seems a necessary but not sufficient condition for democratic institutions to emerge. Unless mass pressures for democracy are present, power-hungry elites are unlikely to give publics the power to remove them from office”.

⁹⁰ Estas reflexiones, habitualmente menospreciadas en el debate público en Europa, siguen latentes en los Estados Unidos en boca de los defensores de la segunda enmienda, que interpretan el derecho a poseer y portar armas como salvaguarda de la libertad.

⁹¹ Véase el Estudio 3110 del CIS, de 2015.

equilibrio de la balanza de la justicia”⁹². Sin contar con el imposible requisito de irracionalidad (de vaciamiento simbólico) que Arendt exige a la violencia para poder entenderla como conducente a la justicia (¿entendida cómo? ¿interpretada por quién?), autores como Moore han expresado advertencias sobre cómo ese pacifismo “civilizatorio”, democrático, tiene efectos conservadores de las injusticias. Una conservación a cuyo servicio se pone además la capacidad violenta del Estado:

vuestras protestas pueden ser tan ruidosas como sea posible siempre que se mantengan inefectivas. Aunque lamentamos mucho vuestro sufrimiento y nos gustaría hacer algo al respecto [...] cualquier intento por vuestra parte para deshaceros de vuestros opresores por la fuerza es una amenaza a la sociedad civilizada y el proceso democrático. Tales amenazas no pueden ser y no serán toleradas. En cuanto recurráis a la fuerza, nosotros, si fuera necesario, os barreremos de la faz de la Tierra mediante una respuesta que haga llover llamas desde los cielos (Moore, 1968: 2)⁹³.

Como se ha desarrollado brevemente, algo así parece ocurrir con las posturas contra el independentismo. Los independentismos se consideran “ideologías perfectamente compatibles con la democracia” (EP16506); siempre que, eso sí, sus esperanzas de arribar a ningún puerto queden ahogadas, concediendo desde un discurso legalista la única vía “democrática” de convencer a la mayoría de un colectivo al que creen no pertenecer y en el que son persistente minoría. Además, ante el avance del pacifismo, no sorprende que formas de participación política no convencional basadas en la coacción como las huelgas y sus piquetes queden deslegitimadas, omitiendo del discurso con ello las diferencias de poder intrínsecas a la relación entre empresario capitalista y asalariado.

Dese la teoría no podemos sino insistir en que, igual que la imposibilidad de una democracia deliberativa completa, perfecta, obliga a enjuiciar caso por caso aquellas

⁹² Arendt ([1970] 2012: 87) considera que la violencia puede ser racional cuando reacciona contra un contexto en el que usar la razón se convierte en “una trampa”, entendiendo justificable una “violenta reacción contra la hipocresía”. La violencia pierde “la razón” “cuanto trata de desarrollar una estrategia propia con objetivos específicos; se torna «irracional» en el momento en que se «racionaliza»”.

⁹³ “You may protest in words as much as you like. There is but one condition attached to the freedom we would very much like to encourage: your protests may be as loud as possible so long as they remain ineffective. Though we regret your sufferings very much and would like to do something about them -indeed we have studied them very carefully and have already spoken to your rulers and immediate superiors about these matters- any attempt by you to remove your oppressors by force is a threat to civilized society and the democratic process. Such threats we cannot and shall not tolerate. As you resort to force, we will, if need be, wipe you from the face of the earth by the measured response that rains down flame from the skies”.

decisiones que privilegien la posición particular por encima de la general (lo que abre espacio para el recurso a la mentira o el chantaje), lo mismo ocurre con el recurso a la violencia.

No convine seguir profundizando en estas cuestiones por los límites necesarios para avanzar en este trabajo. Baste recordar aquí con Moore que no pocas ocasiones los moderados y pragmáticos han encontrado el terreno abonado por el trabajo de destrucción de hombres y mujeres enfadados que habían logrado situar los temas en la agenda, añadiendo además urgencia y dramatismo a la necesidad de medidas. Aunque, eso sí, y así lo reconoce el propio Moore, estos medios más o menos violentos conllevan siempre el peligro de derrumbar la democracia que se pretendía mejorar (Moore, 1968: 4-5). De nuevo, el problema es que “la democracia” no es únicamente un ideal, sino que se concreta en ordenamientos particulares que, como todos, tienen la necesidad de estabilizarse mediante la obediencia.

Por otro lado, la democracia se alimenta también de sus propios enemigos. Ya señalé en el apartado 6.1 el valor para el sostenimiento del sistema que juega la descalificación mutua del adversario (PP o PSOE respectivamente) como antidemócrata. También la importancia de la épica en la política: de saber que hay algo importante en juego. En un sentido parecido, puede señalarse aquí el papel que ETA ha podido jugar para sostener los consensos en los que se fundamenta la democracia española. La existencia de este enemigo animaba el sentido a la política y facilitaba la definición de los demócratas por diferencia con lo que no son, permitiendo un extra de indefinición en lo que implica ser demócrata más allá de renunciar a los medios violentos. Dicho de otro modo, acercaba a la idea de “democracia” a la lógica de un significante vacío. En este sentido, no era sólo “a Mayor Oreja y a todo el PP” a quien podría aterrorizar “que se puede acabar la violencia terrorista”, como decía Felipe González (ABC15504); todos los demócratas habrían hecho bien en prepararse, pues era patente que la disolución de ETA, al haber funcionado como exterior constitutivo de la democracia, tenía gran potencial para desatar diferencias y conflictos hasta entonces acallados por el estruendo de la violencia terrorista. Se hace así más entendible el nerviosismo derivado del movimiento de la frontera entre los demócratas y los terroristas y los efectos de tal movimiento, que ha propiciado el surgimiento de nuevos temas y la revalorización de otros en torno a los que intentar aunar

a los demócratas, como puedan ser “el terrorismo islámico”, pero también “el terrorismo machista”⁹⁴ o “los golpistas independentistas de Cataluña”⁹⁵.

Llevando esta lógica al extremo, nos encontramos con las siguientes palabras, escritas por Rafael del Águila con inspiración en Walter Benjamin: “De hecho, la institución del chivo expiatorio, de la víctima sacrificial, es lo que hace posible la vida en sociedad [...]. La violencia contra la víctima rehace la unidad perdida por la violencia recíproca y estos ritos que sustituyen la violencia inicial existen prácticamente en todas las culturas. Cabe decir, pues, que el rito sirve como vacuna”. Sus palabras obligan a reconocer que la violencia “puede actuar como «estructurante»”, “como elemento cohesivo de una comunidad”, generando adhesión intracomunitaria” y “sociabilidad política” (Calleja, 2002: 43). Baste recordar cómo la ausencia de un fin violento de la dictadura franquista, que se desea ver como orgullo desde el pacifismo democrático, ha sembrado a la vez en muchos la semilla de la ilegitimidad.

Nada de esto, debe insistirse, se dice con la intención de legitimar la violencia ni de enjuiciar los ejemplos puestos. Pero sí he intentado en estas líneas empujar el pensamiento teórico hacia el reconocimiento del carácter trágico de la idea de democracia. Por otro lado, la cuestión de si conviene que tales conclusiones se extiendan como ideología o cultura corresponde a un nivel de análisis diferente. Quizás el lector entienda que una generalizada posición contraria a la violencia resulta más segura que una ciudadanía consciente de la necesidad de un juicio contingente que sostenga la decisión de prescindir o no de la violencia. O, con mayor optimismo, se querrá confiar en el buen juicio de los ciudadanos, quizás guiados por sistemas culturales que ofrezcan buenas pautas sobre su oportunidad (y sobre su castigo y perdón). Se trata en todo caso de una cuestión que admite grados, y de un juicio que no podrá renovarse a todas horas. Un juicio que, por exceder los límites autoimpuestos, en manos del lector queda.

⁹⁴ La expresión puede encontrarse, por ejemplo, de boca de Susana Díaz, según recoge el artículo “La violencia machista es un atentado contra los principios de la Democracia”, publicado en *Eldiario.es* el 8 de noviembre de 2018 y disponible en https://www.eldiario.es/andalucia/sevilla/Congreso-Vilencia-machista-machismo-maltrato-Andalucia_0_833267037.html (Última consulta: enero de 2019).

⁹⁵ Esta expresión la utilizó, por ejemplo, Javier Maroto, según recoge el artículo “El PP seguirá llamando «golpistas» a los independentistas catalanes «en la calle y en el Congreso»”, publicado en el diario *Expansión* el 21 de noviembre de 2018 y disponible en: <http://www.expansion.com/economia/politica/2018/11/21/5bf5370122601d993d8b4635.html> (Última consulta: enero de 2019).

6.3 RECAPITULACIÓN

Este capítulo ha recogido el uso de la idea de democracia en el enfrentamiento partidista para la mutua descalificación, a colación de lo cual hemos localizado una nueva frontera que separaba a los demócratas de los violentos, que en España en el momento analizado estaban fundamentalmente representados por la organización terrorista ETA. De nuevo, este último apartado servirá para recapitular lo aquí encontrado con respecto a las tres dimensiones de la idea de democracia que venimos analizando: sus usos y funciones, sus dimensiones de significado y su orden intelectual.

a. Usos de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos

La primera parte de este capítulo (6.1) se ha organizado en torno a un uso muy particular de la idea de democracia: aquél que hacen los partidos y sus simpatizantes para atacar al adversario político. Los partidos tratan de construir su imagen asociándola a la democracia y empujan la imagen del adversario fuera de lo democrático. En último término, estos usos remiten a intenciones desmovilizadoras del electorado del adversario (en el momento estudiado, especialmente en el caso del Partido Popular) y de movilización del propio electorado (especialmente en el caso del PSOE). En ambos casos, también serviría al propósito de arrancar votos del centro ideológico, especialmente cuando se califica al contrario de antidemócrata por extremista.

Se han señalado posibles efectos negativos y positivos de este uso en el apartado 6.1.7. Por un lado, puede haber tenido efectos negativos sobre la confianza de los ciudadanos en los partidos y las instituciones. Además, este tipo de acusaciones conlleva el peligro de vaciar el debate político. El tono bronco del debate sobre Bildu, por ejemplo, más que reflejar una conciencia del agonismo que la política implica (6.2.7), sirvió para bordear debates profundos, evitando enfrentarse sin ambages a la indecidibilidad de las decisiones políticas. Aunque sí se presentaron las diversas posiciones jurídicas y se debatieron distintos argumentos políticos (especialmente en los registros más académicos), el debate tendió a quedar cercenado y “neutralizado” en torno al democrático “Estado de Derecho”, que unos veían violado por el gobierno y los tribunales y, otros, puesto en riesgo por la crítica. Se evitaba así reconocer que diversas posturas a partir de diferentes interpretaciones legales cabían con respecto a la no ilegalización de Bildu, aunque sí se debatía sobre la conveniencia política de tal decisión.

La insistencia en la violencia, además, silenciaba otros debates, como el derecho de la democracia a defenderse de sus adversarios aun renunciando a ser una democracia mejor o el juicio de los fines que Bildu promovía (el derecho a decidir) y que sus candidatos trataban de introducir en la expresión “proceso democrático” (6.2.7). En el subapartado 6.1.1 hemos visto además otro ejemplo de debate silenciado con recurso al valor democracia: aquél sobre la política migratoria. Y otro en el 6.1.4: el debate sobre la cuestión económica, fundamental en aquel momento. Tal uso silenciador está por tanto bastante extendido.

Al mismo tiempo, he señalado dos posibles efectos positivos para el sistema político de este tipo de debate en el que las distintas partes se arrojan la idea de democracia. En primer lugar, la introducción de cierta épica en el debate político al presentar la alternativa como una amenaza para la democracia, avivando la participación y el interés político. En segundo lugar, el riesgo a ser acusado de antidemócrata aparece como un posible incentivo en la definición de las posiciones y vías de acción políticas (en un sentido “moderador”), lo que ha podido contribuir a la estabilidad del sistema.

Otros usos de la idea de democracia vistos en este capítulo han mostrado un fuerte potencial como legitimadores del sistema político. Fundamentalmente, destaca el énfasis en el interés general (vinculado a la idea de consenso), que introduce en el discurso una tensión integradora (6.1.7). A este discurso se contraponen las críticas que tachan de antidemócrata “negociar” o “pactar” con opciones políticas que se describen como poco demócratas o antidemocráticas. También se ha señalado la importancia de la existencia y conceptualización de un exterior violento para cohesionar el bando de los “demócratas” y postergar sus posibles discrepancias (6.2.7), aunándoles en torno al pacifista democratismo.

b. Dimensiones de significado de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos

El capítulo ha prestado especial atención a las diversas dimensiones de la idea de democracia aprovechando que los partidos las ponen en marcha en sus descalificaciones mutuas (6.1). En este sentido, deben diferenciarse dos niveles de análisis, pues una cosa son las conexiones que aparecen en el discurso público entre democracia y las diversas dimensiones y otra el análisis axiológico que puede hacerse de dichas relaciones. La

primera se limita a describir el discurso público, mientras que esta segunda vía nos permite argumentar la conexión entre valores, poniendo en perspectiva lo encontrado.

A partir de la dimensión de la democracia que la identifica como orden y, en concreto, como orden liberal, se acusa de antidemócrata al adversario por violar el Estado de derecho (6.1.5), entendido fundamentalmente como imperio de la ley. Aún en conexión con la dimensión de la democracia como orden, se ha localizado sin embargo un elemento pacifista de tendencia expansiva, haciendo que el discurso en la prensa baile entre la justificación de la violencia contra los enemigos no democráticos (quienes se saltan la ley o violan derechos humanos) y la condena de toda violencia desde la democracia (como desplazamiento hacia los Estados del pacifismo que se requiere de los ciudadanos en virtud del respeto a la autonomía mutua). Esto a su vez contrastaba con el violento lenguaje, si bien metafórico, que rodea a la democracia (6.2.6), y al que se ha dado sentido al profundizar en la relación entre violencia y democracia como una aporía que se hace patente al intentar esencializar la diferencia entre ambos, olvidando las múltiples dependencias que la democracia tiene de la violencia; uno de sus principales exteriores constitutivos.

Siguiendo la concepción de la democracia como orden y consenso (y en conexión con la violencia) encontramos también la descalificación por extremista. Para anclar estas descalificaciones, se tachaban comportamientos del Partido Popular por antidemocráticos y, a continuación, se le encontraba sentido en su pasado franquista, generando un efecto persuasivo sencillo y efectivo. Lo mismo se hacía con el PSOE, vinculándolo esta vez con diversos estados socialistas y comunistas como Cuba o Venezuela, además de con la Segunda República. A los votantes del Partido Popular además se les considera fundamentalistas por no retirar su voto (especialmente, ante los casos de corrupción, lo que supondría anteponer el interés de parte al general), en un gesto impaciente que el tiempo complacería. Y también se les considera “fundamentalistas” por su posición respecto a la religión. Asimismo, los extremistas privilegiarían los intereses particulares sobre el interés general y no sabrían respetar a su adversario, dos características propias de los demócratas. Irónicamente, también se descalifica al adversario como antidemócrata por descalificar como antidemócrata al adversario, evitando de este modo argumentar por qué la acusación del otro no se sostiene, o en qué sentido no lo hace.

El análisis nos llevó a hacer un inciso para argumentar que no existe ninguna necesidad por la que, *a priori*, los extremos ideológicos deban apoyar en menor grado la democracia que el centro, aunque es tautológicamente normal que éste sea el caso cuando la democracia se asienta como orden: cuando logra la hegemonía o centralidad. También es razonable que posiciones extremas vean más difícil lograr el acuerdo de la mayoría y, por tanto, renuncien a las vías democráticas. Dada esta falta de “necesidad”, recurrí a las encuestas para mostrar cómo se distribuyen los apoyos a la democracia en el espectro ideológico (6.1.2). Esto ha permitido comprobar que la extrema derecha muestra un menor compromiso con la democracia que la media. Lo mismo ocurre con los votantes del Partido Popular con respecto a los socialistas, si bien la distancia se ha acortado sustancialmente desde la Transición, momento clave para entender esta acusación. Posteriores investigaciones deberán profundizar en las causas de esta diferencia. Ahora bien, dado que algunos discursos desde el diario *Público* hacen equivalentes 15M, izquierda y democracia, se sugiere como hipótesis que esas posiciones de extrema derecha asocien la democracia con valores que dichos sectores consideran *de izquierdas*.

Puesto que las elecciones libres se entienden como clave para la democracia, diversas acusaciones se apoyan en este valor para descalificar al adversario. Así ocurre cuando se señalan intenciones desmovilizadoras del voto en base al interés particular y frente al interés general, o cuando el debate de ideas adopta un tono bronco. También se considera poco democrática la falta de rotación en los cargos y la no asunción de responsabilidades, a lo que naturalmente se opone la democrática voluntad de los electores e incluso un hipostasiado “respeto al tiempo político de los mandatos”. Asimismo, se plantea repetidamente la metáfora del “juego sucio”, sobre la que se reflexionará en el siguiente capítulo. Aquí la metáfora apareció fundamentalmente para referirse a los posibles efectos del atentado en Madrid de marzo de 2004 sobre las elecciones, así como a los potenciales efectos del 15M. A este respecto, sorprende que las elecciones (como aspecto democrático) no aparecieran relacionadas con la corrupción, que provee recursos extra a algunas opciones electorales. También resulta llamativo que estuviera desconectada de sus efectos electorales la (breve) mención a la manipulación mediática. Una manipulación que se critica como ominosa para la libertad de expresión, y no tanto así para el derecho a la información veraz (6.1.3).

Muy llamativa ha resultado también la ausencia de la dimensión social de la democracia más allá de la publicidad y de menciones a la actividad de algunas asociaciones, especialmente dada la importancia que los encuestados le atribuyen. Ello sugiere que este estrato de significado ha quedado excluido del registro propio del debate político (6.1.4, 6.1.7), generando cierta desconexión con el discurso público común⁹⁶.

Finalmente, el análisis del debate acerca de Bildu ha mostrado que ser demócrata, en parte, se entiende que depende de una cuestión de convicción y compromiso. Este compromiso debería reflejarse en hábitos morales que van más allá del respeto a lo legal; por ejemplo, estableciendo debates de buena fe y asumiendo la responsabilidad incluso antes de que los plazos legales hagan inevitable la rendición de cuentas (6.1.3).

Esta diversidad de elementos que componen la idea de democracia sirve efectivamente para la lucha política, no sólo porque los actores puedan remitirse a las distintas dimensiones de la idea de democracia según la conveniencia, sino también por la falta de homogeneidad entre las concepciones de democracia en las distintas posiciones ideológicas. Por ejemplo, aparecen acusaciones contra el Partido Popular por xenofobia, valor que puede derivarse a partir del principio de inclusión, del respeto a los derechos humanos o de la condena del extremismo; en coincidencia, en todo caso, con los resultados de la ESS sobre la mayor importancia que otorga la izquierda a la inclusión de los inmigrantes para la democracia en contraste con la derecha. Por su parte, Plataforma per Catalunya defendía esas posiciones consideradas xenófobas a partir de la dimensión populista de la idea, remitiéndose a la voluntad del pueblo y al cumplimiento de la ley como expresión de dicha voluntad (6.1.1). Otro ejemplo: mientras para Bildu la expresión “proceso democrático” era sinónimo de acercarse a la independencia, para “los demócratas” que reconocían como legítimo adversario a Bildu significaba únicamente el fin de la violencia terrorista (6.2.4). Lo más interesante quizás sea que esta confusión era rápidamente señalada por quienes de ningún modo aceptaban la participación de Bildu en las elecciones, poniendo de relieve la función epistemológica del enfrentamiento político. Sin embargo, se aprecia cierta tendencia a prestar oídos sordos a los adversarios políticos: antes que contestarles, se prefiere deslegitimarlos señalando supuestos intereses particulares en sus motivaciones.

⁹⁶ En claro contraste, véase en el siguiente capítulo cómo aparece la conexión entre democracia y medidas económicas, si bien lo hace principalmente de modo indirecto (7.1.2f)

La Encuesta Social Europea ha servido además para comprobar que en la derecha del espectro ideológico encontramos nociones de democracia menos exigentes (en tanto que ofrecen menor importancia para la democracia a la mayoría de los aspectos por los que se pregunta), particularmente en las posiciones intermedias de la derecha (7-8). Además, por el momento sabemos que quienes se declaran de izquierdas dan significativamente mayor importancia al referéndum, a la libertad para criticar al gobierno y prefieren gobiernos de coalición, mientras que a la derecha consideran importante para la democracia la exclusión de los inmigrantes del voto y que haya gobiernos de mayoría (6.1.6). Resultaba llamativo, dada la profundidad de estas diferencias, que esta última cuestión no apareciera especialmente tematizada ideológicamente en el debate político. No será hasta tiempo más tarde que el Partido Popular hará guiños a estos valores mayoritarios impulsando la idea de que debe gobernar “el partido más votado”.

Hemos visto además cómo la izquierda abertzale había renunciado a su organización asamblearia precisamente a la vez que asumía la exclusividad de los medios pacíficos (6.2). La propia ETA, como se ha señalado, enfatizaba la dimensión participativa además del derecho a decidir, quizás tratando de compensar su renuncia al democrático pacifismo. Podría imaginarse por tanto la idea de democracia como un ecualizador que permite subir y bajar la intensidad de diversas dimensiones del concepto, pero cuya suma total tuviera que marcar un mínimo por debajo del cual la música dejaría de sonar a democracia. La flexibilidad que este mecanismo ofrece a la idea, ciertamente, es notable, y explica bastante bien cómo sucede la lucha por su uso en el debate público.

Por último, en el nivel semántico hemos encontrado ciertos vaciamientos de significado, no tanto de la idea de democracia en sí como de las dimensiones que la componen, fruto de usos instrumentales, en favor de los propios intereses. Gracias al contraste entre el análisis axiológico y el empírico se han localizado momentos en los que algunos elementos del significado de democracia llegan a adquirir vida propia, identificándose en sí mismos como esencialmente democráticos fuera de las tradiciones de pensamiento a las que pertenecen y, sobre todo, fuera de las tensiones que caracterizan a la idea de democracia. Esto en ocasiones se manifestaba en significativos saltos lógicos, especialmente en el camino desde el centro de la idea de democracia hacia su periferia. De lo primero encontramos un ejemplo cuando se hablaba de la “legalización” de Bildu, quedando de manifiesto cómo las palabras típicamente liberales (Estado de derecho)

llegan a desconectarse del sistema ideológico liberal para servir a las propias posiciones políticas (6.2.7). De lo segundo tenemos un ejemplo con el “derecho a decidir”, que se presenta como mera derivación del valor “votaciones libres” (6.2.7) sin que axiológicamente pueda sostenerse tal cosa (sin perjuicio de que otras dimensiones democráticas puedan dar sostén a tal reivindicación).

En resumen, el análisis ha mostrado que la flexibilidad de la idea de democracia no es principalmente fruto de un vaciamiento de la idea en sí, sino –sobre todo– de las aporías o contradicciones entre las diversas dimensiones de democracia. También del proceso de concreción que ocurre desde las dimensiones abstractas que habitan el núcleo y las posiciones adyacentes de la idea de democracia, hasta alcanzar la periferia (en la que el concepto se relaciona con la realidad más inmediata). Todo ello da juego a los usos interesados, que se sirven de silenciar las tensiones.

Se ha podido ver así lo que Freedman (1996) llamara *deconstested meanings*, existiendo efectivamente algunas delimitaciones del significado de democracia significativas. Sin embargo, lo más llamativo ha sido la predominancia de líneas argumentales que, sin negar la existencia del resto de dimensiones de la idea de democracia, sencillamente prescinden de ellas a voluntad, caso a caso, a conveniencia. Esto, sin embargo, no debe confundirse con un literal vaciamiento del concepto. Como decía Hannah Pitkin al respecto del concepto de representación y citando a Stanley Bertram Chrimes: “«Un uso variado no es lo mismo que un uso vago»; más bien al contrario”⁹⁷ (Pitkin, [1967] 1972: 8).

c. El orden intelectual de la idea de democracia en la lucha partidista y frente a los violentos

Como en el capítulo anterior, en numerosas ocasiones hemos encontrado momentos en que el debate público tuvo la oportunidad de referirse a las tensiones y contradicciones entre las diversas dimensiones de la idea de democracia. Uno de los más interesantes en este capítulo ha sido la no ilegalización de Bildu, donde quedaba implícita la tensión entre Estado de derecho frente a conveniencia política y la voluntad democrática (6.2.7). También podría haberse planteado una tensión al respecto de la inmigración, en tanto que

⁹⁷ “«A varied usage is not the same thing as a vague usage»; quite the opposite”.

unos defendían la (presupuesta) voluntad popular contra los inmigrantes frente a los derechos fundamentales liberales. Sin embargo, esta pluralidad de dimensiones y sus tensiones no se explicitan, confirmándose así la tendencia a hablar de la democracia desde una episteme metafísica, que no percibe sus aporías internas, sino que la trata como un todo compacto. Una tendencia que el contraste de opiniones en el debate político no llega a compensar.

Además, en la textura (esto es, en los usos lingüísticos que acompañan a la democracia) también se encontraron algunas otras indicaciones de esencialismo frente a los violentos, los extremismos y la xenofobia, pues éstos se presentaban metafóricamente como “virus” (P15501) para la democracia, o se los animalizaba (“Nunca he visto un caimán vegetariano. Son animales que comen carne y hoy en día han decidido comer vainas y acelgas democráticas”, EP21507). También en las alusiones a los intereses particulares surgió una metáfora que esencializaba la democracia como un debate racional entre iguales: «quien contamina el sistema democrático, gana» (M14506).

Las reflexiones deconstructivistas han ayudado a profundizar en varias cuestiones que aluden al orden intelectual de la idea de democracia en nuestro espacio público. En el apartado 6.2.7, este trabajo ha puesto en perspectiva la oposición entre violencia y democracia, señalando particularmente los riesgos de ensalzar la paz como valor absoluto sin percibir tensión alguna con el resto de valores, algunos de los cuales son parte constitutiva de la idea de democracia. Como se ha visto, hay numerosas muestras de pacifismo fundamentalista en torno a la idea de democracia. He argumentado que tal pacifismo, unido a una concepción metafísica de la democracia (la concepción del sistema como “completamente” democrático), cumple funciones clave en el sostenimiento de la legitimidad del Estado, especialmente cuando proscribe la violencia contra lo democrático (el sistema político), pero la autoriza frente a lo no democrático. Sin embargo, una extensión del pacifismo puede atar de pies y manos al Estado mismo bajo la amenaza de resultar ilegítimo. También puede privar a sus ciudadanos de defensa si en algún momento su democracia encuentra enemigos invencibles desde la paz (6.2.7).

Un exceso de énfasis en la dimensión de la democracia como orden, efectivamente, genera no pocos problemas para la democracia. Especialmente, este esencialismo choca con la dimensión de la democracia como juicio propio, autonomía y con el consecuente pluralismo, dimensión que ya ocupó parte importante de la reflexión en el anterior

capítulo. En el mismo sentido, hemos encontrado una absoluta incapacidad para concebir ninguna relación entre los intereses generales y los particulares. Muy al contrario, éstos se presentan como opuestos irreconciliables, elevando el valor del primero y denostando los segundos. Se ignora así que las instituciones democráticas precisamente fueron pensadas por algunos de sus más grandes inspiradores con la intención de poner los intereses particulares al servicio del interés general sin extinguirlos, recogiendo y agregando las demandas particulares y generando relaciones competitivas virtuosas. Contra esta noción y de mano de Rousseau, de Maquiavelo, Bentham, Dahl o Downs, se ha planteado la imposibilidad de una “generalidad” absoluta que prescindiera de los intereses de las partes para su construcción, así como la posibilidad de que, de perseguir el malvado interés particular, puedan derivarse consecuencias beneficiosas para el colectivo. Esto, sin dejar de reconocer la necesidad de una noción normativa de interés general para la democracia: esto es, sin robarle valor moral, pero situando tal valor en tensión con los intereses y voluntades no coincidentes entre las partes. Al mismo tiempo, se ha reconocido la imposibilidad de trascender el terreno de lo no ideal para alcanzar condiciones óptimas de conversación pública (6.1.7).

En definitiva, esto implica que nos encontramos ante un desajuste entre el modelo de democracia que representan los discursos esencializadores en torno al interés general y la lógica tras la concreción de la democracia en que vivimos: un sistema político basado en la competición entre partidos. No obstante, el problema, como se está insistiendo, no debe encontrarse en la exigencia del interés general o de consenso como horizonte, sino en la exigencia de su realización o presencia total. De ahí que nos encontremos no con un problema semántico, sino que atañe al orden intelectual de este elemento central en la idea de democracia.

Por otro lado, se han seguido repitiendo las dificultades para reconocer la irracionalidad moral del mundo. Con respecto al uso de la violencia en el ámbito internacional, además de Antonio Elorza (como ya vimos en el anterior capítulo), también los dictadores árabes forzaban a contemplar la cuestión desde una ética de la responsabilidad cuando destacan su posición como muro de contención frente al terrorismo internacional; esto es, como mal menor. El resto de las intervenciones se mueven en las coordenadas del moralismo democratista, insistentes en la obligación de ayudar a los demócratas sin reparar en el precio.

Esta misma incapacidad para reconocer la irracionalidad moral del mundo, trastocada en un fundamentalismo democrático al que le cuesta reconocer que la democracia no siempre será la solución para todos los males de la democracia, se ha hallado en el análisis de la “democracia militante”, cuestión surgida al hilo de la no ilegalización de Bildu y de la Ley de Partidos (6.2.7). En definitiva, la expresión “democracia militante” trata de internalizar en el concepto una renuncia a parte de la democracia en nombre de la democracia, tapando el movimiento con una positividad que invisibiliza la contingencia de este movimiento.

En definitiva: tan pronto como dejamos quietas las definiciones para poder hacer un análisis racional de situaciones concretas y abstractas, queda clara la imposibilidad de definir la democracia como un todo completable, especialmente si tenemos en cuenta su estructura compleja y contradictoria. Pero, incluso si este fuera el caso, se ha argumentado que la imperfección de la democracia abre espacios para que se impongan los valores de los distintos grupos que conviven en democracia (6.1.7, 6.2.7), que bien pueden querer abandonar el modelo “conversacional”, propio de los ciudadanos que se reconocen como libres e iguales, y recurrir al uso de medios moralmente condenables (como la mentira, la coacción o, incluso, la violencia). Este espacio se consolida toda vez aceptamos la imposibilidad de definir de forma neutra qué es la democracia, aceptando la apertura del concepto a su discusión pública. Tal espacio quedará delimitado mediante juicios contingentes; unos juicios que unos ciudadanos coherentes con el deseo de permanecer libres jamás entregarían al pacificador Leviatán.

Finalmente, en el apartado 6.2.7, se ha mostrado que no sólo la democracia abre espacio a ciertas violencias, sino que además requiere de algunas. Esto, sin dejar de diferenciar entre democracia y violencia, pero asumiendo la responsabilidad que estas dependencias implican. Entre estas violencias, y sin poder desarrollarlas todas, se ha mencionado la violencia del Estado para sostener el espacio político y el cumplimiento de la ley, la violencia imperialista que externaliza o exporta parte del conflicto social interno, la violencia que, desde el exterior de la política, propicia los consensos políticos e integración de los demócratas, o la disposición de los ciudadanos a luchar, por las armas si fuera preciso, en favor de más democracia y por su democracia frente a enemigos internos y externos.

Capítulo 7

Los problemas de la democracia, el 15M y sus críticos

Que los anteriores capítulos hayan estado centrados en fronteras de largo recorrido como la que dibuja su dimensión histórica y temporal o aquella que la separan del conflicto político y la violencia permitirá ahora entender mejor la morfología e importancia de la excepcional frontera que justifica la elección de los días analizados. Se trata del enfrentamiento entre aquellos que consideraban que “la democracia” (fundamentalmente, el sistema político español) no era tal y pedían una “democracia real ya”, frente a quienes trataban de deslegitimar al movimiento 15M por sostener una forma de entender la democracia, sea de palabra o por sus acciones, a su vez poco democrática. Este gesto, como acabamos de ver en el capítulo anterior, es frecuente en la relación entre adversarios, pero ahora se agudizaba, pues el debate se centraba en la democracia misma y sus mecanismos.

De los 1347 usos de la raíz “democr” encontrados en la prensa, 568 veces tienen lugar en un contexto en el que se está bien defendiendo, bien dando voz o bien criticando al movimiento 15M. Las defensas suponen 373 apariciones de la raíz, y se recogen en 230 artículos. En otras 226 ocasiones, la raíz “democr” aparece en pasajes que hacen lo contrario: criticar al 15M o citar críticas al mismo, lo que puede encontrarse en 166 de los artículos analizados. Debe recordarse que no se tratan de categorías excluyentes: de hecho, en 44 de estos usos de la raíz “democr” se solapan las críticas y las alabanzas, fundamentalmente porque se utiliza la idea de democracia para dar opiniones matizadas, destacando aspectos del 15M considerados buenos y, frecuentemente, democráticos; y otros malos que, habitualmente, se califican de antidemocráticos.

Estas cifras cobrarán sentido según vayamos dibujando la existencia de dos discursos principales. Por un lado, encontramos un discurso ideológico transformador en torno al 15M, que propone un cambio, reformista o revolucionario, frente al “sistema”. Por otro lado, surge una reacción al 15M del discurso cultural que, muchas veces incorporando parte de las críticas, se formula como una ideología conservadora; esto es, se pronuncia

en defensa del sistema democrático presente, incluso cuando se considera imperfecto, tratando de reconducir la reivindicación por la vía institucional. En todo caso, descubriremos que el discurso indignado, aunque articulado en torno a un modelo participativo o republicano de democracia, permitía que personas con muy distintas visiones de la democracia se sintieran identificadas con la propuesta. A este análisis contribuirá el trabajo hasta aquí realizado pues, conociendo las principales dimensiones con las que se relaciona la democracia, podemos ahora recurrir a una perspectiva onomasiológica. Esto es, ahora podremos detectar con mayor seguridad cuándo se habla de democracia sin mencionar su lexema. Este potencial se aprovechó en la codificación, como se explicó en el capítulo cuarto (4.3.2d).

7.1 LA IDEA DE DEMOCRACIA EN EL 15M Y LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA

El discurso del 15M ha sido analizado reiteradamente y desde diversas perspectivas¹. El interés de esta tesis en este discurso y otros adyacentes, debe insistirse, consiste únicamente en que en ellos encontramos una oportunidad excepcional para observar y analizar la idea de democracia que habita y conforma nuestro espacio público. Por tanto, no será labor de la tesis describir minuciosamente el discurso del 15M o su relación con el discurso mediático –para lo que serían necesarias otras fuentes y técnicas–, sino extraer conclusiones a partir de los discursos encontrados sobre cómo se usa, cómo se concibe y qué significa en este contexto la idea de democracia. No obstante, debe adelantarse que la compleja relación del 15M con la representación y su privilegio de la presencia lo hace especialmente complicado de *presentar* y, en coherencia con sus planteamientos, se les dotará de un amplio margen para hacer llegar su “voz”, aunque no aislada.

Este apartado se basa en dos grupos de nodos de codificación: por un lado, aquellos que recogen pasajes en los que se considera al 15M “democrático”, por sus ideas o por sus acciones, lo que incluye las voces de los indignados, sus defensores, sus simpatizantes y sus detractores matizados. En segundo lugar, presentaré los problemas encontrados en

¹ Véanse, entre otros, Centro de Investigaciones Sociológicas (2011); Robles y Ganuza (2011); Taibo (2011a); Calvo et al. (2011); Fernández-Savater (2011); Lokki (2012); Ovejero Lucas (2013); Anduiza et al. (2013); Anduiza et al. (2014); Sitrin y Azzellini (2014); Errejón (2015); Innerarity (2016); Fernández-Llebrez (2015); Arias Maldonado (2016); Arias Maldonado (2017); Escámez (2017); López Herráiz (2017).

la democracia, fundamentalmente –pero no sólo– por quienes se identifican como *indignados* y las medidas propuestas para solucionarlos.

Estas quejas no siempre adquieren un carácter ideológico transformador, pues no sólo provenían de los quincemayistas. Son numerosos los periodistas y expertos que, durante aquellos días, e independientemente de sus posiciones ideológicas y al respecto del 15M, señalaron diversos problemas del sistema político español en tanto que democracia en coincidencia con el 15M. Dicho de otro modo, y como se vio con respecto al consenso en el capítulo quinto (5.2.4), existe una profunda relación entre esta ideología democratista de los indignados y la idea cultural de democracia. Por ello, para evitar pasar por alto la transversalidad de algunas de estas problematizaciones, se presentarán todas ellas, independientemente de su origen, de una vez, aclarando en todo caso la autoría de los fragmentos y discursos. También se presentarán algunas problematizaciones llamativamente diferentes de las típicas del 15M cuando esto ayude a poner de manifiesto las diferentes concepciones de democracia que estaban circulando. Debe en todo caso tenerse en cuenta la dificultad de establecer claramente la frontera entre los discursos del 15M y los de fuera, pues las fronteras del movimiento eran ciertamente porosas.

Finalmente, como en el resto de los apartados de este bloque, se abrirá un espacio para las reflexiones (7.4.1). En este caso, se tratará la importancia de la representación para la democracia y algunas cuestiones relativas a los problemas de la democracia señalados, lo que facilitará entender mejor los usos, el orden intelectual y las dimensiones de significado de la idea de democracia culturales y del movimiento.

7.1.1 La idea de democracia en el 15M: primera aproximación en torno a sus lemas

Los principales lemas del 15M resonaron por toda la prensa, fuera para ensalzarlos o para criticarlos. Sin embargo, para comenzar, conviene limitarnos a observar el uso de la idea de democracia que estos lemas hacen, sus significados y, sobre todo, la importancia de sus ambigüedades. Para ello recurriré en parte al nodo dedicado a las concepciones y usos de la democracia como problema para la democracia y, en parte, a las voces del 15M en citas directas e indirectas y sus simpatizantes.

Antes de poder avanzar, conviene insistir en la pluralidad del 15M. Alguien tan cercano a los indignados como lo fuera Carlos Taibo (2011a: 68) clasificó las distintas

ideas de democracia que subyacían al 15M en democracia delegativa, participativa y directa. Algunos, los menos implicados en las asambleas, únicamente habrían deseado corregir los vicios de un sistema delegativo, en el sentido que diera O'Donnell (1994: 59) al término: un sistema en el que las decisiones las toman exclusivamente los políticos electos, sólo limitados por las restricciones de la realidad y la naturaleza temporal de su mandato². Otros, que son la gran mayoría en la prensa analizada, entendían que para evitar que los políticos tomaran decisiones contrarias al interés general era imprescindible realizar reformas institucionales en un sentido participativo. Entre estos últimos podemos distinguir dos grupos. Por un lado, a quienes reclamaban un modelo cercano a las propuestas de democracia participativa o “fuerte” (Pateman, 1970; Macpherson, [1977] 1982; Barber, [1984] 2003), con mecanismos de intervención directa en la toma de decisiones que complementaran a la representación. Por otro lado, estarían quienes abogaban por que las decisiones se tomaran mediante un sistema asambleario, sirviéndose por lo demás de portavoces rotatorios y, en ocasiones, incluso elegidos por insaculación (democracia directa), en línea con la tradición anarquista.

Además, Taibo diferenció dos almas en el movimiento: el grupo de los jóvenes indignados, “no particularmente radicalizados”, “a menudo ingenuos”, que reclamaban a las autoridades “una reforma más o menos radical”, y los participantes provenientes de los movimientos sociales alternativos, que “contestaban activamente el capitalismo y sus reglas”, dispuestos a “empezar a construir desde la base un mundo nuevo y autónomo, sin prestar entonces mayor atención a lo que puedan ofrecer –más bien nada–” esas autoridades y a los que Taibo califica de “libertarios” (Taibo, 2011b: 34, 45).

En otras palabras: los distintos grupos que con distinta intensidad participaron en el 15M cubrían un amplio espectro de horizontes democráticos; casi tan amplio como resulta posible. Para reducir este espectro e “identificar” al 15M, no queda sino poner el foco sobre una parte de sus participantes o tomar como referencia sus documentos (que, en todo caso, suelen declararse provisionales). Denominaré al discurso que de ello se desprende como el discurso central del 15M.

En este sentido, no puede pedirse a la presente exposición que refleje una claridad que no existió. Sin embargo, en medio de tanto ruido, podrán distinguirse y analizarse

² “whoever wins election to the presidency is thereby entitled to govern as he or she sees fit, constrained only by the hard facts of existing power relations and by a constitutionally limited term of office”.

algunos patrones y algunas excepciones significativas, especialmente sobre el modo en que la idea de democracia permitía dar cobijo a tanta diversidad y sobre las exclusiones en que se basa.

a. Lo llaman democracia y no lo es

El lema “lo llaman democracia y no lo es” hace clara referencia a “la democracia”, al sistema político español. Esta sencilla frase puede interpretarse de dos modos no excluyentes. Por un lado, el lema movía la frontera sobre qué es democracia y qué no en base a una definición más exigente que la cultural. Por otro, reivindicaba que el sistema político español estaba sobrevalorado como democracia: que se le estaba situando en el lado equivocado de la frontera, incluso desde criterios culturales; de “sentido común”.

Para entender hasta qué punto el grito del 15M contra “la democracia” resulta transgresor debe recordarse lo visto más arriba: la prevalencia cultural de la identificación entre “la democracia” y el sistema político español, su fuerte y estereotipada carga de experiencia y la inversión emocional que la rodea. Así, “lo llaman democracia y no lo es” parece a primera vista un lema de gran claridad y potencia para expresar vehementemente un conflicto, negando sin rodeos el carácter democrático del sistema político.

Los políticos y los mercados se presentan como las dos grandes fuentes de autoritarismo: “no somos mercancía en manos de políticos y banqueros”, cerraba el lema de la manifestación del 15 de mayo. Consecuentemente, aparecen expresiones como “dictadura de los mercados” (P16508, P21519) y contra la “dictadura partidocrática encabezada por las inamovibles siglas del PPPSOE [sic]”. “«[...]Lo que no nos interesa es su política, que es una mierda, una dictadura de dos partidos», decía un chaval mientras un sesentón asentía a su lado” (M19504). Expresiones similares aparecen en diversas citas directas a manifestantes del 15M. “«[...]Lo que está claro es que el bipartidismo no va a ningún lado: si el poder ya corrompe, imagínate cuando lo controlan unos pocos nada más. Al final es un monopolio: la dictadura de Franco también lo era»” (M19509). Recuperaba así de nuevo este indignado el franquismo como medida desde la metáfora del mercado (véase apartado 7.2.5 al respecto).

Sin embargo, debe tenerse cuidado en interpretar una negación de la democraticidad del sistema como una directa afirmación de su naturaleza dictatorial. Prueba de ello es que, aunque existía una segunda parte del cántico que sí afirmaba su autoritarismo (“es

una dictadura eso es”), ésta se coreaba con mucha mayor timidez, e incluso en el recuerdo ocupa un lugar completamente marginal. De hecho, no aparece en la prensa analizada. La cercanía y potencia de la experiencia franquista en el discurso cultural lo relega a los márgenes.

En este sentido, aparecen interpretaciones del lema que señalan el reconocimiento de cierto grado de democraticidad del sistema político español. “El lema Democracia ya me parece adecuado para plasmar la sensación de que no nos representan [decía el director de cine Pedro Almodóvar]. A la joven democracia española le ha llegado el momento de crecer y cambiar, y este es un gran síntoma” (EP19515). Es decir, habría una democracia a mejorar, pero una democracia. A una interpretación del mismo tipo llegó Javier Pradera: “El tono imperioso de la consigna ¡Democracia real ya! es solo una cláusula de estilo de los movimientos sociales” (EP23509). Algunos, por tanto, decodificaban el lema entendiendo su contundencia como un giro retórico propagandístico, movilizador y, por ello, consabidamente exagerado. Es decir, sería una forma ardorosa de denunciar que “[s]e está degradando la democracia” (P19508). Encontramos así un primer síntoma de que la ambivalencia del lema es tan importante como su aparente transparencia.

Las fórmulas elegidas se hacen incluso aparatosas para evitar llamar “dictadura” al sistema político español. Así encontramos por ejemplo un eufemismo de dictadura que no era sino la palabra genérica “régimen” cargada de connotación negativa, en un movimiento inspirado en la expresión “el régimen franquista”: “Abajo el régimen, viva la lucha del pueblo y sin miedo”, rezaba una pancarta (M22506)³. Otros giros retóricos llamativos para evitar acusar a la democracia directamente de autoritarismo incluyen “esta democracia no es tal” (EP19511) o la reclamación de “«refundar la democracia»”, que implica la idea de una fundación pasada y de una degeneración, pero evita aclarar si tal decadencia permite ya afirmar el carácter autoritario del sistema político o cuándo comenzó tal declive (M21513).

Parecido sucede con la expresión “«rescatar la democracia»”, central en el discurso de Izquierda Unida (M21514, P19512, P21507) junto a la idea de que la democracia está “secuestrada” (M19518, EP19505, P16508, P16512). Estas personificaciones aprovechan la vinculación emocional con “la democracia” (con el valor y con el sistema español).

³ En alusión a esta práctica, Mariano Rajoy defendía que Castilla La Mancha “«no es un régimen, es una democracia [...]»” (ABC21511).

También se recurre a metáforas para afirmar que la democracia que había nos la “han robado” o que está “amputada” (M19507, EP17501). Nótese que, aunque estas metáforas se utilicen indistintamente, la primera (robo) implica su ausencia total; según la segunda (mutilación), sin embargo, sólo habría perdido una parte, por importante que fuera. De entre las metáforas biológicas destaca especialmente la petición de “regeneración”, una idea en torno a la que giraba particularmente el discurso de UPyD. Resulta difícil excederse al destacar la importancia de esta metáfora de la regeneración. Su relevancia está no sólo en el alto número de apariciones en la prensa analizada (20 menciones en el periodo de referencia en torno al lexema de “democracia”) sino también en el amplio recorrido histórico que tiene el “regeneracionismo” en el imaginario español⁴.

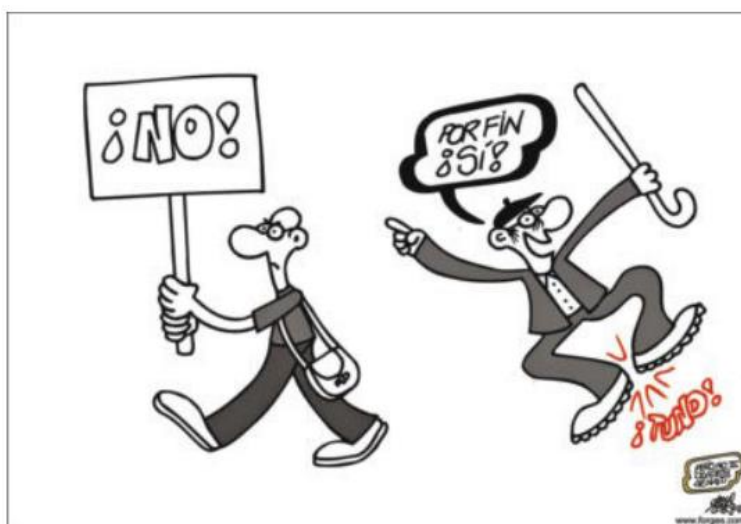
Algunas de estas metáforas (robo, secuestro) ahondan en la búsqueda de los responsables. Se señala así “«a Botín [presidente del Banco Santander], a Zapatero, a Rajoy, a los mercados y a los especuladores financieros»” (M21514). Ello impone la obligación de actuar para “«recuperar una democracia de calidad [...]»” (M19513, M21514, P16513, P19512), bien “acudiendo a votar” (en el discurso de IU), bien mediante la movilización (para el discurso central del 15M).

Un artículo recurría a una metáfora informática para reflejar esta pluralidad de insatisfacciones. Así, encontraba por un lado a quienes creen que la “instalación” de la democracia no se había completado en España; por otro, a quienes creían que no se había instalado por falta de “[h]ardware y software”. También estaban quienes quieren una nueva “versión” y quienes la quieren “reiniciar”. E, incluso, habría quien deseaba instalar “extensiones” y paquetes “de revisión” (P20512). En estas expresiones tenemos tanto críticas al modelo que inspira nuestra democracia como aquellas que únicamente apuntan contra su realización con respecto a su propia promesa. Además, encontramos críticas que niegan de plano el discurso cultural que identifica a España en el lado de las democracias, otras gradualistas y aún otras que quieren volver a un pasado mítico y “reiniciar”, junto a la crítica de los vestigios franquistas. Todo ello sin tener que explicitar una alternativa compartida.

⁴ Al respecto de la insistencia de la metáfora “regeneracionista” tanto durante la Restauración como en tiempos recientes en la Democracia, véase Navarra Ordoño (2015). También Javier Moreno Luzón, en un artículo en *El País* titulado *Otra vez regeneración*, señalaba la persistencia de esta expresión. Véase en https://elpais.com/elpais/2013/08/15/opinion/1376554499_076207.html (Última consulta: octubre 2017) Son además numerosas las obras recientes que recogen la “regeneración democrática” en sus títulos; especialmente, véase Llera Ramo (2016a).

Así, la “democracia real” funcionaba como un significante vacío; esto es, remitía fundamentalmente a las relaciones de equivalencia entre los diversos grupos y demandas insatisfechas (Laclau, 2005). Estas relaciones de equivalencia se articulan contra la forma en que marcha la política y la economía, ante la pura negatividad de un sistema incapaz de satisfacerles, tal y como ilustra la viñeta 6. Esto ha llevado correctamente a identificar en el discurso del 15M claros elementos populistas en el sentido definido por Laclau (2005), organizados fundamentalmente en torno al significante pueblo en contraposición con el “régimen”, los políticos y los banqueros (Errejón, 2015; Fernández-Llebrez, 2015: 363) (P17507, M23515, M20501, entre otros. Véase además el uso de la palabra “pueblo” en el anexo 1).

Viñeta 6: Alegría ante la contestación de los jóvenes indignados



Fuente: Forges. *El País*, 19 de mayo 2011

Una forma en que el populismo se descarga parte de esta titánica tarea consiste en admitir la parcialidad de las demandas refiriéndolas a “la mayoría”: “Sus pretensiones, las de la mayoría de la gente, no solo no son utópicas, son imprescindibles”, se decía en una carta al director de *El País* (EP24513). No es una estrategia exclusiva del 15M, sino generalizada: la misma expresión utilizaba, por ejemplo, Rosa Díez para pedir una regeneración democrática (M23508). Además, frente a estas reivindicaciones de “la mayoría” quincemayista contra los recortes, Mariano Rajoy enarbolaría años después a

“la mayoría silenciosa” que “asume los sacrificios sin quejarse”⁵. Igualmente lo haría Artur Mas en el periodo analizado (P18512). Esta apelación a “la mayoría” (cuando no “la inmensa mayoría”) es un mecanismo discursivo clave en la construcción de fronteras a través de la idea de democracia; es decir, una forma de politización⁶. Quien lo usa se previene de los discrepantes, que inmediatamente pasan a ser calificados como parte de la “minoría” que actúa contra los intereses de la mayoría y, por tanto, como antidemocráticas.

Como decía el sociólogo José Luis de Zárraga, la importancia del movimiento no era simplemente cuánta gente convocaba; “Lo que importa es si lo que expresan sintoniza con la mayoría, si lo que unos pocos dicen representa lo que muchos piensan” (P21511). Si es o no es razonable lo que se piensa, o si se ha pensado bien, corre así el riesgo de quedar eclipsado por la democrática cuestión del número. También la crisis económica y las medidas adoptadas se leían como una violación del principio de mayoría: “Mientras unos pocos son los ganadores de la crisis, una gran mayoría vemos cómo nuestros derechos son recortados y se nos niega el futuro” (P16512). Ciertamente, hay situaciones que se prestan más que otras a esta caracterización populista. Pero fijémonos ahora en la alternativa que se plantea.

b. Democracia real ya: no somos mercancía en manos de políticos y banqueros

La aspiración hegemónica de este discurso indignado funciona planteando una promesa de sutura total de lo social que debía realizarse en el mito –ideológico transformador– de la “democracia real”, opuesto (con los matices hechos) al imaginario –cultural– de la Transición⁷. Dado que encontramos tal variedad de modelos deseados de democracia en el 15M, pongamos por el momento atención en el segundo elemento del lema central de la manifestación del 15 de mayo: “real”. Si bien a primera vista uno podría

⁵ Véase, por ejemplo, la siguiente noticia en *El País*: http://politica.elpais.com/politica/2012/09/26/actualidad/1348685176_244661.html (Última consulta: mayo de 2019).

⁶ Aunque Laclau (2005: xi, 18, 67, 73, 154, 225) entiende el populismo como “a way of constructing the political”, de hecho cree que “populism is the royal way to understanding something about the ontological constitution of the political as such”, sin perjuicio de que haya “other logics operating within the social”. Lo político se convierte en “synonymous with populism” en el sentido que él entiende la política, sin que ello signifique que todos los proyectos políticos sean igual de populistas.

⁷ Estoy utilizando aquí los términos “mito” e “imaginario” en los términos de Laclau. Véase el capítulo 2.

pensar que lo “real” tiene un significado más claro que “democracia”, en esta palabra se encuentra parte importante del éxito del lema para agrupar reivindicaciones diversas. Hay varias dimensiones de sentido que deben distinguirse para esta palabra, aunque estén interconectadas. Veremos aquí dos, aunque reservaré parte de su desarrollo para las reflexiones.

En primer lugar, lo real se opone a lo no existente; se refiere a lo que hay en el mundo. Serán precisamente las posiciones que denuncien la falta de democraticidad del 15M, que veremos en el siguiente apartado, las que recurran a este significado, que da base al realismo: “la democracia real es ésta, con las instituciones que ya tenemos”, vendrán a decir. Pero este sentido de “real” lleva a preguntarse si su aparición en el lema implica implícitamente un reconocimiento de elementos *reales* del sistema político español como democráticos. Al fin y al cabo, podría pensarse que, si no hubiera democracia en ningún grado, bastaría con reclamar “democracia” a secas; no sería entonces necesario adjetivarla para aclarar que se quiere una “real”.

Para tener un elemento de comparación en esta cuestión podemos recurrir a otro periodo de lucha por la democracia: la oposición al régimen franquista. No es difícil encontrar entonces llamadas a una democracia real. Por ejemplo, Tierno Galván (1976: 124), en la entrevista de 1965 que le costaría la cátedra, hablaba de “reducir los riesgos en la vía que nos llevará a una democracia auténtica”, que él entendía como representación popular, a través de los partidos políticos, en un parlamento que ejerce un control sobre el poder ejecutivo (Tierno Galván, 1976: 64-65). Esto, contra los “«tecnócratas del Opus Dei»” y su empeño en considerar a la España de la Ley Orgánica del Estado (1966) “democrática” (Fernández Sebastián, 2008: 354). Recuérdese que el advenedizo Francisco Franco no sólo habló de “la falsa democracia del régimen parlamentario republicano”⁸; también explicó que bajo su mando el Estado “escucha [...] la voz del pueblo no enmascarada con ningún formulismo, sino la voz real, la de la democracia auténtica a través de las actividades y los órganos naturales (grandes aplausos)”⁹.

⁸ Declaraciones hechas a William P. Carney y publicadas en *The New York Times Magazine*, 26 de diciembre de 1937, según recogen Elorza y López Alonso (1989: 220-222).

⁹ En un discurso que recoge el *ABC* del 24 de agosto de 1945 en su página 8. Texto disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1945/08/24/008.html> (Última consulta: mayo de 2019).

Que el adjetivo elegido para el lema fuera “real” y no “participativa” o “directa”, o algún otro de los muchos adjetivos que suelen acompañar a la democracia, es clave, pues permite que todos los insatisfechos con el sistema político puedan encontrar incluido su modelo de democracia en el lema. Para identificarse con él sólo deben considerar su situación ideal más “real” que la actual –o incluso, “la real”– y quererla ya, ahora. La cuestión de su definición misma puede pasar así a un segundo plano, en favor de los valores intuitivamente identificados como democráticos.

Como mucho, el lema obligaba a todos los indignados a reconocer que la democracia española tiene el nombre correcto, aunque no le haga justicia. Entra así en juego la otra dimensión de “real”, que hace referencia a una correspondencia entre lo que se dice de algo y lo que es. Lo real, cuando se usa con este sentido de correspondencia entre lo ideal y su concreción “real” (efectiva), se opone a las apariencias y al engaño. Quieren “«una política más real, una democracia que no sea una farsa, que pague la crisis quien la causó, no nosotros»” (M18510). Y no desean una democracia convertida en esta “parodia que, de consumo, han establecido los grandes grupos de la partitocracia instalada” (ABC17503).

Abriendo el debate conceptual, esta democracia puede no ser “realmente” una democracia porque se esté asignando a “democracia” un significado equivocado o, directamente, vacío. “«Han hecho un cambalache con la palabra democracia»”, decía Cayo Lara (M19513, P19512). Desde un menor grado de crítica, este sentido de “real” como correspondencia abre teóricamente también la discusión sobre si los distintos modelos de democracia producen iguales efectos democráticos; si son democráticos en el mismo grado.

Ignacio Sánchez Cuenca, a partir de sus planteamientos en su libro *Más democracia, menos liberalismo* (2010), presentó algunos pensamientos sobre el 15M en un artículo de opinión ciertamente relevante para este estudio. En aquellas líneas interpretaba que el movimiento se levantaba contra una democracia formal: un *tipo* de democracia que tendría la forma adecuada para una democracia, pero que sería incapaz de suministrar la sustancia que da sentido a esa forma. En sus palabras: “La democracia formal es aquella en la que funcionan las reglas institucionales que definen el sistema, pero que no produce autogobierno. Hay elecciones, hay partidos con posiciones ideológicas diversas y se garantizan los derechos políticos básicos, mas el Gobierno no es capaz de gobernar

siguiendo el parecer de la mayoría social” (P20516). El criterio de la democracia “real”, por tanto, sería aquí la correspondencia entre las decisiones y la opinión popular, en una formulación que encaja con la metáfora de la amputación de un elemento fundamental (no en la “forma”, sino en el “contenido”).

Una democracia tan poco “real” quizás podría compararse con esos cuchillos que no cortan: sigue siendo indudablemente un cuchillo, pero seguramente pediremos que nos traigan un cuchillo *de verdad*. Sin embargo, algunos indignados estaban yendo más allá, pues querían denunciar que el cuchillo no era tal. No sólo es que fuera “de cartón piedra” (ABC21517), sino que suponía un trampantojo, una ilusión; no era realmente un cuchillo. El problema no era solo un fallo de contenido, sino también de forma, lo que derivaba en ese problema de contenido. Al fin y al cabo, las reivindicaciones de modificaciones institucionales (esto es, de forma) ocupaban el centro del discurso indignado. Parte importante de los quincemayistas habrían identificado, igual que lo hiciera Dahl (1989: 164), que los procedimientos tienen significancia moral y que “el procedimiento democrático es en sí una forma de justicia”. De ahí derivan que, si no hay justicia, habrá que cambiar el procedimiento.

La palabra “formal”, coherentemente, no aparece entre las citas al 15M, y tampoco ocupaba ningún lugar en el análisis cualitativo realizado por el CIS (2011) con participantes del movimiento, aunque la demanda de autogobierno aparezca por doquier. Sí es común en el registro culto de la idea que recoge la prensa, representado por los artículos de opinión de expertos. Por ejemplo, Juan Ramón Capella, Catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política consideraba que “[c]errar el paso a estas demandas significa convertir la democracia formal en una democracia imaginaria” (P24506). En parecida línea, el sociólogo José Luis de Zárraga recurría a la expresión para denunciar una democracia que responde “cada vez menos a las esperanzas, las necesidades y las demandas de la gente” (P21511). También el profesor de sociología Ángel Calle Collado entendía el 15M como “una crítica global de la democracia formal y del socavamiento de derechos sociales” (P23507). Incluso en ABC, Juan Antonio Sagardoy Bengoechea, presidente de la asociación Sociedad Civil, contraponía en el título de su artículo “[d]emocracia formal y democracia real”, y citaba a Capella para lamentar que “los ciudadanos no deciden ya las políticas que presiden su vida” (ABC20501). Vemos por

tanto que la hipostasiada diferencia entre lo formal y lo sustantivo ocurre principalmente en el registro culto de la idea.

Lo que sí aparece como aspecto central del discurso del 15M tanto en el presente análisis como en el del CIS son “formas” o modelos alternativos de democracia. A este respecto, debe señalarse que democracia “directa” aparece sólo en tres ocasiones en el corpus seleccionado, mientras que “participativa” lo hace en 23. Por un lado: “¿Van a introducir los dos partidos los cambios necesarios para que la democracia sea más real, más directa?” (P20520). Por el otro: “los manifestantes seguían clamando por una «democracia real» y más participativa” (EP21506). Nótese en ambos ejemplos, eso sí, la gradación con respecto al sistema actual.

Efectivamente, es frecuente que estas reivindicaciones se formulen desde una perspectiva gradualista: “más directa”; “más participativa”. Tales expresiones son muy comunes en este y otros contextos: en 18 ocasiones se habla de “más” o de “menos democracia”: así, tendríamos ahora “menos democracia que nunca” (P16512). Igualmente es frecuente en el discurso público hablar en términos de calidad, sea para hablar de la necesidad de una “mejora” en el sistema (14 menciones; entre ellas, por ejemplo, M18514), o de su “deterioro”, imperfección o debilidad (M18520, P20514, P22510, P22510). Recuérdese lo dicho acerca de este género de reflexiones sobre la calidad de la democracia en el apartado 3.5: por su propia estructura, que requiere de un criterio último y armónico desde el que dibujar una escala, tienen tendencia a ocultar la pluralidad interna del concepto y los debates acerca de los tipos de democracia. En este sentido, pueden resultar muy útiles en la lucha por hegemonizar la idea en torno a una noción concreta de democracia. Y, al mismo tiempo, permite a diversos actores coincidir en las palabras sin que necesariamente estén de acuerdo en los objetivos: se manifiesta como un nuevo mecanismo clave en la construcción de la democracia como significante vacío.

En estas reclamaciones democratistas, además, lo cuantitativo (cuánta democracia) y lo cualitativo (de qué tipo) se alternan y confunden reiteradamente. Por un lado, “[s]abemos lo que tenemos y queremos otra democracia” (EP20506). Pero otra democracia que sea más democrática: “una democracia más real” (P16514). En otras palabras: “La democracia 1.0 deja paso a la versión 2.0” (P20512); una versión distinta de democracia, con más de lo democrático. También se pide una democracia que no sea

ésta, pues “la democracia –o mejor dicho: esta democracia– tiene un aire de misa solemne y hueca” (P21513). Esta confusión hace que en el 15M y los discursos afines se mezclen cuestiones relativas a la calidad democracia con aquellas sobre el tipo de democracia demandado.

El silenciamiento de las diferencias entre las distintas posiciones, sin embargo, alimenta la esencialización de la idea (cada uno puede creer que existe un “consenso” en torno a lo que uno mismo cree) y tiene por tanto todo el potencial necesario para conducir al perfeccionismo: esto es, al deseo de una democracia completa, totalmente democrática, frente a un presente que, inevitablemente desde tal perspectiva, resultaría siempre insoportablemente insuficiente. Sin embargo, ocurre con poca frecuencia que este perfeccionismo se haga explícito. Referencias así aparecen únicamente en boca de diversos dirigentes de Izquierda Unida, que describen al 15M como un movimiento por una democracia “completa” (M19507). Se trata de “«[r]escatar una democracia plena, para que no haya tanta frustración en nuestro país»” (M24509); que se permita a la democracia ser de forma total, sin restricciones: “«democracia real ya, sin censuras»” (M18503). La cuestión está, desde luego, en que lo “real” de la “democracia real” permite acomodar estas aspiraciones perfeccionistas.

Por último, merece la pena detenerse en la expresión “no somos mercancía en manos de políticos y banqueros”, que acompañaba al lema “democracia real ya”. Pese a su enunciación en presente de indicativo, precisamente lo que denuncia es que de hecho sí estaríamos siendo tratados como mercancía. Es un recurso típico de las reivindicaciones políticas: se presenta como un hecho lo que no es sino un presunto derecho, un deber ser y/o un deseo. La denuncia señala en definitiva que los políticos sólo estarían interesados en nosotros en tanto que portadores de un voto que necesitan para alcanzar el poder; los banqueros, en tanto que potenciales deudores o depositarios. Pero ninguno prestaría atención a nuestra totalidad y, por tanto, a nuestra dignidad.

Así lo expresó el manifiesto de Democracia Real Ya (DRY) que movió a la manifestación: “Es necesaria una Revolución Ética [mayúsculas del original]. Hemos puesto el dinero por encima del Ser Humano y tenemos que ponerlo a nuestro servicio. Somos personas, no productos del mercado. No soy sólo lo que compro, por qué lo compro y a quién se lo compro”. Mediante la definición de lo que no somos –de lo que

no somos *solamente*, querría uno matizarles— se reivindica un trato distinto, ético, que no reduzca a los conciudadanos a mero medio para fines políticos o económicos.

c. Que no nos representan

Las diversas almas del 15M, de nuevo, encuentran cobijo bajo el lema “que no nos representan”. Esta expresión pone el acento en la relación entre democracia y representación: si “lo llaman democracia y no lo es” es porque algo ocurre con la representación. Pero esto que ocurre puede interpretarse de al menos dos formas (Ovejero Lucas, 2013: 240)¹⁰.

Por un lado, algunos entendían que los políticos no les representan por esos comportamientos morales que estarían pervirtiendo el funcionamiento de unas instituciones que, en general, no estarían tan mal. Para éstos los (menores) problemas institucionales serían responsabilidad de unos políticos y unos partidos que habrían colonizado el Estado, poniéndolo al servicio de sus intereses. El problema, por tanto, no estaría en el modelo de democracia y, de hecho, estos participantes bien podrían defender modelos representativos, cuando no “delegativos” de la misma. Así, por ejemplo, Pablo Gallego, de Democracia Real Ya, declaraba a la prensa que: “«[...]Siempre tuvimos claro el mensaje: una crítica a la gestión y corrupción de los políticos»” (ABC17510). Aún más, para algunos puede que el problema no fuera con todos los políticos, sino sólo con algunos, pues el lema omite el sujeto que “representa”.

Por otro lado, el lema “no nos representan” da cabida a quienes consideran que tal representación no es posible; a quienes entienden que el recurso a representantes electos no ha sido más que un remedo tramposo, poco democrático; al menos, en comparación con el modelo ateniense, asambleario y con rotación. Un modelo que, dados los avances tecnológicos, habría dejado de ser imposible: por fin podríamos, por tanto, prescindir de la segunda mejor opción y lograr la “democracia real”. Así, algunos participantes manifestaban que su modelo de democracia lo encarnaba la organización del movimiento, y reclamaban para su asamblea la soberanía: “«No tenemos nada que valorar al cierre de los colegios. Los partidos no nos representan, nuestra democracia está en Acampada

¹⁰ De esta posibilidad doble de interpretación también dio cuenta Íñigo Errejón en una entrevista en *Contexto* publicada el 15 de enero de 2015 y disponible en: <http://ctxt.es/es/20150115/politica/92/Entrevista-Íñigo-Errejón-Mujica-Constitución-Maduro.htm> (última consulta: mayo de 2019). Errejón creía que en el 15M “convivían esas dos corrientes”.

Sol»”, decían desde la cuenta de Twitter de la asamblea el domingo de las elecciones (ABC23516).

No podemos deducir de aquí, sin embargo, que la asamblea sí les *representaba*, o en qué sentido. Lo que sí sabemos es que la primera publicación del blog “Democracia real”, el 10 de enero, desvela que durante la cena de Nochebuena de 2010 “«un par de personas» que se sentían «huérfanas de representación» quedaron en ponerse «manos a la obra para un verdadero cambio estructural»” (ABC22514). La metáfora de la orfandad por falta de representación (que aparece también en EP17502 o M15505) inspira profunda añoranza. Pero, precisamente, esta metáfora, tentadoramente paternalista, haría difícil concebir que unos nuevos “padres” pudieran ocupar el lugar. En todo caso, para que la oportunidad de tal solución cupiese, haría falta al menos solventar algunos de los problemas de esta democracia.

7.1.2 Los problemas de la democracia

En definitiva, hemos visto que el elemento fundamental que une a los quincemayistas no es tanto un modelo alternativo como una relación común de insatisfacción con el sistema político/económico y sus resultados, si bien las asambleas aprobaron documentos en dirección decididamente participativa y las asambleas adoptaron estructuras asamblearias. Esta insatisfacción se identificaba con el sentimiento que producía, y que les dio uno de sus nombres: la indignación. “«¡Rebélate el 15 de mayo. Si te decepciona la democracia actual!», clamaba @jaimesebas” en Twitter (M14504). Será fundamental desarrollar detenidamente estas críticas y las propuestas de reforma que suscitaron, pues ello ayudará a entender qué es eso de la “democracia real” y mostrará que el 15M estaba mucho menos solo en las concepciones y en su análisis de lo que podría parecer.

Los distintos problemas de la democracia se cruzan en diversos artículos (véase anexo 6), como iré mostrando. Por el momento, puede apreciarse en la tabla 15 que no todos los problemas aparecen en la prensa como igual de importantes para los indignados. En la mitad de los artículos en los que la prensa recoge voces de los indignados presentando problemas de la democracia, estas críticas se dirigen contra los políticos, lo que les granjea importantes apoyos. Sin embargo, sus voces sólo suponen en torno a un quinto de las críticas contra los políticos. Parecido ocurre con los problemas relacionados con los

partidos políticos. Más distintivos de las voces del 15M eran, en este sentido, sus críticas a la representación y, sobre todo, al sistema económico y las medidas contra la crisis¹¹.

Tabla 15: Los problemas de la democracia. Autoría de las críticas y apoyos que suscitan los problemas para el movimiento

Problemas de la democracia	Total de artículos en que aparece el problema	Autor: 15M e indignados	Porcentaje sobre el total de artículos que contienen problematizaciones realizadas por el 15M (total = 65)	Porcentaje de artículos en que el problema lo expresan los indignados	Apoyo al 15M por/en sus críticas a la democracia	Apoyo sobre el total de artículos dedicados a cada problema
<i>4.1 Políticos</i>	176	34	52,3%	19,3%	89	50,6%
<i>4.2 Partidos políticos</i>	118	24	36,9%	20,3%	57	48,3%
<i>4.3 El sistema electoral</i>	76	17	26,2%	22,4%	36	47,4%
<i>4.4 Deliberación y libertad de expresión</i>	82	10	15,4%	12,5%	32	39%
<i>4.5 Estado de derecho</i>	56	6	9,2%	10,7%	21	37,5%
<i>4.6 Falta participación</i>	70	16	24,6%	22,9%	31	44,3%
<i>4.7 Concepciones y usos de democracia</i>	108	15	23,1%	13,9%	34	31,5%
<i>4.8 Economía y socialdemocracia</i>	103	26	40%	25,2%	51	50%
<i>4.9 Representación</i>	55	16	24,6%	29,1%	24	43,6%
<i>4.10 Otros</i>	96	5	7,7%	5,2%	19	19,8%

Fuente: elaboración propia.

Antes de continuar, querría destacar la casi ausencia de manifestaciones contrarias a la democracia, ni sobre sus consecuencias ni sobre el ideal mismo. Apenas aparece alguna crítica indirecta contra la “costosa panoplia democrática” (ABC22504). También el historiador Rodríguez Adrados recordó que los persas la definieron como “«unos señores que se reúnen en la plaza para engañarse unos a otros», y cuyo gran fracaso en la Grecia clásica consistió en acabar en una guerra civil” (M19523). Sólo la poetisa Nivaria Tejera se expresa con claridad contra el sistema desde una posición anarquista: “La política lo destruye todo. Todo se tergiversa, prometen y no cumplen, el poder destruye la humanidad en el hombre, carcome la capacidad de comunicación. En Francia he vivido en

¹¹ Recuérdese que los problemas del ámbito internacional y los referidos a ETA, vistos en anteriores capítulos, se incluyeron en “otros” junto a otros temas menores.

democracia, donde se reemplazan unos a otros, pero hay muy poco cambio. Soy antipolítica al cien por cien” (EP16512). En definitiva, el rechazo a la democracia sería una posición de “extremistas” (Santiago Guervós, 1992: 138). Los demás, tratan de hegemonizar el ideal desde sus posiciones políticas. La democracia, en consecuencia, casi nunca es la causa de ningún problema, sino siempre su solución y el objeto que sufre los problemas.

a. Los políticos como problema para la democracia

Los políticos aparecen por unos u otros motivos como el problema para la democracia que más artículos acapara (176), fundamentalmente en *El Mundo* (57) y en *Público* (56), aunque también en *El País* (37) y, bastante menos, en *ABC* (26). En más de la mitad de los artículos (en 89), supone conceder la razón al 15M (en 33 de esas ocasiones, porque son voces, directas o indirectas, de los propios indignados). Esto conlleva que es el problema de la democracia que más pasajes positivos granjea al 15M, tanto en términos absolutos como (por unas décimas) en términos relativos con respecto al total de artículos que tratan cada problema. Los políticos aparecen como problema para la democracia en 51 artículos junto a las cuestiones económicas y, en 39 más, vinculados a la poca calidad del debate y la falta de libertad de expresión. En estas críticas a los políticos se pueden clasificar en menos cuatro grupos, según los motivos:

1) Los políticos y sus intereses espurios: inmoralidad y corrupción

La existencia de intereses espurios, de inmoralidades y corruptelas es el motivo de desprecio hacia los políticos más reiterado, presentándose en 127 artículos: 47 de ellos en *Público*, 30 en *El País*, 35 en *El Mundo*, y 15 en *ABC*. El 15M hacía especial énfasis en este aspecto, logrando con ello amplias adhesiones.

En un contexto de crisis, se plantea la situación como un juego de suma cero y la cuestión de la justicia distributiva salta a la palestra. El objeto corrupto eran “los poderosos”, lo que incluye a los económicamente poderosos. Así, en el manifiesto de Democracia Real Ya que convocaba a manifestarse el 15 de mayo, podía leerse: “Todos estamos preocupados e indignados por [...] la corrupción de los políticos, empresarios, banqueros” (P16501, P17501).

Sin embargo, la focalización del problema en los políticos es lo más habitual. Entre las “demandas que parecían suscitar más consenso” en las asambleas del 15M, nos informa *El País*, estaba “la expulsión de los imputados de las candidaturas”, algo que se menciona reiteradamente (EP20504, P20515). Efectivamente, así lo recoge el consenso de la Acampada Sol de 20 de mayo; a punto seguido, sin embargo, también proponía controles en el sector económico y nacionalizaciones (anexo 3). Por su parte, el dúo Amaral, junto a otros artistas, expresaba su simpatía por el 15M, en parte, porque: “Es falso que no haya propuestas concretas”. Entre tales propuestas *concretas* destacaba “eliminar de verdad la corrupción de la clase política” (P21519).

Pero lemas como “«no hay pan para tanto chorizo»” (M20504) podían perfectamente entenderse de modo amplio o delimitando los corruptos a los políticos (y obviando así a los corruptores). Hecho esto, el 15M se encontraba muy acompañado en las críticas. Desde *ABC*, por ejemplo, incluso un crítico del 15M como Ignacio Camacho se suma a la denuncia (ABC19505, ABC21507). Las encuestas confirmaban la generalización en la percepción del problema: los políticos en 2011 eran vistos por los ciudadanos como notablemente corruptos (un 7,58 sobre 10, siendo 10 la máxima corrupción posible), frente al común de los ciudadanos, también corruptos, pero en menor grado (5,29 sobre 10)¹². La crítica a la corrupción política se intensificó en el periodo analizado aún más cuando se entendió que Mariano Rajoy convalidaba la gestión de Francisco Camps, entonces imputado, con su aparición conjunta en público: “colisiona con los principios éticos elementales exigibles en una democracia” (P18514).

La corrupción se asocia principalmente con comportamientos políticos claramente fuera de la ley: “delitos contra la hacienda pública, tráfico de influencias, obstrucción a la justicia...” (M20517). La palabra no llega a aplicarse para denunciar aquellos comportamientos que, legales o solamente inmorales, no responden al interés de los ciudadanos, aunque les subyace. “«Los jóvenes ven a los partidos como unas estructuras que se guían por unos intereses que no responden a los de los ciudadanos»”, explicaba Fernando Vallespín (P22511). En definitiva, el 15M exigía “la reorientación de las políticas hacia la protección del interés general” (P15511). Sin embargo, existiría una doble conexión entre intereses y corrupción.

¹² Banco de datos del CIS. Estudio 2860. La creencia en que los políticos son corruptos se correlaciona con el nivel de ingresos: a menor nivel de ingresos, más desconfianza en su “limpieza”.

En primer lugar, están aquellos comportamientos que van en propio beneficio: “«Dicen que están al servicio de la ciudadanía y eso es la mayor falacia de este sistema democrático, tienen a los ciudadanos al servicio de sus intereses»”, clamaba un indignado (P22516). Coincidió Casimiro García-Abadillo, otro crítico con el movimiento, en ver abandonado al interés general, matizando que era el caso sólo de “algunos” (M18507). De hecho, el 74,6% de los encuestados por el CIS estaban de acuerdo o muy de acuerdo en que, “esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales”, una cifra que aumentó fuertemente desde 2008¹³. Este interés propio conecta con las dificultades para atajar la corrupción, pues deriva en “convalidar la corrupción cuando es propia y denunciarla cuando es ajena” (EP17505).

En segundo lugar, los indignados entendían que los políticos se habían plegado a terceros poderes, recuperando a los actores económicos para la crítica: “«Lo llaman democracia y es Botín»”, se coreaba (P16513). Los indignados reclamaban “más independencia entre el poder político y el financiero” (ABC20514), a lo que se unía el mismísimo Antonio Gala (M19503). “¿Qué sentido tiene elegir a unos señores que se limitarán a cumplir instrucciones [de los poderosos]?”, clamaba Juan Carlos Escudier (P18516). Según IU, han sido “gobierno serviles” (M19513). “Nos han vendido”, se denunciaba en una carta al director (P16508). Esta misma idea aparece también contra los sindicatos (P16511, ABC20503, M18510).

Se entiende así que el poder económico desregulado, causante de la crisis, estaría en “en connivencia con la clase política” para lograr los recortes (EP23516), “buscando la socialización de las pérdidas al tiempo que se reparte obscenamente los beneficios” (EP19505). Por eso una “política más real” implicaría “que pague la crisis quien la causó, no nosotros” (M18510). En este discurso coinciden los representantes de Bildu (M19507) o de Izquierda Unida. Cayo Lara en particular habló de “mercenarios en política” que “«pasan del Estado a lo privado, salen y entran»”, poniendo de ejemplo a “Felipe González y José María Aznar” (M15503, EP18503). Mediante estas *puertas giratorias* y demás corrupción se conectarían los intereses propios de los políticos con los intereses económicos de los más pudientes, convirtiendo la democracia en oligarquía.

¹³ Banco de datos del CIS. Estudio 2853. Y serie Serie A.3.03.03.012. En 2008, el 16,4% estaban muy de acuerdo con que “esté quien esté en el poder siempre busca sus intereses personales”. Para enero de 2011, ya eran el 42,6%. En mayo de 2014, volvió a aumentar hasta el 47,6%.

Viñeta 7: El futuro es un gobierno de financieros



Fuente: *El País*, 15 de mayo de 2011

Diversas metáforas aparecen en estas citas, como habrá podido notarse: el “secuestro” de la democracia, los “mercenarios” o la “carcoma”. Sin embargo, las metáforas más comunes al hilo de la corrupción son de tipo sanitario e higiénico. La misma palabra que da nombre al campo, “corrupción”, tiene de fondo esta connotación, especialmente patente cuando se entiende que lo que se corrompe es el “cuerpo político”, la democracia misma, ante el decaimiento de la virtud (Euben, 1989: 222). La corrupción “[s]e considera como un cáncer en el sistema democrático” (EP24510); son “infecciones” (EP18514). “La impunidad penal”, por su parte, “es una gangrena” (P24506). La democracia sufría una “lepra” (P22501), “está enferma” (P17517), “se asfixia a fuerza de corruptelas e injusticia” (P21515) y requería de una “limpieza generalizada”. Coherentemente, la propuesta necesaria sería “regeneracionista” (M18510, ABC19510, M19504).

No puede sino señalarse cómo la metáfora higiénico-sanitaria que suele acompañar a este discurso “regeneracionista” tiende a esencializar la democracia, pues la hace ocupar el lugar de la salud o de la vida misma; es decir, posiciones que apenas admiten debate. La corrupción implica la existencia de una esencia, un “estado original o natural” que no

se realiza en plenitud; una “pérdida de identidad” al ser “infectado” por algo externo (Euben, 1989: 222)¹⁴.

Sin embargo, los electores no manifestaron esta voluntad de limpieza con su voto en aquellas elecciones autonómicas y municipales. Para explicarlo, se recurrió a los expertos (EP24510). José Miguel Iríbar, igual que Manuel Villoria, insistían en la mayor tolerancia de los votantes conservadores. Miguel Anxo Bastos entendía que “el ciudadano [...] se fija más en la gestión”; Susana Corzo observaba más tolerancia cuando “tiene algún efecto beneficioso” colectivo. Por su parte, Fermín Bouza entendía que “la corrupción que no se perdona es la moral, «las mentiras»”. Efectivamente, la corrupción “moral” vinculada a las ideas ocupa un lugar central en las críticas a los políticos. En un lugar destacado, encontramos ecos a la crítica “Ética” del manifiesto Democracia Real Ya (anexo 1), que ya vimos, y que compartían diversos articulistas: “O se los trata como contribuyentes o como electores, pero no como completos ciudadanos” (ABC18507, M20517).

Viñeta 8: Los políticos hacen como que no entienden nada



Fuente: Vergara. *Público*. 17 de mayo de 2011.

En este sentido, hay un gesto político que resultó especialmente molesto. Muchos vieron que, ante el surgimiento del 15M en medio de la campaña, “[l]o primero que han hecho ambos [partidos] es sacar la calculadora: en qué me beneficia o perjudica. Cómo afecta a mi rival. Qué impacto tendrá en las elecciones. A quién votarán. Cómo puedo atraerme a los descontentos” (P19504, P19521, ABC18507, M17505). Y esto influía en la forma en que hablaban del movimiento (véase viñeta 8). Así, resultaba casi divertido que “[e]l PSOE” colgara “en su web el manifiesto de «Democracia Real Ya» y luego lo

¹⁴ “Corruption implies decay, where the original or natural condition of something becomes infected. If the infection goes far enough, the infected body begins to decompose until unrecognizable. In this sense corruption entails a loss of identity and definition”.

quita[ra] tras las protestas”, alegando que fue “«un error»”. Además de cáustica risa, provocó “enfado y rechazo inmediato” (ABC18511, ABC18503, ABC19512). “«[E]s sangrante escuchar a Tomás Gómez, igual que a cualquier otro político, solidarizarse ahora con nosotros»” (M18508). En consecuencia, Fabio Gándara pedía “«[q]ue no se apropien de nuestra reivindicación»” (P18507). Al final, “[l]a insistencia en que los acampados muestren su descontento votando el domingo demuestra que [...] no entienden nada. Que viven en otro planeta, a años luz de la calle” (P19521).

2) *Los políticos como una casta desconectada*

Enlazamos así con el siguiente motivo por el que los políticos aparecen como un problema para la democracia. Efectivamente, “la protesta se dirige contra los políticos, con buenas razones, pues han venido dedicándose a perpetuar sus privilegios en vez de a procurar el bien general” (ABC23507). Estos privilegios constituirían a los políticos como una “clase” separada (ABC18507, ABC 20519, M14501, M16502, M18507, M18511, M19505, EP18505, EP22510, entre otros); esto es, como una “casta”, expresión que años después fuera clave en el discurso de Podemos, pero que ya entonces encontramos explícitamente expresada en hasta cinco ocasiones, tres en *El Mundo* (ABC16505, M18506, M20517, M21503, EP24516). Las críticas a esta casta desconectada son presentadas en un total de 85 artículos, en 36 de ellos en superposición parcial o total con el anterior nodo sobre la corrupción. En este caso, el periódico en que más se insiste en este problema es, efectivamente, *El Mundo*, con 32 artículos, frente a 23 en *Público*, 18 en *El País* y 12 en *ABC*.

Entre los privilegios que tendrían, encontramos que “disfruten del mejor retiro posible”, que “viajen en primera” o que estén aforados: “Todos estamos expuestos a las denuncias de la gente que no nos quiere” (M20517). Unos pocos incluso “se creen por encima de los demás” (M14501). Además, tendrían “sueldazos”, “cochazo oficial” (M19509), y no sólo durante el ejercicio del cargo. Así, en el consenso de la Asamblea de Sol de 20 de mayo (anexo 3), se propone una “[r]eforma de las condiciones laborales de la clase política para que se abolan sus sueldos vitalicios”. UPyD, en este sentido, reclamaba la “eliminación de todos los «privilegios» políticos” (ABC20511).

La crisis y las medidas tomadas hacían insoportable la distancia entre las formas de vida de los políticos y sus representados: “«pedís austeridad desde vuestro Mercedes Clase A»” (M18511). Por eso, en una carta al director se llegará a proponer “congelar su

retribución económica [...] mientras la crisis se prolongue” (EP14512). Sin embargo, para algunos el problema no eran meramente los privilegios, sino la profesionalización misma de la política, “los partidos de empleados” (M21508), de “profesionales” (M19507, ABC18507), pues “enfrascados en una lucha [...] por el poder, han olvidado” los “problemas” de los ciudadanos, que se encuentran “asfixiados” (ABC18507). “El ciudadano medio rechaza la política como negocio” (M17501), pues ello conlleva que “la preocupación primordial de la clase política es asegurar su permanencia”. Así, se estaría generalizando “la preocupante convicción de que los candidatos se meten en política para ganarse la vida. Nadie cree que vayan en una lista porque sienten una auténtica llamada o vocación de servicio público, sino por un afán de servirse de las instituciones públicas” (M20517). Se conecta así la profesionalización con el vaciado moral.

El resultado sería una clase política aislada con respecto a la voluntad y los intereses de los ciudadanos. “«[L]a mayor parte de la clase política ni siquiera nos escucha»”, protestaba un indignado (M18507). Ni les escuchan, ni tienen en cuenta sus intereses ni hacen lo que se les demanda: “Lo triste es cómo hemos llegado a esta situación, después de que todos los reclamos fueran ignorados: la crisis económica, la ayuda a los bancos o la ley Sinde”, decía Ricardo Galli (EP17502). Estaríamos ante “una clase política cada vez más enrocada en sí misma”, según un editorial de *El Mundo* (M16502).

El filósofo Michael J. Sandel venía a confirmar desde su autoridad académica que, efectivamente, “«[...] en muchos países democráticos, vemos esa sensación generalizada de que el sistema político no se está ocupando de las grandes cuestiones que le importan de verdad al pueblo»” (M23515). Y, “[s]i la acción política partidista no está dirigida a resolver problemas sociales”, razonaba Jordi Sevilla, “acaba siendo percibida como algo ajeno, que solo interesa a los miembros de una casta política endogámica” (EP24516). “Hace falta que el pueblo se sienta al menos un poquito identificado con sus gobernantes: eso hace mucho que no pasa en España”, decía un indignado en declaraciones a *El Mundo* (M19509).

Esta desconexión se transmite frecuentemente con la metáfora de la “distancia”: “La clase política vive lejos de la ciudadanía”, criticaba un manifestante (EP18505); es “increíble distancia que se está creando entre los políticos y el resto de los ciudadanos”, insistía Ignacio Escolar (P17517). También José Bono, entonces presidente del Congreso, compartía este sentir con el 15M (M19515). Habría un “divorcio” (M20511), una

“brecha” (P22501) “que los candidatos no saben llenar”, lamentaba José Álvarez Junco (EP20506). “Presidente, baje a la plaza”, rogaba el asesor de comunicación política Antoni Gutiérrez-Rubí. “Ya no hay margen para los cálculos”; “No debería preocuparle su imagen o su reputación” (EP20511). Lo mismo decían desde Democracia Real Ya, en tono reformista: “No queremos quitar a los políticos, sino que bajen a la calle”, declaraba Jon Aguirre (EP19504).

En definitiva, “«[l]os partidos tradicionales están separados de la sociedad, no la conforman»” (ABC20519). En claro contraste, el manifiesto “Democracia Real Ya” (anexo 1) comenzaba aclarando lo siguiente: “Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, para trabajar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos...”.

3) *La imposible rendición de cuentas y el consecuente bloqueo de la receptividad*

El problema, sin embargo, no es sólo que estén aislados en su mundo de privilegios, sino que “[n]o se puede esperar mucho de las leyes que los políticos se dan a sí mismos sobre sus salarios, sobre sus responsabilidades políticas, sobre comisiones de investigación de sus delitos y sobre sus privilegios. Lobo a lobo no se tira bocado. Se destrozan para conquistar el poder o para seguir en la poltrona, pero son una manada para defender a la casta”. (M20517). De esta forma quedaría bloqueada la rendición de cuentas política “horizontal”, en los términos que usara O'Donnell (1994: 61) para referirse a la asunción de responsabilidades que ocurre a través de “una red de poderes relativamente autónomos (como, por ejemplo, ante otras instituciones)”¹⁵. La legal, como veremos, quedaba además obstruida por la insuficiente separación de poderes.

También se identificaban múltiples limitaciones en la rendición de cuentas “vertical”, en expresión de este mismo politólogo, es decir, en la rendición de cuentas frente a los electores (O'Donnell, 1994). En efecto, la Asamblea General de la Acampada Sol acordó como cuarto punto de su “consenso de mínimos” del 25 de mayo crear “mecanismos de control ciudadano para la exigencia efectiva de responsabilidad política” (anexo 4). Estos problemas de rendición de cuentas al hilo del comportamiento de los políticos aparecen en 37 artículos, fundamentalmente en *Público* (14), *El Mundo* (11) y *El País* (7), pero también en *ABC* (5). 13 de ellos superpuestos parcial o totalmente con la cuestión de sus

¹⁵ “across a network of relatively autonomous powers (i.e., other institutions)”.

intereses particulares y su moralidad y en 6 ocasiones más conectado con su carácter de “casta”. Entre los factores que dificultarían esta rendición de cuentas vertical también juegan un papel fundamental aspectos como el “bipartidismo”, la falta de participación política y el sistema electoral, que más abajo presentaré. También llama la atención desde 2019 que se criticase “la configuración de la moción de censura en la Constitución, que la hace imposible en la práctica” (P24506); el tiempo desmintió la afirmación.

Sin embargo, la exigencia de responsabilidades se enfocaba sobre todo en conseguir una mayor receptividad. “«Yo propongo que se haga una ley de responsabilidad política, porque los políticos, una vez que los elegimos, se lavan las manos»”, decía una chica en la asamblea (P20506). El problema de la receptividad puede encontrarse en la Tercera de ABC exactamente igual que en el 15M. “[L]a distancia entre lo que hemos votado y lo que luego hacen aquellos a los que hemos votado es enorme, y eso parece contrabando ideológico”, decía Juan Antonio Sagardoy Bengoechea (ABC20501). “Una de las críticas del Movimiento 15-M se dirige de lleno contra el actual sistema democrático, donde la voluntad ciudadana ha quedado completamente desdibujada por los políticos”, leemos en *Público* (P22511). Frecuentemente se repetía la metáfora del “cheque en blanco” para criticar esta situación y exigir un cambio (EP19504, P18516): “El Movimiento 15-M supone que «el cheque en blanco de cuatro años para los políticos tras las elecciones se ha acabado», anuncia [Juan Carlos] Monedero” (P22511).

En este contexto se enmarcaban algunas críticas que flirteaban con la idea de un mandato imperativo, por lo demás rechazado según las encuestas por la mayoría de la ciudadanía¹⁶. Por ejemplo, el consenso de la Asamblea de la Acampada Sol del 20 de mayo proponía que “los programas y las propuestas políticas tengan carácter vinculante” (anexo 3). “¿Votar a un partido en función de una promesa electoral que no tiene por qué cumplirse, es democracia?”, decía un mensaje de Twitter (M18516).

El ejemplo más cercano era el entonces presidente, Rodríguez Zapatero: “«Dijo: ‘No os fallaré’»” recordaba Cayo Lara, pero “«[...] no ha cumplido su programa electoral, el contrato que firmó con los ciudadanos que le dieron el voto»”. Por eso concluía que “«[...] nos han robado la democracia»” (M20510). También Rosa Díez hablaba de “un contrato

¹⁶ Véase la tabla 5 en el apartado 3.1.1 con los resultados de la Encuesta Social Europea.

que se firma durante cuatro años y que después hay que revisar”, para «[...] devolver el control de la política y los políticos a los ciudadanos»” (M21516).

4) *La incompetencia de los políticos*

Pero si alguna crítica fue repetida contra Rodríguez Zapatero, esa fue por “incompetente”, por “inútil” o por su “incapacidad” (ABC18504, ABC19504, ABC21511, ABC21516, M20507). Pese a dicha fruición, la incapacidad para gestionar los problemas aparece como crítica minoritaria a los políticos en los pasajes analizados¹⁷. Esta queja aparece en 21 artículos, 10 de ellos en *El Mundo*, y 5 respectivamente en *El País* y *Público*. Recuérdese, no obstante, que no mencionar la calidad de los políticos como problema para la democracia no quiere decir, como acabo de señalar, que no se enfatizara su incompetencia (en especial, la del presidente).

Viñeta 9: La ridiculización de Rodríguez Zapatero por incompetencia



Fuente: Idígoras y Pachi. ABC, 16 de mayo de 2011.

Juan Marsé, por ejemplo, mostraba así su comprensión hacia el 15M: “«Los políticos son unos incompetentes. Esto es un clamor muy justificado»” (P21519). Tal incapacidad habría quedado de manifiesto al aparecer “los problemas” (económicos, se entiende) (M18506), de modo que se habrían “convertido, no en una solución a eso problemas [sic],

¹⁷ Recordemos que sólo recogemos aquellas críticas que se consideran como problema para la democracia en artículos en que su raíz aparece explícitamente.

sino en un problema más”, decía Luis María Ansón (M22513, M17501). No en vano, a la Puerta del Sol se la atribuyó el sobrenombre de Plaza “«SOLuciones»” (M19504).

Llegado este punto de la argumentación, solían salir a colación las encuestas del CIS (por ejemplo, M16504, M22513), donde efectivamente “los políticos en general, los partidos políticos y la política” constituían el tercer principal problema que existen en España para los encuestados, detrás del paro y de los problemas de índole económica¹⁸. Por otro lado, la valoración de Rodríguez Zapatero y de Mariano Rajoy como presidente y líder de la oposición rondaban ambas en torno al 70% de desaprobación¹⁹.

Algunos percibían, vinculado a la falta de rendición de cuentas, un “descenso del nivel de los elegidos” (M17506). “Nuestra clase política es muy mediocre”, aunque “no corrupta”, decía Luis María Ansón tratando de calmar los ánimos (M17501). Otros reclaman a políticos “capaces de elevar el discurso” (M23515). Pero fue Gabriel Albiac quien expresase la idea de forma más colorida, con una insistente referencia al “martirio”:

¿Qué ha sido de aquellos santos laicos que, como Graco Babeuf, ofrendaron su martirio a la consumación de un destino humano de igualdad paradójica? [...] Quedó en esto. Es esto. Los peores. Los peores, sin comparación posible con el resto. Aquellos a los cuales gandulería e ignorancia hicieron incapaces para vivir de otro modo que no sea a costa de la extorsión legal de todos. A eso quedó reducida una casta política que, en sus inicios, hace algo más de dos siglos, apostaba por la certeza de ofrendar su vida en grandilocuente – pero veraz– martirio sobre el altar humano (M23515).

b. Los partidos políticos y la falta de alternativas como problemas para la democracia

Dadas las críticas a los políticos, no sorprende que aparezcan también críticas a sus asociaciones: los partidos políticos. Junto a estas críticas se recogieron también aquellas

¹⁸ Puede consultarse la serie histórica en el siguiente enlace: http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/TresProblemas.html (Última consulta: marzo de 2019). El lector más interesado en la cuestión podrá comprobar que a fecha de la última consulta (2019) “los políticos en general, los partidos políticos y la política” son considerados uno de los tres mayores problemas por en torno a un 30% de los encuestados, cifra que ronda el máximo de la serie y que no se alcanzaba desde 2012/2013. Fuente: Banco de datos del CIS.

¹⁹ Fuente: estudio Metroscopia, Junio de 2011. Disponible en: <http://metroscopia.org/wp-content/uploads/2011/06/INFORME-Clima-Social-24%C2%AA-Oleada-junio-2011.pdf> (Última consulta: marzo de 2019).

denuncias a la falta de alternativas políticas con efectivas oportunidades de éxito; esto es, al bipartidismo. El nodo aparece en 118 artículos, 52 de ellos en superposición con las críticas a los políticos. En *El Mundo* encontramos 37 artículos en los que se menciona la cuestión y 34 en *Público*, seguido por *El País* (27) y *ABC* (20).

La expresión “bipartidismo” y derivados aparece 63 veces en el corpus analizado, 51 de ellas claramente para problematizar el sistema de partidos desde la idea de democracia. Es una de las ideas centrales en el discurso del 15M. Así, en el manifiesto “Democracia Real Ya” podía leerse que vivimos en “una dictadura partidocrática encabezada por las inamovibles siglas del PPSOE” (anexo 1, M19504). Además, UPyD e IU aprovechaban que este discurso (que tanto les convenía) resonaba en la sociedad civil para insistir en él. Los indignados, según IU, “se han dado cuenta de que el bipartidismo que existe en España es un cáncer para la sociedad y no va a resolver sus problemas” (M19507). “El PSOE y el PP están de acuerdo en «lo fundamental»”, enfatizaba Rosa Díez (M22509).

Estas críticas al bipartidismo se resumían desde el 15M en el contundente lema “PSOE-PP la misma mierda es” (M16501, M18511, EP19502). La falta de alternativas encuentra varias explicaciones de los expertos en la prensa. Para el profesor Toni Comín, era culpa de las organizaciones partidistas, “que son muy rígidas al estar profundamente integradas en la dinámica del sistema”, siendo incapaces de “expresar lo que convenga en cada momento histórico”; en aquel entonces, “un grado de antagonismo más potente” (P22511). Este “fracaso de los grandes partidos” para “atraer” a los electores (ABC22504) dejaría “un espacio ciudadano cuyas demandas no alcanzan a canalizar” (EP17505). De nuevo, la distancia. Un desfase entre la ciudadanía y los partidos reflejado en el desacuerdo entre las decisiones políticas y sus ciudadanos. De ahí el lema “«No les votes»”, referido a PSOE, PP y CIU (M16501)²⁰.

Cuando *El Mundo* preguntó a los partidos por las propuestas del 15M, las respuestas resultaron sorprendentes: “La mayoría se apropian de las cuestiones planteadas por los jóvenes y aseguran que incluyen sus reivindicaciones en sus programas”, relataba sorprendido el periodista²¹. Incluidos PP y PSOE. El PSOE, por un lado, entendía que hay

²⁰ El origen de este lema está en la movilización contra la llamada Ley Sinde, fundamentalmente de base digital. Estos protoindignados consideraban que PSOE, PP y CIU habían acordado una ley que, en su opinión, favorecía a una élite económica en contra de los intereses de los ciudadanos. Puede verse una entrevista a dos de sus más destacados miembros aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=jPMdx9nqlc8> (subido el 19 de mayo de 2011. Última consulta: marzo 2019).

²¹ Mi énfasis.

“un descontento comprensible”, que hay que “escucharles siempre” y encontraba “numerosas coincidencias” con su programa. El PP, por su parte, no veía extraño “que el descontento empiece a expresarse en la calle” frente a “un Gobierno que ha mentido, que ha hecho recortes sociales”, y entendía que se “puede[n] exigir más reformas democráticas” (M19507). *ABC* hizo un ejercicio parecido comparando los programas de los partidos con las demandas de los indignados. Entre los aspectos comunes, destacaba el diario que el PP hubiera “propuesto suprimir las pensiones de oro de diputados y senadores” y también que se hubiera “opuesto a elevar la jubilación por encima de los 65” (ABC20511).

Otros artículos, sin embargo, ponían el acento en lo que los partidos hacían y no tanto en lo que decían. Y, especialmente, en las cuestiones económicas. Así, Irene Lozano exponía que:

Situados ante la disyuntiva de ratificar las políticas antisociales del PSOE o las que hará el PP, los ciudadanos han contestado que un recorte es un recorte es un recorte... [...]. Se cuestionará la propia democracia, como hemos visto, porque si no hay alternativas económicas, la elección que se ofrece a los ciudadanos es, en efecto, ficticia [...] Si los mercados no están controlados por el poder democrático se hurta a los ciudadanos el autogobierno en asuntos económicos, los fundamentales (EP24512).

Por ello algunos indignados planteaban su poco interés ante las elecciones: “«[p]ase lo que pase, no va a cambiar nada»” (ABC23516). El bipartidismo se asentaría en los “privilegios” de los grandes partidos, según denunciaba, por ejemplo, Rosa Díez (M21516); fundamentalmente, a través de “una ley electoral falsa” (M16501). Ésta forzaría a los votantes a elegir opciones que realmente no desean (bajo *amenaza* de que su voto no obtenga representación) incluso cuando creyesen que ese partido merecería un castigo electoral. Se trata de la “alusión al voto útil”, el voto estratégico, que “actúa como un dique de contención” (P15506). La única alternativa dada era favorecer a un partido situado, precisamente por presentarse sólo dos opciones, en las antípodas ideológicas: “«Se trata de confiar en los amigos o dejar paso a los adversarios»”, enfatizaba el ministro Pérez Rubalcaba pidiendo el voto (M18508); “«la alternativa a lo que hay» es el PP”, se ofrecía Mariano Rajoy (M20508). Junto a la cuestión económica, que más abajo desarrollaré, aparece la cuestión moral, pues, “ante la decepción con el gobierno y, dado

que tampoco confían en el PP por caer en los vicios de la misma clase dirigente, algunos no encuentran alternativa” (ABC19505). “¿[Q]ué alternativa se ha ofrecido? [...]. ¡La democracia chiringuito!” (EP21516).

Otras insatisfacciones apuntan a la dificultad para agrupar mediante una elección dicotómica la pluralidad de decisiones en juego. Así lo explicaba un indignado entrevistado: “Que cuando voto me den a elegir entre blanco o negro no me parece democracia” (P19508). “El bipartidismo –propio de los países con mayor desigualdad social– limita peligrosamente las opciones de los ciudadanos”, decía Josep Ramoneda (EP19505). El problema para éstos sería que la política «[...] está bipolarizada, sólo existe arriba o abajo, blanco o negro, no puedes comprar nada más [...]. La indignación no es de derechas ni de izquierdas [...]. Hoy son importantes los principios, no las ideologías. Ya era hora de que pasáramos esa página de las ideologías» (M19509).

La incómoda sensación que se extendía era la de tener que votar algo que no se quiere: “Sé lo no quiero votar, pero lo que quiero votar no lo veo”, lamentaba Pedro Almodóvar (EP19515). La apelación negativa no era suficiente: no se encontraba la positividad necesaria para votar “queriendo”. Las encuestas recogían esta queja: el 64% afirmaba no sentirse “identificado ideológicamente con algún partido” y el 70% no sentían “representados sus intereses por ningún partido”. Además, el 90% demandaban a los partidos la introducción de “cambios en su forma de funcionar”²².

Efectivamente, una de las críticas habituales a los partidos a cuenta de la idea de democracia es por su falta de “democracia interna”; y “democratizar los partidos” se suele hacer equivalente con la realización de primarias (por ejemplo, ABC20511). Así, un editorial de El Mundo explicaba: “Siempre hemos dicho que las primarias son el procedimiento más democrático para elegir a los candidatos” (M24502). En claro contraste con este deseo, Antoni Gutierrez-Rubí entendía que todos los partidos son “partidos leninistas, sean de derechas o de izquierdas” (EP20511); esto es, que regía el principio de autoridad por encima de la participación *horizontal*. En la lista de propuestas

²² Fuente: estudio Metroscopia, Junio de 2011. Disponible en: <http://metroscopia.org/wp-content/uploads/2011/06/INFORME-Clima-Social-24%C2%AA-Oleada-junio-2011.pdf> (Última consulta: marzo de 2019). Así lo recogía además la prensa días después del periodo analizado: “Apoyo a la indignación del 15-M”, titulaba *El País* de junio de 2011. Véase: https://elpais.com/diario/2011/06/05/espana/1307224812_850215.html (Última consulta: marzo 2019).

de DRY no se especifican los “mecanismos” concretos para los partidos, pero sí que los partidos debían introducir una mayor “democracia interna” (anexo 5).

Una corriente minoritaria de opinión, sin embargo, representada fundamentalmente por Luis María Ansón, entendía que democratizar a los partidos requería “reducir sus gastos”, “desenfrenados”, “a los ingresos procedentes de las cuotas y, en todo caso, del 0’7% que les dediquen los ciudadanos de forma voluntaria en el casillero correspondiente de la declaración de la renta” (M17501, M22513). En claro contraste, el 15M preconizaba una “[t]otal transparencia de las cuentas y de la financiación de los partidos políticos” (ver anexo 3). Se abrazaba así, por omisión, y en coincidencia con lo que un indignado defendía públicamente, “la financiación pública de los partidos «para no acabar como Estados Unidos»” (M21513). Pese a todo, Ansón veía en el movimiento el peligro de imaginar una democracia sin partidos. El temor estaba justificado, pues esta idea duplicó sus adeptos en la sociedad española a partir de 2011 según indican las encuestas, concitando el acuerdo del 40% de los encuestados. Sabemos además que, al contrario que en los 80 y 90, cuando la mayoría afirmaba que los partidos eran un instrumento de participación política, en 2011 la mayoría pasó a negarlo (Urquizu, 2016: 145-148)²³.

Encontramos finalmente una gran preocupación por el poder que los partidos alcanzan dada la racionalización del parlamentarismo y su capacidad para influir, desde el ejecutivo y el legislativo, en otros espacios, “casi” convirtiendo el sistema “en un coto privado”, según un editorial de *El Mundo* (M18506). “Nuestro grito e indignación va precisamente contra los partidos que están monopolizando la vida política”, decía Fabio Gándara (P18507). Esta “partitocracia”, sugería Manuel Martín Ferrand en acuerdo con el 15M, subvertiría la “separación rigurosa de los poderes”; si el presidente del gobierno y el jefe de la oposición llegaran a un acuerdo, tendrían “unos poderes que no llegó a tener el mismísimo Francisco Franco” (ABC17503). “«No puede ser que los aparatos de los partidos lo controlen todo [...]»”, declaraba un indignado (M19509). “La partitocracia invade las instituciones y las corrompe”, argumentaban desde UPyD (M19507). Entramos así en las violaciones de la división de poderes y, por tanto, del Estado de derecho.

²³ Datos de Metroscopia.

c. Violaciones del Estado de derecho como problema de la democracia

Encontramos tres tipos quejas democráticas que pueden agruparse bajo la idea del Estado de derecho. Se trata de un nodo con poca codificación, que aparece tan solo en 56 artículos, lo que se explica en parte por su poca presencia en el discurso del 15M tal y como lo presenta la prensa (sólo en 7 de estos artículos escuchamos al 15M tratar esta cuestión), y en parte porque las menciones a la corrupción sólo fueron recogidas aquí cuando hablaban de impunidad. Aun así, en 22 artículos (incluidos esos 7) el 15M recibe apoyo con mención a este nodo. El código aparece principalmente en artículos de los periódicos ideológicamente cercanos a la derecha ideológica (*El Mundo*, con 22 artículos y *ABC*, con 15), seguidos de *Público* (con 13) y *El País* (6).

El grueso de estas quejas se refiere a la falta de una “separación rigurosa de los poderes del Estado”; eso es la “democracia, antes que nada” (ABC17503). El problema, como vimos en el capítulo anterior, salía a colación especialmente con relación a la sentencia contra la ilegalización de Bildu, considerada una “voladura controlada del Estado de Derecho [sic]” (ABC17502). Por ello, antes de la aparición del 15M, esta cuestión ya llevaba a opinadores de ABC a considerar que vivimos en una “democracia paródica”, pues “los poderes del Estado tienden a amalgamarse” (ABC14501).

Si bien es cierto que la cuestión no aparece en el manifiesto de DRY (anexo 1), en la propuesta del 20 de mayo (anexo 3) sí que se reclamó la “[e]fectiva separación de poderes ejecutivo, legislativo y judicial” y fue uno de los cuatro puntos del consenso de mínimos (anexo 4). Sin embargo, la prensa analizada no citó esta propuesta ni a ningún manifestante o portavoz haciendo énfasis en la cuestión, lo que no impidió recibir aprobación haciendo referencia a este problema en diversas columnas de opinión. Así ocurría tanto en *ABC*, donde se pedía la “resurrección de Montesquieu” –fetichizado como símbolo de esta queja– (ABC17503), como en *El Mundo*, donde varios articulistas y Rosa Díez se pronunciaban contra la “politización de la justicia” (M21508, M19518, M20511, M22509). También encontramos en *Público* estas críticas para que los partidos no sigan “patrimonializando y contaminando instituciones cuya independencia o autonomía funcional afirmó en su día el legislador” (P20515). No aparece ninguna deficiencia en la división de poderes como problema para la democracia, sin embargo, en *El País*.

Viñeta 10: Campaña electoral premonitoria e indefensión del ciudadano



Fuente: Forges. *El País*, 16 de mayo de 2011

En segundo lugar, encontramos el problema de “la indefensión del ciudadano de a pie”, en las palabras del manifiesto Democracia Real Ya (anexo 1; también M16506, P16501, P17501). Esta idea de la indefensión no se desarrolla explícitamente, pero dos voces indignadas remiten al excesivo poder de los políticos (y banqueros) para imponer medidas contrarias a la voluntad, el interés y los derechos de los ciudadanos. Primero, en una carta al director, un profesor de Secundaria para adultos contaba cómo la alcaldesa, de quien dependía la financiación del centro, había entrado en su aula para hacer campaña. Al querer comenzar su clase, el profesor le habría pedido que abandonara el aula, tras lo que sus compañeros le afearían su actitud. Habla por ello del “miedo” por el que “todos nos dejamos atropellar, siempre amordazados” (P20521). En segundo lugar, los indignados de Bilbao denunciaban “las normativas «cada vez más restrictivas» sobre el uso de los espacios públicos” (EP19503). En este sentido, Luis García Montero consideraba que “[l]os jueces están dispuestos a saltarse a la torera el derecho constitucional de reunión” (P21509). Veremos más abajo, además, que la indefensión también se alega con respecto a los “derechos sociales”, que no estarían garantizados con ninguna de las opciones con posibilidades de éxito electoral. También frente a la intervención policial en la Puerta del Sol.

La tercera y última queja consiste en la percepción de que la ley no se aplica. Esta cuestión anima a apoyar al 15M en varias ocasiones y, como la mayoría de las críticas por

la falta de imperio de la ley, están referidas a la “impunidad” de la corrupción de los políticos (P20526, M19503). “«Vente pá España, Dominíc... [sic]»”, ironizaba Antonio Burgos desde las páginas del ABC ante la acusación por agresión sexual contra el director gerente del FMI, Dominique Strauss-Kahn (ABC18506). Además, un manifiesto de artistas en apoyo al 15M hablaba de la “impunidad de la banca” (P21519). A este respecto, recordemos que la idea de que la justicia trata de forma distinta a los políticos la compartían el 84% de los encuestados en 2009; para 2016, ya eran el 90%²⁴.

d. El sistema electoral como problema para la democracia

El gran poder de los partidos no sólo se manifestaba en el poder judicial, sino también en la composición de las listas electorales y, “[h]asta que llegue el día en que el voto del ciudadano valga más que la decisión del jefe, tantas veces inconfesable, de por qué va en una lista Fulano y no Zutano resultará un sarcasmo hablar de democracia”, según entendía Félix Madero (ABC16504).

El sistema electoral aparece en 76 artículos como problema de la democracia: 26 artículos en *El Mundo*, 25 en *Público*, 15 en *ABC* y 10 en *El País*. Además, en 24 de esos artículos aparece en coincidencia con el problema de los partidos. También se solapa con el problema de los políticos (en otras 22 ocasiones) y, en 24 veces más, con los problemas de representación. Se intuye así en los números el discurso que señala al sistema electoral como responsable del bipartidismo y de la desconexión de la clase política con respecto de la voluntad popular y los intereses generales.

En muchas ocasiones “la Ley Electoral” se identifica como problema de la democracia sin desarrollar en qué resulta problemática, como un lugar común que se sobreentiende (por ejemplo, ABC20512, M19504, EP20504, P16511). En parte este conocimiento general se explica porque los medios le atribuyeron una gran importancia como reclamación central del 15M (M16501, ABC20512), pero también porque formaba parte del discurso de Izquierda Unida y Unión Progreso y Democracia. Ciertamente, la “Ley Electoral” (sic), si bien ausente en el manifiesto de Democracia Real Ya (DRY) (anexo 1), ocupa el primer lugar en el consenso del día 20 de mayo (anexo 3) y en los cuatro puntos definidos por la Asamblea General de la Acampada Sol el día 25 (anexo 4).

²⁴ Banco de datos del CIS. Estudio 2790. Y Metroscopia, en Urquizu (2016: 158).

Las problematizaciones se articulan fundamentalmente en torno a dos aspectos: las listas abiertas y la proporcionalidad. Esta “Ley Electoral no es del todo democrática”, decía Marta Nebot (P23511), y por eso el 15M reclamaba “una ley justa” para lograr una democracia real (P24512). Vemos así la atribución de potencialidades casi mágicas a este cambio. Las problematizaciones del sistema electoral regulado por la Constitución Española y la Ley Orgánica del Régimen General Electoral se centran en la elección de diputados, ignorando la elección de senadores (donde ya existen listas abiertas). Tampoco se mencionan sino excepcionalmente problemas con la regulación de las elecciones locales y autonómicas, pese a que en el periodo analizado nos encontrábamos en la campaña para dichos comicios.

Las listas abiertas se plantean como un “paso hacia la democracia real” (P22519) por varios motivos. Primero, porque servirían “para que no sea el partido sino el elector quien decida a quién hay que elegir” (EP19510), haciendo a las personas electas “responsables directas ante los ciudadanos, no ante los jefes de un partido”, “de modo que el contacto con el ciudadano sea lo más directo e inmediato posible”, según explicaba Juan A. Herrero Brasas, profesor de Ética y Política Pública en la Universidad de California. “Las elecciones deben ser nominales, no por siglas de partidos”, insistía. En definitiva, votar a “siglas” no es democracia (M19512). El potencial de las listas abiertas para situar al ciudadano sobre el partido la defendían también políticos como Rosa Díez (M21516) o José Bono (M19515). Además, las listas abiertas permitirían “eliminar a los corruptos, los irresponsables, los insultadores, los que nos toman por tontos, los incompetentes, etc.” (P22519). Excepcionalmente, además, se plantea que poder votar a candidatos de diversas listas podría ayudar a paliar “los efectos de la Ley D’Hont [sic]” (P22519).

En esta cuestión el 15M lograba apoyos ideológicamente transversales. Así, Félix Madero (ABC16504), Ignacio Camacho (ABC19505), Juan Antonio Sagardoy Bengoechea (ABC20501) o Carlos Herrera (ABC20507), entre otros, expresaron en *ABC* su apoyo a una posible reforma. No sorprende por tanto que Fernando Vallespín, según relata *Público*, entendiera que “la apertura de las listas” sería una de las dos modificaciones del sistema electoral que “se producirán a medio plazo” (P22511).

La otra modificación que el profesor Vallespín habría señalado como probable era aquella “de ampliar el Congreso hasta los 400 diputados” para mejorar la proporcionalidad del sistema. Ciertamente, la falta de proporcionalidad era el otro un gran

defecto señalado al sistema electoral. El consenso de mínimos de la Acampada Sol de 20 de mayo (anexo 3) indicaba que la “obtención de escaños debe ser proporcional al número de votos”, proponiendo la “circunscripción única” para cumplir con lo que, se recuerda habitualmente, exige “una disposición constitucional”; se comparaba así al sistema político con sus propios estándares (P24506, M17506). Por eso, decía Fabio Gándara, “hay que articular una respuesta frente a una ley electoral falsa, que condena al país al bipartidismo” (M16501). En esta idea se insiste tanto en cartas al director (P21514), como en entrevistas a indignados (P21519) y también, claro, desde Izquierda Unida (M17503) y UPyD (M20511), principales beneficiarios de la propuesta. “[P]artidos como UPyD e IU necesitan entre dos y cinco veces más votos que el PSOE y el PP para lograr un escaño en ayuntamientos, comunidades autónomas y también a nivel nacional”, protestaba un indignado lector (M18514).

La proporcionalidad se vinculaba, además, con el principio “una persona = un voto” (P23511); esto es, con que “cualquier voto de cualquier ciudadano valga igual” (P20526), en palabras de Marta Nebot e Ignacio Escolar, respectivamente. En ello insistía, por cortesía de *El Mundo*, Rosa Díez (M21516, M22509). En la misma línea apuntaba Capella, quien responsabilizaba de estas disposiciones al “temor al desgobierno” durante la Transición (P245069); algo que, se entiende, hoy ya no sería un riesgo.

Por su parte, Juan Ramón Capella proponía como mecanismo electoral alternativo instituir “un colegio nacional que recoja los votos inutilizados y les dé representación; o bien identificar circunscripción con comunidad autónoma. O bien modificar la Ley Electoral, estableciendo un sistema a dos vueltas” (P24506). En este sentido, se trajo a colación el modelo mixto alemán, con “dos votos” (M17506). Mientras, José Pablo Ferrándiz y José Juan Toharia exponían los elementos del sistema electoral constitucionalizados que limitaban la proporcionalidad deseada y dificultan la reforma: “número total de diputados [...], la provincia como circunscripción electoral y un número [...mínimo] de diputados por provincia” (EP24503).

Sin embargo, el debate no siempre alcanza este nivel de precisión. Como se ha visto más arriba, llega a atribuirse la culpa de la desproporcionalidad al lugar común de la “Ley D’Hont [sic]” (P22519), en contra de toda la literatura especializada²⁵. Al respecto de la

²⁵ Véase fundamentalmente el trabajo de Montero (1997) y Montero y Fernández Esquer (2018).

fórmula de reparto D'Hondt, el periodista Roberto Benito explicaba que el “objetivo de la Ley D'Hondt es que [...] los parlamentos y consistorios no estén fragmentados, sino que en ellos se formen mayorías”. Sería una *Ley* que “se utiliza en los sistemas electorales de muchos países”. Encontramos, aunque sea entre tantos errores, dos de los pocos argumentos a favor del sistema electoral vigente. Habría que esperar al sexto y penúltimo párrafo del artículo para leer sobre la importancia de “la división del mapa electoral en circunscripciones o el establecimiento de umbrales mínimos de votos” (M16510). “«El problema no es la Ley D'Hont, como se cree, sino el tamaño de las provincias»” trataba de aclarar en aquellos días Francisco Llera en *El País* contra el sentido común; “«[...] el sistema tiende a dar sobrerrepresentación a los distritos electorales menos poblados para que la foto final sea lo más parecida a la sociedad española [...]»”²⁶, argumentaba en su favor.

Por último, hallamos una queja menos reiterada, pero también presente: “«Hay muchos ciudadanos que votan en blanco y esos votos no se tienen en cuenta para nada»”, declaraba un indignado (P16511). Voto en blanco y votos nulos habrían “crecido un 37% en comparación con los anteriores comicios” (P24507), así es que algunos los entienden como “la cuarta fuerza de las municipales en número de votos” (EP24514). Por eso algún indignado “sugiere que los votos en blanco se contabilicen y que sus escaños correspondientes queden vacíos” (P20506). El voto en blanco llega a concebirse como un “mito”, en los términos con que Sorel describía la huelga; es decir, como un conjunto de imágenes “*de un porvenir indeterminado en el tiempo*” capaz de evocar, “*en conjunto y por mera intuición, [...] la masa de los sentimientos*” que corresponden a una lucha (Sorel, [1908] 2016: 203 y ss); en este caso, la lucha contra los políticos. Por ello, “como les dé por promover el voto en blanco la nomenclatura oficial va a tener que tentarse la ropa” (ABC18507).

e. La falta de deliberación y libertad de expresión como problemas de la democracia

Recogí en una sola categoría aquellos problemas relacionados con la calidad del debate, la transparencia, la libertad de expresión y la prensa. No se incluyeron las quejas

²⁶ ¿Cuántos votos cuesta un diputado?, publicado el 22 de mayo en *El País* y disponible en: https://elpais.com/politica/2011/05/23/actualidad/1306168215_706264.html (Última consulta: abril de 2019).

por la falta de alternativas, ya vistas con las problematizaciones de los partidos políticos. Estas quejas aparecen en 81 artículos y están prácticamente ausentes en *ABC* (5 artículos), pero ocupan un lugar importante en *El Mundo* y en *Público* (con 30 y 27 artículos respectivamente), y algo menor en *El País* (19 artículos). En esta ocasión, las quejas en general no provienen del 15M, con excepción de la falta de escucha ya señalada. Fundamentalmente hablamos por tanto de artículos de opinión y editoriales (47 artículos del total de 81) que, eso sí, a veces justifican o explican el 15M en base a estas carencias, que enlazan con sus temas fundamentales.

Pese a que, según vimos en el apartado 3.1.1., las encuestas muestran que la libertad de expresión ocupa un lugar importante en la concepción de la democracia de los españoles²⁷, sólo encontramos dos artículos reclamando mayor libertad de expresión. No parece por tanto encontrarse un gran problema a este respecto en el periodo analizado.

Sin embargo, aparece esta reclamación de “libertad de expresión” contra la “manipulación” de Canal 9, que sería “como en ninguna televisión pública de ningún país democrático” (P15503, EP15503, EP15503). En relación con la prensa encontramos otras tres cuestiones. Primero, como en el caso de canal 9, aparecen denuncias contra las injerencias del poder político. Especialmente combativo (y solitario) estuvo en esto el periodista tras el pseudónimo Erasmo, manifestando ser víctima de “[o]perativos policíacos para espiar”, difamación por parte de “propagandistas en pesebre de oro”, “teléfonos pinchados, extraños accidentes”, que mantenían a la prensa “amordazada” (M24504, M17502, M22512)²⁸.

En segundo lugar, hay críticas concretas al contenido de sus informaciones, por prestar excesiva atención al 15M (M24501) o por centrarse en exceso en el PP y el PSOE, ignorando a IU (M19513, P19512) y partiendo “el país en dos” (EP19519), o por ignorar “a los jóvenes” (M19518). El 15M, a este respecto, reclamaba el “acceso popular a los medios de comunicación, que deberán ser éticos y veraces” (Anexo 3). Tal era la preocupación que el indignado “Julio, pensionista”, no quería “dar su edad porque «los medios lo manipulan todo»” (M18510). En tercer y último lugar, encontramos un alegato de Pedro J. Ramírez frente al peligro de perder la prensa, pues es “necesari[a] para que

²⁷ Banco de datos del CIS. Estudio 2966. Democracia es, para el 37.5%, “el derecho a decir lo que uno/a piensa”.

²⁸ Algo que años después vendría a complementar el exdirector de *El Mundo*, David Jiménez (2019), relatando las formas en que políticos y empresarios infiltran y presionan a los medios.

una sociedad democrática lo siga siendo”. Cada periódico representaría una “«[...] propuesta política, ideológica, ética y estética»”, señaló. “«[...] No basta la información de las webs, que son como ríos. El periódico es un espacio de reflexión»” (M17511).

Pero el patrón que más destaca en este apartado es la desidia y hartazgo que generó la campaña electoral. Desde las más diversas posiciones ideológicas se considera “inane” (ABC18507), “indignante” (M20514), “pobre” (ABC21514), mediocre y aburrida (EP19508, M19525); un “espectáculo” (EP21512). Aparecen aquí además las ya analizadas críticas a los partidos por no hacer una campaña limpia desde el respeto al adversario, por el tono bronco cercano a la lógica de las “guerras” (M15507, véanse apartados 6.1, 6.2.6 y 6.2.7). La campaña “hubiera sido una magnífica ocasión para hacer pedagogía política” y propuestas sobre “asuntos cruciales” como son la corrupción o el déficit (EP16405, EP22507). Sin embargo, se lamenta que “los debates que preocupan a los ciudadanos apenas apare[ce]n en las campañas” (M16504): mientras el PP trataba de convertir “una consulta municipal y autonómica en una primera vuelta de las generales, el Partido Socialista” trataba de evitarlo sin éxito, impidiendo “cualquier confrontación entre programas” (EP23513).

Como vimos, para Michael J. Sandel “cierta vacuidad en el discurso público” no sería un rasgo específico de España, sino más generalizado, y de él se derivaría la “frustración” de los ciudadanos (M23515), ahora expresada en las calles. En lugar de estos debates fundamentales, nuestros conciudadanos denunciaban los “mensajes repetidos una y otra vez”, como decía Casimiro García-Abadillo (M19525); una campaña convertida en un “griterío de tópicos e insultos” (P19522) “estratégico y oportunista” (M19518), “ventajista, maniqueo y simplón” (ABC18507). “En lugar de hacer propuestas serias”, clamaban multitud de artículos de opinión, nos encontramos con “propaganda” (M18507), “marketing” (M20513, EP21512), “publicidad” (EP17505, M20517) “«el todo de la nada», «sustancias rotas», «paisajes que se olvidaron ser»” (M20517); “un juego de sombras chinescas donde la apariencia predomina sobre la realidad, la emoción sobre la razón, el símbolo sobre la pedagogía y la sorpresa permanente sobre el proyecto conocido trabajado” (EP24516). Cuando un entrevistador le definió la campaña como “pobre” a Esperanza Aguirre, ella lo negó, pero le daba la razón sin quererlo con su respuesta: “Yo no estoy de acuerdo [...]S]e enfrentan dos modelos: el socialista, que ha traído 5 millones

de parados, y el del Partido Popular, que consiguió que se crearan 5 millones de empleos” (ABC21514).

Además, “[l]os políticos, todos sin excepción, prometen hacer mañana si ganan las elecciones lo que no hacen hoy que están en el poder” y hacen promesas que “no podrán cumplir jamás” (M20517, P20509). Los “embustes”, “el engaño”, “la trampa” vienen de “dirigentes de distintas tendencias” (M15507, P19508, M21503). Por ello, el Catedrático Pere Vilanova les pedía “que rehabiliten el lenguaje, para que la distancia entre lo que piensan, dicen y hacen no sea visto como el Triángulo de las Bermudas” (P20515). Varios articulistas preveían además que estas incoherencias, que ya iba a sentir electoralmente el PSOE en las elecciones municipales y autonómicas (empeñado en negar primero la crisis y luego los recortes), podrían también tener “consecuencias” para el PP (centrado en denunciar dichos recortes) cuando tuviera que “decirle al país la verdadera situación”²⁹ (EP23510, M15507, P19520). Es decir, estaríamos ante movimientos, por encima de todo, cortoplacistas y que pondrían en riesgo toda confianza en las instituciones. De tierra quemada.

Y ello, si es que se hacían promesas concretas. Por un lado, algunos entendían que Mariano Rajoy había decidido guardar “silencio” sobre el debate de ideas para evitar “equivocarse”; “Cuando su partido gobierne hará lo que le dé la gana y la gente no tiene ningún derecho a saber lo que va a ocurrir”, protestaba Luis García Montero (P18512). Desde *El Mundo* también se criticaba que los políticos hicieran “ruedas de prensa sin preguntas”, o que no las contestaran (M17502, M20514, M20513, M20517). En tal contexto, varios artículos “agradece[n]” a los indignados que “hayan sido capaces de introducir en esta campaña la discusión política” (P20509, P18517).

Por otro lado, muchas veces los políticos reclamarían “el voto [...] para batir a un adversario” (EP23510), creando “enfrentamientos artificiales” (P20509) e instalándose en la “zafiedad” (P20509), la “desmesura y la irracionalidad” (EP23510). Esto para algunos sería inherente al “bipartidismo”: “una sociedad de insultos mutuos y una demagogia cotidiana irresistible” (P22501). Tanto es así que “no es que sea fácil” “descalificar a los políticos”; “es que nos dan la tarea hecha: basta con reproducir lo que están diciendo estos días unos sobre otros” (EP18514). En resumen: “El telón sigue subiendo y bajando, y no

²⁹ Soraya Saénz de Santamaría, por ejemplo, clamó contra el ajuste por “injusto y antisocial” (P17501).

para el desfile de cómicos” (P19521), expertos en “disimular” (M20513, EP23510), sin más “proyecto” que el poder (EP17505, EP24516). Por eso, “[v]en la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo” (M20517, EP22507, EP21508). Todo ello, en fin, pese a saberse obligados a realizar una política económica convergente.

Un aspecto vinculado con la calidad del debate es la petición de “una total transparencia política” para combatir la corrupción, en palabras del acuerdo de mínimos del 25 de mayo (anexo 4). Así, un indignado exigía en una carta al director el “respeto, transparencia y la participación que nos pertenece en nuestra deseada democracia real” (P24509). También Félix Madero lo destacó como reivindicación del 15M (ABC23503). Sin embargo, si es por número de citas, UPyD fue el principal abanderado de esta cuestión. Tanto este partido como el PSOE presumían de incluir en su programa “desde 2007 las demandas de regeneración democrática del movimiento 15-M”, como la “transparencia en la gestión” (M19507). “Eso es la regeneración democrática [decía Rosa Díez]: más transparencia” (M20511, EP24507).

Se señaló además que los debates electorales en EE. UU. “sirven para contraponer ideas y comprobar la capacidad del contrincante”, para “ver el alcance de su capacidad política e intelectual”, y representan allí “«[...]la parte más democrática de una campaña»”. Sin embargo, en España, se lamentaba, estarían “muy encorsetados” (EP14514). De igual modo, se entiende que “la vida parlamentaria –el corazón y alma de la democracia– es una mera comedia política. Nadie va al Congreso a convencer ni a dejarse convencer de nada. Las decisiones son tomadas de antemano a puerta cerrada. Los amargos debates que tienen allí lugar son meros ejercicios teatrales” (M19512). En esta línea, Carmen Iglesias recordaba “la buena costumbre” de la “democracia griega” de prohibir “votar en la Asamblea si no se ha presente en ella desde el principio; nada de entrar a última hora y mirar el gesto del jefe de filas para saber a qué atenerse” (M19523). Se retomaba así la crítica a la racionalización del parlamentarismo, de larga historia.

Algunos de los datos que arrojan las encuestas de 2011, y que podrían parecer contradictorios a primera vista, se entienden mucho mejor dadas estas críticas. Los españoles entendían que los políticos pecaban de una alta división: un 7.90 de media (siendo 0 nada divididos y 10 completamente divididos). Pese a todo, su incapacidad para

alcanzar acuerdo no sería catastrófica, aunque sí estaría por debajo del 5 (4.48)³⁰. Al fin y al cabo, el 73,3% de los encuestados entendía en el barómetro de noviembre de 2010 del CIS que “los partidos políticos se critican mucho entre sí, pero en realidad son todos iguales”³¹. Los encuestados estaban destacando así la existencia de un enfrentamiento vacío y una falta de consenso, no tanto entre los partidos sino, sobre todo, entre la ciudadanía y los partidos.

En cualquier caso, como se ve por las citas que he traído a colación, la deliberación importaba más a los periodistas que al resto de ciudadanos. De hecho, un 94,7% de los encuestados creían en 2011 que “los/as políticos/as harían algo más útil para el país si dejaran de hablar y empezaran a tomar decisiones sobre los temas importantes”³². Quizás estas respuestas, eso sí, se apoyen en la creencia de que las soluciones son “obvias”, de “sentido común”, y que los intereses partidistas sólo prolongan el debate: esto es, por una posición que puede calificarse de rousseauniana. Posición que no está dispuesta, eso sí, a aceptar el precio que Rousseau entendía preciso: una reducción del pluralismo.

f. Políticas económicas y crisis de la socialdemocracia como problemas para la democracia

Entre los temas que no se estarían debatiendo adecuadamente destaca la economía: “Nadie ha proporcionado una explicación rigurosa del proceso de gestación y desarrollo de la burbuja del ladrillo, de donde extraer las necesarias responsabilidades antes y después de 2004. Nadie explica que el rigor presupuestario es una cosa y otra acudir al único remedio de incrementar la desigualdad” (EP21508). Pasemos ahora a ver cómo estas críticas a la gestión económica se convierten, por esta y otras vías, en críticas a la democracia.

Agrupé en un solo nodo todas las problematizaciones de índole económica realizadas a partir de la idea de democracia, lo que nos permite conocer que estas críticas surgen en un total de 102 artículos y que aparecen especialmente en las páginas de *Público*, donde se acumulan casi la mitad de esos artículos (48) y, en mucha menor medida, en *El Mundo* (21), *El País* (20) y *ABC* (13). Vemos así un marcado carácter ideológico de la cuestión.

³⁰ Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

³¹ Banco de datos del CIS. Estudio 2853. 32,2 muy de acuerdo, 41,1 de acuerdo.

³² Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

Además, como se mencionó más arriba, en la mitad de los artículos (51) las críticas democráticas a cuestiones económicas se superponen con las críticas contra los políticos.

Muchas de estas relaciones, debe matizarse, son relativamente circunstanciales: han sido codificadas como problematizaciones a partir de la idea de democracia porque definen las reivindicaciones de “Democracia Real Ya” o porque explican las causas de esta reivindicación. Por ejemplo, los principales partidos políticos, al ser preguntados por el origen del 15M, destacaban el alto paro (M19507). Muchos opinadores (P19525; EP19505; M16502; ABC17501) compartían el análisis. Y los lemas del 15M contenían una fuerte carga económica: “Esta crisis no la pagamos” (M16501); “«Esto no es una crisis, es una estafa»” (EP16501); “Futuro de mierda, trabajo precario” (M16501); “«Quiero trabajar, no emigrar»” (M20504); “«Violencia es cobrar 600 euros»” (ABC17509). Todos, conectados con lo que una democracia real sería.

Huelga repetir que las críticas al “sistema económico” también eran profusas en el manifiesto Democracia Real Ya (anexo 1). Además, en el consenso del 20 de mayo (anexo 3), nos encontramos con que 5 de las 16 medidas tienen carácter económico: reforma fiscal, nacionalizaciones bancarias, controles y poder del FMI y del BCE, condiciones laborales, recuperación de empresas públicas privatizadas o “derechos básicos” como la vivienda o la sanidad. Nótese que tanto en las críticas que hace Democracia Real Ya en su manifiesto al “sistema económico” como entre las propuestas del día 20 (anexo 3), el énfasis está en el “derecho al consumo” o el enriquecimiento de unos pocos, así como de la “acumulación de dinero” (anexo 1). No se expresaba por tanto un rechazo frontal al capitalismo como modo de producción basado en la acumulación de los medios de producción, la alienación y la plusvalía, sino fundamentalmente a su versión financiera, exigiendo la vuelta a un escenario de economía mixta.

La economía también es uno de los aspectos fundamentales de una obra que inspiró y dio nombre a los participantes de este movimiento: *¡Indignaos!: Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, prologado por el economista José Luis Sampedro y escrito por Stéphane Hessel, quien pedía no “claudicar ni dejarse impresionar por la dictadura actual de los mercados financieros que amenaza la paz y la democracia”, pues serían “los cimientos de las conquistas sociales de la Resistencia [contra el nazismo] lo que hoy se pone en tela de juicio” (Hessel, 2011: 26). Muchos indignados veían, como Hessel, estas reivindicaciones como parte de un todo: de “la democracia real”. Esta

asociación ocurre fundamentalmente mediante su descripción como “derechos” –esto es, como obligaciones que todo estado que pretenda ser democrático debe cumplir–: “sin derechos sociales no hay democracia”, leemos decir a Emmanuel Rodríguez, sin más aclaración al respecto (P20524). Así, se reclamaba que los “poderes públicos respeten derechos básicos como la vivienda, el trabajo, la cultura, la salud, la educación, la participación política, el libre desarrollo personal y derecho al consumo de los bienes necesarios para una vida sana y feliz” (M16501; EP16501). Para señalar la distancia entre el sistema y sus propios valores, recurriendo al significado cultural de democracia, cargado de experiencia, se traía a colación “el artículo 1º de nuestra Constitución”, que proclama “el Estado social y democrático de derecho” (P15507, P16507)³³.

Sin embargo, varios actores, como por ejemplo el Partido Popular o Manuel Hidalgo, diferenciaban radicalmente entre a) aquellas reivindicaciones propias de una “perspectiva democrática genuina, rica y sana no intervenida por los espúreos [sic] intereses de la partidocracia” y b) una defensa del Estado del Bienestar, “más propia del corpus ideológico de la izquierda” (M19518, M19507). En la mayoría de citas de los indignados parece también diferenciarse ambas cuestiones, aunque conectándolas indirectamente. Con esto quiero decir que en la gran mayoría de las ocasiones los recortes o los rescates a las instituciones financieras no se consideran en sí antidemocráticas, sino, sencillamente, un síntoma de que *los políticos* no persiguen el “interés general” (EP19505, entre muchos). Como vimos, los políticos “obedecen los dictados de una minoría privilegiada” representada por “banqueros rescatados”, “constructores que se enriquecieron especulando”, “los directivos y los grandes accionistas que se reparten más y más dividendos”, “quienes aprobaron una reforma laboral que nos exige sacrificios para sus ganancias”, “los mercados, eufemismo de los grandes ganadores de la crisis, con nombres y apellidos, con empresas en el IBEX 35”, “las agencias de rating, lobos cuidando de rebaños” o el “FMI”, “el BCE, la UE, la OTAN” (P16512, P19507).

Esto debe hacernos replantearnos en qué sentido el 23,7% de los encuestados en 2009 entendían que la característica “esencial” de una democracia era “una economía que asegure un ingreso digno a todos”, pues bien podría ser que tal elemento no fuera considerado en sí parte de la “esencia” de la democracia. En su lugar, podrían entender que una mayor igualdad sería el resultado esperable de un proceso sujeto a la voluntad y/o

³³ Mi énfasis.

el interés de la mayoría, que la constituyen siempre los más desfavorecidos. En este sentido, se convertiría para éstos en *la prueba del algodón* de la democracia.

Además, como decía el manifiesto de DRY, la acumulación se habría puesto “por encima de la eficacia y del bienestar” (anexo 1); es “ineficiente e injusto”, además de ecológicamente insostenible (P21511). José Luis de Zárraga, en esta línea, pedía “liberar a la sociedad de poderes [...] económicos no democráticos”. Es el “nos han vendido” (M19508), contra “un presidente que incumple sus promesas electorales y aplica medidas que sólo sirven para empobrecer a la ciudadanía y aumentar en un 20% las ganancias del Ibex 35” (P20509) “porque Alemania y EEUU se lo exigieron” (P21519). Así, se critica también que las decisiones se tomen “por instituciones que están muy alejadas del control de los ciudadanos, como si la economía fuese algo meramente técnico y la política no importase” (EP21511).

Siendo una cuestión de voluntad, lo que se pide es “«[...]lo mismo que se ha hecho en Islandia. Los culpables deben pagar por ello»”, decían desde Attac (P21519). El pequeño país se convertía así en el modelo, pues allí “lo consiguieron a base de aporrear cacerolas” (P21515); “la población ha rechazado ya dos veces en referéndum pagar por la quiebra de sus bancos” (P16511, P16513). Lo que habría que hacer, según Saskia Sassen, era un referéndum y “no pagar”; “¿por qué tendrían que asumir los ciudadanos las pérdidas de los bancos?” (P17516). La política no parecía estar respondiendo esta pregunta; o, al menos, no con la suficiente capacidad de persuasión.

Al mismo tiempo, sin embargo, algunas voces alertan de una reducción en la capacidad de la política para decidir sobre cuestiones económicas: “la especulación financiera [...] ha expulsado de la economía la experiencia democrática”, lamentaba Luis G. Montero (P17508). El mismo Gran Wyoming, en esta línea, entendía que en la base del movimiento 15M estaba la “pérdida de soberanía” (P21523). Jesús Maraña lo resumía en la expresión “impotencia política” (P22516). “Si la globalización ya lo había dejado bastante claro, con la crisis económica se ha confirmado que las grandes decisiones que determinan nuestras vidas se toman al margen de las instituciones elegidas”, opinaba Juan Carlos Escudier (P18516). Algo parecido admitía Antonio Elorza (EP21508), y también Sánchez Cuenca.

Este último entendía que “da igual qué partido esté en el gobierno, socialdemócrata o conservador. No es una cuestión de «clase política»”. No es que quieran hacer lo mismo

o que se hayan vendido, sino que, “en lugar de reformar el sistema de gobierno del euro se obliga a los países de la Unión Monetaria a llevar a cabo planes de ajuste y reformas liberales que perjudican a grandes capas de la sociedad”. Dado el diseño del Euro, sus instituciones y su gobierno, existirían unas limitaciones que todo partido tendría que aceptar: “no hay margen para hacer otra política que no consista en planes de ajuste destinados a frenar los ataques especulativos contra la deuda pública nacional, ataques que por lo demás son incentivados por el diseño institucional del euro. Es imposible imaginar ahora en España que un partido llegara al poder y pudiera hacer una política económica y social muy distinta, dadas las restricciones a las que se enfrentaría” (P20516).

Si los ciudadanos no desearan que la política se inmiscuyese en la economía, ciertamente no aparecería esta impotencia como un problema para la democracia. Sin embargo, sabemos por las encuestas que los españoles, de media, en 2011 no querían “que la economía funcione libremente sin que el Estado la regule” (3,75 sobre 10). El 39,9% elegía las posiciones más extremas a favor de la regulación (0,1,2,3), mientras que un 29,6% se situaba en las posiciones medias (4,5,6). Por tanto, las posiciones más firmes contra la regulación (7,8,9,10) sólo satisfacían a un 13,9%³⁴. De hecho, según la encuesta del Pew Review Center, en 2012 sólo el 47% de los ciudadanos consideraban deseable mantener una economía de mercado aunque esta genere desigualdad, lo que supone un descenso de 20 puntos en 5 años (Sánchez-Cuenca, 2014: 137). Se abrió así un cisma entre a) la voluntad de los ciudadanos y b) la situación de desregulación que llevó a la crisis, la incapacidad para aumentar la regulación en el momento analizado y las pobres perspectivas de mayor poder estatal en el futuro.

“Los felices rescatados por las arcas públicas, los que no advirtieron la que se nos venía encima con sus prácticas intolerables”, escribía Felipe González unos meses antes del 15M, “están crecidos”, y exigen que les dejen “a su aire, que hagamos lo que queramos”; “ocúpense de reducir sus deudas y controlen sus equilibrios presupuestarios”, estarían diciendo. Si no, “no habrá créditos para la economía productiva”³⁵.

³⁴ Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

³⁵ “Davos y la política”, publicado en *El País* el 4 de febrero de 2011. Disponible en: https://elpais.com/diario/2011/02/04/opinion/1296774005_850215.html (última consulta: mayo de 2019).

Frente a este empuje de “los mercados”, la socialdemocracia habría “ido evaporándose”, dejando así “la democracia a secas [...] en los sarmientos de lo que fue”, según Vicente Verdú (EP21514). El PSOE “ha fracasado”; ha “impulsado las reformas de signo neoliberal” dejándonos sin alternativas, lamentaban Irene Lozano (EP24512) o David Serrano (EP19508). Por ello el 15M, en opinión de Lozano, no sería para nada radical; sólo reclamaría “el ideario socialdemócrata”; esto es, que “el problema no es individual”; que “la política debe definir el marco jurídico, social y económico en que se desenvuelve la actividad del mercado y no a la inversa” e “impartir algo de justicia en las relaciones económicas” (EP24512).

La detención de la esperanza socialdemócrata Dominique Strauss Kahn animaba aún más los comentarios sobre la crisis de la socialdemocracia. Al fin y al cabo, desde el FMI habría “conseguido imponer los planes de ajuste en Letonia, Hungría, Grecia, Irlanda, Portugal y de manera voluntaria y preventiva en España” (P16501). Ello, por no hablar del “sillón de avión en primera” y la “suite de lujo” a “3000 dólares la noche” (P16514, P17512).

g. La falta de participación y autogobierno como problema para la democracia

La falta de participación aparece en 70 artículos como un problema para la democracia. En 29 de ellos aparece relacionado con el comportamiento de los políticos; en 16 más, con los problemas económicos. La primera vinculación se entiende claramente si leemos el manifiesto de Democracia Real Ya (DRY), donde se explica que la “clase política” debería tener como función “llevar nuestra voz a las instituciones, facilitando la participación política ciudadana mediante cauces directos” (anexo 1; M18507). La segunda, porque ante la “impotencia democrática” (Sánchez-Cuenca, 2014), “salir a la calle”, decían desde Juventud sin Futuro, “es una forma legítima de [...] dar el primer paso para construir una alternativa” (P16512). Esta alternativa establecería como garantía una “mayor participación ciudadana en los asuntos públicos” (P20524), también “en la orientación de su economía” (P21511), “única manera de blindar los derechos de los ciudadanos” (M22511 EP24513, P20524, P21511). Coincidían así medio y fin, en una formulación de la participación que en principio aparece como defensa frente al abuso, más que como forma de autorrealización.

El planteamiento de los organizadores era “«despertar de forma simultánea y masiva la indignación de la gente»” (ABC16514); se trataba de “que nos demos cuenta de que un pueblo movilizad, consciente y autodeterminado es capaz de bajar Gobiernos y de cambiar las cosas” (EP18509). La movilización social, entendida como “salir a la calle”, se convierte ahora en el mito clave, en los términos de Sorel ([1908] 2016: 203 y ss) arriba vistos: “«[...] cuando el pueblo se une y pide algo, lo consigue»” (M18510). Como los partidos no actuarán contras sus intereses *motu proprio*, sólo queda “[o]cupar el espacio público y reivindicarlo hasta que cambien las cosas” (P20520).

“[H]artos de no pintar nada en las decisiones que les conciernen, piden los cambios necesarios para que las decisiones políticas sean realmente expresión de la voluntad popular” (P20520), pues el sistema democrático español no sería sino un “conjunto de prácticas electorales inocuas, donde los ciudadanos tienen una participación nula” (P19519; anexo 2). Así, en el consenso del 20 de mayo de la Acampada Sol se reclamaba una democracia “participativa y directa en la que la ciudadanía tome parte activa” (anexo 3). Además, el manifiesto DRY nos habla de “la participación política” como derecho básico, anunciando, aquí sí, una valoración intrínseca de la participación, que además pronto aumentaría con el gozo participativo de aquellos días.

Una mayor “participación ciudadana” llegaba a definir un tipo alternativo de democracia: “una democracia participativa” (P24513, ABC20512). Los partidos, además, se sumaban a las demandas. UPyD decía ya incluir en su programa una mayor “participación ciudadana” y desde PNV estimaban que “[o]tras formas de participación política que completen las actuales son cuestiones de necesaria e inmediata aplicación y puesta en marcha” (M19507). Elena Valenciano, del PSOE, admitía por su parte que “«el sistema democrático es muy mejorable» en participación y comunicación entre ciudadanos y política” (P19509).

Como se ve, estas referencias a la participación no suelen concretarse. La participación además funciona con dos significados. Por un lado, sirve para designar a la “participación electoral”, a la que llamaban insistentemente todos los medios y partidos. “[H]ay que participar”, insistía Jaime Mayor Oreja llamando a votar (M17505). También algunos indignados coincidían en que “«[e]l derecho a voto es de las pocas formas que tenemos de participar en democracia a día de hoy»” (ABC23516). En otras ocasiones, sin embargo, la participación aparece como un suplemento que sería deseable añadir a la

representación (y, por tanto, diferenciable de la elección): así, Juan Antonio Sagardoy citaba a “Kelsen y Bobbio” para proponer la introducción de “instrumentos de participación en los sistemas representativos” (ABC20501).

Ciertamente, el 15M demanda formas de participación más allá del voto, pero en su discurso la palabra “participación” raramente lo excluye: “Lo que se pide es reanimar la democracia; algo más que votar cada cuatro años” (EP19505, P22518). Las reacciones de Esperanza Aguirre o Artur Mas ante el 15M, además, hacían pensar a Luis García Montero que aquéllos deseaban una “democracia sin gente” (P18512).

Así, la misma existencia del movimiento significaría su éxito, pues habría “liquidado el concepto de ciudadanía pasiva, ésa que con la baya del voto hiberna cuatro años” (M21503); “«Esto es el fin del borreguismo»”, decía una estudiante indignada, de nuevo afirmando como hecho su más profundo deseo (EP19502). Josep Ramoneda expresaba un sentimiento muy extendido: “Por fin, después de tres años de crisis, han emergido las primeras expresiones de indignación en la sociedad española” (EP19505). “Ya era hora” (M16501, EP18506). La pasividad, ahora ya superada, se suele achacar al “miedo”, como estamos viendo (P20524, P21515).

Efectivamente, muchos lamentaban las actitudes pasivas de los ciudadanos: “«tu pasividad es su complejidad»”, se leía en un cartel de Sol (ABC17509). Claro, “tenemos que dedicarle tiempo”, reclamaba Félix Madero (ABC16504). En este sentido, Juan Luis Galiardo consideraba fundamental que las “plataformas” del 15M pervivieran para fiscalizar a los partidos (P21519); “es necesario volver a la calle y conquistar de nuevo la democracia con un sólido tejido social”, decía Luis García Montero (P17508). Esto no siempre parece fácil. Como decía un lector, “no tenemos tiempo, ni ganas, ni un enemigo visible a abatir” (EP23516, recuperando con ello el valor del agonismo). No sorprende de hecho que una ciudadana, al ser convocada a una mesa electoral, se preguntara en una carta al director “si no sería más apropiado que convocasen a personas que estén en el paro” (M17507).

Una de las quejas por la falta de interés en participar resulta especialmente enriquecedora. Aparece en una entrevista al “alcalde de la democracia más pura”. Se trata de Aracaldo que, desde 1995, es “la máxima expresión de la democracia”:

Los vecinos podían acudir a los plenos para votar cuantos temas se trataban, mientras que su alcalde y único miembro de la corporación, Víctor Egia (PNV), asumía la decisión popular. Sólo se imponía su voto particular en caso de empate entre los ciudadanos. Este sistema democrático en su esencia más pura, conocido como concejo municipal, ha estado vigente en Arakaldo las últimas cuatro legislaturas por una razón: no alcanzaba los cien habitantes.

Este pequeño paraíso democrático, sin embargo, había superado ahora esa cifra de habitantes, llegando a su fin. El alcalde, para sorpresa del periodista, se mostraba “encantado con la próxima llegada de nuevos ediles”:

«Convocaba los plenos, pero al final tampoco acudían todos los vecinos, sino quienes podían estar interesados en los temas. Una vez, después de varios meses trabajando en un proyecto, tres vecinos, los únicos que fueron al pleno porque les afectaba, me lo echaron abajo. Si hubieran estado todos los vecinos para votar... El concejo municipal puede entenderse como la democracia perfecta, pero también tiene sus imperfecciones» (P16505).

Podemos clasificar las formas de participación anheladas según estén vinculadas o no con las elecciones. En el primer grupo, amén de las consabidas críticas a los ciudadanos por votar a “presuntos corruptos” (P19512), están las críticas a los “indiferentes” (EP19519) pues, si “la ciudadanía se vuelve más severa y se informa mejor”, explicaba Sánchez-Cuenca, como “los políticos reaccionan sobre todo a los incentivos que tienen”, “esta misma clase política [...] se volvería algo más «virtuosa»” (P20516). Según Fernando Trueba, deberíamos “entender que no somos meros espectadores que aguardan ser complacidos” (EP20514); deberíamos, en este sentido, “convertirnos en constantes vigías del juego democrático. Interactuar sin delegar completamente nuestra responsabilidad en ningún partido” (P15506). Son formulaciones que se corresponden con el avance de la contrademocracia descrita por Rosanvallon (2007: 27): “la democracia de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social, la democracia [...] de la desconfianza organizada frente a la democracia de la legitimidad electoral”.

Resulta en todo caso llamativo que la única llamada explícita a participar en los partidos que aparece en torno a la raíz “dem?cr” en los días analizados consista en una comprometida carta al director del lector Antonio Calvete:

todos los que salen a la calle porque piensan que el sistema está podrido y que los partidos no les representan deben votar masivamente a los partidos de izquierda y, además, afiliarse a ellos para, una vez dentro, provocar el cambio que reclaman [...]. Algunos lo hemos intentado pensando que desde dentro es como se puede provocar el cambio; pero, evidentemente, no se consigue en plan Quijote. Sigo convencido de que es desde dentro como puede conseguirse, pero solo si somos multitud. Y que la indignación se convierta en acción transformadora (EP19510).

Se confirma así que, como señalaba Sandel, los partidos “«[...]no han sido capaces de movilizar el activismo que existe en unos jóvenes que no son sólo hedonistas y materialistas»” (M23515). En el periodo analizado, desde luego, no se ha encontrado siquiera un llamamiento a afiliarse por parte de las fuerzas políticas.

En el segundo grupo encontramos la petición de “cauces reales para una participación efectiva de los ciudadanos en las decisiones públicas” (P21511), de “fórmulas de democracia participativa” (EP21505); “«[...]no hay formas de democracia directa [...]»”, decía Álvarez Junco al analizar el descontento. Al fin y al cabo, “«[l]a democracia participativa es posible, se demostró en Porto Alegre»”, añadía el actor Jordi Dauder (P21519). Para Jon Aguirre, esto era especialmente posible “en el terreno municipal”; por ejemplo, con “presupuestos participativos, referendos consultivos” (EP19504, M19518, entre muchos otros). También se reclamaba espacio para las “iniciativas populares”, que “no debería[n] poder ser desoída[s]” (M19512, ABC20501, P24506).

Además, Ignacio Urquizu situaba la crítica a la falta de autogobierno en su dimensión generacional, pues una “generación, según Jefferson, no puede imponer a las siguientes las reglas del juego democrático [...]. Contando los que no habíamos nacido en 1978 y los que entonces eran menores de edad, el 70% de los españoles de hoy está sujeto a unas reglas de juego que no ha votado” (EP21511).

Entre los riesgos para la participación, la prensa menciona tres: primero, las intenciones de limitar la autonomía de la acusación popular en procedimientos penales, entregando el “monopolio acusatorio” a la fiscalía (ABC15501). Segundo, la decisión de la Junta Electoral para “vetar las manifestaciones del movimiento 15-M” (M21509). Tercero, las relaciones en internet; no sólo porque los políticos eligen modos de relación

que “«[n]o son interactivos. No hay participación democrática[...]”, según un experto en redes (M19524). También porque:

Twitter es precisamente la explotación del sentimiento de pertenencia a una comunidad esencialmente democrática e igualitaria en la que cada uno vale lo mismo que los demás y puede decir lo que quiera, sin las limitaciones de los medios de comunicación de masas. Pero esa euforia del igualitarismo y la identidad con el grupo se degrada por la propia banalidad de los mensajes e incluso por su nula fiabilidad [...]. Queda, eso sí, la ilusión de la participación, de los vínculos con una comunidad de almas afines, pero se trata de un espejismo [...]. Las redes son un sucedáneo onanista [...] (M18505).

Algunos datos sobre participación

“[L]os expertos consultados”, decía *Público*, “celebran que parte de la sociedad haya salido del letargo habitual”; un letargo reflejado en que “sólo un 3,2% de los ciudadanos militaba en un partido en abril de 2008 y un 9,7% decía estar afiliado a un sindicato, según el CIS” (P17504). Efectivamente, “España presenta unos niveles comparativamente reducidos de participación”, aunque creciente (Torcal et al., 2006: 75). La principal excepción, sin embargo, es la participación en protestas (Torcal et al., 2006: 66; González Salcedo, 2011: 17; Llera Ramo, 2016b: 17-18): si en 2008 ya éramos líderes europeos en ciudadanos que declaraban participar en manifestaciones con un 15,9%, en 2012 la cifra aumentaba hasta el 25,8%. También nos situamos en cabeza en la recogida de firmas para peticiones, que casi se duplicó durante la crisis.

Al haber centrado esta subsección en los problemas de la democracia relacionados con la participación, uno podría llevarse la sensación de que todos los ciudadanos deseaban mayores cauces de intervención directa. Como vimos en el apartado 3.1.7, en enero/febrero de 2011 el CIS preguntó a los ciudadanos si creían que ellos deberían “tomar directamente todas las decisiones” (0) o si las deberían tomar “los/as políticos/as”. La media de las respuestas se situó en el 4,45, con un 46% eligiendo posiciones intermedias (4,5,6), un 30,7% en posiciones directistas (0,1,2,3) y un 17,8% en posiciones delegativas (7,8,9,10). También se preguntó cuál era el proceso político percibido en España y el 55,1% respondió que los políticos toman todas las decisiones en exclusiva o casi en exclusiva (posiciones 9,10). El desfase al respecto, por tanto, era evidente.

Sin embargo, estos datos contrastan con que un 62,8% de los ciudadanos estuviera de acuerdo o muy de acuerdo con la afirmación “nuestra vida política funcionaría mejor si fueran personas expertas independientes quienes tomaran las decisiones y no los/as políticos/as o la gente”³⁶. Existiría por tanto una fuerte tentación tecnocrática. Además, el deseo de participación no se distribuye igual entre todos los ciudadanos, sino que son:

los más jóvenes (18-34), los abstencionistas o quienes viven en ciudades pequeñas-intermedias (50.000-100.000) quienes más apuesten por fórmulas más participativas, frente a grupos muy diversos que son quienes menos entusiastas se muestran ante estas fórmulas (las personas de mayor nivel económico, junto a los mayores o a las personas sin estudios). De hecho, la educación es probablemente la variable más importante pues también aparece claramente asociada –en negativo– al apoyo a la democracia sigilosa, con los universitarios (junto a las personas de izquierdas, los votantes de IU o quienes viven en grandes ciudades) como los sectores sociales que menos apoyan esta fórmula, que alcanza sus máximos niveles de entusiasmo entre las personas con menores niveles de estudios (Font et al., 2012: 19).

h. Concepciones y usos de la democracia como problema para la democracia

La propia concepción de la democracia aparece como democráticamente problemática en 108 artículos distintos. Encontramos en este nodo algunas cuestiones ya vistas, como las críticas al uso de “democracia” en el enfrentamiento partidista (apartado 6.1) y los principales lemas del 15M (7.1.1). Estaríamos ante “el invierno de una palabra, democracia, que se está quedando hueca por dentro. Sometida al control mediático y político de los poderes financieros, la semántica real de su vocabulario le ha sido arrebatada a la sociedad. Las formas democráticas se alejan de la soberanía civil”, resumía García Montero (P21509). El poeta instaba en otra columna a “recordar la dimensión social de la palabra libertad”, vinculada al “desarrollo justo de las posibilidades individuales”, frente a la noción defendida por Esperanza Aguirre, propia del “neoliberalismo desatado”: “sálvese quien pueda en la ley del más fuerte” (P16504). Planteaba así el poeta indirectamente la cuestión de la dimensión social de la democracia.

³⁶ Banco de datos del CIS. Estudio 2860.

El nodo recoge además una cuestión muy habitual y que veremos en el siguiente apartado: las críticas al uso de la democracia que hacía el 15M. Debe tenerse en cuenta que este nodo coincide en 46 artículos con dichas críticas contra el 15M, lo que explica en gran parte su gran presencia en *ABC* (30 piezas, 21 de ellas contra el 15M). Le supera *Público* (33) y es seguido por *El Mundo* (28) y, a distancia, por *El País* (17).

Por lo demás, aquí encontramos también otras críticas a usos inadecuados e interesados de la idea de democracia; por ejemplo, Bashar al-Ásad y su mujer se “presentaban como gente occidentalizada, como demócratas, cuando no lo son” (M20519). También Fernando Aramburu denunciaba usos ilegítimos de la palabra en País Vasco: “«Yo veo caras que ahora dan lecciones de democracia y hace unos años postulaban la socialización del sufrimiento»” (EP21507). La sospecha por los usos inadecuados de “democracia”, como es normal dado su gran poder legitimador, estaba ampliamente extendida.

i. Los problemas de representación y la representación como problema para la democracia

En un mismo nodo se recogieron los pasajes en los que se menciona explícitamente la palabra representación y sus derivadas al servicio de problematizaciones de la idea de democracia. Encontramos el nodo en 55 artículos, principalmente en coincidencia con aquél dedicado a los partidos como problema (24), al sistema electoral (21) y a los políticos (19). Por otro lado, resulta llamativo que los cuatro periódicos den un similar espacio a este problema, especialmente en el caso de *ABC* (23 artículos), siendo *El País* el que menos (17 artículos). Ello se explica por la importancia del lema “No nos representan”, pero también por la opinión de algunos discrepantes con el 15M, que coinciden con los indignados en este punto (por ejemplo, ABC18507). De hecho, si miramos las encuestas, nos encontramos con que para un 73,9% de los encuestados por Metroscopia en febrero de 2013 el Congreso de los Diputados no representaba a la mayoría de españoles (Urquizu, 2016: 41). Por tanto, era un problema con mucho eco y considerablemente transversal.

Como se mencionó al inicio de este subapartado, la representación es uno de los temas más distintivos del discurso de los indignados. Aunque no aparece explícitamente en el manifiesto *Democracia Real Ya* (anexo 1), sí lo encontramos en el manifiesto del 18 de

mayo (anexo 2), donde se declaran “CABREADOS con su falta de representación”, que vinculan a las cuestiones económicas. Ocupa además el primer punto del consenso de mínimos del 25 de mayo (anexo 4), donde se reclamaba una “[r]eforma electoral encaminada a una democracia más representativa y de proporcionalidad real y con el objetivo adicional de desarrollar mecanismos efectivos de participación ciudadana”. Nótese, por tanto, que el problema que expresan estos manifiestos no es la representación en sí, sino “la calidad de [los] mecanismos de representación”, que serían “manifiestamente mejorables” (ABC18507).

Hay otras dos cuestiones fundamentales a mencionar en este subapartado. La primera se trata de que la representación aparece reiterada y explícitamente conectada con la mayoría de los otros problemas de la democracia: no les representan los políticos (EP21509, M19507, EP15505, M21516, M19512). ni los grandes partidos (P19506, P22509). El sistema electoral impediría una “representación justa” (P20509, P20519) porque no es “auténticamente representativo y proporcional” (ABC20513). Además, “el eterno tema pendiente de las listas abiertas ayudaría mucho a la pureza de la representación” (ABC20501), pues hoy tenemos una “[m]ala representación política” (M17506), caracterizada por que la “voluntad ciudadana” habría “quedado completamente desdibujada por los políticos” (P22511): dadas las discrepancias entre las encuestas y las decisiones parlamentarias, decían desde IU, el “Parlamento no representa la soberanía popular. (Más tarde matizó que no representa «toda» la soberanía.)” (EP17501, P17507).

El origen de este problema de representación también se atribuye a “la actual forma de hacer política, esa mezcla explosiva de todo vale, voto del miedo y disimulo” (EP23510). Además, Manuel Hidalgo planteaba que el problema de representación de “un amplio sector de jóvenes” no sólo incumbía a los “presuntos representantes democráticos” y a la “falta de identificación con los partidos políticos hegemónicos”; el problema era, sobre todo, que un joven “no se siente representado en el sentido de que no se ve ni se reconoce en el lienzo, en las pantallas, en los papeles y en el escenario del discurso público sobre la realidad y sobre ellos mismos”; que “no existen, son invisibles”. Los responsables serían los medios, que “ocultan, desdibujan y deconstruyen borrosamente a millones de jóvenes que están haciendo cosas y quieren hacer más y que quedan fuera” (M19518).

En todas estas citas vemos que la representación se plantea como un mecanismo democrático central. Esto ocurre incluso para reivindicar mayor participación. Esta es la segunda cuestión que debe destacarse en este apartado: participación y representación aparecen en la mayoría de las ocasiones como complementarias.

Siendo clara minoría las ocasiones en que la representación misma parece suponer un problema para la democracia, éstas también pueden encontrarse. Por ejemplo, desde el 15M Jon Aguirre reclamaba que no quieren “protagonistas” (ABC20513); lo que querían era “transformar los mecanismos representativos en mecanismos más participativos”, porque “esta democracia representativa les ha llenado las arcas a los bancos [...]”. Es la democracia de las personas contra la de los mercados” (P21519). Por ello no extraña que en algunos momentos se entendiera el 15M como “un cuestionamiento de la democracia representativa”, entendida como lo opuesto de la “democracia participativa” (P23507, P19507). El próximo subapartado precisamente deberá fijarse en estas propuestas de *otra* democracia.

7.1.3 El 15M y su propuesta de otra democracia

Los problemas vistos expresan fundamentalmente demandas o bien para que el sistema cumpla sus propios estándares normativos (por ejemplo, en las críticas a la corrupción o por la falta de proporcionalidad del sistema electoral) o bien para que cumpla estándares que ya cumplen otras democracias (por ejemplo, cuando se reclama un sistema electoral de listas abiertas o un referendo que frene el rescate bancario). A veces la propuesta es, sencillamente y en palabras de Fabio Gándara (DRY), mantener el 15M como movimiento social donde “pueda tener voz la sociedad civil” (EP17502), aunque entienden que sus ambiciosas “propuestas” “«son de sentido común»” y por ello debían cumplirse “en bloque” (ABC20513, P21519). Sin embargo, las posiciones de otros indignados son más radicales, llegando a ofrecerse la organización del movimiento mismo como alternativa democrática. Se ve así que la propia organización del movimiento podía leerse como forma de protesta, como complemento de la democracia representativa o como alternativa a ésta. Merece la pena recoger las propuestas más radicales en un subapartado propio.

Algunos de los allí concentrados se consideraban “este país y su futuro” (P24509). Por eso, “[...] Los partidos no nos representan, nuestra democracia está en Acampada

Sol», señalaban a través de la red Twitter” (ABC23516). Desde *El Mundo* entendían así proclamada “la República Independiente de Sol”: se habían “arrogado la representación del pueblo español”. Coherentemente, una de las portavoces descartaba negociar con “los políticos” o ir al Congreso: “¿Para qué? Ahora la soberanía reside aquí, en el pueblo»” (M20501).

Ángel Calle Collado, coordinador de la obra *Democracia Radical*, enmarcaba el 15M en una tradición de protesta que clasifica como “Nuevos Movimientos Sociales”, unas “nuevas aguas políticas” proclives “al trabajo desde la diversidad de identidades, reticulares en su organización, de fácil entrada y salida en sus acciones, construidas desde abajo, con una crítica global de la democracia formal y del socavamiento de derechos sociales”. “Gracias a internet”, decía, “en una semana son capaces de constituir sujetos políticos de cambios poco predecibles”. La Asamblea Sol se enmarcaría en una (sub)cultura, mantenida por ejemplo por los “centros sociales” autogestionados, que “reclama e investiga otras formas de democracia”, formas “«desde abajo»” y que “no admite[n] líderes ni estructuras verticalizadas”. Por ello entiende que las “demandas de democracias reales son ya democracias emergentes” (P23507).

Para entender en qué sentido se pensaba que la Acampada Sol era democrática conviene no perder de vista los problemas de la democracia arriba reseñados. Por ejemplo, frente a los políticos profesionales con intereses particulares, se reivindica “la rotación”, que “obedece a la misma organización de horizontalidad, es decir, lo que es la democracia real. No queremos que haya un foco” (ABC20513). Esto deriva en una “democracia asamblearia” (P19518), “el único [sistema de decisión] posible para que las cosas funcionen como deben” (ABC20513). Como ya se vio en el capítulo quinto, eliminados los intereses espurios y frente a la artificial confrontación de los políticos, de la discusión brotaría el “consenso”: los intereses comunes. Frente a la sordera de los políticos, estas asambleas serían abiertas, destacando “el puesto de propuestas”, donde –ridiculizaba ABC– “todo hijo de vecino podía acercarse a reclamar lo suyo” (ABC20512). Frente a la limitación que supone tener que elegir a un partido con un programa, encontramos el placer del diálogo sin limitaciones, pues “nuestros sueños no caben en sus urnas” (Ilustración 1). Frente a la falta de deliberación, la acampada se presentaba como un “foro de discusión” “para aclarar ideas” donde todo “el mundo es bien recibido, siempre que respete” las normas básicas del diálogo y donde las opiniones sufren “evolución”. “Esto

es algo que están construyendo entre todos” (P21519, P20506). Aparece aquí el aspecto más deliberativo del movimiento, propio del asamblearismo (Fernández-Llebrez, 2015: 355).

Ilustración 1: Detalle de foto con pancartas del 15M.



Fuente: ABC, 22 de mayo de 2011

Frente a la propaganda planificada en función de intereses, se destacaba que “las manifestaciones surgieron casi espontáneamente” (M18508): “Democracia es eso mismo que sucede en la Puerta del Sol. Exactamente eso: ciudadanos sin cita previa al *garbí* de la reclamación de un cambio” (M21503). Frente a los perversos partidos políticos, incluso en los críticos con el 15M como Gabriel Albiac, despertaba admiración “la capacidad de movilizar a cientos o a miles, sin estructura organizativa alguna, sin jerarquía, sin líderes, sin sindicatos, sin partidos, sin nada” (ABC18505). Así, se ensalzaba permanentemente que “«[a]quí no hay partidos políticos detrás, no queremos caras, queremos ideas»” (ABC22514). Ello llevaba a subrayar que, frente a las acusaciones de manipulación, “la convocatoria no estaba instrumentalizada por más intereses que los comunes” (M18518); serían fruto de una auténtica llamada moral. Por todo ello, la plataforma Democracia Real Ya les prestaba su apoyo, “porque «las reconoce como la expresión de la voz de la ciudadanía sin intermediarios»” (M23502).

Tanto UPyD como IU reflejarán ecos de esta forma de entender la democracia en su propio “modelo de mitin”, que se desarrollaba “en la vía pública y abierto a las preguntas de todos los ciudadanos” (M21516). Sin embargo, la verticalidad de los actos era evidente. Así, Cayo Lara aprovechaba el “ágora preelectoral” de Málaga para *explicar* que la democracia “nació en el ágora de Atenas, la plaza pública donde los ciudadanos se reunían para discutir sus leyes y tomar decisiones” (M19513). Efectivamente, el modelo de

democracia directa de la Atenas Clásica rondaba la imaginación, hablando los portavoces en la Acampada Sol de una “«Ciudad-Estado con vocación de permanencia [...]»” (M22506). “«Los valores que surgieron en Atenas como la democracia se están deshaciendo»”, lamentaba el indignado escritor Bernardo Atxaga (P21519). Incluso se traían a colación “el ostracismo y la *graphé paranomon*” como mecanismos de rendición de cuentas (P24506). Al margen del 15M, resulta llamativo encontrar en la prensa la noticia de un nuevo partido que prometía sortear las concejalías que lograra en las elecciones entre quienes se comprometieran a votarle, pues en “teoría política, para muchos autores no existe democracia si no existe sorteo” (ABC20519).

El recuerdo de Atenas dispara rápidamente la “celada etimológica” de la que hablara Sartori (2007). Así, Cayo Lara pedía no criminalizar a los indignados, porque “la inmensa mayoría” clamaba por “la democracia real, el poder del pueblo” (P17507). Lo confirmaba un indignado, declarando explícitamente que “sólo cree en «el sentido etimológico de democracia; no en cómo se está llevando a la práctica»” (P22509).

Un elemento crucial a tener en cuenta es que, para algunos, ahora internet permitía volver a hacer posible lo que las grandes comunidades habían convertido en irrealizable. Aunque un par de opinadores advertían contra la red de redes, señalando que favorece una comunicación “más emocional, más superficial e impulsiva”, también se señala que “a cambio es más democrática”, pues para “hacerse oír ya no es necesario disponer de los recursos de las grandes empresas, los partidos políticos o los grupos mediáticos”; cualquiera podría comenzar un mensaje de “difusión planetaria”, “sin intermediarios” (EP23514). La euforia digital llevará a proponer lo que unos días después se dio a conocer como “Democracia 4.0”³⁷:

³⁷ Bajo este nombre, Juan Ignacio Moreno Yagüe promovió una forma de democracia delegativa o líquida en la que, por vías electrónicas, los ciudadanos pudieran sustituir a sus diputados en votaciones concretas, restándoles su parte proporcional de “soberanía”. La propuesta de reforma se plantea así: “Cuando un ciudadano ejerza su derecho a participar en una votación, a cada escaño atribuido a un representante electo se le descontará del valor de un entero de su voto en la cámara, en el pleno o en la correspondiente comisión, la cifra resultante de la división del escaño por el número de ciudadanos censados con derecho de sufragio en cada periodo de sesiones, sumándose en expresión de cifras decimales el valor y el sentido de cada voto el ciudadano no electo al total de los votos emitidos por los representantes electos que realizan la votación, descontando del valor de un entero de estos el valor de los ejercitados por los ciudadanos”. El abogado sevillano presentó una petición ante la Comisión de Garantías Constitucionales del Congreso de los Diputados, considerando que la democracia 4.0 no sólo era posible mediante una mera reforma del reglamento de la cámara, sino que además venía exigida por los derechos que la Constitución recoge una vez el avance tecnológico lo había hecho posible. El resto de detalles pueden encontrarse en esta web: <http://www.derechoalvoto.es> (Última consulta: enero de 2019).

[El actual] modo de votar se diseñó cuando el teléfono fijo no estaba implantado en la sociedad. En la actualidad, ya no tiene sentido delegar durante cuatro años nuestros votos a partidos que no van a poder cumplir siempre nuestras expectativas. Es factible aplicar las nuevas tecnologías para modernizar la democracia, pudiendo cada persona votar directamente en cada una de las decisiones que nos afectan. De esta manera, nuestros representantes en el Parlamento no sólo deberían pasar el examen cada cuatro años, pues se podría revocar nuestro apoyo a los diputados (M24519). Este lector, eso sí, admitía en un ejercicio de imparcialidad poco frecuente “retos como la dificultad que supondría su uso para las personas mayores, además de que sería susceptible de pirateo informático” (M24519). Gabriel Albiac, por su parte, llevaba el argumento aún más lejos. “Por primera vez desde que el Estado moderno existe, un crío con un portátil, conectado a la red en cualquier punto del planeta, puede hablar de tú a tú a cualquier poderoso. Y ganarle la partida”. En el fondo, opinaba, lo del “ciberciudadano va esencialmente de un rechazo práctico del Estado. De la puesta en marcha de un mundo subterráneo, el de la red, que no deja lugar a Estado, nación o frontera”. Este modelo, sin líderes ni partidos, era para el catedrático de filosofía, el “único futuro de la democracia. Si es que la democracia tiene algún futuro” (ABC18505). Si la globalización era en parte el problema, la organización más allá de los Estados, incluso sin Estado, aparecía como solución.

Surgía así de nuevo el horizonte anarquista de una *democracia* sin Estado. Aunque Fabio Gándara (DRY) insistiera en que no eran “ácratas ni antisistemas”, sino “gente normal”, existía una clara sección anarquista en el movimiento y una fuerte influencia libertaria en su organización. Así lo percibieron varios periodistas (EP20504, M22506), la policía (P18506), políticos de IU (EP17501), artistas que les daban apoyo (P21519) y académicos cercanos (Taibo, 2011b: 16, 32). “Ningún partido ha logrado representar a este movimiento: el PP y el PSOE, porque no han querido, y nosotros porque no hemos podido”, se excusa un dirigente próximo a Cayo Lara”, quien de todas maneras entiende que “hay mucho elemento ácrata, incluso populista, y discursos de deslegitimación de la política que no compartimos” (EP17501). Algunos sin embargo incitaban a los indignados a mantener el movimiento “confuso, indeterminado y poco concreto” para que resultara “inaprehensible e indigerible”, “informe y desconcertante” (M19518).

Se convertían, de este modo, en antisistemas: esto es, en *extremistas* que se enfrentan a la *democracia*. Si acudimos a lo que pueden aportarnos las encuestas sobre la asignación de culpas al “sistema”, veremos que los jóvenes tenían en 2010 especial tendencia a responsabilizar de la situación política en España a la forma en que estaba organizada nuestra democracia (35% de los menores de 34, frente al 22% de los mayores de 55). Coherentemente, eran más proclives a demandar una reforma de la constitución. También eran más propensos a culpar a los problemas de organización de esa mala situación política las personas que se declaraban votantes del PSOE y, aún más, de IU (31% y, 35% respectivamente) frente a quienes votaron al PP (16%), quienes señalaban en mayor proporción a los líderes políticos. Téngase en cuenta que quienes se inclinaban por la responsabilidad de “los políticos”, moral y no institucional por tanto, eran mayoría: el 56% de los encuestados. Y sólo un 13% ofrecían como respuesta espontánea que “ambas” cuestiones debieran tomarse en cuenta (Toharia, 2011: 182-183, 228).

7.1.4 Reflexiones sobre la idea de democracia en el 15M y los problemas de la democracia³⁸

Esta presentación ordenada y con vistas analíticas sobre aquello que defendían el 15M y sus simpatizantes a través de la prensa sobre la democracia y sus problemas ha estado plagada de reflexiones sobre la democracia como sistema y como ideal, algunas de gran interés, y seguro enriquecidas por el propio lector gracias a la distancia que otorga el tiempo pasado y su propia capacidad de análisis. Permítaseme ahora plantear algunas reflexiones propias, aunque deberá entenderse que sería de todo grado imposible profundizar en cada uno de los aspectos que se trataron en aquellos ajetreados días.

Si bien el 15M apenas hace alusiones a filosofías políticas, esto no quiere decir que no puedan hallarse en su proceder y en su discurrir “unos fundamentos morales” y “unas reflexiones políticas” que “comprender” y de los que “aprender”, y en cuyos significados la Teoría Política puede profundizar (López Herráiz, 2017: 215, 217). En este sentido, López Herráiz (2017) ha desarrollado la conexión entre el discurso central del movimiento 15M y las propuestas de democracia participativa, entre cuyos representantes pueden destacarse C.B. MacPherson, Carole Pateman, Benjamin Barber e, incluso, de Hannah

³⁸ Publiqué previamente algunas de estas ideas en Abellán Artacho (2013). También han sido objeto de diversas ponencias en varios congresos.

Arendt. López Herráiz identifica tres aspectos clave: su integración en el movimiento como “ciudadanos activos” con vocación universalista frente al “consumidor pasivo” y la fragmentación de la identidad; la demanda de una igualdad “sustantiva” a través de la participación, íntimamente relacionada con la igualdad económica; y, finalmente, su pluralismo y vocación inclusiva.

La descripción de este núcleo podría complementarse con la caracterización que Habermas ([1994] 1999) hiciera del modelo de democracia republicano. Así, encontramos en el movimiento una concepción de la ciudadanía como “sujetos responsables de una comunidad de personas libres e iguales”, debiendo el Estado salvaguardar la voluntad común. Tras ello se hallaría una concepción de la política como “una práctica de autodeterminación ciudadana” mediante un diálogo que permitiría una “autocomprensión ética” apoyada en un “consenso cultural de fondo”. De aquí se derivaría un enfrentamiento con el aparato estatal contra la despolitización ciudadana, la estatalización de los partidos y una vocación de “hacer suyo (de nuevo) el poder estatal [...] recurriendo a formas propias de una autoadministración descentralizada”. Sin embargo, hay un aspecto en que nuestro ejemplo no encaja con el modelo: la concepción de los derechos. Éstos no son concebidos como “las determinaciones de la voluntad política predominante” sino que, como para los liberales, parece atribuírseles un apoyo “superior”, no discutible (Habermas, [1994] 1999). Tampoco aparece el comunitarismo que suele atribuirse al republicanismo, tendiendo a difuminar la frontera en favor del señalado inclusivismo.

En definitiva, como explicara Fernández-Llebrez (2015: 370), “no hay una única teoría política capaz de explicar por sí sola esta realidad tan plural y rica en matices”. Además, la diversidad de interpretaciones a las que se prestaban los lemas del movimiento añade un grado más de complejidad al análisis. Todo ello hace especialmente adecuado el enfoque de este trabajo que, como se ha ido viendo, se preocupa menos por la categorización que por el establecimiento de diálogos reflexivos.

En este apartado de reflexiones prestaré especial atención al concepto de representación y su relación con la democracia, lo que ayudará a entender mejor el discurso indignado. Para ello será necesario distinguir la lógica de la representación de otras formas de concebir las relaciones sociales y políticas, como la identidad, la otredad y el populismo. Para terminar, presentaré un análisis de las problematizaciones de la

democracia encontradas para extraer algunas conclusiones sobre la idea de democracia manejada y, especialmente, sobre su orden intelectual.

a. Consideraciones previas sobre el concepto de representación política

Como hemos visto, en la mayoría de los pasajes analizados en la anterior sección representación y participación no se plantean como opuestos, sino que la segunda aparece como complemento enriquecedor de la primera. Este discurso parece ser compartido tanto a nivel cultural como en el discurso del 15M, tal y como ya habían señalado otros estudios vistos en el tercer capítulo (Ferrin y Kriesi, 2016; Centro de Investigaciones Sociológicas, 2011; García-Espín et al., 2017). En esta posición además coinciden con los teóricos de la democracia participativa con los que se ha relacionado al 15M. Por ejemplo, Barber ([1984] 2003: xvi) insistía en el prólogo por el vigésimo aniversario de su obra en que “el objetivo no era reemplazar la democracia representativa con una democracia fuerte”, sino reforzarla a base de “instituciones participativas”³⁹. En el mismo sentido, Pateman (1970: 105-106; 109) ya había destacado que una sociedad participativa, organizada de tal manera que “cada individuo tenga la oportunidad de participar en todas las esferas políticas”, “no excluye” la competición periódica entre líderes a nivel nacional⁴⁰. Esto mismo encontramos, incluso, en algunos modelos de democracia directa que, como el de Budge (1996), hacen un uso intensivo del referéndum para aprobar aquellas medidas que no contuvieran los programas (mandatos) con los que se presentarían los candidatos de los partidos a las elecciones.

Igual que en el 15M, también en gran parte de las teorías políticas se establece la conexión entre vivir en una democracia y estar representado y/o bien representado. Esto ocurre especialmente cuando se maneja la llamada “noción estándar de la representación”, que se impuso en la academia a partir de su utilidad para la investigación empírica y se entiende por contraposición a algunos desarrollos teóricos recientes. Podemos tomar como paradigmática de esta noción estándar la “defensa” que hizo Sartori (1999) de la representación. Para el italiano, la representación es la transmisión del poder de decidir

³⁹ “The aim was not to replace representative with strong democracy but to thicken thin democracy with a critical overlay of participatory institutions”.

⁴⁰ “Is it solely the presence of competing leaders at national level for whom the electorate can periodically vote, or does it also requires that a participatory society exists, a society so organised that every individual has the opportunity directly to participate in all political spheres?”. Pateman entiende que “the one does not preclude the other”.

qué políticas realizar, en base a una sustitución que excluye los mandatos y la revocabilidad inmediata, mediante la elección de gobernantes bajo unas condiciones de receptividad, rendición de cuentas y posibilidad de destitución que aseguren que se gobierna en interés del representado.

Nótese que, incluso desde esta definición, los indignados podrían perfectamente expresar su “no nos representan”: los políticos no nos escuchan (receptividad), los políticos se protegen entre sí (rendición de cuentas), y siguen su propio interés y el de los mercados. Sin embargo, al contrario que el 15M, esta noción de representación excluye el mandato imperativo. En otras palabras, para Sartori lo que el 15M pediría no sería representación, sino “directismo”.

Recientes contribuciones a la teoría de la representación

Sin embargo, en los últimos años diversos teóricos de la representación han ensanchado considerablemente el concepto, lo que se consideraba urgente dadas las transformaciones políticas que nos acucian (Urbinati y Warren, 2008)⁴¹. Esto ha llevado a cuestionar que exista una relación tan directa entre democracia y “representación”. Por ejemplo, Rehfeld (2006: 2-3) ha criticado abiertamente que los trabajos contemporáneos sobre representación “expli[quen] por qué uno es o no puede ser un representante en referencia a normas democráticas”. En su opinión, la representación “describe hechos”, al margen de que nos parezcan legítimos o no.

Por su parte, Saward (2006: 298) ofrece otra formalización del concepto menos estática que la de Rehfeld al incorporar un giro discursivo. Para él la representación debe entenderse como la realización⁴² de una “precaria y curiosa” *reclamación*⁴³ de la existencia de una relación “dinámica”. Una reclamación en la que toman parte: un “hacedor”, que enuncia la reclamación de una u otra forma –más o menos explícita, con mayor o menos habilidad– ; un sujeto, del que se dice que es “el representante”; un objeto, que sería el representado tal y como se le construye en la reclamación; un referente, esto es, la materialidad (“lo real”, si se quiere) del representado; y, finalmente, una audiencia

⁴¹ Entre ellos destacan Ankersmit (2002), Mansbridge (2003; 2004; 2009; 2011); Rehfeld (2006; 2009; 2011); Saward (2001; 2006; 2008; 2009; 2010); o Urbinati (2004; 2005; 2006; 2008), entre otros.

⁴² performance, en sentido entre austiniano y teatral.

⁴³ Aunque ninguna traducción es completamente satisfactoria, he optado por “reclamación” para traducir *claim*, en lugar de afirmación, alegato o demanda.

a la que se ofrece la reclamación representativa y que puede aceptarla, ignorarla o rechazarla.

Para Saward, por tanto, también es posible encontrar formas de representación no democráticas. Éstas consisten en reclamaciones de representación con “efectos silenciadores”; por ejemplo, cuando se incluye en la descripción de los representados la necesidad de que éstos no estén en la arena política (Saward, 2006: 304), sin intención de recibir sus opiniones y sin siquiera dirigirles la reclamación de representación como audiencia relevante, sometiéndoles incluso al desconocimiento de la misma (2010: 150).

Estas formalizaciones recuperan para la teoría la complejidad que el concepto manifiesta en el lenguaje común y de la que ya Hanna F. Pitkin ([1967] 1972) diera cuenta en su tesis *The concept of representation*, hoy ya un clásico, reabriéndolo a una gran diversidad de objetos: las ideas, la naturaleza y las generaciones futuras, los no nacionales o los grupos, entre tantos. Además, ponen el énfasis en la importancia de las formas de representación no electorales (Saward, 2006: 297-298). Estas formas no electorales ayudarían a suplir las deficiencias inherentes a las electorales, que, si bien tienen “una capacidad distintiva para representarnos”, también la tienen para “mal representarnos”. La representación no electoral, por ejemplo, puede prescindir de remitirse a la generalidad, resultando más receptiva, dinámica y flexible –incluso, puntual y no explicitada– y supera las fronteras territoriales (Saward, 2009: 6, 8). El 15M ofrece una buena muestra de cómo aprovechar estas oportunidades, salvo por su pretensión de generalidad, que el movimiento se autoimpone cuando se identifica con “el pueblo” y con el consenso del sentido común. Otras veces, el movimiento se identifica con los perjudicados por la crisis (que, en todo caso, serían mayoría): “«Representamos a parados, mileuristas, amas de casa e inmigrantes»”, leyeron en un manifiesto (EP18505).

Aunque no fuera éste el foco del análisis de contenido, se encuentran fácilmente en la prensa analizada multitud de ejemplos en los que la palabra “representación” no se remite directamente al proceso electoral, sino que sirve para plantear un amplio campo de reclamaciones de representación cruzadas: representantes como el 15M, los políticos (en abstracto o singularizados), los partidos, las imágenes que ofrecen los medios de comunicación se encuentran bajo una pluralidad de demandas normativas sobre cómo representar mejor a todos los ciudadanos, a sus electores, a regiones, a ideas, voluntades, intereses a los jóvenes en general y al 15M en particular. Se abre así un amplio campo de

reclamaciones de representación en una competición frecuentemente implícita. La pluralidad de reclamaciones, contradictorias, a veces comparte representante, lo que le impide satisfacer todas las demandas normativas que se le reclaman a la vez (Mansbridge, 2003; Saward, 2009: 5). Su única esperanza, por tanto, estará en ofrecer una reclamación superadora que permita convencer, persuadir, manipular o coaccionar a las audiencias para que consideren suficientes las formas de representación que el representante pueda (aparentar) realizar, configurando además escenarios en que no haya reclamaciones alternativas más persuasivas. El fracaso para llevar a cabo esta labor es la característica principal del periodo analizado.

Dado que la representación así entendida resulta ubicua en política, esta redefinición ha contribuido a cuestionar las diferencias entre las democracias directas y las representativas (Saward, 2006: 315-316). Aun reconociendo que es distinto que las decisiones políticas se tomen en una asamblea de todos o en la asamblea de unos pocos elegidos por todos, siempre habrá grupos de presión y líderes de minorías (o incluso partidos) que digan representar a algunos o a todos los ciudadanos, y que así sean reconocidos. Sea en una asamblea deliberativa o antes de un referéndum, aparecerán quienes acaparen la atención y se reclamen (o sean reclamados) como representantes de una u otra postura y quienes ofrezcan imágenes dispares de los problemas, de los adversarios, de los representados y de sí mismos. Y a su vez, los medios de comunicación ofrecerán representaciones de todos estos actores y discursos (Saward, 2008: 1005).

El significado de la representación. Primera aplicación al 15M.

En cualquier caso, no conviene que la formalización discursiva del concepto nos haga olvidar que representar hoy y aquí no significa cualquier cosa. Al contrario, podemos encontrar “contenidos sustantivos de las reglas” que permiten a la audiencia reconocer a un representante como tal⁴⁴ (Rehfeld, 2006: 5). Cuando unas reglas de reconocimiento lograr cierta hegemonía, ello nos permite evaluar si ha habido errores al reconocer (o al no reconocer) a un representante (ibidem: 11).

Aún hoy la obra de Pitkin ([1967] 1972) sigue siendo la referencia clave para esta labor de descripción conceptual. Dado que los problemas de los indignados, como vimos, pueden expresarse en lo esencial como problemas de representación, es lógico que

⁴⁴ “substantive content of the rules of recognition that any audience will use to judge who is, in fact, a political representative”.

también puedan clasificarse en las distintas dimensiones que Pitkin encontró en el concepto⁴⁵: habría un problema de autorización, con la crítica a la “ley electoral; de rendición de cuentas, impedida por el bipartidismo y la partidocracia; con la representación descriptiva, rota por la conversión de los políticos en “casta” y por el problema generacional; en la dimensión simbólica, donde los afectos se habían transmutado en distancia e indignación; y, finalmente, en la dimensión sustantiva: ni actúan en nuestro interés, ni nos escuchan, ni responden a nuestra voluntad.

Pitkin dedicó además el último capítulo de aquella obra a mostrar cómo sus reflexiones se relacionaban con el funcionamiento de todo un sistema político; esto es, con el propósito al que sirven las instituciones de un sistema, y no solo con las acciones concretas que en él puedan darse en un momento particular (Pitkin, [1967] 1972: 234, 238). Esta diferenciación es importante, en primer lugar, por el realismo sistémico que introduce, llamando a ser pacientes con la imperfección de las instituciones humanas. Pero también es importante porque este tipo de reclamaciones representativas “políticas” (en el sentido weberiano) cuentan con una característica de la que carecen otras: incluyen en la reclamación el derecho a establecer y hacer cumplir en nombre de los gobernados un ordenamiento respaldado por la violencia física legítima. Es más, la “representación” juega un papel clave en la legitimación de la obediencia, que se considera debida porque, en algún sentido, uno se está obedeciendo a sí mismo⁴⁶.

Por ello, cuando se critica que el “movimiento 15-M se ha arrogado la representación del pueblo español” (M20501) y, con ello, la soberanía, se trata de una disputa sobre una reclamación muy particular. Una reclamación que, sin embargo, el 15M, dado que renunciaba explícitamente al uso de la violencia, en ningún caso podía realizar con éxito. En este sentido, si bien ejercía un poder deconstituyente, disolvente de la legitimidad de la dominación constituida, no puede afirmarse que construyera un Estado paralelo, quedando limitado por las convicciones de sus participantes más activos (anarquistas y contrarios a los liderazgos), por el generalizado pacifismo (6.2.7) y por la acción y amenaza del Estado español mismo.

⁴⁵ Agradezco a Elena García Guitián esta sugerencia, sin perjuicio de que la responsabilidad en su breve plasmación es completamente mía.

⁴⁶ Así, Sreedhar (2010) ha mostrado que uno de los dispositivos que fundamentan la obligación de obediencia en el *Leviathan* consiste precisamente en que desobedecer constituiría una contradicción con uno mismo.

Por otro lado, la inspiración anarquista en el funcionamiento del movimiento, asambleario y de portavoces rotatorios, contrasta con su interés en una reforma electoral proporcional y la exclusión de los políticos corruptos. Esta contradicción en parte podría achacarse a la diversa composición de sus participantes, las consecuentes cesiones mutuas y sus distintas modalidades de participación, sin olvidar la reticencia a asumir la gran responsabilidad que supone un liderazgo⁴⁷. Pero también hace pensar que únicamente asumían la representación electoral debido a las limitaciones de escala, o como plataforma desde la que avanzar hacia la democracia “real”; en todo caso, como “segundo mejor”, y no porque la representación tuviera ningún valor propio. Esto confirmaría lo ya encontrado por García-Espín et al. (2017: 51) mediante grupos de discusión: “Como ideal, todos los grupos discuten una suerte de gobierno «asambleario» marcado como horizonte (deseable) pero no realizable”. En la misma dirección apunta su demanda de referendos y de establecer el mandato imperativo: la obligación de que los gobernantes cumplan sus promesas. Puede imaginarse en todo caso que para algunos el horizonte deseado conjugaba, como he señalado, el asamblearismo como mecanismo participativo dentro de un Estado con estructuras representativas.

Dejando de momento al margen de las dificultades prácticas que tal propuesta pueda conllevar, este discurso teóricamente no puede sino llevarnos a preguntarnos sobre el sentido de seguir hablando de “representación” cuando se reclaman figuras como el mandato imperativo y por qué. Al fin y al cabo, las recientes reelaboraciones del concepto, al formalizarlo y ampliarlo, bien podrían ahora incluirlo. Sin embargo, algunos autores han intentado argumentar que un significado de “representar” que prescinde de un control total sobre el representante nos permite referirnos a una experiencia a) particular y b) valiosa para la democracia que sería abandonada de sustituirse su significado por el de otras palabras. A mostrarlo dedicaré los dos siguientes subapartados.

b. Definición de la lógica de la representación frente a la identidad, la ajenidad y el populismo

El análisis de las diversas dimensiones de significado de la representación llevó a Pitkin ([1967] 1972: 153) a una potente conclusión: que “ser representado significa estar

⁴⁷ «Muchos somos inexpertos y nos da miedo salir a la luz pública y luego meter la pata», explicaba el indignado Carlos Rodríguez (ABC22514).

presente en algún sentido al mismo tiempo que no estar realmente presente literalmente o totalmente en realidad”⁴⁸. Por ello, entendía la investigadora, quien actúa como representante no puede estar completamente atado en sus decisiones, pues se convertiría con ello en mero apéndice del representado. Si no hay cierta distancia entre la representación y el objeto –por ejemplo, en su dimensión descriptiva–, no diremos “esto representa un árbol”, sino “esto es un árbol” (Pitkin, [1967] 1972: 68). Es decir, hallamos una identidad. Al mismo tiempo, el representante tampoco puede estar completamente desvinculado de los representados (teniendo que establecerse la conexión, lógicamente, en alguna o algunas de las cinco dimensiones identificadas por Pitkin).

Este “requerimiento paradójico” de que “el representado debe estar a la vez presente y no presente”⁴⁹ (Pitkin, [1967] 1972: 153-154) cobra especial sentido desde la perspectiva postestructuralista desarrollada en el capítulo segundo. De hecho, una formulación similar a la de Pitkin encontramos en Laclau y Mouffe ([1985] 2001: 119). Para ellos, “toda relación de representación se funda en una ficción”⁵⁰ que navega entre la opacidad completa (la independencia de una total otredad, que hace la ficción literal) y la transparencia (la ficción deja de ser creíble, constituyendo una “identidad única”). Aquí ficción no debe entenderse como “mentira”, pues las ficciones sociales (como el dinero fiduciario) pueden alcanzar grados de objetividad muy tangibles. En su institucionalización, sin embargo, la tensión que caracteriza a la representación implica que las experiencias concretas estarán sujetas a “un juego no predeterminado desde el principio” (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 119). Esto es, estarán especialmente abiertas al juego de la hegemonía.

Una perspectiva postestructuralista de la representación requiere no meramente plantear la diferencia entre la lógica de la otredad, de la identidad y de la representación y señalar su utilidad para entender discursos concretos, sino también destacar la imposibilidad y necesidad ontológica de 1) una identidad completa sin participación de la representación; 2) de una forma de representación que prescinda de la lógica de la

⁴⁸ “Being represented means being made present in some sense, while not really being present literally or fully in fact”.

⁴⁹ “paradoxical requirement”; “the represented must be both present and not present”.

⁵⁰ “every relation of representation is founded on a fiction: that of the presence at a certain level of something which, strictly speaking is absent from it. But because it is at the same time a fiction and a principle organizing actual social relations, representation is the terrain of a game whose result is not predetermined from the beginning”.

identidad; y, por último, 3) de una identidad sin otredad. Para desarrollar esta idea Carl Schmitt resulta de gran ayuda, pues parte de una noción dialéctica del concepto. Además, probablemente su formulación habría resultado a la vez familiar y enriquecedora a los indignados.

Tres lógicas a partir del concepto de representación schmittiano

Schmitt ([1928] 2011: 270 y ss.) consideraba que “la diversidad de las formas políticas se basa en que hay dos principios de estructura política contrapuestos” que “no se excluyen entre sí” y que todo Estado tiene que combinar en una u otra medida: la identidad y la representación. Por un lado, el Estado no puede prescindir de la lógica de la identidad totalmente, pues “no hay ningún Estado sin pueblo”. Por otro lado, ni siquiera la suma de todos los miembros de la comunidad supone para Schmitt ([1928] 2011: 270 y ss.) “la unidad política del pueblo”. Para tomar decisiones, los reunidos “representan la unidad política situada por encima de una asamblea reunida en un espacio y por encima del momento de la asamblea”. Igualmente, en un referéndum, aunque predomine la lógica de la identidad, la lógica de la representación estaría presente para Schmitt; no por la multiplicación de “representaciones” antes señalada, sino porque el ciudadano participa en su calidad de ciudadano, de miembro de la comunidad política, y no como persona natural. Y, por tanto, acepta una representación que para el alemán no es meramente normativa o descriptiva, sino constitutiva del pueblo mismo en tanto que unidad política: es “existencial”. Por ello, señala con claridad Schmitt, “[t]odo intento de realizar una democracia pura o directa tiene que observar esos límites de la identidad democrática; en otro caso, democracia directa valdría tanto como disolución de la unidad política”. Encontramos así de nuevo sientos teóricos para la tentación anarquista que acompaña a la democracia (véase el apartado 5.2.6).

Como vemos, para Schmitt la identidad sería la lógica propia de la democracia y por eso la democracia “directa” es la “pura”. Aquí muchos indignados podrían sentirse reconocidos. Lo que no señaló Schmitt y subyace a los planteamientos de Pitkin o de Laclau y Mouffe es la posibilidad de un tercer principio junto a la identidad y la representación: la ajenidad u otredad⁵¹. Ésta quizás podríamos encontrarla

⁵¹ El motivo de esta ausencia bien puede hallarse en la dificultad para que la ajenidad funde unidad política, pero también en la base teológica de su concepción de representación, a partir de la analogía con la función representativa de la iglesia católica. Al respecto de esta base teológica, véase Herrero (2017).

institucionalizada de forma radical en formas de tecnocracia o de dominio imperial que no actúan en nombre de los representados: un gobierno basado en la diferencia (previsiblemente, en la superioridad) con respecto de los gobernados, a los que toma como mero objeto de sus decisiones. Kelsen ([1929] 2006: 200) entendía además que la “ideología autocrática” “presenta al líder como un ser completamente distinto a la comunidad social que le está sometida”.

La lógica propia de estas formas de dominio sería la independencia que, al contrario que Laclau y Mouffe, Schmitt atribuye como característica del representante (Schmitt, [1928] 2011: 278). Ciertamente, un representante debe tener margen de acción suficiente para ejercer su propio juicio y no convertirse en mero apéndice del representado; de ahí el sentido que algunos atribuyen a excluir el mandato imperativo en su institucionalización. Pero la concreción política que esa independencia quiere preservar es una relación de *influencia*, no de completa independencia. La naturaleza transitiva de la representación, que siempre se remite a un referente (algo o a alguien), abre la puerta a que los representados, desde la exterioridad que la misma representación les atribuye, puedan hacer aparición y perturbarla. Desde luego, habrá que añadir, esta contra-reclamación desde lo “real” no podrá librarse de una formulación simbólica, y su forma e intensidad dependerá en parte del referente representado y de cómo se produzcan las representaciones.

Para un desarrollo postestructuralista de Schmitt deberemos extender esa naturaleza existencial de la representación en sentido discursivo, como hace una parte del postestructuralismo (Thomassen, 2017). En este sentido, Ankersmit (2002) o Saward (2010), entre otros, han destacado que la representación tiene una fuerte dimensión creativa, tanto en el sentido estético como por su función en la construcción de los objetos en tanto que objetos del discurso. A un nivel menos abstracto: “no hay modo de conocer las preferencias sin presentar las opciones y la presentación de las opciones condiciona las preferencias” (Ovejero Lucas, 2013: 143). Se trata del problema del “tercer organizador” ya señalado por Rosanvallon (2003: 50). “El representado depende del representante para la constitución de su propia identidad”, nos dirá Laclau (2005: 158), quedando así expuesta la interdependencia (necesaria e imposible) entre identidad y otredad. Debería añadirse que el representante a su vez depende de la imagen del representado y de la audiencia para fijar su identidad en tanto que representante.

Representación en la construcción de la subjetividad

Una vez definida esta relación entre identidad y representación quedan en entredicho las concepciones esencialistas del sujeto. Esto permite sugerir, con Hobbes, que “todo acto es un acto de representación –si no de alguien más, entonces de uno mismo”⁵² (Pitkin, [1967] 1972: 24). A poco que profundicemos, uno “se descubre múltiple”, lo que nos llevará a preguntarnos por el papel de la representación “en la estructura fundamental del espíritu” (Greppi, 2016: 70–71, 106). Si introducimos una diferencia básica entre un yo (nuestra representación de nosotros mismos, la parte consciente que suele estar en control de las acciones que nos atribuimos) y un *self* o “uno mismo” (el todo en nombre del cual el yo habla y actúa), la idea de representación ayuda a entender mejor el gobierno de uno mismo y su lógica simbólica, lo que lleva a plantear formas para su democratización⁵³. Esto resultará de especial valor en un momento en que, según lo entiende Ankersmit (2002), “el conflicto político se ha convertido típicamente en un conflicto dentro de la mente del votante”: entre sus propios intereses y deseos en conflicto⁵⁴.

Esta descripción pluralista de la mente enlaza con la postura arendtiana al respecto del pensamiento político: “el pensamiento político es representativo”; esto es, consiste en representar en nuestra mente la pluralidad de posiciones políticas en nuestro mundo como paso imprescindible para alcanzar mejores juicios (Arendt, [1968] 1996: 254). Aceptar la existencia de conflictos internos al individuo que se resuelve en un gobierno del yo podría ayudar a cada uno a entender mejor en qué puede consistir un autogobierno colectivo y en qué no (Sánchez-Cuenca, 2010: 38)⁵⁵. Ahora bien, el individuo bien puede permanecer ajeno a este juego representativo. Dicho de otro modo, la representación es una forma de concebir el gobierno de uno mismo, pero no la única: también puede concebirse como identidad, ignorando la distancia entre el yo y uno mismo; o como ajenidad, en momentos de disociación o fuertemente autoritarios con uno mismo.

⁵² “Hobbes is suggesting that every act is an act of representation -if not of someone else, then of oneself”.

⁵³ Sobre el gobierno de uno mismo y la diferencia entre la conciencia y uno mismo, además de Foucault (2009) o Foucault (2010), debe citarse el trabajo que Javier Roiz (1992; 1996) y su equipo de Foro Interno han realizado para sugerir formas de democratizar este gobierno.

⁵⁴ “Political conflict has typically become a conflict within the individual voter's mind.

⁵⁵ Sánchez-Cuenca sigue al respecto de esta cuestión tanto a Thomas Schelling (1984), *Choice and Consequence*; como a Elster (1985), *The multiple self*; y a Colin Bird (2000), “The possibility of self-government”.

Tal reflexión ayuda a entender que la representación no sólo queda desplazada en un horizonte que aspira a la presencia *directa* de los ciudadanos en las instituciones; también se debilita ante formas de liderazgo por idealización o idolatría, formados mediante la disolución de los diferentes horizontes (ideales) de los egos individuales en el colectivo, en el sentido que señalara ya Freud ([1921] 1948; Laclau, 2005: 52-64)⁵⁶. Dada la imposibilidad para que “un pueblo” se haga presente como una positividad autónoma y homogénea por sí mismo, una concepción de la democracia como presencia directa del pueblo en el gobierno puede fácilmente derivar en un liderazgo de este tipo, al que solemos calificar como “populista”.

Representación y populismo

Merece la pena contextualizar la cuestión de la representación en el pensamiento de Laclau acerca del populismo para profundizar en el mensaje sobre la representación que sugiere el 15M. En *On populist reason*, Laclau (2005:78) señalaba dos modos de construcción de lo social: la lógica de la diferencia, a través del énfasis de la particularidad de las demandas que se satisfacen, sin más elemento positivo de unión que su inscripción en una totalidad institucional; y la lógica de la equivalencia, que implica una cesión de las particularidades para enfatizar lo que tienen en común a través de un significante vacío. Es una oposición que el propio Laclau deconstruye: un horizonte basado en la lógica de la diferencia (por ejemplo, un horizonte de reconciliación en el Estado del bienestar) genera defensores y detractores, pudiendo así “totalizarse” y crear un “pueblo”; al mismo tiempo, si las particularidades desaparecieran en un horizonte de equivalencias en el proyecto populista, al quedar disueltas, dejan de poder “ser” equivalentes para ser, sencillamente, lo mismo.

En este sentido, para Laclau (2005: 225) la lógica populista rompe con dos formas de racionalidad que finiquitarían lo político: un horizonte revolucionario de reconciliación de la sociedad consigo misma y la práctica gradualista “que reduce la política a administración”. Y esto, porque la constitución populista de un “pueblo” requiere mantener las diferencias internas aunadas exclusivamente por el significante vacío, que constituye la cadena de demandas y la representa, y por la exclusión de quienes no

⁵⁶ Véase al respecto Roiz (2003).

satisfacen tales demandas. Por ello, entiende Laclau (2005: 162-163) que “toda identidad popular tiene una estructura interna que es esencialmente representativa”.

Laclau percibe, y lo comparto, que la representación preserva un espacio para la pluralidad. Por el contrario, allí donde están todos conformes, como dijera Schmitt, “la decisión ha de producirse espontáneamente, sin discusión y sin esenciales contraposiciones de intereses” (Schmitt, [1928] 2011: 282): surgiría del consenso, y sus enemigos no serán sino enemigos del pueblo. Para quienes entienden, sin embargo, que el pluralismo es parte inseparable de la democracia y consecuencia natural de la libertad y que el interés general incluye los intereses particulares, aunque los supere normativamente (capítulo quinto), esta concepción de la democracia como identidad implica una amenaza para la propia democracia. Como dijera Lavaux, “una concepción de la democracia entendida como la identidad entre los que mandan y los que obedecen no deja espacio para reconocer el derecho a la oposición”⁵⁷ (Przeworski, 2010: 24). También Rosanvallon encuentra en el totalitarismo una “imperiosa lógica de la identificación” que “pretende superar las aporías primeras de la representación e instituir un poder que «represente realmente» a la sociedad” (Rosanvallon, 2003: 62). Al respecto y antes de seguir avanzando, conviene recuperar de nuevo la siguiente cita de Rafael del Águila para insistir en que, no obstante, esta lógica de la identidad es parte (una parte) de la idea de democracia misma:

La tradición democrática siempre tuvo latente una aspiración a la transparencia y a la autoidentidad. La idea del pueblo reunido en asamblea, de voluntad general homogénea, de unanimidad perfecta ha sido (y es) central a muchos ideales de la democracia. La utopía democrática de identidad completa entre gobernantes y gobernado. La transparencia absoluta. El encaje perfecto individuo-sociedad. La uniformidad, la densidad de consensos y valores políticos entre los ciudadanos, éstas son las claves (del Águila, 2008: 164).

El 15M y su horizonte identitario

Veamos ahora cómo funcionan las lógicas de la diferencia y de la equivalencia en el 15M. En el movimiento encontramos una exacerbación (hasta extinguirla) de la lógica de

⁵⁷ “Democracy conceived as identity of the rulers and the ruled does not leave room for recognizing the right of opposition”.

la diferencia, contra unos “políticos” que (casi) llegan a adquirir estatus de ajenidad total. La misma tendencia hacia la extinción ocurre con la lógica de la equivalencia, convirtiendo al “pueblo” en una identidad homogénea en lo fundamental (en torno a un consenso o sentido común) y (casi) irrepresentable, aunada bajo el significante pueblo y dotado de palabra en la Asamblea Sol gracias a la ilusión de totalidad que permite el mecanismo del consenso y a la omisión de la existencia de cientos de otras asambleas por todo el país, ausentes en la centralista prensa analizada. Desde fuera, sin embargo, se les reducía a parte: no eran “el pueblo”, sino “los indignados”. Ellos mismos, como he señalado, a veces se identificaban con “la gran mayoría”, el 99%, y, por tanto, se entendían democráticamente legitimados.

Cuando el 15M declara que existe un sentido común, un consenso, que surgirá espontáneamente de reunir a todos los posibles en asamblea y retirar las falsas diferencias, se inclina por una definición de los intereses como objetivos, lo que (igual que si se considerasen completamente subjetivos) cierra el paso a la representación (Pitkin, [1967] 1972: 208, 210). Estamos, en otras palabras, ante una neutralización o despolitización (Franzé, 2015b: 10; Schmitt, [1929] 2014). En este sentido, más que ante la lógica de la representación, el 15M está presidido por la lógica de la identidad y de la ajenidad. Por un lado, los políticos aparecen como un otro absoluto. Por el otro, un líder con el que identificar el horizonte de la protesta no habría servido más que para afianzar la identidad con el movimiento. Además, pese a la evidente diversidad del 15M, los actores mismos no se muestran conscientes de esta diversidad y, por tanto, a la hora de establecer la lógica que funciona en el discurso analizado, no puede contarse con ella. Sin este reconocimiento de la diversidad no se puede identificar el ejercicio articulador propio de un proyecto hegemónico, sino que encontramos una mera identificación de una diversidad de proyectos y demandas mediante el recurso a una serie de significantes vacíos y flotantes. Pese a que exista una definición de objetivos (siempre insistiendo en la provisionalidad), éstos no se plantean como resultado de cesiones entre iguales y ante la dura realidad, sino como el resultado del “sentido común”; de un consenso natural que, en general, no es tal.

Podría argumentarse que, si aceptamos la efectiva existencia de una distancia “excesiva” entre representantes y representados, así como entre sus palabras y los hechos, la demanda de identidad bien podría hacernos avanzar hacia la lógica de la representación. Pero no se trata de analizar los resultados probables del movimiento, sino el horizonte que

se marca, y cómo deja huella en su propia organización. Así, las protestas se planteaban de modo radical y no gradual; esto es, no toman la identidad como uno de los horizontes de la representación en tensión con otros valores –como la ajenidad– sino como una posibilidad realizable y totalmente deseable, omitiendo su imposibilidad ontológica.

Nótese que, incluso cuando se acepta “la representación” en las palabras, se extendía una sospecha general sobre las mediaciones que hacen posible la agregación social: las ideologías (izquierda y derecha), los políticos, los partidos, los sindicatos, las asociaciones, los medios de comunicación. Es cierto que el movimiento se caracterizó por su respeto a la pluralidad individual y su vocación de inclusividad (López Herráiz, 2017: 227), pero esto fundamentalmente por la necesidad de abrirse a toda la diversidad de identidades particulares, individuo por individuo, toda vez que resultaban irrepresentables como colectivo. De hecho, esa pluralidad excluía a los actores colectivos, mostrando un miedo rousseauniano a que se introdujesen los intereses de parte; como si con eliminar las siglas desapareciesen los comportamientos colectivos. Es por ello que tienden a presentarse como “los ciudadanos”. Mala base ésta para una democracia consensual (Lijphart, [1999] 2000), multipartidista, como la que se reclamaba, en la que los acuerdos no surgen únicamente entre individuos, sino también entre organizaciones.

Esta pasión por la identidad y el rechazo a las mediaciones no solo aparece en el 15M: la prensa está llena de quejas contra la “ficción” política, de metáforas teatrales para descalificar la situación. Como dice Innerarity (2016: 244), la reivindicación de “que el pueblo actúe *live*, en directo, sirve para deslegitimar como inauténticos los delicados artificios que las sociedades tejen para posibilitar la convivencia”. Encontramos así un nuevo significado de “democracia real”, en tanto que pretende prescindir de las ficciones que conforman lo social mismo: la vida parlamentaria era “una mera comedia política” (M19512); sólo cuando cae el “decorado”, “cuando desaparece la campaña de imagen”, “descubrimos a las personas de verdad” (EP20514). “El telón sigue subiendo y bajando, y no para el desfile de cómicos” (P19521). Se demanda así “autenticidad”: la identidad de la institución o del político consigo mismo, libre de artificios y aditivos, negando el hecho de que la política genera sus propios códigos (que los ciudadanos utilizan y disputan diariamente) (Greppi, 2016: 59). Algo de lo que, debe recordarse, el propio 15M se benefició cuando interpretaban sus lemas como *meros* adornos retóricos. Esta exigencia de autenticidad niega además el hecho de que los liderazgos contemporáneos,

precisamente para representar lo mejor posible, son colectivos: detrás de una figura política encontramos equipos de profesionales que contribuyen al ejercicio de la representación. Al mismo tiempo deberá reconocerse que nuestros políticos se empeñan en ocultar las diferencias entre lo que deben defender y lo que creen, alimentando con ello, a modo de reacción, la lógica de la identidad y la de la ajenidad frente a la representativa.

Coherentemente con esta demanda de autenticidad, molestaba, por ejemplo, que los políticos actuaran mirando las encuestas (que no son sino representaciones de la opinión de los ciudadanos). En esto la demanda de identidad resulta contradictoria: por un lado, para acercarse a la autenticidad total, los políticos tendrían que desvincularse de la influencia de sus asesores, pero también de sus múltiples representados y compañeros de partido y, especialmente, alejarse de la racionalidad dirigida a la competición política para comportarse únicamente siguiendo sus “valores”, presentados en oposición absoluta con los intereses personales y partidistas⁵⁸. Así, se revelaba como patético que los partidos hicieran por lograr el voto indignado. Los partidos parecían hacer lo que se les pedía, escuchar e intentar recoger sus propuestas, pero fracasaban miserablemente. El movimiento señalaba así su disconformidad con las motivaciones *de parte* que llevaba a los partidos a escucharles, y reivindicaban el sentido moral del respeto a la otredad: los partidos resultaban invasivamente empáticos, con el consiguiente riesgo de asimilación. Al mismo tiempo, perdían la oportunidad de influencia, exigiendo a los partidos plegarse totalmente a la “voluntad del pueblo”, directamente aprehensible; o, mejor, dejar paso a quienes asumieran las propuestas por convicción, independientemente de sus intereses. Quizás, sencillamente, se les exigía ser “pueblo”, ser “como nosotros”.

Ante esta diversidad de reclamaciones normativas cruzadas, nos encontramos unos políticos necesariamente decepcionantes⁵⁹. La cuestión está, sin embargo, en si se entiende que la crítica, la distancia entre representante y representado, es compatible con la representación, sin que ello nos lleve a la desafección, sea apática o movilizadora. No lo

⁵⁸ Recuérdese la propuesta de deconstrucción de la oposición entre intereses y valores presentada en el capítulo 5.

⁵⁹ Medvic (2012) ha señalado algunas de estas contradicciones, explicando que conforman una “trampa de las expectativas”. Tres son las principales demandas contradictorias que localiza: 1) queremos que nos lideren, pero también que sean dirigidos por los ciudadanos. 2) Queremos que se mantengan firmes en sus principios, pero que lleguen a acuerdos. 3) se les exige tener cualidades excepcionales, pero también parecerse a sus representados.

parece. Una concepción binaria de la relación política como la descrita (o mandan los políticos o el pueblo) extingue la representación en el horizonte deseado y oculta que el exterior frente al que se constituye el pueblo es, sin embargo, constitutivo. Esto sería especialmente cierto en el caso de una democracia, en tanto que los ciudadanos son ciudadanos precisamente por sus derechos políticos (esto que, los derechos que les permiten convertirse en “políticos”) y “los políticos” no son sino ciudadanos que participan intensamente en los aspectos institucionales de la ciudadanía. Y esto, sin negar el posible aislamiento de “los políticos”.

Reevaluando la relación entre populismo y representación a la luz del 15M

La idea de representación llama a preocuparse a la vez por el peligro de colapsar la lógica de la diferencia en la ajenidad y la de la equivalencia en la identidad, reconociendo ambos como imposibles necesarios. Y esto abre el problema de cómo organizar el gobierno del pueblo y sus representaciones, más allá del abstracto objetivo de “darle” el poder. El populismo tal y como lo caracteriza Laclau ciertamente cumple el requisito si lo que se trata es de no realizar un colapso de la representación (colapso que, previamente, ya se ha declarado ontológicamente imposible), pero lo hace al límite, de forma marginal. El populismo teóricamente se situaría en uno de los límites de la representación, tras el cual encontramos su fin. No sorprende por ello que en sus manifestaciones particulares tienda a colapsar en la identidad y la ajenidad. Tampoco sorprende que la lógica populista tenga profundos problemas para institucionalizarse, ahogada en su propia promesa de satisfacer un número de demandas tendente al infinito que se sostienen solamente unidas por su insatisfacción (Villacañas Berlanga, 2015: 87) y por el significante vacío (encarnado por un líder que, en nuestro ejemplo, además está ausente) con el que se establece una relación *directa*; sin intermediaciones.

Por todo ello creo que, a dicho nivel óntico, lo que el propio Laclau está definiendo como representación, más que invitar al populismo, sugiere un horizonte de organización más equilibrado entre el populismo y la administración, que de hecho entienda la interrelación entre política como administración y política como “creación contingente radical”, en lugar de concebirlas como esencias excluyentes (Franzé, 2015a: 158-160). En parte, como dijera Villacañas Berlanga (2015: 17), no se trata de populismo sí o populismo no, sino que es posible hablar “de grados”. Pero, además, entre los horizontes populistas y los horizontes representativos existe una diferencia en el orden intelectual atribuido a

las relaciones sociales, lo que introduce un salto que no es meramente cuantitativo, sino también cualitativo: la representación sitúa la contingencia y el juicio en su centro, mientras el populismo radicaliza las equivalencias (entre demandas) y las diferencias (frente a quien no las satisface); teóricamente, sin colapsarlas en la identidad y la ajenidad.

Por otro lado, aceptar la estructura representacional del conocimiento, como destacué en el segundo capítulo, obliga a reconocer el valor de las experiencias, no sólo como *meras* sedimentaciones discursivas contingentes, sino en su dimensión “real”, en su imposible ajenidad radical, irreducible a lo simbólico. Desde una epistemología tal, las diversas particularidades articuladas se empeñarán en resultar, en distinto grado, contradictorias, animando procesos de articulación hegemónica diferenciados: a construir ideologías. Por eso, cuando hablamos de qué forma social responde mejor a la lógica de la representación, veremos que reclama dar espacio a la diversidad dentro de la unidad popular (no concebida esencialistamente), lo que tiende a expresarse mediante una pluralidad de significantes (y organizaciones) *en menor medida* vacíos, sin caer en la mera multiplicación de la particularidad. Esto es, se abre la puerta a la pluralidad de representaciones: a los actores intermedios con demandas organizadas bajo el horizonte del interés general, a los que el 15M dejaba fuera en tanto que colectivos.

Estos actores intermedios, para constituir su identidad sin abandonar la lógica representativa, necesitarán de unas fronteras no coincidentes con la idea de “pueblo” consideradas imposibles y contingentes, pero también necesarias. El 15M, por el contrario, difuminaba tanto el sujeto del autogobierno que reclamaban en las palabras “la gente” o “pueblo”⁶⁰ como su propia identidad como “indignados”, que jamás se concreta en una membresía: en una frontera que posibilitara la representación. El debilitamiento del horizonte nacional combinado con el directismo abría además espacio para la reivindicación jeffersoniana arriba señalada: debemos poder elegir unas nuevas reglas constitucionales porque, si no hemos participado directamente en su elaboración y aprobación, y por buenas que fueran o por mucho que en su redacción se tuvieran en cuenta nuestros intereses. Es decir, y una vez confundidos identidad y representación: no nos *representan*.

⁶⁰ No puede ignorarse al respecto el problema de una parte de la izquierda con la cuestión nacional, en parte vinculada a la Transición concebida como traición (véase los apartados 5.2.5 y 5.2.6 al respecto), y en parte por su articulación con los diversos nacionalismos periféricos. La excepción más importante la encontramos cuando el 15M es visto desde y se dirige hacia el exterior, convirtiéndose en la “Spanish revolution”.

c. Representación, distancia y democracia

Lo dicho hasta ahora, debo insistir. no significa que en ocasiones no puedan darse contextos en los que la mayoría de la ciudadanía se encuentre en grave conflicto con sus líderes políticos; en que la descripción populista no sea la más coherente con las experiencias mayoritarias en un momento dado. Lo que sí estoy tratando de mostrar es que la representación, en tensión entre la identidad y la otredad, situada entre la presencia y la ausencia (pero declarando ambas al mismo tiempo como imposibles e ineliminables) es una idea que cuenta con aspectos ciertamente valiosos de acuerdo a criterios democráticos. Esto enlaza con la impronta normativa que puede hallarse en la perspectiva postfundacionalista aquí seguida, en tanto que pone en valor, a la vez, el respeto por lo otro y la obligación de buscar el tan imposible como necesario entendimiento. Pero también con las teorías recientes sobre la representación, que han intentado una defensa fuerte de la democracia representativa *per se*, evitando defenderla como “segunda opción” frente a la democracia directa. Tal esfuerzo ha requerido poner en valor los aspectos democráticos de la denostada “distancia”.

Representación democrática y distancia

En la ya célebre expresión de Plotke y que da pie a estas recientes reflexiones, “lo opuesto a representación no es participación. Lo opuesto a la representación es la exclusión. Y lo opuesto a participación es abstención” (Plotke, 1997: 19)⁶¹. Al fin y al cabo, votar periódicamente a quienes deberán tomar las decisiones también es participar directamente en una cuestión política que, además, tiene importantes consecuencias sobre las decisiones. Así lo terminaron entendiendo muchos españoles en 2016 que, como vimos en el capítulo tercero (3.1.1), situaron como primera característica de la democracia la existencia de “unos partidos que defiendan y representen a los ciudadanos”. Aunque, visto lo visto en el anterior subapartado, quizás los encuestados estaban entendiendo ahí “representar” como identidad.

Para Urbinati (2008: 223) la representación democrática sería un “proceso circular [...] entre instituciones estatales y prácticas sociales” que permite la formación de la voluntad política, sin presuponerla fijada, que, en caso de una democracia, sucede bajo el

⁶¹ “the opposite of representation is not participation. The opposite of representation is exclusion. And the opposite of participation is abstention”.

horizonte de la soberanía popular y del interés general. Para llegar a esta conclusión, Nadia Urbinati (2004; 2005; 2008) ha insistido en la necesidad de una concepción de la soberanía que, contra Rousseau, tenga en cuenta la importancia del juicio y sus condiciones, que sí es representable, y no sólo la irrepresentable voluntad. Urbinati se acerca en este sentido indudablemente al modelo de democracia deliberativa habermasiano (Habermas, [1994] 1999).

Urbinati entiende que rechazar la representación conllevaría el peligro de eliminar *la distancia* entre la sociedad civil en el gobierno, caminando hacia la personalización de las ideas políticas y hacia la imposibilidad de trascender la inmediatez de nuestras “experiencias e intereses”; esto es, de reflexionar y plantear perspectivas normativas en torno a la ficción democratizadora del interés general. O, lo que es lo mismo: para formular ideologías (Urbinati, 2000: 760; Urbinati, 2006: 20; Urbinati, 2008). Unos partidos con mandatos definidos y obligatorios estarían limitados para mejorar sus posiciones una vez en el cargo mediante la deliberación, lo que además podría llevar a una concepción del interés general agregativa, como mera suma de intereses particulares, como ya señalara Burke ([1774] 1999). Irónicamente, también estarían impedidos para encontrar acuerdos entre intereses y orientaciones valorativas irreconciliables (Held, [1987] 2006: 130; Weber, [1922] 2002; Habermas, [1994] 1999: 238). La democracia representativa se opone también al inmediatezismo: al deseo de lograr todo “ya”, eliminando con ello los procesos, el reformismo y los tiempos que requiere la deliberación.

El principio de ajenidad juega así de nuevo parte importante en la representación democrática: al fin y al cabo, los ciudadanos suelen desear que los políticos no sean simplemente como ellos, sino mejores en algún sentido; que sean incluso ejemplares y coherentes con los distintos sistemas de valores que dicen abrazar, sin que tal coherencia se convierta en un abrazo total que nos arrastre *aunque perezca el mundo*. Dado que los representantes son electos, cabría esperar que el principio de virtud que caracterizará a esta “aristocracia” democrática dependerá de los propios ciudadanos (Manin, 1998).

La distancia es además condición necesaria para no ser tratados como “mercancía” en manos de políticos y banqueros, una reivindicación ética de los indignados que no puede sino recordar al imperativo categórico kantiano. “Aquello que tiene precio”, nos decía Kant ([1785] 1998: 112), “puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene

una dignidad”. En definitiva, Kant ([1785] 1998: 110) entiende que “todos los seres racionales están sujetos a la ley [por la] que cada uno de ellos debe tratarse a sí mismo y tratar a todos los demás nunca como simple medio, sino siempre al mismo tiempo como fin en sí mismo”. La política, reducida a mercado de votos, y el mercado, independizado de los objetivos éticos de la economía, no lograrían satisfacer por sí mismos dicho imperativo. Pero tampoco se lograría satisfacerlo negando el valor de la distancia en política, condición de esa dignidad de un “otro” y, con ello, de la pluralidad misma.

La lógica de la representación, una vez imbuida de la perspectiva epistemológica y ontológica postestructuralista, permite además al ciudadano reconocerse en acuerdos que no comparte totalmente (con los que guarda “distancia”), pero que está dispuesto a defender (contingentemente). Al fin y al cabo, en palabras de Schumpeter ([1942] 1983: 313): “Darse cuenta de la validez relativa de las convicciones propias y, no obstante, defenderlas resueltamente, es lo que distingue a un hombre civilizado de un bárbaro.”.

La representación ayuda también a reencontrarnos con las limitaciones humanas para conocer toda la información y argumentos posibles, admitiendo que la reducción estará siempre sometida a criterios de relevancia. Precisamente por ello, “sin una buena puesta en escena de las razones que deben estar sobre la mesa no hay manera de que los ciudadanos orienten críticamente sus demandas y puedan formarse una imagen significativa de sus intereses” (Greppi, 2016: 72). Esto, según varias quejas señaladas en la prensa, no ocurrió con la crisis. Pero deberemos también admitir que no sabremos siempre todo sobre todo, que no tendremos tiempo para todo o que nuestras capacidades no serán las más adecuadas ante cada problema y que, sin embargo, eso no quiere decir que necesariamente nuestros valores e intereses vayan a estar (o deban estar) ausentes en el momento de tomar la decisión. Internet bien podría funcionar en este sentido al contrario de lo esperado, pues “la tarea del representante es tanto más necesaria cuanto mayor es el volumen de información” (Sánchez-Cuenca, 2014: 166). Esta necesidad puede gestionarse también mediante una alternativa a la representación democrática: con la autoritaria tecnocracia.

Asimismo, la representación ofrece una vía para reconciliarnos con el modo en que las instituciones “representan” a los valores que dicen *encarnar*. Entender que esta relación siempre será de representación, y no de identidad (existiendo siempre cierta distancia entre los valores y los modelos y, a su vez, entre los modelos y su puesta en

práctica), abre precisamente el debate sobre qué valores privilegiar y mediante qué institucionalización se realizarán estos objetivos de mejor manera, pero ocluyendo la idea de un realizable horizonte de total reconciliación democrática. Por ello, la representación, así entendida, se sugiere como un dispositivo con gran potencial para abrir los debates sobre la democracia; para mantener en suspenso el cierre de su significado e institucionalización, facilitando una “democracia por venir”: esto es, una democracia como promesa imposible, abierta a su propia transformación (conceptual e institucional) y que, pese a saberse imposible, no caiga presa del desánimo (Derrida, [2003] 2005). En definitiva, de una democracia radical que se retira del mito de una sociedad racional y transparente (Laclau y Mouffe, [1985] 2001: 191).

Como dijera Pitkin ([1967] 1972: 239), debe entenderse que “ningún sistema institucional puede garantizar la esencial, la sustancia de la representación [...] sin o incluso en contra de las creencias, actitudes e intenciones”⁶². Por su propia naturaleza, nos encontramos ante un sistema basado en una (mayor o menor) confianza (Pitkin, [1967] 1972: 240). Esto significa que ninguna forma de institucionalización de la representación puede prevenir totalmente la ruptura del proceso circular que implica representar para Urbinati (2005: 194), pudiendo siempre derivar en un “despotismo indirecto”, en la expresión que esta autora tomase de Condorcet. La propia Hanna Pitkin lamentó en un artículo haber tomado como “no problemática” la relación entre democracia y representación en su ya clásica obra (Pitkin, 2004: 236). En el presente, dirá Pitkin (2004: 335-340), “el gobierno representativo se ha convertido en una nueva forma de oligarquía en la que la gente común está excluida de la vida pública”; “el resultado predominante ha sido que la representación ha suplantado a la democracia en lugar de servirla”⁶³. Esto abre el debate sobre cuáles son las condiciones para poder considerar a un representante como “democrático”. Pero esta cuestión está inscrita “en un debate más amplio que tiene que ver con la democracia que queremos y que puede ser” (García Guitián, 2007: 249, 272).

⁶² “No institutional system can guarantee the essence, the substance of representation [...] without or even in spite of the beliefs, attitudes, and intentions of the people operating the system”.

⁶³ “Despite repeated efforts to democratize the representative system, the predominant result has been that representation has supplanted democracy instead of serving it. Our governors have become a self-perpetuating elite that rules – or rather, administers – passive or privatized masses of people. The representatives act not as agents of the people but simply instead of them”.

Democracia representativa y otros modelos de democracia

En este sentido y en primer lugar, Urbinati ha planteado que su modelo de democracia representativa se opone a la democracia delegativa. Las elecciones no serían suficientes para calificar a un sistema representativo de democrático (Urbinati, 2008: 224), aunque sean necesarias. Considera clave no solo la autorización electoral, sino también las condiciones del juicio democrático: abierto y sometido al principio de igualdad política (2005: 200, 214–215). Poner como condición de la representación en mantenimiento del círculo deliberativo implica, como dijera Pitkin ([1967] 1972: 209, 232), que el conflicto entre representante y representado sobre qué debe hacerse no debe tener lugar normalmente ni persistentemente en un gobierno representativo; y, cuando ocurra, requiere de una buena explicación⁶⁴. Este gobierno sería compatible con el liderazgo, pero no con la manipulación ni con la coerción (Pitkin, [1967] 1972: 233).

En segundo lugar, también entiende Urbinati que el modelo de democracia representativa se opone a la democracia plebiscitaria. Ésta, igual que el modelo delegativo, se basaría en una concepción de la comunidad atomizada, privada de “asociaciones políticas intermedias y narrativas ideológicas” (Urbinati, 2008: 227). Frente a la inmediatez y la presencia física de la democracia directa, la democracia representativa abre una diversidad de espacios y tiempos en los que comunicarse y deliberar, y ofrece la presencia a través de la voz y las ideas (Urbinati, 2008: 255).

Vale la pena destacar que incluso Barber ([1984] 2003: 118, 139 y ss., 262), diferenciaba entre su modelo de “democracia fuerte” y modelos “unitarios” de democracia inspirados en la Grecia Clásica. Estos últimos buscarían la solución del conflicto mediante “el consenso comunitario definido por la identificación de los individuos y sus intereses con una colectividad simbólica y sus intereses”, convirtiendo a la comunidad en una abstracción impersonal en la que los individuos se relacionan de forma anónima y anómica⁶⁵. Para Barber, la democracia fuerte “no es el gobierno del «pueblo» ni el

⁶⁴ “representing here means acting in the interest of the represented, in a manner responsive to them. The representative must act independently; his action must involve discretion and judgment; he must be the one who acts. The represented must also be conceived as capable of independent action and judgment, not merely being taken of. And, despite the resulting potential for conflict between representative and represented about what is to be done, that conflict must not normally take place [...] or if it occurs an explanation is called for”.

⁶⁵ “Democracy in the unitary mode resolves conflict in the absence of an independent ground through community consensus as defined by the identification of individuals and their interests with a symbolic collectivity and its interests”. Mi énfasis.

gobierno de las masas, porque un pueblo no es aún ciudadanía [...]. Las masas hacen ruido, los ciudadanos deliberan”. Por eso reclamaba crear mecanismos institucionales que canalizaran y favorecieran esta participación desde lo local (Barber, [1984] 2003: 269). Por si quedase alguna duda, en el prefacio por el vigésimo aniversario de la obra, añadía: “votar instantáneamente por internet se parece menos a una receta para una democracia fuerte que para una tiranía plebiscitaria” en la que se segrega a diversas audiencias privadas según sus intereses especiales evitando con ello la necesidad democrática de encontrarse entre “extraños con intereses hostiles que, pese a ello, deben aprender a vivir y gobernarse juntos” (Barber, [1984] 2003: xv)⁶⁶.

Estos debates sobre modelos de democracia y la importancia de la mediación y las organizaciones intermedias que fomenten la deliberación estuvieron también, aunque se haya olvidado, en los debates constitucionales de 1978. Así, Manuel Fraga defendió inicialmente una “democracia representativa”, pero reprochaba al resto de formaciones que:

bajo el pretexto de defender la democracia representativa, contra la cual, ciertamente no tenemos nada, se ha querido quitar, forzando lo que algunos autores llaman partitocracia, la posibilidad de que el pueblo pueda, ante medidas determinadas, intervenir por la vía de las formas tradicionales de elección popular: el referéndum (Santiago Guervós, 1992: 144)⁶⁷.

También reclamaba Fraga mejores vías para ejercer la iniciativa popular⁶⁸; en definitiva, deseaba una compensación “de raíz profundamente populista, de raíz profundamente democrática”⁶⁹ frente a la partitocracia, esto es, contra el momento en que “los partidos no actúan como promotores de corrientes de opinión, de programas y de candidaturas, sino como monopolizadores del proceso político”⁷⁰. Su propuesta cambió de nombre a lo largo del debate para pasar a denominarse “democracia semidirecta”: una “verdadera democracia” en la que “las fuerzas sociales en momentos determinados, fuera

⁶⁶ “Instant polling via de Internet is less a recipe for strong democracy than for plebiscitary tyranny”. “the tendency of the Internet to speak to distinct private audiences segregated according to special interests undermines the democratic need to compel an encounter among strangers with hostile interests who nonetheless must learn to live and govern together”.

⁶⁷ Disponible en el diario de sesiones del Congreso de los Diputados, 19 de junio de 1978, p. 3449.

⁶⁸ Véase el diario de sesiones de Congreso de los Diputados, 13 de julio de 1978 p. 4212.

⁶⁹ Disponible en el diario de sesiones de Congreso de los Diputados, 6 de junio de 1978, p. 2936.

⁷⁰ Disponible en el diario de sesiones de Congreso de los Diputados, 13 de julio de 1978 p. 4219.

de la estructura de los partidos y paralelamente a ella, pueden plantear grandes causas en torno a una idea”⁷¹. Pero la “izquierda rechazará esa *democracia semidirecta* que defendía Fraga”, pues las fórmulas plebiscitarias recordaban en exceso los sistemas autoritarios y se temía ante la facilidad para manipular a una ciudadanía inexperta. “Para evitarlo, defenderán la expresión del pueblo a través de sus representantes en el Parlamento”; una democracia de base que se oponía a la “directa”; una democracia de la sociedad organizada (Santiago Guervós, 1992: 143- 154)⁷². Queden así en cuestión las tentaciones de establecer líneas causales rectas entre la escasez de mecanismos de participación directa en España y la presión de los actores vinculados al franquismo durante la Transición, en la línea de lo visto en el apartado 5.2.5.

Entre mandatarios y fideicomisarios: superando la diferencia

Como señalara Pitkin ([1967] 1972: 146), entre un modelo de representación mediante mandato imperativo y un modelo de independencia total existe todo un rango de posibilidades. Mansbridge (2009), por su parte, ha distinguido otros dos modelos: el modelo de representación por selección y el modelo de sanciones. Lo propio del primero es la confianza derivada de asumir que los representantes tienen motivos propios, internos, para realizar los deseos de los representados, mientras el segundo pone el acento en los controles. Pese a que los indignados pedían en sus manifiestos más control sobre la política, ha quedado patente que sus críticas parten de un anhelo por un modelo de selección: de ahí las demandas morales y de autenticidad a los políticos, muy evidentes cuando molestaba que, ante sus protestas, se lanzaran a atraerles por interés electoral, y no por una creíble convicción. Este anhelo también resulta coherente con la transversal demanda de listas abiertas o de primarias y en la crítica a la “casta”, en busca de poder seleccionar esas motivaciones internas. Sin embargo, el énfasis en los controles era también fuerte, encontrándose tras la exigencia de mayor participación, división de poderes y de transparencia, por ejemplo.

En opinión de Mansbridge, el modelo de representación por selección permite superar la división entre mandatarios y fideicomisarios, ya que no implica ni mandato ni jerarquía. Al respecto, Rehfeld (2009: 215) ha mostrado que la dicotomía delegado-

⁷¹ Disponible en el diario de sesiones de Congreso de los Diputados, 20 de junio de 1978, p. 3464.

⁷² Véanse las intervenciones de Peces Barba, disponible en el diario de sesiones de Congreso de los Diputados, 20 de junio de 1978 p. 3465; o de Solé Tura, DS 13 de julio de 1978, p. 4218.

fideicomisario (entre mandato imperativo e independencia del representante) oculta la distinción de tres elementos analíticamente diferenciables:

- 1) Los objetivos: si el representante sigue el interés de una parte o el interés general, por ejemplo.
- 2) La fuente del juicio: si debe permanecer fiel a su juicio o al de otros –por ejemplo, al de sus representados–.
- 3) Si el representante debe ser sensible a las sanciones –y a qué sanciones–, pues bien podría ocurrir que las asumiera (Rehfeld, 2009).

Por tanto, incluso si el representante fuera dependiente, entre seguir los deseos de los representados e ignorar sus deseos en nombre de lo que el representante entiende que son los intereses objetivos de los representados –lo que Sartori (1999) llamase “responsabilidad” del representante– se abre un dilema insalvable para el representante, que tendrá que decidir siguiendo su juicio para el caso concreto, analizando los motivos que subyacen al desacuerdo (Pitkin, [1967] 1972: 166).

La combinación de estos tres criterios permite a Rehfeld dibujar ocho roles o formas de representación. En este sentido, él entiende que la distinción entre mandatario y fideicomisario tiende a ocultar una cuestión democrática central: quién tienen autoridad para decidir en cada momento realizando qué roles se toman las decisiones. Cabe imaginar que ciudadanos con un férreo control del representante le exijan en ciertas cuestiones que actúe como un fideicomisario. Y, al contrario: sería posible que un representante libre de controles decidiese *motu proprio* actuar como mero delegado de sus electores.

Lo que encontramos en el caso español es la incapacidad para convencer a los ciudadanos de la conveniencia del modelo de representación institucionalizado, especialmente ante un incumplimiento de las promesas. A esto se suma que, según las más recientes investigaciones, las concepciones de la representación de los ciudadanos y de sus representantes son considerablemente distintas (Oñate, 2016): mientras entre los ciudadanos la concepción más común –41,6%– es aquella que entiende la representación como una relación *top-down* y de control *ex post* (los políticos proponen y los ciudadanos evalúan el trabajo durante la legislatura), los diputados conciben mayormente la representación como una relación *bottom-up* en la que el control se realiza antes y

después, pero especialmente *ex ante* (los ciudadanos proponen y eligen a los políticos para que realicen sus programas).

d. Problemas de la democracia y sus soluciones: sobre sistemas y consecuencias previsibles

Si ponemos ahora el foco en las críticas del movimiento y simpatizantes a la evolución de las democracias contemporáneas, debe reconocerse la razonabilidad de muchas de las quejas localizadas; al menos, si juzgamos tal razonabilidad por la existencia de discursos similares en la literatura politológica. Entre los investigadores con un análisis más cercano a los indignados, destaca el trabajo de Crouch (2004: 4) *Post-Democracy*, en el que el autor avisaba del avance de un modelo de democracia en el que “detrás de este espectáculo del juego electoral, la política realmente se decide en privado mediante la interacción entre gobiernos electores y élites que en una proporción abrumadora representan intereses empresariales”⁷³. Especialmente, señalaba Crouch, influirían aquellos intereses globales más poderosos que los mismos Estados y los medios de comunicación (cada vez en menos manos), generando una creciente impotencia en las causas igualitaristas.

Por su parte, Katz y Mair (1995) pusieron de relieve la tendencia de los partidos políticos continentales a aislarse con respecto de la sociedad civil, apoyados en la financiación pública y el control de los medios de comunicación. Este desplazamiento hacia la esfera del Estado permitió a algunos de los principales partidos políticos europeos lograr una gran interpenetración con el Estado. Para proteger esta posición, los beneficiados necesitarían mantener las barreras de entrada contra nuevos competidores, surgiendo así una “colusión inter-partidista”. De este modo, nos encontraríamos con unos políticos más “profesionales” que nunca y a los que nunca se les puede “echar” del todo, pues los principales partidos nunca están totalmente “fuera” del Estado. Los debates políticos se volverían cada vez más “autorreferenciales”, apenas diferenciándose las alternativas, sustituidas por su pretendida capacidad para gestionar mejor⁷⁴. Además, este fenómeno habría alcanzado también a grupos de interés (como sindicatos y patronal), que

⁷³ “Behind this spectacle of the electoral game, politics is really shaped in private by interaction between elected governments and elites that overwhelmingly represent business interests”.

⁷⁴ Este vaciamiento se sumaba a la tendencia a ofrecer programas cada vez más parecidos identificada por Kirchheimer (1966) en su análisis de los partidos atrápalo-todo.

serían “cooptados por el sistema”⁷⁵. Esto provocaría el surgimiento de organizaciones alternativas que, no obstante, serían breves y con un carácter de fuerte protesta.

El propio Peter Mair ([2013] 2015) profundizó años más tarde en la explicación de esta desconexión de los partidos políticos, advirtiendo que la tendencia al descenso de la participación política en las democracias occidentales se debería menos a una falta de confianza que a la incapacidad de los políticos para cumplir sus funciones, especialmente en el contexto de la globalización. El desinterés habría derivado a su vez en el auge de “un tipo de democracia que no tenga el demos en su centro”. El vaciamiento del espacio entre ciudadanía y política habría abierto oportunidades para el escenario “populista”, pero también para “el experto supuestamente no político” como la Unión Europea o el Fondo Monetario Internacional (Mair, [2013] 2015: 28, 36-37, 69). “No cabe descartar”, nos dice Sánchez-Cuenca (2014: 185) tras analizar la relación entre la UE y los estados, “que nos estemos dirigiendo hacia un régimen liberal sin autogobierno”.

El 15M como ideología democratista con una noción fundamentalista de la democracia

Anclados en análisis parecidos, los indignados proveían una visión global a lo largo de todas las funciones que Ball y Dagger (1991: 1-2) atribuyeran a las ideologías y, en todas, ocupaba un lugar central la idea de democracia:

- tenía una dimensión explicativa: la insuficiente democracia española habría resultado, vía la colusión de políticos y banqueros, en la crisis económica o, al menos, en su gestión contra el interés general;
- evaluativa: del sistema político español en tanto que democracia, pero también de los políticos y banqueros, de los recortes y, en último término, de la pasividad ciudadana;
- orientativa: generando la identidad de los indignados como defensores de una democracia real ya, como representantes de la gente “como tú” que pagan una crisis que no han causado;
- y programática: lograr mediante la movilización y la ocupación del espacio público las distintas reformas democráticas propuestas, que dibujaban un

⁷⁵ “Coopted into the system”.

horizonte colectivo alternativo, una ruptura, con respecto al orden/discurso cultural.

Es por ello que, en los términos definidos en el capítulo segundo, este discurso puede clasificarse como una ideología transformadora democratista.

Dada su pluralidad, los estudios de movimientos sociales sugieren considerar que el pensamiento de estos actores colectivos se organiza más como un *frame* que como una ideología (véase una presentación en detalle de esta posición en López Herráiz, 2017: 227). Sin embargo, como explica Freedon (2015a), no tiene sentido invisibilizar a las ideologías que no logren una extrema coherencia mediante un cambio de nombre, por mucho que supongan un reto para el investigador.

Debe hacerse notar, en primer lugar, que esta ideología elimina en su aspecto explicativo la posibilidad de que la democracia haya podido tener alguna consecuencia negativa sobre los problemas que identifica (que haya podido, por ejemplo, dificultar la toma de medidas para prevenir la crisis económica) y, por ello, concluye que el problema es únicamente una falta de democracia. Tampoco se plantea en ningún caso que optar por medios “democráticos” (en su propia definición) pueda dificultar en ningún sentido los objetivos. Para ellos, medios y fines convergen en armonía. Tal discurso se adecua a lo que Gustavo Bueno (2010) llamara “fundamentalismo democrático”: la solución siempre es más democracia, la democracia nunca y en ningún grado es parte del problema. Esto no ocurre sólo porque se esté hablando de democracia como valor, pues la dimensión axiológica de la democracia aparece fuertemente entrelazada con su institucionalización.

Sin embargo, contra Sartori (2007), debe señalarse que el énfasis en definiciones etimológicas de democracia en el 15M (esa democracia real que sería “el poder del pueblo”, P17507) no impidió el desarrollo de propuestas sobre cómo organizar los mecanismos de transmisión del poder hacia los representantes. Al contrario: las alimentaba normativamente, reclamando “mecanismos de control ciudadano para la exigencia efectiva de responsabilidad política”. Esto, al menos, cuando se miraba fuera del movimiento, hacia el Estado. Sin embargo, al interior del movimiento encontramos que apenas se organizó la verticalidad. Su carácter asambleario nunca dejaría de ser su seña de identidad. La propia historia del movimiento y sus derivaciones mostrarían que una insuficiente reflexión sobre cómo organizar la verticalidad puede irónicamente

conducir a dos escenarios opuestos, pero no incompatibles: a disolverse con el paso del tiempo ante la falta de institucionalización y a que la verticalidad se imponga.

La perspectiva directista, identitarista e inmediateista, en los términos arriba vistos, tuvo además consecuencias en la formulación de sus propuestas. Arias Maldonado (2016: 127) ha identificado en el movimiento cierto “romanticismo político”, que “invoca la necesidad de extender nuestra imaginación política para crear nuevas posibilidades sociales y con ello introduce un elemento utópico cuya abstracta vaguedad induce la suspensión del juicio racional a través de un estilo hiperbólico”. Empero, al sentirse el movimiento impelido a ofrecer una alternativa propia a partir de la deliberación y el consenso, sus propuestas no eran tan vagas como para evitar las críticas, por muy provisionales que se planteasen siempre.

La ausencia de una visión sistémica.

En el planteamiento de estas medidas llama especialmente la atención la falta de visión sistémica; algo que no estaba tan ausente en la forma en que los medios y el propio 15M problematizan las diversas carencias del sistema político español. Ahí, en línea con los autores arriba reseñados, sí se establecían rápidamente diversas conexiones, aunque fueran a veces exageradas. Por perspectiva sistémica me refiero fundamentalmente a que, como he mencionado con Pitkin, ninguna forma de institucionalización de la democracia puede ser satisfactoria todo el tiempo con respecto a todos los valores que persigue (especialmente si éstos son contradictorios); siempre existirán *desviaciones*, algunas inevitables. Pero no sólo los valores perseguidos son múltiples y capaces de subvertirse a sí mismos en su radicalidad, sino que también son múltiples los elementos que componen un sistema, dándose entre ellos interrelaciones complejas, que a veces refuerzan y a veces dificultan el logro de los objetivos buscados. Por ello, cabe la posibilidad de que, al intentar solucionar uno de los problemas identificados, se agraven otros.

El ejemplo más claro de la falta de visión sistémica lo encontramos en las propuestas del 15M sobre el sistema electoral. Los indignados exigían listas abiertas como vía para asegurarse de que los elegidos lo fueran por voluntad de los electores y no de los líderes del partido. Pero, al mismo tiempo, querían un sistema proporcional de circunscripción única. Bajo un sistema tal, los electores se encontrarían ante sí varias listas de hasta 350 diputados de las que, eso sí, podrían eliminar candidatos. La imposibilidad de recordar tantos nombres muestra que el deseo de conexión directa con el representante y

debilitamiento de las élites partidistas en la selección de candidatos, que se consigue con mayor facilidad con un sistema mayoritario, no puede compensarse en un sistema proporcional sencillamente mediante la implantación de listas abiertas. Aunque éstas podrían ser útiles para excluir excepcionalmente algunos nombres controvertidos, bien podría ocurrir que deviniesen en un instrumento infrautilizado, como ha ocurrido con los años y por otros motivos en el Senado (Penadés y Urquizu, 2007)⁷⁶. Además, como ya hiciera notar Max Weber ([1919] 2007: 122), un sistema proporcional tiende a aumentar el poder de las cúpulas partidistas mediante la elaboración de las listas, no a reducirlo como deseaban conseguir los indignados a través de las listas abiertas. Al mismo tiempo, las fuertes tendencias mayoritarias del sistema electoral en las circunscripciones pequeñas ofrecían potencialmente un mayor control sobre los candidatos que, sin embargo, era desaprovechado con una baja movilización, hasta el punto de que estas deshabitadas provincias tienden a convertirse en lugar predilecto para *paracaidistas*.

Estas contradicciones son en parte consecuencia de una actitud reactiva, que ofrece respuesta a los problemas concretos sin reparar en la visión de conjunto. También de su método de decisión (el consenso por sentido común), de su falta de asesoramiento especializado en los primeros días, de la ausencia de formación en los elementos básicos de la Ciencia Política en la educación obligatoria o de su urgencia. Además, habría jugado una parte importante el adanismo que tantas veces se ha criticado al movimiento, en tanto que muchos de sus participantes habían recientemente “despertado” de su indiferencia a la política ante el impacto de la crisis, lo que otorga al 15M –eso sí– un gran valor como socializador político y como espacio de experimentación y redescubrimiento de algunos de los fundamentos de la política moderna. También, no lo descartemos, sería una fuente de frustración para otros participantes; especialmente para quienes interiorizaran las prisas que el “ya” de su lema sugería.

Pero no podemos olvidar que hemos localizado en la prensa discursos muy parecidos, sin apenas matices y contrapuntos. Por ello, cabe pensar que un elemento importante para explicar esta coincidencia quizás sea que estas propuestas de reforma democrática suelen presentarse con tonos más apologéticos que analíticos. Así, los artículos encontrados, incluso cuando se dedican específicamente a cuestiones concretas como el sistema electoral, no se detienen a desgranar los posibles defectos en sus propuestas de avance

⁷⁶ Aunque con ello no debería descartarse que las listas abiertas no tengan un efecto preventivo, disuasorio.

democrático, sino sólo sus virtudes, con lo que tampoco se proponen formas de paliar esos defectos. Sin embargo, cuando recurrimos al conocimiento de la Ciencia Política lo que encontramos es que el diablo está en los detalles.

Perfeccionismo y aporías en el maximalismo

En el discurso encontrado además abunda la postura perfeccionista, es decir, la (al menos, aparente) creencia en que es posible una solución democrática total, lo que dificulta percibir apropiadamente la diferencia entre distintos grados de democraticidad. Como decía Sartori (2007: 55), el “perfeccionista lo resuelve todo en la maximización del ideal”. Así, todas las soluciones se exigen de forma radical: un sistema electoral “100% proporcional”; listas electorales “limpias” de corrupción; “transparencia total”; una “efectiva separación” entre los poderes del Estado o partidos con oportunidades de llegar al poder que ofrezcan alternativas reales. Cuando consultamos la literatura, sin embargo, nos encontramos con la imposibilidad de tal maximización, en términos empíricos, pero también filosóficos. Detengámonos un momento en señalar varios ejemplos.

En primer lugar, un sistema electoral 100% proporcional es imposible porque 1) los escaños a repartir son siempre menos que los votos, generando restos a repartir y 2) porque siempre habrá partidos excluidos del reparto (Balinski y Young, 1978: 848). Además, como demostró Gallagher (1992: 494), “jerarquizar las fórmulas de reparto en orden de proporcionalidad es un ejercicio subjetivo, que implica la selección de un criterio como prueba del algodón de la proporcionalidad”⁷⁷. Esto no significa que no pueda avanzarse hacia una mayor proporcionalidad. Pero este deseo de implementar una total proporcionalidad, que la Ciencia Política declara imposible –y, en todo caso, dependiente de una toma de posición–, deja entrever de nuevo el carácter metafísico del discurso.

Pero sigamos. No sólo es que no haya democracia sin algún nivel de corrupción: hecha la ley, aparece la desviación. Además, dado que la interpretación de las leyes y las leyes mismas evolucionan, y dado que el derecho ni puede ni debe abarcar a la moral, habrá siempre debate sobre qué es corrupción e, incluso, sobre cuál resulta tolerable. También resulta quimérica (además de indeseable por invasiva) una transparencia “total”: la disposición de todos los datos sobre todo. Por no decir que un aumento exponencial de

⁷⁷ “To rank seat allocation methods in order of proportionality would be a subjective exercise, entailing the selection of one criterion as the acid test of proportionality”.

la información, sin herramientas para su gestión y uniformización, puede sencillamente aumentar la opacidad junto a la sensación de una falsa transparencia⁷⁸.

Tampoco existen Estados con una división radical de poderes hasta el punto de incomunicarlos —aún menos, téngase en cuenta, en sistemas parlamentarios—: de hecho, el aislamiento de los distintos poderes incluiría la eliminación de las relaciones de control mutuo que precisamente motivan su separación⁷⁹. Y parecido ocurre con respecto a la petición de alternativas reales con oportunidades efectivas de llegar al poder. Al fin y al cabo, los indignados no deseaban realmente que *cualquier* alternativa tuviera igual oportunidad de llegar al poder. Su apelación al sentido común más bien parece esconder un proyecto hegemónico que restrinja la variabilidad de todas las alternativas de un modo distinto al que ya estaría en vigor, no quedando de hecho claro qué alternativas a la suya sí estarían dispuestos a asumir como legítimas.

En este sentido, otra autotraición por maximización puede encontrarse en la frecuente exigencia de superación de las ideologías. En palabras de un quincemayista, la indignación no es ni “de derechas ni de izquierdas” (M19509). Encontramos aquí la “declinación de una aprehensión global de la acción política” (Rosanvallon, 2007: 248), coherente con la fragmentación de las opiniones a partir de la elevación del nivel cultural del electorado (Dalton, 1984) y el avance de los valores postmaterialistas de autorrealización (Inglehart, [1977] 2015). Tal fragmentación dificultaría “identificarse” con un proyecto ideológico o partidista (Dalton, 1984; Dalton y Wattenberg, 2000), dando así paso a las demandas participativas que permiten la toma de decisiones individualizando cada cuestión.

Sin embargo, la falta de identificación con ninguna posición ideológica en un eje unimodal precisamente debilita las posibilidades de la mayoría para lograr las políticas que desea, motivo último por el que se pedía desechar las ideologías. Recordemos al respecto las paradojas que atenazan a las elecciones mayoritarias (apartado 5.2.6): cuando

⁷⁸ La transparencia puede tener además consecuencias no queridas, como por ejemplo intensificar el conflicto, priorizar la venta de la imagen por encima de la responsabilidad, o conducir a la paralización o a la derrota cuando el resto de actores no la asumen. Véase Sartori (1988a: 302). Sobre los problemas cuando se multiplica la información sobre las cuentas de los partidos sin unificar su formato, véase Villoria (2016).

⁷⁹ Téngase en cuenta, además, la incoherencia del 15M al reivindicar el aspecto más “ideológico” de la democracia, según el cuál todo debería someterse al poder del pueblo, y su reivindicación de una división de poderes radical, por mucho que esto sea coherente con la voluntad de limitar a “los políticos” y resguardarse de la arbitrariedad que implica la corrupción. Véase Kelsen ([1929] 2006: 189-194).

en una votación entran en juego dimensiones de desacuerdo diversas, desorganizadas, ello otorga gran poder al representante, fundamentalmente a través del control de la agenda (Thomassen, 1994; Sánchez-Cuenca, 2010; Riker, 1982). Así, lo que en principio se proponía como democracia más real, con individuos no alineados (ni ideológicamente alienados), liberados del yugo partidista y capaces de influir en los asuntos comunes, bien podría terminar desembocando en mayor poder plebiscitario para “los políticos”. Nótese aquí, de nuevo, lo productivo que sería sustituir esa identificación ideológica por la lógica de la representación tal y como se ha definido más arriba, haciendo compatibles así la mayor sutileza de las posiciones individuales y la articulación colectiva en torno a un proyecto conocido y *representativo* pese (y por) su distancia con el posicionamiento de cada uno de los representados, sean grupos o individuos.

Algo parecido sucede con las demandas del fin del bipartidismo como forma de mejorar la rendición de cuentas, dificultando su colusión. Antes de nada, nótese que hay una clara contradicción entre el rechazo a las opciones binarias y la demanda de un mayor uso de los referendos, que suelen plantearse precisamente para elegir entre el sí y el no. Por lo demás, aunque ciertamente tener más partidos con oportunidades de llegar al poder permite penalizar a los partidos sin tener que recurrir a la opción ideológicamente opuesta y además hay razones para pensar que definirán mejor su oferta y que ejercerán cierta *accountability* horizontal, la rendición de cuentas también puede resentirse multiplicando los partidos. Por un lado, porque el programa de gobierno deberá negociarse entre diversas fuerzas, difuminando las responsabilidades sobre por qué se aplicó una política o no. Por otro, porque un partido podría perder mucho voto y, aun así, permanecer en el poder mediante pactos. Finalmente, también se facilita que los líderes que fracasan se mantengan en la dirección del partido tras un mal resultado, al dispersarse la atención y la presión (Downs, 1957: 142 y ss; Urquizu, 2016: 33)⁸⁰.

La negación del pluralismo interno a la democracia y las propuestas fetiche

No es sólo que la radicalización de cada “medida” pueda resultar imposible o indeseable desde el mismo valor por el que se exige, sino que además su institucionalización está sometida a demandas normativas contradictorias, todas democráticas. Ocurre así, por ejemplo, con la participación. Sencillamente, “no existe un

⁸⁰ Véase al respecto Popper ([1987] 2010).

mecanismo participativo perfecto que reúna todas las características ideales”. Las tensiones surgen entre las exigencias de que los participantes sean “representativos, informados, que sean lo más numerosos posible y que salgan de la experiencia más predispuestos a participar que antes, todo ello por poco dinero y dando lugar a una resolución que tenga un fuerte impacto en la toma de decisiones final” (Font y Blanco, 2001: 233).

Lo mismo sucede con los sistemas electorales: la elección de distintos sistemas puede seguirse según la importancia que otorgamos a su sencillez y a su coste, a favorecer una mayor participación, a evitar tener que recurrir al voto estratégico o “útil” o a los votos que no obtienen representación, a la relación directa con los representantes y su rendición de cuentas personal, a la rendición de cuentas de los partidos y gobiernos, a la conformación de una oposición eficaz, a la facilidad con que se conforman esos gobiernos y la cohesión y estabilidad de los partidos, a los incentivos para la conciliación social, al peligro del clientelismo, a la proporcionalidad ideológica, a la representación de los diversos territorios, a la posibilidad de incluir cuotas para colectivos infrarrepresentados o a la desconfianza con respecto a la delimitación de las circunscripciones. Son criterios a veces conflictivos y algunos mutuamente excluyentes (Reynolds et al., 2005: 9-15)⁸¹. Ignorar esta diversidad de fines, sumado a la ausencia de una reflexión “sobre las paradojas y complejidad que siempre ha acarreado la relación representantes representados” hacía adquirir a las reformas electorales “un carácter cuasi mágico” (López Nieto, 2016: 235).

De acuerdo al planteamiento presentado en los apartados anteriores, sería la asunción de los defectos junto a las virtudes de las medidas deseadas lo que permitirá al sujeto político, con suficiente distancia reflexiva, entender que dichas medidas le “representan”, sin llegar a “identificarse” con ellas: a asumir un compromiso *irónico*, en los términos de Rorty (1989). Sin embargo, las propuestas recogidas se tornan en fetiches democráticos, internalizados en la misma idea de democracia. El caso más claro de fetiche lo constituye el sistema electoral proporcional. En ello coincidían, debe recordarse, con John Stuart Mill ([1861] 2001: 158), quien consideraba que sin un sistema proporcional “no es posible una

⁸¹ “are at times in conflict with each other or even mutually exclusive”. En base a los trabajos politológicos sobre las consecuencias habituales del sistema electoral, el Institute for Democracy and Electoral Assistance ha elaborado un clarificador test que señala, según la importancia atribuida a distintas variables en conflicto, el sistema electoral más cercano a nuestros valores. Puede accederse en: <https://www.idea.int/data-tools/tools/best-election-system-test> (Última consulta: mayo 2019).

democracia verdadera, sino una falsa apariencia de democracia”. Ahora bien, la preocupación del británico residía en la adecuada representación de las minorías y no, como ocurre si creemos lo que se decía desde el 15M, en la opresión de las mayorías.

Otra internalización llamativa la encontramos en el establecimiento de primarias para la elección del líder (y principal candidato) como única forma de democratizar un partido político. Nadie advertía al respecto de las primarias que, como explica Mair ([2013] 2015: 80-82), con este mecanismo pueden tener ventaja los líderes con mayor acceso a diversos recursos, no sólo al apoyo de los militantes. Las primarias resultarían particularmente manipulables cuando sabemos que los partidos han quedado considerablemente vacíos de militancia. A esto hay que sumar la dificultad para evitar que el aparato se haga con el control de la selección de los candidatos, haciendo desaparecer toda “sustancia” democrática del proceso (Katz, 2016; Galindo et al., 2015). Tampoco se señala el riesgo de una mayor presidencialización y personalización de la política: gracias a su legitimidad “directa”, el líder salido de unas primarias podrá someter con mayor facilidad a las estructuras intermedias del partido, donde antes se agregaban preferencias y se llegaba a acuerdos entre las distintas corrientes del partido.

Aun con estos riesgos de captura oligárquica, es cierto que las primarias bien podrían ayudar a fomentar la competición (Katz, 2016), rompiendo las colusiones y la “dominación de las camarillas”, en expresión de Max Weber. Al fin y al cabo, quizás sigamos ante la disyuntiva que plantea el mismo Weber ([1919] 2007: 122) hace ya un siglo: “o democracia de líderes con partido o democracia sin líderes, es decir, la dominación de los «políticos profesionales» sin *Beruf*, sin las cualidades carismáticas internas que convierten a uno efectivamente en líder”. Este regalo para los liderazgos fuertes que son las primarias, sin embargo, entra en flagrante contradicción con las loas a la horizontalidad que hacía el movimiento.

Con este énfasis en las primarias, además, se silenciaba la cuestión de la financiación de los partidos, clave según nos explican Katz y Mair (1995) junto a los medios de comunicación (cuyo control social sí se demanda, anexo 5). Probablemente, dadas las referencias encontradas, muchos indignados fueran conscientes de la existencia del dilema: renunciar a la financiación pública, y con ello a la independencia que ésta otorga frente a las interferencias de grandes grupos económicos (interferencia que precisamente

se estaba denunciando), o mantenerla, sosteniendo con ello el distanciamiento de los partidos con respecto al conjunto de la sociedad⁸².

Experiencias malinterpretadas y la tensión entre igualdad y participación

Podrían responder los indignados que la movilización social que promovían no permitiría la captura oligárquica de las primarias. Sin embargo, no se hizo ninguna llamada a la afiliación partidista, ni tampoco sindicalista. Esto es especialmente llamativo cuando Islandia se convierte en el modelo a seguir, obviando que —entre otras diferencias— el pequeño país en 2009 tenía “una tasa de afiliación sindical del 59,7 por ciento, un 15,2 por ciento a partidos y una implicación en asociaciones políticas cercana al 70%” (Galindo et al., 2015: 92). En claro contraste, las mayores carencias participativas en España tradicionalmente se encuentran en las actividades convencionales; especialmente, en aquellas relacionadas con los partidos políticos y los sindicatos (Torcal et al., 2006: 50-56). Por su parte, el 15M construía su mito en torno a “salir a la calle”, cuando en España las protestas ya superaban la media europea (véase apartado 7.1.2g). Las encuestas del CIS muestran el resultado: no se ha producido un aumento significativo en la pertenencia o participación en partidos políticos entre 2008 y 2017, pese a la aparición de nuevas candidaturas, ni tampoco en sindicatos o asociaciones de empresarios⁸³.

El descuido del duro trabajo diario de la militancia en el discurso coincide con la tendencia al abandono de las actividades políticas que requieren más dedicación y que advirtieran, entre otros, Mair ([2013] 2015: 54). Ciertamente es que la posterior descentralización del movimiento hacia los barrios intentó transcender este énfasis en la excepcionalidad, que alimentaban unos medios de comunicación amantes de la negatividad y la novedad (Ovejero Lucas, 2013: 34). Y, ciertamente, los datos de la ESS parecen indicar un aumento entre 2008 y 2012 en la colaboración con plataformas de acción ciudadana, que se sostiene hasta 2016, “próxima a los países con más participación del continente” (Torcal, 2016: 95)⁸⁴. No ocurre así en la pertenencia a asociaciones, que

⁸² Para una salida creativa al dilema, véase Galindo et al. (2015: 197).

⁸³ Banco de datos del CIS. Serie A.3.05.02.026 y serie A.3.05.02.027.

⁸⁴ La pregunta de la Encuesta Social Europea pregunta por la colaboración en partidos políticos y plataformas de acción ciudadana. Dado que la serie del CIS citada no muestra ningún incremento de la participación en partidos políticos, de aquí se puede deducir que ese aumento ha ocurrido en las citadas plataformas. Entre ellas seguramente hayan pesado especialmente el 15M primero, las llamadas “mareas” después y, finalmente, las organizaciones independentistas catalanas. Sería conveniente una modificación de la serie del CIS A.3.05.02.032, que no capta ese aumento, quizás porque se participa sin que se “pertenezca”, opción no existente entre las respuestas posibles.

desciende⁸⁵. Nótese que David Trueba tuvo el mérito de avisar del riesgo del excepcionalismo en el mismo momento en que apareció el movimiento:

La caricia mediática a los movilizados dejará paso al arte de hurgar en contradicciones y llegará el turno de los errores. Luego vendrá la indiferencia. La verdadera ambición de cambio tendrá que medirse frente a la resignación de los días laborables y la vulgarización de los discursos sonajero (EP23518).

Entre todos los debates que suscitan las diferentes formas de participación, querría destacar aquél relacionado con quién participa, pues esto nos conduce a otro de los problemas que acucian a los indignados más utopistas: su incapacidad para atenerse a las condiciones presentes. Esta incapacidad no sería más que signo de su voluntad transformadora si no fuera por sus prisas y falta de gradualismo: “«Lo queremos todo, lo queremos ahora»” (P20524), decía un indignado. Por un lado, como el ejemplo de Arakaldo o de otros pequeños municipios podría haber enseñado si se le hubiera prestado atención, cabe la posibilidad de que una minoría movilizada consiga imponerse ante la desmovilización de la mayoría. Este riesgo será especialmente alto si hablamos de una mayoría entregada a la “libertad de los modernos” y en las condiciones económicas actuales (Constant, [1819] 2002), que nos declaran a todos igualmente libres de esclavitud pero nos atan a la mayoría al trabajo asalariado. Como resultado, nos podríamos encontrar con una hipermovilización retroalimentada por la participación defensiva (incluso de aquellos que no tienen ni tiempo, ni conocimiento, ni opinión definida sobre un asunto y que preferirían que sus representantes tomaran la decisión de acuerdo a sus valores compartidos). Esta coacción para participar bajo amenaza del dominio de los hipermovilizados es un problema con el que toda propuesta participativa debe lidiar (Budge, 1996: 18)⁸⁶.

Por tanto, todos los mecanismos participativos, incluidas las elecciones, favorecen a los participantes frente a los no participantes, empezando por el voto; es un precio en

⁸⁵ Banco de datos del CIS. Serie A.3.05.02.023. Incluye toda asociación “deportiva, sindical, política, laboral, de vecinos, AMPA o de cualquier otro tipo”. Si en 2007 participaba el 38,7%, en 2016 la cifra había bajado hasta el 31,5%.

⁸⁶ Los impulsores de la propuesta “Democracia 4.0”, consistente como vimos en que los participantes resten a sus representantes la proporcional cuota de poder que les correspondería, creen haber solucionado con este mecanismo el problema. Sin embargo, lo cierto es que cuando se resta esa cuota a los representantes (o representante en caso de un sistema mayoritario), se hace por igual a aquellos que comparten la medida en disputa y a quienes lo rechazan. Por tanto, aunque se reduce (a la mitad) el efecto de movilización defensiva, no se elimina.

desigualdad a pagar por una mayor influencia sobre el poder. Pero no todas las formas de participación tienen el mismo coste, ni estos costes afectan por igual a todos, sino que existe un sesgo según el estatus socioeconómico (Verba et al., 1978). Las desigualdades se hacen “más intensas cuanto más costoso y minoritario sea el ejercicio de ese modo de participación, por lo que las formas de participación más activas suponen un mayor riesgo de desigualdades” (Font et al., 2006: 340).

Encontramos en el propio movimiento 15M una sobrerrepresentación de los estudiantes y universitarios, que se conjuga con “niveles de eficacia política interna muy elevados y claramente superiores a los de los no participantes” (Calvo et al., 2011: 7; Anduiza et al., 2014: 150-153): se perciben mejor informados y capaces de entender los problemas políticos, en correspondencia con su mayor nivel educativo (aunque bien puedan ignorar los mimbres básicos de la Ciencia Política, ausentes en la formación obligatoria). Paralelamente, aparecen algunos discursos elitistas sobre el derecho de la “generación mejor preparada de la historia” a tomar las decisiones, así como exaltaciones de la juventud, pues está en juego su futuro. También era evidente entre los indignados un sesgo ideológico hacia la extrema izquierda que nos recuerda el peligro de que los más extremistas, inspirados por su convicción, estén más dispuestos a participar intensamente que los moderados (Sartori, 1988a: 159-160)⁸⁷. No debería sorprender por ello que las posiciones más radicales demandasen mayores instrumentos participativos.

Además, “a excepción del voto [...] en los otros tipos de participación política se repite la pauta de que a mayor nivel de ingresos y de educación, mayor participación” (Ferrer et al., 2006: 144). Ya advirtió Max Weber ([1922] 2002: 702) de que en una democracia directa las diferencias económicas probablemente llevarían a que “los poseedores se apoderen de las funciones de gobierno”. Nos encontramos así la paradoja de que, estableciendo mecanismos de participación directa en nombre de la igualdad y de los más perjudicados por la crisis, podemos al mismo tiempo aumentar la desigualdad política, dando pie a una suerte de despotismo ilustrado participativo.

⁸⁷ Esto ocurre claramente en el eje nacionalista: “quienes se sienten exclusivamente catalanes o vascos son los que tienden a participar en mayor medida”. En todo caso, existe unatendencia de las personas ubicadas en la izquierda ideológica a ser más proclives a la participación extra-representativa y menos al voto. Véase Ferrer et al. (2006: 149-150).

Cierto es que las teorías participativas suelen contemplar como “requisito previo” una “gran reducción de la desigualdad social y económica actual” (Macpherson, [1977] 1982: 129). El problema, sin embargo, es cómo lograrla. Para esto, el movimiento confía sencillamente en la participación. En este sentido, el 15M destaca la naturaleza contingente del sistema económico y de las medidas tomadas. Pero esto parece partir de un menosprecio hacia la objetividad que alcanzan las relaciones de poder que ellos mismos denuncian: de “la dictadura de los mercados”.

Al respecto, resulta revelador escuchar la experiencia del expresidente Rodríguez Zapatero. Debe destacarse en primer lugar su voluntad de explicar sus decisiones en un libro para complementar sus anteriores intervenciones públicas y “cumplir lo que siento como una obligación democrática de explicación a los ciudadanos” (Rodríguez Zapatero, 2013: 9). Rodríguez Zapatero justifica su cambio de rumbo el 9 de mayo de 2010 apelando a un gran riesgo sobrevenido. “Europa vivió aquellos días una especie de ataque [...] masivo y por sorpresa”. La amenaza venía de “los mercados” financieros (con cara y ojos que él conoció, especifica); un enemigo potencialmente capaz de movilizar tres veces el PIB español en el ataque. Así es que, o “recortabas, o podías alimentar la espiral de falta de solvencia”; “no había elección posible” (Rodríguez Zapatero, 2013: 18, 21, 40, 48). Por ello, invoca “la ética de la responsabilidad weberiana”: “[yo] hacía lo que yo creía que tenía que hacer, aunque ello defraudara las expectativas depositadas en mí durante años”; “no podía fallar a mi país”, aunque para ello tuviera que “cambiar el paso y dejar de un lado una buena parte de mis aspiraciones, de mis promesas” (Rodríguez Zapatero, 2013: 14, 23, 98).

El expresidente por momentos suena él mismo indignado: “Este sistema parece lejos de ser equilibrado y racional”, pues “el modelo perfilado en la Unión Monetaria presenta fallos notables”, aunque en el momento de su establecimiento “casi nadie lo pensó” (y, desde luego, nadie asume tal responsabilidad). Esto se sumaba a que el “modelo de globalización” carecería de una “gobernanza mínimamente efectiva” (Rodríguez Zapatero, 2013: 19-20). Él habría reclamado en los foros europeos decisiones hacia una mayor integración económica y fiscal, pero los avances sólo se producían ante situaciones críticas, *in extremis*, pues los países con una baja prima de riesgo atribuían el problema a

la “etiología nacional” y Alemania buscaba soluciones que comprometieran lo menos posible al conjunto de la UE (Rodríguez Zapatero, 2013: 29, 36, 37, 141).

No parece por tanto que Rodríguez Zapatero no quisiera continuar con su política económica, sino que no podía hacerlo sin que ello supusiese un previsible desastre económico para nuestro país dada la organización del sistema económico y político europeo y las posiciones ideológicas de los otros gobiernos de la Unión. Los cambios que consideraba necesarios, de creerse posibles o deseables, tendrá que admitirse que eran imposibles en el corto plazo. De haberle escuchado con mayor atención, creo sinceramente que algunos indignados habrían aceptado que “sí nos representa”, aunque lo hiciera con un poder ciertamente mermado.

Esta limitación vino a confirmarse cuando Mariano Rajoy tuvo también que tomar medidas contrarias a su programa a partir del 10 de junio de 2012, como la subida del IVA, lo que defendió con la siguiente frase: “Los españoles no podemos elegir, no tenemos libertad” (Torreblanca, 2014: 44). Al margen de que los líderes pudieran estar minimizando su responsabilidad, se anuncia una situación en que las elecciones sencillamente no pueden determinar las políticas a llevar a cabo, quedando “desvirtuadas como instrumento democrático” (Torreblanca, 2014: 44, 68). Si bien en tiempos de la globalización aunar fuerzas puede ser la única vía de tener alguna influencia, ello no se ha acompañado de una democratización de la Unión, por lo que Torreblanca (2014: 94), entre otros, advierte de que en “lugar de democratizar la tecnocracia europea, la tecnocracia europea ha logrado colonizar exitosamente las democracias nacionales”.

En este sentido, Sánchez-Cuenca (2014: 10-15) considera que el tono regeneracionista de parte del 15M enfatizaba en exceso el factor institucional, pudiendo llegar a ocultar con ello que la fuente de los problemas no son “males seculares de la patria”. La caída de la confianza en las instituciones ocurre de forma similar en todos los países afectados por la crisis de la deuda, mientras que se mantuvo en aquellos no afectados. Como resultado y en su opinión, “no tiene sentido buscar una explicación particular y propia de la crisis política española” (Sánchez-Cuenca, 2014: 77). Los políticos fracasaron, sí, pero no por sus comportamientos, sino al no poder convencer a sus ciudadanos de que aceptaran sin más su impotencia, en parte constitutiva de la política misma (frente al optimismo del constructivismo radical) y, en parte, sobrevenida (Arias Maldonado, 2017).

Pero, ¿qué hacemos si las instituciones nacionales que el 15M trataba de democratizar mediante sus principales propuestas ya no son capaces de llevar a cabo las políticas deseadas? ¿Qué hacer si “ya no es posible «la democracia en un solo país»” (Vallespín, 2012: 168), y ésta es sustituida por una “gobernanza” insuficiente y, por definición, no impositiva, sometida a la última palabra de unos mercados financieros tan amenazadores como delicados? No puede decirse que el 15M no entendiera la dimensión global del problema (EP17503⁸⁸; Lokki, 2012: 13). Así lo demostró en su convocatoria del 15 de octubre, coordinada con otros países del mundo. Sin embargo, su horizonte seguía queriendo conjugar la soberanía nacional, la democracia y la globalización económica de un modo que poco después Rodrik (2012) declarase imposible. Además, su deseo de controlar y limitar a los políticos, de contrademocracia (Rosanvallon, 2007), y de un liberalismo que nunca se concibe en tensión con la democracia (Mouffe, 2012; Sánchez-Cuenca, 2010), además de su apuesta por los liderazgos amateurs (frente a la profesionalización) hacía imposible imaginar cómo pensaban luchar por el poder perdido por la política (por el Estado) más allá de ocupar una plaza.

En este contexto, la socialdemocracia se veía atada de manos por unas estructuras que, además, ella misma había ayudado a conformar. Una reacción popular, consecuentemente, era esperable. Al fin y al cabo, quizás Aron ([1952] 1999: 151) llevara razón en que “el liberalismo político –si se define como tal el sistema electoral parlamentario de competencia por el ejercicio del poder– lleva, de manera casi fatal, a un sistema de economía en parte dirigida y en parte socialista”. Por eso concluía que, siendo inevitables las demandas para paliar los daños y desigualdades que produce el capitalismo, realizar un sistema “como lo desean von Hayek o Jacques Rueff” requeriría de “una dictadura política”.

Con lo que no podía contar Aron es con que no sería necesario acabar con la competición para avanzar en esa dirección; bastaría con un vaciamiento de poder de los cargos a los que se accede por ella. En tal contexto, cabe preguntarse sinceramente si el “interés de la mayoría” defendido por el 15M era realmente retar frontalmente a esos poderosos actores, o si recobrar el poder político perdido requería de estrategias algo más sibilinas y, en tanto que menos transparentes, menos democráticas. De este modo, se abre

⁸⁸ “Queremos recoger la indignación ciudadana de forma coordinada con otros países, para que los políticos de toda Europa vean que la globalización no es solo económica, sino también de las personas y las redes sociales”

una oportunidad para discursos antiliberales en nombre de la soberanía popular, especialmente para castigar comportamientos que produjeron la crisis y que, en muchas ocasiones, no estaban regulados y, por tanto, no son sancionables. No encontramos sin embargo signo alguno en la prensa de rechazo contra el Estado de derecho. Sencillamente, se quiere tener todo a la vez, y se cree posible.

La fe del movimiento en la movilización para resolver problemas tan complejos supone un encumbramiento de la voluntad, “como si lograr o no determinados objetivos dependiera solamente de querer lograrlos” (Arias Maldonado, 2016: 128). Es este uno de los rasgos que Voegelin (2006: 149; 2014a: 125-128) identificara como característicos del gnosticismo (apartado 2.4.4). Y le acompañan otros rasgos del movimiento ya destacados. Por un lado, tenemos una fe en que las medidas surgidas del consenso serán coherentes entre sí y factibles siempre que se tenga la voluntad necesaria. Y, por otro, encontramos la creencia en que los problemas no son sino una cuestión de mala organización del mundo superable mediante el conocimiento (en este caso, otorgado por el sentido común) y la acción política y, en ningún caso, producto de la condición humana.

Esta voluntad, precisamente al no reconocer la irracionalidad moral del mundo, no sólo es incapaz de evaluar los riesgos que tiene frente así, sino que además se autolimita en los medios que serían necesarios para lograr algunos de sus objetivos más radicales (pues los medios deben ser “democráticos”), conformando lo que Žižek (2001a: 4) llamara una “falsa posición radical de izquierdas (que quiere democracia real para el pueblo, pero sin la policía secreta para combatir la contrarrevolución) [... sin ser] completamente consciente de lo que realmente significa tomar el poder y ejercerlo”⁸⁹. Se comporta así como un simulacro de revolución contra lo que, como apuntaban incluso prestigiosos politólogos, se antojaba como un “mero simulacro” de democracia (Vallespín, 2012: 167). Unos ciudadanos en su mayoría sin experiencia política y limitados conocimientos sobre la materia (aunque formados en otras) confiaban a su mera reunión un cambio revolucionario, inmediato, pacífico y mundial. Permítase que, ante tal escenario, cierre estas reflexiones con la siguiente cita de Tierno Galván:

⁸⁹ “In contrast to this false radical Leftist’s position (who wants true democracy for the people, but without the secret police to fight counter-revolution, without their academic privileges being threatened), a Leninist, like a Conservative, is authentic in the sense of fully assuming the consequences of his choice, i.e. of being fully aware of what it actually means to take power and to exert it”

Sin práctica política, órganos de educación política, ideales colectivos, ni posibilidades de intervención cívica, el hombre medio español cree que la mejor política es el bien absoluto. Por este camino se llega a una situación que pretende conseguir, por un cambio total y súbito, la felicidad para todos. Este estado quimérico lo he observado en no pocos obreros, estudiantes e intelectuales, y no me gusta. La mentalidad estética y metafísica que predomina en nuestro país puede convertirse en la juventud, sin educación política, en un vago mesianismo pseudo-revolucionario (Tierno Galván, 1976: 125).

7.2 LA IDEA DE DEMOCRACIA ENTRE LOS ADVERSARIOS DEL 15M

Tres tipos de discursos respondían al cuestionamiento de la democraticidad del sistema político español que supuso el 15M. Con menor grado de importancia, aparecen posiciones simpatizantes con el 15M, indignadas si se quiere, pero que llaman desde su misma trinchera a ejercer el voto. En segundo lugar, encontramos un discurso que, sin situarse junto a los indignados, les concede parte de razón, habitualmente destacando algunos de los problemas de la democracia vistos (7.1.2), aunque frecuentemente reconduciéndolos para responsabilizar al gobierno socialista; a los líderes y no al sistema. Éstos suelen denunciar al mismo tiempo aspectos no democráticos en el movimiento, sea en sus palabras o en sus actos. Finalmente, existen ataques contra el 15M de todo grado frontal, que se limitan a expresar críticas a su falta de democraticidad o a su falso democratismo.

La idea de democracia puesta en práctica desde la reacción ideológica conservadora puede ayudar a comprender los principios legitimadores del sistema político, aunque debe entenderse que tal defensa estará muy influida por el tipo de adversario al que se enfrenta. Para finalizar el apartado, se plantearán algunas reflexiones sobre la desobediencia civil, sobre las metáforas que articulan la visión liberal de la democracia y sobre el carácter “antisistema” del movimiento.

7.2.1 Democracia real “hoy”: nociones procedimentalistas de la democracia contra el 15M

Las críticas a la idea de democracia del 15M aparecen en 120 artículos, fundamentalmente en ABC (42 artículos) y en *El Mundo* (38), y también en *El País* y en *Público* (20 en cada uno). Debe tenerse en cuenta, no obstante, que casi la totalidad de las referencias halladas en *Público* son citas –en muchos casos para responderlas–, a excepción de un par: los mencionados llamamientos amistosos a ejercer el derecho a voto.

Una de las cuestiones que más atracción ejercieron como motivo de crítica fue la adjetivación de la democracia como “real”. Esperanza Aguirre lideraba este ataque argumentando que adjetivar la democracia la “devalúa” (ABC21514, P21506). Era una práctica propia de “Franco y los países soviéticos” (P20503). En claro contraste, “«[...]aquí hay una democracia, sin adjetivos»” (ABC20509). Varios columnistas, como Ignacio Camacho y Fernando R. Lafuente, insistirían en estos argumentos (ABC18507, ABC21515), además de Valeriano Gómez, entonces ministro de Trabajo: “apellidar a la democracia como «real» o «popular» es propio de dictaduras” (M20509). Se niega así todo posible pluralismo en torno al significado de la democracia apelando a la experiencia histórica de las manipulaciones del ideal democrático por parte de comunistas y franquistas.

Esta crítica enlazaba rápidamente con una definición de la democracia centrada en sus dimensiones legal y electoral, mostrando así el ánimo hegemónico y reactivo frente al 15M. El propio Valeriano Gómez entendía que “«[h]ay que decirles a los jóvenes que los cambios se logran mejor en las urnas»”, porque “[l]a democracia es el imperio de la ley bajo un Estado de Derecho. Nada más y nada menos” (M20509). Este exagerado reduccionismo (pues difícilmente puede uno creer que para el ministro la democracia se reducía al Estado de derecho) deja al descubierto la naturaleza reactiva de la intervención.

Pero antes de desarrollar este énfasis en las dimensiones legal y electoral, fijémonos en los nombres que se atribuye al modelo en peligro. Por ejemplo, Mariano Rajoy reaccionó al ataque contra los políticos en un mitin, algo que un editorial de *El Mundo* interpretó como una “defensa de la democracia formal, representativa” (M18506). Del mismo modo, Rodríguez Zapatero habría reivindicado “la democracia de partidos y no asamblearia”; “la «democracia representativa y de partidos»” (ABC20516, ABC20509). España es “un régimen constitucional de pleno derecho y consagradas libertades”, decía

Ignacio Camacho (ABC20508). El 15M se habría levantado “contra el sistema democrático liberal” (ABC20502), clamando “«democracia real» en contraposición con la que en realidad ya existe” (M22505), con un programa utópico “incompatible con una democracia liberal moderna” (M18506). En este sentido, se tiende a limitar la pluralidad del movimiento a su propia práctica organizativa para señalar que “la idea de una democracia sin partidos, asamblearia, no solo es inaplicable en un país moderno, sino germen del peor populismo” (EP22507).

Un tuit de Nuevas Generaciones del Partido Popular de Madrid resume bien el discurso que reaccionó contra el movimiento: «Vivimos en una democracia, sin adjetivos que la devalúen, o es democracia o no lo es, por eso #vota y cambia las cosas democráticamente». En esos pocos caracteres queda excluida la posibilidad de graduar la democracia (“o es democracia o no lo es”), pero, sobre todo, la posibilidad de que exista una diversidad de modelos de democracia deseables. En definitiva, entre los ataques al 15M abunda el esencialismo, que puede adjetivarse como realista por identificar lo que es “ser una democracia” con la vigente organización política de España, en línea con el discurso cultural hallado en el capítulo quinto. Al fin y al cabo, “por mucho menos de lo que han dicho y hecho [...], la España de Franco o la actual Cuba de Castro los habría encarcelado por graves delitos políticos, lo que debería llevarles a respetar al menos esta democracia que tan alegremente denostan” (M19516). La diferencia de experiencias resultaba innegable, tanto en los aspectos liberales como en el bienestar social, pero también en la posibilidad de ejercer el voto. La democracia es el sistema que “ha sabido contener la violencia social, el que ha combatido con más éxito la pobreza, el único que garantiza la pacífica alternancia en el poder, y el que ha dado los más altos niveles de vida a las sociedades desarrolladas de nuestro tiempo” (EP22510, M21512).

Este realismo llega en ocasiones a anular toda tensión normativa de la idea. Sin embargo, una parte importante de este discurso insiste al mismo tiempo en las imperfecciones de la democracia española, sin que ello lleve a cuestionar su democraticidad. “El sistema por el que nos regimos desde 1978 dista mucho de ser perfecto, pero es indudablemente democrático” (M19516, ABC20508, EP2251). Por ello, los indignados tendrían la virtud de haber mostrado la “urgencia de acometer reformas en las anquilosadas reglas del juego” (M22504). Pero este reconocimiento al movimiento suele acompañarse de una fuerte crítica a sus formas.

A veces, esta conciencia de imperfección se eleva para hacerla característica inherente a los sistemas políticos democráticos mismos (EP18514). Al fin y al cabo, “[s]iempre habrá descontentos y todos estamos en cierto modo descontentos” (M21512). Para ello, en un par de ocasiones se trae a colación la recurrente cita de Churchill (“«La democracia es el peor de todos los sistemas políticos, si exceptuamos todos los demás»”). Se trata así de rebajar las expectativas, lo que, en cierta ocasión, lleva a versionar la cita para cargarla de un pesimismo que emana claustrofobia y resignación: “esto es una mierda [...] pero no tenemos una mejor” (ABC20510, M22505). Esta anulación de las expectativas resulta especialmente llamativa en la profunda desesperanza de Vicente Verdú, quien culmina su artículo con una cita al *Apocalipsis* de San Juan. El escritor entendía que con la democracia ocurre:

lo mismo que ocurría con el «socialismo real». Pedíamos un socialismo de verdad pero la verdad era sencillamente así de horrenda. Otra cosa era, frente al «socialismo real», el socialismo ideal o el socialismo de Marx [...]. Cuesta decirlo, pero la “democracia real” es esta democracia de baja calidad, coherente con la comida basura, la telebasura, el malestar de las aulas y las malas barras de pan. Y tampoco es cierto que en el pasado una ética superior mantuviera las cosas en un nivel ejemplar [...]. El modelo ha fenecido. ¡Indignaos! es el grito que brota naturalmente de los viejos más honestos (EP19517).

En cualquier caso, sean cuales sean los problemas, “todos los males de la democracia pueden curarse con más democracia” (M22501). Esta cita de Alfred Emanuel Smith, que tan bien resume el fundamentalismo democrático, llegó a ocupar la cabecera de portada en *El Mundo*. A insistir en esta idea dedicó Pedro J. Ramírez una “carta al lector” (M22504), al que sumó un editorial, que aplicaba esta idea a España con una coda aclaratoria sobre qué debía entenderse por democracia:

Todos los conflictos han sido resueltos por la sociedad española a base de democracia. Un hombre un voto. No existe otra forma de afrontar los problemas colectivos ni tampoco otra soberanía popular. Nadie duda de que la democracia española tiene numerosas imperfecciones que necesita mejorar y que la clase política ha sido demasiado reacia a escuchar las voces de los ciudadanos que le reclamaban medidas de regeneración. Pero el cauce de

participación son las urnas y no hay otra representación política que la de las instituciones libremente elegidas cada cuatro años (M22505).

Se limitaba así la vía de expresión democrática a las elecciones, pues la soberanía no reside “en las calles ni en las redes sociales, sino en el pueblo español, y se expresa a través de las urnas en un parlamento representativo” (ABC20508). Nótese aquí al hilo de lo dicho en el apartado 7.4 la concepción de la representación manejada, cercana a la noción estándar, y que elimina la pluralidad de representantes de la que entonces se habló. “La verdadera democracia”, diría Esperanza Aguirre, “«es la que permite derrocar de manera pacífica a los gobiernos que lo han hecho muy mal»” (ABC20509). Coherentemente con esta concepción procedimental de la democracia, el 22 de mayo, día de las elecciones municipales y autonómicas, *El Mundo* titulaba en portada y a cinco columnas: “Democracia real hoy”. “La democracia real se expresa hoy”, insistía en el cuerpo (M22502). “España se [jugaba] su futuro inmediato”, según el editorial de aquel día, “y la única forma que tienen los españoles de intervenir democráticamente en su destino es acudir a las urnas con la papeleta de voto”. Por ello, esperaban que los electores mandaran con su voto “un mensaje inequívoco a quienes piensan que la «democracia real» consiste en gritar más alto en la calle y que la capacidad de decisión depende de ocupar espacios físicos en las ciudades” (M22505). “Las urnas” serían, en definitiva, “el auténtico clamor de la calle” (ABC23509). En palabras de Ignacio Camacho, la “democracia real ya existe y es esta, la del sufragio universal libre”, por mucho que conceda que “la calidad de sus mecanismos es manifiestamente mejorable” (ABC18507).

En consecuencia, se criticaba la “autoerigida «soberanía nacional»” (M21501): “me parece un poco exagerado considerar que 4.000 o 5.000 acampados son los depositarios de la soberanía popular” (M21512). En esta línea, varios articulistas, como Arcadi Espada, lamentan que la prensa haya otorgado al movimiento excesiva atención (M24501). Le surgía así al 15M el problema de la representación; de demostrar la democraticidad y validez de su reclamación como representante del “pueblo” o de la “mayoría” (algo a lo que aún no podían contribuir las encuestas luego disponibles). Por ello, la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, sólo veía en el movimiento una insignificante reunión antisistema (P18512). Desde la confianza que le otorgaba la cartelización que el 15M denunciaba, Aguirre alardeaba sugiriendo que “«[l]os antisistema debían presentarse a las elecciones»” (P17501, P18517, ABC17508). Nótese

que no se les anima a participar en organizaciones ya existentes o a institucionalizarse como grupo de presión, ni tampoco se propone dialogar sobre sus propuestas, sino que se alimenta su adanismo con el objetivo de menospreciarlos y de poner en valor la propia reclamación representativa.

El interés de los partidos en lograr apoyo electoral junto a su sincero compromiso con el valor del voto les llevaba a reforzar esta definición de democracia reducida, ya no solo a lo electoral, sino directamente al momento del sufragio; una noción de democracia que encajaba como un guante en lo que, de otro modo, podría haberse considerado como un hombre de paja construido por los indignados. Mariano Rajoy es uno de los impulsores más claros de esta idea de democracia, logrando un gran eco y aprobación en *El Mundo* y *ABC* y respaldado por otros miembros de su partido como Esperanza Aguirre (P19506, M19508), Ruiz Gallardón o Rita Barberá (ABC21516). Ésta última afirmaba que “«la democracia está en las urnas»”. Rajoy se ahorra los vuelos metafóricos para ofrecer directamente una definición: “«Democracia es votar para quitar al Gobierno», contesta[ba] a los indignados” (EP20508). Esa sería “«la regla del juego de la democracia»”, “«quitar a los gobiernos que no están a la altura con lo más importante que tiene una persona: su voto libre, valiente y decidido»” (ABC20509, P20508, P20503, EP20508, M20508. ABC20505, ABC20518). Por ello, animaba a participar en “«la gran fiesta de la democracia»” (M21515, P21506). Además, se presentaba “como «alternativa» para los indignados y acusa[ba] al PSOE de fallar a sus bases” (P20508).

Viñeta 11: PP y PSOE son dos caras del mismo disco



Fuente: El Roto. *El País*, 17 de mayo de 2011

Por su parte, Rodríguez Zapatero apuntaba en parecida dirección, aunque incluyendo para los ciudadanos una función de vigía: “Todas las mejoras y reformas se consiguen con el voto democrático y la exigencia crítica a los gobernantes” (P20503, EP19506, EP20507, M20506). Aun mostrando respeto hacia quien no quisiera votar, compartía con Rajoy: “«La gran fiesta de la democracia es votar»” (EP21504). Además, el ministro José Blanco le apoyaba en pedir a los indignados que “«no tengan una actitud pasiva»” (P17501); esto es, que no se abstuvieran (pues activos, en las plazas, ya estaban). Al fin y al cabo, “«[e]n democracia los cambios se producen por mayorías y estas se formulan con el voto»”, aducía Elena Valenciano (P19519). Varias piezas en *El País* reforzaban esta idea, incluida un artículo de Almudena Grandes titulado “¡Vota!” (EP16511) y una carta al director (EP19510). Incluso Mario Vargas Llosa salía al paso para poner en los labios de Montaigne que “abstenerse de votar” es “dar la espalda a la esencia misma de la democracia” (EP22510).

El mismo esfuerzo para llamar al voto también lo hacía Cayo Lara desde IU, pues la “abstención no va a castigar a ninguno de los poderosos”, aunque él sí enfatizaba que “democracia” también era participar de las asambleas en las plazas. “Que voten en rebeldía, pero que voten”, rogaba (EP21505, M19513). El contraste de este discurso, desarrollado especialmente en *Público*, con aquél hasta aquí presentado resulta muy aclaratorio. Por ejemplo, José Luis de Zárraga explicaba que: “La sociedad no se cambia sólo con votos, desde luego. Para cambiar la sociedad es indispensable salir a la calle, como habéis hecho vosotros. Pero [...] no da lo mismo quiénes tengan la mayoría” en los parlamentos (P21511). La misma posición aparece también en dos cartas al director (P21514, P22518), o en el citado artículo de El Gran Wyoming (P22525), entre otros.

Aquí debe pararse para apuntar una interpretación habitual del “No les votes” como llamada a la abstención (por ejemplo, EP22510, M19501, M19515), por mucho que algunos periodistas insistieran en aclarar su sentido original en el contexto de las protestas contra la “Ley Sinde”, dirigido contra PSOE, PP y CIU (P19509, P19509). Sin embargo, desde esa interpretación, y como en las elecciones “la participación” fue “ligeramente superior”, desde *El Mundo* y *ABC* se entenderá que el movimiento ha tenido “escaso impacto”, siendo esto un éxito de la “democracia real (la que hay)” y prueba de que “la mayoría de los españoles sigue creyendo en el sistema” (M23501, M23504, M23505, M23517, ABC23505, ABC23507, ABC23508, ABC23510). “«¿No decían que había que

dar la palabra a los ciudadanos? ¡Pues mira lo que dicen los ciudadanos cuando hablan en las urnas!»”, se jactaban algunos a ojos de *Público*, desde donde se percibía un tono “revanchista”: “una forma de decir a los que protestan contra el sistema político, la Ley Electoral, el bipartidismo y la partidocracia que si no quieres arroz, dos tazas” (P24508). “«¿Democracia real? Pa’ democracia, la nuestra’»” (P24515). “Las urnas dictaron sentencia”, así es que los indignados debían, sencillamente, asumir el fracaso y volverse a casa (ABC24502, M23505).

7.2.2 Contra la idea de democracia de los indignados: dispersión, izquierdismo, utopismo populista y totalitarismo

A muchos opinadores les preocupaba que se pasase sin solución de continuidad de señalar “que los partidos y sus líderes están realizando un uso incorrecto” del “parlamentarismo y el Estado de derecho”, a criticar estos principios mismos, sugiriendo “una enmienda política a la totalidad sin que se identifique claramente la alternativa” (EP17505, ABC21505). Este miedo, unido al escepticismo y el deseo de desacreditar al movimiento, suscita las demandas de “propuestas concretas”, que ofrezcan “una alternativa real al sistema actual”. A ser posible, claro, un programa que someter a las urnas: “Uno se presenta, propone un programa y si convence al electorado puede cambiar las cosas” (ABC18502, ABC18503). Sin embargo, los indignados no tendrían “grandes ideas originales” para la regeneración democrática más allá de “trabajo para todos, vivienda para todos y sanidad para todos” (ABC20507). Ni siquiera algunos simpatizantes como Juan Marsé o Álvaro Pombo las encontraban (P21519). En la pesimista opinión de Vicente Verdú, el “vacío que ha dejado el fracaso de esta democracia envejecida se corresponde con el vacío de la juventud airada”: “la información y la acción sustituyen ahora, aquí y allá, a la reflexión elaborada e ilusionada” (EP19517). En otras ocasiones, se considera que se están limitando a “proponer como solución lo que, en realidad, es solo el enunciado de los problemas” (EP20510). Por eso, “[a]ntes de condenar, deberían leer, plantear alternativas serias” (M19516).

Algunos sin embargo sí perciben que existe un proyecto propio desde el 15M, y que es de naturaleza claramente democrática. No obstante, sería “[t]an democrático como irrealizable” (M22516). “«Es muy fácil hablar de derechos cuando no se tiene la responsabilidad de cuadrar un presupuesto»” (M19516). Coincidiendo con lo arriba

reflexionado (7.1.4), también se criticó la falta de visión sistémica, llegando a calificar sus propuestas de “delirantes” (M19505). En este sentido, preocupaba desde una actitud típicamente conservadora la falta de “garantías” sobre si ese “nuevo modelo” traería “más libertad y más justicia” (ABC20507). En definitiva, les parece a varios poco realista. En palabras de Javier Pradera, “olvidan la interdependencia económica europea” e “ignoran las tercas resistencias de la realidad” (EP23509). Habría un problema de exceso de emoción: “con menos corazón y más cabeza saldríamos ganando” (M20514).

Además, sobre los medios empleados, a Vicente Lozano le parecía “imposible derrocar el sistema con las herramientas que proporciona el sistema cuando esas herramientas son las que perpetúan el sistema”. Se refería al uso del “móvil que han comprado a un precio asequible gracias a la competencia que genera el mercado”, la red de telefonía o las redes sociales gratuitas. “Es la paradoja de la #spanishrevolution: necesita el mercado para atacar al mercado” (M21510). Resultaba además sencillamente iluso pensar que iban “a cambiar el mundo a golpe de charanga y proclama” (ABC24502). “No me parece que estén dispuestos a todo”, a “morir”, decía Álvaro Pombo; por esto y otras cuestiones, “la protesta roza la tontería también” (P21519).

Viñeta 12: No hay ostras para todos



Fuente: Máximo. ABC del 18 de mayo de 2011

Sus propuestas, en definitiva, no serían sino “ensoñaciones posdemocráticas” (ABC23509) asentadas en “la cultura del gratis total”, “que pide [al Estado] todo y lo pide

ya”, sin hacer el “esfuerzo” necesario ni venirse a bien con la realidad (ABC19504). El movimiento además ignoraría las bases para “un Estado fuerte y de derecho, una Nación integradora” (ABC21505). Y, si lo que se quiere es regeneración, ésta “llegará cuando cada uno haga bien su trabajo” [...]; cuando las exigencias estén al nivel de lo posible, cuando el esfuerzo personal y colectivo nos cargue de razones para decir hasta aquí hemos llegado”, decía Félix Madero. Además, el periodista entendía que los políticos “se parecen a nosotros –también a los indignados– bastante más de lo creemos”. Los ciudadanos, por tanto, también tendrían responsabilidad, y alguien “debería explicarles que el cambio empieza en su interior”; “que el sistema, éste o el que venga mañana, lo dirigen personas” (ABC23503).

Los problemas que el 15M atribuían a la democracia, por tanto, encontraban aquí y allí algunas respuestas, nunca como parte de análisis sistemáticos ni sistémicos, sino más bien superficiales, mediatizados por su función para mostrar adhesión o crítica; pero, sobre todo, como concesión desde la crítica. Sirva como ejemplo la mencionada defensa de los políticos realizada por Mariano Rajoy: “«Lo fácil es descalificar la política y a los políticos»”, decía. “«Yo he sido concejal y diputado provincial, y diputado autonómico, y a lo largo de 30 años he conocido a mucha gente con mucho compromiso con mucho esfuerzo, con mucho trabajo [...] de nuestro partido y de otras fuerzas políticas»”. Esto no le impedía reconocer (aprovechando la ocasión partidistamente) que “«[...]hay gente que no siempre cumple con sus obligaciones; que a veces hay Gobiernos que no están a la altura de las circunstancias...»” (P18510, M18502).

Por su parte, Jaime Mayor Oreja consideraba que la “«crisis de confianza»” debía atribuirse a “la «crisis de valores en la que vivimos» actualmente” (M17505). Sobre la falta de alternativas electorales, *El Mundo* planteaba en un editorial que ya contábamos con “una amplia oferta de alternativas políticas” (M22505). Acerca del bipartidismo, sólo Ignacio Camacho respondía. En su opinión, “no es la consecuencia de una mala ley electoral, sino de la reiterada voluntad de millones de ciudadanos” y quizás la responsabilidad de algunos malos liderazgos (ABC20508). Por otro lado, las propuestas de mayor participación resultaban sospechosas por su falta de concreción: “apuesta DRY por una «participación política ciudadana mediante cauces directos». ¿Eso qué significa?, ¿asambleas permanentes? ¿votaciones a través de Twitter?” (M18507).

Algunas respuestas desde este realismo, sin embargo, no se avienen a la realidad del movimiento. Se advierte por ejemplo en dos editoriales de que entre las propuestas indignadas estarían “la supresión de la Audiencia Nacional” (algo que no figura en ninguno de los manifiestos encontrados), “el apoyo a la III República” (tampoco), “la derogación de la Ley de Partidos Políticos” (tampoco) y “la implantación de una política económica solo homologable a la de Corea del Norte” (cuando las demandas de consenso, como vimos, dibujan un modelo de economía mixta) (ABC20502, ABC21504). Es razonable pensar que algunos de estos temas se debatirían en los cientos de asambleas, pero nunca llegaron a los consensos que he podido consultar. También se les critica no mencionar “el amancebamiento [...] entre los tres grandes poderes del Estado”, algo que sí aparecerá en el consenso del día 20 de mayo –anexo 3–, incluyendo además al cuarto poder; esto es, a la prensa (ABC21505).

Otros, criticaban la ausencia de cuestiones fundamentales en términos democráticos desde una posición identificable con la derecha ideológica. Concretamente, como el movimiento no hacía “ni una sola referencia al pacto del Gobierno con ETA para meter a los asesinos en las instituciones”, Federico Jiménez Losantos o Isabel San Sebastián temían “que algunos estén a favor de la carátula etarra”; “¡Democracia sin ETA, ya! Lo demás es una estafa” (M20514, M21504). Una lectora, además, se sorprendía de que los indignados no se pronunciasen contra el aborto y la eutanasia (ABC23506).

En este sentido, merece la pena destacar un artículo de Juan Manuel de Prada, también peculiar por lo marginal de su argumento, aunque apunta en la línea de otros artículos recelosos de la visión estatista del 15M (por ejemplo, M18506). De Prada entendía que el movimiento no hacía sino reproducir “el clima de la época”, “suficientemente anegado” de la “propaganda progresista”: de “consignas utópicas (consignas que luego se pasa por el forro de los cojones cuando gobierna)”. Esto es, enmarca el discurso ideológico del 15M en su interpretación del (izquierdista) contexto cultural. El escritor reconoce en el movimiento la “nostalgia de la belleza, el bien y la verdad” inherente al ser humano, pero formulada en el lenguaje “que el propio «sistema» les ha inculcado: democracia participativa, libertades ciudadanas, subsidios, financiación pública, etcétera. Que es como si el esclavo le pidiera a su amo que lo esclavice más amorosamente” (ABC21506).

Fernando Vallespín, desde una posición más amable con el movimiento, advertía del riesgo populista. Éste se concretaba en su “desconfianza hacia las élites políticas”, su “apelación al pueblo” y sus propuestas, frecuentemente caracterizadas por “la simplificación o generalización de los problemas” (P22511). Para Eduardo San Martín, sin embargo, el peligro populista estaría en su voluntad de hacer “tabla rasa de todo lo que hay en nombre de una inalcanzable «democracia real»” (ABC18510); en su revolucionario utopismo.

Muchos atisban en este utopismo del movimiento la tentación totalitaria. El propio Javier Pradera recordaba a “los abuelos de los manifestantes”, que “apostaron en su día por desatinos antropológicos como el hombre nuevo y terminaron aceptando su definitivo destierro del paraíso terrenal” (EP23509). Aparece así el miedo a que las posiciones perfeccionistas deriven en “la melancolía que generan las cosas imposibles” (ABC23503) y, por ello, en propuestas “peligrosas” (M22505). “El hartazgo popular es tan grande que bordeamos el riesgo de fórmulas totalitarias como ocurrió tras la I Guerra Mundial. Y no. Los partidos políticos son imprescindibles en una democracia pluralista”, reivindicaba Luis María Ansón (M22513).

Por su parte, Isabel San Sebastián vinculaba al movimiento con la “Europa comunista” y señalaba: “No es casual que falte en el manifiesto la palabra libertad” (M19516). Las “críticas esencialistas solo conducen a totalitarismos, a soluciones providencialistas”, advertía Fernando Fernández (ABC19504). En su opinión, sin embargo, “[n]ada de lo que nos preocupa es una consecuencia del sistema, sino de decisiones concretas tomadas por personas físicas”. “las soluciones” estarían “en las inteligencias individuales y razonadoras que son capaces de amansar a las fieras y de conducir las por el camino del orden civilizado” (M21512).

7.2.3 Críticas al 15M por juego sucio, intereses espurios, extremismo y malas compañías

Los indignados, “pudiendo dirigir sus iras a quien gobierna, prefieren mezclar a unos y otros en el engrudo intragable de «El Sistema»” (ABC20507). Así, temen algunos, se sembraba una futura apelación de ilegitimidad contra el previsible gobierno del Partido Popular (ABC21508). Todo lo contrario, se recuerda, de lo que pasaba “cuando gobernaba Aznar”, y lo contrario de lo que ocurriría en una hipotética situación inversa (M20507,

M19595, M22504). Por eso, el movimiento pondría de manifiesto la falta de cultura democrática: “No deja de ser paradójico que los que se creen más demócratas que nadie quieran cambiar el reglamento cuando quedan dos minutos para que acabe este partido, y van perdiendo tres a cero...” (ABC21508, ABC19503). Pero “quien ha fracasado es el Gobierno, no el sistema”, insistía, entre otros, Ruíz Gallardón, pues “el Gobierno o los sindicatos” son los “responsables directos de la crisis”, en palabras de Curri Valenzuela (ABC20509, ABC20510, ABC22517, M19505). No todas las acusaciones tenían un tono electoralista tan claro: “La crisis inmobiliaria española era perfectamente previsible, como la financiera, y ha sido el autismo del Ejecutivo el que la ha convertido en una recesión mayor”, argumentaba Fernando Fernández (ABC19504). En definitiva: “no todas las gestiones son iguales ni producen los mismos resultados” (M19516). Para estos opinadores, la mayoría de los ciudadanos lo habrían percibido, según interpretaban los sondeos (M19505) y las urnas, habiendo cambiado el voto “ideológico” por el voto “frío” (ABC24510), racional; el que busca la mejor gestión.

Tras haber mostrado la importancia que tenía para el 15M su desvinculación de los intereses particulares representados por los cuerpos intermedios y su puesta en valor de la autenticidad, se entenderá ahora mejor el calado de algunas acusaciones e insinuaciones: “Había un guión: se preparó la protesta hace meses” (ABC22514). Especialmente duro era el ataque cuando se les vinculaba con intereses partidistas. Esto se hacía extendiendo sospechas: serían “pretendidamente espontáneos”, de un “pretendido apartidismo” (ABC18510, ABC22509), convocados por una “enigmática plataforma” (ABC18503). Para sembrar estas sospechas, se llegó a convertir la pregunta en la noticia: “niegan que tras ellos haya algún partido oculto u organización opaca en busca de un beneficio electoral” (ABC17509, ABC17512). Otras veces, con menor sutileza, se deduce que “hay algo más que un movimiento cívico espontáneo” (ABC17509), incluso atribuyendo al PSOE implícitamente su organización (ABC19506, ABC19511, M20507).

Que el PSOE buscaba y obtendría beneficios lo daban muchos por hecho, pues movilizaría a los votantes desencantados hacia Izquierda Unida, con la que después el PSOE podría pactar (ABC20509, M19502, entre otros). “Indignados y utilizados”, titulaba Isabel San Sebastián. Así nacía el temor de “una nueva «manipulación»”, en referencia a las elecciones de 2004 (ABC19512, M18520), lo que *Público* relataba entre la perplejidad y la ridiculización (P19501, P21516). Las “pistas” para la sospecha podían

hallarse en la “lista de asociaciones o colectivos que han respaldado públicamente este movimiento”— que serían “en su inmensa mayoría procedentes de la izquierda radical y antisistema—”, así como “la ubicación del campamento [...] frente a la sede del Gobierno autonómico de Madrid”, presidido entonces por Esperanza Aguirre (ABC20502, ABC19512).

Este mensaje contra el movimiento caló profundamente entre los simpatizantes y militantes del Partido Popular, hasta el punto de que en sus actos de campaña se repetían los cantos de: “«¡Esto es democracia, no la de Sol!»” (P21501, P22502, P24508, EP21506, EP23508). También “«Puerta del Sol, disolución»” (P24508). El ambiente de confrontación fue tal que Federico Trillo “regaló” una “peineta” a unos indignados que protestaban “tras un mitin de Camps en Torre vieja”: “«Respondí sin ninguna intención ofensiva; era una broma»”, aún trató de justificar (P21502). David Gistau lamentaba a este respecto que el 15M “ha fallado y se ha convertido en un problema particular de la izquierda”. Irrumpir durante la campaña le habría hecho perder “la oportunidad de ser algo mucho más grande a poco que se hubiera librado de la excrecencia cubanoide” (M24516). Habrían perdido muy rápidamente “la mentalidad transversal con la que [...] se había presentado inicialmente, y sus métodos y acuerdos de fondo se escoran ya de forma irreversible hacia la izquierda radical o antisistema” (M23502).

Aun cuando la acusación no fuera general, el 15M resultaba “una amalgama difusa” (ABC19513), en la que se incluyen “miembros de «tribus» urbanas y de todo tipo de pelaje” (ABC18511). El desprecio estético acompaña al político: “No creo que el 15-M sea cosa sólo de perroflautas (punkarras, okupas y gente poco higiénica en general, según Frikipedia), pero la amalgama no me convence”, decía Casimiro García-Abadillo (M18507). “Pijoprogres y perroflautas”, titulaba José Sotelo (ABC22517). “Todo ello aliñado con un paisanaje de jóvenes haciendo botellón en plena plaza, fumando porros o comiendo tortillas en tarteras” (ABC18513); un “numerito chabolista” (M20514).

Es “la extrema izquierda del PSOE”, decía González Pons (ABC18511). Alarmaban además las “proclamas anarquistas y anticapitalistas” y el ánimo rupturista, revolucionario (ABC17512). También que el movimiento se planteara “excluir a los medios de los debates” de las asambleas (ABC19512, M21501). “Reformas sí, pero sin patada al tablero”; “desde la serenidad, no desde la agitación” (M18506); desde “dentro del orden legítimamente establecido, no desde fuera del sistema” (M21505).

Recordemos aquí que “antisistema”, dado que el sistema es la democracia, se acerca (sin ser lo mismo) a decir “antidemócratas”. A esta acusación de antisistemas se respondió recurriendo a tres estrategias distintas. La primera, señalar que “habría que “redefinir el término antisistema” (P19517) para incluir, por ejemplo, a “los tiburones que han destrozado el sistema financiero” (EP19504). En segundo lugar, los indignados se mostraban a la defensiva: “No somos antisistema, el sistema es anti nosotros” (P19506, P18517, M19504). Aquí ya el rechazo al “sistema” es patente, pero sólo como reacción defensiva. En tercer lugar, algunos indignados llegaron a apropiarse del descalificativo matizando que los “antisistema no se oponen a todos los sistemas sino sólo al imperante; al contrario, creen que es posible otro sistema más justo” (P19520).

La prueba última de su peligrosidad estaría en las personalidades que les manifestaban apoyo. Fundamentalmente, el “régimen cubano” (ABC20504, M23502). “«Me han llamado de una radio de... ¡Venezuela! El mundo nos está observando»”, citaba ABC cargado de sarcasmo (M19504). Volvemos así a encontrar el uso de este atajo cognitivo para juzgar los eventos y posiciones según quiénes sean sus simpatizantes.

7.2.4 Un movimiento violento e ilegal

Como mostraron Casas et al. (2016: 83), “uno de los temas más sobredimensionados por los medios fue el de las libertades civiles. Este incluye debates como el derecho o no de los manifestantes de acampar en las plazas; las quejas por parte de los comerciantes de las zonas afectadas por las acampadas; la presencia policial en torno a las concentraciones; las opiniones de las diferentes Juntas Electorales y Gobiernos”. Atenderemos aquí a las acusaciones por violencia y por ruptura de la legalidad, íntimamente ligadas a la idea de democracia, como hemos visto en los capítulos anteriores. Recordemos, en todo caso, que nuestro campo de análisis sólo incluye artículos en los que aparece el lexema de democracia.

Empezando por la violencia, no puede obviarse su vinculación con lo “antisistema”. Así lo muestra, por oposición, la siguiente pregunta de Metroscopia: “Diría usted que el movimiento 15M es un movimiento pacífico que lo que pretende es regenerar la actual democracia o diría que es un movimiento radical y antisistema que lo que pretende es

sustituir el actual sistema por otro?”⁹⁰. Aprovechemos para señalar que mientras en junio de 2011 sólo el 17% se inclinaba por la segunda opción, para mayo de 2012 ya eran el 29%, aunque la interpretación del movimiento como reformista y pacífico se mantuvo como mayoritaria⁹¹. En la prensa encontramos además algunas contundentes defensas de la diferencia entre discrepar con respecto al “sistema” establecido y entregarse a los medios violentos (P19520).

Todos los medios informan de disturbios violentos tras la manifestación del domingo 15 en Madrid, así como de algunos encontronazos con periodistas en los días siguientes (empujones, escupitajos, aplicación de vaselina en los objetivos) (ABC18503, ABC18509, ABC18513, M18511, M19516, P18506). Ahora bien, existen diferencias en la importancia que se le otorga a esta violencia y a las declaraciones pacifistas, logrando en ocasiones convertir la violencia en el marco desde el que leer al movimiento. También hay diferencias en la radicalidad con que se distingue entre los causantes de los incidentes y el movimiento.

Estas diferencias están correlacionadas con la posición ideológica del periódico⁹². Así, el caso más claro de marco construido en torno a la violencia lo encontramos en *ABC*. La primera noticia que aparece en el diario sobre el movimiento se titulaba “La protesta de «indignados» acaba en una batalla campal” y se ilustraba con una imagen en que aparece la policía antidisturbios y algunos manifestantes arrodillados junto a ellos, con la cabeza tapada por capuchas y por un pañuelo palestino, rodeando a un compañero sin camisa que yacía en el suelo (ABC16509). “El guión [sic] no falló”, comenzaba el artículo, para pasar a relatar los actos de “centenares de «antisistema» y otros grupos «ultra»” que se habrían sumado al final de la manifestación. Al día siguiente, un pequeño editorial pedía a los organizadores que marcaran distancia con los “elementos antisistema que provocan grandes incidentes” (ABC17502) y que “aprovecharon el calor de la propuesta” (ABC17512). Parecía así diferenciarse a unos de otros. Sin embargo, en otro artículo del mismo día se explica que no ha ocurrido el demandado distanciamiento: “han

⁹⁰ Mi énfasis.

⁹¹ Para un análisis de estos datos véase <http://metroscopia.org/el-camino-hacia-el-actual-multipartidismo/> (Última consulta: mayo de 2019).

⁹² Pese a las limitaciones de la muestra para extraer conclusiones cuando nos alejamos del objeto, téngase en cuenta que las defensas del 15M por su pacifismo aparecen en 4 artículos de *ABC*, 6 en *El Mundo*, 11 en *El País* y 14 en *Público*.

llenado la plaza de carteles criticando la actuación policial y reclamando la puesta en libertad de los 19 detenidos” (ABC17512).

En claro contraste, la condena que el movimiento hacía de la violencia valía a *Público* y *El País* para dibujar una línea clara sin dejar de informar del resto de acontecimientos: los violentos serían una “minoría oportunista”, “habituales de altercados violentos que se autodefinen [nótese la subjetivización] como de extrema izquierda y anarquistas”, que quiere “reventar la protesta” (P17507, P18503, P18505, EP17505, P18506, EP19502). Este último relato se impuso, aunque al menos hasta el día 19 aún se pusiera el énfasis en algunos exabruptos (“en una asamblea del Movimiento 15-M, uno de los congregados propuso «quemar el Congreso»”, M19525) o en el acompañamiento policial (M19501).

Explicaba Fabio Gándara que, efectivamente, Democracia Real Ya condenaba “toda violencia”, por lo que “también hay que denunciar que la policía actuó de forma brutal”, y defendía la “resistencia pacífica” (P17503). La relación de retroalimentación entre violencia policial y resistencia se da por hecha: “Las convocatorias de ayer [por el martes] se produjo de forma espontánea después de que la Policía desalojara durante la madrugada del martes a las personas que acampaban de forma pacífica en la Puerta del Sol de Madrid” (P18505, M18511). Su filosofía era la siguiente: “«Si la policía viene a echarnos, nos iremos tranquilamente y volveremos a la mañana siguiente»”. Y así lo hicieron en varias ocasiones (EP20504, ABC19509).

Al respecto, entonces consejero de Interior de la Comunidad de Madrid, Francisco Granados, consideraba que “«la policía ha cumplido de manera impecable; esta gente ha estado enturbiando la convivencia de los madrileños»” (P18506, P18517). El desalojo se habría debido a “un requerimiento del Ayuntamiento, que alegó un supuesto problema de orden público”, que la Delegación del Gobierno de Madrid atendió (P18506). Ruiz Gallardón explicaba a un indignado al respecto que “«No se puede ocupar la vía pública»” (ABC18510).

Surgía así la cuestión sobre la legalidad o ilegalidad de las acampadas que, al producirse en medio de una campaña electoral y, sobre todo, por prolongarse sobre los días de reflexión y votación, tuvo un importante recorrido jurídico que la prensa siguió con bastante detalle. Para empezar, el miércoles 18, “el presidente de la Junta [Electoral Provincial] había acordado «no autorizar» la concentración solicitada a la Delegación del Gobierno 24 horas antes de la protesta”, alegando la falta de “«causas extraordinarias y

graves»” que la justifiquen y su posible interferencia con la “«campana electoral y la libertad del derecho de los ciudadanos al ejercicio del voto” (P19506). Así lo confirmó el pleno de la Junta, al contrario de otras juntas provinciales que se inhibieron, lo permitieron o sencillamente no fueron consultadas. Finalmente, la Junta Electoral Central acordó el jueves 19 “prohibir las protestas [...] tanto durante la jornada de reflexión como el día de las elecciones” (M20501, ABC21513), aunque con cuatro votos particulares contrarios a la mayoría⁹³. La sala Tercera del Tribunal Supremo, además, confirmará la decisión (ABC21503).

Puesto que el gobierno se amparaba en la proporcionalidad para no (volver a) disolver la acampada, asambleas y concentraciones, y pese a que la policía informaba del riesgo de ser multado (ABC19509) e incluso llegaron a intentar bloquear la entrada a la plaza, ello no ahorró las críticas al ejecutivo: “La policía no está para filosofar, sino para hacer cumplir la ley electoral”; especialmente dado que la ocupación se extendía en el tiempo: “el Ministerio del Interior tiene la obligación legal de desalojar”, sin refugiarse en ningún “ardid jurídico” (ABC20502, ABC21503, ABC22504, M18506, M19501, M19502, M21505, M22505).

La declaración de las convocatorias del fin de semana como “contrarias a la legislación electoral” abre entonces las críticas contra el movimiento por no respetar la ley. La decisión de la Junta lo había vuelto “ilegal”, “no solo porque interviene directamente en la campaña, ya que se apuesta por pedir que no se vote a los partidos que se presentan a las elecciones, sino además, y más importante, porque no se han cumplido los plazos fijados por la ley: tenían que haber convocado la protesta con un margen de 10 días” (M19501). “Muchos millones de españoles empiezan a sospechar que se limita su libertad de elección democrática” (ABC21507). “No hay democracia sin normas como no la hay sin urnas” (ABC21507). “«En eso consiste la democracia y todos debemos sujetarnos a ella y a lo que diga la Junta [...]»”, decía el senador Bermúdez de Castro (EP21512). Y, si “quieren cambiar las reglas del juego lo tendrán que hacer siguiendo las reglas del juego, porque esas reglas que nos hemos dado son las que nos protegen de los dictadores, si no ¿cuál será la diferencia entre el 23-F y el 15-M?” (ABC21509). En este sentido, la asamblea durante el día de reflexión llegó a calificarse de “aquelarre

⁹³ Se trata del acuerdo 349/2011 de la Junta Electoral Central del 19 de mayo de 2011, disponible en http://www.juntaelectoralcentral.es/cs/jec/doctrina/acuerdos?packedargs=anyosesion=2011&idacuerdoinst ruccion=28888&idsesion=737&template=Doctrina%2FJEC_Detalle (Última consulta: mayo de 2019).

antidemocrático” (ABC24514). “Cuando se formula un desafío de desobediencia explícita [...] se está adoptando una actitud autoexcluyente del sistema. Es decir, antisistema” (ABC21507). Preocupaba además el precedente para futuras ocasiones: “en adelante el Ministerio del Interior va a tener muy difícil impedir que todo grupo que lo desee organice manifestaciones y concentraciones por cualquier motivo sin pedir permiso ni aceptar órdenes de desalojo” (M21506, EP21512).

Viñeta 13: Deslegitimación de la Junta Electoral Central



Fuente: Vergara. *Público*, 20 de mayo de 2011

La posición del movimiento y de sus defensores ante la decisión de las autoridades electorales y judiciales fue muy variopinta. Por un lado, quienes afirmaban la “soberanía” de Sol despreciaban aquellas resoluciones que precisamente venían a confirmar sus críticas contra un sistema contaminado por los intereses del bipartidismo (M20515, P21509, P21519). En este sentido, decían, “«[n]osotros nunca hemos luchado por la legalidad de esta protesta, sino por su legitimidad, y eso ya está más que conseguido. No pedimos el voto para ninguna opción política ni que la gente se abstenga, sino que decida con responsabilidad»”, así es que “«[n]o es una decisión vinculante para nosotros[...]»” (M20501, EP20501). Sin embargo, en estas mismas declaraciones se aprecia la preocupación para, pese a todo, acercarse a los márgenes de la legalidad y evitar la intervención policial, algo que procuraban especialmente desde la Comisión Legal 15M⁹⁴. “No estamos incumpliendo la ley”, decía un portavoz contra el criterio de los órganos citados (ABC21513). Este ánimo se refleja también en la conversión de la planeada manifestación del sábado en una “invitación para compartir una jornada de reflexión” (ABC19509, M21501) o en la tramitación de un “permiso” (ABC17512, EP19503) para instalar las lonas, además de haciendo diversos llamamientos a no pedir el voto ni positiva

⁹⁴ Puede encontrarse más información al respecto en: <https://legal15m.wordpress.com/> (Última consulta: mayo de 2019).

ni negativamente (M21501) durante la jornada de reflexión, al pacifismo y al cuidado del mobiliario público.

Una fuerte vía de defensa indirecta del movimiento vino por la vía de tachar la jornada de reflexión de “anacrónica”, especialmente en la era digital. Era “un vestigio de la Transición” que “no existe en todas las democracias”, lo que para algunos debería haber pesado en la decisión (M21520, EP21512, EP21513). Se pretendía así rebajar la obligatoriedad de la decisión de la Junta, cuyos argumentos también se rebatían directamente en otras ocasiones. Esto lo hacían tanto periodistas como políticos del PSOE y de IU, asociaciones de jueces y de fiscales o magistrados individuales (en concreto, aparece citado extensamente el voto particular del juez Luciano Varela). En opinión de los mencionados, se estaría aplicando una “«ilegítima» e «injustificada»” “interpretación restrictiva de un derecho fundamental”: la campaña no puede significar que “quede en suspenso la libertad de expresión del resto de ciudadanos” ni se debe presumir “que se van a producir peticiones de voto” o “la negación de otros” (P21504, P19506, EP19503, EP20501, EP21512, EP21516, M21509, M21520, M22516). Catedráticos de derecho constitucional recordaban además que la comunicación debida no es una autorización, lo que implicaba que las concentraciones no podrían ser disueltas “salvo que se produzcan problemas de orden público” (P19506). En esta posición se encontraba también el gobierno (P20504, P21501).

A todo ello respondían algunos adversarios del movimiento recordando el valor de la legalidad: “La decisión de la Junta es discutible por su rigor restrictivo del derecho de manifestación, pero lo esencial no es eso. Lo esencial es que las resoluciones de los órganos competentes deben ser respetadas y cumplidas” (M19502). Ello, aunque especialmente desde *El Mundo* se reconociera lo indeseable de un desalojo que, dadas la circunstancias, habría requerido de altas dosis de violencia.

7.2.5 Reflexiones sobre las críticas al 15M

En este último apartado de reflexiones, dedicado a las críticas que recibió el 15M, me detendré en tres cuestiones. En primer lugar, plantearé la posibilidad de entender la desobediencia del 15M como forma de participación democrática en el margen entre las posiciones anarquistas y las legalistas. En segundo lugar, llamaré la atención sobre distintas metáforas que acompañan a la ideología conservadora localizada, y que ayudan

a conformar una noción procedimentalista de la democracia. Esto llevará a plantear en tercer lugar las insuficiencias de los planteamientos estrictamente procedimentales de la democracia, junto a algunas paradojas presentes en las críticas al movimiento; especialmente, cuando se considera “antisistema”.

a. Sobre la desobediencia y la legalidad

El derecho de reunión pacífica y sin armas está recogido en el artículo 21 de la constitución española, donde además se explicita que el “ejercicio de este derecho no necesitará autorización previa”. En todo caso, el apartado segundo de dicho artículo establece que, con el fin de armonizar nuestro derecho con el de los demás, se debe dar “comunicación previa a la autoridad” cuando se ejerza en “lugares de tránsito público”, aunque la autoridad “sólo podrá prohibirlas cuando existan razones fundadas de alternación del orden público, con peligro para las personas y bienes”⁹⁵.

Por otro lado, la Ley Orgánica que regula el derecho de reunión⁹⁶ establece únicamente tres casos para la disolución de manifestaciones y reuniones: cuando sean “ilícitas de conformidad con las leyes penales”, cuando “se produzcan alteraciones del orden público, con peligro para personas y bienes” y cuando “se hiciere uso de uniformes paramilitares”. Una sentencia motivada por las sanciones recibidas por los indignados aclaraba que, incluso si una reunión no hubiere realizado la comunicación previa debida, “ha de existir una motivación específica en la orden o resolución administrativa que ordena la disolución”, pues con ello se restringe un derecho fundamental⁹⁷. Seguía el magistrado en este punto distintas sentencias del Tribunal Constitucional⁹⁸. Además, se contaba con el precedente de una sentencia de dicho tribunal sobre el derecho de reunión en la jornada de reflexión, estableciendo que éste debe prevalecer “aun en detrimento de otros derechos, en especial los de participación política”, “salvo que resulte suficientemente acreditado por la Administración [...] que la finalidad principal de la convocatoria es la captación de sufragios”⁹⁹. Y, como argumentaba Rosario García Mahamut en su voto particular contra el acuerdo de la Junta, y citando al TC, “sólo en

⁹⁵ Constitución española, 29 de diciembre de 1978.

⁹⁶ Ley Orgánica 9/1983, de 15 de julio.

⁹⁷ Sentencia 274/2013 DEL Juzgado de lo Contencioso-Administrativo número 12 de Madrid.

⁹⁸ STC 96/2010 de 15 de noviembre.

⁹⁹ STC 96/2010 de 15 de noviembre.

casos muy extremos cabrá admitir la posibilidad de que un mensaje tenga capacidad suficiente para forzar o desviar la voluntad de los electores”¹⁰⁰. La interpretación de la Junta, señalaba el juez Varela, suponía “una previsión de hechos futuros” sin suficiente asiento¹⁰¹. En definitiva, creía que debería haberse aceptado la concentración bajo la condición de no reclamar el voto para nadie ni contra nadie, como finalmente ocurrió. Razones contra aquel acuerdo, por tanto, existían, aunque su validez legal fuera innegable.

Por otro lado, había un aspecto que dificultaba interpretar al 15M como un normal ejercicio del derecho de reunión: se trata de su falta de limitación temporal, pues ellos mismos hablaban de “asamblea permanente” o de duración “indefinida”¹⁰². Si bien son conocidos otros casos de ocupación reivindicativa y prolongada del espacio público, aparece aquí un vacío para equilibrar los derechos de todos a dicho espacio, algo que sólo la prudencia puede cubrir. Nunca es suficiente para tomar tal decisión, desde luego, que los reunidos se identifiquen como “el pueblo” con el objeto de negar la necesidad de tal equilibrio, y la petición a los indignados de imparcialidad (de plantearse qué opinarían de una ocupación del espacio público de sentido contrario) era por ello del todo pertinente, aunque no determinante. Además, el movimiento reivindicaba en su comunicación a las autoridades una excepcionalidad por unas circunstancias que, en realidad, venían de lejos; el único hecho sobrevenido era el surgimiento del movimiento mismo. Sencillamente, el 15M encontraba, frente a la inmediatez de la voluntad del pueblo, la dilación temporal que implica un sistema racional, legal-burocrático.

Por tanto, el movimiento rebasó la legalidad al no comunicar su deseo de reunirse con el tiempo debido, al desoír el acuerdo de la Junta Central Electoral y, posiblemente, al extender su presencia más allá de lo que el derecho de reunión ampara. Debe insistirse en que esto, frente a algunos simplismos encontrados y que reducen la legalidad a coacción, no implica que el Estado estuviera imperiosamente obligado a una actuación policial, o siquiera que ésta pudiera producirse legalmente. Al respecto, además, llamaba la atención que desde las posiciones ideológicas conservadoras se hablara en varias

¹⁰⁰ Sentencia 136/1999, de 20 de julio.

¹⁰¹ Puede consultarse el acuerdo y los votos particulares en: http://www.juntaelectoralcentral.es/cs/jec/doctrina/acuerdos?packedargs=anyosesion=2011&idacuerdoinst ruccion=28888&idsesion=737&template=Doctrina%2FJEC_Detalle (Última consulta: mayo de 2019).

¹⁰² Así lo manifestó el voto particular concurrente con el acuerdo de la Junta Electoral Central, siguiendo la sentencia del Tribunal Supremo 85/1988.

ocasiones de manifestaciones “no autorizadas”, saliendo de este modo del marco liberal y de la constitución misma.

El 15M reivindicaba su derecho a ocupar el espacio público desde argumentos entremezclados. Si, por un lado, enfatizan la dimensión anarquista de la democracia (ocupamos en uso de nuestra autonomía), desplazando el valor de la obediencia a posiciones adyacentes en favor de la voluntad popular, por otro cuestionan que se deba obediencia a un sistema autoritario o, al menos, no del todo democrático. Recuérdesse al respecto que el horizonte anarquista al que responde la desobediencia civil queda expuesto en las palabras que abren el conocido texto de Henry D. Thoreau (2012: 82) sobre la cuestión: “Acepto de todo corazón la máxima: «El mejor gobierno es el que gobierna menos» [...]. Pero al cumplirla resulta, y así también lo creo, que «el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto»”.

Pero no es necesario sostener este horizonte anarquista como una posibilidad realizable para derivar de él la legitimidad de una desobediencia. Como explicaba Dahl (1989: 50), el anarquismo le recuerda al demócrata que “a veces la responsabilidad puede requerirme desobedecer la ley, incluso si ha sido aprobada de forma democrática”¹⁰³. La clave aquí está en ese “a veces”. Al fin y al cabo, sin obediencia, no hay orden político – ni democrático ni no democrático–; en las palabras de Mill ([1861] 2001: 99): “la primera lección de la civilización [...] es la que nos manda obedecer”. También señala Mill, lejos de todo fundamentalismo, que el gobierno representativo puede no ser el mejor sistema para enseñar la lección de la necesaria obediencia, pese a presuponerla. Volvemos así a la paradoja de la libertad (Popper, [1945] 2017: 139; Platón, [ca. 375 a.C.] 2013: 562b)¹⁰⁴.

A la legitimidad de la desobediencia contribuye además el aceptar la imperfección de las democracias y la posibilidad de su mejora (esto es, el gradualismo). Así, debe reconocerse que la desobediencia puede convertirse en un instrumento democratizador de primer orden, sin que ello permita ignorar sus riesgos.

Rafael Vázquez (2012; 2015) se ha encargado en el contexto español de recoger algunas contribuciones clave sobre el valor y espacio de la desobediencia civil en una democracia –fundamentalmente, las de Rawls y Habermas– y de aplicar estas contribuciones al caso del 15M. Vázquez García (2012: 233) concluye que sus actividades

¹⁰³ “sometimes responsibility may require me to disobey a law, even one enacted by the democratic process”.

¹⁰⁴ Véase apartado 5.2.6a al respecto.

“pueden ser incluidas dentro de la práctica internacional de la desobediencia civil”. Sin embargo, esta afirmación debe matizarse si atendemos a los propios criterios que Vázquez recoge de Rawls, pensados para “un estado próximo a la justicia”; esto es, en el contexto de “una autoridad democrática legítimamente establecida” (Rawls, [1971] 1999: 309)¹⁰⁵. Ello significa, en primer lugar, que Rawls no tiene nada que decir sobre la desobediencia para aquellos indignados que cuestionaran radicalmente la democraticidad del sistema político español. Sin embargo, sus reflexiones sí son relevantes para que los adversarios del movimiento, que sí creían en dicha democraticidad, supieran si había buenas razones para considerar legítima aquella desobediencia.

Rawls ([1971] 1999: 320) define la desobediencia civil como “un acto público, no violento, consciente y político, contrario a la ley, cometido habitualmente con el propósito de ocasionar un cambio en la ley o en los programas del gobierno”¹⁰⁶. Con respecto a estos requisitos, puede verse que el 15M cumple todos los primeros, y en parte (o una parte) rebasaba el último. Es cierto que el movimiento era en su mayoría pacífico y, definitivamente, sus acciones eran públicas. También está claro que sus motivos no eran morales ni religiosos, sino políticos, demandando a la mayoría que pensaran si, a partir del horizonte común de justicia (a partir de una idea común de democracia) no deberían introducirse modificaciones institucionales. El 15M, si queremos traducirlo al vocabulario de Rawls, denunciaba “graves infracciones del primer principio de justicia, del principio de libertad igual, y [...] violaciones manifiestas de la segunda parte del segundo principio, el principio de justa igualdad de oportunidades”¹⁰⁷ (Rawls, [1971] 1999: 326): algunos ciudadanos (banqueros y políticos) habrían cooptado el proceso político, generando, además de una manifiesta desigualdad en la libertad, un riesgo cierto de retroceder en la

¹⁰⁵ “I shall assume that the context is one of a state of near justice, that is, one in which the basic structure of society is nearly just”; “Since I assume that a state of near justice requires a democratic regime, the theory concerns the role and the appropriateness of civil disobedience to legitimately established democratic authority”.

¹⁰⁶ “I shall begin by defining civil disobedience as a public, nonviolent, conscientious yet political act contrary to law usually done with the aim of bringing about a change in the law or policies of the government”.

¹⁰⁷ “there is a presumption in favor of restricting civil disobedience to serious infringements of the first principle of justice, the principle of equal liberty, and to blatant violations of the second part of the second principle, the principle of fair equality of opportunity”.

igualdad de oportunidades, empobreciendo a los más desfavorecidos y enriqueciendo a los más pudientes¹⁰⁸.

Sin embargo, con respecto al último criterio (el propósito de ocasionar cambios legales), la cuestión se complica; en parte, por lo plural del movimiento. Una parte del movimiento defendía un cuestionamiento radical del modelo de democracia. Hablo de la parte que no reconocía al Estado, saliendo por tanto de la “fidelidad a la ley” que requiere la desobediencia civil según Rawls, y que se debería expresar en la mencionada publicidad, en el pacifismo pero, también, en la “voluntad de aceptar las consecuencias legales de la propia conducta” como precio a pagar para convencer al resto de que nuestras acciones tienen una base suficiente en las convicciones políticas de la comunidad (Rawls, [1971] 1999: 322)¹⁰⁹. Debido a la falta de esta asunción de las consecuencias legales, en cuyo lugar aparece la denuncia de un derecho violado, Escámez (2017: 189) ha considerado que las acciones del movimiento exceden la desobediencia civil.

En definitiva, algunos miembros del movimiento se parecían, más que al desobediente civil, al “militante” (Rawls, [1971] 1999: 322-323): el que no acepta el sistema como razonablemente cercano a la justicia por desviarse demasiado de los principios que el mismo profesa, o porque –se cree que– el sistema persigue una concepción de la justicia equivocada. Consiguientemente, el militante no tendría razones para asumir las consecuencias legales que pudieran derivarse de sus actos. Además, para muchos de sus adversarios, fuera por ignorancia, utopismo o voluntad revolucionaria, los indignados violaban el “deber de urbanidad”, que “impone la aceptación de los defectos de las instituciones” en tanto que instituciones humanas (Rawls, [1971] 1999: 312)¹¹⁰.

Pese a todo, lo cierto es que el movimiento de facto hizo todo lo posible para mantenerse tan dentro de la legalidad como le era posible sin sacrificar su existencia misma. Eso sí, al mismo tiempo invisibilizaba su sacrificio del valor obediencia. Les valía

¹⁰⁸ Tan cierto era el riesgo que los datos sobre la distribución de rentas dan buena cuenta de ello. Por ejemplo, la ratio entre los ingresos totales recibidos por el 20% de la población con ingresos más altos en relación con el 20% con los ingresos más bajos pasó del 5,5 en 2007 al 6,9 en 2015, lo que nos situó como el cuarto país más desigual de la Unión Europea, sólo por detrás de Rumanía, Lituania y Bulgaria. Fuente: Eurostat. Código de la serie: SDG_01_20.

¹⁰⁹ “The law is broken, but fidelity to law is expressed by the public and nonviolent nature of the act, by the willingness to accept the legal consequences of one’s conduct”.

¹¹⁰ “we have a natural duty of civility not to invoke the faults of social arrangements as a too ready excuse for not complying with them, nor to exploit inevitable loopholes in the rules to advance our interests. The duty of civility imposes a due acceptance of the defects of institutions and a certain restraint in taking advantage of them”.

con saber que desobedeciendo recordaban que somos los titulares del derecho (Dworkin, [1977] 2012; Vázquez García, 2012: 231) y los intérpretes últimos de sus límites. Esto no quiere decir, desde luego, que los derechos puedan interpretarse de cualquier manera (Rawls, [1971] 1999: 341 y ss.), pero es cierto que, en el caso que nos ocupa, figuras de autoridad en la materia entendían que la decisión de la Junta Electoral Central restringía indebidamente el derecho fundamental de reunión; es decir, los indignados tenían apoyos autorizados en la materia. También recordemos que gran parte de quienes criticaban las formas del movimiento le reconocían a la vez su mérito por denunciar certeramente problemas; unos problemas que, quienes no caían presa del pesimismo, no creían inevitables. Éstos podrían haber admitido con Rawls ([1971] 1999: 337) que la desobediencia civil constituye “una forma moralmente correcta de mantener un régimen constitucional”¹¹¹, incluso sin admitir con Gargarella que la desobediencia “es un derecho que nos ayuda a mantener vivos los restantes derechos” (Vázquez García, 2015: 375)¹¹². Por ello, cada vez que los indignados se remitían a artículos de la constitución para fundamentar su crítica y petición de cambios, cada vez que denunciaban la incapacidad de una democracia delegativa para proporcionar aquello que promete la democracia representativa, legitimaban su desobediencia.

Sin embargo, definir el movimiento por lo que finalmente fue no permite entender los miedos de sus adversarios en el momento de su surgimiento ante una pluralidad tal. En definitiva, no era posible tomar partido a favor o en contra de los actos de desobediencia del movimiento sin definirlo, y el propio movimiento, por su naturaleza, se resistía fuertemente a la definición, aumentando la imprevisibilidad de los acontecimientos. Lo que por otro lado no puede obviarse es que los medios, dado que favorecían unas visiones u otras de un movimiento que estaba en conformación, contribuían o dificultaban la participación de personas cercanas a la ideología de su cabecera y ayudaban a definir el discurso quincemayista, a veces por reacción, a veces por retroalimentación. En ese sentido, la denuncia a la falta de transversalidad del

¹¹¹ “a morally correct way of maintaining a constitutional regime”.

¹¹² Las palabras de Gargarella provienen de un artículo periodístico publicado en *El País* el 21 de mayo de 2014. Artículo disponible en https://elpais.com/elpais/2014/05/16/opinion/1400247748_666298.html (Última consulta: mayo de 2019). Puede encontrarse un mayor desarrollo de su planteamiento en Gargarella y Aguiar González (2005). Para una crítica a entender la desobediencia civil como derecho, véase Ovejero Lucas (2005a: 155): “El derecho a la resistencia, entendido como la posibilidad de dejar de cumplir las leyes no puede formar parte del propio marco legal”.

movimiento en parte se antoja como una profecía autocumplida. Por supuesto, sobran los intereses para que así fuera, reduciendo el movimiento a un problema de la izquierda.

b. Las metáforas procedimentales en los discursos contrarios al 15M

Si en el apartado de reflexiones sobre la concepción de la democracia en el 15M y los problemas de la democracia destaque cómo el discurso central del movimiento se acercaba al modelo republicano tal y como lo definiera Habermas ([1994] 1999), puede observarse en sus adversarios una concepción cercana al modelo “liberal”, según los términos del alemán.

Para empezar, los críticos asumen que cada uno tiene derecho a “perseguir sus fines privados” (incluso si son otras formas de democracia), pero deben “observar los límites de la acción estratégica que hayan sido acordados en igual interés de todos” (Habermas, [1994] 1999: 236). Recuérdese, en todo caso, que los adversarios del 15M no apelan a la ley como instrumento de protección frente al poder, sino frente a sus conciudadanos y sus deseos de ocupar el espacio público, lo que se defiende de varios modos.

Primero, atendiendo a los argumentos de la Junta Electoral Central, se apela al peligro de que la opinión pública se vea influida indebidamente por las manifestaciones. Esto supone pasar de la confianza en los individuos para definir sus propios intereses, típica del liberalismo utilitarista, a la desconfianza en la masa; en unos “consumidores [...] tan sensibles a la influencia de la propaganda” (Schumpeter, [1942] 1983: 330) que deben ser protegidos de las manifestaciones ajenas. La ocupación además se interpreta como una forma de coacción y, por tanto, inadmisibles en democracia. Por otro lado, se apela al compromiso colectivo de cumplir las leyes en tanto que expresión democrática, sin plantearse las circunstancias particulares del caso, con intención electoralista y con vistas en la deslegitimación del movimiento. De este modo, para algunos pasa a un segundo plano el requerimiento democrático de solución pacífica de los conflictos; al fin y al cabo, los indignados se han salido de la *vía* electoral, la única democrática.

La insistencia en el cumplimiento de las reglas y en las elecciones nos habla una visión de democracia procedimental; es decir, se entiende la democracia como un método (*methodos*, camino) competitivo para la elección de líderes, en la línea de Weber ([1922]

2002: 739 y ss.)¹¹³ que continuaron Kelsen ([1929] 2006), Schumpeter ([1942] 1983), Popper ([1945] 2017) o Downs (1957). En definitiva, se destaca la importancia de cumplir “las reglas del juego”. Esta metáfora del juego, que ya apareció en el capítulo sexto, se ha mostrado central en los discursos contra el 15M¹¹⁴. Parémonos ahora en ella.

La metáfora del juego aparece en varias defensas teóricas de dicha noción procedimental de democracia. Por ejemplo, para Bovero (2002: 47) “la única concepción de la democracia analíticamente rigurosa” es la “concepción *procedimental* [,] de acuerdo con la cual la democracia consiste esencialmente en un conjunto de reglas del juego”. Dicho de otro modo: “Podríamos decir también, utilizando una metáfora común, que la democracia es un «juego», o sea un sistema de acciones e interacciones típicas, regido por un cierto conjunto de reglas fundamentales, a las que denominamos precisamente «reglas del juego»” (Bovero, 2010: 12). También Schumpeter ([1942] 1983: 335) recurrió a esta metáfora, junto a la militar, para delimitar la actividad del político¹¹⁵. El juego, en definitiva, es una vía por la que dar paso al aspecto conflictivo de la democracia sometido a un sistema de reglas. Si los juegos se utilizan habitualmente como metáfora para procesos que generan vencedores y perdedores mediante un criterio claro y definitivo (Lakoff, 1992: 13,17), en democracia el criterio serían las elecciones.

La metáfora del juego introduce cierta distancia con el proceso (“no es más que un juego”), que podría contribuir a evitar la radicalización del conflicto: un juego requiere, en última instancia, la aceptación del adversario como tal. Pero cuando la distancia se torna excesiva el juego pierde sentido. Se vuelve “simulacro”, agotando a un “espectador” que ya no cree nada ni espera nada: no sería “más que un mero juego” (Wright, 2013)¹¹⁶. Para que el juego tenga sentido debe haber algo importante “en juego”, lo que nos devuelve a las reflexiones en el anterior capítulo sobre la importancia del conflicto para la democracia (6.1.7), pero también a recordar la falta de alternativas que denunciaba el

¹¹³ Véase Abellán (2011a: 251).

¹¹⁴ En el periodo analizado, la democracia hasta en 21 ocasiones aparece referida metafóricamente como un juego, sin contar las veces en que se habla de “perdedores” o “ganadores”.

¹¹⁵ “Como los políticos disparan palabras en vez de balas, y como estas palabras se dirigen inevitablemente hacia los problemas puestos a debate, la finalidad real de la actividad parlamentaria puede no resultar siempre tan clara como la de la actividad militar. Pero lo esencial de ambos juegos es la victoria sobre el adversario”.

¹¹⁶ Dice Wright (2013: 451): “Politics needs and thrives on disagreement and competition. But the disagreement should be real, about things that matter, not the kind of predictable and ritualised disagreement on everything that just turns politics into a game”.

15M. Así, explicaba un lector que él ejercería su derecho al voto porque “[n]os jugamos salvar el sistema educativo; un sistema sanitario público y eficiente; que los recursos de todos no lleven el camino que lleva el Canal de Isabel II, que pronto pasará a manos privadas” (P21514). Además, si no somos parte del juego, siempre cabe que *estén jugando con nosotros* o de que *nos la estén jugando*.

La metáfora se utiliza con fines conservadores desde los adversarios del 15M, pero, como se ve, permite también usos subversivos, embriagados del voluntarismo quincemayista: “Se nos olvidó, con la prosperidad, que somos los dueños del tablero y que, si las reglas no funcionan, de nosotros depende conseguir un reglamento nuevo” (P23511). Un futuro análisis de la metáfora, más detenido, deberá tener en cuenta la gran diversidad de juegos existente y mostrar cómo se reduce esta variedad cuando se usa la metáfora como modelo para entender la democracia. Por ejemplo, existen juegos colaborativos, en los que todos ganan o pierden. Sin embargo, la metáfora del juego marca insistentemente la diferencia entre “ganadores” y perdedores”¹¹⁷. También sabemos que con algunos juegos populares, como en el parchís, es posible alegar que “en mi casa se juega así” sin renunciar a estar jugando al mismo juego. Rearticulaciones de la metáfora en esta dirección permitirían, en expresión de Mouffe (2012: 86-87), “reconocer y valorar la diversidad de formas en que puede jugarse el «juego democrático», abandonando el intento de reducir esta diversidad a un modelo uniforme de ciudadanía”.

Nótese que algunos adversarios del 15M definen estas “reglas” del juego de forma muy restringida. En definitiva, consideran que la democracia consiste en poco más que en el derecho del pueblo a juzgar y expulsar del poder a los gobernantes, renegando con ello de todo posible poder comunicativo; de un modelo deliberativo de democracia (Habermas, [1994] 1999). Como se ha destacado, ni los adversarios ni los simpatizantes del movimiento (con una honrosa excepción) hacen una apelación a participar en los partidos políticos existentes o a organizarse como asociaciones que sirvan como interlocutores sociales. Sólo Esperanza Aguirre plantea, como un desafío que el tiempo le

¹¹⁷ La referencia a ganadores y perdedores es especialmente común para hablar de los resultados electorales, lo que resulta poco coherente con un sistema parlamentario con fórmula de reparto proporcional, en el que el “ganador” en términos relativos puede ser incapaz de sacar adelante sus iniciativas legislativas o la candidatura a presidente del gobierno deseada si no es mediante acuerdos electorales, dándose lo que, desde esta metáfora, se convierte en “alianzas de perdedores”. Sin duda, la existencia de un partido hegemónico desde 1982, primero, y de un sistema de bipartidismo imperfecto, después, ha contribuido a afianzar este vocabulario, más propio de sistemas electorales mayoritarios.

devolvería, la propuesta de constituirse en un nuevo partido. Por momentos, se levanta además un halo de sospecha contra la protesta como forma de influir en política. En esto resultan excepcionales los militantes y simpatizantes del Partido Popular que, al reclamar que “esto sí es democracia y no lo del Sol”, seguramente incluían en la idea de democracia sus actividades en relación con el partido.

Para el núcleo del discurso ideológico conservador que reacciona contra el movimiento, el “principio de la democracia significa entonces simplemente que las riendas del gobierno deben ser entregadas a los individuos o equipos del que disponen de un apoyo electoral más poderoso” (Schumpeter, [1942] 1983: 348). Aún más: en la línea de Popper ([1945] 2017: 375), desde el Partido Popular destacaban el aspecto negativo de la elección como “criterio fundamental” de la democracia: “en una democracia, los magistrados –es decir, el gobierno– pueden ser expulsados por el pueblo sin derramamiento de sangre”. Las elecciones no son sólo la única vía de expresión democrática, sino también la forma de solucionar todos los problemas presentes (pese a las críticas del 15M que, insisto, en muchas ocasiones se comparten). Se tiende a ignorar así las condiciones que hacen de unas elecciones un mecanismo efectivo de autogobierno.

Este silenciamiento de las condiciones del autogobierno no va acompañado, como sí ocurre en la mayoría de los teóricos de la democracia procedimental señalados, de una renuncia a la idea de voluntad general. De hecho, muchos periodistas adversarios del movimiento retenían –interesadamente– la idea de voluntad general, por ejemplo, en la interpretación de los resultados electorales como rechazo a las propuestas del 15M. En ello, el planteamiento de los adversarios del 15M contrasta con los de Weber (véase Abellán, 2011a: 249 y ss.), Kelsen ([1929] 2006: 80-83) o Schumpeter ([1942] 1983: 336). Sea por creencias o por interés, en ningún momento se afirma con claridad que “nunca el pueblo podrá gobernarse por sí mismo”, sino que tan solo “tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle” (Aron, [1952] 1999: 65; Schumpeter, [1942] 1983: 362). Otro sector, y especialmente el Partido Popular, sí que prescindía de toda noción de voluntad general al extender la idea –de nuevo, no sin un sustancioso interés electoral– de que la diferencia entre el PSOE y el PP no era ideológica, sino de capacidad de gestión. No se trataba por tanto de elegir políticas, sino políticos: “No es socialismo, ni ideología, ni ganas de fastidiar. Es incompetencia”, criticaba Mariano Rajoy a Rodríguez Zapatero (P17506).

La centralidad e importancia de las elecciones se vehicula mediante otra metáfora: la “fiesta de la democracia”. Tal metáfora transmite la idea de excepcionalidad de la participación en democracia: si todos los días fueran fiesta, ninguno lo sería. Como contrapartida, conlleva la invisibilización de las actividades cotidianas que sostienen al sistema democrático. Además, igual que la metáfora del juego, resulta ambivalente con respecto a la importancia que permite otorgarle al procedimiento. Bien es cierto que, por un lado, lo festivo destaca la importancia de un evento, la existencia de motivos para alegrarse –en este caso, la existencia del derecho al sufragio mismo–. De este modo, la metáfora celebra el consenso en torno a las reglas del juego, apartando por un momento la imagen del conflicto (salvo la imagen de la lucha por la democracia). Pero, por otro, las fiestas son un momento de distensión, de relajamiento, en el que prevalecen las emociones frente a la razón. Así, la metáfora de la fiesta induce a entender el voto como un acto de expresión, en el que será central votar “ilusionado”, con alegría. Con ello vendrá el rechazo al voto estratégico y, ante la imposibilidad de sentirse identificado con ninguna opción, la desilusión, cuando no la indignación.

Esta caracterización de las elecciones contrasta con las expectativas de un decisor racional, frío y calculador, que subyacen a otra metáfora frecuente para esta visión liberal de la democracia: la que compara la elección de representantes políticos con un mercado. Como explica Habermas ([1994] 1999: 236-237), para la visión liberal de la democracia las “decisiones electorales tienen la misma estructura que los actos de elección de quienes participan en el mercado para obtener el mayor beneficio”. Esto, contra algunos reduccionismos, no debe entenderse como una apelación a la ausencia de reglas, pues “ningún liberal ha defendido nunca un mercado sin reglas” (de la Nuez, 1999: 84). La metáfora del mercado, que suscita las críticas de los indignados (“no somos mercancía”), aparece transversalmente, tanto para señalar que “hay una amplia oferta de alternativas” (M22505) como para criticar que la política está “bipolarizada” y “no puedes comprar nada más” (M18508). Por otro lado, los ciudadanos habrían decidido *comprar* el discurso del PP y el PSOE frente a los indignados, por lo que estos deberían retirarse (su *producto*) del espacio público. Se ocultan así las complejidades tras el proceso de decisión del voto, entendiéndolo como un acto de adhesión total, lo que restringe el margen de interpretación que es propio de la representación.

Finalmente, en línea con el modelo de democracia liberal descrito por Habermas ([1994] 1999: 241) hemos podido ver en algunos de los ataques al movimiento la desconfianza hacia el Estado por su potencial para entorpecer “la interrelación social autónoma de los particulares”. Estos planteamientos critican, en línea con el resurgir liberal que nos acompaña desde los años 80, una “mentalidad civil acostumbrada a obtenerlo todo del Estado”, que “resuelva todos sus problemas” (de la Nuez, 1999: 83). Al mismo tiempo, los adversarios del movimiento toman a los mercados financieros internacionales y a la Unión Europea como datos de la experiencia, como hechos invariables, lo que les permite centrar el reparto de responsabilidades en las acciones individuales, tanto de los ciudadanos mismos como, especialmente y con un interés electoral obvio, en el entonces presidente del gobierno.

La actitud de desconfianza hacia el Estado puede rastrearse en la historia del liberalismo. Por ejemplo, Mill ([1861] 2001: 242) entendía que “el principio mismo del gobierno constitucional requiere que se asuma que se abusará del poder político con el fin de promover los intereses particulares de quien lo tenga”. En este sentido, Aron ([1952] 1999: 63) concluirá que el sistema de democracia liberal tiene la ventaja de “haber sido creado no para asegurar la eficacia de los poderes, sino para defender a los individuos contra los excesos del poder”, es decir, desde la desconfianza (González Cuevas, 2012: 13).

Sin embargo, la combinación entre, por un lado, una mínima intervención en virtud de la confianza en el mercado como mecanismo de regulación económica y social y, por otro, un Estado fuerte que actúe frente a los manifestantes para el cumplimiento de las reglas, hace intuir la presencia de posiciones que analistas como Held ([1987] 2006: 201) calificaron de nueva derecha, neo-liberalismo o neo-conservadurismo, y cuya pertenencia a la familia liberal ha sido cuestionada (Freeden, 1996; Freeden, 2015b). Los motivos de este cuestionamiento se corresponden con algunos otros rasgos localizados: el confinamiento de la confianza en la racionalidad de los individuos a su papel en el mercado (electoral o de bienes y servicios), la eliminación de la consideración del hombre como naturalmente sociable (sustituida por la sospecha contra toda asociación, siempre interesada) y la falta de preocupación frente a poderes que desbordan al Estado y que se ejercen a través del mercado, cuya regulación (o falta de regulación) no se cuestiona pese a las trabas que pueda suponer para el progreso y el desarrollo de la individualidad humana

(Freeden, 2015b: 109 y ss)¹¹⁸. Resulta aquí pertinente recordar las limitaciones que Aron (1961) hallase en la definición de la libertad que hiciera Hayek, como mera ausencia de coacción. Aron, desde una posición típicamente liberal, no puede sino hacer notar la importancia de algunas ausencias en tal concepto de libertad: de la participación política mediante la elección de los gobernantes, de la independencia de la nación frente a amos extranjeros, el poder (individual o colectivo) para alcanzar ciertos fines o satisfacer ciertos deseos, e incluso la “libertad interior” (entendida como la capacidad para elegir inteligente o razonablemente)¹¹⁹ (Aron, 1961: 200). Si bien la ideología conservadora analizada enfatizaba las elecciones, silenciaba por completo las limitaciones de la soberanía.

En este sentido, Ramón Máiz (2015: 11-112) ha señalado que “la versión minimalista de la democracia” se basa en un “sistemático falseamiento de la historia del pensamiento político representativo” y liberal. Acercarnos a esta historia nos descubre la importancia que Madison o Jefferson atribuyen a la ciudadanía movilizadora, la defensa de asambleas primarias que hiciera Sièyes, donde los ciudadanos reunidos fiscalizaran al poder; o el apoyo de Weber a “que el presidente pueda convocar referéndums” y a que “el pueblo le pueda exigir responsabilidad” mediante un referéndum revocatorio (Abellán, 2011a: 254; Abellán, 2008: 38). A estas últimas propuestas, Kelsen ([1929] 2006: 113 y ss.) añadía la iniciativa popular “a cuya tramitación procedimental viene obligado el Parlamento”. Además, se olvida el aviso de Constant ([1819] 2002) sobre nuestra tendencia a descuidar, “por ocasiones en demasía y siempre equivocadamente, las garantías” que la libertad política nos asegura. Una libertad que incluye los “derechos eternos para consentir las leyes, para deliberar sobre nuestros intereses, para ser parte integrante del cuerpo social”.

¹¹⁸ Contra este argumento podría, por ejemplo, recordarse que ya Constant ([1819] 2002) aplaudía el papel de los mercados como garante de la libertad: “la circulación pone un obstáculo invisible e invencible a esta acción del poder social. Los efectos del comercio se extienden todavía mucho más lejos: no solamente libera a los individuos, sino que, creando el crédito, hace a la autoridad dependiente [...] el crédito está sometido a la opinión; la fuerza es inútil; el dinero se esconde o se fuga; todas las operaciones del Estado son suspendidas”. No parece sin embargo que el contexto sea comparable, especialmente por el desajuste entre mercados y Estados traído por la globalización y el peso de algunos capitales.

¹¹⁹ “La définition initiale [del trabajo de Hayek] –la liberté (en anglais *freedom* et *liberty* indifféremment) n'est rien d'autre que l'absence de contrainte– n'en a pas moins pour conséquence d'écarter trois autres idées qui sont, à notre époque, fréquemment liées au concept de liberté: la participation à l'ordre politique ou, plus précisément, le choix des gouvernants par la procédure électorale, l'indépendance d'une population qui rejette des maîtres étrangers et qui est gouvernée par des hommes de sa propre race ou nationalité, la puissance (*power*) de l'individu ou de la collectivité, capable de satisfaire ses désirs ou d'atteindre ses fins propres. Pas davantage la «liberté intérieure», la capacité de choisir intelligemment ou raisonnablement, ne doit être assimilée à la liberté que Hayek veut préserver ou promouvoir”.

c. De realistas, antisistemas y corruptos

A quienes declaraban a los indignados como “antisistema” desde una posición “realista”, que asumiría la realidad de la democracia *tal como es* sin perderse en la *utopía*, se les podría plantear al menos tres cuestiones. La primera, que ya he comenzado a desglosar, se trata de hasta qué punto su propia concepción de la democracia minimalista no generaba algunos de los problemas de la democracia que muchos de ellos mismos reconocían frente al 15M, como la corrupción y la excesiva distancia entre políticos y ciudadanos. La segunda versa sobre el papel que podía jugar el movimiento 15M en el sostenimiento del modelo liberal de democracia. Tercero, cabía preguntarles si sus críticas contra el movimiento no encerraban cierto utopismo, pese al realismo del que presumían.

Sobre el exterior constitutivo de las nociones procedimentales de democracia

Efectivamente, como denunciaba el 15M, algunos autores consideran que por distintos motivos las nociones de democracia procedimentales tienen problemas para su propio sostenimiento. En especial, los tendrían para promover los valores morales que toda sociedad democrática requiere y que los adversarios del movimiento no dejan de reclamar. Recuérdese, por ejemplo, las exigencias a que Rodríguez Zapatero dimitiera ante su resultado electoral. Sin ignorar la motivación partidista subyacente¹²⁰, se trata en todo caso de una demanda que excede las estipulaciones legales y que, en consecuencia, sólo puede sustentarse por referencia a las buenas prácticas. Lo mismo ocurre con la exigencia de dimisión y no repetición a los imputados en delitos de corrupción: introducirlo como exigencia legal puede resultar indeseable, dado que una imputación no es una declaración de culpabilidad, abriéndose además la puerta a mayores injerencias judiciales y reforzándose el impacto de posibles denuncias falsas. Por ello, podría considerarse más conveniente que la expulsión de la política de un imputado (hoy “investigado”) se sustente en un juicio particular de los indicios que respaldan dicha imputación. La cuestión, desde luego, es cómo asegurar la “limpieza” esa decisión.

¹²⁰ Dado que el Partido Popular logró enmarcar la campaña de las municipales y autonómicas como una competición nacional-española, era previsible y tenía sentido para ellos reivindicar esa dimisión. Para fundamentarla, se llegó a recurrir a un elemento sensible para parte importante de la izquierda: la proclamación de la Segunda República en base a unas elecciones que también fueron municipales (ABC24508). Sin embargo, lo que no se presentó explícitamente es cómo esta reivindicación en nombre de la democracia dificultaba otro proceso democrático: el interno en el PSOE para buscar una alternativa a Rodríguez Zapatero.

En este sentido, Schumpeter ([1942] 1983: 368-375) definió unas “condiciones para el éxito del método democrático”. Entre ellas, incluye que los profesionales de la política sean de suficiente buena calidad, tanto en sus habilidades como en su moral. También habla Schumpeter de la necesidad de autolimitaciones más allá de las normas escritas, tanto por parte del parlamento (limitando la variedad de asuntos en que intervendrá); como por parte de la oposición (para no hacer imposible el gobierno). Por su parte, los ciudadanos deberían hacer gala de esta autolimitación para no retirar la confianza con excesiva facilidad. Finalmente, considera necesarios una burocracia con un fuerte sentido del deber y tolerancia de opiniones diversas.

Se trata, en todos los casos, de requisitos morales, más allá de toda estructura de interés. La cuestión, desde luego, es cómo lograr este compromiso moral una vez la definición de democracia se ha reducido al conjunto de reglas, fundamentalmente electorales, aislada de los valores que le dan sentido y se han situado la desconfianza como motor intelectual del diseño y el interés como su motor político. Dicho en otros términos: las nociones de democracia formales, minimalistas, se muestran aporéticas en tanto que, en sus versiones más coherentemente elaboradas, remiten a un compromiso moral que queda desplazado desde el centro de la teoría de la democracia hacia la teoría sobre sus condiciones *externas*, sin explicar cómo puede darse tal compromiso en ausencia de toda referencia normativa en el significado mismo de democracia.

Este problema deja huella en sus formulaciones. Bovero, por ejemplo, trata de escapar de la aporía reconociendo que la democracia, en tanto que sistema de reglas que cumplen los principios democráticos, “*contiene en sí misma* la afirmación de *otro* núcleo de valores” (Bovero, 2010: 48-53)¹²¹. El italiano parecería abrir así la posibilidad para un concepto de democracia basado en la deconstrucción de la oposición entre lo “formal” y lo “sustantivo”, aceptando que la forma de la democracia es en sí valiosa por encarnar aproximativamente valores democráticos, tal y como hiciera magistralmente Dahl (1989).

¹²¹ Algo parecido puede encontrarse en Kelsen ([1929] 2006: 205, n. 40), quien afirmara que: “Si opto por la democracia, lo hago exclusivamente por las razones que se desarrollan en el último capítulo de este trabajo: por la relación de la forma democrática del Estado con una concepción filosófica relativista”. Sin embargo, su posición es claramente a favor de esquilmar el concepto de estas implicaciones filosóficas para reducir su significado un “método”. Pese a ello, Kelsen ([1929] 2006: 212) no hace sino insistir unas páginas después en que “[l]a lucha por la democracia es históricamente una lucha por la libertad política, esto es, por la participación del pueblo en la legislación y en la ejecución”. En este texto de Kelsen, por tanto, la división entre forma y sustancia, al valorar a la vez la realidad de la democracia y su “ideología”, no se da de forma tan radical como en otros de los autores citados.

Sin embargo, Bovero no recorre este camino, sino que insiste en el contrario al afirmar que “la democracia es formal por definición”. Curiosamente, aunque Bovero entiende que la democracia es “formal” precisamente por su apertura al cambio, en seguida limita su significado, definiéndola como un proceso vertical articulado en torno a la elección (Ibidem: 58). Así con todo, el profesor no puede sino lamentar unas páginas antes como gran peligro para la democracia el vaciamiento “de su significado ético en las realidades de los regímenes que llamamos democráticos” (ibidem: 52-53).

Este mismo peligro de vaciamiento moral ha sido señalado por académicos como Sartori (1988a: 298-300) o Llera Ramo (2016b: 20). En opinión de este último, la hegemonía de una ideología “que promueve la desconfianza social y política al interpretar cualquier acción individual como resultado del modelo racional de decisión, orientado a la maximización del beneficio personal [...] ha fomentado la sospecha general sobre la intencionalidad de sus agentes”. La interpretación basada en los intereses particulares no sólo la hemos encontrado persistentemente en la prensa, alcanzando grados que desde el flanco contrario se consideraban paranoicos (como cuando se atribuía la organización del movimiento 15M al Partido Socialista). Es que, además, ha sido la única capaz de atribuir sentido a algunos de los planteamientos encontrados, inteligibles únicamente al describirlos como parte de una estrategia electoral. Se trata del vaciamiento del mundo ya señalado arriba con Arendt ([1968] 1996: 75) o Adorno ([1955] 1983: 29). Los politólogos y la prensa, en tanto que nos servimos de la racionalidad como instrumento analítico que nos permita la modelización de los comportamientos humanos describiendo estructuras de intereses, contribuimos además a extender estas interpretaciones –posiblemente más eficaces que otras para este menester, especialmente en nuestro contexto– en detrimento de otras interpretaciones basadas en los valores y los proyectos políticos en conflicto, que serían –en un sentido arendtiano– políticamente más productivas.

De hecho, una vez convertido el conflicto en mero mercado, no debería sorprender que ocurriera con él aquello mismo que Max Weber dijera del capitalismo: “En el lugar donde el afán de lucro ha experimentado su mayor liberación, en los Estados Unidos, este afán de lucro, despojado de su sentido metafísico, tiende hoy a asociarse a una pasión agonal que le confiere, con frecuencia, el carácter de un deporte” (Weber, [1905] 2012: 274). Es decir, se convierte en un juego sublimado, desconectado de su sentido. Podría así la política perder la función liberadora que Weber le reservara frente al avance de la

racionalidad y la burocracia, y cuya condición está en que el político no sólo responda a una ética de la responsabilidad, sino que conserve un elemento de la ética de convicción: el compromiso con unos mínimos principios. Así, ambas éticas “se complementan y sólo juntas hacen al hombre auténtico, a ese hombre que *puede* tener «Beruf para la política»”(Weber, [1919] 2007: 150). Dicho de otro modo: sin una lucha por los valores, la política, aunque pervivieran sus instituciones, perdería su sentido.

Son numerosos los autores que han señalado además las limitaciones de la metáfora del mercado para entender la política, tanto por sus fines como en su estructura (Rawls, [1971] 1999: 316, 317, 328; Ovejero Lucas, 2012: 58). Una de las críticas más incisivas a esta metáfora la encontramos en los textos de Ovejero (2005b; 2012; 2013). El economista destaca cómo, en un sistema confiado en que la persecución del interés particular derivará en el interés general, aparecen, además de los problemas de oferta señalados por el movimiento 15M, otros de demanda y, sobre todo, problemas vinculados a la información asimétrica entre elector y representante. Esta asimetría conlleva que el control se vuelve imposible y que la selección tiende a resultar adversa: es decir, que los malos políticos, centrados en el éxito electoral a todo coste, tienden a desplazar a los buenos: a quienes adviertan de los riesgos, a quienes tengan reparos morales o a quienes piensen en el largo plazo (Ovejero Lucas, 2013: 52-53). Si esto es correcto, las constantes críticas a la calidad de nuestros políticos que los adversarios del movimiento comparten con los indignados serían, irónicamente, resultado de su propio modelo de democracia.

El 15M, ¿antisistema?

Teniendo en cuenta estas limitaciones del modelo liberal, puede entenderse que el 15M podía precisamente haber ayudado a su conservación (pues, en todo caso, no le era completamente ajeno). Su llamada a la moralización de la vida pública, reclamando mayor virtud tanto para los políticos como para los desafectos ciudadanos desde una perspectiva republicana, suponía un impulso a cumplir las “condiciones” de la democracia descritas por Schumpeter (si salvamos aquella sobre la moderación de los ciudadanos en sus exigencias). Un mayor éxito del movimiento también podía haber contribuido al sostenimiento del modelo liberal si aceptamos que éste requiere de cierta homogeneidad económica. Además, como intuimos en el capítulo quinto, aprovechar su ánimo de ruptura para introducir reformas institucionales podría haber ayudado a paliar los problemas de legitimidad anclados en el recuerdo de la Transición. En su lugar, recordemos, aquel

verano de 2011 se modificó la constitución, prescindiendo del opcional referéndum, para introducir la estabilidad presupuestaria en el artículo 135. Se daba así un golpe certero contra las esperanzas de mayor democratización al mismo tiempo que se calmaba a los socios europeos y a los mercados.

Gran parte del 15M, como digo, compartía además con el modelo liberal numerosos elementos; entre ellos, la desconfianza hacia los políticos y la exigencia de controles. Cabe recordar al respecto que aferrarse a un modelo de sanciones, como señala Mansbridge (2009: 379, 386-387, 392-393), puede acarrear no solo bloqueos fruto de la falta de confianza, sino también afectar la imagen de la política y que la focalización en los castigos desaloje la búsqueda del interés general. Incluso, podría ayudar a atraer candidatos poco deseables a la política, convertida en terreno inhóspito para la mayoría.

Una vigilancia puntillosa que convierta toda mácula, personal o profesional, en escándalo digno de una dimisión, además, deja a nuestros políticos expuestos ante todo tipo de chantajes, además de volver dicha actividad insoportable (de ejercer y de observar). Por otro lado, aparecen las exigencias para que se pruebe el compromiso con los valores, demandando *parrhesia*, esto es, “acto mediante el cual el sujeto, al decir la verdad, se manifiesta, y con esto quiero decir: se representa a sí mismo y es reconocido por los otros como alguien que dice la verdad” (Foucault, 2010: 19). Pero si el sacrificio se convierte en la única prueba de compromiso, estaremos abocados a la aparición de mártires y kamikazes, que abandonan toda responsabilidad en su demostración de compromiso con un importante coste personal y, a veces, también colectivo¹²². Tampoco cabría sorpresa si, tras esa desconfianza absoluta, nos esperase oculto el deseo de una confianza total, que políticos avezados bien podrían capitalizar.

Por otro lado, tendrá que reconocerse que el movimiento sirvió para canalizar el descontento social por vías pacíficas y “utópicas” –en los términos de sus críticos– con una organización y mentalidad poco efectivas para la acción estratégica y la negociación. Además, su mera presencia (por no hablar de la posterior aparición de Podemos) alimentó

¹²² Recuérdese la añoranza que manifestaba Gabriel Albiac hacia los políticos revolucionarios: “¿Qué ha sido de aquellos santos laicos que, como Graco Babeuf, ofrendaron su martirio a la consumación de un destino humano de igualdad paradójica?” (M23515). Y nótese que la lógica martirial era también demandada desde los mercados. Véanse, por ejemplo, las siguientes palabras que a Rodríguez Zapatero (2013: 102) dirigió Joe Biden: “la única manera de ganar su confianza [de los mercados] era tomando decisiones que te hicieran sufrir de verdad y a fondo. Que sólo eres creíble en determinadas circunstancias si sometes a los ciudadanos a pruebas difíciles, si los sindicatos rechazan abiertamente tu política... en definitiva, si hay lágrimas y sufrimiento”.

el debate político y ofreció a la democracia liberal una oportunidad para presentar y reavivar sus argumentos, anquilosados ante la falta de adversarios. En cualquiera de los casos, reforzó la esperanza en el ideal democrático en un momento en que éste parecía fracasar y activó la imaginación política, a falta de que la experiencia diaria, el debate público y la voluntad de nuestros políticos la supieran encarrilar.

Si se quieren encontrar aspectos “antisistema” en el movimiento la vía más adecuada no parece ser atribuirle la violencia ocurrida, que rechazaban, por mucho que ésta dotase al movimiento de una notable visibilidad y por mucho que hicieran equivalente la violencia callejera con la violencia del Estado. Tampoco pienso que esta naturaleza antisistema, dadas sus connotaciones, pueda localizarse sencillamente porque presentasen otro modelo de democracia, pues democracia parece significar precisamente poder presentar alternativas. Más bien se encontraría en sus *formas*, pues se mostraban considerablemente dispuestos a prescindir de las vías ordinarias de reforma para reclamar una extraordinaria presencia constituyente y directa *del pueblo*. Es en este sentido en que su clamor era más “antisistema”, lo que le otorgó un importante protagonismo al situarse como un “otro” frente al sistema: como una alternativa *real*.

Pero, en realidad, y aunque sin esta (ambigua) tensión adversativa el 15M seguramente no habría tenido ningún eco, creo que el movimiento resultaba más peligroso para el sistema cuando lo ponía frente al espejo de sus propios principios normativos. Al fin y al cabo, como señala Žižek (2001b: 94), puede que no haya nada tan efectivo para desestabilizar el funcionamiento de un discurso que tomarlo como si realmente quisiera decir lo que explícitamente dice y promete¹²³. La denuncia de la corrupción —no del sistema como corrupción—, en este sentido, ponía en apuros a un sistema posiblemente acostumbrado a utilizar la corrupción para mantener la estabilidad del sistema mismo, tejiendo alianzas, silencios y aplazamientos (Robles Egea, 2003: 224; Laporta, 1997: 23; Malem Seña, 1997: 77). Además, nótese sobre esta cuestión esta ironía: como la corrupción depende del mismo sistema que socava, cabe esperar que los corruptos estén entre sus más vivos defensores (Garzón Valdés, 1997: 48-49).

¹²³ “insofar as power relies on its “inherent transgression,” then—sometimes, at least—overidentifying with the explicit power discourse—ignoring this inherent obscene underside and simply taking the power discourse at its (public) word, acting as if it really means what it explicitly says (and promises)—can be the most effective way of disturbing its smooth functioning”.

Así, descubrimos como estrategia disponible para los revolucionarios el planteamiento de los valores como directamente realizables en el mundo: el perfeccionismo. Una estrategia, eso sí, que con el tiempo y la libertad de información suficiente se puede volver en contra. En cualquier caso, tanto los indignados como sus adversarios tendían a ocultar que “el grado óptimo de corrupción a lo mejor no es el grado cero, si a él ha de llegarse a través de ciertas medidas” (Laporta, 1997: 36, que a su vez se apoya en Kitgaard, 1988: 24). Y, por supuesto, ninguno de ellos se plantea la posibilidad de que no siempre mayor democracia se correlacione con una menor corrupción. Al fin y al cabo, la democracia requiere, si es tal, permitir a los legisladores y jueces un importante margen de discrecionalidad, de tal forma que puedan responder (equitativamente, eso sí) a la voluntad política e intereses de los ciudadanos (Garzón Valdés, 1997: 40-41, 59-60). Especialmente lo requiere un sistema representativo que prescinda de mandato imperativo.

Hay otro sentido en el que, no obstante, el discurso central del movimiento era decididamente antisistema: no sólo por percibir lógicas *sistémicas*, frente al insistente individualismo de sus críticos, sino por querer tomar el control democrático sobre ellos. Según Habermas ([1981] 1987: II: 167), podemos distinguir entre los “mecanismos de coordinación de la acción que armonizan entre sí las orientaciones de acción de los participantes” logrando “un consenso asegurado normativamente o alcanzado comunicativamente” y aquellos otros “mecanismos que a través de un entrelazamiento funcional de las consecuencias agregadas de la acción estabilizan plexos de acción no-pretendidos”; es decir, entre una “integración social” y una “integración sistémica”. Estos plexos sistémicos estarían “desligados de contextos normativos” y se “coagulan en una segunda naturaleza, en una sociedad vacía de contenido normativo, que nos sale al paso como algo en el mundo objetivo, como un fragmento de vida social *objetivizada*” (Habermas, [1981] 1987: II: 244). Qué mayor muestra de su objetividad que forzar al gobierno a cambiar su posición respecto a cómo gestionar aquella crisis.

Desde el 15M pedían cambiar una situación en que “la acción política se muestra ya subordinada a una continua presión sistémica”, resultando colonizado el mundo de la vida por el sistema (Vallespín, 2015: 92). Esta lógica sistémica, como he insistido, no sólo presiona a la política desde fuera, desde “los mercados”, sino que la vacía desde dentro cuanto más se asemeja a un mercado. No extraña por tanto que muchos entendieran que

el 15M había introducido la política en la campaña. El movimiento alimentaba el debate sobre lo posible y deseable, cuestionando la objetividad de los sistemas desde posiciones normativas y situando a la política como el ámbito dónde se decide qué costes estamos dispuestos a asumir para la supervivencia de ciertos sistemas, así como sobre las formas en que mejor pueden ordenarse.

La falta de realismo en las críticas al movimiento

Finalmente, queda pendiente considerar hasta qué punto los críticos con el movimiento 15M eran realistas en sus críticas. Si ellos mismos evitaban alentar toda participación política más allá del momento electoral, resultaba poco coherente que al mismo tiempo esperasen de los indignados un programa elaborado, una estructura organizativa que les dotara de identidad o incluso una concepción de la política y de la democracia experimentados. Como decían algunos de sus críticos, aunque en otro sentido, los indignados quizás no pudieran entenderse sin referencia al sistema en que aparecen; ese sistema que sus adversarios tan firmemente defendían.

Además, si recordamos todo lo dicho hasta aquí acerca de la idea de democracia cultural, no debería haber sorprendido tanto el fundamentalismo democrático de los indignados, ni su falta de gradualismo, ni su negación de la pluralidad de modelos democráticos. Sin anular la responsabilidad individual de los manifestantes que allí se congregaron, no parece razonable declinar toda responsabilidad de un sistema político que ni tan siquiera forma a sus ciudadanos en los mimbres ideológicos e institucionales básicos que lo conforman.

Por último, una posición realista no podrá sino admitir la necesidad de un impulso emocional para la movilización (Arias Maldonado, 2016: 40), lo que dificulta la aparición de análisis imparciales y comedidos. Como ya recordé más arriba con las palabras de Berlin, “puede ser cierto que todos los grandes movimientos liberadores, si quieren acabar con la resistencia del dogma y la costumbre aceptada, están condenados a exagerar y a permanecer ciegos ante las virtudes de los que atacan”¹²⁴ (Berlin, [1983] 1990: 68; García Guitián, 2001: 35). Si bien esto sucederá siempre en algún grado, no podrá sino darse en

¹²⁴ “The unparalleled services of the Enlightenment in its battle against obscurantism, oppression, injustice and irrationality of every kind are not in question. But it may be that all great liberating movements, if they are to break through the resistance of accepted dogma and custom, are bound to exaggerate, and be blind to the virtues of that which they attack”.

grado máximo cuanto menos se entienda la importancia de la distancia para la democracia; cuanto más ausente esté la lógica de la representación.

7.3 RECAPITULACIÓN

El capítulo ha analizado el enfrentamiento entre el *discurso ideológico transformador* del 15M y sus simpatizantes y el *discurso ideológico conservador* de los adversarios del movimiento, en conjunto con las problematizaciones de la democracia. Esto ha servido, en primer lugar, para poner a prueba estas categorías analíticas desarrolladas en el capítulo segundo y mediante las que se intenta recoger la diferencia entre los discursos hegemónicos (culturales) y aquellos otros formulados para la lucha política, a los que llamé “ideológicos”, sea en defensa del orden, sea para su crítica. También ha permitido mostrar la productividad del análisis de problematizaciones. Además, en el capítulo puse todo el énfasis posible en la conexión entre los usos de la idea de democracia, el orden intelectual que adquiere la idea en torno a estos usos y los significados que tomaban protagonismo.

a. Usos de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios

La idea de democracia resultó fundamental en el periodo analizado para, en primer lugar, llamar a la movilización política, ya fuera en su aspecto electoral, ya en sus vertientes menos convencionales –mediante la ocupación del espacio público–. También, de nuevo, para desmovilizar al adversario: así ocurre cuando los adversarios de los indignados les indican el camino a casa, dado que las urnas (la democracia) ya habían dado su veredicto. Con ánimo desmovilizador también se interpretaba, aunque más allá de la intención de sus iniciales promotores, el “no les votes”.

La idea de democracia, además, vuelve a jugar un papel clave en el enfrentamiento político. Los adversarios del movimiento utilizan la idea para defender la legitimidad del sistema, pero también para rechazar al movimiento. Al movimiento le sirve para deslegitimar al sistema político, abriendo así la puerta a la desobediencia. En el 15M, la democracia cumple funciones ideológicas transformadoras; esto es, con vocación de cambiar el orden. Entre las funciones que cumple, siguiendo a Ball y Dagger (1991: 1-2), podemos efectivamente encontrar la explicativa (“nos han vendido”), la evaluativa (“lo llaman democracia y no lo es”), la orientativa (indignados por la falta de “democracia

real”) y la programática (la solución a los problemas vendrá mediante la instauración desde la calle de una democracia real ya, –más– participativa o directa). Este papel central de la idea de democracia en el movimiento permite caracterizar su discurso como una ideología democratista, frente a quienes consideran que la democracia en el análisis ideológico sólo puede ocupar el lugar de un significante flotante articulado por diversas ideologías.

Frente a ella, hemos encontrado un discurso ideológico conservador en el que la democracia ocupaba un menor protagonismo en la dimensión explicativa (el problema sería un mal gobierno o unos ciudadanos de izquierdas defraudados), aunque no en la evaluativa (el movimiento no es demócrata por no respetar la legalidad y las elecciones), la orientativa (implícitamente, como defensores de “la democracia”) o programática (lo que es necesario es más democracia: votar un cambio de gobierno).

b. Dimensiones de significado de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios

El discurso central del 15M, que se haya fundamentalmente en sus propuestas se acerca de forma importante a los modelos de democracia participativa o “fuerte” (Pateman, 1970; Macpherson, [1977] 1982; Barber, [1984] 2003) o republicano (Habermas, [1994] 1999). Este modelo funciona como la demanda particular en torno a la que se articula el conjunto. Sin embargo, como he mostrado analizando sus lemas, bien por su propia ambigüedad, bien por cómo se interpretaban (al aceptarse que la protesta admite ciertas licencias estilísticas), diferentes horizontes democráticos se podrían sentir identificados con el movimiento: desde los modelos anarquistas hasta los delegativos. Lo mismo ocurría con su forma de organización, que podía interpretarse como modelo deseado, complementario o, sencillamente, como forma de protesta. Así, “democracia real” funciona como el significante vacío con el que se identifican las diversas demandas insatisfechas por el sistema político, y en su éxito juegan parte tanto la palabra democracia como la palabra real, que evita la elección de otros adjetivos más excluyentes. Después de todo, y pese a su crítica a la comunicación estratégica, el éxito del 15M debe destacarse también como un éxito comunicativo notable basado en la lógica populista.

En el núcleo participativo se aceptan los mecanismos representativos (como segundo mejor, dadas las limitaciones de escala), pero se entiende que deberían complementarse

con instrumentos participativos o de democracia “directa”. Destaca sin embargo que, frente a trabajos clásicos sobre democracia participativa como los de Cole ([1920] 1980), Pateman (1970) o Macpherson ([1977] 1982), en ningún momento se hable de participación en la empresa o de democratizar la economía más allá de la regulación estatal. Tampoco los derechos se conciben como producto político de la comunidad, como podría haberse esperado siguiendo el modelo republicano definido por Habermas ([1994] 1999), y tampoco una definición fuerte de las fronteras de la comunidad, en coherencia con la tendencia de la izquierda a asociar la democracia con la inclusión, también, de los extranjeros. Sí aparecen, no obstante, los otros rasgos de este modelo republicano: la política como reflejo de relaciones de carácter ético y del sentido común, el Estado como salvaguarda de la voluntad de unos ciudadanos definidos por sus derechos de participación o el énfasis en el diálogo como paradigma del proceso democrático.

El trabajo realizado en las reflexiones para delimitar el significado de la lógica de la representación frente a la lógica de la ajenidad y la lógica de la identidad ha permitido mostrar la prevalencia de esta última en las reclamaciones del movimiento. Existe así un énfasis en la inmediatez, la horizontalidad, la presencia directa, la espontaneidad y el deseo de cumplimiento total de las demandas y valores. Y, por otro lado, se situaba a los políticos y banqueros en la ajenidad más absoluta, en una composición populista. La formulación más radical del movimiento se encontraba en el funcionamiento de sus asambleas, de inspiración anarquista, que se presentaban como el opuesto de todo aquello que se criticaba al sistema político: espontáneo en lugar de estratégicamente preparado, horizontal y preocupado por las ideas frente al personalismo de los políticos, con asambleas y buzones abiertos frente a unos políticos que no nos escuchan, sin intereses particulares o colectivos; “la voz de la ciudadanía sin intermediarios”. Todo ello, con referencias al modelo democrático de la Atenas Clásica.

También sorprende que no se admita la presencia de ningún colectivo como tal en el movimiento, y que en ningún caso se reivindique la participación en partidos políticos o sindicatos, convirtiendo la ocupación de “la calle” para la protesta en el principal mito para la transformación social. Por ello, aunque se llame a la participación en la “sociedad civil” y al interés en la política, encontramos cierto excepcionalismo, que corre paralelo al que albergan las nociones procedimentales de democracia de los adversarios al movimiento. En el caso de estas nociones procedimentales la excepción son las

elecciones, lo que se comunica mediante la metáfora de la “fiesta de la democracia”. Pero, como vemos, el énfasis en la excepcionalidad en sí es compartido: ni unos ni otros llamaron a la participación en las organizaciones sociales, políticas o sindicales (más allá de retarles a constituirse en partido propio).

El discurso de estos adversarios del movimiento, fuera por su carácter reactivo, por sus creencias o por el interés en llamar a la participación electoral, se caracteriza por una reducción de la democracia a su aspecto liberal (especialmente, imperio de la ley, pero también separación de poderes) y electoral, lo que suele transmitirse mediante la metáfora del “juego”. Especialmente desde el Partido Popular se enfatizaba una idea de democracia basada en el carácter negativo de las elecciones, que apenas servirían para expulsar a los malos gestores con la esperanza de que los siguientes fueran algo mejores. Se prescindía así de toda noción de voluntad general que, sin embargo, se recuperaba para indicarle al movimiento 15M y al entonces presidente Rodríguez Zapatero el camino a casa. La idea de que los ciudadanos podían determinar la política mediante la representación se conservaba también en cierto modo cuando se animaba a los indignados a presentarse a las elecciones, por perversa que en su momento pudiera resultarles a los manifestantes la propuesta.

La discrepancia con las formas del movimiento no impedía, en su gran mayoría, admitir algunas de las críticas que el 15M dirigía hacia el sistema político (contra el bipartidismo, el sistema electoral o la corrupción), pero siempre enfatizando que las demandas debían cursarse a través de la vía electoral y dentro de los cauces pacíficos y legales del sistema presente. Esto implicaba dejar a un lado un elemento clave del discurso del 15M: la denuncia de que las elecciones se habían vuelto inocuas.

A partir de estas y otras exigencias de naturaleza moral, de buenas prácticas, compartidas por los indignados y sus adversarios, como es especialmente el caso en torno a la corrupción, he señalado una aporía en los modelos democráticos procedimentales, que eliminan los valores del fundamento de la democracia para convertir estas exigencias morales en meras “condiciones externas”. Sin embargo, esto supone una privación de sentido para la democracia que, sumada a la exclusión de la amplia variedad de formas de participación posibles (incluidas las que rodean a la elección misma) contribuyen a la sublimación de la política como lucha por el poder a cualquier coste. La metáfora del

mercado, ampliamente extendida, no viene sino a reforzar esta tendencia (por mucho valor analítico que pueda tener).

El análisis de los problemas localizados en la democracia también ha arrojado información sobre cómo se concibe la democracia. En primer lugar, ideológicamente llama la atención la tendencia a individualizar los problemas desde las posiciones de la derecha. En este sentido, el sistema político queda reducido a la suma de los comportamientos de los individuos y el poder de los mercados queda omitido. Por el contrario, los indignados ponían el énfasis en la dimensión sistémica de los problemas; esto es, en cómo los comportamientos individuales generaban resultados no planificados y en cómo, de hecho, la vida de la comunidad se escapaba al poder de la política, llegando “los mercados” a imponer vías de acción. Denunciaban también la pérdida de sentido de esa misma política, convertida en una lucha por el poder despegada de todo contenido normativo, impidiendo así la representación “por selección” (Mansbridge).

Aunque *ABC* tendiera a minimizar la importancia otorgada a los políticos como problema de la democracia, *El Mundo* insistía en él denodadamente, particularmente en la denuncia de los “privilegios” de la “casta” y la corrupción. Lo mismo ocurre con la denuncia del bipartidismo, de la falta de alternativas políticas, de democracia interna de los partidos y su tendencia a colonizar espacios, que preocupaban especialmente en *El Mundo* y en *Público*, pero eran minimizados por el temple institucionalista de *El País* y por la posición crítica frente al movimiento de *ABC*.

Donde sí encontramos un potente sesgo ideológico es, de nuevo, en la defensa del Estado de derecho, problema que preocupa especialmente en la derecha ideológica, lo que se puso además de manifiesto en el énfasis puesto en la legalidad frente al 15M. Por otro lado, la cuestión económica como problema para la democracia aparecía en la mitad de los casos en *Público*, dejándose entrever la predominancia de este aspecto como problema democrático en la izquierda.

Al respecto de esta cuestión económica, quiero insistir especialmente en cómo la denuncia del 15M no parte tanto desde una concepción sustantiva de la democracia como de un análisis de causas y efectos. Es cierto que repetidamente el bienestar material y los servicios públicos aparecen como “derechos”; como obligaciones de todo estado democrático. Sin embargo, para el movimiento los recortes, al ser contrarios al interés de la mayoría, servían como prueba definitiva de que no se gobernaba para la mayoría. Las

reivindicaciones de mayor igualdad, sin embargo, no se reclaman habitualmente como vía para lograr una mayor igualdad política; en este sentido, preocupan las situaciones de pobreza y el reparto injusto de las consecuencias de la crisis, pero no tanto la desigualdad, ni en sí misma ni como inevitable fuente de poder. Coherentemente, el horizonte dibujado por sus propuestas constituía un modelo de economía mixta, por mucho que entre sus participantes pudiera haber anticapitalistas que fueran más allá de la crítica al capitalismo en su vertiente financiera. O, al menos, así es como se presenta el movimiento en los medios y en sus consensos.

En relación con los problemas deliberativos, éstos preocupan principalmente a periodistas, políticos y expertos, que critican fuertemente la campaña electoral, y no tanto a los indignados. Esto, por mucho que encontremos también rasgos deliberativos inherentes al formato asambleario que tomó el movimiento. Pero la queja del movimiento no insistía tanto en la calidad del debate como en que “no nos escuchan”; esto es, en la receptividad que requiere el autogobierno. Encontramos en la prensa otra diferencia dependiente del registro en cómo se concibe la relación entre los aspectos formales y sustanciales de la democracia. Mientras desde el movimiento se interrelacionan fuertemente forma y contenido de la democracia, negando la democraticidad de la forma dados los resultados, en el registro culto se marca la diferencia entre “democracia real” y “democracia formal”.

Por último, ni el movimiento 15M ni sus adversarios detectan ninguna tensión entre liberalismo y democracia, pero claramente priorizan uno y otra respectivamente. Para los indignados, si las leyes no permiten cumplir los deseos de la voluntad popular, entonces no hay democracia. En este sentido, la obediencia y la legalidad se sitúan en una posición adyacente, frente a la voluntad popular o autogobierno, que toma el centro de la idea. Nótese que los indignados tampoco encuentran contradicción entre demandar mayores controles para unos políticos (cumplimiento estricto de la ley, división radical de poderes, mandato imperativo) que además, en su opinión, no deben ser “profesionales”, y aspirar a que la política consiga recuperar para sí el poder perdido frente a otras instancias, condición ésta necesaria para poder hacer cumplir la *voluntad popular*. Por su parte, para la ideología conservadora que reaccionó frente al 15M, que el movimiento no se atuviera estrictamente a la ley implicaba que perdía todo carácter democrático, elevando con ello la obediencia a posiciones centrales de su idea de democracia, sin plantearse en ningún

caso el papel que la desobediencia civil puede cumplir en la misma, ni el problema de la falta de soberanía.

c. El orden intelectual de la idea de democracia en el movimiento 15M y en sus adversarios

Para el análisis del orden intelectual de la idea de democracia del 15M ha sido fundamental la diferenciación entre la lógica de la identidad, la lógica de la ajenidad y la lógica de la representación, a las que en capítulos anteriores sólo me he podido referir implícitamente. Esta última lógica la he definido, siguiendo a Pitkin ([1967] 1972: 153), como un “estar presente en algún sentido al mismo tiempo que no estar realmente presente literalmente o totalmente en realidad”¹²⁵. Para empezar, he presentado una lectura postestructuralista de esta idea (es decir, enfatizando su imposible diferencia con respecto a la identidad y la ajenidad). He tratado de mostrar que la palabra “representación” en el movimiento 15M se entiende insistentemente como “identidad”¹²⁶. Así ocurre con la relación entre los ideales y las instituciones (democracia real ya), entre ciudadanos y representantes electos (denunciando su distancia), entre ciudadanos e ideologías (con las que no se “identifican”) o entre los manifestantes y el movimiento 15M, sometido por ello al mecanismo del consenso. También lo encontramos en las exigencias de autenticidad a los políticos (identidad consigo mismos), así como en el inmediateísmo (“ya”) o en el rechazo a las organizaciones intermedias (sindicatos y partidos) y la negación a incluir a actores colectivos en el movimiento. Desde una lógica de la identidad, las diferencias dejan de ser reconocidas como tales (condición ésta sin la que no cabe representación) para fundir los horizontes buscados en la idea de la “democracia real ya”, acercándose así a la lógica populista descrita por Laclau (2005). He argumentado que este populismo constituye una posibilidad límite de la representación; tan límite que tiende a colapsar, por un lado, en la identidad, anulando la distancia mediante la identificación de los horizontes, en lugar de permitir un compromiso con un proyecto definido y conocido pese a –en las motivaciones– y porque –para caber en la definición– uno no coincide plenamente con él. Por otro lado, sitúa casi en la ajenidad a políticos y banqueros.

¹²⁵ “Being represented means being made present in some sense, while not really being present literally or fully in fact”.

¹²⁶ Parecido hacía Rorty, si se recuerda, aunque utilizando la noción en un sentido epistemológico. Véase el apartado 2.5.6.

Los indignados y sus adversarios comparten su preocupación por lo “real” de la democracia, si bien en sentidos distintos: los indignados se referían con “real” a una democracia de verdad, auténtica, coincidente con el ideal. Por su parte, sus adversarios identificaban la democracia (real) con su institucionalización en el sistema político español, entendiendo por real lo contrario a lo que no existe; a lo fantástico, pero también a lo ideal. Aprovechaban así la carga emocional y de experiencia de la idea de democracia cultural para su defensa, y coherentemente se critica el utopismo del movimiento. Pero este “realismo” les llevaba frecuentemente a perder la esperanza en todo avance normativo, cayendo en varias ocasiones en el más sombrío pesimismo. Pese a todo, las nociones realistas y las indignadas están más cerca de lo que pudiera parecer con respecto a un tercer sentido de “real”: aquél que se opone a lo ficticio, a las convenciones humanas que, con sus efectos performativos, alcanzan un alto grado de objetividad; de *realidad*. La ficción que implica la representación, y que se manifiesta en la influencia sobre los gobernantes, era la gran ausente.

Efectivamente, la representación, como ficción o convención que es, se deshace tanto si se decide que ninguna ficción es válida, pues quiero una democracia “real” (esto es, una presencia directa en la toma de decisión de los asuntos), como si se admite sin ambages su carácter ficticio para señalar que los ciudadanos, caracterizados como seres manipulables, son incapaces de desarrollar nada parecido a una voluntad política razonable y en algún grado autónoma, que es lo que subyace a las concepciones estrictamente minimalistas de la democracia como la representada por Schumpeter ([1942] 1983)¹²⁷. Así se manifestaba en el miedo a que el 15M pudiese modificar las opiniones de los votantes. Un miedo, recuérdese, que remite al trauma por los atentados antes de las elecciones de 2004, que algunos interpretan como un acto de manipulación y coacción masivo.

Aunque el movimiento 15M tendiera a reclamarlo todo y ahora, lo cierto es que implícitamente muchos reconocían la diferencia entre España y otras dictaduras, lo que

¹²⁷ Recuérdese el ejemplo del dinero fiduciario: no es necesario creer en que un billete de cinco euros *realmente* vale cinco euros para que, efectivamente, funcione como tal; por otro lado, afirmar insistentemente que el billete no vale nada sólo puede conseguir hacer imposible el dinero fiduciario. De modo similar, la ficción de la representación como horizonte deseable quedaba estrangulada por los discursos más extremos al respecto: aquél que, desde el 15M, negaba que les pudiesen representar en absoluto, y el que admite que la única función de la democracia es cambiar a unos líderes por otro con la esperanza de que sean algo mejores en su gestión.

implica un análisis gradualista de la situación que sólo se desdibuja por el desplazamiento del autogobierno al centro de la idea de democracia y por el tono exaltado propio de la protesta. En consecuencia, se niega el carácter democrático del sistema, pero apenas se enfatiza su carácter dictatorial, salvo como “dictadura de los mercados” o “dictadura bipartidista”. Sin embargo, se demanda frecuentemente una democracia “más real”, de mayor “calidad” o “más participativa”, aceptando con ello las instituciones representativas. A esto contribuye que en castellano llamemos también “participación” a la afluencia electoral (*voter turnout*), recordándose así que la participación indirecta también es una forma de participación. Por su parte, los críticos con el 15M podían admitir imperfecciones o problemas de calidad en la democracia, pero no gradaciones en la democraticidad de España, especialmente cuando se trata de defender su legitimidad. Esto queda patente ante su incapacidad para concebir la posibilidad misma de una desobediencia civil legítima, alimentada por el miedo al sector más evolucionario del movimiento, al que convenientemente se le daba notable visibilidad desde la prensa alineada en la derecha ideológica.

Con respecto al reconocimiento de diversos modelos de democracia, los quincemayistas, con su idea de “democracia real”, evitan plantear su propuesta como una alternativa democrática entre otras (quizás, “más democrática” de acuerdo a la maximización de ciertos valores): su modelo es el “real” frente a la ficción o mentira. Tampoco admitían sus adversarios la posibilidad de una diversidad de modelos de democracia, recordando para ello además la experiencia del abuso de la idea perpetrada por comunistas y franquistas. Por ello, la adjetivación de la democracia resultaba escandalosa para los conservadores, en un movimiento de defensa de la hegemonía. La democracia real, desde el esencialismo realista, es ésta.

La inadvertencia de las tensiones entre las diversas demandas del movimiento, así como la reivindicación de su realización total, irrestricta, sin considerar que tal cosa pudiera tener impacto sobre otros valores queridos o resultar imposible o contraproducente, responde a una visión perfeccionista, monista y fundamentalista de la democracia. Las propuestas, que no en vano se declaraban provisionales, tienen un carácter reactivo, apoyado en el sentido común, y por ello carecen de la visión sistémica que sí podemos encontrar en las críticas de los mismos indignados al sistema político. Esta yuxtaposición de las demandas contribuye a facilitar la identificación populista con

la “democracia real”, pero tiene dificultades para avenirse a las limitaciones que, de acuerdo a las experiencias recogidas por la Ciencia Política, deben aplicarse a todo proyecto de ingeniería institucional. Menosprecian además la objetividad, la dureza si se quiere, de las relaciones de poder que ellos mismos denuncian, poniendo una fe en la capacidad de la voluntad para transformar dichas relaciones y los sistemas que las mantienen que les acerca al gnosticismo definido por Voegelin (2006: 149; 2014a: 125-128). Al mismo tiempo, su incapacidad para aceptar la irracionalidad moral del mundo mantuvo al movimiento aferrado al pacifismo y al democratismo asambleario, limitando su potencial transformador, aunque ello le ganara simpatías.

Por otro lado, resulta difícil imaginar una movilización social que partiera del pesimismo, de la asepsia racional o que prescindiera de la exageración y la simplificación. En este sentido he señalado que las demandas de la reacción “realista” frente al utopismo del movimiento pecan, irónicamente, de cierto utopismo cuando se trata de pensar el movimiento y las vías posibles para la transformación del sistema político.

Frente al perfeccionismo de los indignados encontramos que el realismo de la reacción conservadora desemboca en un reconocimiento de las imperfecciones de la democracia en general y de la española en particular. Sin embargo, esto a veces se acompaña de una renuncia a la mejora en dirección de los ideales, lo que hace caer a algunos conservadores en una desesperanza claustrofóbica, antítesis del entusiasmo voluntarista de los indignados. Su énfasis en el Estado de derecho y el proceso electoral, negándose a reconocer sus limitaciones, dan como resultado, de nuevo, visiones monistas de la democracia, incapaces de reconocer que se renuncia a algo en virtud de los valores por los que se apuesta.

Quiero insistir en que tanto desde el movimiento como desde fuera del mismo se tiende a plantear las propuestas (sea de reforma del sistema electoral, de la introducción de primarias, etcétera) desde posiciones apologéticas, no analíticas, por lo que se enfatizan sus ventajas y se omiten sus riesgos y defectos. De esta forma, es probable que estos riesgos queden en la sombra. A la falta de análisis contribuye, sin duda, que el debate no se centrara en aquel momento en ninguna medida concreta, sino que se demandase una reforma general del sistema político. Además, escasean las defensas argumentadas a favor de las instituciones del orden político.

Esta tendencia apologética lleva a fetichizar algunas medidas, como la proporcionalidad del sistema electoral o la introducción de primarias, a las que se atribuyen efectos casi mágicos. Una similar fetichización aparece entre los adversarios del movimiento con respecto a las elecciones y la legalidad, a través de los que se esperan las soluciones a los problemas que, en tantas ocasiones, los articulistas identifican junto a los indignados. Además, he destacado la aporía que encierran las versiones más radicales de la democracia procedimentalista, en tanto que eliminan del fundamento de la democracia los valores que le dan sentido y que permiten sostener el tono moral que, sin embargo, teóricos como Schumpeter ([1942] 1983) o Bovero (2010) reconocen como condiciones “externas” para el funcionamiento del sistema democrático. Parece sin embargo complicado demandar altura moral a los participantes de un sistema que cada vez más se asume como simulacro. Por otro lado, traje a colación las críticas de Ovejero Lucas (2012) a la concepción de la democracia como un mercado (en el que los individuos, mediante la búsqueda del propio interés y participando los ciudadanos únicamente en el momento electoral se logra el interés general) para señalar, entre otros, los peligros de selección adversa. Intenté así recordar a los defensores de estas nociones de democracia reduccionistas que los problemas morales que tanto les preocupan pueden ser en parte consecuencia de la misma concepción de democracia que promueven.

También he señalado en este capítulo un gran desaprovechamiento de la propia experiencia al respecto de lo que puede ocurrir con algunas formas de democracia directa en el contexto contemporáneo. Me refiero a los concejos municipales en España que, como mostraba el ejemplo de Arakaldo, funcionan como “la democracia más pura”. No se ha tratado de desacreditar el horizonte directista, pero sí quise poner de manifiesto los costes que supone y que se ocultan, como la posibilidad de que las minorías más movilizadas capturen las tomas de decisión, sabiendo además que dichas minorías difieren sustancialmente de la mayoría en sus características sociodemográficas.

Por lo demás, tanto el 15M como sus adversarios tienden a coincidir en presentar la democracia como solución a todos los problemas. El desacuerdo lo encontramos con respecto a la fuente de esos problemas pues, si los indignados en ese aspecto destacan la falta de democracia, para sus adversarios la responsabilidad debe atribuirse individualmente: a Rodríguez Zapatero, por un lado, a los políticos en general, por otro, y, también, a los propios ciudadanos. Tanto en el movimiento 15M como entre sus críticos

destaca el uso de metáforas higiénicas, biológicas y sanitarias, especialmente para hablar de la corrupción; metáforas que tienen una fuerte tendencia esencialista, dando por hecho una idea de democracia implícita, y que nos hablan de unas amenazas que son siempre externas a la propia democracia, y nunca causadas por ésta.

CONCLUSIONES

Conclusiones

Hasta aquí llega el recorrido de esta tesis, sobre la que ahora podré aportar unas conclusiones que no sean, como se explicó en las primeras páginas, *mero* comentario, sino en sí material digno de atención. Para ello, procuraré no limitarme a resumir el trabajo realizado, sino que destacaré las contribuciones que considero más valiosas del trabajo, señalando las dificultades encontradas en su realización y algunas de las tareas pendientes para el futuro.

1. CONTRIBUCIÓN A LA REFLEXIÓN DISCIPLINAR DE LA TEORÍA POLÍTICA

En el primer capítulo de la tesis, y ante la pluralidad de prácticas que engloba la Teoría Política y su “febril procura contemporánea de su identidad como disciplina intelectual” (Máiz, 2005: 18), dediqué un importante esfuerzo a definir la lógica de investigación a seguir. Los objetivos eran, por un lado, no limitar el trabajo al análisis empírico, descriptivo o explicativo, del pensamiento político; y, por otro, evitar la realización de juicios de valor propios, autónomos. Todo ello se quiso hacer buscando la mayor coherencia posible entre método y objeto, planteando una lógica de investigación sobre el pensamiento político que a su vez fuera también pensamiento político, y asumiendo tanta responsabilidad con los resultados políticos de esta empresa como fuera posible dentro de los parámetros de la “Ciencia” —en un sentido no positivista—. Esta reflexión y su puesta en práctica ha intentado contribuir al debate sobre la disciplina.

Para su definición, recuperé algunos caminos señalados por Michael Freeden (1996) pero que él mismo no siempre recorre. Entre éstos, destacan su descripción de las responsabilidades de la Teoría Política (Freeden, 2012), o la posibilidad de estudiar las consecuencias probables de los conceptos estudiados en base al conocimiento empírico y desarrollando deliberaciones informadas. También alababa Freeden el potencial del posmodernismo para poner en perspectiva las formas de conceptualización que el estudioso de las ideologías encuentra. Ello nos llevó a poner en valor la contribución de Max Weber sobre cómo realizar análisis de juicios de valor sin realizar a su vez juicios de valor (Weber, [1917] 2010; Weber, [1904] 2009; Abellán, 2015). Para ello, Weber define varias posibilidades de trabajo guiadas por la razón instrumental; por tanto, sobre medios

y fines, así como sobre causas y consecuencias, tanto prácticas como éticas. El protocolo definido por Weber, además, animaba a incorporar los resultados de investigaciones empíricas, así como axiológicas, para contrastarlas con los discursos encontrados. Así lo he hecho, recurriendo para ello a numerosos estudios de una gran diversidad de disciplinas.

a) La necesidad de partir de una concepción horizontal y pluralista de la política para definir las labores *políticas* de la lógica de investigación propuesta

Concluí que esta responsabilidad con la política sólo podía realizarse desde una concepción horizontal y pluralista de la misma, pues las concepciones verticales, que destacan la lucha política y la promoción de ideas, inducen a realizar juicios de valor, colapsando la actividad en aquella realizada por el ideólogo, el teórico normativo o el filósofo político. Por ello, recurrí a la concepción arendtiana de la política como la decisión de “todos sus asuntos hablando y persuadiéndose entre sí” en un espacio artificial de igualdad, cuya actividad característica (y sentido) es el ejercicio de la libertad. Una libertad entendida como la capacidad para comenzar; para la acción (Arendt, [2005] 2008: 149-153). Tomando como ejemplo la labor académica de la propia Hannah Arendt, pasé a definir una serie de obligaciones que caracterizan la lógica de investigación dentro de la Teoría Política y que esta tesis ha tratado de llevar a cabo. Veamos pues hasta qué punto se han podido satisfacer estas distintas obligaciones disciplinares en el tercer bloque de la tesis.

b) La Teoría Política como pensamiento representativo de verdades en diálogo

Siguiendo a Arendt, definí el pensamiento político como un trabajo representativo. Por ello, el trabajo realizado ha consistido en una “representación” (1.4.5), tan inclusiva como ha sido posible, de los distintos discursos encontrados (entendiendo por “discurso” las prácticas simbólicas e imaginarias incorporadas en la palabra y los actos¹). He procurado además ser lo más fiel posible a estos discursos en los que aparece la raíz de democracia, a su propia verdad (1.4.8). Con ello quería mostrar distintas formas en que se abre el mundo a distintos grupos y personas a partir de su idea de democracia y, en

¹ Desde una perspectiva postestructuralista, se han entendido las palabras como actos y los actos en tanto que significativos, sin que la diferencia pueda ser colapsada ni radicalizada sin caer en la aporía.

particular, cómo perciben y entienden la democracia. Además, espero haber contribuido con las reflexiones planteadas para que, a partir de los puentes para el entendimiento contruidos, el lector haya podido profundizar en su propia posición y perspectiva; en su propia verdad. He aquí la fundamental contribución política del trabajo (1.4.8).

Su presentación ordenada de por sí ha supuesto un enriquecedor ejercicio de escucha a los conciudadanos que se expresan en el espacio público. La propuesta también ha buscado la inclusividad en tanto que no ha descartado el recurso a trabajos de diversas disciplinas en la búsqueda de herramientas, para sostener sus argumentos o para contrastar y reflexionar sobre los discursos encontrados.

Las reflexiones han sido un espacio especialmente fructífero para poner en relación los discursos académicos y no académicos, pero también se ha procurado poner en diálogo las diversas posiciones encontradas en la prensa. Por ejemplo, cuando se acusaba al movimiento 15M de antidemocrático por incumplir la ley, se recuperaron las respuestas a esta acusación inmediatamente (7.2.4), permitiendo contrastar los argumentos. Lo mismo se hizo con el discurso cultural sobre la Transición y las subversiones transformadoras que se le oponen –capítulo cinco–, o con el debate entre los distintos partidos políticos o entre los detractores y simpatizantes de la no ilegalización de Bildu.

c) Diferenciación entre conocer, entender y pensar

Más allá de la presentación dialogada de los discursos encontrados, de su conocimiento, la tesis ha enfatizado otros dos objetivos fundamentales. Primero, se ha hecho un trabajo para *entender* y hacer entendibles los discursos en su particular forma de percibir el mundo a través de la idea de democracia, sin por ello hacer un juicio de valor sobre su bondad o maldad. De este modo, hice lo posible por aportar sentido a la diversidad de posiciones, señalando en cada caso qué valores y experiencias se destacaban y en detrimento de qué otros, pero también qué intereses podían subyacer a estos posicionamientos. Todo el tercer bloque ha estado animado por la voluntad de reconciliación con el pensamiento y los hechos acaecidos en las fechas analizadas. No se ha tratado, desde luego, de convencer al lector de las posiciones defendidas por los distintos actores, pero sí de darles o encontrarles sentido.

Efectivamente, a la tarea de entendimiento ha contribuido sobremanera señalar las experiencias a las que se remiten los discursos (1.4.3). Entre ellas, han destacado la

Transición, el funcionamiento del sistema político español desde entonces, el franquismo, la primavera árabe y sus sistemas dictatoriales o la Atenas Clásica, entre otros. La Historia, en este sentido, se ha mostrado como una compañera relevante, permitiendo contrastar la forma en que los discursos sobre la democracia conciben esos momentos históricos y lo que la academia tiene que enseñarnos de ellos.

En segundo lugar, he dedicado apartados específicos a *pensar* o reflexionar sobre las cuestiones que estos discursos señalaban, destacando sus contradicciones internas (entre los diversos valores que se defienden al mismo tiempo) o externas (con respecto a los hechos y los cursos de acción probables). Al disolvente ejercicio de pensar ha contribuido una mirada postestructuralista que, mediante la deconstrucción, ha puesto de manifiesto las principales aporías constitutivas de los discursos presentados. También ha ayudado en este trabajo de pensamiento el recurso a diversos autores de la Historia de las Ideas Políticas. La separación de los apartados dedicados a la reflexión se ha manifestado productiva a este respecto, aunque ello haya podido conllevar una mayor extensión del texto.

El mayor reto en este trabajo representativo ha sido tratar de traer al texto la pluralidad de los discursos encontrados sin ahogarlos bajo rígidas etiquetas, algo que resultaba imprescindible si se quería mostrar que los discursos públicos sobre la idea de democracia no se formulan únicamente a partir de la coherencia lógica con unos sólidos valores de referencia, sino que dependen en gran parte de los usos en los que se articula la idea e, incluso, del genio particular de diversos autores. Como mostré en el tercer capítulo, otros estudios más focalizados en “conocer” logran construir interesantes etiquetas para las distintas corrientes de discurso sobre la democracia. Se decidió sin embargo realizar aquí un trabajo más fragmentario, más pegado al corpus analizado, que pusiera de relieve la complejidad y pluralidad del espacio público e impidiera hacer desaparecer los juegos de autoría que constituyen a la prensa misma. En este sentido, se priorizaron sobre el objetivo conocer los otros dos: el entendimiento y la reflexión. Futuros estudios podrán encargarse de ese trabajo de categorización.

d) Práctica de la imparcialidad y evitación de la indolencia

Para facilitar la libertad de juicio del lector he realizado todo el esfuerzo posible para mantenerme imparcial ante la diversidad de discursos aquí representados, tratando de no

favorecer a ninguno de ellos en base a valoraciones autónomas (1.4.7). Esto en ocasiones me ha llevado a desarrollar en las reflexiones argumentos muy distintos a los que, como ciudadano, estaría dispuesto a defender. Es precisamente ahí, y no en otro lugar, donde se muestra con más claridad el valor y la diferencia de la Teoría Política con respecto a otros tipos de intervenciones públicas políticas; fundamentalmente, con respecto a las intervenciones ideológicas.

Esta imparcialidad, sin embargo, no debe confundirse con indolencia. Empezando por esas ocasiones en que los argumentos excedían todo sentido moral (como cuando extendí hasta el límite del cinismo la deconstrucción entre los intereses particulares e interés general), he dejado traslucir, siguiendo el consejo de Arendt (1953a: 78-79), las emociones que el entendimiento común demandaba. Además, el propósito siempre fue transmitir la preocupación por algunos de los problemas de la democracia que he ido señalando, y cuyo acometimiento me parece ciertamente difícil y costoso. También quise expresar, aunque con menos frecuencia y posiblemente menor éxito, satisfacción e incluso admiración ante la calidad de algunos argumentos, sentimientos y acciones que no pueden entenderse sin referir a la emoción. Recuérdese, por ejemplo, a Antonio Calvete, el único ciudadano que, en aquellos once días de intenso cuestionamiento de la democracia, animaba a participar en los partidos políticos, reclamando ayuda en la hercúlea tarea de lograr, desde dentro, una democracia mejor (EP19510, 7.1.2j). No se ha ocultado tampoco, en este sentido, mi preocupación por la falta de compromiso con las organizaciones intermedias que son claves para hacer funcionar la ficción de la democracia representativa.

e) Apertura de espacio para la política en la propia interpretación de la política

He tratado de evitar la reducción de los hechos históricos analizados a meras consecuencias de algún tipo de determinismo histórico (1.4.1), sin por ello ignorar las tendencias que las Ciencias Sociales nos sugieren. A esto ha contribuido sobremanera plantear, desde el pluralismo de valores definido por Weber ([1919] 2007) o Berlin ([1954] 2004: 189), la imposibilidad de maximizar todos los valores a un mismo tiempo y la consecuente obligación de elegir, dentro de un contexto no siempre igual de maleable, cuáles se quieren priorizar. La reflexión ha llevado así a plantear las alternativas que se abren ante los ciudadanos y la contingencia de sus posiciones, poniendo sobre nuestros

hombros (individuales y colectivos) el peso de la libertad, no sólo para elegir, sino también para irrumpir en lo público con algo nuevo e inesperado, y que rápidamente escapará a nuestro control. No se ha ocultado tampoco que el trabajo de pensamiento realizado, que ha incluido diversos gestos deconstructivos para señalar las aporías constitutivas de los discursos encontrados, puede ser contraproducente para (algunos de los) intereses políticos en juego.

f) Ejemplaridad y dificultades para combinar profundidad y accesibilidad

Sin pretender que no haya más formas de pensar políticamente que la aquí practicada, la tesis ha procurado ofrecer un ejemplo de pensamiento político, que escucha a los conciudadanos prestando atención a las posibilidades y limitaciones de los contextos y haciendo espacio a la acción (1.4.2). No se trata sin embargo de construir esa ejemplaridad ocultando las carencias del trabajo, sino –en coherencia con el compromiso con la verdad– todo lo contrario.

Se ha procurado presentar estos discursos con un estilo accesible (1.4.4), a lo que ha ayudado la profusión de citas directas a unos textos periodísticos de por sí pensados para el gran público. Esta claridad ha resultado más difícil de sostener en los seis apartados de reflexiones, donde ha sido necesario el recurso a cierta jerga, además de un trabajo deconstruccionista que no siempre es fácil de comunicar. Al mismo tiempo, se ha intentado evitar que, al huir de la jerga, se produjera una excesiva pérdida de precisión conceptual, especialmente con respecto al marco postestructuralista.

Por otro lado, la decisión de acercarnos desde una perspectiva general al objeto ha supuesto inevitablemente la apertura de una multitud de cuestiones merecedoras cada una de ellas de un trabajo en profundidad. En definitiva, como recordaba muy al principio con Max Weber: “Todos los trabajos que abarcan campos fronterizos [...] se resignan conscientemente, a que el propio trabajo permanezca inevitablemente muy incompleto, aunque estén suministrando en todo caso al especialista *problemas útiles*” (Weber, [1919] 1992: 61). Con ello se abre la puerta a que futuros trabajos profundicen en los diversos aspectos que se han ido señalando.

g) Ejercicio de la imaginación e inspiración para el futuro

Llego así a la última responsabilidad con la que me comprometí: hacer uso de la imaginación y resultar inspirador; esto es, animar la imaginación propia y de quien nos preste oídos (1.4.6). Con respecto a lo primero, la imaginación ha sido clave para mantener la imagen de un pasado que aún recuerdo, pero al que, quizás por ello mismo, resulta tan tentador trasladar anacronismos derivados de lo que sólo más tarde se hizo evidente. También la imaginación jugó parte importante en la reconstrucción de las distintas posiciones descritas, algunas de las cuales –como no podía ser de otra forma– quedan muy alejadas de las posiciones jamás sostenidas por este doctorando. En algunos momentos ensayé también algunos intentos de imaginar los argumentos que nos habrían ofrecido autores relevantes si contemplaran los problemas estudiados (Rawls, por ejemplo, sobre la desobediencia del movimiento), o imaginé la opinión de actores (como el 15M) sobre posiciones de teóricos (como Schmitt). Otras veces, con esta y otras cuestiones, se ha mostrado la diversidad de interpretaciones posibles, facilitando así que el texto resultara sugerente.

2. DEFINICIÓN DE LA PERSPECTIVA POSTESTRUCTURALISTA Y DEL APARATAJE CONCEPTUAL EMPLEADOS

Esta tesis parte de un posicionamiento postestructuralista sobre el discurso al considerar que provee una mejor y más amplia perspectiva sobre el objeto y como base de su posicionamiento epistemológico y ontológico. A su articulación dediqué el capítulo segundo, donde previamente repasé y recuperé algunas contribuciones que desde diversas disciplinas (el estudio de la cultura política, el análisis de las ideologías, la Historia del Pensamiento Político, la Historia de los conceptos) y que resultaron en distinto grado valiosas para el análisis del objeto propuesto.

a) La incorporación de la autoreflexividad propia del estudio del discurso

Como se mostró desde las primeras páginas de la tesis, los análisis del discurso tienen una característica particular: se trata de que su objeto es de la misma *sustancia* que el material con que se construyen las interpretaciones; ambos son discursos, de tal suerte que

las características que se atribuyen al objeto conllevan una *autoreflexividad* sobre el trabajo propio. Esta autoreflexividad de lo discursivo es paralela a la propia de una lógica de investigación dentro de la Teoría Política concebida como pensamiento *político* y cuya principal tarea es representar otras formas de pensamiento político. Aparece así uno de los aspectos clave de la tesis: la búsqueda de coherencia entre la concepción del discurso desde la que se concibe el objeto de estudio y aquella que permite definir la tesis misma.

El capítulo segundo, por ejemplo, en el que presenté la forma en que diversas disciplinas habían contemplado al objeto aquí tratado (o construido objetos cercanos, si se quiere), estuvo a su vez fuertemente influido por la propuesta de Koselleck. Así, procuré que la utilización de diversas palabras o de las mismas palabras en esas diversas disciplinas no impidiera percibir cuándo se estaba hablando de conceptos parecidos, y cuándo de conceptos diferentes.

De este modo, el diálogo entre estas diversas disciplinas y el postestructuralismo sirvió al mismo tiempo para delimitar el tipo de postestructuralismo que define la ontología de esta tesis, para realizar algunas críticas a esas otras disciplinas y, con ello, para definir importantes instrumentos conceptuales. En definitiva, procuré elaborar un marco teórico que no fuera una mera revisión bibliográfica, sino una articulación original adaptada al objeto y los objetivos.

b) Uso del postestructuralismo para dar sentido a las contradicciones de otras perspectivas alternativas como aporías constitutivas

De este recorrido creo destacable el sentido encontrado para algunas contradicciones clave en el pensamiento de Skinner y Koselleck (2.5.2): en el caso del primero, hice notar en sus textos una contradicción acerca de tratamiento que la Historia debería hacer de las contradicciones: ¿superarlas o dar cuenta de ellas? En el caso de Koselleck, la aporía que subrayé en su pensamiento fue aquella sobre la imposibilidad de conocer fuera del lenguaje y la imposibilidad de poner nombre a toda nuestra experiencia. Desde un marco postestructuralista, pude mostrar que estas contradicciones no son meros errores, sino que adquieren sentido una vez puestos en una ontología articulada en torno a la idea de los imposibles necesarios.

Además, tomé instrumentos conceptuales y consejos de ambas escuelas. Particularmente, de Koselleck recogí su diferencia entre el enfoque onomasiológico y el

semasiológico, la diferencia entre conceptos cargados de experiencia y aquéllos cargados de expectativas. Además, la diferencia entre la Historia de los Conceptos y la Historia Social, tan prolija en el contexto de la Alemania de los años 30, sirvió para poner freno a las tendencias antifundacionalistas de ciertos postestructuralismos.

c) Definición de la perspectiva postestructuralista empleada

El postestructuralismo que se ha defendido parte del trabajo de Derrida y Lacan, asumiendo que las estructuras simbólicas se conforman siempre mediante exclusión, con lo que generan unos exteriores que, al mismo tiempo, son constitutivos. La desconstrucción, herramienta clave en los apartados de reflexiones, ha permitido poner de relieve las aporías mediante las que se constituye el significado en general, y los analizados en particular. Esto en ningún caso es suficiente para reclamar el abandono de las diferencias encontradas, pero sí para mostrar su contingencia; su carácter intrínsecamente aporético. Además, como he apuntado en varias ocasiones (sin poder desarrollarlo), esta mirada postestructuralista encierra un fuerte potencial ético, en tanto que reclama, al mismo tiempo, dos obligaciones contradictorias y, en último término, imposibles: el respeto de la otredad y el encuentro del entendimiento.

En este capítulo segundo (2.5.2) argumenté que el postestructuralismo de Laclau, en contraste con el trabajo de Koselleck, pero también de Derrida, Lacan o Žižek, tiende a minusvalorar la importancia del exterior al discurso, de lo “real”. Aunque sólo sea cognoscible desde el discurso y aunque en distintos grados se vea determinado por él, éste reclama ser atendido en sus propios términos. La importancia otorgada a ese exterior llevó, en la línea de toda una rama del postestructuralismo (Thomassen, 2017), a desarrollar el papel de la idea de “representación” para construir la perspectiva epistemológica de la tesis, lo que implica dejar de confundirla con una idea de correspondencia directa o identidad entre el lenguaje y la experiencia. Fue en el capítulo séptimo donde pude extraer las consecuencias de esta crítica para el concepto de representación política (7.1.4).

Con esta concepción de la representación ha sido posible remitir a referentes externos (a experiencias) capaces de dar un sentido, aunque sea limitado, a las exclusiones encontradas. De este modo, y aunque ello supusiera restringirme a una interpretación particular del pensamiento derridiano y una ligera variación de la posición arendtiana,

logré una posición de compromiso que permitiera articular las contribuciones de ambos (2.5.6). Dicho de otro modo, la tesis se ha situado en una posición postundacionalista que, como explica Marchart (2007: 9), implica no abandonar “la búsqueda de fundamento”, sino que ésta “es aceptada como una empresa a la vez imposible e imprescindible”². Con el mismo propósito de señalar la (imposible pero necesaria) tensión transcendente de los conceptos, preservé la noción de “idea”.

d) Principales instrumentos conceptuales para la presente investigación

A sujetar el análisis a la experiencia ayudó un instrumento conceptual destacado: la problematización foucaultiana, que pone el acento en los problemas y en cómo se construyen esos problemas. Esto permitió conocer mejor la relación entre la idea de democracia y algunas de sus dimensiones en los discursos encontrados, además de señalar las experiencias que hacían percibir esos problemas y no otros como relevantes. Por otro lado, la reflexión ha estado guiada por la idea derridiana de la deconstrucción; esto es, ha procurado localizar en los discursos las aporías que permiten su cierre de significado, sus exteriores constitutivos, poner en valor los opuestos menospreciados y mostrar la contingencia de las principales diferencias conceptuales en torno a la democracia.

Hay otros instrumentos conceptuales que querría destacar y que están entre las contribuciones más interesantes del presente trabajo. Por un lado, ha resultado de gran utilidad diferenciar siguiendo a Laclau y Mouffe ([1985] 2001) o Geertz ([1973] 2003) entre los aspectos culturales (entendidos como aquellos hegemónicos, apenas cuestionados y que colaboran en la reproducción del orden) y aquellos ideológicos, envueltos en la lucha política. Entre estos últimos, inspirado en Mannheim (1987), distinguí las ideologías transformadoras, que desean un cambio en el orden, y aquellas conservadoras, que se ven forzadas a una defensa del orden, para lo cual pueden tener que reformular sus términos.

También han sido de utilidad las ideas de Laclau y Mouffe ([1985] 2001) sobre el funcionamiento de los significantes vacíos o los significantes flotantes, su idea de “horizonte” como el elemento del discurso que define las aspiraciones normativas y las presunciones ontológicas o la definición del populismo realizada por Laclau (2005). Pero,

² the quest for grounds is not abandoned (like in the case of a simple-minded anti-foundationalism), but is accepted as a both impossible and indispensable enterprise

sobre todo, ha ocupado un lugar clave la noción de “frontera” dibujada en el discurso entre antagonistas, pues ha servido de vía de entrada al texto, organizando los capítulos. Esto es en sí indicativo de su importancia en el discurso político en tanto que político.

Por otro lado, fueron de gran utilidad la metáfora geográfica que aporta Freedman (1996) para el análisis de ideologías, y que viene a suplir la falta de instrumentos en el trabajo de Laclau y Mouffe ([1985] 2001) para describir las sedimentaciones discursivas. Así, he señalado cómo algunas dimensiones de significado e ideas ocupaban posiciones centrales, posiciones adyacentes y posiciones periféricas en las ideas de democracia analizadas. Aunque por la naturaleza de los datos recogidos no siempre fuera fácil identificar estas posiciones, ha permitido, por ejemplo, mostrar cómo el discurso ideológico conservador que reacciona frente al 15M ponía en el centro de la idea de democracia la obediencia a la ley, prescindiendo frecuentemente de la idea de voluntad popular mediante una concepción de la política como gestión o administración, mientras que los indignados ponían en el centro de su ideología el autogobierno, desplazando hacia posiciones adyacentes el cumplimiento de la ley, cuyo valor queda sometido a la voluntad popular. Además, la metáfora de Freedman se reinterpretó en el árbol de codificación para localizar los momentos en que la idea de democracia resultaba central para el discurso en que aparecía, adyacente o sencillamente se hacía un uso circunstancial o superficial del mismo, proveyendo así de una vía de acceso al corpus muy importante.

Finalmente, ha resultado central la (imposible) diferencia entre 1) los usos que se hacen de una idea, entendiendo por “usos” tanto aquellos intencionales (en la línea de Skinner) como aquellos no tan conscientes, aunque evitando una mirada funcionalista que prescinda de la libertad de los hablantes en la explicación; 2) los significados que vehicula la idea, en este caso relacionados con los modelos de democracia, con lo que significa y lo que no significa la democracia; 3) el orden intelectual de una idea, y que incluye el “*status* de fundamento” u ontológico que se le atribuye (Laclau, 1998). Dicho de otro modo, es la *forma* en que se concibe. He destacado insistentemente en la imposibilidad de la diferencia total entre estos elementos, tanto ontológica como empíricamente, pero considero que su utilidad para el análisis ha quedado suficientemente demostrada.

3. LA APROXIMACIÓN EMPÍRICA Y EL ESTUDIO DE LA PRENSA

Esta tesis no sólo ha tratado de hilvanar la Teoría Política y la Teoría del Discurso, sino que además ha incorporado una aproximación empírica al objeto, sirviéndome para ello de una técnica cualitativa de investigación: el análisis de contenido cualitativo (Schreier, 2012: 31). Para complementar los resultados, se han incorporado los resultados proporcionados por otras investigaciones y, especialmente, los datos de diversas encuestas. Por ejemplo, para contrastar los hechos presentados por los discursos analizados se ha recurrido a multitud de otros trabajos empíricos. Todo ello, con la voluntad de tender puentes entre la Ciencia Política empírica y la Teoría Política, lo que ha resultado ciertamente productivo.

a) Ventajas y límites de la aproximación naturalista

La investigación ha demostrado el interés, aunque también los límites, de una aproximación naturalista; esto es, que se acerca al discurso tal y como se practica (en este caso, en la prensa). En esto, el presente estudio se diferencia de otros trabajos basados en encuestas, entrevistas o grupos de discusión, incapaces de ofrecer una mirada tan amplia sobre el papel que juega la idea de democracia en nuestras sociedades. Eso sí, esas miradas ganan al presente trabajo en su capacidad para cruzar sus resultados con datos demográficos, así como para dirigir las respuestas hacia el objeto de estudio, facilitando su tratamiento. Los espacios artificiales que construyen esas otras técnicas de investigación también pueden permitir un acercamiento más directo a las creencias, que en el presente trabajo se ven entremezcladas con las intenciones e intereses que motivan los usos de la democracia en el conflicto político.

Otros trabajos que prescindan del afán naturalista que tuvo el presente podrán, mediante preguntas a los sujetos o grupos de discusión, lograr un mayor conocimiento sobre las diferencias entre lo que se dice de la democracia y lo que se cree, poniendo así el énfasis en cómo los usos a los que sirve la idea modifican las concepciones que circulan en la esfera pública. También podrán detenerse a profundizar en el orden intelectual atribuido a la idea, preguntando directamente a los participantes o guiando el discurso de grupos de discusión para tratar sobre el gradualismo, el fundamentalismo, el perfeccionismo o la pluralidad de modelos de democracia.

b) Dificultades técnicas encontradas en relación con la visión general buscada

La búsqueda de la raíz o lexema de democracia desde un enfoque semasiológico, tras lo que se ampliaba la mirada dentro de cada artículo para recoger el contexto y otras referencias al concepto mediante el uso de otras palabras –enfoque onomasiológico– (Koselleck, [2006] 2012: 32) ha resultado también productivo para seleccionar los pasajes a analizar. En todo caso, siendo esta incorporación de una técnica empírica una de las más originales y valiosas apuestas de la tesis, ha supuesto también grandes dificultades, que asumí como parte del reto que suponía este *experimento*.

En primer lugar, tuve importantes problemas técnicos con los archivos de los periódicos, lo que hace recomendable para el futuro evitar el análisis asistido mediante software de grandes cantidades de prensa en papel digitalizada en formato pdf. –al menos, mientras los programas de reconocimiento de texto no sepan entender mejor los formatos periodísticos–. Tan solo la búsqueda de las palabras con la raíz de democracia, el primer paso, supuso un reto mayúsculo, que requirió de multitud de intentos y de buenas dosis de imaginación. La tarea fue además dificultada por la decisión de evitar definir los autores que eran objeto preferente de la investigación (políticos, ciudadanos, articulistas y periodistas o periódicos, entre otros). El resultado de esta decisión, sin embargo, ha sido positivo, pues con ello se ha podido mostrar implícitamente los juegos de autorías propios de la prensa, que en otros trabajos más *limpios* pueden quedar ocultos.

La amplitud de objetivos llevó a un extenso árbol de codificación, lo que aumentó el tiempo requerido para realizar la investigación. Aunque ello ha permitido ofrecer una perspectiva general del objeto a partir de la cual investigaciones futuras podrán profundizar en unos aspectos u otros, tal empresa –de querer realizarse, por ejemplo, para otro concepto– es posiblemente más adecuada para un grupo de investigación que para un solo individuo.

Estas dificultades se solventaron a base de horas de trabajo y reduciendo el papel del análisis de contenido cualitativo, la técnica seleccionada, a un nivel exploratorio, a partir del cual construir el análisis y las reflexiones teóricas. Posteriores investigaciones podrán lograr una mayor integración entre teoría y técnicas de investigación, como ya hicieran otras investigaciones previas (3.1 y 3.2), sea en un sentido ascendente (desde el texto a la teoría, como en la Teoría Fundamentada) o descendente. Para ello, eso sí, deberán reducir

el corpus analizado, prescindir de los pasajes más superficiales y/o establecer unos objetivos más restringidos que deriven en árboles de codificación más manejables.

c) Decisiones técnicas más productivas

Del uso de la técnica de investigación me gustaría también destacar la utilidad de algunas de las decisiones tomadas que puedan servir de guía a futuras investigaciones. Por un lado, la consideración de cada uno de los artículos como un caso diferente ha permitido solicitar al programa Nvivo 12 los resultados para las distintas consultas solicitadas medidos por número de artículos, lo que procuraba información fundamental gracias a la clasificación de estos casos según el periódico del que provinieran y la fecha en que se produjeran. Esto ha permitido hacer uso de datos cuantitativos, aunque se primara la mirada cualitativa. También me ha resultado de utilidad, aunque aumentara el trabajo considerablemente, no utilizar los nodos como categorías excluyentes. Ello ha resultado ser especialmente práctico para los códigos elaborados para los temas que motivan la aparición del lexema de democracia o los problemas de la democracia, pues de otro modo se habría imposibilitado la realización de cruces (que fueran significativos en más de un caso) y su aprovechamiento para la elaboración de nuevos nodos.

La codificación abierta (partiendo de los propios datos), además, ha sido muy fructífera en el análisis de las metáforas habituales junto a la democracia, además de para los temas en relación con los que hacía su aparición o los problemas de la democracia. Fue fundamental, no obstante, decidir teóricamente la vía de entrada al texto. Finalmente, se optó por varias fronteras que se dibujaban insistentemente en el texto analizado: la diferencia entre democracias y dictaduras (histórica y geográficamente), el enfrentamiento entre partidos, la diferencia entre la democracia y los violentos (Bildu/ETA) o la división entre los indignados con respecto al sistema político y los adversarios del movimiento frente a éste.

La selección de la prensa a analizar (cuatro diarios seleccionados por su difusión y variedad ideológica) ha ofrecido una amplia variedad discursiva, favorecida por el modelo mediático mediterráneo que caracteriza a nuestra prensa según Hallin y Mancini (2004: 67). Esto ha permitido atribuir algunas formas de entender la democracia a posiciones ideológicas según la prensa en que predominara. Además, la selección de un pequeño número de días (11) sucesivos ha permitido observar la intensa relación entre los usos de

democracia y los temas tratados y parar a reflexionar sobre esos temas a partir de su presentación en la prensa, lo que ha sido fundamental para profundizar en el entendimiento de los discursos hallados. Una muestra aleatoria lo habría hecho imposible.

Por otro lado, ha sido importante incluir no sólo los pasajes en que se desarrollaba con mayor atención la idea de democracia, sino también los usos más superficiales y espontáneos: desde anuncios y publrreportajes –de Ikea, entre otros– a expresiones comunes y espontáneas como “desde la recuperación de la democracia”. Estos pasajes, que podían parecer irrelevantes, han contribuido de forma importante al estudio (sea para entender el funcionamiento de la dimensión social de la democracia, en el primer caso, o el cuestionamiento del discurso cultural sobre la democracia asentado en la Transición, en el segundo).

Me gustaría por último destacar el trabajo realizado para mostrar las distintas metáforas que rodean a la idea de democracia (el juego, el mercado, la lucha y la guerra, la metáfora higiénica, la biológica, la arquitectónica o la religiosa). Estas metáforas enriquecen la idea, al mismo tiempo que la delimitan en un sentido u otro, procurando algunas oportunidades de significado y de formas de concepción (u orden intelectual) y dificultando otras. Queda pendiente para futuros trabajos un análisis detenido de estas metáforas y de otras que aquí se han orillado por carecer de suficiente material; fundamentalmente, es el caso de la metáfora la religiosa.

d) La representatividad de la prensa con respecto a la esfera pública española

He encontrado diversas señales de que la prensa en papel ocupaba un lugar central en la esfera pública española en el momento estudiado, dándose en ella encuentro las voces de los más diversos ámbitos. En definitiva, el estudio se ha centrado en el análisis de estas representaciones, no como meras representaciones, sino como elemento constitutivo de los objetos representados. Eso no me ha impedido, no obstante, acercarme a esos mismos objetos por vías más “directas”; por ejemplo, en el caso del 15M, aunque sus manifiestos encontraran eco en la prensa en repetidas ocasiones, llegando a reproducirse alguno de ellos de forma íntegra, he querido también remitirme a los documentos mismos.

En cualquier caso, futuras investigaciones interesadas en el presente deberán tener en cuenta que hoy en día la esfera pública se ha pluralizado de tal modo que la prensa en papel posiblemente ya no ocupa la posición privilegiada, de referencia y representativa,

que le atribuí para las fechas indicadas. También deberá tenerse en cuenta que la elección del periodo ha sido fundamental para el éxito de la investigación, dándose en aquellos once días un momento irrepetible para el análisis de la idea de democracia.

Esos trabajos podrán desarrollar aspectos concretos aquí tratados, como la forma en que las creencias y los usos de la democracia se combinan para dar lugar a los discursos públicos. Futuros trabajos cuantitativos podrían además aprovechar las contribuciones de esta tesis para medir la importancia y distribución de las tendencias señaladas. Además, creo que subsiguientes investigaciones cuantitativas deberían tener más en cuenta algunas de las diferenciaciones teóricas que aquí se han subrayado; por ejemplo, frente a las preguntas genéricas sobre “la importancia” para la democracia de la distribución económica igualitaria (ESS) o su carácter “esencial” (CIS), podría profundizarse en conocer por qué se le da importancia a los distintos elementos por los que se pregunta (¿porque es parte de la definición? ¿un requisito? ¿una consecuencia esperable?), y si estos motivos varían según diversas variables sociodemográficas.

4. LA IDEA DE DEMOCRACIA EN LA PRENSA ESPAÑOLA

En el tercer bloque de la tesis he presentado, analizado y reflexionado sobre la idea de democracia que podía encontrarse en la principal prensa de referencia española entre el 14 de mayo y el 24 de mayo de 2011. Antes, el capítulo tercero sirvió para presentar el estado de la cuestión, proveyendo importante información sobre el objeto. Dado que puede encontrarse al final de cada capítulo una recapitulación sobre los principales hallazgos de cada uno de ellos, aquí me limitaré a articular esas aportaciones, ofreciendo una mirada general sobre lo encontrado.

a) Sobre los usos de la idea de democracia

En primer lugar, los capítulos se han organizado siguiendo un “uso” muy particular y fundamental para lo político: la definición de fronteras, de un nosotros frente a un ellos. Así, el quinto capítulo analizó las fronteras geográficas que permite dibujar la idea de democracia entre “las democracias” y “las dictaduras” (árabes, dado en contexto). Y también la división establecida entre “la dictadura” franquista y “la democracia” con origen en la Transición. Fue especialmente útil encontrar esta frontera en usos superficiales, es decir, en los que la idea de democracia no es necesariamente central para

el discurso, cumpliendo funciones principalmente contextualizadoras (“desde el inicio de la democracia”). Y lo fue porque este tipo de expresiones se repiten con una naturalidad que denota su arraigo cultural, si bien existe un discurso alternativo, ideológico, que procura subvertirlo, y que remite a la Segunda República (“desde la recuperación de la democracia”).

El capítulo sexto se detuvo en mostrar el uso de la idea de democracia en la lucha política, recogiendo el modo en que se descalificaba a los principales partidos políticos por sus respectivas acciones o actitudes “antidemocráticas”. Los partidos jugaban a desplazar la imagen del adversario fuera de lo democrático, caracterizándose a sí mismos implícitamente como demócratas en su lucha por los votantes de centro. He señalado además en las correspondientes reflexiones (6.1.7) que, si bien este uso ha podido contribuir al desgaste de la imagen de los partidos, lo cierto es que la táctica puede rastrearse hasta los albores mismos del sistema democrático español. Se planteó que estas descalificaciones, de hecho, podían cumplir importantes funciones culturales (para la reproducción del orden) al introducir cierta épica o conflictividad en el sistema democrático. De este modo, se favorece la percepción de que hay algo importante “en juego”; de que las elecciones no son un mero simulacro. El momento analizado muestra un fracaso de esta lógica para mantener la suficiente tensión, fundamentalmente ante la percepción de que las políticas económicas habían escapado al control de los ciudadanos. La descalificación además supone un incentivo a la moderación, pues el miedo a verse señalado ayuda a mantener las conductas dentro de los márgenes considerados democráticos.

En definitiva, fui mostrando que la idea de democracia cumple importantes funciones legitimadoras (y deslegitimadoras) con respecto a una gran diversidad de objetos. Hemos encontrado así la calificación y descalificación como demócrata o antidemócrata dirigida hacia el sistema político, hacia actores políticos individuales y colectivos o hacia decisiones políticas y actitudes. La idea de democracia (y, especialmente, el franquismo) se utilizan también para problematizar elementos del sistema político (5.2) y para ofrecer y defender propuestas de reformas y cambio (especialmente atendidas en el capítulo séptimo). La legitimación o deslegitimación suele ir acompañada de un ánimo a movilizar o desmovilizar a los ciudadanos en unas u otras direcciones: para que voten o se abstengan, para que salgan a concentrarse en las calles o se queden en su casa. Incluso ha

podido observarse un uso publicitario de la idea de democracia, sea para vender libros sobre su historia o para mejorar la imagen de marcas comerciales.

En el 15M, la idea de democracia se vuelve central, tanto para evaluar la situación como por su función para explicar la causa de los problemas localizados, para ofrecer indirectamente una orientación en la identidad de los indignados y, también, en la propuesta de soluciones. En este sentido he argumentado que en torno al 15M encontramos una ideología democratista.

He señalado también que la idea de democracia se utiliza para impedir o silenciar debates, en claros intentos de neutralización, que suceden fundamentalmente remitiendo al “Estado de derecho” (apartado 6.2.7), pero también a “el interés de la mayoría” (capítulo siete). Denunciar al otro como antidemócrata permite además, irónicamente, ignorar los posibles argumentos del adversario. El culmen de esta táctica la encontramos cuando a las acusaciones de “antidemócrata” se replica que no hay nada más antidemocrático que tachar al adversario de antidemócrata, evitando con ello analizar los motivos y las posibles desavenencias en torno al significado de democracia.

Finalmente, la idea de democracia se utiliza para luchar por el significado de la idea de democracia misma. Esto ocurre de forma más o menos implícita: por ejemplo, cuando se reclama como mito de origen de la democracia a la II República frente a la Transición (5.2.6). Pero, fundamentalmente, encontramos en el periodo seleccionado una batalla abierta por el significado de la democracia entre quienes reclamaban una “democracia real ya”, desplazando con ello el significado de qué es democracia más o menos explícitamente, y quienes defendían al sistema político con un ataque frontal a la concepción de democracia del movimiento 15M (capítulo 7).

b) Sobre las dimensiones de significado de la idea de democracia

A lo largo del análisis he ido mostrando cómo diversos elementos de significado de la idea de democracia se enfatizan u ocultan, ocupando posiciones centrales, adyacentes o periféricas. Además, las reflexiones me han permitido plantear en términos axiológicos la relación entre estos conceptos y valores, dibujando distintas dimensiones de significado, entre las que destacan la anarquista y consensual frente a la estatista y mayoritaria. Se confirman en todo caso los resultados de otros estudios previos (Kriesi, entre otros) acerca de la general aceptación de los aspectos liberales y electorales de la

democracia, complementados ocasionalmente (por ejemplo, para el 15M) de elementos participativos/ directistas y sociales/distributivos. A ello contribuye que se soslayen las tensiones entre las diversas dimensiones de significado que aparecen en torno a la idea de democracia.

Concepción cultural de democracia: carga de experiencia, vinculación emocional y valorización universalista que reclama compromiso

En primer lugar, la concepción cultural de la democracia se ha mostrado especialmente cargada de la experiencia democrática española y su sistema político, cuyo mito de origen se sitúa en la Transición y su opuesto se sitúa en la dictadura franquista. Se ha destacado el uso de personalizaciones para manifestar una fuerte vinculación emocional con dicha experiencia. Este mito de origen tiene un fuerte efecto sobre la forma en que entiende que debe funcionar la democracia, con insistentes llamadas al consenso (5.2). Frente a él, localicé un pertinaz discurso que denuncia la falta de ruptura que supuso la Transición y, con ello, la continuación del franquismo, considerado completamente dictatorial y, de este modo, medida absoluta de los males autoritarios heredados del régimen. Para estos, el consenso habría resultado problemático por incluirse en las posiciones franquistas y por haberse producido bajo amenaza.

Por el contrario, el recuerdo cultural de la Transición omite la importancia de la violencia y de la movilización ciudadana para alcanzar el resultado logrado (5.2), lo que sí señalan algunos trabajos historiográficos, así como las encuestas con respecto a la participación ciudadana. Ésta se recupera, sin embargo, en la defensa de “la democracia” (valor y sistema político) frente al movimiento 15M; esto es, con una función ideológica conservadora (que recuerda a quienes dieron su vida para que podamos votar: violencia y participación). Al mismo tiempo, esta ideología (como el resto de discursos, con una sola excepción) omitía toda llamada en el presente a la participación partidista o sindical.

La democracia se concibe culturalmente como un valor universal, como un derecho de todo ser humano, lo que en el ámbito internacional genera no pocas tensiones con respecto a la autonomía de otros pueblos e, incluso, contra los intereses de las democracias existentes, nunca explícitamente privilegiados. En definitiva, el demócrata está obligado al proselitismo. En este sentido, el democratismo o la promoción de la democracia parten de una petición de principio sobre el derecho de los otros pueblos al autogobierno que se sitúa por encima de toda conveniencia (incluso del valor de la paz) y que ni se discute ni

se está dispuesto a discutir (5.1). Ser demócrata se reconoce como una cuestión de compromiso con el valor y, fundamentalmente, con el rechazo de la violencia (6.2). Esta oposición entre democracia y violencia se vuelve central por momentos, superando a otros aspectos democráticos. Un pacifismo que mostré se deriva fácilmente a partir del valor de la autonomía, tanto cuando éste remite al respeto de la legalidad como cuando enfatiza el consentimiento.

Aprovechamiento, pero no vaciamiento, de la idea de democracia

El enfrentamiento entre partidos (6.1) permitió mostrar que, frente a lo que suele creerse, no existe un vaciamiento del significado de democracia, pues las acusaciones se remiten siempre a significados de la idea identificables. La forma de aprovechar la idea a favor de la propia posición en este enfrentamiento sucede en el camino que va desde los valores centrales hasta esa periferia de la idea en la que se articulan los acontecimientos de la actualidad. Una vez definida la posición que se desea en la periferia, se localizan los conceptos de la idea que pueden servir para el propósito deseado, y se silencian otros, sacándolos así de las tensiones que le son propias a la idea. Se oculta así el juicio contingente, político, que subyace a toda toma de posición, presentándolo como necesaria derivación de la idea. Este aprovechamiento pudimos observarlo también cuando atendimos al uso que ETA y sus simpatizantes habían realizado de la idea de democracia, lo que permitió plantear que, para que la apelación a la democracia sea creíble, no sólo debe remitirse a rasgos de significado reconocibles, sino que, además, el sacrificio de elementos centrales en el discurso cultural (el pacifismo o el cumplimiento de la ley) se intenta tapar mediante la inflación del peso de otros elementos no directamente conectados (asamblearismo) (6.2). Al respecto del “derecho a decidir” mostré además el salto lógico que supone concebirlo como una mera adyacencia del lugar central que ocupa el “derecho al voto”, del que no puede derivarse sin más. Esto, sin negar que tal idea pueda lograr anidar autónomamente en el centro de la idea, o incluso derivarse a partir de la dimensión anarquista de la democracia: en tanto que la autonomía requiere el consentimiento de los gobernados a serlo.

Aunque pueda por tanto señalarse más aprovechamiento que vaciamiento, sí es cierto que este sometimiento de la idea a usos cortoplacistas obliga en su interpretación a sustituir el análisis axiológico por un análisis de dichos intereses. Es así como se manifiesta el vaciamiento del mundo común anunciado por Arendt o Adorno: no en que

la idea pueda llenarse de cualquier significado, sino en que ningún uso puede remitirse a convicciones, a la forma en que a los actores se les abre el mundo; en su lugar, quedan únicamente los intereses, ocasionalmente acompañados por ligeros cambios de énfasis en unas dimensiones u otras organizados a lo largo del espectro ideológico. Sin embargo, predominan las coincidencias.

Las coincidencias entre los partidos en su enfrentamiento

Las coincidencias entre las diversas posiciones ideológicas en el enfrentamiento partidista en principio también nos ofrecen información sobre la idea de democracia cultural. En primer lugar, la democracia se opone al extremismo, que se identifica mediante multitud de atajos, como acusaciones de malos amigos o de falta de respeto al adversario. Quizás por no preocupar especialmente la libertad negativa en el momento analizado, apenas aparecen referencias a este valor; y, cuando aparecen, ocurre en el contexto de la reacción contra el 15M. Sí destaca la preocupación general por el Estado de derecho, particularmente ante la corrupción y una debilidad en la separación de poderes que se juzga frecuentemente por contraste con una idealización radical impropia del parlamentarismo. También es compartida la centralidad de las elecciones libres y efectivas para todas las posiciones encontradas –incluidas las del 15M, que no en vano reclamaban un cambio en la legislación electoral–.

En el enfrentamiento partidista destacó la ausencia de la dimensión social de la democracia, cuando sin embargo las medidas económicas adoptadas se consideraban un problema democrático de primer orden desde el movimiento 15M. Esta dimensión no estaba ausente, sin embargo, en el campo de la publicidad. Esto nos muestra una desconexión entre el registro político de la palabra con respecto a un sustrato igualitarista importante en el concepto y la opinión de una parte de la población.

Diferencias en la concepción de la democracia según la posición ideológica

El enfrentamiento entre partidos permitió también mostrar ciertas diferencias entre las ideas de democracia en las diversas posiciones ideológicas (6.1.6), complementando lo ya encontrado por las diversas encuestas revisadas en el apartado 3.1. Para el mismo objetivo, se prestó atención a qué problemas de la democracia tendían a destacar más cada periódico (7.1).

Acerca de las diferencias entre posiciones ideológicas se identificó que para la izquierda resulta especialmente importante el valor de la inclusión (frente a la xenofobia, 6.1.1), del alivio de la pobreza o de la participación política –que se entiende fundamentalmente como protesta y vigilancia, desde una apelación difusa de la sociedad civil que no se concreta en llamadas a la participación formal en asociaciones, partidos o sindicatos– (7.1.2). Por otro lado, si la ESS nos enseñaba que desde la derecha ideológica se manejan concepciones menos exigentes de democracia (le exigen menos al valor) (6.1.2), esto concuerda con el discurso ideológico conservador que reaccionó frente al 15M, fundamentalmente identificable con esa posición ideológica por los periódicos en que ésta predomina, y que reconocía la imperfección del ideal de democracia y de su concreción en el sistema político español (7.2). Sabemos además que para la derecha ideológica, tanto en el enfrentamiento entre partidos (6.1.6) como por la ideología conservadora contraria al 15M (7.2), ocupa un lugar central el Estado de derecho, en tanto que separación de poderes y cumplimiento de la ley. Su situación como oposición, sin embargo, ha podido influir en este resultado.

Aún queda mucho trabajo por hacer con respecto a la relación entre las concepciones de la democracia y las posiciones ideológicas, sea en la escala izquierda-derecha, sea identificando cómo se articula la idea en distintas ideologías. También deberá investigarse en el futuro si el menor apoyo a la democracia que se encuentra en los encuestados autoubicados ideológicamente en la derecha puede deberse a que entienden que la idea está hegemonizada por valores que estas posiciones consideran izquierdistas.

La concepción de la democracia del 15M

En el 15M ha podido apreciarse la resonancia de la concepción cultural de la democracia, fundamentalmente a través de su énfasis y fe en el consenso, pero también cuando se reivindicaba de que se cumplieran principios recogidos en la constitución, como la proporcionalidad del sistema electoral o el “Estado social”. Aunque evité identificar al movimiento 15M con una posición de izquierdas, señalando que muchas de sus quejas (algunas contradictorias) eran compartidas desde posiciones de derechas, lo cierto es que algunos de sus características también nos aportan información sobre la diferencia entre las concepciones de la democracia desde diversas posiciones ideológicas.

Así ocurre, por ejemplo, cuando el movimiento destacaba el aspecto sistémico de los problemas (lo que, según muestran las encuestas, está correlacionado con la edad y la

posición ideológica) frente a sus adversarios conservadores, que dirigían las críticas fundamentalmente hacia la responsabilidad individual de políticos y ciudadanos. También se ha sugerido la conexión entre su concepción difusa de las fronteras de la comunidad política (y del propio movimiento) y su inclinación hacia la izquierda del espectro ideológico.

El análisis de cómo problematizaba el 15M la cuestión económica ha permitido mostrar la forma en que tendían a concebir la relación entre desigualdad y democracia. Aunque algunas veces parecieran entender que la democracia consiste en sí misma en un reparto más equitativo de la renta (lo que se transpira a través de la idea de “derechos sociales”), el argumento principal funcionaba causalmente: una democracia, en tanto que es el gobierno del pueblo y, por tanto, de la mayoría del pueblo (que coincide con la parte menos pudiente), trabajará en el interés de esa mayoría, reduciendo en consecuencia las desigualdades. Es decir, la desigualdad se toma como prueba del algodón de la democracia, pero no como parte de su significado mismo. Además, coincidiendo con lo encontrado por la ESS (3.1.1), se ha localizado una mayor preocupación por la pobreza que por la desigualdad. También una mayor crítica al capitalismo financiero que al capitalismo mismo, propugnando un modelo que no puede sino calificarse de economía mixta.

El análisis de su discurso, además, ha mostrado cierta confusión entre las dimensiones plebiscitaria, representativa y directa de la democracia, lo que se ha aprovechado para destacar las tensiones entre éstas.

La utilidad de la clasificación habermasiana de modelos de democracia para entender al 15M y a sus adversarios y para ofrecer una perspectiva alternativa sobre la representación

De todas las clasificaciones de modelos de democracia (3.3), la formulación que ha resultado más útil ha sido la habermasiana (Habermas, [1994] 1999). Por un lado, los indignados se organizaban fundamentalmente en torno a una idea republicana de la democracia, considerando que el Estado debía someterse a la voluntad general. Ésta no sería sino la expresión ética de la comunidad, de su sentido común, a alcanzar mediante el diálogo. Sin embargo, he mostrado la amplitud de modelos de democracia que era capaz de incorporar la protesta, convirtiéndose “democracia real ya” en un significante vacío en el que cada uno podía identificar (en lugar de ver representadas) las distintas demandas

que cada cual sentía insatisfechas por el sistema político (y económico). Esta flexibilidad se alcanzaba por diversas vías, entre las que destaca la ambigüedad de sus lemas (eligiendo “real” en lugar de cualquier otro adjetivo que delimitase el modelo de democracia exigido) o la permisividad hacia el movimiento para que se expresase en términos radicales, entendiendo que tal es el estilo propio de la protesta. También fue clave que las asambleas pudieran entenderse al mismo tiempo como realización de la democracia real, como el complemento que le faltarían a las instituciones representativas o como mera forma de protesta. Al respecto destaqué cómo, pese a aceptarse explícitamente las instituciones representativas y la representación en la mayoría de los casos (aunque fuera como segunda mejor alternativa) la lógica que prima bajo estas palabras es aquella de la identidad, la presencia y la inmediatez.

Entre los detractores del 15M primaba una noción de la democracia minimalista, que gira esencialmente en torno al valor de las elecciones y el Estado de derecho (7.2) sin ningún énfasis en los valores que lo sostienen. Esto, incluso prescindiendo de toda noción de voluntad popular si no era para remitir a la elección de unos líderes algo mejores en la gestión que los salientes (o para sugerir a los indignados volver a sus casas tras “su” fracaso en las urnas). Para este discurso, la democracia real es aquella que existe, anulando con ello en varias ocasiones la tensión normativa propia de la democracia, salvo para destacar comportamientos individuales corruptos o ineptos, y para reclamar cambios de la legislación electoral. Esto desembocaba en algunas ocasiones en un profundo pesimismo. Así, hice notar que tanto este discurso ideológico conservador como el transformador del 15M comparten su animadversión en sus horizontes hacia las ficciones que constituyen la vida humana en común, bien al esperar la literalidad de la ficción, bien al asumirla como mero engaño.

Por último, la concepción de democracia representativa que ha permitido poner en valor la representación con referencia, fundamentalmente, al trabajo de Nadia Urbinati, tiene indudables influencias del modelo de democracia deliberativa habermasiano. En este sentido, llamó la atención que las quejas al tono y forma de la campaña provinieran fundamentalmente de artículos de opinión y periodistas. En este y otros sentidos, futuras investigaciones deberán prestar mayor atención a cómo varía la idea de democracia en distintos registros.

c) Sobre el orden intelectual de la idea de democracia

El trabajo realizado en los capítulos segundo y tercero permitió definir algunas características a identificar en el orden intelectual de la idea; esto es, en la *forma* en que se concibe la democracia. Son características que están conceptualmente conectadas, pero que he ido diferenciando para el análisis.

La ocultación de las aporías de la idea de democracia y su esencialización

Confirmando lo ya señalado Rosanvallon (2003; 2010), se ha mostrado mediante la reflexión la aparición de aporías que persiguen a la idea de democracia: el problema del “tercer organizador” o la necesidad de representación; la tensión entre ciencia y opinión; el miedo al conflicto y a su ausencia; o la tensión entre la garantía de la autonomía personal mediante instituciones independientes y la voluntad popular –esto es, entre liberalismo y democracia–. Esto se manifiesta tanto a nivel axiológico como en los mismos arreglos institucionales; es decir, en la democracia como ideal y como sistema institucional.

Sin embargo, todas estas tensiones quedan habitualmente ocultas en la prensa. Esto podría deberse a la predominancia de los usos apoloéticos o persuasivos frente a los analíticos o por simple ignorancia de estas tensiones, siendo dos posibilidades que se retroalimentan. Al fin y al cabo, la concepción de la democracia como un polo libre de contradicciones, como ideal y como experiencia histórica, juega un papel clave en su legitimidad y en su capacidad movilizadora. Independientemente de los motivos, eso sí, esto ha permitido –desde la perspectiva postestructuralista señalada– calificar la idea de democracia que habita nuestra esfera pública como *metafísica*. En este sentido, el título de la tesis adquiere un nuevo sentido: la connotación esencialista de la noción de “idea” puede ahora recuperarse para describir el objeto de esta tesis: efectivamente, nos encontramos ante ciudadanos que creen en “la idea” (la suya) de democracia.

Coherentemente, he podido mostrar la tendencia a esencializar la oposición entre democracia frente a la dictadura, que se presentan como un otro absolutamente distinto. Desde esta oposición, el pacifismo irrestricto y la dimensión anarquista de la democracia cobran fuerza. Algunas metáforas contribuían especialmente a la esencialización de la democracia, como aquellas relacionadas con la salud (la xenofobia como virus de la democracia), la higiene (limpiar la política de corrupción) o la animalización de los violentos (los miembros de Bildu se harían pasar por caimanes vegetarianos). También

aparece la democracia esencializada en torno a la idea de interés general o consenso, que no se toman como meros horizontes normativos, sino como posibilidades reales hoy y aquí, y esencialmente opuestas a los intereses particulares (6.1). Esto supone una importante fuente de tensiones con respecto a un sistema político que precisamente busca la definición del interés general partiendo de las demandas particulares para agregarlas. Se abre aquí un enfrentamiento entre la concepción liberal de la democracia, agregativa, y la concepción republicana de la misma, ética, como gobierno del pueblo, que se reflejaba en la oposición entre el 15M y sus adversarios (7.1 y 7.2). Estos detractores del movimiento, sin embargo, no atrevían a plantear que los ciudadanos en democracia no se gobiernan, como sí hacen las teorías procedimentales de la democracia más radicales.

Ausencia de pluralismo con respecto a los modelos de democracia

Como era de esperar a partir de este esencialismo, se mostró que no suele reconocerse la existencia de una pluralidad de modelos de democracia posibles, incluso si no se considerasen igual de democráticos desde la propia perspectiva.

La mayor concesión a esta pluralidad aparece en el debate sobre las primaveras árabes (5.1). En el debate sobre la Transición, sin embargo, la diversidad de modelos de democracia que subyacen al debate queda oculta en favor de sus pretensiones hegemonizadoras (5.2). Tampoco los partidos reconocen enfatizar dimensiones diversas de la democracia (6.1).

Más compleja es la posición del 15M que, si bien gritaba “lo llaman democracia y no lo es”, por otro lado, hablaba de un “modelo participativo de democracia”, que no obstante se identificaba como la democracia *real* (7.1). Igualmente, el discurso ideológico conservador reaccionaba contra toda adjetivación de la democracia; sin embargo, por momentos reconoce en el 15M una democracia “asamblearia” que, en todo caso, sería incompatible con una sociedad moderna.

Compleitud y perfectibilidad de la democracia.

También mostré que con frecuencia se plantea como horizonte realizable una democracia “completa”, lo que el análisis racional señaló como imposible dadas las aporías referidas. La extensión de esta forma de entender la democracia quedó patente al mostrar cómo, mientras quienes anhelan la ruptura con el franquismo criticaban a la cultura de la Transición por concebirse como un “reino de procesos concluidos” (España

como una democracia “plena”), en su propio discurso la *ruptura* tiene esa misma función mítica de traer una democracia completa (5.2).

Frente a las nociones sistémicas de la democracia, que entienden la distancia entre los valores y las instituciones que las encarnan (7.1), hemos encontrado dos vías por las que esta tensión se anula. Por un lado, cuando esta creencia en la posibilidad de lograr una democracia total se combina con nociones esencialistas y cargadas de expectativas de democracia, dan lugar al perfeccionismo (esto es, a concepciones de democracia posibles tan elevadas que toda diferencia concreta entre unos y otros sistemas resulta irrelevante). Cuando lo que encontramos es una idea de democracia cargada de experiencia, como ocurre en el discurso cultural, aparece el peligro de la celada realista, que sencillamente identifica la democracia con el sistema político vigente: aunque pueda considerarlo imperfecto, entiende que es todo lo que hay y, en gran parte, lo que puede haber. Ello no impedía reconocer la existencia de valores superiores, que conforman la “utopía” de referencia para el sistema, y la posibilidad de algunas mejoras.

Un gradualismo que oculta el salto cualitativo democracia/dictadura en pos de la legitimidad

Por otro lado, he ido mostrando que, aún si se reconoce que una democracia puede ser mejor o peor democracia, o incluso si —como los críticos del 15M (7.2)— se acepta que siempre será imperfecta, se establece un salto simbólico cuyo punto no se delimita claramente (y cuya delimitación solo puede ser prudencial) entre las democracias y las dictaduras. Esto permite evitar plantearse que el gradualismo pueda mermar proporcionalmente la legitimidad del sistema; esto es, su capacidad para demandar obediencia.

En el caso de las primaveras árabes el gradualismo estaba generalmente ausente, no planteándose la posibilidad de lograr avances democráticos: se jugaba todo a democracia o nada. Cuando entraba en juego este gradualismo, recordando que en Occidente la democracia “no llegó de una”, se abre inmediatamente para el pensamiento la cuestión de los medios que facilitarán el proceso (5.1). El movimiento 15M tuvo especial problema para gestionar esta cuestión, pues el recuerdo de la dictadura y el contraste con otros países hacía imposible no reconocer las diferencias entre esas situaciones y la presente española (71), de ahí en parte su necesidad de adjetivar su proyecto de democracia. Esto daba lugar a algunos interesantes ejercicios de contorsionismo lingüístico.

Fundamentalismo democrático: la democracia como solución a todo y nunca como problema o causa de problemas

Habitualmente, encontramos en la prensa lo que hemos llamado (siguiendo a Gustavo Bueno) un “fundamentalismo democrático”: esto es, la creencia en que la democracia no tiene consecuencias negativas y que la solución a todos problemas es siempre más democracia. Esto ocurre tanto para el 15M como para sus críticos, aunque ambos estén entendiendo algo distinto por “democracia”. Un ejemplo relevante se localizó tras la expresión “democracia militante”, que no sería sino una forma de ocultar bajo lo que parece un modelo democrático la renuncia a parte de la democracia en favor de su supervivencia (6.2). En este sentido, la potencia del valor democracia tiende a ocultar la irracionalidad moral del mundo, impidiendo reconocer que acciones o instituciones no democráticas puedan ayudar a la conservación o avance de la democracia. Ocurre así en el ámbito internacional (5.1), en los discursos sobre la Transición (5.2), en el discurso del 15M sobre sí mismo (7.1) o entre sus detractores (7.2).

Esta negación de la irracionalidad moral del mundo tiende a generar una gran fe voluntarista; esto es, la creencia en que “querer es poder”. Tanto si se trata de democratizar terceros países (5.1) como si el reto es superar el poder de los mercados (7.1), el optimismo con el que se carga la voluntad es abrumador, hasta el punto de poder asimilarse el democratismo quincemayista con el gnosticismo identificado por Voegelin.

5. PRINCIPALES REFLEXIONES TEÓRICAS SOBRE LA IDEA DE DEMOCRACIA

En esta última sección indicaré las que considero son las principales reflexiones sobre la idea de democracia que ha suscitado el análisis de la prensa. Sin embargo, antes que nada, debo señalar que la mayoría de estas reflexiones no son únicamente de mi autoría. En primer lugar, la prensa misma recoge reflexiones interesantes y a considerar. Aunque puedan señalarse significativas carencias en algunos de los debates recuperados (por ignorancia, por falta de escucha mutua o privilegio del interés), también se han encontrado aportaciones teóricamente valiosas en el debate público. Ciertamente, el formato periodístico requiere de importantes simplificaciones, igual que ocurre con el estilo de los movimientos sociales. Pero, como señalé por ejemplo al respecto del movimiento 15M, pueden encontrarse en boca de autores legos discursos paralelos a aquellos de académicos

relevantes, se compartan o no sus posturas. De hecho, hemos recuperado las intervenciones de importantes académicos e investigadores en la prensa, cuyas aportaciones al debate público fueron significativas para pensar una gran diversidad de problemas, desde el sistema electoral a la corrupción. También estas reflexiones son deudoras, huelga decir, de otros muchos autores a partir de los que se ha articulado la reflexión.

a) La autonomía como fuente de tensión clave en la idea de democracia: consenso y conflicto

Entre las reflexiones axiológicas, una de las principales aportaciones del trabajo ha sido mostrar que la autonomía, si por un lado demanda contar con el consentimiento de todos los gobernados, por el otro –dado que una no decisión también es una decisión– no puede admitir que una minoría ejerza un bloqueo que fuerce a la mayoría a vivir bajo leyes que no quiere (5.2.6). Aparecen así dos dimensiones de la democracia, como consenso y como mayoría, que no se enfrentan meramente como principio, uno, y como técnica, el otro (como planteara Rosanvallon)³. Realmente, ambos son principios y técnicas en tensión que parten del mismo concepto central de la idea de democracia, la autonomía, según se entienda de forma positiva (como la capacidad para determinar las reglas bajo las que uno vive) o negativa (no vivir bajo las reglas que uno no desea). De este modo, del valor autonomía se derivan al mismo tiempo la dimensión anarquista y la estatista de la democracia: la que reclama el consentimiento de todos los miembros (el consenso) y la que quiere conformar una forma política y permitir a proyectos mayoritarios desarrollar sus fines. A su imposible reconciliación, como señalé, contribuye no confundir los deseos con la voluntad y reconocer el daño para la autonomía que supondría carecer de un Estado, dejándonos al albur de otros poderes más despóticos.

En este sentido, traje a colación algunas reflexiones sobre la relación entre el consenso y el conflicto en democracia (5.2.6 y 6.1.7). También sobre los riesgos de cada uno para la propia democracia y sobre la imposibilidad de separarlos de lo que hoy significa democracia.

³ Esto es especialmente así si aceptamos que el pluralismo es consecuencia y requisito de la autonomía.

b) Conflicto democrático y violencia política

En las reflexiones del capítulo sexto (6.2.7), además, mostré las relaciones entre democracia, conflicto y violencia, señalando la imposible pero necesaria diferencia entre el conflicto político y el conflicto violento a partir de una aporía encontrada en la prensa: el repetido recurso a metáforas violentas para hablar de los procesos democráticos, a su vez concebidos como siempre pacíficos. Hice un esfuerzo además para analizar las relaciones entre democracia y violencia, avisando en particular del riesgo que supone para la democracia un excesivo pacifismo, así como el que conlleva olvidar el pertinaz riesgo de la violencia. También propuse una vía para la deconstrucción de la oposición entre el interés general y el interés particular, sin negar por ello la importancia de la diferencia (6.1.7).

c) La tensión entre soberanía, democratismo y derecho internacional

Las reflexiones acerca de la división entre las democracias y las dictaduras árabes en el capítulo quinto permitieron señalar la tensión entre la soberanía popular, horizonte inescindible de la idea de democracia, y el respeto al derecho internacional, planteado insistentemente como obligación de las democracias. No sería ésta sino una derivada de aquella aporía más general entre liberalismo y democracia. También señalé la paradoja que supone coaccionar a otros países para que adopten formas democráticas y los peligros para la paz y la propia seguridad de las democracias (5.1.3). Avancé entonces en la deconstrucción de la diferencia entre defender valores y defender intereses, que se oponen radicalmente en la prensa analizada.

d) Búsqueda de orígenes absolutos y estereotipación de las experiencias

También he señalado al respecto del mito de la Transición (5.2) que esa experiencia aparece frecuentemente estereotipada, desconectada de los dilemas que entonces se plantearon y, con ello, de los aprendizajes que de aquella experiencia podían derivarse. Se tiende a olvidar, por ejemplo, que el consenso no fue nunca total. De modo parecido, los adversarios del mito de la Transición, que se remitían a la Segunda República, hacían lo propio con aquella experiencia al insistir en su deseo de ruptura, sin atender al peligro de denostar cierta democracia, por poca que parezca, en nombre del perfeccionismo. Pero,

sobre todo, planteé la imposibilidad de una ruptura total, de un origen perfecto y absoluto, que los rupturistas anhelan y los defensores de la Transición tienden a dar por realizado.

Señalé además que este desacuerdo, si bien tiende a desgastar la legitimidad de la democracia (del sistema político español), abre una oportunidad para el debate sobre la forma de democracia deseada e introduce una fuente de conflicto que alimenta al mismo sistema.

e) Crítica a las nociones minimalistas de democracia

El capítulo séptimo permitió además mostrar cómo algunas nociones de democracia, que podrían denominarse minimalistas, se alejan incluso de la misma tradición liberal al prescindir de algunos de sus valores clave, como la confianza en los individuos para conocer sus propios intereses, la natural sociabilidad humana o la confianza en el progreso racional (7.2.5). Estos discursos, académicos o no, se muestran aporéticos en tanto que denuncian insistentemente la decadencia moral de las democracias tras haber desplazado toda noción de virtud al exterior de la idea, como condiciones “externas”. Al concebir desde una posición “realista” la democracia, como método para el cambio pacífico de las élites, y desdeñar su sentido (el autogobierno) como mera ficción ideológica, desfondan a la democracia de los valores capaces de moralizar los comportamientos, facilitando la conversión de la democracia en simulacro. Además, en términos institucionales, su rechazo a toda participación más allá de lo electoral hace quimérica la rendición de cuentas y favorece la selección adversa que también lamentan (7.2).

f) La representación como lógica y cuasiconcepto: puesta en valor de la democracia representativa

La tesis también ha provisto de una reflexión sobre el papel de la representación para la política y, en particular, para la democracia. Para ello, recurrí a una diversidad de contribuciones, cobrando especial relevancia algunas aportaciones recientes a la Teoría de la Representación (Saward o Urbinati, entre otros), así como otras ya clásicas (Pitkin o Sartori), además de otras de cariz epistemológico (Rorty).

Precisamente contra Rorty, y en la línea de algunos postestructuralistas, destacué el valor de la representación como *cuasiconcepto*, al encerrar en sí mismo una contradicción (estar sin estar). Esto lo hacía especialmente útil como base epistemológica del trabajo,

como ya señalé, que además ha consistido en representar las diversas representaciones que ofrece la prensa en torno a la idea de democracia. Pero, siguiendo la autorreflexividad que reivindica la tesis, he mostrado que la representación puede también servir para entender la relación que los ciudadanos encuentran entre los ideales y su institucionalización; esto es, para definir una parte importante del orden intelectual de la idea de democracia. Posteriores estudios podrán profundizar en esta cuestión, si bien aquí ya se han señalado algunas tendencias perfeccionistas y metafísicas, que consideran posible una aplicación directa y total de los valores sobre el mundo.

Sin menospreciar la importancia de la identidad o de la ajenidad, en el apartado 7.1.4 he argumentado que la representación puede presentarse como (imposible) alternativa a ambas lógicas. Contra Laclau (2005), argumenté que el populismo no es la forma social más coherente con la lógica de la representación, sino que éste constituye una situación límite de la representación. Por un lado, se acerca a la ajenidad, donde sitúa a las élites. Por el otro, roza la identidad, pues funde los horizontes ideales en un significativo vacío sin percibir distancia alguna entre lo que se desea y lo que se quiere; sin asumir las cesiones lógicas de la vida en común. La representación, por el contrario, requiere a la vez identidad y distancia: reconocerse en un líder o una política (incluso, en las acciones de uno mismo) aun sabiendo –y aceptando– la imposibilidad de identificarse completamente con ellas. En este sentido, por ejemplo, “nuestros sueños no caben en vuestras urnas” no sería más que una obviedad que, como reivindicación, se fundamenta sobre un horizonte de identidad; de la presencia total. Y, por tanto, en una concepción metafísica.

Las formaciones populistas, como en parte lo era el movimiento 15M, utilizan los significantes vacíos para la ocultación de las diferencias entre la diversidad de demandas insatisfechas, en lugar de reconocerlas y articularlas en un proyecto hegemónico que busque no sólo el éxito, sino también la coherencia consigo mismo y con la realidad, y al que poder considerar valioso pese a –o, incluso, debido a– las diferencias. En este sentido, insistí en que la representación se conjuga, mejor que con el populismo, con formas más equilibradas entre lo político como creación y como administración (y que, además, reconozcan la imposible diferencia entre ambos explicada por Franzé, 2014).

He destacado en este sentido la naturaleza “ficticia” de la representación, que se diluye tanto si quiere tomarse literalmente (15M) como si se reduce a mera mentira (democracia procedimental). Además, su propia estructura transitiva (siempre se

representa *algo* o *a alguien*) potencialmente abre la puerta a que los representados hagan *acto de presencia* y logren influir a sus representantes; pero, por otro lado, la distancia que implica la representación abre espacio a los procesos, la deliberación, el pluralismo, la tensión normativa propia de la política y su reflejo en las ideologías. Incluso, al debate sobre la democracia misma. En ambos sentidos, la representación ofrece mucho a la democracia, aunque la representación sin democracia –cuando se rompe el círculo deliberativo que une a ciudadanos y representantes, como explica Urbinati (2008)– sea un peligro a considerar y prevenir.

g) Los problemas de la democracia, sus soluciones y la responsabilidad de la Teoría Política

Se ha señalado una diversidad de problemas para las democracias contemporáneas y se han problematizado las soluciones que les otorga el sentido común, señalando particularmente que la maximización de éstas, su deseo sin límite, suele tener efectos no deseados con respecto a valores inicialmente no contemplados y, además, pueden resultar en su radicalidad imposibles y contraproducentes.

Entre estos problemas de la democracia, en estas conclusiones me gustaría destacar tres. Por un lado, la tendencia de la política –o, mejor dicho, del debate político– a sublimarse, tendiendo a versar fundamentalmente sobre la lucha por el poder misma y no sobre las situaciones concretas, los problemas y las posibles soluciones; tampoco sobre las diferencias de perspectiva –las *verdades*– de los distintos actores. El debate, además, tiende a desaparecer bajo diversas neutralizaciones “democráticas” (por ejemplo, mediante la judicialización y la referencia a la ley, con la acusación de antidemócrata o apelando a la voluntad de la gente).

Conectado a este problema, y segundo, he señalado el riesgo de vaciamiento de poder de las democracias europeas dado el avance de la tecnocracia de la Unión y de las irresistibles amenazas que formulan los mercados globales y sus poderosos intérpretes. A este respecto, la ruptura del liberalismo con el autogobierno, que tiende concretarse en demandas para aliviar las consecuencias más injustas del libre mercado, bien podría derivar en rupturas del autogobierno con el liberalismo, dando lugar a democratismos iliberales. En definitiva, podríamos encontrarnos con líderes que convenzan a los

ciudadanos de librarse de los límites que impone el Estado de derecho en nombre de la soberanía popular, y que acaben privándonos de lo uno y de la otra.

Sobre todo, y tercero, he apuntado los peligros que suponen para la democracia algunas concepciones de ésta, sea la puramente procedimental (por privarla del sustento moral que requiere la propia vida en comunidad, de los procesos representativos y de ciudadanos políticamente experimentados) o la populista directista (que pretende lo imposible sin percibir las tensiones entre los diversos valores democráticos y sin evaluar los medios necesarios para sus objetivos). La Teoría Política en este sentido puede contribuir a avisar sobre estas concepciones. Sin embargo, he querido insistir en la tensión entre la reivindicación de los juicios particulares que la lógica “política” (arendtiana, horizontal) reclama y otros objetivos fundamentales para la “política” (en tanto que lucha por el poder y su preservación). En particular, podría resultar que ampliar los espacios para la política para la acción arendtiana no se pueda lograr únicamente desde la promoción del pensamiento, sino que en ocasiones se requerirá, especialmente en nuestro contexto cultural metafísico, de algunas convicciones firmes, ignorantes de sus propias aporías y limitaciones, exageradas cuando se trata de caracterizar al adversario y las propias fuerzas y oportunidades. Y entre estas convicciones, desde luego, jugará un papel fundamental la idea de democracia.

Será entonces labor de la Teoría Política actuar como salvaguarda de la reflexión, representar desde la imparcialidad la pluralidad de significados que habitan nuestra esfera pública, prestar atención a sus usos, advertir de su aporético y contingente orden, además de comprobar su fidelidad con respecto a los hechos y a las (probabilísticas) estructuras causales del mundo. E incluso podrá proponer algunas vías de acción a partir de los valores de nuestros conciudadanos, planteando en todo caso ante éstos los juicios de valor pendientes de decisión, y de cuya responsabilidad no podemos relevarlos. Y, todo ello, por difícil que en ocasiones resulte, sin que la distancia entre Teoría Política y pensamiento político corriente, entre el deber ser del pensamiento y su práctica diaria, nos desaliente; sin que nada justifique perder o hacer perder un razonable horizonte de esperanza.

ANEXOS

Anexo 1: “Manifiesto Democracia Real Ya”¹

Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, para trabajar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos. Gente que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean.

Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos... Pero todos estamos preocupados e indignados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor. Por la corrupción de los políticos, empresarios, banqueros... Por la indefensión del ciudadano de a pie.

Esta situación nos hace daño a todos diariamente. Pero si todos nos unimos, podemos cambiarla. Es hora de ponerse en movimiento, hora de construir entre todos una sociedad mejor. Por ello sostenemos firmemente lo siguiente:

- Las prioridades de toda sociedad avanzada han de ser la igualdad, el progreso, la solidaridad, el libre acceso a la cultura, la sostenibilidad ecológica y el desarrollo, el bienestar y la felicidad de las personas.
- Existen unos derechos básicos que deberían estar cubiertos en estas sociedades: derecho a la vivienda, al trabajo, a la cultura, a la salud, a la educación, a la participación política, al libre desarrollo personal, y derecho al consumo de los bienes necesarios para una vida sana y feliz.
- El actual funcionamiento de nuestro sistema económico y gubernamental no atiende a estas prioridades y es un obstáculo para el progreso de la humanidad.
- La democracia parte del pueblo (demos=pueblo; cracia=gobierno) así que el gobierno debe ser del pueblo. Sin embargo, en este país la mayor parte de la clase política ni siquiera nos escucha. Sus funciones deberían ser la de llevar nuestra voz a las instituciones, facilitando la participación política ciudadana mediante cauces directos y procurando el mayor beneficio para el grueso de la sociedad, no la de enriquecerse y medrar a nuestra costa, atendiendo tan

¹ Texto disponible en: <https://democraciarealya.es/manifiesto.comun/> (Última consulta: febrero de 2019). Es el manifiesto con el que se convocó a la manifestación el 15 de mayo de 2011.

sólo a los dictados de los grandes poderes económicos y aferrándose al poder a través de una dictadura partidocrática encabezada por las inamovibles siglas del PPSOE.

- El ansia y acumulación de poder en unos pocos genera desigualdad, crispación e injusticia, lo cual conduce a la violencia, que rechazamos. El obsoleto y antinatural modelo económico vigente bloquea la maquinaria social en una espiral que se consume a sí misma enriqueciendo a unos pocos y sumiendo en la pobreza y la escasez al resto. Hasta el colapso.
- La voluntad y fin del sistema es la acumulación de dinero, primándola por encima de la eficacia y el bienestar de la sociedad. Despilfarrando recursos, destruyendo el planeta, generando desempleo y consumidores infelices.
- Los ciudadanos formamos parte del engranaje de una máquina destinada a enriquecer a una minoría que no sabe ni de nuestras necesidades. Somos anónimos, pero sin nosotros nada de esto existiría, pues nosotros movemos el mundo.
- Si como sociedad aprendemos a no fiar nuestro futuro a una abstracta rentabilidad económica que nunca redunda en beneficio de la mayoría, podremos eliminar los abusos y carencias que todos sufrimos.
- Es necesaria una Revolución Ética. Hemos puesto el dinero por encima del Ser Humano y tenemos que ponerlo a nuestro servicio. Somos personas, no productos del mercado. No soy sólo lo que compro, por qué lo compro y a quién se lo compro.

Por todo lo anterior, estoy indignado.

Creo que puedo cambiarlo.

Creo que puedo ayudar.

Sé que unidos podemos.

Sal con nosotros. Es tu derecho.

Anexo 2: Puntos de acuerdo del manifiesto plural redactado durante la madrugada del 18 de mayo en la Puerta del Sol²

Los reunidos en la Puerta del Sol, conscientes de que esto es una acción en marcha y de resistencia, han acordado manifestar lo siguiente:

1. Después de muchos años de apatía, un grupo de ciudadanos de diferentes edades y extracciones sociales (estudiantes, profesores, bibliotecarios, parados, trabajadores...), CABREADOS con su falta de representación y las traiciones que se llevan a cabo en nombre de la democracia, se han reunido en la puerta del Sol en torno a la idea de Democracia Real.
2. La Democracia Real se opone al descrédito paulatino de las instituciones que dicen representar a los ciudadanos, convertidas en meros agentes de administración y gestión, al servicio de las fuerzas del poder financiero internacional.
3. La democracia que se promueve desde los corruptos aparatos burocráticos es simplemente un conjunto de prácticas electorales inocuas, donde los ciudadanos tienen una participación nula.
4. El descrédito de la política ha traído consigo un secuestro de las palabras por parte de quienes detentan el poder. Debemos recuperar las palabras, resignificarlas para que no se manipule con el lenguaje y se deje a la ciudadanía indefensa e incapaz de una acción cohesionada.
5. Los ejemplos de manipulación y secuestro del lenguaje son numerosos y constituyen una herramienta de control y desinformación.

² *Público* se refiere a este manifiesto como “manifiesto fantasma” en el siguiente artículo: <https://www.publico.es/politica/manifiesto-fantasma-indignados-puerta-del.html> (última consulta: abril 2019). Haciendo honor a este sobrenombre, no he podido encontrar el manifiesto en fuentes del 15M. Sin embargo, está disponible en diversos blogs. Por ejemplo, en <http://manifiestoplural.blogspot.com/2011/05/puntos-de-acuerdo-del-manifiesto-plural.html> (última consulta: abril 2019).

6. Democracia Real significa poner nombres propios a la infamia que vivimos: Fondo Monetario Internacional, Banco Central Europeo, OTAN, Unión Europea, las agencias calificadoras de riesgo como Moody's y Standard and Poor's, Partido Popular, PSOE, pero hay muchos más y nuestra obligación es nombrarlos.
7. Es preciso construir un discurso político capaz de crear un nuevo tejido social, sistemáticamente vulnerado por años de mentiras y corrupción. Los ciudadanos hemos perdido el respeto a los partidos políticos mayoritarios, pero ello no equivale a perder nuestro sentido crítico. Antes bien, no tememos a la POLÍTICA. Tomar la palabra es POLÍTICA. Buscar alternativas de participación ciudadana es POLÍTICA.
8. Una de nuestras premisas principales es una Reforma de la Ley electoral que devuelva a la Democracia su verdadero sentido: un gobierno de los ciudadanos. Una democracia participativa. Y a su vez, exigimos un código deontológico para los políticos que asegure las buenas prácticas.
9. Hacemos hincapié en que los ciudadanos aquí reunidos conformamos un movimiento TRANSGENERACIONAL porque pertenecemos a diversas generaciones condenadas a una pérdida intolerable de participación en las decisiones políticas que conforman su vida diaria y su futuro.
10. No llamamos a la abstención, exigimos que nuestro voto tenga una influencia real en nuestra vida.
11. Hoy no estamos aquí para reclamar sencillamente el acceso a hipotecas o para protestar por las insuficiencias del mercado laboral. ESTO ES UN ACONTECIMIENTO. Y como tal, un suceso capaz de dotar de nuevos sentidos a nuestras acciones y discursos. Esto nace de la RABIA. Pero nuestra RABIA es imaginación, fuerza, poder ciudadano.

Anexo 3: Propuestas aprobadas en la Asamblea de la Acampada Sol el 20 de mayo de 2011

Como resultado del consenso alcanzado durante la Asamblea celebrada el día 20 de mayo de 2011 en ACAMPADA SOL, y como resultado de la recopilación y síntesis de las miles de propuestas recibidas a lo largo de estos días, se ha elaborado una primera relación de propuestas.

Recordamos que la Asamblea es un proceso abierto y colaborativo. Esta lista no debe entenderse como cerrada.

Propuestas aprobadas en la Asamblea de hoy día 20 de mayo de 2011 en ACAMPADA SOL.

1. Cambio de la Ley Electoral para que las listas sean abiertas y con circunscripción única. La obtención de escaños debe ser proporcional al número de votos.

2. Atención a los derechos básicos y fundamentales recogidos en la Constitución como son:

- Derecho a una vivienda digna, articulando una reforma de la Ley Hipotecaria para que la entrega de la vivienda en caso de impago cancele la deuda.

- Sanidad pública, gratuita y universal.

- Libre circulación de personas y refuerzo de una educación pública y laica.

3. Abolición de las leyes y medidas discriminatorias e injustas como son la Ley del Plan Bolonia y el Espacio Europeo de Educación Superior, la Ley de Extranjería y la conocida como Ley Sinde.

4. Reforma fiscal favorable para las rentas más bajas, una reforma de los impuestos de patrimonio y sucesiones. Implantación de la Tasa Tobin, la cual grava las transferencias financieras internacionales y supresión de los paraísos fiscales.

5. Reforma de las condiciones laborales de la clase política para que se abolan sus sueldos vitalicios. Que los programas y las propuestas políticas tengan carácter vinculante.

6. Rechazo y condena de la corrupción. Que sea obligatorio por la Ley Electoral presentar unas listas limpias y libres de imputados o condenados por corrupción.

7. Medidas plurales con respecto a la banca y los mercados financieros en cumplimiento del artículo 128 de la Constitución, que determina que “toda la riqueza del país en sus diferentes formas y sea cual fuere su titularidad está subordinada al interés general”. Reducción del poder del FMI y del BCE. Nacionalización inmediata de todas aquellas entidades bancarias que hayan tenido que ser rescatadas por el Estado. Endurecimiento de los controles sobre entidades y operaciones financieras para evitar posibles abusos en cualquiera de sus formas.

8. Desvinculación verdadera entre la Iglesia y el Estado, como establece el artículo 16 de la Constitución.

9. Democracia participativa y directa en la que la ciudadanía tome parte activa. Acceso popular a los medios de comunicación, que deberán ser éticos y veraces.

10. Verdadera regularización de las condiciones laborales y que se vigile su cumplimiento por parte de los poderes del Estado.

11. Cierre de todas las centrales nucleares y la promoción de energías renovables y gratuitas.

12. Recuperación de las empresas públicas privatizadas.

13. Efectiva separación de poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

14. Reducción del gasto militar, cierre inmediato de las fábricas de armas y un mayor control de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Como movimiento pacifista creemos en el “No a la guerra”.

15. Recuperación de la Memoria Histórica y de los principios fundadores de la lucha por la Democracia en nuestro Estado.

16. Total transparencia de las cuentas y de la financiación de los partidos políticos como medida de contención de la corrupción política.

Anexo 4: Consenso de mínimos de la Asamblea General de la Acampada Sol (25 de mayo)

La Asamblea General de Acampada Sol reunida desde las 20 horas de la tarde, en la Puerta del Sol el día 25 de mayo, ha llegado a un consenso de mínimos para debatir sobre cuatro líneas. Estos puntos no son aún acuerdos finales, sino líneas de debate en desarrollo que vienen del subgrupo de trabajo sobre política a corto plazo. Existen 5 grupos (“Política”, “Economía”, “Medio Ambiente”, “Derechos Sociales” y “Educación y Cultura”) con la misma importancia que están trabajando otras líneas de debate que se publicarán en esta web cuando pasen por asamblea general.

1/ Reforma electoral encaminada a una democracia más representativa y de proporcionalidad real y con el objetivo adicional de desarrollar mecanismos efectivos de participación ciudadana.

2/ Lucha contra la corrupción mediante normas orientadas a una total transparencia política.

3/ Separación efectiva de los poderes públicos.

4/ Creación de mecanismos de control ciudadano para la exigencia efectiva de responsabilidad política.

Se trata de cuatro puntos consensuados, que se irán debatiendo en los grupos de trabajo correspondientes y que serán ratificados en la Asamblea General que tendrá lugar el próximo viernes día 27.

Anexo 5: Democracia Real Ya: Manifiesto de propuestas aprobado en la Puerta del Sol³

Para todos aquellos desinformados por nuestros mágicos medios mediáticos, aquí están las reivindicaciones mantenidas desde la primera Asamblea de la Puerta del Sol de 3000 personas el día 16 de mayo hasta la actualidad. Como veréis las elecciones autonómicas no son el objetivo ni de lejos. Por favor, pasad esto a todo aquel propenso a ver TVE, T5, A3 y demás.

Estas son algunas de las medidas que, en cuanto ciudadanos, consideramos esenciales para la regeneración de nuestro sistema político y económico. ¡Opina sobre las mismas y propón las tuyas en el foro!

1. **ELIMINACIÓN DE LOS PRIVILEGIOS DE LA CLASE POLÍTICA:** • Control estricto del absentismo de los cargos electos en sus respectivos puestos. Sanciones específicas por dejación de funciones. • Supresión de los privilegios en el pago de impuestos, los años de cotización y el monto de las pensiones. Equiparación del salario de los representantes electos al salario medio español más las dietas necesarias indispensables para el ejercicio de sus funciones. • Eliminación de la inmunidad asociada al cargo. Imprescriptibilidad de los delitos de corrupción. • Publicación obligatoria del patrimonio de todos los cargos públicos. • Reducción de los cargos de libre designación.
2. **CONTRA EL DESEMPLEO:** • Reparto del trabajo fomentando las reducciones de jornada y la conciliación laboral hasta acabar con el desempleo estructural (es decir, hasta que el desempleo descienda por debajo del 5%). • Jubilación a los 65 y ningún aumento de la edad de jubilación hasta acabar con el desempleo juvenil. • Bonificaciones para aquellas empresas con menos de un 10% de contratación temporal. • Seguridad en el empleo: imposibilidad de despidos colectivos o por causas objetivas en las grandes empresas mientras haya beneficios, fiscalización a las grandes empresas para asegurar que no cubren con trabajadores temporales

³ Aunque no he podido confirmar que este texto se aprobase en la asamblea, sí que estuvo alojado durante años en <https://democraciarealya.es/> y se circuló a los medios. Hoy día está disponible en: <https://www.lavozdegalicia.es/default/2011/05/20/00171305876526839209820/Fichero/DEMOCRACIA%20REAL%20YA.pdf> (última consulta: abril de 2019).

empleos que podrían ser fijos. • Restablecimiento del subsidio de 426€ para todos los parados de larga duración.

3. DERECHO A LA VIVIENDA: • Expropiación por el Estado de las viviendas construidas en stock que no se han vendido para colocarlas en el mercado en régimen de alquiler protegido. • Ayudas al alquiler para jóvenes y todas aquellas personas de bajos recursos. • Que se permita la dación en pago de las viviendas para cancelar las hipotecas.
4. SERVICIOS PÚBLICOS DE CALIDAD: • Supresión de gastos inútiles en las Administraciones Públicas y establecimiento de un control independiente de presupuestos y gastos. • Contratación de personal sanitario hasta acabar con las listas de espera. • Contratación de profesorado para garantizar la ratio de alumnos por aula, los grupos de desdoble y los grupos de apoyo. • Reducción del coste de matrícula en toda la educación universitaria, equiparando el precio de los posgrados al de los grados. • Financiación pública de la investigación para garantizar su independencia. • Transporte público barato, de calidad y ecológicamente sostenible: restablecimiento de los trenes que se están sustituyendo por el AVE con los precios originarios, abaratamiento de los abonos de transporte, restricción del tráfico rodado privado en el centro de las ciudades, construcción de carriles bici. • Recursos sociales locales: aplicación efectiva de la Ley de Dependencia, redes de cuidadores locales municipales, servicios locales de mediación y tutelaje.
5. CONTROL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS: • Prohibición de cualquier tipo de rescate o inyección de capital a entidades bancarias: aquellas entidades en dificultades deben quebrar o ser nacionalizadas para constituir una banca pública bajo control social. • Elevación de los impuestos a la banca de manera directamente proporcional al gasto social ocasionado por la crisis generada por su mala gestión. • Devolución a las arcas públicas por parte de los bancos de todo capital público aportado. • Prohibición de inversión de bancos españoles en paraísos fiscales. • Regulación de sanciones a los movimientos especulativos y a la mala praxis bancaria.

6. FISCALIDAD: • Aumento del tipo impositivo a las grandes fortunas y entidades bancarias. • Eliminación de las SICAV. • Recuperación del Impuesto sobre el Patrimonio. • Control real y efectivo del fraude fiscal y de la fuga de capitales a paraísos fiscales. • Promoción a nivel internacional de la adopción de una tasa a las transacciones internacionales (tasa Tobin).
7. LIBERTADES CIUDADANAS Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA: • No al control de internet. Abolición de la Ley Sinde. • Protección de la libertad de información y del periodismo de investigación. • Referéndums obligatorios y vinculantes para las cuestiones de gran calado que modifican las condiciones de vida de los ciudadanos. • Referéndums obligatorios para toda introducción de medidas dictadas desde la Unión Europea. • Modificación de la Ley Electoral para garantizar un sistema auténticamente representativo y proporcional que no discrimine a ninguna fuerza política ni voluntad social, donde el voto en blanco y el voto nulo también tengan su representación en el legislativo. • Independencia del Poder Judicial: reforma de la figura del Ministerio Fiscal para garantizar su independencia, no al nombramiento de miembros del Tribunal Constitucional y del Consejo General del Poder Judicial por parte del Poder Ejecutivo. • Establecimiento de mecanismos efectivos que garanticen la democracia interna en los partidos políticos.
8. REDUCCIÓN DEL GASTO MILITAR.

Anexo 6: Cruce de los problemas de la democracia

(número de artículos en que los nodos coinciden en el mismo texto)

	4.1 Políticos	4.2 Partidos.	4.3 El sistema electoral	4.4 Deliberación y libertad de expresión	4.5 Estado de derecho	4.6 Falta participación.	4.7 Concepciones y usos de democracia	4.8 Economía y socialdemocracia	4.9 Representación	4.10 Otros
4.1 Políticos	176	52	22	40	15	29	18	51	19	11
4.2 Partidos.	52	118	24	17	7	12	4	18	24	11
4.3 El sistema electoral	22	24	76	5	10	14	9	8	21	5
4.4 Deliberación y libertad de expresión	40	17	5	82	5	7	4	5	9	6
4.5 Estado de derecho	15	7	10	5	56	5	2	5	7	11
4.6 Falta participación	29	12	14	7	5	70	12	16	11	4
4.7. Concepciones y usos de democracia	18	4	9	4	2	12	108	16	11	9
4.8 Economía y socialdemocracia	51	18	8	5	5	16	16	103	12	3
4.9 Representación	19	24	21	9	7	11	11	12	55	7
4.10 Otros	11	11	5	6	11	4	9	3	7	96

Anexo 7: Lista de artículos analizados

Sábado, 14 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
1	ABC14501	El compromiso	Manuel Martín Ferrand
2	ABC14502	Víctimas a la intemperie	Tomás Cuesta
3	ABC14503	El PSOE es la fuerza más votada y puede formar gobierno	A. González
4	ABC14504	Catástrofes naturales y judiciales	Blanca Torquemada
5	ABC14505	Un viaje al recuerdo	Almudena Martínez-Fornés
6	M14501	La España invertebrada	Pedro G. Cuartango
7	M14502	«ETA estará en las instituciones»	Luis Ángel Sanz
8	M14503	IU rescatará los servicios privatizados	Agustín Yanel
9	M14504	En las redes	David Sanz y Sergio Rodríguez
10	M14505	La batalla de... Canarias	Isauro Fernández
11	M14506	‘Bisutería institucional’ frente a ‘contaminadores’	Víctor de la Serna
12	M14507	Osama tenía en su último refugio películas porno	Carlos Fresneda
13	M14508	«No pacté con Duvalier ni apoyo una amnistía»	Jacobo G. García
14	EP14501	La primavera árabe se tiñe de sangre	Enric González
15	EP14502	Obama post Osama	Francisco G. Basterra
16	EP14503	Zapatero levanta la bandera del PSOE en defensa de los inmigrantes	Anabel Díez y Andreu Manresa
17	EP14504	Cemento y gasto que no volverá	El País
18	EP14505	Hereu pide que el PSC tenga grupo propio en el Congreso	Pere Ríos
19	EP14506	El mundo al revés	Javier Pérez Royo
20	EP14507	“Por supuesto que me presentaré a las elecciones generales”	Fernando Garea
21	EP14508	Trichet dice que las democracias no soportarían volver a ayudar a la banca	Í. de Barrón
22	EP14509	Cristianos en Egipto	Editorial
23	EP14510	La relación entre Bildu y ETA	Carta al director
24	EP14511	El lucrativo comercio de armas	Carta al director
25	EP14512	Concejales sin sueldo	Carta al director
26	EP14513	Abstenerse o esconderse	Jorge Castañeda
27	EP14514	Caros mítines para convencer a pocos	Rosario G. Gómez
28	EP14515	“Reivindico la política tranquila”. Inés Sabanés	Soledad Alcaide
29	P14501	Zapatero llama a rebato a «todos los progresistas»	Gonzalo López Alba
30	P14502	El PSOE denuncia al PP por un folleto contra Barreda	Rocío Aguilar
31	P14503	Asalto de CIU a la joya de la corona del PSC	J. Ramón González Cabezas
32	P14504	CC gobierna, aunque no gane	Elena Herrera
33	P14505	La dama de hierro de Ourense	Mariola Moreno
34	P14506	Un etarra en campaña	Antonio Orejudo
35	P14507	Al Asad ordena que se deje de disparar a los manifestantes	Eugenio García Gascón
36	p14508	El partido de Berlusconi ensucia el fin de campaña	Daniel del Pino

37	P14509	Trichet: «Nadie aceptará salvar otra vez a los bancos»	V. Zafra y M. Alba
38	P14510	«Greenpeace consigue más que los partidos políticos verdes»	Manuel Ansedo

Domingo, 15 de mayo de 2011

Nº	Código	Titular	Autor
39	ABC15501	Justicia Mutilada	Editorial
40	ABC15502	La piratería es el nuevo modelo de guerra	Ángel Expósito
41	ABC15503	El PP arrasa en Andalucía	M. Contreras y J.J. Borrero
42	ABC15504	Felipe González: «Al PP le aterriza pensar que se acabe con ETA en esta etapa»	Itziar Reyero
43	ABC15505	Los secretos de la CIA sobre el 23-F	Anna Grau
44	M15501	La carne de la gallina	Pedro J. Ramírez
45	M15502	Las víctimas, heridas pero no abatidas	Sin firma
46	M15503	Cayo Lara: Zapatero, «el presidente que más protege a los banqueros»	agustín Yanel
47	M15504	‘Los vencidos son los españoles de bien, vence ETA’/ «Es un tiro postrero sobre las víctimas de ETA»	Ángeles Escrivá
48	M15505	Lluvia, derrota	David Gistau
49	M15506	Guillermo Fdez. Vara: «Nunca haría lo de Barreda, no hay que morder la mano que te da de comer»	Esther Esteban
50	M15507	Mentiras electorales	Carta al director
51	M15508	Ministro de Exteriores de Turquía: «La ultraderecha europea quiere una dictadura, los islamistas no»	
52	EP15501	La dinastía Fujimori acaricia el poder	Jaime Cordero
53	EP15502	Guía para el votante apresurado	Fernando Garea
54	EP15503	El PSOE pide el voto en Valencia para restaurar la honradez	Anabel Díez
55	EP15504	El PSOE pide el voto en Valencia para restaurar la honradez	Anabel Díez
56	EP15505	IU pide el voto a los trabajadores “en defensa propia”	Vera Gutiérrez Calvo
57	EP15506	Vísperas de cambio	Editorial
58	EP15507	Sabiduría y democracia en el Tíbet exiliado	Ramin Jahanbegloo
59	EP15508	La cara de las bofetadas	Carta al director
60	EP15509	La legalización de Bildu	Carta al director
61	EP15510	La selva	Manuel Vicent
62	P15501	La izquierda exige a Rajoy que corte la «xenofobia» del PP catalán	Pere Rusiñol
63	P15502	«Las derechas entienden poco de derechos», avisa Zapatero	Gonzalo López Alba
64	P15503	Pitada a canal 9 y gritos a favor de la libre expresión	Gonzalo López Alba
65	P15504	La campaña en Twitter	Público
66	P15505	¿Harán camisetas de la ‘lost generation’?	Isaac Rosa
67	P15506	intentemos ir más allá del bipartidismo	Carta al director
68	P15507	Repasemos la constitución para no olvidar nuestros derechos	Carta al director
69	P15508	Las potencias violan el derecho internacional con total impunidad	Guillaume Fourmont

70	P15509	El nuevo mundo 'justo' del nobel de la paz	Carlos Enrique Bayo
71	P15510	Fernando Loreno: «sólo con crecimiento no se acaba con el paro»	Carlos G. Palacios
72	P15511	80.000 voces se unen contra los recortes en Barcelona	D. Cordero y R. Fernández
73	P15512	Un poeta obnubilado por Mussolini	Peio H. Riaño
74	P15513	Javier Valenzuela: «El potro de nuestra tele está desbocado»	Ramiro Varea

Lunes, 16 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
75	ABC16501	La monarquía en el siglo XXI	Julio Crespo MacLennan
76	ABC16502	La frontera israelí	Editorial
77	ABC16503	La España posible	Sin firma
78	ABC16504	¿Hasta cuándo?	Félix Madero
79	ABC16505	Semana de pasión	Gabriel Albiac
80	ABC16506	El sentido del voto	Carta al director
81	ABC16507	Jaime Lissavetzky: «Ha sido la legislatura de la “boina” sobre Madrid»	S. M.
82	ABC16508	Aznar y González, unidos por un día	Sara Medialdea
83	ABC16509	La protesta de «indignados» acaba en una batalla campal	M. J. Álvarez
84	ABC16510	Manuel Lucena Giraldo: «Fuera de la idea de España solo hay ruina y violencia»	Blanca Torquemada, Antonio Astorga, Virginia Ródenas
85	M16501	Miles de personas citadas por internet corean 'No les votes' / 'Primavera árabe' contra el sistema	Sin firma
86	M16502	Internet alienta el brío de la sociedad civil	Editorial
87	M16503	El PSOE perdería también Barcelona y Sevilla	Editorial
88	M16504	Inmigración: materia sensible	Casimiro García-Abadillo
89	M16505	Justicia poética	Santiago González
90	M16506	CiU gana por la mínima y abre un escenario incierto	Leonor Mayor
91	M16507	Zapatero hace responsables a sus indecisos de entregar el poder / El PSOE apela a la «responsabilidad de los progresistas» frente al PP	Manuel Sánchez
92	M16508	Rajoy, un candidato en precampaña	C. Remírez de Ganuza
93	M16509	San Isidro reúne a los ex presidentes 'pacificados'	J. G. Treceño
94	M16510	Un sistema para los partidos mayoritarios	Roberto Benito
95	M16511	Las víctimas no caminarán solas	Carta al director
96	M16512	¿Bienvenido, Mr. Blanco? El problema de la vivienda	Henry Kamen
97	EP16501	Los indignados salen a la calle / Miles de ciudadanos “sin casa, sin curro y sin miedo” exigen “un futuro digno”	E. Morenatti
98	EP16502	Abu Dabi contrata mercenarios de Blackwater para combatir futuras revueltas	Sin firma
99	EP16503	Bildu tendrá el 18% de los votos y los vascos lo ven como un paso a la paz	Fernando Garea
100	EP16504	Patxi López: “Ahora le toca mover ficha a ETA”	Juan Mari Gastaca
101	EP16505	Bildu	Enrique Gil Calvo

102	EP16506	Aznar y González escenifican su visión diferente de España	Anabel Díez
103	EP16507	La comunión de Gallardón	Luis Sánchez–Mellado
104	EP16508	Necesitamos más libertad de expresión	Timothy Garton Ash
105	EP16509	El apoyo de ETA a Bildu	Carta al director
106	EP16510	El mérito frente a las cuotas	Sin firma
107	EP16511	¡Vota!	Almudena Grandes
108	EP16512	Nívaria Tejera: “Soy antipolítica cien por cien”	Sergio C. Fanjul
109	P16501	¿Ni fu, ni fa?	Ernesto Ekaiker
110	P16502	Zapatero pide votar al PSOE por «la dignidad de todos»	Gonzalo López Alba
111	P16503	Vara acusa al PP de no asumir su culpa por la crisis	Rocío Aguilar
112	P16504	a vueltas con la libertad	Lui García Montero
113	P16505	El alcalde de la democracia más pura	Guillermo Malaina
114	P16506	La campaña en Twitter	Público
115	P16507	Las cajas del Estado de derecho	José Antonio García Regueiro
116	P16508	Estos años serán recordados como los del desengaño	Carta al director
117	P16509	¿Por qué agachamos la cabeza?	Ana Cañil
118	P16510	Berlusconi se juega su futuro político a una sola carta: Milán	Daniel del Pino
119	P16511	La indignación contra la crisis toma las calles	Ana Requena Aguilar
120	P16512	Menos democracia que nunca	Juventud sin futuro
121	P16513	Barcelona y Sevilla, también contra los mercados	Público
122	P16514	La esperanza de la izquierda	Ignacio Escolar

Martes, 17 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
123	ABC17501	A río revuelto	Editorial
124	ABC17502	«Democracia real ya». La campaña alternativa se planta en Sol	Sin firma
125	ABC17503	Democracia real	Manuel Martín Ferrand
126	ABC17504	Rajoy tiene razón	Hermann Tertsch
127	ABC17505	La izquierda extrema	Eduarne Uriarte
128	ABC17506	El PSOE nomoviliza al electorado y recluye a Zapatero en un micromitin en Sevilla	Álvaro Martínez
129	ABC17507	Zapatero: «Las elecciones generales serán en marzo, cuando corresponde»	Gabriel Sanz
130	ABC17508	Aguirre: «Deberían presentarse»	Sin firma
131	ABC17509	Ácratas sin ley y contra todos	Laura Parrondo
132	ABC17510	Pablo Gallego, Democracia Real Ya	Laura Parrondo
133	ABC17511	Los políticos como modelo	Florentino Portero
134	ABC17512	El «protestódromo» del 22-M	M. J. Álvarez y Carlos Hidalgo
135	ABC17513	Todos en el palco	Ignacio Ruiz Quintano
136	ABC17514	Publicidad (página 80)	
137	M17501	La tentación totalitaria en la España de Zapatero	Luis María Ansón
138	M17502	De prensa	Erasmus
139	M17503	Cayo Lara: Contra el «bipartidismo indecente»	agustín Yanel

140	M17504	Elecciones mirando a España	Damián Villegas
141	M17505	Los políticos no se dan por aludidos	Sin firma
142	M17506	Mala representación política	Secondat
143	M17507	¿Quién quiere ir a la mesa electoral?	Carta al director
144	M17508	La democracia según el PP	Carta al director
145	M17509	Tuits al director	Público
146	M17510	Sobre Bildu y el derecho de participación	Javier Redondo
147	M17511	Orbyt refuerza su vocación global	Irene Hdez Velasco
148	M17512	Madrid Río	Raúl del Pozo
149	EP17501	El Movimiento 15-M alarma a la izquierda / La indignación inquieta a la izquierda	A. Díaz, C.E. Cué y G. Calvo
150	EP17502	La chispa del Movimiento 15-M	Soledad Alcaide
151	EP17503	Fabio Gándara: “Queremos recoger la indignación ciudadana”	S. A. A.
152	EP17504	Ramón Luis Varcárcel: “Lorca ha perdido en segundos 20 años de crecimiento”	Fernando Garea
153	EP17505	Indignados en la calle	Editorial
154	EP17506	‘Nakba’ de sangre	Editorial
155	EP17507	Manual de transiciones	Cristina Manzano y Áurea Molto
156	EP17509	Siria y la responsabilidad de proteger	Emilio Menéndez del Valle
157	EP17510	Por el fin de la ocupación	Carta al director
158	EP17511	La migración como derecho	Carta al director
159	EP17512	Tensión en la Red	Sin firma
160	EP17513	Iñaki Gabilondo abandera un foro de debate social	J. A. A. / R. G. G.
161	EP17514	Los 1.500 metros de la literatura	Javier Rodríguez Marcos
162	EP17515	Un clásico	Fernando Savater
163	EP17516	Una española en territorio Ikea	Anatxu Zabalbeascoa
164	EP17517	Jeremy Irons: “Esta serie podría estar hablando de Bill Clinton y Monica Lewinsky”	Rocío Ayuso
165	P17501	La izquierda busca convencer a los indignados / La izquierda se lanza a convencer a los «indignados»	Pere Rusiñol
166	P17503	Democracia Real Ya busca ahora ampliar la protesta	Ana Requena Aguilar
167	P17504	Un paso ciudadano, ¿de qué?	Carolina Martín
168	P17505	Zapatero avisa de que el PP ejerce el poder «sin límites»	Gonzalo López Alba
169	P17506	Rajoy alaba la «firmeza» de Bauzá un día antes del mitin de Camps	María Jesús Güemes
170	P17507	IU cree que «algo se mueve» contra los culpables de la crisis	Juanma Romero
171	P17508	Lo que cabe en un voto	Luis García Montero
172	P17509	Historia de una circunscripción: La Rioja. Baluarte del PP desde 1995	Elena Herrera
173	P17510	Pasas para Fidel, condones para rouco	Ángel Munárriz
174	P17511	Mi primer voto... Miranda Gil	Sin firma
175	P17512	Un escándalo sexual y un debate político	Marco Schwartz
176	P17513	¿La suma de todos?	Emmanuel Rodríguez López
177	P17514	La primavera del 15-M	Carta al director

178	P17515	Bruselas, contra las rebajas de rating por sorpresa	D.B.
179	P17516	El retorno voraz del capitalismo	Braulio García Jaén
180	P17517	siete ideas sobre Democracia real Ya	Ignacio Escolar

Miércoles, 18 de mayo de 2011

Nº	Código	Titular	Autor
181	ABC18501	¿Primavera egipcia?	Serafín Fanjul
182	ABC18502	Urnas, única solución	Editorial
183	ABC18503	Prosiguen las protestas... Y las agresiones	Sin firma
184	ABC18504	¡Que viene el PP!	Manuel Martín Ferrand
185	ABC18505	Antipolítica	Gabriel Albiac
186	ABC18506	Strauss-Kahn no es Corcuera	Antonio Burgos
187	ABC18507	Democracia de baja calidad	Ignacio Camacho
188	ABC18508	Algo más que previsiones	Carta al director
189	ABC18509	El PP exhibe su fortaleza ante un PSOE deprimido a cinco días del 22-M	Álvaro Martínez
190	ABC18510	Zapatero saca a los guardias	Eduardo San Martín
191	ABC18511	La izquierda suplica a los «indignados»	Laura Parrondo
192	ABC18512	Rubalcaba llama anoser «indiferente» este 22-M	Gabriel Sanz
193	ABC18513	No todo es inocente en Sol	Carlos Hidalgo
194	ABC18514	El TC recula y niega hoy una anulación masiva de la «doctrina Parot»	Nieve Colli
195	ABC18515	Padres de alumnos que hablan catalán también reclaman el español en clase	Esther Armora
196	M18501	La democracia no es el silencio, es la claridad con que se exponen los problemas y la existencia de medios para resolverlos (Enrique Múgica)	Encabezado
197	M18502	Rajoy defiende a los políticos frente al ‘no nos representan’ / Rajoy defiende a los políticos	Carmen Remírez de Ganuza
198	M18503	«Tenemos derecho a indignarnos»	Pie de foto
199	M18504	Rajoy y la ETA	Federico Jiménez Losantos
200	M18505	‘Trending topic’	Pedro G. Cuartango
201	m18506	Reformas sí, pero sin patada al tablero	Editorial
202	M18507	‘Perroflautas’ y ‘chiripitifláuticos’	Casimiro García-Abadillo
203	M18508	El PSOE intenta pescar en el 15-M	Q. Alsedo/ J. Manso
204	M18509	El movimiento de los ‘indignados’	Carla Pina
205	M18510	La voz de los ‘indignados senior’	Quico Alsedo
206	M18511	Miles de personas vuelven a tomar las calles	Quico Alsedo
207	M18512	Rubalcaba / Abel Caballero: «El PP ha traspasado los límites»	Manuel Sánchez
208	M18513	Cayo Lara / Diego Valderas: «Zapatero ha pasado del recorte al desalojo»	agustín Yanel
209	M18514	Por un cambio en la Ley Electoral	Carta al director
210	M18515	Tuits al director	El Mundo
211	M18516	Tuits al director	El Mundo

212	M18517	El debate de hoy	Sin firma
213	M18518	Italia, Berlusconi y la tentación garibaldina	Álvaro de Diego González
214	M18519	Vodafone devalúa sus filiales en España, Grecia, Portugal e Irlanda	V. Martínez y M. Vega
215	M18520	Pitonis o notarios, qué cruz	Víctor de la Serna
216	EP18501	Las dos revueltas del mundo árabe	M. Á. Bastenier
217	EP18502	Los socialistas centran su mensaje en los indiferentes y los defraudados	Anabel Díez
218	EP18503	Lara acusa a Zapatero de “arrodillarse” ante el capital	Isabel Pedrote
219	EP18504	“La campaña nos ha permitido explicar la respuesta a la crisis”	Eva Almunia
220	EP18505	El movimiento 15-M crece en Madrid	El País
221	EP18506	La izquierda intenta captar el voto de los indignados	El País
222	EP18507	El recurso de Sortu alega una diferencia total con Batasuna	L. R. Aizpeolea
223	EP18508	Insidias	Editorial
224	EP18509	Para cambiar las cosas	Carta al director
225	EP18510	Justicieros o ejecutores	Carta al director
226	EP18511	La verdad premonitoria	César Antonio Molina
227	EP18512	Arianna Huffington se incorpora al Consejo de EL PAÍS	El País
228	EP18513	Seve tendrá otro tipo de homenaje	Juan Morenilla
229	EP18514	En campaña	Elvira Lindo
230	P18501	Rajoy cumple y respalda al imputado Camps como prometió	Público
231	P18503	El balance del día	Público
232	P18504	El Rajoy del sándwich	Ernesto Ekaiker
233	P18505	La ‘spanish revolution’ se extiende de la Puerta del Sol a todo el país	Ana Requena Aguilar
234	P18506	La Policía avisa de que radicales quieren reventar la protesta	Pedro Águeda
235	P18507	Fabio Gándara «Que no se apropien de nuestra reivindicación»	Sin firma
236	P18508	El PSOE teme más a la violencia que a su abstención	Sin firma
237	P18509	Rubalcaba alerta de que «la indiferencia» traerá retrocesos	Gonzalo López Alba
238	P18510	El líder del PP defiende a la clase política	Sin firma
239	P18511	IU condena la «porra» de Zapatero en la Puerta del Sol	Juanma Romero
240	P18512	Democracia sin gente	Luis García Montero
241	P18513	Historia de una circunscripción: País Valencià. A la derecha desde 1995	Elena Herrera
242	P18514	Rajoy sella su futuro con Camps	Marco Schwartz
243	P18515	El servicio de limpieza electoral	Manuel Saco
244	P18516	Una democracia en crisis	Juan Carlos Escudier
245	P18517	Volved a vuestras casas (si tenéis)	Isaac Rosa
246	P18518	Esto no ha hecho más que empezar	Carta al director
247	P18519	Morrissey no soporta a la monarquía	Íñigo Sáenz de Ugarte
248	P18520	Marruecos dispersa a los reos integristas	Raúl Torres
249	P18521	Vodafone baja en 3.500 millones el valor del negocio en España	Ana Flores

250	P18522	La soflama del cura de Madrid cuestiona la tregua de Rouco	Jesús Bastante
-----	--------	--	----------------

Jueves, 19 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
251	ABC19501	Fuera de la ley	ABC
252	ABC19502	La revolución árabe	José María Carrascal
253	ABC19503	Los desheredados de Zapatero	Editorial
254	ABC19504	Los indignados del M-15	Fernando Fernández
255	ABC19505	Materia inflamable	Ignacio Camacho
256	ABC19506	Esto, como que me quiere sonar	Carta al director
257	ABC19507	Que la UEFA le juzgue	Ignacio Ruiz Quintano
258	ABC19508	Colectivos adheridos	Carlos Hidalgo y Tatiana G. Rivas
259	ABC19509	Los «indignados» amagan con reventar la jornada de reflexión	Carlos Hidalgo y Tatiana G. Rivas
260	ABC19510	Reacciones: Ignacio Fernández Roxo	ABC
261	ABC19511	Reacciones: Francisco Álvarez Cascos	ABC
262	ABC19512	Temor a una nueva «manipulación»	Mariano Calleja
263	ABC19513	María Dolores de Cospedal: «Barreda empezó a criticar a Zapatero cuando vio las encuestas, no cuando congeló las pensiones»	María José Muñoz
264	ABC19514	José María Barreda: «No estoy compitiendo con el PP nacional»	A. González
265	ABC19515	El «caso Cascallana» le estalla al PSM	María Isabel Serrano
266	M19501	El Gobierno permite la manifestación prohibida y el PSOE abraza la protesta	Fernando Lázaro y Quico Alsedo
267	M19502	El PSOE juega a capitalizar la rebelión social	Editorial
268	M19503	Los míos	Antonio Gala
269	M19504	Día 1 en la Puerta del Sol: «El mundo nos observa»	Quico Alsedo
270	M19505	Qué miedo da la calle	Victoria Prego
271	M19506	La ‘rebelión’ del PP y la ‘rebelión’ del PSOE	Sin firma
272	M19507	Los partidos entienden la protesta	Madrid
273	M19508	En las redes	David Sanz y Sergio Rodríguez
274	M19509	«La indignación no es de derechas ni de izquierdas»	Quico Alsedo
275	M19510	«La mayor parte de la clase política no nos escucha»	Madrid
276	M19511	«Yo hice ‘democraciarealya.es’»	Paloma Díaz Sotero
277	M19512	La democracia real	Juan A. Herrero Brasas
278	M19513	«Tengo una pregunta para...»	Agustín Yanel
279	M19514	Sortu dice que es ETA la que «va a remolque» suyo y no al revés	María Peral
280	M19515	‘Road show’ de Bono para atar Guadalajara	Joaquín Manso
281	M19516	Indignados y utilizados	Isabel San Sebastián
282	M19517	Tuits al director	El Mundo
283	M19518	Hay más de una movida en Madrid	Manuel Hidalgo
284	M19519	Washington impone sanciones a Siria	Ricard González

285	M19520	La elección irracional	Gina Montaner
286	M19521	«No hay contenido como para firmar acuerdos»	Carlos Segovia
287	M19522	Francia ‘abre la veda’ del conductor	César Urrutia
288	M19523	La democracia, por Rodríguez Adrados	Ángel Vivas
289	M19524	Conectados, pero no sociables	Raúl Piña
290	M19525	Los indignados sortean la prohibición	Fernando Lázaro y Quico Alsedo
291	EP19501	Obama presenta hoy un ‘plan Marshall’ para el mundo árabe	Antonio Caño
292	EP19502	El 15-M crece pese a la prohibición	Joseba Elola
293	EP19503	La Junta Electoral unificará hoy doctrina	Fernando Garea
294	EP19504	Fabio Gándara y Jon Aguirre: “No queremos quitar a los políticos, sino que bajen a la calle”	Marta Garijo
295	EP19505	Del malestar a la indignación	Josep Ramoneda
296	EP19506	Fernández Vara lucha por salvar su mayoría absoluta en Extremadura	Anabel Díez
297	EP19507	Grecia acelera las privatizaciones ante la presión de la UE	Lucía Abellán
298	EP19508	De mayo a mayo y se acabó el 68	Daniel Serrano
299	EP19509	Presunción de inocencia	Carta al director
300	EP19510	La indignación del Movimiento 15-M	Carta al director
301	EP19511	Ayer recibí la propaganda	Carta al director
302	EP19512	Estados Unidos después de Osama	Normal Birnbaum
303	EP19513	DSK: sexo, poder y violencia de género	Ruth Rubio y Stéphanie Hennette-Vauchez
304	EP19514	Iguales ante la ley	Joaquína Prades y Rosario G. Gómez
305	EP19515	Pedro Almodóvar: “Estoy preparado para irme de vacío”	Gregorio Belinchón
306	EP19516	Manuel Longares: “El franquismo está ahí, lo tocas”	Juan Cruz
307	EP19517	La hoguera y las cenizas	Vicente Verdú
308	EP19518	Orbituarios: Antonio Pizá Ramón, la columna mordaz de las islas	Andreu Manresa
309	EP19519	Somos	Maruja Torres
310	EP19520	Roberto Baggio: “Se puede pasar de loco a visionario en solo 24 horas”	Verónica Calderón
311	P19501	La protesta de los indignados desborda la campaña	Público
312	P19502	Los programas electorales: código ético	Íñigo Aduriz
313	P19503	El último esfuerzo	Público
314	P19504	El viejo topo escarba de prisa	Ernesto Ekaiker
315	P19505	La movilización se extiende por España y Europa	P. Águeda y Á. Vázquez
316	P19506	No hay prohibición que pare a los indignados	P. Águeda y Á. Vázquez
317	P19507	En busca de alternativas de participación política	Sin firma
318	P19508	El kilómetro cero de la indignación	Ana Requena Aguilar
319	P19509	¿En qué se puede traducir el #descontento?	C. Martín
320	P19510	Sortu rechaza la «violencia del pasado» en su recurso ante el TC	Guillermo Malaina

321	P19511	Rajoy respalda a los candidatos catalanes de discurso xenófobo	María Jesús Güemes
322	P19512	Cayo Lara: «Con el 15-M va a cambiar el curso de la historia»	Juanma Romero
323	P19513	Cospedal impide el cara a cara con Barreda	Rocío Aguilar
324	P19514	Galicia: El PP apoya a Baltar y la oposición se ofende	Rocío Aguilar
325	P19515	Amistades peligrosas	Luis García Montero
326	P19516	La campaña en Twitter	Público
327	P19517	Un respeto a la indignación	Jesús Maraña
328	P19518	Esperad sentados a que os salven	Manuel Saco
329	P19519	Democracia 5 estrellas	Alfonso Egea de Haro
330	P19520	Antisistemas de mayo del 2011	Juan Carlos Escudier
331	P19521	Trabajar Cansa	Isaac Rosa
332	P19522	¡Por fin!	Ángeles Caso
333	P19523	Argentina explota el teatro íntimo	Paula Corroto
334	P19525	Indignados con el votar y callar	Ignacio Escolar

Viernes, 20 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
335	ABC20501	Democracia formal y democracia real	Juan Antonio Sargadoy Bengoechea
336	ABC20502	Protesta y democracia	Editorial
337	ABC20503	Batacazo sindical	Editorial
338	ABC20504	Enfoque	ABC
339	ABC20505	Panorama para el cambio	ABC
340	ABC20506	DRY Zapatero	Manuel Martín Ferrand
341	ABC20507	¿Hay motivo? ¡Vaya si lo hay!	Carlos Herrera
342	ABC20508	Tahrir está muy lejos	Ignacio Camacho
343	ABC20509	El PSOE agita la protesta contra el PP para crispar la recta final de campaña	Cristina de la Hoz
344	ABC20510	El libro de citas de Gallardón	Eduardo San Martín
345	ABC20511	Propuestas de 15-M /Democracia Real y Propuestas de los partidos políticos	Cruz Morcillo y Tatiana G. Rivas
346	ABC20512	«Pase lo que pase, aquí nos quedamos hasta el domingo»	Cruz Morcillo y Tatiana G. Rivas
347	ABC20513	Jon Aguirre: «Es un movimiento imparable que traerá cambios profundos»	A. Coco y C. Morcillo
348	ABC20514	Km.0 de un movimiento informe	Alfonso Armada
349	ABC20515	En Sol piden la Luna	Jaime González
350	ABC20516	Zapatero dice que los acampados son «pacíficos y merecen respeto»	Gabriel Sanz
351	ABC20517	O yo o el caos	Edurne Uriarte
352	ABC20518	Rajoy denuncia treinta años de «tropelías» del PSOE andaluz	Paloma Cervilla
353	ABC20519	«Le damos un aliciente a la gente: pueden salir elegidos»	Evaristo Amado
354	ABC20520	Temor entre los empresarios a que Bildu acceda a sus datos fiscales	I. Reyero y J. Pagola

355	ABC20521	Obama defiende un Estado palestino con las fronteras de 1967	E. J. Blasco
356	ABC20522	Publicidad (página 60)	Planeta Directo
357	M20501	La Junta Electoral prohíbe las manifestaciones el día de reflexión / Los ‘indignados’ retan al Gobierno	Quico Alsedo y Joaquín Manso
358	M20502	Ha llegado la hora de pasar la factura al PSOE	Editorial
359	M20503	‘La primavera española’	Sin firma
360	M20504	Concentraciones en el exterior	sin firma
361	M20505	‘Todo nació en un piso de la ‘Prospe’	Quico Alsedo
362	M20506	J. L. Zapatero: «Estamos ante una protesta pacífica que nos merece respeto»	Manuel Sánchez
363	M20507	Un genio detrás de los indignados	Justino Sinova
364	M20508	Mariano Rajoy: «La alternativa a lo que hay es el PP»	Carmen Remírez de Ganuza
365	M20509	Valeriano Gómez: «Hay que decirles a los jóvenes que los cambios se logran mejor en las urnas»	Esther Esteban
366	M20510	Cayo Lara: «Al PSOE no lo salva ni la Virgen de Lourdes»	Agustín Yanel
367	M20511	Díez cree que lo que piden los acampados es «básico»	L. Á. S.
368	M20512	Con el ojo puesto en la participación	Roberto Benito
369	M20513	El alcalde de la clase	Rafael J. Álvarez
370	M20514	Indignante campaña	Federico Jiménez Losantos
371	M20515	Un sistema con muchos agujeros	Carta al director
372	M20516	Tuits al director	El Mundo
373	M20517	Reflexiones electorales tabernarias	Manuel Mandiaries
374	M20518	Obama a Israel y a los dictadores árabes: «Se acabó el statu quo»	Ana Romero
375	M20519	«Un manifestante en Siria equivale a 10.000 en España»	Mónica G. Prieto
376	M20520	Las lecciones en Oslo que Zapatero se perdió	John Müller
377	M20521	Charles Powell retrata el papel de EEUU en la Transición	Matías Néspolo
378	EP20501	La Junta Electoral prohíbe las protestas del Movimiento 15-M	F. Garea y M. González
379	EP20502	Obama impulsa un plan de paz basado en las fronteras de 1967	Antonio Caño
380	EP20503	Indignación en el Gobierno israelí por la iniciativa	Enric González
381	EP20504	El Movimiento 15-M mantiene el pulso ante el veto a las manifestaciones	M. González y F. J. Barroso
382	EP20505	Protesta a pleno Sol	Vicente Verdú
383	EP20506	De fiesta nocturna a Mayo del 68	Aurora Muñoz
384	EP20507	Los socialistas se acercan a los jóvenes indignados	Anabel Díez
385	EP20508	Rajoy se compadece de las bases del PSOE porque Zapatero “les ha fallado”	Carlos E. Cué e Isabel Pedrote
386	EP20509	La juez cita al teniente de alcalde de IU de Sevilla a tres días del 22-M	J. Martín-Arroyo
387	EP20510	¿Conflicto en Sol?	Editorial
388	EP20511	Presidente, baje a la plaza	Antoni Gutiérrez–Rubí
389	EP20512	Indecisos no, desencantados	Carta al director
390	EP20513	¿Es la democracia privilegio de unos pocos?	José Manuel Albares

391	EP20514	Frágil	David Trueba
392	P20501	«No nos vamos»	Público
393	P20502	El balance del día	Público
394	P20503	Los indignados quieren estar en la jornada de reflexión	Pere Rusiñol
395	P20504	El Movimiento 15-M grita su descontento ajeno a la Junta Electoral	P.Águeda y A. Vázquez
396	P20506	Asambleas al sol. Manual de uso.	Ana Requena Aguilar
397	P20507	IU quiere reunirse con los indignados tras el 22-M	Juanma Romero
398	P20508	Rajoy se apunta al 15-M y promete luchar contra la «desesperanza»	María Jesús Güemes
399	P20509	Antisistemas y democracia	Luis García Montero
400	P20510	La campaña en Twitter	Público
401	P20511	Historia de una circunscripción: Asturias. Hegemonía del PSOE desde 1999	Elena Herrera
402	P20512	La democracia 1.0 deja paso a la versión 2.0	Héctor Juanatey
403	P20513	Estadísticas electorales. 34% de abstención en comicios locales	C. Martín
404	P20514	La protesta y las urnas	Marco Schwartz
405	P20515	Mayo y el Triángulo de las bermudas	Pere Vilanova
406	P20516	Democracia real y formal	Ignacio Sánchez–Cuenca
407	P20517	Los indignados tienen programa	Juan Carlos Escudier
408	P20518	Esta columna la ha escrito Rubalcaba	Isaac Rosa
409	P20519	La protesta ciudadana contra la miopía política	Carta al director
410	P20520	Sin nosotros no sois nada	Carta al director
411	P20521	Un ejemplo que justifica mi presencia en la puerta del Sol	Carta al director
412	P20522	Obama fija las fronteras de 1967 para Palestina	Óscar Abou–Kassem
413	P20523	Otro Almodóvar es posible	Sara Brito
414	P20524	Un panfleto profético para el 68 español	Carlos Prieto
415	P20525	Visto/dicho/oído	Público
416	P20526	Diez mentiras sobre Democracia Real Ya	Ignacio Escolar

Sábado, 21 de mayo de 2011

Nº	Código	Titular	Autor
417	ABC21501	Rajoy pide el voto del cambio	ABC
418	ABC21503	Otro atípico día de reflexión	Editorial
419	ABC21504	La Moncloa no es sitio para indignarse	ABC
420	ABC21505	Reflexionemos	Manuel Martín Ferrand
421	ABC21506	Indignados	Juan Manuel de Prada
422	ABC21507	Incógnitas	Ignacio Camacho
423	ABC21508	Reflexiones sobre el 15-M	Carta al director
424	ABC21509	Estar de acuerdo	Carta al director
425	ABC21510	«El domingo es el día de la auténtica rebeldía, el triunfo de la democracia»	Esperanza Aguirre

426	ABC21511	Rajoy pide el «voto de la ilusión» para sacar «a España a flote»	Paloma Cervilla
427	ABC21512	Zapatero: «Votar es la palanca del cambio»	Gabriel Sanz
428	ABC21513	Los acampados de Sol esquivan la ley	Tatiana G. Rivas y Cruz Morcillo
429	ABC21514	Esperanza Aguirre: «El lunes hay que convocar las generales»	Miguel Oliver
430	ABC21515	Iluminaciones en la sombra	Fernando R. Lafuente
431	ABC21516	El PSOE apura sus guiños electorales a los «indignados»	M.C.
432	ABC21517	Bildu cierra la campaña sin haber renegado de ETA	I. Reyero
433	ABC21518	El PP llama a la rebeldía el 22-M	S. Medialdea y M. Oliver
434	M21501	La calle derrota al Gobierno, incapaz de hacer cumplir la ley / Rubalcaba decide desobedecer	Marisa Cruz y Joaquín Manso
435	M21502	Zapatero: ‘Esto no nos asusta, nos obliga a dar respuestas sociales’	El Mundo
436	M21503	Puerta del Sol	Antonio Lucas
437	M21504	¡Democracia sin ETA, ya!	Isabel San Sebastián
438	M21505	ZP y Rubalcaba acorralados por la calle	Editorial
439	M21506	Izquierda Unida llenará su cesto	Victoria Prego
440	M21507	Cerca de 19.000 concentrados	El Mundo
441	M21508	Otro mundo	El Mundo
442	M21509	El juez Varela cree «ilegítima» e «injustificada» la prohibición	M. P. / Madrid
443	M21510	La paradoja de la ‘#spanishrevolution’	Vicente Lozano
444	M21511	‘DRY’ supera a PP y PSOE	El Mundo
445	M21512	Siempre pasa algo	Salvador Sostres
446	M21513	El Sol de los expatriados	María Ramírez y Juan M. Bellver
447	M21514	Votar a IU para «rescatar la democracia»	Agustín Yanel
448	M21515	El PP vigila hoy a Rubalcaba	Carmen Remírez de Ganuza
449	M21516	Rosa Díez: «El domingo termina el bipartidismo»	Luis Ángel Sanz
450	M21517	Obama y Netanyahu, aún más divididos	Ricard González
451	M21518	Las fuerzas de seguridad sirias causan un nuevo viernes sangriento	Mónica G. Prieto
452	M21519	Watanabe, que apareció como un ser de otro mundo	Raúl Rivero
453	M21520	¿Reflexión?	Manuel Hidalgo
454	M21521	Mucha cara	Ernesto Sáenz de Buruaga
455	EP21501	El Asad lanza otra oleada de represión a pesar de la advertencia de Obama	Enric González
456	EP21502	Contra el viento de la historia	Antonio Caño
457	EP21503	Decenas de miles de personas se echan a la calle en ciudades de toda España	El País
458	EP21504	El PSOE concluye resignado a perder parte de su poder autonómico	Anabel Díez
459	EP21505	IU quiere llevar a las urnas la indignación	V. G. C. / P. Á.
460	EP21506	Rajoy echa el resto en Castilla-La Mancha convencido de un éxito total	Carlos E. Cué y Daniel Verdú
461	EP21507	Primera campaña sin ‘kale borroka’	Mikel Ormazabal
462	EP21508	La protesta de Job	Antonio Elorza

463	EP21509	La carrera de las urnas	Marisa Flórez
464	EP21510	La historia del sufrimiento	Gustavo Martín Garzo
465	EP21511	El Mayo de la generación del 78	Ignacio Urquizu
466	EP21512	Reflexione. Le obliga la ley	Rosario G. Gómez y Carmen Morán
467	EP21513	Como poner puertas al campo	José Juan Toharia
468	EP21514	Sociopolítica de la elegancia	Vicente Verdú
469	EP21515	El rey de Bután se casa con una joven universitaria	A.G. Rojas
470	EP21516	Silencio mudo	Manuel Rivas
471	P21501	Reflexión indignada / La reflexión del 22-M también se hará en la calle	Pere Rusiñol
472	P21502	La otra campaña: la educación de Trillo es de «broma»	Público
473	P21503	El 15-M se hace fuerte	Ana Requena
474	P21504	El Constitucional y el Supremo callan ante el 15-M	Ángeles Vázquez
475	P21505	Zapatero dice que sólo el PSOE convierte demandas en derechos	Gonzalo López Alba
476	P21506	Rajoy invita a todos a ir a la «gran fiesta de la democracia» y votar el 22-M	María Jesús Güemes
477	P21507	Cayo Lara pide «recuperar la dignidad» en las urnas	Juanma Romero
478	P21508	Patxi López alerta de un pacto entre PNV y Bildu	Rocío Aguilar
479	P21509	Reflexiones sobre la reflexión	Luis García Montero
480	P21510	La campaña en Twitter	Público
481	P21511	¿Y qué vais a hacer mañana?	José Luis de Zárraga
482	P21512	Palabras indignadas que marcaron la campaña	Público
483	P21513	Reflexiona, pero en silencio	Isaac Rosa
484	P21514	Mi forma de protestar será con mi voto	Carta al director
485	P21515	Una cita con el mañana	Carta al director
486	P21516	Sol y sombra	Javier Vizcaíno
487	P21517	Netanyahu planta cara a Obama y rechaza las fronteras de 1967	Beatriz Juez
488	P21518	El 'New York Times' desnuda a Camps	Público
489	P21519	La cultura no se calla	Jesús Miguel Marcos
490	P21520	Las propuestas culturales del 15-M	Público
491	P21521	La revolución contada por dentro	Álex Vicente
492	P21522	Un dilema llamado transición española	Andrea Rodes
493	P21523	No es lo mismo	Gran Wyoming
494	P21524	El Gobierno de la República de Sol	A. Requena

Domingo, 22 de mayo de 2011

Nº	Código	Titular	Autor
495	ABC22501	22-M: plebiscito al zapaterismo	Editorial
496	ABC22502	Pie de foto	ABC
497	ABC22503	La frase del día	ABC

498	ABC22504	El contubernio	Manuel Martín Ferrand
499	ABC22505	Apariencias	Jon Juaristi
500	ABC22506	La palanca del cambio	Ignacio Camacho
501	ABC22507	Cada voto es necesario	Carta al director
502	ABC22508	Primer «día D» para el cambio	Álvaro Martínez
503	ABC22509	Fuegos de campamento	Eduardo San Martín
504	ABC22510	Sol, también en la prensa extranjera	ABC
505	ABC22511	El 22-M, en nueve claves de futuro	Cristina de la Hoz
506	ABC22512	La batalla está en Guadalajara	Óscar Cuevas
507	ABC22513	«Yo, hastaahora, he creído al presidente Hugo Chávez»	Ramón Pérez-Maura
508	ABC22514	Asinació el 15-M	Tibisay Zea y Covadonga Abril
509	ABC22515	«La próxima acampada será frente a Moncloa»	C. Abril
510	ABC22516	Ejército y Monarquía, las dos instituciones más valoradas	Almudena Martínez-Fornés
511	ABC22517	Pijoprogres y perroflautas	José Sotelo
512	M22501	Todos los males de la democracia pueden curarse con más democracia (Alfred Emanuel Smith)	El Mundo
513	M22502	Democracia real hoy	Marisa Cruz
514	M22503	Los que prendieron la mecha del 15-M	El Mundo
515	M22504	Dos hombres y un castigo	Pedro J. Ramírez
516	M22505	Las urnas deciden hoy el futuro de España...	Editorial
517	M22506	La República de Sol se extiende ya por todo el centro de Madrid	Joaquín Manso
518	M22507	IU. La hora de recuperarse	Agustín Yanel
519	M22509	UPyD Contra el bipartidismo	Luis Ángel Sanz
520	M22510	PP. Sin distracciones, hacia el centro	Carmen Remírez de Ganuza
521	M22511	Una indignación que era necesaria	Carta al director
522	M22512	En Sol II	Erasmus
523	M22513	El clamor de la calle contra los partidos políticos	Luis María Ansón
524	M22514	Saleh se prepara para dejar el poder pero denuncia un complot	El Mundo
525	M22515	«La fuerza de la utopía es su fracaso mismo»	Antonio Lucas
526	M22516	El 15-M	Luis Oz
527	EP22501	La ola de protesta sacude el 22-M	P. Guimon y C.P. Lanzac
528	EP22502	India y Pakistán, una obsesión mutua	Ángeles Espinosa
529	EP22503	“Una vez que el pueblo se embarca en un cambio, no hay fuerza que lo pare”	José Reinoso
530	EP22504	“En Bruselas sale el Sol”	El País
531	EP22505	El PP busca el jaque mate en el 22-M	José Manuel Romero
532	EP22506	La bisagra de Cayo	José Manuel Romero
533	EP22507	En todo caso, votar	Editorial
534	EP22508	Reacción	Nicolas Demorand
535	EP22509	Obama y la relación euroatlántica	Tomothy Garton Ash
536	EP22510	Montaigne en la trifulca	Mario Vargas Llosa
537	EP22511	Darwin y el Gobierno no son de fiar	Joaquina Prades

538	EP22512	La obra de un rebelde	Juan Cruz
539	EP22513	Programación TV	El País
540	EP22514	José Manuel Blecua. “Suelo ser un hombre de palabra”	Karmentxu Marín
541	EP22515	La huida	Manuel Vicent
542	P22501	Una plaza llamada democracia	Luis García Montero
543	P22502	España vota hoy pendiente de los indignados y los indecisos	Pere Rusiñol
544	P22505	Una multitud de indignados abarrota Sol en el día de reflexión	Ana Requena Aguilar
545	P22506	El día que lo cambió todo	Ana Requena
546	P22507	Una gran cadena humana	Lucas Marco
547	P22508	El músculo ideológico que fraguó el 15-M	Diego Barcala
548	P22509	La diversidad de los indignados	Diego Barcala
549	P22510	«Sol apunta los déficits de la Transición»	D.B.
550	P22511	Indignados. El porqué de la fatiga democrática	Carolina Martín
551	P22512	Zapatero cargó con el partido en la campaña de la transición en el liderazgo del PSOE	Gonzalo López Alba
552	P22513	Rajoy ensaya para las generales un ajuste de cuentas con el PSOE	María Jesús Güemes
553	P22514	IU espera la remontada impulsada por la fuerza del Movimiento 15-M	Juanma Romero
554	P22515	Barreda y Cospedal protagonizan el duelo clave del 22-M	Rocío Aguilar
555	P22516	Voto indignado	Jesús Maraña
556	P22517	Cosas de jóvenes, ya se les pasará	Isaac Rosa
557	P22518	Preocupación	Carta al director
558	P22519	Un paso hacia la democracia real: las listas abiertas	Carta al director
559	P22520	Una vez que los presos han cumplido su condena	Carta al director
560	P22521	Europa desaprovecha una oportunidad	Carta al director
561	P22522	¿Por qué callamos ante Bahrein?	Robert Fisk
562	P22523	Ouattara asume la Presidencia de Costa de Marfil	Público
563	P22524	Caminar erguidos	Carlo Frabetti
564	P22525	Un poco de memoria	Gran Wyoming

Lunes, 23 de mayo de 2011

Nº	Código	Titular	Autor
565	ABC23501	Elecciones anticipadas	Editorial
566	ABC23502	El riesgo de jugar confuego	ABC
567	ABC23503	Adelante Zapatero	Félix Madero
568	ABC23504	La Agonía	Gabriel Albiac
569	ABC23505	Vapulea	Ignacio Camacho
570	ABC23506	Democracia real	Carta al director
571	ABC23507	El vuelco	José María Carrascal
572	ABC23508	La España real fulmina al PSOE	Álvaro Martínez
573	ABC23509	El clamor de la calle	Eduardo San Martín
574	ABC23510	Casi un millón de votos contra la clase política	C. Morcillo

575	ABC23511	Zapatero se resiste a acortar la legislatura pese a su fracaso	Gabriel Sanz
576	ABC23512	¿Cómo celebrará ETA su éxito?	Javier Pagola
577	ABC23513	El PSC pierde Barcelona y el PP gana en Badalona	Á. Gubern y Languera
578	ABC23514	La victoria del PP augura el fin del mayor feudo socialista	Manuel Contreras
579	ABC23515	El efecto Feijóo impulsa el voto urbano del PP	Alfredo Aycart
580	ABC23516	El 15-M fracasa el 22-M	C. M.
581	ABC23517	Obama pedirá en Europa apoyos a su «visión» para el mundo árabe	Emili J. Blasco
582	ABC23518	Empate técnico en Portugal a dos semanas de las elecciones	Belén Rodrigo
583	M23501	Zapatero desoye el clamor de los españoles	Editorial
584	M23502	Los impulsores del 15-M se desmarcan de las asambleas	Joaquín Manso
585	M23503	España exige el cambio/ Los españoles hunden en las urnas a Zapatero y exigen el cambio ya	Marisa Cruz
586	M23504	22-M, el día de la hecatombe	Casimiro García-Abadillo
587	M23505	Cambio de guardia	David Gistau
588	M23506	El Estado del malestar	Carlos Toro
589	M23507	Zapatero deja al PSOE hecho un solar político	Manuel Sánchez
590	M23508	UPyD. «Habéis roto el bipartidismo»	Luis Ángel Sanz
591	M23509	Presidenta contra el bipartidismo	Pie de foto
592	M23510	El seísmo no rompe el voto	Javier Adán
593	M23511	Región de Murcia. El PP consigue dos tercios del Parlamento	Javier Adán
594	M23512	La ‘tierra feliz’ que coronó a la reina de Saba	Brian Whitaker
595	M23513	Obama insiste ante el ‘lobby’ judío en las fronteras de 1967	Ricard González
596	M23514	El misterio del suicidio de Salvador Allende	Ramy Wurgaft
597	M23515	Ética para catástrofes e indignados	Darío Prieto
598	M23516	Brindis de sangre por Pere y Vargas	Javier Villán
599	M23517	Catástrofe socialista	Raúl del Pozo
600	EP23501	La UE da un espaldarazo a los rebeldes	Maite Rico
601	EP23502	Los socialdemócratas ganan las elecciones en Bremen	Juan Gómez
602	EP23503	Decenas de heridos en una protesta prodemocrática	Reuters
603	EP23504	El tsunami del 22-M ahoga al PSOE	José Manuel Romero
604	EP23505	Castilla-La Mancha pasa por primera vez en democracia a manos del PP	Natalia Junquera
605	EP23506	Las Diputaciones cambian de color	M. Ormazabal
606	EP23507	Bildu irrumpe como segunda fuerza y arrastra al PNV a pactar con el PSE	Juan Mari Gastaca
607	EP23508	Rajoy lidera una victoria aplastante	Carlos E. Cué
608	EP23509	La visita que no llamó al timbre	Javier Pradera
609	EP23510	La legión de la periferia	José María Ridaó
610	EP23511	Caprichos de dictador	José Yoldi
611	EP23512	Democracia excluyente	Joaquín Estefanía
612	EP23513	El castigo	Editorial
613	EP23514	Arrojarse al agua porque otro lo hace	Antonio Núñez López

614	EP23515	Indignados y acampados	Carta al director
615	EP23516	Vivimos tiempos paradójicos	Carta al director
616	EP23517	El mensaje de Bin Laden	Antonio Elorza
617	EP23518	Los lunes	David Trueba
618	P23501	¿Por qué se produjo la caída del PSOE?	Marco Schwartz
619	P23502	UPyD entra en la Asamblea de Madrid y en 94 ayuntamientos	Íñigo Aduriz
620	P23503	El PP arrolla al PSOE y logra el poder en todas las capitales	Raúl Bocanegra
621	P23504	Camps pierde empuje pero resiste con holgura pese a 'Gürtel'	Belén Toledo y Sergi Tarín
622	P23505	15M. Una semana más en Sol	Ana Requena Aguilar
623	P23506	Después del hundimiento	Jesús Maraña
624	P23507	Democracias emergentes	Ángel Calle Collado
625	P23508	Actualidad. Indignados: el porqué de la fatiga democrática	Público
626	P23509	Vivir al margen de los planes que otros han trazado para nosotros	Carta al director
627	P23510	La mafia se libra de su azote	Público
628	P23511	No nos hagamos viejos	Marta Nebot
629	P23512	La consigna es poderosa	Antonio Baños

Viernes, 20 de mayo de 2011			
Nº	Código	Titular	Autor
630	ABC24501	Demolición de un liderazgo	Ignacio Camacho
631	ABC24502	La Puertadel Sol... Menguante. Y el mundo parece que no cambia...	ABC
632	ABC24503	Efectos deseables	Manuel Martín Ferrand
633	ABC24504	España es de derechas	Eduarne Uriarte
634	ABC24505	De Irak a Bildu	Tomás Cuesta
635	ABC24506	El hambre en el mundo, la FAO y España	José Esquinas Alcázar
636	ABC24507	Pena capital (política)	Carta al director
637	ABC24508	Nuestra historia	Carta al director
638	ABC24509	El PSOE se encomienda a Rubalcaba y recela de Chacón	Gabriel Sanz
639	ABC24510	Análisis post mortem	Jaime González
640	ABC24511	Bildu desafía la hegemonía local del PNV y complicará el pacto de López con el PP	Itziar Reyeno
641	ABC24512	Un mapa azul	Pilar Cernuda
642	ABC24513	Gómez reparte el fracaso del 22-M	María Isabel Serrano
643	ABC24514	Y ahora, qué?	Ignacio Ruiz Quintano
644	ABC24515	Publicidad (página 62)	Planeta Directo
645	M24501	Enumeraciones	Arcadi Espada
646	M24502	Un cadáver que se niega a ser enterrado	Editorial
647	M24503	La hoja de ruta de Bildu sacude al País Vasco	Editorial
648	M24504	Reflexión	Erasmus
649	M24505	Terminator	Victoria Prego
650	M24506	Murcia. El PP consigue dos tercios del Parlamento	Javier Adán

651	M24507	El PSOE, peor que con Almunia	Roberto Benito
652	M24508	Rajoy advierte: 'El Gobierno no está en condiciones' de aguantar más / Rajoy cifra en la crisis un nuevo reclamo electoral	C. Remírez de Ganuza
653	M24509	Lara achaca la subida del PP a «las políticas de derechas de Zapatero»	Agustín Yanel
654	M24510	«ETA ha ejercido la violencia política y la ha padecido»	Leyre Iglesias
655	M24511	Elorza incumplirá su palabra y buscará ser reelegido alcalde	J. M. Alonso
656	M24512	Las víctimas culpan al Gobierno del «triunfo de ETA»	Fernando Lázaro
657	M24513	Un pacto para cerrar heridas	Patricia del Gallo
658	M24514	PxC atribuye el ascenso a su política pro ciudadanos	M.T.C.
659	M24515	El ocaso de Sol	El Mundo
660	M24516	El enemigo involuntario	David Gistau
661	M24517	El servicio que ZP le debe a España	Carta al director
662	M24518	Mismo perro, distinto collar	Carta al director
663	M24519	La democracia 2.0 es factible	Carta al director
664	M24520	Un terremoto político de ámbito nacional	Victoria Prego
665	M24521	«O gobierna o que adelante elecciones»	C. Segovia / E. Maíllo
666	M24522	Rajoy, entre la deuda y la responsabilidad	John Müller
667	EP24501	“Los narcos nos están invadiendo”	Pablo Ordaz
668	EP24502	La última muerte de Salvador Allende	Soledad Gallego-Díaz
669	EP24503	De votos y escaños	José Pablo Fernández y José Juan Toharia
670	EP24505	Bildu vaticina el próximo fin de ETA tras su éxito en los comicios	Mikel Ormazabal
671	EP24506	Premio a un compromiso	Luis R. Aizpeolea
672	EP24507	Díez cree demostrado que UPyD es un partido nacional	N. G.
673	EP24508	Récord del voto del inconformismo	Natalia Junquera
674	EP24509	Revolución en el mapa político	El País
675	EP24510	Los electores ven la corrupción como una cuestión ajena, según los expertos	M. Fabra y R. Limón
676	EP24511	Doble emergencia	Editorial
677	EP24512	¿Y quién administra la indignación?	Irene Lozano
678	EP24513	Elogio de la generación perdida	Carta al director
679	EP24514	Los resultados de las elecciones	Carta al director
680	EP24515	Creo que ya es hora	Carta al director
681	EP24516	En horas difíciles	Jordi Sevilla
682	EP24517	Noche de lobos	Martín Girard
683	P24501	Los partidarios de Rubalcaba y Chacón chocan en la Ejecutiva	Gonzalo López Alba
684	P24502	IU subraya que se consolida su «creciente tendencia al alza»	Juanma Romero
685	P24503	El PNV piensa en gobernar pese al avance de Bildu	Guillermo Malaina
686	P24504	La izquierda abertzale ve más cerca la paz	Guillermo Malaina
687	P24505	Que se convoquen... y que se celebren	Marco Schwartz

688	P24506	Hermetismo político	Juan Ramón Capella
689	P24507	Un millón de invisibles	Juan Carlos Escudier
690	P24508	«Esto es democracia, y no lo de sol»	Isaac Rosa
691	P24509	No nos vamos	Carta al director
692	P24510	«La hipótesis principal sigue siendo un suicidio»	Soledad Pino
693	P24511	Chile exhuma el cuerpo de Allende para aclarar la causa de su muerte	Soledad Pino
694	P24512	Obama sigue los pasos de Kennedy en busca de sus raíces irlandesas	Conxa Rodríguez
695	P24513	El 15-M sobrevive a las elecciones pero la acampada de Sol pierde fuelle	Ana Requena Aguilar
696	P24514	1982	Ignacio Escolar
697	P24515	Abajo el guión, arriba las recetas médicas	Público

Bibliografía

- Abellán, Joaquín, 1991. "Historia de los conceptos («Begriffsgeschichte») e Historia Social: A propósito del diccionario «Geschichtliche Grundbegriffe»", *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* (14).
- Abellán, Joaquín, 2002. "John Stuart Mill y el liberalismo", en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política, 3. Ilustración, liberalismo y nacionalismo*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2004. *Poder y política en Max Weber*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Abellán, Joaquín, 2006. "Estudio preliminar", en Joaquín Abellán (ed.), *Conceptos sociológicos fundamentales*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2007. "En torno al objeto de la “historia de los conceptos” de Reinhart Koselleck", en Enrique Bocardo Crespo (ed.), *El Giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, Madrid: Tecnos: 215-248.
- Abellán, Joaquín, 2008. "Estudio preliminar", en Joaquín Abellán (ed.), *Escritos políticos*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2010a. "En torno a la ruptura del consenso: sobre la no instrumentalización política de la historia reciente de España", en Pablo Oñate (ed.), *Treinta años de elecciones en España*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Abellán, Joaquín, 2010b. "Estudio preliminar", en Joaquín Abellán (ed.), *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2011a. *Democracia*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2011b. "Implicaciones políticas del pluralismo de los valores en Max Weber e Isaiah Berlin", en Pablo Badillo O'Farrell (ed.), *Filosofía de la razón plural. Isaiah Berlin entre dos siglos*, Madrid: Biblioteca Nueva: 13-39.
- Abellán, Joaquín, 2012. *Política*, Madrid: Alianza Editorial.
- Abellán, Joaquín, 2015. "Sobre el análisis racional de los juicios de valor", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: 231-252.
- Abellán Artacho, Pedro, 2013. "Representación política y democracia: Aportaciones desde la Teoría de la Representación en los últimos diez años", *Revista Española de Ciencia Política* (33).
- Adorno, Theodor W., [1955] 1983. *Prisms*, Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Adorno, Theodor W., [1951] 2005. *Minima Moralia*, London: Verso.
- Adrados, Francisco Rodríguez, 2011. *Nueva historia de la democracia. De Solón a nuestros días*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Aguilar Fernández, Paloma, 1996. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial.

- Alexander, Larry y Michael Moore, 2016. "Deontological Ethics", en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*: Metaphysics Research Lab, Stanford University.
- Almond, Gabriel A. y Sidney Verba, [1963] 1970. *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid: Euramérica.
- Andeweg, Rudy B. y Jacques Thomassen, 2005. "Modes of Political Representation: Toward a New Typology", *Legislative Studies Quarterly*, XXX (4).
- Andretta, Massimiliano y Donatella della Porta, 2008. "Models of democracy: How activists see democracy in the movement", en Donatella della Porta (ed.), *Another Europe. Conceptions and practices of democracy in the European social forum*, London: Routledge.
- Anduiza, Eva, Camilo Cristancho y José M. Sabucedo, 2013. "Mobilization through online social networks: The political protest of the indignados in Spain", *Information, Communication & Society*, 17 (6): 750-764.
- Anduiza, Eva, Aina Gallego y Jordi Muñoz, 2012. "Turning a Blind Eye: Experimental evidence of partisan bias in attitudes toward corruption", *Comparative Political Studies*, 46 (12): 1664-1692.
- Anduiza, Eva, Irene Martín y Araceli Mateos, 2014. "El 15M y las elecciones generales de 2011", en Eva Anduiza, Agustín Bosch, Lluís Orriols y Guillem Rico (eds.), *Elecciones generales 2011*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Ankersmit, Frank R., 2002. *Political representation*, Stanford: Stanford University Press.
- Arendt, Hannah, 1953a. "A Reply (to Eric Voegelin)", *The Review of Politics*, 15 (1): 76-84.
- Arendt, Hannah, 1953b. "Understanding and Politics", *Partisan Review*, 20 (4).
- Arendt, Hannah, [1971] 1984. *La vida del espíritu. El pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Arendt, Hannah, [1968] 1996. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona: Península.
- Arendt, Hannah, [1995] 1997. *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, [1951] 2004. *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus.
- Arendt, Hannah, [2005] 2008. *La promesa de la política*, Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, [1958] 2011. *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.
- Arendt, Hannah, [1970] 2012. *Sobre la violencia*, Madrid: Alianza Editorial.
- Arendt, Hannah y Günter GAUS, 1964. *Zur Person. Hannah Arendt*. <https://www.youtube.com/watch?v=dsoImQfVsO4> (acceso 22/09/2014).
- Arendt, Hannah y Karl Jaspers, 1992. *Hannah Arendt/Karl Jaspers correspondence, 1926-1969*, New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Arias Maldonado, Manuel, 2016. *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*, Barcelona: Página Indómita.

- Arias Maldonado, Manuel, 2017. "La impotencia de la política", en Máriam Martínez-Bascuñán y Fernando Vallespín (eds.), *Las consecuencias políticas de la crisis económica*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Aristóteles, [ca. 350 a.C.] 1998. *Política*, Madrid: Alianza Editorial.
- Aristóteles, [ca. 350 a.C.] 2009. *Categorías. Sobre la interpretación*, Buenos Aires: Losada.
- Aron, Raymond, 1961. "La définition libérale de la liberté", *European Journal of Sociology*, 2 (02): 199-218.
- Aron, Raymond, [1952] 1999. *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*, Barcelona: Paidós.
- Arrow, Kenneth J., 1964. *Social choice and individual values*, New York: Wiley.
- Arteaga, Félix, 2011. *Razones en contra de una intervención militar en Libia*.
http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/defensa+y+seguridad/ari54-2011
 (acceso junio de 2019).
- Austin, John Langshaw, [1962] 1995. *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires: Paidós.
- Baby, Sophie, [2012] 2018. *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, Tres Cantos, Madrid: Akal.
- Bacchi, Carol, 2012. "Why Study Problematizations? Making Politics Visible", *Open Journal of Political Science*, 02 (01): 1-8.
- Bailly, Lionel, 2009. *Lacan. A beginner's guide*, Oxford: Oneworld.
- Balinski, Michel L. y Hobart P. Young, 1978. "Stability, Coalitions and Schisms in Proportional Representation Systems", *The American Political Science Review*, 72 (3).
- Ball, Terence y Richard Dagger (eds.), 1991. *Ideals and ideologies. A reader*, New York, NY: HarperCollins Publishers.
- Barber, Benjamin R., [1984] 2003. *Strong democracy. Participatory politics for a new age*, Berkeley: University of California Press.
- Bardin, Laurence, 1986. *El análisis de contenido*, Torrejón de Ardoz: Akal.
- Barthes, Roland, 1967. *Elements of semiology*, London: Jonathan Cape.
- Baudrillard, Jean, [1978] 2005. "La precesión de los simulacros", en *Cultura y simulacro. La precesión de los simulacros; El efecto Beaubourg; A la sombra de las mayorías silenciosas; El fin de lo social*, Barcelona: Kairós.
- Baviskar, Siddhartha y Mary Fran T. Malone, 2004. "What Democracy Means to Citizens – and Why It Matters", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* (76).
- Becker, Werner, 1990. *La libertad que queremos. La decisión para la democracia liberal*, México: Fondo de Cultura Económica.

- Beeman, Jennifer, Nancy Guberman, Jocelyne Lamoureux, Danielle Fournier y Lise Gervais, 2009. "Beyond Structures to Democracy as Culture", *American Behavioral Scientist*, 52 (6): 867-884.
- Beery, John R., 1943. *Current conceptions of democracy*, New York: AMS Press.
- Beiner, Ronald, 1983. *Political judgment*, London: University of Chicago Press; Methuen.
- Benavides Delgado, J., 2005. "Nuevas propuestas para el análisis del lenguaje en los medios", *Questiones Publicitarias*, 1 (10): 13-33.
- Benavides Delgado, J., 2008. "Los medios de comunicación en la actual coyuntura: la necesidad de rectificar", *Pensar la Publicidad. Revista Internacional de Investigaciones Publicitarias*, 2 (1): 79-92.
- Benítez, Benita, 2005. "La ciudadanía de la democracia ateniense", *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, 5: 37-58.
- Benhabib, Seyla, 1996. "Toward a deliberative model of democratic legitimacy", en Seyla Benhabib (ed.), *Democracy and difference. Contesting the boundaries of the political*, Princeton: Princeton University Press.
- Bentham, Jeremy, [1791] 1843. "Essay in political tactics", en John Bowring (ed.), *The works of Jeremy Bentham. Vol. 2*, Edinburgh: Simpkin, Marshall & Co.
- Berlin, Isaiah, [1962] 1978. "Does political theory still exist?", en Isaiah Berlin y Henry Hardy (eds.), *Concepts and categories. Philosophical essays*, London: Hogarth Press.
- Berlin, Isaiah, [1983] 1990. "Giambattista Vico and Cultural History", en Henry Hardy (ed.), *The crooked timber of humanity. Chapters in the history of ideas*, London: Murray.
- Berlin, Isaiah, [1998] 2000. "Mi camino intelectual", en Henry Hardy (ed.), *El poder de las ideas*, Madrid: Espasa Calpe.
- Berlin, Isaiah, [1958] 2004. "Dos Conceptos de Libertad", en Henry Hardy (ed.), *Sobre la libertad*, Madrid: Alianza Editorial.
- Berlin, Isaiah, [1954] 2004. "La inevitabilidad histórica", en Henry Hardy (ed.), *Sobre la libertad*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bernauer, Julian, Marc Bühlmann, Adrian Vatter y Micha Germann, 2016. "Taking the multidimensionality of democracy seriously: Institutional patterns and the quality of democracy", *European Political Science Review*, 8 (03): 473-494.
- Bird, Colin, 2000. "The Possibility of Self-Government", *American Political Science Review*, 94 (03): 563-577.
- Birulés, Fina, 1997. "Introducción", en *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós.
- Bishop, J. Joe y Gregory E. Hamot, 2001. "Democracy as a Cross-Cultural Concept: Promises and Problems", *Theory & Research in Social Education*, 29 (3): 463-487.
- Bishop, Joe, 2008. "Locating democracy: Meanings and intersections in the Czech Republic", en Cameron White y Roger Openshaw (eds.), *Democracy At The Crossroads. International Perspectives On Critical Global Citizenship Education*, Maryland: Lexington Books: 311-327.

- Botella, J., 1997. "En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos", en Pilar del Castillo Vera y Ismael Crespo (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Bouza, Fermín, 2011. "La agenda pública en el Reino de España: desafección política, paro y problemas económicos (septiembre 2000/septiembre 2011)", *papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (116): 161-168.
- Bovero, Michelangelo, 2002. *Una gramática de la democracia. Contra el gobierno de los peores*, Madrid: Trotta.
- Bovero, Michelangelo, 2010. "La democracia y sus condiciones", *Revista de la Facultad de Derecho de México* (253).
- Bratton, Michael, Robert B. Mattes y Emmanuel Gyimah-Boadi, 2005. *Public opinion, democracy, and market reform in Africa*, New York: Cambridge University Press.
- Brecht, Bertolt, 1956. *Galileo Galilei*, Buenos Aires: Ediciones Losange.
- Bridoux, Jeff y Milja Kurki, 2015. "Cosmetic agreements and the cracks beneath: Ideological convergences and divergences in US and EU democracy promotion in civil society", *Cambridge Review of International Affairs*, 28 (1): 55-74.
- Bruszt, László, 1995. "¿Por qué razón habrían de apoyar los europeos orientales el capitalismo?", *Zona Abierta* 72-73: 107-144.
- Bruszt, László y János Simon, 1992. "The great transformation in Hungary and Eastern Europe: Theoretical conceptions and public opinion on democracy and capitalism in Eastern Europe", en György Szoboszlai (ed.), *Flying blind. Emerging democracies in East-Central Europe*, Budapest: Hungarian Political Science Association.
- Budge, Ian, 1996. *The new challenge of direct democracy*, Cambridge, MA: Polity Press.
- Bueno de Mesquita, Bruce y George W. Downs, 2006. "Intervention and Democracy", *International Organization*, 60 (3): 627-649.
- Bueno Sánchez, Gustavo, 1997. "La democracia como ideología", *Ábaco*: 11-34.
- Bueno Sánchez, Gustavo, 2010. *El fundamentalismo democrático*, Madrid: Temas de Hoy.
- Bühlmann, Marc, Wolfgang Merkel, Lisa Müller y Bernhard Weßels, 2012. "The Democracy Barometer: A New Instrument to Measure the Quality of Democracy and its Potential for Comparative Research", *European Political Science*, 11 (4): 519-536.
- Burke, Edmund, [1774] 1999. "Speech to the Electors of Bristol", en Francis Canavan (ed.), *Select Works of Edmund Burke. A New Imprint of the Payne Edition*, Indianapolis: Liberty Fund.
- Burke, Edmund, [1770] 2014. "Thoughts on the cause of the present discontents", en Francis Canavan (ed.), *Thoughts on the cause of the present discontents. The two speeches on America*, Indianapolis: Liberty Fund.
- Calleja, Eduardo González, 2002. *La violencia en la política. perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid: Editorial CSIC.

- Calvo, Kerman, Teresa Gómez-Pastrana y Luis Mena, 2011. "Movimiento 15M: ¿quiénes son y qué reivindican?", *ZoomPolítico (Laboratorio de Alternativas)*, 04.
- Camp, Roderic A., 2001. *Citizen views of democracy in Latin America*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Campbell, Tom, [1981] 2002. *Siete teorías de la sociedad*, Madrid: Cátedra.
- Canache, Damarys, 2012a. "Citizens' Conceptualizations of Democracy: Structural Complexity, Substantive Content, and Political Significance", *Comparative Political Studies*, 45 (9): 1132-1158.
- Canache, Damarys, 2012b. "The Meanings of Democracy in Venezuela: Citizen Perceptions and Structural Change", *Latin American Politics and Society*, 54 (3): 95-122.
- Canache, Damarys, Jeffery J. Mondak y Mitchell A. Seligson, 2001. "Meaning and measurement in cross-national research on satisfaction with democracy", *Public Opinion Quarterly*, 65 (4): 506-528.
- Canfora, Luciano, 2004. *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, España: Crítica.
- Canovan, Margaret, 1998. "Introduction", en Hannah Arendt (ed.), *The human condition*, Chicago: University of Chicago Press.
- Capoccia, Giovanni, 2013. "Militant Democracy: The Institutional Bases of Democratic Self-Preservation", *Annual Review of Law and Social Science*, 9 (1): 207-226.
- Caracuel Quirós, María del Pilar, 2003. *Valores éticos en la prensa escrita española. (1960-1965 y 1990-1995)*. Tesis, Madrid.
- Carlton, Lisa, 2011. "Interplay of Mythic Conceptions of Democracy in Congressional Deliberations over the USA PATRIOT Act", *Critical Approaches to Discourse Analysis across Disciplines*, 5 (1): 62-72.
- Carothers, Thomas, 2009. "Democracy Assistance: Political vs. Developmental", *Journal of Democracy*, 20 (1).
- Carral Hernández, Alberto Isaac, 2018. *Pensar los usos de la democracia. Prácticas discursivas del campo intelectual mexicano (2005-2015)*. Tesis de Maestría, México.
- Carrión, Julio F., 2008. "Illiberal Democracy and Normative Democracy: How is Democracy Defined in the Americas?", en Mitchell A. Seligson (ed.), *Challenges to democracy in Latin America and the Caribbean. Evidence from the AmericasBarometer 2006-2007*, Nashville: LAPOP: 21-52.
- Casas, Andreu, Ferran Davesa y Mariluz Congosto, 2016. "La cobertura mediática de una acción «conectiva»: La interacción entre el movimiento 15-M y los medios de comunicación", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (155).
- Castoriadis, Cornelius, 1995. "La democracia como procedimiento y como régimen", *Leviatán: revista de pensamiento socialista* (62): 65-83.
- Castro, Edgardo, 2004. *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*, Bernal, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes; Prometeo 3010.

- Castromil, Antón R., 2012. "Negativismo mediático y campaña electoral en las Elecciones Generales de 2008", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (139).
- Castromil, Antón R. y Palmira Chavero, 2012. "Polarización política y negativismo mediático: Similitudes y diferencias en la prensa de derecha y la de izquierda en las elecciones autonómicas y municipales de 2011", *Redmarka: revista académica de marketing aplicado* (8): 55-81.
- Català y Bas, Alexandre H., 2013. "Las sentencias del Tribunal Constitucional en los casos Bildu y Sortu y el fin de ciclo de la ley orgánica de partidos políticos: Propuestas de reforma", *Teoría y Realidad Constitucional* (31): 549-576.
- Ceka, Besir y Pedro C. Magalhães, 2016. "How people understand democracy: A social dominance approach", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Centro de Investigaciones Sociológicas, 2011. *Nota de investigación sobre el estudio cualitativo "Representaciones políticas y 15-M". Estudio nº 2921*. http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2920_2939/2921/IM2921.pdf (acceso 06/10/2016).
- Chalmers, Alan F., [1971] 2000. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid: Siglo XXI de España.
- Charnock, G., T. Purcell y R. Ribera-Fumaz, 2012. "Indignate!: The 2011 popular protests and the limits to democracy in Spain", *Capital & Class*, 36 (1): 3-11.
- Chin-Yi, Chung, 2009. "The Relation of Derrida's Deconstruction to Heidegger's Destruction: Some notes", *SKASE Journal of Literary Studies*, 1 (1).
- Christ, Matthew R., 2013. "Demosthenes on Philanthrōpia as a Democratic Virtue", *Classical Philology*, 108 (3): 202-222.
- Chu, Yun-han, 2008. *How East Asians view democracy*, New York: Columbia University Press.
- Cobban, Alfred, 1953. "The Decline of Political Theory", *Political Science Quarterly*, 68 (3).
- Cohen, Joshua, 1989. "The Economic Basis of Deliberative Democracy", *Social Philosophy and Policy*, 6 (02): 25.
- Cohen, Joshua, 2001. "Democracia y libertad", en Jon Elster (ed.), *La democracia deliberativa*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Cole, G.D.H., [1920] 1980. *Guild socialism restated*, New Brunswick: Transaction Publishers.
- Connolly, William E., 1995. *The ethos of pluralization*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Connolly, William E., [1991] 2002. *Identity / Difference. Democratic negotiations of political paradox*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Constant, Benjamin, [1819] 2002. "Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos", en *Sobre el espíritu de conquista ; Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos*, Madrid: Tecnos.

- Cortina Orts, Adela, 2008. *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid: Tecnos.
- Critchley, Simon, 1999. *Ethics of Deconstruction: Derrida and Levinas*: Edinburgh University Press.
- Crouch, Colin, 2004. *Post-democracy*, Malden: Polity.
- Dahl, Robert Alan, 1989. *Democracy and its critics*, New Haven: Yale University Press.
- Dahl, Robert Alan, [1956] 2006. *A preface to democratic theory*, Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Dalton, Russell J., 1984. "Cognitive Mobilization and Partisan Dealignment in Advanced Industrial Democracies", *The Journal of Politics*, 46 (1): 264-284.
- Dalton, Russell J., 2012. *The apartisan American. Dealignment and changing electoral politics*, Los Angeles: SAGE.
- Dalton, Russell J., 2016. "Party Identification and Its Implications", *Oxford Research Encyclopedias*.
- Dalton, Russell J., Wilhelm P. Burklin y Andrew Drummond, 2001. "Public opinion and direct democracy", *Journal of Democracy*, 12 (4): 141-153.
- Dalton, Russell J., Doh C. Shin y Willy Jou, 2007a. "Understanding democracy: data from Unlikely Places", *Journal of Democracy*, 18 (4).
- Dalton, Russell J., Doh Chull SHIN y Willy JOU, 2007b. *Popular Conceptions of the Meaning of Democracy: Democratic Understanding in Unlikely Places*. <http://escholarship.org/uc/item/2j74b860> (acceso 08/02/2014).
- Dalton, Russell J. y Martin P. Wattenberg (eds.), 2000. *Parties Without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford: Oxford University Press.
- de la Nuez, Paloma, 1999. "La nueva doctrina liberal de fines de siglo", *Revista hispano cubana* (3).
- del Águila, Rafael, 1982. "La transición a la democracia en España: reforma, ruptura y consenso", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* (25).
- del Águila, Rafael, 1998. "Los precursores de la idea de democracia: la democracia ateniense", en Rafael del Águila, Fernando Vallespín, Ángel Rivero, Elena García Guitián y Gabriel Pérez, José Antonio de (eds.), *La democracia en sus textos*, Madrid: Alianza Editorial.
- del Águila, Rafael, 2002. "El centauro transmoderno: Liberalismo y democracia en la democracia liberal", en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política, 6. La reestructuración contemporánea del pensamiento político*, Madrid: Alianza Editorial.
- del Águila, Rafael, 2004. *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- del Águila, Rafael, 2008. *Crítica de las ideologías. El peligro de los ideales*, Madrid: Taurus.

- del Águila, Rafael y Ricardo Montoro Romero, 1984. *El discurso político de la transición española*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS); Siglo XXI de España.
- Delgado, Carmen, 2008. "Descongelando la democracia: el descenso de la colaboración interpartidista en España (1977-2004)", *Revista Española de Ciencia Política* (19): 79-102.
- della Porta, Donatella, 2008a. "Another Europe: An Introduction", en Donatella della Porta (ed.), *Another Europe. Conceptions and practices of democracy in the European social forum*, London: Routledge: 3-25.
- della Porta, Donatella (ed.), 2008b. *Another Europe. Conceptions and practices of democracy in the European social forum*, London: Routledge.
- della Porta, Donatella y Herbert Reiter (eds.), 2006. *Organizational Ideology and Visions of Democracy*, Florencia.
- den Boer, Pim, 1998. "The Historiography of German Begriffsgeschichte and the Dutch Project of Conceptual History", en Iain Hampsher-Monk, Karin Tilmans y Frank van Vree (eds.), *History of concepts. Comparative perspectives*, Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Denzin, Norman K. y Yvonna S. Lincoln (eds.), 2005. *The Sage handbook of qualitative research*, Thousand Oaks: Sage Publications.
- Derrida, Jacques, [1972] 1981. *Positions*, Chicago: University of Chicago Press.
- Derrida, Jacques, 1988. "Afterword: Toward An Ethic of Discussion", en *Limited Inc*, Evanston: Northwestern University Press.
- Derrida, Jacques, [1983] 1988. "Letter to a Japanese Friend", en David Wood y Robert Bernasconi (eds.), *Derrida and différance*, Evanston: Northwestern University Press.
- Derrida, Jacques, [1977] 1988. "Limited Inc a b c ...", en *Limited Inc*, Evanston: Northwestern University Press.
- Derrida, Jacques, 1989. "Prólogo: «...una de las virtudes más recientes...»", en Peretti Della Roca, Cristina De (ed.), *Jacques Derrida. texto y deconstrucción: Anthropolos*.
- Derrida, Jacques, 1992. *The other heading. Reflections on today's Europe*, Bloomington: Indiana University Press.
- Derrida, Jacques, [1967] 1998. *Of grammatology*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Derrida, Jacques, [1967] 2001. *Writing and difference*, London: Routledge Classics.
- Derrida, Jacques, [2003] 2005. *Rogues. Two essays on reason*, Stanford: Stanford Univ. Press.
- Derrida, Jacques, [1999] 2006. "Hostipitality", en Lasse Thomassen (ed.), *The Derrida-Habermas reader*, Chicago: Univ. of Chicago Press: 208-230.
- Derrida, Jacques y Giovanna Borradori, 2003. "Autoimmunity: Real and Symbolic Suicides: A Dialogue with Jacques Derrida", en Jürgen Habermas, Jacques Derrida y Giovanna Borradori (eds.), *Philosophy in a time of terror. Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*, Chicago: University of Chicago Press.

- Derrida, Jacques y Peggy Kamuf, 1986. "But, beyond...(open letter to Anne McClintock and Rob Nixon)", *Critical Inquiry*, 13 (1): 155-170.
- Diamond, Larry Jay y Leonardo Morlino, 2005. *Assessing the quality of democracy*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Downs, Anthony, 1957. *An economic theory of democracy*, Boston: Addison-Wesley.
- Dryzek, John S. y Jeffrey Berejikian, 1993. "Reconstructive Democratic Theory", *American Political Science Review*, 87 (01): 48-60.
- Dryzek, John S. y Leslie Holmes, 2002. *Postcommunist democratization. Political discourses across thirteen countries*, New York: Cambridge University Press.
- Dryzek, John S., Bonnie Honig y Anne Philips, 2006. "Introduction", en John S. Dryzek, Bonnie Honig y Anne Philips (eds.), *The Oxford handbook of political theory*, Oxford: Oxford University Press.
- Dworkin, Ronald, 2000. *Sovereign's virtue*, Cambridge: University press.
- Dworkin, Ronald, [1977] 2012. *Los derechos en serio*, Barcelona: Ariel.
- Easton, David, 1961. "The Decline of Modern Political Theory", *The Journal of Politics*, 13 (1).
- Easton, David, 1965. *A systems analysis of political life*, New York: J. Wiley.
- Ekstein, R., 1942. "Ideologies in psychological warfare", *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 37 (3): 369-387.
- Elorza, Antonio y Carmen López Alonso, 1989. *Arcaísmo y modernidad. Pensamiento político en España, siglos XIX-XX*, Madrid: Historia 16.
- Errejón, Íñigo, 2015. "We the People El 15-M: ¿Un populismo indignado?", *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 14 (1): 124-156.
- Escámez, Sebastián, 2017. "La indignación como respuesta a la crisis: del 15-M a Podemos", en Máriam Martínez-Bascuñán y Fernando Vallespín (eds.), *Las consecuencias políticas de la crisis económica*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Euben, J. Peter, 1989. "Corruption", en Terence Ball, James Farr y Russell L. Hanson (eds.), *Political innovation and conceptual change*, Cambridge, New York: Cambridge University Press.
- Eulau, Heinz, John C. Wahlke, William Buchanan y Leroy C. Ferguson, 1959. "The Role of the Representative: Some Empirical Observations on the Theory of Edmund Burke", *American Political Science Review*, 53 (03): 742-756.
- Fair, Hernán, 2015. "¿Qué queda del posmarxismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau?: Tres etapas histórico-políticas y tres desplazamientos en su concepción normativa", *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política* (5).
- Fairclough, Norman, 1995a. *Critical discourse analysis. The critical study of language*, London: Longman.
- Fairclough, Norman, 1995b. *Media discourse*, London: Hodder Education.
- Fairclough, Norman, 2003. *Analysing discourse: Textual analysis for social research*: Routledge.

- Fanoulis, Evangelos y Vjosa Musliu, 2017. "Sovereignty a-venir: Towards a Normative Understanding of Sovereignty", *Global Society*, 32 (1): 70-87.
- Fernández de Mosteyrín, Laura, 2013. *La guerra contra el terror y la transformación de los umbrales de violencia tolerada. un estudio de la violencia en el País Vasco (1998-2010)*. Tesis, Madrid.
- Fernández Sebastián, Javier, 2002. "Democracia", en Javier Fernández Sebastián, Juan Francisco Fuentes y Oscar Álvarez Gila (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid: Alianza Editorial: 216-228.
- Fernández Sebastián, Javier, 2008. "Democracia", en Paloma Aguilar Fernández, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (eds.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid: Alianza Editorial.
- Fernández Sebastián, Javier, 2009. "The notion of 'ideology' in the ideological struggles of 20th-century Spain", *Journal of Political Ideologies*, 14 (3): 301-316.
- Fernández-Llebrez, Fernando, 2015. "Teoría Política y acción ciudadana: El 15M como interacción de distintas teorías democráticas", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Fernández-Savater, Amador, 2011. "15M: una revolución de personas", *papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (116): 125-129.
- Ferrer, Mariona, Lucía Medina y Mariano Torcal, 2006. "La participación política: factores explicativos", en José Ramón Montero, Joan Font y Mariano Torcal (eds.), *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Ferrero, G., 1992. *El poder: Los genios invisibles de la ciudad*, España: Tecnos.
- Ferrin, Monica, 2016. "An empirical assessment of satisfaction with democracy", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Ferrin, Monica y Hanspeter Kriesi (eds.), 2016. *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Ferrin, Mónica y Hanspeter KRIESI, 2014. *Europeans' understandings and evaluations of democracy. Topline results from round 6 of the European Social Survey*. https://www.europeansocialsurvey.org/docs/findings/ESS6_toplines_issue_4_understandings_and_evaluations_of_democracy.pdf (acceso junio de 2019).
- Fink, Bruce, 1995. *The Lacanian subject. Between language and jouissance*, Princeton: Princeton University Press.
- Fishman, Robert M. y Omar Lizardo, 2013. "How Macro-Historical Change Shapes Cultural Taste", *American Sociological Review*, 78 (2): 213-239.
- Font, Joan y Ismael Blanco, 2001. "Conclusiones", en Joan Font (ed.), *Ciudadanos y decisiones públicas*, Barcelona: Ariel.
- Font, Joan, José Ramón Montero y Mariano Torcal, 2006. "Perfiles, tendencias e implicaciones de la participación en España", en José Ramón Montero, Joan Font y Mariano Torcal (eds.), *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

- Font, Joan, Clemente Navarro, Magdalena Wojcieszak y Pau Alarcón, 2012. *¿"Democracia sigilosa" en España? Preferencias de la ciudadanía española sobre las formas de decisión política y sus factores explicativos*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Forsdyke, Sara, 2001. "Athenian Democratic Ideology and Herodotus' Histories", *American Journal of Philology*, 122 (3): 329-358.
- Foucault, Michel, [1970] 1980. *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets.
- Foucault, Michel, [1984] 1994. *Estética, ética y hermenéutica. Volumen 3*, Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel, 2009. *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el College de France (1982-1983)*, ed. Frederic Gros, Francois Ewald y Alessandro Fontana, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel, 2010. *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France (1983-1984)*, ed. Frédéric Gros, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel, [1966] 2010. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel y P. Rabinow, [1984] 1997. "Polemics, Politics and Problematizations", en Paul Rabinow (ed.), *The essential works of Michel Foucault, 1954-1984. Ethics: Subjectivity and Truth*, New York: New Press.
- Franzé, Javier, 2013. "El acuerdo como sede de la violencia: A propósito de la crítica de Hannah Arendt a la relación entre política y dominación en Max Weber", en Benjamín Mayer Foulkes y Francisco Roberto Pérez (eds.), *Tráficos*, Mexico, D.F: 17: 153-171.
- Franzé, Javier, 2014. "La política, ¿administración o creación?", en Javier Franzé (ed.), *Democracia, ¿consenso o conflicto? Agonismo y teoría deliberativa*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Franzé, Javier, 2015a. "La primacía de lo político: crítica de la hegemonía como administración", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Franzé, Javier, 2015b. "Podemos: ¿regeneración democrática o impugnación del orden? Transición, frontera política y democracia", *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* (15).
- Freeden, Michael, 1996. *Ideologies and political theory. A conceptual approach*, Oxford: Oxford University Press.
- Freeden, Michael, 2003. *Ideology. A very short introduction*, Oxford, New York: Oxford University Press.
- Freeden, Michael, 2004. "Ideology, Political Theory and Political Philosophy", en Gerald F. Gaus y Chandran Kukathas (eds.), *Handbook of political theory*, London: SAGE: 3-17.
- Freeden, Michael, 2006. "Ideology and political theory", *Journal of Political Ideologies*, 11 (1): 3-22.

- Freeden, Michael, 2012. "The professional responsibilities of the Political Theorist", en Ben Jackson y Marc Stears (eds.), *Liberalism as ideology. Essays in honour of Michael Freeden*, Oxford: Oxford University Press: 259-277.
- Freeden, Michael, 2013. *The political theory of political thinking. The anatomy of a practice*, Croydon: Oxford University Press.
- Freeden, Michael, 2015a. "Confronting the Chimera of a 'Post-ideological' Age", en Gayil Talshir, Mathew Humphrey y Michael Freeden (eds.), *Taking ideology seriously. 21st century reconfigurations*, London: Routledge.
- Freeden, Michael, 2015b. *Liberalism. A very short introduction*, Oxford, United Kingdom: Oxford University Press.
- Freud, Sigmund, [1921] 1948. *Group psychology and the analysis of the ego*, London: Hogarth Press and Institute of Psycho-Analysis.
- Fuchs, Dieter, 1999. "The Democratic Culture of Unified Germany", en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government: Global Support for Democratic Government*, Oxford: Oxford University Press: 123-145.
- Fuchs, Dieter y Hans-Dieter Klingemann (eds.), 1998. *Citizens and the state*, Oxford: Oxford University Press.
- Fuentes, Juan Francisco y Javier Fernández Sebastián, 2008. "El lenguaje de la democracia ¿Crisis conceptual o crisis de sistema?", *Revista de Occidente*, 322.
- Fukuyama, Francis, 1989. *The end of history?:* National Affairs, Incorporated.
- Gabardi, Wayne, 2001. "Contemporary Models of Democracy", *Polity*, 33 (4): 547-568.
- Gadamer, Hans-Georg, 1989. "Text and interpretation", en Diane P. Michelfelder y Richard E. Palmer (eds.), *Dialogue and deconstruction. The Gadamer-Derrida encounter*, Albany: State University of New York Press: 21-51.
- Gadamer, Hans-Georg, [1960] 1991. *Verdad y método*, Salamanca: Ed. Sígueme.
- Galindo, Jorge, Kiko Llaneras, Octavio Medina, Jorge San Miguel, Pablo Simón y Roger Senserrich, 2015. *La urna rota. La crisis política e institucional del modelo español*, Barcelona: Debate.
- Gallagher, Michael, 1992. "Comparing Proportional Representation Electoral Systems: Quotas, Thresholds, Paradoxes and Majorities", *British Journal of Political Science*, 22 (4): 469-496.
- Galli, Carlo, 2013. *El malestar de la democracia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gallie, W.B., 1956. "Essentially contested concepts", en *Meeting of the Aristotelian Society*.
- Galtung, Johan, 1969. "Violence, Peace, and Peace Research", *Journal of Peace Research*, 6 (3).
- García Guitián, Elena, 2001. *El pensamiento político de Isaiah Berlin*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- García Guitián, Elena, 2007. "Representación", en Ricard Zapata-Barrero (ed.), *Conceptos políticos en el contexto español*, Madrid: Síntesis.

- García Picazo, Paloma, 2017. *Teoría breve de relaciones internacionales. ¿Una anatomía del mundo?*, Madrid: Tecnos.
- García-Durán, Pedro, 2013. "Reseña: Historias de Conceptos", *Revista de Libros La Torre del Virrey*, 1 (1).
- García-Espín, Patricia, Ernesto Ganuza y Stefano De Marco, 2017. "¿Asambleas, referéndums o consultas?: Representaciones sociales de la participación ciudadana", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Enero-Marzo (157): 45-64.
- Gargarella, Roberto y Fernando Aguiar González (eds.), 2005. *El derecho a resistir el derecho*, Buenos Aires: Miño y Dávila- Ciepp.
- Garzón, Baltasar, 2006. *La lucha contra el terrorismo y sus límites*, Madrid: Adhara Publicaciones.
- Garzón Valdés, Ernesto, 1997. "Acerca del concepto de corrupción", en Francisco J. Laporta y Silvina Álvarez (eds.), *La corrupción política*, Madrid: Alianza Editorial.
- Gasché, Rodolphe, 1986. *The tain of the mirror. Derrida and the philosophy of reflection*, Cambridge: Harvard University Press.
- Geertz, Clifford., [1973] 2003. *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- Ghafour, Goran Sabah, 2015. "A Thematic Analysis of Online News Stories Framing Democracy in Both Iraqs", *Global Media Journal*, 13 (24).
- Glendinning, Simon, 2011. *Derrida. A very short introduction*, Oxford: Oxford University Press.
- Glynos, Jason, 2001. "The grip of ideology: a Lacanian approach to the theory of ideology", *Journal of Political Ideologies*, 6 (2): 191-214.
- Glynos, Jason y David R. Howarth, 2007. *Logics of critical explanation in social and political theory*, London: Routledge.
- Glynos, Jason, David R. Howarth, Aletta J. Norval y Ewen Speed, 2009. "Discourse Analysis: Varieties and Methods", en *ESRC National Centre for Research Methods Review paper*.
- Goffman, Erving, [1974] 2006. *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Gómez Bravo, Gutmaro, 2009. "La amenaza de la violencia: Conflicto y consenso en la Transición", en Gutmaro Gómez Bravo (ed.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid: Editorial Pablo Iglesias: 7-20.
- Gómez Fortes, Braulio, Irene Palacios, Vargas-Machuca Ortega Ramón y Manuel Pérez Yruela, 2010. *Calidad de la democracia en España. Una auditoria ciudadana*, Barcelona: Ariel.
- Gómez Mompart, Josep Lluís, 2008. "Historia de la comunicación e historia del periodismo: enfoques teóricos y metodologías para la investigación", en Manuel Martínez Nicolás (ed.), *Para investigar la comunicación. Propuestas teórico-metodológicas*, Madrid: Tecnos.
- González, Julián, 2014. "Habermas y Mouffe: La democracia entre consenso y conflicto", en Javier Franzé (ed.), *Democracia, ¿consenso o conflicto? Agonismo y teoría deliberativa*, Madrid: Los Libros de la Catarata.

- González Cuevas, Pedro Carlos, 2012. "Raymond Aron y España", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* (157): 13-44.
- González Salcedo, Antonia, 2011. "Cultura política y participación en España", *STUDIA POLITICÆ* (24).
- Goodwin, Barbara, 2014. *Using political ideas*, Hoboken: John Wiley & Sons.
- Gramsci, Antonio, 1967. *La formación de los intelectuales*, Mexico D.F: Grijalbo.
- Grant, Ruth W., 2002. "Political theory, political science, and politics", *Political Theory*, 30 (4): 577-595.
- Grayling, A. C., 2001. *Wittgenstein. A very short introduction*, Oxford: Oxford University Press.
- Greppi, Andrea, 2013. "Concepciones epistémicas y concepciones doxásticas de la democracia", *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad* (4).
- Greppi, Andrea, 2014/2015. "Calidad de la democracia", *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, setiembre-febrero (7): 175-183.
- Greppi, Andrea, 2016. *Teatrocracia. Apología de la representación*, Madrid: Trotta.
- Guariglia, Osvaldo, 2010. "Democracia: origen, concepto y evolución según Aristóteles", *Doxa : Cuadernos de Filosofía del Derecho*, 33.
- Gunnell, John G., 1986. *Between philosophy and politics. The alienation of political theory*, Amherst: University of Massachusetts Press.
- Habermas, Jürgen, [1981] 1987. *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen, 1992. "Further reflections on the public sphere", en Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the public sphere*, Cambridge: The MIT Press.
- Habermas, Jürgen, [1962] 1994. *Historia y crítica de la opinión pública*, México: Gustavo Gili.
- Habermas, Jürgen, [1994] 1999. "Tres modelos normativos de democracia", en Juan Carlos Velasco Arroyo (ed.), *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Barcelona: Paidós.
- Habermas, Jürgen, [1992] 2005. *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Madrid: Editorial Trotta.
- Hallin, Daniel C. y Paolo Mancini, 2004. *Comparing media systems. Three models of media and politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hamilton, Malcolm B., 1987. "The Elements of the Concept of Ideology.", *Political Studies*, 35: 18-38.
- Hampsher-Monk, Iain, 1998. "Speech Acts, Languages or Conceptual History?", en Iain Hampsher-Monk, Karin Tilmans y Frank van Vree (eds.), *History of concepts. Comparative perspectives*, Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Hansen, Mogens Herman, [1984] 1991. *The Athenian democracy in the age of Demosthenes. Structure, principles, and ideology*, Bristol: Bristol Classical Press.

- Hanson, Russell L., 1989. "Democracy", en Terence Ball, James Farr y Russell L. Hanson (eds.), *Political innovation and conceptual change*, Cambridge, New York: Cambridge University Press: 68-89.
- Hart, Herbert Lionel Adolphus, 1994. *The concept of law*, Oxford: Oxford University Press.
- Harto de Vera, Fernando, 2006. *Ciencia Política y Teoría Política contemporáneas. Una relación problemática*, Madrid: Trotta.
- Held, David, [1987] 2006. *Models of democracy*, Stanford: Stanford University Press.
- Hernández, Enrique, 2016. "Europeans' Views of Democracy", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Hernández-Carr, Aitor, 2011. "¿La hora del populismo?: Elementos para comprender el «éxito» electoral de Plataforma per Catalunya", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* (153): 47-74.
- Herrero, Montserrat, 2017. "Teología política y representación en el pensamiento de Carl Schmitt", *Revista de Filosofía Aurora*, 29 (47).
- Hessel, Stéphane, 2011. *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, Barcelona: Destino.
- Hibbing, John R. y Elizabeth Theiss-Morse, 2007. *Stealth democracy. Americans' beliefs about how government should work*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobbes, Thomas, [1651] 1998. *Leviathan*, ed. John C. A. Gaskin, Oxford: Oxford Univ. Press.
- Holmberg, Sören, 1999. "Down and Down We Go: Political Trust in Sweden", en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government: Global Support for Democratic Government*, Oxford: Oxford University Press: 103-122.
- Howarth, David, 1997. "La teoría del discurso", en D. Marsh y G. Stoker (eds.), *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid: Alianza Madrid.
- Howarth, David, 2014. "Introduction: Discourse, hegemony and populism", en David J. Howarth (ed.), *Ernesto Laclau. Post-marxism, populism and critique*, Abingdon: Routledge.
- Howarth, David y Yannis Stavrakakis, 2009. "Introducing discourse theory and political analysis", en David R. Howarth, Aletta J. Norval y Yannis Stavrakakis (eds.), *Discourse theory and political analysis. Identities, hegemonies and social change*, Manchester: Manchester University Press.
- Howarth, David R., 2000. *Discourse*, Buckinghamshire: Open University Press.
- Howarth, David R., 2001. "Democratic ideology", en Clarke, Paul A. B. y Joe Foweraker (eds.), *Encyclopedia of democratic thought*, London: Routledge.
- Iglesias Turrión, Pablo, 2014. *Disputar la democracia. Política para tiempos de crisis*, Tres Cantos: Ediciones Akal.
- Inglehart, Ronald, 2003. "How Solid is Mass Support for Democracy - And How Can We Measure It?", *Political Science and Politics*, 36 (01): 51-57.

- Inglehart, Ronald, [1977] 2015. *The silent revolution. Changing values and political styles among Western publics*, Princeton: Princeton University Press.
- Innerarity, Daniel, 2016. *La política en tiempos de indignación*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Isaac, Jeffrey C., 1995. "The Strange Silence of Political Theory", *Political Theory*, 23 (4).
- Jentges, Erik, 2013. "On a smaller scale: Democracy in ordinary life", en Hanspeter Kriesi y Lars Müller (eds.), *Democracy. An ongoing challenge*, Zürich: Lars Müller.
- Jiménez, David, 2019. *El Director. Secretos e intrigas de la prensa narrados por el exdirector de "El Mundo"*, Madrid: Libros del K.O.
- Jouannet, Emmanuelle, 2007. "Universalism and Imperialism: The True-False Paradox of International Law?", *European Journal of International Law*, 18 (3): 379-407.
- Juliá, Santos, 2017. *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Justel, Manuel, 1992. "Edad y cultura política", *Reis* (58): 57.
- Kant, Immanuel, [1785] 1998. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, ed. Luis Martínez de Velasco, Madrid: Espasa-Calpe.
- Kant, Immanuel, [1795] 2013. *La paz perpetua*, ed. Joaquín Abellán, Madrid: Tecnos.
- Kari Karppinen, 2011. "Conceptions of democracy in media and communications studies", en *Theory, Philosophy and Ethics of Communication division, Nordic Conference on Media and Communication Research/ NordMedia*.
- Karppinen, Kari, 2013. "Uses of democratic theory in media and communication studies", *Observatorio (OBS*)*, 7 (3).
- Katz, Elihu, Paul Lazarsfeld y Elmo Roper, [1955] 1964. *Personal influence. The part played by people in the flow of mass communications*, London: Collier-Macmillan.
- Katz, Richard S., 2016. "The Problem of Candidate Selection and Models of Party Democracy", *Party Politics*, 7 (3): 277-296.
- Katz, Richard S. y Peter Mair, 1995. "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party", *Party Politics*, 1 (1): 5-28.
- Keane, John, 1988. *Democracy and civil society*, London: Verso.
- Keane, John, 2004. *Violence and democracy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Keane, John, 2010. *The life and death of democracy*, New York: Pocket Books.
- Kelsen, Hans, [1929] 2006. *Esencia y valor de la democracia*, Oviedo: Krk Ediciones.
- Kirchheimer, Otto, 1966. "The Transformation of the Western European Party Systems", en Myron Weiner, Joseph LaPalombara y Leonard Binder (eds.), *Political parties and political development*, Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Kirshner, 2014. *A theory of militant democracy. The ethics of combatting political extremism*, New Haven: Yale University Press.
- Kohlbacher, Florian, 2006. "The Use of Qualitative Content Analysis in Case Study Research", *FQS Forum: Qualitative Social Research*, 7 (1).

- Koselleck, Reinhart, 1989. "Linguistic change and the history of events", *The Journal of Modern History*, 61 (4): 650-666.
- Koselleck, Reinhart, 1996. "A Response to Comments on the Geschichtliche Grundbegriffe", en Hartmut Lehmann y Melvin Richter (eds.), *The meaning of historical terms and concepts: New studies on begriffsgeschichte*, Washington D.C.: German Historical Institute: 60-71.
- Koselleck, Reinhart, 1997. "The Temporalisation of Concepts", *Redescriptions: Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory*, 1 (1): 16-24.
- Koselleck, Reinhart, [1979] 2004. *Futures past. On the semantics of historical time*, New York: Columbia University Press.
- Koselleck, Reinhart, [1972] 2011. "Introduction and Prefaces to the *Geschichtliche Grundbegriffe*", *Contributions to the History of Concepts (Contributions to the History of Concepts)*, 6 (1): 1-37.
- Koselleck, Reinhart, [2006] 2012. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Edición de Luis Fernández Torres, Madrid: Trotta.
- Kottak, Conrad Phillip, [1974] 2006. *Antropología cultural*, Madrid: McGraw-Hill.
- Kracauer, Siegfried, 1952. "The Challenge of Qualitative Content Analysis", *The Public Opinion Quarterly*, 16 (4): 631-642.
- Kriesi, Hanspeter y Willem Saris, 2016. "The Structure of Evaluations of Democracy", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Kriesi, Hanspeter, Willem Saris y Paolo Moncagatta, 2016. "The Structure of Europeans' Views of Democracy", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press: 64-89.
- Krotz, E. y R. Winocur, 2007. "Democracia, participación y cultura ciudadana: discursos normativos homogéneos versus prácticas y representaciones heterogéneas", *Estudios sociológicos*: 187-218.
- Kuhn, Thomas S., 1989. *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuperman, Alan J., 2015. "Obama's Libya Debacle: How a well-meaning intervention ended in failure", *Foreign affairs*, 66.
- Kurki, Milja, 2010. "Democracy and Conceptual Contestability: Reconsidering Conceptions of Democracy in Democracy Promotion", *International Studies Review*, 12 (3): 362-386.
- Laclau, Ernesto, 1990a. "Letter to Aletta", en Ernesto Laclau (ed.), *New reflections on the revolution of our time*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto, 1990b. "New Reflections on the Revolution of Our Time", en Ernesto Laclau (ed.), *New reflections on the revolution of our time*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto, 1990c. "The impossibility of society", en Ernesto Laclau (ed.), *New reflections on the revolution of our time*, London: Verso.

- Laclau, Ernesto, 1996. "The death and resurrection of the theory of ideology", *Journal of Political Ideologies*, 1 (3): 201-220.
- Laclau, Ernesto, 1998. "Política y los límites de la modernidad", en Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Jacob Torfing y Slavoj Žižek (eds.), *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, México: Plaza y Valdés.
- Laclau, Ernesto, 2000. "Constructing Universality", en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (eds.), *Contingency, hegemony, universality. Contemporary dialogues on the left*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto, 2005. *On populist reason*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto, 2007. *Emancipation(s)*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto, 2014. *The rhetorical foundations of society*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, 1990. "Post-marxism without apologies", en Ernesto Laclau (ed.), *New reflections on the revolution of our time*, London: Verso.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, [1985] 2001. *Hegemony and socialist strategy. Towards a radical democratic politics*, London: Verso.
- Lakoff, George, 1992. *Metaphor and War: The Methaphor System Used to Justify War in the Gulf*. <https://escholarship.org/uc/item/9sm131vj> (acceso abril de 2018).
- Lakoff, George, 2007. *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, Madrid: Editorial Complutense.
- Laporta, Francisco J., 1997. "La corrupción política: introducción general", en Francisco J. Laporta y Silvina Álvarez (eds.), *La corrupción política*, Madrid: Alianza Editorial: 19-36.
- Larraín, Jorge, 2007. *El concepto de ideología. Volumen I. Carlos Marx*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Larraín, Jorge, 2010. *El concepto de ideología. Volumen IV: Postestructuralismo, Postmodernismo y Postmarxismo*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Lawson, Stephanie, 1993. "Conceptual Issues in the Comparative Study of Regime Change and Democratization", *Comparative politics*, 25 (2): 183-205.
- Lechini de Álvarez, Gladys y Noemí S. Rabia, 2013. "Incidencias de la primavera árabe en el fin de la "era verde" en Libia: Cuestiones sobre el derecho de intervención y deber de injerencia", *Austral: Brazilian Journal of Strategy & International Relations*, 2 (3).
- Lichterman, P., D. Céfaï, R. E. Goodin y C. Tilly, 2006. "The idea of political culture", *Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*: 392-414.
- Lichtheim, George, 1965. "The Concept of Ideology", *History and Theory*, 4 (2): 164-195.
- Lijphart, Arend, 1984. *Democracies. Patterns of majoritarian and consensus government in twenty-one countries*, New Haven: Yale University Press.
- Lijphart, Arend, [1999] 2000. *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona: Editorial Ariel.

- Lipset, Seymour Martin, 1959. "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, 53 (01): 69-105.
- Llera Ramo, Francisco José, 1997. "Enfoques en el Estudio de la Cultura Política", en Pilar del Castillo Vera y Ismael Crespo (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Llera Ramo, Francisco José (ed.), 2016a. *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Llera Ramo, Francisco José, 2016b. "Regeneración, regeneracionistas y calidad democrática: Reformas institucionales ¿para qué?", en Francisco José Llera Ramo (ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: 1-29.
- Locke, John, [1689] 2012. *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*, ed. Carlos Mellizo, Madrid: Alianza Editorial.
- Loewenstein, Karl, 1937. "Militant Democracy and Fundamental Rights, I", *The American Political Science Review*, 31 (3): 417-432.
- Lokki, Tiina, 2012. "15M Revisited: A Diverse Movement United for Change", *ZoomPolítico (Laboratorio de Alternativas)* (11).
- López Herráiz, Pedro, 2017. "El mensaje democrático del 15-M: participación, igualdad y pluralidad", en Máriam Martínez-Bascuñán y Fernando Vallespín (eds.), *Las consecuencias políticas de la crisis económica*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- López Nieto, Lourdes, 2016. "¿Es problema el sistema electoral?", en Francisco José Llera Ramo (ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Low, Polly, 2003. "Remembering War in Fifth-Century Greece: Ideologies, Societies, and Commemoration beyond Democratic Athens", *World Archaeology*, 35 (1): 98-111.
- Luhmann, Niklas, [1981] 1997. *Teoría política en el Estado de Bienestar*, Madrid: Alianza Editorial.
- Machiavelli, Niccolò, [1531] 2012. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid: Alianza Editorial.
- Macpherson, C. B., [1977] 1982. *La democracia liberal y su época*, Madrid: Alianza Editorial.
- Madison, James, [1788] 1961. "Federalist paper No.10", en Clinton Rossiter (ed.), *The Federalist papers*, New York: New American Library.
- Madison, James, John Jay y Alexander Hamilton, [1788] 1961. *The Federalist papers*, ed. Clinton Rossiter, New York: New American Library.
- Mair, Peter, 2006. "Ruling the void: The hollowing of western democracy", *New Left Review*, 42: 25-51.

- Mair, Peter, [2013] 2015. *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Madrid: Alianza Editorial.
- Máiz, Ramón, 2005. "La Teoría Política en contexto", en Ángel Valencia y Fernando Fernández-Llebrez (eds.), *La teoría política frente a los problemas del siglo XXI*, Granada: Universidad de Granada.
- Máiz, Ramón, 2015. "Saliendo de la caverna de la Teoría Política hoy", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Malem Seña, Jorge F., 1997. "El fenómeno de la corrupción", en Francisco J. Laporta y Silvina Álvarez (eds.), *La corrupción política*, Madrid: Alianza Editorial.
- Manin, Bernard, 1998. *Los Principios del gobierno representativo*, Madrid: Alianza Editorial.
- Mann, Michael, 2005. *The dark side of democracy. Explaining ethnic cleansing*, New York: Cambridge University Press.
- Mannheim, Karl, 1987. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Mansbridge, Jane, 2003. "Rethinking Representation", *American Political Science Review*, 97 (4): 515-528.
- Mansbridge, Jane, 2004. "Representation Revisited: Introduction to the Case against Electoral Accountability", *Democracy & Society*, 2 (1).
- Mansbridge, Jane, 2009. "A Selection Model of Political Representation", *Journal of Political Philosophy*, 17 (4): 369-398.
- Mansbridge, Jane, 2011. "Clarifying the Concept of Representation", *The American Political Science Review*, 105 (3): 621-630.
- Mansbridge, Jane, James Bohman, Simone Chambers, David Estlund, Andreas Follesdal, Archon Fung, Cristina Lafont, Bernard Manin y José Luis Martí, 2010. "The Place of Self-Interest and the Role of Power in Deliberative Democracy", *Journal of Political Philosophy*, 18 (1): 64-100.
- Mantzavinos, C., 2016. "Hermeneutics", en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*: Metaphysics Research Lab, Stanford University.
- Maravall, José Antonio, 1955. "La historia del pensamiento político, la ciencia política y la Historia", *Revista de Estudios Políticos*, 84.
- Maravall, Jose Maria, 1982. *La política de la transición*, Madrid: Taurus.
- Maravall, Jose Maria y Julián Santamaría, 1989. "El cambio político en España las perspectivas de la democracia", en Guillermo A. O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Europa meridional I*, Buenos Aires: Paidós.
- Marchart, Oliver, 2007. *Post-foundational political thought. Political difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*, Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Marcuse, Herbert, [1964] 2002. *One-dimensional man*, London: Routledge.

- Martínez, Guillem, 2012. *CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona: Debolsillo.
- Martínez-Bascuñán, Máriam y Fernando Vallespín (eds.), 2017. *Las consecuencias políticas de la crisis económica*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Mattes, Robert y Michael Bratton, 2007. "Learning about Democracy in Africa: Awareness, Performance, and Experience", *American Journal of Political Science*, 51 (1): 192-217.
- May, Kenneth O., 1952. "A Set of Independent Necessary and Sufficient Conditions for Simple Majority Decision", *Econometrica*, 20 (4): 680.
- Mayring, Philipp, 2000. "Qualitative Content Analysis", *FQS Forum: Qualitative Social Research*, 1 (2).
- Mayring, Philipp, 2002. "Qualitative content analysis: research instrument or mode of interpretation?". (Chapter 12), en Mechthild Kiegelmann (ed.), *The role of the researcher in qualitative psychology*, Tübingen: Huber: 139-148.
- Mazzoleni, Gianpietro, 2010. *La Comunicación política*, Madrid: Alianza Editorial.
- McCombs, M.E, D.L Shaw y D.H Weaver, 1997. *Communication and democracy: Exploring the intellectual frontiers in agenda-setting theory*: Lawrence Erlbaum.
- McQuail, D., 2000. *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Barcelona: Paidós.
- Medina, Lucía y Jordi Muñoz, 2014. "¿Quiénes y por qué cambiaron su voto?: El análisis de las transferencias de voto entre las elecciones generales de 2008 y 2011", en Eva Anduiza, Agustín Bosch, Lluís Orriols y Guillem Rico (eds.), *Elecciones generales 2011*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Medvic, Stephen K., 2012. *In defense of politicians. Why elected leaders are behaving as they should*, London: Routledge.
- Meilán, X., 2010. *Causas y consecuencias del consumo de información política en España, 2000-2009*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Melchior, Josef, 2005. "National and European Understandings of Democracy: The Case of Austria and the EU", *European Integration online Papers*.
- Mercier, Hugo y Dan Sperber, 2011. "Why do humans reason? Arguments for an argumentative theory", *The Behavioral and brain sciences*, 34 (2): 57–111.
- Mill, John Stuart, [1861] 2001. *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, ed. Carlos Mellizo, Madrid: Alianza Editorial.
- Mill, John Stuart, [1859] 2004. *Sobre la libertad*, ed. Agustín Izquierdo, Madrid: Edaf.
- Mill, John Stuart, [1859] 2006. "A Few Words on Non-Intervention", *New England Review*, 27 (3): 252-264.
- Mill, John Stuart, [1848] 2008. *Principles of political economy. And Chapters on socialism*, ed. Jonathan Riley, Oxford: Oxford University Press.
- Mill, John Stuart, [1861] 2014. *El utilitarismo*, ed. Esperanza Guisán, Madrid, España: Alianza Editorial.

- Miller, Arthur H., Vicky L. Hesli y William M. Reisinger, 1997. "Conceptions of Democracy Among Mass and Elite in Post-Soviet Societies", *British Journal of Political Science*, 27 (2): 157-190.
- Mölder, Martin, 2010. "Meanings of Democracy in Estonia: An Analysis of Focus Group Discussions", *Critical Approaches to Discourse Analysis across Disciplines*, 4 (1): 38-53.
- Monedero, Juan Carlos, 2011. *La transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Madrid: Catarata.
- Montero, J.R., 1997. "El Debate sobre el sistema electoral: rendimientos, criterios y propuestas de reforma", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* (95).
- Montero, J.R., R. Gunther y M. Torcal, 1997. "Democracy in Spain: legitimacy, discontent, and disaffection", *Studies in Comparative International Development (SCID)*, 32 (3): 124-160.
- Montero, José Ramón, 1993. "Revisiting Democratic Success: Legitimacy and the Meaning of Democracy in Spain", en Richard Gunther (ed.), *Politics, society, and democracy. The case of Spain.*, Boulder: Westview Press.
- Montero, José Ramón y Carlos Fernández Esquer, 2018. "Cuatro décadas del sistema electoral español, 1977-2016", *Política y Gobernanza. Revista de Investigación y Análisis Político*, 2.
- Montero, José Ramón, Richard Gunther y Mariano Torcal, 1998. "Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección.", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83: 9-49.
- Moore, Barrington, 1968. "Thoughts on Violence and Democracy", *Proceedings of the Academy of Political Science*, 29 (1): 1.
- Morán, Gregorio, 2015. *El precio de la transición*, Tres Cantos: Ediciones Akal.
- Morán, María Luz, 1997. "Elites y cultura política en la España democrática", en Pilar del Castillo Vera y Ismael Crespo (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Morán, María Luz, 2010. "Cultura y política: nuevas tendencias en el análisis sociopolítico", en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico: 87-131.
- Moreno Luzón, Javier y Xosé M. Núñez Seixas, 2017. *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Madrid: Tecnos.
- Morgan, David L., 1993. "Qualitative content analysis: A guide to paths not taken", *Qualitative health research*, 3 (1): 112.
- Morgenthau, Hans J., 1971. "A Positive Approach to Democratic Ideology", *Proceedings of the Academy of Political Science*, 30 (3): 194-204.
- Mouffe, Chantal, 1993. *El retorno de lo político*, Buenos Aires: Verso.
- Mouffe, Chantal, 1999. "Deliberative democracy or agonistic pluralism?", *Social Research*, 66 (3): 745-758.
- Mouffe, Chantal, 2005. "Toward an Agonistic Model of Democracy", *Revista de Sociología e Política* (25): 11-23.

- Mouffe, Chantal, 2012. *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Barcelona: Gedisa.
- Munck, Gerardo L., 2015. "Building Democracy . . . Which Democracy? Ideology and Models of Democracy in Post-Transition Latin America", *Government and Opposition*, 50 (03): 364-393.
- Munck, Gerardo L., 2016. "What is democracy?: A reconceptualization of the quality of democracy", *Democratization*, 23 (1): 1-26.
- Munck, Gerardo L. y Jay Verkuilen, 2002. "Conceptualizing and measuring democracy: Evaluating alternative indices", *Comparative Political Studies*, 35 (1): 5-34.
- Munguía Lores, Adriana, 2002. "Durkheim y la cultura: Una lectura contemporánea", *Sociológica* (50): 83-102.
- Murua Uribe, Imanol, 2016. *Un final para ETA. Crónica de un proceso inacabado*, Donostia: Txartalo argitaletxea.
- Navarra Ordoño, Andreu, 2015. *El regeneracionismo. La continuidad reformista*, Madrid: Cátedra.
- Noelle-Neumann, Elisabeth, 2003. *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona: Paidós.
- Norris, Christopher, 1987. *Derrida*, Cambridge: Harvard University Press.
- Norris, Christopher, 2002. *Deconstruction. Theory and practice*, London: Routledge.
- Norris, Pippa (ed.), 1999a. *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government: Global Support for Democratic Government*, Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa, 1999b. "Institutional explanations for political support", en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government: Global Support for Democratic Government*, Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa, 1999c. "Introduction: The growth of critical citizens?", en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government: Global Support for Democratic Government*, Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa, 2011. *Democratic deficit. Critical citizens revisited*, New York: Cambridge University Press.
- Norval, Aletta J., 1990. "Letter to Ernesto", en Ernesto Laclau (ed.), *New reflections on the revolution of our time*, London: Verso.
- Norval, Aletta J., 2000. "The Things We Do with Words: Contemporary Approaches to the Analysis of Ideology", *British Journal of Political Science*, 30 (2): 313-346.
- Norval, Aletta J., 2004. "Hegemony after deconstruction: the consequences of undecidability", *Journal of Political Ideologies*, 9 (2): 139-157.
- Nurmi, Hannu, 1997. "Compound majority paradoxes and proportional representation", *European Journal of Political Economy*, 13 (3): 443-454.
- Ober, Josiah, 1989. *Mass and elite in democratic Athens. Rhetoric, ideology, and the power of the people*, Princeton: Princeton University Press.

- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter, [1986] 2013. *Transitions from authoritarian rule 4. Tentative conclusions about uncertain democracies*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter, Laurence Whitehead, Oscar Oszlak y Abraham F. Lowenthal, 1988. *Transiciones desde un gobierno autoritario 3. Perspectivas comparadas*, Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo A., 1994. "Delegative democracy", *Journal of Democracy*, 5 (1): 55-69.
- Oklopcic, Zoran, 2014. "Independence Referendums and Democratic Theory in Quebec and Montenegro", en Mads Qvortrup (ed.), *Nationalism, referendums and democracy. Voting on ethnic issues and independence*, London: Routledge.
- Oñate, Pablo, 2016. "La representación política en España: Las perspectivas de los ciudadanos y los diputados", en Francisco José Llera Ramo (ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: 115-133.
- Oñate Rubalcaba, Pablo, 1998. *Consenso e ideología en la transición política española*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Orriols, Lluís y Guillem Rico, 2014. "El clima de opinión", en Eva Anduiza, Agustín Bosch, Lluís Orriols y Guillem Rico (eds.), *Elecciones generales 2011*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Ovejero Lucas, Félix, 2005a. "¿Derecho a la resistencia o revolución?", en Roberto Gargarella y Fernando Aguiar González (eds.), *El derecho a resistir el derecho*, Buenos Aires: Miño y Dávila- Ciepp.
- Ovejero Lucas, Félix, 2005b. "Democracia liberal y democracias republicanas: Para una crítica del elitismo democrático", en Miguel Carbonell (ed.), *Democracia y representación. Un debate contemporáneo*, México, D.F: Tribunal electoral del Poder Judicial de la Federación.
- Ovejero Lucas, Félix, 2012. "Democracia real, realismo y participación", en Antonio Robles Egea y Ramón Vargas-Machuca Ortega (eds.), *La buena democracia. Claves de su calidad*, Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Ovejero Lucas, Félix, 2013. *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia*, Barcelona: Montesinos.
- Palmer, R. R., 1953. "Notes on the Use of the Word "Democracy" 1789-1799", *Political Science Quarterly*, 68 (2): 203-226.
- Parekh, Bhikhu, 1996. "Political Theory: Traditions in Political Philosophy", en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *A new handbook of political science*, Oxford: Oxford University Press.
- Passerin d'Entreves, Maurizio, 2008. "Hannah Arendt", en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
- Pateman, Carole, 1970. *Participation and democratic theory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Pateman, Carole, 1971. "Political Culture, Political Structure and Political Change", *British Journal of Political Science*, 1 (3): 291-305.

- Pateman, Carole, 1980. "The Civic Culture. A Philosophical Critique", en Gabriel A. Almond y Sidney Verba (eds.), *The Civic culture revisited. An analytic study*, Boston: Little Brown & Co.
- Penadés, Alberto y Ignacio Urquizu, 2007. "Las elecciones al Senado en 2004: listas abiertas, votantes cerrados y sesgo conservador", en José R. Montero, Ignacio Lago Peñas y Mariano Torcal Lorient (eds.), *Elecciones generales 2004*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam, 2000. *Disaffected democracies. What's troubling the trilateral countries?*, Princeton: Princeton University Press.
- Pitkin, Hanna F., [1967] 1972. *The concept of representation*: University of California Press.
- Pitkin, Hanna F., 2004. "Representation and Democracy: Uneasy Alliance", *Scandinavian Political Studies*, 27 (3).
- Platón, [ca. 360 a.C.] 2008. "El Político", en *Critón; El político*, Madrid: Alianza Editorial.
- Platón, [ca. 375 a.C.] 2013. *La república*, Madrid: Alianza Editorial.
- Platón, [ca. 350 a.C.] 2014. *Las leyes*, Madrid: Alianza Editorial.
- Plotke, David, 1997. "Representation is Democracy", *Constellations*, 4 (1): 19-34.
- Pocock, John Greville Agard, 1996. "Concepts and discourses", en Hartmut Lehmann y Melvin Richter (eds.), *The meaning of historical terms and concepts: New studies on begriffsgeschichte*, Washington D.C.: German Historical Institute.
- Podetti, Mariana., María Elena Ques y Cecilia Sagol, 1988. "El lugar de la democracia en el discurso del peronismo renovador", *Crítica y Utopía. Latinoamericana de Ciencias Sociales* (16): 1-7.
- Polletta, Francesca, 2002. *Freedom is an endless meeting. Democracy in American social movements*, Chicago: University of Chicago Press.
- Poppe, Annika E. y Jonas Wolff, 2013. "The normative challenge of interaction: Justice conflicts in democracy promotion", *Global Constitutionalism*, 2 (03): 373-406.
- Popper, Karl R., 1971. *The spell of Plato*, Princeton, N.J.: Princeton Univ. Press.
- Popper, Karl R., [1987] 2010. "On the theory of democracy", en *All life is problem solving*, London, New York: Routledge.
- Popper, Karl Raimund, [1945] 2017. *La sociedad abierta y sus enemigos. Con una adenda del autor*, Barcelona: Paidós.
- Powell, G. Bingham, 2000. *Elections as instruments of democracy. Majoritarian and proportional visions*, New Haven: Yale University Press.
- Przeworski, Adam, 1999. "Minimalist conception of democracy: a defense", en I. Shapiro y C. Hacker-Cordsn (eds.), *Democracy's Value*, Cambridge: Cambridge University Press: 23-55.
- Przeworski, Adam, 2010. *Democracy and the Limits of Self-government*: Cambridge University Press.

- Putnam, Robert D., 1973. *The beliefs of politicians. Ideology, conflict, and democracy in Britain and Italy*, New Haven: Yale University Press.
- Putnam, Robert D., 2000. *Bowling alone. The collapse and revival of American community*, New York: Simon & Schuster.
- Raaflaub, Kurt A., 2016. "Democracy, Oligarchy, and the Concept of the "Free Citizen" in Late Fifth-Century Athens", *Political Theory*, 11 (4): 517-544.
- Rawls, John, [1971] 1999. *A theory of justice*, Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- Rawls, John, [1993] 2003. *The law of peoples*, Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Regt, Sabrina de, 2013. "Arabs Want Democracy, but What Kind?", *Advances in Applied Sociology*, 03 (01): 37-46.
- Rehfeld, Andrew, 2006. "Towards a General Theory of Political Representation", *The Journal of Politics*, 68 (1): 1-21.
- Rehfeld, Andrew, 2009. "Representation Rethought: On Trustees, Delegates, and Gyroscopes in the Study of Political Representation and Democracy", *The American Political Science Review*, 103 (2): 214-230.
- Rehfeld, Andrew, 2010. "Offensive Political Theory", *Perspectives on Politics*, 8 (02): 465-486.
- Rehfeld, Andrew, 2011. "The Concepts of Representation", *American Political Science Review*, 105 (03): 631-641.
- Remer, Gary, 2008. "Genres of political speech: Oratory and conversation, today and in antiquity", *Language & Communication*, 28 (2): 182-196.
- Reynolds, Andrew, Ben Reilly y Andrew Ellis, 2005. *The international IDEA handbook of electoral system design*, Sweden: Gazelle Drake Academic.
- Richter, Melvin, 1995. *The history of political and social concepts. A critical introduction*, New York: Oxford University Press.
- Riker, William H., 1982. *Liberalism against populism. A confrontation between the theory of Democracy and the theory of social choice*, Oxford: Freeman.
- Rinesi, Eduardo, 2005. *Política y tragedia. Hamlet, entre hombres y Maquiavelo*, Buenos Aires: Colihue.
- Rinesi, Eduardo, 2007. "Prólogo", en *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Robles, José Manuel y Ernesto Ganuza, 2011. "Internet y deliberación: Dos ideas para comprender cómo afrontan los Indignados la participación política Internet y Deliberación.", *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales* (38).
- Robles Egea, Antonio, 2003. "El clientelismo político y la democracia en Andalucía: (Texto indicativo para la reflexión)", *Corts: Anuario de derecho parlamentario* (14): 223-239.
- Rodríguez Zapatero, José Luis, 2013. *El Dilema. 600 días de vértigo*, Barcelona: Planeta.

- Rodrik, Dani, 2012. *The globalization paradox. Democracy and the future of the world economy*, Oxford: Oxford University Press.
- Roiz, Javier, 1992. *El experimento moderno. Política y psicología al final del siglo XX*, Madrid: Editorial Trotta.
- Roiz, Javier, 1996. *El gen democrático*, Madrid: Trotta.
- Roiz, Javier, 2003. *La recuperación del buen juicio. Teoría política en el siglo veinte*, Madrid: Editorial Foro Interno.
- Roiz, Javier, 2013. *El mundo interno y la política*, Pozuelo de Alarcón, Madrid: Plaza y Valdés.
- Rorty, Richard, 1989. *Contingency, irony, and solidarity*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Rorty, Richard, 1995. "Deconstruction", en Raman Selden (ed.), *The Cambridge history of literary criticism*, Cambridge: Cambridge University Press: 166-196.
- Rorty, Richard, [1991] 1996. *Escritos filosóficos. 1, Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona: Paidós.
- Rosanvallon, Pierre, 2003. *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosanvallon, Pierre, 2006. "La historia de la palabra "democracia" en la época moderna", *Estudios Políticos* (28).
- Rosanvallon, Pierre, 2007. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires: Manantial.
- Rosanvallon, Pierre, 2010. *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*, Barcelona: Paidós.
- Ross, Lee, David Greene y Pamela House, 1977. "The "false consensus effect": An egocentric bias in social perception and attribution processes", *Journal of experimental social psychology*, 13 (3): 279-301.
- Rousseau, Jean-Jacques, [1762] 2007. *El contrato social. Principios de derecho político*, Madrid: Tecnos.
- Sabine, George H., 1952. "The Two Democratic Traditions", *The Philosophical Review*, 61 (4): 451.
- Sabine, George Holland, [1937] 1994. *Historia de la teoría política*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, Cristina, 2002. "Hannah Arendt", en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política, 6. La reestructuración contemporánea del pensamiento político*, Madrid: Alianza Editorial.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio, 2010. *Más democracia, menos liberalismo*, Madrid: Katz.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio, 2014. *La impotencia democrática. Sobre la crisis política de España*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Sanjaume-Calvet, Marc, 2016. "The morality of secession. Secessionist and Antisecessionist arguments in the Catalan case", en Xavier Cuadras Morató (ed.),

- Catalonia. A Debate on Secession within the European Union*, Abingdon: Taylor and Francis.
- Santiago Guervós, Javier de, 1992. *El léxico político de la transición española*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Sartori, G., 1999. "En defensa de la representación política", *Claves de razón práctica*, 91: 2-6.
- Sartori, Giovanni, 1974. "Philosophy, Theory and Science of Politics", *Political Theory*, 2 (2): 133-162.
- Sartori, Giovanni, 1988a. *Teoría de la democracia. 1, El debate contemporáneo*, Madrid: Alianza Editorial.
- Sartori, Giovanni, 1988b. *Teoría de la democracia. 2. los problemas clásicos*, Madrid: Alianza Editorial.
- Sartori, Giovanni, 2007. *¿Qué es la democracia?*, México: Taurus.
- Saussure, Ferdinand de, [1916] 2011. *Course in general linguistics*, ed. Perry Meisel y Haun Saussy, Nueva York: Columbia University Press.
- Saward, Michael, 1994. "Democratic theory and indices of democratization.", en David Beetham (ed.), *Defining and measuring democracy*, London: SAGE: 6–24.
- Saward, Michael, 2001. "Making democratic connections: Political equality, deliberation and direct democracy", *Acta Politica*, 36 (4): 361-379.
- Saward, Michael, 2006. "The representative claim", *Contemporary Political Theory*, 5 (3): 297-318.
- Saward, Michael, 2008. "Representation and Democracy: Revisions and Possibilities", *Sociology Compass*, 2 (3): 1000-1013.
- Saward, Michael, 2009. "Authorisation and Authenticity: Representation and the Unelected", *Journal of Political Philosophy*, 17 (1): 1-22.
- Saward, Michael, 2010. *The representative claim*, Oxford: Oxford University Press.
- Schaffer, Frederic C., 1997. "Political concepts and the study of democracy: the case of demokaraasi in Senegal", *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, 20 (1): 40-49.
- Schaffer, Frederic Charles, 2000. *Democracy in translation. Understanding politics in an unfamiliar culture*, Ithaca: Cornell University Press.
- Schedler, Andreas y Rodolfo Sarsfield, 2006. "Democrats with Adjectives: Linking Direct and Indirect Measures of Democratic Support", *Political Concepts. Committee on Concepts and Methods Working Paper Series*.
- Scheufele, D.A, 1999. "Framing as a theory of media effects", *Journal of communication*, 49 (1): 103-122.
- Scheufele, D.A y D. Tewksbury, 2007. "Framing, agenda setting, and priming: The evolution of three media effects models", *Journal of communication*, 57 (1): 9-20.
- Schmidt, Jessica, 2015. "Constructing new environments versus attitude adjustment: Contrasting the substance of democracy in UN and EU democracy promotion discourses", *Cambridge Review of International Affairs*, 28 (1): 35-54.

- Schmitt, C., [1923] 1996. *Sobre el parlamentarismo*, ed. Manuel Aragón, Madrid: Tecnos.
- Schmitt, Carl, [1928] 2011. *Teoría de la Constitución*, ed. Francisco Ayala y Manuel García Pelayo, Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, Carl, [1932] 2014. "El concepto de lo político: Texto de 1932", en *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, Carl, [1929] 2014. "La época de las neutralizaciones y las despolitizaciones", en *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, Madrid: Alianza Editorial.
- Schraeder, Peter J., 2003. "The State of the Art in International Democracy Promotion: Results of a Joint European-North American Research Network", *Democratization*, 10 (2): 21-44.
- Schreier, Margrit, 2012. *Qualitative content analysis in practice*, London: Sage Publications.
- Schumpeter, Joseph Alois, [1942] 1983. *Capitalismo, socialismo y democracia* (tomo 2), Barcelona: Ediciones Orbis.
- Schwarzmantel, John, 2010. "Democracy and violence: A theoretical overview", *Democratization*, 17 (2): 217-234.
- Seo, Hyunjin y Dennis F. Kinsey, 2012. "Meaning of Democracy Around the World: A Thematic and Structural Analysis of Videos Defining Democracy", *Visual Communication Quarterly*, 19 (2): 94-107.
- Shklar, Judith N., 1984. *Ordinary vices*, Cambridge, MA: Belknap Press.
- Sigel, Roberta S., 1989. *Political learning in adulthood. A sourcebook of theory and research*, Chicago: University of Chicago Press.
- Simon, Janos, 1998. "Popular Conceptions of Democracy in Postcommunist Europe", en Samuel H. Barnes y János Simon (eds.), *The postcommunist citizen*, Budapest: Erasmus Foundation and Institute for Political Science of the Hungarian Academy of Sciences.
- Simon, János, 1996. *Popular Conceptions of Democracy in Post-communist Europe*, Glasgow: Centre for the Study of Public Policy, University of Strathclyde.
- Sitrin, Marina y Dario Azzellini, 2014. *They can't represent us! Reinventing democracy from Greece to Occupy*, London: Verso.
- Skinner, Q., 1969. "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, 8 (1): 3-53.
- Skinner, Quentin, 1973. "The Empirical Theorists of Democracy and Their Critics: A Plague on Both Their Houses", *Political Theory*, 1 (3): 287-306.
- Skinner, Quentin, 1985. *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I. El renacimiento*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Skinner, Quentin, 1988. "A reply to my critics", en James Tully (ed.), *Meaning and context. Quentin Skinner and his critics*, Princeton, N.J.: Princeton University Press: 231-288.

- Skinner, Quentin, 2000. *Machiavelli. A very short introduction*, Oxford: Oxford Univ. Press.
- Skinner, Quentin, 2007. *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Skinner, Quentin, 2010. "Una genealogía del Estado moderno", *Estudios Públicos*, 118.
- Snow, D.A y R.D Benford, 1988. "Ideology, frame resonance, and participant mobilization", *International social movement research*, 1 (1): 197-217.
- Sorel, Georges, [1908] 2016. *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid: Alianza Editorial.
- Sousa Santos, Boaventura de, 2003. *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Sperber, Dan, Fabrice Clément, Heintz Christophe, Olivier Mascaro, Hugo Mercier, Gloria Origgi y Deirdre Wilson, 2010. "Epistemic Vigilance", *Mind & Language*, 25: 359-393.
- Sreedhar, S., 2010. *Hobbes on Resistance: Defying the Leviathan*: Cambridge University Press.
- Stavrakakis, Yannis, 1999. *Lacan and the political*, London, New York: Routledge.
- Strauss, Anselm y Juliet Corbin, 1998. *Basics of qualitative research. Techniques & procedures for developing grounded theory (2.ed)*, London: SAGE.
- Strauss, Leo, 1957. "What is Political Philosophy?", *The Journal of Politics*, 19 (3): 343-368.
- Strömbäck, Jesper, 2005. "In Search of a Standard: four models of democracy and their normative implications for journalism", *Journalism studies*, 6 (3): 331-345.
- Swartz, Chantélle y Paul Cilliers, 2003. "Dialogue Disrupted: Derrida, Gadamer and the Ethics of Discussion", *South African Journal of Philosophy*, 22 (1): 1-18.
- Taibo, Carlos, 2011a. *El 15-M en sesenta preguntas*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Taibo, Carlos, 2011b. *Nada será como antes. Sobre el Movimiento 15-M*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Thomassen, Jacques, 1994. "Empirical Research into Political Representation: Failing Democracy or Failing Models?", en Warren E. Miller, M. Kent Jennings y Thomas E. Mann (eds.), *Elections at home and abroad. Essays in honor of Warren E. Miller*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Thomassen, Jacques, 1998. "Support for Democratic Values", en Dieter Fuchs y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *Citizens and the state*, Oxford: Oxford University Press.
- Thomassen, Lasse, 2010. "Deconstruction as a method in political theory", *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft*, 39 (1): 41-53.
- Thomassen, Lasse, 2017. "Poststructuralism and Representation", *Political Studies Review*, 15 (4): 539-550.
- Thomson, Alex, 2005. *Deconstruction and democracy. Derrida's "Politics of Friendship"*, London: Continuum.

- Thoreau, Henry David, 2012. *Desobediencia civil y otros escritos*, ed. Juan José Coy, Madrid: Alianza Editorial.
- Threlfall, Mónica, 2009. "La reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad civil en la Transición", en Gutmaro Gómez Bravo (ed.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Tierno Galván, Enrique, 1976. *España y el socialismo*, Madrid: Tucur.
- Titscher, Stefan, Michael Meyer, Ruth Wodak y Eva Vetter, 2000. *Methods of Text and Discourse Analysis*, London: SAGE Publications Ltd.
- Tocqueville, Alexis De, [1840] 2002. *La democracia en América*. 2, ed. Ángel Rivero, Madrid: Alianza Editorial.
- Toharia, José Juan (ed.), 2011. *Pulso de España 2010. Un informe sociológico*, Madrid: Biblioteca nueva; Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón.
- Tomz, Michael R. y Jessica L. P. Weeks, 2013. "Public Opinion and the Democratic Peace", *American Political Science Review*, 107 (4): 849-865.
- Torcal, Mariano, 2014. "The Decline of Political Trust in Spain and Portugal: Economic Performance or Political Responsiveness?", *American Behavioral Scientist*, 58 (12): 1542-1567.
- Torcal, Mariano, 2016. "Desafección política en España en una perspectiva comparada", en Francisco José Llera Ramo (ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: 79-113.
- Torcal, Mariano y José Ramón Montero, 2006a. "Political disaffection in comparative perspective", en Mariano Torcal y José Ramón Montero (eds.), *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics*, London: Routledge.
- Torcal, Mariano y José Ramón Montero (eds.), 2006b. *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics*, London: Routledge.
- Torcal, Mariano, José Ramón Montero y Jan Teorell, 2006. "La participación política en España: Modos y niveles en perspectiva comparada", en José Ramón Montero, Joan Font y Mariano Torcal (eds.), *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS): 47-75.
- Torcal, Mariano y Alexander H. Trechsel, 2016. "Explaining Citizens' Evaluations of Democracy", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Torreblanca, José Ignacio, 2014. *¿Quién gobierna en Europa? Reconstruir la democracia, recuperar la ciudadanía*, Madrid: Los Libros de la Catarata/ Fundación Alternativas.
- Toscano, Manuel, 2014. "Adversarios, parlamentarismo y deliberación política", en Javier Franzé (ed.), *Democracia, ¿consenso o conflicto? Agonismo y teoría deliberativa*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Turner, Graeme, 2002. *British Cultural Studies. An Introduction (Third Edition)*, London: Routledge.

- Urbinati, Nadia, 2000. "Representation as Advocacy: A Study of Democratic Deliberation", *Political Theory*, 28 (6): 758-786.
- Urbinati, Nadia, 2004. "Condorcet's democratic theory of representative government", *European journal of political theory*, 3 (1): 53-75.
- Urbinati, Nadia, 2005. "Continuity and Rupture: The Power of Judgment in Democratic Representation", *Constellations*, 12 (2): 194-222.
- Urbinati, Nadia, 2006. "Political representation as a democratic process", en Lisa Disch (ed.), *Redescriptions. Yearbook of political thought and conceptual history*, Berlin: LIT Verlag.
- Urbinati, Nadia, 2008. *Representative democracy. Principles and genealogy*, Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Urbinati, Nadia y Mark E. Warren, 2008. "The Concept of Representation in Contemporary Democratic Theory", *Annual Review of Political Science*, 11 (1): 387-412.
- Urquizu, Ignacio, 2016. *La crisis de representación en España*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Valencia, Ángel y Fernando Fernández-Llebrez, 2005. "Introducción", en Ángel Valencia y Fernando Fernández-Llebrez (eds.), *La teoría política frente a los problemas del siglo XXI*, Granada: Universidad de Granada.
- Valles, Miguel S., 1997. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, Madrid: Síntesis.
- Vallès, Josep María y Salvador Martí i Puig, 2016. *Ciencia política. Un manual*, México: Ariel; España; Planeta.
- Vallespín, Fernando, 2000. "La crisis del espacio público", *Revista Española de Ciencia Política* (3): 77-95.
- Vallespín, Fernando, 2001. "Democracia y globalización", en Ramón Máiz Suárez (ed.), *Construcción de Europa, democracia y globalización*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- Vallespín, Fernando, 2002. "Capítulo 8. La vuelta a la tradición clásica: Leo Strauss, E. Voegelin", en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política, 5. Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado*, Madrid: Alianza Editorial.
- Vallespín, Fernando, 2011. "Política y teoría política", *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política*, 1.
- Vallespín, Fernando, 2012. *La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Vallespín, Fernando, 2015. "Política y Teoría Política", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- van Dijk, Teun A., 1998. *Ideology. A multidisciplinary approach*, London: SAGE.
- van Dijk, Teun A., 2007. "El racismo y la prensa en España", en Antonio Miguel Bañón, Teun A. van Dijk y Nicolás Lorite (eds.), *Discurso periodístico y procesos migratorios*, San Sebastian: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa.

- Varela-Rey, Ana, Álvaro Rodríguez-Caballeira y Javier Martín-Peña, 2013. "Psychosocial analysis of ETA's violence legitimization discourse", *Revista de psicología social*, 28 (1): 85-97.
- Vázquez García, Rafael, 2012. "Agraviados, disidentes y demócratas: la desobediencia civil de David Thoreau a los indignados del 15-M", en Antonio Robles Egea y Ramón Vargas-Machuca Ortega (eds.), *La buena democracia. Claves de su calidad*, Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Vázquez García, Rafael, 2015. "La persistente importancia de la sociedad civil en la teoría política: compromiso ciudadano, asociacionismo y desobediencia civil", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Verba, Sidney, Norman H. Nie y Jae-On Kim, 1978. *Participation and political equality. A seven-nation comparison*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Vilanou, Conrad, 2006. "Historia conceptual e historia intelectual", *Ars Brevis* (12): 165-190.
- Villacañas Berlanga, José Luis, 2015. *Populismo*, Madrid: La Huerta Grande.
- Villacañas Berlanga, José Luis y Faustino Oncina, 1997. "Introducción", en Faustino Oncina, José Luis Villacañas Berlanga y Wolfgang Wieland (eds.), *Historia y hermenéutica*, Barcelona: Paidós - UAB.
- Villoria, Manuel, 2016. "Transparencia y rendición de cuentas", en Francisco José Llera Ramo (ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual. Diagnósticos y propuestas*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Vincent, Andrew, 2004. *The nature of political theory*, Oxford: Oxford University Press.
- Voegelin, Eric, 2000. "The new Science of Politics", en Manfred Henningsen (ed.), *Modernity without restraint*, Columbia: University of Missouri Press.
- Voegelin, Eric, 2006. *La nueva ciencia de la política. Una introducción*, Madrid: Katz Editores.
- Voegelin, Eric, 2014a. "Ciencia Política y gnosticismo", en Guillermo Graiño y José María Carabante (eds.), *Las religiones políticas*, Madrid: Trotta.
- Voegelin, Eric, 2014b. "El sucedáneo de la religión: Los movimientos gnósticos de masas de nuestro tiempo", en Guillermo Graiño y José María Carabante (eds.), *Las religiones políticas*, Madrid: Trotta.
- Walzer, Michael, 2006. *Just and unjust wars. A moral argument with historical illustrations*, New York: Basic Books.
- Weber, Max, [1919] 1992. "La ciencia como profesión", en Joaquín Abellán (ed.), *La ciencia como profesión ; La política como profesión*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Weber, Max, [1922] 2002. *Economía y sociedad*, México: Fondo De Cultura Economica.
- Weber, Max, [1922] 2006. "Conceptos sociológicos fundamentales", en Joaquín Abellán (ed.), *Conceptos sociológicos fundamentales*, Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max, [1919] 2007. *La política como profesión*, Madrid: Biblioteca Nueva.

- Weber, Max, [1904] 2009. "La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social", en Joaquín Abellán (ed.), *La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max, [1919] 2009. *La ciencia como profesión*, ed. Joaquín Abellán, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Weber, Max, [1917] 2010. "Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía", en Joaquín Abellán (ed.), *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*, Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max, [1905] 2012. *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Alianza Editorial.
- Welzel, Christian, 2011. "The Asian Values Thesis Revisited: Evidence from the World Values Surveys", *Japanese Journal of Political Science*, 12 (01): 1-31.
- Wences, Isabel, 2015a. "¿Por qué debe importarnos la teoría política?", en Isabel Wences (ed.), *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Wences, Isabel (ed.), 2015b. *Tomando en serio la teoría política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio de erizo*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Williams, Raymond, 1961. *The long revolution*, Harmondsworth: Penguin Books.
- Winch, Peter, [1958] 1972. *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Winstone, Lizzy, Sally Widdop y Rory Fitzgerald, 2016. "Constructing the questionnaire: The challenge of measuring attitudes toward democracy across Europe", en Monica Ferrin y Hanspeter Kriesi (eds.), *How Europeans view and evaluate democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- Wittgenstein, Ludwig, [1953] 1972. *Philosophical investigations*, Oxford: Blackwell.
- Wittgenstein, Ludwig, [1921] 2010. *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid: Alianza Editorial.
- Wolff, Robert Paul, 1970. *In defense of anarchism*, New York: Harper & Row.
- Wolin, Sheldon S., 1969. "Political theory as a vocation", *The American Political Science Review*, 63 (4): 1062-1082.
- Wolin, Sheldon S., 2000. "Political Theory: From Vocation to Invocation", en Jason A. Frank y John Tambornino (eds.), *Vocations of political theory*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Wolin, Sheldon S., 2005. *Hobbes y la tradición épica de la teoría política*, Madrid: Foro Interno.
- Wright, Tony, 2013. "What Is It About Politicians?", *The Political Quarterly*, 84 (4): 448-453.
- Zaret, David, 1989. "Religion and the Rise of Liberal-Democratic Ideology in 17th-Century England", *American sociological review*, 54 (2): 163-179.

- Žižek, Slavoj, 2000. "Class Struggle or Posmodernism? Yes, please!", en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (eds.), *Contingency, hegemony, universality. Contemporary dialogues on the left*, London: Verso.
- Žižek, Slavoj, 2001a. *On belief*, London, New York: Routledge.
- Žižek, Slavoj, 2001b. "The rhetorics of power", *Diacritics*, 31 (1): 91-104.
- Žižek, Slavoj, 2006. *Lacan*, London: Granta.
- Žižek, Slavoj, 2008. *The sublime object of ideology*, London, New York: Verso.
- Žižek, Slavoj, 2009. *En defensa de la intolerancia*, Madrid: Sequitur.
- Žižek, Slavoj, 2012. "Introduction: The Spectre of Ideology", en Slavoj Žižek (ed.), *Mapping ideology*, London, New York: Verso: 1-33.

Resumen en español.

Título de la tesis.

La idea de democracia en la prensa española: un análisis desde la Teoría Política.

Introducción.

Esta tesis doctoral explora las ideas de democracia y sobre la democracia presentes en el espacio público español siguiendo una lógica de investigación dentro de la Teoría Política y desde una mirada postestructuralista. Se elige para esta observación un momento que ofrece una oportunidad única: los días entre el 14 y el 22 de mayo de 2011, marcados por la campaña electoral de las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo y el surgimiento del movimiento 15M. Como indicador o representante de dicho espacio público se toma a la principal prensa en papel de calidad (ABC, El Mundo, El País y Público). Para su estudio, se recurre a una técnica de investigación empírica, el análisis de contenido cualitativo, con una intención exploratoria. Ésta ha permitido representar, tratar de entender y pensar los distintos discursos en torno a la democracia que componen parte importante de nuestro mundo político común.

Síntesis.

En primer lugar, el capítulo primero define la lógica de investigación dentro de la Teoría Política que se va a seguir, cuya característica principal es que puede ser considerada política en su naturaleza y responsabilidades. Para ello, se muestra necesaria una definición de política horizontal y pluralista de política como la formulada por Hannah Arendt, cuyo trabajo sirve de ejemplo para derivar las tareas y responsabilidades que definen dicha lógica de investigación. Todo esto dentro de los límites de una concepción no positivista de la Ciencia (Weber); es decir, aun yendo con Arendt más allá de la descripción y explicación del pensamiento político encontrado, se evita la realización de juicios de valor autónomos. Esta lógica consiste en representar desde la imparcialidad la pluralidad de discursos que habitan nuestra esfera pública, comprobando su coherencia interna y su fidelidad hacia los hechos y las estructuras causales del mundo más probables, pero también buscando entenderlos –reconciliarnos con ellos sin un acercamiento empático ni una valoración– y pensarlos –recuperar su contingencia–.

La tesis se apoya en una ontología postestructuralista, de base derridiana, desarrollada en el segundo capítulo. Sin embargo, no sólo articula instrumentos conceptuales y

aportaciones de la Teoría del Discurso (escuela de Essex), sino también de otras disciplinas como los estudios de Cultura Política y Ciencia Política empírica, de la Historia de los Conceptos, la Historia del Pensamiento Político, el Análisis de Ideologías y la Teoría de la Democracia y de la Representación.

A partir de este marco teórico, y tras la pertinente revisión bibliográfica (capítulo tercero), se presentan las decisiones técnicas (capítulo cuarto) sobre la selección de fechas, diarios y de técnica de investigación: el análisis de contenido cualitativo (Maryring, Schreier) con una función exploratoria. La investigación combina el enfoque semasiológico y el onomasiológico, seleccionando como vía de acceso las apariciones del lexema de democracia para, a continuación, codificar los pasajes relevantes a su alrededor en cada artículo, que constituyen las principales unidades de codificación. El análisis se realizó con el software Nvivo 12, desarrollando un árbol de codificación que recoge a) las características generales de los pasajes (autor, tema, tipo de piza periodística, posición de la democracia en el discurso); b) aspectos relevantes de su textura (Fairclough) –adjetivos, expresiones frecuentes y metáforas–; c) las principales fronteras creadas en torno a la idea de democracia; y d) los principales problemas de la democracia.

En el tercer bloque, se presentan y analizan las ideas de y sobre la democracia encontradas en la prensa, dedicando además apartados específicos para su reflexión y pensamiento en diálogo con otras contribuciones teóricas o empíricas y procurando señalar su contingencia mediante gestos deconstructivistas. En particular, se presta atención a las fronteras histórica y geográfica que dibuja la idea de democracia frente a las dictaduras (capítulo 5), a su uso en el enfrentamiento entre los principales partidos y a la frontera entre “demócratas” y “violentos” (capítulo 6) y, finalmente, a la división entre la “democracia real” que reivindicaban los indignados con respecto al sistema y de los adversarios del movimiento en defensa de “la democracia” y frente a los indignados (capítulo 7).

Conclusiones.

El análisis de la prensa indica una fuerte interrelación entre los usos, los significados (contenido) y el orden intelectual (o *forma* en que se concibe) de la idea de democracia. Entre los usos, se analizan los más comunes: aquellos legitimadores y deslegitimadores, movilizadores y desmovilizadores, problematizadores, contextualizadores, culturales

(para la reproducción del orden social) e ideológicos (para su transformación o conservación del orden frente a adversarios).

Con respecto a los significados atribuidos a la democracia, se confirman los resultados de otros estudios (Kriesi, entre otros) mostrando la general aceptación de los aspectos liberales y electorales de la idea, complementados ocasionalmente (por ejemplo, para el 15M) de las dimensiones participativa y social. La concepción cultural se muestra cargada de la experiencia española y de expectativas consensuales derivadas del mito de la Transición. El discurso ideológico transformador del movimiento 15M comparte el énfasis consensual, privilegiando la dimensión anarquista, identitaria y presentista de la democracia, con similitudes con respecto al modelo republicano descrito por Habermas. Sin embargo, se muestra la capacidad de sus lemas y organización para actuar como significantes vacíos en que diversidad de horizontes democráticos pueden sentirse recogidos. Entre sus adversarios, predomina una visión liberal de la democracia (de nuevo, según la clasificación habermasiana), en algunos momentos marcadamente minimalista, reduciendo la democracia al momento electoral y al Estado de derecho hasta el punto de alejarse de la familia ideológica liberal.

Finalmente, con respecto al orden intelectual de la idea, el trabajo muestra la tendencia a concebir la democracia de forma metafísica, en oposición absoluta a la/s dictadura/s o la violencia e ignorando las aporías internas que persiguen y conforman a la idea. Coherentemente, se localiza un marcado fundamentalismo, según el cual la democracia es siempre solución y nunca causa de ningún problema, pues con ella se imaginan compatibles todos los valores (racionalismo monista). Permanece como horizonte posible la idea de una democracia “plena” (salvo en la ideología conservadora que responde al 15M). El gradualismo es relativamente común pero, cuando aparece, se niegan sus consecuencias sobre la legitimidad. Por último, se tiende a descalificar a los modelos de democracia alternativos al propio como, sencillamente, no democráticos.

Además de todo ello, se aportan diversas reflexiones deconstructivistas sobre diferentes oposiciones: transición frente a ruptura, intereses frente a valores, interés general frente a interés particular, democracia como conflicto frente a democracia como consenso o la democracia frente la violencia.

Resumen en inglés

Title of the dissertation.

The idea of democracy in the Spanish press: a political theory analysis.

Introduction.

This Ph.D. thesis explores the ideas of democracy and about democracy present in the Spanish public sphere following a research logic that belongs to Political Theory and from a poststructuralist stance. The period under analysis is chosen for its extraordinary uniqueness: from the 14th to the 22nd of May 2011, which includes the electoral campaign for the local and regional elections in Spain and the rise of the 15M movement. Four quality printed newspapers are analysed as indicators or representatives of the public sphere (ABC, El Mundo, El País y Público). In order to do so, an empirical research method is applied with an explorative aim: qualitative content analysis. This allowed representing, understanding and thinking the diverse discourses found around the idea of democracy that together compound an important part of our common political world.

Summary.

The first chapter defines the logic of research within Political Theory later applied, characterised as political in its nature and responsibilities. This required a horizontal and pluralist definition of politics as the one provided by Hannah Arendt, whose works were taken as exemplary in order to deduce the duties and responsibilities of such a logic of research. This logic admits the limits of a non-positivist idea of Science: that is, although the aims of this research go beyond mere description and explanation, it avoids making autonomous value judgments. Eventually, the work to do includes the impartial representation of a plurality of discourses, checking its internal coherence and its external correspondence with facts and the probable causal structures of the world, but also trying to understand them and think about them.

The thesis departs from a poststructuralist Derridian ontology, which is articulated in the second chapter. However, I do not only resort to the conceptual instruments and contributions provided by Discourse Theory (Essex School), but also to those of close disciplines such as Political Culture Studies and empirical Political Science, Conceptual History, History of Political Thought, the Analysis of Ideologies and the Theory of Democracy and Representation, among others.

Departing from this theoretical framework, and after an extensive literature review (chapter three), the thesis presents the methodological decisions that had to be made (chapter four): the dates, the selected newspapers and the research method: qualitative content analysis (Maryring, Schreier) with an explorative goal. The research combines a semasiological and onomasiological approach, looking first for the lexeme of the word “democracy” and, then, codifying the relevant passages around them in each article, which constitute the main coding units. The analysis used the qualitative software Nvivo 12, where a coding tree was created. The tree includes: a) general characteristics of the passages retrieved (author, topic, type of news article); b) texture (Fairclough) –adjectives, frequent expressions, metaphors–; c) main frontiers around the idea of democracy; and d) main problems of democracy.

In the third part of the thesis, the ideas of and on democracy found in the press are presented and analysed. It also provides separated space for their reflection and thinking in dialogue with theoretical and empirical contributions, attempting to pinpoint their contingency by means of deconstructive gestures. This part pays attention to the historical and geographic frontiers democracy draws against dictatorships (chapter five), its use in the competition between the two main political parties and the frontier between “democrats” and those resorting to violence (chapter six) and, finally, the fight of the *indignants* from the 15M against the system and for “real democracy”, as well as the defence of “democracy” against this political movement (chapter seven).

Conclusions.

The analysis of the press shows a strong interrelation between uses, meanings (*content*) and the intellectual order (or *form* in which is conceived) of the idea of democracy. The most common uses of the idea are presented: legitimating and delegitimizing, mobilizing and demobilizing, problematization, contextualization, cultural uses (in the reproduction of the social order) and ideological uses (either for the transformation or conservation of the political order against adversaries).

Regarding the meanings given to democracy, previous results (Kriesi, among others) are confirmed: there is a general acceptance of the liberal and electoral aspects of the idea, which are occasionally complemented (15M, for example) with the participatory and social dimensions. The cultural conception of democracy in Spain is heavily loaded with the Spanish political experience and with consensual expectations, based on the Spanish

Transition myth. The 15M transformative ideology shares this emphasis on consensus, giving privilege to the anarchist dimension of the idea, based on the logic of identity and direct presence. Their discourse resembles the model of democracy Habermas called “republican”. However, their mottos and organization function as empty signifiers, allowing a diversity of democratic horizons to feel identified with “real democracy now”. Regarding the 15M adversaries, they foster a liberal vision of democracy (again, according to the Habermasian classification), sometimes extraordinarily minimalist, reducing democracy to the electoral moment and the rule of law up to the point when its link to the liberal family can be put under question.

Finally, regarding the intellectual order of the idea, this thesis shows the tendency to conceive democracy in a metaphysical way, completely opposed to dictatorship/s or violence and ignoring the internal aporias that characterised the idea. Hence, fundamentalism is the rule: that is, the believe that democracy is always the solution and causes any problem is extended, for democracy is thought as compatible with every value (rationalist monism). The idea of a “full” democracy is preserved as a feasible horizon (except for the conservative ideology reacting to the 15M’s discourse). Gradualism is common but, when present, its consequences on legitimacy are denied. Finally, there is a tendency to disqualify the alternative models of democracy as undemocratic.

Besides, some deconstructive reflections are provided regarding a variety of oppositions: transition versus democratic rupture, interests versus values, general interest versus particular interests, democracy as conflict versus democracy as consensus or democracy versus violence.



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID